cor ad cor loquitur

Este ejemplar de

ValyTer. Segunda Parte

fue encuadernado
a mano

su autor

Juan Garay

es buen amigo
de Cuba

y de la

ValyTer

JUAN GARAY

SEGUNDA PARTE

Para mi Padre,
te siento en cada paso

ValyTer

SEGUNDA PARTE

I

VÉRTIGO HACIA EL TERCER MILENIO

Nueva York, mayo 2000

Jonay estaba sentado a la mesa de madera de haya, curtida por las brisas de muchas tertulias, en la cocina de su nuevo hogar de 421 Whyte Avenue, Brooklyn. Era la casa que James, ahora navegando, les había cedido mientras cuidaban de esta y de su perro labrador, Sam.

Ante él, como fiel amante en espera, aguardaba, ávida de las caricias de su pluma, la libreta hecha de hojas de melaleucas y cubierta de la corteza de la jacaranda que plantaron al nacer Nour. Crecía, desafiando a la sequía y a las tinieblas de una Humanidad ahogada por redes de avaricia, en su anhelado Ukuzwana, «espacio de amor y de armonía».

Por la ventana veía cerezos en flor. Tres meses atrás, al llegar desde el verano meridional al invierno del norte, los encontraron cubiertos de nieve. El manto tan puro como frío e inerte, como una belleza insensible, que nunca antes había visto Jonay desde su vida tropical en Canarias y Zimbabue. De la nieve a la flor, de la tiniebla a la luz, por la guía del ingrávido blanco de un copo a un pétalo lleno de pasión por vivir. Como las capas que Aimsa veía cual filtros del alma en su lucha por una Nueva Humanidad.

Leía en una breve columna de las páginas interiores del New York Times una noticia que le llamó la atención: al sureste de Marsella se habían encontrado los restos del avión del escritor y aviador Antoine de Saint-Exupery, autor de *El Principito*, que tanto había disfrutado leyendo en su infancia. Tres años antes también había caído en su avión John Denver, cuyas canciones Jonay y su padre cantaban a menudo. Esas historias hacían eco recordando *Juan Salvador Gaviota* de Richard Bach y el mensaje del vuelo libre. Esos vuelos, historias, ideas, canciones, le hacían recordar sus vuelos en el ultraligero sobrevolando *kraals* y sabanas en *Bulililamangwe*. «donde lloran los leopardos».

Aimsa asistía a las interminables sesiones de su trabajo en Naciones Unidas y Nour jugaba con niños del barrio en un centro infantil comunitario.

En esos tres meses Jonay había transitado de ser el médico en una remota comunidad en una de las regiones más «pobres» del mundo a ser «no-sabía-qué» en la ciudad más poderosa. Lo hizo por sentir que la Humanidad necesitaba la visión y valentía de su compañera del alma, Aimsa, luchando desde aquella jungla del poder. No se arrepentía de aquel paso en sus vidas, pero al intentar escribir su diario su mirada se nublaba y no acertaba a terminar la primera línea.

Prefirió escribir a sus padres en Gomera y a Patxi y NoLwasi en Ukuzwana.

Queridos padres,

Recibimos con emoción vuestra carta hace un mes. La he releído varias veces, como si de una obra de arte se tratara, que nunca puedes acabar de apreciarla en su totalidad. No dejo de sorprenderme como seguís con tanta fuerza y luz liderando la comunidad, inspirando los valores de tu decálogo, mamá, en eco aldeas de todo el mundo. Me encanta leer como Tomás sigue con su barca llevando a comuneros hasta el mercado, Fernando sigue liderando la comunidad de Valentía y Kadiatu lucha con fuerza por los derechos de la mujer. Fernando me contó que tras años de vivir separados él y Kadiatu, decidieron aceptar que su amor se fue diluyendo y seguir caminos de vida diferentes. Entre sus líneas pude sentir que su razón decía que era lo lógico pero su corazón seguía anhelando el sueño de aquel amor épico, que quizás nunca llegó a ser real. Dadle todo el amor que sentís por él. Su soledad me entristece.

Vuestra visita sorpresa a Ukuzwana para nuestra despedida de África aún resuena en todos mis sentidos. Llevo casi cada día el jersey que me hiciste, mamá, y me resisto a guardarlo ahora que ya brota la primavera. Intento ser fiel a sus dos símbolos, la valentía y la ternura, cada día, y a cada paso. También he leído, como a sorbos breves, sin querer que nunca acabe, tu diario de navegante, papá. Yo estoy intentando escribir un diario, pero aún mi alma está como aturdida en esta jungla de cemento, coches, prisas, miradas que no se cruzan y tiendas donde ni el tendero sabe lo que vende ni el cliente lo que compra. Pero también hay mucha belleza en cada alma cuando se derrite su armadura, en cada árbol que resiste al asfalto y, sobre todo, en las miradas, abrazos, y luz que irradian mis dos princesas, Aimsa y Nour. La una se ha entregado con toda su alma a luchar por la red de eco aldeas espirituales que animasteis desde nuestra querida comunidad de la ternura. La otra, menor en estatura, pero no en fuerza y pasión, cumple hoy tres años, más de mil días y noches de la más inmensa ternura que pudiera imaginar. Celebraremos esta tarde su fiesta con sus amiguitas del barrio, un hermoso caleidoscopio de culturas y lenguas.

Mi parálisis para escribir mi relato de esta nueva etapa hace eco de mi búsqueda de un lugar en esta sociedad, tan diferente a Ternura y a Ukuzwana. Pero estoy seguro que la encontraré. Mientras tanto, cuido de mis princesas y ellas me alimentan de su luz.

Os mandaré alguna foto de nuestra vida aquí.

Con todo nuestro cariño

Al lado de su firma dejó espacio para la de Aimsa y la de Nouri.

Le seguía esta nota breve:

NB: A ver si os animáis a utilizar el «correo electrónico». Sé que se pierde el esmero y mesura, el «tempo piano» que precisa el suave y sereno fluir de los sentimientos más lindos del alma, pero podríamos comunicarnos más a menudo. Ya sabéis que mi email es jonayharris@hotmail.com

Se disponía a escribir a Ukuzwana cuando recibió una llamada en el teléfono de la casa.

- Buenos días, ¿con quién hablo?

Entre muchos otros instintos adquiridos durante su vida entre los ndebeles, le costaba la frialdad de los saludos del mundo «civilizado», tan secos. A sus hermanos ndebeles hubiera preguntado, aún sin conocer a la persona –extraños, «amigos aún desconocidos»-, pensaba dentro de su pensar-, por la familia, por las cosechas, por las lluvias y por los antepasados.

- Buen día, me llamo Nayra. Quisiera hablar con Aimsa Harris, ella me dio este número la semana pasada en una reunión en la Ciudad de México.

Sintió una voz suave en armonía con el musical acento mexicano.

Tras tres meses en su puesto de Naciones Unidas representando a la red de eco aldeas espirituales, Aimsa tenía ya una agenda frenética de casi un viaje internacional por semana y, cuando estaba en Nueva York, largas jornadas de innumerables reuniones, debates y preparación de documentos.

- Buen día Nayra, me llamo Jonay, un gusto en saludarla, aunque sea por este medio. Mi compañera –al decirlo se sintió incómodo, nunca decía «esposa» pero al oírse decir «mi» sintió que no era «suya»- está en el trabajo, quizás puede usted llamarla al teléfono móvil.

- Gracias, Jonay, debí haberlo supuesto. Quería hablar con ella sin las prisas y poca intimidad que supongo tiene en sus jornadas en Naciones Unidas, pero le avisaré por su teléfono móvil, que también me confió.

Recordaba haber oído hablar a Aimsa de Nayra, una mujer defensora de los derechos de las mujeres y de los pueblos indígenas, ligada al zapatismo y con sensibilidad al escuchar y pasión al hablar, algo, según decía Aimsa, nada frecuente en los ambientes diplomáticos y de las relaciones internacionales en que ahora navegaba su vida.

Según hablaba sintió un olor a quemado y se despidió apresuradamente para correr al horno donde preparaba una tarta de manzanas para la celebración de Nour. Era un pésimo cocinero y a menudo se le malograban sus guisos o repostería. Ralló la parte tostada en exceso y la disimuló con una capa de mermelada casera de albaricoques y fue ceremoniosamente poniendo las velas en el pastel. Recordó cada año de su bella princesa Nour con cada vela:

La primera vela la llamó la magia de la vida. Traía a su memoria su nacimiento en Ukuzwana rodeada por la gran familia: Patxi y su gran corazón, NoLwasi y su inefable magia, los hermanos mayores Joseph, Thandiwe y Nothando, huérfanos del SIDA y adoptados en el amor, Adam su hermanito del alma, Rose su fiel enfermera, y Anwele, su cómplice en la lucha valiente contra la epidemia. Al pensar en Anwele ya entonces débil y con la belleza frágil de sus pestañas largas anunciando la claudicación de las fuerzas, se nubló su mirada de emoción. Los primeros meses de Nour transcurrieron sentada a los hombros de su orgulloso padre en su paseo vespertino respondiendo a los saludos de «Naka-Nouri, ¿banjani?» (Padre de Nour, ¿cómo están?), y creciendo con el dulce amamantar de su madre. Como un ladrón avergonzado de su hurto recordaba Jonay como a veces le pedía a Aimsa probar la leche de sus pechos, con la excusa de sentir mejor lo que Nour pudiera estar sintiendo. Se reforzaba así en promover aún más fuerte tal relación natural que en presencia de tanto SIDA se cuestionaba como más dañina que beneficiosa, cosa que Jonay demostró erróneo en condiciones tropicales. Durante ese primer año viajaron los tres en el ultraligero, que las gentes del lugar empezaron a llamar *inyoni-enkulu* (pájaro grande), por el occidente de Zimbabue, viendo desde la discreta altura de vuelo la bella flora y libre fauna en las mágicas rocas de Matopos. Atravesaron las inmensas sabanas de Hwangue y vieron las cataratas Victoria envueltos en su «mosi-oa-tunya» (humo que truena). Siguió a ese viaje una vuelta al mundo por Madrid, Londres, San Francisco, Vancouver, Berkeley y Gomera, en la que se fue forjando su futuro lejos de su querido Ukuzwana y el encuentro con sus abuelos en Gomera. Nothando, ya con catorce años, le había tomado un afecto maternal y a menudo también ella la paseaba en sus espaldas rodeada de una tela. Desde ese maravilloso trono saludaba a toda la comunidad de Ukuzwana en la que empezó a ser una verdadera princesa.

La segunda vela le inspiraba la ternura, como la comunidad de sus padres: le recordaba como Nouri apenas andaba y ya paseaba de la mano de su inseparable Adam por toda la misión de Ukuzwana. Aprendió de él a hacer juguetes con alambres, palos, hojas y semillas, a tocar desde muy pequeña el *mbira* y, sobre todo, a sentir la pasión de vivir. Adam, desde muy pequeño, miraba todo y a todos con cariño y se reflejaba esa dulzura en un pliegue en sus párpados inferiores que parecieran sonreír desde lo más profundo e invitar a quien miraba a decir, «sí, esta vida es una tremenda aventura». Con tan solo cuatro años Adam había construido, con la ayuda de Haka, un carrito de madera con el que llevaba a Nour a *kraals*

de los alrededores. Nour creció sintiendo el cariño de todas aquellas humildes gentes que, a pesar del dolor del SIDA y la penuria por la sequía, sonreían con miradas luminosas.

La tercera vela le habló de la libertad. Pensaba en la fortuna de haber vivido tan rodeados de naturaleza y de comunidad, las dos claves de la armonía. Un día unos pacientes en la consulta le dijeron que habían visto a Adam y Nouri bastante lejos. Llevaban a Unai en el carrito de madera. Iban acompañados por otros niños y varias cabras. Les vieron en el *post 42*, es decir, el poste de alumbrado número 42 desde Ukuzwana hacia la conexión con Kezi. Había unos 50 metros entre cada palo que habían ido poniendo en trabajo comunitario durante cinco años. Eso quería decir que estaban paseando a más de dos kilómetros de donde estaban sus padres y su hogar en la misión. Jonay se maravillaba de tal grado de libertad. Los niños en Nueva York y en general en todas las ciudades, apenas se alejaban unos metros de sus padres y siempre bajo su mirada atenta y casi temerosa. Había visto incluso a padres pasear con una cinta de la que sus hijos iban caminando atados, por miedo a perderles. El miedo. ¿Qué influencia tendrían esos primeros años de magia, ternura y libertad en la larga vida que Jonay esperaba Nour tendría por delante?

Jonay había escrito un diario para Nour con historias y dibujos de cómo sus padres le invitaron a la vida, de lo que le rodeaba antes de nacer, de cómo la espiaron con un ecógrafo, de la alineación mágica de astros en su nacimiento, de los cantos zulúes aquella mágica noche, de la sugerencia de su nombre por los sabios ancianos de la comunidad y de sus años de magia, ternura y libertad. Le había inspirado ver que Patxi lo hizo así con Adam y lo siguió haciendo con Unai. Lo tenía listo y se lo quería dar a Nour, pero Aimsa pensó que mejor se lo guardarían para cuando fuese adolescente. Accedió al pensar que, en la transición en el río turbulento de las hormonas hacia la vida adulta, leer el mar de ternura que le invitó a la vida y la bañó en sus primeros años le daría luz y guía.

Llegaron las tres de la tarde y se fue emocionado a buscar a Nour a su escuelita comunitaria. Le había preparado una melodía al violín, el pastel y un dibujo de su linda carita sonriendo enmarcada por un mar de rizos y unas historias a su alrededor sobre la magia, la ternura y la libertad. Aimsa, tras largas jornadas de trabajo, ni había podido desempacar su breve equipaje de su último viaje. Al marchar a su jornada por la mañana les dijo que regresaría a casa hacia las cinco. Jonay se ocupó de organizar cómo celebrarían su cumpleaños: invitarían a amigos del barrio, tocarían la canción que le había compuesto, cantarían en grupo, dibujarían recuerdos de aquellos meses en Nueva York y comerían la tarta de manzanas.

Jonay volvía con Nour sobre sus hombros y con Sam correteando por el parque Apipan. Se negaba a utilizar correa con cualquier perro y había desarrollado en pocos meses una complicidad muy hermosa con Sam. Jonay se oyó llamar:

– ¡Jonay, bro! ¡Nouri, princess!

Al girarse hacia el banco del que venía la voz vio a Jerry, un vagabundo venido de Virginia y a quien la ciudad del poder y las prisas había orillado hasta hundirlo en el alcohol, que se había convertido tanto en su perdición como en su salvación. Jonay le había conocido haciendo guardias de urgencia en el hospital Bellevue. Jerry acudió a las urgencias en el mes de febrero tras una noche de diez grados bajo cero en el banco del parque tras la que amaneció con temblores, sudores y tos. Jonay le diagnosticó neumonía y le trató en aquel hospital, el único de la ciudad que trataba en urgencias a cualquier paciente sin enviar onerosas facturas a quien no acudiera con seguros médicos. Jonay fue intimando con Jerry quien le fue mostrando el mundo de gentes desahuciadas de aquella poderosa ciudad. Un día lo llevó a Hart Island, donde se calculaba que yacían más de cien mil personas de las que al morir en soledad nadie dijo ser familiar o amigo.

– Hola Jerry, no te olvides de la celebración de Nour esta tarde, ¿eh?

Jonay hizo una canción sobre Hart Island y empezó a entonarla mirando a los ojos a Jerry, como, según él decía, casi nadie hacía en esa fría ciudad:

Hart Island, where so many lay unknown
After lives deprived of love, they are spit off to the shores
Far away from heaven's door
Where does all their deep-grief go?
Are the echoes of their pain buried with no trace of morn?
And forgotten by the rest
How can we keep moving on as if we did never know
Of those lives without parole blindly feed this shameful show…?
Oh your lives my Hartian souls
Are the ones I long to mourn
Every one of you I love
We will not forget, no more
You will help us rise above this pathetic race for gold
Our struggle is bestowed
Those who killed you are my foes

Oh, my Hartians let's march on…

(Isla de Hart, donde tantos desconocidos yacen, tras vidas vacías de amor son escupidos a la orilla, lejos de las puertas del cielo, ¿a dónde va su hondo pesar?, ¿se entierran los ecos de su dolor, no dejan resto de su duelo y se olvidan por los demás? ¿Cómo podemos

seguir como si nada pasara de esas vidas sin piedad, que alimentan este espectáculo vergonzoso? Oh, vuestras vidas, mis almas «hartianas», son las que anhelo velar, a todas vosotras amo, ya no olvidaremos más, nos ayudareis a elevarnos por encima de esta patética carrera por el oro, nuestra lucha se levanta, los que os mataron son mis enemigos, oh «hartianos», ¡marchemos!)

Así fueron haciendo ambos ecos del último verso mientras Jonay cruzaba el parque. Nour se dio cuenta que a su padre se le quebraba la voz y se le humedecía la mirada, pero no dijo nada.

Así llegaron a casa y comenzaron a preparar la mesa, un jugo de frutas y unos regalitos de dibujos para cada amigo y vecino que vendría.

Nour, muy presumida ya, quería ponerse uno de los saris de su madre rodeando su pelo y cayendo como una capa de su color preferido, el azul celeste.

Así dieron las cinco y empezaron a llegar sus amiguitos y algunos vecinos. Jerry no llegó. Pero lo que más inquietaba a Jonay y a Nour era que Aimsa tampoco llegaba. Miraban cada poco por la ventana y así fue cayendo la tarde. Terminaron entregando los regalos. Jonay tocó al violín la melodía que le había compuesto a Nour. Encendieron las velas sobre la tarta de manzana. Jonay les animó a que todos cerraran los ojos con las manos unidas en círculo. Celebraron así la tercera vuelta al sol de Nour.

Se fueron yendo los amigos y vecinos y Jonay se puso a lavar los platos mientras Nour abría los regalitos que le habían entregado. Jonay se dio cuenta de que Nour estaba llorando en silencio. No era necesario preguntarle por qué.

Cayó la noche. Jonay le bañó y le puso el pijama. Ya estaba contándole un cuento en su camita cuando oyeron que se abría la puerta.

– ¡Nour, cariño!

Expresó Aimsa con un tono entre dolor y culpa. Llegó al cuarto y los abrazó a los dos.

– He sufrido por no llegar a tiempo a la celebración con los amigos y vecinos por tu linda vida Nouri. Teníamos una reunión muy importante para que se apruebe un objetivo mundial de desarrollo para la salud de todos los niños del mundo. ¿Me perdonas, Nour?

Aimsa le había contado a Jonay como gente de la élite diplomática viviendo en el lujo decidían sobre cuáles deberían ser las metas de los países marginados por los centros de poder político, financiero y comercial del mundo. En las semanas anteriores habían establecido con total arbitrariedad y sin vergüenza alguna las metas para «reducir a la mitad la mortalidad infantil y dos terceras partes la materna» y controlar tres enfermedades (SIDA, malaria y tuberculosis). Se preguntaba por qué no todas las muertes injustas y todas las enfermedades. Aimsa volvía a casa entristecida por la falta de la más mínima evidencia, lógica y ética,

en cómo un puñado de privilegiados decidían con tan poco conocimiento y empatía el supuesto rumbo del mundo. Aun tan caprichosas palabras se quedaban a menudo en discursos. El mundo seguía en las manos de los entramados financieros.

Jonay pensó: ¿Había caído Aimsa, y con ella Nour y él, en una red de palabras vacías dominada por unos pocos poderosos vigilando que en realidad nada cambiara? Todos esos debates tan zafios ¿merecían las lágrimas de Nour? En seguida se quitó ese pensamiento que, concluyó para sí, surgía del egoísmo de querer su presencia en esa tarde de celebración familiar.

- Sí, mami, te hemos dejado un trozo del pastel de manzana que ha hecho papi. Pero se le ha quemado un poquito.

Eso hizo que los tres se rieran y se diluyera algo el dolor silencioso que flotaba en el aire por no haber estado juntos en un momento tan especial.

Le cantaron «Sunshine», de John Denver, como cada noche. Cuando ya Nour se durmió tomaron una infusión de hierbabuena que crecía en el patio trasero.

-Lo siento, Jonay. Discutí con fuerza el incluir todas las enfermedades y muertes injustas, pero nadie me hizo caso. Me decían que «hay que priorizar».

-Lo entiendo, Aimsa. Te animé a que viniéramos aquí para que luches precisamente por esas nobles ideas. Aunque no sabía que ese mundo de las palabras te iba a absorber con tanta fuerza. En el último mes casi no hemos cenado juntos ningún día.

- Lo sé, Jonay. Lo siento. Espero que ya aprobemos la Declaración del Milenio en la Asamblea General de septiembre y pueda tener más armonía de esa lucha con el compartir la ternura con mi familia, vosotros, a quienes tanto amo.

Jonay tenía la mirada perdida hacia un cielo demasiado iluminado por las luces artificiales para poder ver las estrellas. En todo caso, allí tan al norte no podían ver su querida cruz del sur. Aimsa le tomó las manos y siguió hablando.

- Por cierto, quieren que dé una conferencia en julio en el congreso mundial del SIDA en Durban. Nadine ha hablado con Mandela sobre mi llamada al acceso de tratamientos, que siguen bajo patentes. Marta también va a ir, iríamos juntas. Le conté la historia de Anwele y está coordinando con compañeros en Sudáfrica para que hable un niño llamado Nkosi, con SIDA, ante todos los asistentes.

Pero hay algo que me preocupa aún más: es sobre nuestros hermanos en Ukuzwana y los millones de personas en África y el mundo que necesitan medicación para el SIDA. Parecía que alumbraba la esperanza. ¿Recuerdas cómo tras nuestra lucha en Seattle les dieron el premio nobel a Médicos Sin Fronteras?

- Claro. Con esos fondos apoyaron al gobierno de Sudáfrica para fabricar e importar, de India y Brasil los medicamentos genéricos que aprendimos de Da-

vid Ho en Vancouver. Juan ya está usándolas y me cuenta como salvan vidas de cientos de pacientes hasta hace poco moribundos en Ukuzwana.

- Pues cuarenta compañías farmacéuticas están presionando a Sudáfrica para que no importe genéricos y mantengan su negocio de patentes. Eso significaría de nuevo la sentencia de muerte de millones de personas. Nadine está en contacto con Mandela para confrontar a Al Gore, enviado por Clinton en apoyo del negocio de sangre. Me dan náuseas sus discursos de supuesta solidaridad. Lo hablé con Anna y a través de un amigo suyo de Ghana pude hoy llegar al despacho de Kofi Annan y explicarle este drama por la avaricia de unos pocos. Llamó delate de mí a Mike Moore, un socialista y sindicalista neozelandés que dirige la Organización Mundial del Comercio, para pedirle que acelere la reunión que cree las excepciones al monopolio de patentes –TRIPS- que mata a millones para enriquecer a unos pocos. Prometió celebrarla en Doha el año que viene. He tenido con esas tensiones todo el día muy presente a Anwele y la promesa que le hicimos.

Jonay no respondió nada. Tenía ilusión en ir el verano a apoyar en Ukuzwana. Contaba en secreto los días que faltaban. Pero ya Aimsa parecía tener sus planes y la agenda llena. Temía que estuviera cayendo en la vanidad de los eventos y del poder. Sentía que muchas de esas reuniones, como la que vio cuatro años antes en Vancouver y alguna de las que fue en Naciones Unidas como espectador, eran caras, llenas de retórica y a menudo bailes de vanidades. Además, los billetes eran demasiado caros y no quería depender del sueldo que las Naciones Unidas le daba a Aimsa, aunque ella lo entregaba casi todo a la red de eco aldeas. Esperaría al siguiente año si podía tener algún ingreso. Aimsa le dijo que estaba agotada y se iría a dormir. Jonay le dijo que quería escribir una carta a Patxi antes de acostarse.

Mi querido Aita (padre en vasco, pues así le sentía)

No sé cómo empezar a contarte cuánto he pensado en ti y en toda la familia de Ukuzwana cada día. Mi deseo es que estéis bien y sigáis inspirando con vuestra luz a tantas personas y comunidades en todo el mundo.

Nosotros estamos bien, con salud y reinventando ilusiones en esa mágica aventura de la vida. Aimsa está muy integrada en las Naciones Unidas junto a Marta en UNICEF, con cientos de aliados de movimientos sociales, consiguiendo que la red de eco aldeas espirituales sea reconocida y planteando, con la contundencia serena que conoces, argumentos para la justicia en el mundo. Nour ya tiene amiguitos en el barrio y en la escuela comunitaria. Las dos están cada día aún más preciosas. Me produce a menudo hasta una extraña sensación de culpa por merecer este privilegio.

Yo he intentado integrarme en las urgencias del hospital Bellevue, que trata a personas sin techo sin cobrarles. Pero después de unas pocas guardias en febrero me pidieron que regulase mi inscripción en el registro de médicos de Estados Unidos y el procedimiento va a ser largo. En poco más de un mes traté a más de doscientos enfermos y desahuciados socialmente. Los veo por la calle y les trato como puedo. Me reúno con ellos para entender la injusticia de esta jungla del poder. Aquí la pobreza, entre tanta riqueza, duele más Patxi. Llevo una mochila con vendas, antisépticos, analgésicos, vitaminas y poco más, pues no me dejan ni prescribir medicamentos. Camino por los parques y las estaciones de metro. Les llevo sopa caliente. Quisiera traerlos a todos a casa. El otro día soñé que llegaba con ellos a Ukuzwana.

Cuéntame cómo está mi colega del alma NoLwasi, cómo va superando Nothando el duelo por nuestra querida luchadora Anwele, cómo se han ido integrando Juan y Cristina, si llegaron los antiretrovirales, cómo se van recuperando nuestros miles de hermanos condenados a la agonía, qué tal Joseph con sus inventos, Thandiwe ayudando en el hospital, Buhleve y sus estudios en Egoli, Haka y Helen con sus luchas… Os guardamos a todos en el corazón, os recordamos cada día con el más profundo cariño y cuento los días para volver en verano a, si te digo la verdad, volver a ser yo…

Un abrazo con todo nuestro cariño

Jonay

Prefirió no enseñarle la carta a Aimsa pues sabía que le entristecería leer la última línea. En el fondo era injusto pues él sabía a lo que renunció al irse de Ukuzwana. Al fin y al cabo, tenía el amor de una mujer bella y valiente, la ternura de una hija que descubría voraz el universo, y una familia canaria y ndebele que le enviaba una maravillosa luz que le susurraba… «¡qué mágica esta aventura del vivir con amor…!».

II

REINVENTANDO SUEÑOS

Ukuzwana, Zimbabue, septiembre 2001

Juan paseaba con sus hijas al atardecer por la seca sabana del Kalahari que rodeaba la misión de Ukuzwana.

Adam y Unai asistían a la escuela primaria y recibían de sus padres las enseñanzas del mundo de armonía que inspiraba Patxi, y de la profunda espiritualidad de su madre NoLwasi. Crecían con una libertad impensable en las ciudades y una tremenda ilusión por disfrutar sembrando bondad en la mágica aventura de la vida. Hablaban inglés en la escuela, ndebele con su madre y en la misión, un poco de vasco con su padre Patxi y con su tío Haka, y español antes con Jonay y ahora con Juan y su familia. Habían viajado con Joseph en el *inyoni-enkulu* sobrevolando Matopos, con el viejo pick up de la misión recorriendo las eco aldeas de Sibithanda por Matabeleland y un par de veces al año iban a Bulawayo, donde les fascinaba ir a ver los trenes en la vieja estación de ferrocarriles, reunirse en casa de Helen y Haka y ver los inventos de su hermano mayor Joseph en la «fábrica de sueños».

Cada Navidad iba la gran familia a la casa del Black Eagle en Matopos, en la que ocho años antes recibieron a Aimsa y donde NoLwasi le anunció a Patxi la llegada de Adam a la vida. Bueno, a esta vida.

Adam era una fuente de bondad indescriptible. Se fijaba con atención en todo y apenas hablaba. Miraba profundo y con una dulce sonrisa casi siempre. Cuando hablaba, lo hacía en tercera persona - «Adam tiene hambre…»-. Con la ayuda de Joseph se había construido una bicicleta con piezas viejas y le había acoplado un carrito detrás para llevar a los pequeños Unai y Daniela, o para repartir las guayabas, sandías y mangos que recogía de la huerta de la misión a los maestros, trabajadores y pacientes en el pequeño hospital.

Unai, aún con solo tres años, recorría la misión y sus alrededores junto a su hermano, y sentía fascinación por las rocas de los *kopje*s, por donde le gustaba

escalar y ver el horizonte lejano. Echaba mucho de menos a Nour y siempre decía que quizás al subir arriba pudiera mirar a lo lejos y ver que Nour volvía a la misión.

Ángeles y Daniela llevaban casi dos años en aquel rincón tan lejano en distancia y forma de vida de su Madrid natal. Su padre Juan había sustituido a Jonay como médico del hospital mientras su madre Cristina colaboraba en el laboratorio. Ángeles asistía a la escuela primaria de Ukuzwana, donde ya hablaba fluido ndebele, y la pequeña Daniela correteaba alegre por toda la misión con Unai.

La armonía parecía reinar en la misión, pero algunas tormentas llueven hacia dentro sin dejarse ver y algunos truenos los ahoga el alma sin saber cómo entenderlos o expresarlos.

Al volver del paseo Ángeles y Daniela fueron con su madre Cristina y Juan se fue con Patxi y Adam a decir, como cada noche, buenas noches – «*Mandiro*»– a los pacientes ingresados. A Adam le fascinaba ese momento del día y repartía abrazos que Juan pensaba curaban más que sus medicamentos y operaciones.

Al volver Juan a casa, la vieja ermita de ladrillo que había rehabilitado quince años antes Jonay, ya estaban acostadas las niñas y Cristina le esperaba dentro. Se sentaron a la mesa para cenar juntos después de otra jornada larga de trabajo y emociones.

– Gracias por preparar la cena, cariño. ¿Qué tal te fue la tarde?

– Bien, como cada tarde, tests de sida, preparaciones de tuberculosis, hematocritos con anemia… siempre igual…

Juan llevaba notando ya unos meses un cierto hastío en Cristina. Del entusiasmo inicial de llegar a la misión, vivir de forma más sencilla y dando de su trabajo a las gentes más necesitadas, Cristina había pasado a una fase en la que casi cada día sentía inquietud por algo. Unas veces era por el riesgo de las niñas en medio de tanto SIDA (no le permitía a Ángeles ir con Adam a dar las buenas noches a los pacientes), otras era por la escuela rural y las oportunidades que perdían sus hijas de saber de otros mundos, y otras, como aquella noche, la sentía desmotivada por su trabajo rutinario con apenas una docena de análisis posibles en el humilde laboratorio. También se quejaba por la poca variedad de alimentos, casi siempre *sadza* con media docena de posibles verduras. Pero sobre todo le afectaba la dedicación tan plena de Juan a sus pacientes, y el poco tiempo en intimidad, apenas un rato, como en aquel momento al cenar. Juan insistía en animarla con su entusiasmo de las historias épicas de sus pacientes o su imaginación para inventar ungüentos para las dermatitis, tracciones para las fracturas o combinaciones de los pocos medicamentos que tenían, con los tratamientos a base de hierbas que le compartía NoLwasi. Pero no conseguía ya arrancarle una sonrisa.

– ¿Has visto que maravillosa se ve la cruz del sur, cariño?

Le dijo Juan intentando animarla y mirando el cielo limpio y estrellado.

- No quiero que mires a las estrellas esta noche, Juan. Quiero que mires a mis ojos. Salgamos al porche, no quiero que nos oigan las niñas.

Salieron al porche y Juan le miró con una sonrisa que fue diluyéndose al sentir un extraño vértigo que le anunciaba la gravedad del momento.

- ¿Qué ves?

- Los ojos más bonitos de la mujer que amo.

- Mira más adentro.

Juan no podía seguir pretendiendo. Veía una mirada triste, sin brillo, como un grito ahogado en el alma.

- Veo una sombra de tristeza que hace tiempo no entiendo cariño.

- Creo que no la quieres escuchar y así no la puedes entender, Juan. Cada día te veo vibrar con entusiasmo por tu entrega a los pacientes, por ver como los muchos que tienen SIDA van respondiendo a los antiretrovirales, por los bebés que nacen sanos tras una cesárea, por tu paseo por las tardes con las niñas y las buenas noches a tus pacientes con Patxi y Adam. Hasta cuando sientes el dolor por los niños que mueren malnutridos o los mayores con neumonías o las mujeres que llegan demasiado tarde con embarazos ectópicos, sientes a la vez tu compromiso de estar aquí, de darte a estas gentes.

- Sí, por eso vinimos hasta este lugar, a tomar el relevo de Jonay y de Aimsa, a ser familia con Patxi y NoLwasi, los pequeños, los jóvenes, la comunidad. Yo soy muy feliz, Cristina –le resultó extraño decir su nombre-, y no entiendo tu desencanto.

- No entiendes porque, desde tu entusiasmo, no me escuchas. He pasado temporadas con Helen y Haka en Bulawayo por si era la sensación de aislamiento en la misión la que me ahogaba, pero tampoco me siento serena. Te podría decir que me preocupa que Ángeles hable mejor el ndebele que el español y podamos estar limitándole sus oportunidades, o que ella y Daniela se infecten con heridas de pacientes con SIDA cuando van con Thandiwe a hacer curas a las salas, o que yo no tengo manera de progresar con apenas unos pocos tests que repito, cuando hay reactivos, cada tarde. Me siento sola y frustrada, no soy de aquí, echo de menos mi ciudad, los paseos por el Retiro, los supermercados llenos de alimentos, las comidas con familia y amigos, las salidas al cine o al teatro, y hasta pasear por las calles viendo escaparates. No me atrevo a decírtelo por temer tu juicio de no ser solidaria, de volver al mundo del consumo, de pensar en nuestras hijas y no igual en todos los niños ndebeles. Pero debo decírtelo porque temo entrar en depresión: no puedo seguir aquí, Juan, quiero volver a casa.

Juan sintió como si le clavaran un puñal en el pecho. Él era feliz. Por fin daba sentido a su profesión, y hasta a su vida. No podía imaginar volver a los hospitales en Europa con sus batas blancas y corbatas, con sus cientos de tests y medicina automática. Temía las conversaciones con muchos de sus colegas sobre

los congresos pagados por los laboratorios que tanto dolor causaban con sus patentes, o a fanfarronear qué habían publicado en revistas científicas llenas de egos, qué televisor o coche se habían comprado o dónde irían de vacaciones. Había conseguido huir de ese mundo que le asfixiaba, con el amor de su vida. Pero se dio cuenta que era un cruce de caminos. Estaban en el mismo momento y lugar, pero él quería entregarse más y más a aquellas gentes. Sentía que aquella forma de vida sencilla era una referencia noble de valores para sus hijas, mientras que ella anhelaba volver al mundo del progreso, las comodidades, seguridades y oportunidades de conocer más, tener más y «ser» más.

- Juan, he hablado con Patxi. Él me entiende y me ha pedido que hable contigo. Si quieres hablamos juntos con él.

- Apenas llevamos dos años aquí Cristina. Pienso en cómo Jonay no solo siguió a Aimsa, sino le animó a salir de su querido Ukuzwana para que expandiera su fuerza en la red de eco aldeas. Pero habían pasado ocho años juntos aquí y Jonay el doble, entregado con pasión a estas personas que tanto lo necesitan. Incluso sin medicación para tratar el SIDA se dieron con tanta pasión…

- Tú dices que cada persona es un mundo, Juan. No me compares, no te compares. Nosotros vinimos aquí desde una vida muy urbana y donde nacieron y crecieron nuestras hijas. Ya no puedo por más tiempo ocultarte mi tristeza.

Los dos se miraron, esta vez con profundidad. Ambos tenían las miradas nubladas por lágrimas. Los cruces de caminos del amor no pueden retener los diferentes rumbos que eligen las almas. Se abrazaron. Cuando Juan acercó sus labios, ella se separó y entró en la casa. Juan se quedó fuera pensando. Si se empeñaba en seguir viviendo en Ukuzwana, sufriría su matrimonio, quizás ya herido. Si se iban de Ukuzwana, se alejaría de lo que sus ideas, ahora más claras que nunca, le decían debía hacer y no podría mirarse al espejo y sentirse honesto con su pensar, con su vivir.

Se acercó a la casa parroquial donde vivían Patxi y NoLwasi, con los pequeños Adam y Unai, y las ya adolescentes Nothando y Thandiwe, huérfanas del SIDA y, como decía Patxi, ángeles para la Nueva Humanidad. Patxi leía una carta a la luz de una lámpara de queroseno.

-Hola, Aita.

Como hacía Jonay, y tantas gentes de la misión, le llamaba padre en vasco, y así le sentía. Patxi había pasado los sesenta años de edad y respiraba pasión por su vida, junto a NoLwasi, de entrega a los demás. Juan sentía vergüenza de decirle que tendrían que irse de la misión cuando aún no llevaban ni dos años allí.

- Hola Juan, *Linjani*. (¿Cómo estáis?)

- Yo soy muy feliz aquí, Aita.

- Lo sé Juan. Yo te veo y veo a Jonay. Sois el mismo espíritu de entusiasmo y pasión. Solo hay que ver como abrazas a los pacientes, como les damos las buenas

noches, como cantas los mmmm zulúes. Eres muy querido aquí. A mí me llaman *sindisabantu* (salva a la gente) y a Jonay le llamaban *ulibona* (nos observa). ¿Sabes cómo te llaman a ti?

- ¿Me han opuesto un nombre?

- Si, te llaman *thandabantu* (el que quiere a la gente) por tu cariño a todos. Desde que te asocian con los medicamentos que por fin conseguimos para el SIDA y que hacen que vuelvan a la vida desde esa terrible enfermedad que sigue asolando Matabeleland, África y el mundo, también te llaman «*ulilapa*» (el que nos cura).

- Me gusta más *thandabantu*. Llámame Thanda desde ahora, ¿vale?

- Así te bautizo.

Le hizo en broma el signo de la cruz.

- Pero en todo ello Cristina no se siente igual.

- Lo sé, Thanda. Lleva tiempo siendo como una sombra en la misión, sin alegría. Vino a hablar conmigo hace unos días. Necesita volver a Madrid.

- Sí, me lo ha dicho. No sé qué hacer. Si vuelvo con ella me sentiré bien por aliviar su angustia, pero no seré yo quien tome ese vuelo, será una sombra de mí. Mi espíritu quiere estar aquí. Me siento por primera vez noble en mi quehacer. Mi pensar y mi vivir están en armonía. Quizás nunca antes lo estuvieron.

-Es difícil, Thanda. Ya habéis intentado pasando ellas temporadas en Bulawayo por si pudiera sentirse más a gusto y más segura. Pero anhela demasiado la vida de la que venís, Thanda. No la debes culpar por ello.

- Pero no quiero ni debo dejaros solos. Me comprometí con Jonay, contigo, con estas gentes tan necesitadas.

-Buscaremos la solución, Thanda. Seguro que puedes encontrar formas de colaborar con gentes necesitadas en Madrid. La felicidad no tiene coordenadas y las formas de entregar lo mejor de cada alma se adaptan allá donde estemos. Es más, te diré una cosa: allí donde todo parece seguro, donde todos corren y compiten sin cruzar miradas, es donde más falta hace derramar bondad y amor. Lo noto en las cartas que me manda Jonay. Intenta mantener unida tu familia, Thanda.

Patxi se lo decía con tristeza pues había ido creando con Thanda un lazo parecido al cariño paternal que sintió y sentía por Jonay. Era asombroso el parecido de aquellas dos almas. Ya había pensado, aprendiendo de Jonay, una forma para hacerle más fácil la partida, a pesar de que le rompía el corazón:

- Me he adelantado y he hablado con Buhleve. Ya está terminando su especialidad de cirugía en Johannesburgo y dice que está preparada para volver a Ukuzwana. Podrá ir sustituyéndote si le acompañas un par de meses, como hizo Jonay contigo.

Thanda le dio las gracias y un abrazo emocionado. Volvió con el corazón partido a su hogar, donde ya dormían Cristina y las niñas juntas. Sintió el desgarro de claudicar en ideas y forma de vida por adaptarse a las necesidades de su compañera. Sí, era una renuncia generosa. Pero se preguntó: ¿podré ser feliz sin ser yo? ¿Podré ser yo sin ser feliz? ¿Podré amar sin ser ni yo ni feliz?

Patxi acababa de leer otra carta de Jonay en la que le contaba su desencanto con la jungla de Nueva York y como ese mundo de prisas y palabras parecía haber secuestrado el espíritu de Aimsa. Mientras veía alejarse a Thanda con el paso desencantado hacia su familia, sin ser él, sintió el vértigo de una despedida, otra más, inminente, de otra alma gemela. En su pequeña radio oyó la noticia de que dos aviones de pasajeros se habían estrellado contra las torres gemelas de Nueva York causando miles de muertos, a la vez que otro se estrelló contra el Pentágono. Los atentados habían sido reivindicados por el terrorismo islámico de al-Qaeda. Cuando parecía que el mundo se empezaba a sembrar de luces de eco aldeas, volvía el terror, que, en espirales por intereses de poder, parecía anunciar un siglo XXI aún lleno de sombras.

Pensó en sus padres, en su tío Patxi, pensó en Tulani y en Anwele, pensó en la Iglesia encadenada a sus jerarquías, pensó en Jonay perdido en aquella jungla de cemento, seguro que, asistiendo en las calles a heridos del atentado, y ahora en Thanda, a quien ya temía ver partir. La vida era realmente un constante recomponer sueños rotos. En el fondo del alma yacían los trozos de esos sueños que con delicadeza recogíamos y reinventábamos en nuevos sueños. Los nuevos sueños a menudo se rompían de nuevo y los pedacitos eran cada vez más pequeños, hasta casi ser polvo con el tiempo y fluir hacia el universo. Quizás ese polvo de estrellas del que decían veníamos se transformaba en el polvo de tantos sueños rotos que filtraba mágicamente la luz y las lluvias en arcos iris que inspiraban más y más sueños… eternos, infinitos… ¿todos unidos?

III

EL DOLOR LLEGA AL PARAÍSO

Comunidad de la Ternura, Gomera, enero 2002

John oía la radio en el porche de la casa central de la comunidad de la ternura. Había ido perdiendo la vista y le diagnosticaron cataratas en el hospital de La Gomera. Sus varias vueltas al mundo y su trabajo, casi siempre bajo el sol, habían endurecido sus cristalinos y ya casi opacos no le permitían enfocar ni leer, como tanto le gustaba, libros y, sobre todo, las cartas de su hijo Jonay. Tendría que ir a operarse a Tenerife para prevenir que se atrofiasen sus retinas que ya apenas recibían luz. Escuchaba que se creaba la moneda del Euro y que se firmaba la paz en Sierra Leona. Saidu había vuelto allí para contribuir a los diálogos de paz.

Vio con preocupación que había llegado una carta con remite de la «presidente del Cabildo Insular de La Gomera».

Desde la fundación de la comunidad en el Cabrito, La Ternura, siempre había insistido en mantener el registro legal con el Cabildo (la representación del gobierno en la isla), pagar los impuestos de la propiedad y de los ingresos que dejaban voluntariamente visitantes a la comunidad o los que sacaban en las ventas de la artesanía de las ramas pulidas de ramas caídas de brezo y de sabinas. Dentro de la comunidad y en otras eco aldeas de la red había quienes se oponían argumentando que no querían que su esfuerzo contribuyese a ejércitos, monarquías, mataderos, fiestas de toros o industrias contaminantes. Muchos de ellos eran hijos de los movimientos hippies de los 60 y gustaban de los efectos de la marihuana o los hongos alucinógenos, que consideraban mensajes de la naturaleza. Otros estaban vinculados a movimientos anti globalización, a veces con posiciones algo violentas frente a las instituciones. Llamaban a quienes vivían en la sociedad «borregos» y eso molestaba mucho a John quien les decía de forma severa:

-Cada persona en el mundo es un «héroe de su propia historia» y merece respeto.

Pensaba que sí tenían razón en su rechazo a las religiones y gobiernos que en todo el mundo permitían e incluso promovían que se arrasase con otras formas de vida sintiendo que la humana, y sobre todo los poderosos, era superior a las demás. Creerse en posesión de la verdad o en una escala moral superior sería, decía John, la semilla de su autodestrucción. Nada era más sabio que la humildad.

El dilema, que discutió John desde las primeras reuniones hacía cinco años en Findhorn, era que no podían ni debían vivir aislados del resto de la Humanidad. Además, no podían cerrar los ojos al sufrimiento natural y animal en otros lugares y solo vivir en su «paraíso» denunciando el daño ajeno y sin querer estar contaminados por ninguna otra idea, jerarquía o gentes. Por otro lado, no podían ser autosuficientes en todo y renunciar a cualquier beneficio del progreso: desde las carreteras que le comunicaban al interior de la isla, la radio que ahora escuchaba John, el ordenador con el que se comunicaban con el mundo, las placas de sílice de energía solar o el hierro de las palas para trabajar la tierra. En justo equilibrio a beneficiarse del sudor y progreso de otros y de previas generaciones, debían contribuir con impuestos, con ideas, con propuestas, y sobre todo con empatía y aprecio por quienes no pensaban como ellos. Así lo había hablado con la red de Aldeas Ecoespirituales y en sus estatutos, que defendía Aimsa en Naciones Unidas, constaba: «Las comunidades de la red de comunidades eco-espirituales (inspiradas en el decálogo de Umbela) son autónomas en sus formas de vida y tienen acceso a bienes públicos y servicios sociales en acuerdo de colaboración con las comunidades y gobiernos vecinos».

John siempre había insistido en que ellos no debían ser propietarios de nada natural: ni la tierra, ni el agua, ni las montañas, ni las plantas o los animales. Eran guardianes de la salud de la naturaleza, la Pachamama como la llamaba Lisy desde el saber indígena, en armonía con la propia. Fue así que llegaron en 1982 a un acuerdo de usufructo, como se hacía en Cuba según le contaba Fernando, de veinte años con el Cabildo Insular, y así animaba a hacer al resto de eco aldeas. La propiedad, colectiva o individual, de tierras, objetos, dinero, personas o conocimiento, era el germen de la avaricia, las luchas y el dolor en la Humanidad, solía decir.

Ahora, su propia condición de pérdida de vista era aún más reveladora: ¿cómo podría solicitar tratamiento y la operación que necesitaba, de un servicio de salud al que no hubiera colaborado con impuestos en toda su vida?

Pensaba en estas cuestiones cuando Umbela se acercó con un guiso a base de semillas de girasol, almendras y espinacas, todo de las huertas de las laderas del valle de la Ternura, y ricas en vitamina E para prevenir que progresase su pérdida de vista. John le agradeció su generosidad de siempre y cuando acabaron de comer, John guardó la carta en un bolsillo y le pidió que fueran a dar un paseo hasta el alto hasta el Roque del Sombrero, desde donde había una hermosa vista del Teide al atardecer.

- Umbela, no te he contado qué me ha estado ocurriendo esta última semana, para no preocuparte. Pero debo decírtelo pues creo que puede afectar nuestras vidas.

- Dime, John, pensaba que estabas con Fernando en San Sebastián arreglando su velero.

- Sí, así era. La noche del martes pasado fuimos a cenar a la casa del médico internista del hospital, Luis. Él es de Madrid, ha trabajado en Ghana y trata a los pacientes con mucho cariño. Quiere animar un partido humanista de La Gomera, que respete la naturaleza y proponga una isla sin propiedades. Hace una semana su familia y él pasaron unos días con Fernando en la playa de Arguamul, comiendo de la huerta, escalando con sus hijos las rocas y ayudando a subir mástiles de naufragios a la comunidad de Valentía. Hablando de todas esas ideas, se nos hizo media noche.

- Sí, ya me han hablado de él en el mercado. Hay quienes le quieren mucho por su humanidad y quienes le critican por no enviarles en viajes pagados por el servicio de salud a Tenerife, donde se habían acostumbrado a abusar del dinero público y a donde iban, a menudo, de compras.

- Resulta que Luis, como Jonay, ha vivido en hospitales con pocos medios y apenas evacúa pacientes en el helicóptero. Me dice que como por cada evacuación la empresa cobra cien mil pesetas, desde ahora habrá que calcular en Euros, le presionan para que mande más pacientes a Tenerife. Dirás de quien es la empresa: de Don Juan Manuel, el cacique que te pretendió. También está construyendo el aeropuerto en la playa de Santiago, varios hoteles en Valle Gran Rey y, con los dueños de los ferris Fred Olsen, quieren levantar un gran restaurante en el medio del Garajonay.

- Sí, Juan Manuel de Bethancourt fue quien me acosó en el instituto y al yo, una pobre campesina de Hermigua, rechazarle, su padre, ya dueño de las plataneras de Hermigua, despidió a mi padre.

- Pues estábamos hablando de estos asuntos en la azotea de la casa que alquila Luis en la calle Real, frente a la Iglesia, cuando desde la acera oímos a una persona con acento norteamericano gritar ¡Dr Luis!

Según avanzaban hacia el Roque del Sombrero John le siguió contando:

- Luis bajó a la calle y a los 10 minutos subió con cara de preocupación y nos dijo así: «John, Fernando, voy a tener que dejaros».

-El americano que le llamaba, James, tenía un barco en el puerto, y le contó que en un velero vecino alguien estaba inconsciente y que no querían ir al hospital. Nos dijo así: «No sé por qué. Hay algo raro. Voy rápido a ver qué ocurre».

-Según bajábamos la calle los tres, yo le pregunté a Luis:

-Dime, Luis, James, ¿es de Brooklyn? ¿Con un barco que llama New Morning en el que navega solo con su gato Dylan?

John le relató lo ocurrido entonces:

Luis, asombrado por cómo podría John saber acerca de aquel marinero, le respondió:

- Sí, ¿por qué? Le traté de una neuropatía en las piernas, creo que está desarrollando una diabetes y necesitará quedarse un tiempo en La Gomera.

- Es quien ha cedido su casa a Jonay y Aimsa en Nueva York y nos ha estado ayudando a carenar el barco con Fernando. Déjanos ir contigo Luis, parece todo muy extraño.

Bajaron, saludaron a James y caminaron con James hacia el puerto náutico.

Según cruzaban la plaza de Las Américas, James les puso en contexto:

-El joven que al parecer está inconsciente es de Alemania. Llegó con otros tres jóvenes en un velero desde Madeira. Desde que atracaron noté que venían drogados. Esta noche salieron al pueblo y volvieron hace aproximadamente una hora. Hace una media hora me dijeron que uno de ellos parece estar en coma. Me preguntaron si conocía a un médico. Vine en seguida a buscarte Luis.

Llegaron por el muelle del puerto náutico hasta un velero atracado al lado de New Morning. Se llamaba Edelweiss y en él había tres jóvenes con bermudas y asustados en la cubierta. James se fue, con discreción, a su velero. John se quedó con dos de los jóvenes mientras Luis bajó al camarote con el tercer joven y con Fernando. Notó que había un plato con cerillas y limón, y un torniquete. En un camastro estaba tumbado un joven de unos veinte años. Luis notó que tenía las pupilas en punta de alfiler y que tenía signos de punción en las venas del brazo. Tenía un pulso débil y no respondía a ningún estímulo. Era claramente una sobredosis por heroína.

Luis llevaba una mochila de primeros auxilios. Le puso una inyección intravenosa de naloxona, antídoto de la heroína, y otra de adrenalina. Le intubó y comenzó a ventilarle los pulmones con un ambu. Le pidió a Fernando que siguiera ventilándole mientras le dio masaje cardíaco durante un minuto al ver que perdía el pulso. A los diez minutos fue recuperando la respiración espontánea y le quitaron el tubo endotraqueal. El pulso empezó a ser pleno y las pupilas se empezaron a dilatar. Luis notó que volvía la perfusión a los dedos. Cuando ya estaba estable, hablaron con su amigo en inglés.

- ¿Cómo se llama? ¿Qué ha pasado?

- Gracias doctor. Me llamo Erich, mi amigo se llama Johannes. Venimos desde Hamburgo. No le voy a engañar. Esta noche Johannes se inyectó una dosis de heroína que compramos en el pueblo.

- ¿En la isla?

Preguntó Fernando extrañado.

Era la primera vez que oía que en la isla se vendiera heroína. Sí que había quienes traían de Marruecos marihuana y hasta parecía que ya había quien la cultivaba por las terrazas de Alajeró. Fernando y Luis se miraron con gravedad. Sabían que la heroína podría destruir muchas vidas de jóvenes de la isla, y con ellos a muchas familias.

- Doctor, si ingresa a Johannes y avisan a la policía incautarán el barco y nos meterán presos.

Luis salió a la cubierta con Fernando mientras bajaban los otros jóvenes al camarote a estar con su amigo, que iba recuperando la conciencia. Luis y Fernando le contaron lo ocurrido a John y salieron los tres al muelle.

- ¿Qué piensas Fernando, avisamos a la guardia civil?, dijo Luis.

- Por un lado, podría ayudar en que sigan la pista al tráfico de la droga. Por otro lado, es verdad que meterían preso al chico, quizás a los demás también, y eso le iba a perjudicar. Aunque merecen un escarmiento, se iban a hundir aún más en la droga. Las cárceles, donde circula la droga, son el peor lugar para curarse de la adicción. Además, tengo dudas de si la guardia civil iba a perseguir ese delito. Estoy cansado de poner denuncias sobre cómo están arrasando la isla los Bethancourt y otros mientras a las eco aldeas nos llaman «hippies sucios». No hacen nada contra los caciques.

En ese momento dijo John:

- Hagamos algo: les decimos que no diremos nada y que se vayan mañana de la isla. Les aconsejamos que pasen por El Cabrito, donde tenemos dosis de metadona para unos quince días pues un comunero de la ternura ha venido de Francia a tratarse de su adicción. Que naveguen de vuelta a Alemania y busquen allí como desintoxicarse. Pero todo a condición de que nos digan a quién y dónde compraron la droga.

De esa forma averiguaron que la droga venía los lunes y los jueves en el ferry Benchijigua, y que la llevaban al bar La promesa, en la carretera hacia Chejelipes.

- Eso es un riesgo muy alto en esta isla, cariño.

Dijo Umbela.

John prosiguió:

- Seguimos carenando el barco de Fernando y el jueves quedamos con Luis para ir, antes de la llegada del ferry, a hacer guardia fuera de ese bar. Resulta que vimos al hijo del cacique Juan Manuel bajar de su Mercedes negro y entrar en el bar. Al poco tiempo vino una furgoneta, aparcó delante y salieron dos jóvenes. Salió el hijo del cacique e intercambiaron una bolsa de cuero por un sobre. Parece muy probable que allí se está traficando droga.

- El viernes fui a hablar con el presidente del Cabildo. Él fue muy amable cuando le ofrecimos ceder la finca de El Cabrito al Cabildo y tenerlo en usufructo para la actividad agroecológica, a cambio de impuestos reducidos y sub-

venciones para el turismo rural, que nunca llegaron. Empezó siendo muy cortés y me dijo que tocaba renovar el usufructo. Cuando le dije que sospechaba que había tráfico de droga y la familia Bethancourt podía estar implicada, cambió su actitud. Me respondió airado que no había droga en La Gomera, que esa acusación a una familia tan respetable y dedicada al bien de La Gomera era muy grave y que en cualquier caso informaría a la Guardia Civil.

-Por eso temo, Umbela, que esta carta no traiga buenas noticias.

- Hiciste lo que debías hacer John. La droga en la isla puede destruir muchas vidas, muchas familias. Y no me extraña que los Bethancourt estén implicados. Sabes que mi madre, ya muy débil y sin ganas de vivir desde la muerte de mi padre, dice que ese cacique no la dejó vivir en paz y se sintió acosado toda su vida.

Abrieron la carta y Umbela se la leyó a John, quien ya apenas podía fijar la vista por las cataratas:

Estimado señor Harris,

Por el presente lamento comunicarle que, debido a cambios en los planes urbanísticos en la isla, el usufructo de la finca La Ternura, sita en el barranco de El Cabrito, y con permiso de uso agrícola de y hotel rural, no será renovado el próximo mes de marzo, tras veinte años de su concesión. Ruego dejen vacante las instalaciones antes del próximo mes de junio y un inventario, si así lo desean, de las inversiones que no pueden trasladar y su valor estimado, para considerar su reembolso.

Atentamente

Don Cayo Rubelo
Presidente del Cabildo de La Gomera

Umbela le miró a John, quien estaba mirando el atardecer detrás de El Teide.

-No te preocupes cariño. Desestiman la fuerza de la ternura.

IV

LA JUSTICIA DESAFÍA AL AMOR

Johannesburgo, junio 2002

Así rezaba bordado en hilo azul claro su nombre en el bolsillo superior derecho de su bata blanca. Buhleve pasaba la visita a los pacientes ingresados en la sección de cirugía del hospital Charlotte Maxeke, en honor a la primera universitaria sudafricana negra, en Parktown, Johanesburgo.

Vivía en la casa de Nadine, la periodista amiga de sus padres y de Mandela, que escribía sin cesar sobre las injusticias en Sudáfrica. Buhleve celebró la liberación de Mandela al empezar su carrera. En el último país en abandonar el racismo legal, el apartheid, aún reinaba la profunda brecha entre blancos ricos y negros, la mayoría de ellos, pobres.

Buhleve llevaba diez años en aquel hospital, primero como estudiante y luego como médico residente de cirugía. Desde que Haka la rescató cuando tenía quince años, fue adoptada por él y Helen y conoció el mundo de armonía y amor en Ukuzwana, había querido ser médico y aliviar el dolor de tanta gente que vio sufrir y morir por SIDA, incluidos sus padres, en su Matabeleland natal. Aún con el profundo trauma de haber estado más de un año secuestrada por las garras de la red de prostitución infantil en Soweto, terminó su secundaria en Bulawayo, colaboraba en la organización Sibithanda e iba cada fin de semana a ayudar a Jonay en el hospital. Aprendió de Patxi a curar el rencor con amor. Recordaba como le decía: «nada hará más pura a tu alma y te hará sentir más paz que amar a todos, y, aunque parezca difícil y hasta injusto, también a quienes te hacen daño». Con ese sentimiento se fue convirtiendo en una mujer delgada y delicada físicamente con una expresión entre dulce y tímida, y una determinación de hierro para estudiar, convertirse en médico y aliviar el dolor de las injusticias que ella había conocido en su propio ser.

Un día en el quirófano de Ukuzwana vio como Jonay se enfrentó a una perforación intestinal por fiebres tifoideas. Al abrir el abdomen vieron que una

buena parte del intestino delgado estaba necrosado. La resección intestinal hubiera sido muy arriesgada con los medios que allí tenían. Decidieron cerrar y darle cloranfenicol, el único antibiótico que tenían y podría curarla. Pero la infección estaba muy avanzada. La paciente, una mujer de veintiocho años, los mismos que ahora tenía Buhleve, falleció dejando tres niños huérfanos, con el padre en Egoli, como tantos en los *kraals* de Matabeleland, a cargo de sus abuelos. Buhleve recordaba con frecuencia ese momento y no paraba de pensar qué hubiera sido de esa mujer si hubieran hecho una resección intestinal con anastomosis compleja, habilidades de un cirujano que ni los medios de Ukuzwana ni la experiencia de Jonay permitieron. Por eso, tras acabar la carrera con honores, decidió especializarse en cirugía para volver un día a Ukuzwana y hacer de aquel pequeño quirófano, que Jonay había iniciado hace ya dieciséis años, el mejor de todo Matabeleland.

Llevaba siempre en su bata el manual de John Gray, que Jonay le regaló al irse a Nueva York. Lo había ido llenando de notas que actualizaban medicamentos o técnicas. Siempre utilizaba un fino rotulador rojo para anotar tratamientos que posiblemente no estarían disponibles en el humilde hospital de Ukuzwana, su destino del alma.

Desde que volvió a Johannesburgo había evitado pasar por las zonas de Soweto donde fue secuestrada. Cuando Buhleve estaba en el tercer año de la carrera, se enteró, con un cierto alivio que le causaba una extraña sensación de culpa, que Jason, quien la retuvo con palizas y drogas durante cinco meses, había muerto de SIDA en la cárcel. Godfrey, Dasy y los demás cómplices de la trama de tráfico de niños, seguían presos. Durante los primeros años constantemente le preguntaba a Nadine si les habían liberado, miraba detrás constantemente cuando caminaba por la ciudad y tenía pesadillas en las que se le aparecían y la volvían a perseguir.

Ni Haka ni ninguna de las amistades que tan valientemente se habían jugado la vida por su libertad le preguntaron nunca si llegó a ser prostituida en el burdel de Dasy, de donde fue rescatada. Nunca hablaba de ello. Era como una laguna que imponía a su memoria. La vida puesta en pausa en una dimensión que su mente quería borrar. Pero la memoria a veces evocaba, aunque en una neblina, lo que ocurrió esa noche en el cuarto del burdel de Dasy en el que fue encerrada.

Dasy era una mujer que entonces tendría unos cuarenta años, entrada en carnes, con el pelo brillante de glicerina, los labios y párpados aparatosamente pintados y siempre fumaba con boquilla en un patético intento de sofisticación. Buhleve recordaba con terror su sarcástica risa ante el terror de las niñas secuestradas. Según una macabra creencia, las personas con enfermedades de transmisión sexual se podían curar teniendo sexo con una niña virgen. Pagaban hasta doscientos dólares a Dasy por dicho macabro acto. Ella entregaba la mayor parte a Jason y este a Godfrey. Por eso, al llegar el nuevo grupo de niñas ndebeles, Dasy las llevó a cuartos separados, empujándolas a golpes. Buhleve recordaba cómo

tras unas horas encerrada aquella noche, volvió Dasy, cerró por dentro la puerta y le dijo en zulú, que Buhleve entendía por su similitud con el ndebele, que iba a recibir la visita de un cliente muy distinguido y tendría que hacer todo lo que él le pidiera. Buhleve, atemorizada, lloraba en una silla en una esquina y repetía «*Obaba, omama, ungapi yini…*?» (padre, madre, ¿dónde estáis?). Dasy le dijo que se pusiese un vestido muy corto rojo, y le dio un vaso de aguardiente para beber, en el que, luego lo sabría, había diluido varios sedantes. Al rato se quedó dormida. Después llegó Dasy con un hombre blanco de unos cuarenta años de edad que vagamente recordaba con un bigote grueso pelirrojo, los dos dientes incisivos dorados, muy obeso y que cojeaba de la pierna derecha. El hombre, sin mediar palabra comenzó a desvestirse. Dejó al descubierto un tatuaje en su hombro derecho con un corazón y Love or die debajo. Buhleve empezó a temblar y a acurrucarse. Cuando el hombre se acostó a su lado, Buhleve se resistió gritando que había sido secuestrada. Ante los gritos entró Dasy y se puso a golpearla… Ya no recordaba más. Se despertó a la mañana siguiente con un terrible dolor y sangrando entre sus piernas.

Al llegar a Ukuzwana Jonay le había recomendado hacerse el test del SIDA que salió, milagrosamente negativo. La primera en abrazarla con el resultado fue, desde su maravillosa valentía y generosidad, Anwele. Cuando ya estaba en sus últimos años de medicina consultó a un ginecólogo del hospital, quien le examinó. Le dijo que el desgarro que le habían ocasionado aquella noche le había dejado posiblemente estéril y necesitaría una compleja operación para poder tener relaciones sexuales.

Esa mañana de junio estaba de guardia en la urgencia cuando entró un hombre de unos sesenta años con un fuerte dolor abdominal. Apenas se fijó en sus facciones y descubriendo el abdomen pudo comprobar signos de un «abdomen agudo» por una probable perforación intestinal. Recordó su decisión de ser cirujana para salvar vidas como en este caso. Le dijo al hombre que se quitara la ropa y se cubriera con una sábana pues necesitaba examinarle. Fue a buscar un suero, una sonda intravenosa y una aguja para perfundirle y prepararle para la operación. Al volver a la camilla de exploración vio los dientes dorados y el tatuaje de quien le truncó la vida como mujer y cuyo recuerdo tantos años la había atormentado. Su mirada dulce y tono de afecto a todos los pacientes se quebró. Salió del cuarto y fue al control de enfermeras. No podía hablar, pero sus colegas vieron su semblante de terror y su respiración agitada. Le pidió a una de las enfermeras de guardia que le pusiesen el suero y buscó a algún colega cirujano que pudiera sustituirla. Sus manos le temblaban, su corazón palpitaba, su vista estaba nublada, pero, sobre todo, una voz desde muy dentro clamaba venganza. No había ningún otro cirujano de guardia, no quería explicar a nadie su historia y pensó en las palabras de Patxi: «nada hará más pura a tu alma y te hará sentir más paz que amar a todos, y, aunque parezca difícil y hasta injusto, también a quienes

te hacen daño». Seguramente aquel hombre hubiera pagado una multa o ni siquiera, y su terrible daño había quedado impune.

Aunó fuerzas y serenidad y sin poder mirarle a la cara, le explicó que tenían que operarle. Salió a la sala de familiares para explicarles la situación y la operación que necesitaba.

- ¿Familiares de Joseph Smuts?

Una mujer, de nombre Nancy Smuts, de una edad parecida a la de Buhleve, respondió como hija del paciente. Era de raza blanca, vestida con elegancia, peinado de peluquería y olía a perfume caro, un olor insoportable para Buhleve.

Buhleve hizo la operación como un autómata, sin hablar con nadie, comunicándose por gestos y quitando de su mente cualquier imagen del pasado. Identificó una perforación por un tumor avanzado en el colon descendente. Resecó todo lo que pudo el tumor y los ganglios adyacentes, y dejó una colostomía.

Al acabar la operación, se cambió y se puso su bata, fue hacia la sala de espera, y llamó a Nancy Smuts. Le pidió que le acompañase a un cuarto privado donde podría hablar confidencialmente con ella.

- Señora Smuts, hemos operado a su padre y ya está en la sala de recuperación, sus constantes vitales están estables. Tenía una perforación en el colon.

La mujer se fijó en el nombre bordado en la bata y dijo:

- Doctora Beloki –dijo, acentuando su extrañeza por el apellido–, ¿tiene usted el título de cirujano especialista? Mi padre es una persona muy importante en Sudáfrica, y exijo el mejor tratamiento.

- Señora Smuts, soy cirujano de último año de residencia, estoy cualificada cada año para las responsabilidades de urgencias como la que ha sufrido su padre y he hecho como cirujano principal más de cincuenta operaciones similares. Su padre, como cualquier enfermo de este hospital y cualquier sudafricano sea cual sea su raza o su condición, ha recibido el mejor tratamiento que podemos darle.

Buhleve dijo estas palabras mirándola severamente y sin agachar la cabeza como tras tantas generaciones de supremacía blanca hacían aún muchos ante la prepotencia blanca. Su actitud desafiante y firme aplacó la arrogancia displicente de la señora Smuts.

- No dudo de su capacidad, solo quería asegurarme que los derechos de mi padre son respetados.

Derechos. Pensaba Buhleve. Para que ese blanco «importante» hubiera ido a un hospital público, tendría que haber perdido sus privilegios de otros tiempos donde ni los hospitales, ni las escuelas, ni las ventanillas de atención al ciudadano, ni los bancos en las iglesias, ni los grifos de agua en la calle, ni las aceras… eran compartidas entre blancos y negros y podrían ser multados por ello. Recordaba también que la unión de un blanco con una negra o «mujer de color» era considerado un delito, estipulado por el Immoral Act. Ahora reclamaban sus derechos

en igualdad. Cuando ese hombre había destrozado sus tiernas entrañas cuando aún no sabía, ni quizás nunca lo supiese, lo que era ser mujer.

Pensó entonces Buhleve que, si bien la venganza destruía el alma del vengador, y que había salvado ya la vida de quien se la destrozó, era justo que la verdad la supiera su familia y aquel hombre se enfrentara a sus actos por el jurado que mejor sabría tratarle durante la vida que le quedara gracias al perdón de Buhleve. Perdonar, pero no olvidar. Clemencia, pero justicia. Ya no sería ella la única que cargaría en su alma el eco del más profundo dolor.

- Señora Smuts, debo informarle de dos condiciones que tiene su padre. La primera es la menor grave: su padre tiene cáncer de colon. Lo hemos resecado lo mejor que hemos podido y hemos dejado una colostomía para cuando supere la peritonitis por su perforación y se pueda cerrar mediante anastomosis. Le seguirán en consulta mis colegas de oncología para vigilar su desarrollo y darle el mejor tratamiento posible.

- Dios mío, cáncer… -exclamó la mujer–. ¿Pero se curará verdad? ¿Y cuál es la segunda condición que sufre mi padre?

- La segunda condición no tiene cura. Solo la verdad y el arrepentimiento puede aliviarla, pero el daño causado ha dejado una huella que nada ni nadie pueden borrar. Hace ahora trece años que su padre acudió a un burdel en Soweto para violar a una niña virgen pensando que así se trataría sus enfermedades venéreas.

La mujer se quedó como petrificada. Sabía de la vida infiel de su padre y de sus abusos como capitán policía durante el apartheid. Pero era un gran secreto disfrazado de hombre honorable, medallas y diplomas de honor, misa semanal y hasta contribuciones al Salvation Army.

- Aquella noche una niña de quince años fue abusada con violencia por su padre y los daños han dejado marca en su cuerpo y su alma para toda la vida. A pesar de tal dolor, esa niña, rescatada de la mafia del tráfico de huérfanos de Matabeleland, fue adoptada por una familia de amor, terminó sus estudios, decidió ser médico para ayudar a aliviar el dolor ajeno y está a punto de acabar la especialidad de cirugía.

En ese momento Buhleve señaló el nombre bordado en su bolsillo de la bata. La mujer no pudo sostener su mirada y la desvió hacia el suelo. Buhleve prosiguió.

- La familia que me rescató de aquel horror me inspiró valores de amor a todas las personas, generosidad con quienes más lo necesitan y perdón. Pero a pesar de hoy haberle dado a su padre lo mejor de mí para salvarle la vida, la justicia es también necesaria para que haya paz. Seguramente su padre salió impune de aquella redada o apenas pagó una multa por la ley de actos inmorales. Hoy es necesario y justo que usted, a quien seguramente dio cuidados y amor durante

su vida, sepa lo que su padre causó a quien hoy le habla sin venganza, pero con la necesidad de que la verdad se sepa. Ustedes serán su jurado y su culpa y vergüenza por sus horribles actos, será su más severa condena.

Buhleve, con la mirada bañada de lágrimas de dolor, salió del cuarto y subió al tejado del hospital. Mirando las estrellas sintió el alivio de un peso que había arrastrado la mitad de su vida. El daño ya solo era físico, y lo superaría con la valentía que le inspiró su familia de Ukuzwana y, estaba segura, sus padres y abuelos, ya desde otra dimensión que ahora brillaba en la Cruz del Sur.

Un mes después, como cada verano, volvería a Ukuzwana para trabajar en las consultas, en las salas, el quirófano y visitar enfermos en los *kraals*. Este año se reencontraría también con Jonay, su maestro y referencia de valores en la medicina, quien volvía desde Nueva York. Recordaba que ese viaje era el que a la inversa hacían muchos jóvenes hipnotizados por «*egoli*» (donde está el oro) y por el dinero y las comodidades materiales, y el que hizo ella también con sus secuestradores que hipnotizaron a sus abuelos con un futuro para su nieta lejos de las arenas secas y las almas agotadas por el dolor y la desesperanza. El viaje de vuelta, como el que haría ahora, muchos lo hacían en una caja de madera. Pero ella volvía llena de vida para alimentarse en Ukuzwana de esperanza, armonía e ilusión. *Love or die*… Se sentía extrañamente libre finalmente para amar, para vivir…

V

JIRONES DEL ALMA EN UN RELEVO DE LUZ

Ukuzwana, septiembre 2002

Buhleve llegó a finales de julio a Bulawayo donde se abrazó a sus padres adoptivos, Haka y Helen. Unos días después siguió a Ukuzwana y se dispuso a ayudar a Thanda. Se llevó la sorpresa de que ya no estaban Cristina ni sus hijas. Había llegado la noche anterior y habían estado juntos en consultas, las salas y el quirófano, sin apenas tiempo de hablar de nada personal ni intimidad para ello. Notó que Thanda se iba al atardecer a pasear solo por los *kraals*. Parecía meditabundo. Patxi estaba en unas reuniones de cooperativas que había animado en el cultivo del sorgo. Pasó una tarde agradable en entrañable tertulia con NoLwasi. Cuando cayó la noche vio a Thanda en el porche de su ermita y se acercó para hablar con él.

- *Salibonani Baba*. (te vemos padre)

- *Salibonani udade wami*. (te veo mi hermana)

- ¿*Abantu banjani*…? (¿tu gente dónde está?). ¿Dónde están Cristina y las niñas, Thanda? ¿Se fueron a Bulawayo?

- No, Buhleve, no te lo quería decir por carta. A principios de año Cristina decidió volver a Madrid, y se llevó a las niñas. Ángeles y Daniela sufrieron mucho en la despedida de la misión, sobre todo por alejarse de Adam y de Unai, eran ya como hermanos.

- ¿Y qué ocurrió, Thanda? Parecíais tan felices aquí en familia…

- También eso pensaba yo, pero quizás quería ver una realidad que era más mi sueño. Buhleve, yo vi en Jonay y en todos aquí una forma de vivir y trabajar que está toda trenzada en torno al amor y el compromiso por quienes más lo necesitan. Nunca me he sentido tan feliz. Todo me fascinaba: las tertulias de familia, las consultas, las salas, el quirófano, los paseos por los *kraals*, los viernes de película en la sábana, los domingos ecuménicos de Patxi, las escapadas a Bulawayo… todo.

Aquí soy muy feliz, Buhleve, no miro el reloj ni sé qué día de la semana es. Según la filosofía japonesa siento el «*ichigo-ichie*», vivir el momento sabiendo que es una única oportunidad de dejar nuestra huella de amor en los demás. Por primera vez en mi vida mi trabajo es tan valioso y me da tanto gozo como la vida familiar. Soy un solo Thanda. En España era un Juan en casa, bien segura y bastante aislada del mundo, y un Juan en el trabajo, siguiendo todos los códigos tácitos de ser aceptado y también de subir la escalera.

- Te entiendo, Thanda. Lo veo también en la vida de Johannesburgo. ¿Pero parece que Cristina no pensaba igual?

- No. Debí quizás haber estado más atento. No me daba cuenta, o no quería darme cuenta, que todos los planes y, sobre todo, todas las expresiones de entusiasmo por el día, por tareas que hacer, aventuras que descubrir, la belleza del atardecer o de las estrellas, salían solo de mí. La pasividad de Cristina era en realidad la expresión de su tristeza. Y mi entusiasmo la hundía más. Terminó por sentirse arrollada por un tren del cual no sabía saltar, y en un rumbo que no era el que deseaba…

- ¿Y por qué no te fuiste con ella, Thanda?

- Lo hablé con Patxi. No podía irme. Sin estar tú aún aquí y con solo una visita al mes de los médicos cubanos en Brunapeg hubieran cerrado el hospital, cancelado los sueldos y los envíos de medicamentos, y tantos pacientes estarían sufriendo en sus casas sin medios para ir a Brunapeg o a Bulawayo. Decidí con Cristina que ella iría antes y yo me le uniría cuando te pueda dar el relevo a ti, Buhleve.

Nada deseaba más Buhleve que volver a vivir en Ukuzwana, a cuidar del pequeño hospital que levantó Jonay, a inspirarse de la espiritualidad de NoLwasi, de la generosidad de Patxi, a animar a Thandiwe, ya con 17 años, a seguir sus pasos en medicina, a abrazarse a todos esos seres maravillosos.

-Pero aún debo terminar mi especialidad, Thanda, seguiré hasta diciembre en Johannesburgo. Esta distancia de tu familia debe ser muy dolorosa.

- Sí, echo muchísimo de menos a mis hijas. Las imagino jugando por la misión, paseando a mi lado por las tardes y acostándose con la luz de las estrellas. Para serte franco, con Cristina es bueno que tengamos un poco de espacio, siento que caminamos en direcciones diferentes. Es bueno que dibuje su mundo en Madrid como lo desea, sin mi sombra ni juicio. Cuando regrese, veremos si el amor puede unirnos de nuevo en un camino compartido.

- ¡*Amandla*! (¡fuerza!)

Buhleve se despidió con dolor de ver a su amigo y colega tan hundido. Qué difícil podía ser el amor, pensaba. Aunque ella se había cortado las alas de amar hasta ahora, intuía que era lo más bello de la vida si llegaba en equilibrio, sin amadores ni amados, sin vencedores ni vencidos, sin cadenas ni posesiones, como

las más maravillosas bellezas de la vida, las sonrisas de los niños, el fluir del agua, le frescura de la lluvia, las sombras al atardecer, las caricias del viento, las noches estrelladas. Nada de ello tenía propietarios ni códigos. Fluían libres. Belleza y libertad, libertad y amor, amor y belleza. Love or die. Aquel eco del peor momento de su vida parecía ahora llamarla a nuevas formas de fundirse sin miedo con la vida. Estaba deseando que volviera Patxi y contarle primero a él todo lo que le pasó siguiendo su consejo de «amar a quien te hace daño», y luego ir juntos a contárselo a Haka y Helen, sus padres adoptivos, en Bulawayo.

Thanda había programado operaciones todas las tardes de agosto para ayudarle a Buhleve, ya experta cirujana. En total tenía una lista de doce pacientes con hernias complicadas, cuatro que necesitaban colecistectomías, cinco histerectomías, seis pacientes con cáncer de estómago, tres con bocios gigantes, cuatro con linfedemas –elefantiasis-, tres precisaban reconstrucciones faciales de cancrum oris y varios sufrían genu valgo y retracciones tendinosas por poliomielitis. Thanda le enseñó los protocolos de antiretrovirales que aún recibían por el proyecto de Médicos Sin Fronteras, de prevención de transmisión del SIDA en el embarazo por la nevirapina. Le compartió sus inventos para tratar las tuberculosis con drogas menos tóxicas que las que mandaba el gobierno, de cómo medicar a los pacientes con enfermedad del sueño y de bilharziasis y de cómo estaban previniendo y tratando la malaria. También le confió sus planes de un nuevo diagnóstico de salud de la comunidad como el que hicieron Jonay, NoLwasi y Anwele hacía ya trece años.

Al tercer día llegó Patxi una tarde mientras Thanda daba su paseo del atardecer. Buhleve fue corriendo a su encuentro. Se abrazó como una hija ávida del calor seguro que solo pueden ofrecer los brazos de un padre.

- Aita, tengo tanto que contarte.

- Qué alegría verte, Buhleve, *umntane wami* (hija mía). Todos esperamos que venga el verano para verte. Ya supongo que estás sumergida en todas las operaciones que te esperaban y que Thanda te ha puesto al día de todo.

-Sí, es una buena persona. Y está sufriendo. Su alma es libre y quiere darse aquí, pero su familia le reclama en España.

- Sí, Buhleve, no es fácil sintonizar las ideas y sincronizar los tiempos, y a la vez hacerlo fluyendo libres y sin cadenas.

- Necesito contarte a ti solo, y luego a mis padres, algo muy difícil y a la vez trascendente que me ha ocurrido hace un mes en Egoli.

- Dime, hija mía.

- ¿Recuerdas cuando me dijiste siempre «nada hará más pura a tu alma y te hará sentir más paz que amar a todos, y, aunque parezca difícil y hasta injusto, también a quienes te hacen daño»?

– Sí, y muchas veces me preguntaba si era justo decírtelo con el enorme daño que te habían hecho a ti. Supongo que hay situaciones que arrinconan tanto al alma en el dolor que precisan de un grito de justicia fuerte y claro para que haya paz.

– Seguí tu consejo, Aita. Me encontré hace un mes como paciente al hombre que rompió violentamente mi inocencia y mi sentimiento de ser mujer. Pensé en tus palabras y le salvé la vida en una operación.

Patxi la miraba atónito. Buhleve se estaba pareciendo a NoLwasi, en esbelta belleza, en serena sabiduría, y en infinita bondad. Se sintió avergonzado de pregonar lo que él no había sido capaz de hacer, por ejemplo, cuando el obispo le hostigó tantos años hasta cerrar la misión. Sí que había sentido deseos de que le enviaran de vuelta a Europa o que se retirara a un convento a rezar y así no verle más. Pensaba para sí que la rabia y el rencor también son humanas. Como le decía Haka, aunque en eso no podía estar de acuerdo, había veces que era necesaria la violencia para evitar mucho más sufrimiento de inocentes. ¿Tenía algo de cobarde el pacifismo? ¿Era ético poner siempre la otra mejilla? Tenía sus dudas.

Pensaba en todo ello cuando Buhleve prosiguió:

– Después de llevar el amor al extremo que me aconsejaste tantas veces Patxi, sentí la necesidad de que también hubiera justicia mediante su primera premisa: la verdad. Entendí que aquel terrible acto que sufrí en aquel horrible burdel había estado oculto en mi mente por el pudor y el dolor durante trece años y que, aunque los responsables de la red fueron presos y condenados gracias a Haka, el hombre que abusó de mí estaba libre y su familia no sabía del profundo daño que causó. No era venganza, Patxi, era una profunda necesidad de liberar la verdad para poder, por fin, tener paz. Le conté lo ocurrido a su hija, y él tendrá que sentir el juicio por sus actos en la mirada de ella mientras viva. Solo será su arrepentimiento desde la verdad la que le liberará de tan pesado, mucho más aún que el mío, lastre en su vida.

Patxi miraba a Buhleve absorto por tanta bondad, tanta sabiduría y tanta valentía. Le abrazó con el profundo amor de padre, como a Joseph, Thandiwe, y a Nothando. Verdaderamente aquella generación de huérfanos del SIDA había superado el dolor con perdón, el temor con amor y las tinieblas con su maravillosa luz.

Por la noche Patxi abrió una carta que le habían traído de Bulawayo: Jonay y Nouri volvían a Ukuzwana para pasar un par de meses. Aimsa acudía a la «Cumbre de la Tierra» en Johannesburgo, a conferencias después por Sudáfrica y luego se uniría a ellos en Ukuzwana unos días antes de que todos volvieran a Nueva York. Nour les pedía que no dijeran nada a Adam y Unai, sus hermanos del alma, a quienes quería dar una sorpresa.

Dos semanas después llegaba el *pick up* de Bulawayo con Patxi, Haka y Helen con la pequeña Nour delante, y Thandiwe y Nothando detrás en la «bañera» con Jonay de pie tras la cabina, con el viento en su cara como tanto le gustaba y respondiendo a todos los que se cruzaban que gritaban de alegría: «*ulibona ubuyile*» (llegó Ulibona – el que nos mira-) y él respondía pleno de alegría «¡*yebo, abatu wami, ngipendukhile ekhaya, ngiyataba*!» (sí, mi gente, he vuelto a casa, soy feliz).

Al llegar a la misión caía ya el sol. Thanda se había ido a caminar con Buhleve y con Adam y Unai. Como solía hacer cada tarde, Unai se subía a las formaciones rocosas con tan solo cuatro años y miraba al horizonte «por si veía llegar a Nour». Thanda sabía que esta vez sí que podría ver a su hermanita llegar por el horizonte. Adam caminaba de la mano de Thanda y Buhleve mientras Unai, tan valiente, se había subido a un *kopje* cercano. Vio que se acercaba en una nube de polvo en el camino el viejo *pick up*.

- ¡Adam, ven! ¡Llega Aita!

Adam subió a la roca donde estaba su hermano pequeño. Thanda y Buhleve esperaron al lado del camino. Adam y Unai vieron a alguien saludar desde detrás de la cabina y les dio un salto el corazón:

- ¡Tío Jonay!

Salieron corriendo a su encuentro. Saltó del coche y se abrazó a ellos con fuerza. En ese momento se abrió la puerta de delante y Nour se unió al abrazo. Adam, Nour y Unai estaban de vuelta juntos, una unión que la distancia no podía domar en su fuerza ni el tiempo podía borrar de sus corazones. Subieron todos a la bañera y llegaron a la misión donde NoLwasi había preparado un guiso con el sorgo de las cooperativas que Patxi estaba promoviendo.

Todos le preguntaban por Aimsa y les explicó que estaba en Egoli luchando por la salud del planeta. Buhleve miró a NoLwasi y a Haka y les unió un pensamiento en complicidad: aquel agujero negro del horror del que la rescataron se erigía en púlpito de la salud del planeta.

Jonay y Nour pasaron el mes de agosto y septiembre en Ukuzwana. La jacaranda ya tenía seis metros de altura, uno por cada año de Nour. NoLwasi la había cuidado con agua y cantos ndebeles.

Nour jugaba todo el día con sus hermanos del alma. Volvió a irse a *kraals* lejanos con sus hermanos, sin tráfico ni semáforos, sin los temores de la violencia del supuesto progreso, sin miradas anónimas y rostros sin brillo de la ilusión.

Jonay volvió a pasar las consultas en ndebele. Vinieron cientos de pacientes a que los viera *ulibona* de nuevo, aunque todos le decían que su hermano «*ulilapa*» les cuidaba con el mismo cariño. Operaban los tres por las tardes con Buhleve. Jonay y Thanda se maravillaban de la habilidad de Buhleve y su compromiso humilde y sereno. Ambos sabían que por amor sus vidas se alejaban de aquel lugar donde el esfuerzo iba hacia los necesitados y no había ni salarios ni horarios para

derramar el amor de sus almas. Y veían con fascinación como Buhleve encarnaba, como huérfana del SIDA y víctima de las redes del terror, la valentía de levantarse, la generosidad de darse, la grandeza de confiar, a pesar de todo, en la humanidad.

Una noche al acabar la jornada, Jonay y Thanda se sentaron en el porche de la pequeña ermita-hogar donde habían vivido sus familias.

- Y dime, Thanda, ¿te arrepientes de haber venido a Ukuzwana? Veo que ha sido duro para la familia.

- Para nada, Jonay. Este lugar, como ya lo pude vislumbrar por vuestras ideas y formas de vivirlas, me ha despertado en mi alma zonas que dormían en el mundo urbano y competitivo. Siento pasión por mi profesión, que nunca sentí antes. Veo sentido a mi vida, Jonay.

- Me alegro, amigo. Han pasado veinte años desde que estudiábamos con pasión en La Laguna. Qué sabia y generosa la vida que nos ha reunido en este rincón remoto que brilla con tanta luz.

- Dime, Jonay, ¿cómo te has ido integrando en Nueva York? ¿Cómo fluye ahora tu pasión por ayudar y aliviar el sufrimiento?

- No me es fácil, Thanda. Sigo el consejo de Patxi de buscar empatía en cada rincón. Pienso a menudo que detrás de los rostros inexpresivos y las miradas perdidas en las ciudades hay un grito que clama amor. Comencé a trabajar en las urgencias del hospital Bellevue, pero a las pocas semanas la dirección del hospital dijo que no podía trabajar como voluntario, precisaban un contrato, un seguro, un registro. Me pidieron del colegio de médicos certificados de títulos, de referencias de jefes y ¿sabes de qué?: certificado de «buena conducta» del colegio de médicos de Tenerife que ahora preside el doctor Delgado. Cuando tenga esos certificados y los del ministerio de salud de Zimbabue, tendré que pasar unos exámenes, luego pagar un seguro de responsabilidad médica que como poco es de mil dólares al mes. Me siento fuera del sistema y sin ganas de ser parte de él, Thanda. Intentaré regresar aquí, «*ekhaya*», el hogar, cada dos años por lo menos. Sin ser médico como aquí, entregado sin más a los demás, no sé quién soy.

- Te entiendo, Jonay. Yo temo volver a esa espiral en Madrid. Además, tengo un vértigo helado dentro del cuerpo. No sé qué Cristina me voy a encontrar cuando vuelva a Madrid. Temo por mi familia, Jonay. Es mi más profundo sueño, más importante aún que el de ser médico. Quiero darles un hogar de amor a nuestras hijas, Jonay. ¿Cómo hacerlo sin renunciar a quien soy yo?

- Sí. Esa es la pregunta. Yo me fui sabiendo que renunciaba a mi lugar como médico, al lugar donde me he sentido más querido, más apreciado. Lo hice por sentir que Aimsa necesita liderar con su fuerza e inteligencia un cambio en el mundo, el camino a una Nueva Humanidad por las redes de eco aldeas espirituales, por almas valientes de todo el mundo que se niegan a ser esclavos de la producción destructiva y el consumo enajenado.

Aimsa seguía con su lucha sin descanso contra lo que llamaba el «CMA» (casino mundial de la avaricia) y su «ACP» (análisis complejo de la perversión), en constante diálogo con Haka y con Nadine. Ella había defendido en Seattle la protección de la vida y del derecho a la salud como excepciones a la imposición de los monopolios abusivos de las patentes contra las que llevaba veinte años luchando. Médicos Sin Fronteras la invitó con sus fondos del premio Nobel en su «campaña de acceso a medicamentos» para alzar la voz en el congreso mundial de SIDA en Durban. Allí conoció, a través de Nadine, amiga de Gail, su madre adoptiva, a Nkosi Johnson, el niño de 12 años que, enfermo del SIDA, habló a los más de sesenta mil participantes en la conferencia y dijo:

- «Cuídadnos y acéptadnos. Todos somos seres humanos. Somos normales. Tenemos manos. Tenemos pies. Podemos caminar, podemos hablar, tenemos necesidades como todos los demás -no nos tengas miedo- ¡todos somos iguales!».

Todo el auditorio, incluido Mandela, se puso en pie para aplaudir emocionado al pequeño Nkosi («rey»). Aquellas palabras y la declaración de Aimsa en nombre de Médicos Sin Fronteras aliado con la red de eco aldeas, influyeron en que Estados Unidos, de la mano de su vicepresidente Al Gore presionara a Sudáfrica para no permitir la supuesta competencia «desleal» de los genéricos baratos que salvaban vidas de los pobres, frente a sus compañías farmacéuticas, muchas de ellas pagándole la campaña electoral que luego perdería frente a Bush y Cheney (a quienes también financiaron). Al año siguiente, y en parte por sus diálogos con Kofi Annan y Mike More, se adoptó en Doha la flexibilización de los monopolios de patentes cuando la vida de las personas corría riesgo. Aunque inicialmente solo mencionaban el SIDA, Aimsa presionaba para que también incluyera todas las enfermedades, agudas y crónicas, por las que morían millones de personas ante los beneficios obscenos de aquellas compañías. Por toda esa lucha, Médicos Sin Fronteras volvió a invitarla al congreso mundial del SIDA de 2002, esta vez en Barcelona. Se alojó en casa de Anna e iban desde el barrio de El Carmelo hasta el palacio de congresos en su Vespa roja. Hacía diez años que habían cancelado su invitación a hablar en un debate en Barcelona tras su desafío a la realeza británica en Londres. Pero en esos diez años ya los movimientos sociales habían arrinconado la hipocresía del poder. Su amigo Zachie, muy débil pero ya en tratamiento gracias a la victoria del TAC (*Treatment Access Campaign*) sobre las multinacionales farmacéuticas, la llamada gran farma, y Estados Unidos, habló por vídeoconferencia. Aimsa planeó qué decir en la mesa redonda que compartió con el ya ex-presidente Clinton y su flamante Fundación, que supuestamente abanderaba la lucha contra el SIDA. Antes habló con un compañero de lucha en Seattle, John, que le dio una idea para arrinconar a Clinton y a Gates en su defensa del «negocio genocida»:

- Señor Clinton, ¿cómo podemos creer en las intenciones de su Fundación cuando hace unos meses estaba presionando al gobierno de Sudáfrica y a muchos

más para que mantuvieran los privilegios del monopolio de las compañías farmacéuticas que ha supuesto ya veinte mil millones de beneficios y veinte millones de muertes? ¿Por qué, a pesar del acuerdo de proteger el derecho a la salud ante esos monopolios, acordado en la Organización Mundial del Comercio hace medio año en Doha, su país, como su gobierno hacía cuando usted era presidente, sigue chantajeando y presionando a cualquier gobierno que quiera acogerse a tal derecho, que lo es Señor Clinton, a la vida? Su país ayudó a Europa a acabar con el imperialismo nazi gracias a un *pool* de patentes para que muchos fabricantes pudieran aumentar la flota de aviones. Esta es una nueva guerra, señor Clinton. Es el momento de poner el conocimiento a favor de la vida y no de los beneficios obscenos de unos pocos.

De nuevo respuestas evasivas, defensa de la libertad y de la innovación y el progreso de la humanidad. Grandes mentiras.

En el mismo panel estaba Gates con su también reciente y flamante Fundación, con una dotación de la mitad de su fortuna en fondos invertidos en negocios del petróleo y de los medicamentos, y de cuyos intereses hacía proyectos de caridad y ya empezaba a dominar las «políticas de salud global». Gates recordó el desafío de Aimsa seis años atrás, la miró con severidad y susurró algo a algún asistente a su espalda.

Al salir de la sala se le acercaron personas del equipo de Gates y de Clinton para hablar con representantes del laboratorio de Gilead antes dirigido por el ahora secretario de Defensa Donald Rumsfeld, con representantes de la poderosa IPFMA a la que pertenecían las corporaciones farmacéuticas más poderosas, otros del Banco Mundial y una tal doctora Fronz, de la Comisión Europea. Llamaron también a John, Ellen, Judit, Thiru y otros representantes de la sociedad civil. Se propuso en aquella reunión un «*pool*» de patentes.

Aimsa sabía del orgullo norteamericano y por eso aludió a su combate durante la Segunda Guerra Mundial y como Estados Unidos ya entonces había creado un *pool* de patentes para acceder a patentes aeronáuticas, aumentar su flota aérea, bombardear Berlín y derrotar a la Alemania nazi. Por el mismo mecanismo, las compañías farmacéuticas darían licencia de producción y distribución solo a ciertos países pobres y bajo pago de *royalties*. Era una concesión a su monopolio de facto que se imponía a países que se doblegaban ante Wall Street, pero podría salvar millones de vidas. Mientras tanto seguiría trabajando por acabar con aquellos monopolios de sangre.

Luego viajó a Johannesburgo. Nkosi acababa de morir un mes antes, y Aimsa fue con Nadine y con Gail a meditar y sentir su alma frente a su tumba en el cementerio de Westpark. Sintió a Nkosi abrazado a Anwele. El SIDA seguía avanzando en todo el mundo y solo algunas islas de esperanza en África, como la misión de Ukuzwana, ofrecían tratamientos que prevenían el millón de muertes cada año causadas, insistía Aimsa, por la avaricia de unos pocos.

Ahora había acudido a la Cumbre de la Tierra. Treinta años antes la primera Cumbre de la Tierra celebrada en Estocolmo llamó con urgencia a cuidar la naturaleza. Coincidió que al año siguiente ocurriera la «crisis del petróleo» por el embargo en ventas de petróleo de los países árabes a países occidentales, debido a su apoyo a Israel en su invasión sionista de Palestina y zonas de Siria y Líbano. Salvo un ligero descenso en la quema de petróleo durante el año siguiente, el consumo de combustibles había seguido creciendo en todo el mundo. Veinte años después tuvo lugar la segunda Cumbre de la Tierra en Río de Janeiro, con la presencia de casi todos los países del mundo. Al menos allí se aprobaron los convenios sobre la diversidad biológica y sobre el cambio climático. De ello surgió la conferencia de Kyoto a la que Aimsa había acudido ya representando a la red de eco aldeas espirituales hacía cinco años, y había sentido la profunda decepción de los intereses políticos y económicos disfrazados de retórica e hipocresía. Ahora ya representaba formalmente a la «red de eco aldeas espirituales» como organización reconocida por Naciones Unidas y tenía derecho a intervenir después del turno de palabra de casi doscientos países e interminables discursos de lo mucho que hacía cada uno. El mundo que había visto Aimsa sobrevolando Groenlandia en deshielo acelerado y en el que comparaba a la especie humana enfermándole como el virus del SIDA se replicaba en humanos había seguido destruyéndose por la avaricia humana.

Aimsa se disponía a tomar la palabra en el Centro de Convenciones de Sandton. Diez años antes todos los jefes de gobierno que hablaron en Río de Janeiro alertaron del desastre climático. En los diez años siguientes siguieron aumentando en todo el mundo la deforestación y las emisiones de carbono, unido a subvenciones a las industrias del petróleo y automóviles, y a formas de vida que, como dijo Fidel Castro, desde una Cuba en pleno «Período Especial» tras el colapso de la Unión Soviética, adoraban «el consumo enajenante». Cinco años antes, la conferencia de Kyoto en la que Aimsa levantó su voz estableció unas metas muy poco ambiciosas para reducir las emisiones y parar el desastre climático del que cada vez era más clara la evidencia. Algunos países como Estados Unidos, el principal contaminador, ni siquiera firmó, y el resto del mundo siguió contaminando sin reparos y sin cumplir sus palabras.

Aimsa se dirigió a los representantes de la cumbre con estas palabras:

Solo tengo tres minutos para transmitirles nuestro sentir, en el nombre de las más cinco mil comunidades y dos millones de personas que forman la red de eco aldeas espirituales. Decenas de miles de políticos, cientos de miles de palabras y millones de dólares se han gastado en la Cumbres de la Tierra en estos últimos 40 años. Todos ustedes, cumbre tras cumbre, hablan de los esfuerzos de sus países. Y nada ha cambiado. Nada. La Humanidad sigue su frenética carrera de destrucción de la naturaleza, deforestando, destruyendo otras formas de vida, intoxicando los mares y asfixiando el aire. Cada uno de nosotros

ha emitido más de una tonelada de carbono para venir a esta reunión. Desde nuestra red entendemos que solo una profunda transformación de la forma de vida que denuncie el absurdo crecimiento económico del Producto Interior Bruto, que mide las compras y ventas, en su gran mayoría entre intermediarios especuladores. Una Humanidad que deje de emitir carbono quemando en unas cuantas décadas los fósiles que sedimentó nuestra madre tierra durante miles de millones de años. Que todos dejemos la obsesión del comercio global que aviva esa quema cruel de la vida y produzcamos y consumamos, como hacemos en nuestras eco aldeas, lo que la Tierra nos da para el alimento, el cobijo y el calor. Que tengamos el coraje de prohibir con toda valentía y determinación el cáncer de la especulación financiera, ese gran casino mundial en el que cada día se apuesta entre la avaricia de unos pocos ricos y la muerte de los muchos pobres, perdiendo siempre los segundos. Vengo de meditar por Nkosi Johnson, quien hace dos meses murió con trece años en esta ciudad y quien dos años antes alertó al mundo de como la avaricia de unos pocos estaba acabando con la vida de millones, como él, infectado por el SIDA y sin acceso a tratamientos. Él murió ante un mundo sordo y que ha seguido brindando discursos elocuentes mientras continúan enriqueciéndose las farmacéuticas criminales. Hoy está muriendo el planeta y con él, ella, nuestra Pachamama, Madre Tierra, el futuro de nuestros hijos. Los discursos, ni el mío ahora, no cambian nada. Volvamos a la vida en comunidad y en naturaleza, abandonemos las ciudades, agujeros negros de destrucción de la vida, dejemos de consumir lo que viene de lejos y ni sabemos qué destruyó para venir a nuestros platos o nuestros armarios. Dejemos de ser marionetas del sistema financiero que juega con nuestros salarios, compras y ahorros, para seguir esta terrible destrucción. Estamos a tiempo, hermanos, «abantu wami», como dijo mi paisano Mahatma Gandhi, «seamos el cambio que queremos ver en el mundo». ¡Amandla!

Acabó con lágrimas. Hubo muchos aplausos y también muchas miradas escépticas trajeadas a la moda, alimentadas por la agroindustria y pendientes de sus acciones en Wall Street.

Al salir de la sala, se acercó a ella Mans Nilson, un sueco del Instituto de Resiliencia en Estocolmo y le habló de los «límites planetarios», invitándole a una reunión sobre un movimiento mundial de conciencia de los umbrales éticos.

– Mans, le agradezco su aprecio, pero ni por tales causas nobles debemos seguir contaminando con nuestros viajes y abandonando lo que realmente importa, nuestros jardines y huertos, nuestras comunidades y, sobre todo, nuestras familias.

Sintió un profundo deseo de llegar a Ukuzwana y abrazarse a Jonay y a Nour, y a toda esa maravillosa familia que no vivía de discursos y palabras, sino de amor y entrega real a quienes más lo necesitaban.

VI

EL MÁS PROFUNDO DESGARRO DEL CORAZÓN

Madrid, Navidad 2002

Thanda había ido retrasando su vuelta a Madrid desde que en febrero Cristina decidió dejar Ukuzwana y volver a Madrid con sus hijas, Ángeles y Daniela. Solicitaron un reemplazo al ministerio de salud, pero ningún médico del país quería irse a un lugar tan remoto e incomunicado. La congregación del Trastébere buscó médicos cooperantes, pero no encontró a nadie preparado la responsabilidad de estar solo y lejos de otros centros de referencia. Jonay se tuvo que volver en septiembre con Aimsa a Nueva York. Habían tenido un lindo reencuentro en Ukuzwana en que Aimsa reconoció cómo el mundo de las palabras la estaba abduciendo de lo más sagrado en su vida, su familia. Volvieron muy unidos, aunque, de nuevo, dejando parte de su corazón y lágrimas de emoción al despedirse. Lágrimas que parecían dar una mágica vida a la jacaranda de Nour que allí seguía creciendo, como si queriendo ver, como hacía Unai desde los *kopjes*, cuando volvía la princesa de Ukuzwana. En su despedida y ante futuros inciertos, Thanda y Jonay le prometieron volver en dos años a repetir el lindo diagnóstico de salud de la comunidad que habían publicado como «el método de Anwele».

Pero llegó el mejor relevo posible: Buhleve convenció a sus jefes del hospital en Johannesburgo y pudo terminar un mes antes la residencia y llegar a finales de noviembre a su sueño de ser médico en Ukuzwana. Compartieron apenas un par de semanas y Thanda emprendió su vuelta a Madrid, tan solo dos años después de haber llegado a aquel mágico lugar, con un paisaje seco y un paisanaje atormentado por la malnutrición y las enfermedades, pero donde había recuperado el sentido de ser médico, el compromiso con los que sufren.

Patxi le llevó hasta el aeropuerto de Bulawayo. Thanda apenas podía hablar por tener un nudo en la garganta. Se moría de ganas de ver a sus hijas, pero temía el reencuentro con Cristina. A sus cartas de amor recibía respuestas muy frías sin apenas preguntar por la misión. Estaba ocupada en una oposición de adjunto de

microbiología en el hospital Gregorio Marañón, en amueblar un piso alquilado frente al Retiro, en inscribir a sus hijas en el colegio de Santa María del Pilar, en preparar las compras de Reyes, encontrar langostinos para la cena familiar, en ver las series de televisión, y en alquilar un apartamento en la playa en el verano. Thanda no quería volver a aquella vida tan codificada, tan anclada en un consumo incuestionable, en una carrera constante por mantener o subir del estatus social, de los congresos médicos, el tráfico, las cenas caras, las conversaciones vacías… Según lo pensaba en el trayecto se sentía culpable pues a él podían parecerle vacías pero esos empeños estaban llenos de su ilusión, su ternura, sus espacios de generosidad, su cuidado de lo cercano. ¿No valía la sonrisa de sus hijas toda una vida de sacrificio y renuncia?

- ¿Qué piensas, Thanda?

-En lo que dejo, Aita. En lo que me espera…

- Oye, –le salió el acento fanfarrón vasco a Patxi- que no vas ni a la guerra ni a la cárcel. Que te esperan tres lindas princesas, tus padres, tu profesión y aquí dejas, Ulilapha, miles de amigos esperándote. Piensa, Thanda, que a veces por quererlo todo a nuestra manera nos hacemos soberbios y egoístas. El que da es el que gana, y el que cede el que encuentra la paz.

- Tienes toda la razón, Patxi. Sé que no me va a ser fácil comparar el gasto superfluo con las necesidades de aquí, la escalera de competir y tener con la generosidad de compartir. Pero tienes razón, tengo tres lindas razones para ser tolerante y seguir siendo yo, con las ideas que estos dos años he resucitado del fondo de mi alma.

Se unieron en Bulawayo Haka, Joseph y Nothando. Thandiwe ya había empezado en septiembre la facultad de medicina en Johannesburgo, tomándole el relevo a Buhleve, quien la inició en la vida en Egoli. Se despidieron emocionados y siguió rumbo a Harare y luego hacia Madrid vía Londres.

Al llegar al aeropuerto de Barajas pudo ver a Cristina con Ángeles, ya con once años y Daniela, con cinco. Mientras sus hijas rebosaban de alegría y le recibían con carteles en ndebele «¡*Amhlope Baba Thanda*!», Cristina le miró con una cierta ternura teñida de un manto de distante frialdad. Al ir a besarle los labios… puso la mejilla.

En el camino hacia la casa las niñas no dejaban de preguntarle por Adam y Unai, también por Nothando, Thandiwe y Joseph, por toda aquella linda familia y por sus compañeros de la escuela. Les contaba con entusiasmo como habían sido esos meses y cómo contaba los días para volver a verlas. Le hablaron después de su nueva casa, del colegio, de los vestidos que se habían comprado para celebrar la Navidad y hasta de un perrito, Ricky, que les habían regalado los abuelos maternos al volver, desconsoladas, de Zimbabue. Llegaron a un edificio de la calle Ibiza y Cristina aparcó el Ford Escort negro que había comprado con

los ahorros familiares en un garaje subterráneo. Subieron al quinto B, el piso que Cristina había alquilado a su vuelta. Entró y apreció un ambiente acogedor, luces bajas, tapicerías de colores cálidos, el televisor frente al sofá y no lejos de la mesa del comedor. Como la gran mayoría de los hogares en España, pensó. La cocina de mármol blanco estaba brillante y avanzaron hacia los dormitorios. Las niñas le llevaron rápido a su cuarto, lleno de muñecas en la cama litera, un librero con cuentos y libros de la escuela, un gran león de peluche, posters de cantantes de moda y dos mesas de estudio, cada una con un «iPad» que le enseñaron con entusiasmo. Apenas vio una foto de ellas con Adam y Unai en un marco en el librero y dos dibujos que les enviaron por sus cumpleaños desde la misión. Thanda sacó de su mochila, había aprendido a vivir con muy poco, un diario del año que pasó dejos de ellas desde la misión, con cuentos, aventuras, recuerdos y dibujos. Mientras se quedaron mirándolo, Cristina le enseñó el dormitorio con una cama doble y cochas de punto blancas. No vio ninguna foto de los dos. Dejó su mochila en un discreto rincón, pero algo le decía que ese no era su lugar… Le enseñó después con más entusiasmo el «cuarto de invitados», donde sí había una foto suya en Ukuzwana.

Cenaron los cuatro una sabrosa tortilla de patata y croquetas de jamón, con pan y gaseosa. Era jueves y pusieron primero las noticias y luego la serie *Cuéntame*. Thanda no paraba de contarles historias, pero las tres parecían estar más atentas a la televisión… después de recoger la mesa y limpiar los platos, Thanda les quiso enseñar en un CD en el ordenador portátil de Cristina, las fotos y vídeos de la misión que había ido recopilando para un momento tan anhelado. A los diez minutos notó que se fueron durmiendo. En el momento que ya ninguna estaba despierta, salió un vídeo de un hermoso atardecer desde un humilde *kraal*. Según se ponía el sol sintió une escalofrío. Como si se hubiera terminado una fase de su vida y entraba en una noche misteriosa.

Llevó en brazos a sus hijas a sus camas y las arropó dando un beso de buenas noches. Volvió al salón y Cristina se había despertado e iba hacia el dormitorio. La vio venir por el pasillo y sintió la atracción por una mujer bella, ya, como él, cumplidos los cuarenta, esbelta, casi altiva en sus andares, con unos lindos ojos color miel pero que le atravesaban al mirar… casi como ignorando su presencia. Al ir a su encuentro en el dormitorio ella sacó su mochila y le dijo:

-Juan, ya hablaremos, necesito tiempo.

Thanda hacía bromas con sus hijas al llevarlas a la escuela diciéndoles que él dormía en el cuarto de invitados pues roncaba mucho y no le dejaba descansar a mami. Alguna vez que las oyó ir al baño por la noche disimuló algunos ronquidos. Fueron aparentando normalidad, pero algo estaba muy dañado en su unión.

Thanda se reunió con sus padres en su casa familiar en las afueras de Madrid, consiguió un contrato de guardias en las urgencias del Hospital Gregorio Marañón, el mismo donde Cristina ya era médico adjunto de microbiología y

gestionaba un complejo laboratorio con más de cien tipos de pruebas, serologías, cultivos y «PCRs». Las niñas iban al cercano colegio del Pilar a un paseo bordeando el bello parque de El Retiro. Lo tenían todo: salarios, estatus, un piso «bien situado», dos niñas sanas y estudiosas en un «colegio de pago» y hasta historias de África que contar a sus amigos y colegas. Veían el telediario cada noche, la serie *Cuéntame* los jueves, los sábados invitaban a amigos del hospital a jugar al mus y a tomar una pizza viendo una película. Los domingos iban a la iglesia del Santísimo Sacramento, compraban pasteles en «Mallorca», comían en familia e iban por la tarde a visitar a sus suegros, en un piso del barrio de Salamanca donde él veía el partido de fútbol, ella cotilleaba con su madre sobre sus amigas de la escuela y las niñas se entretenían con sus juegos de los iPad. Todo ello estaba salpicado por cumpleaños de compañeros de la escuela y primos y por alguna excursión al zoológico y el parque de atracciones. Para los ojos de la sociedad, tenían todo para ser felices.

Después de oír la Misa del Gallo en la parroquia local del Santísimo Corazón, pasaron la nochebuena en casa de sus suegros. Él se excusó por no comer ni langostinos ni cordero pues se había adaptado, por necesidad y por principios, a una dieta vegetariana durante su tiempo en Ukuzwana. Llevó una sopa de calabazas y una empanada de espinacas por si alguien quería probar, pero tuvo poco éxito. Tras la opípara cena atendieron en la televisión al «discurso del Rey». Él prefirió no opinar de su sentimiento republicano y desacuerdo con jerarquías hereditarias que veía injustas y anacrónicas, pues hubiera desatado las iras de sus suegros y cuñados, monárquicos, católicos y socios del Real Madrid. Pasaron a los regalos y hubo una catarsis de al menos treinta paquetes de regalos entre los siete nietos y sus padres y abuelos. Thanda se fijó en que casi todos eran juguetes fabricados en China posiblemente con trabajo infantil y daño natural. Cuando volvieron a su casa, ya avanzada la noche, Cristina y las niñas se acostaron. Thanda quiso recoger esa misma noche todos los envoltorios de los regalos y bajarlos al cuarto de la basura que ya estaba rebosando de cajas y bolsas de plástico de esa vorágine del consumo.

Había disimulado un nudo en la garganta toda la noche, sonriendo ante la ilusión de sus hijas con cada regalo, agradeciendo la cena de sus suegros y viendo el discurso del Rey. Sentía falta de aire. Subió a la casa y en «su» cuarto de invitados escribió una nota para Cristina:

Cristina, necesito ir a dar un paseo al Retiro. No te preocupes si vuelvo tarde. Buenas noches.

Según avanzaba por la calle Ibiza hacia El Retiro sintió como le salía del alma un llanto profundo, ahogado desde que había vuelto hacía un mes ya a Madrid. No paraba de pensar en cómo estarían celebrando la Navidad en Ukuzwana. Habrían tenido la reunión comunitaria en lo que ahora llamaban el foro de la armonía, hubieran paseado viendo las estrellas y la cruz del sur y Unai subido

un *kopje* oteando por si Nour volvía, compartirían la comida sencilla de *sadza* o sorgo con hortalizas de la huerta, se intercambiarían regalos hechos con sus manos, habrían dado las buenas noches a los enfermos en las salas, con los tiernos abrazos de Adam y habrían dado gracias a la vida por tener un lugar donde vivir sencillos compartiendo y dándose a quienes más lo necesitaban.

Según caminaba hacia el parque se fijó en un hombre que buscaba restos de comida entre unos contenedores. Se dio cuenta que era un paciente que trató la semana anterior en urgencias de una bronconeumonía. Recordaba su nombre:

- Pascual, ¿me recuerdas?

- ¡Doctor! Claro que le recuerdo. Usted me trató con afecto, algo muy poco común en mi «condición».

- ¿Y cómo estás? ¿Mejoraste de la tos?

- Poco a poco doctor. Con estos fríos y viviendo en la calle no es fácil.

A Thanda se le partió el corazón al escuchar que dormía en la calle. Sintió el impulso de llevarle a la casa, dejarle su cama, ofrecerle una ducha caliente y una cena en familia, algo que quizás no habría tenido Pascual en mucho tiempo.

- ¿Dónde duermes Pascual?

- En aquella oficina de cajeros automáticos al otro lado de la calle, comparto con otras dos personas sin techo. Eso cuando no nos echan a patadas los jóvenes que sacan dinero para sus juergas nocturnas.

Thanda se quedó mirando a Pascual. Tenía unos sesenta años, era alto y de complexión fuerte, pero actitud encorvada y huidiza. Tenía el pelo canoso, grasiento y con un tono amarillento. La tez estaba agrietada de profundas arrugas que hablaban de más expresiones de angustia que de gozo. Tenía un ojo morado e inflamado, una barba a medio cortar y una expresión que a Thanda le inspiraba tristeza, resignación y temor. Thanda se fijó en un bar que aún estaba abierto, ya pasada la medianoche y le invitó a Pascual a tomar algo juntos.

Tras tomar juntos una clara y un pincho de tortilla y aceitunas, fueron a dar un paseo por el parque de El Retiro, solitario a esas horas de la noche de un día tan especial. Pascual le fue contando su historia a Thanda. Había nacido en un caserío del pueblo de Villafranca de Ordizia en el País Vasco. Ayudó a las tareas del campo y estudió el oficio de carpintero para luego trabajar en la fábrica de muebles del pueblo. Conoció a Pilar, una joven de San Sebastián que pasaba temporadas en una casa señorial familiar. A Pilar le atrajo la fuerza y nobleza de Pascual en sus partidas de pelotari en el frontón, y a Pascual le belleza y elegancia de Pilar. Se casaron, no sin tensión con los padres nobles de Pilar. Vivieron en el caserío de la familia de Pascual y nacieron allí sus tres hijos en los cinco primeros años. Pilar pasaba cada vez más tiempo con sus hijos en San Sebastián en un piso que sus padres le regalaron, un piso en la «Concha» de San Sebastián. Pascual trabajaba en la fábrica y fue siendo conocido en el pueblo por su bondad y gene-

rosidad, de forma que le nombraron «juez de paz». Mandaba todo el dinero para los gastos de Pilar en San Sebastián, que siempre eran más de lo que su humilde sueldo podía satisfacer.

A mediados de los años ochenta ETA amenazó al patrón de la fábrica y acabó secuestrando a uno de sus hijos. En una reunión del sindicato Pascual condenó la lucha armada, las extorsiones y los secuestros. Poco después recibió una carta diciéndole que dejara de hablar en contra de la libertad del pueblo vasco o sufriría las consecuencias. En la carta mencionaban la dirección donde ya vivían casi todo el tiempo Pilar y los hijos. Al principio no le dio importancia. Incluso habló con una ex-etarra, Yoyes, que se había acogido a la reinserción. Pascual y Yoyes se conocían desde niños en la escuela. A Pascual le gustaba e iba con cualquier excusa a la charcutería del mercado donde Yoyes ayudaba a su abuelo. A veces paseaba con ella hasta su caserío en Goitine. Se distanció cuando vio que ya de adolescente Yoyes se fue aproximando a la banda ETA en su lucha contra el dictador Franco. Con apenas dieciséis años desapareció del pueblo. Se la implicó en intentos de actos terroristas y en uno de ellos murió su novio José, mientras manipulaba una bomba lapa. Cuando murió Franco, Yoyes se opuso a la lucha armada y abogaba por el diálogo político, que ETA no aceptó. Dejó la banda, se fue a México, se volvió a casar y tuvo un niño que paseaba por el pueblo. La banda armada la consideraba una traidora e hizo varias pintadas amenazantes en el pueblo y en su caserío que decían: «*Yoyes txibata*», Yoyes traidora. Yoyes habló con Pascual como juez de paz. Pascual se lo dijo a Pilar y ella, quien ya casi no vivía en Ordizia, decidió mudarse definitivamente con los hijos a San Sebastián, por seguridad. Pascual habló en la radio y en los diarios en defensa de Yoyes y en contra de la violencia. A los pocos días ETA asesinó a Yoyes en plenas fiestas locales, Euskal Jaia, frente a Akaitz, su hijo de tres años.

En el funeral Pascual dijo que sus asesinos habían perdido todas las razones. Pascual recibió amenazas. El patrón de la fábrica, al que había defendido, le aconsejó que se fuera un tiempo del país vasco y le fió una jubilación anticipada. Con ese dinero alquiló un piso a las afueras de Madrid, en Villalba, donde trasladó con Pilar y los niños. Se había ido diluyendo la pasión en el matrimonio, y Pilar vivía aquel exilio con rabia, acusando a Pascual de haber arruinado la vida de ella y de sus hijos. Ella se gastó todos los ahorros familiares en el casino de Torrelodones y se fue con el dueño de un negocio de ventas de coches usados a un chalet en el Molino de la Hoz. Los hijos, ya adolescentes, volvieron al país vasco con sus tíos maternos. Pascual cayó en una depresión. Con cincuenta años y España en crisis económica, no conseguía trabajo. Su familia le había dado la espalda.

Thanda le habló de su vida acomodada, de sus estudios en Canarias, de su trabajo en los hospitales de Madrid y de cómo acababa de regresar de la etapa más bella de su vida, conviviendo y compartiendo en una misión remota de un país del sur de África. Se sinceró también en decirle que notaba como esa forma

de vida le había alumbrado un camino de felicidad que era diferente del que seguía la madre de sus hijos. Seguir su camino significaría romper su familia, seguir el de su esposa, significaría romper su alma. Esa noche de consumo navideño, tan lejos del espíritu de la vida de Jesús, le había revelado con más claridad que no podía seguir disimulando.

Ya estaba amaneciendo, después de una noche de confidencias y creciente confianza entre ambos. Tomaron un chocolate caliente y unos churros en una cafetería que permaneció abierta en la glorieta de Atocha.

- Thanda, tu mujer y tus hijas estarán preocupadas por ti.

- Descuida, Pascual, le dejé una nota y estoy seguro que lo entenderá. Además, debo hablar con ella de nuestros caminos. Y no sabes qué bien me ha hecho pasar la noche compartiendo contigo, Pascual.

Se quedó mirando a la mirada emocionada de Pascual y continuó:

- Le quiero insistir a mi esposa para que te quedes en nuestra casa esta Navidad. Buscamos un colchón y puedes dormir en el cuarto donde yo me estoy quedando.

- De ninguna manera, Thanda. Estás en una situación muy delicada y debes hablar con tu esposa en la intimidad de la familia y el hogar.

En ese momento Thanda recordó cómo Fernando, el cubano de La Gomera y maestro de Jonay, y con el que mantenía amena correspondencia, le había hablado de los albergues de San Juan de Dios y, ante su vuelta a Madrid, le había mandado un contacto, que había guardado en una nota en su cartera: Padre Joaquín, Oficina de misiones, Albergue de San Rafael, Madrid.

- Pascual, me siento mal volviendo a mi casa con sus comodidades y el calor de la familia, y tú quedándote en la calle. Quisiera darte al menos lo mismo que se han gastado mis suegros en juguetes innecesarios para mis hijas. Permíteme que te ayude, Pascual.

- Thanda, tú me has tratado con dignidad, me has escuchado, me has contado tus sentimientos. Esta amistad que hoy puede nacer vale para mí más que todo el dinero del mundo.

Se dieron un abrazo y Pascual bromeó diciéndole a Thanda: ya sabes dónde están mis «oficinas».

Eran ya la siete de la mañana, compró más churros calientes y volvió a su casa. Pensaba si realmente era «su» casa. Al entrar notó que todas seguían durmiendo. Parecía que nadie había notado su ausencia. Su nota para Cristina seguía en la mesa del comedor. Llamó al Padre Joaquín.

- Buen día. Y Feliz Navidad. ¿Puedo hablar con el Padre Joaquín?

- Sí, soy yo, ¿quién me llama?

– Me llamo Thanda. Soy médico. Acabo de regresar de trabajar en una misión en Zimbabue. Un amigo que ha trabajado la misión que tienen en Sierra Leona me dio su número. Quisiera hablar con usted en cuanto tenga un momento por favor.

– Encantado, Thanda. Esta tarde podemos tomar un café aquí en el albergue, si quieres.

Cuando se despertaron Cristina y sus hijas les había preparado chocolate caliente y les ofreció el desayuno con churros. Les convenció para ir a pasear al Retiro y después de comer ir a ver el «Belén» del hospital de San Rafael, del que el albergue era anexo. Durante el paseo por El Retiro, y mientras Ángeles y Daniela andaban en sus bicis, Daniela aún con «ruedines», Thanda le contó a Cristina su encuentro y conversación con Pascual. Cristina apenas prestaba atención, estaba muy pendiente de que no se cayeran las niñas. Sin apenas reaccionar a la emoción con que Thanda relataba aquel encuentro, mágico para él, le dijo que tenían que ir pensando en los regalos del día de Reyes.

Al llegar al hospital de San Rafael en la calle Concha Espina, Cristina y las niñas fueron a ver el «Belén», famoso en todo Madrid por ocupar unos cien metros cuadrados y tener más de quinientas figuras representativas del tiempo del nacimiento de Jesús. Como habían acordado, Thanda iría a hablar con el Padre Joaquín y se reunirían después.

Entró en el albergue. Se fijó en que había una garita de un guardia y una caseta de un perro. Pasó a la recepción y preguntó por el Padre. A los cinco minutos llegó un hombre de unos setenta años, de pelo blanco, unas gafas de fina concha marrón parecidas a las que usaba su padre, una mirada entre serena y alegre y una barba bien afeitada. Vestía una bata blanca que dejaba entrever un alzacuello de sacerdote. Le saludó y le guio hacia un pasillo en el sótano por donde llegaron a una puerta donde rezaba: «Oficina de misiones de San Juan de Dios». Al entrar vio en una sala de espera un mapa mundi del *National Geographic* sobre una corchera y con chinchetas en una veintena de países, aquellos donde esa oficina apoyaba misiones en el mundo.

– Bueno, Thanda, dime en qué puedo ayudarte.

– Gracias, Padre Joaquín. Lo primero que quería es preguntar si puedo ser de ayuda, como médico voluntario en el albergue o en su trabajo de apoyo a las misiones.

– Claro que sí, Thanda. Aquí siempre hacen falta más manos. Tenemos un pequeño botiquín para los albergados y hace tiempo que nadie lo organiza. Podrías ofrecer consultas a los albergados. Además, aquí desde la oficina de misiones mandamos contenedores con medicamentos a África que vendría bien clasificar.

– Cuente conmigo.

Pensó en que sus hijas iban tres tardes por semana a actividades extraescolares de música y baile.

- ¿Le parece bien que venga tres tardes en semana, dos a la consulta y una a ordenar medicamentos?

- Muy bien. Muy generoso de tu parte, Thanda.

- También tengo una pregunta, más bien un consejo o un favor que pedirle. Ayer conocí a una persona sin techo. Se llama Pascual. Es una persona de buen corazón a quien la vida le ha dado la espalda. Duerme en un cajero y vaga por las calles. Creo que le gustará conocerle.

- Sí, Thanda, cada persona de la calle tiene una historia épica. Si quieres ven con Pascual la próxima vez que vengas y hablo con él a ver cómo podemos ayudarle.

Se reunió con Cristina y las niñas y fueron a hasta la casa atravesando la Castellana con su bello alumbrado de Navidad. Thanda veía a sus hijas felices. Daniela jugaba con una muñeca y Ángeles oía música en su Sony-Walkman. Thanda empezó a sentir que sí podría encontrar como continuar su compromiso por los más necesitados en esa jungla del consumo. Miró a su lado y vio a Cristina con la mirada perdida en el horizonte. Era una mujer bella, inteligente, y juntos podrían ser felices y darle un hogar de cariño e ilusión a sus hijas, y a la vez de valores de los valores de justicia y solidaridad que habían vivido en Ukuzwana. Había leído en un libro que le dejó Patxi antes de volver que la mayor fuente de felicidad es la responsabilidad de ayudar a los demás. Decía Patxi medio en broma: «lo cual convierte a la generosidad en un acto de egoísmo». Necesitaba encender en Cristina la pasión que hacía dos años los llevó ilusionados a Ukuzwana. Estaba seguro que se estaba hundiendo en la vorágine del competir y consumir. Tenía que hablar con ella.

Esa noche, cuando las niñas ya dormían, Thanda se dirigió a Cristina:

- Cristina, ya llevo un mes de vuelta. No quiero que sigamos viviendo compartiendo solo un techo. Yo te amo y quiero que seamos compañeros de todo otra vez. Por las niñas, y también por nosotros.

- Algo se ha roto en mí, Juan.

Ella le seguía llamando Juan, simbólico de no entender el fondo de su alma.

- Hace un año que tuve que seguir mi camino y proteger a nuestras hijas de un mundo de riesgos y en el que las apartábamos de oportunidades en nuestra sociedad.

- Pero tú estabas de acuerdo en ir a la misión. No entiendo qué te hizo cambiar.

- Juan, yo no era nadie en Ukuzwana. Me pasaba el día frente a un microscopio averiado, en un laboratorio sin reactivos ni tinciones. Mientras tú brillabas en las consultas, en las salas, en el quirófano, en los paseos… *Thandabantu, ulilapha*

decían… ¿y quién era yo? La mujer de Thandabantu. O la madre de Ángeles o de Daniela, «*Naka-okasana isikiwa*» (la madre de las niñas blancas). Aguanté un año, no fue mi integración como hubiera querido, lo siento. Además, nuestras hijas estaban en riesgo de infectarse cada día por el SIDA y otras enfermedades, sin apenas avanzar en su gramática en español, atrasadas en matemáticas, perdiendo el contacto con la sociedad, los valores y la cultura a la que pertenecen. Yo te lo decía, con palabras y con silencios. Pero tú estabas demasiado entusiasmado en tu mundo.

– Lo sé y lo siento, cariño (hacía mucho que no se decían palabras de afecto). El trabajo en Ukuzwana despertó mis valores más profundos, mi generosidad más profunda, sacó lo mejor de mí. Y me olvidé de ti y de tus sentimientos. Pensé que tú sentirías lo mismo, a tu manera, la profunda felicidad de darse a los más necesitados.

– Lo dices como si yo fuera insensible o egoísta. Recuerda que para que tu estuvieses tratando a pacientes todo el día yo me encargaba de la casa, de las tareas, ¡en ndebele!, de la escuela, de mantener todo limpio y seguro para nuestras hijas y de darles clases complementarias en español para que no quedaran rezagadas. Pero volvías a casa y solo hablabas de tu trabajo, de tus pacientes, de tal o cual *kraal*, y de NoLwasi y su magia sanadora. Me sentí como prescindible, secundaria. Y se fue muriendo en mí la ilusión.

– Lo siento, cariño, me doy cuenta ahora que por mi entusiasmo fui egoísta.

En ese momento pensó en la reflexión de Patxi: ¿es la generosidad egoísta?

– Lo sé Juan. No había ni hay en ti maldad. Pero me hiciste daño. Yo seguí mi vida, busqué trabajo, alquilé esta casa, la amueblé, busqué la escuela de las niñas, les ayudé a integrarse a su vuelta, a apreciar su mundo de amigas, de aprendizajes, de tradiciones y de paisajes. Sí, consumistas, urbanos, rutinarios, pero de ellas. En el que las espera su mundo, seguro, donde dibujar sus sueños y donde ser felices.

Thanda pensó para sí que la seguridad no es sinónimo de felicidad y que lo que no está bien, como el consumo ciego ante el sufrimiento de otros, no es ético. Pero no tenía derecho a cuestionar el mundo que con esfuerzo y el deseo de darles a sus hijas seguridad y «futuro» había labrado Cristina mientras él se quedó en la misión.

– ¿Y crees que podemos reiniciar nuestra unión combinando tus deseos y los míos? En el albergue de San Rafael puedo comenzar una consulta para gente sin techo. Creo que Pascual me puede ayudar.

– Lo siento, Juan. He conocido a alguien que sí que ha estado a mi lado.

Thanda sintió el más profundo desgarro en su alma.

VII

LA MENTIRA Y LA AVARICIA MANDAN EN EL MUNDO

Nueva York, marzo 2003.

Jonay y Aimsa escuchaban con los puños cerrados y las miradas húmedas de rabia como en la radio relataban el bombardeo de Estados Unidos a Irak. Desde el ataque de Al-Qaeda a las torres gemelas hacía año y medio, el gobierno de Estados Unidos había buscado venganza. Sus tambores de guerra, como todos, venían del miedo. Miedo a no estar en control del mundo, miedo a no dominar un mercado global a sus pies, miedo a no inundar su sistema de petróleo. El miedo cegaba todos los razonamientos lógicos, todo flujo de empatía y toda sensibilidad por el sufrimiento ajeno. Se disfrazaba patéticamente de supuestos valores de libertad y justicia.

Un mes antes Aimsa había asistido a una sesión del consejo de seguridad en la que el secretario de estado Colin Powell argumentaba la necesidad de invadir Irak y derrocar a su presidente Sadam Hussein por la presencia de armas biológicas y químicas de destrucción masiva y por tener ambiciones nucleares. De Irak no había evidencia alguna y de otros muchos países sí, incluido el aliado y cómplice en todo, Israel. La verdadera razón era una *vendetta* por la guerra que Bush padre no pudo terminar diez años antes, y por la avaricia de controlar las vías del petróleo en el Golfo Arábigo, la mitad del petróleo mundial, la batería del sistema capitalista. Aimsa notó que Powel mentía, que sabía que mentía y que se avergonzaba de hacerlo. Se había conseguido acercar a Lawrence, su jefe de gabinete, quien le había confesado que quien realmente dirigía la política exterior de Estados Unidos era el vicepresidente Cheney y el secretario de defensa Rumsfeld que reaparecían desde los años 70 en cada gobierno republicano y urdían las estrategias más perversas de Washington.

Dieciocho meses antes, mientras Jonay, Aimsa y Nour estaban desayunando en su hogar de Brooklyn, sintieron el estruendo que hizo temblar los vasos sobre su mesa en la cocina. Jonay pidió a Aimsa que se quedara con Nour en casa, cogió

su mochila de emergencias y salió a la calle. Todos los transportes estaban interrumpidos. Pudo ver que una torre del World Trade Center, a unos 4 kilómetros de su casa, estaba en llamas. Cientos de sirenas se oían a la vez. Fue corriendo hasta el puente de Williamsburg y lo cruzó en contra del sentido de miles de personas que huían en dirección opuesta. Ya en Manhattan tomó Forsyth, por donde le gustaba ir a correr por su amplia avenida de parques. Giró en Canal Street y siguió hasta la Sexta Avenida en que ya pudo ver de cerca el edificio cayéndose y una columna de humo negro que asfixiaba el aire. En ese momento pudo ver varias personas que caían al vacío desde los pisos altos incendiados. Camiones de bomberos circulaban con sus sirenas por la sexta avenida. Siguió avanzando con un pañuelo empapado de agua cubriendo boca y nariz. Algunos curiosos miraban atónitos, otros corrían aterrados y Jonay fue encontrándose algunos heridos caídos en la calle. Cuando se disponía a atender a un hombre asiático con heridas en su rostro y sus manos, notó el silbido de un vuelo bajo. El segundo avión suicida impactó en la torre sur. Los pocos curiosos que quedaban a unos trescientos metros observando el desastre corrieron despavoridos. Jonay estaba examinando al paciente, quien semi inconsciente dijo llamarse Yang. Comprobó que no tenía lesiones cerebrales graves, le limpió las heridas, aproximó los bordes de una gran brecha y los suturó, hizo lo mismo con heridas en los brazos y una en el pecho, después de comprobar que respiraba bien. Como estaba atendiéndole en el medio de la calle, un bombero le pidió que dejara el paso libre a ambulancias y bomberos. Dejó a Yang en un banco de la acera recostado.

– Me llamo Jonay. Soy médico. Díganme cómo puedo ser útil.

El bombero se quedó algo confuso. La asistencia a heridos en la calle se dejaba a cargo de los paramédicos y casi nadie se atrevía a ayudar por miedo a luego ser acusado de tratamientos equivocados.

– Gracias Jonay. Me llamo Peter, venga con nosotros.

Se subió en el camión de bomberos y avanzaron por la Sexta hasta cruzar Liberty Street y entrar en la «Zona Cero». El fuego, el humo y el drama humano hacían casi imposible mantener la vista, la respiración y la calma. Había varias ambulancias con paramédicos. Se presentó y estuvo asistiendo a pacientes en un hospital improvisado donde los bomberos iban trayendo a los heridos más críticos. Durante las siguientes ocho horas trató a unos cien pacientes de heridas inciso contusas que limpió y suturó, fracturas que inmovilizó, varios neumotórax que descomprimió y hasta un hematoma subdural que drenó. En la mayoría puso vías intravenosas y sueros salinos para mantener la circulación y en algunos intubó las vías respiratorias para su ventilación en su referencia a los servicios de urgencias. No pudo reanimar a unas veinte personas en parada cardiorrespiratoria a pesar del masaje y la ventilación. Había cientos de cadáveres desfigurados a su alrededor. Jonay sintió una profunda tristeza por tanto dolor. No había sido testigo de violencia humana a ese nivel. A lo más algunas heridas de machetazos

en disputas vecinales en Matabeleland. La violencia que había visto era la de la injusticia, la de la pobreza y la de la avaricia. Más sutil pero igual de dramática en robar vidas humanas, muchas más, aunque con menos intensidad que lo que ahora le rodeaba.

Al despedirse de los paramédicos y de los bomberos sintió una complicidad de hermanos que arriesgan sus vidas por salvar a otros. Quedó para siempre en Jonay un profundo respeto por los bomberos, con los cuales ya siempre se saludaría, a su modo, con el puño en la sien.

Cuando volvió a su casa, agotado física y emocionalmente, le esperaban inquietas Aimsa y Nour sentadas a la mesa de la cocina. Les contó lo que había presenciado. Ellas habían estado en una meditación por la paz, y se veían tristes pero serenas.

- Papi, ¿que ha pasado? -Preguntó Nour.

- Se estrelló un avión contra un edificio, hija. Papi ha estado ayudando a los enfermos, como en Ukuzwana.

- ¿Se van a poner bien, papi?

- Muchos sí, hija. Otros temo que no…

Nour, aún a sus tiernos siete años de edad, era muy consciente de la muerte. La había visto a menudo en la misión, en niños de su edad y en papás y mamás de compañeros de la escuela, a menudo por SIDA. Era normal para ella asistir a funerales y llorar las partidas de niños y adultos.

- Mami y yo hemos estado meditando para que tengan luz en su viaje a otra vida, papi. -Dijo Nour, con la voz entrecortada y sin dejar de abrazarle.

- Ahora duerme, hija. Soñaremos con sus almas para darles nuestro amor a todos ellos, y a todas las personas que sufren en el mundo, ¿vale?

Mientras Aimsa acostaba a Nour, Jonay se duchó y limpió el polvo, el humo, la sangre, el sudor. Intentó, sin jabón que lo lograra, aclarar su dolor. Fue luego al cuarto y cantaron a Nour «Sunshine», como cada noche.

- Ha sido muy duro, Aimsa.

Se abrazaron en la cocina, mientras se calentaba el agua para su infusión, esta vez de romero y tila del jardín. Desde que regresaron de Ukuzwana el verano anterior se volvieron a sentir muy unidos. Aimsa limitó sus horas en las reuniones retóricas que sabía solo servían a la vanidad de los que hacían sus discursos sin cambiar nada las situaciones de injusticia. Empezaron a compartir cada día paseos, tertulias y meditaciones. Aimsa avanzaba con fuerza en defender los derechos de la red de eco aldeas espirituales. Se había inspirado en el libro «La Revolución de una brizna de paja», de un anciano sabio japonés llamado Fukuoka. También se había aliado con una red de agroecología llamada «la vía campesina». Sentía que el capitalismo basado en los mitos de la propiedad y del dinero era la raíz de las grandes injusticias. Y que el acto más revolucionario hacia un mundo justo y

respetuoso con las personas y la naturaleza era no consumir ni acumular ahorros en las garras de la especulación financiera. Cultivar, compartir y consumir los alimentos cuidando la tierra era la piedra angular de la revolución necesaria en el mundo.

– Al-Qaeda ha reivindicado los ataques, Jonay. Este atentado es un horrible acto de violencia ciega. La raíz es la opresión de Occidente a Medio Oriente durante décadas, engendrando odio. Han dirigido todo su dolor en forma de venganza suicida hacia el símbolo del centro del poder mundial, el Global Trade Centre.

– Ahora mismo solo pienso en cada uno de los pacientes que no pude salvar, Aimsa. En su dolor y el de sus familias.

– Te entiendo, Jonay. Nada justifica la violencia, nada.

En los meses siguientes Estados Unidos atacó objetivos ligados a Al-Qaeda en Afganistán, interrogaron a ocho mil personas en Estados Unidos, a veces tan solo por su origen, apellido o vestimenta. Aimsa fue interrogada por llevar su sari. Detuvieron a más de mil doscientos, en su mayoría musulmanes. El gobierno declaró la «guerra contra el terror». El vicepresidente Cheney, ante un débil Bush hijo, tomó claramente el poder. Pasaron en el Congreso la Ley Patriota gracias a la cual el gobierno podía espiar a cualquier ciudadano. Enumeraron posibles dianas terroristas listando casi dos mil. En los próximos años subieron hasta más de trescientos mil en el país, incluyendo hasta puestos de palomitas. Derogaron sus leyes y compromisos internacionales contra la tortura y la ejercieron de las formas más terribles siguiendo el manual Kubark, el más cruel tratado de crueldad imaginable.

Jonay leía *1984*, de Orwel, y veía el paralelismo con la guerra interminable allí descrita. Treinta y cinco años antes de 1984, George Orwel escribió aquella historia imaginando un futuro de guerra perpetua y control omnipresente del gobierno que perseguía cualquier pensamiento libre. Los protagonistas, Winston y Julia, planeaban, en la complicidad del amor prohibido, la rebelión contra el sistema represor. En la novela, Winston compraba en un anticuario un diario en el que escribía pensamientos críticos al poder. Jonay pensaba en su diario de hojas de melalucas, que aún lo esperaba. La novela de Orwell era la antítesis de la isla descrita en *Utopía* cuatro siglos antes por Tomas Moro, uno de los libros favoritos de Jonay. En la distopía de Orwell, Winston y Julia se traicionan mutuamente y vuelven a su sumisión al sistema. «Solo el amor nos rescata de las garras del poder, el miedo y la violencia», pensaba Jonay.

Empezaban a verse algunos capullos en los cerezos frente a la casa. Pero la proeza de la primavera de la naturaleza llegaba al son de tambores de guerra de una Humanidad enloquecida. Durante el año anterior, el gobierno de Estados Unidos había ido construyendo toda una red de mentiras para justificar la invasión de Irak por supuestos arsenales de armas de destrucción masiva. Para cualquier persona medianamente interesada e informada, todo era una gran excusa

para que la venganza aliviara supuestamente el dolor del atentado de las Torres Gemelas, pero, sobre todo, para dominar la mitad del petróleo mundial en el golfo arábigo. Cheney y Rumsfeld consiguieron aliarse en el senado con el demócrata Joe Biden, presidente del comité de relaciones internacionales, que incluso empujó a tal genocidio. Allanaron el camino para que Bush hijo, sin apenas conocimientos del mundo ni de la historia fuera de Texas, apretara el «botón rojo» y su ejército bombardeara Bagdad aquella noche del diez de marzo de 2003.

– Aimsa, este gobierno y este sistema de poder económico y militar, íntimamente ligados en Estados Unidos, se va pareciendo más y más a la distopía de Orwell: Cheney, manipulando a Bush, el «*Big Brother*», la mentira del gobierno el «*doublethink*», el pacifismo «*thoughtcrime*» antipatriota, la retórica falsa política del «*newspeak*», la tortura legalizada y el lavado de cerebros por los medios el «*room 101*», el internet controlado por el poder económico y político «*telescreen*», la negación de la historia (genocida, esclavista, imperialista y nuclear) el «*memoryhole*» y la desvergüenza de la mentira del poder el «2 y 2 son cinco».

Jonay y Aimsa siguieron en las noticias, invadidos de tristeza e impotencia, el bombardeo en el que cuidadosamente no se mostraban las víctimas civiles. El capitalismo no solo devoraba vidas por las desigualdades injustas extremas y destruía el resto de formas de vida por la supuesta supremacía humana, sino que se aliaba sin ningún reparo con la mentira y el terror. No era coincidencia que Bush bajara los impuestos a los ricos, disparara las desigualdades injustas y la pobreza y desatara de nuevo la carrera nuclear.

– Aimsa, dime: ¿cómo es posible que casi nadie cuestione unas Naciones Unidas secuestradas por el poder de veto de unos pocos poderosos, los mismos que tienen armas nucleares, los mismos que imponen que otros no las puedan tener, los mismos que han sembrado y siguen sembrando de terror el mundo?

– Jonay, no es solo Estados Unidos. Ni tan solo es el capitalismo. Desde que perdimos la empatía, que intentamos rescatar en las eco aldeas, las sociedades viven ancladas en jerarquías que se valen de mitos como naciones, dioses, propiedades o el dinero, para manipular con miedo a quien las cuestione.

La lucha contra la injusticia les unía día a día. Aimsa fue cada vez menos a las oficinas y reuniones de palabras vacías. Trabajaban juntos desde la casa donde fueron dibujando todas las conexiones del poder que Aimsa llevaba casi veinte años estudiando y unieron a los gráficos de Haka.

Aimsa recordó su lucha quince años antes frente a Wellcome y su avaricia en limitar el entonces único tratamiento, AZT, para los ricos que pagaran altísimos precios. El año anterior en Barcelona ya había revelado las argucias de Clinton y su Fundación al servicio de los intereses del negocio, que habían financiado una parte de su campaña electoral. Su enviado para proteger esos beneficios, Al Gore, ahora daba conferencias en viajes de jet privado sobre el cambio climático. El poder aliado con la avaricia se lavaba la cara y salía del gobierno en formas

de fundaciones filántropas, aspirantes a héroes de la humanidad y premios Nobel desde el centro del poder de un sistema criminal. Perfecta representación del *newspeak* de Orwell aclamado por las masas.

La causa fundamental de la pobreza era la acumulación excesiva de riqueza de unos pocos, era matemáticamente clara y nítida la relación. ¿Cómo era que entonces todo el mundo aplaudía a los millonarios dando migajas a los pobres mientras blindaban sus privilegios?

El entonces secretario de Defensa Rumsfeld, aliado desde los años 70 del todo poderoso Cheney, y co-responsable ahora de miles de muertes en Irak basadas en un interés disfrazado de mentira, había sido dirigente de Searle y sus edulcorantes cancerígenos. Searle se convirtió en Farmacia y después fue vendida a Monsanto. Aquella empresa contra la vida y contra la que Haka dedicó sus últimas batallas, era la mayor fuente de tóxicos para la agricultura destructiva del planeta. Cheney fue después dirigente de Gilead, una de las corporaciones que durante veinte años mantuvieron patentes billonarias frente a la vida de millones de muertes por SIDA en África. Por bombas, por químicos y por barreras frente a tratamientos, aquel hombre y sus aliados asfixiaban las vidas de millones de personas y de otras formas de vida en el planeta.

Desde que en la reunión de SIDA de Barcelona habían conseguido crear el *pool* de patentes, se estaban distribuyendo medicamentos para el SIDA a precios más bajos en países pobres y pacientes, como los de Matabeleland, que comenzaban a escapar del destino de veinte millones de hermanos infectados por el virus y sentenciados por la avaricia. Mientras tanto, Gilead y las demás grandes corporaciones farmacéuticas mantenían sus negocios en países ricos.

Se necesitaban nuevos negocios como lo fue el SIDA durante las patentes. Aunque hubiera que inventarlos. En aquel año se detectaron algunos casos de gripe en Vietnam y Hong Kong, que se relacionaron con un virus, H5N1, detectado en pollos. Gilead llegó a un acuerdo con Roche, a quien había vendido la patente de un antigripal extraído del anís estrellado de China y de dudosa eficacia, oseltamivir. Lo llamaron Tamiflu y lo empezaron a fabricar en masa. Estados Unidos atizó la alarma mundial. El primer gesto fue el sacrificio de cien millones de pollos en un solo día en Hong Kong, cuya ministra de salud, Margaret Chan, fue al poco tiempo elegida, con apoyo de Estados Unidos, directora general de la Organización Mundial de la Salud. El gobierno estadounidense y muchos gobiernos de Europa compraron cientos de millones de dosis de Tamiflu que, ante solo unas docenas de muertes en humanos, quedó caducándose en los almacenes de los ministerios de salud, mientras los bolsillos de los accionistas de Roche y Gilead, incluido Rumsfeld, volvían a engordar.

La injusticia de la avaricia caía en forma de bombas o de intrigas políticas para beneficiar a unos pocos quienes, con las manos bañadas de sangre, amasaban sus fortunas y hablaban de «libertad» y «democracia».

VIII

LAS SEMILLAS ENVENENADAS DEL PODER

Gomera, noviembre 2003

Habían pasado casi dos años desde que la comunidad de la Ternura recibió la notificación del fin del usufructo. Solo consiguieron un aplazamiento de seis meses y después tuvieron que dejar aquel hermoso valle, sus construcciones y terrazas verdes tras veinte años de esfuerzos y amor a la tierra en comunidad.

Los grupos más reaccionarios a la colaboración con las instituciones le acusaron a John de haber vendido sus vidas con el acuerdo de usufructo y de permitir que arrasaran aquel bello valle cuidado durante tantos años. Allí ya reposaban unas cincuenta personas entre las raíces de un bello bosque de sabinas. Habían dejado su sudor y sus sueños, ahora rotos.

En las semanas siguientes se desató una campaña difamatoria en la televisión, la radio y los periódicos locales controlados por el poder. Acusaban a las eco aldeas, y en concreto a la de la Ternura, de ser sectas alienantes y practicar el amor libre, tráfico de drogas y hasta de pedofilia.

Les amenazaron con retirar los permisos de residencia a la mitad de la comunidad, que no tenían el pasaporte español, con retirar las tarjetas sanitarias y el acceso a servicios de salud, con arrestarles por ocupación ilegal y cerrar el resto de las eco aldeas en la isla.

John consiguió llegar a un acuerdo con la delegada del gobierno para que declararan al valle de El Cabrito parque natural y no destruyeran las construcciones, las terrazas, el sabinar ni el puerto. También acordó que si alguna vez se clasificaban los terrenos como «urbanizables» la subasta sería pública y podrían optar a recuperar las tierras.

John se dirigió a todos con estas palabras de lo que parecía el final de un sueño:

Hoy los que se creen en posesión de la Madre Tierra nos echan de ella por intereses de avaricia y de poder. Nos hemos opuesto con escritos, con manifestaciones y hasta con cantos frente al Cabildo. Nos han acompañado nuestros hermanos de las eco aldeas en La Gomera. Somos ya una quinta parte de todos los que habitamos esta hermosa isla. Irnos no significa bajar la cabeza, aceptar la injusticia, someternos a un poder soberbio ni claudicar en nuestros principios. Vamos a seguir luchando. Lo haremos en nuestra cadena de radio, en los periódicos locales que nos quieran dar espacio, hablando con vecinos, en los mercados, a cada paso. Estoy seguro que la Ternura vencerá y volveremos, sin violencia, a nuestro valle. Esta es una dura prueba para no aferrarnos a ninguna propiedad, ni siquiera la de los recuerdos, la de nuestro sudor, la de la seguridad de un lugar y un tiempo. Llevaremos a este valle en nuestros corazones y en ellos estará nuestro hogar, nuestra unión, nuestra más noble lucha.

Esa noche John lloró tocando su armónica frente al mar. Al volver hacia la casa que ocupaba con Umbela y donde seguía el cuarto de Jonay, sintió tanto dolor que dio un puñetazo de rabia contenida en una de las paredes de piedra. Sintió dolor al quebrarse un hueso de la mano bajo un hematoma y dejar una marca en la pared y sus nudillos ensangrentados, pero mucho más fuerte era el dolor del desgarro de su alma por irse del hogar y la comunidad donde tanto esfuerzo e ilusión pusieron. Lo que había dicho a la comunidad estaba inspirado en el principio de Aimsa de la no-violencia, que tanto había leído en el diario de Gandhi desde la cárcel. Pero en ese momento podía entender y casi justificar la resistencia violenta.

Los casi quinientos comuneros de la Ternura fueron acogidos en las otras dieciséis eco aldeas espirituales esparcidas por los valles de esa hermosa isla. Solo la eco aldea de la Valentía, fundada por Fernando, también había cedido su propiedad, en este caso al ayuntamiento de Vallehermoso, y llegado a un acuerdo de usufructo. La Delegada del Gobierno, un títere del presidente del Cabildo, y este de las siete familias, una de ellas la de los Bethancourt, que poseían el 80% de las tierras y negocios de la isla, había intentado presionar al alcalde de Vallehermoso. Este, un paciente de Fernando, defendió a la eco aldea de la Valentía y se opuso a la presión de los caciques. Le fueron quitando subvenciones y presupuesto, pero resistió.

John, Umbela y otros treinta comuneros de la Ternura («ternureros» les gustaba llamarse) se unieron con Fernando en Valentía. Tomás se había quedado en El Cabrito pues su casita natal no fue cedida en el usufructo. Cuidaría de que los caciques no tomasen el valle hasta que pudiera volver «la Ternura». Aimsa intentaba exponer el caso a nivel nacional pero no había conseguido respuesta del gobierno español.

Ya había pasado más de un año del triste «destierro» de Ternura. Luis estaba de guardia en las urgencias del hospital de la isla, en San Sebastián. Eran las dos

de la madrugada y estaba recostado en una camilla. La enfermera de guardia le avisó de una urgencia.

En una de las ambulancias que cubrían la isla trajeron los voluntarios de Cruz Roja a un chico de unos veinte años. Estaba inconsciente y con signos de venopunciones en las venas de los brazos y del cuello.

Desde el incidente del alemán, Luis había visto ya tres casos de sobredosis y uno de endocarditis en el que el test de SIDA dio positivo. Él y John habían intentado varias veces hablar con la delegada del gobierno, el presidente del Cabildo y directamente con el sargento de la guardia civil. Nunca les recibieron. Mandaron artículos al diario local *La Isla* y no fueron publicados.

Luis exploró con todos sus sentidos al paciente: tenía la piel pálida y sudorosa, el pulso filiforme y débil, la perfusión que comprobaba en la matriz ungueal era muy baja, la respiración era taquipneica en salvas y no respondía a estímulos dolorosos. Las pupilas estaban muy cerradas, como puntas de alfiler, y el aliento olía a acetona. Al auscultarle comprobó que tenía un latido muy lento, con un profuso soplo sistólico y que las bases pulmonares tenían crepitantes. El hígado estaba muy aumentado y el abdomen distendido, con el signo de la oleada que indicaba líquido peritoneal. Comprobó la ausencia de trauma craneal, focalidad neurológica, signos piramidales ni meníngeos. Su pulso era de 98 latidos por minuto, su tensión de 60/40 y la saturación de oxígeno 85%.

Luis llegó a la conclusión de que aquel joven sufría sobredosis por opiáceos y tenía varias infecciones asociadas, posiblemente endocarditis, neumonía y hepatitis y quizás también SIDA.

Le inyectó naloxona por vía subclavia pues todas sus venas periféricas estaban cauterizadas por la droga.

En ese momento irrumpieron dos personas, hombre y mujer, de mediana edad, ataviados con traje y vestido caros, como si vinieran de un evento engalanado. Luis notó en ellos aires de superioridad. La mujer se abalanzó sollozando a abrazar al joven, inconsciente. El hombre, a unos pasos, se dirigió de forma exigente a Luis:

- Doctor, mi hijo está grave, exijo inmediatamente un helicóptero que lo evacúe a Tenerife.

A través de la puerta de urgencias pudo ver aparcado al lado de la ambulancia de la Cruz Roja el coche Mercedes negro que había visto con John y Fernando traficando droga ante el bar de «La promesa» el año anterior.

- Soy el Dr Luis García. ¿Con quién hablo, por favor?

- Con Don Juan Manuel Bethancourt, marqués de Adeje y Conde de La Gomera.

- Les ruego aguarden en la sala de espera, estamos tratando a su hijo. En cuanto pueda les informaré de su situación y del tratamiento.

Uno de los voluntarios de la Cruz Roja los acompañó hacia fuera mientras la mujer sollozaba el nombre el joven: «¡Juan Antonio, hijo!», y oyó al hombre decir «quien se habrá creído ese medicucho godo»

Al no recuperar la respiración en los cinco minutos siguientes a la inyección de naloxona Luis, con la ayuda de la enfermera de turno, Soledad, intubó al joven y comenzó a ventilarle con un «ambu» conectado a oxígeno a ocho litros por minuto.

Para dichos tratamientos debiera llamar al anestesista, Horacio Fernández. Era un borrachín ilocalizable a esas horas, compinche del cirujano y socio del marqués en las construcciones de hoteles y campos de golf, actividad a la que sí dedicaban todo su tiempo y empeño. Prefirió no llamarle.

A los diez minutos el joven empezó a mejorar su tensión arterial y saturación de oxígeno, las pupilas empezaron a volver a su diámetro normal, movió sus brazos hacia el tubo endotraqueal y comenzó a tener respiración espontánea.

Luis lo extubó, comprobó que respiraba con normalidad y que iba recuperando conciencia. Le administró cinco miligramos de diazepam intravenoso pues pronto entraría en síndrome de abstinencia por el brusco descenso del nivel de heroína en sangre que provocaba la naloxona.

Dejó al joven al cuidado de Soledad y salió a hablar con sus padres. Les pidió que le siguieran a una sala donde podría hablar de forma confidencial con ellos.

- ¿Qué le ocurre a mi hijo, Doctor? -Preguntó el hombre en tono entre exigente y preocupado.

- Su hijo sufre una sobredosis de opiáceos, posiblemente heroína. Por las muestras de venopunción y flebitis crónica en sus brazos debe llevar al menos un año inyectándose diariamente. He podido ver algunos signos de infección pulmonar, hepática y quizás del endocardio. Tenemos también que descartar que tenga infección por VIH.

- Ante su gravedad exijo que llame inmediatamente al servicio de helicópteros medicalizados. Si no hace usted, lo haré yo ahora mismo.

Luis sabía que el marqués era dueño de la empresa de los helicópteros, así como de media isla. Por eso el presidente del Cabildo había permitido sus negocios sucios con la droga, los excesos de su hijo y en represalia había difamado y expulsado a la comunidad de la Ternura por la insinuación de John hacía ahora año y medio.

- Primero, señor Bethancourt, está lloviendo y es de noche, el helicóptero no puede volar seguro en estas condiciones. Segundo, su hijo tiene un compromiso respiratorio crítico y los cambios de presión son un riesgo para él. Creo que le podemos tratar aquí hasta que esté estable y vaya a hacerse algunas pruebas diagnósticas en Tenerife. Para ello tendré que rellenar el protocolo de referencia de casos relacionados con uso de sustancias adictivas e informar al Juzgado, y el

de sospecha de VIH. Pero lo importante es que Juan Antonio se recupere de esta sobredosis que podría haber acabado con su vida, supere la adicción y tratemos las infecciones relacionadas.

El hombre quedó desarmado ante esos argumentos y no sabía cómo mantener su supuesta superioridad moral y social desde su «púlpito nobiliario». En ese momento se dirigió a su esposa con tono acusador:

- ¡Te he dicho muchas veces que necesitábamos meterle en vereda! ¡Esto pasa por haberle consentido tanto!

Intentó llamar a su amigo de negocios y borracheras, el anestesista Horacio, pero comprobó que su teléfono móvil no tenía batería.

- ¡Voy a buscar a Horacio y vengo para poner solución a esto!

Cuando se fue el marqués, su esposa se quedó mirando avergonzada a Luis y le dijo:

- Doctor, ¿saldrá de ésta mi hijo?

- Sí, ¿señora…?

- Llámeme Dolores. Soy una sencilla hija de magos de Valle Gran Rey. En el fondo me avergüenzo de mi título nobiliario por casarme con el padre de mi hijo.

La mujer rompió a llorar. Luis pudo ver un hematoma facial izquierdo que el maquillaje intentaba disimular. Sospechó que era víctima de malos tratos.

- Dolores, vamos a salvar a su hijo de esta situación. Y trataremos las infecciones que ha adquirido por las venas. Pero necesitará mucho amor y apoyo para salir de su adicción. Le recomiendo que ahora no sea evacuado al Hospital de La Candelaria en Tenerife donde abrirán una investigación y seguramente acabe preso y custodiado por tenencia y tráfico de drogas.

Luis se dio cuenta que estaba intentando proteger al joven, como protegieron el año anterior al navegante alemán. La mezcla de adicción y reclusión penal era el fin de muchos jóvenes en España. Luis había hecho su residencia de medicina interna en el hospital Gregorio Marañón de Madrid en los años noventa donde asistían diariamente a muchas sobredosis y los jóvenes de barrios marginados del sur de Madrid llenaban las salas de medicina interna donde él trabajaba. Se alió con el sacerdote comunista Enrique de Castro, hijo rebelde de un general franquista, incluso haciendo huelgas de hambre, para cambiar las leyes y permitir el tratamiento domiciliario de los cientos de jóvenes adictos e infectados por VIH que transitaban sus vidas agónicas entre la prisión de Carabanchel y el hospital.

Cuando Juan Antonio fue recuperando la conciencia ya ingresado en una habitación de las doce que tenía ese pequeño hospital, Luis se acercó a él. Recordaba de cuando trabajó en Ghana como le había acompañado un manual de medicina en situaciones de recursos limitados, «el manual del cooperante», de un tal John Gray. Con él aprendió a sentarse con aproximación respetuosa en el

borde de la cama y a quitar la mesa en la consulta como barrera entre médico y paciente.

La madre de Juan no se separaba de él. El padre no había vuelto.

- Hola, Juan Antonio, me llamo Luis, soy tu médico.

- ¡Vete con tu puta madre! Déjame irme de aquí, necesito un «pico», no toda esta mierda.

La madre le increpó:

- Hijo, no le hables así al doctor. Te ha salvado la vida.

- Entiendo tu ansiedad Juan Antonio. Estás pasando un síndrome de abstinencia pues hemos hecho desaparecer los efectos de la droga en tu cuerpo.

- ¡Tú me has metido en este «mono», cabrón! ¡déjame irme!

- Juan Antonio, te puedes ir, pero debo avisar al juzgado del diagnóstico de sobredosis. Aunque tu padre te proteja y sigas inyectándote droga, tu vida se irá dosis a dosis y por las infecciones que tienes asociadas. Es tu decisión, Juan Antonio. Yo he tratado a muchos jóvenes como tú y sé lo que necesitas para superar el síndrome de abstinencia, para tratarte las infecciones y, lo más importante, para superar esta adicción y comenzar una vida nueva.

En ese momento Juan Antonio comenzó a llorar y les pidió que le dejaran solo.

Luis salió con su madre y buscaron un rincón discreto en el pasillo para hablar.

- Doctor, le diré la verdad: sé de la adicción de mi hijo desde hace unos seis meses. Y sé que está metido en una trama de tráfico de esa droga asesina con gente de Tenerife. Estoy de acuerdo en que, si vuelve a la calle o si le refiere a Tenerife, incluso si por la influencia de su padre escapa a la justicia, acabará en una sobredosis a la que otro médico llegue demasiado tarde. He intentado hablar con su padre de ello y reacciona con violencia, ante su hijo y ante mí.

Luis notó en aquella mujer el más profundo dolor de una madre que veía la vida de su hijo deshilacharse y perder toda dignidad. La observaba impotente desde una jaula de oro desierta de amor. Luis, quien conoció por John las historias del cacique acosando a Umbela se preguntó cómo hubiera sido la vida de Umbela si hubiera cedido, como Dolores, a la presión de aquel cacique borracho de poder y de soberbia, que destruía la vida de su mujer, de su hijo y de la isla.

En los siguientes días Luis fue rompiendo el escudo agresivo de Juan Antonio. Desde sus tiempos de residente en Madrid guardaba un diario en el que anotaba sus cientos de experiencias con pacientes. Se lo daría a su hijo menor, Enrique, quien quizás quisiera dedicarse a la cuidar de la salud, de alguna forma. De Juan Antonio escribió esta historia:

Juan Antonio era un joven de la Gomera, que creció en un hogar privilegiado y rodeado de lujos. La abundancia y su futuro seguro por la herencia de un padre dueño de media isla fueron sus peores enemigos. Le robaron la razón para esforzarse en ganarse su sustento, para aprender un oficio, para dedicarse a los demás, para soñar un futuro desligado de la trampa del mito de la propiedad, como la llama mi amigo John. Llegó una noche lluviosa a urgencias con una sobredosis de heroína. Hacía un año que sabíamos de una red de tráfico de droga en la isla y la habíamos denunciado. Las autoridades no solo la encubrieron sino tomaron represalias con John y su comunidad de la Ternura expulsándoles y difamando al movimiento de eco aldeas, la esperanza de una isla destruida por la avaricia de sus caciques. Juan Antonio era como la isla: estaba destruido su cuerpo por daños de agresiones y tóxicos. Las excavadoras de su padre por la isla hacían el mismo daño que las agujas en el cuerpo de Juan Antonio. Su alma estaba posesa de la necesidad de consumir droga al igual que la isla estaba entregada a los negocios y dinero rápido del turismo de paso por la isla. Como me pasó con muchos pacientes adictos en Madrid, Juan Antonio reaccionó agresivo contra mí y contra las enfermeras y auxiliares en los primeros días. Poco a poco fui rompiendo su armadura de distancia agresiva. Lo hice con verdadero interés en saber de su vida y entender su dolor. Dejé que él me hablara. Se fue sincerando en largas charlas después de mi jornada laboral, por las tardes, sentado en el borde de su cama. Había crecido con todo tipo de lujos y caprichos, pero sin amor. Su padre era una persona soberbia, engreída y abusadora. Solo le hablaba de heredar el título de marqués y hacerse respetar por el «populacho», como llamaba al resto de los mortales en aquella isla. No recordaba haber recibido nunca un abrazo de su padre. Su madre era maltratada desde que él tenía uso de razón y bebía alcohol para intentar olvidar como dejó su vida sencilla y de amor en su humilde hogar de Valle Gran Rey por un palacio de oro y dolor, de privilegios y soledad. Dejó los estudios del instituto y le enviaron a un colegio interno y caro en el sur de Inglaterra, donde con otros jóvenes se inició en consumir marihuana. Con el bachillerato comprado con el dinero de su padre empezó los estudios de empresariales en La Laguna, viviendo en un piso de Santa Cruz, propiedad de la familia. De la marihuana pasó a la cocaína que consumía en fiestas con otros jóvenes adinerados y turistas nórdicas. Pasó una temporada en Lanzarote trabajando en un hotel propiedad de su padre, aunque en realidad vivía de noche en fiestas y droga y dormía por el día. Un día otro joven le inició en la heroína. Conoció a los traficantes de «caballo» en Tenerife y cuando el dinero que le enviaba su padre era insuficiente para sus fiestas y su adicción, se implicó en el tráfico de drogas. Les propuso introducirlo en La Gomera y eligieron camellos en el Ferry de Fred Olsen y en varios bares de la isla. Dejó la parodia del estudio, en el que nunca puso empeño, y volvió a la isla, supuestamente a trabajar en los negocios de su padre. Sin interés en los afanes especulativos de hoteles, apartamentos y campos de golf que su padre planeaba en la isla, fue dejándose llevar por la droga y el negocio de su tráfico en la isla. Varias veces le habían advertido a su padre del quehacer de su hijo. Reaccionaba dando una paliza a su hijo y amenazando a quien le denunciara. Así llegó al borde de la muerte esa noche de marzo de 2003. Su madre, en un pozo oscuro de desesperación fue mi gran aliada en sacar a su hijo de ese lento suicidio. Poco a poco mejoró y siguió su desintoxicación con dos jóvenes que consiguieron curarse de adic-

ciones en la comunidad de la Ternura y que después de la expulsión de la Ternura vivían en la eco aldea del «Renacer», en torno a «Casas Blancas», un alto desde donde veían el barranco de El Cabrito, donde la naturaleza había invadido las terrazas y los patios de lo que fue la comunidad de la Ternura. Juan Antonio se fue recuperando, encontrando sentido a su vida desde su armonía sencilla con la naturaleza y con una comunidad que compartía y se amaba sin las barreras de miedo, jerarquía y poder que habían rodeado su infancia. Su madre se separó de su padre y se fue a vivir a la misma eco aldea.

Ocho meses después de que Luis tratara a Juan Antonio, este y otros comuneros del «Renacer» vieron como cuatro enormes excavadoras *Caterpillar* con el flamante emblema de «Construcciones Bethancourt: llevando la Gomera hacia el futuro», avanzaban por la carretera hacia la «degollada de Peraza». Al principio pensó que iban a extender las obras del campo de golf que su padre poseía en Playa Santiago, rodeado de hoteles de lujo de su propiedad. A los diez minutos vieron como bajaban por un camino en la ladera sur del barranco hacia la Playa de El Cabrito.

Alertaron por el sistema de silbos entre barrancos a todas las eco aldeas de la isla y Juan Antonio se fue corriendo con otros ocho comuneros del Renacer hacia El Cabrito y las casas de lo que fue la Comunidad de la Ternura. Corrían ladera abajo ayudados por pértigas de pitas canarias para avanzar a grandes saltos. Cuando llegaron al puerto, Tomás les recibió, ya alertado por el ruido de las excavadoras. Juan Antonio y sus amigos subieron el camino pedregoso de la ladera sur y se encontraron a dos kilómetros con las cuatro excavadoras. Al principio intentaron cortarles el paso, pero las excavadoras avanzaron casi atropellándoles. Atajaron un meandro saltando de nuevo con sus pértigas y esta vez se tumbaron en el camino. Las excavadoras se pararon. Salieron los conductores e intentaron apartarlos a patadas. Uno de ellos les alertó:

– ¡Parad, ése es el hijo del marqués!

El que lideraba el convoy de excavadoras llamó por teléfono móvil:

– Don Juan Manuel, su hijo está tumbado en el camino hacia El Cabrito con unos hippies y no podemos avanzar hacia la demolición que nos ha encargado.

– Espérenme ahí, voy ahora mismo con la Guardia Civil y el presidente del Cabildo. Se van a enterar esos «perroflautas».

A la hora llegó el marqués en su coche mercedes negro, dos camionetas Nissan de la Guardia Civil y un Audi con el presidente del Cabildo. Para entonces ya habían llegado unas trescientas personas de la comunidad de El Renacer y otras cercanas. Todas se tumbaron en el camino, uno cada tres metros, desde donde estaban las excavadoras hasta el puerto de El Cabrito. Silvia, una amiga de Nadine, periodista de la televisión, estaba de visita en una de las eco aldeas

filmando un documental. Se aproximó al marqués y al presidente de El Cabildo mientras le filmaban con una cámara y les preguntó:

- ¿Qué es lo que pretenden hacer con estas excavadoras?

- Destruir esa colonia de drogas y enfermedades y hacer un hotel que de empleo y riqueza a la isla -dijo el marqués.

- ¿Tienen los permisos para ello? Entendemos que el barranco está calificado como parque natural.

En ese momento el marqués miró a Don Cayo, el presidente de El Cabildo y la cámara se dirigió a él. Don Cayo, viendo la etiqueta de RTVE tapó con su mano la cámara y se dirigió a la periodista:

- Le ruego no filme, señorita.

- No lo haré si nos explican sus planes.

Don Cayo se dirigió al marqués:

- Don Juan Manuel, realmente aún no tenemos la aprobación del consejero de medio ambiente para la recalificación.

- ¡Pues bien, que me agradeciste el medio millón de euros para tu campaña, cabrón!

Fueron llegando cientos de comuneros de toda la isla. Entre ellos Dolores, quien hacía seis meses que no veía al padre de su hijo. Se dirigió a la periodista:

- Silvia, le ruego que me grabe esta entrevista. Sé bien todo lo que ha pasado en esta isla desde hace veinte años.

Sin poder evitarlo, Don Cayo y Juan Manuel asistieron al final de su reino de abusos, ante cientos de testigos presenciales y ante lo que unas semanas después fue un documental de El Informe Semanal, titulado *Los caciques de La Gomera* y visto por media España:

- El padre de mi hijo heredó el título de marqués y la mitad de las tierras de esta isla. Con miles de isleños a su merced y sobornando a las autoridades ha ido destruyéndola cambiando las terrazas del sudor de los magos como mi difunto padre por bloques de cemento y hoteles de lujo para turistas que solo vienen a bañarse en sol y alcohol barato. Hace un año y medio expulsaron de este barranco a una comunidad de armonía entre las personas y la naturaleza que es referencia para la red global de eco aldeas espirituales, la comunidad de la Ternura. Una virtud humana que este pobre hombre, comido por su ambición de poder, nunca ha conocido. Lo hicieron porque su líder, John Harris, denunció una red de tráfico de droga que casi acabó con la vida de mi hijo, quien, si no fuera por estas buenas gentes, estaría hoy bajo tierra. Pido públicamente que sean procesados por estos crímenes contra las personas y contra la naturaleza.

La periodista se dirigió a Don Cayo y Juan Manuel, rodeados por las personas que se habían ido levantando del camino y rodeaban ahora a las excavadoras y los coches de los caciques:

- Si no retiran inmediatamente estas excavadoras mandaré esta grabación ahora mismo a RTVE y a media docena de agencias de prensa.

- ¡Usted no sabe quién soy yo! ¡Todo esos son calumnias de estos hippies que solo han venido a ensuciar las tradiciones y moral de esta isla!

Los comuneros, ya más de mil, ocupaban tumbados todo el camino hasta el puerto de Tomás. El sargento de la Guardia Civil pidió refuerzos para ir retirándolos a la fuerza mientras avanzaban metro a metro las excavadoras.

Media hora después el sargento de la Guardia Civil recibió una llamada y respondió: «a sus órdenes».

- Don Cayo Rubelo, Juan Manuel Bethancourt, quedan ustedes arrestados.

En los días siguientes se renovó el usufructo del barranco de El Cabrito en beneficio de la eco aldea de la Ternura.

Por esos días John fue operado de cataratas en un quirófano improvisado en el centro de salud, por un oftalmólogo llamado Nacho a quien Fernando había conocido cooperando en Sierra Leona. Decidieron mantenerle en secreto la lucha final por recuperar la Ternura. Antes de quitarle la venda de los ojos le dijeron que tenía que volver a ver desde una vista muy especial. Fernando, Umbela, y se les unió Luis en el camino, le llevaron desde San Sebastián hasta el Roque de El Sombrero donde año y medio antes había empezado la odisea de su destierro. Le quitaron la venda de los ojos y se dio cuenta donde estaba. Miró primero en la mirada de Umbela y sintió profunda unión. Luego miró hacia su valle. Le saludaba la comunidad de la Ternura que de nuevo volvía a la armonía de aquel lugar mágico e inspirador para el mundo, rescatado de las garras de la avaricia. John sintió una profunda paz.

IX

LOS HOMBRES TAMBIÉN SUFREN

Madrid, mayo 2004

Thanda quedó devastado cuando Cristina le desveló su relación con otro hombre en la navidad del 2002.

- Ahora entiendo tu frialdad desde hace meses. No había un gesto de cariño ni en tus cartas a la misión ni a mi vuelta ¿Desde hace cuánto tienes sentimientos por él?

- Mucho antes de conocerle ya mi amor por ti fue muriendo, Juan. Me dejaste sola con mi frustración en Ukuzwana, con mi vuelta a Madrid, con buscar casa y escuela, con buscar un puesto de trabajo y crear un hogar. Tú solo hablabas de la misión, de tus pacientes, de tus paseos, de tus ideas y de tu mundo. Era yo tu acompañante, no tu compañera.

- Sabes bien que no podía dejar a los enfermos y comunidades en desamparo. Fuimos con un compromiso Cristina, tú lo rompiste ¿y ahora me culpas por ello? Además, Ángeles y Daniela eran también felices allí. Sí, una vida sencilla y sin seguridades ni «oportunidades», pero plena de amor, valores, solidaridad y espiritualidad. ¿Qué tenemos aquí?: un coche en un garaje, un piso en un quinto B, un trabajo de nueve a cinco con miles de papeles y trato distante con pacientes en un sistema que se parece más a una cadena de producción que a un acto humano y solidario, series de televisión, comida del supermercado, montañas de regalos y bombardeo de anuncios para comprar más y más.

- ¡Basta Juan! Este es mi mundo. Y en este mundo nos conocimos. Y aquí crecimos, nos dieron valores nuestros padres, nacieron nuestras hijas y en nuestra rutina, exenta de la épica que pretendes abanderar, intentamos vivir con honestidad y con cuidado en los pequeños detalles. Si tú lo quieres demonizar, de acuerdo, hay que mejorarlo, pero no ir en contra y no arrastrarnos en tu cruzada. Tampoco el mundo de Ukuzwana es perfecto.

Cristina estaba llorando y le temblaban las manos. Thanda se acercó e intentó abrazarla, pero ella le apartó.

-Cariño, yo sigo enamorado de ti y siento haberos dejado en un segundo lugar ante mi dedicación a los pacientes y las gentes tan marginadas del mundo. Podemos volver a ser familia. Yo puedo combinar el hospital con el albergue de San Rafael y algunos veranos en Ukuzwana, y colaborar más en todo en casa. Os amo. Y ver crecer a nuestras hijas es el mayor tesoro de mi vida.

En ese momento Cristina le miró con severidad. No quedaba un ápice de ternura en su mirada. Thanda sintió un escalofrío. El eco de lo que acababa de decir –«el tesoro de ver crecer a nuestras hijas»- fue agrietado con dolor por esa mirada fría que lo decía todo.

En los días siguientes se rompió la comunicación entre ambos. Cristina le pidió que buscara otro sitio para vivir mientras iban a una terapia. En las sesiones con un psicólogo del barrio, amigo de los padres de Cristina, ella insistía en una separación de mutuo acuerdo con fríos calendarios y horarios con sus hijas y cálculos de lo que debía aportar al hogar. Él, quien aún la amaba y soñaba con estar los cuatro juntos, insistía en darse tiempo para ir recuperando la empatía, la complicidad y el amor. De cada sesión salían con más dolor. Un mes después recibió por correo una carta del juzgado en Plaza de Castilla solicitando la separación. En ausencia de mutuo acuerdo, el derecho civil trataba a los desacuerdos familiares como disputas en las cuales una parte, la solicitante, debía acusar a la otra para que le fuera concedida la separación o el divorcio.

El contrato temporal de médico de urgencias acabó con la navidad. Thanda fue a llevar a sus hijas al colegio disimulando su profunda angustia y cantándoles la canción del mago Merlín, del grupo Solera. A su vuelta fue por el parque de El Retiro a pasear y leer aquella temida demanda de separación. Se sentó en un banco frente a la fuente del Ángel caído, cual si fuera una premonición de un amor ya roto e irrecuperable.

La demanda estaba repleta de difamaciones, escrita seguramente por un abogado que nada sabía de su vida, su amor, sus valores. Primero leyó en oblicuo y vio, sin tener la serenidad de fijarse en detalle, acusaciones de mal padre, de abandono, de mal esposo, de obsesión con el trabajo e incluso de mal hijo. Acompañaba anexos con calendario de sus ausencias, facturas de la casa y del colegio e incluso una carta de su madre en la que le decía que debía priorizar la seguridad de sus hijas en aquel lugar tan remoto e insalubre. Al final sí se fijó en los números. La demanda restringía las visitas a sus hijas una vez en semana por su supuesta falta de atención y cuidado. Acababa por hacer un extenso recuento de todos los gastos de la casa y las escuelas solicitándole una cantidad que era el doble de lo que ganaba como médico de guardia, sueldo que además ahora ya no tenía.

Sintió una mezcla de profunda tristeza por el desgarro sentimental, de vértigo por ver una inminente separación de sus hijas a quienes amaba con devoción

y de rabia por un sistema tan injusto que permitía a los abogados vivir de la difamación de personas que no conocían y llevarlos a pozos tan oscuros de dolor.

Desde aquel día se instaló una especié de frío doloroso en su pecho y que subía por su garganta. Casi nunca le abandonaba.

Esa tarde se excusó con el Padre Joaquín y se fue en tren a visitar a sus padres a las afueras de Madrid.Vivían en un lindo piso gracias a los ahorros de toda su vida. Habían trabajado desde adolescentes, combinando trabajo y estudios en la dura postguerra. Le habían educado a Thanda en los valores cristianos sin demasiada atención al catolicismo que rodeaba a la sociedad española y estaba fuertemente aliado con el Franquismo. Su madre era hija de un idealista salmantino que fue apresado en la guerra y de una madre coraje vasca que cuidó de su madre y de sus hermanas. Su padre era hijo de un fotógrafo pucelano de origen vasco y una mujer castellana que le dio 9 hijos y les cuidó con nobles principios. Les habían dado a Thanda y a sus hermanas un hogar de mucha ternura y seguridad, las mejores oportunidades que pudieron en educación, temporadas de trabajo y vida en Canarias y en Holanda y ahora el hogar familiar en las afueras de Madrid donde siempre que volvía recibía amor, escucha y cariño incondicional. Su padre se mostraba muy orgulloso de su dedicación a los necesitados en Zimbabue, mientras que su madre sentía un poco más de temor por su seguridad y en especial por la de las niñas. Esa tarde les explicó el proceso de separación y la solicitud a la que debía hacer frente. Le escucharon con profundo amor y le aconsejaron decir la verdad y trabajar para darles lo mejor a sus hijas, sin traicionar a sus ideas, que eran nobles y admirables.

Cuando esa noche volvió a la casa, ya sus hijas se habían acostado. Su esposa estaba leyendo un libro de Vargas Llosa en la sala. No había nada para cenar. Cada vez eran más los signos de que aquel no era su hogar.

- Cristina, he recibido la demanda de separación. Pensé que intentábamos un acuerdo mediante las sesiones de terapia.

- No valen de nada, Juan. Tú sigues con tu sueño de una familia unida. Hasta se lo repites constantemente a las niñas. Eso ya es imposible. Es mejor que nos separemos y cada uno intente rehacer su vida.

- Tú ya lo tienes bien encauzado: trabajo estable, casa y colegio de las niñas en el mismo barrio, tu pareja preparada a tomar mi lugar y un abogado difamándome de la forma más crueles para que yo os pague esa vida y apenas vea una mínima parte del tiempo a mis hijas.

- Nuestras hijas, Juan. Y es lo mejor para ellas. Necesitan estabilidad y tú solo les provocas más angustias con tu afán de recuperar lo que ya está roto y alienarlas de mí al decirles que ¡soy yo la que me quiero separar!

- ¿Qué tiene de malo decir la verdad?

– Son aún niñas, Juan. Necesitan a su madre feliz y a su padre feliz, aunque ya no estén juntos. Sin justos ni culpables, sin vencedores ni vencidos.

– ¿Y por eso contratas a un abogado, en parte con mi esfuerzo en la cuenta común, y me acusas en una demanda de todo tipo de maldades? ¿Y pides que yo vea una mínima parte del tiempo a nuestras hijas y mantenga este hogar en el que pronto otro hombre ocupará mi lugar de esposo y de padre? ¿Crees que eso no es sentenciarme culpable y declararme vencido? ¡Es el mayor dolor que nunca he sentido en mi vida!

En ese momento Ángeles vino a la sala llorando.

– Por favor, papi, mami, dejar de discutir…

Los dos se levantaron a abrazarla y a tranquilizarla.

Thanda se dispuso a responder legalmente a tales acusaciones difamatorias con la ayuda de un hermano de su padre, que era abogado.

También se esforzó en buscar trabajo. No había puestos de trabajo como internista. Se apuntó a una lista para cubrir esporádicas guardias de urgencias en diferentes pueblos de la comunidad de Madrid. A través de una amiga enfermera en su tiempo de la residencia supo de unas oposiciones de médico con los servicios de bomberos. Se preparó también las oposiciones de internista en la isla de La Gomera, de las que le informó a Jonay. Estudiaba, trabajaba en lo que podía, recibía más demandas y acusaciones, asistía a gente sin techo en el albergue de San Rafael y seguía luchando por el acceso a tratamiento para el SIDA, de nuevo bloqueado en Ukuzwana y casi todo África por oscuros intereses de los mismos laboratorios que pagaban viajes a congresos a sus colegas en España. Presentó varios estudios al primer congreso nacional de medicina tropical que se celebró en Chinchón, dio algunas clases sobre el SIDA en África en cursos cooperación internacional de Madrid y de Barcelona y co-fundó la asociación española de médicos cooperantes. Pero su momento más valioso era llevar cada mañana a sus hijas a la escuela y recogerlas por la tarde. Les daba todo su cariño, esperando que, por algún milagro su madre claudicase en la ruptura familiar. Intentaba correr por el Retiro y mantenerse sano, pero terminó ese fatídico año con temblores en los párpados, palpitaciones constantes y sueños interrumpidos por una pesadilla que se repetía una y otra vez: sus hijas se alejaban en una frágil barca y él no la podía seguir desde un mar en tempestad.

Poco después llegó una demanda de medidas «provisionalísimas» por las que le daban una semana para buscar otro lugar al declarar Cristina «convivencia negativa para el desarrollo de las niñas». Thanda se defendió pidiendo que declarara Ángeles, quien ya tenía trece años y a quien había explicado la situación. Con serena madurez declaró ante el juez que ella quería a su madre y a su padre y deseaba, como su hermana, estar con los dos. Ante argucias de abogados acusándole de alienación parental y daño psicológico se llegó a la sentencia de imposibili-

dad de convivencia conyugal. Le concedieron la solicitud de medidas urgentes a Cristina y le requirieron a Thanda para que abandonase la casa familiar en un plazo de dos semanas.

Su padre, un ejemplo de templanza y perseverancia, y su madre, de coraje y rectitud, le aconsejaron que se fuera sereno y con la cabeza bien alta de siempre ofrecer amor y la verdad. Le animaron a que les rodeara a sus hijas de alegría y de esperanza en la vida, aunque ya no de «estar juntitos todos», como les solía decir.

Una tarde, al finalizar de ordenar con Pascual los medicamentos de un contenedor de la oficina de misiones de San Juan de Dios con destino a un hospital de misión en Camerún, se puso a buscar en el periódico «segundamano» pisos de alquiler por el mismo barrio, inasequibles casi todos para sus ingresos inestables. Pascual, muy conmovido por lo que le ocurría a su amigo, le dijo:

- Thanda, entiendo lo que estás pasando. También yo sufrí el desgarro del desamor y de la distancia de mis hijos. Hay una profunda injusticia callada en la sociedad: la de los padres a quienes la justicia aparta de sus hijos por decisión de sus madres. Te acusan sin piedad ni verdad, te quitan la mayor parte de tus ingresos y te desgarran de tu unión más pura y limpia, la del amor a tus hijos. Entiendo tu dolor, Thanda. Yo lo sufrí un tiempo. Acudí a la asociación de padres separados. Hay decenas de miles en profunda depresión. Cada día se suicidan diez personas en España. Ocho son hombres. Diez veces más que por violencia, física, de género. Muchos por desamor van cayendo en desesperación. Las mujeres son más débiles físicamente y en eso son abusadas, lo cual es abominable y hay que denunciar esa y cualquier tipo de violencia. Pero los hombres somos a menudo más débiles psicológicamente y sufrimos a menudo abusos de otro tipo. De ahí ese gran dolor diario del que nadie habla. Es un tabú, Thanda. Los hombres no nos podemos quejar.

- Es muy triste. Yo pensé que el dolor estaba en África con el hambre, la pobreza y la enfermedad. Pero aquí también hay tremendo sufrimiento por soledad y por falta de amor. No quiero que mis hijas sufran, Pascual.

- Acabas de dar la clave: cómo te han dicho tus padres: tu esfuerzo, amor y verdad para tus hijas. Que no sientan en ti nada de rencor ni de desesperanza: sus sonrisas seguirán iluminando tu vida para que tengas fuerzas de reinventarla.

- Gracias, Pascual, tu amistad es una bendición para mí.

- También la tuya para mí, Thanda. Te quería decir algo: voy a dejar este albergue. Es para personas de tránsito. Yo no tengo donde reintegrarme, Thanda. Ni consigo trabajo, ni tengo familia, ni sé dónde están mis hijos ni les quisiera avergonzar con un padre vagabundo. Pero he encontrado un lugar que creo puede ser mi hogar. Se trata del albergue de Santa María de la Paz.

- Qué bien, Pascual, cuéntame de ese lugar.

– Lo fundó un hermano de San Juan de Dios, el hermano Antonio Zarzosa. Él vivía en este albergue y un día notó algo moverse en la caseta del perro que hay a la entrada. Descubrió que era un hombre que dormía allí, acurrucado con el perro cada noche. Se llamaba Carlos. Le explicó que los albergues de tránsito, del ayuntamiento o de las órdenes religiosas, tenían un máximo de estancia de dos semanas, y que la mayor parte de los «sin techo» llevaban así años y no tenían como reintegrarse en una sociedad que les despreciaba. Carlos le mostró a Antonio esa realidad de cientos de personas en los portales, las bocas de metro, los puentes y los parques. Antonio consiguió que los Padres Calasancios le cedieran un campo de futbol anexo a una casa de ejercicios espirituales en la carretera de Burgos. Allí ha ido construyendo, sin permisos siquiera, un hogar para cien personas que no tienen otro lugar donde ir. Quiero ir a ayudarle, Thanda, es una buena persona.

– ¿Puedo ir contigo, Pascual?

Así acabó Thanda viviendo en el albergue de Santa María la Paz, donde montó un botiquín y una consulta. Vio casos de terrible abandono. Llegó a tener que quitar calcetines con tijeras de cómo se habían adherido a los pies durante años sin cambiarse. La mitad de las cien personas sin techo que encontraron allí un nuevo hogar eran alcohólicos, y Thanda aprendió que casi ninguno tenía un «horizonte de esperanza» para desintoxicarse. El alcohol, como la insulina en los diabéticos, era para ellos la medicina que les evitaba el «delirium tremens», y lo administraba en el botiquín en las menores dosis posibles. Otros tenían bronquitis crónica de fumar o de haber vivido entre el humo de las calles muchos años, y consiguió instalar varias bombonas de oxígeno junto a las camas de los que estaban en peor condición. A menudo iba a sus trabajos de urgencias en diferentes hospitales con compañeros del albergue con complicaciones médicas. Otros colegas se mofaban de él por «traer ya sus enfermos a la guardia». Reclutó a uno de los albergados para que le ayudara en el botiquín con las curas y los medicamentos. Le llamaban «Chanquete». Era bajo, desdentado, andaba encorvado y, sin embargo, siempre tenía una actitud risueña y cariñosa. Thanda le daba cincuenta euros al mes que él gastaba con una prostituta de la calle Montera el primer sábado de cada mes. Ese día se daba bien de colonia «barón Dandy» e iba a encontrarse, con un racimo de flores que recogía de las cunetas de la carretera, con «su novia». Veía en esa emoción algo más puro que las respetables bodas de alta sociedad en catedrales y bendecidas por obispos, como la que en esos días acaparaba toda la atención entre el rey Felipe y Leticia, una periodista divorciada. Thanda sentía aversión por las anacrónicas monarquías, por el lujo obsceno y sobre todo por la gloria que les daba una sociedad sumisa. Pero no podía compartir esa sensación con sus padres, en especial con su madre, asustada ante cualquier reflejo de anarquista heredado de su abuelo, y aún menos ante sus suegros conservadores y monárquicos. Aquellas personas no tenían casi nada en la vida, eran

despreciados por la sociedad, no tenían familias que le dieran afecto y casi todos padecían enfermedades crónicas. En contraste con los mundos del lujo y la fama aplaudidos por la sociedad, sus compañeros del albergue le demostraron, con cariño y con humor, cuánto debía Thanda de sentir de gratitud a la vida: tenía unos padres buenos, una profesión que le apasionaba, una madre de sus hijas dedicada a su cuidado, unas hijas preciosas que le querían, una linda familia en Ukuzwana, ideas por las que luchar y fuerza para reinventarse con amor y hasta con humor, despertando sonrisas a su alrededor siempre que pudiera.

Así Thanda encontró, entre los más humildes, fuerzas para reinvertir su vida desgarrada de la convivencia diaria con sus hijas, acusado con difamaciones impunes de abogados sin escrúpulos, y manteniendo su lucha, de otra forma a la que le iluminó el alma en la misión de Ukuzwana, hacia los más necesitados.

Con Anna y un grupo de médicos cooperantes que fue conociendo por cursos de medicina tropical y reuniones en las ONGs Médicos del Mundo, Medicus Mundi, Médicos Sin Fronteras y otras, fundaron la Asociación Española de Cooperantes, que reunía a más de doscientos médicos con la vocación de un mundo más justo. Entre ellos, construyó una profunda complicidad y amistad con Fernando, un cirujano ortopeda jubilado tras treinta años entregado con pasión a la salud en África y con quien tenía entrañables tertulias en su piso de Colmenarejo, y con Joan, un pediatra catalán que tras su tiempo en Guinea Ecuatorial sentía por la cooperación casi tanta devoción como por los niños y sus madres que atendía y trataba, sobre todo con su paciente escuchar y entender.

Con esas fuerzas, y viviendo en un pequeño cuarto de aquella misión de armonía en medio de la jungla de asfalto, cemento y prisas de Madrid, sacó la oposición de médico con los bomberos. Prefirió no opositar a la de La Gomera cuando Jonay le habló de Luis, un buen médico dedicado a las nobles causas allí. Al año de trabajar en el parque de bomberos de Lozoyuela y atender cientos de accidentes, rescates en las montañas de Madrid y enfermos críticos en los pueblos de la sierra norte, recibió una carta de Beatriz, la hermana de Patxi, funcionaria en la Unión Europea. Le informó de una oposición para la cooperación internacional en salud. Le insistía que desde ese puesto podría luchar fuerte por justicia en el mundo y por el acceso a medicamentos y al derecho de la salud. Sus padres le animaron. Fue así como desde su vida en el albergue, sus guardias en el parque de bomberos y sus paseos con sus hijas por el Retiro, fue también estudiando la oposición para «administrador principal de la Comisión Europea en cooperación internacional y humanitaria para la salud».

Con la fuerza de intentar luchar por más justicia en el mundo y recordando a los niños que había visto morir en Ukuzwana, estudió y fue el único español que sacó la oposición en el mes de junio de aquel 2004. Aún tenía una tímida esperanza de que Cristina, a quien aún quería y sabía que se había enojado con su nueva pareja, quisiera venir con las niñas a Bruselas y reiniciar una vida familiar.

Pero ya no había esa magia que, cuando se diluye, nadie ni nada puede resucitar. Propuso con un mediador un sistema de conversaciones por el nuevo programa «skype» cada tarde, cuidar de ellas un fin de semana largo cada mes y dos terceras partes de las vacaciones, además de considerar cada mes de julio, si las niñas lo solicitasen, que pasaran un curso académico con él en Bruselas. Así se dispuso a empezar otra etapa de su vida para aliarse con sus almas gemelas en Ukuzwana, en Gomera y en Nueva York, por un mundo más justo.

Su última guardia de médico de urgencias con los bomberos fue el 11 de marzo, día en que el terrorismo de Al-Qaeda, como el que le había relatado por carta Jonay dos años y medio antes en Nueva York, asesinó a casi doscientas personas e hirió a más de dos mil. Jonay le contó cómo estuvo atendiendo a personas desgarradas por la violencia más ciega. Thanda sentía que debía comprometerse aún más a luchar por un mundo justo y denunciar y oponerse al que engendraba odio, desesperación y dolor. De tantas formas… Tenía que enfrentarse a las raíces de tanto dolor y a la vez entrar en una nueva forma de ser padre en la que enseñar a sus hijas en tiempos aislados que la vida era una aventura épica para derramar el alma con valentía y ternura.

X

DESCIFRANDO LA JUNGLA DEL PODER EUROPEO

Bruselas, julio 2004

Tras los cuatro exámenes, orales y escritos, de la oposición y de serle notificada su selección, Thanda esperó unas semanas a que le dijesen los siguientes pasos. No había leído con detalle las instrucciones del concurso público a funcionario de la Unión Europea. Suponía que al ser seleccionado le seguiría la invitación a tomar posesión de su «plaza». Pero no. Cuál sería su sorpresa que cuando llamó a un teléfono de información de recursos humanos de la Comisión Europea le dijeron que «debía hacer lobby». No preguntó, por vergüenza, qué significaba eso y lo buscó en el diccionario de casa de sus padres. Lobby: grupo que se encarga de «hacer presión». Su padre, muy culto –y humilde en todo- anglófono, le dijo que en términos individuales quería decir «venderse a sí mismo».

Esa primera impresión de la Unión Europea ya le decepcionó: se suponía que tras tan selectivos exámenes ya había demostrado su valía para el puesto. El «lobby» dependía de tener amigos, redes, y formas diplomáticas de hacer sentirse importantes a los jefes. Le pareció algo deshonesto y servil. Empezaba a tener una intuición de que su camino en aquella jungla del poder para influir en un mundo más justo no iba a ser fácil. Pero estaba decidido a luchar. Por mediación de Beatriz pudo ir en los siguientes tres meses de sacar su oposición a entrevistarse con varios «jefes de unidad». Finalmente fue en una entrevista con la jefa de la unidad de salud y políticas sociales, la doctora Fronz, de la Dirección de Desarrollo como fue seleccionado de una forma un poco extraña:

- Doctor Garay, cuéntenos su trayectoria profesional. Lo que siente más y menos positivo.

- Me licencié en medicina y cirugía en la universidad de La Laguna, en la isla de Tenerife. Hice después el servicio militar como alférez médico en Las Palmas y la especialidad de medicina interna en el Hospital Jiménez Díaz de Madrid donde luego fui médico adjunto de enfermedades infecciosas e inicié la unidad

de VIH/SIDA. Desarrollé varios estudios con antiretrovirales y los presenté en varios Congresos Internacionales. No me gustó ir conociendo el sistema del mercado de los medicamentos. De lo que más orgulloso estoy es de mi trabajo como médico rural en el hospital de Ukuzwana, en el distrito de Matabeleland Sur, de Zimbabue, los años 2001 y 2002. Después volví a España, he sido médico de emergencias y de rescates y me presenté a esta oposición para colaborar en un mundo más justo con acceso a la salud para todos.

- Gracias doctor Garay. Dígame, ¿qué piensa usted del Fondo Global para el SIDA, la malaria y la tuberculosis?

Thanda había leído en los boletines de cooperación que encontró en la oficina de la Unión Europea en Madrid, que la Comisión Europea colaboraba con aquel «Fondo Global». Eran cientos de millones de euros otorgados a proyectos por todo el mundo para luchar contra esas tres enfermedades. Thanda no entendía cómo se podían seleccionar tres enfermedades e ignorar las demás. Los «lobbies» –ya entendía el significado- de homosexuales en Estados Unidos, liderados por ACT-UP y la presión de movimientos como el Treatment Access Campaign –TAC- que luchaba por acceso el acceso a tratamientos vitales en Sudáfrica, unidos a famosos que fueron desvelando su condición de infectados, le fueron dando una alta importancia política al SIDA. Esos grupos presionaron a Naciones Unidas para que uno de los ocho objetivos del milenio fuera el revertir la epidemia del SIDA. A ello se añadió la lucha contra la malaria, la eterna asignatura pendiente de la Organización Mundial de la Salud desde su fundación. Siguieron años trepidantes con el comienzo del siglo: las excepciones a los monopolios acordadas en Doha, el congreso de Barcelona y el acuerdo del *pool* de patentes. Y justo entonces se creó el Fondo Global, incluyendo también a la tuberculosis, con lluvia de millones de las agencias de cooperación y los filántropos y fundaciones de países «ricos». Thanda, Jonay y Buhleve lo habían hablado: no era justo tanta atención a una enfermedad, o a tres, e ignorar el resto. Nadie más sensible que ellos, en el epicentro de la epidemia del SIDA en Ukuzwana, del impacto de la tragedia de esa enfermedad. Pero aun allí no llegaba a una de cada tres muertes y el resto eran ignoradas. Por no tener lobbies que hablaran de ellas. En la misión de Ukuzwana llegaron al extremo de disponer de caros medicamentos contra el SIDA y no tener antibióticos cien veces más baratos para las neumonías o sueros de rehidratación o ácido fólico, mil veces menos costosos, para los embarazos. La salud no podía tratar enfermedades aisladas, no podía funcionar a golpes de proyectos aislados en el tiempo y los lugares, con la caprichosa distribución de la cooperación, de los «lobbies». Además, esos fondos eran unas migajas de lo que las grandes farmacéuticas ganaban con sus patentes. Con ello se perpetuaba el poder del mercado y se lavaban la cara sus «guardianes» en forma de solidaridad y filantropía. No le olía nada bien. Aún a sabiendas de arriesgar el no conseguir

su puesto luchado en la oposición, prefirió, como le aconsejó su padre, «siempre decir lo que pensaba, aun con respeto y humildad»:

– Con todo respeto, no entiendo por qué se seleccionan solo unas pocas enfermedades que atraen ahora gran parte de la cooperación internacional y en formas paralelas de proyectos con ONGs mientras los sistemas públicos son ahogados por las condiciones de préstamos del Banco Mundial y apenas pueden pagar salarios a sus médicos y enfermeras ni medicamentos esenciales. No creo que sea justo ni respete el principio del derecho universal a la salud.

La Dra Fronz frunció el ceño y mostró una sonrisa de superioridad. Thanda sabía, por Beatriz, que ella había trabajado para el instituto de medicina tropical de Amberes estudiando el virus del SIDA en Kenya en los años ochenta, había creado el «*AIDS Task Force*» en la Unión Europea y luego animó con el Banco Mundial la creación del Fondo Global, que se convirtió en su obsesión.

Thanda pensó que con esa respuesta honesta había perdido la posibilidad de que, a pesar de haber sacado la oposición, le dieran una plaza por luchar por el derecho a la salud dentro del mayor actor de cooperación en el mundo, la Unión Europea. Pero dos semanas después le escribieron un email diciéndole que le ofrecían la plaza. Un tiempo después supo que era porque su respuesta fue comentada en los pasillos de la Comisión Europea y otros jefes de unidad críticos con la doctora Fronz y «su» Fondo Global quisieron entrevistarle. Ella rápidamente le seleccionó, quizás para atar sus manos y acallar esos razonamientos que le incomodaban.

Thanda aceptó el puesto de «administrador principal» de la Unión Europea para comenzar a mediados de marzo de 2004. Llegó con una maleta. Durante su tiempo en el albergue de Santa María, «exiliado» del hogar familiar, había aprendido a vivir con poco. Llevaba un jersey de punto de lana que le hizo su Amama, una acuarela de trigales castellanos de su abuelo, una oración de generosidad y humildad de su padre, un cuaderno de recetas de su madre, un llavero que le regalaron sus hermanas cuando pasó sus oposiciones de médico, una preciosa carta de Ángeles diciéndole que nadie podría ocupar su lugar como padre, un bloc de dibujos de Daniela, una foto de los cuatro con la familia en Ukuzwana, el diario de Gandhi que le regaló Patxi, una foto con Jonay y Buhleve frente a la casa-ermita de la misión, una camiseta de bomberos de la comunidad de Madrid firmada por sus compañeros y un paraguas con las firmas de los albergados en Santa María de la Paz. También llevó a Bruselas su ordenador portátil clónico marca «terminator», su guitarra española, un poco de muda, ropa de trabajo, otra para hacer ejercicio, útiles de aseo y poco más.

Se despidió de sus hijas dando un paseo en el parque de El Retiro. Les dio un diario que les había escrito en Ukuzwana y un nido de pájaros tejedores a cada una.

- ¿Recordáis el pino de Ukuzwana a donde venían cientos de pájaros tejedores para reproducirse?

- Sí, papi- dijo en seguida Ángeles-, lo recuerdo bien, lo trepaba con Adam.

- Pues estos nidos están hechos con sus hojas, que se llaman acícula. El papá tejedor se afana en hacer el nido tejiendo con cientos de acículas. Como veis tiene una apertura, un pasillo de entrada y un lugar donde la mamá pueda poner los huevos y los pajaritos crecer, protegidos de lluvias y de depredadores, los bebés de tejedor. Todo ello lo ancla con las acículas más fuertes, alrededor de una rama. Ocurre que para estar segura la mamá que el nido está firme, lo intenta deshacer y desatar de la rama con varios picotazos. Si el nido resiste, ella entra al hogar y pone los huevos. Si el nido no resiste y cae al suelo, como estos que os traje de Ukuzwana, la mamá rechaza al papá. Quiero que los guardéis para recordar que yo puse mi amor en el nido, pero mamá no lo vio firme. Ella ha encontrado otro nido. Pero yo os veré mucho. Hablaremos cada día por Skype. Pasaremos tiempos juntos muy bonitos en Madrid, en Bruselas y en aventuras por el mundo, porque una cosa nunca, nunca va a cambiar: mi profundo amor por vosotras.

- Pero siempre te vamos a querer mucho papi, -dijo Daniela.

- Y yo a vosotras. Sois mis princesas, la más bella luz que ilumina mi vida y me da fuerzas. Yo voy a luchar para que vuestros amigos de Ukuzwana, y en muchos otros rincones del mundo, puedan crecer con salud y seguridad, con alimentos y medicinas cuando las necesiten. Y quiero que seáis mis más fuertes aliadas. ¿Vale? Todo lo que haga cuando no esté cerca de vosotras, lo haré por los tres, ¿de acuerdo?

-Vale, papi. -Se dieron un abrazo emocionado los tres.

Sus padres fueron a despedirle al aeropuerto y llevaron a sus hijas. Tras un profundo abrazo a los cuatro, su fuente de vida y su legado del alma, se alejó hacia el control del equipaje, que desde los atentados del 9/11 se habían puesto estrictos en todo el mundo. Cuando dio la vuelta su padre le dijo con una seña cómplice entre ambos con la mano en el corazón lo que siempre le decía: «hoy es el primer día del resto de tu vida, pon toda tu magia en ello», su madre mandaba un beso con su ternura, Daniela le saludaba con el puño en la sien, como los bomberos, y Ángeles, ya tan alta como su madre, gritó con el puño del corazón al aire:

- «¡*Amandla*!» (¡fuerza!)

- «¡*Awethu*!» (a nosotros, unidos).

Gritó él, emocionado.

Thanda no paró de leer la carta de Ángeles una y otra vez en el avión. Con serenidad y profundo amor le decía que siempre estarían unidos y que le elegiría mil veces a él como padre si tuviera mil vidas. Thanda sentía que a sus trece años Ángeles ya tenía un alma pura, curtida por la experiencia con los más pobres en el Kalahari y el desgarro de la separación de sus padres prevaleciendo el amor.

Así llegó al aeropuerto de Zaventem donde le esperaban Beatriz, Buhleve y Moyes, quien ya tenía dieciocho años, era alto y fuerte, y orgulloso defendía el amor de «sus madres», tantas veces denostado por prejuicios y desprecios ignorantes.

Le llevaron a su casa, un pequeño apartamento cerca de la plaza de Schuman, donde compartiría cuarto con Moyes.

Cenaron empanada de espinacas y gofres con yogur. Mientras Beatriz y Meimuna se quedaban a ver la serie *Cuéntame*, Thanda y Moyes se fueron a pasear por el parque del cincuentenario.

- ¿Cómo ha sido tu vida aquí, Moyes? ¿Y qué planes tienes?

- Bien, Thanda. Llevamos aquí ya doce años, desde que yo tenía seis. He estudiado en la escuela europea de Ixelles. He crecido con compañeros de todos los países de la Unión Europea y hablando tres idiomas, español, francés e inglés. Me he ido aficionando a jugar al tenis pues hay unas pistas donde me gusta desde pequeño ir a hacer frontón. Pasaba horas haciéndolo. Me hacía sentir que puedo devolver los golpes que me da la vida.

Thanda se alegró al oírlo. Él también había hecho miles de horas de frontón solitario, como un símbolo de resiliencia ante los constantes desafíos de la vida, tal y como decía Moyes. Se veía jugando con Moyes y estableciendo complicidad con aquel joven tan sensible y amable.

- Dime, Moyes, si quieres, ¿a qué golpes te refieres?

- Bueno, Thanda, no sé si conoces la historia de mi madre. Siento una mezcla de dolor por lo que mi llegada a la vida supuso para ella y una devoción por su valentía en traerme.

- Si, Patxi me contó. Y es una historia maravillosa de como el amor, a ti, a la vida, puede vencer todo, hasta la violencia más miserable. Tú eres un símbolo de esperanza, Moyes. Creo que tienes una sensibilidad especial por ello. Y seguro por cómo has crecido con dos mujeres tan valientes.

- Sí, quiero a mis madres con toda mi alma. Pero además de ser mulato soy hijo de lesbianas. Algo que me ha supuesto mucho *bullying* de chicos, y mayores, plenos de los prejuicios de la ignorancia. A veces camuflados en la hipocresía de la que llaman «la religión del amor».

- Me gustará que vayamos hablando de todo, Moyes. Es un honor que me dejes compartir el cuarto contigo y eres muy generoso por ello.

- Gracias a ti, Thanda. Me alegra mucho tu compañía.

Al día siguiente Thanda empezó su trabajo en la Comisión Europea: «administrador principal para la cooperación internacional y la ayuda humanitaria en salud». Llegó a uno de los sesenta edificios que los veinte mil funcionarios de la comisión europea ocupaban en Bruselas. Era aquella una institución donde se hablaban doce lenguas oficiales entonces, donde hasta el más mínimo detalle

estaba regulado y donde se trabajaba, en teoría, por la integración europea, y por los derechos humanos universales. Thanda tenía consigo la Carta Fundamental de los Derechos Humanos en la Unión Europea, aprobada en el año dos mil, que intentaba agrupar la Carta de los derechos Humanos de Naciones Unidas de 1948, los del Convenio Europeo de Derechos Humanos de 1950 y los de la Organización Internacional del Trabajo de 1998. Se agrupaban en los principios de dignidad, libertad, igualdad, solidaridad, ciudadanía y justicia. Eran en el fondo una reencarnación de los valores de la revolución francesa doscientos años después y en un mundo unido, aunque de forma tibia y sesgada a favor de los vencedores de las grandes guerras, en torno a los derechos humanos. Para Thanda esos derechos universales en su última expresión eran incompatibles con las fronteras, con las religiones y con las propiedades, como decía Lennon. Sabía que entraba en una jungla de intereses políticos y que le pedirían a menudo agradar a jefes o a dirigentes antes que cumplir con su misión: luchar por un mundo más justo. Se prometió a sí mismo nunca hacer nada en contra de aquellos principios y defender su propia dignidad de ser libre y responsable con sus ideas, en sintonía con esos principios.

Al llegar a la recepción llamó a la secretaria de la Dra Fronz. Bajó a buscarle una secretaria alta y elegante llamada Claire, que hablaba cinco idiomas. Subieron al quinto piso y avanzaron por un largo pasillo enmoquetado por el cual iba viendo a personas en sus despachos, casi todas ellas con sus ojos en la pantalla del ordenador, la mano izquierda en el teclado y la derecha en el ratón. Llegaron al despacho de la Dra Fronz. Era una mujer en sus cincuenta, alta, de complexión robusta, rasgos faciales duros y lineales, una medio sonrisa que respiraba suficiencia y una mirada inquisidora. Estaba sentada a una mesa y hablaba por teléfono en flamenco. Se fijó en una foto en la que recibía el *Jonathan Mann Award* de manos de la *International Physicians in AIDS Care*. El premio era compartido con la directora para el SIDA en la Casa Blanca, con una ex miss universo que se hacía fotos con pacientes con SIDA, y con el ex presidente Bill Clinton que tantos esfuerzos hizo por evitar que los enfermos en África tuvieran acceso a medicamentos con precios honestos fuera de los monopolios que pagaron sus campañas para ser presidente y se las cobraron durante su mandato. Aquel supuesto defensor de los humildes daba discursos a 300,000 dólares por hora. Miraba aquella foto y otras de los congresos mundiales del SIDA y de las Juntas del Fondo Global que llenaban una pared. En la otra había una bandera de la Unión Europea con sus doce estrellas amarillas sobre el azul del mar. Le invitó a sentarse y pidió a Claire dos cafés.

– Bienvenido, Thanda.

– Gracias por su confianza, doctora Fronz.

Algo le decía que era mejor mantener cierta distancia.

- A pesar de su desconocimiento de la política global de cooperación y del SIDA, he decidido reclutarle porque me pareció honesta su forma de responder en la entrevista y valoro mucho su experiencia en África rural.

- Gracias de nuevo.Vengo a defender el valor europeo del derecho universal a la salud y la justicia social, doctora Fronz. Daré lo mejor de mí en ese empeño.

Con una sonrisa oblicua que él no podía entender le pidió a Claire que llamara a toda la unidad a una reunión para presentarle al equipo.

Eran unas veinte personas de diez nacionalidades europeas. Cada uno se presentó y contó su «dossier». Preparaban programas de cooperación en educación y en salud, que tenían que pasar por largos procesos de discusión y aprobación antes de poder ser contratados y liberar fondos de impuestos europeos confiados a la comisión para pagar a expertos o importaciones necesarias en «países en desarrollo». Hablaban un lenguaje burocrático que Thanda no podía entender, aún menos cuando hablaban en francés, un idioma que Thanda no dominaba y era muy común en la comisión europea. Después le preguntaron a Thanda que se presentara. Lo hizo en inglés:

- Buenos días a todos. Mi nombre es Thanda, nací en Madrid, estudié entre Madrid y las Islas Canarias y he trabajado como médico en España y dos años en Zimbabue, muy dedicado a la prevención y al tratamiento de enfermos con SIDA. El último año trabajé de nuevo en Madrid y me dediqué a las poblaciones marginadas en un albergue de personas sin hogar y a las emergencias con el cuerpo de bomberos. Estudié la oposición de cooperación de la Unión Europea en salud porque quiero contribuir a un mundo más justo que respete y proteja el derecho universal a la salud.

Thanda observó en casi todos los que le escuchaban miradas escépticas, incluso algunos susurros entre algunos de ellos. Solo en dos personas vio una conexión limpia en el mirar.

Al salir de la reunión se le acercó uno de ellos. Era un hombre de unos cincuenta años, con el pelo canoso y largo, una mirada profunda y limpia, si bien con un tono de pesar, y una sonrisa que sí sentía Thanda era auténtica.

-Bienvenido, Thanda, me llamo Javier. Si quieres y no tienes otro compromiso, te invito a comer.

-Encantado, Javier. Muchas gracias.

Javier llevaba ya quince años en la Comisión. Se había incorporado al poco tiempo de que España entrase en la Unión Europea. Era abogado laboralista y comprometido con causas justas. Había estado muy implicado en la transición democrática española. Al poco de entrar en la Comisión se enamoró de una bella mujer belga con profunda espiritualidad. Javier combinaba sus tareas en promover cooperación internacional en educación con el arte, el humanismo y la pa-

sión por la naturaleza. Desde el primer día Thanda encontró en Javier un aliado, cómplice y fiel amigo.

– Javier, en tu larga experiencia en la comisión, ¿cuál sería tu consejo para que preserve mis ideas y mi ilusión de contribuir a un mundo mejor?

– Ya solo esa pregunta, Thanda, me habla de tu idealismo. Cuídalo como lo más valioso. Esta inmensa máquina tiene miles de piezas que se llaman funcionarios. Cada uno tiene su lugar en el circuito de visas y decisiones, en seguir las consignas del comisario, del consejo, del parlamento y de los caprichos políticos de visibilidad y poder. Si no estás atento puedes acabar como la mayoría: intentando complacer sin rechistar a los jefes para subir la escalera de las promociones, no pensar por ti mismo sino copiar y pegar lo políticamente correcto, ir creciendo en cinismo sin creerte ya nada de los discursos y promesas políticas, permitir a tus hijos una escuela elitista de la que saldrán trilingües y consentidos, y dejar así que la máquina triture tu alma y llegues a retirarte, si el estrés no te lleva antes por delante, con una pensión privilegiada, para entonces, quizás demasiado tarde, empezar a vivir.

Thanda lo miró con tristeza y sorpresa. No sabía si estaba exagerando, pero sabía que algo de verdad había en ese panorama dantesco.

– Te lo estoy poniendo así de dramático este tu primer día porque he sentido al oír tu presentación a la sección que tu traes luz de ilusión y de compromiso por un mundo mejor, Thanda. Casi nadie que viene a este sistema de cooperación europea ha convivido con las comunidades a las que se supone queremos «ayudar». Casi nadie aquí, Thanda, ha comido como ellos, dormido donde ellos, vivido sin grifos ni interruptores, sin salarios ni pensiones, sin seguros ni neveras. Y sin embargo pretendemos ser sus salvadores sin cuestionar ni uno solo de nuestros privilegios.

– ¿Y cómo resistir y ser yo mismo, Javier?

– Precisamente siéndolo, Thanda. Sé tú mismo siempre. No hagas nada por quedar bien, por agradar a los jefes, porque sea lo «aceptable» o «políticamente correcto». Hazlo porque crees que es lo justo. Te llevarás muchos golpes y sentirás muchas presiones, pero serás lo más bello que puedes ser en esta vida: tú mismo.

– ¿Y tú como lo has conseguido? Veo que tienes mucha pasión por la vida y por contribuir a causas justas.

– Gracias, Thanda, lo intento. Desde que vine he mantenido una actividad creativa, intelectual y solidaria en mi tiempo libre. Es muy importante ese balance. No siempre es fácil aquí dentro encontrar espacio de pensamiento libre y debate abierto, de espiritualidad y comunicación de sentimientos, ni de auténtica y directa solidaridad con los que más lo necesitan. Yo canto ópera, escribo obras de teatro, participo en un «grupo de hombres» que huye del machismo, y promuevo proyectos solidarios con Palestina y con el Tíbet. Pero no quiero presumir,

Thanda. Soy un privilegiado y a menudo caigo en el egoísmo, en la desidia, en los caprichos.

- Qué maravilla que estés aquí, Javier. He tenido sensaciones extrañas con la doctora Fronz.

-Ten cuidado, Thanda. Tiene mucho apoyo de políticos del consejo y de miembros parlamentarios. Se ha acostumbrado a tener un trato abusivo, contra los hombres, sobre todo, y nadie la para los pies. Aquí todo es piramidal: mandan de arriba abajo y evalúan de arriba abajo también. Y todos quieren ir hacia arriba. Resultado: sistema jerárquico de abusos.

Thanda fue a su despacho, muy amplio y con «dos ventanas», privilegio estipulado para los «administradores principales». Puso tres fotos alrededor de la pantalla del ordenador que parecía iba a succionar una buena parte de su vida: de sus hijas, de sus padres y otra con Jonay y Buhleve.

Volvía paseando por el barrio de Evere y de Schaerbeck, con mucha inmigración del norte de África. Los días eran cortos y fríos, como los saludos de las personas. Llegaba a la case de Beatriz, Meimuna y Moyes y se reencontraban después de sus jornadas, con mucho cariño. A las seis de la tarde hablaba por Skype con Ángeles y Daniela, le contaban de sus clases y de sus tareas. Luego les llamaba cuando se acostaban a las nueve de la noche y les deseaba dulces sueños. Entre ambas llamadas solía ir a correr al parque del cincuentenario con Moyes, con quien fue estableciendo una bonita relación, casi como si fuera su hijo mayor.

Beatriz ya pasaba de los sesenta años y tras luchar muy duro en la dirección general de comercio para que se aprobase el acuerdo de Kimberley que parase el negocio ilegal de diamantes que alimentaba, como descubrió su hermano Haka, el tráfico de armas y crueles guerras, había pedido un puesto en la delegación de la Unión Europea en Nueva Delhi. Se lo habían concedido y debía incorporarse en septiembre. Ella y Meimuna estaban deseosas de ir a un mundo nuevo, con una espiritualidad que rompiese las paredes antropocéntricas de sus orígenes cristianos y musulmanes. Moyes ya estaba inscrito en la escuela de economía de Londres. Ese fin de semana caminaron los cuatro hasta Montgomery, tomaron el tranvía 44 y llegaron a la estación de Tervuren atravesando un grandioso paseo de castaños y un bosque de hayas que, a pesar de su desnudez por el invierno, se mostraban grandiosas. Desde allí pasearon hasta el museo de África y el maravilloso parque de Tervuren, de recuerdos agridulces para Beatriz en sus primeros años en Bruselas bajo el férreo control del Opus Dei. Fueron a comer al *Spaans huis*, una vieja casa medieval donde se inspiró una novela del mismo nombre que relataba el amor entre un noble flamenco y una gitana. Era un lugar entrañable, en medio de la naturaleza y frente a un enorme estanque y dos secuoyas gigantes.

En los meses siguientes fue sintiendo cómo funcionaba el interior de aquella gran máquina de poder. A los dos meses de su llegada diez países del Este de Europa se adhirieron a la Unión Europea. En paralelo fueron también uniéndose

a la OTAN, rompiéndose el pacto de caballeros entre Reagan, quien murió ese mismo año, y Gorbachov, de no extender la OTAN y su amenaza militar a los vecinos de Rusia. En los pasillos de la comisión europea se preparaban textos para debate en el parlamento y el consejo de los ministros europeos sobre su tratado constitucional. La larga mano de Washington aún dividía a Europa entre los que apoyaron la invasión de Irak -Reino Unido, España, Polonia- y los que se opusieron, sobre todo Francia y Alemania, la «vieja Europa» según los llamó Bush, quien contendía con Kerry para ser reelegido en Estados Unidos.

En aquellos meses Thanda fue aprendiendo algo de francés y de la jerga burocrática europea, mantenía su entrañable encuentro diario por Skype con sus hijas, corría y mantenía su forma de «bombero» y se escribía por email con Jonay, Fernando y con Patxi, con quienes sentía una conexión se diría que existencial.

Empezó a asistir a reuniones en las que se discutían las estrategias de cooperación y donde él debía argumentar por apoyar a la salud. Cuando había construido todo un análisis de apoyo a la salud en Sudán, uno de los países más pobres del mundo y con más alta mortalidad materna e infantil, la doctora Fronz le dijo que no insistiera en ese argumento y que se concentrara en preparar un «apoyo sectorial presupuestario» para la rica ex colonia británica de Barbados. No podía entender esos juegos de poder entre jefes de unidad, directores y embajadores. Se enteró después que las compañías petroleras europeas presionaban para un proyecto de carreteras en el sur del Sudán, rico en petróleo y desgarrado por la pobreza y la guerra. A la vez, el gobierno inglés quería un hospital con unidad de cuidados de infartos en su ex colonia, a donde se retiraban o pasaban los cálidos inviernos sus pensionistas británicos. Cada día recibía cartas de sindicatos pidiendo más privilegios para funcionarios que cobraban salarios muy por encima de los ciudadanos europeos a quienes se suponía debían servir. Sintió mucha lástima de ver tan poca sensibilidad humana.

Le tocó preparar también la participación de su jefa en el congreso mundial del SIDA en Bangkok. Ella se vanagloriaba de haber ido a los veinte congresos mundiales. Thanda le tuvo que preparar su *briefing*: se trataba de escribir un estudio de lo que era el congreso, quien asistía, los objetivos de su misión, sus discursos, reuniones con otros funcionarios y dirigentes en los que proponía *speaking points* (qué decir) y *defensive points* (qué argumentar ante posibles críticas) además del *dossier* de prensa para que saliera su nombre en los medios, anuncios de los millones que se daban para «su» Fondo Global, y una detallada lista de sus billetes en clase *business* y reserva en hotel de cinco estrellas. Thanda preparó discursos y posiciones basadas en el derecho a la salud, los sistemas de salud públicos y gratuitos sin discriminar poblaciones ni enfermedades y el acceso a medicamentos cuestionando las patentes, que burlaban a los acuerdos de Doha. Por Anna en Barcelona supo que el gobierno de Tailandia planeaba empezar a aplicar las flexibilidades de Doha para medicación contra el cáncer, también secuestrada con

altos precios por las grandes compañías farmacéuticas. Le sugirió a Fronz una reunión con los funcionarios que en Tailandia preparaban esa apuesta por el acceso a medicamentos vitales. La rechazó. Sus borradores eran una y otra vez tachados y criticados con expresiones como «*not political*» o «*inconvenient*» o incluso, «*you do not understand*». Cuando consultó los precios de los billetes y del hotel y propuso viajes en clase turista, aerolíneas más modestas y hoteles más baratos, fue apartado de toda función logística, que retomaron fielmente sus secretarias.

Thanda recordaba su tiempo feliz en Ukuzwana, cobrando un sueldo local treinta veces menor que el que le daban como funcionario europeo, y siendo, literalmente, treinta veces más feliz. Además, sufría por la distancia con sus hijas y sus padres. Intentó mantener una vida sencilla y sana, mandar lo que le sobraba del salario a Ukuzwana y luchar por causas justas, pero se sentía solo y triste. Solo sus largas tertulias con Javier sobre los derechos humanos, con un colega sueco llamado Johan, fiel amigo y noble persona, sobre el respeto a la naturaleza, y con Moyes, Beatriz y Meimuna sobre la red de eco aldeas, le hacían mantener su ilusión y su compromiso.

La Unión Europea constituía entonces una décima parte de la población del mundo, una quinta parte del producto interior bruto y del comercio mundial, la tercera parte de las patentes y premios Nobel, la mitad de la cooperación al desarrollo y la mitad de los destinos turísticos internacionales. Era la región de más alta esperanza de vida, cercana a los ochenta años, la de mayor tasa de educación superior y la de menor índice de violencia.

Comenzó a leer sobre la historia de Europa en aquella *spaans huis* donde fue creciendo la confianza con su gerente, Michel, quien empleaba a ex reclusos, casi todos en rehabilitación de adicciones a drogas. A Thanda le gustaba sentarse con una sopa caliente de cebolla y ajo, la preferida de su padre en un cuarto de arriba que parecía el de una salita de estar de un hogar del siglo XVII. Allí guardaba libros, casi como si fuera su «casita en el bosque».

Ya acercándose el verano y con la emoción de volver con sus hijas y disfrutar un largo verano juntos, fue un domingo a pasear con Moyes por el grandioso parque de Tervuren, y su aledaño bosque de «*Soignes*» (de los cuidados). A los narcisos amarillos, teloneros de la primavera bruselense, le habían seguido una fascinante explosión de cerezos y prunos en flor y poco a poco todo tipo de flores. Se fueron reverdeciendo todos los árboles, empezando por los castaños del maravilloso paseo de Tervuren en el que se fue haciendo habitual del tranvía 44 y siguiendo por las hayas de «Soignes» y ya, los más rezagados, los nobles robles. Pero lo más fascinante de aquella prolongada primavera del centro de Europa eran los campos del hayedo inundados por jacintos salvajes morados formando mágicas alfombras que parecieran estar pintadas por Cézanne.

- ¿Qué tal, Moyes? ¿Cómo van los estudios y la vida?

– Bien, Thanda. Ya preparando los exámenes del bachillerato internacional. Luego me iré a Londres a estudiar economía y así dejaré que mis madres tengan su universo propio, sin estar tan pendientes de mí. También lo necesito para crecer como persona.

–Te entiendo muy bien, Moyes. Yo siempre he sentido un profundo amor a mis padres, pero para crecer, reinventarnos sin expectativas de nadie, es preciso seguir nuestros caminos.

–Y cuéntame: ¿cuáles son tus impresiones de estos primeros seis meses?

– Pues, Moyes, para serte sincero, esta Europa, eco del llanto del rey jordano que llamaba a su hija raptada por Zeus y llevada hacia el oscuro horizonte hacia el norte, tiene un alma misteriosa con muchas sombras. Cuna de los clásicos griegos y sus primeras ideas de democracia en el ágora, del fascinante arte y valiente ciencia del renacimiento, de la imprenta, de la revolución francesa de la igualdad y luego la industrial fuente de todas las comodidades de hoy. Pero lo fue también de las cruzadas, de la inquisición, del colonialismo, la esclavitud, las grandes guerras y los miles de náufragos ahogados en su mar Mediterráneo, rechazados con la muerte por una Europa recelosa de compartir sus privilegios. La humanidad, sobre todo por las religiones mediterráneas monoteístas, está imbuida en su supuesta superioridad frente a otras expresiones de la vida. Y Europa siempre respirando aires de poseer la religión verdadera y la sabiduría superior, y en base a esos mitos construir sus jerarquías, sus naciones y sus imperios. Revelador que Zeus regalara a Europa una estatua de bronce, Talos, que perseguía y quemaba a quien intentara entrar en sus dominios.

– ¿Y qué opinas de la Unión Europea, Thanda?

– En mi opinión, después de albergar las dos guerras más crueles desde la Edad Media, la Unión Europea se constituyó sorprendentemente apenas cinco años después de la capitulación nazi. Nunca había ocurrido en la historia una reconciliación tan rápida después de una violencia tan terrible. Creo que latía un sentimiento de destino compartido. De hecho, la idea de una Europa unida en fraternidad y paz venía de un siglo antes en boca del escritor romántico y político republicano francés Víctor Hugo, quien propuso «los Estados Unidos de Europa» en el congreso internacional de la paz cien años antes. Fue a mediados del siglo XIX, en el fragor de la ola de revoluciones europeas que acabaron con la mayor parte de las monarquías absolutistas en el continente. Poco duraban aquellos brotes libertarios y los autoritarismos antes hereditarios se transformaron en nuevas formas de opresión de quienes, como Napoleón y Hitler, fueran elegidos por el pueblo. Es casi milagroso que, desde la fundación de la Unión Europea, casi a la vez que las Naciones Unidas, haya habido paz, se hayan ido independizando las vergonzosas colonias en África y Asia, se hayan mantenido democracias sin dictadores y hayamos crecido en un modelo social basado en redistribución de impuestos que garantiza salud y educación universal. Por eso estoy aquí Mo-

yes, por creer en una Europa que, si de verdad defiende los derechos humanos universales, tendrá que ir diluyendo sus fronteras, compartiendo con pueblos históricamente marginados y defendiendo unas Naciones Unidas que verdaderamente defiendan esos derechos. Se une además el desafío, cada vez más claro, de poner fin a la era del petróleo volviendo a la naturaleza. En alianza con Jonay y Aimsa en Nueva York y con nuestra linda familia en Ukuzwana y en Gomera, quiero contribuir desde aquí a un mundo mejor.

– Te llamaran utópico por todo ello. Supongo que no es fácil defender esas ideas dentro de ese sistema de poderes e intereses.

– Así es, Moyes. Cuando me dicen utópico lo considero un estímulo para seguir siéndolo. Sabes que fue Tomas Moro quien hace casi quinientos años se atrevió a describir lo que hasta entonces solo se pensaba, con amenaza de fuego eterno, que existía en el paraíso de las religiones monoteístas que dominaron y dominan esta parte del mundo y cuyos profetas componen tu nombre. Lo describió como un lugar de perfecta armonía sin necesidad de leyes. Entonces no había conciencia de que esa armonía tiene que incluir otras formas de vida.

– ¿Qué ocurrió con esa buena idea de la utopía?

– Pues a la mitad del tiempo entre Moro y nuestro presente, a finales del siglo XVIII, el francés Fourier y el inglés Owen animaron el concepto de socialismo libertario, por el cual pensaban que la justicia social vendría por el ejemplo de pequeñas comunidades en armonía. Si a ello unes el concepto de armonía natural con Gaia, Pachamama, esas ideas hoy las encarna la red de eco aldeas espirituales que con tanta fuerza está defendiendo Aimsa en Nueva York.

– ¿Y tuvo éxito esa idea del socialismo utópico?

– No, dentro de la Internacional de hombres trabajadores, el movimiento sindical libertario que se alió con las revoluciones románticas de ese siglo, Marx se opuso, lo despreció llamándolo «utópico» y promovió la idea de que para someter el poder del capital era necesaria una revolución en la que el proletariado venciera a la burguesía opresora y poseedora de los medios de producción. Creo que ese concepto venía de la imposibilidad de dejar de pensar en el Estado Nación.

– Pero el marxismo fracasó en Europa, ¿no?

– Bueno, a mi modo de ver, con su actitud confrontacional polarizó al mundo entre el comunismo y el capitalismo, ambos jerárquicos, alienantes al sistema y alienantes del ser humano. Europa ha intentado, desde el seguro social del alemán Von Bismark, el sistema nacional de salud de inglés Lord Beveridge y las social-democracias nórdicas, un modelo social intermedio que es el que hoy más se aproxima a la justicia social y respeto de los derechos humanos. Pero sigue siendo en base a nacionalismos y fronteras, masas alienadas y destrucción ecológica.

– Bueno, discúlpame, Moyes. Hablo demasiado. Quizás por mi gran confusión, por justificar mi rol dentro de esta jerarquía de poder. En el fondo soy anarquista, como mi abuelo materno, y si estoy aquí debiera ser con la estrategia de contribuir a que todo esto cambie, se diluyan las fronteras, se acabe el poder del capital y volvamos a la naturaleza.

– Brindemos por ello, Thanda.

Chocaron sus vasos de cereza de cereza *kriek* y caminaron hacia el museo africano.

Sintieron dolor de ver aquella muestra de la opresión europea de África. Moyes, muy sensible a la historia de la esclavitud por su origen africano y el drama sufrido por su madre, había leído «el fantasma del rey Leopoldo» y le explicó el significado vergonzoso de aquel museo con pretendidos objetivos pedagógicos etnográficos y naturales.

– Thanda, me duele entrar en esta exposición del terror, pero es necesario conocer la historia. A finales del siglo XIX y tras la conferencia de Berlín en la que los principales poderes europeos dividieron el continente africano en sus colonias, Leopoldo II convirtió la inmensa cuenca del Congo, el Amazonas africano, en un campo privado de trabajos forzados e indescriptible crueldad. Por el afán de explotar sus riquezas de caucho, minerales y marfil, acabó con la vida de más diez millones de africanos. De eso se habla poco aquí. De hecho, ese rey genocida expuso con triunfalismo la muestra de sus posesiones aquí, bajo la aclamación de los belgas y del mundo, incluidos cuerpos disecados de nativos del Congo.

– Es horrible, Moyes, y no menos que las masacres del resto de poderes europeos en su afán colonizador, explotador y «evangelizador» en todo el mundo. Como europeos debemos, en nuestra relación con el resto del mundo, sentir y expresar perdón y humildad.

XI

LA PENÚLTIMA BATALLA, NAMPULA

Mozambique, noviembre 2004

Cuando Thanda era niño, su padre fue a trabajar a la isla de Gran Canaria. Thanda apenas despertaba a la adolescencia. Hizo amistad con un vecino de su edad, Raimundo. En sus aventuras de verano por las calles de Las Palmas dio su primer beso a una chica. Después Thanda y su familia emigraron a Holanda por el trabajo de su padre. Un día su madre le dijo que Raimundo había tenido un accidente. Tardó en saber que la verdad era que se había quitado la vida porque su cada vez más desinhibida homosexualidad y amaneramiento exasperaban a su padre. Aquella tragedia marcó la vida de aquella linda familia para siempre. La hermana de Raimundo, Maria Jesús, entró en el convento de las Siervas de María en el barrio de los Arenales con tan solo quince años. Después de un tiempo de clausura, fue destinada a dar clases de religión en un colegio de Toledo. Al enterarse que Thanda trabajaba como médico en una misión en África, le escribió. Mantuvieron un intercambio epistolar que fue aumentando en confianza. María Jesús le contó cómo habían sido los últimos diez años desde el suicidio de su hermano. Le habló de su vocación buscando la paz en la fe y la entrega a los más pobres, y le dijo que se sentía atrapada enseñando a niñas de clase alta en un colegio privado religioso. Thanda le envió «Ilusiones», y le preguntó simplemente «¿eres feliz?» y le dijo «ese es tu único mandamiento María Jesús». Cuando Thanda regresó de Zimbabue a España, se vieron en Madrid. María Jesús le confesó que quería salir de su vida de religiosa pero que tenía miedo al mundo exterior y no sabría si se acoplaría y querría volver al convento. Era una duda común y las religiosas en ese dilema solían pedir un año fuera del convento y escoger a un «tutor» que fuera de la confianza de la madre superiora, para que cuidase y diese buena fe de su vida pudorosa en ese tiempo. De esa manera podían, con el informe positivo del tutor, volver a entrar en el convento sin todo el proceso de nuevos votos. Era, en términos laborales, como una «excedencia». María Jesús

había desarrollado una gran confianza y complicidad de ideas con Thanda y le pidió que fuera su «tutor». Thanda aceptó con gusto y con el recuerdo de dolor y a la vez ternura por Raimundo. Le animó a trabajar en un albergue de Caritas para mujeres sin hogar. Disfrutó de su entrega, pero no toleraba la vida sin el orden monacal. Decidió volver al convento. Thanda le explicó a la madre superiora la vocación de María Jesús de darse a los más pobres, algo que ella no se atrevía a decirle por parecer soberbia despreciando otras labores necesarias en la orden como las escuelas privadas de donde sacaban beneficios para financiar sus misiones. Ese mismo año fue destinada a un convento en Nampula, en el norte de Mozambique.

En las cartas que siguieron, entonces por email, sí respiraba pasión por su vida y su trabajo allí. Curiosamente era entonces Thanda quien desde Bruselas sentía ese anhelo de Ukuzwana. En un mensaje de email en agosto de 2004, María Jesús le confiaba a Thanda que era testigo de cómo cinco niños vecinos de su convento fueron engañados por un hombre blanco y se subieron a su todoterreno. Uno de ellos consiguió escapar. Del resto no sabían nada. Unos meses antes solían atender a ochenta niños de la calle en el comedor del convento y orfanato Mater Dei y ahora apenas venían diez. En los últimos días habían encontrado cuerpos de niños sin algunos de sus órganos. Thanda les explicó la situación a Buhleve y a Haka, víctima y luchador del y contra el tráfico de niños en Zimbabue y Sudáfrica, y ellos se comunicaron con la hermana María Jesús, en Nampula.

Desde que había vuelto de su último viaje ayudando a Fernando a desenmascarar el tráfico de diamantes y de armas que desangraban a Sierra Leona, Haka vivía plácidamente con Helen entre Bulawayo y Ukuzwana y viajaba a comunidades la red Sibithanda y por la Fundación Anwele, que promovían la idea de las eco aldeas espirituales en Zimbabue. Hablaba ya ndebele casi como un nativo, le gustaba cantar en coros zulúes y estaba escribiendo un ensayo sobre «la conciencia y la violencia» que confiaba ayudara al final de la lucha armada de ETA. Thanda le había puesto en contacto con Pascual y ambos reflexionaban sobre el dolor que causó la violencia estructurada de ETA, a pesar de sus razones libertarias legítimas.

Haka ya tenía setenta y cinco años, una cojera acentuada en la pierna derecha por una artrosis de cadera y había perdido vista y agilidad de cálculo y memoria. Pasaba frecuentes noches de insomnio pensando en los niños aún víctimas de tráfico de prostitución, niños soldados, trabajadores esclavos, sirvientes, mendigos, matrimonios forzados o incluso, lo que recordaba de Sudáfrica, niños sacrificados por sus órganos para negocios, que seguían impunes en el mundo.

Haka se lo contó a Helen y fue a hablar con su hija adoptiva, Buhleve, ahora la doctora responsable del hospital de la misión de Ukuzwana. Desde que Buhleve consiguió sacar de su atormentada alma el dolor de la noche en que

robaron su inocencia, hablaba de ello abiertamente con Haka y con Patxi. Sentía que además de dedicarse a la salud de sus hermanos ndebeles, tenía que luchar contra esas raíces del mal que de forma tan valiente había desenmascarado Haka en los último quince años.

- *Salibonani umkasana wami* (te vemos – saludo ndebele-, hija mía).

- *Salibonani baba wami* (padre mío).

- Llevas ya casi dos años de médico aquí y todo el mundo te quiere mucho, hija. Admiran tu serena generosidad. Te llaman «*ulitula*»: nos serena…

- Si, tras Jonay, *ulibona* y Juan, *thandabantu*, *ulilapha*… soy una más de esta gran familia, padre, y sin tu valentía, mi baba *sibindi*, hoy no estaría aquí.

- Arriesgaría cada día mi vida para recuperar sonrisas de luz como la tuya.

- Pero ya has luchado mucho, padre. Mereces descansar, pasear por Matopos, disfrutar del hogar con Helen, pasar aquí en el porche de la casa de tu hermano Patxi lindas tertulias.

- No puedo, hija. Mi naturaleza es luchar por lo que creo justo, es lo que me da razón para vivir. Tengo algo que decirte sobre eso.

-Dime, baba.

- Una amiga de Thanda, que es religiosa en Mozambique, me ha escrito diciéndome que han ido desapareciendo niños de su orfanato y encontrando cuerpos sin órganos. Quiero ir a ayudarles, Buhleve. Desde que me lo dijo, hace una semana, no puedo dormir.

- Te entiendo y te admiro por ello padre. No te voy a insistir en que «ya no tienes edad para aventuras», que seguro es lo que todos te dicen. Pero te voy a pedir algo:

- Dime, hija.

- Quiero ir contigo. Es mi deber hacer por otros niños lo que tu hiciste por mí, y además acompañarte en esta nueva lucha.

Buhleve sabía que podía ser la última lucha de su padre, quería estar a su lado, y quería aprender e inspirarse de su generosa valentía por una causa de la que le rescató hacía quince años y puso resucitar su vida y sus sueños.

Habló con los médicos cubanos que ahora trabajaban en el hospital de Brunapeg. Por entonces Cuba tenía casi cincuenta mil trabajadores de salud en los rincones más remotos del mundo, donde nadie más iba. Uno de cada tres médicos cubanos trabajaba fuera del país y más de dos de cada tres habían pasado al menos una misión de cuatro años en un país remoto. Durante su trabajo cobraban del gobierno de Cuba una parte del salario local, y el resto de lo que los países pagaban por los servicios médicos iba a ayudar a los gastos de salud en Cuba, asfixiada económicamente por el embargo de Estados Unidos. Buhleve había actualizado el «manual del cooperante de J Gray», y ahora, con toda la in-

formación de los tratamientos del SIDA y las posibilidades de telemedicina, se lo habían publicado en la editorial Sibithanda y se llamaba «donde no hay especialista». Los ochenta médicos cubanos, que se reunían cada tres meses en Harare y Bulawayo, se turnaban los cuatro ejemplares que Buhleve les regaló. Uno de los cubanos de Brunapeg, Elías, se ofreció a sustituir a Buhleve en Ukuzwana mientras ella acompañaba a su padre.

Haka aún guardaba en el garaje de su casa en la avenida Coglan de Bulawayo el viejo Toyota BJ40. Parecía esperarle a una nueva aventura. Le arregló la bomba del agua, le cambió la junta de la culata y le quitó el termostato, inservible en el árido calor del verano austral. Volvió a hacer su mochila con la libreta de diagramas y relaciones, linterna, botiquín, kit de alimentos secos y su saco de dormir. Los tiempos habían progresado y esta vez llevaba también una cámara de fotos con teleobjetivo, un filtrador de agua que había diseñado su sobrino Joseph, una radio portátil y un diccionario portugués-inglés. Llevaba también un teléfono móvil y un ordenador portátil. Pensó si debía coger la Makarov que llevaba guardada más de diez años. Le vino la imagen de Buhleve amenazada a su lado y sin dudarlo la metió en un doble fondo de su mochila y preparó un hueco camuflado en el bajo del coche. Buhleve preparó su mochila y llevó también su violín.

Haka y Buhleve salieron a finales de octubre desde Bulawayo hacia Harare y seis horas después siguieron camino hacia las montañas de Chimanimani. Allí se quedaron en un hostal de montañeros y aventureros llamado «*The Heaven's Lodge*» donde durmieron en una cabaña de madera y Buhleve tocó el violín. Fue una noche inolvidable donde hablaron de la vida, padre e hija, y sintieron la magia de la trenza de sus destinos. Haka era para Buhleve un ejemplo de coraje y compromiso por lo que creía justo, y Buhleve era para Haka una demostración de cómo el amor y la belleza se sobreponen a los pozos oscuros de la crueldad y el egoísmo.

A la mañana siguiente continuaron viaje hacia Mutare, cruzaron la frontera, siguieron camino hacia Beira y se desviaron al norte hacia Nampula. En total fueron tres de días de viaje. Llegaron al convento Mater Dei, un lugar sencillo a las afueras de Nampula y rodeado de setenta hectáreas de campos y cultivos con una iglesia octogonal en el centro, una cocina, una hospedería, la residencia de las hermanas, el albergue de las novicias y la escuela de los niños. Fueron recibidos por Sor María Jesús y su hermana superiora, Sor Juliana.

Después de los saludos de bienvenida y acomodarse en un cuarto del convento, Sor Juliana les contó su historia. Había llegado a Mozambique en los años setenta, justo antes de la independencia, y se enamoró del pueblo sencillo. Establecieron un convento para la vida contemplativa y la caridad, vivían de lo que les daban sus plantaciones de arroz, árboles frutales, gallinas y unas pocas vacas. Con los años se unieron casi treinta mujeres a la vida religiosa de aquel convento de valientes. Decía que la maravillaba ver como «todo el mundo cuidaba de todo

el mundo en las aldeas y los niños se movían libres como pájaros». Al poco de la independencia se recrudeció la guerra y con ella todas las formas de violencia. Ello, junto al SIDA, hizo explotar el número de huérfanos. Habían visto el primer cadáver mutilado de una niña en su patio hacía dos años. Siguieron encontrando cadáveres, casi todos de entre doce y quince años. Pudo contactar con el fiscal general del país, un exguerrillero del FRELIMO muy honesto, quien le aconsejó «no tratar con la policía», muy corrupta y posiblemente parte del tráfico. Habían hecho una lista de niños que habían sido engañados para subir a un coche o simplemente secuestrados a la fuerza. Por las noches notaban aterrizajes y despegues de avionetas en una llanura extensa detrás del convento. Tenían sospechas de un matrimonio blanco que vivía en una finca grande de la zona pues había varios testigos y familiares que identificaron el coche blanco en el que se llevaban a los niños y otros lo vieron entrar en aquella finca. Incluso habían acogido a un niño que consiguió escapar de allí. Habían recibido cartas anónimas y llamadas amenazándolas de muerte.

Sor Juliana le pidió a Haka que no condujera el BJ40 blanco por la zona pues se había extendido el rumor que «un blanco en un coche blanco» raptaba a los niños y seguro que los responsables del tráfico buscarían como acusarles a Haka y las monjas. Le dejaron un scooter para hacer sus investigaciones.

Mientras Buhleve examinaba la salud de los cincuenta niños albergados en el convento y preguntaba a cada uno y sus familias sobre la desaparición de sus amigos, Haka intentaría saber más sobre la finca y sus dueños. Como ocurrió en Sudáfrica quince años atrás, dejó escrito un «plan B» por si él mismo era desaparecido o faltaba al mensaje por el teléfono móvil que le hacía a Buhleve cada media hora. En ese plan B había cartas destinadas a Amnistía Internacional, el Embajador de España, el Parlamento Europeo, el director ejecutivo de UNICEF y el alto comisario de los derechos humanos.

Haka se hizo pasar por granjero vasco en busca de tierras y preguntó discretamente en un restaurante selecto, casi solo frecuentado por granjeros y empresarios blancos. Tras un par de cervezas, un portugués dicharachero le dijo que los propietarios de la finca sospechosa habían venido de Zimbabue, se llamaban Gary O'Connor, irlandés y su esposa, danesa Tania Skytte, compraron 300 hectáreas al gobierno y planeaban desarrollar una granja avícola.

Buhleve supo por una tía de uno de los niños huérfanos del convento, que limpiaba en aquella finca, que constantemente venían «*brancos*» a jugar al golf, montar a caballo y, sobre todo, practicar artes marciales. Al preguntar a los niños por los compañeros desaparecidos le decían: «*nao sei, soy con hombres brancos, que le pegaron* (cogieron) *en seus carros* (coches)».

Mientras Haka estaba investigando sobre la finca, llegó un joven acompañado de un niño de unos diez años y preguntó a los custodios de la entrada por el «*branco*» para hacer el «tráfico». Se había equivocado con la finca vecina. Buhleve

le preguntó quién le había dado esa información, pero no le dijo quién. Lo que sí reveló es que le dijeron que en aquella casa podría vender al pequeño por ochenta millones de *meticais* (la moneda local, equivalente a unos tres mil euros).

Cuando Haka volvía, encontró a una muchacha de unos doce años llorando y perdida en el camino. Entre sollozos le dijo a Haka había sido llevada allí por unos hombres en un «*carro branco*» y que pudo huir en un descuido de sus secuestradores.

Esa noche vino a cenar al convento una monja italiana, Hermana Doraci, quien llevaba también tiempo investigando casos de niños desaparecidos y cadáveres mutilados. Dijo que denunció esos casos ante la policía y el gobernador de Nampula, Abdul Razak, sin que ni siquiera llevaran a cabo una investigación. Otra mujer del convento, María Elilda, misionera laica brasileña, dijo haber estado también investigando y había sido objeto de varias emboscadas de las que pudo huir.

Durante la cena, Haka expuso su estrategia:

– Juliana, Doraci, Elilda, necesitamos aportar a las autoridades y al mundo la prueba de lo que ocurre. Hasta ahora solo tenemos cuerpos mutilados, pero sin prueba de quien está detrás. Yo sospecho que están ligados a una trama contra la que luché hace unos años en Sudáfrica. Estoy seguro que igual que allí tenían nexos con UNITA, grupos de mercenarios y tráficos de armas y de diamantes, aquí también las tienen, solo que no es UNITA sino RENAMO.

Esa noche Haka preparó una mochila ligera con la linterna, su teléfono móvil, la cámara de fotos y, en un doble saco, deseando no usarla, la Makarov. Caminó campo a través hasta la finca de los O'Connor y saltó la tapia por el frente sur. Caminó con sigilo hasta la casa, a través de los pasillos entre los largos corrales de aves y pudo ver entre las ventanas de la cocina. Había una ventana abierta y pudo oír una conversación entre el matrimonio O'Connor. Se lamentaban de las acusaciones por las hermanas y por gente en el pueblo, de ser traficantes de órganos. En ese momento escuchó el motor de una avioneta aterrizar a unos cuatrocientos metros. Se acercó con sigilo y vio un Range Rover blanco acercarse a la pista mientras una Cessna 182 aterrizaba. Vio salir a un hombre del coche con cinco niños y subieron a la avioneta. Con su cámara y teleobjetivo pudo hacer fotos, aunque era ya muy oscura la noche. Hizo fotos de la matrícula del todo terreno y de la avioneta.

Consultó a través de las Hermanas con una ONG local que junto con el obispo averiguaron el nombre del propietario del todo terreno. Era un sudafricano, Martin Witwater, conocido exguerrillero de la RENAMO e instalado impunemente en Nampula. La matrícula de la avioneta era sudafricana y le envió a Nadine en Johannesburgo los datos para que averiguara en los registros de aviación civil.

Mientras dejaron fotos y datos para solicitar del fiscal general una investigación de Martin, Haka y Buhleve decidieron seguir el rastro hacia Sudáfrica. Estaban en contacto con Nadine quien les informó que la avioneta era propiedad de una compañía llamada «Fly with us» que alquilaba vuelos pilotados y tenía su base en Durban. Estaban a más de cinco días y 2,000 kms de trayecto. Fueron cinco días de confidencias y complicidad, también con humor y desacuerdos, pero tremendo cariño de padre e hija. A Haka le dolía la espalda y un hombro y Buhleve le convenció que ella conduciría. Nadine no pudo averiguar de «Fly with us» qué clientes alquilaron el servicio de la avioneta en cuestión, obteniendo como respuesta que dicha información era confidencial.

Cuando iban llegando a Durban, fueron al aeropuerto donde «Fly with us» tenía su hangar. Esperaron a que cerrasen la oficina y Haka se infiltró por una ventana entreabierta e hizo fotos al libro de servicios. El 4 de noviembre viajó la avioneta desde Nampula hasta Durban. Cliente: Kwazulu Natal hospital, empresa Netcare. Buhleve conocía a una ex compañera y amiga cirujano, Nancy, entonces residente en Johannesburgo, que ahora trabajaba en aquel hospital de Kwazulu. La llamaron y le contaron la sospecha. Se unió a ellos. Entraron al hospital, ya de noche y Nancy les consiguió pijamas del quirófano. Fueron a la unidad de trasplantes renales. Encontraron a los cinco adolescentes de Mozambique, tres chicos y dos chicas, en dos habitaciones diferentes, sedados y con historias clínicas en las que figuraban apellidos aparentemente israelitas. Haka se quedó en la habitación de los tres chicos esperando a que despertaran. Mientras tanto, Nancy preguntó en el control por la lista de operaciones de la semana siguiente. Incluía cinco trasplantes renales. Todos los pacientes receptores tenían nombres judíos. Los mismos que falsamente se atribuían a los chicos. Hicieron fotos de las historias y de los chicos. En las historias de los receptores figuraba en cada uno una nota con un membrete de la organización «*Kav LaChayim*». Llamaron a Nadine y le dieron todos los datos. Esta vez no le dieron opción a la policía de proteger a los poderosos empresarios. Mandaron un artículo anónimo a las agencias de prensa internacional, al parlamento europeo, a UNICEF y a la comisión de derechos humanos de las Naciones Unidas.

Haka volvió a revisar todas sus notas del cuaderno de su rescate en Sudáfrica. Quedaron siempre sueltos los cabos de Gordon y Perry, huidos a Israel. Avisó a su amigo Aaron en Tel Aviv y le preguntó que investigara de nuevo esos nombres en conexión con *Kav LaChayim*. Mientras tanto empezaron la larga vuelta a casa desde Durban a Bulawayo. Cuando era ya de noche, notaron que se empezó a calentar el agua de la refrigeración del motor. Bajó la marcha, pero a los pocos kilómetros salía profuso vapor del capó del viejo BJ40. Con la linterna empezaron a revisar el motor y comprobaron que no había fuga de agua por el radiador ni el circuito. Haka sospechó que estaba dañada la bomba del agua y necesitarían repararla para evitar que se quemara la culata.

Estaban en el corazón del Orange Free State, el estado más racista del país más racista del mundo, a pesar del fin oficial del aparheid. Estaba poblado sobre todo por afrikáners descendientes de los hotentotes holandeses que llevaban cuatro siglos explotando como granjeros, bóers, las tierras y a los africanos, con el racismo más arraigado y bendecidos de tal superioridad por su Iglesia Reformada Holandesa. En las siguientes dos horas pasaron unos veinte *pick ups* que enlentecían el paso según se acercaban y, al verlos, los miraban con desprecio y aceleraban. Un par de ellos les gritaron: «*¡hog!*» (¡cerdo!). Sabían de la ley de inmoralidad por la cual durante el apartheid estaban prohibidas las uniones entre razas, y que en algunas comunidades blancas aún vivían en el pasado, aunque ya llevaba quince años liberado Mandela. Pensarían, a pesar de la diferencia de edad, en una unión a sus ojos inmoral. Haka sintió rabia y a las dos horas se puso en el medio del camino, obligando a parar al siguiente auto. Bajó amenazante un hombre alto y le gritó en afrikáners que se apartara. Haka respondió en inglés:

– Llevamos dos horas con el coche averiado y nadie para. Viajo con mi hija de vuelta a Bulawayo. Solo queremos que nos lleven al mecánico más cercano para pedir que remolque el coche, intentar repararlo mañana y seguir camino.

– Aquí no son bienvenidos. Esta es una comunidad cristiana y tenemos nuestros valores.

Haka recordó a Patxi, imaginó lo que él le hubiera respondido y le dijo:

– Jesús empezó su vida refugiándose con sus padres, rechazado por los fariseos. Su mensaje era de amor a los más necesitados. No hubiera dejado a nadie pasar la noche en una cuneta. Yo sé que usted no desea mal a nadie. Está en su mano acercarnos al mecánico del garaje y no le molestaremos más.

Haka se apartó del camino. El hombre murmuró, volvió al volante y les hizo una señal despectiva diciéndoles que se podían subir en la bañera, entre sus herramientas y unos sacos de maíz. Llegaron al pueblo y paró frente a una antigua fábrica de Coca Cola que se convirtió en taller mecánico. No se despidió ni dijo palabra, como temeroso de que sus paisanos le vieran contaminado de inmoralidad. Posiblemente iba directo a rezar sus oraciones de la noche.

Llamaron a un timbre en la puerta y a los diez minutos se encendió una luz y al abrió un hombre negro de unos sesenta años, con un mono azul manchado de grasa.

– *Salibonani, Baba*.

Saludó Haka en zulú, muy próximo al nedebele.

– *Yebo, Baba*. ¿*Kunjani*?

Haka le explicó la situación y el maltrato recibido. El hombre dijo llamarse Ruddy y estaba a cargo del taller, propiedad, como todo en el pueblo, de afrikáners racistas. Salieron con la grúa a por el BJ40. En el camino, Ruddy les contó sobre su vida en aquel pueblo llamado Carel. Había emigrado de Orania,

el pueblo al este, en Northern Cape, donde se había declarado un lugar de solo-blancos, el racismo sin remilgos, en toda su expresión. Al menos no tenían ni siquiera trabajadores esclavizados. En Carel se le ofreció a un puesto de trabajo de mecánico, recibía un salario y un cuarto en un altillo del garaje. Iba cada mes a ver a su mujer y tres hijas en Soweto, donde vivían con una hermana de ella.

- ¿*Uyathaba laphia yini, ubudi wami*? (¿Eres feliz aquí, mi hermano?)

Le preguntó Haka.

- ¿Qué es ser feliz?

Respondió él, casi enojado.

-Trabajo, como, bebo para olvidar y duermo. Cuento los días para ver a mi familia, y tengo ya cicatrices en la lengua de mordérmela y no responder a los insultos racistas en esta comunidad. Pero tengo que trabajar si quiero ofrecerles a mis hijas un futuro diferente al de sirvientas en los barrios ajardinados de Johannesburgo.

- ¿Pero es esta la Sudáfrica que venció al apartheid?

- Así es. Tras todos los discursos de Mandela, las promesas del Congreso Nacional Africano, los planes de la sociedad arco iris. Así seguimos, hermano: el ochenta por ciento de las tierras cultivadas pertenecen al diez por ciento blanco de la población. Los blancos tienen salarios cinco veces más altos que nosotros los negros, y el diez por ciento más rico, casi todos blancos, menos algunos dirigentes del Congreso Nacional Africano, poseen el noventa por ciento de la riqueza. Dicen que tomará tiempo reconstruir un país justo. Yo no lo veo avanzar. Sé que moriré pobre y sometido a los poderosos, blancos y negros. Pero sí, Haka, soy feliz cuando pienso en mi esposa y mis hijas y, a mi manera, contando los días para ir a verlas y saber que crecen seguras. Una quiere ser médico, otra artista y la tercera abogada. Daré mi vida por esas sonrisas de esperanza.

Al día siguiente arreglaron juntos la bomba de agua y emprendieron camino. Ruddy pidió a su patrón adelantar su fin de semana mensual y así pudo viajar con Haka y Buhleve a Johannesburgo.

Buhleve observaba a su padre. Admiraba su valentía. Sabía que algo de su padre biológico a quien apenas recordaba por su vida en Soweto, y de su madre, se habían infiltrado en el alma de Haka y Helen. Haka se empeñó en conducir, se sentía mejor tras su masaje preferido la noche anterior antes de dormir: Buhleve bailó con los pies descalzos con movimientos suaves siguiendo sus músculos paravertebrales, encima de la contraída espalda de Haka. Se fijó en él mientras conducía: tenía una barba blanca muy tupida y una caballera que acababa en rizos en su nuca. Llevaba una txapela gris que cubría parte de una frente surcada por líneas de tantas aventuras y luchas. Bajo las cejas pobladas, sus ojos de pestañas frondosas, iris verdes y un pronunciado surco bajo el párpado inferior con el que se notaba más su alegría o tristeza que con la misma comisura labial. La nariz

chata, como todos los Beloki centraba un rostro lineal, poderoso y a la vez suave, como si respirara nobleza. Buhleve admiraba y quería a aquel ser humano con toda su alma. Le dio un vuelco el corazón al notar un temblor fino en su mano derecha.

Llegaron a Soweto y dejaron a Ruddi en su casa, viéndolo desde el coche abrazarse con tremenda felicidad a su esposa y sus hijas. Prefirieron declinar su invitación a comer para preservar su intimidad, y se dirigieron a cenar con Kate y Nadine. Tras los abrazos emocionados, Nadine les enseñó una revista con un artículo sobre el tráfico de órganos en Sudáfrica que se titulaba: «El terror se reproduce». Comentaron la última batalla:

- Quedaron restos del «Nuevo Amanecer», Haka -dijo Nadine.

-Era de esperar Nadine. Gordon y Perry aún controlan negocios desde Israel. ¿Te escribió Aaron? - le contestó Haka.

- Sí, pero aún no ha encontrado rastros. Y toda la información de Kav La-Chayim está blindada. Me consta que es protegida por el Mosad. Debo investigar los vínculos del Mosad con RENAMO, y de estos con la red de tráfico de órganos, drogas, marfil y armas, y su protección por Executive Outcomes.

- Es como una hidra de siete cabezas, cortas una y crecen más, en lugares dispares y sembrando siempre terror en todas sus formas.

- Pero Haka, tú eres siempre esperanza. Hoy esos niños de Mozambique están volviendo con sus familias y Frelimo y el Congreso Nacional Africano han creado una «comisión de investigación».

- ¿Escribisteis a Thanda y a Beatriz?

- Sí, Beatriz está instalándose con Meimuna en Nueva Delhi, pero Thanda nos está ayudando mucho. Nos sugirió que mandáramos la información de lo ocurrido a un eurodiputado portugués, José Rivera de Castro, quien hizo una pregunta parlamentaria a la comisión y acabó en el despacho de Thanda. Juntos están redactando una normativa aprobada para acabar con el tráfico internacional de órganos, y están proponiendo al Consejo Europeo una reunión en Maputo para comprometer a todos los gobiernos a prevenir y perseguir todo tráfico. Ya estamos en contacto con Alicia Mabote, presidenta de la Liga de Derechos Humanos de Mozambique, para organizar esa reunión y la «declaración de Maputo». Quieren que tú, Haka, hables de tu lucha hace tantos años contra estas tramas.

- Yo prefiero no hablar, Nadine. No me gustan esas reuniones de tantas palabras de personas desde sus cómodos hoteles. Además, sería fácilmente identificado y tendría menos libertad para seguir luchando.

-Pero hermano de mi alma, -dijo Nadine tomándole la mano que Buhleve seguía notando temblaba levemente-, ya has pasado de los setenta y es momento de dejar que los jóvenes tomen el lado físico de la lucha y tú escribas, cuentes, propongas y hagas estremecer al mundo con tus historias. Recuerda esto, Haka:

escribir la verdad puede ser tan valiente como rescatar a unos niños de un secuestro.

– Lo pensaré, Nadine. Me siento dulcemente acosado por estas tres bellezas, mis amigas de lucha y mi bella princesa. ¡Pero si hablo será con un pasamontañas!

No bromeaba. Se quedó pensativo. Algo le nubló la mente.

– Pero antes quisiera atar algún cabo suelto. La RENAMO tiene una estructura similar a UNITA y depende también del apoyo económico y militar del apartheid de Sudáfrica, aún latente en muchos resquicios de la policía, el ejército, los servicios secretos y, sobre todo, las conexiones entre De Beers, el tráfico de diamantes y armas y los grupos mercenarios como Executive Outcomes.

– Buhleve, ¿cómo se llama la persona que abusó de ti, le salvaste la vida a cambio y le revelaste la verdad a su hija?

– Joseph Smuts.

Desde que Buhleve le reveló a Nadine la identidad de Smuts, Nadine había investigado y preparado con amigos del Congreso Nacional Africano, ahora mandos de la policía, un dossier sobre esa persona. Había sido jefe del batallón 32, dedicado a asesinar a miembros del Congreso Nacional Africano durante el apartheid. Se le atribuía el asesinato de Joseph Biko.

Buhleve averiguó de su antiguo hospital la dirección del paciente y vio que seguía consultas de oncología. Sabía que al enfrentarse su padre a quien robó cruelmente la inocencia de su hija podría desatar su ira. Esa noche Buhleve escribió una carta.

Señor Smuts:

Soy Buheve Beloki.

En dos momentos su vida se ha cruzado con la mía. El primero fue hace quince años, cuando usted abusó de mi secuestro y de mi virginidad en el burdel de Dasy. Me arrancó una parte de mi alma que vaga en las tinieblas del dolor desde entonces. A pesar de aquello, mi padre me rescató de aquella red de terror que traficaba con niños huérfanos de Matabeleland para la prostitución y los trasplantes de órganos de personas insensibles al más profundo dolor. Como usted.

La segunda fue hace dos años. Yo le atendí en la urgencia del hospital Charlotte Maxeke, le diagnostiqué una perforación intestinal, le operé y le resequé el tumor que invadía sus intestinos.

Usted me quitó la vida. Yo se la salvé.

Mi alma está serena pues a pesar del dolor, he descubierto en el amor a los demás, sobre todo a los que más sufren, la fuente de mi felicidad.

No le tengo rencor. Le tengo lástima. El daño que usted ha hecho debe estar hundiéndole su alma.

Ahora trabajo en un hospital de misión en Matabeleland. Mi padre y yo supimos de otra red de tráfico de niños, esta vez en Mozambique, y hemos descubierto su relación con la empresa de hospitales Netcare, con exguerrilleros de la RENAMO y con una secreta red de trasplantes clandestinos en Israel. Todo ello precisa cobertura armada y sabemos de las conexiones pasadas del batallón 32 y la SWAPOL con la RENAMO y con Executive Outcomes.

Este es el momento en que usted pueda redimir el dolor que ha causado revelándonos esas conexiones que siguen presentes y amparan esa y posiblemente otras redes de terror.

Si así lo decide, por la paz de su alma, deje una nota con la doctora Rispel, su oncóloga. Ella sabrá cómo hacerme llegar la información y podremos acabar con tanto dolor.

Aunque le cueste creerlo, le deseo que el tratamiento cure su cáncer y que sienta paz en el cariño de su familia,

Buhleve Beloki

Por un momento Buhleve pensó chantajearle amenazando que si no confesaba las conexiones de la red escribirían a la prensa sobre sus actos. Pero pensó que la forma más profunda y luminosa de erradicar tanto mal era con el arrepentimiento y el amor, más que con la violencia y el miedo. Intentaba combinar la inspiración misericordiosa de su tío Patxi y la valentía de su Aita Haka.

Era momento de volver a casa, habían estado un mes fuera y viajado quince mil kilómetros en el BJ40. Volvían con la paz de haber desmontado otra trama de terror. Pero, sobre todo, había sido un maravilloso mes de complicidad entre padre e hija, luchando por una causa noble. La misma que le rescató a Buhleve a la mitad de su vida vivida y le trajo desde las tinieblas a una familia, red y sueños de luz.

XII

BAJANDO DEL PEDESTAL HUMANO

Dakota del Sur, marzo 2005

Nour ya tenía ocho años, atendía a la escuela primaria en Brooklyn, disfrutaba de los paseos por los parques, de su mundo de poesía, música y sueños con sus padres, del contacto por ordenador con sus abuelos en Gomera y su gran familia en Ukuzwana, a donde había vuelto dos veranos (del norte) con Jonay a encontrarse con sus hermanos del alma, Adam y Unai. Hablaba en inglés en la escuela, español con su padre e hindi con su madre. Disfrutaba de dibujar, bailar capoeira en un grupo de baile del barrio, aprendía el violín con su padre y le acompañaba en el yoga a su madre.

Había desarrollado una relación de gran conexión con Sam, el perro labrador que cuidaban. También con los gatos de la calle, los pájaros en los árboles y con las ardillas del parque. Jonay la miraba fascinado como se sentaba frente a Sam, a su misma altura, le miraba con suavidad y como timidez, casi de lado, expresaba con su cuerpo actitud de interés discreto y emitía sutiles sonidos. Sam iba haciendo lo mismo. Después de un tiempo ya hablaban con las miradas y los sonidos. Acababa esas «conversaciones» diciéndoles a sus padres: «Sam pregunta que cuando vuelve James» o «Sam dice que ha soñado con pájaros» o «A Sam le gustaría ir a pasear por el río». Aunque Nour tenía una rica imaginación y hasta recordaba y contaba sus sueños, no decía nada que no pensara o sintiera de verdad, una actitud heredada o inspirada de su madre.

Una compañera de Aimsa en UNICEF llamada Judit tenía una cabaña de la familia en las «montañas negras» de Dakota del Sur. Se la ofreció para los fines de semana hasta la primavera. Fueron en tren y llevaron sus tres bicis. Llegaron a la estación de Hill City y allí tomaron el tren original de 1880 hasta el antiguo Keystone Branch, que servía a una mina de oro. Desde allí fueron en sus bicis a una cabaña de madera frente a un hermoso lago. Sam les seguía corriendo. Era el mes de marzo y aún había restos de nieve en las copas de los pinos. Entraron en

la cabaña, hecha de troncos de madera, y encendieron la chimenea. Los camastros estaban en un altillo. Ya estaba atardeciendo y fueron hasta un embarcadero en el lago. Viendo el atardecer se dieron la mano y sintieron unión entre ellos y con aquella bella muestra de la naturaleza.

En ese momento se empezaba a implementar el protocolo de Kioto, después de los compromisos, voluntarios, insuficientes y no-vinculantes siete años antes en la reunión a la que Aimsa asistió representando, por primera vez, a la red de eco aldeas espirituales.

- Aimsa, oí que se empieza a implementar este mes el protocolo de Kioto. ¿Qué piensas que puede pasar?

- Soy pesimista, Jonay. Los compromisos habían quedado finalmente en la décima parte de lo que serían necesarios para evitar el calentamiento global sin retorno. Siete años después Estados Unidos no lo ha ratificado. Tampoco lo ha hecho Afganistán, arrasado por las bombas americanas en venganza de los atentados de las torres gemelas, ni Sudán, en plena guerra y dividiéndose en dos.

- Este país está encadenado a un sistema de poder corrupto y su sentido de excepcionalismo, de ser elegidos como nación superior, del arrogante moralismo mezclado con radicalismos religiosos, hace que invada sin pudor al mundo de bases militares, espías y sus humos contaminantes sin ningún pudor a rechazar casi cualquier acuerdo internacional.

- Así es. También Sudan del Sur y Estados Unidos son los únicos países que no han ratificado el Convenio de los Derechos de la Infancia. Al fin y al cabo, hay cierta coherencia en ello: les roban el futuro por la contaminación y les impiden reclamarlo denegando sus derechos.

Nour, acostumbrada a oír a sus padres hablar del mundo y las políticas globales, intervino:

- No podéis hacer eso.

- ¿A qué te refieres Nour?

- Ni robarnos el futuro ni impedir que hablemos.

- Claro, hija, por eso mami está luchando tan fuerte por un mundo más limpio y sin poderes de personas que se creen superiores e imponen su pensar y sus privilegios.

- ¿Y dónde están los niños? ¿Cuándo vamos a decidir sobre nuestro futuro?

- Tienes toda la razón, Nour -dijo Aimsa-. Tenéis que hablar y soñar vuestro mundo. Te prometo que desde ahora cuando hable de vuestros derechos o de vuestro futuro en cualquier lugar o reunión preguntaré: ¿Dónde están? Y cuando me digan ¿Quiénes?, responderé, los niños, los habitantes del futuro que ustedes pretenden decidir ¿Vale, hija?

Hacía unos días Jonay había recibido un mensaje por email de Thanda. Tras involucrarse en la lucha contra el tráfico de niños que Haka y Buhleve habían revelado en Mozambique, le habían confiado la coordinación de la propuesta de política de los derechos de la infancia en la cooperación europea.

- Nour, hija, ¿recuerdas a Thanda?

- Claro, el papá de Ángeles y Daniela.

-Pues después de su tiempo en Ukuzwana volvió a Madrid y ahora está en Bruselas, preparando ideas para vuestro derecho a ser dueños de vuestro futuro, parlamentos de jóvenes. Le encantará hablar contigo.

Volvieron hacia la cabaña con ramas caídas y prendieron la chimenea. Se sentaron frente al fuego los tres y Nour fue cayendo dormida en brazos de su madre. Aimsa llevó a Nour al camastro. Sam la siguió y se tumbó a su lado. No se separaba de ella. Al volver frente a la chimenea Aimsa notó a Jonay pensativo.

- ¿Que te ocurre, cariño?

Utilizó esa palabra como acentuándola. Llevaban doce años juntos, dos terceras partes en Ukuzwana y la otra tercera parte de ellos en Nueva York, dos extremos del mundo. Del desierto humilde al bullicio de abundancia. De preguntar a cada vecino, campesino y paciente durante un buen rato al saludarse por la vida, la familia, los cultivos, los antepasados, a cruzarse en la ciudad con miles de miradas perdidas cada día. Aimsa temió que Jonay estuviera hundiendo su alma en la ciudad.

- Pensaba en la naturaleza. Qué sencilla y qué bella, qué inerte y qué poderosa. Creo que las ciudades deben ir desapareciendo, Aimsa, las imagino con la vegetación cubriendo su asfalto, aceras y fachadas de cemento y cristal. Es solo con eco aldeas que recuperaremos las miradas. Pensaba en el cruzarnos cada día en la calle, el metro, las multitudes de la ciudad, y no mirar, y si miras, no saludar, y si saludas, un rápido gesto de la cabeza, y si hablas, un apresurado ¿cómo está? con el tácito acuerdo de que el otro diga «muy bien» y no te cuente sus problemas pues, aunque le hayas preguntado, no te interesan, y si te interesan, no tienes tiempo, y si tuvieras tiempo, no quieres responsabilidades.

- Así es, cariño. Yo lucharé fuerte por la red de eco aldeas para que puedan inspirar el proceso después de Kioto y el de la declaración del milenio, que siguen sin poder entender el mundo sin crecimiento constante, sin comercio sin fin y sin urbanización sin límite. Ya gran parte de la alimentación humana y animal se hace con cosechadoras de monocultivos transgénicos operadas por ordenador, cada vez menos campesinos y casi toda la humanidad en las ciudades consumiendo.

Se le quedó mirando. La mirada de Jonay estaba perdida en el fuego.

- Jonay, mírame.

Jonay apartó la mirada del fuego y miró a Aimsa con una sonrisa. Tenía ya cuarenta y dos años, se dejaban entrever canas en su pelo azabache, como brillos plateados, su tez era trigueña y se sentía suave aun sin tocar, su mirada era penetrante pero gentil a la vez, una leve sonrisa de Mona Lisa le daba a tan bello rostro una sombra entre enigmática y serena. Llamaba a abrazarla y así lo hizo.

No se dijeron nada. Aimsa sabía que Jonay dejaba parte de su vida en la ciudad, un agujero negro de almas, sin ni siquiera conexión a ningún multiverso conocido.

Cuando al día siguiente amaneció, Jonay y Aimsa fueron a dar un paseo por el bosque. Le habían dejado una nota para Nour: «Espéranos descansando, princesa, vamos a por tesoros del bosque, Sam te protege». Volvían con frutos del bosque para desayunar y con unas preciosas ramas de abedul y de roble que frotar con las manos y sacar mágicas formas y brillos como recordaba desde niño hacer a Tomás en El Cabrito.

Se aproximaron por la parte trasera de la casa, sobre una leve colina. A unos cincuenta metros ladera abajo pudieron ver una imagen que nunca olvidarían: Nour estaba justo fuera del porche de madera, con su camisón blanco, un pañuelo azul sobre su pelo rizado. Su quietud casi sagrada les transmitió a Jonay y Aimsa un mensaje de veneración y casi como por telepatía quedaron inmóviles mirando la escena.

A unos diez metros había una yegua negra salvaje Mustang. Brillaba con los rayos aún casi horizontales de la mañana. Estaba igual de inmóvil que Nour. Sus miradas estaban como imantadas por una fuerza que se sentía muy profunda aún desde lejos. Al cabo de unos minutos que parecieran concentraban lo eterno, la yegua comenzó a bajar lentamente la cabeza, a la vez que Nour lo hacía. Era una mezcla de reverencia respetuosa y de sumisión a la belleza ajena. Mientras Nour se llevaba sus dos palmas frente al pecho en saludo hindu de *Namaste*, la yegua estiró la pata delantera derecha y dobló la izquierda, como también saludando con profunda veneración. Al bajar su portentosa cabeza, Jonay vio que se desvelaba tras su profusa crin una mancha blanca en cruz. En ese momento la yegua dio media vuelta y salió galopando hacia las praderas al este de la cabaña.

Jonay y Aimsa se cogieron de la mano sin decir nada. Bajaron con sigilo, como para no despertar a Nour de su trance. Cuando estaban a unos diez metros Nour se dio la vuelta y los miró. Estaba llorando. Pero su rostro era de profunda paz. Se diría que en un estado más pleno que la felicidad. Se acercaron y los tres se dieron un gran abrazo.

Jonay dijo:

– Dos bellas almas han conectado sin las trampas de las palabras, sin los prejuicios de los humanos, sin nada más que la energía de sus almas. Me parece, Nour, que vas a ir haciendo muchos amigos en el maravilloso mundo animal.

- Me ha dicho que vuelve mañana.

Pasaron un día paseando los tres con Sam. Hicieron una cabaña en el bosque con ramas secas. Recordaron las tertulias con Patxi, las aventuras con Adam y Nour y las luchas valientes de Haka. Se preguntaron cómo estarían los abuelos en Gomera, Rob en Berkeley, Alin en Bombay, Thanda en Bruselas y tantas bellas almas por todo el mundo. Cuando hablaban de ello, Nour preguntó:

- ¿Cuánta gente buena en el mundo hay?

- Yo creo que todos, Nour. Toda la gente es buena en su interior -contestó Aimsa.

- ¿Y los que hicieron daño a Buhleve y a los niños de Matabeleland?

- Pienso que hay algunas personas, no muchas, que han recibido muy poco amor. Cuando recibes poco amor, pocos abrazos, caricias, miradas de ternura, palabras de cariño, tu corazón siente soledad y tristeza. Un corazón triste tiene miedo. Miedo a que nadie le ayude si hay algún riesgo, miedo a que nadie comparta con él y sufra de necesidad y, sobre todo, esto pienso yo, miedo de irse de este mundo sin haber podido amar, aun más necesario que ser amado.

- ¿Y por qué si tienen miedo se vuelven malos?

- No es que se vuelvan malos, hija. Es que sus mentes, sin siquiera ellos darse cuenta, piensan que si actúan con agresividad se protegerán de los riesgos, que tendrán lo necesario y que provocarán respeto y sumisión en los demás. Pero se equivocan, todo ello lleva a más miedo, una espiral que no acaba.

- ¿Y qué podemos hacer?

A menudo esa era la última pregunta en una conversación de Nour con sus padres. Entonces contestó Jonay.

- Primero, no permitir que te hagan daño, o que hagan daño a los demás. Como Haka hizo en Egoli, ¿recuerdas, Nour? Segundo, vivir conociendo a los demás, como hacen los abuelos, Patxi y NoLwasi y las eco aldeas que mami representa en Nueva York. Porque cuando conoces a los demás, les entiendes, y entonces los puedes querer de verdad, como ellos son, no como tú quieres que sean. Y tercero, ofreciendo siempre cariño y ternura a todas las personas que conozcas en la vida, sobre todo a quienes no te lo ofrecen: son los que más lo necesitan.

- ¿Vosotros me queréis, papi, mami?

- ¡Claro! -dijeron Jonay y Aimsa a la vez riéndose.

- Pues entonces me debéis entender un poco más. Hay algo que os quiero decir:

- ¿Qué es, cariño? Siempre nos puedes decir todo.

- No quiero ir a la escuela. No me gusta lo que enseñan. Casi todo habla del hombre como superior a los demás seres vivos. Yo ya sé leer, quiero explorar yo sola la vida.

Jonay y Amisa se quedaron pensativos y mirándola con ternura. Habían buscado escuelas de «educación libre» basada en las pasiones y talentos de los niños, y no en un *syllabus* preestablecido. Las escuelas Waldorf más cercanas estaban a una hora de tráfico o de metro, y costaban demasiado para lo que ganaba Aimsa de la asignación de Naciones Unidas como representante de la red de eco aldeas espirituales.

Volvieron andando por el bosque hacia la cabaña y hablando con Nour de su deseo. Jonay le dijo:

- Creo que eres muy valiente y sincera al decirlo, hija. Dime, ¿qué es lo que no te gusta de lo que te enseñan o cómo lo enseñan?

- Me aburro. El profesor, Mr Hoffmeir, es muy mandón. Habla de la religión, de la historia americana y come carne. No creo en las cosas que dice. Además, yo prefiero las aventuras, como aprender ahora del bosque, de los animales, de los viajes a Ukuzwana, de cultivar la huerta, pintar en casa, del violín contigo papi y de la historia del mundo con tus cuentos mami.

Jonay y Aimsa se miraron. En el fondo admiraban su valentía y sabían que el sistema estaba preparado para aleccionar y adoctrinar en ideas de competir entre personas y venerar el concepto de patria. Se basaba en hacer creer que defender con armas los privilegios del país más rico del mundo eran valores éticos, todo mezclado con el cristianismo y antropocentrismo. Una de las canciones preferidas de Jonay y de Aimsa era la de «Another Brick on the Wall» («Otro ladrillo en la pared») de Roger Waters. Si a ese mensaje se unían el de la libertad del alma que expresaba y pedía Nour, tenían que considerar muy en serio lo que les estaba pidiendo. Nour se adelantó unos metros para trepar en un árbol. Iba con un peto azul y un pañuelo en la cabeza. Su sonrisa era la luz más bella para Jonay y Aimsa. No podían dejar que una disciplina impuesta o el miedo a que «no fuera parte del sistema» nublara tan bella luz. Aimsa le dijo:

- Vamos a hablar con tu maestro, hija. Necesitas la libertad de explorar y aprender de tu propia curiosidad y pasión. Le contaremos la experiencia de las redes de eco aldeas donde niños de todas las aldeas aprenden con los padres, unos de otros, y participan en las tareas comunitarias, ven las estrellas, componen música, cuidan de los enfermos, ayudan a construir casas y trabajan en sus pequeños huertos. ¡Cuánto desearía vivir el espíritu de la eco aldea y no estar solo hablando de ello en las Naciones Unidas! Y me siento mal porque mis dos almas más bellas, vosotros dos, estéis sufriendo la vida de la ciudad.

Jonay, se apresuró a decir:

- Pero te admiramos mucho, mami. ¿A que sí, Nour? Estás defendiendo ideas muy bellas, ayudando a muchas personas del mundo y luchando para que el mundo sea más limpio y justo. Tu trabajo es muy importante, y te damos todo nuestro cariño para que luches por ese mundo mejor.

Viendo que su madre miraba al suelo pensativa, Nour le dijo:

- ¡Claro, mami! ¡No te preocupes! Puedo seguir yendo al cole mientras sigamos en Nueva York.

A la mañana siguiente, volvieron a madrugar Jonay y Aimsa a ir a recoger frutos del bosque. Hablaron del dilema de Nour. Jonay dijo que podía agrupar a niños de la comunidad para aprender juntos de otra forma, en los parques, en aventuras, y soñando un mundo sin fronteras y de compartir en armonía natural. Hablaría con padres del barrio. Había oído hablar de la educación Waldorf y podría proponer una escuela que hiciera volar la imaginación y la fantasía de tan bellas e inocentes almas, en lugar de amargar sus horas con conceptos impuestos y «deberes».

Cuando volvieron, Nour estaba de nuevo frente a la yegua Mustang. La volvieron a observar desde lejos, como si asistieran a una ceremonia mágica. Esta vez Nour se acercó poco a poco, hasta quedarse a unos dos metros. Aimsa tuvo el reflejo de ir a protegerla. Un portentoso animal de más de trescientos kilos podría hacerle daño si alzara sus patas delanteras o incluso moviera con fuerza su potente cuello. Nour apenas le llegaba a la raíz del cuello. Jonay le susurró que mejor confiar en esa magia. La yegua escuchó el susurro y salió galopando. Al día siguiente se repitió la mágica escena. Esa vez Jonay y Aimsa se quedaron lejos y ocultos tras los árboles. Esta vez Nour había sacado una zanahoria y se la ofreció. La yegua bajó su cabeza y mordió con mucha suavidad la zanahoria. Era una prueba de confianza. Las miradas estaban clavadas. Siguieron así, inmóviles y conectados por sus bellos espíritus durante un largo rato. Sus padres la miraban maravillados.

Tal sensibilidad se ahogaba entre cuatro paredes y entre conceptos rígidos e historias de poder y jerarquías, banderas y etiquetas en el sistema de educación, que como bien decía Roger Waters, funcionaba como fábricas de ladrillos para el decadente muro de una sociedad injusta. Nour estaba demostrando una sensibilidad por toda vida que no cabía en el sistema dominante de antropocentrismo jerárquico y mitómano. Recordaba una canción que gustaba cantar a su padre ante la hoguera en El Cabrito: «Vincent», de Don McLean: «*This world was never meant for one as beautiful as you*» (este mundo no estaba pensado para alguien tan bello como tú).

XIII

CUANDO LA VERDAD SE REVELA

La Ternura, Gomera, septiembre 2005

Martín subía a la pasarela del Ferry Benchijigüa en el puerto de Los Cristianos y miraba hacia atrás para despedirse de su madre Yolanda. Ella tenía 45 años, un pelo rizado ya algo nevado por algunas canas, unos lindos ojos marrón miel y una mirada limpia, aunque con sombras de dolor.

Martín había acabado su carrera de nutrición en La Laguna. Adoraba a su madre. Con un trabajo de panadera y a veces limpiando casas para complementar el bajo salario, había tenido una vida dura cuidando de él como madre soltera. Lo rodeó de un mundo mágico de mucha ternura, pero sin familia y apenas amigos. Martín sentía fascinación por la naturaleza y le encantaba pasear hasta la cima del Teide, pero su madre, por alguna razón que él no entendía, no le acompañaba.

Al acabar su carrera empezó a trabajar en la sede de Unilever, una poderosa multinacional de alimentos y productos de limpieza, para así poder ayudar a su madre, ya cansada y con varices en las piernas de tantos años atendiendo de pie al público. Estudió los efectos de las grasas trans en la margarina, el producto estrella de Unilever y alertó de sus daños cardíacos. También fue accediendo a información de cómo aquella compañía colaboraba en deforestar Indonesia para desarrollar inmensas plantaciones de palmeras para obtener del aceite de palma para sus ingredientes de alimentos y de cosméticos. Sabía que ese daño a la salud humana y a la salud del planeta era inaceptable. Fue a hablar con el gerente de las oficinas para Canarias, para las que trabajaba, y le dijeron que había un departamento en Londres que estudiaba esos asuntos. Fue desarrollando conciencia ecológica, vida vegana y sin deshechos y decidió, por ética, dejar el trabajo. Empezó a trabajar voluntario en la red de «ecologistas sin fronteras». Concursó para una charla de TED Talk hablando de la ecología y alertando del consumo de margarina. Descubrió que fue censurada por la propia Unilever, que subvencionaba aquellas

conferencias que cientos de millones seguían en internet. Ansiaba despojarse de la vida urbana.

Martín recordaba bien a Jonay y, aunque era muy pequeño, recordó su visita a la eco aldea de la Ternura. Martín tenía ya veinticuatro años y era un chico tímido, un poco más bajo y más delgado de lo normal. De mirada huidiza tenía sin embargo una tenue y dulce sonrisa casi constante. Había estudiado ingeniería, pero anhelaba salir de la ciudad. Yolanda le había hablado a menudo de las eco aldeas y de la comunidad de la Ternura. Martín fue leyendo en la web los artículos de Aimsa y les escribió a John y Umbela quienes le respondieron encantados de recibirle. Intentó animar a su madre a irse con él, pero esta le dijo que le gustaba más vivir en Santa Cruz.

Como despedida, la invitó a uno de los primeros restaurantes vegetarianos de Santa Cruz. Durante los postres, Martín le preguntó a su madre:

- Madre, siempre me he preguntado quién sería mi padre, cómo será ahora. Sé que te duele hablar de ello, pero agradeceré que me cuentes, nos ayudará a los dos a sanar esa herida.

Cogiéndole la mano y mirándole a los ojos, Yolanda le dijo:

- Tienes derecho hijo. Vayamos a casa y te contaré.

Volvieron a su pequeño apartamento alquilado y Yolanda preparó un té y puso una vela, un incienso y una música que a los dos les gustaba mucho: la banda sonora de *Cinema Paradiso*.

- Madre, durante toda mi vida me he preguntado quien será mi padre, qué tipo de valores y crueldad tendría para abusar de ti y nunca más interesarse. He sentido a la vez rabia y rencor, y también el deseo de encontrarle y entender ese vacío tan doloroso en mi vida.

De pequeño su madre le había dicho que su padre había fallecido en un accidente, pero a él le extrañaba no tener ninguna foto ni saber nada de su familia paterna. Cuando más adelante fue entrando en una adolescencia rebelde, una noche, en una discusión acalorada con su madre le gritó diciendo que le dijera quien era verdaderamente su padre. Su madre le explicó entre lágrimas que fue violada y no volvió a saber de él. Pero no le dio más detalles. Desde entonces Martín sintió aún más ternura y compromiso en cuidar de su madre, y no le volvió a preguntar.

- Siento, hijo, haberte ocultado esa información. Era por no sufrir y no hacerte sufrir, pero es necesario siempre conocer la verdad para superar los vacíos. Mañana vuelas a otro mundo y debes volar con tu verdad. Eres una bella persona, hijo, y soy la mujer más feliz del mundo a tu lado, pero sé que debes buscar tu camino.

-Ojalá pueda integrarme en la comunidad de la Ternura y quieras venir luego conmigo, madre. Ese es mi sueño. Cuéntame, por favor.

-Hijo, nací y crecí en la casa de mis padres y abuelos paternos en San Antonio, en la isla de Lanzarote. Mi padre era capitán del ejército, muy de derechas, muy estricto y de misa diaria, como mi madre. Cuando acabé el bachillerato fui con mis mejores amigas del instituto a una fiesta que una de ellas organizaba en su casa. Había invitado a unos amigos que conoció unas semanas antes. Después de bailar música de Los Secretos, que nos gustaba mucho, uno de los chicos dijo que nos invitaba a la discoteca de un hotel. A mí no me gustaban nada esos ambientes de discotecas, pero mis amigas insistieron diciéndome que era una ocasión especial. La música era muy ruidosa y repetitiva, todos saltaban enloquecidos. Me invitaron a un Cuba libre y lo fui sorbiendo poco a poco pues casi nunca tomaba alcohol. Como me sentía mareada dije que me iría ya. Uno de los chicos se ofreció a llevarme a casa. Recuerdo quedarme dormida en el coche. Lo siguiente que recuerdo fue despertarme en una de las habitaciones del hotel. Estaba segura que me habían puesto somníferos en la bebida y pensé que habrían abusado de mí, hijo. Tenía miedo de decírselo a mi padre por lo que me haría y lo que haría a esos chicos. De hecho, volví a casa explicando que me había quedado en casa de una compañera por ser muy tarde y no tener transporte. Hablé con mi amiga, la que nos presentó a esos chicos y me dio el teléfono del chico que se ofreció a llevarme a casa y que estaba segura abusó de mí dormida. Nunca contestó al teléfono. Fui a buscarle a aquella discoteca, donde él trabajaba. Le llamaban Tony. Le encontré. Se disculpó. Me dijo que no quería llevarme en esa condición a mi casa y que reservó una habitación del hotel para que durmiera. Le pregunté si me puso somníferos y si abusó de mí, y lo negó. Preferí no volver a verle. Seis semanas después, extrañada por el retraso de mi período, fui a la farmacia a comprar un test del embarazo. Comprobé que estaba embarazada. Llamé al teléfono del chico, pero habían anulado ese número. Fui a buscarle al hotel, pero me dijeron que se había ido de la isla, al parecer a La Gomera. Se lo expliqué a mis padres y mi padre me insultó. Dijo que había manchado el honor de la familia. Que debería abortar. Mi madre asentía. Les dije que me habían enseñado que toda vida es sagrada y me respondieron que no por violación. Mi padre dijo que mataría a quien me lo hizo. Le dije que era el padre de su nieto, que no lo hiciera. Me sentí sola en el momento más difícil de mi vida. Decidí irme a empezar una vida contigo, intentando olvidar aquel origen y sin el juicio moral de mi padre. Una de mis amigas en Lanzarote era de Santa Cruz y su familia tenía una panadería. Me dijo que necesitaban una dependiente. Le hice prometer nunca decir nada a mi familia. Desde entonces dediqué mi vida a defender la tuya hijo. Al año siguiente supe que a mi padre lo habían destinado a otro cuartel en León. Dos años después conocí a Jonay, entonces un estudiante de medicina lleno de ideas de un mundo noble. Vivimos juntos y sentíamos mucha ternura y pasión, pero poco a poco él fue preparando su plan para irse a una misión remota en África a donde yo no quería ir. Hubiera significado dejarlo todo, aunque no tuviera casi nada. He pensado mil veces si no debiera haberme ido con él.

Para entonces Yolanda tenía los ojos lágrimas y la mirada clavada en el suelo. Solo le había contado parte de la historia. Lo más doloroso se lo guardaría. Martín se acercó, la abrazó con todas sus fuerzas, y le dijo:

- Madre, perdóname por tantas veces que he sido egoísta e injusto contigo. Me doy cuenta ahora que diste tu vida por mí, renunciaste a estar con tus padres, a estudiar en la universidad, fuiste a un lugar desconocido y luchaste por mi vida todos estos años. No quiero dejarte sola aquí. Ven conmigo, por favor.

-Antes debo hacer algo hijo. He sabido por una prima de mi padre con la que mantengo contacto, que está enfermo, ingresado en un hospital de Zaragoza. Quiero ir a verle. Es una parte de mi vida que debo enfrentar, una herida abierta que debo cerrar. Con amor.

Hacía ya dos años casi que John y Umbela, con toda la comunidad de la Ternura -ya eran casi quinientas personas- habían vuelto al barranco de El Cabrito. Tras casi dos años abandonadas las casas y las terrazas de los cultivos habían crecido malezas por los caminos, entre las paredes, los tejados y hasta dentro de las casas. Se habían caído, por los fuertes vientos, algunos muros de piedra volcánica y se habían desmoronado una docena de terrazas de cultivos. El molino de viento estaba dañado, y les habían robado casi todos los paneles solares.

Primero arreglaron el molino, y con el ello el agua. Trajeron de vuelta las cabras, ovejas y los burros. Les dejaron pastar por zonas y limpiaron de hierbas altas los caminos y patios. Con agua y con abono orgánico volvieron a cultivar y a tener biogás para la cocina. Pusieron más panales de abejas en las laderas altas y utilizaban la cera para velas. Vieron que no necesitaban las luces solares y todos sentían como más romanticismo y misterio en la noche con las luces de las velas. Fernando les compartió de la comunidad de Valentía un panel solar con el que cargaban el ordenador para su comunicación. Habían crecido quince higueras entre piedras y paredes, y se habían cubierto varias paredes de hiedra. Era como si la naturaleza hubiera protegido el lugar durante el que ahora llamaban en la comunidad «el tiempo del exilio».

Juan Antonio, el hijo del cacique que tanto daño había hecho a Umbela y su familia, y después a la comunidad, se fue integrando en la comunidad y se desintoxicó de las drogas, rompiendo con su vida anterior. A menudo contaba las historias de sofisticación y lujos de su familia y de su historia perdido en las adicciones, y cómo, sin amor ni generosidad, la vida se llenaba de hastío y desidia, que en vano se intentaba compensar con compras, propiedades y poder.

Martín llegó en el ferry Benchijigua a San Sebastián y luego en la barca de Tomás al Cabrito. Fue a la casa de John y Umbela. Ellos estaban en el porche mirando serenamente el lento atardecer. Lo hacían ya desde hacía noches cada atardecer, como en una ceremonia de gratitud por lo vivido y bienvenida a la mágica noche.

- Hola, Martín. ¡Qué alegría!

- Hola, John, Umbela. Qué lindo está el valle. Mi madre os manda su abrazo con cariño.

- Bienvenido a la Ternura. Y ojalá pronto venga tu madre también -dijo Umbela.

- Gracias de corazón. Me gustaría probar una semana como es vuestra vida aquí y decidir si puedo ser parte útil para la comunidad. Creo que convenceré a mi madre luego. Siento que aún tiene pudor de venir pues le trae muchos recuerdos de Jonay, a quien creo que sigue queriendo en silencio.

-También Jonay la quiere mucho, aunque los caminos fueran diferentes, y eso le hace a ella nuestra hija y a ti nuestro nieto en el corazón, Martín. La vida va en ciclos, nos vuelve a cruzar y entrecruzar -dijo Umbela, verdaderamente emocionada. Umbela tenía la convicción que los dolores pasados siempre volvían en formas mágicas para ser sanados de formas diferentes y misteriosas, siempre con el amor. John se había levantado y le puso el brazo detrás de sus hombros, en señal de bienvenida.

Se notó frágil y le dijo:

-Yo ya estoy mayor, Martín, pero cada vez que nacen niños en la comunidad o vienen nuevos aldeanos, siento paz en mi alma. Te recomiendo comenzar con el grupo que está aprendiendo sobre agroecología. Una vez que sepas preparar una terraza y cultivar e ir compartiendo los alimentos en comunidad, puedes ir viendo que otras tareas te gustarían más de arte, cuidados de enfermos y mayores, descubrir con los niños, reparaciones, música, telares, la quesería, los panales, lo que quieras. Aquí estamos para compartir.

Le dieron una copia del decálogo de Umbela y se saludaron con el abrazo de cabeza mirándose con ternura un minuto.

Martín se acomodó en una casa con otras nueve personas, entre ellas Juan Antonio, otros dos jóvenes canarios, tres mujeres de mediana edad alemanas, un senegalés, una sudafricana y una brasileña.

Juan Antonio tenía melena castaña, unos ojos azabaches enmarcados por una mirada algo huidiza, entre tímida y temerosa, una nariz aguileña y una boca con una dulce sonrisa que a Martín le pareció enigmática. Juan Antonio se prestó voluntario a ser el tutor de Martín.

-Martín, primero quiero explicarte como entendemos la Tierra para cuidarla, cultivarla, nutrirnos y nutrirla: la tierra es un sistema vivo, como lo son nuestros cuerpos: tiene minerales, los compuestos de la vida: nitrógeno, carbono e hidrógeno, agua, bacterias y plantas que mantienen un ciclo de intercambios constantes al igual que hace nuestro cuerpo. Tenemos que alimentarla y cuidarla, hacer que haga ejercicio, duerma y hasta cantarle a su alma. Los abonos de las lombrices, las letrinas y los de los animales del valle, son digeridos por las bacte-

rias, al igual que nosotros digerimos los alimentos en nuestro intestino. Junto al agua y los minerales, los nutrientes permiten que fertilicen las semillas que caen de las plantas, que trae el viento o que plantamos nosotros y así crecen nuevas plantas, al igual que se regeneran nuestros tejidos en el cuerpo. Cuando la planta envejece se recicla en la tierra y sigue el mismo ciclo de digestión y reproducción, como hacen nuestros tejidos y células constantemente, para que el ciclo continúe también necesitan agua y luz, como nuestros cuerpos. Y como deberían hacer nuestros cuerpos volviendo al ciclo de la vida. Trata a la tierra como un ser vivo, tiene sus ciclos lunares, sus momentos de más y menos ánimo, sus enfermedades o períodos de debilidad, y, sobre todo, sus sentimientos, de eso saben mucho los pueblos indígenas precolombinos, que la llaman «Pachamama».

- Qué interesante, Juan Antonio. Yo he estudiado nutrición humana y veo claramente el paralelismo -dijo Martín, mientras le escuchaba con atención.

- En las eco aldeas cultivamos en chacrasy huertas. En las chacras lo hacemos mezclando y rotando los tipos de plantas, pues así se conserva mejor la fertilidad de la tierra. Las que más cultivamos y rotamos para cuidar la tierra son el maíz en el verano y las habas en invierno. También intercalamos calabazas. En el mismo lugar vamos variando: primero maíz, luego habas, después calabaza y más tarde maíz de nuevo. Las habas se van encaramando en los tallos del maíz y además le dan al maíz nitrógeno que necesita para su crecimiento, y cuando caen estas plantas su materia orgánica en descomposición la recicla la calabaza. Cada planta tiene su tiempo y su función. Además, los tres cultivos son buenos para nuestra nutrición: el maíz nos da energía, las habas proteínas y la calabaza, vitaminas. Cuando hagas tu terracita comunitaria, puedes aportar cuatrocientas mazorcas, sesenta kilos de calabazas y diez kilos de habas al año. Ya verás qué bien sabe comer lo que cultivas.

- ¿Pero pensé que en la eco aldea no hay propiedades particulares?

- Así es, Martín, y todo es de todos, pero tenemos responsabilidades colectivas e individuales, por ejemplo, a aportar alimentos a la despensa y cocina comunitaria.

- Me parece muy bueno. Y me parece increíble que me he pasado toda la vida comprado alimentos que no cultivaba. Debe ser precioso verlos crecer.

-Yo vengo también de una vida «ciega», Martín, ya te contaré. Ya verás que sentimiento de paz es cuidar la tierra y compartir los alimentos que siembran, cuidan y recogen tus manos. También cultivamos y rotamos papas y boniatos para, como el maíz, darnos energía; y lentejas y garbanzos, como las habas, la proteína. Al lado prepararemos una parte con tierra más roturada y abonada para las hortalizas. Aquí nos crecen muy bien diferentes especies de lechugas, tomates, brócoli, berenjenas, zanahorias, acelgas, espinacas, pimientos, cebollas, ajos, además de mucho romero, orégano, tomillo, jengibre, cúrcuma y luego las zonas de frutales con guayabas, mangos, kiwis y las plataneras.

- Qué bueno, Juan Antonio. Tras todos mis años de estudios de nutrición he podido concluir simplemente que debemos comer alimentos de todos los colores naturales, la manera más fácil de saber que tu dieta es sana.

- ¡Qué interesante! Como el arco iris. Ahora vamos a preparar tu terreno. Estamos en marzo, al inicio de la primavera y es buena época. Vamos al almacén a por tu equipo.

Fueron a una casa de adobe y techo de paja donde dentro había estanterías de madera con todo tipo de aperos manuales. Cogieron semillas de maíz, calabaza y habas, una madeja de hilo de cáñamo, una pala de punta, un rastrillo y dos estacas. En los siguientes días Juan Antonio le ayudó a Martín a reconstruir y limpiar su terraza, que estaba como trescientos metros hacia la ladera sur y en el cuarto nivel. Tenía unos cuatro metros de profundidad y treinta metros de largo. Martín sintió algo muy especial al saberse a cargo de un pedacito de tierra con el que en su momento poder compartir en comunidad el alimento.

Le costó tres días el recolocar unas veinte grandes piedras de lava en el muro de contención de la terraza. Algunas eran tan pesadas que se ayudó de la tracción de un burro al que llamaban Lucero. Luego fueron allanando la tierra y removiéndola, sacando piedras y clasificándolas por tamaños, todas eran valiosas. Realmente todo tenía una función para la armonía total, pensaba Martín. Trajeron una carretilla de abono de cabras y de burro que recogían de los caminos, y otra de tierra del depósito común de lombricultura, y las mezclaron con la tierra. Al cuarto día ya estaba listo para sembrar.

Había un invernadero con los semilleros compartidos. Lo cuidaba un hombre francés llamado Yves, inspirado en un campesino argelino llamado Pierre Rabhi, quien además pulía con cera de abejas las ramas de Sabina que con Tomás daba formas mágicas.

Martín siguió trabajando solo en su terraza. Sembró un total de treinta pozos de maíz. Entre el maíz fue sembrando las habas y las calabazas. Preparó los bancales para la huerta y sembró una buena mezcla de hortalizas y plantas aromáticas y medicinales. Se sentía por primera vez responsable de algo noble y con sentido. Sin ni siquiera tocar el dinero sentía que su sudor era noble y el propósito justo: compartir, no competir.

El agua era bombeada por el molino de viento hasta la cima y bajaba al abrir un depósito por canales de caña entre las terrazas, con espuertas para estancar el agua cuando fuera necesario. Era un bien escaso y regaban con regaderas de latón como si estuvieran bautizando las plantas con un líquido sagrado. Y realmente así era.

Martín fue cuidando de su terraza cada día regando, abonando y protegiendo de plagas con hojas maceradas de varios árboles nim que rodeaban las casa y protegían también del exceso de mosquitos. Era hermoso ver cómo la cubrían

mariposas blancas, como bendiciendo la nueva vida. Fueron creciendo sus maizales, las habas trepándolos y las calabazas rastreando, a la vez que en la huerta crecieron unos veinte tipos de hortalizas. En otoño recogió más de doscientas mazorcas, quince calabazas, diez lilos de habas y una buena cantidad de hortalizas. No podía creer la generosidad de la tierra y como de apenas algo más de cien metros cuadrados tenía para comer y compartir.

Cuando Martín aportó sus primaras diez mazorcas a la despensa comunitaria, se sintió que ya era una de la comunidad. Fue a decírselo a John y Umbela y lo celebraron cenando y escuchando una melodía en la armónica de John.

Martín nadaba cada atardecer en el océano, y a veces le acompañaba John. También había hecho amistad con los chicos canarios y las chicas de Brasil y de Sudáfrica, con quienes daban paseos hasta el Roque del Sombrero. Con sus conocimientos de ingeniería también había reparado y mejorado el molino y estaba construyendo otro con troncos y piezas que traía con Tomás de la ferretería de San Sebastián que compraban con lo que ganaban en el mercado vendiendo sus cosechas, artesanías y miel. Compartía las tertulias de historias y música muchas noches y empezó a sentir gran paz y una serena alegría de ir formando parte de tan valiente comunidad.

Cada vez que se reunía con Juan Antonio, Martín sentía una conexión especial, que le producía paz a la vez que le turbaba de una forma que no entendía. Un día fueron a una larga caminata, hasta la Ermita de Lourdes en el Garajonay. Decidieron tomar todo un día para esa marcha que era de unas cinco horas de subida y tres de bajada.

Juan Antonio se había integrado con entusiasmo en la vida de la eco aldea. Tenía el pelo algo largo y cogido con una coleta, una amplia frente, cejas poco pobladas, una mirada con más brillo que expresión, una nariz algo aguileña, pómulos angulados y un mentón prominente. Martín se fijó en un lunar con forma de hoja en la mejilla derecha. Él tenía uno muy similar en el cuello.

- Cuéntame cómo fue tu vida hasta llegar a la ternura, Juan Antonio.

- ¿Quizás ya te contaron algo John y Umbela? Ya me oíste la semana pasada en la tertulia de la noche hablar de las drogas y de la destrucción del alma que suponen.

- Sí, fue muy valiente como saliste de esas cadenas. ¿Pero cómo fue tu infancia? ¿Cómo entraste en ese mundo?

- Mi padre es un cacique en esta isla, Martín, tiene más de treinta edificios, cuatro hoteles, la concesión del aeropuerto en Santiago, restaurantes, tiendas, garajes y hasta la fábrica de bloques de hormigón. Su empresa constructora, a medias con Don Manuel, el médico cirujano del hospital, tiene una docena de camiones, volquetes y excavadoras. Es insaciable, Martín, sigue construyendo más y más. Mi infancia fue muy privilegiada en lo material. Pero mi madre era infe-

liz. No pude entender, hasta muy tarde, que era maltratada por mi padre. Fui a estudiar a un colegio interno en Eton, Inglaterra donde había muchos hijos de familias pudientes. Allí empecé a fumar marihuana y probar pastillas de crack.

Juan Antonio hizo una pausa en su relato. Sentía vergüenza de lo que luego ocurrió con su vida.

- A los dieciocho años me gradué de aquella escuela inglesa y volvía a La Gomera. Mi padre me regaló un coche BMW. Le dije que prefería no seguir de momento los estudios de la universidad y viajar por las islas. Busqué marihuana en la isla y así fui conociendo a los camellos. Como tenía mucho dinero, les compraba muchas cantidades y regalaba a otros chicos adictos con los que hacía fiestas en un apartamento que también me regaló mi padre en su hotel Tecina.

- ¿Y no estudiabas, ni trabajabas?

- No necesitaba hacerlo Martín. Y eso fue mi perdición. Como mi padre tenía negocios en todas las islas, con otros empresarios, constructores y hoteleros, me fui a hacer un viaje para conocer sus negocios con la idea de ir contribuyendo al negocio familiar.

- ¿Y en qué islas estuviste más?

- Pasé mucho tiempo en Lanzarote. Allí mi padre es copropietario del hotel Los Fariones y monté una discoteca. Vivía por las noches bebiendo y fumando droga. Empecé a consumir cocaína y un día unos italianos me dieron a probar heroína. Me fui enganchando y a la vez siendo parte del tráfico que llegaba de Marruecos.

Martín sintió un escalofrío: drogadicto, Lanzarote, el lunar, Antonio… ¿Tony? Se paró y lo observar caminar unos diez metros por delante de él. ¿Podría estar caminando con su padre? Juan Antonio miró hacia atrás.

- ¿Qué te ocurre, Martín?

- Dime una cosa: ¿te llamaban Tony en aquella época?

- Sí, de mi tiempo en Eton me acostumbré a aquel nombre, ¿por qué?

- Hace veinticinco años una mujer fue drogada con somníferos y abusaron de ella en una discoteca en San Antonio por una persona a quien llamaban Tony y quien desapareció de su vida. No sabe de mí. Esa persona es mi padre, me dio la vida. Y a la vez es quien truncó la de mi madre de forma tan cobarde.

Juan Antonio le miró con sentimientos encontrados de emoción y de profunda culpa y vergüenza. Estaban junto al Roque del Sombrero y Juan Antonio le pidió a Martín que se sentaran mirando al mar.

- Martín, por lo que dices quizás yo sea tu padre. Tienes todo el derecho a despreciarme, alejarte e incluso a denunciarme. Pero aquella persona no es la que hoy habla contigo. Te pido que me escuches.

Martín, estaba como paralizado, mirando al suelo y con sus puños cerrados de rabia, rencor y dolor. No podía mirar a los ojos de quien le hablaba, casi ni escucharle. No obstante, se sentó en una roca, como en disposición de escuchar al padre en quien tantos años pensó e imaginó.

- En aquel tiempo yo era un joven, con tu edad, pero sin tus valores. Los valores que te ha inculcado tu madre con una vida de esfuerzo honesto y generosidad callada. Crecí, como te dije, en el lujo y el privilegio. Estudié en los colegios más caros y tenía todo lo que pedía, menos el amor de mi padre, que aprendí a no pedirlo, ni esperarlo. Me junté con jóvenes que dormían de día y bebían y se drogaban de noche, teniendo todo el dinero que querían y con ello todo lo que el dinero podía comprar, pero no el amor verdadero.

- Juan Antonio, ¿eres mi padre?

- Creo que sí, Martín. Recuerdo muy bien lo que pasó aquella noche. Yo vi en tu madre algo diferente a todas las chicas con las que solíamos tratar. Era tímida, se la veía en un ambiente que le aturdía, tenía una mirada limpia, valiente y a la vez vulnerable. Sentí una fuerte atracción. Sentí ganas de salir de allí y también de aquella vida superficial para bucear en miradas puras como la de tu madre. Cuando dijo que se sentía somnolienta y que quería irse ya a su casa, me ofrecí a acompañarla. Uno de los jóvenes de aquel grupo me alertó al salir con tu madre que su padre, tu abuelo, era el capitán del cuartel militar y podría reaccionar con mucha agresividad hacia mí si la llevaba en esas condiciones. Así que cuando tu madre se quedó dormida en el coche decidí volver al hotel y ocupar una habitación libre.

Juan Antonio hizo una pausa. Se sentía hundido en el peor sentimiento, el de saberse causa del dolor ajeno durante tantos años. Martín seguía mirando al suelo. Le corrían las lágrimas. No podía ni mirar al horizonte. Esperó unos minutos y Juan Antonio siguió la historia. Martín tenía derecho a saber.

- Esa noche dormí con tu madre. Ella estaba en un profundo sueño. Creo que el alcohol que casi nunca tomaba le hizo mucho efecto. Me acosté a su lado mirándola, la abracé y sentí que ella me recibía. Por la mañana madrugué para ir a las oficinas del hotel y cuando volví a la habitación tu madre se había ido. Dos días después vino a preguntar por mí al hotel. Fuimos al jardín del hotel. Me preguntó si había puesto somníferos en su bebida y si había abusado de ella. Le dije que no, pero mentí en parte. Yo no sabía lo de los somníferos, y en verdad pensé que nos unimos de mutua voluntad. Pero fue un acto ruin, lo sé y me avergüenzo. Ella me dijo que esperaba no verme nunca más y que no me denunciaba porque su padre podría matarle.

Martín estaba como inmóvil.

-Yo no supe que responder. Me sentía hundido en mi culpa y mi vergüenza. Sucio. Y ya dependiente de las drogas, el alcohol y esa vida sin valores. Cuando se

fue tu madre, sentí que se iba para siempre de mi vida el único brillo de pureza y nobleza que había conocido. Unos días después pregunté a aquellos jóvenes con quien fui a la discoteca y que conocían a la amiga de tu madre si habían puesto somníferos en la bebida de tu madre. Me confesaron que sí, sin ningún remordimiento, incluso haciendo mofa. Dos semanas después volví aquí a La Gomera. He recordado muchas veces la mirada de tu madre y he sentido náuseas de mí mismo.

- No creo que te pueda seguir mirando a la cara, Juan Antonio. No soporto tu presencia. Creo que me iré de la Ternura. Voy a hablar con John y Umbela. Es demasiado dolor. Pensé que iba a encontrar paz y bondad en esta comunidad. Y estás tú, el hombre que hundió la vida de mi madre. No sabes cuánto. Ya no pudo nunca seguir estudiando. Se alejó para siempre de su familia. Y yo crecí sin un padre, imaginándole en mis sueños. Me dijo que habías muerto en un accidente. Cuando supe la historia verdadera hace poco, sentí un deseo terrible: que hubiera sido real el accidente. Quiero desterrar el odio de mi vida. Pero no creo que lo pueda hacer conviviendo contigo.

Caminaron en silencio de vuelta a la comunidad. Martín iba unos metros delante, hasta que unos minutos después echó a correr ladera abajo. Juan Antonio prefirió quedarse en el camino. Vio a quien era su hijo desaparecer en el camino. Se preguntaba como de tal acto innoble pudo haberse engendrado un ser tan puro y sensible. Se sentía a la vez emocionado de saberse padre y asqueado de su pasado.

Martín fue a directamente a hablar con John y Umbela. Ya estaba atardeciendo, la hora contemplativa en la que les encontraría en su porche. Le vieron llegar agitado. John le recibió con un «abrazo de cabeza» y le dijo:

- Hola, Martín, ¿cómo estás? Te siento inquieto. Somos como tus abuelos aquí para ti, dinos ¿qué te ocurre?

Martín, entre sollozos, les explicó lo ocurrido, y su decisión de abandonar la comunidad.

Umbela intervino:

- Martín, eres un ser de luz. Trabajador, solidario y sensible. Todos te quieren. Tu terraza está cubierta de mariposas blancas. Aportas generosas cosechas, nos ayudas con arreglos del molino y las aguas, apreciamos cada día que están conviviendo con nosotros.

- Yo también, Umbela. En este lugar he encontrado la paz de mi espíritu. Pero lo que he sabido hoy altera mi sentimiento. Debo hablar con mi madre. Y ahora prefiero estar lejos de quien tanto daño le hizo.

- Tienes tu derecho, Martín, y te entendemos bien. No le podemos pedir a Juan Antonio que se vaya por su pasado, que, créeme, ha dejado atrás. Incluso si fuera por actos de su presente, en esta comunidad y en todas las eco aldeas no

existe el castigo, el repudio ni el destierro. Es solo con amor como se curan las heridas y se desbloquean los miedos y vacíos que causan el dolor entre las personas.

-Lo sé, Umbela, y no pediría nunca algo así. Pero necesito saber si tengo el valor de superar el dolor que ahora me quema el alma.

-Te entiendo, Martín. Pero permíteme que te recuerde de nuestro decálogo algunas intenciones de vida que nos ayudan: cada vida es única y sagrada. La tuya lo es, Martín. Y en cada una de ellas vivimos todos. Estamos llamados a la armonía con todos. Tú también, Martín. Y aún más con tu padre, quien ha salido de las tinieblas y es un buen hombre, créeme. Esa armonía la vivimos con el amor. El odio y el rencor ahogan al amor, y con ello a tu ser. El amor profundo nos hace evitar cualquier relación de posesión entre nosotros sea de parejas, hijos o cualquier otra. Juan Antonio solo puede ser para ti una referencia de amor que curará el vacío y dolor de tantos años. Y, sobre todo, Martín, te recuerdo nuestro octavo principio: atendemos las diferencias a través del diálogo, la empatía y reflexionando sobre nuestras faltas frente a los demás. Es quizás lo más difícil, sobre todo cuando el dolor es tan profundo como el tuyo: «nadie es culpable o inocente, todos caemos en debilidades cuando olvidamos nuestra naturaleza de amor, y lo entregamos, incluso a quien nos hace daño, por la compasión»

- Pero Umbela, ¿cómo puedes decir «que no hay culpables ni inocentes»? ¿Fue mi madre culpable de ser abusada de tal forma ruin? ¿Y es esa persona inocente de hacer lo que hizo?

- En su última raíz sí, Martín. Juan Antonio no recibió amor en su infancia y juventud. No era él quien actuaba, sino su yo de miedo y de soledad del alma.

- No podéis entenderme. Me iré mañana. A veces es necesario reconocer que sí que hay personas que hacen daño, que son conscientes de ello, y que tuvieron alternativas para no hacerlo.

Martín se fue a preparar su mochila. Para dejarle su espacio, Juan Antonio no volvió a la casa que compartían con otros comuneros. Pasó la noche mirando a las estrellas y escribiendo.

Cuando a la mañana siguiente Martín subió a la barca de Tomás para ir a San Sebastián y tomar el ferry de vuelta a Tenerife, el viejo marinero le entregó un sobre que decía: «Para Martín».

Cuando ya subió al ferry, abrió el sobre y leyó la carta que había en su interior.

Querido Martín,

No tengo derecho a llamarte hijo, pero créeme que te ofrezco mi amor y armonía y si deseas vivir aquí sin mi presencia, me iré. Mereces la serena paz donde decidas vivir, y

cuida del ser que, aunque solo fugazmente, sentí como el más bello que bendijo mi vida, ahora lo sé, engendrando la vida de un maravilloso ser como tú.

Te pido que le entregues esta carta a tu madre,

Ojalá llegue un día que me puedas mirar a los ojos y perdonarme,

J.A.

Necesitaba saber si el contenido de esa carta a su madre podría hacerle aún más daño a su madre y mientras el ferry avanzaba a Tenerife, la leyó:

Querida Yolanda,

Espero que estés bien al leer esta carta, y que, tras hacerlo, no perturbe tu paz y armonía con la vida.

Soy Juan Antonio, he conocido a tu hijo estos últimos seis meses en su vida en la comunidad de la Ternura. He sentido en él a un ser maravilloso. Refleja los valores de honestidad y generosidad que ha visto en ti.

Yo soy quien hace ahora veinticuatro años abusé de tu vulnerabilidad y el engaño, que no conocía, una noche en Lanzarote. Créeme que sentí en tu mirada limpia algo que no he vuelto a sentir en toda mi vida. He soñado muchas veces con ese momento fugaz en que, tú semiconsciente y yo aprovechándome injustamente esa situación, unimos nuestros seres. Nunca volví a sentir nada igual. Mi alma, antes y después, estuvo vagando por las tinieblas del hedonismo y se fue hundiendo en la adicción a las drogas. Hace dos años conocí esta comunidad de la Ternura y los valores de las eco aldeas espirituales. Reencontré a mi alma en la naturaleza, la armonía, el amor, el compartir, la libertad, la empatía, el servicio, la compasión, el descubrir y el sentido de humanidad. La «Casa de Chun», la renovación.

Yo te ofrezco, Yolanda, mi corazón de empatía y de amor, y te pido tu compasión por quien yo fui. Martín merece esta bella vida en comunidad y hoy se va con el corazón roto por enfrentarse cara a cara con quien os causó tanto dolor. Si quiere volver sin que yo esté aquí, házmelo saber y me iré. Pero si quieres que sea la compasión la que libere el peso de veinticuatro años de dolor y vacío, aquí me tenéis los dos, para intentar, con todo mi amor, recuperar el tiempo siendo el padre que nunca fui y quizás nunca merecí ser. Algo maravilloso que he descubierto aquí es que el amor lo cura todo y hace brillar al horizonte de esperanza,

Con mi alma sincera y deseando vuestra armonía y vuestra paz,

Juan Antonio.

XIV

YO LUCHO SI TÚ LUCHAS

Bruselas, febrero 2006

Thanda había seguido su trabajo en la jungla burocrática de Bruselas. Beatriz y Meimuna vivían ahora en Nueva Delhi y él les cuidaba del piso. Moyes se había ido a Londres. Empezó a sentir lo que era la soledad. De su vida entrañable en familia, pasó a casarse y vivir con Cristina, luego en la familia adoptada de Ukuzwana y luego sus primeros seis meses en Bruselas conviviendo con Beatriz, Meimuna y Moyes. Siempre estuvo acompañado.

Llevaba ahora año y medio solo, en aquella fría ciudad, en un trabajo árido de palabras, y anhelando, sobre todo, la ternura de sus hijas, quienes ya iban entrando en la adolescencia. Al principio hablaban puntualmente todos los días a las seis de la tarde, a la vuelta del colegio, comentaban el día, los deberes, las amigas, los recuerdos. Thanda tenía preparado algún cuento, algún chiste o parábola, y volvía a hablarles brevemente a las nueve cuando se acostaban. Tras un inicio titubeante, Cristina había ido consolidando su relación con la pareja que fue ocupando su corazón mientras Thanda trabajaba en Ukuzwana. Se llamaba Gregorio y ya ocupaba la casa, el dormitorio, comía de sus platos y, lo que le dolía muy profundo a Thanda, jugaba con sus hijas. Thanda se hundía al pensar que aquel hombre pasaba mucho más tiempo con sus hijas que él mismo, y temía que fuera suplantándole en el vínculo que era tan sagrado para Thanda. Releía a menudo la carta de Ángeles cuando se trasladó a Bruselas, y casi siempre se le nublaba la vista.

Cristina y Gregorio fueron formando una nueva familia con las niñas, y las inscribieron a actividades extraescolares impidiendo, cada vez con más frecuencia, el momento más feliz del día de Thanda, el compartir con sus hijas. Tal desagarro se unía, además, a frecuentes demandas ante el Juzgado de Madrid por las que Cristina le solicitaba más dinero cada mes argumentando las necesidades de las niñas, las mismas actividades escolares que él no decidió y le impedían hablar con

ellas, el pasar el domicilio familiar a su nombre y una «asignación compensatoria». Todo se argumentaba por expertos abogados pues ahora el sueldo de Thanda en la Comisión Europea era mayor y ella reclamaba mayor equilibrio entre los padres. Además, le acusaban de abandonar a sus hijas por ambición profesional. Thanda vivía muy sencillo, nunca se compraba ropa y comía el menú vegetariano en las cantinas de la comisión. Su salario lo utilizaba en apoyar a sus padres, a los gastos de sus hijas y, la mayor parte, a apoyar a las necesidades de Ukuzwana en medicamentos y de Sibithanda en alimentos para los niños huérfanos del SIDA.

Su desacuerdo no era por acumular para él, sino porque tales constantes demandas, unas dos cada año, venían acompañadas de una larga narración difamatoria que le retrataba, con lenguaje de abogados expertos e impunes difamadores, como mal padre por abandonar a sus hijas por su trabajo primero en Ukuzwana y ahora en Bruselas.

Thanda seguía teniendo la pesadilla de ver a sus hijas que se alejaban en una frágil barca sin él poderla alcanzar nadando en un mar en tempestad. Le enfurecía sentir que él trabajaba en soledad, y en un ambiente nada fácil, anhelaba estar con sus hijas, y su esfuerzo iba para el disfrute de otro hombre que ocupaba su lugar y para abogados que una y otra vez le difamaban de la forma más dolorosa para pedir, insaciablemente, más y más de su salario.

El trabajo tampoco era fácil. La Dra Fronz trabajaba para su propia gloria y exigía, a menudo con malos modos, discursos y documentos para su propia agenda y brillo. Thanda fue dedicando más y más de su tiempo a preparar *briefings* para su jefa y la jerarquía rígida de director, director general y comisario a la que los funcionarios rendían sumisa pleitesía.

Una vez al año esa misma jerarquía emitía, tras un supuesto diálogo, una evaluación sobre cada funcionario bajo su mando. Dicha evaluación valía para ir subiendo en los grados, cual compleja escalera. Había trece grados y unos cinco sub-grados en cada uno, es decir, más de sesenta escalones. Subir la escalera y llegar a una pensión en el más alto escalón posible era la obsesión de casi todos los funcionarios. Para ello se afanaban en agradar cualquier solicitud o capricho de sus jefes.

Thanda sentía tristeza al ver a personas inteligentes reír complacientes cualquier absurdo chiste o broma de sus jefes, y «bailarles el agua», o, como decían en sus tiempos de la escuela, «hacer la pelota» constantemente a jefes que iban inflando sus egos y aumentando su autoritarismo. Leía reflexiones sobre los socialistas libertarios Owen y Fourier, retomadas por elocuentes diálogos de un filólogo americano de origen judío que gustaba de escuchar con su padre, Noam Chomsky. Se identificaba totalmente con el pensamiento de que toda jerarquía se basa en la premisa de superioridad de una persona sobre otra que, constantemente, y sobre todo si se veía el valor de forma holística, se probaba errónea.

En ese ambiente jerárquico que ahogaba la libertad y la valentía, a Thanda le fueron pidiendo que preparara el trabajo para que la Comisión Europea apoyara con cientos de millones de euros al Fondo Global contra el SIDA, malaria y tuberculosis, co-fundado por la Dra Fronz. No podía estar de acuerdo con tal forma de ver la salud, fragmentada por enfermedades y priorizando solo algunas de ellas, olvidando las demás. También fue comprobando instancias de corrupción pues en las juntas que decidían proyectos desde viajes y hoteles de lujo por todo el mundo, participaban las mismas «ONGs» que luego recibían los fondos y contaban, muy a menudo, con muchos más recursos que los ministerios de los gobiernos de países «pobres» donde trabajaban. Se fue creando en el mundo toda una red de organizaciones que vivían de esos miles de millones, que aumentaron mucho más con el fondo de Estados Unidos contra el SIDA, el «*President's Emergency Plan for AIDS Relief*» (Plan presidencial de emergencia para aliviar el SIDA) -PEPFAR-, creado en plena guerra contra Irak por George Bush hijo, en connivencia con los empresarios de la guerra, Cheney y Runsfeld, y sus inconfesables vínculos con la industria farmacéutica.

Thanda intercambiaba información a menudo con Aimsa, para explorar como podría, desde aquel despacho de funcionario, en aquella jungla de escaleras jerárquicas, procedimientos burocráticos y egos del poder, aportar algo noble y sano al sufrimiento de niños que, como en Ukuzwana, morían día a día mientras otros, desde viajes y hoteles lujosos se erigían en sus patéticos salvadores.

Jonay y Aimsa le mandaban siempre ánimos e ideas. Thanda intentaba en los *briefings* y discursos que preparaba para la Dra Fronz y sus jefes superiores, hablar del derecho a la salud, de los servicios de salud integrales, sin fragmentarse por proyectos ni presupuestos para atender enfermedades decididas desde las camarillas del poder. Proponía también hablar de la necesidad de apoyar los presupuestos de aquellos países con presupuestos públicos asfixiados por los ajustes macroeconómicos que imponían las instituciones financieras dominadas por los países ricos, y estos a su vez por las grandes corporaciones con hambre de crecer sin límites, instalar sus fábricas con mano de obra de barata y abrir mercados para obtener beneficios sin límites. Casi todas sus propuestas eran censuradas y hasta ridiculizadas.

Fue citando a la comisión macroeconómica de la Organización Mundial de la Salud, que había calculado, cuando se aprobaron los objetivos del milenio, que eran precisos al menos treinta dólares por persona al año para pagar los salarios y medicamentos necesarios para progresar en los tres objetivos de salud, materna, infantil y las enfermedades del Fondo. Y eso era solo una parte de las necesidades de salud, posiblemente en realidad cinco veces más. Argumentaba que la Unión Europea apoyase los presupuestos públicos, no los de la industria de ONGs. Que así contribuyera a mejorar los humildes salarios de médicos y enfermeras locales y no los lujos de funcionarios y cooperantes internacionales, y los medicamentos

genéricos y no los dominados por patentes criminales. Todos sus comentarios y sugerencias eran tachados de forma despreciativa por la Dra Fonz. Thanda se sentía atrapado en un sistema perverso, lejos de sus hijas y de su vocación.

Fue por entonces que se acercaba una reunión del G7, el grupo de los países más ricos, incluidos los cuatro más grandes de la Unión Europea -Alemania, Reino Unido, Francia e Italia-, quienes, con Estados Unidos, Canadá y Japón, suponían un diez por ciento de la población mundial pero la mitad de la riqueza y el ochenta por ciento de la «cooperación internacional». Le pidieron que preparara *briefings* para solicitar más y más fondos para el Fondo Global. Thanda lo pensó por la noche. Escribió una «nota de archivo» por la que se declaraba en conciencia en contra de hacer tal trabajo por considerar al G7 un oligopolio antidemocrático, como el consejo de seguridad y sus miembros permanentes, parte de ellos en el G7, y que solo representaba a cuatro de los ya veinticinco países de la Unión Europea. Desde entonces le fueron apartando de reuniones, de responsabilidades y por supuesto de sus «puntos» para subir en la escalera.

A pesar de repetidos intentos de boicotearle, Thanda organizó un debate de líderes religiosos en el Parlamento Europeo para discutir sobre la prevención del SIDA. Invitaron a imanes musulmanes, obispos católicos y protestantes, patriarcas ortodoxos, rabinos judíos, brahmanes hindúes, monjes taoístas y líderes de religiones tradicionales africanas. Consiguió que invitaran a Kevin Dowling, de quien tanto le habló Patxi, y que vino desde Sudáfrica, a pesar de las reticencias e intentos de bloqueo de la conferencia de obispos ante la Unión Europea, COMECE y, sobre todo, el nuncio del Vaticano, ahora bajo la férrea dirección de Ratzinger, a quien Patxi y Kevin se habían enfrentado por la vida de millones de personas que seguían muriendo de SIDA ante la avaricia de los negocios y la soberbia de quienes se erigían en portavoces de la verdad divina.

Thanda invitó a las misiones diplomáticas representadas en Bruselas, incluida la de Estados Unidos, a altos funcionarios de Naciones Unidas y de las ONG que trabajaban en íntima connivencia con el Fondo Global. Presentó con contundencia los datos que indicaban que el «ABC», sobre todo si C era circuncisión, llevaba al «D» de *death*, muerte, en especial en las mujeres, ya mayoría de las muertes en África y a edades mucho más jóvenes que los hombres. La posición más radical fue la de la Iglesia Católica, representada por el nuncio del Papa, insistiendo en el mensaje de abstinencia y fidelidad y en el carácter pecaminoso del uso del preservativo en contra de la vida, bendecida por Dios. Kevin habló después y puso en evidencia al nuncio diciendo que, en condiciones de endemia del SIDA en la que estaba sumida la mayor parte de África, el preservativo promovía mucho más la vida, que la prevenía; y que el derecho canónico lo permitía, citando las encíclicas relacionadas.

Llegó por entonces una carta de un parlamentario portugués que pedía explicaciones de cómo la Comisión Europea luchaba contra el tráfico de niños en

el Sur de África. Citaba los testimonios de unas monjas españolas en Nampula. Le asignaron a Thanda responder aquella pregunta. Él mismo, junto a Beatriz, habían sugerido a Haka y Meimuna que animaran a las religiosas de Nampula a escribir al parlamentario portugués que conocían, y pedir que la Unión Europea se interesara por aquel drama. Thanda empezó a sentir que podía, por fin, proponer acciones para la gente que llevaba tan dentro de su corazón. Al responder que utilizarían fondos para luchar contra el tráfico de niños en aquellos países y llevarían la preocupación a diálogos de alto nivel con gobernantes y organizaciones internacionales y regionales sentía que algo podía cambiar. Diseñó un programa de control en fronteras de sospechas de tráfico, colaboración policial en la persecución de las mafias, rescate y rehabilitación de niños desaparecidos, teléfonos de asistencia a niños y familias y una reunión en Maputo para una declaración de compromiso de todos los países de la región, en colaboración con la Unión Europea. Nadine ayudó a que Mandela asistiera. Animaron entre todos a que Haka hablara de sus luchas, quien prefirió hacerlo con un pasamontañas para seguir luchando. Le escribió a Thanda y le dijo, en broma, que «le citaría» en su discurso y así dijo: «como dice un aliado en luchas por la justicia en México, el comandante Marcos: para que nos vieran, nos tuvimos que tapar». Habló también Buhleve de su experiencia y todo un auditorio se levantó gritando: «¡*Amandla*!»

Después de aquel trabajo, Thanda, cada vez más apartado del grupo de políticas de salud y sus intereses inconfesables, se fue dedicando a pensar y proponer una política europea que defendiese los derechos de la infancia en el mundo. Habló con Marta, la amiga de Aimsa, quien coordinaba en UNICEF la lucha contra la violencia que sufrían los niños de tantas formas. Thanda fue sintiendo fuerzas desde su soledad en aquella lucha.

Era como si lo hiciera por sus hijas, aunque ya pasaran días y hasta semanas sin saber de ellas. Sus «actividades extraescolares» y su adolescencia, iban robándole esos sagrados momentos que bañaban su soledad de inocencia y de ternura que, así parecía, se le iban escapando como la arena entre los dedos.

Preparó una propuesta de «comunicación» de la comisión al consejo, la forma en que la Unión Europea preparaba propuestas de política común. Fue viendo así Thanda como podía intentar hacer cosas buenas por el mundo y sobre todo por aquellos niños de Matabeleland que latían en su corazón.

Realmente la Comisión Europea podía ser un ejército al servicio de unos intereses jerárquicos, o en una fábrica de ideas que se convirtiesen en políticas europeas realmente solidarias hacia un mundo más justo. Era la única administración pública del mundo donde un simple funcionario podía, con valentía, proponer una idea que acabara siendo una política para toda la Unión, sus quinientos millones de habitantes y una tercera parte de la riqueza mundial.

¡Estaba allí para luchar! Para eso estaba lejos de sus hijas, de sus padres y de Ukuzwana.

Se empeñó con toda su alma en esa política de defensa de los derechos de los niños. Movilizó organizaciones, parlamentarios, grupos de niños, aliados en las representaciones que los países miembros de la Unión Europea tenían en Bruselas, aliados en Naciones Unidas como Marta y muchos más. Fue consiguiendo, tras más de treinta borradores e interminables reuniones, miles de mensajes por email y censuras de todo tipo, un consenso de una política de compromiso europeo con los derechos de la infancia «*A place for children in the External Action*». Defendían todos los derechos de la Convención de los Derechos de la Infancia por la que tanto había luchado Marta, sobre todo a la seguridad y la salud en los primeros cinco años, a la educación y creatividad hasta la adolescencia, y en los derechos sexuales y de participación social alzando su voz y arrimando sus fuertes hombros para el mundo futuro que les pertenecía.

Se la llevó traducida y contada con dibujos y un cuento a sus hijas, como regalo de Navidad. Durante los dos años que llevaba en Bruselas, había ido cada mes a ver a sus hijas y pasado buena parte de las vacaciones.

Con algo de ahorros suyos y de la jubilación anticipada de su padre, compraron una casa en semiruinas en las montañas al noroeste de Madrid. Fue reparando los tejados con compañeros bomberos. Pasaba tiempos rodeados de naturaleza y de profunda ternura y complicidad con sus hijas y con sus padres, siempre apoyándole y animándole. Cuando Thanda estaba en Bruselas, la casa estaba siempre abierta para Pascual y sus amigos del albergue de Santa María, para la Asociación de Cooperantes, que estableció allí su base, y para familia y amigos. También le invitaban a veces a dar conferencias sobre la salud internacional en universidades y organizaciones diversas en Madrid y gustaba de llevar a los estudiantes a aquel lugar que se fue convirtiendo en un hogar abierto para todos.

Al acabar sus vacaciones de Navidad del 2005, Thanda les preguntó a sus hijas si quisieran pasar un año estudiando en una escuela en Bruselas y viviendo con él. Le respondieron entusiasmadas que sí. Se lo propuso entonces a Cristina. Recibió un no rotundo por respuesta aduciendo que por su trabajo no podría cuidarlas, que las desarraigaría de su mundo, amigas y de su ritmo de estudios en Madrid, que era una propuesta egoísta.

Cuando volvió a Bruselas sintió una tristeza que casi le paralizó. Había abrigado el sueño de convivir con sus hijas allí mientras aprendían idiomas, veían otro mundo y sentían el profundo amor mutuo. Él podía pedir trabajo a tiempo parcial. Había visto una casita al lado del precioso hayedo Foret de Soignes y no paraba de soñar esa idea. No solo recibió una negativa despectiva, sino que al llegar a su solitario hogar en Bruselas se encontró otra demanda que le pedía aún más dinero. Sintió rabia. Se sentía utilizado. Era como un banco para pagar la vida urbana y de consumo, con valores que no compartía, de Cristina y su compañero, quien ocupaba su lugar, disfrutando de la belleza y ternura de sus hijas a quienes solo podía ver cortos períodos de vacaciones o fines de semana cada mes.

Empezó a pensar en dejar su puesto, volver a su trabajo humilde de bombero médico y dejar de contribuir a lo que sentía tan injusto. Un día fue a jugar al tenis en un lugar rodeado de robles llamado Overijse, con un compañero de Madrid quien conoció en una reunión de trabajo, pues coordinaba los asuntos de salud en el Consejo Europeo.

Se llamaba Ignacio Soler y era, como Thanda, un gran aficionado al tenis, aunque Thanda prefería el frontón. Hicieron amistad y fueron combinando el deporte con largos paseos. Ignacio sufría una situación similar desde hacía ya diez años: sus dos hijos se habían vuelto con su madre a Canarias y apenas los veía mientras, bajo constantes demandas, les mandaba la mayor parte de su salario. Sintió una profunda ternura al ver como Ignacio mantenía el cuarto de sus hijos tal y como lo dejaron: con sus libros, raquetas, patines y las camas sin hacer.

Thanda sintió un vértigo frío al pensar en tanto tiempo lejos de sus hijas, toda su infancia.

Llamó a su padre:

- Hola, papá, ¿cómo estás?

- Bien, hijo.

Su padre nunca se quejaba de necesidad o dolor propio, siempre intentaba agradar y animar.

- ¿Y tú?

- Un poco regular. Siento mucho anhelo de Ángeles y Daniela. Cristina sigue poniendo demandas y se opone a que vengan un tiempo conmigo. He decidido dejar el trabajo y volver al parque de bomberos, dejar así de pagarles una vida de caprichos lejos de mí e incluso a abogados que me difaman. Prefiero «morir de pie que vivir de rodillas».

- Hijo, no debes pensar así. Tus hijas están bien. Las vemos cada mes y las llevamos a Robledo con toda la familia. Crecen sanas, bellas, inteligentes y con buen corazón. Y créeme que te quieren muchísimo. Nadie ocupa tu lugar.

- Pero, papá, quiero sentir precisamente su belleza y su bondad, compartir la vida, no verlas cada mucho y siempre estar sometido a abogados que me difaman y a una situación que siento injusta ya abusiva.

- Te diré algo hijo: cuando me explicaste tu sensación de abuso hablé con tu tío abogado: si tu disminuyes ahora tu salario la justicia puede considerarlo negligencia y pedirte que sigas aportando tanto como antes. Tus hijas sufrirán por vuestra lucha, hijo.

- Pero además de esa ausencia que tanto me duele, y el estar lejos de vosotros, el trabajo aquí es muy árido, lleno de papeles, de intrigas de egos, de intereses políticos.

- Hijo, nosotros estamos muy orgullosos de tu esfuerzo, y sabemos que lo es mucho allí lejos. Te echo de menos cada día. ¿Recuerdas de nuestros domingos de «madrugators» lavándonos la cara con agua fría y saliendo a nuestra aventura? Eres una parte esencial de mi alma, hijo. Pero debes ser fuerte, perseverar en tu trabajo, dar lo mejor de tu esfuerzo y tu ejemplo a tus hijas, y tendremos, en Madrid y en Bruselas, preciosos reencuentros que premien tu esfuerzo. No sabes lo orgulloso que me siento de cómo has conseguido que se apruebe la política europea de cooperación para los derechos de la infancia. No te rindas.

-Lo siento, papá. Lo he decidido. Me vuelvo a Madrid para estar con mis hijas. Cuidaros mucho.

Thanda colgó con su decisión, sin escuchar las palabras sabias de su padre. Pasaron dos semanas y no supo de sus padres. La conversación y la brusca despedida de Thanda, habían dejado una herida entre padre e hijo. A las dos semanas, Thanda llamó a sus padres. Contestó su madre:

-Hola, mamá. ¿Cómo estáis? Llevamos mucho tiempo sin hablar, os echo de menos.

- Nosotros también a ti, hijo. Estás cada día en nuestras oraciones. Tu padre me pidió que no te lo dijera por no preocuparte, pero te debo decir que está ingresado en el hospital Puerta de Hierro. Ha tenido un sangrado intestinal y está débil.

- Pero, mamá, soy vuestro hijo y soy médico. Nunca me ocultes estas cosas. Vuelo inmediato a Madrid.

Thanda llegó al aeropuerto y fue al hospital donde estaba ingresado su padre. Llegó a la habitación y su madre y sus hermanas le dijeron que se lo habían llevado a la sala de endoscopias. Fue hasta allí y se identificó como médico internista. Le permitieron pasar y un médico le explicó la situación:

- Juan, tu padre tiene un cáncer avanzado en una zona difícil de operar en el colon. Además, está muy delgado y débil. Creo que lo mejor es que le demos cuidados paliativos y no sufra el tiempo que le pueda quedar.

Thanda sintió como si una espada le atravesara. Su padre lo había sido todo para él: su guía, su amigo, su confidente, su fuente de consejos sabios y de recuerdos llenos de luz. Sus esfuerzos por causas nobles tenían en la sonrisa satisfecha de su padre el más preciado premio. Cada minuto con él era luz y fuerza en su vida. Sentía que perdía injustamente a sus hijas y ahora a su padre. ¿Cómo encontraría fuerzas para seguir? Llevaba varias semanas atormentado por su dilema y casi sin comer. Su debilidad unida al golpe emocional por la situación de su padre, hicieron que se desmayara. Se despertó unos minutos después sobre una camilla, con un suero intravenoso y un monitor de su electrocardiograma. Sus colegas le explicaron que había tenido un desmayo pero que parecía emocional. Su padre ya estaba de vuelta en la habitación. Le quitaron el suero. Llamó a un amigo ci-

rujano, Fernando, quien estuvo visitándole en Ukuzwana. Thanda le explicó la situación. Fernando le dijo que podían intentar una nueva técnica pero que necesitaban mucha valentía y determinación de su padre para el tratamiento, pues era largo y delicado. Fue hacia la habitación donde estaba su padre. En el pasillo se abrazó a su madre, siempre con su coraje y esfuerzo generoso. Entró en la habitación. Se sentó, como siempre hacía con sus pacientes, en el borde de la cama:

-Hola, «jefe».

Le llamaba a sí cariñosamente cuando tenían algo grave que decirse.

-Hola, hijo. ¡Qué alegría verte!

- ¿Cómo te sientes papá?

Le preguntó reprimiendo sus lágrimas.

- Tengo algo malo, ¿verdad hijo?

- Muy bueno no es. Pero tienes que luchar.

Se miraron con el alma. En unos segundos se concentró toda la eternidad de dos almas unidas por el amor y la propia magia del vivir. Su padre le tomó la mano y le dijo mientras le miraba con la mayor ternura imaginable cinco palabras que cambiarían para siempre la vida de Thanda:

-Yo lucho… si tú luchas.

XV

AMOR EN TIEMPOS DE SIDA

Matabeleland, octubre 2006

Tras su aventura con Haka por Mozambique y Sudáfrica luchando contra las mafias del tráfico de niños que ella misma sufrió en carne propia, Buhleve siguió dedicada con apasionada entrega a los pacientes en Ukuzwana.

Unos días después de llegar a Ukuzwana, recibió una carta que contestaba a la que le dejó al señor Smuts, quien quebró su inocencia en su despertar de la adolescencia. Le decía que su vida estaba ya llegando a su final por metástasis del cáncer que ella operó, y solo le restaba dejar lo mejor de su alma como recuerdo en sus seres queridos. Le pidió disculpas por tan horrible acto hacía ya veinte años y el dolor que le habría causado tal acto basada en tal absurda creencia de curar sus males por abusar de una niña. En la carta le dijo que Executive Outcomes ya no existía y muchos de sus mercenarios veteranos, ligados al sistema del apartheid del batallón 32, la SWAPOL, UNITA y RENAMO, se habían incorporado a Blackwaters, que ya constituía la mitad de las fuerzas armadas de Estados Unidos en Irak. El contacto en Sudáfrica de aquel perverso entramado era Ilan Perry, del cual les dio su dirección en Israel. Le decía que sospechaba que esas redes estaban apoyando las redes de tráfico de órganos y que profesaban un odio racial, del cual ahora se arrepentía profundamente. Terminaba la carta diciendo:

Te pido tu perdón para que mi alma descanse en paz, para que mis actos de amor no sean ahogados por el tiempo de mi vida en que el racismo, la soberbia y la crueldad insensible cegaron mi alma. Espero que sientas que esa parte noble y pura de mi ser de alguna manera vive contigo y quiere ayudarte a sobreponerte al dolor con esperanza y al rencor con compasión. Te deseo en la vida toda la luz, paz y amor que tu alma noble y generosa merece. Joseph Smuts.

Ese día al atardecer fue con NoLwasi al *kopje* de las lágrimas de Anwele. Le contó lo sucedido.

- Gracias por compartirlo conmigo, Buhleve, eres muy valiente.

- Me es difícil perdonar, NoLwasi. Esa persona y muchas como él hacen mucho daño.

- Tienes razón, *umntwane wami* (mi hija), pero el perdonar es el más noble de los actos humanos. Y no debe ser con condescendencia ética, como tolerando a seres de bajeza moral. Sino entendiendo sus tinieblas, superando el dolor causado, comprendiendo que ese dolor nos hizo mejores personas y sabiendo que nuestro perdón hará que esas tinieblas se vuelvan luz.

- Pero ¿qué ocurre con todos los niños y niñas muertas? ¿Quién les devuelve la luz?

- Eso no lo sé, Buhleve. Yo siento que su dolor y final renace con luz y eternidad, pero nadie lo sabe.

- Quiero que me ayudes a perdonarle, NoLwasi, y liberar mi alma del rencor.

Estaban subidas en lo alto del *kopje* desde donde NoLwasi sintió las lágrimas de Anwele hacía ya diez años y desde donde Unai a menudo oteaba el horizonte por si volvía Nour. Hicieron juntas una meditación conectando con los antepasados, con los espíritus de los animales, de la lluvia, de los mopanes y meleleucas, con el atardecer, amanecer y llegaron al espíritu de Smuts, que salía de las tinieblas, abrazaba toda aquella maravillosa luz y lentamente se acercaba con respeto a Buhleve quien, con sus ojos cerrados aún abrió sus brazos y sintió el abrazo sanador del perdón más valiente y compasivo.

Buhleve le informó después a Haka de ese nombre, Ilan Perry, y de su dirección. Haka, quien hace tiempo lo buscaba, investigó las conexiones de la red del dolor compartiendo sus pesquisas con Aimsa en Nueva York. Consiguieron que Sudáfrica pidiera una orden de extradición, pero el gobierno de Israel se negó. La conexión con la Mossad era evidente.

Algo empezó a vibrar en el alma de Buhleve. Ya tenía treinta y dos años y nunca había sentido atracción por un hombre, más bien repulsión y temor, por lo sufrido en su vida. Mientras se iba tornando su rencor en paz fue dejando que el interés de un hombre se acercase a su vida. Se trataba de Elías, el médico cubano que la sustituyó en Ukuzwana durante su viaje con Haka.

Unas semanas después, cuando ya Elías se había reincorporado a su puesto en Brunapeg, coincidieron en la reunión mensual del consejo de salud provincial. Buhleve no solía ir, aconsejada por Jonay, pues era un mero encuentro de adoctrinamiento por los egos vanidosos de la dirección provincial, ajenos totalmente a la realidad rural. Además, se reunían en el hotel más lujoso de Bulawayo, el Bulawayo Sun, con comidas pantagruélicas financiadas por la «cooperación

internacional». Esa vez decidió ir pues en la agenda del día había un punto enigmático «nueva estrategia de prevención del SIDA». Aunque en verdad latía en ella una razón más íntima, el deseo de ver de nuevo a Elías, quien le había dicho que asistiría.

Viajó como siempre en el camión de la misión, que llevaba a algunos pacientes para diagnósticos y tratamientos especializados en el hospital Mpilo. Le gustaba viajar sobre los sacos de maíz y conversando con los pacientes. El camión necesitaba ir dos veces al mes a Bulawayo a por maíz durante la estación seca, cada año más larga por el lento e inexorable efecto del cambio climático.

Se encontró en el lobby del hotel con Elías y se dieron un abrazo de ternura. Él la preguntó si podría volver con ella a Ukuzwana y pasar una semana que tenía libre. Buhleve asintió con la emoción disimulada que en ella despertaba su compañía.

En la sala estaban los oficiales médicos de los distritos de Matabeleland, la mitad oriental de Zimbabue, de extensión como Andalucía y apenas veinte médicos trabajando en zonas rurales y unos doscientos en la capital. Después de los saludos ceremoniosos iniciales del doctor Ndlovu, encaramado en la corrupción y el lujo, del gobernador de la provincia y del alcalde de la ciudad, a quienes esperaban después de sus breves palabras sus flamantes Mercedes en la puerta del hotel, dieron la palabra a un médico de Estados Unidos, para presentar «la estrategia definitiva para la prevención del SIDA en África».

El doctor Ndlovu presentó al doctor Daniel Hinalper como profesor de la universidad de Berkeley, California, y coordinador del proyecto «*Abraham*», del «*Jerusalem AIDS Project*» y la organización médica *Hadassah*, en colaboración con USAID y financiado por el PEPFAR, el plan del presidente Bush para «salvar vidas» amenazadas por el SIDA en África, y por la Fundación Gates. Buhleve ya sabía por Thanda de la perversión de ese programa, además de su vínculo con la máquina de terror del gobierno estadounidense en Irak y tantos lugares, por su política «ABC», que dejaba el uso del preservativo como último y dudoso recurso. A esa introducción, el doctor Ndlovu comentó, ufano como el que muestra un trofeo de caza, que el prestigioso invitado tenía más de cien publicaciones «revisadas por pares» y quince reconocimientos a su carrera médica. Mientras hablaba de las glorias de tal ilustre visitante, Buhleve miraba la expresión de sonrisa de suficiencia, enmascarada con falsa modestia del conferenciante y sintió inquietud.

Buhleve y Elías habían conseguido extender el programa de tratamiento de antirretrovirales con Médicos Sin Fronteras gracias a la insistencia de Anna en la sede en Barcelona, pero tenían el temor que al año siguiente se acabaran los suministros. Médicos Sin Fronteras tenía una crisis económica por haber declinado subvenciones de la Comisión Europea ante su posición en la guerra de Kosovo y enfrentamiento a las posiciones de la Unión Europea en connivencia con la OTAN. Además, el gobierno de Zimbabue, cada vez más autoritario bajo Mu-

gabe, militarizado contra la oposición y aliado con el dictador Kabila y su guerra en Congo, tenía fondos muy limitados para el stock de medicamentos en general, incluidos los antirretrovirales. Les llegó información del programa PEPFAR y lo discutieron por emails con Anna, Jonay, Aimsa y Thanda.

Analizaron en profundidad aquel fondo PEPFAR que se convirtió en poco tiempo en la principal fuente de dinero para cooperar contra el SIDA. Ese fondo que abanderaba la salvación de millones de personas afectadas por el SIDA, beneficiaba a las compañías americanas por los altos precios de medicamentos americanos aprobados por la poderosa *Food and Drug Administration*. Además, se gestionaban sus proyectos por funcionarios de USAID y cooperantes de cientos de ONGs americanas imbuidas del excepcionalísimo mesiánico estadounidense de «salvar al mundo». Como también ocurría con el sistema del Fondo Global, esos fondos estaban gestionados y supervisados por consultoras financieras que empezaban a dominar el mundo de las finanzas públicas y privadas. Esos grupos manejaban los hilos del complejo mundo de derivados financieros y sus tentáculos de especulación en todo el mundo. Así lo había demostrado Haka en su libro tras sus investigaciones en Suiza. Aimsa les había compartido su análisis de una estirpe especial de ese grupo de expertos en gestión que eran los de la consultora «McKenzie». Eran jóvenes formados en las universidades norteamericanas caras de la liga *Ivy*, con *MBAs*, varios idiomas, presencia impecable, conocedores del lenguaje políticamente correcto y que en misiones de pocos días en clase *business* y hoteles de lujo, decidían sobre aquellos miles de millones dólares, casi siempre en contra de los gobiernos y a favor de la red de ONGs y fundaciones entre las que circulaban sus currículos y carreras. Sin salir del lujo de aviones, hoteles y todo-terrenos con ventanas cromadas, y cobrando cien veces más por día que los sueldos mensuales de los ministros de los países que «visitaban», emitían informes, a menudo despectivos de los gobiernos e instituciones locales y tomaban decisiones que afectaban a las vidas de millones de humildes personas con vidas inimaginables para aquellos jóvenes «expertos».

Buhleve se fijó en varios jóvenes altos y rubios con trajes de marca italiana que acompañaban al doctor Hinalper y respondían al patrón McKenzie que mencionaba Aimsa.

Thanda les compartió a Buhleve, Elias, Joany y Aimsa su preocupación de la política «ABC» del PEPFAR. Se trataba de promover la «A de abstinencia», «B de *be faithful*» (ser fiel) y C de, solo en caso extremo, «condón». Todos recordaban la lucha de Anwele y su compromiso con su Fundación. Thanda, quien transfería parte de su salario a esos esfuerzos, les envió un análisis de esta estrategia y su posible impacto en África. Con apoyo de contactos de Anna en varios proyectos de Médicos Sin Fronteras, fue demostrando como más del noventa por ciento de las mujeres infectadas, y sentenciadas a una lenta muerte por el negocio de las farmacéuticas, habían tenido solo una pareja, es decir, habían cumplido con el A

y B, y tras un C tardío o ausente, el ABC los había llevado -pues sus maridos no lo cumplieron-, a un «D», de *death*.

También Thanda les contaba cómo fue insistiendo en la promoción del uso del preservativo en todos los programas que apoyaba la Unión Europea con sus fondos o indirectamente a través del Fondo Global. Empezó a recibir cartas de parlamentarios acusando a la Comisión de que la promoción del preservativo, que según ellos no era del todo seguro, aumentaba la promiscuidad y las infecciones de transmisión sexual, incluida el SIDA. Contestaba con evidencia científica de lo contrario, pero siguieron remitiéndole cientos de cartas de ciudadanos europeos reclamando el apoyo a la estrategia americana del «ABC» condicionando la cooperación europea, como ya lo hacía el programa PEPFAR, a la no utilización de métodos contraceptivos. Pudo averiguar que esas cartas eran promovidas por varios funcionarios y parlamentarios. Averiguó sus nombres y le preguntó a Beatriz, a quien unió a las conversaciones que tenía ese grupo de luchadores desde Ukuzwana, Nueva York, Bruselas, Barcelona y ahora Nueva Delhi. Beatriz les contó que les conocía bien pues eran de la red del Opus Dei que la atormentó y la expulsó. Aquel grupo se veía ahora reforzado por el nuevo papa Ratzinger e infiltraba las instituciones europeas con claras consignas. Pero aquella lucha contra el preservativo no quedaba allí. Lo que estaba a punto de escuchar Buhleve del doctor Hinalper, lo llevaba aún a otro nivel aún perverso.

El doctor Hinalper explicó cómo en los últimos diez años había dirigido investigaciones por catorce países de África de cómo la circuncisión masculina prevenía la transmisión del SIDA. Con la ayuda de la tecnología de Power Point, mapas móviles, gráficas dinámicas y múltiples *links* con vídeos, testimonios de pacientes y hasta música de arpa en el fondo, explicó las bases biológicas del peligro del prepucio, que presentó como una parte diabólica de la anatomía humana donde se refugiaban las infecciones de transmisión sexual y el SIDA, algo así como la recámara de las balas, el virus, del arma, la epidemia, que mataba a millones de personas. Hablaba como un salvador de la humanidad. Mencionó a su padre, rabino israelita de quien había aprendido la técnica quirúrgica a través de operar a miles de judíos askenazis que emigraron desde Rusia a Israel tras la expulsión del zar y luego en nuevas olas tras la fundación del estado sionista.

Mientras le escuchaba, Buhleve pensaba en el origen de esas ideas vinculado a la vez a la ocupación de los territorios palestinos bajo el padrinazgo de los vencedores de las guerras mundiales y su compensación por el abominable genocidio nazi. Elías le había prestado el libro de Chomsky sobre «el triángulo fatídico» que explicaba dicha historia y los vínculos del poder judío con la Casa Blanca. Aimsa había aportado en los intercambios muchos datos de dichas conexiones, incluidas las relacionadas con las empresas de la guerra en Irak, sus conexiones con el Mossad, y su raíz común en el capital financiero y las farmacéuticas que aún se enriquecían a costa de inmenso dolor. Terminaron incluyendo también

a Haka en ese grupo de luchadores conectados por emails muy probablemente espiados por los vínculos del Microsoft de Gates con la CIA.

Siguió el ilustre profesor su conferencia con los resultados de sus experimentos con la vida de miles de africanos circuncidados o no. Comparaban entre ambos grupos las infecciones y muertes. Contaban como un éxito la mayor frecuencia de infecciones en los no circuncidados. Así concluía de forma elocuente que era necesario incluir la circuncisión de niños al nacer y la de todos los hombres en edad reproductiva. Solo así, decía, se podría disminuir la terrible epidemia del SIDA por la que el presidente Bush, el magnate Gates y emisarios como los McKenzie del Fondo Global y el PEPFAR e ilustres profesores y sus múltiples medallas y floridos currículos venían a salvar la vida de los infelices africanos. Anunció que la estrategia de PEPFAR, con apoyo de Gates y otras fortunas en Estados Unidos, pasaba a cambiar la «C» del condón, por la «C» de circuncisión.

En ese momento Buhleve se fijó en el obispo Pius, aliado de Anwele y de Ukuzwana, pero acosado desde Roma por Ratzinger, e intercambiaron miradas de preocupación.

Después de su conferencia, a la que el público en la sala de reuniones del Bulawayo Sun respondió con un encendido aplauso, el doctor Ndlovu dijo en público que instalarían bajo dicho proyecto «clínicas de circuncisión» en los hospitales de distrito. Mencionó que dado que una flamante especialista en cirugía era oficial médico del distrito en Bulililamangwe, la doctora Beloki, pensaban empezar por aquel hospital e ir replicando el programa en otros hospitales rurales hasta circuncidar a un millón de ndebeles en edad reproductiva y parar así la terrible epidemia.

En ese momento, Buhleve pidió la palabra:

-Doctor Hinalper, mi nombre es Buhleve Beloki, soy médico cirujano y responsable del hospital de Ukuzwana, en Bulililamangwe. No tengo ninguna publicación ni ninguna mención honorífica. Mis «pares» son mis colegas y mis pacientes. Gracias por su visita y por su preocupación del dolor que causa en el SIDA en nuestro pueblo. Atendemos a miles de pacientes cada año con muy pocos médicos, a menudo falta de los medicamentos más básicos y con poco acceso al conocimiento global y aún menos a su traducción en medicamentos de altos precios por el monopolio de las patentes.

Notó como el doctor Hinalper y sus consultores acompañantes se movían incómodos en sus sillas y arqueaban sus cejas con disgusto.

- Sobre lo que usted ha presentado, le quiero comentar algo que me preocupa. Aunque los hombres circuncidados tengan la mitad de riesgo de transmisión a sus parejas, ¿no puede su «falsa seguridad» hacer que baje el uso del preservativo? Si fuera así, el resultado de su «ABC» llevaría al «D» por la muerte de decenas de miles de mujeres que cumplieron la «A» de abstinencia, la «B» de

fidelidad a sus esposos infieles en Soweto, que se estarían pasando por la «C» en sus clínicas de circuncisión allí, y vendrían, aún con menos intención de usar el condón pues tienen su «vacuna quirúrgica», como usted la llama. Creo que su estrategia resultará en infecciones impunes a nuestras hermanas ndebeles. ¿No estará usted queriendo exportar su práctica religiosa, basada en prejuicios morales, disfrazándola de ciencia y sometiendo a un riesgo aún mayor a nuestro pueblo?

El doctor Ndlovu la miró con severidad y le susurró algo al oído al doctor Hinalper, quien le gesticuló con la palma indicando que todo estaba bajo control y él le contestaría a aquella joven médica con contundencia.

- Admiro su dedicación a sus pacientes, doctora Beloki, pero permítame decirle que está equivocada en sus aseveraciones. El gobierno de Estados Unidos a través de su programa PEPFAR, y la Fundación Gates, son los mayores donantes de programas y medicamentos contra el SIDA y han salvado cientos de miles de vidas. Nuestra única intención es preservar la vida. Quizás usted no lo pueda entender bien. Estaré encantado en dialogarlo personalmente, pero nuestros estudios son ensayos randomizados y triple ciego que demuestran con todo el rigor científico que la circuncisión disminuye un sesenta por ciento la transmisión del SIDA. ¿Sabe cuántos miles de muertes podría prevenir en Matabeleland cada año si se circuncidan al menos la mitad de sus hombres sexualmente activos?: Unas veinte mil muertes y toda la tragedia humana, familiar y social que significan. Estoy convencido de que sus dudas sobre este programa vienen de desinformación y de no comprender la evidencia científica que lo fundamenta.

Buhleve hizo unos cálculos rápidos en una servilleta del hotel y respondió:

-No necesito su paternalismo salvador, doctor Hinalper.

Elías le puso su mano en su brazo como intentándola calmar. Se escuchó un murmullo en la sala y Buhleve notó una mirada abiertamente acusadora del doctor Ndlovu. En ese momento vio al final de la sala, de pie y junto a la puerta, a un hombre con barba blanca, mirada limpia y chapela calada hasta media frente. Haka se había colado en la reunión de alguna manera, para escuchar orgulloso a su hija.

- Esas infecciones y muertes que usted defiende que la circuncisión podría salvar pudieran ser solo una pequeña proporción de las que el descenso del uso del preservativo podría ocasionar. Es muy sencillo y no necesito tesis doctorales ni el supuesto rigor de sus «triples ciegos», con todas las cuestiones éticas que además implican: si la mitad transmite un cuarenta por ciento menos, es decir, en total de veinte por ciento menos de infecciones, pero esa misma mitad usa un ochenta por ciento menos el preservativo que previene casi todas las infecciones, es decir, aumentan un cuarenta por ciento las infecciones, el saldo neto es un veinte por ciento de aumento de la epidemia. Su buena intención se traducirá precisamente en veinte mil muertes más. Pero le diré otra consideración ética: soy cirujana y sé que, si bien la circuncisión del adulto es una cirugía menor, se

precisan recursos y puede que cada una cueste al menos doscientos dólares. Su programa costará, calculo, unos veinte millones de dólares: si en lugar de ese programa y su dudoso efecto, incluso alto riesgo de hacer daño, nos apoyaran con medicamentos antirretrovirales genéricos a precios doscientas veces menores que los medicamentos bajo patentes que distribuye el PEPFAR, podrían satisfacer la necesidad de tratamientos vitales para nuestros diez mil pacientes muriéndose hoy de SIDA. Aunque quizás una buena parte de esos fondos tienen que pagar sus viajes, hoteles y sueldos, que imagino son algo más altos que los nuestros de cien dólares al mes. Le ruego reconsidere sus intenciones, doctor Hinalper.

Hubo un gran revuelo en la sala. Aplausos de unos y gritos de otros. Haka la miraba orgulloso. El doctor Ndlovu tomó la palabra:

- Doctora Beloki, su ignorancia la hace insolente. Este programa será de mucho apoyo a nuestra provincia. Doctor Hinalper, disculpe a la Dra Beloki, quien es una abnegada médica para sus pacientes, pero no puede alcanzar a entender el tremendo valor de sus investigaciones. Le ruego sigamos adelante con distritos que sí puedan entender el beneficio de este programa. Por cierto, la participación en el mismo supondrá un sobre sueldo de trescientos dólares cada mes y un viaje a Johannesburgo el próximo año para compartir las experiencias del programa. ¿Qué distritos estarían interesados en participar?

Una docena de manos se levantaron entusiastas a la oferta del doctor Ndlovu y siguieron la discusión de los detalles del programa con el doctor Hinalper y los consultores del clan McKensie.

Buhleve y Elias abandonaron la sala. Se fueron con Haka, en quien Buhleve notó como había aumentado el temblor en las manos, a comer en su casa con Helen y comentar lo ocurrido. Haka había investigado con Aimsa las raíces del programa Abraham: estaba liderado por Hilnaper, alguien a quien Aimsa había conocido en Berkeley y sabía de sus redes con las farmacéuticas, la Fundación Gates y el Banco Mundial. Estaba impulsado por la organización médica Hadassah, poderosa organización de mujeres sionistas de Norteamérica, con profunda influencia en los círculos del poder económico de Wall Street y político de la Casa Blanca. Dicha organización tenía dos hospitales en Israel. Sus programas de trasplantes tenían relación con Kav LaChayim, que operaban con Ilan Perry, el bróker de órganos para trasplantes que mantuvo los negocios con la red de hospitales privados sudafricana Netcare en cuyas garras habían caído niños de Mozambique y de Matabeleland por los mismos traficantes que secuestraron a Buhleve.

Haka investigaba con Aimsa los vínculos de Ilan Perry con Blakwaters, el Mossad, los derivados financieros y las tramas de tráfico de diamantes y de armas que aún sembraban guerras y dolor en todo el mundo, incluidos sus tentáculos en la guerra de Irak. Aimsa estaba en contacto con un amigo australiano de Nadine llamado Julian quien había creado una red para desenmascarar documentos se-

cretos del poder político y financiero. Las redes del mal seguían siendo profundas y amplias. Se despidieron cuando les recogió el camión de vuelta a Ukuzwana.

– Papá, he notado tu temblor. Venid Helen y tú por favor el domingo a Ukuzwana, necesito hablar contigo.

– No te preocupes, hija. Estoy bien. Pero me encantará dar un largo paseo contigo.

En el viaje y los siguientes días, Buhleve sintió con Elías una parte dormida de su alma despertar.

Elías había nacido hacía cuarenta y cinco años en Santa Clara, en el centro de Cuba. Era hijo de un matemático nieto de asturianos y una historiadora afrocubana, ambos profesores en la Universidad de Las Villas. Creció corriendo y jugando con otros niños en la plaza mayor y por sus calles aledañas, leyendo a Martí y siendo fiel pionero en la escuela primaria, jugando a «pelota» mientras avanzaba en la escuela secundaria. Fascinado por las historias de los internacionalistas cubanos desde los años 60, vanguardia de los valores de la revolución, estudió medicina también en Las Villas y luego hizo la especialidad de medicina interna, con profunda vocación del servir. Era un mulato atlético, pero no muy alto, fuerte pero no musculoso, socialista pero no del partido, romántico, pero no poeta, atento, pero no amanerado, extrovertido, pero no charlatán.

Había leído fascinado el libro de Buhleve «donde no hay especialista» en el turno que tocó a Brunapeg uno de sus ejemplares en rotación entre los internacionalistas cubanos en Zimbabue. La había conocido por primera vez en una reunión del consejo de salud provincial en Bulawayo y su belleza tímida y humilde inteligencia dibujaban, para Elías, casi una luz mística por la que sentía una mezcla inconfesable de admiración y devoción. Por eso en cuanto Patxi preguntó a la hermana Johanna por apoyo en la suplencia de Buhleve, Elías se prestó voluntario.

Durante el mes y medio que estuvo sustituyendo a Buhleve se encariñó con la misión, Patxi, NoLwasi y la familia, y con los pacientes. Y los pacientes le tomaron afecto también. Como había un matrimonio de médicos cubanos en Brunapeg, Elías pudo pedir una semana libre y volver a Ukuzwana para compartir el trabajo con Buhleve.

Elías compartía cuarto con Adam y Unai. Adam había empezado a volar con Joseph, quien había adaptado *inyoni-enkulu* con placas solares. Unai seguía entusiasmado escalando *kopje*s y oteando horizontes. Elías se levantaba muy temprano para ir a correr, volvía amaneciendo, se duchaba con un cubo de agua fuera de la casa y le llevaba unas guayabas cortadas a Buhleve, para desayunar juntos y luego pasar juntos la visita a las salas, la consulta y el quirófano. Elías aprendía de las habilidades quirúrgicas de Buhleve y ella aprendía del saber de pediatría de Elías.

Buhleve era una mujer alta, tímida, siempre llevaba un pañuelo cubriendo el pelo, de frente amplia, mirada limpia y sonrisa sutil. Hacía una mueca arqueando una ceja cuando algo le sorprendía o agradaba, unida a su click ndebele «*tsh*…», que le fascinaba a Elías. Le había impresionado su valentía frente a Ndlovu y a Hinalper. Aunque lo que más le atraía era su mímica con las manos: suaves y finas hacia unos dedos alargados y que se movían de una forma que Elías sentía que expresaban hasta los sentimientos más íntimos. Tenía que disimular para no quedar hipnotizado por sus gesticulaciones con las manos o con su mirada limpia.

Buhleve sentía por primera vez atracción por un hombre. Esperaba en secreto y espiando desde la ventana, la llegada de Elías por las mañanas con la guayaba, aunque disimulaba como si le sorprendiera su llegada. Le encantaba su mezcla de gentileza y humor latino, su discreción en el trato y su vocación y cariño a los pacientes. Le atraía su mirada serena, sus rasgos lineales pero suaves, su desmán casi desgarbado, pero elegante a la vez.

Comenzaron a pasear tras la jornada por los caminos y *kraals* cercanos y a contarse sus historias. Elías le hablaba de su fervor revolucionario, de la belleza tropical de Cuba y de su música y baile. Vivía muy sencillo. Le apasionaba la lectura. Para aprender mejor inglés estaba leyendo una edición en inglés de *El amor en tiempos del cólera*. Le encantaba también dibujar retratos a lápiz en un block de notas que alternaba con apuntes médicos. Buhleve le habló de su infancia con sus padres y abuelos y saltaba a la etapa de sus estudios de medicina y de la especialidad en Sudáfrica. Un día la conversación los llevó al tiempo del dolor que había marcado la vida de Buhleve, y su miedo a los hombres:

–Y cuéntame, ¿cómo te fue durante este viaje que te ausentó de Ukuzwana?

– Fue una tremenda aventura con Haka, es tan valiente…

– Sí, he oído hablar de él. El hermano mayor de Patxi, ¿no?

– Bueno, también es mi padre. Me adoptó a los quince años.

– ¿Cómo fue así?

– Es algo muy personal, Elías.

– Entiendo y lo respeto. Pero debo decirte que quisiera conocer tu historia pues debo serte muy sincero: siento que entre nosotros está naciendo un lindo vínculo.

– Yo también lo siento así, Elías. Te contaré: a los doce años perdí por el SIDA a mi madre y a mi padre. Mis cuatro hermanos y yo nos quedamos a vivir con mis abuelos, ya mayores y con un pequeño maizal medio seco, dos cabras y unas chozas medio caídas. Unos sudafricanos que vinieron a engañarles dándoles algo de dinero y prometiéndoles que me daban una beca de estudios, me llevaron a Soweto. Estuve encerrada tres meses en un cuatro con otras niñas de Matabeleland. Nos drogaban y nos maltrataban. Nos llevaron una noche a lo que iba a ser nuestro destino, un prostíbulo. Esa primera noche fui sedada y abusada por

un hombre. Antes del amanecer, llegó la policía gracias a que Haka desenmascaró la trama de tráfico y prostitución, además de otra de tráfico de órganos. Haka y Helen me adoptaron y viví con ellos unos años hasta que fui a Johannesburgo a estudiar. Haka me salvó la vida y su valentía, por la que sigue luchando a pesar de su edad, me inspira cada día a seguir sin lamentarme de mi pasado.

Elías la miraba fascinado a la vez que entristecido al imaginar aquel tiempo de crueldad.

- Lo siento en el alma, Buhleve. Y aprecio muchísimo que me lo compartas. Puedo entender lo difícil que es hablar de ello para ti.

- Mi virginidad y mi inocencia me fueron robadas con violencia y trato cruel, Elías. Pero cuando acabé mi especialidad el destino quiso que fuera yo la médica que le salvara la vida de una perforación intestinal al verdugo de mi juventud. Ese primer gesto de sobreponerme al rencor lo terminé de integrar ayer en mi alma en una ceremonia sincera de perdón que ayer hice con NoLwasi.

Elías no sabía qué decir. Su secreta atracción hacia la belleza de Buhleve ahora saltaba a un plano de admiración espiritual por su grandeza al perdonar tales actos y darse al servicio de los demás, incluso de quien la hizo tanto daño. Le tomó de la mano. Buhleve, se la entregó. Se miraron. Elías le dio un abrazo muy profundo. Buhleve sintió que ambos corazones acompasaban su ritmo emocionado.

XVI

PEQUEÑA TERNURA

Keystone Branch, mayo 2007

Cuando Nour les preguntó dos años atrás que por qué debía ir a la escuela, sus padres no pudieron darle una respuesta clara. ¿Aprender? aprendía más leyendo y en la vida real. ¿Socializar? Socializaba más en las calles, los parques y, sobre todo, los pueblos, con gentes de toda edad y condición, no solo niños y niñas de su edad y de su barrio. ¿Pensar? Nour decía que en los libros de historia y de ciencia se les imponía una historia de supremacía humana y de supremacía blanca que no le gustaba, y de ciencia newtoniana que era incorrecta: eso era repetido de lo que opinaba su madre. ¿Crear? Ahí sí que su imaginación se sentía ahogada en la escuela y encontraba en su espacio libre toda la inspiración.

Hablaron inicialmente con el maestro de la escuela local por si podía dejar más libertad de creatividad, pensamiento y expresión a Nour y sus compañeros. Su reacción fue defensiva y dijo que debía cumplir un *syllabus* del gobierno. Al comentarle Aimsa y Jonay que entonces pensarían en su educación en el hogar y en la naturaleza, el maestro les amenazó de no respetar el derecho a la educación de su hija y que de tomar esa decisión «se vería obligado a reportarles ante los servicios de protección de la infancia». Eso fue lo que finalmente les hizo decidir a Jonay y Aimsa en sacar a Nour de la escuela. Jonay se despidió del maestro, Mr Hoffmaier con estas palabras:

– Nuestra hija se llama NoLwasi, madre del saber. Es un nombre zulú. Ese saber significa en esa cultura el conocer el alma profunda de cada uno y desde ella la conexión con el mundo, más allá del tiempo actual, conectando con los antepasados y con los sueños, y del espacio material, sintiendo la energía que nos une a todo. Su alma no tiene fronteras, como sus libros de la historia contada por los vencedores, como sus libros de ciencia que se quedaron en los conceptos de Newton, como sus libros de arte que repiten obras de hace varios siglos en lugar de animar la creación de sus alumnos, tanto o más valiosa como la que cuelga en

los museos, y las matemáticas abstractas son más divertidas aplicándolas al descubrimiento de cada día. Le deseo lo mejor en la vida Mr Hoffmaier, dejando que fluya su alma y no los códigos impuestos por el poder. Su clase le viene pequeña al alma de nuestra hija. Se ahoga. Y creo que también al resto de sus compañeros y a usted mismo.

Lo hablaron con Marta, líder de la convención de los derechos de la infancia y con Thanda, quien lideraba en la Unión Europea la acción externa en la defensa de los derechos de la infancia. Ambos estaban de acuerdo: la verdadera aventura del saber era a menudo ahogada por los sistemas rígidos, en contenido y formas, de educación. Thanda incluso reflexionó con ellos que a menudo la «educación» respondía bien a su original significado en latín: *educare:* engordar al ganado. Al igual que en la salud mental, un desadaptado a una sociedad enferma estaba posiblemente más sano y podría más fácilmente cambiar un sistema podrido, como todos sabían era el sistema globalizado dominante de producción, consumo y especulación. Pero ambos, Thanda y Marta, les insistieron en que tal decisión era tan valiente como difícil pues requeriría cambiar la forma de vivir, acompañar a Nour en cada paso del descubrir y descubrir-se, sentirse acompañada en esa mágica aventura.

Pasaron el primer año en el hogar en Brooklyn. Jonay dejó sus aisladas actividades en salud comunitaria, aún pendiente en cualquier caso de las aprobaciones de sus títulos para poder tener contratos y responsabilidades médicas. Se dedicó, con gran emoción y pasión, a ser el «compañero de aventuras de descubrir» de Nour. Aimsa, más ocupada en la representación de la red de eco aldeas, que ya contaba con cinco millones de eco aldeanos en todo el mundo, reservó cuatro sesiones de dos horas en la semana para dibujar con Nour como cada una veía el mundo.

En ese primer año Jonay y Nour salían a pasear con Sam por los parques y las calles. Conversaban cada día con Jerry y otras personas de la comunidad sin techo, con el panadero Howard, con el frutero Thomas, con el cartero Mohammed, quien a menudo paraba para tomarse un café con ellos, con la enfermera Yenny, del centro de salud comunitario, con Bob el librero de la librería pública del barrio, con David, en su tienda de muebles artesanos, con el policía local Frank, con Lee el jardinero del parque público y con muchos vecinos que les saludaban desde sus casas o en el parque. Cada día Jonay apuntaba en una libreta sus descubrimientos, que venían de las preguntas e interés de Nour y, de sus propias hipótesis y como las intentaban probar o descartar. Tenían un atlas, un libro de ciencias, cuentos de historias del mundo, el manual de solfeo, avanzaba con el violín y hacían bailes que también se inventaban. Jonay solía decirle a Nour y a Aimsa que se sentía muy feliz pues tenía el trabajo más bonito del mundo: acompañar a descubrir a Nour la magia de la vida. Decía que él también aprendía mucho. Iban a museos y a zoológicos, pero sentían tristeza de ver enjaulados a los

animales, disecada la historia natural y congelada la de las ideas y recuerdos del pasado. Mientras Aimsa se entregaba con pasión al liderazgo de la red de eco aldeas, Jonay y Nour viajaron por tercera vez hasta Ukuzwana donde Jonay volvía a ser Jonay y Nour descubría con Adam y Unai, sus hermanos del alma, la magia de los *kraals* y los *kopjes* en total libertad y sencillez.

Desde su primera estancia en las montañas negras de Dakota y el encuentro mágico de Nour con la yegua Mustang, siguieron yendo con más y más frecuencia a la naturaleza. Encontraron otro lugar más cercano. Era una pequeña comunidad llamada White Lake, parte del pueblo de Bethel, en el condado de Sullivan, a unos cien kilómetros de Nueva York. Allí alquilaban una pequeña cabaña frente al lago Kauneonga, que en nativo quería decir «lago con dos alas». Además de pasar los veranos y vacaciones de Aimsa en Acción de Gracias, Navidad y Semana Santa, Jonay y Nour se iban a veces una semana, sobre todo cuando Aimsa debía viajar por trabajo.

Hablaron con el ayuntamiento de Bethel sobre su opción de la educación libre y en naturaleza. Los remitieron al delegado de infancia y juventud llamado Jeremy, que había sido un hippy en los años sesenta desde que se celebró en su pueblo el festival de Woodstock. Fue desde entonces objetor de conciencia contra la guerra de Vietnam, vegetariano y músico del banjo. Les invitó a cenar a su casa con su familia y sintonizaron muy bien en sus ideas sobre la vida y el mundo. Le fascinó lo que le contó Jonay de la eco aldea de la Ternura en La Gomera y el movimiento global de eco aldeas. Jonay sugirió que podían empezar por un terreno desde el que dialogaran esa otra visión del mundo con niños y jóvenes a quienes acogerían en una cabaña. Jeremy consiguió que en el pleno del ayuntamiento de Bethel se aprobara el proyecto de «*A Journey in Nature*» para las escuelas de la zona y con ello les cedieron un terreno con una caseta medio derruida a cambio de que lo arreglaran, sembraran un huerto y acogieran a niños para educación sobre los cultivos y la naturaleza.

Fue así que al segundo año que Nour llamaba «de libertad», Jonay y Aimsa acordaran que la vida en la naturaleza sería mucho más feliz y libre para Nour. Aimsa iría en el tren más a menudo pues ya podía hacer mucha parte del trabajo a distancia, menos cuando las reuniones y viajes por Naciones Unidas se lo impedían.

Jonay y Nour se trasladaron con Sam a White Lake tras la Navidad de 2006. Se afanaron en construir su «*loghouse*» para que estuviera lista en la próxima visita de su madre, que coincidiría con el cumpleaños de Nour, el 22 de mayo.

Empezaron por dibujar cómo querían la casa, sin paredes ni puertas, con amplias ventanas hacia el sur, con una chimenea en el centro y un círculo alrededor donde sentarse, una cocina de leña y fresqueras donde guardar los alimentos, con altillos donde dormir más caliente en el invierno, armarios para mantas y enseres de la cocina, con una letrina seca fuera y una ducha fuera también, y con

un amplio porche mirando al lago, desde donde ver los atardeceres. Dijeron que sería una casa sin propiedades, para compartir, y atenta a no acumular ni libros ni ropa ni adornos, que no fueran muy necesarios o muy entrañables.

Calcularon cuantos troncos necesitarían y de qué longitud. Consiguieron de Jeremy que les prestaran del ayuntamiento una sierra, cincel, cepillo, sierra de balancín, taladro y cortador de espiga.

Cada día dedicaban la mitad del día a buscar madera y piedras y la otra mitad a construir. Un amigo albañil de Jeremy llamado Charles, de origen cheroqui, les ayudó a construir los cimientos con piedras y mortero.

Decidieron ir juntando troncos de ciprés, de abeto Douglas, pino blanco y pino amarillo. Todos los troncos eran de árboles ya caídos por la edad o de ramas fuertes. No talaron ningún árbol. Con un metro seleccionaban los troncos que tuvieran al menos veinte centímetros de perímetro. Era importante cortar los troncos antes de que llegara la primavera en abril cuando la savia era escasa y la madera se podía deslizar sobre la nieve con el mínimo daño tanto para la madera como el bosque.

Aprendieron juntos a preparar los troncos: primero les quitaban la corteza y los ungían de una resina del bosque que calentaban y diluían. Al aplicarla a cada tronco evitaban el deterioro por insectos, moho, y ataques de hongos.

Cuando después de un mes ya tenían apilados los troncos que necesitarían y habían completado los cimientos. Fijaron los troncos más gruesos en los cimientos, uno cada tres metros en cada lado y uno en cada esquina, un total de diez. Prepararon la base del suelo con el método muelle o zancos. Se fijaban por mellas contrapuestas a una altura de treinta centímetros sobre la base los troncos horizontales sobre los que iría el suelo. Decidieron hacer espacios en el suelo para la chimenea central y para la fresquera de alimentos en el verano.

Continuaron luego levantando las paredes de la cabaña alineando cuidadosamente los troncos de modo que los centros de todos los troncos presionaban hacia abajo en la línea central de la pared, que a su vez se apoyaba sobre la línea central de la base. De esa manera las formas únicas de cada tronco se acoplaban al conjunto, todo un símbolo de la educación libre que intentaban tener y no la de comprar de una compañía seguramente destructora del medio ambiente, troncos cortados exactos y plastificados con sustancias tóxicas.

Trajeron en la pick-up de Charles tablas de ramas de abedul de un aserradero cercano que respetaba el bosque. Consiguieron clavos de la ferretería. Colocaron el suelo, el techo y las chimeneas del salón y de la cocina, los altillos y tablas para la cocina y para la letrina, la ducha, un chamizo para aperos del jardín con una parte vista al sol y cubierta por cristales para el secadero de semillas e invernadero y el rincón preferido: un balancín para tres que colgaba en el porche mirando al atardecer. Jeremy les regaló unos colchones, almohadones y en la

tienda de segunda mano del pueblo encontraron vajilla, tres cacerolas, cubertería de madera, sábanas de lino y mantas de lana.

Comenzaron luego un huerto. Primero canalizaron agua de un manantial que estaba a cien metros de la cabaña y treinta de altura. El agua corría casi constantemente y se almacenaba en un aljibe elevado que hicieron con piedras del lugar. De allí corría el agua al abrir una compuerta por los surcos que fueron haciendo en la tierra y drenaban hacia el lago. Hicieron con las tablas un depósito para que las lombrices digirieran el compost de restos orgánicos.

Decidieron llamar a la casa que juntos habían construido con sus manos «Pequeña Ternura». En recuerdo del lindo sueño en el barranco de El Cabrito que animó la red de eco aldeas espiritual, la esperanza de un mundo que escapara a las crueles y ciegas garras del consumo.

Todo estuvo listo para el 22 de mayo en que llegó Aimsa para celebrar las once vueltas al sol de Nour. Jonay y Nour fueron con Sam a buscarla a la estación del tren de autobuses. Cuando, tras dos kilómetros de paseo entre bosques, llegaron a unos cien metros desde donde se veía la casa, se pararon en silencio. Aimsa sintió sus lágrimas inundar su mirada. Era, por fin, su hogar. Desde el basurero de Bombay, las calles de Calcuta, el Ashram de Sri, la casa de Rob, el barco en la bahía, la ermita de Ukuzwana y la casa de James en Brooklyn, había migrado por el mundo sin sentir plenamente su hogar. Sentía que había llegado, tras un largo y sinuoso sendero, al hogar, con su compañero del alma y la extensión de su existencia en el bella y libre alma de Nour.

La primavera ya había hecho brotar docenas de especies de flores alrededor de la casa, crecían los brotes verdes en estacas de ciruelas que pusieron en torno a la casa y empezaban a asomarse en el invernadero las pequeñas plantas de tomate, lechuga, brócoli, berenjena, pimiento, ajo, jengibre, cebollino, espinaca, romero, orégano, menta y perejil, entre otras.

Tras ver el atardecer desde el balancín del porche prepararon una sopa de berros y un postre con moras y jarabe de arce que habían recogido en el bosque. Como Aimsa le había contado a Jonay su sensación del final anhelado de un viaje, Jonay tocó al violín las notas de *The Long and Winding Road*, que Nour cantó. En ese momento Jonay y Aimsa le entregaron algo muy especial a Nour. Jonay tomó la palabra:

– Hija, de bebé nos iluminaste con la ternura de tu inocencia, continuaste deslumbrándonos cuando empezabas a descubrir el mundo en Ukuzwana con tus risas junto a tus hermanos Adam y Unai, has seguido inspirándonos en Nueva York donde fuiste descubriendo el mundo urbano y dando calor y luz a nuestro hogar. Hace dos años fuiste tan valiente como para enfrentarte y rechazar al sistema que se imponía y ahogaba tu deseo de descubrir desde tu libertad. En los últimos dos años hemos ido descubriendo juntos y por aventuras con la gente y la naturaleza a nuestro paso, ideas, saberes, recuerdos, sueños, creaciones y hasta

hemos aprendido juntos a construir nuestro hogar. Hoy te entregamos, Nour, conscientes de que lo sabrás apreciar pues nos has demostrado valentía y ternura, coraje y sensibilidad, fuerza y generosidad, el diario que te fuimos preparando desde que supimos que venías al mundo y hasta que, con dos años, llegamos a Nueva York. Este es nuestro regalo.

En los siguientes días, Aimsa y Nour no se separaban. Tanto así que Jonay decidió dejarles su espacio e ir a pasear dos días y dormir bajo las estrellas en las montañas de Catskills.

Aimsa disfrutó una semana de la complicidad con Nour en el nuevo hogar en la naturaleza.

-Dime, mamá, ¿qué es lo que me puedes enseñar tú?

- No me gusta la palabra «enseñar» Nour. Te puedo compartir ideas, pero necesito que tú me compartas las tuyas. Yo sé de unas cosas y tú sabes de otras. Yo tengo más experiencia y tú más imaginación. Juntas podemos descubrir aventuras y luchar por lo que pensemos que es noble y bello, ¿vale?

- Me gusta mucho ver a los animales aquí en la naturaleza mamá. Me duele verlos atados con cadenas en la ciudad con coches y asfalto.

- De eso te quería hablar. hija. Desde hace más de veinte años, miles de científicos de todos los países del mundo trabajan en el «Panel Internacional sobre el Cambio Climático». Cada cinco años escriben un informe global. Acaban de hacer su cuarto informe, hija.

- ¿Y qué dicen?

- Que no hay ninguna duda de que el ser humano, quemando fósiles de debajo de la tierra, como el carbón primero, luego el petróleo y ahora el gas, está aumentando la temperatura del planeta.

- ¿Que son los fósiles?

- Es todo lo que tiene carbono, ha vivido en el planeta y al morir va sedimentándose debajo de la Tierra.

Nour no entendió el verbo sedimentar, pero supuso que significaba ir hundiéndose en la tierra. Pensó en las vidas de sus abuelos, sus hermanos, sus padres, ella misma, convirtiéndose en carbón. Sintió vértigo. Apenas había hablado nunca de la muerte con sus padres ni con nadie

- ¿Y qué puede pasar por todo ese humo? ¿Cuánto tiempo tarda una vida en ser carbón o petróleo, mami?

-Pues por lo menos diez mil años, los hay de más de tres mil millones de años. ¿Y sabes en cuanto tiempo los está quemando el hombre?

- No sé, ¿desde que hay coches?

- Desde lo que se llamó Revolución Industrial, hija. Cuando inventaron la primera máquina de vapor por la que al quemar leña o carbón y calentar el agua,

la fuerza del vapor movía las ruedas y así las máquinas, trenes, barcos y luego coches, luego la electricidad, la calefacción. Los hombres empezaron a fabricar ropa y máquinas más rápido, a cultivar muchos más alimentos, a moverse mucho más rápido y a protegerse del frío y del calor.

– ¿Y así fueron más felices?

– En parte sí hija. Desde entonces aumentó la comida en las ciudades porque se cultivaba más y se transportaba más rápido. Luego la ropa, las formas de construir las casas, las imprentas de los libros, las radios. Ahora, también por haber descubierto medicinas y vacunas, el hombre vive el doble de tiempo que antes de descubrir las máquinas de vapor y todo lo que ha seguido en estos dos últimos siglos.

– Pero ya hemos llenado los cielos de humo. Y estamos matando a muchos animales también. ¿Qué crees tú que debemos hacer?

– Pues, hija, eso es lo que más me preocupa. Mira: cada vez se sabe de forma más clara que al quemar esos combustibles fósiles tan rápido, el humo se acumula en la atmósfera.

– Pero con papi aprendí que los bosques absorben el carbono que echamos nosotros y otros animales al respirar. ¿No pueden los bosques comerse todos los humos de los coches y las fábricas?

– No, hija. Absorben el carbono que exhalan los animales, algunos incendios, afusiones de la tierra y de los glaciares. Pero la combustión humana de los fósiles produce demasiada cantidad de carbono y demasiado rápido. Fíjate, lo que tardó cientos de millones de años en formarse lo hemos quemado en menos de trescientos años. El carbono en exceso se almacena en la atmósfera, hasta más de mil años. El planeta no estaba preparado para esto hija.

– ¿Y qué puede pasar si seguimos echando tanto humo?

– Pues debes saber esto, hija: he colaborado con el panel de expertos y hemos estimado, con muchas matemáticas, como aumenta la temperatura cuando se va llenando más y más el aire de humos. También sabemos que cuando se pase de dos grados de aumento por encima de los niveles medios antes de que empezáramos a quemar carbón y petróleo ya será muy difícil enfriar el planeta y se calentará más y más y hará difícil la vida.

– Tenemos que hacer algo, mami, hay que parar de echar humo. ¿Por qué la gente sigue contaminando? Las ciudades entonces son muy malas para la vida, ¿no?

– Porque todos quieren seguir con sus comodidades, en sus coches, con los plásticos del petróleo que además matan a los peces en el mar. Fíjate que ya hay yacimientos de petróleo para quemar hasta tres veces más el límite que nos lleva a esa temperatura límite, y en lugar de cerrarlos, se busca más y más petróleo debajo de la tierra.

– ¿Y nosotros sí vamos a vivir «limpios», mami?

– Tienes toda la razón, hija. Aquí en White Lake podemos vivir en armonía natural, en conciencia, cultivando y compartiendo. Las tres «Cs». Yo vendré de Nueva York en el tren y luego en bici. Y voy a dejar de volar por todo el mundo. Justificando que lo hago por la red de eco aldeas, que ya está ahorrando más de treinta millones de toneladas de emisiones cada año, me excuso de volar en aviones e ir a reuniones. Pero no es justo. No soy más que nadie. No tendré derecho a decir a nadie como no debe contaminar si yo lo hago, ¿verdad?

– Muy bien. Y dime ¿Y cómo está de enferma la Tierra, mami?

– Pues es como si tuviera fiebre hija. Le pasa como a nosotros cuando tenemos dos grados más que lo normal: lo llamamos fiebre y empezamos a perder células.

– Y que has pensado que podemos hacer, mami, tu siempre luchas porque no haya injusticia.

– Yo creo que tenemos dos siglos para evitar que desaparezca la humanidad y otras formas de vidas en la Tierra: este siglo XXI, en el que tu crecerás y vivirás, para que poco a poco dejemos de quemar fósiles y asfixiar el aire y el próximo siglo XXII para que quienes nos sigan puedan curar todo el daño que hemos hecho a la madre Tierra. Ya la familia en Gomera y en Zimbabue está enseñando cómo podemos, con la red de eco aldeas espirituales, cambiar de forma de vida, vivir en comunidad y en naturaleza, sin fronteras y sin avaricia. ¿Me ayudarás?

– Sí, mami, voy a luchar contigo y con papi.

XVII

LA ECO ISLA DE LA LAURISILVA

Gomera, abril 2008

Jonay volvía a su isla. Hacía siete años que no había visto a sus padres, desde su despedida de Ukuzwana. Ya había vuelto James de su vuelta al mundo. Ahora Jonay vivía con Aimsa y Nour en White Lake donde habían ido animando una eco aldea desde su cabaña de «pequeña ternura». Aimsa pasaba algunas temporadas allí y otras en reuniones en Nueva York por las reuniones en Naciones Unidas. Ya la red de eco aldeas espirituales tenía rango de país miembro y a ella pertenecían más de diez millones de eco aldeanos.

Desde su conversación con Nour, Aimsa dejó de tomar aviones. Promovía por internet la expansión de la red de eco aldeas y luchaba contra varias tramas que seguían sembrando de sombras el mundo.

En el origen de la red, el valle del Cabrito y la comunidad de la Ternura, se estaba gestando algo muy bello a lo que Jonay quería contribuir. Además, su padre ya pasaba los ochenta años, y aunque tras mucho luchar, seguía con fuerzas y carisma para abanderar un nuevo paso hacia una Nueva Humanidad, quería estar a su lado en esa batalla.

Esta vez le pidió el velero a James, ya reinstalado en Brooklyn con Sam, para navegar desde Nueva York hasta La Gomera. Habían hecho una amistad de sincera complicidad y a su vuelta James sintió como la casa y, sobre todo, Sam, estaban esperándole con el cariño que habían recibido de la familia Harris. Por ello, y dado que al igual que la casa, mejor ocupada, el velero, mejor navegando, se lo cedió por un año. A cambio le cedieron la cabaña de White Lake para que pasara allí temporadas en naturaleza. Aimsa seguiría su trabajo a distancia mediante internet. Y Nour seguiría aprendiendo de la escuela de la vida y del mundo, ahora navegando sus mares.

Entre enero y abril y mientras Aimsa estaba ocupada en la revisión a medio camino de los objetivos del milenio, Nour emprendió con su padre una nueva

aventura. Jonay recordó sus nociones de navegación de cuando niño y adolescente con su padre, y se fue familiarizando con los vientos del Atlántico Norte. Cuando ya se sentían seguros, zarparon los tres. Pusieron rumbo a las Islas Bahamas donde pararon dos días a por provisiones de comida fresca y agua. Continuaron tres semanas de singladura hasta las Islas Azores para luego seguir a las Islas Canarias.

Arribaron seis semanas después al puerto de El Cabrito. Llegaron de sorpresa. Esa tarde, como tantos días, estaban John y Umbela viendo el atardecer. John se fijó en el horizonte y reconoció un Nauticat 43, como el de James, el casero de Jonay en Brooklyn, que ya habría dado su vuelta al mundo.

Mientras lo veía muy lentamente acercarse desde el norte, sintió una profunda nostalgia de la compañía de su hijo. Recordaba su curiosidad por todo durante su infancia, lo intrépido que era cuando fue creciendo y le acompañaba por toda la isla, su adolescencia plena de ilusiones y pasiones por cambiar el mundo, sus estudios de medicina preñados de vocación inspirada por Fernando, su épico tiempo en Ukuzwana y la alianza con la noble familia de Patxi, su unión con Aimsa, su última visita a La Gomera con Nour recién nacida, la despedida de África y en la distancia su comunicación por email y hasta Skype con ellos en Brooklyn y en White Lake.

Estaba hilando todas aquellas imágenes cuando ya se veía la bandera norteamericana en la popa y pudo identificar que sí, era el velero de James. Sintió mucha emoción, quizás traía noticias, cartas como le gustaban a él, escritas a mano, o recuerdos de Jonay, Aimsa y Nour. Cuando se fue acercando pudo ver a alguien saludando desde la proa. ¡Era Nour! Se la veía preciosa, fuerte, con su pelo rizado al viento, su piel morena aún más curtida por la travesía. Le avisó a Umbela y fueron hacia el puerto, donde Tomás estaba dándole brillo de cera a varias ramas de brezos.

Salió Aimsa a la cubierta y pudo ver al timón a Jonay. Le había crecido barba de casi dos meses, ya se le veía muy canoso, pero en forma y con su limpia sonrisa de siempre.

Atracaron el *New Morning* y se abrazaron los cinco con profunda emoción, como hicieron doce años antes en Tenerife, cuando John y Umbela conocieron a Aimsa y a Nour. John estaba muy emocionado, casi no podía hablar. Tenía ya ochenta y dos años, ya veía bien desde su operación de cataratas, pero sentía dolores de espalda y de rodillas y ya no podía moverse como antes, ni navegar solo. Mientras Aimsa y Nour se abrazaban a Umbela y empezaban a contarse aventuras de la travesía, Jonay miró a su padre, los dos emocionados, y le dijo:

– ¿Qué creías? ¿Que ibas a disfrutar esta batalla sin mí?

Se lo dijo mientras señalaba a un cartel en un poste del pequeño embarcadero que decía: «Vota por el Movimiento por la Isla Ecosoberana de la Laurisil-

va»- MIEL-. Debajo estaba el dibujo de la red de eco aldeas espirituales, con un grupo de personas abrazadas a un árbol, y una foto de John y una frase que decía: «Preservemos en armonía el tesoro natural de nuestra isla».

- ¿Cómo te enteraste? No quería que le dieras demasiada importancia, hijo. De hecho, me siento un poco incómodo con mi nombre en esos carteles por la isla.

- Recibí una bella carta de Yolanda, papá. Me explicó como hace dos años vino Martín, supo de la paternidad de Juan Antonio, decidieron perdonar y unirse a la comunidad. Me dijo también que en la asamblea de las ya diecisiete eco aldeas de la isla, se decidió presentar un programa a las elecciones municipales, del Cabildo y del parlamento canario. Me parece muy bien, papá, hay que invitar a todos a vivir en armonía y que puedan ver la paz que ello supone. Aimsa, quien desde hace dos años ya no vuela por conciencia de huella de carbono, me dijo que deberíamos venir y apoyaros. La Gomera puede convertirse en la primera isla ecosoberana. Ya sois una referencia en la red, ahora la isla puede ser una luz muy fuerte para el mundo.

- Gracias, hijo, vuestro apoyo ya es una bella luz.

Se instalaron en la casa donde dormían John y Umbela, sin paredes, algunos colchones y varias hamacas. Tuvieron la tertulia cayendo la noche después de cenar el plato preferido de Jonay, potaje de berros con gofio. Durmieron profundamente, sin el bamboleo de las olas ni los turnos de guardia mientras navegaban por la noche.

Al día siguiente Nour, que estaba fascinada de reencontrarse con el mítico valle del Cabrito, fue a buscar a niños y niñas de su edad en las zonas comunitarias. La comunidad de la Ternura tenía unas quinientas personas, unos ciento cincuenta menores de dieciocho años, casi la mitad habían nacido allí y los otros habían venido de más de veinte países. Esa noche Nour contaría a la comunidad su viaje en el velero.

Aimsa y Jonay querían hablar con John y Umbela de su programa para la isla ecosoberana y lo importante que era para la red lo que estaban proponiendo. Se formó un comité del programa electoral. Había uno en cada eco aldea de la isla y llamaron para una reunión de todos ellos tres días después.

Cuando Jonay recibió la carta de Yolanda que les hizo tomar la decisión de navegar hasta la Ternura, le dijo a Aimsa que al llegar necesitaría dar un paseo con Yolanda, cerrar heridas del pasado y superarlas con amor sin miedos. Aimsa no tenía realmente sentido de posesión ni material ni de personas además de sentir una confianza plena en complicidad profunda con Jonay.

Jonay fue al caer el sol hacia la casita que ocupaban Yolanda y Martín. Ya había visto Yolanda llegar al velero y estaba pendiente de encontrarse con Jonay. Estaba cayendo la noche y había alumbrado el porche con unas velas de cera de

los panales. Lucía un vestido de lino blanco, como dándole trascendencia al reencuentro. Martín se había ido discretamente a reunirse en la playa con su grupo de amigos en la comunidad.

Recordaba cuando fue a pedirle ir a pasear juntos hacía ya veinticinco años. Seguía teniendo el pelo rizado, aunque recogido en una coleta, y negro, si bien ya iban asomando las canas, pero muchas menos que Jonay. Sus ojos marrón-miel volvieron a imantar los de Jonay, su mirada había perdido timidez y tenía una sombra de tristeza, su sonrisa era menos discreta pero más sutil, el cuerpo que se adivinaba bajo el blanco lino ya no era tan atlético ni su vientre tan plano. Jonay se sintió turbado al inconscientemente imaginar su desnudez y Yolanda pareció sentir ese pensamiento y se sonrojó.

- Bienvenido, Jonay. Han pasado veintitrés años desde que seguimos cada uno nuestros caminos. Me emociona mucho verte y sentirte feliz.

-Y a mí me da profunda alegría, Yolanda. Gracias por tu carta, no estaríamos aquí si no fuera por ti.

- Bueno, también te habló Fernando de las elecciones, ¿no?

- Sí, pero tan importante como apoyar a mis padres y al movimiento de eco aldeas, era reencontrarme contigo. Quedó en mi alma una herida abierta pues el amor por tu ser siguió latiendo, aunque nuestros caminos siguieran rutas distintas.

- Me alegro mucho por tu felicidad. Sé por John y Umbela, que me han acogido como una hija, que fuiste muy feliz en Ukuzwana y te sientes muy unido a Aimsa, más aún con vuestra linda hija Nour.

- Si, Yolanda. La vida me ha sonreído. Pude ser durante catorce años el médico que quería ser, entregado a los más marginados y combinando la ciencia con el espíritu, con una maravillosa inspiración de nuestra familia en la misión. Seis años después conocí a Aimsa con quien sentí, como contigo, pero de otra forma, una atracción profunda y nos fuimos uniendo. Llegó Nour a nuestras vidas hace doce años y los últimos ocho hemos vivido entre Nueva York y un pueblo a unos cien kilómetros, por el trabajo de Aimsa.

-Aimsa es muy afortunada. Sacrificaste tu pasión profesional por acompañarla en su camino.

Ese comentario le dejó a Jonay la sensación de que Yolanda le recriminaba no haberlo hecho por ella cuando acabó sus estudios. Por un momento pensó como hubiera sido su vida si así lo hubiera hecho: quizás sería un médico en un centro de salud en Tenerife o Gomera, Martín tendría algún hermanito menor, hubiera estado más cerca de sus padres y no estaría hoy tan perdido en Nueva York. Pero no sería el mismo.

-Yo también lo soy Yolanda. Ella es muy buena persona. Está deseando conocerte. Viene de unos orígenes muy duros en la India, lucha valiente por ideas

que compartimos, incluida la red de eco aldeas, y sentimos una alianza espiritual más allá de esta realidad.

- Me vas a poner celosa.

Dijo Yolanda bromeando. O no.

- Cuéntame de ti, Yolanda. Te veo preciosa como siempre, y me dicen mis padres que Martín es un chico de tremenda inteligencia y generosidad, debes sentirte muy orgullosa.

- Sí que lo estoy. Renuncié a muchas cosas por él, incluido el seguirte a África, pero no me arrepiento. Siento en la luz de su alma el alivio de paz a todas mis dudas.

- En darse a los demás está la auténtica felicidad, Yolanda. Y tú te has dado entera. Pero cuéntame ¿cómo ha sido tu vida sentimental, el perdón al padre de tu hijo que me contaste, que fue de tus padres, de tu vida, de tus pasiones?

- No ha sido fácil, Jonay. No quiero que sientas mi historia como una letanía. Mereces un tiempo feliz de vuelta al barranco que te vio nacer y crecer.

- Estoy deseando escucharte, Yolanda, cuéntame.

- Pues ya sabes cómo fue que engendré a Martín y como ello llevó a un distanciamiento con mis padres. Al poco de irte a Zimbabue mi padre fue promovido y destinado a Zaragoza. Les escribía y hablaba de Martín, pero tardé en recibir respuesta. En la siguiente Navidad me escribió mi madre y me dijo que les alegraría si fuéramos Martín y yo a pasar las fiestas de Navidad con ellos. Fuimos, pero sentí que expresaban un cariño diferente hacia mí en comparación con mis hermanos, con sus familias formales y de misa cada domingo. Fui cuatro veces más en todo este tiempo, pero Martín me pidió no volver. Sentía una frialdad de sus abuelos que le hundía. En la Navidad pasada me enteré por mi hermano mayor, que se ha ido acercando más a mí, que mi padre estaba enfermo. Fui a verle. Le habían diagnosticado Alzheimer y quise decirle cuanto le quería y, a pesar de todo, le deseé siempre toda la felicidad. Creo que ya no me entendía mucho, pero me dio un abrazo que no sentía desde mi niñez, o quizás nunca.

Jonay pensó en el tesoro de tener de sus padres siempre el apoyo, la comprensión y el cariño, a pesar de la distancia.

- Me emociona tu bondad, Yolanda. Cuéntame cómo fue el encuentro con el padre de Martín y qué te hizo sentir.

- Sí, ha sido un torbellino de sentimientos. Martín vino con mucha ilusión a esta comunidad. ¡Qué extraños caminos nos muestra la vida cuando su tutor en ir preparando sus terrazas de huertos fue el hombre que abusó de mi inocencia y le dio la vida! Tardé mucho en contarle a Martín como fue mi unión con su padre biológico, y creo que albergaba tantas ganas de encontrarlo algún día como rencor por su abandono. Juan Antonio era entonces un joven consentido en la abundancia y adicto a las drogas y a la vida nocturna. No supo de mi embarazo

y se enterneció al saberlo veinticinco años después por Martín. No le quiero disculpar de aquella vida y aquellos actos. La vida es sabia e hice lo mejor en no buscarle y en apartar a Martín de los prejuicios de mis padres, a pesar del dolor, la soledad y la vulnerabilidad con la que viví. Al saberlo, y a pesar del consejo de Umbela hacia el perdón, Martín dejó la comunidad, volvió conmigo, me contó lo ocurrido y me trajo una carta de Juan Antonio.

Al principio no quise saber nada del hombre que abusó de mí y marcó mi vida. Pero unas semanas después estaba buceando en Los Cristianos y vi una bella estrella de mar a la que llegaba un rayo de luz que filtraba el mar. Sentí un mensaje de belleza. No sé por qué asocié aquella belleza a la vida de Martín, a la idea de esta comunidad y al perdón. Al pensar en el perdón sentí un gran alivio. Había arrastrado un rencor que lastraba mi alma. Sentí que el cruce en la vida con el padre de mi hijo era una señal para sacar lo más difícil y lo mejor de mí: perdonar para seguir la vida en total armonía.

Decidimos volver.

Tardé unos días en poder ver a Juan Antonio y mirarle a la cara. Cuando le vi, su imagen apenas tenía relación con la figura borrosa de aquella noche en Lanzarote. Es un hombre bueno, es muy trabajador y generoso, y me mostró desde el reencuentro y en su trato en todo momento, su arrepentimiento y su apoyo incondicional a Martín y a mí, en la forma que yo decidiera. De momento mantenemos una cierta distancia por mi recelo, ya no rencor, pero hemos tenido varias conversaciones con empatía, Jonay.

Jonay recordó la historia de Buhleve, más violenta y cruel, y como se había ido reponiendo con, como decía Patxi, el gesto más noble que puede expresar el alma humana, el perdón profundo, con compresión y unión.

– Es muy noble de tu alma el perdonar así y me alegro que te haga sentir paz… mereces toda la felicidad, Yolanda. Dijiste en tu carta que también tenías algo importante que decirme. Cuéntame, Yolanda, eres muy importante para mí.

– Me es difícil contártelo, Jonay. ¿Recuerdas que en una carta que envié a Zimbabue a través de tu padre te pregunté si era arriesgado tu trabajo entre tanto SIDA en Zimbabue y si te hacías el test?

– Sí, claro, ya te respondí, gracias por preocuparte, tuve cuidado y no me infecté.

– Pues mi pregunta tenía otra razón: más o menos diez años después de irte fui notando como un picor doloroso entre las costillas de este lado.

Se señaló el costado izquierdo.

Se enrojeció la piel, salieron luego unas vesículas y se fue haciendo más doloroso. Fui al médico y me dijeron que era «herpes zoster». Me dijeron que podría deberse a un descenso en mis defensas y debían descartar que tuviera el virus del SIDA. Una semana después me dijeron que el test era positivo. Sabía de

tu fidelidad y solo pude sospechar del padre de Martín, cuyo paradero desconocía y prefería no buscar. Después de ese herpes me salieron manchas blancas con mucho escozor en la boca y empecé a toser. Me diagnosticaron una neumonía y estuve ingresada. Le ocultaba el diagnóstico a Martín para no preocuparle. Pensé que me podía morir pronto. Solo quería aguantar hasta que Martín terminase la carrera y pudiera seguir su vida independiente.

Jonay sintió un profundo dolor. Que ironías del destino que le llevó a miles de kilómetros lejos de su tierra a tratar pacientes con SIDA y lo tenía en el hogar del que se fue. Como ignorar lo cercano y entregarse a lo lejano. ¿No había en ello narcisismo y egoísmo?

- Como lo siento, Yolanda. Sola, cuidando de Martín, sin apoyo de tus padres ni una pareja, y sufriendo la enfermedad y, más aún, el temor de lo que podría suponer en tu vida.

- Sí, Jonay. Fue un tiempo difícil, pero me mantuvo fuerte en mi misión de que Martín avanzara en su camino. Un compañero de carrera tuyo, Juan, que me reconoció en urgencias se portó muy bien conmigo. Justo por entonces se empezaron a prescribir los tratamientos múltiples y pude ir mejorando mi número de linfocitos T4 y se fueron curando las infecciones. Ya Martín tenía quince años y le conté lo que me ocurría. Él se hizo el test y era negativo, aunque siempre ha sido más bajito y lento que los niños de su edad y me pregunto si mi infección tuvo algo que ver. Sentí mucha rabia de pensar que el padre de mi hijo, además de desaparecer, podría haberme infectado conscientemente. Lo consulté legalmente y estuve tentada de buscarle por venganza. Pero preferí no remover el pasado. Me alegro en el alma, Jonay, que tu no fueras infectado, aunque siempre usamos preservativos.

- ¿Y cómo te sientes ahora de salud, Yolanda? ¿Supongo que tienes carga viral indetectable y una buena salud?

- Bueno, aunque mejoré y no tengo rastro del virus, los medicamentos han tenido sus efectos secundarios y tengo una distrofia adiposa. Siento pudor al decírtelo, me siento algo deformada.

Jonay pudo observar unas piernas finas y un abdomen algo voluminoso, pero realmente veía en ella a una mujer bella y de una expresión de gran serenidad a pesar de todo lo vivido.

- De veras, Yolanda, yo te veo preciosa. Y dime, ¿Juan Antonio también tiene anticuerpos?

- Sí. Él estuvo mucho peor. Por su adicción a las drogas tuvo muchos problemas y, según me dijo, el SIDA estuvo a punto de matarle, pero los nuevos tratamientos le salvaron. Aunque lo que de verdad le curó fue el dejar la vida de abuso y lujos, y unirse a la comunidad. ¿Sabes que él impidió que su padre arra-

sara con las casas de la comunidad y convirtiese este valle en un hotel de lujo con campo de golf?

Jonay se alegró mucho al sentir en Yolanda un inconfesable gesto de orgullo del cambio y valentía de Juan Antonio.

–Yolanda, siento mucho todo lo que has sufrido por la soledad y la enfermedad. Tu generosidad por el perdón me inspira una bellísima luz. Y en ella veo la felicidad tuya y de Martín. Tienes en mí tu amigo y un amor que no pudo seguir toda la vida pero que me dejó una linda huella que sigue alegrando mi alma.

Subieron al Roque del Sombrero para ver las estrellas y ofrecer al universo la gratitud por que el destino hubiese cruzado sus vidas y les volviese a cruzar, aunque no fuera en la fusión de sus cuerpos.

Jonay le explicó la conversación con Yolanda a Aimsa, y fueron juntos a verla. Aimsa tuvo largas tertulias con ella y sintieron mucha complicidad. Bromeaban comentando las torpezas y cabezonerías de Jonay, y fueron encontrando en el yoga un lindo momento de encuentro cada amanecer.

En los siguientes días Jonay y Aimsa repasaron el programa con el que la red de eco aldeas de La Gomera, registrada ya como partido político, se presentaba a las elecciones del veintisiete de mayo. De los veinticinco mil habitantes de La Gomera, casi ocho mil, casi un tercio, ya vivían en eco aldeas. Pensaban que otro tercio era simpatizante sobre todo por su preocupación por la naturaleza y temían que el tercio restante era abiertamente contrario a la forma de pensar y de vivir de las eco aldeas.

Cuando se registraron como partido, los responsables del cabildo, aún con rencor por cómo evitaron que el padre de Juan Antonio en connivencia con el presidente del Cabildo, Don Cayo, se saliera con las suyas de explotar el barranco de El Cabrito, pusieron todo tipo de dificultades y cuestionamientos. Les acusaron de forma falsa que su finalidad no era de bien común, que sus libros de contabilidad no eran fidedignos, que no pasaban inspecciones sanitarias y que no habían pagado impuestos. Pero todo era falso y así se demostró.

John había propuesto la idea de una eco isla participando en las elecciones e intentando convencer, no vencer a los otros grupos de partidos convencionales. Aunque inicialmente tuvo la resistencia de los grupos más radicales antiglobalización y antisistema, sus ideas, como la de pagar impuestos desde su fundación, fueron teniendo el apoyo de la mayoría. Por aclamación, la asamblea de todas las eco aldeas le pidió que él fuera el «cabeza de lista» y portavoz del movimiento. Ya tenía más de ochenta años e intentó negarse y que fueran jóvenes los que lideraran el cambio. Pero el respeto de todos a los pioneros, John y Umbela era mayor que el pragmatismo de sus razones.

Fue entonces cuando los caciques intentaron bloquear el registro del partido aduciendo que John no tenía la nacionalidad española. John le insistió a

Umbela que fuera ella la que liderara el programa, pero ella también se empeñó en que debiera ser John. Ocurrió que precisamente en ese año se aprobó la ley por la que residentes no nacionales podían presentarse como candidatos en las elecciones locales.

Aprobaron en asamblea llamar a la incitativa el «Movimiento por la Isla Ecosoberana de la Laurisilva» -MIEL. Lo propusieron pues era la laurisilva la especie de vida más antigua que daba además el agua a los barrancos, los berros en las cascadas, la vida en todas sus formas y a las terrazas donde crecían los alimentos que les nutrían. El acrónimo de miel simbolizaba el producto del trabajo de la especie más beneficiosa para la vida en la tierra, las abejas. Hubo quien protestó por la similitud con el símbolo uno de los grupos de empresas más corruptas, Rumasa, pero insistieron que entonces era necesario limpiar tan bello signo de todo uso perverso.

Adaptaron el decálogo que Umbela propuso en Findhorn hacía veintitrés años, y que Aimsa sabía de memoria como la carta fundacional de la red de eco aldeas espirituales. Fueron integrando esos principios en una propuesta concreta para aquella hermosa pero atribulada isla por tantos siglos de caciques y abusos de los poderosos:

Primer artículo: Cuidado de la Madre Tierra: El movimiento por la isla ecosoberana de la Laurisilva -MIEL- se basaba en el respeto a la Tierra, a la isla que les daba la vida y debían preservarla para las siguientes generaciones e inspirar a otras islas y regiones del mundo a hacer lo mismo. Medirían y respetarían por lo tanto los límites planetarios de las emisiones por persona en carbono en la atmósfera, en nitrógeno en la tierra, en fósforo en el mar, el nivel del pH marino, la superficie de bosques de al menos dos terceras partes de la isla, la rica biodiversidad de novecientas especies vegetales, cincuenta de ellas autóctonas, únicas de la isla, la más rica en vida diversa por superficie de toda Europa, y de las aguas mágicas del Garajonay, que por su humedad hacía correr, sin manantiales, arroyos hacia las cascadas de los barrancos. Prohibirían gradualmente los plásticos y los tóxicos químicos en alimentos, productos de limpieza y cualquier otra forma. Prohibirían también progresivamente vehículos de combustión, el aeropuerto, los ferris con petróleo, las centrales térmicas y el extender más el asfalto. Para escuchar a la isla, a todas sus formas de vida, al latido volcánico de su existencia, introducirían un programa de «empatía con la naturaleza» para todas las edades, en el que aprender a conocer su riqueza, como cultivar en equilibrio con la tierra y cómo cuidar de sus seres vivos. Todo ello requeriría una inversión en materiales para fabricación local de molinos de viento, paneles solares y bicicletas, veleros y ultraligeros con motores eléctricos basados en energías limpias. Habían consultado con Joseph en Zimbabue, quien junto con Adam los ayudarían en un plan de producción y de invención. En medir y cuidar los límites planetarios los ayudaría Sven Hansen, del instituto de resiliencia en Estocolmo.

Segundo artículo: Vida sagrada: Para el movimiento por la isla ecosoberana de la Laurisilva -MIEL- cada vida era única y sagrada. De igual manera y con los mismos derechos, toda forma de vida animal era respetada y protegida. Para ello era necesario un plan de cambio progresivo a dietas veganas. Calcularon que para la alimentación de los habitantes de la isla fuera de las eco aldeas, donde no se mataban ni comía carne animal, se sacrificaban cada año más de tres millones de vidas animales, dos terceras partes de ellas peces. Progresivamente se iría reduciendo tal sufrimiento animal innecesario promoviendo una vida vegana de mayor salud para la tierra y para las personas. Todo ello requeriría el aumento de cultivos agroecológicos en las zonas no protegidas para bosques. Calcularon ciento veinte kilómetros cuadrados de cultivos en llanos y en terrazas, un total de doce mil hectáreas capaces de proveer alimentos a sanos y no cruentos a todos sus habitantes y otros tantos visitantes. Habían consultado con Masanobu Fukuoka, el sabio anciano de Japón con quien John y Umbela habían pasado una semana en su granja de la isla de Shikoku. También con Lisy, quien estaba en la coordinación del movimiento global vía campesina, para promover la agroecología familiar en los pueblos, comunidades e incluso en la ciudad.

Tercer artículo: Amor sin religiones. El movimiento por la isla ecosoberana de la Laurisilva -MIEL- no tenía pudor en hablar de un principio ausente en todo discurso político, el amor, como esencial en su programa. Era el amor entre todas las personas y todos los animales, la base de su acción y propuesta. Para ello era necesaria la empatía en comunidades como las eco aldeas, el promover formas no encadenantes en las relaciones humanas, prevenir la soledad, honrar con amor a los recuerdos de los antepasados y animar la meditación y espiritualidad de unión de la energía de todos sus habitantes. A tal fin los servicios de salud se llamarían del buenvivir e identificarían personas con ansiedad o soledad, animando a la comunidad a mostrarles su amor. Se promovería la espiritualidad y la unión de todas las religiones, alentando a que nadie amenazara con el infierno, ni pensase en una sola verdad con exclusión para otros. Se promoverían los abrazos sentidos y prolongados desde la primera infancia y con todos los miembros de las comunidades, y el intercambio de sentimientos sobre la vida con otras culturas y formas de espiritualidad. NoLwasi y Patxi conectarían con la isla para intercambiar sus diálogos semanales radiados por la red Sibithanda y a través de Javier estaban en contacto con el Dalai Lama.

Cuarto artículo: Propiedades en equidad. El respeto a la tierra y a la vida, en amor, precisaba de que todos los habitantes de la isla distribuyan el fruto de su esfuerzo en equidad, según las necesidades. La transformación de la naturaleza en alimentos, arte, viviendas, formas de transporte y de energía, muebles, ropas, medicamentos naturales y cualquier otro producto o artilugio para el bienestar, podría ser de posesión individual, pero evitando la necesidad de unos y el acaparamiento de otros. Los médicos y maestros serían voluntarios que aceptarían no

cobrar salarios y vivirían del apoyo de todos en su vivienda, alimentación, energía y transporte. Los medicamentos y medios de comunicación se importarían del gobierno canario a cambio de excedentes de alimentos, plantas medicinales y otros bienes sin afectar al equilibrio natural. Dado que la educación y la salud, basados en el respeto a la tierra y la vida en amor, serían libres, y la adquisición de alimentos, fuentes limpias de energía, vivienda, ropajes, calzado, transporte se obtendrían por el trabajo con lo que la tierra da, no serían necesarios ni el dinero ni los bancos. El trueque y la solidaridad serían la forma natural para para que todos tuvieran lo suficiente y nadie demasiado. Los bienes del progreso que la isla no podría fabricar, como algunos medicamentos y medios de comunicación, serían intercambiados por la contribución de isleños que migraran a centros de bienes públicos globales y la aportación de cantidades limitadas de minerales y plantas medicinales, en equilibrio con el ciclo natural. Thanda, quien estaba desarrollando las ideas de equidad en la Unión Europea, estaba entusiasmado en colaborar.

Quinto artículo: Naturaleza sin propiedad: la tierra, sus rocas y agua en su interior, y sus plantas y vida en su superficie, no serían propiedad de nadie, ni por dinero -que no existiría- ni por herencia, pues nadie podría acaparar. Su cuidado sería responsabilidad de todos. Se distribuirían tierras para protección de la vida y la producción ecológica de alimentos, según tamaños de las eco aldeas que se constituirían en cada zona de la isla. Tampoco se permitiría la propiedad de personas entre sí, sea por matrimonios, por patria potestad o por relaciones de jerarquías nobiliarias, laborales o políticas. No habría nadie superior a nadie. Todo fluiría por amor, sin cadenas y en solidaridad. Fernando, en contacto con compañeros de la revolución cubana asesoraría en las expropiaciones graduales, negociadas y progresivas hacia la propiedad común de los bienes naturales.

Sexto artículo: Convivencia en eco aldeas: las comunidades, para poder conocerse y tener empatía, se organizarán en aldeas, preferiblemente de no más de seiscientas personas. Ello permitiría, antes que el conocimiento lejano y remoto en tiempos y lugares, conocer a los vecinos y comuneros, a través de ello entender sueños y temores entre ellos y decidir en asamblea y sin jerarquías sobre sus empeños comunes para el bienestar común y el cuidado de la naturaleza a su cargo. Se promovería el compartir tiempo en otras eco aldeas de la isla para intercambiar conocimientos y experiencias. La red de eco aldeas espirituales y Aimsa en su coordinación global animarían los intercambios por viajes no contaminantes, para aprender de experiencias, pensamientos y sentimientos de otros rincones del mundo. Robert Gilman y el instituto «*context*», darían su consejo y apoyo en esas formas de organización.

Séptimo artículo: Anarquía solidaria: Para la coordinación de las eco aldeas de la isla, se constituye un consejo de la eco isla de la laurisilva que no tendrá privilegio alguno y se elegirá según los ejemplos de solidaridad de sus miembros y de forma rotatoria. El representante de cada eco aldea ante el consejo de la

eco isla, es elegido por sus actos de solidaridad y no ostenta ningún privilegio sobre los demás. Dentro de cada eco aldea se distribuirían responsabilidades en el supervisar el cuidado de la naturaleza, la distribución de sus frutos, la honestidad en los trueques, la prevención de la soledad, el cuidado de fuentes comunitarias de energía, de transporte y de espacios comunes, y todo ello por eco barrios si así lo considerasen necesarios los aldeanos. Dichas responsabilidades se ejercerían por cargos rotatorios voluntarios en puestos llamados de «servicio común» en los que, en algún momento de sus vidas, todos los eco aldeanos servirían a la comunidad. En esta área contaban con el consejo de Noam Chomsky y su pasión por la anarquía como la forma de convivencia en la que aflora la mayor bondad de las personas, con quien Aimsa estaba en contacto.

Octavo artículo: No violencia: quedarían prohibidas en la isla cualquier tipo de armas u objetos diseñados para el daño a vidas humanas o animales. Se atenderían las diferencias de opinión y tristezas por incomprensión a través del dialogo, la empatía y reflexionando las quiebras de nuestros compromisos. Nadie sería culpable o inocente. No habría policías ni jueces, cárceles ni castigos. Sería la comunidad en asamblea y con los principios de empatía y solidaridad como se dialogarían los conflictos y se aprobarían soluciones sin vencedores ni vencidos, sin culpables ni víctimas, promoviendo el perdón comprensivo y la paz y concordia entre todos los eco aldeanos, entre las eco aldeas y con otras islas y regiones del mundo. Javier, el compañero de Thanda en Bruselas, pacifista, en contacto con el Dalai Lama y líder de movimientos en Europa por la resolución pacífica de conflictos y por el respeto a la vida animal, les asesoraría.

Noveno artículo: Sin verdades ni títulos: Todas las personas buscarían a lo largo de la vida nuevas formas de armonía en naturaleza que mejor evitaran el dolor, el hambre, la sed, el calor o el frío, la enfermedad, la soledad y que aumentaran nuestro gozo de sentir, pensar y meditar sobre la existencia. No habría maestros ni alumnos sino todos aprenderían de todos intercambiando experiencias, más en los mayores, e imaginaciones, más en los jóvenes, disfrutando el gozo de compartir la aventura en conocer, conscientes que está en constante cambio, a veces incluso volviendo a pensamientos y practicas anteriores, como por ejemplo en la agroecología de Altieri y de la permacultura de Fukuoka. En ello tenían el asesoramiento de Paulo Freire desde Brasil, con quien Aimsa estaba en contacto y habían desarrollado una linda complicidad.

Décimo artículo: Nueva Humanidad: La eco isla de la laurisilva se relacionaría con todas las eco aldeas de todas las regiones del mundo y también con todas las comunidades, pueblos, ciudades y naciones que tuvieran otros principios y formas de vida. Toda persona era bienvenida a la isla, fuera cual fuere su procedencia o documentos, raza, creencia, identidad sexual o aspiraciones en la vida, con excepción de la de acumular y causar daño ajeno. Sería parte de una red global de pueblos en el mundo que intercambiara saberes y sentimientos,

hacia una armonía con la naturaleza, su principio fundamental, y entre todas las personas y otras formas de vida en el planeta. La red de eco aldeas espirituales, a través de Aimsa, se promovería en las Naciones Unidas.

Proponían pues una isla ecológica, vegana, espiritual, comunitaria, en equidad, rural y libertaria, animada por servidores públicos sin sueldo y rotatorios. Progresivamente sería una isla sin plásticos ni emisiones de carbono ni fertilizantes químicos ni más asfalto; donde no se maltratara ni sacrificara a animales de tierra o de mar, ni se talaran árboles, sin religiones de exclusión e infierno, sin propiedad de la tierra, sin acúmulo de propiedades materiales, sin dinero ni bancos, sin ciudades, sin jerarquías de poder ni políticos ni funcionarios a sueldo, sin policías, jueces ni cárceles, sin maestros ni títulos, sin documentos ni indocumentados y sin fronteras. Les apoyaban en la propuesta líderes de todas las dieciséis eco aldeas de la isla, la familia de Ukuzwana, Sven Hansen, el Dalai Lama, Noam Chomsky y Paulo Freire. Nelson Mandela, ya muy mayor pero sereno y sabio, les había mandado su apoyo a través de Nadine.

Los otros partidos políticos contendientes, fundamentalmente el partido socialista del presidente Don Cayo Locurbe desde 1990 y la Coalición Canaria de Moisés Plencia, competían con MIEL por los dieciséis consejeros del cabildo insular y los cuatro representantes de la isla en el parlamento canario.

La red de eco aldeas empezó a sufrir una campaña difamatoria por parte de los otros partidos a través de la radio, la televisión, el diario *La isla* y carteles por calles, plazas y carreteras, hasta mensajes por los teléfonos móviles. Les acusaban de «hippies drogadictos», de «comunistas anticatólicos», de «extranjeros invasores», de ir contra el progreso, el orden, la paz, el respeto, los valores, las tradiciones y hasta la dignidad de los isleños.

Dada la presencia creciente de eco aldeas y el apoyo que recibía el movimiento por la isla ecosoberana de la laurisilva, MIEL, Silvia, la misma periodista de RTVE que años atrás hizo el documental sobre las eco aldeas para el «Informe Semanal» y cuya cámara ayudó a evitar la destrucción de la comunidad y el barranco de El Cabrito, promovió un debate entre los tres partidos que fue transmitido en todo el país. La periodista dio primero la palabra al que llevaba ya casi veinte años siendo el presidente del cabildo insular, Don Cayo Locurbe:

- Paisanos de La Gomera. Durante las cinco elecciones anteriores en que me habéis dado vuestra confianza, La Gomera ha progresado: tenemos más visitantes turistas cada año, más carreteras, el aeropuerto ya es una realidad, la economía ha crecido con el turismo, y el bienestar de todos los gomeros crece cada año. Frente a coalición canaria garantizamos los servicios sociales y los apoyos sociales que ellos quieren dilapidar para favorecer a sus empresarios. Y frente a ese absurdo movimiento «MIEL» – esbozó una sonrisa burlona- no dejemos que nuestro bienestar, fruto del trabajo de tantas generaciones, sea arrasado sin respeto por las comunas de hippies extranjeros.

Habló luego el representante de coalición canaria, la derecha conservadora.

- Don Cayo, es tiempo que deje el relevo a una agrupación joven y dinámica, que no cometerá sus errores en la gestión, ni su ruina en el gasto público, y atraiga empresarios que puedan aumentar en la isla la industria, hostelería y los servicios del más alto nivel para que esta isla sea el destino estrella de todos los europeos, en especial preservando su patrimonio natural e histórico. Poco que decir del señor John Harris, un inglés ajeno a esta isla, que pretende arrasar con las propiedades ganadas con el sudor de su frente de muchas generaciones, con nuestras tradiciones ganaderas, con el progreso, la educación y las tradiciones religiosas de toda nuestra historia.

Le tocó el turno a John:

-Silvia, Cayo, Moisés, oyentes de este debate: amo a esta isla y a toda la vida que hay en ella. Aunque las comunidades de las dieciséis eco aldeas me han elegido para esta propuesta, renuncio a cualquier salario y seré un servidor de las ideas que en consenso queremos animar, con todo el respeto a todas las personas que habitan esta bella isla o que nos visitan. Nací en Gales, pero me siento del mundo. No pretendemos ofender ninguna creencia, tradición ni el esfuerzo de nadie, aunque proponemos una isla, la primera en el mundo, sin emisiones de carbono ni daño al medio ambiente, sin propiedades de la naturaleza, sin dinero ni bancos, con bienes en equidad, sin sacrificios animales, sin ideas excluyentes, sin jerarquías de poder, donde compartamos sin competir, y nos amemos todos sin prejuicios.

Ante dichas palabras, los políticos «profesionales», uno ya veinte años aferrado al poder y sus privilegios y el otro en una carrera similar de cargos públicos, arremetieron furibundos, primero Don Cayo, luego Moisés:

- Que lo sepan los oyentes. Este impresentable propone una anarquía sin propiedades, leyes, ni progreso, donde pronto esta isla sería un basurero con enfermedades, sin oportunidades, sin ser el flamante destino turístico que hemos conseguido ser. ¡No funcionarían ni las farolas en manos de estos perroflautas engreídos! Voten por el progreso, por el partido socialista.

Siguió Moisés, que ya había acordado en secreto con Don Cayo gobernar en coalición contra las eco aldeas:

- En las aldeas de anarquía en esta isla se ha parado el tiempo y el progreso, cocinan con leña y no tienen ni para comprar el pan, no se respetan ni los matrimonios ni el derecho de los niños a ir a la escuela y ser hombres y mujeres de bien. Les pido, estimados oyentes, no voten a este suicidio cultural y económico, voten por coalición canaria.

John contestó con serenidad:

- Cayo, Samuel, creo que no me conocéis ni nos conocéis, por eso habláis con tanto rencor. Es vuestro prejuicio que os ciega. Yo respeto vuestra supuesta

voluntad de servicio a vuestros paisanos, pero no creemos que haya nadie superior a nadie para perpetuarse representando a los demás tantos años. Es cierto, Cayo, que proponemos una isla sin propiedades ni leyes y no queremos el progreso ni el turismo que se basa en destruir la naturaleza. ¿Sabes cuál es el nivel de emisiones por persona por encima del cual la vida de nuestros hijos y nietos será mucho peor que la nuestra, por el cambio climático?

- No lo sé y es irrelevante. Nuestra isla es ya un pulmón para las canarias y para el mundo con nuestro parque del Garajonay.

-Con todo respeto, Cayo, creo que te equivocas. Con Sven, del instituto de resiliencia de Estocolmo, hemos calculado que es de una tonelada de CO2 al año. Ni todos los bosques y océanos en el mundo pueden absorber más carbono por encima de ese límite. Solo con cien mil turistas al año y sus emisiones en el ferry, los autobuses y la comida que se importa, ya se supera ese límite. Tenemos diez veces más. Sí, tendremos menos dinero, pero seremos la primera isla de Europa ética para preservar el planeta, y podemos proveer de sanos alimentos por la agroecología, de suficiente energía por fuentes limpias, de bella artesanía y cuidados holísticos.

-Y disculpen que me extienda, por alusiones. Samuel: es cierto que no promovemos matrimonios, creemos en el amor libre, sin cadenas por papeles que así lo impongan. Y es cierto que no creemos en la educación por edades diferenciadas y orientada a competir socialmente por trabajos e ingresos. Eres un gran conocedor de la historia y del patrimonio, ¿sabe que quiere decir el origen de la palabra «educare» en latín?

- ¡No he venido a recibir clases de alguien que ni siquiera tiene título universitario!

- No pretendo dar clases, Samuel, solo debatir formas de vivir. Es interesante que «educare» significa «engordar al ganado», para su rol social, como uno más que produzca, consuma y compita. Creemos más en compartir experiencias e imaginación, ideas y arte, orientadas al bien común y no al enriquecimiento individual. Paulo Freire desde Brasil nos ayudará en ese cambio.

- Cayo, Samuel: os escandalizáis de una isla sin propiedades, sin fronteras, sin religiones, en armonía. Pero, decidme con el corazón en la mano: ¿os gusta la canción de «*Imagine*»?

- ¡Eso es una utopía, imposible en el mundo real! -dijo Don Cayo.

- Populista, demagogo, ¡intentas engañar a los honestos trabajadores que merecen el fruto de su trabajo! -increpó Samuel.

Acabaron cada uno con unos mensajes. Cada uno de los políticos profesionales dio una arenga para que votaran por su partido y alertaron de no votar por el movimiento de eco aldeas y todos los males que traería a la isla. John terminó diciendo que votaran lo que su corazón les dijera, que ellos seguirían cuidando

de la tierra y la vida, intentando cada día mejorar en armonía, y que todos eran bienvenidos a pasar el tiempo que quisieran en alguna de las eco aldeas, compartiendo la jornada de trabajo, descanso, cuidados, asamblea y meditación.

En las siguientes dos semanas previas a las elecciones siguió una campaña difamatoria. Les acusaron de traficantes de drogas y Juan Antonio, aún amenazado por su padre, quien pagaba la campaña de Cayo, habló en televisión y radio diciendo la verdad del tráfico de drogas y la armonía y salud que encontró en las eco aldeas. Fue desheredado. Acusaron a las eco aldeas de poca higiene y mala salud. Luis y Fernando lo desmintieron y dieron datos de su mejor salud. Las eco aldeas recibieron visitas de la mitad de los habitantes de la isla y la mayoría sintió su paz y armonía.

XVIII

EN EL HOGAR JUNTO AL BOSQUE

Hoeilaart, septiembre de 2008

Desde la primavera del 2008 todo parecía en transición, como si la Humanidad no supiese aún la dirección del siglo ni el milenio que apenas inauguraba. Thanda seguía luchando por la política de los derechos de la infancia en una Unión Europea también a la deriva.

Los quince países miembros se preparaban para acoger a casi toda la Europa del Este, en paralelo a la expansión de la OTAN hacia el telón de acero, a las puertas de Rusia, en contra del pacto de caballeros entre Reagan y Gorbachov treinta años antes. Simbolizaba, veinte años tras la caída del muro de Berlín, el triunfo del capitalismo sobre el socialismo a través de la mano larga de Washington en Europa.

Con el doble de riqueza económica por persona que los «hermanos pobres» que llamaban a la puerta, la Unión Europea occidental de «los quince» llevaba cuatro años intentando aprobar una nueva constitución europea, el tratado de Roma, pero la falta de unión en los valores más básicos, los de justicia y solidaridad, los llevó de fracaso en fracaso. Quizás la sociedad, basada en el capitalismo y la libertad individual de superar al resto hacía que entre ciudadanos y dirigentes primase lo económico y comercial sobre lo social y solidario, lo cual entorpecía todo intento de una unión de valores en el compartir. La referencia más fuerte y más vinculante a dichos valores en la Unión Europea, haciendo eco de la declaración universal de los derechos humanos, era la carta europea de los derechos fundamentales, que precisaba ser reconocida en una constitución única para todos los europeos. Pero dichos intentos se toparon con los referéndums negativos de Francia y Holanda. Europa estaba, quizás como el resto del mundo, en un medio camino «hacia no sabía dónde».

Thanda sentía a cada paso como el espíritu de la solidaridad con países y regiones empobrecidas o marginadas del poder económico central era ensom-

brecido por una arrogancia euro centrista inconfesable pero tácita en muchas actitudes. Él la ponía a prueba a menudo cuando preguntaba a sus colegas en discusiones de cooperación con cualquier país «en desarrollo»: ¿y qué podemos nosotros aprender de ellos? Casi siempre encontraba el silencio como respuesta. A él también le costaba buscar una respuesta.

También en ese 2008, a medio camino entre el nacimiento del milenio y sus metas en 2015, se discutía en el consejo europeo el progreso mundial hacia los objetivos del milenio. Se debatía como la Unión Europea guiaba su cooperación hacia los retos en el mundo, intentando abanderar un supuesto «liderazgo moral» por sus posiciones de derechos humanos universales, sus niveles de cooperación internacional y los compromisos con el cambio climático. Claro, que manteniendo firmes sus fronteras y a buen recaudo sus privilegios. Como diría Orwell en *Animal Farm*, «todos éramos iguales, pero unos más iguales que otros».

Fue entonces que la Dra Fronz fue promovida, a pesar de sus conflictos de interés y su trato vejatorio a tantos colegas, a otra dirección general. Thanda tuvo por primera vez un jefe con un gran corazón, inteligencia y humildad, virtudes que, él pensaba, solían ir juntas. Era un ingeniero francés llamado Jean Claude que había vivido toda su vida en África, muy comprometido con la justicia social. Volvía de su última etapa en Madagascar. Por primera vez Thanda sintió que era respetado en su trabajo en la comisión. Jean Claude dijo a toda la unidad de «desarrollo humano» donde trabajaba Thanda que pasaría su primer mes de integración sin apenas hablar, escuchando y aprendiendo de todos. Estaba siempre tomando notas en un pequeño cuaderno y con una cuidada y diminuta letra que a Thanda le recordaba la de su padre. Al mes, Jean Claude le encargó a Thanda dirigir la sección de salud. Contaba con varios colegas funcionarios de la comisión, de los países miembros, becarios y hasta estudiantes en prácticas.

Representando al equipo de salud de la cooperación europea, fue a debates en universidades y con grupos de la sociedad civil. Dialogaba con las ONGs europeas y sus lobbies en Bruselas, casi todas ellas bebiendo de los fondos del Fondo Global, de PEPFAR y de la Fundación Gates, que de hecho financiaba el consorcio de ONGs europeas para la cooperación en salud. En un debate con dicho consorcio tuvo un difícil pero sincero intercambio de opiniones con su director, un joven escocés laborista llamado Frazer, que hablaba un elocuente inglés:

– Doctor Garay, ¿por qué insiste en que la cooperación europea apoye presupuestos públicos de países sin la capacidad de gestionarlos o con el riesgo de uso corrupto de los mismos? Nosotros en las ONGs hemos demostrado la capacidad de gestionar dichos fondos, que lleguen a la gente y evitando intereses políticos.

– Llámame Thanda, Frazer. En primer lugar, en la Unión Europea defendemos, desde nuestra carta fundamental de los derechos humanos y la adhesión a los pactos internacionales de derechos, el derecho a la salud y la responsabilidad

del estado en garantizarlo. Nuestro modelo social europeo está basado en la recaudación en equidad de impuestos y su financiación de servicios públicos básicos como la salud, la educación, la justicia y la protección social. Tu país de origen Frazer, el Reino Unido, es un buen ejemplo de ese concepto de estado social. ¿Por qué no queremos para los demás lo que defendemos para nosotros mismos?

– Bueno, no es comparable. Nuestros gobiernos son democráticos y se pueden fiscalizar sus cuentas y detectar a tiempo su uso indebido. En la mayor parte de los países en vías de desarrollo eso no existe. ¿Cómo asegura que los impuestos de ciudadanos europeos no están yendo a privilegios de dictadores?

– Mira, Frazer, hay dos cuestiones que quiero comentar al respecto. La primera es sobre los procedimientos que seguimos, que son muy parecidos a cuando la Unión Europea da fondos a sus Estados Miembros. Lo hacemos con mucho rigor, Frazer. Miles de informes y auditorías. Te lo aseguro. Pero hay otra razón que para mí es filosófica o de inteligencia emocional en las relaciones humanas: la confianza. Sin confianza, no hay cooperación posible. En todo caso será paternalismo, evangelización, explotación, sumisión o caridad. De eso sí está llena la historia y no han hecho más que perpetuar jerarquías, desigualdades e injusticias. Si una persona, un grupo o un país quiere realmente cooperar con otro tiene que ser en aprecio y confianza mutuos. Ser europeos no nos hace ni más honestos, ni más eficaces ni más transparentes.

– Pero hay un hecho irrefutable: nosotros tenemos sociedades de mayor bienestar y justicia social. Podremos dirigir los esfuerzos, fondos y cooperación en esa dirección, aún no explorada por esos países donde, debemos recordar, mueren millones de personas por causas evitables.

– Frazer, tampoco somos más listos ni trabajadores. Gran parte de nuestro privilegio lo hemos ido construyendo por esas formas de relaciones verticales. Pero déjame hacerte una pregunta: Si tú quieres ayudar a un amigo y a ti te va bien y tienes de más para compartir, ¿cómo le ayudarías?

– Bueno, le daría de lo que me sobra y hablaría con él de cómo lo va usando y saliendo del bache.

– Acabas de describir el «apoyo presupuestario», Frazer. No le dices que alquile tal o cual casa, que compre tal o cual comida, que vista de una forma u otra, que haga un trabajo u otro. Confías en él, en su esfuerzo, en su honestidad, en su gratitud y en el respeto a tu esfuerzo en ayudarle. Eso es cooperación, Frazer, y para mí la manera más honesta de hacerlo es a través del servicio público, el que puede ir siendo universal y permanente, no a través de grupos privados y proyectos limitados en tiempo y en espacio.

Después del debate se acercó el secretario general de Médicos Sin Fronteras, Rafael Lavi, un periodista catalán que dirigía el movimiento, y le preguntó:

- Interesante lo que dices, Thanda, pero entonces, ¿qué propones que hagamos como sociedad civil?

-Pues quizás que pongáis vuestros fondos en apoyos presupuestarios sectoriales y dialoguéis con el gobierno, como lo hacemos nosotros en la mesa de socios de cooperación, de vuestras experiencias y testimonios.

- Lo acabas de decir, Thanda. Somos quienes podemos dar testimonio de injusticias y actuar directamente a nivel local y denunciar a nivel global. Para ello necesitamos independencia.

- Sí, cuando es una emergencia estoy de acuerdo, pero fortaleciendo como las comunidades y los países tienen medios de hacerlo en futuras emergencias. Y la denuncia desde luego que sí. De hecho, a título personal, permíteme que te pregunte: ¿por qué Médicos Sin Fronteras no ha denunciado el genocidio de la guerra de Estados Unidos contra Irak, o las invasiones de Israel a los territorios palestinos o el sur del Líbano?

- No lo entiendes, Thanda. No es técnicamente un genocidio. Y tenemos que proteger nuestro acceso a las víctimas.

Thanda pensó que nadie era realmente neutral y la cooperación estaba plagada de intereses inconfesados e inconfesables.

Un año antes Anna insistió en que Thanda se presentara a ser vocal de la Junta de Médicos Sin Fronteras y así lo hizo. Aún con limitada experiencia en la organización a través del proyecto de tratamientos para el SIDA en Ukuzwana, argumentó cómo desde dentro de la Unión Europea se podía compartir debates de geopolítica y cooperación internacional que podrían ser útiles para Médicos Sin Fronteras. Salió el segundo en votos, tras la presidente, Paula Fissar, una amiga de origen quechua, médico y escritora de gran corazón. También argumentó en la Unión Europea que tal dedicación le daba una proximidad a la realidad complementaria a la de las instituciones europeas, y evitaría cualquier conflicto de interés en selecciones de convocatorias donde participara Médicos Sin Fronteras.

Acudía cada mes a la Junta Directiva de la organización y se quedaba el fin de semana en Barcelona compartiendo con buenos amigos de la asociación de cooperantes. Un fin de semana Anna le invitó a una reunión de cooperantes en una masía en el delta del Ebro que acababa de comprar con su pareja Pere. Durante el encuentro conoció a una enfermera, Sara, que era muy aficionada a hacer excursiones por los Pirineos. Thanda llevaba ya nueve años sin el calor de un abrazo en pareja y comenzó a intimar con Sara. Cada mes, cuando acudía a las Juntas de Médicos Sin Fronteras, compartían su pasión e intimidad en un pequeño piso en Santa Coloma y en excusiones por los Pirineos. Thanda anhelaba vivir en familia y que Sara pudiese armonizar con sus hijas, o ser padres juntos y formar un nuevo hogar en Bruselas, pero Sara no se sentía a gusto como madre-sin-ser-madre, ni quería dejar su ciudad y sus montañas. Tras un tiempo corto

de encuentros fugaces, el cariño se fue deshaciendo según sus caminos tomaban rumbos diferentes y Thanda volvió a la frialdad de su soledad.

Defendió durante un año en la Junta el ir de proyectos a apoyos a gobiernos y sus servicios públicos, de enfermedades al derecho de salud integral, de cooperantes a apoyar a funcionarios locales con sueldos mucho más humildes y conocimientos mucho más profundos de su realidad, a denunciar las guerras como la de Estados Unidos en Medio Oriente y las desigualdades entre países y dentro de los países con políticas fiscales justas. Se topó una y otra vez con una pared. Lo vio claro en una situación aquel verano de 2008: Médicos Sin Fronteras se enfrentaba a una crisis económica pues estaba volcada en la crisis de los Balcanes y rechazaba fondos europeos y nacionales para tener independencia de actuación y denuncia en Kosovo. Contrataron a una empresa de publicidad para diseñar la estrategia de Navidad, de donde conseguían el ochenta por ciento de los nuevos socios cada año. Era una poderosa empresa que hacía también la publicidad de marcas de coches, perfumes y bebidas. Tras un «estudio de mercado», el director del estudio presentó su propuesta de estrategia de imagen y promoción a la Junta:

- Presidente, miembros de la Junta. Tan importante en la vida es saber qué somos como decidir que no queremos ser. En Médicos Sin Fronteras hay mucha pasión por salvar vidas en situaciones de injusticia o de catástrofes, pero según han ido implicándose en temas más complejos como el acceso a medicamentos o el SIDA, la organización ha ido entrando en un área difusa en la que se solapa con otras organizaciones. Médicos Sin Fronteras tiene que ser la mejor, y la elección de todo ciudadano en apoyarla, en las causas que defienda: salva vidas en emergencias. Punto. Si se mete en denunciar abusos de derechos humanos estará al rebufo de Amnistía Internacional, si analiza injusticias sociales será una sombra de Oxfam, si promueve la paz de forma neutral irá detrás de la Cruz Roja. Médicos Sin Fronteras no puede ser vista como defensora de la paz, la justicia o los derechos humanos.

Thanda sintió por un lado un profundo enojo, pero por otro lado un cierto alivio en ver cómo se hacían claras las posiciones y se revelaba más claro el muro con el que llevaba un tiempo golpeándose. Tomó la palabra.

-Ustedes son una empresa que ayuda a otras a competir y ganar sobre otras. Es precisamente ese capitalismo del competir por el éxito propio y el fracaso de los oponentes el que ha llevado a este mundo injusto. Las vidas que nos interesa salvar están en peligro por guerras injustas, como la de Irak –miró a Paula para ver si reaccionaba-, por desigualdades extremas basadas en la opulencia de unos pocos, como algunas empresas que nos financian y de las que buscamos sus migajas, y la pobreza de muchos y por leyes injustas que no garantizan los derechos humanos, como el derecho a la salud. De todas las causas y consecuencias en enfermedades, no las que sean más visibles o exóticas. Discúlpenme, compañeros,

pero yo no entiendo el defender la salud y la vida sin hablar de paz, justicia y derechos. Es como querer nadar sin mojarse.

La Junta desoyó a Thanda y decidió apoyar aquella estrategia de publicidad. Les estimaron cuarenta mil nuevos socios y tres millones de euros adicionales por subscripciones al año. Consiguieron cuarenta y dos mil. Thanda dimitió de la Junta y escribió las razones de su dimisión en el periódico *Abba* de la organización. Siempre mantuvo amistad y cariño por el alma aventurera y de acción de la organización, necesaria en muchos rincones del mundo, pero no serían, con esa idea, más que mitigadores de la injusticia. No podrían transformarla. Aunque fuera con constantes luchas y dificultades, él sí quería cambiar el mundo, desde dentro del poder, con estudios, con propuestas, con aliados, con compromiso. Con Valentía y Ternura.

Por entonces conoció a Andre-Jacques, un belga de vida épica en los Grandes Lagos, el hospital Bellevue de Nueva York y quien, junto a su mujer islandesa, habían fundado el movimiento THE-net («Training for Health Equity-network).

Fue invitado a dar una conferencia sobre su visión de la equidad y la cooperación internacional en Cuba. Para Thanda, como para muchos jóvenes con ideas de izquierdas de su generación, Cuba fue un mito: la revolución, el Che, Playa Girón, los internacionalistas, la valiente dignidad frente a Estados Unidos, los conciertos de Silvio y Pablo en el fulgor universitario de la transición democrática en España. Llegó a La Habana y fue llevado a un hotel alejado de la ciudad donde dormían y discutían los participantes de diez países del mundo.

El último día asistió Pedro, un amigo de Andre-Jacques, quien les presentó diciéndoles que estaba convencido conectarían sus almas en gran amistad y complicidad. Pedro «rescató» a Thanda de aquel hotel aislado, le llevó a conocer en su piso del Vedado a su esposa Suzy, y sus hijos José y Haydée y a dar un paseo por La Habana en su viejo VW Golf, privilegio de su misión en las oficinas de la OPS en Sao Paulo. Pasearon por el malecón, por la Universidad, la Plaza de la Revolución y por las calles de la Habana Vieja. Vio en Pedro y su familia un bello ejemplo de valores de justicia social y de compromiso solidario. Intuía que sería un gran aliado en el futuro. Sintió un profundo deseo de aliarse con Cuba y sus miles de internacionalistas, su salud universal gratuita, su industria farmacéutica sin afán de enriquecimiento y sus bellas gentes.

A su vuelta a Bruselas y entregado a la responsabilidad de coordinar la cooperación en salud, Jean Claude fue apreciando a Thanda y pidiéndole que fuera a discusiones con todos los gobiernos de los países de la Unión Europea, en el consejo europeo, sobre el progreso de los objetivos del milenio relacionados con la salud: los «*health MDGs*». Había defendido a menudo una cooperación en salud más integral que el del todopoderoso fondo global de SIDA, malaria y tuberculosis, argumentando lo que la comisión de macroeconomía y salud había estimado de un mínimo de presupuesto de treinta dólares por persona y año para avanzar

también en los objetivos de salud materna y salud infantil. Hizo sus cálculos e identificó unos cuarenta países cuyos presupuestos de salud eran menores que ese umbral e insistió en el «apoyo presupuestario» a esos países para que pudieran tener presupuestos públicos suficientes, pagar salarios y medicamentos básicos y defender al menos esos tres «*health MDGs*». Calculó y así lo expuso en debates de la comisión, el parlamento y el consejo, que se necesitaría unos dos mil millones de euros para salvar unos siete millones de vidas, a un precio de trescientos euros por muerte injusta evitada, menos de lo que costaba una noche en una habitación de los hoteles de lujo en los que se alojaban políticos, funcionarios, consultores y hasta cooperantes en esa gran industria de la cooperación. Ese gasto equivalía a un día de gasto militar.

Thanda fue promoviendo que los fondos europeos de cooperación fueran a los presupuestos públicos y no a consultoras o a ONGs, y vigilar como esos fondos públicos de países pobres se utilizaban en servicios de salud universales. Así viajó a Zambia, Madagascar y Guayana para diseñar «apoyos presupuestarios» que pudieran proteger el derecho a la salud.

En uno de aquellos debates del consejo europeo con diplomáticos viviendo en su privilegio, y donde Thanda era el único sin traje ni corbata, un representante de Suecia le preguntó a Thanda:

- Señor Garay, ¿cómo ha conseguido la Comisión ayudar en el progreso hacia las metas de los objetivos del milenio en Salud?

- Paul -Se había fijado en su nombre en una tarjeta en su chaqueta-. Me puede llamar Thanda. La Unión Europea no vacuna, no asiste partos ni trata enfermedades directamente. Por lo tanto, no podemos atribuir ningún descenso de mortalidad a nuestra solidaridad. Solo contribuimos a ello. Son los países y sus ciudadanos los que lo hacen.

- Sí, pero debemos informar a los ciudadanos en nuestros países qué efectos tienen nuestros impuestos dedicados a la cooperación y como se consiguen las metas acordadas.

Durante el receso del café, Thanda hizo un rápido cálculo en una servilleta de la cafetería del fastuoso edificio del consejo europeo. De una lectura reciente del informe mundial de la Organización Mundial de la Salud recordaba los siguientes datos: mortalidad media en menores de cinco años en la Unión Europea, cinco de cada mil, en los «países en desarrollo», ochenta por mil; y mortalidad media en adultos de quince a sesenta y cinco años en la Unión Europea, ciento cincuenta por mil, en «países en desarrollo», más de trescientos por mil. Hizo un cálculo rápido de las poblaciones de esos grupos de edad en los países con los que cooperaban, «en desarrollo», y calculó que el exceso de mortalidad en relación a las condiciones de salud en la Unión Europea era de casi veinte millones de muertes cada año. Tomó la palabra:

– Paul y demás colegas. Creo que es momento de revisar las metas de los objetivos del milenio. Se eligieron arbitrariamente unos grupos de edad y unas enfermedades, y también arbitrariamente una reducción de sus mortalidades, pero creo que esa estrategia es contraria contra un principio y valor universal y europeo.

Notó que se hacía un silencio y que aquellos diplomáticos de alto rango que miraban con cierto desprecio a un simple funcionario de la comisión, cambiaban a una actitud de rechazo:

– Nuestros valores se basan, según la declaración de los derechos universales y según nuestra carta europea de los derechos fundamentales, en que el derecho a la salud, y por lo tanto a la vida, es universal. Pues bien, si, siendo coherentes, queremos promover ese derecho tanto en nuestros países como en cualquier parte del mundo con la que cooperemos, ¿saben cuántas muertes al año lo son en exceso de lo que nuestras condiciones de vida en la Unión Europea nos permiten?

Hubo un silencio, miradas inquisitorias y varios carteles de países que se izaron verticales para preguntar al representante de la comisión. Thanda prosiguió.

– Pues no son el millón y medio de disminuir un tercio la mortalidad infantil, más las trescientas mil de reducir tres cuartas partes la mortalidad materna, más el millón de muertes que acabar con las patentes permitiría salvar del SIDA, y el parecido número en tuberculosis o malaria. Sería cinco veces más: veinte millones de muertes por injusticia, señores. Todas ellas merecedoras de igual atención, respeto, sensibilidad y acción. Para ello no valen unos pocos fondos de nuestras sobras, en gran parte por proyectos de enfermedades y sobre los que pretender que la Unión Europea salva vidas. Para ello es necesario cambiar nuestra opulencia, compartir sin fronteras y realmente defender el derecho a la salud.

A continuación, Thanda sufrió una tempestad de preguntas furibundas recordándole la agenda del milenio fue consensuada durante años de reuniones en Naciones Unidas y recordándole que como funcionario no estaba allí para cambiar acuerdos políticos, que necesitaban respuestas concretas y que de nada valía soñar un mundo utópico si no se empezaba por pasos y resultados concretos.

Al salir se le acercó un hombre algo más joven que él, con una sonrisa cálida y una mirada sensible.

– Me llamo Sergio, represento a la cooperación española. Anna Cirera, en Barcelona, me habló de ti. Vengo de cooperar en Mozambique. Es la primera vez que oigo aquí verdades como puños y a alguien defenderlas con valentía. Quiero que me ayudes a preparar los próximos dos años una política europea de salud global para que la aprobemos durante la presidencia española en el 2010.

Allí empezó una fuerte amistad y complicidad hacia esa política que pudiera ligar la salud a la justicia y no a la caridad de unas sobras. Thanda empezó a

sentir, después de cuatro años de soledad, que sí estaba en el lugar donde podría luchar. Como le prometió a su padre.

Llegó el verano y fue al reencuentro en Madrid con Ángeles y Daniela, y con sus queridos padres y hermanas, quienes ya estaban trayéndoles primos a sus hijas. Tras una semana en la casa de la sierra disfrutando en familia y con los amigos de bomberos y de la asociación de cooperantes, Thanda se fue a un viaje con sus hijas que había ido planificando durante sus noches de soledad en Bruselas. Con el coche de su madre y una caravana que le prestó un amigo bombero, Paco, viajó más de tres mil kilómetros de aventuras en bosques, ríos, lagos, playas, montañas y pueblos por Castilla, el norte de España, los Pirineos y el Mediterráneo. Sintió una profunda unión con sus hijas. Ángeles ya tenía dieciséis años y Daniela once.

Coincidió que Cristina y su ya esposo Gregorio habían conseguido dos becas para pasar una estancia de investigación de biología molecular en Oxford y le planteaba irse con sus hijas. Thanda le sugirió que hablasen juntos con ellas por si querían pasar uno o dos años con él en Bruselas. Podrían encontrarse a menudo en Bruselas o en Oxford, aprenderían idiomas y disfrutarían de su amor paternal y filial, tan sediento de emociones y aventuras como la que habían vivido en la caravana ese verano. Cristina lo pensó unos días y aceptó. También ella necesitaba intimidad con Gregorio. Thanda empezó una preciosa etapa de su vida, sanando heridas muy profundas y mirando de nuevo al horizonte con ilusión.

Después de matricular a sus hijas en la escuela europea de Uccle, buscó una casa que estuviera lindando con lo que él pensaba más bello y mágico de Bruselas, el hayedo «Foret de Soignes». Encontró una casita de dos pequeños cuartos y un salón con una gran chimenea en el pueblo de Hoeilaart, al lado del mágico hayedo. Una entrada con puertas de madera bajas y desvencijadas daba a un camino por donde se llegaba a la casa, a la que abrigaba un gran roble. La casa era de ladrillos pintados de blanco y puertas y contraventanas de madera pintadas de rojo pálido. Tenía una forma de L, y Thanda pensaba que eran como dos brazos dispuestos a abrazar a quien llegara. Por detrás había un garaje lleno de trastos. En una entrada de piedra rezaba una frase con letras de metal: «*les temps herreux*» (los tiempos felices), y sintió que era premonitorio. En un cuarto puso unas camas literas para sus hijas, en el otro una cama para él o para sus padres cuando pudieran visitarle. En el salón una mesa para comer y un sofá frente a la gran chimenea de piedra. Recogió cajas de madera de la calle y arregló libros de lectura, puso lámparas cálidas de sal del Himalaya y fotos de recuerdos entrañables. Colocó también sobre el marco de la chimenea una foto de la familia en los tiempos que estaban unidos, haciendo un fuego donde cocinar en la vida sencilla de Ukuzwana. No quería que la separación nublase el origen de amor de las vidas de sus hijas. Utilizaban el garaje para lavar y tender y como un taller de todo tipo de inventos.

Thanda prefería que nadie les ayudase así que organizaron un sistema de puntos: hicieron una lista de tareas, otras de «faltas y premios», y una de «precios» de actividades; imprimieron billetes de «Garapuntos» con sus caras y pusieron en una caja el «banco» de donde se pagaban los «salarios». Intentaba Thanda así, como si fuera un juego, hacerles sentir a sus hijas un sentido de responsabilidad en las tareas del hogar y una forma de disfrutar más de los premios, como ver una película proyectada sobre la sábana que colgaron del techo, por el deber cumplido.

Compró una furgoneta para poder viajar con ellas y descubrir lindos rincones de Europa, además de ir en las vacaciones hasta Madrid, pero a diario iba al trabajo en una bici que compró de segunda mano. Por su gusto por la naturaleza y los animales adoptaron un perrito al que llamaron Homeless, una gatita llamada Satia y un conejo al que llamaban Chaplin. Cada mañana desayunaban y caminaban hasta la parada del autobús escolar. Los acompañaban Homeless, que se quedaba a jugar en la casa de los vecinos, con otro perro con el que hizo amistad, y Satia, que iba trepando por los árboles. Thanda iba orgullosamente ataviado con su uniforme de médico bombero y la bici. Al subir sus hijas al autobús, que conducía un inmigrante asturiano con el que tenía unos breves saludos de afecto cada día, Thanda les seguía el primer kilómetro mientras sus hijas y sus amigas le saludaban y animaban. El sueño de sus hijas solas en un barco a la deriva, fue desapareciendo de sus pesadillas. Atravesaba el hayedo y llegaba a Audhergem y luego a la avenida de Tervuren y sus cinco kilómetros de paseo bajo grandes castaños, para llegar al barrio de la comisión donde ahora estaba su lugar de trabajo y su equipo de salud con compañeros que compartían el entusiasmo por el derecho a la salud. Comía el menú vegano y a veces se daba el premio de un mus de chocolate en las cantinas de la comisión. Volvía a casa en bici con la ilusión de estar con sus hijas, en su hogar. Daban cada día un paseo por el bosque con Homeless. A Thanda le gustaba traer ramas del bosque para adornar la casa de formas de la naturaleza. Un joven amigo de la familia, Jesús, becario en la comisión, les daba clases de piano, y Thanda cantaba con la guitarra muchas noches frente al fuego. Sentía que sí, luchaba por la felicidad de sus hijas y por un mundo más justo, como le guio la promesa con su padre, ya curado del cáncer. Sus hijas le daban inmenso cariño mientras aprendían idiomas y hacían amistades de muchos países, que venían a pasar fines de semana a aquella «casa del bosque». Estaba solo en su intimidad, trabajaba duro en esa jungla árida de palabras y burocracia, se esforzaba dos horas de bici cada día, nevara o lloviera, para mantener su «forma de bombero», se afanaba en las tareas del hogar, en ayudar a sus hijas con los deberes y en rodearles de un mundo mágico y acababa el día contándoles un cuento, pero tan agotado que a menudo no lo acababa y quedaba dormido antes que ellas. Fue el tiempo de su vida en que se sintió más bañado por la ternura.

XIX

TAPÁNDOSE PARA SER VISTOS

Chiapas, noviembre 2008

Nayra llevaba en su sangre la mezcla mágica de antepasados judíos rusos, católicos irlandeses, esclavos africanos, campesinos mayas e indios cheroquis. Nació en el pueblo de los brujos de Catemaco, en Veracruz, la orilla por la que el afán occidental de evangelización y dominio invadió las tierras, cuerpos y almas de sus pueblos ancestrales. Sus primeros años olían a las orquídeas salvajes de aquellos bosques y a los vahos con huevos y albahaca en las limpias espirituales. Atendió la escuela de ideas liberales de republicanos españoles exiliados inspirados en San Bartolomé de las Casas. A los pocos años se trasladaron a San Miguel de Allende por cuyas calles, parques y campos fue curtiendo su infancia de aventuras, casi siempre entre sus hermanos intrépidos y sus amigos. «Chamaca jiribilla» le decía su madre. También de sueños, de la protección del hogar y ternura de su madre y de la conciencia social y valentía de su padre.

Pronto sintió la espiritualidad por los mantras, y el yoga con su padre, alumno de Alan Watts y la *beat generation*, y muy a pesar de las monjas de la escuela católica que quisieron imponerle un nombre cristiano, Sofía, que sí, en su origen hebreo del saber, como NoLwasi en ndebele, reflejaba su introspección hacia un mundo espiritual y mágico que siempre le acompañó. Creció también inspirada por su padre en el inconformismo ante el sistema de poder y opresión, como la que durante su infancia escuchaba de la guerra norteamericana contra Vietnam.

Viajaron hacia el norte atravesando el desierto de Las Caracolas hacia Ensenada en el tren «la bestia». Iba cargado de emigrantes en su techo y entre los vagones, arriesgando sus vidas hasta el rudo norte de Chihuahua. Allí Nayra conoció el desgarro de las fronteras en las almas libres que no las entienden.

Finalmente llegó con su adolescencia a Berkeley, el rincón rebelde ante el capitalismo americano imperialista. Allí se forjaron por entonces los movimientos pacifistas frente a Vietnam, el espíritu social que acarició el movimiento hippy,

las ideas libertarias sazonadas de marihuana, la emancipación de negros y mujeres, los sueños de un mundo libre, justo y en paz.

Avanzó en sus estudios lejos de su familia, conociendo diferentes culturas y religiones, vendiendo helados y sirviendo cafés y sintiendo la magia de aquel reducto de ideas y libertad en el país más poderoso, y bélico, del mundo.

Pero la inspiración más fuerte al final de su adolescencia la fue descubriendo en el alzamiento zapatista, coincidiendo con su graduación. Fue alejándose del grupo de fiestas, punk y drogas que impregnaba la juventud de los noventa en aquella costa libertaria y despertando una conciencia social que tocaba las fibras que en su alma habían inspirado las conversaciones con su padre en la infancia. Le atrajo aquel valiente movimiento que se alzó primero contra la celebración de la conquista española, genocidio para los pueblos originarios de aquel continente, y luego contra la invasión del dominio del comercio y del capital explotador y destructor por el acuerdo comercial de Norteamérica, el NAFTA.

A su vuelta a México, coincidiendo con el asesinato del opositor Colosio, urdido por la mafia del poder de Salinas, descubrió en el desierto de Guanajuato, junto a sus hermanos, su alma guerrera. Fue entonces que el ejército zapatista de liberación nacional tomó diecisiete municipios de Chiapas demandando «democracia, libertad, tierra, paz y justicia» para los indígenas, y Nayra se sintió identificada con esa lucha.

Tal era su belleza que una agencia de modelos le invitó a viajar por el país grabando vídeos hasta que un día decidió romper con la banalidad y el narcisismo y puso rumbo al Chiapas maya y el Oaxaca zapoteco. Descubrió en los caminos entre pueblos humildes y conversaciones entre gentes sencillas, la belleza auténtica.

Volvió de nuevo a Berkeley para avanzar en estudios de arte y cine salpicados con estancias en pareja navegando en Indonesia y buscando compromisos con pueblos indígenas en Jalisco y en la Alta Verapaz. Se adentró realizando bellos y místicos documentales sobre los desaparecidos en Guatemala, las ceremonias huicholes en Jalisco y los feminicidios en Ciudad Juárez.

Siguió de cerca los Acuerdos de San Andrés entre el movimiento zapatista y el gobierno de México sobre Derechos y Cultura Indígena. Allí conoció y tuvo largas conversaciones con Raúl Vera, un ingeniero químico que, tras conocer el compromiso de los padres dominicos contra las multinacionales farmacéuticas, entró ya licenciado en el noviciado y se hizo religioso, ahondando en estudios de filosofía y teología en Italia. Tras ocupar diversos cargos dentro de la orden dominica en México fue nombrado obispo de Ciudad Altamirano, donde dejó huella por su dedicación a los pobres. Para mediados de los años 90, el obispo de Chiapas, Samuel, Tatik para los indígenas, se había convertido en un aliado del movimiento zapatista en su lucha por los derechos de los pueblos indígenas y había ocasionado tensiones entre la «dictadura perfecta» del poder político del

PRI y la poderosa, y aliada, conferencia episcopal en connivencia con el nuncio. Fue así que en 1995 Raúl recibió una carta del nuncio del vaticano en México por la que era trasladado como «obispo coadjutor» a San Cristobal de Las Casas. En la carta de nombramiento le decían que le confiaban aquella misión para «enderezar lo torcido». Su alianza con el obispo Samuel y los derechos de los pueblos indígenas indignó al nuncio y la conferencia episcopal. Cuatro años después le enviaron al otro extremo de México, en Coahuila.

El gobierno de México no respetó los acuerdos que firmó con el Ejército Zapatista de Liberación Nacional en los que se comprometía a otorgar derechos, incluyendo autonomía a los pueblos indígenas de México, y atender las demandas en materia de justicia e igualdad para los pobres del país. Nada de ello se recogió, como prometió el gobierno, en la constitución de 2001.

Cinco años antes los zapatistas se reunieron en San Cristóbal de las Casas para reflexionar su estrategia de dignidad y resistencia ante la política nacional y global basada en la hipocresía y la destrucción de la naturaleza. Nayra acudió a presentar un documental sobre desaparecidos en Guatemala. Viajó Raúl desde Saltillo. A la misma reunión acudió Aimsa, quien representaba a la red de eco aldeas pues buscaban alianzas con los saberes indígenas y con la resistencia a gobiernos corruptos sin espacio de autonomía.

Allí fue testigo Nayra del nacimiento de los Caracoles y las Juntas de Buen Gobierno (JBG) bajo el principio zapatista de «mandar obedeciendo» y, en autonomía del gobierno de México y del gobernador de Chiapas, vendidos al capital y a la corrupción. Pasaba así el zapatismo de la lucha y resistencia armada con retenes zapatistas contra el gobierno de México, a la «etapa del silencio», en defensa de principios de autogobierno y un sistema de justicia, salud y de educación, según sus principios y valores.

Entre Nayra y Aimsa surgió una amistad cómplice de ideas y trenzada en una misteriosa espiritualidad, como si sus destinos estuvieran ligados por una luz por descubrir. Aimsa hizo también una fuerte alianza con Raúl, a quien puso en contacto con Patxi y con Kevin, para la revolución necesaria en la Iglesia por la justicia y la naturaleza. Empezaron a escribirse con otro sacerdote díscolo en Buenos Aires llamado Jorge María, y con quien comenzaron a redactar un borrador de encíclica basada en la vida sencilla y en armonía natural de San Francisco de Asís.

Ya instalada en Berkeley y madre de dos hijos con un mexicano descendiente de exiliados chilenos y vascos, se fue adentrando Nayra en la realidad de los migrantes latinos en Estados Unidos a través de un trabajo en comunicación social del programa «Iniciativa de Salud para las Américas» en la Universidad de Berkeley. En aquel tiempo Nayra sentía el desgarro del desamor con el padre de sus hijos, la rabia contra el imperialismo en cuyo seno vivía y la inspiración del movimiento zapatista.

Nayra voló con sus hijos a Ciudad de México, la gran Tenochtitlán, le gustaba decir, y luego siguieron en autobús hasta Chiapas para empaparse del movimiento zapatista, que sentía puro y valiente frente al capitalismo que todo lo invadía, en especial en donde tenía ahora su hogar, en Estados Unidos. Quería que sus hijos también vieran otro mundo de menos comodidades y seguridades y más comunidad y compromiso.

Nayra había conocido a migrantes tzeltales en su trabajo en la Universidad de Berkeley y les había apoyado en su formación como agentes de salud en los valles centrales de California donde trabajaban en la recolección de hortalizas. Hizo especial amistad con una mujer joven promotora de salud formada por los zapatistas, Xochitl, quien le puso en contacto con su familia en el municipio autónomo rebelde zapatista de Libertad de los Pueblos Mayas, en la selva fronteriza, dentro de la Junta de Buen Gobierno «Hacia la Esperanza» y el Caracol «Mar de Nuestros Sueños».

Pasó tres semanas conviviendo en su vida sencilla mientras sus hijos jugaban con niños tzeltales conectados con la naturaleza. Pudo ver como aquellos pueblos valientes habían conseguido una casi total independencia de lo que llamaban «el mal gobierno» de los partidos corruptos y las alianzas con el poder capitalista. Ya habían formado miles de promotores en un sistema de salud primaria que integraba la medicina alopática y la tradicional y un sistema educación bajo el programa educativo «Organización para la Nueva Educación Autónoma Indígena por la Paz y la Humanidad». Además, habían conseguido establecer bodegas de abastecimiento que nutrían a cientos de tienditas comunitarias, cooperativas autónomas de café orgánico, de bordados y artesanías; una casa editorial y una estación de radio regional «Radio Insurgente, la voz de los sin voz».

Una mañana, tras atender tareas en la milpa, Nayra volvía con una hermana de Xochitl y otras amigas tojolabales, tzeltales y mames, y vieron como un grupo de aldeanos rodeaban al mítico subcomandante Marcos, con su rostro cubierto por un pasamontañas. Le estaban grabando un cuento para radio Insurgente. Nayra quedó fascinada por su forma de hablar y su voz serena y firme. Al acabar la grabación, Nayra, quien sacaba más de una cabeza a sus amigas mayas y no pasaba desapercibida, se acercó al subcomandante:

– Buen día, camarada, me llamo Nayra, soy de Veracruz, soy cineasta y he hecho documentales sobre situaciones de injusticia. Ahora vivo y trabajo, apoyando a migrantes mexicanos en California. Estoy aprendiendo de las formas de organización zapatista y de su profunda sabiduría sobre la naturaleza y la salud. Les he leído tu «Historia de los colores» a mis hijos, y lo estamos promoviendo entre los hijos de migrantes mayas en California. Sigo tus ensayos, escritos y declaraciones con interés. Me pareces valiente y justo.

Nayra hablaba directo a todas las personas, aún con una voz dulce y una mirada tierna. El subcomandante quedó atento a la mirada de Nayra.

– Encantado, Nayra. Me alegro que te gusten y que se lean fuera de Chiapas también.

Nayra sabía del supuesto nombre original, Rafael Sebastián, y de los rumores de su historia antes de taparse la cara. Decían que nació en Tampico, se hizo doctor en filosofía, profesor, incluso dependiente un tiempo en El Corte Inglés en Barcelona y desde 1992 luchador contra el NAFTA.

– Dime Marcos.

Nayra no gustaba de decir ni reconocer ningún título a nadie

– ¿Por qué dijiste al inicio del NAFTA que ojalá los mexicanos pudieran levantarse una mañana sin la necesidad de una máscara para vivir y amar? ¿Cuál es esa máscara?

– La de competir produciendo, competir consumiendo, competir viviendo y para ello usar disfraces que nos permitan subir los peldaños de la jerarquía y del poder.

–Pero tú eres parte de una jerarquía, eres «subcomandante». Y además llevas máscara, ¿no? –dijo Nayra.

– Sí, pero para servir. Y lo dejaré de ser cuando dejen de insistir que lo sea. Intento ser el vocero de este pueblo digno, noble y valiente que se cansó de servir al poder. Pero no quiero ningún privilegio y ningún protagonismo. También por eso oculté mi origen, mi identidad, me alejé de mi familia, quemé mis títulos, y me tapé la cara para que así, paradójicamente nos vieran. Antes éramos invisibles. Soy uno más del movimiento, Nayra, te lo aseguro, ese es mi sentir.

Nayra supo que tocó una fibra sensible y contradictoria, pues sí sentía cierto afán protagonista en ese hombre culto y guerrero, sensible y valiente.

– Dime: ¿consideras que es marxista el movimiento zapatista?

– Ya lo dije a menudo, Nayra, y desde nuestro levantamiento: nuestro Ejército Zapatista de Liberación Nacional no es marxista, aunque sí que es anticapitalista. Realmente no nos encasillamos en ninguna ideología ni proponemos una solución global a todos los problemas que enfrentan los desposeídos. Sí que me inspiran Zapata, quien rehusó al poder, y el Che, quien lo hizo al poco tiempo del triunfo de la revolución cubana.

– ¿Eres revolucionario o rebelde?

– Nayra, intento ser rebelde. Los revolucionarios transforman las cosas desde arriba, tomando el poder y desde arriba intentan cambiar las cosas. El rebelde anima a las masas y va transformando desde abajo, sin necesidad de la toma del poder.

– ¿Entonces no estás de acuerdo con la revolución cubana o la sandinista?

–Cada momento, cada historia y cada grupo de personas tienen sus motivos, sus necesidades, sus estrategias.

– ¿Y dime, eres pacifista?

– Mi paz es la justicia, Nayra.

Por entonces ocurrieron dos hechos que hicieron tambalearse el equilibrio del poder: la especulación económica global llegó a tal extremo que empezaron a colapsar bancos financieros que se enriquecían de supuestas garantías sobre seguros y sobre fondos inexistentes. Comenzó por el colapso de Lehman Brothers y siguieron los de otros grandes bancos de inversión. También por entonces se celebraron las elecciones en Estados Unidos y ganó, con un discurso de justicia social, un joven senador mulato llamado Barack Obama.

– Marcos, ¿te produce esperanza el colapso de los bancos financieros y la elección de Obama en Estados Unidos?

– Temo que el poder rescate con dinero de los ciudadanos al entramado en el que están bien anclados sus intereses y sus aliados. Respecto a Obama, su discurso es poético, pero no es nada más que un capitalismo edulcorado, disfrazado de compasión y caridad. Temo que todo siga igual, Nayra.

– Dime, Marcos, ¿cómo puedo ayudar a vuestra causa?

– Nayra, si quieres ven en febrero del año que viene, marcharemos por todo el país para acabar tomando el zócalo en la Ciudad de México. Será una marcha pacífica por los derechos ignorados y aplastados de los pueblos indígenas de todo México y el mundo, por los desaparecidos, por los migrantes, por los pobres, por la esperanza.

– Será un honor, Marcos.

Así se despidieron, el subcomandante se subió a su caballo y siguió cabalgando por esa Galia frente al imperio, ese reducto de libertad y dignidad, que inspiraba esperanza a tantos otros.

Nayra completó las tres semanas aprendiendo de los valores, la sencillez, la armonía con la naturaleza, a los mayores, el esfuerzo para no someterse al poder del mercado enajenante, de los partidos manipulantes, del progreso contaminante, el respeto a los antepasados, su sabiduría y su legado, y la progresiva paz serena y digna, en «su ruidoso silencio», el de la voz de los humildes no sumisos.

La mágica mezcla de razas brillaba en una belleza indescifrable e hizo temblar a muchos corazones. Alta, figura entre atlética y grácil, pelo azabache y largo que recordaba a Pocahontas, la malinche del norte, un rostro de rasgos lineales suaves, una tez de blanco irlandés sembrada de pecas del sur, una mirada entre desafiante y mística, a la vez tierna e intrépida, y unos labios suaves que casi siempre alumbraban una luminosa y desconcertante sonrisa.

XX

JUGANDO A SER DIOS

Bulililamangwe, abril 2009

Ya llevaba Buhleve siete años dedicada en cuerpo y alma a los pacientes en Ukuzwana. Su relación con Elías había ido consolidándose en una bella armonía de almas, de complicidad de ideas y de alianza profesional. Elías trabajaba entre Brunapeg y Ukuzwana y fueron dándole nueva vida familiar a la pequeña ermita que Jonay y Aimsa con Nour primero, y Thanda y Cristina con Ángeles y Daniela después, habían impregnado de amor.

Buhleve estaba convencida que no podría concebir después del daño que sufrió por Smuts. Era tal su temor en su intimidad genital, que cuando tuvo sus primeras relaciones, deseadas, con Elías sentía dolor, se contraían sus entrañas y no podían sentirse mutuamente en plenitud. Elías sentía tal admiración y pasión por ella que le fue dando ternura y, aun sin poder hacer el amor, se acostumbraron a pasar noches enteras abrazados en «cuchara». La ternura de Elías fue derritiendo la coraza de Buhleve y unos meses después llegaron a consumar su unión. Fruto de ello, Buhleve quedó embarazada y Elías pidió a la misión cubana permanecer en el país por su situación familiar.

Cuba tenía un sistema tan solidario a través de sus miles de médicos en los rincones más remotos del mundo, como rígido en normas y disciplina, curtido en una constante lucha contra amenazas reales y figuradas contra sus sufridos esfuerzos revolucionarios, como la constante difamación de su labor por el aparato de propaganda de Estados Unidos. Inicialmente el jefe de la brigada de médicos cubanos en Zimbabue le contestó que debía cumplir su deber y volver a Cuba tal y como constaba en su contrato y tal y como esperaba su familia, y que si no volvía como debía, le retirarían el derecho a regresar a Cuba en ocho años. Buhleve recordaba cómo Jonay les contó la conversación de Fernando con Aleida Guevara en La Gomera sobre el equilibrio entre la libertad de cada persona, cada

cubano, y el compromiso de contribuir al servicio público y el bien común, por el cual tanto Fernando como Elías se habían hecho médicos.

Haka, quien había conocido al jefe de la brigada cubana en una reunión de Sibithanda en Bulawayo, fue a hablar con él. Se llamaba Pedro y era un hombre campechano, con mirada aguda pero dulce, nariz aguileña, barba a medio crecer y cabello canoso a medio peinar y un poco pasado de peso. Quedó con él para cenar en el restaurante «*Cape to Cairo*».

-Pedro, gracias por aceptar la invitación, necesito hablarte de un tema personal, por si me puedes ayudar.

- Desde luego, Haka. Tienes todo mi respeto en tus luchas por causas justas y haré lo que esté en mi mano.

- Quizás ya sabes que mi hija Buhleve es la médico responsable del hospital de la misión de Ukuzwana.

- Sí, sé de ella, y de su libro *Donde no hay especialista*, que es muy apreciado por todos nuestros cooperantes en el país.

- Me alegro por vuestro aprecio. Es una mujer valiente y comprometida por el derecho a la salud. Durante mi último viaje luchando contra las tramas de tráfico de niños en Mozambique, Buhleve me acompañó gracias a la sustitución del doctor Elías, del hospital de Brunapeg. Durante ese mes Elías ha dejado una huella muy humana y profesional en Ukuzwana.

- Así son todos nuestros internacionalistas, Haka, entregados a salvar vidas, el propósito con que Fidel fundó nuestro «ejército de batas blancas».

Haka hizo una pausa. Había una clara nobleza en el movimiento internacionalista de Cuba por todo el mundo. Era el país con más médicos por población y con más médicos cooperantes en el mundo, una respuesta y claro contraste con el país que no cejaba de difamarlo y bloquearlo, los Estados Unidos, que llenaba el mundo de bases militares, misiles y soldados. Con lo que se sentía incómodo era, cuando Cuba y otros países, ideologías, religiones y grupos, expresaban mitomanía: como a unas pocas personas se dirigían la mayor parte de las referencias y las glorias. A esos pocos se atribuían hechos o de forma exagerada o que correspondían realmente al sudor anónimo de muchos otros, olvidados por la historia. Además, en su vida no dejaba de descubrir héroes anónimos y gigantes con pies de barro.

- Pues no solo va mi admiración por ellos, Pedro, sino también puede que sean parte de mi familia. Buhleve y Elías se han unido en un amor muy puro y esperan un hijo.

Haka notó tensión en la actitud corporal y en la expresión del rostro de Pedro.

- Haka, Elías es hijo de revolucionarios y sabía que acaba sus cuatro años de misión en dos meses y su obligación es volver a Cuba para servir como médico entre sus hermanos.

- Pedro, creo que él lo sabe y es muy fiel a los principios de la revolución, pero creo que la razón no domina el amor, ni debe hacerlo.

- Pues lo siento hermano, pero Elías debe volar en cinco meses a Cuba para cumplir con su compromiso. Buhleve puede volar y se pueden casar y vivir allí. O si lo deciden, pedir un visado para viajar fuera.

- Pedro, eso es muy difícil. Buhleve no debe volar en su estado. Sufrió secuelas del terror en Sudáfrica y el embarazo es delicado. Si Elías se va obligado, romperíais por la distancia el apoyo mutuo tan necesario en estos momentos. Además, tú sabes que no es fácil que concedan el visado a los médicos para irse de Cuba.

- Lo siento, Haka. Son las normas y yo las debo hacer cumplir. Es el deber revolucionario, que está por encima de las necesidades o situaciones individuales. Si no cumple con su deber se le retirará el derecho de volver a Cuba en ocho años.

-Los padres de Elías están mayores. Su padre tiene diabetes y ha sufrido ya del corazón. Elías querrá ir a verlos, a cuidarles. Tendrá que cuidar de sus padres y de su esposa y de su hijo, Pedro. Es natural, humano y justo.

- Lo siento, Haka, debe volver a Cuba. Allí seguro que se considera su situación.

- Pedro, ese es el problema, y eso os pierde: la revolución no puede estar «por encima de las personas», sino para servirlas. Las personas, sus historias, sus anhelos, sus sueños, su inmensa capacidad de amar y de servir, eso es lo que importa.

- La revolución tiene muchos enemigos, Haka. Espero que tú no seas uno de ellos.

Pedro cambió su mirada, era severa; y su voz se hizo más grave y firme. Estaba claro que hablaba el Pedro soldado obedeciendo normas.

-Voy a hablar con vuestro embajador, Pedro. Lo hago por mi hija, su esposo ahora, y mi nieto. Nada contra de la revolución, sino por las personas. Y créeme si te digo que he defendido en muchos foros y situaciones las nobles ideas de la revolución y su solidaridad internacional como algo bello y justo. Pero todo se derrumba si es por imposición, Pedro.

Timothy Stamps ya no era ministro, estaba retirado con su gran familia, daba conferencias, algunas fuera del país, y aún hacía algunas guardias en centros de salud. Había escrito unas memorias en las que Haka colaboró en un capítulo donde Stamps se atribuía la lucha contra el tráfico de niños con Sudáfrica. No le importaba a Haka, de hecho, prefería ocultar su identidad casi siempre, pero le entristecía el afán de vanidad que provocaba toda situación de poder o privilegio.

Le escribió contándole la situación de Elías, pidiéndole que intercediera ante la embajada en Cuba para la extensión de su misión y su asignación a Ukuzwana. Adjuntaba una carta de Patxi sobre tal solicitud. Stamps le respondió con afecto y le dijo que hablaría con el embajador de Cuba, con quien tenía amistad. Dos semanas después Elías recibió un mensaje de Pedro diciéndole que de forma excepcional se atendía su solicitud de prolongar su estancia en la brigada médica durante un año debido a las razones familiares expuestas. Se le decía también que, a petición de la misión, se le asignaba al puesto de oficial médico en la misión de Ukuzwana.

Buhleve le insistió a Haka y Helen para que fueran a Ukuzwana el fin de semana, con el camión del maíz que volvía de Bulawayo. Haka aceptó y se guardó las buenas nuevas para compartírselas en persona.

Patxi preparó una celebración para el cumpleaños de Haka y de Adam, pues cumplían el mismo día, el veintitrés de enero. Haka ya tenía setenta y ocho años y se había ido haciendo más notorio su temblor y cierta dificultad al andar. Adam tenía dieciséis años y terminó precoz la escuela para aprender el mundo mágico de los espíritus y la naturaleza con su madre, NoLwasi. También pasaba temporadas inventando artilugios con Joseph, el último de ellos *inyoni-enkulu* solar. Unai aún tenía once años y su mayor afición era escalar *kopje*s y otear horizontes, le gustaba el silencio y casi siempre mostraba una suave y cálida sonrisa. Prepararon *sadza* y chomolia y un guiso de sorgo con pimientos, todo de su huerta. Coincidió que volvía de Johannesburgo Thandiwe, ya con veinticinco años, quien, siguiendo los pasos de Buhleve, había hecho allí la carrera de medicina y la especialidad, en su caso, de medicina interna y enfermedades infecciosas. Nothando, ya con 19 años estudiaba música y filosofía en Bulawayo, donde vivía con Joseph.

En la cena, Haka anunció a Buhleve y Elías las buenas noticias de su extensión y su destino en la misión. Buhleve ya estaba de tres meses y no pudo contener las lágrimas de emoción. Elías le agradeció sus esfuerzos a Haka, sabía que no habría sido fácil. Buhleve le dijo que después se irían los tres a Cuba. Haka sintió un frío en el pecho. Thandiwe dijo que ya había terminado su especialidad y que estaba preparada para volver a la misión donde podría sustituir a Buhleve después de aprender con ella las cirugías y obstetricia de urgencia que, como internista, no había practicado. Patxi sintió que la vida seguía fluyendo en Ukuzwana y ofreció una oración de gratitud en ndebele:

– «*Mukhulumkulu, Padre y creador de todo, desde esta humilde misión te damos nuestro agradecimiento por la vida, nuestro profundo amor de hijos. Hoy te queremos demostrar nuestra profunda alegría por estar juntos y sentirnos como una familia celebrando en especial las vidas de Haka y de Adam, que tanto amor nos dan. Sabemos que Jonay, Aimsa, Nour, Thanda y su familia desde tierras lejanas, nuestra querida Anwele y tantos hermanos ya a tu lado, estarán hoy también sentados a nuestra mesa. Te queremos ofrecer*

nuestros esfuerzos, en los campos, en los estudios, en la misión, en las aldeas de Sibithanda, en la aventura del descubrir, en el mar del amar a los demás; donde nos lleve la vida, danos siempre la fuerza del amor a la vida para transmitirlo a nuestros semejantes».

Haka tenía quince años cuando su tío Patxi bendijo la comida en el último cumpleaños del abuelo Agustín que celebraron juntos en familia. La oración que acababa de escuchar era un eco de aquella hacía más de sesenta años en un valle navarro. Patxi apenas tendría seis años entonces. Haka se preguntaba, ¿cómo podría haberle impregnado tanto el alma aquellas palabras que salían, en ndebele y moldeadas por los tiempos, lugares y personas, pero con la misma forma, luz, sentido y energía? ¿Sería cierto que todos eran la misma energía?

Thandiwe se quedó dos semanas con Buhleve y Elías, aprendiendo cómo hacer medicina con muchos menos medios que el hospital universitario de Johannesburgo, mucha más necesidad y poniendo en ello todo el corazón. Tal y como Jonay enseñó antes a Thanda, Buhleve le enseñó a Thandiwe como hacer cesáreas, histerectomías, laparotomías, amputaciones y hasta craneotomías, para que no sintiera miedo a las emergencias quirúrgicas. Thandiwe les compartió los últimos conocimientos de los tratamientos del SIDA y otras enfermedades infecciosas.

Una noche, después de cenar en casa de Patxi, estaban los tres en el porche del hogar-ermita y Buhleve les confió una preocupación:

- Elías, Thandiwe, estoy preocupada por mi padre. Creo que tiene signos de Parkinson. Es tan estoico que no quiere ir al médico pues dice que hay muchos otros que no pueden ir. ¿Le podéis ver mañana antes de que se vuelva a Bulawayo?

- Claro, mañana mismo le vemos -dijo Thandiwe.

Elías afirmó:

- De hecho, os tengo que compartir algo que me inquieta: he visto unos cinco casos parecidos al Parkinson en el último mes. También he notado un aumento en el cáncer en nuestro distrito. Estando en Brunapeg he visto en menos de un año más de diez casos de linfomas no Hodgkin. Hice biopsias de ganglios y de médula y no tengo dudas. Los mandé al laboratorio en Bulawayo y aún no me han dicho nada. Solo tengo ciclofosfamida y prednisona y estoy tratándoles, pero tres ya han fallecido. Fui a sus funerales. Aquí en Ukuzwana he visto ya dos enfermos con ese tumor en tan solo un mes. Ayer fui al funeral del último, una joven de cuarenta años. Noté algo que ahora me doy cuenta también vi en las otras casas de pacientes que fallecieron: había varios cubos de plástico con un letrero que decía: «*round-up*». Noté también campos de maíz muy crecido y muy uniforme, con la tierra totalmente libre de otras hierbas.

Elías le convenció a Haka para investigar su temblor. Vio que era típico del Parkinson, que tenía un poco de rigidez en los músculos por el «signo de la rueda dentada» al extender sus brazos y piernas, y dificultad en la marcha. Había conseguido «levo-dopa» y le dio dosis para un mes, pero Haka estaba reacio a tomarlo. Elías le explicó la situación a Buhleve. La noche antes de que volvieran Haka y Helen a Bulawayo, Buhleve habló con su padre:

-Aita, ya te dijo Elías que tienes signos de Parkinson y que puedes mejorar con la medicación que ha conseguido.

- Hija, yo ya estoy mayor y he tenido mi dosis de buenas aventuras. Además, casi ni noto el temblor y ando más lento, pero así observo todo mejor -dijo como bromeando, pero observó que Buhleve no sonreía.

- Aita, no seas testarudo. Si no lo haces por ti, hazlo por mí. Eres la persona más importante de mi vida y te necesito fuerte y a mi lado, más ahora que nunca.

Lo dijo mientras se acariciaba su inminente vientre grávido

- Además, querrás llevarle a algunas aventuras a tu nieto, ¿no?

- Lo pensaré, hija.

- Hay otra razón, Aita. Elías ha estado notando más casos de Parkinson y también de un tipo de linfoma. En varias casas de pacientes que han fallecido por el tumor, ha visto que están usando una substancia que llaman «*round-up*». ¿Puedes investigar si hay alguna relación y qué puede estar pasando?

- ¡Claro! Aún tengo fuerzas y corazón para unas cuantas luchas, hija.

-Pero hazlo tomando la medicación que te dijo Elías, ¿vale? Por mí, por la lucha y por tu nieto. ¡Y sobre todo por ti!

Haka investigó en internet, en la biblioteca pública y por emails con Aimsa. Por conversación de Skype fueron conociendo las raíces de una red de envenenamiento mundial, tan poderoso que nadie la podía parar. Tras saludar con cariño a Jonay y Nour, se quedó hablando con Aimsa:

- Aimsa, ¿pudiste averiguar cuál es la compañía propietaria del herbicida glifosato, de nombre comercial «*round-up*» y a que se dedican aquí en Zimbabue?

- Sí, Haka. Hice una búsqueda y hablé con activistas aquí en Estados Unidos que saben de sus tentáculos: la compañía se llama Monsanto. Lleva tres años expandiendo sus ventas en la región del sur de África. En su página web se definen como una compañía de «ciencias de la vida» y defienden como noble su esfuerzo de investigación y desarrollo de productos para «cubrir las necesidades actuales y preservar el planeta para el futuro».

- ¿A qué se han dedicado?

Antes del glifosato, esos «ángeles guardianes» de las necesidades de la humanidad, habían desarrollado para el ejército americano detonantes químicos para la bomba nuclear que quemó las vidas de millones de japoneses en Hiroshima y

Nagasaki y el agente naranja que arrasó medio millón de vidas y dejó malformaciones a otro medio millón de niños en Vietnam. Monsanto también producía bifenilos para refrigeración, poliestirenos para envases de alimentos, DDT como insecticida y dioxinas como pesticidas, todos con efectos cancerígenos. La compañía entró en el mundo de la alimentación desde sus inicios produciendo sacarina, como sustituto del azúcar en la Coca Cola; aspartamo como edulcorante en miles de alimentos industriales y una hormona, somatotropina, para aumentar la producción de leche de las vacas, todos ellos también con evidencia de efectos de aumento de cáncer desde hacía varias décadas. A pesar de tanta evidencia, sus productos seguían comercializándose en muchos países y eran consumidos por miles de millones de personas.

- ¿Por qué se permiten esos venenos?

- Las personas con las que he hablado, que hacen campaña contra Monsanto, me han dicho que tienen comprados a senadores de ambos partidos, incluso a Obama. Financian sus campañas electorales y están convencidos que promueven «ciencia americana» para «salvar a la humanidad».

- Y dime, ¿cómo han ido promoviendo la manipulación genética?

- De sus fases de producción de edulcorantes, pesticidas, armas, plásticos y hormonas, pasó, desde los años 80 a su afán, casi obsesivo, por los organismos genéticamente modificados. En sus primeras manipulaciones genéticas en los laboratorios en los años 70 cortaban genes de un organismo y los pegaban en otros. Se fueron probando manipulaciones de semillas y Monsanto fue convirtiéndose en el dueño casi absoluto del mercado mundial de semillas transgénicas. Con el objetivo de hacer cosechas resistentes a virus, a antibióticos o modificar su composición grasa, se fueron manipulando diferentes semillas.

- ¿Y qué tiene que ver con el glifosato, Aimsa?

- La manipulación más importante que hizo que con el fin del siglo Monsanto fuera un casi monopolio mundial de semillas fue el desarrollar semillas resistentes a su más feroz herbicida, el glifosato. Mataban toda vida que no fuera la semilla modificada.

- Gran negocio mientras destruyen la naturaleza.

- No solo eso. El tercer elemento para hacer a más de mil millones campesinos en el mundo dependientes de ese gran «negocio de la vida» fue hacer que dichas semillas fueran estériles, y así las plantas que crecían no generaban semillas fértiles y los campesinos dependían del perverso negocio.

- Son realmente como agujeros negros de la vida, sin fluir, sin reciclarse. Todo, de nuevo, por la avaricia de unos pocos.

- Así es, Haka. «La luita continua».

-Claro, Aimsa. Y tu ayuda es esencial. Dime, ¿has podido investigar sus redes de alianzas y de influencias?

– Te mandaré unos documentos que te he preparado por email.

Aimsa había hecho un rápido análisis de las redes que dominaba Monsanto, sus inversiones en negocios, seguros y derivados, su financiación de políticos (republicanos y demócratas), sus lobbies y fondos para influir de forma corrupta en otros países, las redes con otras grandes empresas de «ciencias de la vida», sus patentes y los juicios que habían conseguido acallar por sobornos o por indemnizaciones. Le fue enviando esquemas, diagramas, gráficos de los tentáculos de Monsanto. Estaba ligado al mismo capital que se enriquecía de las patentes de medicamentos, de la industria militar, del tráfico de diamantes, de tanto sufrimiento humano. Supo por Rob que hasta la «benévola» filantropía de Gates, abanderando también la lucha contra el hambre mediante harinas fortificadas por minerales, bien ligado a excedentes transgénicos de Estados Unidos, estaba negociando adquirir acciones de Monsanto. También había otro vínculo que, al intuirlo, le produjo escalofríos: la manipulación de los genes humanos. De nuevo Aimsa volvía a ver las raíces y redes del mal interconectadas. Esta vez, «jugando a ser Dios», alterando la misma base de la vida.

Haka mejoró algo con la levodopa que le prescribió y consiguió Elías y se puso a investigar la trama de Monsanto y su veneno de glifosato en Zimbabue. Volvió a sacar a su «rocinante», su BJ40, ya recuperado de su «fiebre» desde su aventura con Buhleve en el racista Orange Free State. Esta vez no necesitaba esconder su Makarov.

Antes de irse de Ukuzwana la semana anterior, tuvo una conversación con Patxi, de la que aún su alma hacía eco:

– Haka, *Anaya* (hermano en vasco), como dice la canción de Pablo Milanés, «el tiempo pasa y nos vamos poniendo viejos».

– Yo sí, Patxi, ¡tengo unos cuantos más años que tú, pero tú estás hecho un chaval!

– No te creas, *Anaya*, ya he cumplido setenta y no tengo las mismas fuerzas. Te confesaré que me cuesta seguirles el ritmo a los chicos e incluso a NoLwasi. Me admira tu fuerza y valentía, Haka, siempre intentando luchar contra lo injusto, pero cuídate por favor, te lo digo con el «egoísmo del amor»: eres muy importante para mí.

– Y tú para mí, Patxi. De no ser por ti aún estaría clandestino y nadando en el odio del que me rescataste.

– No te culpes, *Anaya*. Todo lo que has hecho en la vida, sé que lo has hecho por causas justas, contra fuerzas oscuras. Pero cuídate, ya nos van fallando las fuerzas. Ven más temporadas aquí a la misión, a pasear, de ahí tu nombre «Hamba-kashana», y a compartir tertulias, recuerdos, sueños y darles el legado a estos jóvenes llenos de fuerza. Mira que belleza y nobleza en Buhleve, en Thandiwe,

en Nothando y Joseph, en Adam, Unai, y lejos Nour, Saidu, Moyes, Ángeles, Daniela… nos sigue una linda ola, podremos irnos tranquilos.

- Patxi, cuando rezaste la otra noche, casi repetiste la oración del tío Patxi hace más de sesenta años en el caserío. ¿La habías memorizado?

- Qué va. Ni la recuerdo. Solo tenía seis años. Me quedé impactado por la imagen del tío, ¿recuerdas? Llevaba una sotana gris muy prieta. Recuerdo también al abuelo en su silla de ruedas mirarle emocionado y abrazarle después de la oración. Y a todas las tías también emocionadas. Creo que ese día llegó una luz especial a la familia. Por lo menos a mí. Solo recuerdo una palabra de la oración del tío: «semejantes».

- Sí, Patxi, y a ello has dado tu vida, al amor a los semejantes.

- Lo intenté, Haka, aunque con muchas torpezas, y a menudo egoísmos. Pero es por esa palabra que ahora estoy teniendo dudas y reflexiones internas que me provocan cierta inquietud.

-Cuéntame, *Anaya*.

- Hace unos meses recibí una carta preciosa de Aimsa, por la que me ponían en contacto con un cura de México que se llama Raúl. Con él, otro jesuita de Buenos Aires llamado Jorge María y con Kevin, estamos hablando mucho sobre la armonía del alma humana con la naturaleza como la que inspiró San Francisco de Asís. Nos preocupa mucho el cambio climático por el daño que ha hecho el hombre a la naturaleza. Nos equivocamos durante dos mil años de religión mirándonos al ombligo humano, creyéndonos superiores y creyendo que la naturaleza estaba a nuestro servicio. Fíjate lo «libre» que ya me siento de las cadenas de la religión, como tú me solías decir, que hasta creo que Jesús no estuvo muy consciente de ello y del respeto que debemos tener a otras formas de vida, tan valiosas como la nuestra.

- Así es, Patxi. De hecho, estamos ahora preocupados: Elías ha estado notando un aumento de enfermos con cáncer y en algunos de los que han fallecido ha visto que en sus «*kraals*» están usando un herbicida que llaman «*Roundup*». Vamos a investigar si hay alguna relación entre esa sustancia y el cáncer, y qué hay detrás de ello. Aimsa está investigando y enviándonos información.

- Otra aventura para que te entregues con pasión, *Anaya*. Nos da mucha fuerza sentir tu valentía. Solo te daré un consejo, aunque sea tu hermano menor.

- Menor en edad, mayor en bondad.

- En eso te equivocas y no lo pienses así. Todos tenemos bondad y fluye de diferentes formas. Lo que te pido es que en la lucha uses el amor, no la violencia, salvo si te tienes que defender. Sabes que ha sido con la verdad y sabiendo cómo desvelarla, que has conseguido vencer en muchas batallas.

Con su inconfesada sensación de fragilidad por el Parkinson y su avanzada edad, y por aquella conversación profunda con Patxi, Haka envió una carta a los

mandos de ETA, a través de antiguos compañeros que sabía seguían en la lucha armada. Les hablaba de la fuerza de la verdad y de la paz, de la objeción de conciencia y fiscal, del ejemplo de Gandhi, de la unión de los pueblos del mundo sin nacionalismos, patrias ni fronteras y de la necesidad de destruir todas las armas en el mundo, empezando por las propias. Acto seguido fue al taller de Joseph donde fundía metales y los transformaba en inventos. Allí fundió su Makarov. Le pidió a Joseph que la transformara en una cruz con relieves de hojas de pájaros tejedores. Sintió un profundo alivio en su corazón.

Elías visitó de nuevo los *kraals* donde fallecieron los pacientes con linfoma y los que estaban siendo tratados. Eran un total de doce. Todos estaban en el sur de Bulililamangwe. En todos ellos había maíz más alto y homogéneo, y todos dijeron estar usando lo que llamaban «fertilizante» de la marca *round up*. Se lo vendieron, junto a semillas Roundup+ unos jóvenes ndebeles que vivían en Soweto y habían traído los productos en sus viajes para ver a sus familias. Al año siguiente traerían nuevas provisiones de fertilizante y de semillas pues los granos del maíz que creciera, no germinarían. Se acababa en cada cosecha el ciclo de la vida. Les hacían dependientes de aquel negocio, del que en Sudáfrica ya eran dependientes casi todos los campesinos.

Haka investigó por todo el sur de Matabeleland e identificó más de trescientos *kraals* que estaban utilizando *Roundup* y las semillas transgénicas. Era la combinación letal: uno mataba toda otra forma de vida y la otra dominaba sobre cualquier forma que pudiera sobrevivir o incluso los cultivos cercanos. Era la eugenesia de Hitler aplicada a la naturaleza y vendida como supuesto avance de las «ciencias de la vida».

Investigó también el marco legal: Sudáfrica había cedido a los intereses de grandes plantaciones, aún muchas en manos de blancos «*afrikáners*», muchos de ellos racistas. Monsanto dominaba el mercado de semillas y herbicidas. Esa perversa compañía y las asociaciones de grandes productores alardeaban que habían doblado el rendimiento de diez a más de veinte toneladas de maíz por hectárea. Debido al bloqueo que el Reino Unido y Estados Unidos ejercían sobre el dictador Mugabe, más bien por su presión en expropiar tierras a los terratenientes blancos –«*rodhesians*», que seguían dominando la economía y las plantaciones de tabaco, el dictador se había opuesto a que Monsanto entrara en el país. El rechazo de Mugabe incluyó el de ofertas de los Estados Unidos de «ayuda alimentaria» con excedentes de su maíz transgénico. Mugabe, henchido de orgullo herido, rechazó tal ayuda como injerencia «imperialista» y desde entonces había mantenido, por razones políticas, un bloqueo a la importación de semillas y de alimentos transgénicos.

El candidato de la oposición a Mugabe, Morgan Tsvangirai, ganó la primera vuelta de las elecciones el año anterior y renunció a presentarse a la segunda ronda por alegaciones de corrupción y campañas de intimidación de las tropas

de Mugabe asesinando a más de doscientos simpatizantes del partido de Morgan. Por mediación de Sudáfrica se acordó un gobierno de unidad con los enemigos compartiendo el poder, Mugabe seguiría, tras ya más de cuarenta años, siendo presidente, y Tsvangirai primer ministro. En esa mediación se hablaron de muchas otras cosas, y coincidió que Zimbabue comenzó a importar maíz transgénico sudafricano, aunque aún mantenía el veto al cultivo de semillas transgénicas dentro de sus fronteras. Hacía un mes que Tsvangirai había sufrido un accidente de coche yendo a su pueblo natal en el que falleció su esposa Susan. Considerado como un héroe contra el dictador Mugabe, fue recibido por Obama en la Casa Blanca. A su vuelta empezó a abogar por la legalización de transgénicos en Zimbabue.

Así se fueron entreabriendo las puertas a Monsanto. Se aceptaba la importación de maíz transgénico sudafricano y de Estados Unidos. Monsanto fue reduciendo, ante la presión de varios años de vía campesina y otras redes globales de agricultores, la comercialización de sus semillas «*terminator*», de plantas estériles. Empresarios de Monsanto animaban a los migrantes de Zimbabue a introducir el paquete letal de *Roundup* en su vecino del norte.

Por entonces, Elías le dijo a Haka que un pequeño granjero de sesenta años de edad, Nobantu Tshuma, enfermo de linfoma no Hodgkin había fallecido. Haka acompañó a Elías al funeral. También asistió Buhleve pues conocía de su infancia a la familia, de un *kraal* cercano. Al funeral asistió el hijo, George Dube, que trajo el *Roundup* durante sus últimas visitas. Tras el funeral y después de dar el pésame, Haka se dirigió a George:

- George, me llamo Haka y vengo de la misión de Ukuzwana, siento mucho la pérdida de tu padre.

- *Liyakuthanda*, Haka. Gracias por todo el cuidado que le habéis dado a nuestro padre. Sé que el doctor Elías hizo todo lo posible por salvar su vida.

- Así es, George. Te quería compartir una preocupación y preguntarte algo al respecto.

- Dime, hermano.

- He sabido que has estado trayendo semillas y bidones de Roundup para ayudar con las cosechas de la familia.

- Sí, y en los últimos dos años hemos doblado así la cosecha de maíz y de sorgo.

- Pero, George, debes saber que hay sospechas de que el Roundup, además de matar todas otras formas de vida, excepto las de las semillas transgénicas, también pueda causar enfermedades en las personas.

- Eso no es cierto, Haka. En Sudáfrica lo utilizan casi todos los granjeros y han aumentado sus cosechas y su bienestar. Hasta en este miserable y atrasado Zimbabue del que tenemos que emigrar los jóvenes, les tenemos que comprar

maíz a Sudáfrica para poder sobrevivir. Si pudiera, habría traído más para tener más ingresos y poder haber llevado a mi padre a hospitales modernos en Egoli donde, sí, le habrían salvado la vida.

- En varios países se ha visto que ese negocio rápido acaba costando más dinero a los granjeros, George, pues hay que comprarle cada año las semillas y herbicidas e Monsanto. Además, Zimbabue prohíbe sembrar con esas semillas.

- ¿En el día que enterramos a mi padre vienes a amenazarme por intentar ayudarles en su vida miserable? ¿Y me pretendes decir que obedezca a un gobierno que por el orgullo de su dictador se opone a todo progreso?

Haka reflexionó unos momentos mientras con los clicks ndebeles mostraba simpatía y tristeza por lo que le estaba diciendo George. Tenía su parte de razón. El dictador Mugabe, que dominaba a su opositor Tsvangirai como primer ministro en el supuesto «gobierno de unidad», imponía la política agrícola para resistirse a los intereses comerciales de sus enemigos internacionales, sobre todo el Reino Unido y su «hermano mayor» americano, y a los enemigos nacionales, la asociación, mayormente blanca y racista, de granjeros de tabaco, ávidos por las semillas transgénicas y los espejismos de progreso y abundancia que pregonaba Monsanto.

A la vez, millones de personas, sobre todo en la olvidada Matabeleland, la llamada «Etiopía de Zimbabue», seca de agua y de jóvenes, o emigrados por Soweto o enfermos o muertos por el SIDA, languidecían ante falsas promesas de prosperidad de un gobierno insensible al dolor del pueblo. Cualquier posición contra los transgénicos y su señuelo de progreso, se asociaba con el apoyo al dictador, incluso a espías del gobierno.

- Te entiendo bien, George, y comprendo lo que sientes, lo que piensas y lo que has hecho por ayudar a tu familia.

Al decirlo, Haka se dio cuenta que estaba siguiendo los consejos y ejemplo de Patxi, de comenzar desde la empatía y el amor.

-Lo que me preocupa es que su uso sin control pueda causar enfermedades como la de tu padre. No te sientas ni culpable por ello, pues lo hiciste con el más noble deseo y esfuerzo de ayudar a tus padres, ni tengas temor que yo vaya a buscarte ningún problema. Solo quiero que me digas como conseguiste las semillas y el Roundup en Sudáfrica. Quiero ver con el gobierno y la cooperación como se puede controlar un uso seguro de ello. No mencionaré nunca tu nombre.

George quedó pensativo unos minutos para luego responder:

- De acuerdo, Haka. Hay una oficina de Monsanto en Johannesburgo, está en la esquina entre Fourways boulevard y Roos Street. La dirige Johan Manmool. Tenemos una asociación «*Egoli Ndebele Miners*» y nos reunimos cada mes. Un hermano invitó a una de nuestras sesiones a Johan. Nos presentó un vídeo sobre cómo mejoraban las cosechas con sus semillas y el Roundup, y nos ofreció

donar un saco de semillas y un cubo de veinte litros de Roundup a cambio de la información de dónde se plantaría en Zimbabue.

- Gracias George. De nuevo, te acompaño en el sentimiento. Siente a tu padre en ti por el amor que te dio y que le diste. *Lisale kuhle* (quédate en paz).

- *Lihambe kuhle* (ve en paz).

Haka quedó pensativo. Estaba cerca de Ukuzwana y fue allí a dormir y a hablar con Patxi de un dilema que le ofuscaba. Después de contarle lo ocurrido, le dijo:

- Anaya, ¿al luchar contra otro tráfico que comienzo a descubrir, el de transgénicos, estaré colaborando con la soberbia de un dictador y causando más hambre y miseria? Los argumentos ecológicos los abandera a menudo la «burguesía acomodada», predicando como mantener la naturaleza tan pura y limpia como yerma y vacía, ya sea por el cambio climático y en la que languidecen familias sin voz más que la del grito del hambre.

- Haka, te aconsejo estudiar muy bien las alternativas a esas técnicas que siento juegan peligrosamente con la base genética de la vida y pueden traer consecuencias muy graves y privilegios enormes para unos pocos.

Ya podían recibir emails en Ukuzwana y esa noche leyó un mensaje de Aimsa. Se había puesto en contacto con Nadine y habían analizado el negocio de Monsanto en Sudáfrica, que incluía conexiones y coinversiones con De Beers. Le preguntó por conexiones con Executive Outcomes y Blackwaters, pero Nadine le dijo que desde los escándalos de Irak parecían haber desaparecido. Algún poder estaba controlando que los medios tapasen cualquier investigación o información pública sobre los peligros transgénicos y del glifosato. Sospechaban que había corrupción e incluso participaciones de miembros del gobierno del otrora valiente Congreso Nacional Africano a quienes Monsanto aseguraba ganancias de más de doscientos mil millones de dólares por extender los transgénicos a todos los rincones y todos los cultivos en Sudáfrica.

Aimsa encontró esa noche un informe del periodista Jeremy Scahill en el que reveló que, tras las masacres de Irak, Blackwaters se había transformado en una empresa llamada *Xe Services*, volvía a ser la mayor contratista del Departamento de Estado de Estados Unidos en 'servicios de seguridad' para el cual practicaba sin compasión terrorismo de Estado. Con Obama nada de aquello había cambiado. Scahill demostró que Xe Services le vendió servicios de espionaje a la trasnacional Monsanto a través de dos empresas propiedad de Erik Prince, dueño de Blackwater: *Total Intelligence Solutions* y *Terrorism Research Center*. También tenía servicios contratados con Chevron y con los más grandes bancos europeos, Barclays y Deutsche Bank.

Aimsa le envió un email a Haka:

- Haka, ten cuidado. Los mercenarios a los que perseguiste por el tráfico de niños y de órganos en Sudáfrica y en Mozambique, trabajan ahora para Monsanto. Seguramente ya saben que están investigando sus negocios asesinos. Quizás estén leyendo este mensaje. Bórralo y toma todas las precauciones.

Haka no sintió miedo sino rabia de volver a ver brotar los tentáculos criminales, esta vez dirigido contra no solo vidas humanas sino cualquier otra forma de vida en el planeta.

Nadine le dijo que quien mejor sabía de ello era una joven y valiente zulú llamada Pumla, líder de la organización de lucha social *biowatch*, con quien había empezado una fuerte complicidad de ideas. Era también amiga de Lisy, quien luchaba batallas parecidas con vía campesina en Latinoamérica.

Haka pensó en toda la red de políticos, policías, aduanas y traficantes que aquel gran negocio podría estar forjando en Sudáfrica y en todo el mundo. Aunque fuera por razones de soberbia de un dictador, era la excepción que un país como Zimbabue no se doblegara ante tal señuelo de riquezas.

Viajó hasta Durban para verse con Pumla y coordinar una denuncia ante la campaña ilegal de introducir transgénicos y glifosato en Matabeleland. Pumla estaba en el hospital después de haber recibido una paliza por unos desconocidos. La noche anterior Aimsa pudo contactar al periodista Scahill y descubrió que Cofer Black, exdirector de la CIA y actual directivo de *Total Intelligence*, había viajado unos meses atrás a Durban.

Haka preparó un artículo sobre la sospecha de acciones de *Xe Services*, ex *Blackwaters*, aliada de *Executive Outcomes*, a su vez brazo armado del apartheid bóer, contra activistas ecologistas y a favor de la penetración de Monsanto y sus tóxicos mortales. En el mismo artículo Nadine citaba la fuente de Lisy que desde Vía Campesina denunciaba la compra por la Fundación Gates de acciones de Monsanto por valor de veintitres millones de dólares.

Mientras viajaba de vuelta de Durban a Johannesburgo, Nadine le llamó y le dijo que un amigo minero del difunto padre de Thandiwe, se había prestado a grabar con una cámara secreta colocada en su casco, la próxima reunión de «*Egoli Ndebele Miners*», en la que habría una nueva presentación de Monsanto.

Haka le preparó tres preguntas que hacer a Johan Manmool: ¿Cuánto nos costará cuando lo tengamos que comprar?, ¿es cierto que el maíz que crece de estas semillas es estéril y hay que comprar cada año semillas a Monsanto?, ¿es seguro para la salud el uso del glifosato?, ¿es legal su uso en Zimbabue? Y, ¿puede ser requisado en la aduana? Se repartieron las preguntas entre él y otros dos compañeros para no levantar sospechas. Manmool dijo que las compras futuras les costarían menos del diez por ciento de las ganancias por mejores cosechas, que ya habían progresado en transgénicos cuyas plantas sí eran fértiles, que era seguro para la salud y legal en Zimbabue, y que contactaran con Themba Ndlovu,

capitán de la policía aduanera en Beitbridge, si tenían cualquier problema. Todo fue grabado.

Entre Pumla, Nadine, Lisy y Aimsa escribieron otro artículo sobre ese tráfico y sobre sus efectos en la salud y el medioambiente. Una amiga de Aimsa y de Lisy, Monique Perin, utilizó esa información para su documental *El mundo según Monsanto* que se difundió por YouTube y las redes sociales. Unas semanas después hubo un debate en el parlamento de Zimbabue. Antes Haka envió la información al exministro Stamps quien la hizo llegar al gobierno. Tsvangirai estaba a cargo de la policía del país y bloqueó un tiempo la destitución de Ndlovu, pero cuando la noticia llegó a los medios no tuvo más remedio que desmontar la trama, declarando a su vez, que los transgénicos y su efecto en el bienestar de Zimbabue «debieran legalizarse y no traficarse».

Aún después del tráfico que desveló Haka, la autoridad nacional de biotecnología, financiada por USAID, presionó hacia la legalización de los transgénicos. Se hizo eco de ello el sindicato nacional de granjeros y la asociación de algodoneros, quienes abogaron por el caso del algodón transgénico en el parlamento.

El gobierno defendió su posición, aunque basada en intereses políticos, con argumentos científicos y sociales que prepararon Pumla y Nadine y que compartió Haka con Stamps. Declararon la intención de una demanda a Monsanto por la comercialización ilegal y los daños a la salud. Los abogados de Monsanto, con experiencia en tapar sus vergüenzas por todo el mundo, llegaron a un acuerdo de compensación. Thandiwe escribió a Stamps con una propuesta para que esos fondos se convirtieran en un programa de terapias para el cáncer y así mejorar los protocolos de quimioterapia y comenzar un estudio de braquiterapia, una técnica de radioterapia dirigida con agujas de precisión, que podría salvar vidas a muchos pacientes que empezaban a sufrir en sus cuerpos las huellas tóxicas del progreso.

A la vez la fundación Gates creó la 'Alianza para una Revolución Verde en África', dirigida por Robert Horsch, ex director de Monsanto. Dicha Alianza se fue infiltrando en Zimbabue animando a los campesinos pobres a cambiar sus semillas tradicionales por semillas de híbridas, con el plan último de introducir semillas transgénicas.

Además, seguía llegando al país maíz transgénico para el consumo. Se importaba de Sudáfrica y llegaba también para paliar la sequía por el Programa Mundial de Alimentos, dominado por financiación y dirección designada por la Casa Blanca, que ya llevaba un tiempo utilizándolo en sus programas de apoyo y prevención del SIDA, y bien ligado a los programas ABC, C de circuncisión, a los que se había opuesto Buhleve. Llegaba para las familias afectadas por el SIDA y por la sequía, el maíz transgénico excedente de los Estados Unidos en grandes sacos blancos con la bandera americana y con el lema «*Food Aid by the people of the United States*».

De las declaraciones grabadas a Monsanto, parecía que la estrategia «*terminator*» (semillas estériles y dependencia campesina de Monsanto) había dado lugar a maíz semifértil. El problema es que dicho maíz seguía precisando de glifosato y continuaba la dependencia y el daño tóxico. Pero además Haka sospechaba otra estrategia perversa: la de contaminar campos con semillas transgénicas que entraban como ayuda alimentaria. Le preguntó a Thanda cuál era la política europea al respecto.

Thanda indagó con varios colegas comprometidos con la agroecología dentro de la Unión Europea, la cual donaba muchos millones de Euros al Programa Mundial de Alimentos, incluido el programa de ayuda humanitaria para la sequía en la región del Sur de África. Consiguió sensibilizar al gobierno de Zimbabue, y apoyar con unos molinos en unos almacenes al lado del aeropuerto para que la ayuda de maíz se moliera en harina al llegar y no pudiera contaminar de transgénicos los campos de Zimbabue.

Lo mismo hicieron en India, donde Beatriz hizo un informe para el Parlamento Europeo sobre cómo la invasión de transgénicos y las dependencias de compras de semillas habían llevado al suicidio de cientos de pequeños granjeros indios, acuciados por deudas con Monsanto y por sequías que ni las semillas de Monsanto, y plagas que ni el glifosato, habían conseguido evitar.

Haka volvió a Ukuzwana para hablar con Patxi, Buhleve, Elías y Thandiwe de todo lo ocurrido. Conectaron por Skype con Aimsa en White Lake, Pumla en Durban, Thanda en Bruselas y Beatriz en Nueva Delhi. Adam escuchaba desde una esquina, pensativo. De momento siguió cerrada la puerta a esos tóxicos de la vida en Zimbabue, pero Haka sintió, de nuevo, que la lucha dejaba cabos sueltos, y, sobre todo, una desesperación en los campos secos por los humos del progreso, el mismo que vendía con venenos un futuro de bienestar.

XXI

¿Y TAMBIÉN LOS GENES?

White Lake, julio 2009

Jonay, Aimsa y Nour habían vuelto hasta Nueva York en el velero de James desde La Gomera, tras inundarse de ternura en la eco aldea que inspiraban John y Umbela, reencontrarse en armonía con Yolanda, conectar en la complicidad de almas con Fernando y apoyar la iniciativa de la isla ecosoberana.

Tras colaborar con Haka en la investigación de los tentáculos de Monsanto, Aimsa sintió una honda preocupación. La avaricia por el poder y el acúmulo llegaba ahora al control de la vida. En la cabaña de pequeña ternura, en torno a la cual ya vivían otras cuatro familias en comunidad de compartir y satisfacer juntos las necesidades de alimentos y de energía, dibujó un esquema del genoma humano: tres mil millones de pares de las cuatro bases –adenina, citosina, guanina y timina- con nitrógeno, que con el carbono, oxígeno e hidrógeno eran también cuatro los átomos en los que se basaba la vida. Cuatro patas de una silla donde nos sentábamos a vivir.

Repasó los documentos que llevaron a Francis Crick y James Watson a describir la estructura espiral doble de la base de la vida, en el mismo año que ella nació. Una década después Frederick Sanger, también premio nobel por ello, desarrolló técnicas automatizadas para secuenciar el ADN. Con ello el gobierno de los Estados Unidos comenzó otra década después el proyecto del genoma humano con el objetivo de secuenciar su ADN y los genes con la información para construir y reconstruir los millones de proteínas diferentes que formaban y mantenían el cuerpo humano. Otra década después, según empezaba el milenio, el Proyecto del Genoma Humano publicó en la revista *Science* que ya se habían descifrado el noventa por ciento de las pares de sus bases. Aunque se contaron más de tres mil millones de pares de bases sorprendió descubrir un número relativamente pequeño de genes humanos, quizás tan pocos como treinta mil, cada uno a su vez unas treinta mil bases. Se conocían las secuencias de bases, pero solo una tercera parte tenía sentido según lo que se conocía por la genética. Una gran parte compuesta por secuencias repetidas, aparentemente inútiles.

En la década siguiente se fueron estudiando las relaciones entre los genes, las secuencias que iniciaban y terminaban su replicación celular en proteínas, las variaciones de bases claves para el fallo de las proteínas y sus funciones y así el desarrollo de las enfermedades. También se fue conociendo la importancia de las largas secciones repetidas y sin información genética, llamadas telómeros, y responsables de la estabilidad estructural, como un esqueleto, de los cromosomas, y como el desgaste del tiempo los iba acortando, y con ello la vida. Metáfora, pensaba Aimsa, de lo que aparentemente no es útil y sin embargo es la base de lo demás.

Pero lo preocupante que llamó la atención y la alarma de Aimsa era cómo la avaricia empezó a invadir también la investigación del genoma. En los años 90, aún sin saber su función, se fueron patentando secuencias de ADN. En la primera década del milenio, entendiendo las funciones genéticas, se habían patentado ya casi cinco mil genes humanos. Había miles de genes con miles de propietarios para miles de fines diferentes. El conocimiento y la avaricia crecían a la par. En los últimos años se fueron identificando más y más genes, sus variantes, interacciones entre ellos y su relación con cientos de enfermedades y se estaba empezando una nueva fase en el cuidado de la salud humana: la «medicina personalizada».

Mientras Aimsa investigaba esta nueva frontera del conocimiento humano a menudo se preguntaba: ¿es patentable algo que forma parte de la vida? ¿Puede un gen ser de alguien? Los comités de bioética de Estados Unidos y de Europa respondieron que sí, con la condición de que su función fuera descrita y que sirviera para tratar o diagnosticar una enfermedad. Argumentaban que sin el estímulo de la ganancia económica no se avanzaría en la investigación de las aplicaciones genéticas. Aimsa pensó con tristeza en cómo solo se reconocía en la avaricia del privilegio, gloria o poder personal, el motor para avanzar en conocer y avanzar en bienestar y salud de todos.

Estaba leyendo *A Brave New World*, de Aldus Huxley, y la comparaba con *1984*, de Orwell. Ambas predecían casi cien años antes una sociedad jerárquica y dominada por sistemas tecnológicos de control. El dominio y propiedad del gen humano era el mayor control posible de la vida humana. Se abría una forma de medicina que le produjo escalofríos. Mezcla de eugenesia por el poder de una inteligencia artificial al servicio del poder: selección natural en manos de quienes «jugaban a ser Dios», y quizás se lo creían, a semejanza de Dios desde un antropocentrismo sin fisuras.

Nour había salido a galopar por el bosque de Keystone con tres amigas de «pequeña ternura». Mientras tanto, Aimsa le pidió a Jonay que fueran a remar por el lago de White Lake pues tenía que compartirle una honda preocupación. Era una espesa tarde de verano y Jonay estaba inspirado leyendo *Matar a un ruiseñor*, reflejo de la América profunda, moralista y racista. Jonay y Nour, como parte de las «aventuras descubriendo», habían construido una barca de remos y un pequeño muelle hacia el lago, donde estaba amarrada. Empezó a remar mirando como

Aimsa seguía teniendo una belleza mística que no le dejaba de turbar y a la vez intrigar.

– Dime, Aimsa, ¿qué es lo que te preocupa?

– La Humanidad parece que solo sabe vivir compitiendo. Al menos la humanidad urbana. Sedientos de petróleo, ya con depósitos conocidos tres veces más del límite que nos llevará a literalmente ahogarnos en humo, se siguen buscando más yacimientos. El vertido en el Golfo de México de la British Petroleum, pintada de verde y aparentando ecología, es un signo del daño constante a nuestra madre naturaleza, Jonay. Estamos dominados por la avaricia.

– Así es, Aimsa. Estamos ahora en otra ola de miedo por la pandemia de la gripe H1N1 y los poderosos de siempre, Gilead y el clan de Rumsfeld, engañan con el supuesto fármaco curativo de Tamiflu, recuperan la patente que revendieron a Roche, alarman mediante la estrategia del miedo que tan hábilmente sabe difundir la Casa Blanca, venden stocks en todo el mundo rico y vuelven a inflar sus cuentas multimillonarias. Así están vistiendo otra gripe anual de miedo y sacando beneficios. ¿Qué crees que causa este ciclo de miedo, avaricia y competición?

– Creo que la desincronización con la naturaleza, por constantes picos de cortisol por el stress de competir contra los demás desde niños, genera un tipo de desregulación de nuestra armonía humana y natural.

– Pero el hombre siempre ha usado el cortisol para sobrevivir. No entiendo qué hace cambiar al hombre en la ciudad, en su rol anónimo competidor…

– Tu padre piensa que es la atrofia de la empatía: el no vivir fluyendo en conexión con los demás y lo demás. NoLwasi lo asocia al bloqueo de la energía espiritual. Thanda lo asocia a que obstruimos el potencial físico, mental, creativo y afectivo y eso altera las hormonas de la armonía y el bienestar: endorfina, dopamina, serotonina y oxitocina. Pero quiero saber qué piensas tú, cariño.

Entre los dos había muchas conversaciones de complicidad de ideas en que su profunda unión mantenía una distancia, casi una estructura firme, como si bailaran un tango. Pero a veces, más Jonay que Aimsa, sentían necesario dejar las ideas y conectar los sentimientos, mirarse y utilizar esa palabra que era solo para el otro.

– Yo creo que todos tienen razón. Lo ligaría en esta secuencia: la falta de empatía por vivir sin el tamaño humano y el «tempo piano» de conocerse, sentirse y entenderse nos lleva a una sensación de «soledad existencial» que implica un constante grado de angustia, de alerta, de «inconfesable desazón de no entender» la vida, el antes y el después. Esa soledad-sin-empatía nos lleva a buscar relaciones jerárquicas, de poder o sumisión, y de propiedad, sea de pareja, de padres, de roles sociales. Nos rodeamos de estructuras de relación, de conocimiento y de identidad. Nos vamos llenando de etiquetas impuestas o auto-impuestas hasta ya no saber ni quienes somos. Es curioso, por el amor en empatía fluye nuestra energía y se diluye en lo que nos rodea y el universo, mientras que por la angustia existencial fluye nuestra unicidad para someterse a las jerarquías. Una es entrega por concien-

cia, la otra es huida por temor. Ello se relaciona con constantes picos de cortisol que rompen nuestro ciclo circadiano, el que nos armoniza con el sol, el día y la noche. Esa constante alerta nos evita también, como dice Thanda, fluir sin pudor ni temor en nuestros movimientos y sexualidad, nuestro pensamiento libre, nuestra creatividad única y nuestra expresión afectiva. Sin la armonía, dejamos campo libre al cortisol para dominar nuestras vidas compitiendo. Creo que todo ello tiene un efecto epigenético, impregna nuestra biología y se hereda, al menos en parte.

– Gracias, Jonay. Lo que me dices me ayuda a entenderlo. Voy a intentar relacionarlo con lo que estoy observando en las formas de dominio que se están urdiendo en el mundo.

– ¿A qué te refieres, Aimsa?

– ¿Recuerdas la última aventura de Haka sobre el tráfico de transgénicos y el envenenamiento de glifosato?

– Sí, y me temo que eso va avanzando y dominando la economía global y transformando los cuerpos de quienes no tengan la valentía de cultivar sus propios alimentos.

– Pues la manipulación de los genes ha ido pasando de las semillas, a insectos, a animales de laboratorio, de granja y ahora ya está en los humanos. Temo que se estén editando genéticamente seres humanos, Jonay.

– Qué triste. Creernos con el poder de controlar nuestra propia existencia. Pudiera utilizarse para fines nobles, como diagnosticar y tratar riesgos y enfermedades, pero me temo lo peor.

– Así es. Hace cincuenta años que se conoce la estructura del ADN y se han ido perfeccionando técnicas. Se conoce la secuencia de los tres mil millones de bases, una gran parte de los más de veinte mil genes y cómo interactúan y sintetizan las proteínas que nos mantienen vivos. Se empezaron a desarrollar técnicas para diagnosticar defectos genéticos que aumentaban riesgos de enfermedades. Con ello empezó el interés económico. Ya hay casi cinco mil genes patentados.

– ¿Cómo? ¿Quién puede patentar, es decir, acaparar el conocimiento y su aplicación, de la propia esencia de mi vida?

– Pues quien dice que la ha secuenciado genéticamente y puede aplicar ese saber a una utilidad de diagnóstico o tratamiento.

– Es terrible. Antes eran las patentes de medicamentos que se basaban en las estructuras de la naturaleza y los desvelaban estudiantes o científicos becados para que las grandes empresas los comprasen, los comercializasen, los patentasen y se enriquecieran de forma obscena mientras los que no podían pagar sus altísimos precios, morían. Cedieron en los antirretrovirales contra el SIDA cuando ya habían llenado sus arcas, pero los mismos avaros, Gilead, por ejemplo, y sus amigos en el gobierno, se están ensañando con el tratamiento de la hepatitis C. Cuando los países intentan producir sus versiones asequibles, sufren presiones, juicios y chantajes. Primero fue Sudáfrica, Brasil y últimamente Tailandia. Thanda lo ha

seguido de cerca y está muy frustrado de cómo la Unión Europea protege antes que nada los privilegios y negocios de sus empresas.

– Ese afán, que dices, de poseer, puede ser ya epigenético.

– Si miras atrás, siempre existió. Empezamos por dividir la tierra, las montañas y hasta los ríos, en fronteras feudales, luego nacionales y luego propiedades que se heredan. Unos poseen, otros trabajan. Luego fue la propiedad de súbditos por sus reyes, de fieles por sus cleros, de esclavos por sus amos, de obreros por sus patrones, de esposas por sus esposos y de hijos por sus padres. Pasó el tiempo y se empezó a pretender poseer la luna, el agua de lluvia, como nos contó Lisy en Cochabamba, y hasta los rayos del sol, nos dice Thanda que en España hay que pagar por transformar la luz del sol en energía. Ahora los genes. No tiene fin la ambición humana.

– Así es, Jonay. Pero esta nueva forma de conocer y tratar los problemas de salud abrirá aún más la brecha. El paso siguiente es la edición de genes: limpiar defectos e incluso diseñar secuencias puras para tratar riesgos, enfermedades e incluso diseñar seres humanos desde su etapa embrionaria. He investigado y hay una bioquímica en Berkeley, Jennifer Madoud, que está desarrollando una técnica que permitirá editar genes. Además de su uso perverso y del dominio de la nueva medicina, temo que pronto sea el objetivo de patentes y lucros del poder. Le he preguntado a Rob y dice que la conoce. Voy a hablar con ella esta noche.

– Ciertamente da escalofríos pensarlo. Conforme se ha ido controlando el riesgo de infecciones arrasando con la naturaleza y creando ambientes urbanos asépticos y vacunas que nos protegen de las principales infecciones, la forma de vida con los bloqueos que antes hablábamos y los niveles altos de cortisol, implica enfermedades inflamatorias, autoinmunes y degenerativas, que precisan de cambios genéticos para modular dichos desequilibrios. La medicina del futuro, si no cambia nuestra forma de vida, sedentaria, aséptica y tóxica, estará basada en ingeniería genética. Algo así como adelantar los procesos de selección natural, los pocos que podrán pagarlos, por nuestra forma antinatural de vivir y nuestro daño a la naturaleza en la que ya casi ni vivimos, en desequilibrio con el propósito de nuestro cuerpo.

– Y quizás de nuestras almas.

Ya atardecía, y aunque sus miradas de amor acariciaron sus corazones, sintieron en silencio la angustia por una Humanidad que parecía haber perdido el rumbo. Sus miradas se llenaron de lágrimas y el silencio era tan sincero que lo decía todo.

Por la noche, Aimsa llamó por Skype a Jennifer. Estaba en su despacho del edificio Li Ka Shing. Las universidades de Estados Unidos estaban inundadas por los nombres de las personas ricas que donaban parte de sus fortunas para los edificios, equipos e incluso los sueldos de los investigadores. Aimsa pensó en las etiquetas que había descrito Jonay, nombre, nacionalidad, religión, títulos, empleos, y propiedades, a las que aquí añadían a quien desde su fortuna te apoyaba

para que investigases, claro, para bien del sistema que encumbró a los poderosos. Aquella universidad desde donde se plantó cara a Vietnam, al racismo y a las desigualdades, era ahora pasto de magnates filántropos, académicos sumisos al sistema y estudiantes compitiendo por trepar la escalera. Li Ka Shing amasó sus más de treinta mil millones de patrimonio vendiendo flores de plástico primero y luego especulando con edificios de oficinas en Hong Kong. Su nombre brillaba en letras doradas en el edificio más moderno e «inteligente» de la universidad de Berkeley, la más importante fuente de premios nobel en el mundo. Allí estaba el laboratorio de Jennifer, que se había dedicado a entender la replicación genética durante los últimos veinte años. Rob la había conocido en un debate de bioética en que ella defendía la manipulación genética y la protección de la misma por licencias de patentes.

– Buenas noches, Jennifer.

– Buenas noches, Aimsa. Rob me habló mucho de ti. Es un buen amigo, aunque diferimos en ideas sobre la ciencia.

– Gracias por su tiempo. Sé que está muy ocupada, en la frontera de nuevos conocimientos que pueden permitir la edición genética humana.

– Así es. Estamos muy entusiasmados, aunque aún nos faltan terminar algunas pruebas. Hemos encontrado una secuencia de bases de ADN que es algo así como el esqueleto genético donde podemos anclar una molécula y desde ahí cambiar bases en genes imperfectos causantes de enfermedades.

– Es sin duda un gran avance del conocimiento humano y la posibilidad de mitigar muchas enfermedades y el sufrimiento que conllevan, pero tengo ciertas preocupaciones que quiero compartirle.

– Adelante, Aimsa. Hace ya veinticinco años acudí a una conferencia con Michael Gottlieb, cuando se estaba desvelando la epidemia del SIDA, y recuerdo su valentía al preguntar sobre los miedos de la epidemia y como permitirían su expansión. Así ocurrió. No debemos tener miedo a saber y a confiar en la conciencia y bondad humana.

– El saber puede abrir y expandir nuestras conciencias, y ciertamente yo también creo en la bondad humana que actúe a través de ese conocer. Pero hay un ingrediente básico para que la conciencia se dirija al bien común: la empatía. Ello implica conocer y sentir con el otro. Si no hay empatía, el otro es un competidor y nuestro quehacer está encaramado en este constante competir. Usted compite publicando antes que otros, patentando antes que otros y consiguiendo subvenciones, premios e inversiones para seguir en la rueda, antes que otros. A eso le llamamos éxito.

– Así es, Aimsa. Y con empatía en lo próximo y con esfuerzo hacia lo común con quienes no podemos conocer, volcamos nuestro esfuerzo y talento en romper fronteras del saber.

– Ese conocer, cuando se basa en el competir, llega solo a algunos, y puede generar más desigualdad, más injusticia y más sufrimiento. La edición de genes puede, si se patenta como ya se están patentando sus usos diagnósticos, ser inaccesible a un gran parte de la Humanidad. He sabido que Myriad y Monsanto están aliándose y junto a Johnson & Johnson, Pfizer y Roche están ya copando las patentes y el negocio de esta nueva medicina. ¿No siente temor ante la avaricia de estos poderes económicos que ya destruyeron tantas vidas por el SIDA?

– Aimsa, hay que premiar la inversión y el esfuerzo. Es nuestra forma de vida en este país. Premiar a quien se esfuerza y con caridad cristiana ayudar a quien se regaza.

– Hay inmenso esfuerzo que apenas consigue sobrevivir y especulación que sin crear ni sudar es la mayor fuente de riqueza y poder. Mire quién financió sus laboratorios: un magnate de la especulación inmobiliaria. Yo viví en África el dolor de cómo millones murieron por las riquezas de unas pocas compañías farmacéuticas.

– Pagan sus impuestos, Aimsa, con ello tenemos la luz, los ordenadores por los que ahora estamos hablando, los servicios de salud para quienes no pueden pagarlos, la educación de nuestros hijos, la seguridad de nuestras calles.

– Creo que desde su mundo entre Berkeley Hills y Li Ka Shing no puede tener empatía con quienes orilla el sistema del poder de unos pocos. ¿No ha visto la gente durmiendo en People's Park, en las calles de Oakland, bajo los puentes de la autopista a San Francisco?

– Lo veo cada día y ayudo a través de mi parroquia y una fundación que apoya con refugios para los sin techo, Aimsa. Francamente, no entiendo su agresividad hacia mí.

– No es hacia usted. Admiro su tesón y audacia en avanzar en el conocimiento humano. Solo intento compartir mi preocupación de que, si su técnica de edición genética cae en las manos del poder y la avaricia, no solo habrá más desigualdades sino un mundo distópico en que podrían ir limpiándose de «impurezas» genéticas e incluso diseñando humanos mediante edición de embriones. Ese grupo eugenésico concentrará el poder económico y, dejados la mayoría a la selección natural por altas tasas de mortalidad y sufrimiento por el cambio climático y otros efectos colaterales del progreso.

– No lo veo así, Aimsa. Intentaremos que la edición genética llegue a quienes lo necesitan y evitemos usos eugenésicos de edición de embriones.

– Gracias por su buena intención, Jennifer. Será un honor poder seguir en contacto.

– Tenemos un comité de bioética. Le puedo poner en contacto con su coordinador. Se acercan tiempos de grandes oportunidades para la ciencia y el bienestar humano, créame, Aimsa.

– Gracias, Jennifer. Así lo espero.

XXII

UNA ISLA PARA LA ESPERANZA

Eco isla de la laurisilva, noviembre 2009

La campaña de las elecciones locales, insulares y autonómicas de Canarias acabó en La Gomera con una tercera parte de los residentes de la isla conviviendo al menos una jornada en las eco aldeas de la isla, donde ya vivían otra tercera parte de los isleños. Las campañas de difamación de los caciques que llevaban tres décadas dominando la política, la economía, las decisiones judiciales y los medios de comunicación, fueron contestadas con sólidas respuestas de Juan Antonio, hijo del principal cacique, Luis, como el médico internista en la isla, y los testimonios de John, Fernando y los líderes de las eco aldeas, además de mensajes de apoyo e inspiración de Aimsa Harris, Sven Hansen, el Dalai Lama, Noam Chomsky, Paulo Freire y Nelson Mandela. Las elecciones levantaron mucha expectativa en todo el mundo ante la posibilidad de que se crease la primera región del mundo sin jerarquías, sin policía, sin propiedades, sin religiones exclusivas, sin crueldad animal y sin emisiones de carbono. ¿Era posible la utopía de Tomas Moro en la isla sur del atlántico que había imaginado medio milenio antes? ¿Era posible combinar la libertad individual sin jerarquías y la colectiva sin propiedades, escapando a las trampas de injusticia del capitalismo dominado por el mercado y el comunismo dominado por el control?

Las elecciones a los ayuntamientos, al cabildo y al parlamento canario resultaron en una victoria con dos terceras partes de los votos para el Movimiento para la Isla Ecosoberana de la Laurisilva, MIEL. Tenían así cincuenta de los sesenta concejales en los seis municipios de la isla, doce de los quince miembros del cabildo y tres de los cuatro diputados en el parlamento canario. El movimiento era encabezado, a regañadientes, por John Harris, el navegante galés que cincuenta años antes había naufragado en sus costas y quien, junto a Umbela, cual la leyenda guanche de Gara y Jonay, iniciaron la red de eco aldeas espirituales y su extensión por todo el mundo. Ya eran más de veinte mil eco aldeas y casi once

millones de personas renunciando a propiedades para vivir juntos en espiritualidad sin jerarquías y cuidando de la naturaleza.

John ya tenía ochenta y tres años, se movía lento, hablaba sereno y miraba profundo. No quería ningún protagonismo y se sentía incómodo siendo el representante de MIEL y el presidente del cabildo insular, tras décadas, realmente siglos, de caciquismo.

Según la ley de cabildos de 1912 de las islas canarias, tenían las funciones de gobernar y de prestar los servicios de la comunidad canaria en la isla. Constaba de diecisiete miembros de los cuales doce eran del MIEL, tres del partido socialista y dos de coalición canaria. El sistema heredado contaba con las áreas de presidencia, economía y hacienda, información y transparencia, desarrollo del territorio, sostenibilidad, turismo, industria, comercio, política sociocultural, patrimonio histórico y juventud, infraestructuras, transportes, emergencias y protección civil, agricultura, ganadería y pesca. Además, administraba los servicios canarios en la isla para la salud, la educación, la protección de desempleo, discapacidad, pensiones, la justicia y la policía local. En todo ello trabajaban casi cinco mil funcionarios, el cuarenta por ciento de la población activa, disponían de trescientos vehículos y cincuenta y seis edificios por toda la isla.

John debía llevar a la práctica el decálogo de Umbela, que inspiró el de MIEL y su compromiso con sus votantes, y no dejarse nunca seducir por el poder, huir de los privilegios y servir a todos los isleños en su bienestar y armonía.

Empezó por crear su lugar de trabajo en la sencillez. John seguía viviendo en su pequeña casa asignada en el barranco de El Cabrito, eco aldea espiritual de la Ternura. Iba dos días cada semana, en la barca con el viejo Tomás, de quien iba tomando el relevo Martín, a San Sebastián, para reunirse con los otros miembros del cabildo, y con representantes de comunidades, que acudían a dialogar sobre tareas del bien común.

Cambiaron muchos nombres de referencia y de uso en la isla: La Gomera, de uno de los pueblos bereber, los gomer, que la habitaron, se llamaría «Ecoisla de la Laurisilva», diminutivo «Eila», casi como luna en árabe, el idioma de los bereberes, sus primeros moradores, luna en turco, árbol en hebreo y antorcha en germánico. El presidente se llamaría «servidor de todos» y los alcaldes y demás cargos servidores de su lugar o de su tarea. El cabildo, del *capitulum* romano donde los dirigentes religiosos debatían los cánones, se llamaría «casa común de las eco aldeas». Las reuniones para debatir y decidir sobre el bien común llamados antes plenos, se aconsejaban semanales en las eco aldeas, mensuales en las alcaldías y trimestrales en el cabildo. Se llamarían «foros de sentires, pensares y haceres», y así se conformaban las agendas. Las calles y las plazas dejaron de tener nombres de unas pocas personas, a menudo santos remotos o dirigentes que abusaron de su poder. Pasaron a tener nombres de sentimientos como alegría, amor, armonía,

asombro, calma, compasión, confianza, placer, deleite, serenidad, esperanza, lealtad, empatía, gratitud y muchos otros que decidieron sus habitantes.

Los catorce curas de la isla se reunieron con John. La iglesia católica tenía veintitrés iglesias, cuarenta y cinco ermitas y doce salones parroquiales. Jeremías, el párroco de la iglesia mayor de La Gomera, un joven palentino hijo de agricultores de los trigales de Castilla, había llegado a la isla diez años antes y fue haciendo una amistad entrañable con John. Fue teniendo un sincero y cómplice intercambio epistolar con Patxi. Se enfrentó a los caciques cuando desalojaron la Ternura, acogía en la Iglesia africanos llegados en pateras, vendió buena parte de los sagrarios, cáliz y cruces de oro y plata para ayudar a personas necesitadas y celebraba las misas adaptando los rituales y combinándolas con meditaciones, cantos con guitarra y melodías de John con la armónica. Negaba toda mención a la existencia del infierno y el purgatorio. Cambió el Credo por el «canto a la vida», hablando de amor y de armonía, y no de «una sola iglesia santa, católica y apostólica» sino la unión de todas las personas y formas de vida en armonía y en gratitud ante el «regalo misterioso de la vida». No escondía su vida en amor con una comunera gallega de Valentía. El obispo de Tenerife y seis de los otros curas, ya entrados en edad y rígidos en pensares y en su Fe, le recriminaban su desviación de la ortodoxia de Roma, pero el resto, más joven, fueron abriendo las puertas de la iglesia, derrumbando sus muros jerárquicos y derritiendo con ternura sus dogmas del miedo. Se unieron a otras iglesias que había en la isla de testigos de Jehová y una mezquita para reunirse en lo que ya no llamaban «misas» sino «unión en gratitud a la vida».

Las oficinas del gobierno anterior de presidencia, información y transparencia, patrimonio histórico y juventud, política sociocultural economía y hacienda y de turismo, unidas a los antiguos juzgados y policía, se integraron en un área que llamaron «armonía en convivencia». Las de desarrollo del territorio, sostenibilidad, industria, comercio, infraestructuras, transportes, agricultura, ganadería y pesca, las llamaron «armonía en naturaleza». Las de emergencias y protección civil, unidas a los servicios canarios de salud, oficinas del paro y pensiones, las llamaron «armonía en bienestar», y los servicios de educación, guarderías, escuelas, el instituto, centros de formación profesional y bibliotecas públicas serían integradas en el área de «armonía en el saber».

Empezaron por convertir los edificios del cabildo insular, la delegación del gobierno y las catorce consejerías en foros comunitarios y en viviendas para personas en situación precaria, refugiados llegados de África y centros comunitarios de arte, imaginación, meditación y sanación holística. Fueron suavizando cada esquina con curvas de adobe y pintando por fuera y por dentro sus colores uniformes con sombras de tintes de la naturaleza, eliminando casi todas las puertas, que convertían en mesas para cultivos de hortalizas en las terrazas y tejados. Levantaron los adoquines de la plaza central de Las Américas, ahora llamada «abrazo

de Eila» y fertilizaron el suelo ahogado tantos años por el cemento sembrando todo tipo de frutales y enredaderas de espinacas, moras y tomateras.

Los doce miembros de MIEL en el cabildo renunciaron a sus sueldos, y en el primer foro se aprobó, con votos en contra de tres de los cinco miembros de los otros partidos, el ir reduciendo gradualmente sus sueldos a razón de un tercio anual mientras se ordenaban lo usufructos de viviendas, tierras y vehículos eléctricos y se garantizaba la canasta de alimentos. Igual ocurrió con los sueldos de los alcaldes, concejales y diputados. Tras dicha decisión dos de los tres miembros del cabildo, cuatro de los concejales y el diputado que eran de otros partidos y que votaron en contra, dimitieron.

Ofrecieron el mismo plan de reducción progresiva salarial a los funcionarios, unido a la reducción de sus jornadas y al trabajo voluntario de todos los isleños en todas las «tareas de bien común». Ello llevó a duros diálogos, manifestaciones agresivas y expresiones muy insultantes en público y en los medios de comunicación. Los principales sindicatos le enviaron cartas a John citando los derechos laborales y los convenios de la Organización Internacional del Trabajo. John respondió que el trabajo hacia el bien común sería igual para todos los isleños y no habría más funcionarios, asalariados ni parados.

De toda España hubo voluntarios del campo de la salud, la educación y la justicia que siendo funcionarios en otras regiones pidieron su traslado a la isla, por convicción de una vida comunitaria y ecológica. Se pudieron organizar intercambios de plazas con aquellos reticentes a sus privilegios salariales y su afán de propiedades.

El asunto más difícil fue ir convirtiendo toda la propiedad en pública. Estudiaron el catastro de la riqueza rústica, el registro de la propiedad y el consejo insular de aguas de La Gomera. Publicaron sus datos como todos los documentos, plenos y decisiones por internet. Presentaron un plan de expropiación progresiva empezando por los grandes terratenientes, por precios justos que pagaron con los salarios públicos que desde el gobierno español y canario enviaban a los representantes y funcionarios y que donaban a través de un documento de «declinación voluntaria de sueldo para uso en el bien común».

Para presentar el plan de expropiación de la propiedad privada de la Tierra, John tuvo un debate en la televisión, que se retransmitió también la televisión española con el título alarmante: «el gobierno local comunista expropia de sus tierras a los habitantes de La Gomera». Tal título había producido la alarma incluso de la embajada norteamericana y del grupo popular del Parlamento Europeo y había una alta expectación. Cayo, con el apoyo del partido socialista empezó el debate:

– Señor Harris, los gomeros, canarios y españoles deben saber que usted planea expropiar de sus tierras a los gomeros que las han ganado con su sudor durante tantas generaciones. Durante nuestro gobierno socialista expandimos la

superficie para la conservación de la laurisilva del Garajonay, y concedimos en usufructo una buena parte de las tierras municipales para las aldeas y los cultivos en los que viven las comunidades de su movimiento. Su plan de expropiar de sus tierras y bienes al resto de los gomeros atenta contra todos nuestros derechos.

– Escucho su preocupación, Don Cayo, pero creo que a pesar de haber estado casi treinta años gobernando la isla, le faltan datos o no quiere verlos: La isla que nos cuida y que cuidamos, que no es nuestra, tiene treinta y siete mil hectáreas y veintiséis mil habitantes, de media tocaríamos a más de una hectárea por habitante. ¿Sabe cómo están repartidos, Don Cayo? ¿Lo quiere explicar usted?

En ese momento tomó la palabra el representante de Coalición Canaria que hablaba en nombre del Partido Popular, de derechas, en España.

– Señor Harris, en nuestro sistema es irrelevante quien posee la tierra sino como la posee: si la ha conseguido con su esfuerzo y de forma legal, así debe ser.

– Déjenme decirles que esa «forma legal» de haber ido obteniendo en propiedad la tierra ha llevado a esta situación que hemos analizado en el primer día de nuestro gobierno: unas seis mil hectáreas son terrenos públicos municipales o del Cabildo y cuatro mil hectáreas corresponden al Parque Nacional del Garajonay. Cayo, usted conoce bien a Juan Manuel Bethancourt, pues tienen negocios juntos y él pagó su campaña, una publicidad difamatoria de nuestro movimiento en todos los medios e incluso este programa de televisión. Solo él tiene más de ocho mil hectáreas, casi tanto como todas las tierras públicas de la isla. En ellas no cultiva alimentos, sino que ha construido doce edificios de apartamentos, nueve hoteles, los edificios y terrenos del aeropuerto, restaurantes, múltiples tiendas y un casino. Usted, Don Cayo, tiene treinta propiedades en unas quinientas hectáreas, veinte de ellas en la isla, el resto en la península. ¿Le parece a usted justo? ¿Cree que es un buen ejemplo socialista?

Don Cayo estaba furibundo y le interrumpió con gritos:

– Señor Harris, ¡cada uno de esos ladrillos y cada arroba de esas tierras son producto de mucho esfuerzo, generan empleo, ingresos para los isleños y son la base de su bienestar! Además, nuestro gobierno socialista impone un impuesto progresivo para redistribuir la riqueza y pagar servicios públicos para todos.

Gracián intervino también alterado.

– Usted, señor Harris. no solo no respeta el esfuerzo ajeno, sino que además arruinará la economía de la isla pues ninguna empresa querrá tener actividades ni invertir en nuestro progreso.

– ¿Como la naviera noruega Olsen, Gracián, que posee, además de edificios en el puerto y los tres ferris con Tenerife, cinco mil hectáreas y veintiséis edificios, entre ellos catorce hoteles y tres campos de golf?

Gracián intervino:

– Que haya un empresario exitoso y una empresa que apueste por el turismo y el progreso de la isla no son signos de injusticia sino es la forma en la que nuestra sociedad premia el esfuerzo, señor Harris ¡No le vamos a permitir que destruya nuestra forma de vida!

– No son solo esos dos casos, señores, hay otros diecisiete terratenientes, que ustedes conocen bien pues apoyan sus partidos y comparten viajes lujosos y cenas copiosas, que acumulaban otras quince mil hectáreas, dedicadas sobre todo al turismo, a ocho grandes plataneras y nueve viñedos con sus bodegas.

– Sin ese esfuerzo de esos empresarios no tendríamos ingresos, ni turismo, ni bienestar.

– Además de todos los hoteles, edificios de apartamentos, campos de golf, ferris y autobuses llenando la isla, unas mil hectáreas, sobre todo en el sur de la isla, se han ido vendiendo a unos dos mil turistas extranjeros que vienen en los meses de invierno. Todo ello supone un enorme daño a la naturaleza de la isla.

– Ese turismo, señor Harris, es la base de la economía. Usted lo demoniza y sin él nuestros paisanos vivirán en la penuria.

– Bueno, ya su sistema de la acumulación de unos pocos le deja a la mayoría de los isleños en una situación marginal: unos dos mil poseen un total de cien hectáreas de pequeñas parcelas particulares, generalmente pequeñas extensiones en las terrazas de las laderas de los empinados valles donde apenas cultivan unas pocas papas, hortalizas y alfalfa para alguna cabra. El resto, de los que no viven en las eco aldeas, viven en pequeños pisos de edificios de varias alturas, a menudo alquilando a los terratenientes.

Don Cayo, más pensativo por el panorama que estaba describiendo John, y preocupado por la revelación de sus muchas propiedades, dijo:

– Señor Harris, además de ofrecer a todos los isleños vivienda, salud, educación, protección social, empleos en el turismo, comunicaciones y el orgullo de un rico patrimonio histórico y natural, les ofrecemos a sus otras formas de vida alternativa, a menudo de espaldas a nuestras costumbres y valores, tierras en usufructo para su libre bienestar en nuestra isla. ¿No le parece suficiente?

– Bueno, Cayo, seamos honestos ahora que estamos en público: primero, hemos insistido siempre en no tener la tierra en propiedad, casi ocho mil comuneros de las dieciséis eco aldeas viven en seiscientas hectáreas, el 2% de las tierras de la isla. Sin propiedades, en usufructo. Producimos la mitad de los alimentos de forma sana y las cuidamos con esmero y amor a la naturaleza. Eso es lo que planteamos para la isla. Segundo, pagamos nuestros impuestos por lo que producimos de agricultura, artesanía u hospedando a visitantes, que contribuyen voluntariamente, y con ello pagamos nuestros impuestos. Y tercero, y tú sabes que fue así: por informar de una red de droga suspendisteis de un día a otro el usufructo de la comunidad de la Ternura y estuvimos dos años exiliados del valle que intentasteis,

con el mayor terrateniente de la isla, convertirlo en campos de golf y hoteles de lujo, sin respetar su calificación de reserva biológica.

Don Cayo rápidamente cambio de tema y defendió sus treinta años de gobierno y progreso, y los impuestos a la propiedad para disminuir desigualdades.

- Señor Harris, nada sabe usted de gestión pública. Nuestro gobierno socialista tiene un sistema de impuestos sobre la propiedad para evitar las desigualdades extremas mientras se mantiene una economía viva con oportunidades y progreso.

- Cayo, en treinta años esto es lo que habéis conseguido: que casi tres cuartas partes de las tierras fueran propiedad de unas veinte familias, unas doscientas personas, menos del uno por ciento de los isleños, la mayoría de ellos ni viven en la isla, sus mujeres compran en Tenerife, Madrid y Londres, sus hijos están internos en Francia o Inglaterra, y los empresarios titulares viajan y especulan con sus fortunas. Un tres por ciento de la isla es propiedad de turistas extranjeros. Nosotros en las eco aldeas cuidamos del dos por ciento de las tierras y demostramos que con tres veces más seremos autosuficientes y si es diez veces más tendremos tres veces lo necesario y podremos recibir a un turismo ecológico para beneficio de todos, no de grandes hoteles para enriquecimiento de unos pocos. Y lo que nos duele: solo un 0,2% son pequeñas parcelas que cuida el 7% de los habitantes y el resto, casi dos de cada tres isleños viven en pisos de edificios de varias alturas con parcelas urbanas que apenas suponen el 0,01% de la superficie. En otras palabras, doscientas personas tienen de media más de 100 hectáreas cada una, dos mil turistas media hectárea por persona, ocho mil comuneros menos de 0,1 y en usufructo de la propiedad pública, dos mil pequeños propietarios unos 500 metros cuadrados cada uno en pequeñas parcelas y el resto, dieciséis mil personas, apenas viven en diez metros cuadrados de suelo urbano por persona. Esta es la realidad vergonzosa que debemos cambiar, Cayo, Gracián: que el uno por ciento dominante tenga, en tierras, y seguramente en poder de todo tipo, cien mil veces más que la mayoría, que vive hacinada en pisos. Todos los isleños tienen derecho a cultivar la tierra, a oler sus fragancias, a saborear sus alimentos sanos, sin químicos, a disfrutar del placer de compartir, a sentir, cuidar y amar la naturaleza.

Don Cayo esgrimió el sentimiento nacionalista sabiendo que tocaría la fibra a muchos televidentes:

- Señor Harris, usted es extranjero y así lo son la mayoría de los hippies que habitan sus comunas. ¿Se creen en el derecho de arrebatarnos tierras y costumbres, sudor y lágrimas de tantas generaciones de noble esfuerzo, de su devota fe, de su arraigo a la tierra y a la historia?

- Cayo, nosotros creemos que todos somos iguales, da igual donde hayamos nacido, qué color tenga nuestra piel o en qué idioma nos contaron cuentos y nos cantaron nanas. Es cierto que casi la mitad de nuestros comuneros en las eco aldeas nacieron fuera de la isla, son de un total de ochenta países diferentes, y en nuestra diversidad aprendemos y nos inspiramos unos de otros, con profundo

amor a la naturaleza y negando cualquier creencia que pretenda marginar a otros o condenar a nadie a ningún fuego ni dolor, ni durante la vida ni después en otra forma de existencia.

Don Cayo fue apagándose sin saber que responder. Entonces Gracián atacó más fuerte: si toda la isla fuera, como pretende, eco aldeas, no tendríamos ni luz, ni teléfonos, ni medicinas, ni cirugía, ni se bebería una cerveza, una copa de vino o un queso manchego, no podríamos ni salir de la isla ni ver otros mundos ni cuidar del arte, la música y las tradiciones. Si no lo evitamos, de su mano volveremos a las cavernas.

– Qué poco nos conoces, Gracián. Te invito que pases unos días en una eco aldea. Será un honor convivir contigo y aprender de ti. En nuestra comunidad hay astrónomos, ingenieros, médicos, antropólogos, historiadores, agrónomos, biólogos y artistas de muchas formas. No nos importan los títulos sino la pasión y, sobre todo, la humildad en el saber. Verás que tenemos luz solar, que estamos comunicados por teléfonos sin coltán e internet de acceso libre, que tenemos huertas de plantas medicinales y pagamos impuestos para los medicamentos y cirugías que necesitamos. Yo mismo me operé de cataratas hace tres años con profundo agradecimiento. Quizás no bebemos cerveza ni comamos queso manchego, o solo en una ocasión muy especial, pero hacemos muy rica cerveza de jengibre y queso de cabra. Sí que navegamos, a conocer e intercambiar con otros mundos, pero sin contaminar; y aunque nos gusta oír música y ver arte de otros lugares o tiempos, más nos gusta crear nosotros y compartir así los sentimientos.

– Ese es su discurso de utopía. Díganos la realidad: va a expropiar la tierra a sus propietarios en la isla, ¿sí o no?

– Lo haremos poco a poco, Gracián. Ya hay una tercera parte viviendo en usufructo, y nos ha votado otra tercera parte sabiendo que es lo que proponemos así que suponemos que están preparados a ceder o solicitar tierra en usufructo. Propondremos al menos la mitad de la isla en protección natural sin actividad humana, una cuarta parte para espacios, vías y edificios públicos, que llamaremos comunitarios, y la otra cuarta parte para tierras en usufructo que por agroecología pueden dar alimentación sana a tres veces la población de La Gomera.

– Si procede a tal masiva expropiación, les denunciaremos ante el Tribunal Supremo Nacional y al Tribunal Europeo en Estrasburgo.

– No se preocupen, Gracián, Cayo. Lo haremos progresivamente, subiendo los impuestos a quienes más tienen, utilizando esos ingresos para pagar en justiprecio la expropiación progresiva de parte de las tierras que acumulan unos pocos. Aduciremos razones, según la ley de expropiación de 1954, de utilidad pública, para la ecosoberanía alimentaria insular, el interés social y el reparto justo de tierras para su usufructo en agroecología.

Después de ese debate, John y el movimiento decidieron no asistir a más debates mediáticos sino hacerlos en foros comunitarios.

Comenzaron el plan de expropiación de tierras progresivo, no permitiendo el «límite del acaparamiento» de más de diez hectáreas de tierra y quinientos metros cuadrados construidos por persona y en propiedad transitoria hasta régimen de usufructo. Los impuestos a la propiedad pagaron la expropiación progresiva. Se hicieron listas de usufructuarios en torno a nuevos proyectos de eco aldeas de unas quinientas personas y sesenta hectáreas cada una. De esa forma comenzaron a crearse otras doce eco aldeas más. Poco a poco se crearon también seis eco barrios con cinco hectáreas cada uno de parques o tierras próximas donde cultivar huertos comunitarios. Se plantaron frutales y se hicieron tejados verdes con más huertos. Ya eran veintiocho eco aldeas y seis eco barrios, con un total de unas diecisiete mil personas, dos terceras partes de los isleños, compartiendo de forma comunitaria y basados en el cuidado de la tierra.

Poco a poco fueron haciendo desaparecer, por inútil, el uso del dinero en monedas, billetes o tarjetas de crédito. Al no haber tierras ni edificios que comprar o vender; al disponer de alimentos ecológicos suficientes y que se intercambiaban entre aldeas por trueques; al no haber gastos en medicinas esenciales, gratis para todos; al no haber ventas de libros pues estaban disponibles en las bibliotecas públicas; al no permitirse ni plásticos ni químicos, evitando todo negocio de la agroindustria, droguerías y la gran mayoría de artilugios basados en plásticos; al compartir y cambiar en trueques en mercados de artesanía, que llamaban «fiestas creativas», los tejidos, barros y mimbres en todas sus formas; con el sistema que se fue desarrollando de dotar a cada familia de dos móviles y un ordenador ecológico a cada comunidad de varias familias; al promover el cuidado y transporte a caballo, de bicicletas, motos y triciclos eléctricos, todo fue haciendo redundante el dinero. No había necesidad de comprar y vender. Para los economistas Eila tenía un producto interior bruto inexistente. Fueron, de forma natural, desapareciendo los bancos. Se fundieron las monedas en esculturas de sentimientos. Solo permaneció el pago en plazos por las expropiaciones, que se hizo con las donaciones de sueldos de funcionarios y los impuestos a la propiedad privada, que poco a poco fue, también por inservible, desapareciendo. Los turistas contribuían voluntariamente a un fondo con el cual se fueron montando fábricas e importando los elementos electrónicos y células solares esenciales para fabricar, junto con elementos de madera y cerámicas locales, paneles solares, molinos de viento, y los móviles, ordenadores y vehículos eléctricos asignados según necesidades y en régimen de «compartir en comunidad».

John tenía atención especial a quienes no estaban de acuerdo con la visión de MIEL. Organizó sesiones especiales con grupos de diferente pensar, a las que llamaba «sesiones de tolerancia y comprensión». A quienes no querían donar todas sus tierras o edificios les permitió mantener parte de ellas, por debajo del

límite de acaparamiento, pero no podrían venderlas. A quienes querían seguir sus cultos ortodoxos, se les permitió, con los párrocos de ideas afines, seguir sus cultos, si bien se les solicitó no hablar del infierno. A quienes querían seguir utilizando el dinero, se les permitió, aunque, salvo a los turistas, cada vez tenían menos que vender y menos que comprar en la isla.

Poco a poco se inició la transformación hacia la eco isla de la laurisilva en armonía ecológica, vegana, espiritual, comunitaria, rural y libertaria. Sin propiedades, bancos, sueldos ni dinero. Sin plásticos ni emisiones de carbono ni fertilizantes químicos. Sin más cemento ni más asfalto. Sin infierno para los humanos ni sacrificios para los animales. Sin leyes ni policías, ni jueces ni cárceles. Sin maestros ni títulos, sin documentos y sin fronteras. Recibieron una carta pública firmada por más de dos millones de eco aldeanos de todo el mundo. Llegaron también mensajes de apoyo y cariño del Dalai Lama, Noam Chomsky, Paulo Freire y Nelson Mandela, entre muchos otros. Fue redactada y propuesta a través de la red Avaaz por Aimsa:

Para John Harris, «servidor de todos», y todos los habitantes de Eila:

Con su valentía y ternura en armonía humana y natural, sentimos en muchos rincones del mundo inspiración por cómo han ido desterrando el dolor de la opresión y la destrucción, y esperanza para que se extienda su luz en comunidades de todo el mundo que creen en la armonía sin jerarquías, y el bienestar sin destruir otras formas de vida en este bello y mágico planeta. Estaremos atentos a que ningún poder de fuera de Eila atente contra su bello sueño. Desde la red de eco aldeas espirituales tendremos a Eila como la vanguardia de una Nueva Humanidad que se salga de las cavernas del petróleo y del dinero a la luz de la naturaleza y del compartir.

XXIII

LA EQUIDAD EN LA SALUD

Bruselas, mayo 2010

Thanda llevaba ya seis años en Bruselas, los últimos dos en compañía de sus hijas. Ángeles estudiaba el último año en la escuela europea, ya fluía en inglés y francés, tocaba la flauta travesera y tenía un novio escocés que pasaba mucho tiempo en la casita familiar de Hoeilaart. Daniela disfrutaba de su adolescencia y de cantar en el coro de la escuela. Ese tiempo ensayaba las canciones de «*Les choristes*» y a Thanda le encantaba, literalmente, oírla musitarlo por la casa.

Con su sistema de puntos habían mantenido una buena organización de responsabilidades cocinando, limpiando, cuidando de Homeless, Satia, Chaplin. Veían películas juntos en la sábana del salón. Cantaban frente a la chimenea. Daban largos paseos por el Foret de Soignes e iban en bici hasta el Chateau de La Hulpe, en el que Hervé inspiró su castillo de Moulinsart de las aventuras de Tintin. A veces comían un *durum* en la tiendecita de Aisha y Mohamed en el pueblo de Hoeilaart. Algunos sábados iban por los carriles de bici de la carretera hasta Overijse a bañarse en la piscina pública.

La mayor felicidad de Thanda era estar con sus hijas y sentirlas apasionadas por la vida, algo que era contagioso y, se decía Thanda, la mayor responsabilidad como padre. Para que Ángeles tuviese mayor intimidad por su edad, y sobre todo cuando venía a casa su novio, Thanda cedió su habitación a Daniela, a quien le hizo un «cuarto de princesa», así Daniela disponía para ella del cuarto grande. Thanda se acomodó una cama en el estrecho sótano, donde gustaba de tener un espacio de sencillez. Había inventado en el garaje varias máquinas, incluida una lavadora que funcionaba al pedalear la bici que descansaba en un trípode, y una dinamo que se cargaba mientras iba en pedaleando hasta el trabajo y con ella alimentaba la luz de su mesa. Insistía a los servicios de la administración de la Comisión Europea, en tener unos pedales para cargar el ordenador, y así no consumir electricidad, pero no le respondían.

Cristina había venido tres veces a Bruselas para pasar fines de semana con sus hijas. Thanda les dejó la casa y se iba a hacer excursiones en bici por las Ardenas con su amigo Javier. En ese año Javier, harto de la burocracia europea y de las intrigas políticas que salpicaban de arrogancia e intereses la cooperación, pudo solicitar la jubilación anticipada para dedicarse en cuerpo y alma a sus grandes pasiones: el budismo y la defensa de los derechos de los animales. El día que tenía que aceptar el paso a su jubilación le invitó a Thanda a ir a su despacho y apretar juntos el «click» del ratón que le «abría la libertad». Javier le dijo a Thanda: «te espero del otro lado amigo». Pero Thanda no podía pensar en ello de momento: tenía retos que cumplir dentro de este laberinto del poder y quería darles a sus hijas las mejores oportunidades de educación conociendo el mundo.

Su complicidad con Sergio Galán, el médico canario que volvió de Mozambique para coordinar la cooperación española en salud, fue convirtiéndose en una entrañable amistad. Al equipo de Sergio en Madrid, se había incorporado Anna, la amiga catalana de Aimsa, también frustrada, como Thanda en la Junta, de la visión estrecha de Médicos Sin Fronteras. Después de que Sergio y Thanda hablaran durante las discusiones del consejo sobre la evaluación a medio camino de los objetivos del milenio y se plantearan el reto de incluir en la agenda de la primera «presidencia española de la Unión Europea» en el 2010, la adopción de una «política europea de salud global», Thanda escribió el primer borrador.

Con aquella servilleta del consejo en la que anotó las «muertes en exceso por inequidad», Thanda preparó el argumento ético de la equidad en salud y su consecuencia en la redistribución de fondos con apoyos presupuestarios a los países que no tuvieran fondos suficientes para pagar a sus médicos, enfermeras y los medicamentos esenciales.

Para la equidad en salud ideó un esquema «4x4» de sistemas de salud justos: cuatro principios (derecho universal, participación comunitaria, intersectorialidad, equidad en contribución y en acceso), cuatro pilares (infraestructuras, recursos humanos, medicamentos y equipos), cuatro grandes áreas de servicios (salud materna, salud infantil, enfermedades infecciosas, enfermedades no transmisibles) y cuatro esquemas de administración (atención por niveles de salud, indicadores de equidad, presupuesto base y contingencias); todos ellos orientados a la cobertura universal y en equidad. En su casita en Hoeilaart, con los cajones de madera de cajas de vino que recogía por las calles, hizo un librero con los «4x4» elementos y empezó a recoger libros y documentos sobre cada aspecto de ellos. Así podía ver más fácilmente cuando una propuesta de cooperación era parcial y desequilibrada.

El año anterior fue invitado en la reunión anual de ABRASCO en Salvador de Bahía, Brasil. Defendió el nivel de presupuestos de salud que estimó la comisión de macroeconomía y salud para las prioridades de los objetivos de milenio. Después de la conferencia a la que fue se le acercó un activista del partido de los

trabajadores llamado Armando di Negri, quien lideraba el Foro de Sao Paulo en Salud. Le dijo que limitar la cooperación a esos servicios, a esos fondos y a esas enfermedades, iba en contra del derecho universal a la salud. Le recordó que ya lo hizo en los años noventa el Banco Mundial con la estrategia de Alma Ata. Thanda le dijo que era un primer escalón, con el objetivo de una equidad en salud que estaban planteando en un borrador de política europea.

Quedaron en hablar con más detalle en la Asamblea Mundial de la Salud meses después en Ginebra, donde conoció a dos líderes por el derecho a la salud, Paolo Buss y David Chiriboga, de Brasil y de Ecuador, quienes lideraban un nuevo movimiento por la salud universal en Sudamérica, de la mano de una ola de gobiernos progresistas unidos en torno a UNASUR. Con ellos y con Sergio Galán y Anna, que representaban a España, arrinconaron a Estados Unidos, quien se oponía a mencionar el derecho a la salud, con argumentos éticos y de coherencia con la carta fundamental de los derechos humanos. Consiguieron que se aprobaran resoluciones presentadas por David en nutrición, contra la intoxicación por las corporaciones de la agroindustria en el comercio global, por Paolo en el acceso a medicamentos, ahogado por las presiones del gobierno americano y las corporaciones farmacéuticas y por Sergio en profesionales de la salud, quienes desde los pobres presupuestos del Sur eran seducidos por países ricos a abandonar sus países.

A principios del 2010 fue invitado a una conferencia de Jeffrey Sachsen en el Parlamento europeo. La sala estaba llena de estudiantes de su universidad de Columbia donde él lideraba el «Instituto de la Tierra» y de representantes de ONGs que le aplaudían casi como una estrella de rock cuando hablaba de la necesidad de más cooperación. Expuso «sus» villas del milenio y «sus» estrategias para controlar la malaria, el SIDA -bien alineada al ABC-D de PEPFAR, pensó Thanda-. Criticó el poco apoyo europeo a la salud y su vía frecuente como apoyo presupuestario, ante el regocijo y aplausos de las ONGs, financiadas en su mayoría por la Fundación Gates. Llegó a decir de forma provocadora, (¿o no?): «No tiren su dinero en gobiernos corruptos, dénnoslo a nosotros, sabemos cómo usarlo para salvar vidas». Se recibía en el corazón europeo al mesianismo americano con alfombra roja. En ese momento, Thanda levantó la mano.

- Jeffrey, mi nombre es Thanda, coordino la sección de salud global de la cooperación europea. Me inquietan sus palabras. Durante un tiempo me he referido a su estimación en la comisión de macroeconomía y salud de fondos mínimos para progresar hacia los objetivos del milenio en salud, y he insistido en la comisión europea, este parlamento y el consejo, en aumentar nuestra cooperación en salud. Pero cuando revisamos nuestra estrategia de apoyo a los objetivos del milenio, en su ecuador, hace dos años, pude analizar que la mortalidad en exceso en los países con los que cooperamos, es, comparada con las tasas de mortalidad en la Unión Europea, casi de veinte millones, más de cuatro veces

la planteada en los objetivos del milenio y en las prioridades de la comisión de macroeconomía y salud. Hay problemas de salud muy graves también en poblaciones adultas, en enfermedades no transmisibles, en salud mental, y muchas otras que hemos olvidado. ¿Quizás nos hemos equivocado deslumbrándonos solo por las enfermedades y grupos sociales a los que apoyan más los lobbies por la cooperación en salud?

– Thanda, esas prioridades fueron discutidas durante años con todos los países y los expertos. Partían de análisis de «coste-utilidad» y «externalidades» por las que se decidió que eran las más prioritarias, las que podían salvar más vidas.

– Creo que esos análisis fueron sesgados, Jeffrey. Algunas vacunas en la infancia tienen un enorme impacto en prevenir pérdida de años de vida saludable por muertes a esa temprana edad. Atender los partos de forma segura previene muertes maternas con efectos devastadores en la familia. Pero las infecciones que se eligieron, que son las que también se han priorizado en el fondo global y que acaparan el ochenta por ciento de los fondos de cooperación, solo suponen el veinte por ciento del exceso de mortalidad al que me refería. Además, los tratamientos de SIDA, sobre todo con los medicamentos americanos bajo patente que financia PEPFAR, son muy caros, mucho más que los necesarios para enfermedades como la diabetes o la hipertensión de las que mueren, sin atención de nadie, muchas más personas. Todas las vidas tienen el mismo valor, Jeffrey. Con esas elecciones arbitrarias se dilapida el derecho universal a la salud.

– No existe tal derecho solo con palabras. Se necesita solidaridad. Mientras estamos hablando están muriendo niños por diarrea, mujeres de partos complicados y hombres con SIDA. Estados Unidos necesita aumentar su cooperación en general y la Unión Europea sus fondos para la salud. Hay miles de proyectos y, lo que es más importante, millones de vidas esperando.

Sabía cómo levantar aplausos y vítores desde los estudiantes americanos imbuidos en su visión de «*just do it*» y las ONGs europeas, ávidas de fondos para «sus» proyectos. Entre ellos estaban Frazer y Rafael quienes lanzaron miradas inquisitivas a Thanda.

– Jeffrey, lo sé muy bien. Tu eres economista y has vivido siempre en Nueva York hablando de la pobreza y la cooperación. Yo soy médico y he sentido en África rural esa necesidad y esa urgencia. He tenido a niños muriendo en mis brazos y no lo olvido. He visto miles de muertes injustas, mientras otra parte de la Humanidad nada en la abundancia. Por eso debemos ir más allá de unas pocas enfermedades y unos cuantos proyectos. Además, dichas acciones son elegidas de forma arbitraria por la «industria» de la cooperación en que vivimos con sueldos mucho más altos que los trabajadores de salud en esos países que no llegan a cubrir sus necesidades básicas, y por las facturas de medicamentos que en buena parte van a pagar patentes de empresas ya billonarias. Por eso abogamos por el apoyo presupuestario, sí, directo a los gobiernos para que ellos puedan pagar

sueldos dignos a sus trabajadores, comprar medicamentos genéricos esenciales y desarrollar sus sistemas de salud universales como servicios permanentes y no proyectos transitorios y para todas las enfermedades, no las que se decidan en Nueva York o en Bruselas.

Hubo un murmullo y Thanda salió de la sala. Sergio y Anna asistían a la reunión y se fueron los tres a la casa de Hoeilaart a terminar de redactar el primer borrador de la política europea de salud global, basada en el esquema «4x4» y con el objetivo de la equidad en salud, la forma clara y firme de medir el derecho universal a la salud. Durante un año trabajaron incansables. Compartían los borradores con Jonay, Aimsa, NoLwasi, Buhleve y Thandiwe. Fueron incorporando a otras «direcciones generales» claves para limitar la sangría de médicos del sur al norte, para aumentar la investigación hacia bienes públicos globales y para limitar las presiones europeas contra las exenciones de patentes para medicamentos esenciales.

Coordinaron con colegas en las direcciones generales de la salud en Europa -un veterinario irlandés llamado Canice-, en la de investigación –un científico inglés llamado Kevin- y en la de comercio -un abogado italiano de origen sueco llamado Domenico-. Con todos entablaron empatía y sesiones entrañables redactando en torno a la mesa del despacho de Thanda, alumbrada con la bobina que alimentaba su pedaleo en el invento del garaje. Todos menos Domenico: la línea de la todopoderosa dirección de comercio, la de mayor mandato común en Europa era muy clara: proteger los intereses de las empresas europeas.

Llevaron luego los borradores a debates múltiples. Sergio coordinaba en el consejo europeo las discusiones con los representantes de los ya veinticinco países miembros de la Unión Europea. Anna coordinaba debates con la sociedad civil. Thanda organizó en la sala de reuniones del edificio de «políticas de desarrollo y cooperación» de la calle Science, un «foro global de salud», al que invitó a todos ellos, diplomáticos del norte y del sur, activistas y académicos.

Tras dos años de trabajo, cuarenta y seis borradores y miles de horas de reuniones en las que se discutía cada palabra y cada coma, la política de salud global de la Unión Europea estaba lista. Por entonces la República Checa fue la última en ratificar el tratado de Lisboa, el «remiendo» de ausencia de constitución, pero que al menos acordaba ciertas políticas comunes más allá de la comercial. Una de ellas era la política exterior: se elegía a un ministro europeo para la política exterior, se formaba un servicio diplomático europeo y se reuniría con todos los cancilleres europeos para aprobar políticas europeas en sus relaciones con el mundo. El consejo eligió a Lady Ashton, una laborista inglesa con aires aristocráticos y quien defendía los intereses británicos, a menudo más próximos a Washington que a Bruselas.

El consejo de asuntos exteriores celebró su primera sesión el diez de mayo de 2010, aprobando la política europea de salud global. En ella había compro-

misos por la equidad, por los servicios universales y gratuitos y por políticas europeas que evitasen la sangría de médicos y las patentes abusivas e inasequibles en el sur. Thanda celebró lo que podía ser el inicio de una nueva cooperación basada en la justicia y la dignidad de las personas. Tomó una cerveza Kriek en la Grand-Place con Anna y con Sergio, y fueron a cantar «La belleza», de Aute, a la casa de Hoeilaart con sus queridas hijas Ángeles y Daniela. Dos semanas después los tres se encontraron con Paolo y con David en la Asamblea Mundial de la Salud y forjaron una alianza de amistad y complicidad por el derecho a la salud.

Por aquel tiempo le contactó una compañía de *head hunters* (caza-cerebros) para ofrecerle un puesto: la dirección de la oficina de la Fundación Gates para Europa, que se localizaría en Londres a donde, así le decían confidencialmente, se trasladaría el matrimonio Gates. Permitió que lo entrevistaran para conocer más detalles de sus planes, pero mal deberían funcionar los sistemas de inteligencia en no haber detectado la crítica de Thanda al filantro-capitalismo en general y de esa Fundación en particular. Era la más poderosa en la cooperación en salud. Veían la justicia como caridad y la responsabilidad como una supuesta superioridad moral de la que alardeaban. Todo ello venía de inmensas fortunas amasadas por la especulación, entre otras la compra reciente de gran parte de las acciones de Monsanto.

Thanda viajó con sus hijas a Madrid y le contó a su padre el esfuerzo y el resultado de la política europea de salud global, después de la de tres años atrás por los derechos de la infancia.

- Tu luchaste, papá, y estás curado. Yo luché, y las ideas en las que creo son ahora política europea, espero que sirva para algo.

- Lo importante, hijo, es luchar de forma noble, con sólidos principios, actitud humilde, perseverancia en el esfuerzo y huir siempre de glorias y victorias, como dice Kipling en «*If*».

«*If*» era como un credo para su padre. Thanda la tenía escrita por él en su cartera y la releía y recordaba a cada paso, sobre todo el verso que decía: «*if you can meet with triumph and disaster and treat those two impostors just the same*» (si puedes encontrarte con el triunfo y el desastre, y tratar a esos dos impostores de la misma forma). De hecho, tanta paz sentía su alma de haber superado el profundo desgarro del divorcio como de haber conseguido la aprobación de esa política europea, la una solo en oscuras tinieblas, la otra bajo los focos del caprichoso mundo de la política.

Unos días más tarde, Gerard, uno de los expertos nacionales asignados a su equipo le dijo a Thanda:

- Thanda, ayer en el consejo de ministros del gobierno francés, el presidente Sarkozy, ligado al mundo empresarial de los seguros y las farmacéuticas, recriminó a su ministro de asuntos exteriores por haber permitido que se aprobara la

política de salud global «con compromisos contra las patentes y contra los pagos por servicios médicos».

Thanda pensó lo que le dijo el Quijote a Sancho: «Ladran, luego cabalgamos».

Seguía yendo en bici cada mañana al trabajo, aunque ya sus hijas no le despedían efusivas como cuando eran pequeñas y casi preferían ir solas a la parada del bus escolar. Durante la hora de trayecto en bici, a menudo en las frías mañanas de Bruselas, entre las nieves del invierno, las lluvias del otoño, los narcisos de la primavera y los castaños verdes en verano, oía su música preferida, country, celta y trova cubana, sobre todo para animarse en las cuestas. Por las tardes, mientras regresaba llamaba a sus hijas y repasaban algunas tareas mientras él pedaleaba. Sentía mucha fuerza pedaleando en su uniforme de bombero por los paseos y calles de Bruselas. A la vez sentía nostalgia de sus padres, de sus sueños de adolescente, de su vida en sencillez solidaria en África y de su anhelo de un hogar, ahora convertido en un sueño de piezas rotas, aunque las más bellas, sus hijas, le esperaban cada día a su vuelta de la dura jornada.

Lo que más afligía su corazón era la soledad de pareja. Se sentía «huérfano de caricias, náufrago de abrazos». Aunque su vida era bellamente intensa en cuidar de sus hijas y del hogar, y de luchar por los valores en los que creía en el trabajo, anhelaba el abrazo de un alma gemela con quien compartir la pasión, complicidad y aventuras.

Desde los breves encuentros con Sara en Barcelona, no había tenido ningún acercamiento a ninguna mujer. Solo guardaba un secreto para sí: cada día cuando pedaleaba hasta el trabajo, a medio camino se cruzaba con una mujer que también iba en bici, pero en la dirección opuesta. Sobre una vieja bici holandesa que identificó como una «gazelle», la primera que sus padres le regalaron a Thanda en su tiempo de emigrantes en Holanda, pedaleaba cada mañana hacia las siete y media, a la altura de la estación de tranvías de la avenida de Tervuren. Era una mujer de complexión atlética y a la vez muy femenina, de cabello pelirrojo suelto al viento, de mirada dulce desde unos ojos, que, a pesar del fugaz cruce, Thanda sintió que eran grises, como los que había soñado desde su adolescencia. Vestía casi siempre un pantalón azul y una camisa de cuadros pardos, los días de lluvia una gabardina gris.

Thanda esperaba ese cruce de unos pocos segundos que le iluminaba inexplicablemente el día.

Después de varias decenas de cruces pretendiendo no verla, se atrevió a mirarla a los ojos. Unas cuantas semanas después se cruzaron las miradas. Ya cuando florecieron los narcisos y llegaba la primavera, un día le sonrió. Su sonrisa iluminaba aún más ese rostro dulce. Thanda se hacía conjeturas de si estaría casada, o en relación, o cual sería su empleo, o qué pensaría si él se parara un día para saludarla, con cualquier excusa. Pensó incluso en fingir un pinchazo y pedirle

ayuda. Pero tal truco le hubiera parecido muy mal comienzo para una relación. Un día decidió el siguiente plan: después de cruzarse con ella se daría la vuelta a unos doscientos metros, sin que le viese y le seguiría hasta su destino. Así lo hizo, con discreción. Vio que dejaba la bici atada frente a un edificio de oficinas en Audherghem. Le dejó una nota en inglés atada al manillar:

- «Cada mañana tu sonrisa ilumina mi día».

Al día siguiente, cuando se cruzaron, le sonrió, pero a la vez le mostró en su mano izquierda un anillo de matrimonio. Thanda hizo un gesto en broma como si se pegara un tiro en la cabeza. En el fondo se sintió feliz. La clave de la vida era arriesgarse por el amor, por la pasión y por las ideas. Fuera triunfo o desastre. Se sentía feliz. Ya llegaría su compañera cuando la magia de la vida lo dijera.

XXIV

LA ÚLTIMA AVENTURA

Mosi-oa Tunya, julio 2010

Buhleve dio a luz en diciembre de 2010 a un niño al que llamaron Haka-Sibindi, («*Hamba-Kashana*-anda lejos-Haka, *Sibindi* – valiente) diminutivo Hasi, en honor a su abuelo. Elías había trabajado con Buhleve hasta que dio a luz, y con Thandiwe después, ya finalizada su formación en Sudáfrica.

Haka consiguió parar el tráfico de glifosato y reforzó los argumentos para que Zimbabue resistiera la presión a abrir sus puertas a los transgénicos y con ello los tóxicos que arrasaban todas las formas de vida menos las comerciales. Helen seguía a su lado, pero, sin saber cómo, la pasión fue dando el relevo a una forma de amistad y complicidad fiel. Aunque había mejorado el temblor de su Parkinson con la levodopa que le prescribía Elías, había ido deteriorándose su marcha y su habla, sintiendo una gran angustia por ello.

Ya para el parto de Buhleve, Helen lo trajo en una silla de ruedas y al ver a su nieto y tomarlo en sus brazos, su rostro, apenas sin expresión por el Parkinson, se llenó de lágrimas. Apenas balbuceando le dijo a Buhleve que hubiera querido andar lejos, «*hamba-kashana*» con él, y mostrarle las muchas aventuras en las que zambullirse con valentía. Buhleve le dijo que, aunque no fuera físicamente, el ejemplo de sus aventuras y su lucha contra el mal siempre guiaría los pasos de Hasi.

Adam, quien ya tenía diecisiete años, había ido descubriendo con fascinación la magia de los saberes de su madre NoLwasi. Ella le había ido enseñando formas de conectar con los antepasados, con los espíritus y con cómo las tabas podían indicarle el destino y hacer fuerte y luminosa la armonía con las plantas mágicas curativas y con los estados de trance.

Adam, a quien le gustaba ir de aventuras de varios días a los bosques semisecos de Bulililamangwe, descubrió unos hongos que, en dosis muy bajas, le hacían poder ver la naturaleza en diferentes dimensiones, casi poder hablar con ella. Se abrazaba a los árboles, podía pasar horas mirando el lento caminar de un

escarabajo o un camaleón, hablaba con las mariposas de los *amacimbis* con sus grandes ojos como tigres y sentía una profunda energía y paz con los atardeceres y contemplando las estrellas.

También sentía una conexión cómplice en los inventos y en volar en *inyoni-enkulu*-solar con su hermano Joseph y Nothando, una complicidad del pensamiento profundo de los sentimientos con Thandiwe, y un cariño inmenso por su hermano Unai, a quien le seguían atrayendo las aventuras y escalar todas las tardes los *kopje*s para mirar en los lejanos horizontes y adivinar los misterios de la vida.

Elías debía volver a Cuba, tras el año de extensión que Haka consiguió le diera la brigada cubana, en septiembre del 2010. Aunque Elías dijo que pediría un visado para volver a Zimbabue, él y Buhleve sabían que podría retrasarse meses o años entre las burocracias y sensibilidades políticas cubana y de Zimbabue, así que decidieron que iniciarían como familia, Elías, Buhleve y Hasi, una nueva etapa de sus vidas en Santa Clara, Cuba.

Se acercaba el mes de mayo y Buhleve sentía un desgarro de su corazón al ver a Haka cada vez más inmóvil. Pasaba largas temporadas en el porche de la casa de Patxi. Helen venía solo algunos fines de semana. Seguía muy activa en la fundación Anwele y la red Sibithanda por todo el país, además de viajar a Johannesburgo donde trabajaba con Nadine en una editorial de «historias anónimas» recogiendo relatos de personas mayores y grabándoles los sueños que nunca confesaron ni realizaron.

Haka tenía una pequeña radio donde oía la BBC World News y un canal de música clásica que le producía gran serenidad. Un mes antes de la partida de Buhleve con Hasi y Elías, la rigidez muscular le llevó a un estado en el que ya no podía ni vestirse ni lavarse ni comer solo. Buhleve, y también Thandiwe, Adam y Unai le ayudaban con cariño, pero Haka sentía una angustia muy profunda por su estado y por no poder expresarse.

Elías intentó otros tratamientos asociados y subir la dosis de levodopa. Los efectos duraban unas horas, pero luego entraba en profunda somnolencia y un estado de confusión. NoLwasi intentó en vano varios tratamientos con hierbas y cantos que, aunque aliviaban su angustia, no mejoraban su ya casi total inmovilidad. Unos días después tuvo un episodio de atragantamiento al comer y Thandiwe tuvo que sedarle, intubarle, aspirar las secreciones y tratarle una neumonía por la aspiración.

A toda la familia, sobre todo a Patxi y a Buhleve, se les partía el corazón de ver la angustia constante en su mirada.

En unos de los cortos períodos de tiempo en que hacían efecto las dosis altas de levodopa, Haka quiso hablar con Patxi y con Buhleve. Sabían que el efecto duraría apenas unos veinte minutos y aun así ya le costaba mucho expresarse. Con gran esfuerzo les habló de esta manera:

- *Anaya* (hermano) Paxti, *dago* (hija) Buhleve, quiero que me escuchéis bien. Mi vida ya no tiene sentido. Sufro por no poder hablar y por depender de todo para vivir. Vivo temiendo cuando me atragantaré de nuevo. Sé Patxi que en tu fe no es aceptado, pero quiero que me ayudéis a terminar mi vida con serenidad, con dignidad y pudiendo deciros cuanto os amo a todos. He tenido una vida preciosa, sobre todo desde que vine a la misión, Patxi. Y lo más bonito que me ha pasado es poder rescatarte, Buhleve, y ver cómo te has hecho una mujer buena, valiente, generosa, inteligente y darme un precioso nieto en el que siento mi vida continuará de alguna forma mágica. Necesito que entendáis mi angustia.

Buhleve no podía hablar por su profundo dolor. Estaba arrodillada frente a su silla y con la cabeza sobre sus piernas sin saber qué decir. Patxi le miraba con los ojos nublados de tristeza y le respondió, con el filtro de sus creencias y, quizás tabúes:

- *Anaya*, te entiendo, comprendo tu dolor y tu angustia. Mientras hay vida hay mágicas expresiones de amor y te podemos y te queremos cuidar. ¿Buhleve, hay ansiolíticos que pueden relajar sus músculos y su angustia?

- Sí, *baba wami* (padre mío), hay medicamentos que te pueden calmar la angustia, déjanos cuidarte, tú has dado tu vida por nosotros, has arriesgado tu vida por mí, solo una mirada tuya alegra mi corazón. Hasi te quiere y siempre quiere estar en tu regazo. No me iré con Hasi a Cuba hasta que mejores.

Haka se quedó pensativo y le corrieron las lágrimas por el rostro ya casi sin expresión por la rigidez. A su estado tan inerte se unía la sensación de ser un peso para los demás y de entorpecer la vida de familia de su querida hija, que debía volar. Patxi le preguntó.

- ¿Cuál quieres que sea tu próxima aventura, Sibindi?

Apenas ya sin fuerza, y sabiendo que la próxima sería la última, dijo:

- *Vic Falls*.

A Haka le fascinaba la fuerza de las cataratas Victoria y en especial el Mirador del diablo, donde caía con fuerza el río Zambezi al acantilado de cien metros, como trascendiendo toda esa energía a una nueva existencia.

Adam había oído la conversación desde la puerta. Adoraba al tío Haka, su fuerza, sus aventuras, su cariño y su generosidad. Se acercó cuando Buhleve y Patxi le dejaron entrar en su sueño, con el fondo de música clásica.

- Tío, te puedo dar un hongo que te hará sentirte en conexión con todo. ¿Quieres probar? Creo que te ayudarán a sentir paz.

- Sí, Adam, ayúdame por favor.

Al día siguiente Adam fue a hablar con Patxi.

- Aita, ayer os oí hablar con el tío Haka. Está sufriendo mucho. Creo que el hongo que he descubierto y que produce una conexión muy profunda con la naturaleza le puede ayudar.

- Hijo, gracias por preocuparte y quererle tanto. Pero ya le están tratando Buhleve, Thandiwe y Elías de la mejor forma posible.

Adam no insistió, sabía que quien no se atreviera a sentir la profunda conexión natural que él había sentido, no podría entenderle. Su madre NoLwasi sí lo había probado y le podía entender.

Esa noche cenaron todos en el porche. Haka estaba muy somnoliento. Patxi les dijo que irían todos en el BJ40 a una aventura con el tío Haka. A las cataratas Victoria. Todos sabían que sería la última.

Buhleve dijo que había hablado con Elías y él se quedaría de guardia en la misión. Avisaron a Helen y también a Joseph y Nothando. Una semana después salieron en familia a otra aventura, que todos sabían sería la última, del valiente Haka.

Patxi conducía. En el asiento de delante iba Haka y Helen abrazándole. Detrás iban Buhleve con Hasi, NoLwasi, Thandiwe, Nothando y Joseph. Adam decidió ir con Unai en *inyoni-enkulu*-solar en pequeños saltos de una hora, la autonomía de las pilas, aunque tenían el motor de queroseno por si fallaban las baterías. Diez horas después el auto llegó a Nantwich, dentro de Hwangue, y observaron juntos el horizonte de cincuenta kilómetros y las manadas de elefantes. Esperaron un día y llegaron Adam y Unai de sus vuelos, unidos en profunda fraternidad y fascinados por ver tanta belleza en la naturaleza libre.

Salieron juntos hacia las cataratas Victoria en el coche y en *inyoni-enkulu*. Adam les convenció para que le dejaran ir en *inyoni-enkulu* con Haka, quien expresó su aprobación con su última sonrisa. Mientras el BJ40 llegó a un *lodge* del parque nacional, Adam sobrevoló con Haka el río Zambezi hasta los inmensos saltos de agua. Al ver desde el vuelo la caída del «salto del diablo», Haka sintió el vértigo de la vida cayendo a un inmenso vacío. La inmensa nube de vapor que subía hacia el cielo y que en la lengua local Kololo llamaban «*Mosi-Oa Tunya*», vapor que ruge, era el recuerdo que dejaba en quienes amó, el fluir del río entre el acantilado le hacía pensar en otra posible existencia con otras aventuras donde entregar su alma. Antes de volver con la familia, Haka puso su temblorosa mano encima de la de Adam, al timón, y, sin apenas fuerzas ya, le dijo: «*Hamba kashana umntwana wami*» (vuela lejos, hijo mío). Ya atardeciendo aterrizaron frente al *lodge*. Después de cenar Nothando tocó melodías al violín. Acabaron cogidos de la mano y oyendo la preferida de Jonay, «La lista de Schindler».

Esa noche, Haka quedó profundamente dormido. A la mañana siguiente tenía los ojos cerrados, su respiración era muy superficial y no respondía a quien le hablara. Aún no había amanecido. Todos estaban a su alrededor. Cuando su respiración comenzó a hacerse irregular y parecía atragantarse con su propia saliva, Adam les dijo a todos:

-Tengo unos hongos que le harán sentirse al tío muy en paz.

NoLwasi asintió. Patxi y Buhleve sintieron confianza en la serena aceptación de NoLwasi y el amor de Adam. Sabían que se acercaba su final y querían que fuera en la más profunda y mágica paz.

Adam les propuso que le llevaran al jardín desde donde se veía la quietud del río Zambezi, antes de caer por las majestuosas cataratas al acantilado. Les ofreció a todos una dosis para sentirse unidos a Haka en su viaje, que sabían, sería el último. Se dieron las manos en torno a Haka, tumbado en el suelo y su cabeza apoyada en el regazo de Helen y sus manos unidas a las de Buhleve y Patxi. Hasi se durmió encima del pecho de su abuelo.

Cada uno se sintió, a su manera, en armonía con su respiración que se volvía rítimica y completa. Fueron sintiendo una energía que parecía salir de sus cuerpos y entrelazarse con el agua, las plantas, la tierra, el aire y el profundo murmullo de las cataratas. Sentían como si en ese estado pudieran permanecer una eternidad. Una especie de serena confianza en un «vacío luminoso» les inundaba y llenaba de una sensación de paz al simplemente rendirse, abrumados sus sentidos y despojados de pensamientos y juicios, a tanta belleza. Se fueron quedando dormidos en su abrazo en torno a Haka.

Cuando ya hubo amanecido, empezaron a despertarse. Helen y Buhleve sollozaron al abrazar a Haka y sentir que ya no respiraba. Había en su rostro una semblanza de profunda paz y una leve sonrisa. Aquella fue, rodeada de naturaleza y de amor, la última aventura de ese gran corazón pleno de valentía y generosidad.

Volvieron con él, su cuerpo inerte, ya libre de la rigidez, hasta Ukuzwana. Patxi conducía en silencio. Pensaba en las dudas de a dónde iban todas las vidas y el refugio de la religión por donde se filtraban destellos de incertidumbre. Haka descansaba ya de tantas batallas en los brazos de Helen y Buhleve que le acariciaban y hablaban de los bellos recuerdos que para siempre quedarían en sus almas. Todos sentían una mezcla de profundo vacío y a la vez inmensa gratitud por haber sido compañeros de viaje de tan maravilloso ser.

Le enterraron bajo la jacaranda de Nour, que ya medía catorce metros de altura, uno por año desde que nació. Hubo una celebración en la misión por la vida de Haka. Vinieron de todas aldeas de Sibithanda que decidieron llamar desde entonces «Haka-aldeas». Llegaron con Nadine desde Sudáfrica niños que habían sido rescatados gracias a Haka. Jonay, Aimsa, Nour, John, Umbela, Beatriz, Meimuna, Moyes, Fernando, Saidu, Thanda, Cristina, Ángeles y Daniela mandaron palabras de profundo amor y admiración. También recibieron mensajes de aprecio y gratitud de gentes del gobierno, ya en paz, de Sierra Leona, del de Mozambique, de organizaciones de lucha contra el tráfico de niños, de órganos, de diamantes y contra la especulación financiera que Haka había revelado, junto a Aimsa, en libros que inspirarían muchas más luchas.

Haka le había dejado a Buhleve una caja con una nota: «ábrelo cuando yo ya no esté». Una nota escrita con caligrafía temblorosa decía lo siguiente.

Querida familia,

Sé que por vuestro amor quisierais mantenerme mucho tiempo con este frágil hilo de vida que me queda, pero debo irme a otra dimensión. No sé si será como tú dices Patxi, o con los antepasados NoLwasi, pero donde sea, os esperaré pues mi paraíso es vuestro amor. Tardad mucho tiempo y tened muchas aventuras.Yo os enviaré mensajes en los sueños y con los recuerdos de tanto vivido, y sentiréis mi abrazo con suaves caricias del viento.

Ha sido un honor vivir esta aventura. Puse mi corazón en cada paso. Arriesgué mi vida por cada noble razón que se cruzó en mi camino.Y así viviría todas las vidas que me tocara vivir o, quizás, las que vengan.

Os amo desde lo más profundo de mi ser, y por ese amor, quedo en vosotros para siempre.

Jangoiko naiva du (en vasco: si Dios lo quiere).

Dentro había varios paquetes:

Uno con una piedra de esmeralda con forma de corazón para Helen, otra con la camiseta de «busco a este Ángel» para Buhleve, su brújula para Unai, su linterna para Adam, su cantimplora para Thandiwe, las llaves del BJ40 para todos y con una nota para Joseph: «hazlo solar», una concha del mar del país vasco para Nothando y con una nota «para mi Anaya» y envuelta en su txapela, había una cruz de metal con formas de árboles. Joseph les explicó que antes de su última aventura fundió su Makarov en ese símbolo para su hermano. Patxi se lo dio en custodia a Buhleve para que siempre le acompañara a Hasi y se puso la txapela. Ya nunca se la quitaría.

Una semana después Patxi recibió una carta sin remitente:

En recuerdo del gudari Unai y su valentía en Euskadi y por el mundo, e inspirados por su lucha no violenta, hemos decidido dejar nuestra lucha armada y seguir nuestros sueños de Euskadi libre sin violencia. Eskerrikasko, Anaya.

Iñaki, quien le guio a Patxi al desfiladero de Atzarte hacía cuarenta años ya, estaba en la dirección de ETA. Haka le había enviado una carta a través de contactos, para hablar de la lucha sin violencia y animar la fuerza de libertad para luchar, con la fuerza de desvelar la verdad, contra las redes del mal en el mundo más allá de las fronteras,

Así se fue de la vida física que conocían, un ser maravilloso que les dejó impregnados sus corazones de valentía a todos quienes le conocieron.

XXV

LA TEMPESTAD DE LA INJUSTICIA

Llanes, Asturias, febrero 2011

Moyes había terminado sus estudios de economía en la prestigiosa London School of Economics -LSE-. Gracias al sueldo de Beatriz desde Nueva Delhi, pudo pagar su matrícula y coste de vida en Londres, la ciudad más cara de Europa. En aquella escuela, en Gower Street, al lado del Senate House de la Universidad de Londres, había estudiantes de más de ochenta nacionalidades, la gran mayoría de familias acomodadas y muchos de grandes fortunas. Algunos eran becarios de extractos más humildes, que Moyes rápidamente identificó. Con ellos se sentía más en paz. Junto a un chico de Mozambique llamado Soizinho, un turco llamado Ahmed y un chino llamado Lee, compartió un piso en el ático de una casa victoriana de blanco desconchado frente a la casa central de los cuáqueros, Friends House, que Aimsa y Jonay le recomendaron visitar. Compró una bici de segunda mano en el mercado de Camden Town y empezó a recorrer ese mágico crisol de mundos, una de las ciudades más cosmopolitas del planeta.

Desarrolló una especial complicidad con Soizinho, su amigo de Mozambique. Era alto y fuerte, aunque algo desgarbado. Tenía un rostro como abotargado, con cicatrices por un acné juvenil y unos ojos grandes que a menudo miraban entre asombrados y con picardía, sutilmente provocando a su interlocutor. Decía que su nombre, Soizinho, solitario en portugués, era su destino pues no conseguía la compañía de ninguna mujer. Tenía un hondo sentido de ser discriminado por su color y se sentía constantemente como agredido.

Cuando Moyes llegó a Londres, Soizinho llevaba ya un año viviendo allí mientras asistía, por una beca del British Council, a cursos del School of Oriental and African Studies (SOAS) ayudando a traducir la Biblia al idioma Shona. Seguía en el centro africano de Londres cursos de política económica de África que impartía un orondo Profesor Babu, quien había sido seis años ministro de economía de Tanzania y los seis siguientes estuvo preso. Sus adversarios políticos

decían que por corrupción, él aseguraba que por envidias e intrigas entre clanes tribales.

Durante aquel año, Soizinho iba de casa en casa donde le dejaban dormir un par de semanas en un sofá pues no conseguía que nadie le alquilase un cuarto. Le mostraba a Moyes su colección de cartas «*polite decline*» (rechazo cortés). Soizinho había conocido a un profesor de economía que entendía el mundo de forma diferente y había ido desarrollando un equipo de análisis y propuestas de lo que llamaban «economía del desarrollo». Moyes y Soizinho iban a cursos de tarde con el grupo de SOAS para, según ellos decían, limpiarse de la «*mainstream economics*» del edificio colindante de la prestigiosa LSE. Allí solo se entendía la economía desde la mano invisible del mercado de Adam Smith, el crecimiento y, el principal objetivo, la ganancia individual. Éxito personal o corporativo incluso a través, sobre todo, del interés compuesto del cual Einstein dijo, irónicamente, que era «la mayor fuerza del universo».

Moyes habían pasado cuatro años de intensas vivencias y reflexiones entre las teorías de «asunción del poder» y la «rebeldía ante lo injusto», entre LSE y SOAS, apenas separados por doscientos metros.

Así terminó sus estudios en junio de 2010 y obtuvo su grado de economía. Beatriz, ya estaba jubilada de la Comisión Europea. Su hermano Agustín había fallecido cinco años antes y poco después murió su viuda. Ninguno de sus dos hijos quería vivir en el caserío familiar y estaban enfrentados por repartirse la herencia. Con los ahorros y pensión de la Comisión Europea, Beatriz les compró la vieja casa familiar y la reformó con el plan de animar una eco aldea con los caseríos de alrededor y un centro de acogida ecuménico y de «amor sin prejuicios». Beatriz se reencontró con un amigo de su infancia, Eneko, que vivía en un caserío vecino, y hacían reuniones de terapias de duelos con profunda empatía.

Como clausura de sus estudios, Moyes dio una charla sobre «el gran casino mundial» para sus amigos y abierta a los estudiantes de «economía del desarrollo» de SOAS. Invitó al universo de personas que habían formado parte de su vida en Londres: los compañeros de casa de Endsleigh Gardens, los asiduos del barrio a las sesiones de cuáqueros en Friends House, amigos de un grupo aficionado de danza en The Theatre, compañeros de cursos nocturnos que había seguido en el Africa Centre, estudiantes y profesores de LSE y SOAS, y hasta varios vagabundos y *buskers* -músicos callejeros- con los que había compartido tertulias, música en Covent Garden e incluso charlas desenfadadas subido encima de una caja de jabón en Speakers' Corner.

Vinieron desde Navarra Beatriz y Meimuna, Thanda y desde Bruselas algunos amigos de la escuela europea. Una chica llamada María llegó desde un pueblo asturiano llamado Llanes. Beatriz notó que lo observaba con especial ternura.

Moyes explicó con detalles humanos y entrañables cómo fue adentrándose en aquellos años en el complejo mundo de la economía mundial, el dominio del

dólar virtual, sin respaldo de reservas de oro y mágicamente adorado por todo el mundo. Curiosamente rezaba, nunca mejor dicho, en el billete de ese mítico papel que dominaba el mundo «In God we trust». En esa fe en el dólar, en alianza con el clero, las jerarquías feudales, luego las naciones y aderezada de dominio militar, corporativo y financiero, descansaban el 90% de las transacciones internacionales y representaba el 60% de las reservas monetarias globales.

La economía entonces sufría las consecuencias de lo ocurrido en Breton Woods, justo después de la Segunda Guerra Mundial, con la creación de instituciones financieras para la reconstrucción de una Europa en ruinas. En aquel tiempo el dólar estaba respaldado por la reserva de oro. En 1971 Nixon rompió aquella relación entre dólar y oro, y se dejó su valor en la «confianza de la sociedad» en el gobierno americano. No era una alianza anecdótica que dicha «hipnosis» de «In God we trust», fuera de la mano del sueño americano difundido por Hollywood y de la dominancia militar que mantenía a Estados Unidos virgen de guerras en su territorio, desde donde el Pentágono y la CIA sembraban violencia por todo el mundo.

Poco después la crisis del petróleo llevó, por la especulación de los precios por los países productores, a una gran acumulación de dólares. Esos «petrodólares» se invirtieron en el «desarrollo» de las economías del golfo pérsico y el endeudamiento de dictaduras latinoamericanas. Aquellas dictaduras militares habían sido apoyadas por la doctrina Monroe que Roosevelt llevó, desde el hundimiento del Maine, a un nuevo imperialismo bien organizado. Todo ello era ensalzado por el mito que Hollywood sembraba en mentes de todo el mundo: el mito del bueno americano contra el malo comunista en rescate de la víctima pobre. En la Escuela de las Américas se habían graduado la mayor parte de los dictadores y aliados de la CIA en el continente que confundía su nombre, América, con el país que lo dominaba sin pudor.

Luego llegó la crisis de los ochenta desde la cual las instituciones financieras creadas cuarenta años antes en Bretton Woods, comenzaron a dominar las economías endeudadas de los países «subdesarrollados» e imponer las reglas del juego de los países «desarrollados». El poder monetario se iba acumulando en pocas manos, aquellas que jugaban en ese casino mundial de la especulación financiera y de su poderoso juego del «interés compuesto», el arma que citó Eisntein.

Moyes fue dibujando en el viejo y extenso encerado de la sala de conferencias un gran esquema del dinero mundial, sus escondites, sus flujos, sus «derivados» y esa «fe de tener fe» que movía una economía global. Nadie entendía del todo, pero tenía un claro efecto en la acumulación de unos pocos y la marginación de la mayoría, cuyas vidas estaban a merced de los que más y más amasaban por la especulación.

Marx había vivido, un siglo atrás, a unas pocas manzanas en el Soho. Escribió *El Capital* a trescientos metros de donde hablaba Moyes ahora. Moyes solía ir

a leer y hacer sus esquemas en el pupitre 07 de la biblioteca del British Museum, donde Marx pensaba y anotaba sus ideas. Moyes pensaba que las teorías de Marx no podían explicar ya un mundo en el que los medios de producción seguían en pocas manos, pero el real poder residía en un capital financiero que dominaba todo y cuyos tentáculos estaban tan ramificados que se diluía quién y cómo ejercía el poder y la opresión.

Dibujó en la pizarra una gran bolsa, que tenía todo el dinero en circulación o pasivos (disponibles) bancarios: unos ochenta billones -millones de millones- similar al producto interior bruto mundial. Representó el valor de cambio entre dinero y bienes. Cada dólar cambiaba de manos, de media, una vez al año. Así se medía la economía, con el flujo del dinero, y se le llamaba producto interior bruto. Ese flujo era muy desigual. Algunos dólares cambiaban de manos mil veces al año y otros, más de la mitad, ninguna vez. Ese dinero aparentemente «quieto» era muy poderoso. Generaba la «célula cancerosa» del interés compuesto.

A la vez había unas ciento sesenta mil toneladas de oro con un valor de venta de unos 50 dólares el gramo, es decir, un valor total de unos ocho billones. Entre el valor respaldado, real, de ocho billones y el del dinero en circulación, ochenta, había setenta y dos billones de «papeles verdes» con la frase de la Fe y el signo masónico del «delta luminoso», el noventa por ciento, con un valor tácito, mítico, arbitrario, impuesto por unos pocos y aceptado sumisamente por el resto.

Así como gran parte del dinero se relacionaba con un metal escaso al que se le daba un valor, al 90% del dinero de «valor fatuo» se le asignaban «derivados»: acuerdos de cambios, de pagos futuros, de seguros sobre dichos fondos, de seguros sobre los seguros, y así hasta más de diez capas de supuestos de derechos sobre ese dinero falso, que llegaban en total a diez veces el valor de todo el dinero en el mundo. Esos derivados se movían de manos veinte veces más que el dinero «real». Lo hacían a un ritmo de cinco billones por día, mil ochocientos billones por año. Es decir, solo un dólar de cada diez en derivados financieros, que cambiaban veinte veces al año de manos, estaba respaldado por dinero en circulación. Y solo el diez por ciento del dinero en circulación, que cambiaba una vez al año de manos, lo estaba por el oro, que apenas cambiaba de manos. Moyes hizo una pausa y mirando a la audiencia dijo:

«*Es un gran juego de mentiras que parece que nadie se atreve a contradecir y todos seguimos jugando*».

Prosiguió diciendo que la economía no era solo dinero. Servía para comprar y vender productos naturales o transformados y servicios, el tiempo de las personas. Una parte del mundo trabajaba con su sudor transformando la naturaleza en «materias primas» de la superficie, alimentos, agua, madera; y de su subsuelo, combustibles fósiles -carbón, petróleo y gas- y minerales. Esas «materias primas» suponían una quinta parte del llamado «producto interior bruto» mundial. La mitad de ella eran combustibles fósiles extraídos a las entrañas de la tierra. Vein-

te millones de toneladas de carbón, ochenta millones de barriles de petróleo y treinta millones de metros cúbicos de gas al día, que se quemaban e iban asfixiando al mundo con el calentamiento global. Una tercera parte en minería, cuarenta millones de toneladas de minerales también arrancados a la tierra cada día, la mitad en hierro. Otra quinta parte eran los alimentos, suficientes para toda la Humanidad, quizás el ejemplo más claro de la injusta distribución humana: mientras un tercio comía en exceso, una sexta parte vivía con hambre. Cantidades menores en otras extracciones directas de la naturaleza completaban la destructiva relación del hombre con la naturaleza, como la madera, deforestando a un ritmo de veintidós millones de hectáreas por día.

Esas materias primas se procesaban en las fábricas con resultados de millones de manufacturas de toda forma de productos de consumo. Las fábricas humanas contaminaban con unos ciento cincuenta mil tipos de sustancias tóxicas el aire, los suelos y las aguas. También intoxicaban así los cuerpos de hombres, animales y plantas. El consumo se aliaba con los plásticos, que envolvían la mayor parte de las manufacturas. Un millón diario de toneladas de plástico iba invadiendo la tierra y el mar, donde pronto habría más plásticos que peces. Esas manufacturas en gran parte intoxicando al planeta se vendían por un valor global de quince billones de dólares.

Pero el sector que progresivamente había ido dominando la compra y venta no eran los bienes, naturales o procesados, sino los servicios, que ya eran dos terceras partes de la economía global. Algunos servicios transmitían conocimientos para el bien común, como la salud o la educación, y así eran reconocidos por algunos países que, como el Reino Unido, con excepciones como la prestigiosa LSE, de donde había obtenido su flamante diploma, los defendía con cobertura universal pagada con impuestos en equidad. Pero muy a menudo la economía de los servicios era simplemente transportar, almacenar, distribuir, volver a almacenar y redistribuir, seducir el consumo y vender bienes innecesarios e inflados de precio y beneficios.

En todo ello faltaba un factor de la ecuación: las especulaciones de las transacciones de instrumentos y derivados financieros. Esa evolución del interés compuesto, como bien predijo Einstein, se había convertido en el monstruo más poderoso que dominaba, si no el universo, las vidas de los ya siete mil millones de personas. El entramado de derivados, con el simple objetivo de cambiar frenéticamente de manos y conseguir beneficios, generaba unos ciento ochenta billones de ganancias, tres veces el producto interior bruto de la riqueza tangible en bienes o servicios.

Para resumir, Moyes hizo un gráfico con dibujos: por un kilo de café se pagaban diez centavos al sudor del agricultor, cuarenta centavos a los obreros de las fábricas que lo molían y envasaban, un dólar a quien las almacenaba, transportaba y vendía en las tiendas o servía en las cafeterías y de ello sacaban hasta tres dólares

quienes «apostaban» por esos beneficios con cartas trucadas en la gran mesa de póker en que se había convertido la economía mundial. También así funcionaba la economía por países y regiones, unos con su sudor y sus manos, otros con los «*overall*» y las máquinas, otros con negocios con calculadoras y otros con la especulación desde softwares inteligentes en ordenadores y despachos enmoquetados, con aire acondicionado y música de fondo.

Desde lo más rural a lo más urbano, desde los campos de Etiopía a las torres de Manhattan, desde lo pagado míseramente a lo pagado con lujos obscenos. El sesenta por ciento de las personas del mundo, unos cuatro mil millones, en su mayoría en países del sur, se dedicaban a la agricultura en zonas rurales y recibían por ello el tres por ciento del producto interior bruto, es decir, un dólar y medio al día. Un veinticinco por ciento, mil millones, trabajaban en fábricas periurbanas con sueldos medios de unos veinte dólares al día, hasta diez veces menos en países de menos ingresos. Un quince por ciento, una proporción mucho más alta en países de ingresos altos, se dedicaba a los servicios y recibían por ello salarios de unos cincuenta dólares al día, de nuevo, enormes disparidades entre países. Y menos del uno por ciento de la población mundial se dedicaba a especular con el capital propio y ajeno, ganaban unos cuarenta mil dólares al día e iban aumentando más y más su patrimonio de tierras, viviendas, medios de producción y capital, y los medios de comunicación, sus fichas en el perverso casino mundial. Diferencias extremas desde uno a cuarenta mil en ingresos y de uno a un millón en patrimonio. Así repartía el poderoso mito de la propiedad y el dinero, la especie humana.

A la charla asistía un profesor díscolo de la LSE llamado Thomas Piketty que al concluir se acercó a Moyes y le dijo que, con otro grupo de personas igualmente alarmadas por las desigualdades, estaban pensando en la idea del Instituto Internacional de Desigualdades, al que le invitaba a participar con sus ideas.

Meimuna y Beatriz se fueron al hotel que Moyes les había reservado: el mítico hotel Russell, en la plaza del mismo nombre, a dos manzanas del SOAS y otras dos del museo británico. Le había regalado a Meimuna *La conquista de la felicidad* y a Beatriz *Por qué no soy cristiano* del filósofo que daba nombre a la plaza. Los amigos se fueron despidiendo y quedó a unos diez metros como tímida y ajena a su nube de amistades una joven más baja que alta, con pelo negro rizado que se alborotaba en su frente, unas gafas redondas que le hacían parecer una intelectual bohemia y unas pecas que parecían revelar inocencia y sed de aventuras. Lo que brillaba al sonreír eran sus ojos, tras los lentes, de un color verde miel que seducía y una inefable ternura que acariciaba el alma. Así la veía Moyes, al menos. La había conocido en los cursos del centro africano. Se llamaba María.

María había nacido en Llanes, Asturias, un pueblo que fue de pescadores y ahora estaba entregado, sobre todo, al turismo. Un claro ejemplo de la economía que describió yendo de lo rural a lo urbano, de los alimentos a los «servicios», de

la mar a los hoteles y restaurantes para turistas. Llenaban cada verano el pueblo gente venida de Oviedo, Madrid y, más y más, de fuera de España, en busca de sus míticas y maravillosas treinta playas, algunas de ellas aún casi vírgenes. Había estudiado magisterio en Oviedo y al poco de graduarse se fue de maestra con un modesto sueldo de la cooperación española a apoyar tareas de alfabetización que la Federación de Religiosas de la Enseñanza (FERE) llevaba a cabo en Bata, Guinea Ecuatorial. Conoció de cerca la dictadura corrupta de Obiang y su alianza con Estados Unidos a través de las explotaciones de petróleo de Exxon. Quería entender mejor aquellas perversas redes de enriquecimiento de unos pocos y destrucción de la naturaleza. Con lo ahorrado de cooperante apoyó a sus padres, que apenas tenían para pagar la hipoteca. Viajó a Londres para asistir al curso de política económica de África, en el Centro Africano al que llamaban «la capital de África» en Europa.

Tras conocerse en aquel curso del profesor Baba, Moyes, prendado de su misteriosa y cálida mirada, la invitó a pasear por Covent Garden y le acompañó hasta su casa, que compartía con una estudiante alemana en Camden. Fueron intimando y confesándose sus historias, sus anhelos y sus temores. Viajaron en otoño del 2009 en un vuelo barato de Ryanair hasta Santander y de allí a Llanes en ferrocarril de vía estrecha. Moyes sintió parecida fascinación por la dulzura de María que por el paisaje de Asturias. Conoció a su familia. El padre, y al menos tres generaciones antes que él, habían sido pescadores. La madre cuidó de la familia y, cuando empezó a flojear la pesca, limpiaba casas de veraneantes burgueses de Oviedo y de Madrid. Vivían la abuela, sus padres y dos hermanos menores en un humilde piso de sesenta metros cuadrados frente al barrio de pescadores de La Moría, que pagaban, o más bien intentaban pagar, bajo una hipoteca de treinta años mediante el pago de un préstamo del banco de Santander.

Después de su graduación y conferencia en Londres, Moyes se trasladó a España. Fue primero al caserío navarro de los Beloki, donde ya se estaban instalando Meimuna y Beatriz. Una semana después siguió camino hasta Llanes, donde ya había vuelto María con su familia. Quiso hacerlo andando y siguiendo el Camino de Santiago. Paraba en las ermitas románicas para meditar sobre el mundo y sobre su futuro. Cuando llegó a Llanes tuvo un emocionante reencuentro con María.

Moyes y María fueron andando por la costa hasta la playa preferida de María, Torimbia. Al día lo abrigaba una serena niebla, como si la hubieran traído de Londres. Tras atravesar el pueblo de Niembro siguieron el camino hacia el oeste y subieron un paseo empinado. Al deslomar, María le pidió a Moyes que cerrase los ojos y le guio hasta un alto desde donde se veía la playa. Le dijo que abriera los ojos. Moyes quedó hipnotizado de tanta belleza: hacia el horizonte se veía una ladera virgen y frondosa de helechos, y a sus pies la arena blanca y limpia de una playa en forma de concha que se perdía entre la neblina y se difuminaba

su final. A pesar de la niebla y el frío fuera y dentro del océano, Moyes y María se desnudaron y entraron al mar. Pasaron el día abrazándose, descubriendo sus cuerpos y fundiéndose como si la eternidad hubiera encontrado un momento al que nada más le importaba.

Decidieron seguir juntos el camino desde Llanes hasta Santiago de Compostela y buscar inspiración espiritual y natural para su unión y su futuro. De vuelta a Llanes María le pidió a Moyes ir a hablar al Paseo de San Pedro, un hermoso paseo de prados y brezos sobre rocas contra las que rompía bravo el mar Cantábrico.

- Moyes, te tengo que contar una honda preocupación: mi familia ha ido disminuyendo sus ingresos por los recortes de cuotas pesqueras a España y el agotamiento de los bancos pesqueros. La cofradía de pescadores de Santa Ana, a la que han pertenecido varias generaciones de mi familia, ha ido desapareciendo. Solo quedan unos pocos barcos como adorno para los turistas, y la fiesta de la Virgen del Carmen el dieciséis de julio, patrona de los marineros.

- ¿Crees que el gobierno de Zapatero está dando la espalda a la gente?

- Bueno, realmente ganó las elecciones tras la alianza de Aznar con la gran mentira de Bush en Irak y su consecuencia en los atentados de Atocha. Empezó con la dignidad de la retirada de tropas de Irak y servicios sociales ampliados para personas dependientes.

- Sí. También legalizó los matrimonios entre homosexuales y mi madre y Beatriz se han podido casar. Además, sabemos por Haka, que ya se nos fue, que fue intercediendo para el fin de ETA finalmente el pasado septiembre.

- Pero, Moyes, desde el colapso de Lehman Brothers en 2008, la crisis económica en España ha puesto al gobierno de rodillas frente a la banca.

- Así es, María. Los bancos, que habían especulado con las hipotecas, la burbuja inmobiliaria y los derivados financieros, comenzaron a ver desaparecer el dinero fantasma, y con ello sus grandes negocios. El paro y la disminución de exportaciones llevó al gobierno a un déficit público y una deuda comercial. La Unión Europea, más preocupada de sus finanzas y comercios que de su gente, presionó, sobre todo desde el poder económico y financiero de Frankfurt a que España y los países que empezaron a llamar «PIGS» (Portugal, Italia, Grecia y España), ajustaran sus gastos y redujeran su déficit y deudas, para no afectar al valor del Euro. Empezaron entonces a tomar protagonismo las «agencias de rating» Fitch, Standard and Poor's y Moody's, las mismas responsables del colapso financiero que llevó a la crisis económica mundial, y que calificaban las deudas públicas y por lo tanto los intereses de la deuda. ¡La gente está más pendiente de la prima de riesgo que del hombre del tiempo!

- ¿Por qué se ha permitido a los bancos ahogar nuestras vidas?

– Tienes razón. Ellos mandan a través de la trama financiera mundial. Cada vez una parte mayor del presupuesto que los países recolectan en impuestos a sus ciudadanos se destina al pago de intereses de la deuda. Bajo presiones europeas e internacionales de «estabilidad macroeconómica», la de ese gran casino ficticio, millones de trabajadores honestos, con ingresos o salarios recortados o en paro, despidos más libres y pensiones reducidas, no pueden hacer frente a sus deudas e hipotecas.

– Es como lo dices, Moyes. Está llevando a miles de dramas personales y familiares. Mi padre ha recibido un ultimátum del banco, de que si no paga los retrasos de la hipoteca procederán al desahucio.

– Es horrible, María. Hay que hacer algo contra esta injusticia. Los mismos bancos que otorgaron hipotecas basuras y aumentaron la demanda y así los precios y los beneficios de los constructores y especuladores, sus grandes amigos, y del gobierno, han empezaron a hacer desahucios de casas a las que las familias humildes como la tuya que ya no pueden hacer frente. Además, el pago restante de las hipotecas es mucho mayor que el valor de mercado de las casas tras pinchar la burbuja inmobiliaria.

– A mis padres les quedan por pagar casi doscientos mil euros y el valor de venta de la casa ahora es de ciento treinta mil. Aun vendiéndola y quedándose sin nada tendrían que estar pagándole al banco el resto de su vida, la mayor parte de la pensión.

– La crisis económica ha doblegado todos los tímidos principios sociales. El gobierno está «rescatando» a la banca especuladora con sesenta mil millones de euros, para que puedan seguir su juego especulador, que incluye préstamos al mismo gobierno y la compra de sus letras del tesoro. Es triste ver que familias endeudadas como la tuya, María, «pagan una deuda ficticia, por un valor ficticio a unos bancos que el gobierno con sus impuestos rescata para que les desahucien de sus hogares».

– ¿Y qué podemos hacer, Moyes?

– Yo siento por ti, María, una unión profunda, lo siento por primera vez en mi vida. Y quiero que estemos fuertes y unidos frente a esta lucha. Vamos a resistir a la amenaza abusiva de desahucio a vuestra casa.

Esa semana viajaron en autobús a Madrid y se unieron a las manifestaciones que llevaron a la huelga general en España contra la reforma laboral y la de pensiones. Allí se quedaron con Pascual, con quien Thanda les puso en contacto, en el albergue de Santa María de la Paz. Llevaban una pancarta que decía: «Es indecente. Casas sin gente. Gente sin casas», como decía la linda canción de la cantante catalana Isabel Pérez Cruz, que gustaban de oír.

Con jóvenes que conocieron durante las manifestaciones crearon una página en Facebook, «Yo soy un joven español que quiere luchar por su Futuro»

que dio luego lugar al blog y movimiento «Juventud en acción». Conocieron a Ada Colau, una mujer catalana que no pudo acabar su carrera de Filosofía por penurias económicas de su familia y que lideraba con fuerza la «Plataforma de afectados por la hipoteca», fundada en Barcelona.

Moyes y María, colaborando y conviviendo en el albergue de Santa María de la Paz, se dedicaron a lanzar la plataforma «Stop desahucios». Con la ayuda de abogados que de forma voluntaria colaboraban, movilizaciones comunitarias y manifestaciones frente a las casas de políticos y banqueros consiguieron parar el desahucio de los padres de María. En el siguiente año ayudarían a parar dos mil desahucios más, viajando por todo el país. Movilizaban a los vecinos, se encadenaban a las paredes y puertas, preparaban recursos judiciales, intentaban hablar con los banqueros, y si todo resultaba imposible, recaudaban fondos para alquileres en otros pisos. Empezaron a recibir herencias de pisos y donativos de toda España para ello.

Moyes y María estaban muy unidos luchando frente a la injusticia. Habían leído el libro *¡Indignaos!*, del escritor y diplomático francés Stéphane Hessel, uno de los redactores de la Declaración Universal de Derechos Humanos de 1948, que llamaba a un alzamiento «contra la indiferencia y a favor de la insurrección pacífica». Como bien decía: «El nazismo fue derrotado, gracias al sacrificio de nuestros hermanos y hermanas de la Resistencia y a las Naciones Unidas contra la barbarie fascista. Pero esta amenaza no ha desaparecido y nuestra ira contra la injusticia sigue intacta».

Moyes iba compartiendo estos sentimientos con Thanda, quien puso a las 10 horas del 10 de octubre de 2010 un vídeo en la web llamando a una revolución del compartir, desterrando el absurdo competir y el consumo ciego.

La amenaza a la justicia no tenía ahora uniformes militares, sino especuladores financieros que casi nadie conocía; no disparaba fusiles sino endeudamientos públicos y privados, consumos tóxicos y enajenantes, ahorros vinculados a destrucción natural y social, y desahucios de los hogares a los más humildes. Hassel llamaba a la insurrección pacífica contra los medios de comunicación de masas que alentaban al consumo en masa, al desprecio hacia los más débiles y la competición excesiva de todos contra todos.

Esa Navidad la celebraron en la humilde casa de la familia de María en el pueblo de pescadores que ya no pescaban, Llanes. El padre de María había preparado su pequeña barca y salió en el bronco Cantábrico para traerles un rape que la madre cocinó con una deliciosa salsa de perejil, cebollas y limón. Moyes, quien no comía «nada que sonriera» aceptó como quiebra a sus principios a la coraza radical, rendidos al guiso de tal pesca épica y tal cariño en la cocina. Celebraron en familia que seguían manteniendo su hogar, al que Moyes y María ayudarían a mantener con el nuevo plan de hipoteca acordado con el banco. Desde el mirador asturiano de viejas maderas curtidas por la sal del mar, vieron una majestuosa

tormenta romper sobre la punta del Bruño, que fuerte, como la familia unida, resistía al embate feroz del mar.

Unos días después de Navidad, el 4 de enero de 2011, un joven tunecino, Mohamed Bouazizi, debido a su drama económico, se prendió candela vivo. Desencadenó una fuerte ola de manifestaciones en Túnez que terminaron por derrocar al gobierno y contagiarse a otros países en lo que se llamó la Primavera Árabe.

La injusticia infiltraba todo en la sociedad, pero los jóvenes del mundo se empezaban a levantar, indómitos.

XXVI

PERRO-FLAUTAS EN LA PUERTA DEL SOL

Madrid, mayo 2011

Patxi y NoLwasi seguían entregados a su misión en Ukuzwana. Desde la marcha, *kashana-kakhulu* (muy lejos) de Haka, Patxi ya no hablaba vasco con nadie. Sentía una nostalgia más profunda de sus raíces y de la compañía de su hermano. Su querido y bravo *Anaya*. Siempre llevaba su txapela y sus últimas palabras en la noche eran frente a la jacaranda de Nour donde su esencia física alimentaba cada hoja y cada flor: «Hasta que nos volvamos a ver», *Jangoiko Naivadu* (si Dios lo quiere).

Unai tenía ya trece años y seguía entusiasmado en sus escaladas y aventuras, ahora también con *inyoni-enkulu* solar, que había aprendido a pilotar con destreza. Buhleve y Elías se habían trasladado a Santa Clara en Cuba, donde ambos trabajaban como médicos y veían crecer a Hasi. Thandiwe ya se había hecho cargo del hospital de Ukuzwana. Le ayudaba Marco, un médico voluntario de una ONG italiana vinculada a la lucha de los migrantes en el Trastévere. Algún «virus» debía haber en Ukuzwana, pensaba en broma Patxi, cuando parecía que como ocurrió con Jonay y Aimsa, y con Buhleve y Elías, algo parecía prender entre Thandiwe y Marco.

Tras la transición, como le gustaba decir, de Haka, y la conexión de toda la familia con él aún más consciente con los hongos, Adam había ido profundizado en el conocimiento de las plantas de Bulililamangwe. A bordo de *inyoni-enkulu* solar fue recorriendo todo el distrito, haciendo mapas, tomando notas y dibujando en un cuaderno cientos de tipos de plantas y sus efectos. NoLwasi le compartía el saber de las conexiones de las plantas con los antepasados y con las energías que se bloqueaban y se manifestaban en enfermedades, como también pensaba Thanda. Su afán de conocer más y más sobre las plantas era apasionado. Patxi y Lolwasi pensaron que podría avanzar en esa vocación si estudiara biología en alguna universidad. Preguntaron a la «familia-por-el-mundo» y fue Moyes, su

primo, instalado ahora en Madrid con María desde donde luchaban contra los desahucios y otras injusticias, quien más le animó a que pensara en estudiar en Madrid. Podría además vivir con ellos en la casa que Thanda les ofreció en las montañas de Robledo, a una hora de Madrid. Beatriz se ofreció a apoyar con el viaje y los gastos de matrícula de su sobrino. Una noche, Patxi y NoLwasi se quedaron hablando con Adam después de la cena.

- Hijo, nos encanta verte apasionado por las plantas y sus efectos en el cuerpo y el alma de las personas. Nos hiciste sentir una realidad mágica unidos a Haka en su última aventura en esta dimensión -dijo Patxi.

- Así es hijo -prosiguió NoLwasi-. Tienes un don especial en esa conexión. Al principio pensé que era el saber que yo heredé de mi abuela Masora. Me ilusioné que podrías seguir mi entrega a la salud aquí en Bulililamangwe. Continuar la profunda conexión con nuestros antepasados y espíritus. Pero creo que tu mundo es más amplio. Tiene raíces vascas también, que debes indagar. Por ello hemos pensado que quizás quieras viajar a España y estudiar allí en la universidad las plantas de todo el mundo. ¿Qué te parece?

En ese momento Unai estaba espiando silenciosamente tras la puerta del porche. En la penumbra fuera de la luz de la pálida lámpara de queroseno. Se le llenaron sus ojos de lágrimas pues su amor por su hermano era muy profundo. Sentía que se podría ir lejos. Pero sus lágrimas salían de unos ojos arqueados hacia el cielo también por la alegría por el vuelo de su hermano más allá de los saltos con su *inyoni enkulu*.

Adam respondió emocionado.

- Gracias *baba, mama wami* (padre, madre míos). Me hace muy feliz que sintáis mi pasión y felicidad en la conexión con el mundo mágico de las plantas. Sé que pueden ayudar a cambiar la Humanidad y hacerla más sensible a la belleza y el saber de la naturaleza.

- Así es, hijo. Estás llamado a una noble misión a través de un profundo saber, *ukulwasi* (saber del alma). Por eso tu madre y yo hemos pensado en ofrecerte el ir a España a estudiar biología y botánica del mundo. También allí conocerás tus raíces vascas y otro mundo para que tu saber se nutra de otras luces y voces y alumbre otros hogares y caminos.

Adam sintió una angustia en su pecho al oír esas palabras. Vio además a su hermano pequeño en ese momento y adivinó sus ojos encharcados de lágrimas de amor.

- Gracias de corazón, papá, mamá. Pero yo soy de aquí y no me quiero separar de vosotros ni de mi hermano. Ni de Thandiwe, ni Nothando ni de Joseph. Sois mi familia. Sin vosotros estoy perdido.

Patxi y NoLwasi se emocionaron al oír tanto amor y entrelazaron sus manos. Paxti le dijo así:

- Tu sentimiento es noble, hijo, pero piénsalo bien. Cuando tú vuelas en *inyoni-enkulu* tu alma ve el mundo desde arriba, y luego vuelves a la tierra entendiéndola mejor. Así puedes pensar tu vuelo a España, al mundo de las universidades con gentes de muchos lugares distintos aprendiendo de muchas ideas diversas. Es solo un vuelo hijo, aquí está tu hogar siempre. Igual volaron Jonay, Aimsa y Nour; Thanda y su familia; y Buhleve, Elías y Hasi. Y seguimos profundamente unidos.

En ese momento Adam pensó en Haka. Él también había volado, pero mucho más lejos. Y en cada aventura todos se sentían con él, y a su vuelta, el mundo era más grande, más mágico y más lleno de esperanza. Y recordó su último mensaje: «*Hamba kashana, umntwana wami*» (camina lejos, hijo mío).

Unai entró en el porche y le dio un abrazo a su hermano y le dijo:

- *Ubudi wami* (hermano mío), *hamba kashana*. Tienes muchas aventuras que descubrir. Vuelve luego y cuéntanos. Yo iré creciendo para esperarte mirando desde los *kopje*s. Y si tardas mucho, iré a buscarte en *inyoni-enkulu*.

A la mañana siguiente, mientras compartían su desayuno de *sour-milk* y miel de la misión, Adam les dijo que había decidido irse. Lo hacía con el desgarro de alejarse físicamente, pero no en el corazón. Con la gratitud de su apoyo toda la vida. Tomaría el «*inyoni-enkulu-enkulu*» (pájaro muy grande) para conocer más mundos. Se iba con la esperanza de sentirse muy cerca en la distancia. Estaría esperando reencuentros. Su compromiso era el de aprovechar cada día la aventura del saber y hacer bien a los demás y a la naturaleza.

Patxi y NoLwasi le dieron el mayor tesoro, cuidado y guardado desde su nacimiento hacía ya dieciocho años y medio: el diario de su vida desde que en el *lodge* del Black Eagle NoLwasi le desveló a Patxi su llegada. Patxi lo había ido escribiendo con profundo cariño y detalle, explicándole lo que ocurría a su alrededor en aquel tiempo que no recordamos. Le relataba en cada página como le sentían dentro del vientre de NoLwasi y cientos de detalles llenos de ternura mientras iba aprendiendo a andar y a hablar. Adam lo miró fascinado: cubierto con una tela marrón, su «diario del comienzo» tenía relatos de su historia, su vida, sus antepasados, una bolsita con su primer corte de pelo, las celebraciones en la misión cuando nació y reflexiones de sus padres sobre la mágica aventura de vivir. No podía pensar en nada más valioso.

Así Adam viajó a Madrid en mayo de 2011. Sintió una mezcla de miedo disimulado y asombro fascinado al subirse al avión que vía Londres le llevaría hasta Madrid. Le recibieron en el aeropuerto Moyes y María. Llegaba con una simple mochila, su diario de su infancia, algo de ropa, un jersey de algodón tejido por su madre, la linterna de Haka, su libro de anotaciones y de dibujos de plantas de Bulililamangwe y unos regalos de despedida muy especiales : su padre le regaló un colgante de cáñamo con una pequeña cruz de madera en la que había escrito en letra pequeña «*lihambe kuhle*» (marcha en paz), su madre sus tabas de adivinación

y Unai una pequeña roca de «sus» *kopjes*» en la que le escribió «*nigyakuthanda ubudi wami*» (te quiero, mi hermano).

Adam tenía ya dieciocho años, era un joven mulato alto y atlético, con el pelo rizado y castaño oscuro, una frente redondeada y suave sobre dos cejas levemente pobladas que protegían una mirada de inefable ternura. Adam siempre miraba al mundo con fascinación y a las personas con cariño. Debajo del ojo izquierdo tenía una cicatriz de cuando tenía apenas un año y caminando a hombros de su tío Haka se hizo un rasguño con la espina de una acacia. La fortuna o el destino hicieron que, en lugar de perder la vista, fuera su cálida sonrisa como subrayada por esa ligera cicatriz que lucía orgulloso y le hacía recordar a su tío valiente. La nariz entre vasca y zulú, los labios fuertes hacia un mentón firme y la barbilla hendida.

Moyes solo lo había conocido brevemente en la despedida de Jonay, cuando viajó con Beatriz y Meimuna a Ukuzwana. Estaba muy feliz de tener un pedacito de Ukuzwana en Madrid, otra ciudad europea enloquecida por los coches, las prisas, las competiciones y el consumo, pero con almas que despertaban a esa locura y clamaban por nuevos y limpios horizontes.

Tomaron el metro, otro motivo de asombro para Adam, transitando kilómetros bajo la tierra hacia la estación de tren de Chamartín donde siguieron viaje hasta Robledo de Chavela. En el recorrido Adam quedó asombrado de cómo el monte de El Pardo, otrora propiedad del dictador Franco, seco por el severo calor y sequía, se parecía mucho a sus campos de Bulililamangwe. Las acacias espinosas allí eran encinas y los impalas eran ciervos. Identificó varias plantas similares y muchas otras desconocidas que miraba entusiasmado y parecían darle la bienvenida.

Llegaron a la pequeña estación abandonada de Robledo y bajaron las cuestas hacia la casa de Thanda, «Casa Garay». Una entrada de una puerta metálica daba a un paseo de lilos, resecos por el calor de agosto, desde el cual vio a su derecha un pequeño terreno, la caseta de lo que parecía un pozo y unos cuantos pinos, parecidos al que en Brunapeg daba sombra y nidos a los pájaros tejedores. Un alto árbol que reconoció de sus lecturas de los libros de la biblioteca de Bulawayo como cedro del Líbano, daba sombra a una casa de piedra y cal blanca, tejas árabes y contraventanas metálicas pintadas de verde. A unos veinte metros había otra casita más pequeña.

Entraron a la casa donde había cuatro pequeñas habitaciones, una de ellas ocupada por Moyes y María, y le dieron a elegir entre el resto. Adam escogió la más pequeña al fondo donde había una cama, un viejo armario con una figura de un payaso preocupado y una silla. Por la ventana se veía el jardín y la caseta del pozo. Se dio una ducha de agua fría mientras María y Moyes le preparaban una tortilla de patatas que probó por primera vez, y cortaban una sandía, muy parecida a las de Matabeleland. Moyes le dio, en nombre de Beatriz, su tía, un

ordenador portátil y un teléfono móvil, ya casi indispensables para vivir en el mundo al que había llegado y también útiles para estar en contacto con su hogar y raíces en Ukuzwana. Tuvieron una tertulia de bienvenida cenando en una mesa y dos bancos de piedra, a la luz de un farol de un callejón trasero.

Ordenó su cuarto y sus pocas pertenencias. En el cajón de una pequeña mesa al lado de la cama metió con veneración su diario de la infancia, la linterna de Haka, el libro de «anotaciones de la naturaleza», la piedra de su hermano, la cruz de su padre y las tabas de su madre. Sobre la mesilla puso una foto de la gran familia de Ukuzwana. Meditó esa noche dando gracias a la vida.

Durante la primera semana Adam fue a buscar algún trabajo en el barrio de la estación donde había unas doscientas casas, la mitad solo habitadas durante los fines de semana y vacaciones por familias que vivían y trabajaban el resto del tiempo en Madrid. Encontró tres casas donde cuidar los jardines un día en semana y así recibir un poco de dinero para sus gastos.

Empezó a hacer los tediosos trámites de residencia y de su inscripción en la universidad autónoma de Madrid. Tomaba el tren hasta Madrid y en el trayecto de una hora hacía anotaciones sobre el mundo de las plantas, del que no dejaba cada día de descubrir mágicos secretos. Durante la primera semana se inscribió a los exámenes de admisión de extranjeros a la licenciatura de Biología, en el campus de Cantoblanco de la universidad autónoma de Madrid. Ángeles, desde Bruselas, le envió por email los temarios que ella también estaba estudiando para completar su «bachillerato internacional» e incorporarse a la misma universidad en los estudios de arquitectura.

Se hizo un plan de trabajo y de estudios. Combinaba los días cuidando el jardín de la casa y los otros del barrio que atendía, y estudiando la historia y la literatura vistas desde España y Europa, la física newtoniana, las matemáticas teóricas y su pasión, la biología. Se hizo también un horario diario desde que salía el sol hasta que se ponía, que incluía, además de tareas y estudios, las conexiones con sus padres y hermanos en Zimbabue cada día y una vez en semana con Nour y sus padres en White Lake.

Moyes fue haciendo una amistad y complicidad muy especial con Adam. El tono de su piel, la heroicidad de sus madres y el estar entre dos mundos y la sensibilidad natural y social, les hacía conectar con gran empatía. Adam fue sintiéndose en esas primeras semanas en un nuevo hogar y una nueva familia.

Una semana después llegó Thanda desde Bruselas. Le fueron a recibir a la estación de tren. Al llegar, Thanda abrazó a esos tres jóvenes valientes que ahora ocupaban la casa que él no pudo convertir en hogar como hubiera querido. Cenaron juntos en la mesa de piedra. Moyes y María le contaron sobre sus luchas contra los desahucios y la injusticia económica en España. Adam les habló de su fascinación por las claves de armonía y experiencias reveladoras de las plantas. Thanda les dijo como tras luchar por una política justa de salud global había sido

marginado en la comisión europea. Pudo obtener la plaza de profesor invitado en Berkeley a donde se iría en unos meses. Moyes y María se fueron a dormir, y Adam se quedó conversando con Thanda.

– Qué alegría que estés en esta casa, Adam.

– Gracias por acogerme, Thanda. Cuéntame, como llegaste aquí.

– Te contaré: creo que viene de mis raíces: mi abuela materna, Amama en vasco, viene de un precioso caserío en el pueblo vizcaíno de Garai. Ella era mi madrina también. Fue una madre coraje que a pesar de vivir en la espera de un esposo migrante y luego de un compañero anarquista, cuidó con enorme esfuerzo de sus hijas, a quienes dio, fregando y cosiendo, los más nobles valores y las mejores oportunidades de educación. Yo, desde que pude conducir, la llevaba al caserío cada verano, me contaba de su vida épica y entre los montes verdes y las huertas en las laderas sentía mis raíces. Pero mis padres «me nacieron» en Madrid, donde crecí y estudié. En la ciudad conocí a la madre de mis hijas y comencé a trabajar. Fue por Jonay, compañero de estudios de medicina en Canarias, que supe de Ukuzwana. Aunque solo estuve dos años, ese tiempo cambió mi vida. Cambié el consumo por la sencillez, la propiedad por el compartir, la carrera por el compromiso por la justicia y lo urbano y tecnológico por lo rural y natural. Es un lento proceso el de «des-urbanizarse». A mi vuelta de Ukuzwana me enfrenté al desagarro más doloroso de mi vida: la separación, por el rechazo, de la madre de mis hijas. Busqué un lugar donde ofrecer a mis hijas un hogar más sencillo y natural que la sofisticación artificial de la ciudad. Empecé entonces a animar la asociación de cooperantes, a conocer y ayudar a gente sin techo y a aliarme con valientes y sencillos bomberos que arriesgaban sin dudar cada día sus vidas por los demás. Necesitaba tener mi lugar de puertas y corazón abierto. Por un anuncio en el hospital donde hacía guardias encontré este lugar, que estaba abandonado por una familia en disputa por su herencia. Veo que has ocupado el lindo y pequeño cuarto del fondo. ¿Viste el payaso que preocupado mira oblicuo al cielo?

– Sí. Y sospecho que tiene una historia. Cuéntame.

– Pues fue por ese payaso que estamos aquí. Cuando vi estas casas, entonces con sus tejados caídos, rodeadas de vegetación salvaje, la zarza cubriendo toda la parte baja, cientos de brotes de ailantos y olmos, los almendros en flor y el frondoso paseo de lilos, dudaba del esfuerzo que llevaría reconstruirlo. Entré en la casita pequeña y vi que un rayo de luz brumoso por la polvareda del escombro del tejado caído, alumbraba cual foco en un escenario, al payaso que ahora está en tu habitación. Como ves, está mirando asustado hacia arriba y con una mano en la cabeza protegiéndose de algo que parece caérsele encima. Al verlo, así me sentí yo: se caía el mundo del hogar que quise siempre cuidar para mis hijas y con él la confianza en los valores de fidelidad y generosidad que me enseñaron mis padres. Sentí que éste era el lugar donde abrir mi corazón afligido. Mi padre, recién jubilado, me ayudó a comprarla y a ellos pertenece la casita de al lado. Me

puse a reconstruirla, a reparar los tejados, desbrozar la zarza, surcar la huerta, poner electricidad y estufas, encalar sus paredes y pintarla por dentro con sombras de tintes naturales.

- Qué linda historia, Thanda. ¿Y por qué no te quedaste aquí?

- Lo hice durante un tiempo, Adam. Combinaba el cuidado de mis hijas en los tiempos en que la fría y cruel ley nos deja a los padres separados, en mi caso más bien repudiado, con trabajo en varios hospitales, apoyo a una organización misionera, a un albergue de personas sin techo, animar la asociación de cooperantes y hasta estudiar las oposiciones de bombero, de médico en Canarias y de funcionario de la Unión Europea. Fueron unos años tan atribulados y a la vez solitarios, que no pude darle a esta casa el calor, color y sabor del hogar que soñé. Por eso que estéis vosotros aquí me alegra mi corazón, Adam. Te siento como un hijo.

- Y yo a ti como mi padre en este mundo lejos de *ekhaya* (el hogar). Voy a ponerle todo el cariño cuidándola, Thanda. ¿Cómo están Ángeles y Daniela? Las recordamos con mucho cariño en Ukuzwana.

- Y ellas a vosotros, Adam. Han venido conmigo desde Bruselas, pero estos días se han quedado con su madre. El domingo vendrán con mis padres para veros. No sabes qué ilusión tienen en verte. El divorcio fue duro para ellas. Ver a sus padres que sufrían y se hacían sufrir mutuamente. Supongo que estuvieron quebradas entre mi ilusión de mantener la familia unida y la determinación de su madre de empezar una nueva vida familiar. Ahora vive con otro hombre que conoció mientras yo me quedé un tiempo más en Ukuzwana.

- Si, Thanda, recuerdo como fue duro para ti verlos volverse a Madrid.

- Así es, Adam. No quiero emitir juicios de justos y pecadores o verdugos y víctimas. El amor a veces se desvanece y no hay fuerza que lo pueda volver a recomponer. Puedo decir que sí que me parece injusto que si alguien no puede seguir amando intente apartar al otro de sus hijos y le pida de su esfuerzo para su vida lejos de él o ella. Eso da mucho coraje. Pero ya fue pasando todo, Adam. Ya han pasado nueve años desde aquel desgarro. Ángeles y Daniela han compartido sus vidas con su madre y conmigo, entre Madrid y Bruselas, donde están ahora. Son seres plenos de ilusión y gratitud por la vida. Aman tanto a su madre como a mí. Hasta de las tinieblas más oscuras la vida nos devuelve a la luz de la esperanza.

- Cuanto me alegro, Thanda. ¿Y dime más de tu plan de irte de profesor a Berkeley?

- Pues al principio sentí que era una huida de un repudio del poder y una aventura para mis hijas, quienes inicialmente querían venir conmigo. Pero luego lo he ido viendo como una oportunidad de abrir mis horizontes y, como mis hijas han decidido volver a Madrid con su madre, un espacio para reinventarme a mí mismo y abrir mi corazón a nuevos sueños.

- Qué alegría me da oírte, Thanda, el enfrentarte a nuevos horizontes en un lugar desconocido. Me siento igual, lejos del hogar y de mi familia, pero abierto a lo que la vida quiera mostrarme aquí. Y dime, ¿qué harán Ángeles y Daniela?

-Pues Daniela seguirá sus estudios de secundaria en la escuela donde iba antes de venir los dos últimos años a Bruselas, cerca del piso donde vivirá de nuevo con su madre y su esposo. Ángeles está acabando su bachillerato internacional y los exámenes para intentar venir a la universidad autónoma de Madrid, como tú, a estudiar arquitectura. Tiene mucha ilusión en volver a verte, Adam.

Adam recordaba con mucha ternura los paseos con Ángeles por los caminos y *kraals* cerca de la misión, con los entonces pequeños Unai y Daniela.

- A mí también me gustará mucho volver a verla. Ya me ha enviado temarios para mis estudios de acceso a la universidad. Estoy seguro que podemos volver a compartir, diez años después, muchas aventuras.

Thanda sintió un cariño especial por Adam. Ya lo sentía en la misión. Era un ser de bondad y luz. Su expresión, en especial su mirada, bañaban todo de ternura suave y de generosa bondad. Sintió, de una forma inconfesable, que en él latía el hijo que nunca tuvo, y que sería muy importante en su vida. Saberle, con Moyes y María, viviendo en la casa donde soñó su hogar, era un mágico guiño del destino.

Al día siguiente vinieron los padres y hermanas de Thanda y comieron todos juntos unas tortillas de patata y unas croquetas riquísimas que había preparado su madre. Tenían ya ochenta años y el corazón lleno de dulzura. Se les veía muy unidos. Adam sintió una unión con ellos muy especial. Nunca conoció a sus abuelos y sentía que ese hueco en su alma esperaba una luz que parecía, inconfesablemente, ver en ellos. Enrique, con el pelo plateado resistiendo a entradas de una frente curtida seguramente por muchas ideas y sueños, tenía una mirada que rezumaba una mágica mezcla de aprecio y respeto, una breve y suave nariz que llevaba a unos labios finos y breves, como si todo ello fuera un homenaje a la humildad. Adam fue comprobando desde su primer contacto con él una inteligencia tan asombrosa como humilde. Carmen tenía el brío y coraje que Thanda le había contado a Adam de su Amama, una expresión dulce y tierna y una belleza otoñal que el tiempo no fue capaz de nublar. Lourdes, la hermana que le seguía a Thanda, era una mujer que respiraba cariño y alegría de vivir. Vivía sola con su hija Celia, una linda niña que gustaba de tocar el violín y de bailar. Carmen, la pequeña hija a quien llamaban Chiqui, era alta y muy bella, con profunda sensibilidad artística heredada de su padre, y una entrega, con su esposo inglés Mark, al cuidado de tres pequeños que correteaban por el campo ávidos de aventuras.

Llegaron poco después Ángeles y Daniela. Su madre y su esposo las trajeron en coche mientras fueron a comer al vecino y monumental monasterio de El Escorial, otrora centro del Imperio español que sometía con la espada y con la cruz a medio mundo. El reencuentro fue muy emocionante. Corrieron todo el paseo

de lilos hasta abrazar con profundo cariño a Adam. Cristina también se acercó, mientras su esposo esperaba fuera con discreción. Le saludó a Adam con cariño.

Hacía muchos años que Thanda no se encontraba cara a cara con Cristina. El desgarro de su corazón, los juicios, las demandas económicas y la distancia de sus hijas, a veces impuesta y cruel, habían hecho que Thanda rehuyera todo posible encuentro, incluso cuando Cristina fue a ver a sus hijas a Bruselas durante los últimos dos años.

Ángeles y Daniela observaron con una mezcla de emoción y temor como sus padres, separados tantos años por el dolor, se saludaban cordialmente. Al fin en paz. Cristina parecía actuar con mucha naturalidad y les regaló una caja de bombones a los padres de Thanda que, cortésmente, agradecieron. Thanda, quien sentía sus piernas temblar como si el dolor de una década se concentrara en unos segundos, le ofreció un abrazo sin palabras.

Ángeles y Daniela se abrazaron a ese abrazo. Fue un solo momento fugaz, como a veces lo son los trazos más mágicos de la vida, pero su efecto fue sanador en aquellos cuatro seres unidos, cual fuera en sus destinos distintos, por la vida.

Ángeles y Adam sintieron esa tarde una conexión muy especial. Hablaron de sus vidas desde que se despidieron la última vez con apenas ocho años en Ukuzwana. Les unía un pasado de ternura y un futuro descubriendo saberes en la misma universidad y quizás nuevos horizontes y aventuras de la vida.

Cristina recogió a sus hijas al atardecer. Ángeles y Daniela les preguntaron a Moyes, María y Adam si podrían venir a quedarse en Robledo su yegua Spirit, el perrito Homeless, su gatita Satia y el conejito Chaplin pues les sería difícil cuidarlos en el piso de su madre, o para Thanda llevárselos a Berkeley. Los tres les respondieron un sí entusiasmado. Thanda sentía, que, por extraños sortilegios del destino, aquella casa de sus sueños por fin empezaba a tener el calor y color de un hogar.

En la madrugada Thanda tomaría el tren camino del aeropuerto para volver a Bruselas y preparar su marcha a Berkeley. Sentados en la mesa de piedra de «Casa Garay», Moyes les explicó su preocupación por la injusticia de la economía mundial.

A Adam, acostumbrado a sobrevivir en la sabana seca de Bulililamangwe y a ver apenas algunos carros de burros y la tienda de la misión con no más de una docena de artículos de limpieza o de legumbres y granos secos le costaba entender el concepto de «crisis». Le rodeaban en Madrid carreteras llenas de coches, vías de trenes, metros y todo tipo de transportes y tiendas, incluso en el supermercado del pueblo, con miles de productos diferentes. Claro, todo dependía de tener dinero, pero él sin aun estudios reconocidos en España y hablando un español muy limitado, ya tenía unos trabajitos y se había hecho un plan de ahorro para ayudar a sus padres.

– Pero tenéis de todo tipo de comidas, herramientas, transportes y comunicaciones. ¿Por qué está la gente tan descontenta?

En ese momento intervino María:

– Tenemos de todo si lo puedes comprar, Adam. Sin dinero no hay nada, casi nadie cultiva y casi nadie fabrica sus muebles, sus instrumentos o sus máquinas. Y el dinero lo controlan los bancos.

– ¿Y por qué la gente le da su confianza?

– Pues porque para pagar algunas cosas como un coche o sobre todo una casa, como mis padres, tienes que pedirles prestado e ir pagándoles poco a poco.

– Lástima, sería mejor pedirle ese dinero a la familia o los amigos, ¿no crees?

Entonces intervino Thanda:

– Sí, y sobre todo compartir. Las personas viven en sus pisos, con sus familias y compitiendo por cada uno tener los suyo.

– Sí… Ojalá cambie como están haciendo John y Umbela en Eila.

– Sí, esa es la esperanza. La utopía del compartir.

– Y mientras tanto, ¿qué ocurrió con los bancos aquí?

María le explicó, con el dolor de la historia de sus padres:

– Pues desde que los bancos se quedaron sin los ahorros de ciudadanos honestos, en paro o con empleos precarios y salarios bajos, por haber estado haciendo juegos especulativos con ellos, la mayor parte de los países tomaron fondos de los impuestos de esos ciudadanos engañados para salvarles las cuentas a los bancos y pudieran seguir funcionando. Se llamó «el recate de la banca».

– ¿Pueden dejar de pagar sus impuestos las personas al gobierno para no contribuir a ese robo?

En ese momento intervino de nuevo Thanda, quien fascinado escuchaba a esas almas puras y valientes hablar de la justicia.

– Es difícil, Adam, ya están incluidos en los salarios que recibes o en los precios de lo que compra. Además, cuando no se vive compartiendo en comunidad, como en las eco aldeas, el sistema justo de repartir para que unos no tengan demasiado y otros demasiado poco, son los impuestos. Eso sí, en equidad, redistribuyendo la riqueza. Ahora los más ricos casi no pagan impuestos y los más pobres no tienen para sobrevivir. Dentro de los países y entre los países. Mira el contraste entre Madrid y Matabeleland.

Moyes añadió:

– Pensamos que solo será posible la justicia por un fuerte movimiento ciudadano que obligue al gobierno a cambiar las leyes.

– ¿Y cómo se puede hacer que ese movimiento tome fuerza? Esto es tan injusto como el racismo en Sudáfrica.

- Pues aquí hay algo así como un apartheid económico. Unos atesoran riquezas y otros viven endeudados. Dime, Adam, ¿has oído hablar de Islandia?

- Sé dónde está, pero apenas sé nada de su historia.

- Pues es una isla muy al norte, entre Europa y América y entre sus modelos capitalistas-industriales y la supervivencia en el polo norte y la fascinación por su mágica naturaleza.

Thanda añadió:

- Esa naturaleza mágica de glaciares y volcanes ya despertó la imaginación de Julio Verne en el *Viaje al centro de la Tierra*, ¿Lo has leído?

- No, me encantaría, y otras novelas que me puedan ayudar a entender este mundo, nuevo para mí.

-Claro, yo te lo voy a conseguir y será mi regalo de bienvenida.

- ¿Y qué ocurrió en Islandia?

Moyes prosiguió:

- Pues allí se fue constituyendo un movimiento ciudadano asambleario que se opuso a que se pagaran con sus impuestos deudas del gobierno y de los bancos. Se empezaron a pedir responsabilidades a sus banqueros y políticos. Se fue dando un proceso constituyente desde la base.

- Y aquí en España, ¿se ha ido uniendo la gente en lucha también?

- Sí. El ejemplo valiente en Islandia ha inspirado conciencias en España, a los sindicatos y a miles de asociaciones civiles en lucha contra injusticia. Se convocó una huelga general contra las reformas laborales y de las pensiones hacía un año, a la que vinimos María y yo desde la casa de sus padres en Llanes, Asturias, bajo amenaza de desahucio.

- En resumen –dijo Adam-, se está quitando del dinero de los humildes y dándoselo a los ricos banqueros.

Thanda concluyó:

- Así de claro es, Adam. Yo lo estoy estudiando en cómo esa injusticia se cobra años de vida. Lo he conseguido proponer en una política europea. Ahora voy a estudiarlo con más detalle en Berkeley e incluso a proponer cambios dentro de Estados Unidos, el epicentro de esa forma injusta de vivir de rodillas ante el mercado, la competición y las desigualdades.

Adam acabó así esa entrañable tertulia a la luz del farol amarillo en la mesa de piedra:

- Como dicen los zulús y los ndebeles en sus luchas por la justicia y contra el racismo: «*¡Amandla!*» (fuerza).

- «¡Awethu!» (con nosotros).

Respondió con el puño en alto Thanda.

Durante la semana y mientras Adam comenzó sus tareas y sus estudios, Moyes le comentó lo siguiente a Adam:

- María y yo estamos muy implicados con la plataforma contra los desahucios y las convocatorias de los ciudadanos indignados en los barrios y en la Puerta del Sol de Madrid. Los partidos de la derecha y amigos de los bancos nos llaman «perro-flautas» pues hay muchos grupos que viven de forma alternativa, con pocas pertenencias, con música y amor a los animales. Así también les llaman a veces a quienes promueven las eco aldeas, como en Eila. Hace un par de meses que los grupos de internet que llamaban a las movilizaciones se han ido uniendo en la plataforma Democracia RealYa, donde podemos enviar propuestas políticas para España. Se ha convocado a una gran manifestación para la semana que viene, el 15 de mayo. ¿Quieres venir?

Moyes le dio a Adam un ejemplar del libro *¡Indignaos!* del viejo luchador y funcionario francés Stéphane Hessel, en el que llamaba al alzamiento contra la indiferencia y a favor de la insurrección pacífica.

Llegó el 15 de mayo, apenas diez días desde la llegada de Adam a ese mundo que no dejaba de asombrarle, y fue con Moyes y María en tren hasta Atocha. Allí se encontraron con Pascual, el amigo de Thanda y otros compañeros de Santa María de La Paz, repudiados por la sociedad del dinero.

Adam nunca había visto tanta multitud. La Puerta del Sol y las calles que a ella llegaban, estaban llenas de gente que protestaban por la creciente desigualdad y la injusticia del sistema y sus gobernantes. Tras múltiples discursos y testimonios de injusticias, se fue «poniendo el sol en la puerta del Sol» y un centenar de personas pusieron unas tiendas de campaña. Pascual decidió quedarse, conocía bien las noches en la calle. Adam volvió con Moyes y María a Robledo en el último tren de la noche.

Por la radio oyeron que la policía desalojó a la fuerza la acampada de la Puerta del Sol y hubo una veintena de detenidos, entre ellos Pascual. Se volvió a convocar otra manifestación dos días después y esta vez fueron muchos más los que pusieron sus tiendas de campaña. El gobierno decidió permitirlo. En respuesta, se reprodujeron centenares de acampadas en las plazas de la mayoría de las ciudades españolas y se extendieron por todo el mundo. Parecía que habría un cambio y que podría reflejarse en las elecciones del 22 de mayo en las que, ante la desconfianza ante el partido socialista gobernante, ganó la derecha amiga de los bancos, especialmente en Madrid. Adam no podía entender como tanta gente en pie de lucha en la calle y por una razón tan clara como más justicia social, no se reflejara en las urnas. Algo extraño ocurría con la llamada «democracia».

Ante un gobierno sordo a las voces de los indignados, y desalojada la acampada de Sol, la lucha se trasladó a asamblea popular en los barrios y pueblos de España. Moyes y María convocaron una asamblea en Robledo, pero apenas fue-

ron veinte personas. Moyes acudió al día siguiente como portavoz de la asamblea de Robledo, a lo que se llamó la Asamblea Popular de Madrid.

Con Moyes y María implicados en la lucha social y Thanda y sus hijas de vuelta en Bruselas, Adam se concentró en estudiar los exámenes de acceso a la universidad y cuidar de las plantas con las que encontraba la serenidad y armonía que parecían perdidas en esa sociedad enloquecida del «progreso».

XXVII

ENTRE LA BELLEZA INDÓMITA

White Lake, julio 2011

Aimsa estaba en el porche de la casa de White Lake, ya parte de la eco aldea del «lago sereno». Sentía como si algo de su alma guerrera se había quedado como entumecida, triste, en transición, con la marcha de Haka. Pero a la vez sabía bien que su legado era la valentía y fuerza para seguir luchando contra tramas de dolor.

Además, desde la fundación de la eco isla de la laurisilva, la red de ecoaldeas espirituales tenía la nueva ilusión de ir de eco aldeas aisladas, aunque conectadas entre ellas y en colaboración con los estados donde estaban ubicadas, a converger en eco regiones. Más fuerte se hacía el proponer áreas libres de armas, emisiones, plásticos, tóxicos y propiedades de tierras, aguas y de animales y su cruel sacrificio.

Seguía con detalle las tramas de redes de manipulación genética de semillas, alimentos y personas. También estaba pendiente de los debates y avances contra las emisiones y el cambio climático.

En la lucha contra los transgénicos, que casi equivalía a la lucha contra Monsanto, habían extendido de Zimbabue a Estados Unidos la identificación de casos de linfomas no-Hodgkin y su posible relación con el glifosato. Tal cruel mercancía seguía intacta por presiones económicas en connivencia con corrupción política. Junto a ese veneno se permitía el uso de setecientos cincuenta diferentes productos que se vendían impunemente en el país e infiltraban las aguas, alimentos y cuerpos de las personas.

Aimsa seguía en contacto entrañable y cómplice con Nayra, quien tras su compromiso con el zapatismo alternaba tiempo con sus hijos y trabajo en la universidad de Berkeley con proyectos y luchas nobles campesinas en México.

Nayra había sabido de la lucha valiente de Haka contra Monsanto y le hizo sentir la alarma de lo que estaba ocurriendo en su querido México. En contacto con el obispo rebelde Raúl Vera supieron de los informes de la Comisión Nacional para el Conocimiento y Uso de la Biodiversidad; del Instituto Nacional

de Ecología y de la Comisión Nacional de Áreas Naturales Protegidas. Habían analizado la evidencia científica y consultando con organizaciones sociales como «Sin maíz no hay país» y con comunidades indígenas. Con la razón y el sentir se habían pronunciado de manera negativa a la solicitud de siembra de semillas transgénicas de Monsanto en el país, donde ya se cultivaban en lo que paradójicamente se llamaban «polígonos liberados». Argumentaban la posible filtración de agroquímicos como el glifosato a los mantos acuíferos o la colindancia de los polígonos liberados con áreas naturales protegidas y zonas prioritarias terrestres, marinas e hídricas. A pesar de eso, la Secretaría de Medio Ambiente y Recursos Naturales (Semarnat), que estudió esos conceptos, dio luz verde a la siembra. La mano de Washington era firme sobre las decisiones del gobierno de México, cuya economía seguía a sus pies. Monsanto comenzó ese año a sembrar soja transgénica a nivel comercial en más de 253.000 hectáreas distribuidas en México.

Tras su tiempo en Chiapas y antes de volver con sus hijos a Berkeley, Nayra visitó comunidades campesinas en la península de Yucatán, hasta ahora un territorio de selvas casi tan vírgenes como cuando solo habitaban pueblos mayas.

Allí conoció a Leydi Pech, una indígena maya que cuidaba con su familia de colmenares en dos hectáreas, parte de un ejido en el estado de Campeche. Como muchos otros miembros de la comunidad y como sus antepasados desde épocas remotas, cultivaban miel de la delicada abeja melipona, que no poseía aguijón, por lo que no podía defenderse de sus depredadores. Todo un signo de lo que estaba ocurriendo en la humanidad. Nayra colaboró con la organización *Ma OGM* en presentar ante la justicia mexicana una solicitud de amparo a indígenas y campesinos de toda la península del Yucatán. Solicitaban la suspensión de la siembra de soja transgénica en la región por parte de la empresa Monsanto y se exigía consultar a los pueblos indígenas cualquier decisión al respecto. Jueces locales valientes aceptaron la petición y sentenciaron a favor.

Tras dicha decisión Monsanto declaró que «se ignora la afectación que incidirá sobre los productores de soja de la región, quienes tienen derecho a acceder de forma voluntaria a mejores tecnologías agrícolas en beneficio propio de sus familias». Claro, no se decía que las semillas de soja transgénica con campos devastados de toda vida por el glifosato, eran «terminator», es decir, sus cosechas estériles y los campesinos estaban condenados de por vida a seguir comprando cada año la combinación letal de semillas robóticas y herbicidas destructores. La soja se exportaría para piensos sobre todo a China, hambrienta de dietas cárnicas a la par de su incipiente consumo enajenado, en brazos del capitalismo más feroz. Monsanto seguramente impugnaría las decisiones de los jueces de Campeche y Yucatán ante un tribunal superior, que con sendas llamadas desde la sede de Monsanto en Cre Coeur, Misuri, a la Casa Blanca, de ésta a la de Los Pinos y de Los Pinos al juez correspondiente bien podría ordenar la reanudación de los cultivos de soja. Lo bueno era que cualquier cambio de la decisión debería

consultar a los pueblos indígenas y en su idioma maya, en sus asambleas de cada comunidad y cada ejido por usos y costumbres. Habría que seguir bien atentos a esa constante amenaza.

Nayra le contaba a Aimsa el mensaje de la asamblea ejidal de campesinos cuidadores de meliponas: que no había que dejar que las abejas se murieran, que siempre había que defenderlas pues las abejas no solo servían para hacer la miel, sino para polinizar los alimentos y darles la vida.

Aimsa pensaba en la riqueza de la polinización, de la diversidad, en el ejemplo de las abejas cuidando de la naturaleza, en la miel, como era el nombre del movimiento que llevó a la eco isla de la laurisilva, y del símbolo de las meliponas: carentes de aguijón, sin hacer daño y haciendo el bien. Vulnerables pero generosas.

Pensó en las polaridades entre simios bonobos, pequeños, pacíficos y solidarios, y simios chimpancés grandes, ruidosos, agresivos; entre abejas meliponas, pequeñas, tolerantes, diversas (en su polinización) y pacíficas, y abejas «apis», grandes, a veces selectivas en qué flores polinizan y agresivas; entre pueblos y personas también musculosas, carnívoras, competitivas y agresivas, con niveles altos de cortisol y otras menos musculosas, vegetarianas, colaborativas y pacíficas.

El imperio en el que vivía, Estados Unidos, era agresivo en su conjunto contra los demás países. Como una abeja apis mostraba y amenazaba con su aguijón. El más potente: las armas nucleares.

Aimsa asistió a una conferencia de Noam Chomsky en la biblioteca pública de Nueva York en honor del Día Internacional para la Eliminación Total de las Armas Nucleares. Mencionó el «*doomsday clock*» («reloj del juicio final») y como el peligro de accidente o guerra nuclear unido al calentamiento global lo habían llevado a seis minutos antes de medianoche en comparación con todos los días, horas y minutos de un año en un estado de paz sin riesgos. Al salir se acercó y le dio las gracias por su apoyo a la red de eco aldeas y a la constitución de la eco isla de la laurisilva. Chomsky se mostró muy entusiasta con el ejemplo de Eila y le invitó a compartir un café en Dunhill's.

– Noam, ¿crees que el mundo va lentamente hacia un desarme y paz estable?

– Me temo que no, Aimsa. Son más las declaraciones que los hechos, y desde que acabó la II Guerra Mundial hemos ido hacia menor ambición y compromisos en paz y derechos humanos. Hay quien dice que hoy en día no se llegaría a un consenso sobre la declaración universal de los derechos humanos, que ni siquiera es vinculante. La primera resolución aprobada por la primera Asamblea General de Naciones Unidas, que se celebró en 1946, era sobre el compromiso hacia el desarme nuclear poco después del genocidio en Hiroshima y Nagasaki. Pero han pasado cincuenta y cinco años y estamos mucho peor que entonces. Desde el Tratado de no proliferación en 1968, que no era vinculante, solo han

cumplido los que no tenían armas, salvo algunos como Corea y hay temor en Irán. Los que de verdad no han cumplido son los que ya están armados, amenazándose mutuamente.

– ¿Cómo es posible que solo una minoría de países tengan amenazado al resto del mundo con sus armas nucleares?

– Así son las dinámicas del poder. De hecho, son los mismos que tienen el privilegio «divino» sobre los demás de tener puesto permanente en el Consejo de Seguridad y además poder de veto sobre el resto del mundo. Además de «los matones del patio» tienen armas nucleares Israel, protegido de Estados Unidos; India y Pakistán amenazándose mutuamente, y Corea del Norte, aduciendo, con no pocas razones, el defenderse de Estados Unidos.

– ¿Qué capacidad de destrucción nuclear tiene ahora el mundo, en tan pocas y egoístas manos?

– Las bombas de Hiroshima y Nagasaki tenían entre unos veinte kilotones cada una. Mataron a más de doscientas mil personas y sus efectos radiactivos perduraron varias generaciones. Hoy las hay de hasta ochocientos kilotones, y ya son más de catorce mil bombas en todo el mundo. A una media de cien kilotones, y bien dirigidas, como lo están todas por misiles «inteligentes», destruirían veinte veces la población mundial, de seres humanos y casi todas las formas de vida sobre el planeta. Y eso es solo parte de todo el gasto militar para destruir vidas: unos dos billones de dólares, veinte veces más que el gasto en cooperar y ayudarse entre países. No creo que haya ninguna otra especie animal que sea capaz de tal absurda atrocidad.

– ¿Y si planteamos no un tratado vinculante, no de «no proliferación» sino de prohibición y destrucción inmediata de todas las armas nucleares?

– Buena idea. Y ojalá también se acabara la locura de la energía nuclear en general. Hay más de cuatrocientas plantas de energía nuclear, la cuarta parte en Estados Unidos que con Francia y China juntan la mitad. Generan más de trescientos mil mega watts instalados, menos del 8% del total de la energía instalada en el mundo. No es necesaria y deja riesgo radioactivo para miles de años. Pero hay intereses militares en ello. Francia le sigue el argumento a Estados Unidos pues la mitad de su energía es nuclear. De nuevo, los miembros permanentes del «Consejo de Seguridad» son los que someten a más riesgo al resto del mundo, también por esta energía de riesgos potenciales horribles y para muchas generaciones. Fíjate el desastre hace unos meses de Fukushima, con veinte y dos millones de japoneses afectados por la radioactividad y expuestos a efectos cancerígenos y de malformaciones. Tuvo que ocurrir ese desastre para que países con cierta conciencia como Japón y Alemania clausuraran sus programas de energía nuclear. Pero otros, sobre todo los mismos países del consejo de seguridad y con armas nucleares, siguen aumentando sus centrales nucleares y tirando su basura nuclear a otros sitios, también inseguros, en los que la radioactividad, por ejem-

plo, del plutonio, puede durar más de cuarenta mil años. Al menos desde 1993 se prohibió que se tirara al océano, aunque se aprovechan de la debilidad de algunos países, como Somalia, para hacerlo sin permiso.

- Noam, tenemos que acabar con el absurdo poder de veto de cinco países sobre el resto del mundo. Desde hace varios años estoy colaborando con varios grupos de países dentro de los pasillos de Naciones Unidas aquí en Nueva York. Hace dos años conseguimos que se aprobara una decisión para que se abra la negociación de reforma del Consejo de Seguridad que incluye el tema del veto y de la membresía permanente. Pero es triste comprobar que hay países grandes, como Alemania, Japón, India, Brasil y también la Liga Árabe y la Unión Africana que lo que quieren es tener también el veto. Los demás tienen posiciones tibias. Se necesitan dos terceras partes de votos a favor de todos los países, pero adivina qué: ¡los miembros permanentes lo pueden vetar! La perversión de la perversión.

- Y además todos sentados aquí en sus mansiones, con sus coches de lujo y en el país que además de proteger su veto de superioridad sobre el resto, es el único que ha lanzado las bombas atómicas, tiene más de trescientas bases militares por todo el mundo, gasta más que el resto del mundo junto en armamento, es el que más veces ha ejercido su poder de veto –cuarenta y tres veces-, casi todas relativas al Medio Oriente y permitiendo a su aliado Israel, influenciado por el poderoso lobby político y económico en Washington, masacrar al pueblo palestino una y otra vez; se ha opuesto a compromisos para luchar contra el cambio climático siendo el que más ha contaminado y no ha ratificado ningún convenio de derechos humanos, ni siquiera el convenio de los derechos de la infancia mientras impone que sean de su elección y nacionalidad los directores de muchas agencias de Naciones Unidas, incluida UNICEF, encargada de promover el convenio que rehúsa firma. No se puede entender, Aimsa.

Aimsa y Noam quedaron en preparar la propuesta para Naciones Unidas, aunque pocos países estaban preparados a enfrentarse al poder militar y económico de aquel Imperio, uno real y cruel, el otro, como analizaba Moyes, fatuo y tácito. El mundo mientras tanto estaba secuestrado por el miedo de un país a perder su supremacía y privilegios, y el resto del mundo temeroso de darle la espalda.

Volvió en el tren a White Lake y pedaleó hasta la cabaña en la eco aldea del lago sereno. Jonay estaba pensativo en el porche.

- ¿Qué tal te fue con Noam?

- Muy buena sintonía. Pero qué perversos son los nudos de los intereses en las armas y en el poder y las intrigas en las supuestas Naciones Unidas.

- Imagino. Lucha cariño, sigue luchando.

Aimsa seguía sintiendo los colores de las auras y vio un azul en Jonay. Algo le afligía.

- Te siento triste, Jonay, ¿quieres compartirme tu sentimiento?

– Mientras estabas en Nueva York, Clara, una amiga de Nour, se cayó del caballo y se fracturó un brazo. No es nada importante, y se lo inmovilicé, pero su madre le llevó al hospital, naturalmente preocupada. Le hicieron radiografías, la anestesiaron, la inmovilizaron y al decir que se mareaba y sospechando un golpe en la cabeza le hicieron un TAC craneal y pusieron unos sueros. Permaneció dos días en observación. Esta mañana han recibido una factura del hospital por veintitrés mil dólares. La familia no tiene seguro médico pues se han dedicado a la artesanía y la huerta. Temen que les quiten su cabaña por esa deuda. Este país es muy injusto, hacia fuera y también hacia dentro, Aimsa.

Estaban hablando de ello cuando llegó Nour del bosque galopando en su yegua Rasta.

Al poco de volver navegando de Eila, Jonay supo a través de Jeremy de una yegua que iban a sacrificar pues ya «no rendía» en las carreras del hipódromo de Monticello. Fue con Nour a ver a la yegua. Era un cruce de pura sangre y Holstein, de color negro azabache con una pequeña cruz blanca en su sien, esbeltas y fuertes patas, lomo musculoso, pero algo tenso y una mirada tímida y huidiza, pero con un brillo de ternura. Conectaron entre ellas con la misma veneración que cuando Nour conectó de niña con el Mustang de Dakota y siguió haciéndolo con todos los animales que conocía. La llevaron a la casa donde le construyeron un establo. Nour sintió que la yegua, a quien habían llamado Winner, estaba agotada física y espiritualmente, por haber sido tratada tantos años como una máquina de correr bajo el dolor de la fusta para los negocios de unos pocos y las apuestas de otros muchos. Nour se dedicó tres meses casi solo a comunicar con aquella yegua. Pasaba el día a su lado, paseando juntas por el bosque, sin montarla, hablando, observando, mirándose, y por la noche dormía con ella en el establo. Jonay y Aimsa observaban maravillados esa conexión, sin tiempos ni códigos, sin otro fin que la sintonía de almas. Tal era su devoción que ni la cepillaba su crin, solo la acariciaba. Así empezaron a trenzarse la parte baja de su crin. Nour sintió que de la música que le compartía, la que más le gustaba era «Redemption Song». Por ambas razones la llamó Rasta. Tras un mes caminando a su lado, observando sus miedos y temores, descubriendo sus gustos y pasiones, creció entre ellas la confianza y complicidad. Había otras chicas de su edad con caballos en el valle, pero aún no quería ir con ellas a sus paseos. Fue poco a poco que Nour, tras dormir sobre la espalda tumbada de Rasta varias noches, sintió que se acoplaban así sus cuerpos con suave armonía. Una mañana estaba Nour tumbada sobre su lomo cuando Rasta se levantó con Nour encima, aún medio dormida. Se sentó en ella, asió de sus rastas en la base de la crin y rasta salió hacia el bosque siguiendo el camino que tantas veces habían caminado juntas. Así fue varios días al paso, volviendo a beber al lago y al establo a oír «Redemption Song», comer heno y compartir tertulias con sus padres. Un día comenzó a trotar y poco después a

galopar suavemente, como bailando un vals. Así fue que Nour fue construyendo una mágica complicidad con Rasta.

Nour ya tenía quince años. Jonay y Aimsa pensaban en su valiente apuesta por la libertad fuera de un sistema de educación estricto, gregario y alineante, a menudo y por ello alienante. Desde entonces, hacía cuatro años, Nour había compartiendo cientos de tertulias con sus padres y amigos sobre la vida y el mundo, habían construido una casa, cruzado el océano y había conocido el alma de los animales en su profundidad espiritual.

Jonay sintió serena felicidad al verse entre tres almas tan bellas e indómitas.

XVIII

LA VIRGEN DE LA RODILLA

Berkeley Hills, diciembre 2011

Ya eran mediados de diciembre de 2011. Thanda escribía la última página de «Valentía y Ternura», memorias mágicas de la segunda parte del siglo XX, en la sala de una casa de Regal Road, en las montañas de Berkeley. Por la ventana se veía el atardecer detrás del Golden Gate. A unos milímetros de su rodilla derecha, otra rodilla latía en sintonía, aunque aún no lo sabían.

Tras la aprobación de la política europea de salud global a finales del 2010, Thanda había propuesto diálogos periódicos con Estados Unidos, que junto con la Unión Europea sumaban el noventa por ciento de la cooperación mundial en salud. Entabló amistad cómplice con la representante de la embajada americana en Bruselas, Kemy Monahan, aunque no fue fácil conciliar posiciones con sus jefes en Washington. Intentó proponer formas de cooperación en salud que no fueran ni selectivas para enfermedades ni para grupos de población, y que facilitaran el acceso libre a los servicios médicos, basados en el derecho universal de la salud. Basado en esa premisa se creó un grupo en la Organización Mundial de la Salud llamado la Alianza Internacional de la Salud (International Health Partnership), pero era muy complicado que los países dejaran sus intereses de controlar los fondos, pagar a sus ONGs, a sus consultores, comprar sus medicamentos y alardear de cómo «ellos salvaban vidas». La cooperación parecía estar más al servicio de la imagen de los gobiernos para captar votos, que ante las necesidades de países marginados por la economía global.

Poco después, una brutal reorganización administrativa tuvo lugar en la dirección donde Thanda trabajaba: más de tres mil funcionarios recibieron un mensaje informándoles de su nuevo destino de trabajo, sin tener en cuenta ni su formación, experiencia profesional ni sus aspiraciones de contribuir a la cooperación. El equipo que Thanda había conseguido ir formando con colegas de muchos países, apasionados por el derecho a la salud, fue desmantelado. Quizás sus ideas eran más próximas a la justicia global que a los intereses de Europa y sus aliados ricos, quizás

las negativas de Thanda a «bailar el agua» del G-7 o del filatrocapitalismo de Gates, Soros y otros, le había estigmatizado frente a la jerarquía. Le asignaron tratar temas de gobernanza en el Norte de África, donde se extendían las movilizaciones sociales por la primavera árabe. Por entonces supo Thanda de una convocatoria abierta a los treinta mil funcionarios europeos, para ir como profesor visitante a alguna de las ocho universidades más prestigiosas del mundo.

En esos días, Thanda fue invitado por la influyente escuela Science-Po en París a dar una conferencia sobre la política europea de salud global. Al terminar la conferencia se le acercó una mujer en sus sesenta, entrada en peso y con ojos muy claros y mirada tierna. Se presentó como Susan Warren, profesora de la Universidad de Berkeley. Thanda había sido, desde su juventud, inspirado por los movimientos que desde ese reducto libertario en Berkeley se habían originado en los setenta contra el alistamiento para Vietnam y después por los derechos de mujeres, negros, discapacitados, gais, y todo tipo de injusticias. Su película favorita en aquel tiempo, *El graduado*, fue filmada allí y sentía en aquellas imágenes soleadas y en la música tierna de Simon y Garfunkel o James Taylor y la reivindicativa de Dylan y Báez, una especie de destino mítico donde mover conciencias que resonaran en el mundo.

Lo habló con Ángeles y Daniela y le dijeron entusiasmadas que aplicara para irse con él a California, mito para ellas también en tantas películas de Hollywood. Presentó una candidatura, que incluía un proyecto de investigación de análisis comparativo de la cooperación de Estados Unidos y la Unión Europea, y de docencia en los desafíos de salud global, y pidió que pudiera ser en la Universidad de Berkeley desde donde Susan le mandó una carta de invitación. Así Thanda fue seleccionado y pudo escapar a dejar su pasión por la salud hundirse por los intereses jerárquicos y abusivos en la comisión europea. Pero entonces, sus hijas, después de hablar con su madre, decidieron no ir. Ángeles empezaría los estudios de arquitectura y Daniela seguiría sus estudios de bachiller, ambas en Madrid con su madre y su compañero. Aunque se le partía el corazón al dejar de convivir los tres en su «casita en el bosque», era solo por un año y su padre volvió a aconsejarle:

- Has luchado noble, has abierto una puerta a tu carrera y a tu vida, tus hijas ya son adolescentes, más pendientes de sus amistades que de tu compañía, y siempre te van a esperar y a querer. Vuela, hijo.

Fue así que Thanda voló en septiembre desde Bruselas, vía Londres a San Francisco. Iba a un país que sabía era criminal en su política exterior. Pero a la vez había conocido a gente con un gran corazón, y a menudo mucho más espontáneo y desenfadado que en la Europa del pudor, para expresar su pensar y su sentir. Su alianza con Jonay y Aimsa era tan profunda que casi se diría existencial. Además, como había hablado con su padre, tenía que intentar animar sus ideas desde el centro del poder. Voló por encima de Groenlandia, en la que avanzaba el deshielo con el calentamiento global. El avión dio una vuelta a la Bahía de San

Francisco y pudo ver el mítico Campanile de Berkeley. Le esperaba en la sala de llegadas el esposo de Susan, Joe, un experto neurocirujano nieto de los propietarios de los ordenadores Dell. Tras cargar su maleta de libros, con su colección del «4x4» del derecho a la salud, Joe le fue explicando cómo había crecido esa ciudad de buscadores de oro hasta convertirse en la más cara y apreciada de Estados Unidos.

Thanda quedó asombrado al ver los brillantes rascacielos, aunque no alcanzaba a ver apenas ningún árbol. Recordó la canción de Cat Stevens, ahora Yusuf Islam «But Where Do the Children Play?» («Pero ¿dónde juegan los niños?»). Pararon frente a la isla de Alcatraz, famosa por su prisión rodeada de un mar de tiburones. Joe le dijo que allí se celebraba un triatlón en el mes de diciembre y Thanda se planteó entrenarse para ello y celebrar su cumpleaños cincuenta con esa «auto-hazaña» anónima. Llegaron a la casa que había alquilado a distancia, cuando aún creía que vendrían Ángeles y Daniela. Estaban los propietarios, John y Kathy, una pareja ya jubilada y encantadora. Demasiado grande para él solo. Estaba en la calle Regal Road en Berkeley Hills. Se entraba a una sala con un sillón frente a la chimenea y un ventanal al fondo desde donde se veía, brumoso en esa época del año, el mítico puente del Golden Gate. Un cuarto de estudio, una cocina y un comedor en la planta baja, un destartalado sótano en la planta baja y tres cuartos con sus camas vestidas de múltiples colchas y almohadas componían una casa que parecía salir de un rodaje de los años cincuenta.

Al irse Joe, Thanda sintió un vértigo al empezar una etapa nueva en su vida sin compañía alguna. En su último viaje con la comisión a dialogar sobre la política de salud global en Chile, le habían robado su ordenador portátil. Además de su biblioteca «4x4» solo llevaba algunos discos CD con información de sus escritos, un block de fotos de sus padres, de sus hijas y de sus recuerdos de Ukuzwana, los diarios que había escrito a sus hijas siguiendo la costumbre de Jonay, y muy poca ropa. Quería ir simplificando su vida y, salvo los libros, que esperaba regalar, iba ligero de equipaje. Consiguió que John le dejara una bici y una guitarra. Se propuso tres cosas: pasar de vegetariano a vegano y ponerse en forma subiendo en bici cada día las empinadas cuestas de los montes de Berkeley, estudiar la equidad de la salud en el mundo y comparar la política europea y la americana sobre el derecho a la salud, y escribir una novela: *Valentía y Ternura*.

Poco a poco fue llevando una dieta vegana sencilla, cereal al despertar, frutos secos durante la jornada y normalmente arroz con verdura por la noche. Se propuso no contaminar con jabones lavándose solo con agua fría, usando ropa sencilla que lavaba cuando se duchaba y no usar apenas otra luz eléctrica que la del ordenador para su trabajo y su novela. Así podría sentir y gozar más cada amanecer, cada atardecer y las noches estrelladas. Subía pedaleando al final de cada jornada la empinada calle Euclid hasta su hogar americano, tan bello como vacío.

Le asignaron un despacho en un antiguo edificio frente al Campanile llamado Moses Hall. Cada mediodía sonaba aquel campanario mítico y veía el hormiguero de profesores y estudiantes en el lugar que concentraba más premios Nobel y avances en el saber de todo el mundo. Al lado de donde dejaba candada su bici un cartel rezaba: «reservado para premios Nobel».

Clavó en la corchera frente al ordenador la servilleta con los datos que expuso en el consejo europeo del exceso injusto de mortalidad en el mundo y se dispuso a desentramar la inequidad global: de qué se trataba, cuáles eran sus causas, su magnitud y tendencias, qué soluciones podría proponer.

Moyes, quien desde su lucha con María en la plataforma contra los desahucios se había ido implicando en el movimiento que dio lugar a la manifestación del 15 de mayo en la Puerta del Sol en Madrid, le envió gráficas de su análisis económico global. Jonay, ahora en el mismo país, pero en la otra costa, le enviaba su análisis de la injusticia en salud dentro de Estados Unidos. Aimsa le compartía sus esquemas de la oligarquía injusta del poder mundial incluso en las pretendidas Naciones Unidas, las tramas del dolor en el mundo que había ido dibujando durante veinte años con Haka, y el daño a la naturaleza que junto a Nayra iban desvelando. Luis desde Eila le contaba cómo fluía la salud en las eco aldeas sin daño natural. Con Anna, Sergio, Cristina, David y Paolo discutía sobre el derecho a la salud y sus leyes globales y en cada país. Fue así llenando una pared entera de su oficina en Moses Hall con factores interrelacionados con flechas, datos, gráficos y, en rojo, muchas preguntas.

Tuvo encuentros y debates con los líderes de pensamiento en salud pública en aquella universidad y pudo ir entendiendo qué había ido forjando el pensamiento americano e internacional en la salud global. Susan Warren, quien había facilitado su llegada como profesor invitado, era la coautora de las reflexiones y artículos que en los años ochenta redujeron las propuestas de Alma Ata a unas cuantas intervenciones claves en la infancia como hacer planificación familiar, vigilar el crecimiento, promover la lactancia materna, vacunar dar suplementos vitamínicos y tratar la malaria y las diarreas, que podrían prevenir más de la mitad de las entonces diez millones de muertes infantiles en el mundo al año.

Esas ideas «verticales», venidas de académicos americanos y con visión de salvar vidas con ciencia y proyectos, habían restringido el espíritu de salud integral de Alma Ata. A través de una clara connivencia entre UNICEF y el Banco Mundial, ambas instituciones bien controladas por la Casa Blanca, se imponían reajustes estructurales a los gobiernos endeudados. Ya más dependientes de los presupuestos que imponía el Banco Mundial restringiendo los gastos sociales y los impuestos a las corporaciones del norte, que las tibias y tímidas recomendaciones de la Organización Mundial de la Salud, ya dominada, también, por el filantro-capitalismo de Gates y las fundaciones farmacéuticas.

Inspirado en ese artículo de Susan, una década después el Banco Mundial cerró el siglo inventariando, mediante el método de «coste-utilidad». Para ello comparaba los gastos, en dólares siempre, con la recuperación de «vida saludable»: años de vida vividos sin discapacidad física ni mental. Habían clasificado más de doscientas condiciones de enfermedades y les habían dado un grado: desde una pérdida del cinco por ciento por un catarro has un noventa y cinco por ciento en un estado de coma. Lo más controvertido es que no todos los años de vida «valían» lo mismo. Se dio más valor a los años laborales por ser productivos para la economía. Al fin y al cabo, ¿qué se podía esperar?: era un banco «jugando» con la salud mundial. Así calculaban cuántas vidas salvaba cada dólar según el tipo de intervenciones en salud, desde las más «eficientes», como vacunar contra el sarampión, hasta las más costosas como mantener enfermos crónicos en diálisis.

De aquellos estudios, el Banco Mundial proponía que los países de menor «producto interior bruto» (movimiento de dinero), limitaran sus gastos en salud a intervenciones de menos de cincuenta dólares por año de vida saludable que salvaban: así pudo entender Thanda que el siglo anterior, después de las declaraciones de derechos humanos en la postguerra y los supuestos convenios, que nadie cumplía, sobre dichos derechos, fueron las instituciones financieras las que, dominadas por el imperialismo capitalista, fueron imponiendo las políticas económicas y sociales y «poniendo precio a la vida», claro, en los países pobres.

En los países ricos era distinto: en el mismo año de «cincuenta dólares por año de vida de un pobre», Thanda encontró un artículo donde en el Reino Unido se acordaba como «intervención eficiente» el gasto en un nuevo tipo de medicación que para paliar vidas enteras de sedentarismo y abusos nutricionales resultando en hipertensión, obesidad y diabetes suponía cinco mil dólares por año de vida que conseguía alargar. Pudo anotar en su tablero: precio aceptado de la vida humana: cincuenta dólares por año en países pobres, cinco mil en países ricos, en una relación de uno a cien.

Con la alarma del inicio del SIDA en San Francisco, al otro lado de la bahía, y de la que Aimsa había sido testigo veinte años antes en ese mismo lugar donde ahora Thanda buscaba respuestas, se fue añadiendo la prevención ABCD y el tratamiento del SIDA a esas listas de intervenciones prioritarias. Fue así como los noventa fueron llevando a los objetivos del milenio de Sachs restringidos a embarazadas, niños y tres enfermedades, luego sancionadas por el gran fondo global de Fronz.

El cambio de siglo fue llevando, incluso al poder de las farmacéuticas lideradas por la Gilead de Rumsfeld, a aceptar precios diferenciales del tratamiento contra el SIDA en países pobres. El gran negocio se fue concentrando en las enfermedades crónicas por vidas sedentarias de consumo y tensas por el cortisol competitivo, y el cáncer por los tóxicos que, liderados por Monsanto, impregnaban los cuerpos de una humanidad enloquecida.

Tuvo también conversaciones con líderes de los avances científicos como Eva Harris, flamante «héroe McArthur» con más de quinientas publicaciones y al frente del conocimiento de las entrañas del virus del dengue y las nuevas epidemias de virus que empezaban a expandirse en el mundo por el efecto de su concentración urbana y del cambio climático.

En los laboratorios más modernos del «hiper-inteligente» Li Ka Shing, a unos metros de los de Jennifer Madoud y sus experimentos de edición génica, Eva investigaba los genomas de virus letales. Eva, hija de un economista que había escrito sobre la economía social en la cual Chomsky basaba sus premisas, había combinado sus estudios de genomas virales con proyectos en Nicaragua, donde se identificó con el sandinismo, y en El Salvador, donde se enamoró de un combatiente del Frente Farabundo Martí.

En el contraste de subvenciones y reconocimientos científicos de un gobierno criminal y de compromiso por la justicia, Eva coordinó un centro, más virtual que real, de Salud Publica Global. Al conocer las ideas y estudios de Thanda fue invitándole a dar conferencias en salas de la universidad y en las casas de los profesores más insignes, invitando selectivamente a jóvenes con gran agilidad mental que retaban a Thanda con todo tipo de preguntas nosológicas, filosóficas, políticas, lógicas y matemáticas. De aquellos encuentros se fueron aliando a la causa y estudio de Thanda varios estudiantes como Laura y Michelle, con un muy agudo sentido crítico.

Su amiga americana de Bruselas, Kemy Monahan, ocupaba ahora un puesto de coordinadora del programa de salud dentro del Departamento de Estado que bajo Obama lideraba su gran opositora y ex primera -y humillada- dama Hilary Clinton. Thanda preguntó si podría pasar una semana intercambiando ideas entre la política europea de salud global y la política de Estados Unidos que desde el departamento de Estado donde se coordinaba el PEPFAR y otros programas que luego implementaban USAID, NIH, CDC y otros. Era ir al corazón de la mayor cooperación mundial en salud y de donde habían salido los esperpentos del PEPFAR, ABC y los programas ligados a medicamentos blindados por las patentes americanas.

Thanda había sido tan claro en sus conferencias en Bruselas y por muchos países de la incoherencia de los programas verticales y de la perversión de estrategias como el ABC de PEPFAR, que supuso que toda entrada en el todopoderoso Departamento de Estado sería bien analizada por la CIA y no se le permitiría tal acceso. Cuál fue su sorpresa cuando Kemy le dijo que era bienvenido durante una semana a compartir su experiencia y conocer, desde sus entrañas, la política americana. Conociendo la burocracia europea, que suponía hasta diez firmas para invitar a un café a un visitante, y la sensibilidad que deportaría que un «simple funcionario» se adentrara en el vientre del poder americano, decidió no informar ni pedir permiso y lo incluiría en su informe final como «actividades académicas».

Cada día iba en bici con Kemy atravesando bosques que sorprendentemente sobrevivían al centro del poder mundial. Tras tres estrictos controles a la entrada llegaba a un gimnasio y duchas donde hacía ejercicios y se aseaba, pero sobre todo oía las conversaciones de funcionarios del departamento de estado, algunos con aspecto de fornidos marines y cortes rectangulares de cabello. Pudo oír intrigas de Libia, Siria, Irak, Afganistán y como cerraban el cerco a Bin Laden, que le producían escalofríos.

Una noche fue invitado con Kemy a cenar en el apartamento de la jefa de gabinete de Hilary Clinton a una «tormenta de ideas» de cómo «conseguir en cien días» que el legado de su puesto de secretaria de estado pasase a la historia por haber «erradicado la mortalidad materna». Hilary se excusó a última hora y asistieron, además de su gabinete, expertos de USAID, del CDC, NIH y un grupo de expertos asesores de PEPFAR que Thanda pudo identificar como del clan McKenzy.

Cuando le preguntaron y Thanda respondió que la mortalidad materna solo se podía prevenir por sistemas públicos y gratuitos de salud, con suficientes enfermeras, comadronas y médicos, con albergues en sus últimas dos semanas para madres que vivieran alejadas de hospitales, transportes de casos graves a hospitales de referencia, y con presupuestos públicos adecuados; le marginaron de la conversación. Para ellos debería estar bien claro que las vidas no las salvaban los gobiernos sino Estados Unidos, de hecho, la propia Clinton.

Volvió a Berkeley donde combinaba sus estudios con asistir en la universidad a debates sobre la situación de los derechos, la economía, la política y nuevas fronteras del saber en algunas de las más de cien conferencias diarias con gentes de todo el mundo que, de forma más desenfadada que en Europa en el vestir, el hablar y el expresarse, exponían todo tipo de estudios y propuestas. Contrastaba ese pensar entre cuántico y utópico, con la cruda realidad de un país anclado en el capitalismo individualista más feroz. Aquella burbuja de gentes de pensar brillante y una juventud privilegiada de poder acceder a las caras matrículas y exigentes notas de admisión que teorizaba en sus conferencias y publicaciones, vivía una realidad muy distinta del resto del mundo.

Thanda comenzó a verlo en los vagabundos del People's Park, en los migrantes indocumentados y en las minorías afroamericanas. En constante comunicación con Jonay, Thanda comparó la salud de la Unión Europea y la de Estados Unidos y concluyó que con una tercera parte más de poder económico, Estados Unidos tenía un exceso de mortalidad de ochocientas mil muertes al año, debidas a un sistema injusto basado en profundas y crecientes desigualdades y un sistema de salud basado en inmensos beneficios de aseguradoras, proveedoras y farmacéuticas, que compartían en gran parte los mismos dueños capitalistas, bien interconectados por derivados financieros especulativos. La primavera árabe, el movimiento 15M en España, los llamamientos al levantamiento de viejos

combatientes por la libertad como Stephane Hassel en Francia, Saramago en Portugal, José Luis Sampedro en España y Eduardo Galeano en Uruguay, fueron alentando el movimiento *Occupy* y las acampadas frente a Wall Street.

Acudió a varias reuniones de asambleas de barrio en la beligerante Oakland, donde expuso su estimación del precio de la injusticia en la salud en Estados Unidos. Había avanzado en su análisis comparativo de valores, historia y marcos legales entre ese país y Europa, y veía como la diferencia más esencial la ausencia de referencia alguna al papel del estado como garante del derecho a la salud, palabra del todo ausente en la carta fundacional de los colonos de un país que en «*We the People*» solo reconocían como derecho, el de llevar armas.

En cuatro meses, Thanda había llenado las paredes de su cuarto en Moses Hall de miles de elementos interconectados, había escrito más de ochocientas páginas de análisis comparativo del derecho a la salud y la cooperación global, entre Estados Unidos y Europa y había sido invitado a dar conferencias sobre ello en Montreal, Quito, Bogotá, la Paz, Rio de Janeiro y Washington. Mientras tanto, desde Bruselas y la comisión salvajemente reorganizada de la que huyó y de donde le pagaban generosamente aquella estancia sabática de investigación y docencia, nadie contestaba a sus mensajes con los borradores de sus análisis y estudios.

Fue notando con tristeza cómo intentaba cada día contactar con Ángeles y Daniela, pero las nueve horas de diferencia horaria, la distancia y la adolescencia, fueron haciendo cada vez menos frecuentes y menos extensos aquellos contactos que anhelaba. Con quien sí mantenía una conversación diaria de cariño era con sus padres, quienes le mostraban su felicidad por saberle entusiasmado en sus estudios y luchas.

A pesar de tantos estudios, conferencias, viajes y debates, Thanda sentía una profunda soledad en la casa de Regal Road, donde solo se oía el eco de su tecleo en el ordenador y lo que Thanda pensó que eran grillos que se habían metido en las habitaciones para unas semanas después averiguar que en realidad eran sonidos de alerta de que los detectores de humo tenían baja batería. Tras los días de semana de intenso estudio y subiendo las cuestas de los montes de Berkeley, empezó a prepararse para el triatlón de la isla de Alcatraz y entrenaba largas rutas nadando, corriendo y en bici.

Una de las tardes que subía las empinadas cuestas, pensó en su Amama y en su vida solitaria en su intimidad y luchadora por sus ideas y dignidad en ellas: tras casarse joven con un joven de otro caserío de un valle cercano, su Amama quedó embarazada y al poco tiempo su esposo emigró a Idaho. Quedó esperando muchos años y sin noticias. Ni viuda ni soltera, su vida, bajo costumbres rígidas basadas en la moral católica y su obsesión contra la libertad sexual, se limitaba a la espera. Así su abuela se enfrentó a sus padres y se fue a explorar el mundo conociendo a un zapatero idealista con quien se unión «en pecado» y tuvo tres preciosas hijas, la del medio la madre de Thanda. El zapatero fue arrestado por

sus ideas libertarias y quemada su biblioteca de libros de utopía, incluido su favorito, *El Quijote*. Amama y sus hijas le siguieron al campo de concentración en las montañas catalanas y, de nuevo, quedó en la espera años y años sin saber nada de él y temiendo que hubiera sido fusilado. A pesar de su dura vida en la espera, se entregó, cosiendo y a veces limpiando pisos y escaleras, a cuidar de sus hijas y darles las mejores oportunidades de estudios. Y fue así que fueron creciendo en Madrid, casándose y dándole nietos, Thanda era además su ahijado. Siempre anhelaba volver al caserío y sus montes verdes. Así que en cuanto Thanda pudo sacar el carnet, la llevaba cada verano a sus orígenes y escuchaba sus épicas historias de amor, aventura y lucha contra prejuicios. Con aquellos recuerdos Thanda comenzó a escribir una historia sobre su abuela, mezclando realidad y ficción, cambiando nombres y lugares para no herir sensibilidades, pero manteniendo la esencia de la épica de la vida que le transmitió su Amama y en la que él sentía fue inspirándose el guion de su vida, guiado por los valores de su padre.

A la vez quiso escribir sobre las historias que había conocido de NoLwasi, de Jonay, de Haka, de Aimsa, y de tantas personas, que, con otros nombres, fechas y detalles, habían jalonado su vida. Avanzaba cada día con pasión y el objetivo de llegar a su cincuenta cumpleaños, nadar entre Alcatraz y la bahía y volver a Madrid para entregar a sus padres y a sus hijas la novela de su primer medio siglo, sin arrogancia alguna más bien con timidez, pero seguro de estar entregando a quienes tanto quería, con valentía y ternura aquellos relatos de valentía y ternura que la vida le había regalado.

Avanzó un capítulo cada día, desde mediados de siglo hacia el fin del siglo, soñaba con los personajes, y se refugiaba en un mundo mágico en el que fue derramando sus recuerdos, ideas y sueños, como recogiendo piezas rotas de sueños y recomponiéndolas en historias no tan reales, pero quizás en algún sentido más reales que la propia realidad, al menos dentro de su alma solitaria.

Pero lo más trascendente de aquellos meses no fueron ni la novela ni los estudios. A finales de octubre, Susan le transmitió la invitación del decano de la Escuela de Salud Pública a una recepción en su casa en el campo, en un lugar rodeado de viñedos llamado Sebastopol. Se ofreció a llevarle junto a dos ilustres visitantes que habían sido premios Nobel de medicina. Al llegar y tras saludar a los muchos profesores asistentes, se quedó hablando en un círculo más pequeño cuando notó una sombra en el alto techo de madera con claraboyas e instintivamente abrió sus manos. En ese momento cayó en sus palmas un colibrí inconsciente, que Thanda supuso se habría golpeado contra el cristal buscando la libertad.

La escena asombró a los asistentes quienes miraban intrigados a Thanda. Con la esperanza de que no acabara en sus manos la vida de aquel bello colibrí de plumaje verde brillante, le arropó con sus manos y le dio un constante y suave masaje cardiaco. Poco a poco la atención de los asistentes volvió a las conversaciones de sus corrillos, salvo de una mujer con ojos claros, mirada tierna y vestida

con tejidos mayas que Thanda notó le observaba desde la distancia. Tras unos minutos, el colibrí se recuperó y alzo de nuevo el vuelo. La mujer se le acercó y le dijo que se llamaba Huitzi, colibrí en náhuatl, y que si quería podían volver juntos en su auto hasta Berkeley. Thanda se despidió de los afamados académicos cortésmente y con gratitud y emprendió con Huitzi el viaje de vuelta.

Durante el viaje le contó de su vida, de origen guatemalteco, crecida en México donde estudió y se casó con un intelectual francés de quien luego, ya madre, se divorció, emigrada a Berkeley fue creando un programa de atención a la salud de los migrantes y se enamoró de un profesor de la universidad de Davis. Thanda le habló de su vida, de su entusiasmo por las ideas que defendía, por la expresión del alma que ahora derramaba en la novela y de la soledad en la casa de los montes de Berkeley ante lo cual Huitzi le dijo que un compañero de su trabajo buscaba un cuarto y era una persona de gran corazón.

Fue así que conoció a Luis Javier, un mexicano emigrado a Estados Unidos. Quedaron en un café de la calle Telegraph una tarde al final de la jornada. Era una persona que sonreía con la mirada, chispeante de ternura y asombro, y una forma de hablar tremendamente musical, que le inspiró a Thanda gran confianza. Se hablaron de sus vidas y sueños y notaron desde el primer momento una linda sintonía. Thanda le preguntó si quería ver el cuarto que podría ocupar en la casa y Luis Javier le dijo que no hacía falta, que conociéndole a él ya estaba interesado en mudarse. Así empezó Thanda a convivir con Luis Javier.

Dos semanas después, Thanda viajó para dar una conferencia en Quito. A su vuelta, mientras caminaba la cuesta de Euclid y entraba en la calle Regal, notó un bullicio que venía de su casa. Luis Javier había organizado una fiesta con amigos de la comunidad latinoamericana en el área de la Bahía para que Thanda animara un poco su vida solitaria. Al llegar, cansado del viaje, Thanda se sentó en un sillón del fondo, frente a la ventana donde se veían las luces nocturnas del Golden Gate.

Miraba asombrado la alegre algarabía cuando notó un vuelco en su corazón. Desde la puerta vio entrar, saludar a Luis Javier y aproximarse hacia él a una mujer de esbelta y grácil silueta. Sus andares casi flotando en natural sensualidad, le hipnotizaron. Según se acercaba vio una larga melena azabache que abrazaba un rostro de belleza lineal y altiva como la faraona Nefertiti, pero que respiraba gentileza, una mirada cálida y una sonrisa sincera.

- Hola, Thanda, me llamo Nayra, gracias por invitarme a esta fiesta.

- Encantado, Nayra. En realidad, es Luis Javier quien lo ha organizado. Yo acabo de volver de viaje.

Hablaron durante una hora sin poder desimantar sus miradas. Surgió una mágica complicidad. Cuando Nayra le habló de sus dos hijos pequeños, Thanda sintió como si algo en su corazón se agrietase por imaginarla en compañía del padre de sus hijos. Pero algo que no entendía le decía desde dentro que Nayra era la compañera que había estado esperando toda su vida.

XXIX

MISIÓN CUMPLIDA

Volando sobre Groenlandia, marzo 2012

El día de la «virgen de la rodilla», Thanda acabó la novela en la que derramó su alma a través de recuerdos, imaginaciones y sueños de una Humanidad tan atormentada como latente de amor y luz. Fue realmente como liberar y compartir con el mundo las partes más profundas de su alma. De una forma que él entendía como «recoger pedacitos de sueños rotos». Tantos sueños rotos cada día. Componerlos en mosaicos con huecos pintados de anhelos, imaginación y visiones de un mundo en el que quería, necesitaba, creer. Ese era su relato. Su regalo al mundo.

Desde aquel momento, Nayra y Thanda sintieron una conexión muy profunda. Thanda fue conociendo el mágico mundo de Nayra: sus orígenes tan diversos, su pasión por la naturaleza, por la justicia, por el cuidado del cuerpo, por despojarse de pudores y códigos, por el amor a la familia, por tantas cosas en las que fueron sintiendo la más profunda complicidad, nunca sentida mutuamente antes en sus vidas.

Inicialmente, Thanda fue muy discreto y hasta distante pues sentía una atracción física y espiritual como nunca había sentido, pero a la vez la suponía en armonía con el padre de sus hijos. De forma sutil le escribió en su red social desde una conferencia en Bolivia:

- ¿No tendrás una hermana gemela que no esté casada?

Y ella contestó:

- La sacaré de mí misma.

Unos días después Nayra le compartió a Thanda que llevaba varios años sin sentimientos ni vida de pareja, aunque compartía el hogar con el padre de sus hijos para bien de ellos. En la última noche en la casa de Regal Road antes de

volver a reencontrarse con su familia por Navidad en Madrid, Thanda y Nayra fundieron sus almas. Nayra le dijo:

– Mi vida es complicada. Quizás esta sea la única vez que pueda unirme a ti.

– Espero que no. Y si fuera así, la recordaré toda mi vida.

Volvió en la Navidad y entregó a sus familiares y amigos copias de la novela que le había impreso una editorial de autores nóveles, llamada Bubok. Salvo su padre, nadie le prestó apenas atención. Volvió a Berkeley tres meses más para completar sus estudios y docencia.

A su vuelta a Berkeley, se reencontró con Nayra y la unión de sus almas fue descubriendo un universo mágico. Aun así, Nayra le pidió a Thanda discreción pues aún no había llegado con el padre de sus hijos a un acuerdo de separación. Thanda sentía a la vez un profundo amor, tras diez años de soledad desde el desgarro con Cristina, pero tenía una sensación extraña al tener que esconder, sobre todo de la familia y amplio círculo de amistades de Nayra, tan puro y valiente amor.

Mientras tanto, Thanda había avanzado en su análisis comparado de salud global entre Estados Unidos y la Unión Europea. El libro final de dicho análisis concluía con el título: *Global Health is Global Justice* (*Salud global es justicia global*). En él Thanda elaboraba más el concepto de «precio de la injusticia en vidas humanas» que había apuntado en la servilleta del consejo europeo un año atrás.

De sus diálogos en Bruselas, estudios en Berkeley, período en el Departamento de Estado y viajes a Canadá, Ecuador, Bolivia y Brasil para debatir el concepto de salud global y la unión de todos los países en ello, concluyó que solo un concepto y compromiso era común para todos ellos: el artículo constitucional de la Organización Mundial de la Salud, adoptada en 1947, y al que desde entonces se habían adherido todos los países en el mundo. Dicho artículo comprometía a todos los países a esforzarse y colaborar para «el disfrute de la mejor salud posible de todas sus gentes». Thanda comprobó que, en sesenta y cinco años de existencia, nadie había medido ese, el único objetivo compartido de salud global. En una reunión en Brasil se lo llegó a decir, de forma provocadora, pero con sutileza y hasta humor, a la directora de la Organización Mundial de la Salud, Margaret Chan.

– Margaret, tú no te ganas tu sueldo, ni nadie en la Organización Mundial de la Salud: no medís como se progresa en el objetivo común de que «la mejor salud posible» llegue a todos, el mandato fundamental de la organización que diriges.

Chan, quien desde su cultura china no entendía ese humor sutil, reaccionó furibunda:

– ¡Claro que sí! ¡Estamos comprometidos a la cobertura universal de servicios de salud y a acciones en los determinantes sociales!

– Pero sin medirlo ¿cómo sabemos que avanzamos? ¿Que el derecho a la salud es realmente universal?

– Ya lo hacemos: se está avanzando en los objetivos del milenio.

– Margaret, esos objetivos son solo para unos grupos de la población y unas pocas enfermedades. Dejan a la mayoría fuera. Nadie ha definido qué significa, en el objetivo global compartido: «mejor salud posible» y a cuantos no llega y cuanta pérdida de vida humana supone. Te enviaré mis estudios desde Berkeley y un artículo en el que lo resumimos. Créeme, Margaret, como académico y desde donde esté en la Unión Europea, solo quiero colaborar a una Organización Mundial de la Salud más fuerte y al derecho universal a la salud.

De vuelta en Berkeley y reflexionando sobre esas tres palabras políticas olvidadas durante sesenta y cinco años, «mejor salud posible», concluyó que equivalían a otras tres: «equidad en salud». En San Francisco trabajaba una mujer de pelo canoso y mirada tierna, Paula Braveman, cuyos artículos eran los más citados sobre el concepto de equidad. Thanda fue a dar una charla a su equipo sobre sus estudios y sintonizaron en ideas y en el simple concepto de equidad como «distribución justa de la desigualdad» donde «justa» implicaba condiciones que era posible prevenir o erradicar, como la pobreza.

Thanda iba a las praderas y bosques del parque Tilden, en la cima de Berkeley Hills, y miraba atónito la naturaleza majestuosa de los bosques de secuoyas. Con el método del compás, Thanda midió la altura de una muestra de doscientos de esos árboles centenarios: la media era de dieciocho metros y todos estaban entre doce y veintiséis metros. Dibujó la gráfica de su distribución y era la de una campana parecida al sombrero del libro del Principito. Así eran, y se comprobaba una y otra vez, las distribuciones de variables en la naturaleza. Pensó en cada palabra: Mejor, Salud y Posible.

Empezó por el qué: Salud: el bienestar físico, psicológico y social, decía la Organización Mundial de la Salud desde hace sesenta y cinco años también. ¿Algo así como la felicidad? En verdad era difícil de medir dicho estado. Se acababa de emitir el primer informe mundial de la felicidad. ¿Y quién lo había coordinado? El arrogante Jeffrey Sachs, creador de todo lo vertical desde la comisión de macroeconomía, de los objetivos del milenio y del *just do it* de la cooperación americana. Y qué países tenían la mejor felicidad: los nórdicos y los latinos. En Asia era mucho más baja. Había claramente un factor cultural que influía en qué respondía cada encuestado a la simple pregunta de: «¿de 1-10 cuál cree es su grado de satisfacción en la vida?» Los japoneses nunca dirían un 10. Empezó por ver el componente más «medible» de la salud: la salud física. Con el método de «coste-utilidad» con el que el Banco Mundial medía la eficiencia de intervenciones en salud y financiaba programas «verticales» a la vez que ahogaba los presupuestos públicos en salud, se midieron las «esperanzas de vida saludable» medias en cada país. Al igual que la esperanza de vida al nacer, la más larga era la de Japón. De

hecho, casi no diferían ambas clasificaciones. Mediría entonces la salud mediante la esperanza de vida, dato disponible en casi todos los países del mundo.

Recibió por esos días la visita, desde la otra costa, de Aimsa. Se celebraba una reunión de vía campesina que animaba un amigo de Thanda, el profesor Miguel Altieri, un chileno tan inteligente como rudo, que resistía contestatario la cooptación por Shell y British Petroleum vestida de verde a pesar de haber teñido de negro el Golfo de México, de la Escuela de Recursos Naturales, el nombre ya lo decía todo. Miguel había acuñado en los años 80 el concepto de «agroecología», la idea con las que los campesinos comprometidos con la vida comunitaria y el cuidado de la naturaleza se resistían a la agroindustria, liderada por Monsanto, y sus «soluciones tecnológicas» para, en clave mesiánica norteamericana, «luchar contra el hambre en el mundo».

Aimsa venía a denunciar como todo ello estaba ligado cada vez de forma más clara a la edición genómica que lideraba Jennifer Madoud allí en Berkeley, ya contratada para avanzar en terapias génicas con Johnson & Johnson. Esa compañía, junto con Nestlé, Unilever, Kraft, Kellog, Coca Cola y Procter & Gamble, dominaba el gran negocio de la alimentación global. Y esas industrias se basaban en las cosechas clónicas con agroquímicos, biocidas (no plagui o pesti, como decíamos los humanos) y manipulación genética que dominaban Monsanto, Bayer, BASF, Dupont, Dow y Syngenta. De ellas, dos se dedicaban también a controlar mercados de medicamentos, Bayer y Johnson & Johnson, que junto a Roche, Gilead, Abbott, Merck, Pfizer, Bristol, Astra y Welcome, ahora GSK, dominaban el negocio de la salud. Parecía que esos gigantes de la agricultura, alimentación y medicación en masa eran mundos aparte, pero compartían intereses y sus principales accionistas, con más de la mitad del capital, eran los mismos billonarios, todos con sus fundaciones para lavarse la cara y evadir impuestos. Un negocio redondo: químicos y alimentos producían las enfermedades y sus medicamentos las trataban, y si alguien tenía dudas de su buen hacer en alimentar y curar, sus fundaciones los glorificaban.

Esa noche Thanda debatió con Aimsa su búsqueda de referencias de «mejor salud posible» para, por primera vez, medir la inequidad en salud, el precio de la injusticia en vidas humanas. Le preguntó por el cómo: el concepto de lo «Posible».

– Aimsa, ¿qué es lo que limita el infinito y la eternidad?

Era la pasión de Aimsa desde niña: el budismo y la física cuántica.

– Las dimensiones de tiempo y espacio atrapadas por la materia, los bosones de Higgs, la gravedad.

– Y aplicado a la salud en plenitud, inmortal, ¿qué lo limita?

– La inmortalidad es sinónimo de falta de vida. Toda molécula orgánica lo es en evolución y es así como se adapta a su medio, y para ello precisa de genes, que

van «desgastándose» con el uso y perdiendo sus capacidades de replicar proteínas y mantener nuestros cuerpos eternamente.

– ¿Estamos codificados desde que nacemos para morir?

– No lo sé, Thanda. Lo cierto es que la selección natural mediante recombinación genética implica reproducción sexual. El hecho de tener hijos conlleva demográficamente la necesidad de morir. De otra forma el aumento sería constante y no habría recursos para todos.

– Quizás por ello la naturaleza, en todas las especies vivas, planifica la muerte. Dicen que a través de la reducción de los telómeros en los genes.

– Quizás, Thanda. Esa es una primera limitante de la inmortalidad. Nuestra condición genética.

– Pero busco limitantes que sea posible cambiar.

– A unos metros está Jennifer Madoud editando genes que «limpiarán» defectos a los que lo puedan pagar. Y a unos kilómetros de aquí, en el Silicon Valley, está la universidad de «*singularity*» donde Ray Kurzweil argumenta que nos acercamos al punto en el que la tecnología humana combinada será superior en capacidad a la mente humana. En ese lugar, Ray está obsesionado en encontrar su inmortalidad aplicando la tecnología más avanzada en genómica, nanomateriales e inteligencia artificial.

– En cualquier caso, Aimsa, esos avances no creo que cambien nuestra naturaleza mortal, y desde luego si la modifican será solo para unos pocos en el «mundo feliz» de Huxley.

– Así es. Mejor no pensemos en esa limitación como prevenible ni por que sea factible ni siquiera ética. Morir es parte de dar espacio a la vida, a otras vidas, a nuestros hijos. Es solidario.

– ¿Y qué otras cuestiones limitan la vida entonces?

– Aquello que influye en ella y es limitado en recursos, que no es infinito.

– Pues así son los recursos naturales y el control de ellos y su conversión en bienes y servicios, los recursos económicos.

Pensó esa noche en la curva de las secuoyas y en el elefante del Principito. Nada que consumiera recursos por encima de la media de esa curva sería un modelo «posible para todos» pues no habría recursos para ello.

En los siguientes días intercambió fascinantes datos y análisis con Moyes, ahora volcado en cuerpo y alma en el movimiento 15M. Averiguó las medias ponderadas de recursos económicos en el mundo y cómo medirlos. Aunque fuera imperfecto, como la esperanza de vida para la salud, el «producto interior bruto», el flujo de dinero en la sociedad, indicaba la disponibilidad de comprar y vender, a menudo recursos esenciales para una buena salud. Buscaría países con

Producto Interior Bruto medios por persona por debajo de la media mundial: «referencias económicamente factibles-para-todos».

Quedó al día siguiente para comer con Aimsa y Nayra, quienes se reencontraron después de sus alianzas en Chiapas con el zapatismo. Thanda vio en aquellas dos mujeres una poderosa intuición e inteligencia, que unido a su valentía las llevaba a alzar la voz por las causas justas con fuerza y luz. En Nayra esa fuerza, a los ojos de Thanda, se encarnaba en una belleza a la que no podía no rendirse.

Les contó cómo avanzaba su análisis, los datos y diálogos con Moyes, y la pieza que le faltaba por encajar: los límites de los recursos naturales. Aimsa había mantenido contacto con Mans Nilson, del Instituto de resiliencia de Estocolmo, y había colaborado en la definición de los «límites planetarios»: el ritmo al cual la naturaleza en sus componentes atómicos -como el nitrógeno, el hidrógeno y el fósforo-, moleculares -como el agua o el anhídrido carbónico- y celulares como los bosques y las especies, se reciclaban, y los límites por encima de los cuales, la naturaleza no estaba preparada para reciclarse a su equilibrio dentro del lapso de una vida humana. Se estimaba entonces que, al nivel de explotación de recursos naturales de la población mundial de entonces, el límite más urgente, las emisiones de carbono a la atmósfera, no podría ser de más de dos toneladas por persona y año.

Con esos datos, Thanda completó su análisis de la salud global medida no por grupos de personas o enfermedades aisladas, sino por la pérdida prevenible e injusta de vida humana: la inequidad en salud: el incumplimiento ignorado del objetivo compartido de salud global.

Buscó estadísticas internacionales de los tres datos: esperanza de vida, producto interior bruto y emisiones de carbono. De los dos primeros había datos compilados por el poderoso Banco Mundial, desde justo el año en que nació Thanda: 1961. ¡Qué coincidencia! ¿O sincronicidad? Del tercero, las emisiones de carbono, el mismo Banco Mundial, tenía estimaciones de cada país desde 1990. Pudo así identificar los países que cumplían, de forma consistente, los tres criterios de «mejor salud posible»: esperanza de vida mayor que la media mundial, Producto Interior Bruto menor y emisiones de CO2 menores de dos toneladas al año. Los llamó modelos «saludables, factibles y sostenibles».

Presentó aquel análisis en varias conferencias de la universidad de Berkeley. Aquella lista de «países-modelo» causaba estupor entre los académicos y estudiantes de aquel centro mundial del saber: encabezados por Costa Rica, con ocho veces menos de capacidad económica por persona (Producto Interior Bruto: comprar y vender) que los Estados Unidos, respetaba el umbral ecológico con quince veces menos de emisiones de carbono por persona tenía y con ello tenía más esperanza de vida: mejor salud. Le seguían de cerca Cuba, Sri Lanka y Vietnam, modelos socialistas o comunistas aborrecidos y dos de ellos agredidos por el imperio del capitalismo.

Consiguió datos de la Organización Mundial de la Salud sobre las tasas de mortalidad en niños y en adultos desde 1990. Pudo demostrar algo parecido a lo que un año antes estimó en la servilleta del consejo europeo que aún guardaba: casi veinte millones de muertes en exceso, una de cada tres muertes en el mundo, casi todas en los países de «ingresos bajos». Calculó cual era el rezago de tiempo en que los países de ingresos bajos, al ritmo de entonces, alcanzarían las tasas de mortalidad «factibles y sostenibles»: la mortalidad infantil no llegaría hasta el nivel posible en ese momento, hasta cincuenta y cinco años después, traduciéndose ese retraso en trescientos cincuenta millones de muertes innecesarias en niños. En adultos era aún mayor el retraso en cómo el conocimiento y medios factibles para todos prevendría muertes injustas: no se llegaría, a ese ritmo, ¡hasta 2200! causando mil ochocientos millones de muertes injustas y prevenibles en ese tiempo de retraso.

Ese hallazgo le llevó a utilizar un símil en sus presentaciones: un tren de carbón que con estructura rígida mantenía vagones de primera, de segunda y de tercera. El carbón que quemaba (emisiones), para avanzar veloz (Producto Interior Bruto) y sin dejar bajarse (salir del sistema), mantenía rígidas diferencias entre los de más adelante y más atrás, con solo estrechas puertas entre vagones (movilidad entre países y clases sociales). El problema no era llegar unos segundos después al destino, o viajar en sillones almohadillados o en bancos de madera. El problema era que los de detrás llegaban tarde al progreso e iban perdiendo vidas, con un precio de veinte millones al año, una cada dos segundos, el tiempo en decir: «inequidad en salud».

Thanda le habló de esos hallazgos estremecedores, que a menudo le hacían sentir profunda tristeza, a Nayra, quien se fue haciendo cómplice en todas las dimensiones. Estudiaron juntos qué necesidades influían en una buena salud. Las necesidades vitales para sobrevivir -agua, alimento, refugio- era el objeto de la ayuda humanitaria y causaban, sobre todo por baja nutrición, casi una sexta parte de las muertes injustas que habían calculado. Las necesidades de seguridad para evitar riesgos, a lo cual se dedicaba la salud pública, o de tratamientos por los sistemas de salud, condicionaban, sobre todo por infecciones y por embarazos de riesgo, otra cuarta parte del precio en vidas humanas por la inequidad. Pero muchas muertes no lo eran en la infancia, en el embarazo o por infecciones, y menos de la mitad de ellas por las arbitrariamente seleccionadas por Sachs y Fronz en los objetivos del milenio y el fondo global. Más de la mitad lo eran por enfermedades crónicas que se debían a formas de vida insanas, y cuando así ocurría, a menudo falta de acceso a tratamientos.

¿Qué era una vida sana? Thanda y Nayra debatían sobre ello en la oficina de Moses Hall, en la que a veces no podían disimular su sintonía espiritual y física.

- Nayra, he hablado con profesores del departamento de paleontología. Quería saber para qué está diseñado y preparado nuestro cuerpo.

– Esa es la clave, Thanda: vivimos «contra-natura». Y nuestro cuerpo se rebela.

– Exactamente: con modelos evolutivos y anatómicos se ha estimado que estamos preparados para un movimiento esquelético y muscular de unos quince kilómetros al día durante nuestra edad adulta, o sus equivalentes en correr, nadar o subir escaleras o laderas.

– Muy poca gente entonces utiliza su cuerpo para lo que la evolución ha diseñado a lo largo de dos millones de años desde que empezamos a andar sobre dos piernas y poco después a usar el fuego.

– Así es, Nayra. Sin usar nuestro cuerpo para su propósito, se anquilosa. No comemos con el apetito natural y sano. No quemamos tampoco las calorías ni reponemos las proteínas al ritmo natural. De ahí la obesidad, la hipertensión, la diabetes y la artrosis. Recuerdo como me contaba Jonay que identificaron con Fernando la «enfermedad de la soledad y la tristeza», que se unía a todas esas condiciones por estilos de vida no sanos.

– Hay otra clave, Thanda: desde que bajamos precisamente del árbol, la pelvis se estrechó y fueron los humanos prematuros los que más sobrevivieron. Con la fontanela craneal sin cerrar en los primeros dos años de vida, se desarrolla más que en ningún otro mamífero el lóbulo frontal. Ese es el lugar del pensamiento figurado que amplia nuestros sueños y también nuestros miedos. Somos gregarios por ser el mamífero más indefenso al nacer y por construir abstracciones y mitos que desde los asentamientos agrícolas nos hacen funcionar en masa.

– ¿Y es esa vida en masa negativa para nuestra salud? ¿Vivimos menos en las grandes ciudades que en los pequeños pueblos?

– Se une otro factor: en las ciudades hemos desarrollado formas artificiales de vivir: con la química en los alimentos en masa, con las emisiones de carbono por nuestro transporte y calefacción o con los plásticos en casi todo lo que consumimos no comestible. Aparentemente tenemos más necesidades cubiertas, pero surge un problema que me inquieta: la constante lucha y competitividad.

– Sí, he leído que hemos ido desarrollando comportamientos más próximos al chimpancé, jerárquico, competitivo y agresivo; que del de los bonobos, más comunitarios, colectivos y pacíficos. El río Congo dividió esas dos evoluciones. Tenemos mucho que investigar. ¿Qué es lo que hace al ser humano competitivo entre sí y con el medio ambiente, a un extremo de enorme sufrimiento de muchos y de poner en riesgo a las próximas generaciones?

Debatía estas cuestiones con Nayra quien le enseñaba sobre acupuntura, que estudiaba en la escuela de medicina china de Oakland a donde lo llevó por dolores de espalda de tantos viajes. Thanda pensaba en los flujos de energía en el cuerpo, sus bloqueos y las enfermedades. Compartieron estos pensamientos con NoLwasi, quien así entendía el desequilibrio de la enfermedad, aunque ella

veía el fluir de la energía desde la conexión con los antepasados y también con la naturaleza, en lo que estaba volcado con pasión Adam en las montañas al norte de Madrid.

Sentía una conexión fuerte y clara, entre muchas variables y dinámicas que desenmascarar. Las veía entre las fuerzas competitivas, jerárquicas y sin empatía, que generaban acúmulo en unos pocos y necesidad en muchos; y la destrucción de la naturaleza que ensombrecía el futuro de las próximas generaciones. Con más y más preguntas en su diagrama de toda la pared del cuarto 108 de Moses Hall, preparó el libro final *Global Health Is Global Justice* (*Salud global es justicia global*) con análisis, explicaciones, tablas y más de cien gráficos por los que intentaba medir y describir lo que la Organización Mundial de la Salud no había medido en sesenta y cinco años: el precio de la injusticia en vidas humanas: cómo –y porqué, dónde y cuándo– no se cumplía la «mejor salud posible», el objetivo de todos los países en salud global.

Se alió con Miguel Altieri, el chileno exiliado de Pinochet y líder de las ideas y propuestas de la agroecología desde los años ochenta, y de la fuerza de movimientos globales como vía campesina, donde Lisy seguía luchando. Thanda y Miguel compartían ideas y veladas a la guitarra. Le presentó a René, quien ponía las manos a las ideas de Miguel y diseñaba en su jardín de Berkekey todo tipo de artilugios y prototipos para cultivar en permacultura, cocinar con mínima leña y sin emisiones, cargando además el móvil, estudiar fincas desde el aire, y promover formas de armonía natural. Con él y con su dulce y serena compañera argentina, Lili, Thanda creó una profunda alianza que resistió a la distancia.

Comparó también la salud en Europa y Estados Unidos: sus constituciones, leyes, recursos, servicios y cooperación. La clave era que el sistema de valores en Estados Unidos, basados en la carta fundacional de sus primeros colonos «*We the People*» (nosotros, el pueblo), solo reconocía un derecho: el de llevar armas. A diferencia de Europa, con todas sus contradicciones, la salud no era un derecho ni el gobierno debía garantizarlo. Cuando comparó, como hizo con la inequidad global, Estados Unidos con Europa, cuyo Producto Interior Bruto era una tercera parte menor, demostró un exceso de muertes, de nuevo, pérdida de vida humana por injusticia, de ochocientas mil muertes al año, casi un 9/11 al día.

Expuso su análisis a Eva Harris, valiente investigadora y apasionada de la salsa, héroe McArthur por sus cientos de publicaciones sobre el virus del dengue, del cual quizás sabía más que nadie en el mundo. Eva dirigía el Centro de Salud Pública Global y sentía que desde su laboratorio no desafiaba la justicia como Thanda. En contraste con su compañero Paolo, un revolucionario del Salvador que desafiaba a diario la investigación cómplice del sistema por su crudo análisis del capitalismo americano que exponía en un programa de radio alentando a la casi imposible revolución en el país más encadenado al capital. Compartió también esas ideas en las asambleas del movimiento *Occupy* (Ocupación), el eco del

15M español. Se presentó, por primera vez, animado por Nayra, a unas elecciones: las primarias del nuevo partido español ligado a Greenpeace, Equo, supuestamente orientado a la ecología y la equidad. Escribió una propuesta con pasión y quedó segundo, después del fundador, ex líder de Greenpeace. Nayra, maravillosa compañera en todo, le ayudó a preparar su conferencia final en Berkeley, antes de volver a su trabajo en Bruselas. Escogieron un lugar especial: una pequeña casa de piedra, quizás de las más antiguas del lugar, que ocupaba, y así rezaba el cartel de entrada, el *Dream Institute* (Instituto de los sueños).

A la conferencia acudieron académicos y estudiantes de muchos rincones de la universidad, organizaciones relacionadas con la lucha social y con el cuidado de la naturaleza, y, maravillosas personas que conoció durante su tiempo de pasión en Berkeley y se fueron convirtiendo en su familia lejos de casa. Estaban Terry y Dorothy, hermanos de Nayra y que, aún desde su amor furtivo, sentía como sus nuevos hermanos. Vino Huitzi, por quien conoció a su alma gemela, su Anaya Luis Javier, los entrañables amigos que Nayra congregaba en amistad y nobles ideas, Rafa, un constructor que dejaba fluir el alma tocando guitarra flamenca, Txotchil, en sintonía con las estrellas, Laura, madre coraje arquitecto en la jungla de la bahía, Daniel, tan dulce en su empatía, Tania, chilena valiente en expresar su pensar y sentir, Bárbara, salvadoreña hada del baile, Valerie peruana que lo dejó todo por las oportunidades para su hija, Rachel, en eterna búsqueda del noble amor, Gary, hebreo fascinado por la rumba cubana y BK, sereno maestro de yoga. También estaban René y Liliana, Altieri, Eva y Paolo y muchas personas que no pudo identificar, pero con quienes conectó en el brillo de la mirada según fluían sus ideas. Habló con pasión de todos aquellos hallazgos que demostraban el mal rumbo del mundo y la necesidad de compartir más a través de una cooperación llevada a una escala veinte veces mayor, y dejar de destruir la naturaleza.

Se fijó que en un rincón medio escondido en la sala había una persona con la máscara de Guy Fawkes, símbolo del movimiento Anonymous.

Intentó publicar sus hallazgos en California University Press y en otras editoriales científicas. Le decían que era interesante, pero le decían que le llamarían sin hacerlo. Empezó a sentir intriga de por qué se le excluía de conferencias y publicaciones. Por entonces una joven científica y hacker de Kazajistán, en el centro de Asia, de veintitrés años, llamada Alexandra Elbakyan, lanzó una web llamada *Sci Hub* en la que daba libre acceso a casi cien millones de artículos científicos que pirateó de las redes de intereses privados y de negocio de la ciencia. Thanda decidió autoeditar su libro de investigación en equidad y subirlo en la red *Sci Hub*, ignorando los circuitos políticos y académicos que despreciaban, o temían, sus análisis de la equidad.

La alegría de la reunión y el sentir que sus ideas y estudios encontraban aliados y sintonía en tantas personas allí, lejos de su hogar, se unió a un vértigo que

hacía mucho que no sentía. Se iría al día siguiente a diez mil kilómetros al este, a Bruselas, donde le esperaba un trabajo incierto, un hogar vacío y un corazón que ya empezaba a galopar solo de sentir la distancia inminente con Nayra. Seguían, por sensibilidad a los hijos de ella, no mostrando su amor en público, lo cual le dolía mucho a Thanda, pues él lo sentía noble y valiente, preparado a todo. Nada que esconder. A pesar de ello, su amor fue creciendo y la despedida fue desgarradora. No sabrían cuando volverían a verse, o si eso llegaría de alguna forma, en algún lugar. Desde su divorcio de Cristina, tan doloroso, Thanda había pasado casi diez años en soledad, salvo los aislados encuentros con Sara en las Juntas de Médicos Sin Fronteras hacía ya cinco años, y sin la complicidad que sentía tan plena y tan bella con Nayra.

Thanda voló hacia Bruselas, con el corazón encogido. ¿Sería la soledad y la distancia del amor lo que marcaría su vida como ocurrió con su Amama? Volvía a Bruselas con, como diría su padre, la misión cumplida: un libro de ochocientas páginas que demostraba la arbitrariedad de los objetivos del milenio, la negligencia de seis décadas de la Organización Mundial de la Salud y la comunidad internacional, y el precipicio de destrucción al que se adentraba la especie humana. ¿Podría influir en la gris Bruselas de burócratas siguiendo códigos verticales? Se había implicado en el movimiento Occupy, se había presentado por primera vez a unas elecciones defendiendo la equidad y la ecología, había viajado por el continente dando conferencias y había escrito su primera novela, *Valentía y Ternura: Todos somos la misma energía*, inspirada en la lucha contra las sombras del egoísmo por tantas almas maravillosas que había encontrado en su camino.

De vuelta a Bruselas hizo una escala en Nueva York para encontrarse con su alma gemela: Jonay. Pasó la noche en la cabaña con Jonay, Aimsa y Nour. Les dio una copia de *Valentía y Ternura* en la que su fuerza y su amor brillaba fuerte. Vio en ellos la vida en familia, en naturaleza, en unión y complicidad plena. Ese era su sueño. ¿Sería posible con Nayra?

XXX

EL FUEGO Y LA VIDA

Garajonay, agosto de 2012

Hacía dos años casi que Eila, la eco isla de la laurisilva, vivía en la armonía social y natural desterrando el mercado y su daño a la naturaleza. De la tercera parte de los isleños que no votaron al MIEL, la mayoría, sobre todo los propietarios de pequeños terrenos que se fueron integrando en las vidas comunitarias de las eco aldeas, se fueron identificando con los valores de la naciente Eila.

John tenía ochenta y cinco años y la artrosis de sus posturas de navegante había pasado factura. A pesar de su yoga diario con Umbela, tenía limitada movilidad. La eco isla se convirtió en una referencia de utopía para los ya casi quince millones de comuneros en más de treinta mil eco aldeas en casi todos los países del mundo. Querían entrevistarlo a todas horas, pero por pudor y por no quitar tiempo a su dedicación a Umbela, a la eco aldea de la Ternura, y a Eila, en ese orden preferencias, prefería declinar y referirlos a un espacio en que cada semana colaboraba en el programa de radio y de internet que grababa Paxti. El programa se acabó llamando «Reflexiones sobre la vida de Patxi y John».

Estaba comprometido, como «servidor de todos», a traducir el decálogo de Umbela en una forma de vivir en la isla y entregarse a ello «sin sueldo ni reloj», con «sudor y pasión». Por su edad y limitaciones ya solo iba una vez por semana en la barca con Tomás, también ya un sabio y venerable anciano, a quienes a veces acompañaba Martín. Llegaban a San Sebastián, llamado ahora «corazón de Eila». Atravesaban la plaza del «Abrazo de Eila», las calles de Libertad, Dulzura y Gratitud, frondosas con todo tipo de frutales y enredaderas de espinacas, moras y tomateras, y llegaban a la «Casa común de las eco aldeas» para dialogar y «consensuar consejos». Lo hacían a propuestas que de los «foros de sentires, pensares y haceres» traían de cada valle. Gustaba después celebrar con las diferentes comunidades religiosas recitando el «canto a la vida» en las reuniones de «unión en gratitud».

Las áreas de «armonía en convivencia», «armonía en naturaleza», «armonía en bienestar» y «armonía en el saber» le iban informando a diario de sus retos y propuestas. Eila, que fue conociéndose por sus brazos abiertos a cualquier persona, fue acogiendo a más de trescientos africanos que huían del hambre y la violencia en sus pueblos e integrándose en las eco aldeas con sus ricos saberes tradicionales y su perseverancia en la pasión por vivir.

También fue recibiendo personas de toda España, Europa, África y otras regiones, que ofrecían su trabajo voluntario y compromiso a vivir sin propiedades. Vinieron expertos de salud y de muchos saberes solo por convicción de una vida comunitaria y ecológica. Unos trescientos funcionarios de otras zonas de España cambiaron sus plazas -puestos de trabajo- con funcionarios de la anterior administración de La Gomera, reticentes a dejar su privilegio salarial.

También fue poco a poco haciendo que la mayor parte de las tierras fueran públicas. Casi todos los extranjeros propietarios de lujosas villas fueron vendiendo sus propiedades y emigrando a otras islas o retiros tropicales, aunque muchos de ellos cedieron sus propiedades a Eila y se integraron en las eco aldeas. Las dieciséis familias que poseían tres cuartas partes de la isla fueron viendo que sus negocios de ventas de propiedades, alquileres de apartamentos, estancias en hoteles de lujo, juegos en campos de golf o comidas en restaurantes caros, apenas tenían clientes pues no podían usar petróleo, ni plásticos, que demostraron ser la base de su economía anterior. Quince de ellos vendieron sus propiedades al gobierno de Eila, que las pagó en plazos gracias a los ingresos que resultaban de la «declinación voluntaria de sueldo para uso en el bien común» de la gran mayoría de los funcionarios, llamados «servidores del bien común». Pasados cuatro años John estimaba que ya habrían pagado esas expropiaciones y no necesitarían del gobierno de España más asignaciones de sueldos a sus funcionarios.

Un terrateniente no se fue de la isla. Juan Antonio, el cacique más poderoso y tuvo un infarto, fue atendido con afecto por Luis y fueron a verle su esposa y su hijo. Al principio rechazó verlos y les llamó «ladrones perro-flautas» y les gritó:

- Ahora venís por mi herencia, ¿verdad?

Con gran serenidad su esposa Dolores contestó:

- No queremos nada de tus propiedades, Juan Antonio. Ni un euro ni un ladrillo. Tenemos la armonía con la naturaleza y con la comunidad. No necesitamos más. Te diré qué es lo que si queremos de ti: tu abrazo y que nos dejes abrazarte.

Siguieron yendo cada día al hospital con un guiso de la huerta y una infusión de plantas medicinales. Al tercer día Juan Antonio sintió en la noche un dolor con asfixia y sintió que podía morir. En ese momento sintió el profundo deseo del abrazo que le dijo Dolores. Al día siguiente, sin otra expresión que el llanto del largo desierto que fue su vida sin amor profundo y sincero, se abrazó

a Dolores y a Juan Antonio, quien le presentó a Martín, su nieto. Se quedaron acompañándole sin palabras, sin juicios, solo con ternura, masajes y abrazos. Esa noche falleció Juan Antonio dejando sus tierras a todos los isleños de Eila.

Don Cayo y Gracián seguían arreciando con críticas y campañas de difamación en los medios. Vivían en Tenerife y acudían a los plenos del parlamento canario donde increpaban a los representantes de Eila. Por el contrario, John los invitó a sesiones de «aprendiendo unos de otros» para escuchar ideas por el bien común en un programa de radio de Eila.

Fue difícil ir retirando todo el plástico, ya prohibido en la isla. Con la ayuda de Joseph, quien visitó Eila para apoyar en los planes de energía natural y vehículos sin fósiles, montaron en «el corazón de Eila» una «fábrica de sueños». Compraron de una red de «*open hardware*» una impresora 3D. Fueron convirtiendo las cuarenta mil toneladas de plástico de los basureros en hilos en bobinas. Con ellos y la primera impresora 3D, que llamaron «madre», construyeron otras impresoras 3D y así llegaron a tener primero una en cada valle, luego varias en cada eco aldea. Así aprovecharon el plástico y construyeron con la ayuda de Joseph y de muchos ingeniosos ingenieros de las eco aldeas, prototipos de ordenadores, móviles, molinos, arietes hidráulicos, piezas para paneles solares, bicis y triciclos eléctricos y hasta piezas para veleros. Tomás, con la ayuda de Martín, convirtió el puerto de la Ternura en un astillero de veleros que fue, poco a poco, sustituyendo a los contaminantes ferris de Olsen que dejaron de llenar de alquitrán la bahía del «corazón de Eila».

Las ya veintisiete eco aldeas y seis eco barrios de Eila cultivaban unas seis mil hectáreas y cuidaban de unas cuatro mil hectáreas de pastos, en total cien kilómetros cuadrados, menos de un tercio de la isla. La gran parte del resto era la «reserva ampliada del Garajonay-alma de Eila», en recuerdo a la leyenda guanche de amor, que multiplicó por cuatro veces su extensión anterior.

Así fueron, en contra de todos los vaticinios de economistas y políticos, haciendo desaparecer, por inútil, el uso del dinero. Cuando hubieron pagado las últimas propiedades llegaron a un acuerdo con el gobierno de España para solo importar cuarenta medicamentos vitales que Luis identificó en un «consejo de salud» con sanadores de todo tipo de saberes, de todas las eco aldeas. A cambio Eila contribuía con excedentes de alimentos sanos y plantas medicinales para el sistema de salud en otras islas canarias. En los mercados de alimentos, «fiestas de sabores y olores» y en los de artesanía, las «fiestas creativas», se intercambiaban alimentos, tejidos, barros y mimbres. Así fueron, de forma natural, desapareciendo los bancos y se fundieron las monedas que las personas guardaban, ya inservibles, en sus hogares en esculturas de sentimientos.

No sin pocas discusiones, desgarros por desacuerdos y campañas difamatorias, los sueños de Eila fueron avanzando. Ya había en la isla treinta mil «eileños» en las treinta y tres eco aldeas y eco barrios, pastaban unas cinco mil cabras, mil

quinientas vacas, unos seiscientos caballos y yeguas, y libaban la miel más de mil millones de abejas. Tenían unos cinco mil móviles y dos mil ordenadores. Contaban con mil bicicletas y triciclos eléctricos, doce barcos de vela y seis ultraligeros solares. Obtenían la energía de unos trescientos biodigestores, unos doscientos molinos de viento y unos veinte mil paneles solares. En las huertas disponían de unas cien bombas de agua, y veinte molinos de harina de maíz para hacer el gofio. La mayor parte de los componentes de todo ello los fabricaban con las impresoras 3D que juntos a los equipos de carpintería y soldadura daban vida a las «fábricas de sueños». En dos años habían nacido seiscientos niños, casi uno al día, y habían fallecido doscientas cuarenta personas, la gran mayoría a una edad avanzada. La red de «puntos azules» de lugares en el planeta de alta longevidad la seleccionó como uno de ellos y sus estudios apuntaban a la empatía comunitaria como la razón de tan buena salud. Pero de lo que más feliz se sentía John era de que dos terceras partes de la isla fueran naturaleza salvaje, mucha sin apenas dañar por el hombre en formas de laurisilvas desde el terciario.

Eran mediados de agosto. El sol del mediodía era severo y una orquesta ensordecedora de chicharras invitaba a la siesta. Pero John sintió que necesitaba mirar al horizonte desde lo alto y pensar en su vida. Le dijo a Umbela que necesitaba meditar en soledad. Fue caminando por la ladera sur lentamente hacia el Roque del Sombrero. Sentía la necesidad de meditar. Pensó en la comunidad, pensó en las más de cien personas que habían fallecido en la eco aldea de la Ternura, recordaba cada nombre, cada épica historia, cada abrazo. Descansaban ahora en el bosque de las sabinas que estaba atravesando, retorcidas sus ramas por los vientos alisios que parecían hablar y contar un misterioso cuento. Alimentadas por la materia y la esencia de las vidas, todas ellas épicas, que cuidaron de esas mágicas tierras y abrazaron con amor a quienes coincidieron en el misterioso tiempo y espacio de esa mágica aventura que llamaban vida. Llegó al roque y miró hacia el horizonte del mar. Pensaba en sus padres y la familia que dejó en Gales hacía más de medio siglo. Pensaba en las singladuras por los mares a bordo de Satia, que ya no volverían. Pensó en el amor de su vida, Umbela, su fiel compañía y noble esfuerzo por la familia. Y pensaba en su hijo Jonay, a quien no sabía cuándo volvería a ver o, esta idea le nubló la mirada y bañó de vértigo, si lo volvería a ver en lo que le quedaba de vida, sospechaba que no mucha.

Pensó en el sueño, hecho realidad, de ver una isla libre de cadenas de propiedades y jerarquías, libre, abrazando y cuidando a su madre, la naturaleza. Y en ella, pensó en el inmenso tesoro y responsabilidad de cuidar del Garajonay, aquel maravilloso bosque de fósiles vivientes de las junglas cálidas y húmedas que poblaron la región mediterránea en el Terciario, que daban vida a una extraordinaria cantidad de especies únicas del planeta además de una altísima densidad de árboles centenarios y monumentales. Él había promovido treinta años atrás que fuera declarado Patrimonio de la Humanidad y ese mismo año, tras multiplicar

por tres veces su extensión y dedicarse Eila como primera misión, el cuidado y empatía con ese maravilloso bosque, toda la isla ha sido nombrada Reserva de la Biosfera. John solía ir a caminar descalzo y en profundo sentido de veneración por las selvas del Garajonay.

En ese momento pudo percibir olor a humo. Miró hacia Agando y observó una columna negra desde la zona de Las Paredes. Temió que podría hacer arder el Garajonay. Llamó por el teléfono móvil a la coordinadora de la armonía con la naturaleza. Le pidió que alertara a todos los municipios y eco aldeas. Todos los eileños, de todas las edades, deberían colaborar en extinguir el incendio que quemaba el alma de Eila.

En el plan de incendio que habían preparado, todos los eileños tenían una función. Cada uno tenía una mochila siempre preparada con una gorra fluorescente, una linterna, un silbato, una venda y una bola de gofio con miel. Los menores de quince años y mayores de setenta podrían, según sus fuerzas, acarrear agua de donde la hubiere hasta un círculo de más de trescientos metros del fuego. Los demás podrían acercarse hasta cien metros con protección de pañuelos húmedos y gafas protectoras. Había entre los eileños mil personas preparadas en hacer funcionar unas doscientas bombas de agua portátiles por toda la isla. Aparejados con cascos, ropas protectoras, botas y un machete, estaban preparados para apagar los fuegos desde menos de treinta metros. Treinta eileños sabían manejar los ultraligeros, que para las emergencias tenían un motor que funcionaba con aceites usados y podía cargar cien litros de agua.

Toda la isla se fue movilizando. Comenzaron a evacuar caseríos aislados y eco aldeas en veintitrés zonas, entre ellas en el Barranco de Santiago, Alajeró, La Laja, el caserío de Imada o Vega y Pala. Los veleros de toda la isla se movilizaron para evacuar por mar a los aldeanos de zonas de más riesgo de incendios de sus viviendas y llevaron a mayores y niños a reunirse en la plaza del abrazo de Eila.

John llamó al consejero de medio ambiente del gobierno canario y pidió ayuda de las otras islas, que enviaron al amanecer tres helicópteros. Pidieron apoyo al gobierno de España que envió al tercer día dos hidroaviones. John insistió, a pesar del enojo de Umbela por ello, en estar en la primera línea.

A las tres horas se inició un segundo incendio en la zona de los Manantiales de Vallehermoso, cerca de la eco aldea de la Valentía. Poco después en la Fortaleza de Chipude. Era claramente un cruel ataque intencionado en tres puntos distantes entre sí.

Tras todo el día batallando contra las llamas golpeándolas con pencas de palmas y echando cubos de agua, y a pesar de los pases y descargas de bolsas de agua de los hidroaviones, los helicópteros y los ultraligeros, las llamas seguían creciendo.

Continuaron trabajando en cadena y turnándose en los esfuerzos. Luis organizó en la retaguardia centros de atención a las insolaciones, intoxicaciones, quemaduras y crisis de ansiedad. La mayoría de los eileños no dejaron de trabajar juntos contra el fuego durante cinco días y cinco noches, comiendo solo dos bolas de gofio con miel al día.

Al quinto día se fue sofocando el fuego en los bosques de laurisilva, aunque aún quedaron focos de fuegos en una docena de barrancos durante otra semana más, amenazando calcinar bellos palmerales.

John miraba con el más profundo dolor a las cuatro mil hectáreas calcinadas. Calculó unos tres millones de árboles, muchos de ellos con más de cien años de vida, algunos quizás quinientos; miles de millones de plantas, hongos y líquenes, y cientos de miles de millones de insectos. Sentía dolor por cada expresión de vida asesinada por la crueldad humana. Se habían sacrificado por la locura destructora del ser humano más de trescientos millones de vida en sabiduría, de callada y abnegada fotosíntesis para derrochar oxígeno y vapor de agua que caía en majestuosas cascadas por los barrancos, y con ello la vida en la isla durante miles de años. Todo calcinado en unos días.

Aún quedaba una zona ardiendo y de mayor peligrosidad por lo accidentado del terreno. Era el triángulo entre los Roques de Agando, Apartacaminos y Chipude, en el sur de la isla. A ella no podían acceder los vehículos con agua y eran peligrosos los vuelos de helicópteros y de los hidroaviones. John pidió a Martín y a Fernando que reunieran a cien jóvenes que fueran fuertes, valerosos y buenos jinetes. Deberían ir a caballo, con sus trajes protectores y machetes.

Al llegar a la base del roque de Agando, se dividieron en dos grupos, unos hacia el este y otros hacia el oeste. Descabalgaron y fueron cortando pencas de palmeras con sus machetes. Se acercaron al frente de fuego de unos quinientos metros. Se dividieron en parejas por trechos de unos diez metros y empezaron a turnarse sofocando las llamas con golpes de pencas durante tres minutos cada uno. Después de unas cinco horas fue cediendo el fuego. John había participado como uno más, a pesar de su avanzada edad y su limitada movilidad. En ese momento roló el viento y se incendió un pino canario frente a John. La llamarada le prendió la ropa y dos grandes ramas cayeron cubriéndole el cuerpo de brasas incandescentes. Los más cercanos, incluyendo Fernando, acudieron a sofocar las llamas sobre su espalda con las pencas.

John no podía ver, como si una fuerza piadosa hubiera querido taparle la vista de tal dantesca visión de su amada isla, calcinada. El humo fue sofocándole la respiración y a la vez llevándole a un estado somnoliento donde revivió sus paseos venerando aquellos mágicos bosques. Se sentía abrazado por su silencio levemente arrullado por el reclamo de la paloma rabiche, los rumores de los pequeños manantiales y el susurro de los vientos alisios agitando las hojas de fallas y viñátigos. Recordó con fascinación los vuelos de las currucas y el reyezuelo,

y como el gavilán, la aguililla y el búho chico planeaban majestuosos sobre los barrancos que rezumaban la mágica humedad del bosque en cascadas de pureza. La vida. Tan mágica. Y cuidar de ella. La mejor forma de haber honrado su paso por ella. Lo intentó con toda su alma. Como su alma, renacería de las cenizas.

En brazos de Fernando quien le abrazaba con la mayor ternura imaginable de un amigo desfiló la película de su vida, de su infancia y juventud en Gales, de su naufragio, del rescate de Tomás, de su corazón fundido en la mirada de Umbela desde que le curó sus heridas, de sus cuidados del barranco de El Cabrito, del maravilloso regalo de la vida de Jonay, de sus marchas con su hijo por tantos barrancos y cumbres, de la llegada de Fernando, del rescate de Kadiatu y Lisy, de la marcha de Jonay a África, de su navegar el mundo con Umbela, de la red de eco aldeas, de la familia creciendo mágicamente con Aimsa y Nour, de la lucha contra las drogas, del tiempo del exilio, del movimiento Miel y la fundación de Eila, del sueño hacia la utopía, de tantos y tantos niños que vio nacer y hombres y mujeres que vio viajar a otra dimensión, abrazados a ellos con ternura… como el abrazo de Fernando, quien sollozando de amor sobre el pecho de su bravo amigo del alma, le colmó de caricias hasta que dejó de respirar, de latir… de ser en la dimensión material en la que tanto amor había derrochado a cada paso.

XXXI

TANTO AMOR… TANTO DOLOR…

White Lake, octubre 2012

Jonay despertó con un extraño presentimiento. Abrió el ordenador en la cabaña al amanecer. Había recibido un mensaje de su madre. Lo identificó pues, desde el decálogo de Findhorn, siempre escribía todo en minúsculas:

querido hijo,

hay momentos en que las palabras no pueden ni acercarse a expresar el sentimiento.

siento un profundo dolor al decirte que tu padre viajó ayer a otra dimensión, la de la magia de la naturaleza que tanto cuidó, la de los atardeceres que mecían su alma, la de las estrellas que guiaron su valiente caminar hacia sus sueños.

con él se fueron de nuestra vista y demás sentidos millones de árboles y de tantas formas de vida de Eila, un incendio intencionado segó el existir en esta realidad de tanta belleza, y con ella, la del ser humano que alumbró mi existencia y la llevó a un mar de amor más inmenso que el océano que le trajo a mis brazos hace medio siglo. siempre estuvimos unidos y siempre lo estaremos.

lo más bello que trajo a mi vida eres tú. quiero que sepas que no hubo un día en la distancia física contigo que no te pensara, que no te imaginara en el horizonte antes al sur y ahora al poniente hacia donde su alma viajaba cada noche a abrazar la tuya en tu atardecer, a darte aliento en tus despertares a susurrarte al oído la inmensidad de su amor por ti y de su orgullo por sentir en ti la nobleza de tu alma.

Eila ha quedado medio calcinada y desolada sin su guía, pero el recuerdo de la belleza del garajonay y la luz de tu padre nos llaman a todos, unidos, a cuidarla más aún en su renacer. cada brote de cada planta será un símbolo de esperanza.

te quiero con toda mi alma, hijo. y siento tan profundo a tu padre en mí que, me atrevo a decir, y a hablarte desde ahora así, que te queremos.

por tanto amor y siempre, él vive en ti y tú en él.

sé fuerte hijo, ten valentía y ten ternura, en la profunda transformación de irnos en parte con él y de evocar, a menudo con el gélido dolor de no sentir su piel y su voz, el recuerdo de su amor hacia la eternidad en la que somos todos la misma energía,

tu madre unida a ti.

Al leerlo, Jonay quedó como si una fuerza oscura le hubiera arrancado una parte profunda, sagrada y esencial de su vida. Sus ojos se llenaron de lágrimas que le quemaban los párpados. Sintió un dolor lacerante en su frente. Le temblaban los labios como si se negaran a expresar, impotentes, tanto dolor y tanto sentir. Un nudo en la garganta le robaba el aire, el pecho parecía gritar, como incapaz de recibir y de liberar, sin saber cómo, tanto dolor, y, a la vez, tanto amor. Sus piernas temblaban. Sentía hundirse la tierra y derrumbarse los cielos sobre su alma que no veía sentido a seguir caminando sin la mano de su guía de siempre. Sin la luz de todo. Deseaba que le rodease una oscura tiniebla, esa «nada» que «nada puede explicar», derramar en ella su alma que parecía romperse en miles de pedazos sin sentido, sin razón de seguir un guion sin aquel foco que tan mágicamente le trajo a escena en esta aventura que este amanecer parecía tan sin sentido…

Miró al lecho donde aún dormía Aimsa, y salió al establo para comprobar que Nour dormía plácida sobre el vientre de Rasta. Caminó hacia el lago, que apenas comenzaba a pintar en su rugoso rostro las pinceladas doradas del amanecer. Se quitó toda su ropa y se adentró en el lago de aguas frías. Sus lágrimas de dolor y de amor, más fundidos que nunca en el mismo sentimiento, se diluyeron con las del lago. Mientras nadaba, su mente quedó en blanco, como si en realidad todo lo que le rodease fuese ajeno, irreal. Nadó varias veces el kilómetro de diámetro del lago, como queriendo dejar todas sus fuerzas en ello. Como un homenaje a la valentía de su padre, a su comunión con el mar. Agotado por el esfuerzo y entumecido por las frías aguas, paró en el medio del lago y gritó con todas sus fuerzas:

– ¿Por qué? ¿Por qué fue con dolor y destrucción que arrancaste a mi padre de mi vida? Tanta noble lucha por honrar la vida con amor y armonía con la naturaleza… ¿dime, no merecía un dulce final en los brazos de mi madre? ¿Por qué no me llevaste a su lado para darle mi mano y sentir la suya? ¿Cómo puedo ahora seguir? ¿Por qué? ¿Hacia dónde?

Se dio cuenta de que increpaba a *Mkulumkhulu* (dios, el «abuelo de todos los abuelos») como sus hermanos ndebeles en Ukuzwana. Como lo hizo con tantos pacientes que el SIDA arrancó cruelmente del mundo, como ocurrió con Anwele, como el año anterior sintió con la marcha de Haka. Esta vez el grito era más desgarrador. Sentía, en lo profundo del alma, allí donde late la eternidad y el infinito, un profundo pozo oscuro de donde no sabía cómo podría salir. Ni si quería salir.

Cuando se aproximó a la orilla vio que estaban sentadas y abrazadas Aimsa y Nour. Se pusieron en pie según él salía, desnudo y diluidas sus lágrimas con el agua que le seguía abrazando. Se puso su pantalón y caminó hacia ellas.

-Vimos el mensaje de tu madre, cariño.

- Necesitaba llorar mi dolor. Lo necesito.

-Te entiendo, Jonay. Ahora llora con nosotras y apóyate en nuestra fuerza, recibe nuestro calor, funde tu alma dolorida en las nuestras, también unidas al amor y valentía de John, por siempre en nuestros corazones.

Jonay se abrazó a ellas, pero sintió que le inundaba un deseo de estar solo, de sentir a su padre en su soledad, de no pensar en nada más, en nadie más, en hacer nada que nadie, ni su compañera y su hija, esperaran de él. Sentía solo un fino y frágil hilo de luz, de fuerzas, de ánimo para seguir respirando, y lo reservaba para la unión con su padre, en profunda y dolorosa transformación.

Volvió a la casa y escribió a su madre:

mamá, como tu bien dices, no hay palabras que puedan expresar el sentimiento… que en mí es de profundo vacío y dolor de pensar que ya no tendré su cálido abrazo, su mirada profunda, su suave voz… las deberé buscar evocando recuerdos, en los sueños, en el sonido del viento, la sal del mar, los cantos de los pájaros y las mágicas sombras en la noche…

en ello, mamá, mi mayor deseo es estar a tu lado, darte mi abrazo y juntos sentir como papá vive en nosotros… él te amó con toda su alma desde que os sentisteis a través del cristal esmerilado la noche de su naufragio… por vuestro amor existo… en vuestro amor veo la luz y la intento irradiar a mi alrededor…

siento dolor y culpa por cada día que estuve lejos de vosotros, tantos años que no os apoyé en vuestras nobles luchas… cada uno de esos días pesa ahora en mi corazón…

volveré con los vientos navegando a abrazarte,
a sentirlo bajo la sombra de la sabina
donde reposa su cuerpo cansado,
a mirar contigo el horizonte del atardecer
que tantos años sentiste a su lado,
a mirar las estrellas y evocar en cada una
un recuerdo de la luz que ha dejado …
faltarán estrellas…

Jonay sentía como si la transición de su padre a otra dimensión le hubiera transformado a él… como si cada átomo de su frágil ensamblaje molecular, se hubiera descolocado y no encontrara su lugar…

No podía más que expresar ternura a su madre y buscar a su padre en sus recuerdos y sus sueños, que también le mecían despierto pues mirando a la naturaleza le veía en cada rincón.

Varias noches sintió, atormentado, los gritos de su padre ante el fuego, más por el dolor de ver sus hermanos árboles morir que por su propia muerte.

No podía disimular sus sentimientos hacia nada que no fuese su padre, y el apoyo a su madre. No pudo expresar en un mes palabra alguna de cariño hacia Aimsa ni hacia Nour. Las miraba casi como irreales, como al resto de la realidad que le rodeaba y de la que su alma quería huir por faltar la luz de su padre. La realidad se convirtió en una pesadilla de la que deseaba escapar y ansiaba que llegara la noche, o momentos de total soledad y silencio para sentir a su padre, y grabar aún más firme su huella de amor en su alma para siempre.

A su último mensaje, Umbela le contestó:

hijo de mi alma… tu padre yace ya bajo una sabina que mira al mar que le trajo a mí… en mí le siento y en ti le veo… en tu nobleza y tu lucha por las ideas en las que crees… estás lleno de él. no tienes que hacer ningún esfuerzo en retenerle… vive contigo para siempre. No sientas culpa alguna por la distancia… tu padre estaba orgulloso de tu entrega a tus pacientes en África y tu renuncia a tantas cosas por apoyar a tu compañera del alma…como él hizo conmigo. solo te pido una cosa hijo: la comunidad de la Ternura y todas las eco aldeas de Eila, quieren hacerle un homenaje, una ceremonia de gratitud a su entrega al sueño de Eila. ¿Puedes mandarme unas palabras en su honor?

Aimsa y Nour, sentían el dolor doble de la marcha física de John y de la espiritual de Jonay, quien se refugió un mes en meditación para sentir a su padre en él. Sabía que era egoísta solo pensar en ese hueco de su alma que necesitaba recomponer, pero no tenía fuerzas ni luz para más.

Envió estas palabras a su madre para que se leyeran en el homenaje a su padre:

John Harris nació en un pueblo de marineros del sur de Gales. Forjó su juventud sensible a las luchas sociales de los mineros de aquellos valles y a la naturaleza y los horizontes del mar.Apenas fue mayor de edad decidió zarpar en su velero «Hope» –esperanza- hacia el sur para conocer el mundo y sentir su magia. Le acompañaba su perro Satia, su armónica y un libro muy especial en su vida: La historia de mis experimentos con la verdad*, del mahatma Gandhi. El destino quiso que un golpe de viento hiciera que la botabara golpease su frente y quedara él inconsciente y su barco a la deriva. Fue rescatado por Tomás, pescador del barranco de El Cabrito, con quien trenzó una amistad entrañable. Le llevó a la «casa de socorro» en San Sebastián donde mi madre estaba asistiendo al médico local, Don Ezequías. Se vieron borrosos a través de un vidrio esmerilado: antes de verse y tan solo en sus figuras, vieron una luz que sabían sería mágica para el resto de sus vidas.*

Se abrió aquella puerta y John vio en mi madre la ternura y dulzura que había dormido en sus sueños. Mi madre vio en John un hombre noble y valiente. De su amor nací yo y les debo la vida y toda la magia que he ido descubriendo en ella. John fue integrándose en la isla con no poco rechazo de quienes solo entendían los valores a través de los sacramentos, las propiedades y las vestimentas. Desposó a Umbela y fueron a vivir con Tomás al Cabrito. Poco a poco y con poco más que sus manos fueron dando vida a aquel seco barranco. Con las piedras volcánicas construyeron su humilde hogar y las terrazas en las laderas, a las que fueron trayendo agua y nutrientes, cultivos y cosechas, color y vida. Yo crecí en aquella naturaleza pura. No hubo un amanecer que mi padre no ofreciera su esfuerzo a la vida ni un atardecer que no diera gracias a la naturaleza. Llegó mi adolescencia y llegó Fernando desde Cuba y África. La alianza entre ellos es eterna. Rescatamos a Kadiatu y Lisy en los mares de África. Fueron llegando a la isla personas de muchos lugares huyendo del desastre de Chernobyl y en búsqueda de la comunidad en naturaleza que fueron creando John y Umbela. Con los años la comunidad de la Ternura creció y Fernando animó la de La Valentía sobre los acantilados de Arguamul. Aquella «Valentía y Ternura» se fue contagiando por la isla y comunidades de nativos con personas venidas de muchos lugares del mundo fueron creando islas de amor a los demás y a la naturaleza, sin códigos ni cadenas. No siempre fue fácil. Recibieron a menudo rechazo y difamación de quienes solo entendían la moral con códigos impuestos. John y Umbela fueron a aprender de otras eco aldeas en el mundo. En Findhorn, Escocia, Umbela propuso el decálogo de la armonía, la casa de Chun, la primavera, la renovación. John insistió en mantener siempre el corazón y los brazos abiertos a quienes no pensaban ni vivían como ellos, y de dar en impuestos lo justo para recibir también de las bondades de las instituciones como los servicios de salud. Yo me fui a Tenerife a estudiar, a Zimbabue a trabajar como médico y ahora vivo en la otra orilla oeste de este mar que nos separa y nos une. Fue hace solo dos años que mi padre lideró el sueño de Eila, el de una isla sin que su naturaleza fuera propiedad de nadie, sin que el petróleo ni los plásticos, ni los químicos ni las excavadoras la siguieran dañando, con los brazos abiertos a cualquier persona que quisiera vivir compartiendo y no compitiendo. Casi veinte millones de personas viven ya en eco aldeas de más de cien países. Eila es una luz en el mundo. Inspira a dejar el lastre del tener lo que otros no tienen, pretender saber lo que otros no saben y querer de formas que otros dicen. La veneración por la naturaleza que John profesó siempre y fraguó en el espíritu de Eila, debe prevalecer. Murió con los árboles que amaba, quemado, como ellos, doliente y sin entender quién puede infligir tanto dolor, quién puede destruir tanta belleza. John luchó, con su cuerpo ya labrado por los vientos de la vida como las ramas de la sabina que hoy inspira, hasta el último aliento. Dio su vida por Eila. Fue el noble capitán de este bello barco y se aferró a él. Quizás naufragó de nuevo pues las tempestades eran fuertes y esta vez con lenguas de fuego. Quizás al igual que su naufragio hace medio siglo fue engendrando este bello sueño, hoy su bravo naufragio de fuego alumbre una Nueva Humanidad y Eila, que renacerá como la casa de Chun hacia una nueva primavera con el amor y la unión de todos los Eileños y almas amigas de todo el mundo, sea, aún más, el signo de esperanza que esta Humanidad enloquecida por el tener y el destruir y que tan urgentemente necesita transformarse. John fue y es mi padre. No puedo imaginar

un honor mayor, un privilegio más bello, una responsabilidad más firme que seguir su luz, mientras estemos con vida con tu ejemplo, y después, ir con confianza a su dulce encuentro.

Jonay, con lágrimas que apenas le dejaban ver el teclado, escribió unos versos y los acompañó de unos sencillos acordes (Sol-Do-Re séptima-Sol). Le pidió a Fernando que los cantara a la guitarra y le acompañara Martín con la última armónica de su padre en el homenaje.

Faltarán estrellas para ver en ellas todas las razones
Por las que los mares trajeron a John a esta bella isla

Faltarán estrellas para ver en ellas esta magia inmensa
Que trenzó el destino para que tú fueras su valiente guía

Faltarán estrellas para ver en ellas todos los recuerdos
Que sembró tu alma, que dejó tu huella por el mundo entero

Faltarán estrellas para ver en ellas los sueños que quedan
Por luchar valientes, por sentir ternura por saber que estás.

Faltarán estrellas para ver en ellas que nunca te fuiste
Somos lo que amamos… y solo así entendemos… que ya no hay final…

La ceremonia en honor de John fue radiada por todo el mundo. Patxi compartió el último relato que habían preparado juntos para el siguiente programa semanal que se seguiría llamando «reflexiones de Patxi y John», escuchado en todo el mundo. Más de veinte mil testimonios de eco aldeas de todo el mundo inundaron Eila. Cada eileño transcribió una con tinta en las piedras calizas de la plaza del «abrazo de Eila». Fernando fue propuesto por los «foros de sentires, pensares y haceres» de cada valle y elegido como el sucesor de John, «servidor de todos».

El cuerpo de John se fundió en el espíritu de una sabina del bosque de los recuerdos donde yacían tantos otros aldeanos que dieron su vida en Ternura. No había ninguna placa ni ningún signo religioso, no hubo ninguna estatua ni ningún lugar en su nombre, Umbela sabía que no lo hubiera deseado.

Nunca se supo quién provocó los incendios. Se pensó que quizás los enemigos que les echaron hacía años de la Ternura para construir hoteles y campos de golf, o quienes fueron expropiados de sus latifundios. En sus conciencias quedaría.

Tomás labró en una gran rama de sabina caída por el viento, como John por las llamas, dos palabras que resumían tan bella vida, y el sentir de tantas personas por todo el mundo decididas a derramar sin límites su valentía y su ternura por la armonía unidos en naturaleza:

Faltarán estrellas.

XXXII

EL AMIGO DE LAS PLANTAS

Monte de Santa Catalina, enero 2013

Adam llevaba ya año y medio en España, lejos de sus raíces en Bulililamangwe, descubriendo el latir de una generación que quería abrirse paso entre casposas jerarquías del poder y escapar de las trampas, cual agujeros negros, del consumo globalizado, sintiendo ciegamente al quizás mayor sufrimiento y destrucción de vida vista en el planeta en sus cuatro mil millones de años de existencia.

Fue haciendo amistad entrañable con Moyes y María, que seguían muy activos en el movimiento 15M y debatiendo la fundación de un partido político para el cambio en Europa. El ejemplo de Eila, renaciendo de sus cenizas en el recuerdo de John, guiaba muchos movimientos y comunidades. Adam iba en el tren de las seis de la mañana hasta Chamartín y conectaba allí con otro hasta la universidad en Cantoblanco. Las horas en tren se convirtieron en entrañables espacios de tertulia con otros pasajeros, de lectura o simplemente de ver los encinares, fresnedales, robledales y cañadas reales oyendo música.

Adam fue combinando sus tareas en huertas y jardines del barrio, por los que ganaba para su comida y transporte, y los estudios de biología en la universidad. En el primer año se había adentrado fascinado en entender la física. Recordaba las charlas con Aimsa sobre la magia de la física cuántica que desafiaba los conceptos rígidos de Newton. Se sumergió fascinado en la química y los bailes de electrones en torno a núcleos diversos en los que los bosones de Higgs atrapaban neutrones y protones en las dimensiones de tiempo y espacio de formas diversas e infinitas combinaciones. Le deslumbró la geología del planeta y sus capas y corteza con maravillosas formas y huellas del tiempo. Encontraba paz en las matemáticas para poder estudiar con números esas variables y distribuciones mágicas de la vida.Veía en la biología de las células fábricas de proteínas como talleres incansables de restauración de los cuerpos que iba desgastando el tiempo.Y se fue adentrando en la zoología y su estudio de todas las formas de vida animal.

Tras un verano viajando por Europa en inter-rail con Ángeles, con quien fue entablando entrañable amistad, y conociendo un mundo tan distinto de sus orígenes, empezó el segundo año en el que fue convirtiendo su saber matemático en estadística, la biología celular en microbiología, la química en bioquímica y la zoología en evolución de las especies además de su preferida, la botánica. Su fascinación por la naturaleza encontraba una dimensión mística con las plantas.

Aunque tenía un trato amable con todos, la distancia, a casi sesenta kilómetros de Robledo de la universidad y de Madrid, donde vivían la mayoría de sus compañeros de clases, su timidez, y sobre todo el sentirse extraño en las ruidosas fiestas de alcohol y música grabada, le mantenían en una cordial distancia con la mayoría de los compañeros de clase. Sentía mucha complicidad y cariño hacia Moyes y María, aunque ellos estaban muy ocupados en los movimientos ciudadanos que buscaban una necesaria revolución pacífica. De cualquier forma, Adam prefería estar en el mundo sereno de la naturaleza que, en los bullicios políticos en masas o fiestas.

Fue paseando por todos los montes alrededor de la casa en el barrio de la estación de tren de Robledo. Se fijaba en todas las plantas. Entendía las similitudes con las que conocía en Bulililamangwe. En su cuaderno de campo fue dibujando y anotando propiedades que iba descubriendo o intuyendo en los árboles de la zona. Se hizo hermano de los alcornoques, arces, alisos, avellanos, cornicabras, fresnos, álamos, quejigos, encinas, sauces, olmos y los perennes pinos piñoneros y los enebros. Pudo ver y dibujar en sus largas horas encima de las piedras de granito en los montes de alrededor como abejarucos, abubillas, carboneros, codornices, currucas, estorninos, golondrinas, gorriones, herrerillos, jilgueros, mirlos, petirrojos y urracas surcaban los cielos y los llenaban de una maravillosa algarabía. También observaba los majestuosos vuelos en el valle del río Cofio de águilas, halcones, milanos, buitres y cigüeñas. Por las noches, caminando con la linterna de Haka, descubría lechuzas y búhos. Veía a menudo ardillas, jabalíes, conejos, liebres, comadrejas, ginetas, zorros y llegó a ver varios gatos monteses y un lince. Identificó también varios tipos de lagartos, ranas, tritones y culebras, y barbos y truchas en el río Cofio. Sentía desde niño una fascinación especial por los hongos y encontró setas de cardo, champiñones, níscalos y setas de pie azul, todas comestibles. Identificó pronto la amanita muscaria, «falsa oronja», y tuvo cautela con sus efectos tóxicos.

Empezó en la primavera de 2013 a conocer a un grupo de estudiantes en los que sintió una especie de «música espiritual» como si sus almas bailaran y se tambalearan. Adam veneraba a los intelectuales y científicos, a las mentes analíticas, pero fue viendo en aquellos jóvenes y en sus inspiraciones, que existía una fuente de magia mayor, conectada con fuerza vital, empatía y creación. Eran el mundo del arte, la música y el cine.

Con el tiempo fue viendo un hilo común entre tantos grandes artistas. Todos hablaban a su manera de un mundo muy cercano, y a la vez muy lejano.

Un mundo reservado a los corazones con intenciones puras. Un mundo desde el cual, por lo que veía, surgían tsunamis de belleza, novedad, inspiración. Un mundo que siempre pensó estaría reservado como un don o privilegio para muy poca gente del que solo oiría pasiva y lejanamente canciones, poesía y películas.

Pareciera que fuera disolviendo los filtros analíticos científicos que tenía entre su percepción y el mundo. Creció oyendo tocar el violín a Jonay y luego a Buhleve y a Nothando, pero él nunca se atrevió. Empezó por primera vez a confiar en su capacidad de escribir poesía y rodearla de la música de una quena que le regaló un amigo artista. Pasó las navidades con los padres de Thanda, que le regalaron un *skateboard* y empezó a transportarse con su propio impulso por las calles del pueblo y por los paseos de la universidad. Comenzó a grabar y editar vídeos con su teléfono, a dibujar, a estudiar la historia por su conciencia e intuición, la que no le enseñaban en la universidad. Gustaba oír en internet las reflexiones de Alan Wells y la exploración del cosmos de Carl Sagan.

Adam, en un mundo de gran soledad e introspección, pero profunda y serena armonía, fue descubriendo, a través de bajas y aisladas dosis de una planta medicinal que encontró en el monte de Santa Catalina, la rebula, que escapaba a la trampa del cientifismo. Moyes consiguió un telescopio antiguo y Adam observaba fascinado, desde el techo del depósito de agua, las estrellas y las formas infinitas de universo como puntos de misterio y energía, y así dejó de encadenarlas a definiciones y fórmulas. Se dio cuenta como la visión científica del mundo le iba llevando poco a poco a un concepto nihilista y mecanicista del universo. De alguna forma ese concepto rígido e impuesto se aliaba a la justificación moral de vivir la vida acumulando bienes materiales y percibiendo a la naturaleza como un recurso para su dominio y disfrute, no como un ser vivo, para vivir en armonía.

Un día Adam encontró, creciendo sobre los excrementos de caballos silvestres, a una especie de hongo que, en los libros de micología de la biblioteca, había visto llamaban «psylocibe hispana». Era parecida a la que Adam había probado en Bulililamangwe y con la que acompañaron abrazados la marcha de Haka.

Se apuntó a un curso de micología un fin de semana y leyó varios libros entusiasmado de descubrir más sobre la magia de aquellos diminutos seres vivos. Empezó un cuaderno con dibujos solo dedicado a los hongos y sus conexiones con la naturaleza.

Un día Moyes le preguntó:

- Adam, háblame de los hongos, te veo fascinado por ellos.

- Por pinturas prehistóricas se sabe que el hombre conoce los efectos que llaman neurotrópicos, que yo prefiero llamar «reveladores», desde el Paleolítico. Los más utilizados a lo largo de la historia han sido la Amanita muscaria y la familia de los Psilocybe, más abundantes e inofensivos. En la Grecia antigua se hacía una bebida con el cornezuelo, un hongo que crece en el centeno. En la

Edad media se sabe de epidemias por harinas contaminadas por dichos hongos, que provocaban contracciones y alucinaciones.

– ¿Y también se ha utilizado en África, Adam?

– También se han utilizado los de la familia Psilocibe, que a su vez fue llevado por los esclavos a Cuba y a Norteamérica.

– ¿Y aún se mantienen usos tradicionales?

– No tanto. Antes se usaban en ceremonias para combatir enfermedades o con fines religiosos. Desde los años 60 se han popularizando, se cultivan fácilmente en casa, hay un mercado lucrativo en Estados Unidos, Europa y Japón, y se consumen con fines recreativos.

– ¿Y a qué se deben sus efectos alucinatorios o reveladores, Adam?

– Dice la ciencia que el compuesto activo, la psilocibina, actúa en la corteza prefrontal, aumentando el efecto de neurotransmisores como la serotonina y donde desarrollamos el pensamiento abstracto, análisis consciente, percepción y humor. Pero yo creo que hay una conexión de energía, mágica, imposible de entender por nuestra mente binaria.

– Y dime, Adam, ¿los has probado? A mí me da miedo a perder mi equilibrio mental…

– Dos veces, cuando se fue a otra dimensión mi tío Haka, y la semana pasada, yo solo en el monte de Santa Catalina.

– ¿Qué sentiste?

– Te diré con mi corazón lo que sentí. Con toda sinceridad, Moyes. Mucha gente pensaría que estoy loco, pero te lo digo con la confianza que apreciarás la sinceridad y profundidad de mi vivencia.

– Claro, Adam. Mi aprecio por ti es enorme.

– Pues a la media hora comencé a ver, con lágrimas en los ojos, la inmensidad del mundo que, pensaba, estuve a punto de no conocer. Durante unas cinco horas, sentí que aprendí más de mí mismo, de la vida, de la existencia, de mi conciencia, de mi cuerpo, de mi alma, que en veinte años de viajes, estudios, profesores, libros, conceptos y clasificaciones impuestas en mí pensar.

Adam miró a Moyes en los ojos, para comprobar si lo que decía estaba llegando a su corazón y debía o no proseguir. Notó que Moyes estaba conmovido.

– Sigue, por favor, Adam.

– Sentí que los hongos eran claridad pura. Me preguntaba: ¿cómo pude haber vivido tan ciego? Aunque me dije que tenía sentido pues era cerrando los ojos y preguntando con sentimientos y telepatía al «ser mágico que latía en los hongos», para los científicos una molécula con efectos químicos en nuestro cerebro, que pude intuir la historia entera del universo, pasado, presente y futuro.

– ¿Cómo se revelaba el universo en ti, Adam?

– Pues, Moyes, vi como encajaba todo, entre el dolor, el amor, la alegría, el misterio, los conflictos, la paz. Todo. Todo era como debía ser. No había nada que temer. No se trataba de un delirio. Frente a la «verdad» no había que arrodillarse ni bajar la mirada. La podía mirar a los ojos sin filtros. No había trucos. Ni segundas intenciones. Era la esencia de la pureza. Lo podía ver todo.

– ¿Era entonces como expandir tu conciencia?

– Algo así. Es difícil de describir. Mi único límite de a donde llegaba mi visión era mi capacidad de expandir mi imaginación. El hongo me enseñaba, me hablaba. Tenía una forma, un color, un olor, una energía muy familiar. Casi sentía como si yo hubiera existido en un momento cuando aquella forma de existir y de sabiduría era mi hogar y reconocía profundamente que seguía siendo mi hogar y allí volvería. Aquella criatura cósmica me hablaba sin hablar y, en una ola de amor, entendía por qué se hacían desde la prehistoria todos los bailes alrededor del fuego, de dónde viene todo el arte en el mundo, de dónde vienen todas las religiones, a donde va tanta búsqueda existencial.

– ¿Y por qué es despreciada y perseguida incluso, considerada peligrosa y tóxica?

– Pues a la vez entendí el increíble, complejo y a la vez simple, sistema intelectual racional de distracción, el truco del mago de dirigir su atención en hipnosis y llevarnos más y más lejos de aquella magia a la que todos tenemos acceso. Entendí entonces porque la sociedad nos enseña a tener miedo de esta sustancia. Así también el dueño del esclavo teme la herramienta que rompa las cadenas de las almas prisioneras.

– ¿Y cómo piensas que esta vivencia puede influir en tu vida, Adam?

– Te aseguro, Moyes, que al día siguiente era como si hubiera muerto y renacido, dentro de una misma vida. Fue una sensación de inmortalidad pues podía ver quién era, detrás de las cortinas de este «teatro de la vida».

– ¿Cómo describirías o resumirías, Adam, la experiencia de conectar con los hongos?

– Moyes, es como si la vida fuera una obra de teatro, y al tomar los hongos vas detrás de las cortinas, te quitas la máscara y ves la obra desde los vestuarios, las preparaciones para salir al escenario, conoces al director de la obra, ves los cables de los operadores, el público, ves la existencia sin filtros, la entiendes desde una perspectiva de tramoyista, no de actor.

En ese momento y, con Moyes por testigo, Adam, con lágrimas de agradecimiento, prometió que aquella experiencia, esa forma de ver más allá, formaría parte del resto de su vida.

Sentía que el hongo no pedía nada a cambio de la experiencia. Era por puro amor. Su primer deseo fue querer compartir aquella magia presente en el mundo con la gente que más quería: su familia.

Así Adam sintió que «el dragón» en él había despertado, los límites de la imaginación se habían desvanecido, su sistema de creencias volvía a estar en sus manos y el fuego en su alma estaba ardiendo como nunca. Pensaba que fue así que los poderes mágicos de su madre volvían a él viendo que la magia era real. Sabía que su aliada era la naturaleza. Que su destino yacía más allá de aquella vida en aquel cuerpo. Ya su miedo diluido, su visión con más claridad que nunca, veía más profundos los colores del mundo, de la gente, las intenciones cósmicas de las entidades de civilizaciones y sociedades más claras que nunca. Aumentó su ya gran amor por sus seres queridos. Y fue brillando su pasión por crear arte y aprender a fluir en comunicación mediante luz y sonido. Adam imantaba así la brújula de su destino.

XXXIII

¿LA IGLESIA VUELVE AL AMOR?

Roma, febrero 2013

Patxi llevaba ya treinta y seis años en la misión de Ukuzwana, la mitad de su vida. Casi ni se acordaba de cómo era él en su tiempo anterior. Se había integrado en la cultura ndebele, en su manera de hablar y a veces increpar a los espíritus. Había desarrollado un sincretismo entre su Dios cristiano y el Mkulumkulu ndebele. Se enfrentó a las jerarquías que con violencia física o psicológica ahogaban el amor desde la lucha armada de ETA, a la quinta brigada de Mugabe, a la violencia de la resistencia ndebele y, sobre todo, a la Iglesia católica y su genocidio pasivo ante el SIDA. Tomó como una liberación su excomulgación por el obispo y el cardenal Ratzinger. Había resistido a todas ellas por el amor que sentía de Jesús, de la vida y de inspiraciones de luz poderosa en su vida que, como su tío Patxi, su hermano Haka y su cómplice en el pensar John ya no estaban en esa dimensión. Sentía la mágica complicidad con Jonay, Thanda, Buhleve y ahora Thandiwe y sus familias que tanto amor habían dado como médicos en la misión. Veía emocionado como sus hijos buscaron sus caminos de luz, Joseph, Nothando, Adam y Unai. Y, sobre todo ello, la luz que le acompañaba sin fisuras ni ausencia alguna en cada paso: NoLwasi.

Se había independizado de la jerarquía de la Iglesia y sus actitudes restrictivas ante el amor, incluso el suyo propio con NoLwasi. Como familia y comunidad unida habían luchado contra el SIDA, y el inmenso sufrimiento que la ceguera y miedo causaban. Se había aliado con la congregación laica y valiente de San Egidio en el Trastébere de Roma. Sentía una gran libertad de sembrar de amor todo lo que ocurría en la misión. No era siempre fácil ante tanto sufrimiento por las sequías del cambio climático, el SIDA de los tabúes y los intereses farmacéuticos, las redes del tráfico de niños y los venenos de Monsanto, entre otros desafíos.

Thandiwe convivía con Marco en la pequeña ermita de tantas historias de amor y entrega, y estaba embarazada. Unai ya tenía quince años y seguía con su

pasión por las cumbres y los vuelos. Conocía todas las aves y hablaba con ellas, sobre todo cuando escalaba cada cumbre. Joseph, desde su vuelta de Eila, había impulsado en la red de eco aldeas de Zimbabue y de otros países en África, la fabricación de impresoras 3D por las que convertían el plástico de décadas de consumo ciego, en artilugios de energía, cuidados de los campos, construcciones, transportes y comunicaciones limpias. Nothando tocaba el violín con profunda sensibilidad y sus conciertos eran radiados junto al programa de «reflexiones de Patxi y John», que así seguía llamándose a pesar de la ausencia física de John. Acababa el año 2012 y recibió una carta de la comunidad de San Egidio en Roma:

Hermano Patxi:

Seguimos con emoción tus reflexiones semanales desde Ukuzwana. Seguimos con mucho aprecio tu apuesta valiente por el amor dentro de la iglesia frente al celibato impuesto por quienes no entienden el amor, por la prevención sin prejuicios que matan y el acceso a tratamientos del SIDA frente al capitalismo y su avaricia, y frente a los venenos de la agroindustria. Nos inspira mucho la visión de la red de eco aldeas y de Eila. Todo ello nos anima y nos da mucha fuerza a nuestros proyectos en el Trastébere con migrantes, cada vez más numerosos huyendo de guerras, hambre y sequías por el calentamiento global; nuestra lucha contra la pena de muerte, procesos de paz ahora tan necesarios en el Medio Oriente y en nuestras misiones por el mundo.

Sabemos de tu dolor por la exclusión que desde que le conociste como cardenal Ratzinger, el ahora Papa Benedicto ha impuesto a tu misión, y también a nuestra congregación. Cualquier adaptación de la Iglesia a los nuevos tiempos del saber, y a enfrentarse al capitalismo voraz y a las jerarquías ciegas, ha sido rechazada desde que sustituyó a un no menos estricto, pero más sensible Juan Pablo II a su muerte hace ocho años.

Su ostracismo ha llegado a un límite insostenible. Un sacerdote de Suiza con el que hemos estado en contacto, Hans Kung, y quien cuestiona desde hace muchos años el concepto de «infalibilidad del Papa» nos ha escrito conociendo nuestra alianza contigo y con Kevin Dowling en Sudáfrica, Raúl Vera en México y Pere Casáldiga en Brasil, para que le apoyemos con argumentos que animen al Papa a reconocer con humildad los errores en torno al SIDA en África y la teología de la liberación en Latinoamérica, y así reconsidere su oposición de acabar con el concepto de infalibilidad. Y si no fuera así, pedir su renuncia.

Además, Paolo, un mayordomo del Papa, ha revelado mucha información, que llaman «Vatileaks», sobre escándalos de pederastia que ya eran conocidos por su puesto anterior al frente de la Congregación para la Doctrina de la Fe. Han pasado ya dos años y además de la presión de dentro y fuera de la Iglesia, la salud del Papa ha ido debilitándose.

Hemos preparado nuestra reunión anual a finales de enero y queremos invitarte para compartir tu experiencia de Ukuzwana y el vínculo con la visión de Eila de la que hablas en tu programa cada domingo.

Creemos que se acercan nuevos tiempos para la Iglesia y tu presencia pensamos que no solo nos inspirará como comunidad sino también quizás a los vientos de cambio en el Vaticano,

Dios siempre te bendiga

Andrea

NB: No te preocupes por el precio del pasaje, un colaborador nuestro es directivo de Alitalia y nos ha facilitado un billete gratuito. Una vez en Roma tienes nuestra humilde casa para hospedarte.

Se quedó pensativo frente a la pantalla donde leyó ese mensaje por email. Sintió tristeza por la perversión sexual, oculta y cobarde, abusiva y retorcida, que brotaba en la Iglesia, por no dejar que el amor natural fuera aceptado y bendecido Sintió tristeza también por la absurda jerarquía en torno al poder y lujo del Papa, opuesta a las comunidades catecumenales fundadoras de la Iglesia que seguían al humilde y revolucionario Jesús. Con el tiempo el Vaticano se había ido alejando tanto de lo que Patxi entendía del mensaje de Jesús en el Nuevo Testamento, que era insostenible, como decía Damián. En todo ello el «principio de infalibilidad» le dolía a Patxi como la antípoda de la mayor de las virtudes, la humildad.

Le contó el contenido del mensaje a NoLwasi y le dijo que lo reflexionaría unos días. Una semana después lo habló con ella:

- Cariño, me han insistido en que vaya a Roma. Pero me siento mayor y el dinero de ese viaje le haría mucho bien a mucha gente.

- Patxi, llevas treinta y seis años dedicado a la misión y a mi pueblo kalanga y ndebele. Apenas has salido en ese tiempo cuatro o cinco veces unos días fuera de Ukuzwana y la vez que fuiste a luchar en Roma hace ya veinte años. Sé que puedes, como hizo Haka con ETA, influir en que las cosas cambien y triunfe el amor sobre el miedo, la comunidad sobre la jerarquía, y la naturaleza sobre el mercado enloquecido.

- Pero no quiero dejaros solos, NoLwasi. Me hace sentir egoísta.

- Bueno, eso está solucionado. Cuando supe de la invitación hablé con Adam. Él ha ido ahorrando dinero de cuidar jardines y quiere colaborar con mi viaje y el de Unai pues dice que nos echa mucho de menos a todos. Podríamos ir nosotros a Madrid y esperarte a tu vuelta de tus luchas en Roma para pasar unos días con nuestros ya-no-tan-pequeños en la casa de Thanda en Robledo y también ir a tu caserío natal donde viven Beatriz y Meimuna. Me han dicho que quieren hacer coincidir todo para la celebración de la boda de Moyes y María allí, y Beatriz también quiere colaborar con nuestros viajes pues quiere tu bendición en esa unión.

- ¿Todo eso habéis tramado en una semana?

- Con buen corazón y el deseo de tu felicidad, Patxi. A mí también me intriga ver ese mundo, conocer tus raíces, donde vive ahora nuestro Adam y que Unai también lo vea. Será un viaje bonito y, tras toda una vida, unas pocas emisiones no alteran nuestro compromiso ético con nuestras gentes y la naturaleza. Podremos además dar charlas en varios lugares, visitar eco aldeas en Europa y conseguir alianzas y apoyos para nuestra misión. Thandiwe y Marco se quedan a cargo, y Joseph y Nothando van a venir para apoyarles en todo en nuestra ausencia.

Unai estaba entusiasmado de subir a un gran avión y ver el mundo que había soñado desde los cielos, mucho más arriba que lo que podía subir *inyoni-enkulu,* y, sobre todo, reunirse con su querido hermano Adam.

Para NoLwasi y Unai todo el viaje fue como una aventura inimaginable. El avión, el vuelo tan alto, la llegada a la gran ciudad, el metro y el tren. No salían de su asombro, aunque sentían temor de no saber quién en verdad controlaba todos esos artilugios a los que las almas humanas entregaban, sumisas, su confianza.

Llegaron para celebrar el cumpleaños de Adam a finales de enero en Robledo. Allí estaban Adam, Moyes y María. Era tanta la emoción cuando llegaron en el tren y se abrazaron en la estación del pueblo, que nadie pudo decir una palabra. Adam y Unai no se separaban ni un momento. Al día siguiente se unieron Thanda desde Bruselas y Beatriz y Meimuna desde Navarra. Celebraron alrededor de un fuego en el campo con las manos unidas, dando gracias a la vida, en especial por la de Adam, en recuerdo de Anwele, Haka, John y tantos otros que habían dejado su luz en sus almas. Ya estaban en otra dimensión. Meditaron en recuerdo del resto de la familia que quedó en Ukuzwana y que desde Eila, White Lake y Cuba les enviaban su cariño.

Patxi, con su inseparable txapela de Haka, siguió vuelo hacia Roma mientras NoLwasi y Unai se quedaron con Adam a conocer su mundo, sus montes, la naturaleza que había ido descubriendo y el mundo interior que se le iba revelando y quería compartir.

Cuando Patxi llegó a Roma le fue a recibir Andrea Cardiri, fundador de la comunidad de San Egidio.

- Gracias por venir, Patxi, te esperamos con mucha ilusión.

- Gracias a ti, Andrea, habéis sido muy generosos. Espero que pueda ser útil mi visita y compense tanto gasto.

-Seguro que sí, Patxi. Además, tras casi cuarenta años creo que te mereces unas vacaciones. Nos vimos la última vez hace veinte años y las discusiones con Ratzinger entonces, se enfrentaban a un muro que parece que ahora puede empezar a quebrarse, con el amor.

Fueron a la basílica de Santa María donde cenaron con migrantes y gente sin techo y necesitada, y luego tuvieron una tertulia con un grupo de la comu-

nidad, que ya contaba con cincuenta mil laicos en sesenta países, todos ellos muy ligados a la red de eco aldeas espirituales. Se interesaron mucho por su misión sin jerarquías, su lucha contra las farmacéuticas, los tráficos de seres humanos y Monsanto, y por la idea inspirada desde Eila.

Durante la siguiente semana habló en más detalles de los casi cuarenta años de Ukuzwana, y de la red de eco aldeas espirituales para lo cual conectaron con Umbela en Eila y con Aimsa en White Lake. Patxi dio conferencias en más de veinte sedes de congregaciones religiosas que representaban a más de medio millón de religiosos en todo el mundo, además de hablar en la radio y televisión italianas y hablar con periodistas de muchos medios.

Unos días después el Papa anunció su renuncia en latín durante una reunión del colegio cardenalicio mientras discutían fechas de canonización de beatas y mártires. Desde hacía seiscientos años ningún Papa había renunciado a su «trono». Todos habían muerto siendo Papas. Venerados e «infalibles». Su mensaje breve de dimisión hacía referencia a su avanzada edad, pero Andrea y muchos pensaban que se debía a escándalos que se taparían bien durante su retiro de oro en Castel Gandolfo. Pedía perdón por sus errores y aludía que Dios le pedía dedicarse a la oración y la meditación. Su dimisión se hizo efectiva a finales de febrero y así comenzó el proceso oligárquico milenario para elegir al siguiente Papa de la religión más seguida en el mundo, por cerca de mil cuatrocientos millones de personas.

Patxi supo que uno de los candidatos era Jorge María, el jesuita de Buenos Aires con quien Raúl Vera, Kevin Dowling y él había estado conversando sobre la Humanidad y su esencial vuelta a la armonía con la naturaleza y debatiendo juntos las enseñanzas de San Francisco de Asís. Dos semanas después fue elegido como Papa. Manifestó su voluntad de ser conocido como 'Francisco' en honor al santo de Asís. Su elección fue toda una revolución para una Iglesia que llevaba eligiendo Papas europeos desde hacía mil trescientos años. Era también el primer Papa jesuita, tantos siglos desafiando con ideas sociales a la jerarquía del poder, sobre todo en los últimos cincuenta años en Latinoamérica. En coherencia con su mensaje de humildad y con el sencillo piso donde vivía cuando obispo de Buenos Aires, decidió residir en un humilde cuarto de la Casa de Santa Marta, donde él mismo cocinaba y desde donde tomaba el transporte público, y no en el palacio del Vaticano, con su séquito, guardia suiza y todo tipo de lujos. Eran conocidas sus pasiones por el tango y el fútbol, y por la lectura de Dostoievski y de Borges. Declaró que quería «una Iglesia pobre y para los pobres y que por ello se inspiraba en Francisco de Asís». Intentaría emularle como hombre de la pobreza, hombre de la paz, el hombre que ama y que custodia la creación. Sin protocolo ni solemnidad Patxi fue recibido por el Papa en la Casa de Santa Marta:

- Hola, Patxi, por fin te conozco.

- Si me permites, te llamaré Francisco, sin título. No creo en jerarquías.

– No sabes qué paz me da eso. Creo que pasaré mi tiempo de Papa rodeado de protocolos que me ahogan.

– Me alegro. Ojalá puedas reformar la Iglesia y despojarla de su arrogancia, Francisco. Que se abra a quienes amamos en pareja, como yo, que se abra a quienes difieren de la identidad heterosexual, que entienda la necesidad de relaciones sexuales seguras para prevenir el inmenso sufrimiento del SIDA, que desafíe a las fronteras, al capitalismo y las desigualdades, y, sobre todo, que, como nos inspiró San Francisco, pueda erigirse en defensora de la Creación, no con la naturaleza a su servicio sino al revés.

– Por eso te he llamado, Patxi. Con Kevin, Raúl, Casaldiga y otros quiero que me ayudéis a redactar una encíclica que se inspire en San Francisco y cambie ese concepto de antropocentrismo que nos está llevando a la autodestrucción y a la destrucción de la Creación de Dios.

– De acuerdo, Francisco, pensaremos algo que te pueda ser útil. Fuerza y luz en tu misión. Hay mucho que cambiar, mucho que soñar y mucho por lo que luchar con esperanza.

– Que Dios te bendiga, Patxi.

Patxi volvió a Madrid para reunirse con su familia. Al llegar a Robledo le recibieron en la estación con el cariño y al día siguiente siguieron viaje en tren hasta Pamplona.

Patxi volvía, cincuenta años después, al caserío familiar. Al llegar recordó la escena en el porche en la que su tío Patxi rezó frente a toda la familia y recibió el abrazo del abuelo Agustín. Les explicó a NoLwasi, Adam y Unai sus recuerdos de la infancia según les enseñaba el pajar, las cuadras, la cubeta de piedra con los sapaburus, las huertas empinadas, el camino a la fuente y la gran encina donde les pidió que se sentaran y en círculo y cogidos de la mano dieran gracias por tanto vivido. Adam miraba con fascinación los hayedos y Unai buscó una ruta para subir con Adam, esa misma noche, con la luna llena al pico de Irumugarrieta.

Beatriz y Meimuna habían empezado a hacer algunas reformas sobre todo quitando los tabiques que los hijos de Agustín, el difunto hermano mayor, habían construido disputándose la herencia antes de mudarse finalmente a Bilbao. Diseñaron una gran sala de piedra en planta baja con la cocina de leña y los establos detrás, y tres grandes habitaciones arriba para ellas, para Moyes y para la familia y amigos. Ya habían ido convocando a asambleas de caseríos para plantear la idea de la eco aldea y parecía avanzar salvo por el arraigo a la propiedad de la tierra y su relación con la tradición de herencia vasca. Se unía en el arraigo de la herencia dos sentidos de «propiedad» del ser humano, lo material y lo familiar, que perpetuaba condiciones de egoísmo y desigualdad.

Al día siguiente Moyes y María celebraron su unión. Vino la familia de María desde Llanes y amigos comunes de ellos de Londres, de Bruselas, de la universidad en Madrid y de la plataforma contra desahucios y el movimiento 15M.

Recibieron mensajes de cariño de Jonay, Aimsa y Nour, de Thanda y su familia, de Thandiwe, Joseph y Nothando desde Ukuzwana, de Umbela y las comunidades en Eila, y de Buhleve con Elías en Cuba.

Moyes y María le pidieron a Patxi que dijera unas palabras.

Estaban sentados a la mesa del porche del caserío, como tantas veces durante la infancia de Patxi y de Beatriz. Patxi miró, como siempre hacía, al horizonte de los montes de la sierra de Aralar, y habló así:

Nadie sabe a dónde va nuestro lento caminar. Solo sabemos que vivimos en todo lo que amamos. De esta casa salí hace cincuenta años y busqué como amar donde pensé que hacía más falta. Me di cuenta que el amor debe fluir sin jerarquías ni códigos, que cuanto más frágil es la vida más puro fluye ese amor, y que no debe centrarse ni en una persona, ni en un grupo, ni en toda la Humanidad, sino en todas las formas de vida en nuestra madre Tierra. Y ese amor debe empezar por nosotros, hacia nuestra alma, a menudo aguardando a que dejemos nuestros afanes materiales y escuchemos en ella su unión mágica a todo el universo. Así, sabiéndonos parte de toda la energía, amaremos sin límites.

Moyes, tu vida es el fruto de la apuesta valiente de tu madre por ti, la apuesta de ella y Beatriz de amar sin miedo ni prejuicios. De ellas has bebido el coraje. María, sé de tu vida de cariño y respeto al trabajo duro de tus padres, y a la cooperación con los más necesitados. Qué bello que lo que os unió fue la lucha contra la avaricia de los bancos y la defensa del honesto trabajo de vuestros padres y su derecho a un hogar. Y que sigáis luchando por causas nobles. En vuestras manos unidas y en vuestras miradas imantadas late algo bello que debéis guardar como un tesoro: la complicidad espiritual y también física y de ideas, para ser «mucho más que dos», diluir las tristezas y ensalzar las alegrías, mitigar la angustia existencial que nos hunde cuando cerramos la frontera de nuestra piel, y juntos irradiar el amor siempre a la familia, la comunidad y el mundo.

Pues el amor no es de nadie, ni de ningún lugar ni tiempo, ni se ata ni se encadena. No sintáis el amor como algo conquistado y bien atado con una boda: es una energía que nace cada día de vuestros corazones y viene del otro a quien debe fluir, y del universo, a donde se vuelve a disipar. Es cada día que se renueva, que nos inunda y fluye, que os hace brillar.

Os deseo, Moyes, María, con vuestra familia y amigos aquí por testigos, la ternura para sentir el amor del universo, de todas las formas de vida y uno del otro como compañeros del alma, y la valentía para nunca, nunca, dejar de expresar ese amor en todas sus formas, sin hacer nunca caso a nadie quien le quiera poner límite.

Al volver en el tren a Robledo, Unai les pidió a sus padres quedarse a vivir con Adam. Tenía quince años y estaba decidido a aliarse con los montes y los cielos, escalando y volando como los pájaros. Conocer otros mundos era abrir su mente y su corazón.

NoLwasi y Patxi sintieron un dolor punzante en sus corazones ante el vértigo del nido vacío. El más pequeño, Unai, volaba. Literalmente era lo que deseaba esa gran alma. No lo podían retener de su fascinación por recorrer mundos, valles, montañas y mares. Ni de la profunda alianza con su hermano. Necesitaban volar. Y Patxi debía volver con su fiel compañera del alma a Ukuzwana, donde le esperaba parte de la familia y la comunidad a la que seguir entregándose, ya en el atardecer de sus vidas.

XXXIV

LA MAGIA QUE CRUZA LOS CAMINOS

Ciudad de México, mayo 2013

Thanda había vuelto en la primavera de 2012 desde Berkeley a Bruselas. Dejó en Berkeley parte de su corazón por la unión profunda que fue entramándose entre su alma y la de Nayra. Volvía además a un hogar vacío, con sus hijas ya independizándose, y a una institución, la comisión europea, que le recibió con total indiferencia.

Mientras tanto, Nayra había decidido dejar la convivencia sin-ser-pareja con el padre de sus hijos y se había mudado a una casa de madera en las montañas de Berkeley que eligió con Thanda antes de que él volviera a Bruselas.

Se comunicaban cada día por los sistemas que empezaban a funcionar, erráticamente, con los teléfonos móviles, como Viper, y por Skype. Las nueve horas de diferencia suponían que el despertar de Thanda coincidía con el acostarse de Nayra. Thanda, quien gustaba de arpegiar con la guitarra, le cantaba a menudo «La canción de Kathy» mientras Nayra se iba quedando dormida: «*My thoughts are many miles away, they lay with you when you're asleep and kiss you when you start your day*» (mis pensamientos están muy lejos, se acuestan contigo cuando duermes y te besan cuando comienzas el día).

Su oasis de pensamiento libre en Berkeley acabó en un desierto burocrático insoportable para el alma libre de Thanda, que clamaba por desafiar la complicidad de la supuesta cooperación, más bien connivencia, con un sistema global injusto, hipócrita y destructivo.

Su equipo de salud había sido dinamitado y la tan luchada política europea de salud global permanecía inerte en el archivo como tantas otras políticas y palabras del poder sin compromiso ni acción. La cooperación europea en salud seguía siendo migajas y en su mayor parte bajo el sistema vertical, arbitrario y ligado a intereses y alianzas con el filantro-capitalismo de los fondos globales. Tras completar su sabático académico presentó su informe y libro del análisis comparativo ante el derecho de la salud, su análisis de la inequidad global y las

propuestas para dar un salto cualitativo a un sistema global que verdaderamente defendiera el derecho universal a la salud, y el único acuerdo internacional al respecto «la mejor salud posible para todos». Como estaba estipulado, envió tal informe y una síntesis de una página, a la secretaría general de la Comisión Europea y a diez direcciones generales relacionadas con su estudio. Nunca recibió ni un solo comentario al respecto.

Por la reorganización que «reubicó» por «necesidades del servicio» a más de quinientos funcionarios sin atención alguna a su formación, experiencia y pasión, Thanda había sido destinado a un puesto para gestionar programas de «gobernanza democrática» en países del norte de África. Si bien era un reto muy humano, no conocía la región, ni la cultura árabe, no dominaba bien el francés y se alejaría de su experiencia y pasión por la salud. Una colega de origen franco-egipcio a la que habían destinado, sin hablar español ni saber nada de la región, a la cooperación con Latinoamérica, le ofreció solicitar a la jerarquía un cambio de puestos. Así lo hicieron y fue aceptado por una economista lituana, Jolita, que fue nombrada por entonces directora de la cooperación para Latinoamérica y el Caribe.

Thanda, quien había ido empezando a conocer Latinoamérica desde sus estudios en Berkeley, sintió interés en descubrir su cultura y retos sociales en la raíz de la injusticia en salud. Era la región de donde venía su compañera del alma Nayra, con quien, aún en la distancia, fue creciendo el amor cada día, a pesar de no saber cuándo podrían volverse a ver. Sentía que había un hilo argumental en su vida transitando desde su trabajo en África y la equidad en salud global, hacia Latinoamérica y la inequidad económica, en la región de las más grandes desigualdades e injusticias del mundo.

Llegó a la unidad de cooperación regional con Latinoamérica y se presentó a su jefe, un economista griego amargado que pensaba más en su jubilación en una isla del mediterráneo que en las injusticias en Latinoamérica. Thanda no percibía el más mínimo atisbo de sensibilidad por el dolor y la injusticia y la oportunidad de hacer algo digno en cooperación. Al entrar en su oficina están fueron sus palabras: «No le puedo dar la bienvenida. Yo no pedí que usted viniera aquí». Le asignaron un oscuro despacho sin apenas funciones de responsabilidad salvo colaborar con Vittorio, un filósofo italiano dedicado con pasión a la justicia social, aunque muy frustrado por la burocracia y las prebendas políticas, ya más pendiente de su inminente jubilación y de tocar el piano.

Thanda volvió a Berkeley para participar en un coloquio sobre su libro «*Global Health Is Global Justice*». Participó Larry Gostin, de la universidad de Georgetown y autor del libro *Derecho y Salud Global*. Y también acudió su buen amigo David, quien ya dimitido como ministro de salud en Ecuador daba clases en Massachussets. Para seguir siendo discretos, Nayra acudió a la conferencia en segundo plano y apenas se saludaron en la distancia. Tenían un código entre los dos: cuando Thanda pensara en Nayra o quisiera dedicarle un pensamiento du-

rante sus conferencias públicas, se tocaba discretamente la nariz. Lo hizo varias veces y Nayra le devolvía un guiño y una sonrisa. Tras dar la conferencia, Thanda se quedó en casa de su buen amigo mexicano, Rene. Pasada la medianoche no pudo resistirse y caminó las pendientes hasta la casa en Chasta Road. Llamó discretamente a la puerta de aquella linda cabaña de madera colgada sobre los empinados montes, a poca distancia de la casa de Regal Road donde sellaron su amor por primera vez.

Nayra le abrió sorprendida y preocupada por la «indiscreción». Pero con una gran ilusión se fundieron en un abrazo que duró varias horas y pareció una anhelada eternidad. Antes de que despertaran sus hijos y de que saliera el sol, Thanda volvió a la universidad y a las conferencias y reuniones para seguir avanzando en la propuesta de equidad global en salud, su gran pasión.

En los siguientes tres interminables meses de la primavera en Bruselas, Thanda fue sintiendo la valentía de apostar por el amor con Nayra, pues nunca había sentido una complicidad tan profunda. Le animó a que compartieran un verano por Europa y así conociera a su familia y sus raíces. Nayra llegaría en un vuelo de San Francisco a Londres. Thanda, quien gustaba de plantearse «esfuerzos estoicos por causas nobles» fue en autobuses llenos de migrantes hacia Francia y luego hasta la costa sur inglesa en ferry para seguir en más autobuses locales y llegar, tras un día y una noche de viaje, al aeropuerto de Heathrow. Llegó unas tres horas antes y dio vueltas y vueltas intranquilo esperando la llegada de la mujer de sus sueños. Se sentía inquieto e inconfesablemente inseguro pues le intimidaba la belleza de Nayra, adulada, le constaba, por docenas de admiradores en Berkeley. ¿Cómo un hombre común, ni muy atlético, ni apuesto, ni elegante, torpe al bailar y en el fondo tímido al hablar, podría ya en su otoño canoso atraer tan bella dama? Pero sus expresiones mutuas de amor y de ilusión, aun con tal incierto futuro, crecían día a día.

Llegó Nayra radiante y Thanda disimuló su temblor de piernas. Nayra había dejado a sus hijos con la abuela paterna de ellos en la Ciudad de México y estaba muy pendiente de saber de ellos a todas horas. Thanda comenzó a sentir algo que tardó en disiparse muchos años: temía ser a veces más un acompañante de una madre dedicada con la absoluta prioridad a sus hijos, que un compañero para juntos unir sus vidas y darles un hogar a sus hijos. Pero se decía a sí mismo: «matemáticamente, más vale una fracción de un amor infinito que un amor finito entero». Pasearon por Londres, que Thanda conocía de sus visitas a Moyes. Visitaron la estatua de Gandhi en Tavistock, la casa de los amigos cuáqueros, los *buskers* en Covent Garden y Speakers' Corner. Viajaron a Bruselas, donde le enseñó su mundo, la casa que ahora habitaba, frente al bosque de Soignes, su ruta en bici de kilómetros bajo los castaños hasta el trabajo, el quehacer en la comisión, los paseos por la Grand Place, las canciones de Jacques Brel, el mercado del Jeu de Balle y los paseos hasta el Chateau de La Hulpe. Fueron a un concierto de Paul

Simon, de quien cientos de veces le había cantado «Kathy» en la distancia. Se les quedó grabada la frase de *«Why don't we get together and call ourselves an institution?»* (¿por qué no nos juntamos y nos constituimos en institución?) en la canción de «Rubber Boots», dedicada a los mineros de Sudáfrica. Thanda pensó en sus hermanos ndebeles migrando a Soweto. Fueron luego en un viaje hasta España atravesando Francia y durmiendo en hotelitos de carretera. Tuvieron su primera discusión bajo una tormenta en el aparcamiento de un hotel de carretera pues Nayra se sintió presa de un plan al no poder parar en París y pasear por sus calles. Un abrazo selló el desencuentro con amor renovado.

Thanda le fue contando la historia de Valentía y Ternura a Nayra y así llegaron al caserío vasco de su Amama, que dio inicio a aquel «puzzle de piezas de sueños rotos». Después de conocer a su familia de campesinos vascos de la que tan orgulloso se sentía Thanda, y de parar en un lindo pueblo de los Picos de Europa, siguieron ruta hasta Madrid donde Nayra conoció a los padres de Thanda. Conectó en dulzura con su madre y en sensibilidad artística y humor discreto y sutil con su padre. Comieron con toda la familia, sus hijas, hermanas y sobrinos de Thanda, en la casa de Robledo, también con Adam y Unai, como hijos para Thanda, quienes sintieron una linda conexión con Nayra. Volvieron hacia Bruselas parando en la masía donde Anna intentaba animar una eco aldea entre los rudos campesinos del delta del Ebro. Siguieron camino hacia París donde pararon, para desquite y deleite de Nayra, en el Louvre y oyeron *La bohème* paseando por Montmartre. Al volver a Bruselas, y ya con tan solo cinco días antes del viaje de vuelta de Nayra hasta, como a menudo les pasaba, no-sabían-cuándo, Thanda le dijo a Nayra que tenía una sorpresa final para ella: un viaje secreto.

Thanda hizo las reservas de vuelos y hostales y pensó en todos los detalles, conociendo las sensibilidades de Nayra. Salieron desde la casa frente al bosque hacia el aeropuerto de Charleroi, en el sur de Bélgica. Rodeado de edificios modernos, le dijo en broma que había reservado unos días en un hotel «todo-incluido», algo que sabía Nayra detestaba. Deshecha la broma, le dijo que esperara diez minutos afuera del aeropuerto mientras fue a hablar con los encargados de la facturación de los billetes para que no se enterara a dónde iban. Pasaron el control y esperaron en una sala común. Llamaban a múltiples vuelos y cuando se aproximaron a la fila para abordar su vuelo le puso un pañuelo en los ojos para que siguiera siendo secreto el destino. Ya en el avión, aprovechó un momento en el que Nayra fue al baño para explicarle la sorpresa al viajero que iba en la misma fila y pedirle que le preguntara al volver: «¿Ya ha estado en Frankfurt?». Llegaron así al destino que Thanda había preparado con tanta ilusión y detalle. Al salir del aeropuerto eran obvias las góndolas que los llevarían por los canales hasta la bellísima plaza de San Marcos. Nayra estaba emocionada de haber llegado por sorpresa a Venecia. Al llegar a la Plaza de San Marcos, casi vacía y brillante su suelo empedrado medieval por la lluvia, una pequeña orquesta tocaba «*Con*

te, partire». Se quedaron en una pequeña habitación de un pequeño hotel desde donde Nayra recordó a su padre viendo la luna llena que bañaba de luz plateada los tejados medievales. Pasearon dos días por sus calles y canales. Thanda le preparó otra sorpresa: compró en una vieja tienda un anillo con una piedra de malaquita, y le invitó a cenar a una terraza en una plaza perdida del centro. Antes había acordado con el camarero que, al traerles champagne, metiese el anillo en su vaso, y con una pareja que cenaba en la mesa de al lado que grabasen la escena. Al descubrir Nayra el anillo se emocionó brevemente para en seguida decirle a Thanda, con tanta sinceridad como crudeza, ¡que no le gustaba!

A la mañana siguiente fueron a la vieja tienda de antigüedades donde Thanda había comprado el anillo de la discordia y Nayra eligió otro: un anillo con una piedra de sentido «mágico en México»: ónix. Volvieron hacia la plaza de San Maros antes de emprender su vuelta hacia Bruselas y Thanda le propuso a Nayra, mientras le ponía ceremoniosamente el anillo de ónix y mientras se oía el tema de amor de *Cinema Paradiso*, la frase de la canción de las botas de goma, de los mineros de Sudáfrica:

– ¿Y si formamos una institución?

Nayra contestó:

– Institución ónix.

Volvieron a Bruselas y a Londres donde se despidieron. Thanda fue a dar una charla a la London School of Economics y volvió después a Bruselas con su corazón desgarrado. Le atormentaba el eco de la pregunta de si su sino sería el de su Amama, en eterna espera del amor eterno.

A su vuelta a la oficina y aún ignorado su trabajo en la política de salud global, sus estudios en Berkeley y despreciada su pasión por el derecho a la salud, fue viendo como abrir un área de cooperación en salud entre la Unión Europea y Latinoamérica. Ello le llevó a proponer programas y reuniones para hacer sistemas y mapas de inequidad en salud, con el método que había desarrollado en Berkeley. Para organizar dichas reuniones la Comisión Europea contrató a una fundación en España, y Thanda le sugirió a Nayra que enviara su currículo para contribuir a esos trabajos. Fue así que Thanda y Nayra colaboraron en análisis y propuestas, haciendo aún más firme y fuerte su complicidad por la justicia y la salud, que crecía junto a la profundidad espiritual de sus sentimientos de unión. Se encontraron en Lima, en La Paz y en Montevídeo, disimulando su amor y con la complicidad de «toques de nariz» y «guiños». Se encontraban furtivamente por las noches en aquellos rincones del mundo que fueron siendo testigos de su gran amor. Mientras, avanzaban con los planes de su institución ónix por la equidad y conectando con redes de aliados para cambiar el sistema corrupto de mercado y acúmulo.

Nayra fue acordando con el padre de sus hijos la conveniencia de volver a México, país natal de ambos. Le preguntó a Thanda si podría trabajar allí. Justo en aquel año la comisión había decidido terminar sus programas de cooperación con «países de ingresos medios-altos» como México. Decidieron tener su muy probable último encuentro en Navidad. Nayra volvió a Bruselas y de allí viajaron a otro destino anhelado de Nayra: Berlín. Fueron a ver el busto de Nefertiti, así le llamaba su padre a Nayra, cuyo parecido con ella era sorprendente en sus rasgos lineales pero suaves, su cuello erguido y digno y su mirada entre tierna y firme. Asistiendo a un concierto en la catedral y susurrando mientras los músicos afinaban sus cuerdas, Thanda le preguntó a Nayra si su traslado a México era definitivo. Nayra le dijo que sí. Thanda respondió, desconsolado, que entonces su vida unidos sería imposible en mucho tiempo. Pasaron un fin de año de ternura en Bruselas, pero Thanda no dejó de sentir un nudo en la garganta por otra despedida más con horizonte incierto.

Ya parecía que no había manera de converger sus vidas más que en esporádicos encuentros, cuando Nayra organizó para el grupo de salud y migración de la Universidad de Berkeley un encuentro en Oaxaca, México. Pensó que era una oportunidad de volver a ver a Thanda e intuía que la magia de la vida podría hacerles converger en aquel mágico país que tanto amaba. Envió una invitación a la Unión Europea para que en la reunión participara un representante de la comisión que presentase la «política de salud global y los desafíos de equidad en salud». Sabía que la invitación llegaría a Thanda y así fue.

Era el mes de febrero cuando llegó Thanda a Oaxaca y quedó fascinado por sus palacios coloniales, sus paseos empedrados y su población indígena zapoteca. Thanda tenía especial cariño por México desde niño: allí había emigrado la hermana menor de su madre al enamorarse de un mexicano y negarse al destino de Maitetxu de su madre. Cuando Thanda tuvo su primer salario de médico residente, le compró a un billete a su madre quien viajó y se reencontró con su hermana veinte años después de su partida.

Nayra organizó una reserva para que Thanda se quedara en el hotel de la Quinta Real, antiguo monasterio de Santa Catalina de Siena. Sus cuatro siglos de historia parecían hacer a sus imponentes muros de piedra susurrar miles de aventuras de colonos e indígenas. Thanda quedó enamorado de México, su color, su amabilidad, su riqueza de culturas, lenguas, costumbres, cocina, artesanía, literatura, luchas… muchas aún pendientes. Llegó luego Nayra con un grupo de Berkeley y fue Thanda hasta el aeropuerto a recibirla, de nuevo disimulando su amor. Sí se pudieron sentar juntos en el taxi que los llevó a la ciudad y de nuevo rozar sus rodillas como hacía un año en Berkeley. Atendieron sus tareas y conferencias y por las noches era Nayra quien se escabullía de su grupo en otro lugar de la ciudad y llegaba entre los muros del convento a fundirse, cual malinche, con el «conquistador español».

Tras dos días de reuniones, Nayra volvió a Berkeley. Thanda regresó a la Ciudad de México para reportar a la delegación de la Unión Europea el contenido de las reuniones en Oaxaca. Le recibió un joven colega llamado Kurt, quien le llevó a un lindo despacho, con una gran mesa, un sofá rojo y una cristalera frente a una frondosa pradera. Thanda le habló a Kurt de su trabajo en Bruselas, primero por la cooperación en salud, luego por el concepto y métrica de la equidad y ahora por cooperación regional en políticas de justicia social y salud. Kurt le dijo que necesitaban a alguien como él en la delegación. El jefe de cooperación estaba de baja médica y había sido repatriado a Bruselas con casi la seguridad de que no volvería a su puesto. Tenían un gran programa de cohesión social y los desafíos de desigualdad y de inequidad en México eran inmensos. El despacho donde estaban reunidos podría ser el suyo. A Thanda le dio un vuelco el corazón.

Volvió Thanda a Bruselas y preguntó a la directora para la región acerca de aquella posible vacante. Durante dos meses le dijeron que ya estaba dada la plaza. Se enteró por Lluis, un buen amigo entonces director de políticas sociales, que se le había asignado a un portugués ex alto cargo del gobierno de Barroso, presidente de la comisión. Así funcionaban los puestos en Bruselas, por amigos y contactos. Lo empezó a saber desde que buscó el significado de «lobby» al sacar su oposición. Insistió ante la dirección y también ante la embajadora europea en México y accedieron a que fuera a una entrevista. Leyó todo lo que pudo de México y de la cooperación, explorando nuevas formas de cooperación con países con suficientes recursos propios pero grandes desigualdades. Al parecer impresionó a la embajadora con sus ideas y su pasión. Así fue seleccionado para la plaza de jefe de cooperación de la Unión Europea en México. Al salir esa tarde, ya casi noche, de la entrevista, llamó emocionado a Nayra:

– ¡Me han dado el puesto en México, te saliste con la tuya!

– Lo sabía desde que supe de la reunión en Oaxaca. La vida es mágica y siempre encuentra complicidad con el amor sin miedo.

– Seamos entonces valientes e iniciemos una familia en un hogar, cariño.

Thanda hizo un último viaje: invitó a sus hijas, a sus padres, a sus hermanas y sobrinos a un encuentro en la isla de Lanzarote, donde hacía cuarenta años había tenido el primer viaje familiar con sus padres. Allí le dijo a su padre que su horizonte estaba en la otra orilla del mar donde le esperaba un amor y desafíos para seguir luchando por la justicia. Su padre, con profunda ternura y aprecio a la lucha de su hijo por sus ideas, le dijo: «sigue tus sueños hijo, y recuerda cada mañana en tu ofrenda de amor, que ese es el primer día del resto de tu vida; y al acostarte, ofrece al universo la gratitud por otra página de aventuras en el libro de tu vida».

Así llegaron Thanda y Nayra, por sortilegios del destino, a juntar por amor sus caminos en México, un país tan atribulado por injusticias y violencia como instilado de una magia capaz de la más sublime belleza. Como la que Thanda sentía en la valiente alma de su anhelada compañera, Nayra.

XXXV

LA VIDA RENACE DE LAS CENIZAS Y EL AMOR SE TRANSFORMA

Eila, noviembre 2013

Hacía quince lunas que casi una tercera parte de Eila había quedado calcinada por el fuego intencionado de desalmados. Se calculaba que habían muerto con las llamas un billón de insectos de cinco mil especies diferentes, incluidos doscientos millones de abejas, diez millones de árboles y cincuenta millones de arbustos de más de novecientas especies diferentes, cincuenta de ellas autóctonas. También murieron sufriendo decenas de miles de reptiles y murciélagos incluidas algunas especies únicas en la isla como el lagarto pequeño, la lisa dorada, unas veinte mil gallinas, mil cabras, trescientas vacas y doscientos caballos. Y un hombre.

John fue, como capitán fiel a su barco, la única persona que «naufragó» en sus llamas. Después de su homenaje, de depositar las piedras con mensajes de todo el mundo en la plaza del abrazo de Eila, de descansar mirando por los brazos retorcidos de una sabina en la ladera sur del valle de la Ternura, Umbela sintió profundo su legado y mensaje y, como los miles de eco aldeanos en la isla, dieron su alma a hacer renacer a Eila de tan crueles llamas.

Umbela sintió tanto la ausencia de John que quedó sin habla casi un año. Solo podía expresarse con la dulzura de sus manos y con los abrazos, a menudo bañada en lágrimas. Miraba el amanecer, el atardecer y las estrellas, pero todo parecía sin luz sin la presencia física de su compañero.

Fernando sustituyó a John como «servidor de todos» y siempre llevaba su vieja gorra de marinero con una frase: «siempre contigo amigo». El programa de radio semanal con Patxi en Ukuzwana pasó a llamarse «reflexiones de Patxi y Fernando». Su legado, inspirado en el decálogo de Umbela, de armonía social y natural desterrando el mercado y su daño a la naturaleza, le daba esperanza a pesar del inmenso daño y del sentido de orfandad.

En la «casa común de las eco aldeas» fueron preparando un plan para «la vuelta a la vida». Manteniendo sus tareas de «armonía en convivencia», «armonía en naturaleza», «armonía en bienestar» y «armonía en el saber». Las vincularon todas ellas a curar el daño del gran incendio.

El plan lo diseñó Fernando con su visión médica. Como si la isla fuera un paciente con quemaduras de tercer grado en más de la tercera parte de la superficie supieron que lo más importante era la hidratación y que el ciclo del agua fluyera en más cantidad y más puntos regando la isla, filtrando a sus entrañas y restañando tantos dolores con el líquido de la vida. Con la ayuda de Joseph y las impresoras 3D ya en cada eco aldea, se perforaron veinte pozos y se construyeron otros veinte molinos de viento para circular más agua por sistemas de surcos y acequias por todas las zonas quemadas de la isla. Había que tratar luego las quemaduras limpiando el tejido muerto, restaurándolo con injertos y estimulando la granulación de tejido vivo. Usaron las cenizas como abono, convirtieron los restos de troncos no quemados del todo en carbón vegetal activo y los mezclaron con algas del mar para revitalizar los suelos. Redistribuyeron pastos en formas de injertos y crearon en cada eco aldea semilleros con cada una más de trescientos mil árboles de las cincuenta especies endémicas en la isla según alturas y con especial atención a la diversidad en el Garajonay. En menos de seis meses y con la ayuda de más de dos mil voluntarios que vinieron de todo el mundo a colaborar en «resucitar la esperanza de Eila, habían plantado más de diez millones de árboles autóctonos, doscientos cincuenta por Eileño, uno por día cada persona. Al plantarlos plasmaban un sentimiento que escribían en una piedra junto a su brote. Se extendió aún más la zona protegida del Garajonay, ya casi tres cuartas partes de la isla, quizás justo lo contrario que pretendían los que le prendieron fuego a tan bella isla.

Restaba tratar el dolor y prevenir que volviera a ocurrir. Después del homenaje a John, se hicieron homenajes por toda la isla a todas las formas de vida animal y vegetal que volvieron como carbono a la tierra de forma tan cruel, dolorosa y rápida. Se enterraron los animales fallecidos en diferentes tipos de bosques del recuerdo por toda la isla. Se contaron historias de todo el esfuerzo y colaboración de los eileños y tantos amigos colaboradores que llegaron en su ayuda. Se compusieron poemas y cantos, se pintaron murales y se relataron los hechos en obras de teatro y de mimo. Los versos de Jonay «Faltarán estrellas…» se convirtieron en un himno que cantaban a menudo en recuerdo de John y en la unión de todos para en amor y compartiendo proteger el tesoro de vida de aquella pequeña isla en el Atlántico que era una luz de esperanza para a Nueva Humanidad.

La mejor prevención de nuevos ataques a la vida fue demostrar que no solo no cejaban en su sueño, sino que salían reforzados, con más extensión protegida

para el Garajonay, más árboles plantados, más agua en circulación, más abonos, más voluntarios, y más valentía y ternura compartidas.

La vida siguió vibrando en la eco aldea de la Ternura. El viejo Tomás ya no podía navegar y se fue entregando a su final. Falleció seis meses después del incendio y pidió que su cuerpo fuera entregado en una barca al mar arropado por sus redes.

Fernando se había ido quedando solitario en su intimidad. Le acompañaba Saidu, con el cariño de un hijo. Kadiatu trabajaba por los derechos de la mujer en las Naciones Unidas en Nueva York donde se había unido sentimentalmente a un diplomático ghanés. Lisy estaba activa en la red vía campesina y completaba su doctorado en agroecología en la universidad de Antioquía, en Colombia. Su amigo John ya no tocaba con la armónica con él y la guitarra de Fernando fue siendo olvidada en un rincón silencioso. Anhelaba el calor en la intimidad que nunca llegó a su vida. Pensaba que quizás un corazón roto ya nunca se recompone, y se resignó a vivir con ese vacío.

Yolanda y Juan Antonio fueron trenzando sus vidas y Martín sintió con ellos al fin paz. Construyeron juntos un velero en el pequeño astillero del viejo Tomás y navegaron juntos por las islas. Martín y Saidu fueron luego desarrollando una atracción mutua y volvieron a una singladura juntos hasta Freetown, donde Saidu colaboró en la reconciliación del país.

Umbela tenía setenta y seis años. El paso del tiempo fue plateando su cabello, que recogía en una coleta y cubría con un pañuelo azul que le regaló Aimsa. Tanto vivido fue dejando huellas en su rostro. Su frente apenas tenía arrugas, prueba de que la serenidad bañó casi todo su vivir. Ya casi despobladas las cejas y sus otrora largas pestañas, sus ojos de miel se fueron achinando y rodeando de suaves líneas de tanto mirar atardeceres. Una suave y chata nariz surcaba entre mejillas sonrojadas por tanto aire y alimentos sanos. Su boca leve y dulce, hacía esfuerzos para mantener sus brazos hacia el cielo. Esa leve inclinación apenas ya le visitaba iluminando su rostro más que cuando un recuerdo le evocaba a su amado John.

De todo el mundo recibía mensajes sobre su decálogo, ya traducido a más de ochenta lenguas, y aplicado a constituciones y leyes como las de Eila, por todo el mundo. Pero se sentía abrumada y como intranquila cuando se comunicaba con extraños, en especial si la adulaban. Prefirió confiarle a Fernando el defender y mejorar el decálogo y se fue lentamente entregando a la inercia de los días y las noches con el anhelo del abrazo de John. A menudo se daba cuenta que sus ojos se humedecían y cada vez más esas olas de anhelo de su compañero se unían a un profundo sentimiento de gratitud y paz. Era una paz difícil de explicar y más de confesar: era la aceptación del lento tránsito hacia otra dimensión, donde estaba segura que se abrazaría de nuevo a John.

Durante los primeros meses tras la marcha de John, Umbela apenas comió. Fernando estaba preocupado por ella. Como, además, por su función de «servidor de todos» le convenía estar más cerca del «corazón de Eila», le pidió a Umbela si podía acogerle en su casa. Era en realidad una excusa para estar más cerca de ella, asegurarse de que comía bien y se cuidaba, y evocar juntos el recuerdo del que fue el compañero y el amigo de aquellas dos almas solitarias.

Una tarde, pasado el tiempo, cuando ya se acercaba la segunda navidad sin su presencia física, Umbela le pidió a Fernando que le acompañara a la sabina de John para ver desde allí el atardecer. Ella iba casi cada tarde, pero ese atardecer necesitaba ir con Fernando.

La sabina de John era una de las doscientas de aquel sabinar donde reposaban en sus raíces quienes se fueron a otra dimensión. Tupía la cumbre de la ladera sur del valle de la ternura. Los vientos del norte que peinaban las cumbres retorcían las ramas que parecían extenderse en movimiento abrazando al viento, bailando con los tiempos.

- Fernando, ayer John me preguntó por ti.

Fernando, quien era algo escéptico de la dimensión de la energía y sobre todo entenderla o comunicarse con ella desde la dimensión material del vivir, le dijo:

- ¿Cómo lo sabes, Umbela?

-Yo hablo con él cada día, Fernando. Le escucho sin palabras, más aún cuando los vientos silban entre sus ramas y hojas. Casi te puedo decir qué hojas no había ayer y como su energía se expresa, me abraza y me espera.

- ¿Y qué te dijo, Umbela?

- Que te diera las gracias por venir conmigo, y que me dieras los abrazos que él no me puede dar ahora con su piel, aunque su alma está en la mía.

Fernando se quedó pensativo. Sentía una gran ternura por Umbela. No había un ser en Eila de tan serena generosidad. Su veneración por ella se diluía en verla como la fiel compañera de su noble amigo. En los tabúes de la propiedad del afecto, hubiera quien, en la cultura de las normas del miedo, pensara desleal a un amigo abrazar a quien fuera «su» pareja. Recordaba como John, y luego Aimsa, hablaban de la oxitocina y su poder de armonía vital llevando dócil al cortisol a su ciclo circadiano entre amaneceres y anocheceres, bailando suave con los días y las noches. Fernando también había sufrido demasiada soledad y demasiadas, casi todas ellas, noches sin el cálido abrazo de la complicidad de un alma gemela. Recordaba de su tiempo en Sierra Leona como allí las viudas pasaban a vivir con un hermano del difunto y se evitaba la soledad como un agujero negro en el que el alma su marchitaba.

- Me honra John al pedirme que ocupe tal bello espacio que dejó. ¿Pero, dime Umbela, qué sientes tú?

– Que nuestro abrazo en la noche aliviará nuestra soledad y alegrará a John, que siempre estará en mi ser. ¿Te sientes en paz con intentarlo, Fernando?

– Para serte sincero, Umbela, me es difícil despojar de mi mente el concepto de propiedad del amor. Incluso en nuestras eco aldeas, plenas de aldeanos resueltos a no vivir con pudor ni prejuicios el amor, la plenitud mutua y exclusiva es un instinto que a menudo condicionaba las relaciones.

– Así es, Fernando. Ese afán domina nuestros sentimientos, y a menudo el temor de perder esa «exclusividad» o el no tenerla, nos trae tristeza. Quizás sea el amor no correspondido la mayor causa de sufrimiento en la humanidad y por ese temor lo queremos asegurar, atar… y así… lo ahogamos…

– Bueno… aceptémoslo. No debemos culparnos por ese rasgo egoísta. Somos vida que persigue perpetuarse. Ocurre en muchos mamíferos, quizás por haber sido tal forma de relación en la que el padre se responsabilizaba más de la protección y el sustento, la de mayor supervivencia…

– Sea cual sea nuestra naturaleza, vivir mi última etapa de la vida teniendo tu compañía, tu abrazo en la noche, y nuestros recuerdos con cariño, nostalgia y hasta humor de John, me alegra el alma.

Le extendió su mano.

– Y a mí, Umbela. Se lo explicaré a Jonay. Y hablaré a mi manera con John. Hay un espacio de plenitud que solo será vuestro, lo respetaré como sagrado. Pero el convivir contigo y darnos mutuo afecto trae una nueva luz a mi vida. No sabes hace cuanto tiempo que no siento un abrazo de ternura.

Volvieron de la mano hasta la casita y en el porche, ya viendo las estrellas, Fernando cantó la canción de Jonay en honor a John, «Faltarán estrellas…». Durmieron abrazados sintiendo inmensa paz.

XXXVI

EL REINO DE LA INJUSTICIA

Washington, mayo 2014

Nour cumplió dieciocho años y decidió irse a una marcha por rutas del *American Discovery Trail* con Rasta: cinco mil kilómetros atravesando catorce parques nacionales y dieciséis bosques nacionales.

Aprovechando que Nour estaba volando en su «mayoría de edad» galopando con Rasta, atravesando ese país tan maravilloso como encadenado a la injusticia, Jonay y Aimsa se habían ido una semana al piso de Bob en Brooklyn, quien estaba de viaje en Cuba. Se reencontraron con sus amigos del barrio y con el perro Sam, ya muy viejito y quien apenas salía al jardín unos minutos y volvía a largos sueños en la cocina, donde tantas tertulias hilaron sueños y trenzaron aventuras.

Jonay fue invitado a dar unas conferencias en la universidad de Georgetown, en las afueras de Washington DC organizadas por Larry Gostin. Contó el relato del dolor por las patentes de medicaciones para el SIDA. Apreciando su experiencia y su coherencia ética al hablar, lo invitaron después a debates sobre el «Obamacare», el buque insignia de la política nacional de Obama. La ley aprobada por el congreso estadounidense en marzo del 2010 establecía que «todos los estadounidenses deben tener un seguro de salud y a la vez recibir ayuda monetaria quienes no pueden asegurarse». Como broche final del encuentro, el presidente Obama dio una conferencia y en ella anunció que se había superado el objetivo y el programa había conseguido asegurar a siete millones de personas antes desamparadas. Cuando se abrió el debate, Jonay preguntó:

– Señor, Obama, me llamo Jonay. Gracias por su esfuerzo en el derecho a la salud en este país. Pero debo decirle que la situación me preocupa: Si bien la ley facilita el acceso a un seguro médico a un 2% de su población, permanecen aún diez millones sin seguro y otros doce millones de migrantes indocumentados sin acceso.

– Jonay, entiendo su frustración, pero debemos ir paso a paso. Cada una de estos siete millones de personas puede hoy dormir más tranquilo, perseguir sus sueños sin la angustia de como una enfermedad se puede llevar su casa o su vida por no tener como pagar el tratamiento.

Jonay pensó en el espejismo americano de «pursuit of happiness», perseguir la felicidad: el único derecho, junto al de llevar armas, en la constitución americana.

– Y le aplaudo por su empeño en ello, sabemos que hay en este país quienes no tienen sensibilidad alguna a esa angustia y quien considera que, bajo la ley salvaje del mercado, quien no consigue su «felicidad», es porque no la merece. Pero además de los muchos millones de personas aún desamparadas en las que le ruego piense también, incluidos los migrantes que trabajan sus campos y cuidan de sus mayores, los privilegiados que sí acceden al sistema de seguros que usted defiende siguen pagando partes de la factura, a menudo más quien menos puede y con frecuencia gastos catastróficos para sus vidas y las de sus familias.

Los asesores del presidente le murmuraron algo a Larry, quien quiso intervenir para pasar a otras preguntas, pero Obama insistió en seguir la conversación con Jonay:

– Hemos luchado también por la exclusión de pólizas por enfermedades previas o factores de riesgo. Estamos, Jonay, controlando el mercado y el afán de beneficios para que nuestros cuidados de salud, los más avanzados del mundo, lleguen a más y más americanos.

– Le insisto, señor Obama, su avance ha sido tan solo de una cuarta parte de quienes necesitan estar asegurados, y solo cubre la mitad de sus gastos de salud. Seguro que el país más poderoso económicamente y en desarrollo científicos, que lleva misiones a Marte, puede hacer más por su gente e incluir a quienes llegan a este país a trabajar honestamente y contribuir a él. Creo que se equivoca al apoyar un sistema de mercado de seguros, proveedoras y farmacéuticas, controlado por billonarios, en lugar de impedir que las garras del mercado jueguen con la salud de las personas.

En ese momento el tono de Obama cambió. Se sintió cuestionado en su argumento lógico. Su supuesta acción solidaria era atacada con argumentos «socialistas», la línea roja de cualquier persona con cualquier poder en el país de «la libertad» (de enriquecerse). Además, aquellas grandes aseguradoras, proveedoras y farmacéuticas habían apoyado su campaña, y la de los republicanos, que si bien tenía la fachada de contribuciones ciudadanas escondía en su base importantes e ineludibles servidumbres con el capital.

– En nuestro país creemos en la libertad, Jonay. Dentro de esa libertad está la de formarse, invertir, innovar y ofrecer servicios y en ello recibir la justa recompensa. Por ello tenemos los hospitales y médicos de más medios y conocimientos

para avanzar en el conocimiento humano, del cual eventualmente se beneficia el resto de la humanidad.

– No quiero monopolizar el privilegio de discutir con usted, señor Obama, pero déjeme hacerle dos últimas puntualizaciones: ese supuesto espacio al mercado libre que permite avanzar en las fronteras del conocimiento y bienestar humanos es cuestionable: casi todos los avances del saber han venido de laboratorios con dinero público y de jóvenes investigadores con becas humildes. Es el deseo de contribuir al bien común lo que mueve la humanidad, mil veces más que el deseo de enriquecimiento individual.

Obama volvió a evitar que Larry parara el acoso de Jonay y le dijo:

– ¿Y qué propone usted, Jonay?

– No deje que las garras del mercado jueguen más con la salud y la vida de las personas. Ello tiene un precio: en total cada americano paga de media diez mil dólares al año en seguros de salud y pagos directos a proveedores y farmacéuticas, a menudo catastróficos, tres mil de ellos son a través de impuestos. Tal coste, cinco veces el de la Unión Europea, se traduce en cuatro años menos esperanza de vida. Un amigo mío ha hecho un estudio en el que estima en ochocientas mil las muertes en exceso, comparado con las tasas de supervivencia en la Unión Europea. Este sistema dominado por el negocio de aseguradoras, proveedoras y farmacéuticas, tiene un precio. El exceso de gastos innecesarios va a los bolsillos de quien negocia con la vida. Calculando el exceso en relación a Europa son ocho mil dólares por persona, un negocio de dos billones y medio. Y relacionémoslo con la pérdida innecesaria de vida que antes mencionaba. El resultado es estremecedor, señor Obama: por cada muerte innecesaria, prevenible e injusta en este país, hay alguien ganando tres millones de dólares, el presupuesto de los veinte años en que trabajé en la misión de Ukuzwana en Zimbabue y durante los que atendimos doscientos mil pacientes. ¿Pero sabe qué? En ese tiempo no pudimos evitar la muerte de más de treinta mil jóvenes por el SIDA pues las patentes de las farmacéuticas que también se enriquecen en este mercado de sangre en Estados Unidos y en todo el mundo, siguieron enriqueciéndose. Le ruego acabe con este horror, ratifique la convención de los derechos de la infancia y cierre Guantánamo. Usted lo prometió en su campaña, ya no necesita de nadie para otra relección. Deje esa huella valiente en la historia.

Obama le miró severo, pero a la vez había una leve sombra de emoción. Sabía que Jonay tenía mucha razón, pero sus manos estaban muy atadas en la Casa Blanca, más que lo que la gente sabía y más aún de los que el WikiLeaks de Julian, el amigo de Aimsa, y las revelaciones de otra valiente voz de la verdad, «delator» para los poderosos, Snowden, podían revelar.

– Pensaré en ello, Jonay.

Susurró algo a Larry quien dijo que el presidente tenía asuntos urgentes que le reclamaban en la Casa Blanca.

Larry le dijo a Jonay:

- Has estado a punto de romperme la reunión y que me cierren mi escuela, pero Obama se ha conmovido, me ha dicho que quiere hablar con nosotros pronto.

Un corro de gente rodeó a Jonay. Entre ellos había un hombre se mirada cansada pero aguda como un águila, que le dijo con una voz muy suave:

-Soy Noam Chomsky, me gustó lo que dijiste de que «Es el deseo de contribuir al bien común lo que mueve la humanidad».

-Esa es mi convicción. Y que la anarquía es la forma más natural de compartir en bondad. Usted me ha inspirado mucho, Noam.

- Lo que tu padre hizo en Eila es maravilloso ¿Vienes conmigo ahora a la reunión a la que me ha invitado Aimsa?

A unos cientos de metros de Georgetown, en la casa de Grace, una amiga de Médicos Sin Fronteras, Aimsa había coordinado con su amigo australiano Julian Assange, fundador de Wikileaks, refugiado en la embajada de Ecuador en Londres, una llamada a un joven llamado Edward Snowden, en un lugar secreto en Rusia. Ambos sabían bien cómo hacer que esa llamada no pudiese ser escuchada por nadie. Noam y Jonay llegaron y se sentaron los tres en torno al ordenador que con un programa encriptado permitía la seguridad de la llamada.

Aimsa les explicó a Noam y Jonay su análisis: Edward había sido analista de una compañía llamada Ball Hallton desde la cual consiguió penetrar la Agencia de Seguridad Nacional y disponía de miles de documentos que por su perversión sentía la obligación ética de denunciar, como llevaba haciendo Julian varios años, sobre todo de los abusos americanos en la guerra de Irak.

La empresa Ball Hallton se había convertido en un eje de poder sin precedentes. El principal dueño era el Grupo Carlyle, que también controlaba cientos de aseguradoras médicas, empresas de telecomunicaciones, publicidad, bancos, seguros, ciberseguridad y, más y más, armamento. Empleaba a casi setecientas mil personas en unos ochenta países estratégicos donde habían elaborado una política de circuitos financieros donde lo privado y lo público apenas se distinguía. En las redes de perversión y dolor que Aimsa, con la ayuda de Haka, llevaba dibujando y analizando los último veinte años, Carlyle era como un magma impregnándolo todo. Especulando con las crisis financieras y económicas, Carlyle adquirió Pinalvest, una súper-plataforma de «gestión de activos» para comprar acciones de capital en mercados de riesgo y con problemas sociales en proceso, para sacar beneficios de la miseria y la tragedia de cientos de millones. La mayor parte de los políticos norteamericanos participaban en las ganancias del grupo.

El director de Carlyle era Darrell Runstein, un billonario que había contratado a ex secretarios de defensa y directores de la Agencia Nacional de Seguridad y de la Agencia Central de Inteligencia, la temida CIA, de los últimos treinta años, y presidentes como los americanos republicanos George Bush, Ronald Reagan y el inglés John Major. Con ello había ido penetrando el departamento de Defensa, aliándose con los otros gigantes Lockheed, Northrop y el Centro de Análisis Incorporado de California que Aimsa conocía desde su tiempo en Berkeley. Entre otras cosas se habían dedicado a formar y enviar a Irak a los interrogadores, algunos de los que Julian demostró torturaban en la prisión iraquí de Abu Ghraib. A través de su entramado fue consiguiendo contratos por un valor de más de tres mil millones de dólares incluyendo programas sensibles de intercepción de telecomunicaciones en todo Internet. Su magma de influencia iba expandiéndose como el gran hermano de Orwell.

Julian le preguntó a Aimsa:

– Aimsa, ¿puedes decirnos tu impresión de cómo funciona todo este sistema? Nosotros desvelamos documentos, pero las redes de perversión, como tus las llamas, son demasiado complejas.

– No puedo conocer todo ello. Pero analizando lo que, Edward, has tenido el coraje de hacer púbico, el sistema que en gran medida controla Carlyle a través Ball Hallton se asemeja a un cerebro humano en evolución, sobre todo en la región prefrontal. Hay decenas de miles de centros y de conexiones que responden a una docena de grandes controladores y que dominan a la conciencia, el gobierno, hasta un punto en que este y el sistema que lo controla son la misma cosa. De hecho, las corporaciones como Carlyle ya no separan sus presupuestos privados de los públicos, salvo cuando se trata de ganancias. Sus estructuras piramidales y canales de mando integran el control de gobiernos, control de ciudadanos, control institucional y administración de la gran base de datos colectiva. Es, verdaderamente, el Gran Hermano.

En ese momento Noam preguntó:

– ¿Ha influido todo ese entramado en la venta de armas de Estados Unidos y su incidencia en la geopolítica y en especial el epicentro de guerras e intereses, en el Golfo?

– Durante el gobierno de Obama, y su flamante premio Nobel de la Paz, su Secretaria de Estado Clinton, votó sí a la resolución de Bush para la guerra de Irak, defendió el golpe en Honduras, impulsó la invasión de Libia y aplaudió el asesinato de Gadafi. Aumentó también la exportación de armas al mayor nivel de la historia de Estados Unidos, que ya suponían tres cuartas partes de todas las ventas de armas en el mundo. Una gran parte de las armas norteamericanas iban destinadas al Golfo, y en concreto a Arabia Saudí, uno de los países con más abusos de derechos humanos y donde aún hoy se lapidan a mujeres por tener sospecha de relaciones fuera del matrimonio. El régimen saudí está bombardean-

do Irak, Siria y Yemen, y masacrando a la población civil, hospitales, escuelas y barrios sin escrúpulos, así como a cualquier manifestación o insurgencia de la primavera árabe. Como premio a los negocios, Estados Unidos ha promovido la presidencia de Arabia Saudita en el Consejo de Derechos Humanos de las Naciones Unidas. Difícil imaginar mayor hipocresía.

Noam, muy sensible a esos temas tras cincuenta años analizando la geopolítica americana, complementó el análisis:

– Arabia Saudí, sus jeques y califas en la península, siguen, como bien has dicho, Aimsa, las interpretaciones más radicales del islam. No las de evitar el interés del capital, esa la ignoran. Financian grupos yihadistas que operan en Siria, incluido Isis. Como uno de tus cables reveló, Julian, la entonces candidata Clinton frente a Obama aceptó a Arabia Saudí como «la fuente más significativa de financiación a los grupos terroristas suníes en todo el mundo». Pero ya en el poder argumentó la venta de las armas diciendo que «era buena para la seguridad mundial». Las armas saudíes vendidas por americanos y compradas con el dinero del petróleo que ahoga al mundo en humos, bombardean a civiles que clamen libertad y justicia. Además, Estados Unidos, amparados en el supuesto principio de «responsabilidad para proteger», han invadido Irak durante Bush, con el vicepresidente actual Biden en connivencia desde el Senado, y con Obama y Clinton Libia y Siria. Con esa alianza saudí, Estados Unidos controla el precio del petróleo, mantienen la amenaza a Irán y protegen a Israel, la tierra sagrada para más de la tercera parte del capital de Wall Street.

Julian intervino:

– Habría que hacer, Aimsa, un mapa de las grandes mentiras: después de la mentira de armas de destrucción masiva en Irak, que costó doscientos mil civiles muertos, se invadió Libia para supuestamente proteger a la población de la ciudad de Bengazi que, según Estados Unidos, iba «a ser masacrada» por Gadafi, algo que supimos por documentos revelados que era falso. No son solo mentiras, son «fábricas de falsas verdades» para justificar intereses inconfesables. El poder de manipulación es inmenso.

Aimsa recalcó:

– Y ya para ello no son necesarios los grandes bombardeos, que se han convertido más bien en un negocio de la industria militar. Como se acabó con Gadaffi fue por un dron estadounidense controlado desde Las Vegas combinado con dos jets franceses que atacaron los vehículos, todo con sistemas de información facilitados por el grupo Carlyle. También se han ido enviando drones a Yemen y Pakistán. Los asesinatos a distancia por drones se han convertido en práctica normalizada por el premio nobel Obama.

Noam, de origen judío y profundamente avergonzado de la masacre constante del pueblo palestino, con armas americanas, añadió:

– Obama, con Clinton, han justificado los recientes bombardeos israelíes contra Gaza que han masacrado sin posible salida de una lluvia de bombas a más de dos mil quinientos palestinos.

Julian les dijo, con un sentimiento de angustia:

– La mentira y la violencia hoy mandan sobre la verdad y la paz. Edward y yo, y muchas otras personas de todo el mundo denunciamos las intrigas y mentiras del poder y somos perseguidos por ello. Se están organizando redes para desvelar las grandes mentiras del sistema, como el grupo Anonymous, que ataca a instituciones políticas y económicas del poder, desvelando sus vergüenzas. Claro, han sido eliminados de las grandes redes sociales, al servicio del poder y de la CIA. Joe Biden, vicepresidente con Obama, extendió la sentencia de muerte a crímenes de «espionaje y traición», de los que nos acusan.

En ese momento, Jonay no pudo con más tristeza y viendo que Grace tenía una guitarra sobre una silla le pidió permiso y cantó una canción que había compuesto en recuerdo de la reciente, una más, masacre de Gaza:

Mil trescientos murieron
Encerrados en la prisión del odio
Niños, madres y todos
Gritan indefensos su desesperación

Mientras los miramos desvanecerse
Somos testigos silenciosos
Simplemente contando los muertos
¿Quién se atreve a dormir en paz?

Y si canto así
Es porque mi alma
Siente el dolor tan profundo
En la franja de Gaza…

Una madre deambula
Entre dolor, destrucción y llantos
Escucha el llanto de su hijo
Lo encuentra cubierto de sangre…

Grita desesperada por ayuda

Pero las bombas acallan su grito
Ambos abrazados agonizan
Mientras todos los vemos morir…

Y si canto así
Es porque mi alma
Siente el dolor tan profundo
En la franja de Gaza…

Todo fue cuidadosamente planeado
En los oscuros cuartos del poder
Excusas, fechas y víctimas
Ahora lo llaman un éxito

Por qué no paramos las guerras
Unir gentes, credos y manos
Abandonar la avaricia, vivir en paz
Sé que sí podemos…

Aimsa se emocionó oyéndole cantar a su compañero de ideas y de espíritu y recordó cómo la esperanza de los discursos poéticos de Obama se había desvanecido y ese país seguía siendo, dominado por unos pocos, la máquina de terror y avaricia que ahogaba de dolor a tantos rincones del mundo y con tantos aliados y, sobre todo, cómplices silenciosos.

XXXVII

LA ECO ALDEA DE LOS COOPERANTES

Madrid, julio 2014

Adam llevaba ya tres años en Madrid. Vivía feliz con Moyes y María en la casa de Thanda en Robledo. Habían arreglado la casita del payaso y Adam se instaló allí. Con ayuda de amigos bomberos de Thanda arreglaron los antiguos y bellos tejados de teja árabe surcados de sombras y musgos por el tiempo, tiraron tabiques para hacer espacios amplios de convivencia y rompieron los techos bajos de escayola para que circulara el aire y la luz hasta el artesonado de madera y sus fuertes vigas. Mantuvieron allí la sede de la «Asociación española de médicos cooperantes», ahora ya ampliada a todos los cooperantes. Recibían visitas y estancias de cooperantes venidos de muchos rincones del mundo que contaban sus historias y sus anhelos. También a menudo compartían sus frustraciones de volver a una sociedad obsesionada con el consumo. Sin tiempo para historias románticas de solidaridad y sueños de un mundo sin las alambradas de propiedades y países.

En el jardín pusieron una pequeña cuadra donde dormían dos yeguas que un vecino, Rafa, les regaló. Tenían el corral de gallinas y patos, la huerta con variadas verduras y tubérculos, frutales de manzanas, melocotones, peras, ciruelas y membrillo, un invernadero y un taller.

Unai decidió, inspirado por Nour, dejar los estudios y aprender de la vida, los viajes y las gentes que encontraba en su camino. En el taller fue construyendo un ultraligero a imagen de Enyoni. También fue conociendo a Javier. Era un buen amigo y compañero de bomberos de Thanda. Iban en las dos yeguas por cañadas reales y caminos por los montes y escalaban picos por la sierra de Guadarrama, Navacerrada, la Pedriza y Patones. A menudo cabalgaban hasta el pantano de San Juan, allí desmontaban y escalaban las agrestes paredes calizas y al bajar al pantano se bañaban con las yeguas. Una noche Javier le llevó a escalar el Pico de la Miel, en la sierra de La Cabrera, sin cuerdas y bajo la luna llena.

El verano anterior un incendio había arrasado casi mil hectáreas del monte de Santa Catalina y Adam fue preparando en el invernadero brotes de pinos, enebros, encinas, olmos y otros árboles endémicos. Durante la primavera había sembrado casi cinco mil brotes con la ayuda de Unai, Ángeles, Daniela, Moyes, María y a veces algunos amigos de la universidad y de una organización con la que fue congeniando llamada Ecologistas en Acción.

Una tarde, al volver en sus largos trayectos de tren desde la universidad vio una torre de una iglesia en ruinas que con el sol del atardecer pareció llamarle. Bajó en la estación de Las Zorreras y fue andando hasta aquellas ruinas. Correspondían a un pueblo abandonado llamado Navalquejigo.

A la derecha seguía una carretera asfaltada hacia una urbanización de grandes casas residenciales. A la izquierda había un camino casi comido por las zarzas. A unos trescientos metros se encontró una picota al lado de lo que podría haber sido la plataforma de un patíbulo, y sintió un escalofrío. Imaginó otros tiempos crueles en que se ajusticiaba a reos por no someterse al rey o a la iglesia y se exponían sus cabezas en aquella columna. Le alivió algo ver al lado una fuente y pileta de piedra donde seguro recogieron el agua durante muchas generaciones. Unos trescientos metros más al sur estaba la iglesia en ruinas, de estilo románico. Escaló hasta el campanario y vio el pantano de Valmayor. Pudo reconocer en los alrededores de la plaza los restos de una vaquería, un establo, un potro de herrar y un corral de Concejo que se usara después como Plaza de Toros, casas derruidas de origen medieval, algunas con pozo, horno, establos, pajar y huerto y una casa más grande con un cartel que rezaba «El Castillo». Cerca pudo oír un arroyo y lo cruzaba un puente de piedra. Se quedó maravillado entre las ruinas soñando como sería una eco aldea en la que recibieran a los cooperantes y compartieran sus vivencias con grupos de niños de escuelas, para escuchar historias diferentes que las del progreso, el consumo y el competir que dominaban todo.

Al volver a casa les contó lo que había descubierto a Moyes, María y a Unai, y le escribieron un mensaje a Thanda, quien ahora vivía con Nayra en México.

Thanda les puso en contacto con su buen amigo Fernando Cardenal, un médico de ochenta años e inmenso entusiasmo, que tras toda su vida trabajando en África se había involucrado en la asociación de cooperantes con gran sabiduría y humildad. Vivía en un pueblo cercano a Navalquejigo e investigó en los archivos del ayuntamiento de El Escorial, que entonces presidía un alcalde valiente y libertario llamado Lorenzo. Con Joan y Anna llevaron como Asociación de Cooperantes el proyecto al Senado, donde solo recibieron buenas palabras.

Se habían encontrado en la zona restos de cerámica de la época romana y de un camino empedrado que conectaba con la Cañada Real Segoviana. En el siglo XIII se construyó la iglesia que tuvo columnas de capitel y arcos ojivales. Fue lugar de agricultores y luego posada de cazadores, refugio de políticos corruptos, lugar de paso del rey Felipe II en sus viajes al Monasterio de El Escorial y hasta

presenció batallas en la invasión de Napoleón. Cincuenta años antes lo compraron los ricos hermanos Arroyo para especular con viviendas de vacaciones para la burguesía madrileña. Como Lorenzo en el Ayuntamiento consiguió que el pueblo fuera declarado bien de Interés Cultural y exigía una restauración en su misma forma, no rentable para la especulación inmobiliaria, fue abandonado a su suerte quedando un solo vecino hasta el fin del siglo. Desde que murió hacía quince años, el pueblo estaba abandonado.

Fueron los cuatro con Fernando y dibujaron un plano: constaba de nueve hectáreas que llegaban hasta lo orilla norte del pantano de Valmayor. Todas las edificaciones estaban en ruinas, con los tejados caídos y algunas con apenas un muro en pie. Contaron catorce pequeñas viviendas de entre ochenta y cien metros cuadrados de panta, el «castillo» con trescientos metros cuadrados, la Iglesia y el ayuntamiento con doscientos metros cuadrados cada una y la plaza de toros con un diámetro de cuarenta metros. Casi todo el terreno estaba lleno de zarza, jaras y retama, con una zona de bosque de encinas y fresnos.

Adam ideó un proyecto: un «pueblo de cooperantes». Podrían reconstruir el templo y convertirlo en un lugar de espiritualidad sin «mandamientos». El ayuntamiento podría ser una amplia sala de reuniones en que los cooperantes contaran sus vivencias a grupos de escolares. La plaza de toros la imaginaron como un ágora para debatir ideas, representar teatro y compartir música. Pensaron en el castillo como una residencia con biblioteca y comedor comunes para los cooperantes en tránsito al irse o volver de cooperar. Las catorce casas podrían ser cedidas a migrantes y personas sin techo. Pascual pensó que tendrían su vivienda en el piso de arriba y su quehacer de cocinas y artesanías de diferentes rincones del mundo, en las plantas bajas. A través de Umbela y Fernando, fueron estableciendo una linda complicidad y comunicación con Martín en Eila y diseñando una eco aldea apenas a media hora de Madrid. Necesitaban estudiar el suministro de agua y abonos para los campos, y de energía y comunicación para las viviendas. Para ello necesitarían construir una represa, instalar un ariete hidráulico que bombeara agua hasta unos aljibes para regar los campos y llegar a aguas profundas con un molino de viento para el agua de beber. Estudiaron la tierra, muy seca, alcalina y caliza. Estaba necesitada de nutrientes y sobre todo de microorganismos. Diseñaron una vaquería y unas cuadras de caballos para pastar en prados que rotar con cultivos. También planearon un sistema de biodigestores, biogás y abonos para cuatro hectáreas de hortalizas, tubérculos, frutales y legumbres.

Ya era su cuarto año de biología en la universidad así que presentó una propuesta de tesina de licenciatura de un sistema ecosoberano. Además de ser autosuficiente para diez familias en alimentos y energía, invitarían a huéspedes y escuelas. Conservarían fauna y flora. Regenerarían suelos, aguas y la biodiversidad. Prohibirían, como en Eila, el paso de vehículos, la entrada de plásticos, la crueldad contra los animales y el uso del dinero. Los visitantes podrían contribuir

con trabajo voluntario o compartiendo sus historias y sus habilidades. Adam lo envió a Anna, en Barcelona, quien entonces presidía la asociación de cooperantes en España, lo presentó y fue aprobado en la Junta para financiar la compra de los terrenos al especulador y los materiales iniciales del ariete, las placas solares, la bomba sumergida, el molino de viento, y las piedras y tejas. Estimaron que comprar los materiales costaría medio millón de euros, el precio entonces de un piso pequeño en Madrid.

Anna fue con Adam a presentar el proyecto «pueblo de cooperantes» a una comisión del senado en Madrid, a la agencia de cooperación, al ayuntamiento de El Escorial y a varias fundaciones y ONGs. Todos mostraron su interés y les dijeron que lo estudiarían y les contestarían, pero nunca recibieron ninguna respuesta ni ningún apoyo.

Era el verano de 2014. Junto a Adam y Unai, Moytes y María, Fernando y Pacual, llegaron a la casa de Robledo Thanda y Nayra desde Mexico y Anna y Cristina desde Barcelona, Sergio desde Ibiza. Conectaron con Jonay y Aimsa en White Lake, con Thandiwe, Joseph y Nothando en Ukyzwana y con Fernando en Eila. Adam les expuso la situación:

- Por un lado, estamos desafiados por la ausencia de facilidades para iniciar un proyecto que vemos coherente con nuestras ideas, con la red de eco aldeas, el cuidado de la naturaleza y una nueva dimensión de aldeas en empatía, a través de los cooperantes.

Thanda respondió.

-Así es, Adam, pero sin comprar la propiedad no podemos iniciar el proyecto. John insistió siempre en mantener el equilibrio entre la soberanía y el respeto y cumplimiento con las normas, de propiedad, impuestos y otras, de la sociedad que nos rodea.

Adam prosiguió:

- Sí. Y esa será siempre nuestra intención. Podríamos ir pagando a plazos con contribuciones de las escuelas y visitantes.

Unai, más rebelde, tomó la palabra:

-Pero tenemos un dilema: inspirados por Eila, la aldea de cooperantes no tendría dueños, ni escritura y escaparía a la lógica de vender y comprar la tierra, el agua y la vida.

En ese enfoque, Moyes, luchando contra los desahucios propuso:

-Y si somos valientes y entramos a vivir sin los permisos de propiedad. ¿No seríamos así más coherentes con las ideas en las que creemos?

Los más jóvenes estaban planteando que fueran «okupas», un movimiento urbano creciente en toda Europa. Grupos de personas sin otro hogar disponible se instalaban en casas ajenas y reclamaban sus derechos de permanecer en aquellas viviendas redundantes para sus dueños. Muchas de las casas vacías eran propiedad

de personas ricas con múltiples propiedades o incluso bancos especuladores que habían echado a quienes no podían pagar sus hipotecas, como bien sabían Moyes y María. En ese momento Fernando intervino:

– Tengo ya ochenta años, Adam. Aún con las ideas de compartir todo y cuidar de la tierra y de la vida, hay muchas personas que trabajan duro por ello desde su infancia. Estudiando, colaborando en movimientos sociales, buscando un trabajo de servicio a los demás e incluso planteando propuestas sociales, científicas, artísticas y políticas. Muchas de esas personas sudan su esfuerzo y obtienen una retribución para vivir modestamente. Pagan sus impuestos a la sociedad. Quizás tienen desacuerdos, pero piensan que deben contribuir por lo que les da en bienestar, en seguridad, a ellos, y a otros. Es solidario y justo.

– Te entiendo, Fernando, pero si la sociedad se vuelve tan perversa que destruye la naturaleza y distribuye sus recursos de forma que se acumulan en unos pocos, como es el caso actual: ¿es lícito romper con el sistema e ignorar sus injustas leyes y a sus corruptos gobernantes?

Thanda intervino entonces.

– Sí, Adam, aunque sería difícil pues la mayoría de la tierra es de uso privado, sujeta al mercado. Si te apoderas de tierras privadas tendrán a las «fuerzas del orden» echándote o llevándote a juicios y habrá quien diga que dichas tierras fueron obtenidas con el sudor de generaciones de trabajo.

Unai dijo con inquietud.

– Entonces qué proponéis que hagamos. ¿Abandonamos el sueño? ¿Dónde está nuestra valentía?

En ese momento Nayra, intervino:

– Creo que la ética comunitaria consiste en trabajar para el bien común, de la comunidad y de la sociedad que le rodea. Si así es, entonces hay tradiciones con firmes argumentos éticos para que la tierra se cuide, pero no sea propiedad de nadie: así ocurre con los ejidos en México, desde los tiempos de la revolución. Propongo que hablemos con el alcalde de El Escorial para que, ya que Navalquejigo ha sido declarado bien de interés cultural, pueda ser expropiado de sus dueños actuales especuladores y siendo terrenos comunales, cederlos a un proyecto como la aldea de cooperantes.

En ese momento intervino María:

– Ya lo hemos intentado en El Escorial con varios desahucios, incluso el de una casa de acogida de mujeres maltratadas. Pero el ayuntamiento no tiene ahorros sino más bien deudas, con los mismos bancos.

Thanda intervino:

– Además de tu lindo plan, Adam, voy a prepararte un proyecto al modo de la Unión Europea, con toda la «jerga» y «juego» de formato, marco lógico, organigrama, cronograma y presupuesto. Te ayudaré a exponer la idea de forma «po-

líticamente correcta» en medio ambiente, género, minorías, enfoque de derechos y hasta innovación. Lo enviaremos a todas las ONGs en España y en Europa, e incluso quizás le convenceremos al alcalde que las escuelas y visitantes podrán aportar fondos para ir amortizando la expropiación en unos pocos años.

Así lo hicieron. En el mes siguiente consiguieron que Ecologistas en Acción lo presentase a la convocatoria de «sensibilización al desarrollo» de la Unión Europea, que fuera seleccionado y financiado. El ayuntamiento lo expropió para uso público y se lo otorgó en cesión al proyecto. Fue coordinado por Adam y Unai, y comenzó sus actividades en julio de 2014.

Equivalía a un pequeño barrio de una eco aldea, que al menos necesitaba de cuatrocientos de sus miembros para ser autosostenible. Estaba rodeada de urbanizaciones de lujo que pronto empezaron a protestar por la intromisión entre sus lujosas mansiones de «perroflautas». Veían como «renuncia al progreso» el que comiesen lo que cultivaban y no lo que «civilizadamente debieran comprar en los supermercados».

Pero todos, sobre todo Thanda, Jonay y Fernando, sentían que el reto era bello. Veían en él la imagen de reverberar el efecto polinizador de la cooperación en la sociedad de origen. Vieron como desmitificando a los «templarios» de la cooperación moderna y oyendo de sus humildes testimonios, la sociedad del consumo podía aprender de los países marginados de los círculos del poder. Además, la eco aldea estaría a una media hora en tren de una gran ciudad europea. Las ciudades, encumbradas por la visión de «desarrollo y modernidad» eran, para Thanda, agujeros negros de consumo, autocomplacencia y quiebra de equilibrios ecológicos. Además, sentía que en las ciudades se iba atrofiando la empatía mutua entre la naturaleza y los humanos. Pensaban que también la eco aldea de cooperantes podría ser un ejemplo que plantear con valentía a los pudientes veraneantes, muchos de ellos pertenecientes a las élites del poder económico y político.

Así comenzaron ese lindo sueño. Primero seleccionaron quienes serían parte de la comunidad. Moyes y María seguirían cuidando de Casa Garay en Robledo, donde ya tenían una red de unas veinte casas para ir animando un eco barrio, mientras crecía el bosque de Santa Catalina de nuevo. Adam y Unai, inseparables, irían a la eco aldea de cooperantes. Pascual se prestó voluntario y animó a otras tres personas sintecho de Santa María de la Paz, uno marroquí, un ecuatoriano y un rumano. Dos compañeros de la universidad con sus parejas se unieron al proyecto, y otras dos familias, con hijos, una de Bolivia y otra de Malí, pidieron ser también parte del proyecto, además de un exreligioso agustino de San Lorenzo de El Escorial. En total serían unas veinte personas para empezar el proyecto que recibiría a los cooperantes. Thanda calculaba, en su experiencia de Robledo, que unos ochenta cooperantes pasarían estancias durante el año compartiendo sus vivencias y aterrizando o despegando hacia nuevas «misiones».

Comenzaron por construir un almacén de materiales y suministros donde fueron almacenando tejas árabes, piedras de sillería, cementos, cal, yeso, maderas y baldosas de talavera. Construyeron así unas cuadras donde trajeron seis vacas y dos bueyes, y otra con cuatro yeguas y dos caballos, que domaron en el círculo de la plaza de toros. Lo siguiente fue un biodigestor de donde conseguir energía para las cocinas. Así empezaron no solo a nutrir los campos de abono y a obtener biogás sino a comenzar la rutina al amanecer de ordeñar las vacas, recoger el estiércol y valorar el ciclo de todo en la naturaleza. Fueron después construyendo una represa en el extremo norte del pantano de Valmayor y consiguieron por *open source* los planos de un ariete eléctrico que Unai armó poco a poco. Se convirtió en el «corazón» del sueño: sin otra energía que la propia presión del desnivel del agua, el ariete bombeaba el agua a los aljibes con parecida cadencia y mecanismo con el que los ventrículos bombeaban la sangre en el cuerpo humano. Con los aljibes con agua y el abono animal, fueron preparando con los bueyes tirando del arado tres de las hectáreas donde sembraron patatas y boniatos, maíz y alubias, calabazas, sésamo, muchos tipos de hortalizas y frutales, además de cuevas con champiñones y otros tipos de setas. Lo siguiente fue reconstruir el ayuntamiento, con una gran sala y chimenea donde fueron reuniéndose en asamblea y tomando decisiones. Rehabilitaron «el castillo» y sus seis habitaciones y sala con chimenea y cocina para los cooperantes que empezaron a hospedarse y a compartir sus recuerdos, ideas y propuestas de un mundo sin fronteras.

XXXVIII

LA ENTREGA MÁS HUMILDE

De Cuba a Sierra Leona, noviembre 2014

Buhleve, Elías y Haka-Sibindi, a quien llamaban «Hasi», llevaban ya cuatro años viviendo en el consejo popular del Escambray, en la ciudad de Santa Clara.

Elías se había reincorporado a su puesto de médico internista en el hospital clínico quirúrgico Celestino Hernández. Había nacido tres años después del triunfo de la revolución, hacía cuarenta y cinco años en la villa de Santa Clara, en el centro de Cuba. En aquel año, con el ardor revolucionario que llevó a la campaña de alfabetización y la victoria contra los mercenarios de Estados Unidos en Playa Girón, se creó el partido comunista, como «mediador entre el pueblo y el Estado» y expresión de la «dictadura del proletariado» propuesta por Marx. En su primer congreso se seleccionaba» la vanguardia», se creaban las organizaciones de «masas» y el medio de comunicación «Granma», se constituía el «comité central» y se le otorgaba el máximo poder en el país. Mientras tanto, grupos armados bajo la dirección de la CIA y entrenados en Puerto Rico y República Dominicana, cometían actos violentos por todo el país. Los padres de Elías, de familias humildes, estuvieron implicados en los movimientos revolucionarios. Participaron juntos, su madre embarazada de Elías, en la campaña de alfabetización enseñando a adultos humildes en oriente. Progresaron en sus estudios de matemáticas y de historia en centros de investigación y distintos institutos. Elías creció en la educación de pioneros hacia el «hombre nuevo» con el que soñó el Che Guevara, sobre el cual ya no pesaran formas de dominio alguno ni ser instrumento de otros hombres, en una relación horizontal de solidaridad y no más en la vertical de dependencia.

Eulalio, el padre de Elías, fue compañero del Che en la liberación de Santa Clara. Pronto sintió desencanto por las actitudes autoritarias del partido y su vanguardia sobre lo que Fidel llamaba «la masa». Sentía que la jerarquía del poder económico de Batista y las mafias de Estados Unidos se iba sustituyendo por

otra jerarquía. Si bien era noble en ideas de repartir la riqueza y de solidaridad con los pueblos del mundo, era jerarquía al fin, con líderes, vanguardia y «masa» que debía seguir las consignas y dirección de los «iluminados». Pero, aunque no compartía esas formas, ello no nublaba el fondo de ideas éticas en un mundo en el que el capital de las grandes empresas dominaba las vidas de la mayor parte de los pueblos del mundo. Eulalio quiso aportar, por sus estudios de matemáticas, al proceso de emancipación propuesto por el Che. Dicho camino llevaría al hombre a alcanzar su plena condición humana cuando pudiera satisfacer sus necesidades con una proporción menor de su esfuerzo y evitar así venderse como mercancía. Elías empezó a andar, simbólicamente, en el año en que el Che se fue a África. Dos años después el Che marchó a Bolivia donde acabaría asesinado y con él, pensaba Eulalio, el sueño de la utopía de la bondad sin jerarquías.

Elías estudió en el círculo infantil y después en la escuela primaria Marcelo Salado en la que se integró, como todos sus compañeros, en la organización de pioneros José Martí con el lema «pioneros por el comunismo, seremos como el Che». Como parte del ritual subió al pico Turquino al terminar sus estudios de primaria. Continuó sus estudios en la escuela secundaria básica Capitán Roberto Rodríguez, en honor del guajiro guerrillero, compañero de su padre y del Che, que se dispuso a atacar la entonces jefatura de policía, luego la escuela que llevó su nombre, el día antes de triunfar la revolución cuando fue herido de muerte. Allí conoció a Nélida, de quien pronto se enamoró.

Elías fue bebiendo de las ideas de la revolución y sintiendo el orgullo y el ardor guerrero de enfrentarse, desde una pequeña isla, al imperio norteamericano. La dignidad de expropiar tierras y fábricas a las multinacionales se pagó con el embargo del país del que unos años antes dependía toda la economía. Dichas ideas estaban bien aliñadas con el bienestar que consentía la poderosa Unión Soviética para mantener su bastión comunista a las orillas del Tío Sam. Los cubanos aliviaban el calor tropical con ventiladores Órbita, lavaban la ropa con las lavadoras Aurika, veían el mundo a través de los televisores TVC 388 y conservaban alimentos en neveras también soviéticas. La vanguardia y los internacionalistas destacados eran premiados con un coche Lada, a menudo entregado personalmente por Fidel.

Elías pudo estudiar medicina en la facultad de Medicina de Santa Clara y especializarse en Medicina Interna. Sentía con fuerza las ideas nobles de igualdad social de la revolución y fue líder de la Federación de Estudiantes Universitarios en Santa Clara. Llegó al poco tiempo el Período Especial con la *Perestroika* (Transparencia) de Gorbachov y poco después el colapso de la Unión Soviética. Cuba, casi el único país que se aferró al sistema socialista, rechazó toda tentación de caer en las garras del mercado.

La dependencia del bloque socialista se desveló conforme se fueron agotando el petróleo, la maquinaria, los alimentos y hasta muchos medicamentos

esenciales. Las noches en Santa Clara eran de oscuridad casi total, el agua fresca era escasa y el transporte era en pesadas bicis chinas llamadas «Forever». Pero en medio de tantas penurias prevalecía el humor y las celebraciones de cualquier reencuentro, melodía y lo que fuera para alimentarse.

Elías le contaba a Buhleve como la dignidad, y también la imaginación y el humor, mantuvieron el compromiso de la mayor parte de los cubanos con las ideas igualitarias de la revolución, aún en condiciones de penuria. Las casas de los cubanos se convirtieron en talleres de miles de tipos de inventos. Con el bicarbonato sódico, aún producido en Cuba con el método de más de cien años del belga Solvay, los cubanos fabricaban pasta de dientes con sal y desodorantes con alcohol, aún emanante de los ingenios de azúcar que sobrevivieron. Con los motores de lavadoras Aurika viejas se hicieron ventiladores caseros. Construyeron «riquimbilis», bicicletas a las que acoplaban motores de cortacéspedes. Fabricaban calentadores de agua con latas, maderas y cables; lámparas artesanales de aceite con un tubo de pasta en el centro de un pomo de cristal, una mecha y aceite y hasta antenas de televisión **con d**os bandejas metálicas, amarradas a una T de madera.

A pesar de tanta necesidad se mantuvo heroicamente la educación y la salud universales y gratuitas, se siguieron enviando médicos, enfermeros y maestros por todo el mundo. A finales del Periodo Especial se fundó la Escuela Latinoamericana de Medicina para financiar a todo joven con pasión por ser médicos para los pobres de cualquier rincón del mundo, incluido Estados Unidos.

Llegó luego el hermanamiento entre Fidel y Chavez, y el «rescate» de la economía cubana, tan teóricamente digna como realmente dependiente, por el petróleo de Maracaibo. Para intentar mantener asfixiada la economía comunista cubana, Estados Unidos y después la Unión Europea, empujada por Aznar a la sombra de Bush ante cualquier amenaza a la hegemonía del mercado, endurecieron el bloqueo y la isla se quedó además sin créditos. Aún con el demócrata Clinton, entre los mandatos de Bush padre y Bush hijo, se llevó el embargo a una ley. Después de que Cuba abatiera, sin piedad, las avionetas de Miami de los Hermanos al Rescate invadiendo su espacio aéreo y lanzando consignas por el malecón de La Habana, se endurecieron las condiciones del bloqueo.

Fue en esos tiempos que Elías se enroló en la brigada de internacionalistas para Zimbabue y conoció allí al amor de su vida, Buhleve. Cuando volvieron como familia coincidió el relevo de un Fidel ya debilitado por su hermano Raúl y la tímida apertura al sector privado, casi exclusivamente orientado al turismo. Elías sentía dolor al ver el contraste del turismo con las condiciones humildes del cubano-sin-dólares, eran a veces obscenas. Un paseo de media hora en los taxis suntuosos del sueño americano de los años cincuenta, superaba en coste al sueldo de un mes de cualquier médico.

Mientras Elías se reincorporaba a su plaza, Buhleve se interesó en conocer la Escuela Latinoamericana de Medicina. De forma simbólica, la ciudad de jóvenes humildes de más de cien países del mundo que estudiaban para ser médicos por solidaridad, que no por estatus ni privilegios, sustituyó a la Academia Naval. Médicos en lugar de soldados, vida en lugar de muerte. Una antigua compañera de Elías era profesora en la Escuela Latinoamericana de Medicina e invitó a Buhleve a visitarla. Buhleve quedó maravillada del crisol de culturas y lenguas, todas trenzadas en torno al noble objetivo de aliviar el sufrimiento sin nada a cambio. Se reunió con el grupo de treinta jóvenes ndebeles y shonas de Zimbabue que estudiaban allí. El rector la recibió y le dijo que su libro *Donde no hay especialista* era conocido por los estudiantes de la Escuela Latinoamericana de Medicina y las brigadas de médicos cubanos en muchos países del mundo. Buhleve le dijo que le encantaría colaborar con la Escuela Latinoamericana de Medicina formando a jóvenes de todo el mundo en cómo, a menudo con pocos recursos, dar lo mejor de su saber y sobre todo de su corazón a las personas y comunidades en situaciones más remotas y más olvidadas de los centros que controlaban los saberes y los recursos mundiales.

Unos meses más tarde recibió el nombramiento formal por el ministerio de salud pública como profesora de la Escuela Latinoamericana de Medicina y preparó el contenido de dos asignaturas. La primera la impartiría en el primer año llamada «el diagnóstico de salud de la comunidad», basada en el método que Jonay, NoLwasi y Anwele habían utilizado veinte años antes en Bulililamangwe. Despues preparó otra en el último año, llamada «medicina digna con recursos limitados», basada en su libro *Donde no hay especialista*. Además, ayudaría a los jóvenes ndebeles a aprender español en el curso preparatorio.

Mientras tanto, Hasi acudía al círculo infantil Que siempre brille el sol. Con el comienzo de la revolución Cuba y la campaña de alfabetización de adultos en que participaron los abuelos cubanos de Hasi se instauraron los círculos infantiles donde amas de casa, trabajadoras y muchachas campesinas que venían a estudiar a la universidad daban de su tiempo para transmitir amor y conocimientos a los niños en el lenguaje, las matemáticas, la educación física, la música, las artes plásticas. Había algo en el quehacer diario que carecía de toda relación con el dinero y que dejaba un espacio que Buhleve sentía como de luz y libertad. La solidaridad, el trabajo voluntario y el colaborar a causas nobles sin esperar nada a cambio, se veían en cada esquina. Buhleve sentía una profunda sintonía con las ideas de su añorada Ukuzwana.

Para impartir su asignatura de «medicina digna con recursos limitados» debía recorrer todas las provincias de Cuba pues los estudiantes de la Escuela Latinoamericana de Medicina se integraban desde el tercer año en el sistema de salud por todo el país. Fue conociendo el maravilloso paisaje tropical de más de mil kilómetros de este a oeste y sobre todo el carácter jovial y cariñoso de sus gentes,

si bien a menudo los hombres confundían el afecto con la intimidad y Buhleve mantenía una fidelidad sin fisuras en su amor por Elías.

Por entonces recibió noticias de Lisy, con quien había colaborado años antes y a distancia en la lucha contra Monsanto en Zimbabue y Sudáfrica, la última de su anhelado padre Haka. Lisy vivía en la compañía de un activista por el derecho al agua en Oaxaca, México, y estaba invitada a un congreso de la Asociación Nacional de Agricultores Pequeños, la ANAP, a Cuba. Fue entrañable el encuentro pues habían sabido una de la otra a través de dos hombres valientes y referentes en sus vidas como padres-elegidos, Haka para Buhleve y Fernando para Lisy. Ambos se habían aliado en varias luchas contra el tráfico de armas, diamantes y niños en África. Tras el congreso, Buhleve le invitó a Lisy a recorrer varias provincias mientras daba clases en los hospitales.

Supieron entonces del llamamiento que hacía el Ministerio de Salud Pública de Cuba para reclutar voluntarios en la lucha contra la epidemia del Ébola en Liberia, Guinea Conakry y Sierra Leona, el país natal de Lisy, del que salió hacía más de cuarenta años. Lo hablaron con Elías y decidieron presentarse voluntarias, Buhleve como cirujano y Lisy como traductora, pues aún recordaba el criollo de Freetown y las lenguas nativas fula y temné desde su infancia.

Se entrevistaron con el doctor Jorge Delgado quien les dijo que, a pesar del peligro y las duras condiciones durante la misión, se habían presentado en tan solo tres días casi doce mil voluntarios profesionales cubanos. Seleccionaron a unos cuatrocientos, y Buhleve fue como única cirujana para atender a pacientes y familiares infectados por el virus y con necesidad de cirugías urgentes en los hospitales de campaña que se establecerían. A Lisy la seleccionaron como traductora de las lenguas nativas en Sierra Leona, que aún recordaba.

Siguieron cursos en la Unidad Central de Cooperación Médica, en la que Lisy ya empezó impartiendo clases de inglés a los internacionalistas seleccionados. Buhleve también asistió a encuentros en el Instituto de Medicina Tropical Pedro Kouri para conocer la epidemiología, la clínica y las técnicas de diagnóstico y tratamiento de aquel temible virus, el más letal en la historia de la humanidad. Tuvieron prácticas con el riguroso equipo de protección individual por el que se transpiraba más de un litro de sudor a la hora.

Un mes después volaron en un viejo avión de Cubana de Aviación hasta Freetown, donde fueron destinadas a la unidad coordinadora del programa de lucha contra el ébola. Lisy pudo contactar con sus hermanos Alajie y Tanu, a quienes no veía desde que huyó con su hermana Kadiatu de la tradición de la mutilación genital y de una boda impuesta, hacía cuarenta años. Durante el emotivo reencuentro le dijeron que su padre había muerto y que su madre estaba en Magburaka, su pueblo natal. Había enviudado hacía más de diez años y, según la tradición, había sido casada con el hermano menor de su difunto esposo, el padre

de Lisy. Pidió dos días libres a Jorge, coordinador de la brigada para ir a reencontrarse con su madre. Buhleve se ofreció a acompañarla.

Al llegar a la casa donde vivía su madre en Magburaka, Lisy se abrazó a ella con sentida emoción. Lisy tenía cuarenta años y su madre setenta. Hacía treinta y seis años, la mitad de la vida de su madre, que no se veían y apenas habían sabido una de la otra. Vivía con el hermano de su difunto esposo, quien la desposó, y otras dos mujeres previas y sus hijos. Le había ido afectando la ceguera de los ríos, parasitosis transmitida por una pequeña mosca en los ríos rápidos que corrían hacia las cataratas de Munmuna. Fermentaba cerveza de jengibre que enfriaba en una nevera de keroseno que le compraron Lisy y Kadiatu. Se la vendía a trabajadores de las plantaciones de caña de azúcar cerca de la casa. Lisy, emocionada, se abrazó a su madre y le preguntó:

– Madre, «*Sheke*», «*Yarama*» (saludos en temné y fula), mi corazón tiembla de emoción al verte.

– Hija, desde que os fuisteis he rezado cada día a Allah por vuestra vuelta. Vuestro padre se fue al paraíso sin poder veros de nuevo. Os espera allí confiando en vuestra vida justa.

Lisy sintió en aquella frase el dolor de la espera y cierta recriminación por la huida de las costumbres y por la ausencia cuando su padre falleció. Le dejó pensativa la referencia de su madre a ser «justas», en clara relación con los códigos morales musulmanes que seguía su madre con fe ciega.

No pudo evitar reaccionar expresando también su dolor.

– Madre, nos fuimos por buscar la libertad de nuestras almas. No podíamos ser nosotras mismas con ritos dolorosos y matrimonios impuestos. Kadiatu y yo hemos viajado por el mundo, hemos buscado nuestros caminos y hemos vibrado con la belleza de la vida sin códigos de lo moral o lo justo, siendo valientes a sentirlo desde nuestras almas. Tu hija mayor lucha por los derechos de la mujer en el mundo, y yo por el respeto a la naturaleza.

Su madre se quedó mirándola, al principio con confusión, como sin entender, y luego con una sonrisa plena y profunda se regocijaron del reencuentro en abrazos, cantos, historias y sueños.

Al caer la tarde, Buhleve fue a dar un paseo y Lisy se unió a los rezos hacia la meca de su madre, pensando para sí en la energía del amor y sus muchas formas de expresarse, incluida la religión. Ella no lo compartía, pero tampoco permitiría que ello le ahogara el profundo amor y gratitud hacia su madre.

Cuando Buhleve volvió, ya había atardecido y, tras ver en silencio las estrellas entronar la cúpula de sus vidas, durmieron juntas en la humilde casa de piso de tierra y tejado de palma.

A la mañana siguiente iniciaron su vuelta hacia Freetown con una parada intermedia de dos días que les había pedido hacer Jorge, el jefe de la brigada. Se

trataba del hospital de San Juan de Dios en Mabessaneh, cerca de Lunsar. Se llamaba el hospital de San José, en honor al padre del hermano Ricardo, su fundador, y nombre tocayo con la misión de Zimbabue donde Buhleve vivió la mitad de su vida, desde la liberación por Haka.

En Lunsar habían sido diagnosticados varios casos de ébola. Como era un lugar de referencia en cirugía para la mitad norte y temné del país, Jorge le sugirió a Buhleve que explorara la posibilidad de quedarse allí dos semanas a apoyar en las tareas quirúrgicas mientras también ayudaban a preparar una parte del hospital para el aislamiento, diagnóstico y cuidados de enfermos con sospecha de ébola.

Aquel hospital era mítico para ambas. Buhleve había oído de su padre Haka las historias de lucha contra la guerra cruel y el tráfico de armas y diamantes en la que su padre había ayudado a Fernando, el mentor de su mentor, Jonay. Lisy había escapado de una vida coartada por la religión y las costumbres el día que con su hermana fue atendida por Fernando, quien entonces trabajaba en el hospital de San José, por una extensa úlcera tropical. Además de salvar su pierna también le ayudó en su caminar libre por el mundo, lejos de las cadenas de las tradiciones y las religiones. Siguió a ello la huida en el barco de Thanda, el rescate en los mares canarios, su vida en Eila y sus navegaciones con los padres de Jonay. Su vida, desde hacía ya veinte años, fue derramándose por las comunidades campesinas en lucha por Latinoamérica, donde encontró las aventuras épicas en las que bañar su alma.

Al llegar, ya de noche, les recibió el hermano Manuel Viejo, quien había sustituido a Fernando en los último treinta años. Heredó a la muerte del hermano Ricardo la coordinación de aquel hospital que navegaba, casi ausente del resto del mundo, entre bosques, sabanas y arrozales, y entre los pueblos más pobres y de mayor mortalidad del mundo. A pesar de tanto sufrimiento Lisy y Buhleve sentían las sonrisas más puras y limpias de sus gentes. Durmieron en un barracón de habitaciones ocupados por voluntarios cooperantes. En la misma habitación que ocupó Fernando treinta años antes.

Manuel era un misionero que era conocido en todo el país por su férrea voluntad de ayudar a los necesitados. Tenía casi setenta años y se había unido a la orden de San Juan de Dios hacía medio siglo. Apenas recordaba nublosa su vida antes de ser fraile, como un joven que creció en su Folgoso de la Ribera, en la provincia española de León, a donde volvía cada tres años para cuidar de sus padres. Fue gracias a entrar en la orden religiosa, y quizás en parte por ello entró, que pudo formarse en su gran pasión, la de ser médico para los más necesitados. Y fue así que llevaba cuarenta años dedicado a aliviar el dolor por la enfermedad en misiones de África. Antes de llegar a Sierra Leona había trabajado en un hospital remoto de Ghana llamado Asafo.

Al día siguiente, Lisy visitó familiares en la zona. Buhleve acompañó a Manuel en su jornada del hospital. Le hizo recordar su vida en otro San José, aquel rodeado de sabanas secas y *kopje*s y abrumado por el SIDA, quince mil kilómetros al sur. Visitaron los casi doscientos enfermos en las ciento cincuenta camas, muchas de ellas adaptadas para acoger enfermos sobre mantas debajo de las camas. Buhleve pensó que muchos de ellos tenían síntomas sospechosos de ébola, aunque se habían diagnosticado como malaria. Siguieron con la consulta de unos cien pacientes, muchos llegados a pie desde pueblos remotos y donde Buhleve fue aplicando el protocolo diagnóstico de ébola y formando a los técnicos del laboratorio. Esa tarde, entre tres operaciones en las que Buhleve asistió a Manuel en tratar pacientes con una hernia estrangulada, una rotura uterina y una amputación por gangrena de picadura de mamba negra, fueron habilitando una parte del hospital para el aislamiento y cuidados con equipos de protección que coordinaron para que llegaran desde la sede de Médicos Sin Fronteras en Freetown. Empezaron los cursos para seis enfermeras y una docena de asistentes de enfermería e ingresaron a varios pacientes en los que Buhleve sospechó infección por ébola.

Por la noche, bajo las estrellas, tuvieron una profunda tertulia. Buhleve le preguntó:

– Manuel, llevas cuarenta años en misiones lejos de tu pueblo y de tu familia, ¿no los echas de menos?

– Mucho, claro. Pero he aprendido a sentir mi «familia» en todas las personas que me rodean, y desde hace mucho son mis pacientes y las gentes humildes de África, a las que tanto amo.

Lisy intervino en ese momento:

– Llevamos casi el mismo tiempo lejos de nuestras raíces, yo por el mundo y tú cerca de las mías. Yo, te confieso Manuel, hui de una cultura que ahogaría mi alma por la mutilación genital y los matrimonios impuestos. Sin embargo, he visto lejos de aquí un mundo supuestamente libre de cadenas con tradiciones, pero entregado a las cadenas del dinero y del consumo. Echo de menos la vida sencilla de mi hogar, en el que me reencontré estos días con mi madre.

– Si, Lisy, no existe ningún lugar en el que en nuestra alma encuentra la armonía completa. Nuestras elecciones van buscando la armonía suficiente, con serenidad de complicidades y retos de aquello que no entendemos o no aceptamos. A veces lo que no entendemos lo comprendemos pasado el tiempo, y lo que no aceptamos lo toleramos con el tiempo por la empatía. Pero mejor no pensar mucho en ello. Yo me he dejado llevar por el corazón y aquí estoy.

Buhleve sintió en las palabras y la forma de expresarlas de Manuel, una sinceridad serena llena de luz, y quiso indagar en la luz de su corazón algo que le in-

trigaba en los religiosos, sobre todo desde que Patxi, su tío y alma del «Ukuzwana del Sur», decidió ser libre en el amor.

– Manuel, dime si no te molesta: en ese dejarte llevar por el corazón, ¿nunca has sentido el deseo de vivir en pareja con una mujer, cambiar el voto de castidad por la entrega en el amor pleno de cuerpo y alma?

– Pues te diré, Buhleve. No lo escondo. Hace unos treinta años, al final de mi periodo en el hospital de Asafo en Ghana, conocí a una médica cooperante llamada Anna. Vino a dirigir un programa de salud primaria en un distrito sin apenas vacunación, planificación familiar ni higiene ni mosquiteras. Lo llamaron «Nsoroma», estrellas en la lengua local, twi. Introdujo de forma muy valiente sistemas de educación, prevención y tratamientos que combinaban medicina tradicional con hierbas y alopática con medicamentos que cambiaban las comunidades por cosechas de piñas con una organización holandesa. Vivía con una pequeña chimpancé y sembraba el hospital de alegría y bondad. Aunque la instalamos en la antigua capilla del hospital, quizás con la intención de imbuirla de algo de fe, ella se negaba a rezar las laudes y las vísperas con la comunidad de hermanos, y ni siquiera venía a misa los domingos. Vi en ella bondad, generosidad y belleza. Y me empecé a preguntar si las claves rígidas de la fe y mandamientos del catolicismo dejaban fuera otras formas libres de belleza y bondad que veía constantemente en Anna. Solíamos jugar al frontón contra una pared afuera del hospital cada tarde. Nos gastábamos muchas bromas cariñosas.

Manuel hizo una pausa. Notaron que se emocionaba. Prosiguió:

– Una noche tras nuestras jornadas de trabajo fui a pasear con Anna por el bosque que rodeaba al hospital. Oíamos los gritos de los gorilas, ante los que Lucy, la chimpancé de Anna, se acurrucaba temerosa agarrada a la espalda de Anna. Le fui confesando a Anna mi fascinación por su bondad y generosidad sin códigos de religión, libre y autentica, sin necesidad siquiera de un paraíso exclusivo y excluyente. Ella me confesó su inspiración en mi dedicación callada y mi abnegación a los votos religiosos. Nos miramos y sentí el impulso de darle un beso. No había sentido el calor de la piel de una mujer desde mis tímidos besos con una chica del pueblo antes de hacerme religioso. Anna apartó sus labios y me ofreció la mejilla. Su gesto me lo dijo todo. Fue la última vez que sentí ilusión en unirme a una mujer. Quizás la única. Muchas veces he pensado qué sería ahora de mi vida si Anna no hubiera esquivado aquel beso.

A la mañana siguiente, mientras desayunaban en el comedor de los hermanos, Manuel les dijo que sentía un mareo extraño. Buhleve le acompañó a su consulta, donde esta vez fue él el paciente. Instintivamente se puso mascarilla y guantes. Vio que tenía 39º de temperatura, una erupción cutánea difusa, el pulso era alto y la tensión muy baja. Notó el hígado doloroso. Le tomó muestras de sangre en la que vio un número bajo de leucocitos y plaquetas y de orina en la que se podía comprobar sangre a simple vista. Aún no habían llegado los reactivos

para los test de laboratorio que podrían confirmar la enfermedad, pero Buhleve la sospechó.

Mientras Buhleve fue montando el centro de tratamiento del ébola dentro del hospital y llegaron los equipos de protección para los trabajadores de salud y los tests para el laboratorio. Manuel fue empeorando. Desarrolló debilidad intensa, fuertes dolores musculares, de cabeza y de garganta, y comenzó a tener vómitos, que unos días después fueron de sangre. Buhleve intentó mantener su tensión, hidratación y respiración con sueros y oxígeno, pero empeoraba día a día. Cada día fallecían media docena de enfermos, la mitad de los que diagnosticaban. Montaron una planta incineradora para evitar contagios en los funerales, algo que costó muchas discusiones en contra de los que querían mantener la sagrada costumbre de velar y abrazar al difunto. Hasta con tan solo un hilo de fuerzas, Manuel, unido a un suero, dio charlas a las familias y a las comunidades, del cuidado que debieran tener en no infectarse.

Unos días más tarde, el hermano superior le dijo a Manuel que podrían evacuarle a un hospital en España. Manuel se negó inicialmente pues no quería ningún privilegio frente a sus pacientes. Buhleve le insistió:

- Manuel, te entiendo bien, y yo diría lo mismo. Pero tu vida le es muy valiosa a miles de personas y pacientes que seguro seguirás tratando cuando puedas mejorar. Mientras tú estás fuera yo seguiré a cargo del hospital y te esperaremos bien recuperado para seguir tu noble misión.

Fue el consejo de Buhleve y el «voto de obediencia» lo que le llevaron a Manuel a aceptar el ser evacuado en un avión medicalizado que envió el gobierno de España. Lo hizo con una condición que aceptaron sus superiores: volver a cuidar de los enfermos en Lunsar en cuanto mejorara. Si Dios así lo quería.

Dos semanas después, Manuel falleció en el Hospital Carlos III de Madrid. Hubo quienes en la prensa de España acusaban al gobierno por evacuar a un religioso con dinero público. No sabían que aquel hombre había tratado durante cuarenta años a casi un millón de pacientes pobres, había realizado más de veinte mil operaciones y lo había hecho todo por amor. Dejaba solo unas pocas propiedades: su bata de médico, unas sandalias, apenas ropa de quita y pon que cabía en una pequeña bolsa, una docena de libros -entre ellos loe *Experimentos con la verdad* de Gandhi, el *Manual del cooperante* y *Donde no hay especialista*-, una pala de frontón, una pequeña radio, una vieja cámara de fotos Zeiss-Icon, un reloj Seiko, una navaja de afeitar, una «piedra negra», un fonendoscopio y una caja con notas manuscritas.

Mientras Lisy volvió a Freetown a apoyar a la brigada cubana como intérprete, Buhleve se quedó un mes trabajando en el hospital de Lunsar, como le prometió a Manuel. Luego vino a sustituirla Anna, quien lloraba a su gran amigo Manuel, quien quizás hubiera sido el más fiel compañero. Se preguntaba si habría multiversos y podría volver, por un «agujero de gusano» al que hubiera abierto

si sus labios, se hubieran encontrado, a apenas unos milímetros de cómo fue, con los tímidos y temblorosos del bueno de Manuel.

Cuando Buhleve y Lisy terminaron la misión, se disponían a volver hacia Cuba con escala en Madrid. El superior de la misión de Lunsar, el hermano José María, les pidió que llevaran sus pertenencias para entregarlas desde Madrid a la familia de Manuel que vendría desde Folgoso de la Ribera.

Antes de partir, Lisy recibió una visita en el centro coordinador de la brigada cubana. Se trataba de un hombre temné de unos cuarenta años con una pierna amputada y muletas.

- ¿Lisy Jalloh? Me llamo Saidu Duarte.

Lisy notó que puso énfasis en el apellido Duarte, como con cierto orgullo o para significar que su aspecto bantú tenía también una conexión lejana.

- ¡Saidu! ¡El hijo de Fernando! Cuando nos rescató en el mar me preguntó si quería ser su hermana menor o su hija mayor. Le dije que su hermana, ¡lo que me hace ser… tu tía o tu hermana!

- Sí, conozco bien vuestra historia. Fernando me habla mucho de ti y de tu hermana Kadiatu. A ella sí que la conocí al llegar de Sierra Leona a Eila, pero tú ya estabas por América.

-Sí. Hace ya veinte años que no he vuelto a Eila, me encantaría, sobre todo ver como se ha ido convirtiendo en la isla libre del dinero y rendirle honor a John. ¡Qué triste su muerte!

-Así es. John se quemó con sus árboles milenarios, defendiendo la isla en vida, y con su recuerdo la isla está recuperándose aún más fuerte.

- ¿Y es cierto que allí vivís sin dinero, sin propiedades y sin jerarquías?

- Lo intentamos, Lisy. No es fácil pues desde fuera hay un grupo de los antiguos propietarios de extensas tierras que fueron expropiadas y que constantemente intenta desacreditar y bloquear al movimiento MIEL que se esfuerza en preservar la vida sin cadenas. Pero seguimos muy unidos. Fernando es ahora el sucesor de John. Lleva su gorra de marinero y no hay ningún día que no le dedique una canción al atardecer.

- ¡Qué grandes hombres! La valentía de Fernando y de Haka, la ternura de John y Patxi. Y tantos otros…

- Sí, y lo fueron por tener a maravillosas mujeres tras de ellos. Helen, Umbela, NoLwasi. Ojalá nuestra generación tome firme su relevo.

- ¿No mencionaste a ninguna mujer apoyando a Fernando?

- No, Lisy. A veces tiene compañía, pero desde que se truncó su unión con tu hermana, no volvió a encontrar un alma gemela.

Hubo un silencio. Lisy se quedó pensando. Tras tanta entrega de Fernando nunca entendió bien el rechazo de su hermana, ahora alta funcionaria de Nacio-

nes Unidas y casada ya con un diplomático ghanés. No quería decírselo a Saidu pues sospechaba que Fernando aún la esperaba calladamente. Prefirió cambiar de tema:

– Y cuéntame de ti, Saidu. ¿Qué fue de tu vida desde que llegaste a Eila?

– Pues volví con Fernando y aprendí a vivir en la comunidad de Valentía. Aún con mi única pierna aprendí a bajar a la playa de Arguamul, a subir troncos varados por el mar, a construir porches en la comunidad, a cultivar y a cuidar de las cabras. Fernando me enseñó muchas cosas sobre la medicina y me animó a estudiar la carrera. Pero yo tenía un dolor profundo dentro de mí, Lisy. Habrás oído de los horrores de la guerra en este país. Yo estuve en el epicentro de la crueldad. La sufrí en mi propia carne y también, cegado por las drogas y por el miedo, hice mucho daño.

En ese momento se levantó una manga de la camisa y dejó entrever un tatuaje con forma de serpiente:

– Este signo recuerda a mucha gente aquí mi pasado de guerrillero y las más oscuras tinieblas del dolor. Cuando Fernando me rescató de la muerte y fui consciente de todo el dolor que yo había causado, quise quitarme la vida. Solo fue por el afecto y apoyo de Fernando que seguí adelante. Pero tenía que volver. No podía huir de mi pasado. Tenía que contribuir a la paz de mi país. Supe, por los hermanos del hospital de Lunsar, de un misionero javeriano llamado Chema que dirigía un programa de rehabilitación de niños y niñas soldado. No podía vivir en el paraíso de Eila y dar mi espalda a tantos niños y jóvenes que no tuvieron quien les rescatara del dolor, la repulsa social y lo peor, el rechazo de ellos mismos a su propia existencia. Llevo tres años colaborando en el centro. El mostrarles como yo pude salir de las tinieblas les ayuda, les da esperanza.

Se encontraron con Buhleve al atardecer en Half Moon Beach. Saidu le contó a Buhleve como Haka ayudó a que parase la guerra, aunque poca gente lo supiera. Así eran los verdaderos héroes: anónimos.

La misión cubana de lucha contra el ébola estaba por concluir. De los casi doscientos brigadistas cubanos uno había contraído la enfermedad, fue evacuado a un hospital en Inglaterra y se recuperaba en Cuba donde ya había solicitado ser parte de la brigada médica cubana en Mozambique. Buhleve y Lisy se sintieron parte de un grupo de hombres y mujeres valientes y solidarios, que no pensaban ni medían la vida en dinero sino en servicio y en honor de defender unos valores que el mundo del comercio globalizado intentaba enterrar.

En el vuelo de vuelta Buhleve llevaba de mano la bolsa que debía entregar a un familiar de Manuel en el aeropuerto de Madrid. No pudo resistirse a leer algunas de las reflexiones manuscritas de Manuel. Le había conocido solo durante unos pocos días y había sentido una profunda ternura por él, su humildad, su

entrega, y su sutil y suave, casi tímido sentido del humor. Entre ellas había una que le llamó la atención por cómo comenzaba:

Misión de Asafo, Ghana, 12 de mayo de 1996.

Querida Anna,

Quizás no llegues a leer esta carta porque quizás nunca tenga el coraje de enviártela. Pero siento que, si no saco, al menos de mi alma al papel, este profundo sentimiento, estaré ahogando algo bello en una celda cruel con los vigilantes del pudor, la vergüenza y el miedo. Una vez fuera no sé si volaran estos pensamientos y sentimientos hasta ti, pues no quisiera que te aturdieran ni te doliera oírlos por no poder corresponderme.

Como sabes, yo estudié en el seminario desde niño y vi en la congregación de San Juan de Dios la forma de entregarme como médico a los que más sufren. No había sentido la atracción por ninguna mujer y sentía una plenitud en mi alma al pensar en la vida de Jesús e intentar seguir sus pasos a través de aliviar el dolor ajeno en rincones remotos y olvidados del mundo, como aquí donde nos conocimos, en la selva de los Ashanti.

Mi vida seguía una rutina de vísperas, desayuno comunitario, visitas a salas, consultas, comida de nuevo en comunidad, quirófano, paseo por la selva, laudes y retiro a mi cuarto a meditar en gratitud y dormir. Se repetían los días en una serenidad sin fisuras, en una entrega sin preguntas, en una fe sin dudas.

Y llegaste tú. Con tu insolente alegría, tu irreverente rebeldía, tu entrega a los más pobres no desde la compasión y el sacrificio por la Fe, sino desde la profunda empatía y la felicidad de recibir sus limpias sonrisas.

Esperaba cada día que al caer el sol yo saliese del quirófano y tú volvieras, cubierta del polvo rojizo del camino, de visitar las villas del proyecto Nsoroma. Jugábamos a menudo al frontón un rato y sentía en tu humor y tus bromas un baño de agua pura y libre para mi alma. Entonces siempre te preguntaba: Anna, te apetece dar un paseo, y tú siempre me contestabas: Manuel, me lo voy a pensar. Y a los cinco minutos salías de tu cuarto duchada y lista para pasear. Yo te miraba disimuladamente, sin que tú te dieses cuenta, y veía en ti una belleza libre de códigos y de seguridades, una alegría del entregarse a los más pobres sin un paraíso como premio, solo por sentir en la misma entrega la recompensa. Me fascinaba escuchar tus historias de niña en tu barrio barcelonés, tus aventuras de estudiante, tu pasión por el baile, tu lealtad a tus amigos, tu veneración a tu madre, tu felicidad de estar en África, como decías, acariciada por su humedad, embriagada por sus olores profundos, encantada por sus cantos, embrujada por sus cuentos, fascinada por su magia…

¿Y sabes qué? Me di cuenta que yo quería ser la humedad que te abrazara, los olores que te embriagasen, los cantos que te encantaran, los cuentos que te embrujaran y la magia que te fascinara. Volvía de los paseos a mi cuarto. Notarías, quizás que me llevaba la comida a mi cuarto con la excusa de estudiar cuando en realidad era por temer no poder disimular ante mis hermanos mi fascinación por ti durante la cena. Llegaba la noche y me turbaba

saber que estabas a tan solo unos metros en tu cuarto y que la vida pasaba cada día y cada noche sin abrazarte como se desliza el agua en la mano abierta de un sediento. Y pensaba para mí: ¿es lícito profesar la religión del amor y rechazar el amor más pleno hacia un ser, la fusión del cuerpo y del alma, la entrega de hasta el último átomo a través del último poro? ¡Dios! ¡Cómo te deseaba!

Fantaseaba con unirnos por el amor y trabajar juntos en hospitales remotos del mundo, siempre unidos, teniendo nuestros hijos a quienes brindarles una vida de amor y de entrega.

Por eso este atardecer, a la vuelta del paseo, al cruzar el río, te ayudé a saltar la última roca y quedó tu cara a unos centímetros de la mía. Al intentar robarte un beso de tus labios, pusiste tu mejilla. Hubo un silencio que preferí no escuchar. Mi corazón sintió que tú no podrías ser «mía» pues eras del mundo, y yo, quizás no podría ser tuyo pues era de mi Dios. No quise ya pensar más en esos dos mundos diferentes que se solapaban cada día en un paseo mágico de cuentos y cantos, ideas cómplices y la amistad que no esconde secretos. O casi ninguno.

Pues este secreto quedará en este papel, aprenderé a olvidar ese sueño, seguiré mi camino célibe de entrega a los demás, bebiendo de la Fe y de la inspiración de la vida de Jesús, aunque no puedo prometer que alguna noche imagine que eres mi almohada y te abrace y me entregue siendo mi alma furtiva de mi piel.

Con mi inconfesable amor te deseo toda la felicidad para que tu pasión por la vida contagie a todos los que dé sombra tu ser.

Tuyo siempre en mi silencio

Manuel

XXXIX

LOS HÉROES DE LA TIERRA

Comalapa, Chiapas, marzo 2015

Thanda llevaba ya casi dos años viviendo en México. Se instaló primero en un apartamento de Polanco desde donde subía corriendo la avenida de Chapultepec hasta el trabajo. Compró un viejo bocho, como en Mexico llamaban al Volkswagen escarabajo, color azul celeste, con «quemacocos» (apertura en el techo), y comenzó a explorar la ciudad. A los tres meses llegó Nayra y eligieron una bonita casa en Naucalpan. Recibieron la mudanza de sus pertenencias en Bruselas, sobre todo libros y manuscritos propios que guardaba desde su adolescencia. Una vez instalados, viajaron a España para reunirse con sus padres y visitar Granada, donde le nombraron profesor en la Escuela Andaluza de Salud Pública. Viendo la Alhambra desde un cuarto de la residencia de profesores en el barrio del Albaicín, de la que poco antes Clinton dijo era la vista más bella del atardecer en el mundo, sintieron que comenzaban una fase anhelada de sus vidas. De armonía en un amor que no habían podido sentir antes. Cuando estaban rodeados de tanta belleza, recibieron una llamada desde México informándoles que su nueva casa se había inundado.

Al llegar a Naucalpan comprobaron con tristeza que, a pesar de los empeños de una atenta vecina en poner todos los libros al sol, la mayoría se habían destruido por la rotura de una tubería que convirtió el sótano en una piscina donde se fueron ahogando más de mil libros y manuscritos de toda una vida de lecturas y estudios de Thanda. El dolor duró poco. Sintió más claro que nunca que la pérdida de lo material era un alivio, aligeraba el equipaje y levantaba el alma.

Se trasladaron a otra casa en el barrio de Chapultepec, cerca de la Delegación de la Unión Europea donde trabajaría Thanda los siguientes cuatro años. Thanda y Nayra comenzaron una vida juntos, casi dos años después de sellar su amor en las montañas de Berkeley. Nayra se dedicó a estudiar historia del arte en

una academia cercana y a cuidar de sus hijos, Enkidu y Jerónimo, que volvían a sus raíces mexicanas.

Thanda se entregó con pasión al trabajo, a adentrarse poco a poco en la realidad y proponer proyectos de cooperación en aquel mágico universo desde los desiertos del norte hasta las selvas del sur, desde las tribus tarahumaras hasta los pueblos mayas, las grandes ciudades coloniales y los pequeños pueblos campesinos, todos con sus zócalos, sus iglesias, sus taquerías en las calles, sus carritos ambulantes de tamales, sus mariachis, corridos y rancheras, danzones y boleros, sus mercados de miles de cultivos de todos los colores y olores, de flores, de artesanías con los tejidos mayas, los labrados alebrijes de Oaxaca o las cortezas pintadas del norte, y los tianguis de segunda mano, tan extensos como ciudades enteras.

México era un universo de colores, olores, sabores y sonidos. Pero sobre todo Thanda sentía fascinación por la dulce amabilidad de sus gentes. Embriagaba los sentidos y a la vez dejaba en el aire un halo de misterio, como si cada mexicano guardara, dentro de su alma, un espacio secreto e inexpugnable, como heredero de milenios de dolor y pasión, de esperanza y resignación. Porque en medio de tanta belleza y gentileza latía otro México de dolor, por las más extremas e injustas desigualdades, y la violencia que lo impregnaba todo. En México aquel año murieron más personas por la violencia que en las larvadas guerras de Afganistán, Irak y Sudán juntas. Casi cada día morían violentamente unas cien personas, muchas por ajustes de cuentas entre clanes rivales del narco-tráfico, pero muchas otras por crímenes en su mayoría impunes e incluso en connivencia con la policía corrupta. Y casi otras tantas desaparecían. Cuarenta y tres estudiantes desaparecieron en Ayotzinapa y se convirtieron en el signo de la injusticia impune. Pero en total eran más las que cada día se unían a un pueblo entero ausente de más de más de sesenta mil desparecidos y una gran ciudad de un millón de familiares directos vagando en vida esperando la vuelta de sus seres queridos abducidos por un magma de violencia en connivencia inconfesable con el poder.

En las calles y plazas bulliciosas se mezclaban mexicanos de trajes caros con obreros de sueldos míseros para comer tacos y tamales en los puestos callejeros. También se mezclaban los carritos de vendedores con los enormes coches *suburban* norteamericanos de cristales tan oscuros como lo eran los negocios de sus dueños. Mujeres envueltas en maquillajes, ropas caras, tacones altos, escoltadas por «guarulas» (guardaespaldas), choferes y sirvientas que les llevaban las bolsas de las compras y paseaban a sus perros, niños que vivían vendiendo cualquier cosa en los semáforos, indígenas ancianos mendigando con miradas perdidas, migrantes con espaldas rotas por mochilas y pies reventados por los largos y pedregosos caminos, personas sin rumbo entregadas al pulque, y trabajadores hacinados en las guaguas y vagones del metro durante interminables recorridos por el tráfico de la ciudad de México. Era difícil entender cómo en aquella urbe, la más poblada del mundo, la de jornadas más largas de trabajo y de transporte, la más contaminada y

la más ruidosa, una de las más violentas y desiguales, brillaba en el bullicio la alegría y el arte, el hablar musical y el verbo «cantinfleando», y llegaban a sus orillas cada día más de tres mil personas para quedarse, cual si se tratara de un inmenso agujero negro en el misterioso universo humano.

Thanda comenzaba el día levantándose sin despertador hacia las cinco y media, salía de casa sigiloso para no despertar a Nayra ni a sus hijos en el cuarto de al lado e iba en su bocho a nadar al club náutico, la piscina más próxima que encontró. Decidió cambiar las rutas en bici de Bruselas y los circuitos corriendo por las cuestas de Chapultepec de sus primeros meses en México pues muchos días la contaminación era tal que no era aconsejable el ejercicio al aire libre. Si bien no era partidario de disfrutar de ningún privilegio, más aún sin poder compartirlo, su membresía en aquel club al que Groucho Max se hubiese opuesto, le permitió nadar cada día entre seis y siete de la mañana. Sacaba así su energía y pensaba bajo el agua en cómo mejor afrontar los retos del trabajo. Escuchaba también las tertulias de mexicanos en el vestuario, expresiones de «compadres», mezcla de gentileza, críticas políticas, asuntos de negocios, fanfarronerías viriles y, a veces, confidencias entrañables. Fue así aprendiendo del hablar mexicano, de su amable saludar, de su forma de ver la vida, de su devoción por la familia y por las madres, del sutil racismo de las clases altas, de la fascinación por lo norteamericano, del rencor cariñoso con los gachupines (españoles), de la fe apasionada por la virgen de Guadalupe, de su culto al comer y el tomar, de la devoción por la amada y el desgarro al desamar y de una pasión por vivir tal que hasta se celebraba la muerte y se festejaba y recordaba con alegría a los difuntos.

Seguía su jornada en su oficina y a menudo atravesando la bulliciosa ciudad a reuniones en instituciones del gobierno, de las Naciones Unidas y representaciones internacionales, de organizaciones sociales y de defensa de derechos humanos, de universidades y centros de investigación. Viajó por los Estados centrales del Bajío colonial, del sur indígena, del inmenso Yucatán casi virgen, de la mítica Veracruz, cuna de Nayra, y la frontera norte desértica. Thanda se concentró en estudiar las desigualdades, en uno de los países más injustos de la Tierra. Era un regalo poder convivir con una mujer tan bella y valiente como Nayra y de su mano descubrir tan mágico universo. Podría también descubrir a su familia mejicana fruto de la emigración de su tía. Se propuso aportar ideas, diálogos y proyectos para enfrentarse a la injusticia, a la obscena riqueza de unos pocos y la cruel pobreza de tantos.

Comenzó por relanzar un programa de «cohesión social» seleccionando a un equipo de expertos para animar actividades con gobiernos, plantear reformas de leyes, impulsar proyectos con comunidades, lanzar plataformas de transparencia de las finanzas públicas y proponer sistemas de equidad fiscal y territorial que limitasen las extremas desigualdades.

Pasados unos meses viajó hasta Ciudad Juárez, la ciudad más violenta del mundo durante la última década. Allí pudo conocer los proyectos que coordinaba desde Ciudad de México con organizaciones de defensores de derechos humanos. Pudo hablar con migrantes mexicanos y otros venidos de Centroamérica atravesando México en la «Bestia» y sufriendo toda clase de desventuras para encontrarse con el muro americano.

Obama, en quien tantas ilusiones habían depositado por sus encendidos y poéticos discursos, había mantenido el rumbo nacionalista, imperialista y destructor de los Estados Unidos. Se acercaba el fin de su mandato y había mantenido las llamas de las guerras de Afganistán e Irak, azuzando las de Libia y Siria. Tras ajusticiar por vídeo a Osama Bin Laden había asesinado con drones teledirigidos desde ordenadores en el Pentágono a más de cien personas. Nunca ratificó la convención de los derechos de la infancia ni retiró las tropas y la cárcel de Guantánamo. Pero, además, durante su mandato adornado de discursos emotivos, deportó a más migrantes que nunca antes ningún presidente.

Thanda se entrevistó con una organización que trabajaba en la clandestinidad por estar amenazada por los carteles de la droga y sus sicarios. A través de tres contactos anónimos fue guiado caminando por los barrios fronterizos hasta unas oficinas donde se encontró con una mujer de unos setenta años, una amplia sonrisa que no podía disimular una nube de tristeza en su mirada de donde brotaba una determinación de hacer honor a su nombre frente a los asesinos que ajusticiaban a quien osara denunciar abusos, secuestros, feminicidios y todo tipo de crímenes. Lucha Castro denunciaba sin miedo ni fatiga, día tras día, cómo se perpetraban crímenes contra mujeres, contra indígenas, migrantes y quien alzara su voz, en connivencia con la policía y el ejército.

Con el alma encogida de tanto dolor fue al reencuentro, casi treinta años después, con su tía, la única hermana en vida de su madre. Fue un momento emocionante en el que conoció a su numerosa familia mexicana.

Aurora se había enamorado, sesenta años antes, durante una mañana en la playa del Sardinero en su ciudad natal de Santander, de un joven mexicano que estudiaba los cultivos de olivos para su posible adaptación a las áridas tierras del Estado de Chihuahua. El joven Carlos la siguió gentilmente cortejando por la Gran Vía en Madrid hasta que tuvo que regresar a México al finalizar sus estudios. Las entonces tensas relaciones entre Franco y el gobierno de México, que bajo el presidente Cárdenas acogió a más de veinte mil refugiados republicanos españoles huyendo de la dictadura, y el coste de los billetes hacían imposible otro viaje de ida de Carlos a España y de vuelta juntos a México. Sin otra alternativa que un solo viaje de ida de Aurora al mundo de su amado, y sin saber cuándo volvería, el ya marido de su hermana mayor, Rafael, se casó por poderes con su cuñada Aurora. Rafa bromeaba orondo en su despacho con dos fotos de sendas bodas con las dos hermanas. Así Aurora se despidió de su madre y de sus herma-

nas tomando un vuelo de ida Madrid-México sin saber cuándo o si las volvería a ver. Allí le acogió la familia de Carlos, de origen inglés asentados ya muchas generaciones en Chihuahua, los Barney. Tuvo cuatro hijos, ocho nietos y ya una bisnieta, y era mimada, consentida y muy querida por la gran familia, aunque Aurora vivía con cierta melancolía por estar rodeada de tanta violencia y anhelaba su Santander natal.

- ¡Thanda, qué alegría verte! La última vez que te vi estabas aún por entrar a la universidad. Ya he ido sabiendo por tu madre de tus tiempos en África, en Bruselas y California. ¡Qué bueno ahora tenerte aquí unos años!

- Qué alegría verte de nuevo, tía. Te traigo todo el amor de mi madre y de la familia.

La alegría de Aurora se ensombreció unos segundos y Thanda supuso que era el recuerdo de la muerte de su madre, a quien no pudo ver en sus últimos veinte años. Tal era el precio de vivir lejos, estar lejos a menudo de los seres más queridos incluso en los momentos más trascendentes de la vida y del fin de la misma.

Viajó después atravesando el desierto hasta la ciudad de Chihuahua reflexionando sobre la atribulada historia de aquellas tierras. Tras la conquista española se constituyó el extenso virreinato de Nueva España. Un siglo después se fundó la provincia de Nueva Vizcaya por el colonizador vasco Ibarra y en su centro se fundó la ciudad de Durango, homónima de la ciudad vasca próxima al natal pueblo de Garai de la abuela de Thanda. En torno a unas ricas minas se fundó originalmente el Real de Minas luego Villa de Chihuahua que atrajo a colonos y sus descendientes criollos dotados con las encomiendas de esclavos nativos. A la villa llegaban visitadores del Rey de España a investigar la moralidad, leer heraldos por sus calles y a cobrar los impuestos. También llegaban los misioneros para adentrarse en la sierra tarahumara, aún virgen de evangelización católica. Fue en Chihuahua donde se fusilaron a los próceres de la independencia para un siglo después ser cuna de la revolución mexicana. Thanda sentía que todo en México era mágico y misterioso, también su historia: una independencia que se inició por criollos a favor del Rey de España y que no llegó a ser realmente tal hasta el liderazgo del indígena Benito Juárez, y una revolución de líderes enfrentados entre sí y que traicionaron el verdadero espíritu colectivo y ejidatario de Zapata para poco a poco instaurarse el Partido Revolucionario Institucional, partido que empezó nacionalizando el petróleo con Lázaro Cárdenas para luego ir convirtiéndose en un poder oligopólico, vinculado a las grandes fortunas y al clero, y que se perpetuó durante setenta años en el poder. La «dictadura perfecta».

Con esos pensamientos llegó a Chihuahua donde visitó un proyecto de apoyo a la educación y tratamiento de niños ciegos liderado por una mujer que le causó una profunda huella. Carla Herrera tenía la edad de Thanda. Había nacido también en el seno de una familia con afecto, cuidados y oportunidades,

pero cuando entraba en su adolescencia una enfermedad la fue dejando ciega sin remedio alguno. No se dejó deprimir por que se cerraran sus ventanas visuales al mundo. Abrió todas las demás ventanas e incluso algunas que antes no imaginaba tener. Avanzó en sus estudios y se trasladó a Monterey para estudiar derecho. Quería defender los derechos de los niños con discapacidades visuales y el primer paso era demostrarse a sí misma que podía seguir todos sus sueños abriendo otras ventanas a su alma apasionada. Hizo su tesis con becas en Estados Unidos y acompañó sus estudios de su pasión por el deporte, corriendo maratones y saltando en paracaídas con amigos-guías. Siempre miraba al mundo y a la vida con un optimismo desbordante, se diría que desconcertante. A Thanda le recordó a Javi, un buen amigo y colega de su tiempo de médico residente, quien, habiendo sido víctima de los efectos de la talidomida durante el embarazo de su madre, nació con un brazo corto y el otro y las dos piernas muñones, pero terminó sus estudios de medicina, conducía un coche adaptado y llenaba el hospital de alegría y esperanza cada día. Otro compañero en su estancia en Bruselas, Timo, creció con parálisis infantil y todo su cuerpo, incluido el cuello y los músculos faciales, sufrían de espasticidad y muy baja movilidad, pero se superó al dolor y las limitaciones, acabó sus estudios, sacó su oposición de funcionario, se trasladaba en un triciclo que movía con un pedal adaptado al esforzado movimiento de su brazo derecho y trabajaba siempre con una sonrisa y una palabra de apoyo hacia los demás. Hasta participaba en carreras populares en las que llegaba el último en el tiempo y el primero en el valor y la admiración de todos. El mundo estaba repleto de ejemplos de superación y pasión por vivir.

Carla superó además otro reto más allá de los intelectuales y físicos. Cuando fue descubriendo su sexualidad sintió la unión con una mujer como el baño más plácido y profundo de ternura para sus espíritus, conectados sin el filtro de la razón ni de los prejuicios, con su alma. Se enamoró de Sonia, la mujer que empezó por ayudarle en sus tareas, una palabra llevó a un abrazo, el abrazo a una caricia, la caricia a sentir sus labios unirse, y ello a fundir sus cuerpos en éxtasis que tocaba lo eterno en los rincones más profundos de su alma. Fue así que decidieron formar una familia. Buscaron formas de fecundación de los óvulos de Carla con semen de un banco de donantes anónimos. Pudieron así engendrar en el vientre de Sonia una vida fruto del amor más perseverante frente a todos los obstáculos. Llegaron después tras otro embarazo dos niños gemelos. Eran una familia plena en el amor. Pero se topó con los prejuicios de las élites católicas y clasistas de Chihuahua. Carla era desde niña miembro, con sus padres, del club de campo de la ciudad, donde gustaba de ir a correr por sus campos y refrescarse del calor del desierto en su piscina. Cuando acudió con Sonia y sus tres hijas, les denegaron la membresía como familia pues carecían del certificado eclesial de matrimonio. Carla protestó a todos los niveles reclamando sus derechos como familia, como mujeres, los de sus hijos, y los de la identidad sexual elegida libremente y

compartiendo amor dentro y fuera de la familia. Siglos de visitantes del Rey de España vigilando la moral de las colonias habían dejado mella. En otros tiempos hubieran sido quemadas vivas por la Santa Inquisición. Presentó querellas ante los juzgados locales contra el moralista club de campo y su junta de familias pudientes, propietarias de gran parte de la riqueza de la ciudad. Desestimadas por jueces avenidos con tal nicho de poder, llevó sus querellas a los juzgados en la Ciudad de México y al Tribunal Supremo del país. En todas se topó con el moralismo católico intrincado con el sacro derecho de admisión de cualquier club privado. Pero Carla sabía lo que era luchar contra todos los obstáculos y abrir otras ventanas cuando se cerraban las puertas del poder. Acudió a la Comisión Internacional de los derechos de la mujer en las Naciones Unidas. Usó sus habilidades de licenciada en México y doctora en Estados Unidos para presentar con rigor, lógica y argumentos éticos, la defensa de su derecho como persona a vivir su sexualidad libremente, a formar una familia basada en el amor y a que sus hijos disfrutaran de iguales derechos que cualquier otro niño de cualquier otro tipo de familia. Conoció en Nueva York a Aimsa y a Marta, quienes le ayudaron con los argumentos éticos y el vínculo con la Convención de los Derechos de la Infancia. Ya no era a los ojos de la mustia alta sociedad de Chihuahua la «cieguita buena» sino la «sucia lesbiana». Para la clase pudiente y «mocha» de aquella ciudad Carla ensuciaba las sacras y centenarias costumbres católicas de los colonos y criollos. Costumbres intocables que hablaban de la religión, supuestamente del amor, y demonizaban la sexualidad; que hablaban de la humildad de Jesús y vivían rodeados de lujos; que alardeaban de actos de caridad y mantenían a sus criados indígenas en oscuros aposentos en los sótanos de sus mansiones. Le ayudó en toda su lucha un cura rebelde que acababa de ser desterrado de su lucha a favor de los mayas zapatistas de Chiapas hasta Saltillo, en los desiertos del norte, el obispo Raúl Vera, de quien le había hablado Nayra.

Volvió a Ciudad de México y allí conoció a la hermana de su tío mexicano, Margarita, una mujer ya en sus ochentas y con una determinación extraordinaria a promover la armonía con el medio ambiente. Había fundado una ONG, GRUPEDSAC, que promovía en comunidades, escuelas, universidades, empresas, instituciones de gobierno, agrupaciones sociales, formas de vivir en armonía natural. Fundó dos centros, en el Estado de México y en el Estado de Oaxaca donde se vivía desconectado de las redes de agua, alcantarillado, electricidad, energía y alimentación. Todo se obtenía de las pocas hectáreas de terreno, y todo volvía a la tierra. Thanda le puso en contacto con Aimsa y la red de eco aldeas espirituales para tener a aquellos centros como referencia en formación de formas de autarquía armónica. El esposo de Margarita, Rodolfo, era también un hombre admirable. Se había dedicado al derecho comercial y a buscar acuerdos justos de intercambios para México. A sus casi noventa años viajaba por todas las Américas negociando el acuerdo del Pacífico y renegociando el acuerdo del

NAFTA con los vecinos ricos del norte. Había fundado la facultad de derecho de Chihuahua y era un hombre profundamente respetado en México tanto por su inteligencia y tesón como por su gentileza y sutil sentido del humor. Margarita y Rodolfo vivían también en Chapultepec, y Thanda y Nayra pasaban muy agradables comidas y tertulias hablando de la historia, la política, la economía y el provenir de México y de la Humanidad. La cuestión final era si el compromiso de Margarita por preservar la naturaleza, y con ella el futuro de sus hijos y nietos, era compatible con el sistema económico dependiente de un comercio global de producciones masivas y a escala que iban concentrando el poder del capital en pocas manos a la vez que destruían el medio ambiente. Rodolfo acababa con una mueca socarrona pero una sombra en su mirada que no podía disimular el temor de quizás haber pasado su vida de estudios y empeños en aumentar el comercio global cuando ahora las economías deberían decrecer, el comercio retraerse, y el consumo disminuir hasta hacerse esencial, local y ecológico. Eran otros tiempos para los que sentía que ya llegaba tarde y con pocas fuerzas. Thanda sentía por sus tíos mexicanos la más entrañable admiración.

Unas semanas después Nayra organizó una velada en la casa de las lomas de Chapultepec para que Thanda conociese a más personas comprometidas con la justicia en su mágico México. Tanta belleza no podía mantenerse ahogada por la corrupción de una jerarquía anclada en su supuesto divino derecho a dominar y a abusar de gentes tan gentiles que ni cuestionaban su miseria o ni sabían o se atrevían a hacerlo. A la cena acudieron Lucha y Carla, que estaban visitando la ciudad de México por trabajo; José Luis, un padre jesuita compañero de estudios de Thanda y que defendía los derechos de migrantes en la frontera sur; el poeta Javier Sicilia quien lideraba el movimiento «hasta la madre» contra la violencia en connivencia con el poder y sobre quien Nayra estaba haciendo un documental; el obispo Raúl Vera, quien asistía esos días a una conferencia episcopal en la Ciudad de México y se escapaba con las reuniones de obispos; un economista ecologista llamado Manuel, discípulo de Ivan Illich y líder del movimiento por el descrecimiento, Carmen Santiago, una líder zapoteca que luchaba contra los abusos de las mineras canadienses en Oaxaca, Ricardo Fuentes, el director de Oxfam, un joven mexicano que venía de escribir los últimos años desde Oxford los informes de desigualdad que avergonzaban a los poderosos que cada año se reunían en el pueblo suizo de Davos, Yvonne, una médico veracruzana que luchaba por la equidad en el derecho a la salud, tan fragmentado como rota estaba la sociedad entre alambradas de poder, y lideraba en aquel estado el naciente movimiento de MORENA de Lopez Obrador y sus tíos, Margarita y su afán por la autarquía y Rodolfo, por el comercio justo. A la cena acudió un amigo de Nayra que todos conocían por su pasamontañas negro y su pipa. Se conectaron también por Skype Jonay, Aimsa y Nour desde White Lake, y Adam y Unai desde Navalquejigo y Fernando y Umbela desde Eila. Patxi y NoLwasi desde la misión

de Ukuzwana, Buhleve y Elías desde Santa Clara, no tenían suficiente conexión, pero les mandaron mensajes con ideas, aprecio y afecto. Nayra preparó un exquisito mole negro oaxaqueño y tortillas de maíz, y Thanda ofreció bebida de flor de Jamaica y mezcal artesano de Oaxaca. Escuchaban discretos y absortos los hijos de Nayra, Enkidu y Jerónimo.

Se sentaron en torno al fuego pues aún se hacía sentir el frío del febrero chilango. Carmen, por los antepasados, y Raúl, por la historia de Jesús, pidieron por la bendición de la reunión y sus buenos empeños. Cada uno habló de sus desvelos y estragos. Lucha por las mujeres víctimas de la violencia, Carla por el derecho a ser diferente, José Luis por los derechos de los niños migrantes huidos de la violencia en los vecinos del sur, Javier por la verdad de los desaparecidos, Raúl por el movimiento hacia una nueva constitución, Manuel por la resistencia frente al plan del inmenso nuevo aeropuerto, Carmen contra las mineras que intoxicaban y secaban las aguas y las vidas en Oaxaca, Ricardo contra las desigualdades extremas del país por un sistema justo de impuestos, Ivonne por la transparencia de partidos, sueldos públicos y por la salud universal y terminó Marcos hablando del sueño de un pueblo que ya dejó de creer en naciones y fronteras, en leyes y mandatarios, en las quimeras del progreso de plástico y la absurda y enajenante velocidad de los motores que todo lo llenaban de humo. Thanda les habló a todos de esta manera:

– Gracias por estar aquí. Os diré, como mis hermanos ndebeles en el Kalahari de Zimbabue, que todos para mí sois mis «*mkulus*», abuelos en el saber. Y es el saber de NoLwasi, así lo llaman ellos, el que fluye limpio y valiente de la profundidad del alma, sin códigos impuestos, sin sumisión a lo ya dicho, sin veneración a quien habló más alto o quien esgrime la espada, sin tampoco la soberbia del que neciamente cree poseer la verdad. Todos sois gentes de bien, como todo el mundo lo es, pero además expresáis vuestro latido de amor con valentía frente a las alambradas que rompen las almas y la unión de energías, espíritus diría Carmen, entre todos nosotros y todas las formas de vida. Si nos despojamos de códigos y etiquetas, llegaremos a la esencia de nuestras almas sin miedo que de forma natural fluyan y se amen en armonía. Yo siento que este maravilloso país, limitado ya por fronteras a sangre con el norte imperialista y con los hermanos mayas del sur, está lleno de alambradas que ahogan su alma. Las alambradas entre los criollos blancos, vecinos en este barrio de privilegios, que siguen actuando como los colonos de hace cinco siglos ahora ya sin encomiendas, pero con criadas y empleados, con los mestizos e indígenas sumisos y «a la orden»; y las de hombres machistas y mujeres sometidas; las de políticos que compadrean sus negocios y se encamaran a privilegios de poder y abuso cual derecho divino a gobernar a los demás. Y así hay un México que sobrevive vendiendo tacos en las calles de tráfico y humos, y otro donde los poderosos alardean de lujos y poder en sus mansiones y palacios del poder. Os contaré que como me gustan los números, calculé qué

ocurre con la enfermedad que más quema la vida de los mexicanos: la diabetes. Tiene aquí la más alta incidencia del mundo, en buena parte por estar intoxicados sus cuerpos de la Coca Cola del imperio que ha sustituido al agua limpia de los manantiales. Esa enfermedad pronto afectará a un tercio de los mexicanos. Hacia la mitad de la vida, la diabetes va cerrando las arterias y capilares del riñón, entre otros órganos, y apagando su función de filtro y de limpieza. Como si de beber y comer tanta suciedad ya ni supiera el cuerpo como limpiarla. La mitad de los mexicanos vive sin empleo formal y recibe, como caridad, migajas de su sistema de salud, el seguro popular, que ni podrá ofrecerles diálisis. Sus cuerpos se irán ajando, su corazón agotando y sus pulmones ahogando. La esperanza de vida será de apenas cinco años. Toda una vida de trabajo en las calles y en los campos, en las maquilas y en las obras; no llegará a un descanso merecido, que en todo caso sería de miseria, sin pensión digna ni esperanza en el futuro de sus hijos, bajo tinieblas de violencia, seducidos por el lujo de los narcos o por la bebida para olvidar los sueños rotos, ya sin fuerzas para recomponerlos. La otra mitad puede aspirar si tiene un empleo formal a un tipo de tratamiento parcial, y si sus ingresos no vienen de un salario sino inflados por negocios, esa palabra elegante que describe la especulación de los intermediarios, entonces sus seguros privados sí podrán pagarse cualquier tratamiento y alargar sus vidas intoxicadas artificialmente. Se trata de desalambrar y compartir todo sin propiedades de lo material, sin moralidades de lo espiritual, sin jerarquías que encumbran a unos y someten a otros. Pero, ¿es aún posible la utopía? Quiero que Umbela os hable del decálogo de la red de eco aldeas espirituales, Aimsa de cómo se ha ido extendiendo por el mundo y Fernando de cómo ha ido tomando una bella forma, renaciendo de las cenizas, en Eila.

Después de los relatos a distancia de Umbela, Aimsa y Fernando, siguió la velada con inspiradoras historias, emocionados sentimientos, valientes pensamientos y propuestas de estar unidos y luchar por la utopía que recuperara en esas mágicas tierras la ilusión de la armonía desde mayas a tarahumaras con la Pachamama, del mensaje de amor humilde de Jesús y de los ejidos comunitarios de Zapata. Raúl les contó que le compartiría a su amigo Francisco, ya Papa en el Vaticano, lo hablado aquella linda noche, pues estaban redactando una encíclica, «Laudato si». Inspirada en Francisco de Asís, intentaba redimir a la Iglesia de su historia de alianza con el poder y la propiedad, de sus jerarquías rígidas y monopolios de la verdad y de su connivencia con imperios y fronteras. Pero sobre todo reconocía el tremendo daño desde su orgulloso antropocentrismo, a todas las otras formas de existencia en el Planeta, la Pachamama. También Francisco reconocía la ofensa a tantas personas por sus prejuicios moralistas, absurdas alambradas al amor. Carla, emocionada, dejó caer una lágrima de sus ojos que no veían las cosas, pero sentían la luz del amor, y Raúl se fundió en un abrazo con ella.

Durante sus conversaciones sobre la situación política y económica global, Thanda pensaba en darse con pasión a un movimiento ciudadano por la armonía humana y natural. Moyes y María le mantenían al tanto del movimiento del 15M y le animaban a colaborar en las propuestas políticas para España y para Europa. Después de su intento en las primarias de EQUO para las elecciones nacionales de 2011, el poco interés en las propuestas que hizo para la equidad, y las luchas internas del partido; Thanda se había desanimado a seguir colaborando en la política. Pero Marcos tenía razón: preocuparse por la marcha del mundo sin luchar con nobleza en la política tenía una dimensión de cinismo, que era una epidemia en la sociedad, sobre todo entre los funcionarios de la Unión Europea. Vio que los tres principales partidos que planteaban propuestas de una nueva sociedad más democrática, justa y ecológica, desvinculada de los poderes económicos dominantes, eran Podemos, Equo y el partido X. Había intentado compartid ideas y propuestas con la célula de Podemos en Ciudad de México y a través de una breve correspondencia con su cofundador Carlos Monedero, pero no encontró eco a sus ideas. Mandó una propuesta a los tres partidos para que se unieran en una sola fuerza de ética de la equidad por la transparencia y justicia fiscal de Partido X, los derechos y servicios universales de Podemos y la ecología de Equo. Tampoco recibió respuesta.

En su corto tiempo en México supo de las evasiones y exoneraciones fiscales de la clase pudiente mientras la mitad del país vivía en la pobreza, fue conociendo por Moyes la gran especulación financiera que dominaba el mundo y por Aimsa y Jonay las redes de secretos políticos y su relación con la trama de especulación y destrucción, que Edward, Julian y otros intentaban desvelar y por ello eran perseguidos. La transparencia era clave para aumentar la conciencia social, alentar la ética de la equidad, poner coto al acúmulo obsceno de unos pocos y comenzar a transformar un sistema corrupto. Conoció entonces así la historia de Hervé Falciani, del Partido X.

Hervé era un ingeniero de sistemas ítalo-francés que trabajó como informático en la filial suiza del banco HSBC entre 2001 y 2008 reorganizando su base de datos. Pudo identificar más de cien mil evasores fiscales de todo el mundo. Propuso al banco un sistema para prevenir el fraude fiscal de sus clientes, pero fue rechazado. Pensó en cómo dicha evasión estaba robando recursos a las personas pobres en especial de los países más pobres. Consideró una obligación ética informar a las autoridades judiciales suizas. El banco le demandó por supuesta venta de los datos confidenciales de sus clientes. Fue detenido en 2008. Al demostrar su inocencia y ser puesto en libertad, Falciani escapó a Francia e intentó que el gobierno francés abriera una investigación contra los defraudadores. Suiza dictó una orden de detención internacional contra él y Falciani huyó a Barcelona en 2012 para entregarse a la justicia española dada la ausencia en España del secreto financiero como figura legal. Ingresó entonces en la cárcel de Valdemoro

y colaboró con la justicia española y francesa para la identificación de defraudadores de dichos países, evitando así la extradición. Salió en libertad vigilada, sin poder salir de su piso en Barcelona. En los años siguientes compartió la lista de defraudadores del HSBC con Estados Unidos, Francia y España, que pusieron multas al banco y persiguieron a algunos de los defraudadores incluyendo redes de tráfico de droga y blanqueo de capital y también banqueros, políticos, realeza, empresarios y artistas y deportistas famosos. Hervé desarrolló una herramienta informática para monitorizar las transacciones bancarias a nivel europeo y así poder elaborar un mapa de los flujos financieros que permitiera detectar el fraude fiscal. Fundó el Partido X con el objetivo de imponer legalmente el sistema de control a todos los bancos y entidades financieras.

Thanda veía en la historia de Falciani valentía. El capitalismo, ya en su generación especulativa, estaba podrido. Y los cambios profundos surgían de la conciencia colectiva. Pensó que debería colaborar a despertar esa conciencia de la injusticia de los poderosos y contribuir con Falciani mediante sus estudios de equidad. Decidió unirse al Partido X y entrar en las listas de las elecciones europeas del siguiente mes de mayo. Preparó un sistema de «redistribución ética territorial y fiscal» basado en una sociedad sin dinero. La sociedad justa solo tendría trueques locales en lo vital y transacciones digitales en los nacional y global, con equidad fiscal automática para dirigir la redistribución a la zona ética de la equidad. El sistema de transparencia de Falciani, ampliado a todo el volumen y movimientos financieros, pudiera asegurar los límites de la equidad que Thanda investigaba con pasión.

Llegó la primera Navidad de su etapa en México y mientras Nayra y sus hijos volaban a Berkeley, Thanda viajó a Madrid para reunirse con sus padres y sus hijas. Tras unos días de entrañable reencuentro y la celebración del nuevo año en la casa de Robledo junto a sus padres, sus hijas, Adam, Unai, Moses y María, voló de vuelta a la ciudad de México. Se preguntaba por la contradicción de su sensibilidad y lucha política contra el cambio climático y a la vez sus múltiples vuelos para conciliar trabajo y familia, dispersa por el mundo. Pensaba en el ejemplo de John en Eila y fue fraguando en él el compromiso firme de caminar hacia ese horizonte ético de la armonía natural. Sin ella, todo lo demás era incoherente con la ética de hacer el bien, no solo al resto de la Humanidad sino a todas las formas de vida en el planeta.

En un rincón de la terminal T4 del aeropuerto de Madrid, conectó su ordenador con la wifi del aeropuerto y participó vía Skype en el debate de las elecciones primarias del Partido X, presentando sus ideas y su propuesta.

A la media hora de despegar, el piloto preguntó por megafonía si había algún médico en el pasaje. Thanda, con nostalgia de sus tiempos clínicos, se prestó voluntario. Otros dos pasajeros también respondieron a la llamada, uno era dentista y otro cirujano plástico. Las habilidades, aunque oxidadas por su tiempo

en la Unión Europea, de internista, decantaron que él asistiera a la paciente. Se trataba de una de las azafatas, que estaba tumbada de dolor en el extremo trasero del avión. Thanda la examinó. Vio que el signo de Murphy, dolor al presionar bajo las costillas derechas tras la inspiración profunda, era positivo y sospechó una colecistitis. Pidió el maletín médico de vuelo y encontró cánulas, vías, sueros y Dolantina. Con la ayuda de un compañero de la tripulación, le puso un suero e inyectó la analgesia tras comprobar la tensión, frecuencia y perfusión. Le preguntó al compañero, de nombre Juan, si podría llevarla a algún lugar donde pudiera estar tumbada y él pudiera vigilar su tensión y frecuencia. La llevaron a un cuarto en el extremo anterior del avión, justo detrás de la cabina de los pilotos. Allí dormía normalmente, por turnos uno de los dos copilotos. Juan le preguntó:

– Gracias, Thanda. Dime, ¿es urgente aterrizar para que tenga cuidados hospitalarios?

– No, Juan, creo que podemos mantener sus constantes estables durante el vuelo, estaré atento.

– ¿Quieres pasar a la cabina aquí al lado?

Juan era el comandante del vuelo. A Thanda le sorprendió su sencillez. Ni gorra ni galones, ni trato de usted ni distancia de clases. Fueron compartiendo las historias de sus vidas en la pequeña cabina de apenas tres metros cuadrados y más de ochocientos botones y luces de control mientras Juan pilotaba el Airbus 340 con casi cuatrocientos pasajeros a bordo. La conversación fluía con bella complicidad en ideas y visiones del mundo.

Lo que más le tocó el corazón a Thanda fue saber de una historia de sensibilidad profunda y generosidad humana que le contó Juan. Solía pasar temporadas con su compañera Cristina en una casa que compraron en la bahía de Pollensa, en la isla de Mallorca. Allí había un antiguo y ruinoso hotel por el que Juan sintió intriga. Supo que en 1929 lo fundó Adan Diehl frente al pino que había evocado el poeta y sacerdote Costa i Llobera, muerto unos años antes mientras daba su homilía en la misa.

¡Arriba, oh alma fuerte! Desdeña el lodo inmundo, y en las austeras cumbres arraiga con su afán, verás al pie estrellarse las olas de este mundo, y libres como alciones sobre ese mar profundo, tus cantos volarán.

Aquel pino se convirtió en un símbolo de esperanza para mirar más arriba y puro que el lodo inmundo que ahogaba la Humanidad por su adicción al petróleo y sus luchas por el poder.

Adan Diehl era un poeta nacido en Argentina. Se enamoró de aquella bahía a la que solo se podría entonces acceder por mar y quiso con el hotel perseguir la utopía de un lugar que congregara a creadores, artistas y pensadores, para que

en tal naturaleza y bellos horizontes encontraran con lo mejor de sí mismos y propusieran visiones de armonía para el siglo XX. El crack de la bolsa neoyorquina de ese mismo año y su efecto en todos los rincones del mundo, la clientela bajando o no contribuyendo a los gastos y los bancos desahuciando a Alan de su sueño. A duras penas pudo volver a su Buenos Aires natal y murió en la ruina y ensombrecido por sentir su utopía ahogada en el olvido y anhelando el aire, el mar y los pinos de aquella bahía donde sembró sus sueños. Unos años después un rayo cayó sobre el pino del famoso poema.

Juan, emocionado por esa historia, volvió a Pollensa, puso en un tarro de cristal agua del mar, arena de la playa y acículas de pinos y cedros. En su siguiente vuelo pilotando hasta Buenos Aires, buscó en el inmenso cementerio de la Chacarita la tumba de Alan Diehl. Tras todo el día indagando, en complicidad emocionada con algunos cuidadores de aquella ciudad de mármoles y almas, la pudo encontrar y puso al pie el tarro de las esencias de la utopía de Alan.

Tales eran los gestos que Thanda sentía como más bellos y auténticos de las personas. Los sencillos, sutiles, profundos, callados, anónimos.

No quedó ahí la sincronicidad de esa mágica amistad. Unos meses descubrieron que era primos segundos. La vida, pensaba Thanda, es mágica si se camina con el corazón abierto de par en par a la aventura.

Ya empezaban a florecer los miles de jacarandas en la ciudad de México y Thanda tomó una semana sin trabajo para convivir con José Luis, su compañero de estudios, ahora sacerdote jesuita en una misión de la dura frontera sur de Comalapa. Viajó hasta Tapachula en un vuelo de Aeroméxico y se encontró con Diego, un vasco afincado en Chiapas, apasionado por la bondad y espiritualidad maya, y por la valentía y dignidad del zapatismo. Diego dirigía la ONG Fray Matías de Córdoba, en nombre del monje dominicano que defendió la independencia de Chiapas, luego anexionada por México. Heredó también de Fray Bartolomé de las Casas, la lucha por la libertad y dignidad de los pueblos indígenas frente a los abusos de la conquista española. Diego se había casado con una indígena guatemalteca y conocía bien de los migrantes las razones y rutas, las tragedias y anhelos que, desde Guatemala, Honduras y El Salvador, atormentados por la violencia de narcos y maras, les hacían huir hacia el norte buscando paz, trabajo y algo que enviar a sus familias. Sabía cómo los migrantes ya anhelaban su tierra y su gente desde el primer paso de su viaje de tres mil kilómetros hacia el sueño americano.

Diego se afanaba en que los miles de migrantes indocumentados que llegaban a diario a Tapachula no fueran víctimas de discriminación y de violaciones de sus derechos. Del casi medio millón que cruzaba la frontera, más de la mitad eran detenidos y deportados, pasando antes por los temidos centros de detención migratoria donde les encerraban hacinados. Diego los visitaba con frecuencia para limitar las violaciones de sus derechos. Les ayudaba en las peticiones de

asilo, en buscar atención médica y les brindaba atención psicológica cuando, a menudo, era necesaria. Lo esencial para Diego era intentar que sintieran una mano amiga dispuesta a escuchar, a ayudar, a luchar por su dignidad y su futuro. Diego estimaba que cruzaban la frontera cada año más de sesenta mil menores no acompañados. Los menores eran presas más fáciles de la policía de migración que les perseguía como a conejos asustados y les trataban como a delincuentes devolviéndoles al otro lado de la frontera. Allí decidían si volver avergonzados a sus hogares donde sus familias les habían dado sus ahorros para pagar a los «polleros» el paso de frontera hacia su aventura salvadora. A su vuelta les esperaban las maras y narcos que les amenazaban con venganza y saña. Por eso casi siempre volvían una y otra vez a intentar pasar de nuevo con los mismos polleros a los que habían pagado y que les ayudaban hasta en tres intentos de pasar el río Suchiate. Los que al final escapaban a la policía migratoria y los controles de policía y del ejército, pagados por Estados Unidos, seguían la larga ruta a través de México. Eran a menudo víctimas durante el trayecto de violencia, secuestros y asesinatos. A veces eran obligados a unirse a los narcos. Los niños deambulaban en las calles de Tapachula, Comalapa, San Cristóbal o Tuxtla como boleros limpiando zapatos o como «canguritos» vendiendo chuches por unos pesos para apenas echarse un taco a la boca cada día. Las niñas trabajaban como sirvientas, tratadas casi como esclavas, en las casas de la burguesía criolla chiapaneca. Muchos eran obligados a prostituirse en el callejón del Danubio. Muchos acababan inhalando pegamento para olvidar su triste existencia, delinquiendo y siendo carne de reformatorios. A menudo se iban hundiendo en el mundo de la droga, el crimen y los presidios, sin ya ni poder recordar el color de la esperanza. La minoría que conseguía llegar a Estados Unidos era a menudo deportada o se unía a maras vagando en vana búsqueda de familiares que casi nunca encontraban.

Thanda pasó dos días con Diego compartiendo su trabajo, su consulta de abogado, las visitas a los centros de detención y los centros de menores y las actividades sociales con migrantes pendientes de asilo bajo su apoyo legal. Siguió luego camino en las guaguas fronterizas llenas de comerciantes de frontera, migrantes aturdidos, polleros sin escrúpulos, narcos camuflados, campesinos curtidos, dignos zapatistas y aventureros perdidos, hacia el pueblo fronterizo de Comalapa, donde estaba la misión jesuita de su amigo y compañero de estudios de medicina tropical, José Luis.

Cuando llegó a la misión, José Luis no estaba. Se sentó a esperar en el escalón de la entrada de la casa humilde y en construcción donde vivía José Luis y dos novicios mexicanos. Vio pasar a grupos de migrantes con sus mochilas y caras asustadas y sintió el dolor de una humanidad quebrantada por absurdas alambradas que ya nadie ni recordaba por qué existían. Cuando llegó José Luis se dieron un entrañable abrazo. Apenas tuvieron tiempo de contarse confidencias cuando se reunieron en grupo en Chapultepec. José Luis le contó a Thanda como des-

pués de terminar el curso que compartieron de Medicina Tropical en Barcelona, se fue de voluntario a un proyecto de misioneros jesuitas en Honduras. Sintió en su dedicación a comunidades pobres en la violenta ciudad de El Progreso el sentido del lema jesuita «amar y servir» y decidió hacerse jesuita. Aún sentía extrañeza e intriga Thanda cuando sentía la fe profunda cristiana de personas buenas. Recordaba su pregunta desde niño: «no es posible un Dios de amor con una verdad que solo unos pocos conocen». A la vez, sentía profunda admiración por la entrega de José Luis, discreta, humilde y constante, sin logotipo de ONG ni «marco lógico» de proyecto, sin sueldo ni nada propio.

Durante los siguientes días Thanda le acompañó y ayudó a José Luis en sus tareas de apoyo a los migrantes en varias casas de acogida. La historia de un chico hondureño con quien Thanda entabló complicidad, le dejó impresionado.

Rambo era un chico delgado y fibroso con la cabeza rapada, los ojos tristes, la nariz fina y recta, una sonrisa coja y una actitud inquieta, como en alerta constante. Había nacido con el nuevo siglo en Yoro, Honduras. Perseguido por la Mara Salvatrucha huyó primero a San Pedro Sula y al seguir perseguido por los violentos salió de su país con su hermana menor para sumarse a la caravana de migrantes. La semana anterior había saltado, con su hermana de catorce años, los veinte metros del puente entre Guatemala y México y llegaron nadando hasta Ciudad Hidalgo y luego, huyendo de la policía migratoria, hasta Comalapa donde encontró, perdido, con hambre y su hermanita con fiebre, a José Luis.

– ¿Cómo empezaste la huida, Rambo?

– Una caravana de unos quinientos migrantes que se convocaron por Facebook pasó por delante de nuestra casa. No me lo pensé mucho: metí en mi mochila mis pocas pertenencias y animé a mi hermana a venirse conmigo. A mi madre la avisamos cuando pasábamos por Ocotepeque, a cinco horas de nuestra casa. Pasamos ocho días hasta que pedí prestado un móvil en Ciudad Hidalgo para avisar a una amiga de la familia de que estábamos bien. Nos dijeron que ya no llegaba allí la bestia y recorrimos la frontera huyendo durante el último mes de la policía aduanera y mendigando por comida cada día. Aquí encontramos al Padre José Luis que nos dio refugio. Que Dios lo bendiga.

– Pero dime, Rambo, ¿es tan peligroso quedarte en tu pueblo o en tu barrio para arriesgarte a tantos peligros de migrantes?

– Mira Thanda, cuando tenía 11 años, la Mara Salvatrucha asesinó a mi hermano que entonces tenía diecinueve, por no unirse a ellos. A los 14, la pandilla empezó a «molestarme». Me insistían en que fuera pandillero. Pero nunca quise. Me amenazaron. Seguí evitándoles. Pasé tres años vendiendo lichis y limpiando patios de vecinos. A mi hermana la Mara la quería casar con un pandillero. Poco después tuve que ir a reconocer el cadáver de mi prima de quince años por quedarse con el dinero de una extorsión de su trabajo vendiendo panes. El cuerpo estaba boca abajo, colgado de una valla, con la cara desfigurada. La reconocí por

un tatuaje. Hace dos meses sin ya encontrar trabajo para comer, acepté llevar unas armas de una casa a otra dentro de su barrio, la colonia Reyes Caballero, en San Pedro. La Salvatrucha me pagó y me presionó a unirme y tatuarme. Cuando ya me habían rapado la cabeza escapé. Ya no podía más. Se lo dije a mi madre que ya de tanto dolor ni habla, solo me mira con tristeza.

- ¿Y a dónde quieres ir ahora?

- Quiero seguir hasta Estados Unidos, Thanda. En cuanto a mi hermana le baje la fiebre nos vamos andando hasta Arriaga y nos subimos a la Bestia. Sé que Dios nos va a proteger. No puede ser que permita tanta tristeza y calamidad en una sola familia. Cuando llegue a Estados Unidos, voy a lavar coches y con lo que ahorre venderé *hot dogs* por la calle, luego compraré una moto para llevar encargos, y conseguiré pagarle a mí hermana los estudios de médico y a mi madre traerla con nosotros. Mi «diosecito» nos va a proteger.

Thanda quedó conmocionado de tanto dolor. Cómo era posible que un Dios, si existía, del amor, permitiese tanto dolor a unos y tantos privilegios a otros. Generación tras generación. Pensaba en sus amigos ndebeles que dirían: «¡Despierta Mkhulumkhulu! ¿No ves que estamos sufriendo? ¿No puedes hacer nada con todo tu poder?».

Como la de Rambo, conoció muchas otras historias de migrantes y oyó de otros asesinados o desaparecidos. ¿Qué podría hacer desde su vida privilegiada y su trabajo influyente? Le dio lo que pudo sacar de un cajero a Rambo y su hermana y les dijo que cuando llegaban a Tijuana contactaran a una amiga mexicana de su tiempo en Berkeley, Ana Lucía, trabajaba dando de su dulce alma en ayudar a migrantes a solicitar residencia y abrigar esperanzas. Antes de volver se unió a una manifestación indígena zapatista que protestaba por la corrupción y violencia del Estado. Mientras volvía a Ciudad de México pensó en una propuesta que haría a la Unión Europea y al gobierno de México. No podía olvidar los rostros de Rambo y su hermana y de tantos otros niños. Pensaba que, verdaderamente, junto a los huérfanos del SIDA en África, eran los más claros ejemplos de, como le gustaba decir, «héroes de su propia historia». Si había un Dios justo, ellos debían ser los herederos de una Nueva Humanidad y guiarla hacia horizontes de luz y de paz.

Habló con el embajador, Andrew, un londinense que llevaba cuarenta años trabajando en la diplomacia inglesa y europea por Asia, Medio Oriente y América. Andrew tenía un gran corazón, pero a la vez había ido, como casi todos sus colegas en la Unión Europea, acumulando un peso de escepticismo ante lo que desde el trabajo podía hacer por un mundo más justo. Entre los funcionarios, a menudo el escepticismo evolucionaba hacia cinismo, algo que a Thanda le entristecía ver. En el caso de Andrew y muchos compañeros de buen corazón, se iba instalando en sus almas un hondo sentido de frustración por no poder cambiar las reglas de un juego cruel e injusto en el que les había tocado jugar en el lado

ganador. Había recorrido con Andrew el estado de Chiapas yendo de proyecto en proyecto agasajados por el clan del gobernador Velasco, un joven de una familia pudiente que, como tantos, aprovechaba su poder para enriquecerse sin escrúpulos.

– Andrew, he estado en mi tiempo libre conociendo mejor la frontera sur. Cuando vamos en visita oficial pintan todo de rosa y no nos dejan ver la realidad.

– Ten cuidado, Thanda, eres un diplomático, no puedes tomar riesgos ni posiciones que no nos vengan aprobadas desde Bruselas.

–Andrew, sabes que lo que estudio, escucho e intento proponer, es en defensa de los derechos humanos. La Unión Europea no ha firmado la convención de los derechos de los trabajadores migrantes y sus familias, pero sí defiende la convención de los derechos de la infancia. Lo sé bien porque yo coordiné la redacción de la política exterior de sus derechos.

– Dime, Thanda, sé que lo haces todo con un buen corazón. ¿Qué has visto y qué propones?

– He visto a niños migrantes huyendo de la violencia más terrible en Centroamérica y ser perseguidos como criminales por la policía aduanera para devolverles a sus orígenes donde les espera una muerte segura. No podemos cerrar los ojos ante ello, Andrew.

–Thanda, mira Europa también, como los migrantes se ahogan en el Mediterráneo. Europa no apoya un mundo sin fronteras sino «flujos migratorios regulados».

–Pero Andrew: ¿qué regulación puede tener una familia siria huyendo de las bombas fabricadas en Francia o Estados Unidos, o un joven de Malí huyendo del hambre y la sequía que el cambio climático provoca, o una mujer palestina bombardeada por Israel? Sesenta mil niños huyen desesperados cada año de Centroamérica. La mayoría es deportada, o secuestrada por los narcos, o deambula mendigando en las calles… se me parte el corazón…

– Y dime, Thanda, qué propones, ya estamos ayudando a varias ONGs. Por cierto, me han llamado de la secretaría de Relaciones Exteriores diciéndome que te han visto en manifestaciones zapatistas con esas ONGs que apoyamos. No supe que responder.

– Diles que somos funcionarios, pero que tenemos cerebro para pensar y corazón para sentir, Andrew. Era una manifestación pacífica que pide diálogo y paz.

– Bueno, dime qué más podemos proponer, Thanda. Sabes que aprecio tus ideas, pero pienso que este no es tu sitio… aquí tenemos que callar demasiado.

– Te propongo que estudiemos cómo sería un espacio de libre movimiento de personas entre México y Centroamérica. Son pueblos hermanos mayas. Entre Guatemala y Chiapas hablan las mismas lenguas, y creen en los mismos dioses. Tienen mucho más en común entre sí que los chiapanecos con los norteños de

Chihuahua, a donde en su inmensa mayoría nunca irán y si fueran ni entenderían como viven. La unión de pueblos de Centroamérica y México, en un espacio común, tienen mucho más sentido que la Alianza del Pacífico que apoyamos solo por intereses comerciales. En un mundo que debe comerciar menos, no más. Nos ahogamos ya en humos y destrucción de la naturaleza, Andrew… Dime: ¿qué sentido tiene estar apoyando el diálogo de México con Chile, a diez mil kilómetros de distancia para un espacio libre aduanero de bienes y personas y no querer hacerlo entre Chiapas y Guatemala? Propongamos un espacio tipo Schengen en Mesoamérica, Andrew. Schengen en Europa, con Erasmus y el libre movimiento de personas entre países ha traído prosperidad, armonía, empatía y sentido de solidaridad. Tú siempre lo defiendes en tus discursos. Promoverlo salvaría muchas vidas.

- Bueno, escríbeme un proyecto para explorar todo lo que ello supondría, aprendiendo de cómo lo hicimos en la Unión Europea.

Andrew sabía que tal idea era una línea roja marcada por Washington ante México. Obama en la Casa Blanca dictaba y Peña Nieto en Los Pinos obedecía.

Thanda estudió todo el marco legal, regulatorio, aduanero, estadístico, económico y de coordinación de servicios sociales, sanitarios, transportes, impuestos y otros asuntos transfronterizos que fue permitiendo el espacio Schengen en Europa. Preparó una propuesta en varias fases, comenzando por México y Guatemala para seguir con los demás países de Mesoamérica y luego continuar hacia Sudamérica donde mantenía contactos con gente próxima a Lula y a Mujica que podrían ayudarle a estudiar y planear el sueño de un continente sin fronteras.

Mandó su propuesta a Andrew, quien le pidió que fuera Thanda quien la enviara a la dirección de cooperación y del servicio diplomático exterior de Bruselas. No hubo respuesta. Unas semanas después recibió un email anónimo a su dirección privada:

«Thanda, no muevas más lo del Schengen mesoamericano. Tus argumentos humanitarios se topan con la geopolítica y las concesiones de Bruselas a Washington. Pueden terminar tu contrato y no darte otro puesto más. Sigue luchando a favor de las comunidades, pero no te metas con las fronteras del poder, te lo dice un amigo».

Ese día volvió triste a casa. Nayra estaba, como siempre, jugando, haciendo los deberes de la escuela y hablando con el padre de sus hijos por Skype. Thanda lo entendía y a la vez echaba mucho de menos a sus hijas, ya adolescentes y volando en sus vidas. Subió al tejado con su guitarra. El día era claro y se adivinaba el volcán del Popocatepetl. Ya se iba poniendo el sol. Cantaba «A desalambrar» con lágrimas en los ojos. Subió Nayra. Era tan bella…

- ¿Qué te ocurre Thanda?

- No sé si estoy donde debo estar, Nayra.

XL

LA HUMANIDAD HACIA EL ABISMO

De Nueva York a París, otoño de 2015

Thanda había recibido una carta de su amiga Paula. Ella dirigía Médicos Sin Fronteras cuando él formaba parte de la Junta. Ahora trabajaba en el barco Aquarius rescatando de ahogarse en el Mediterráneo a migrantes escapando de hambre y de guerras en África y del Medio Oriente, entrelazadas con los intereses de occidente y a cuyos bandos Europa vendía armas. Thanda veía cada vez más claro a un Consejo de Seguridad con poder sobre el resto, acaparando el poder nuclear y vendiendo la mayor parte del armamento para azuzar guerras por todo el mundo. El Aquarius había rescatado ese año a más tres mil náufragos. Thanda le dijo que quería irse en navidad a navegar en rescates mientras los compañeros a bordo podían ir a pasar las fiestas del amor con sus familias. Paula le envió la foto de un niño que representaba la realidad de muchos miles.

El cuerpo del pequeño Aylan Kurdi, de tres años de edad, había aparecido muerto en la playa turca de Bordum. Thanda investigó su historia con un nudo en la garganta y los puños cerrados de dolor y rabia. Aquel niño nunca supo en su corta vida lo que era la paz. Tampoco supieron de una vida en paz ni su hermano Galip, muerto a los cinco años, ni cientos de miles de niños para los que el sol era el fuego y la lluvia las bombas. Aylan y Galip procedían de la ciudad kurda de Kobane, una población de Siria fronteriza con Turquía que sufrió violentas luchas entre el Estado Islámico y la guerrilla kurda, ambos armados hasta los dientes por Estados Unidos. La familia de Aylan decidió huir a Turquía, como otras trescientas mil personas durante ese año. Una vez en Turquía, fueron alojados en un campamento donde compartieron una tienda de campaña del ACNUR con otras tres familias. Recibieron una tarjeta por el gobierno con la que podían sacar hasta el equivalente a diez dólares al día de los cajeros de los bancos, como ayuda a su condición de refugiados. La tarjeta tenía un logotipo con la bandera de la Unión Europea. Thanda supo por sus amigos en ECHO, que la agencia de ayuda

humanitaria europea donaba mil millones de euros al año al gobierno autoritario de Turquía para retener a los refugiados de Asia y del Medio Oriente y que no se acercaran a las costas europeas. Allí en Turquía el padre de Aylan, Abdullah, pidió asilo en Canadá, donde vivía su hermana. Pero su solicitud fue denegada. Desesperados por unas condiciones de miseria y sin futuro, y hostigados como parias y traidores kurdos por el gobierno de Turquía, decidieron probar suerte cruzando el mar. La familia zarpó en un bote con otras diecisiete personas en la playa de Bordum para llegar a la isla griega de Kos, a tan solo seis kilómetros. Empezaron a remar y apenas a quinientos metros de la costa el bote empezó a hacer agua. Con el miedo empezó a cundir el pánico. Algunos se pusieron de pie y el bote volcó. Abdullah intentó sujetar por las manos a sus dos hijos, pero se le escurrieron y los vio hundirse. Era ya de noche y saltó a buscarles desesperado en la oscura profundidad. La barca naufragó. Perdió de vista también a su esposa. Les siguió buscando desesperado y sin fuerzas para llorar ni para gritar. Sentía por un lado el deseo de irse con ellos en esa oscuridad misteriosa y cruel. Pero a la vez se propuso ser fuerte y sobrevivir pues tenía que gritar al mundo el dolor de su familia y luchar por la justicia en el recuerdo y en el honor de su familia. Solo Abdulah sobrevivió. Logró nadar hasta la costa aún con la esperanza de encontrar a su esposa y sus hijos. Habían acordado reencontrarse en un lugar de encuentro si algo les separaba. Pero no encontró rastro de ellos ni allí. Ni en la costa cercana ni en los hospitales que recorrió desesperado. Dos días después apareció el cuerpo de Aylan sobre la arena de la playa de Bordum.

Thanda recordaba constantemente la historia de Aylan y su familia. La imagen de Abdullah intentando asirse a las manos de sus hijos que escurridizas se las llevaba el mar se parecía a su sueño de la barca en el mar con sus hijas alejándose. Sintió una honda añoranza de sus hijas. Nayra tenía una conexión profunda con sus hijos y en ello mantenía la complicidad y armonía con el padre de ellos, algo en lo que no podía, ni quizás quería, penetrar Thanda. Pero a la vez se sintió egoísta, vivía privilegiado y seguro, sentía de sus padres y de sus hijas el cariño en la distancia, la ternura y pasión de su compañera Nayra con la que compartía ideas y luchas, cientos de amigos y recuerdos en tantos lugares del mundo, y desafíos por los que luchar. Había algo en la ternura inocente del amor de los niños a sus padres que añoraba profundamente, quizás por haberse truncado con su divorcio, quizás por verlo en su casa entre Nayra y sus hijos, quizás porque su alma necesitaba esa bella caricia en un mundo tan cruel.

La historia de Aylan le hacía ver aún más claro que nunca, que debía luchar contra las fronteras. Absurdas, artificiales y crueles. Incompatibles con los derechos humanos universales. Así lo dijo en varios discursos ante el gobierno, Naciones Unidas y la sociedad civil en México. Propuso refundar una Europa basada en el amor, los brazos abiertos, compartir la tierra y el alimento, y el co-

nocimiento armónico con la naturaleza. Aylan inspirando lo que nunca debería volver a ocurrir. Y Eila el camino a seguir.

Aylan, Eila, Europa… «*Eylania*»: mandó una propuesta a miles de compañeros en la Unión Europea, lanzó una solicitud de firmas en la red Avaaz, y habló de ello con pasión a Andrew. Sabía que le entendía y sentía lo mismo en el fondo de su corazón, pero las manos de los diplomáticos están atadas con lazos de oro y sus palabras dictadas por el poder y suavizadas por las no-verdades. Apenas una docena de amigos le apoyaron. Ni siquiera fue escuchada su propuesta de diluir con el espíritu de Schengen la frontera sur de México entre hermanos mayas de Chiapas y Guatemala. Otro ejemplo de que lo que valoraban para los europeos no lo proponían para los demás. Mundo de alambradas. Mentales y físicas, espejos unas de otras.

Esa noche cantó en el tejado de la casa de Chapultepec los versos dedicados a la poeta argentina Alfonsina Storni quien atormentada con el dolor de un cáncer se entregó al mar: «Por la blanda arena que lame el mar, su pequeña huella no vuelve más…»

Era ya el otoño del 2015, la fecha en la que la Agenda del Milenio debía haberse cumplido. Se convocaron a líderes de todo el mundo a la Asamblea General de las Naciones Unidas para acordar una nueva agenda hasta el 2030, la Agenda de Desarrollo Sostenible. La red de eco aldeas espirituales ya contaba con casi diez millones de miembros en más de veinte mil eco aldeas de cien países y adquirió estatus de «organización asociada» con voz, pero no voto, en la Asamblea General. Aimsa había discutido durante el último año con muchos grupos de trabajo formados por representantes de países y de agencias de Naciones Unidas el informe de lo conseguido de las metas del 2015 como las propuestas de la agenda 2030. Sentía un cansancio vital al asistir durante horas a larguísimas discusiones y discursos tan vacíos y tan hipócritas que se sentía sucia siendo parte de aquel circo. Pero tenía que perseverar, para intentar cambiar las cosas desde dentro y también representar con fuerza la voz y la visión de la red de eco aldeas espirituales en cuya inspiración creía firmemente como la única esperanza de la Humanidad.

En las sesiones de Naciones Unidas no había ningún país que no alardease de sus empeños o sus resultados o atribuyera a la falta de cooperación el no haber progresado en sus metas del milenio. Tampoco las agencias de Naciones Unidas y las más de cien organizaciones asociadas destilaban ningún retazo de autocrítica o humildad. Era un patético circo de vanidades ante un mundo que colapsaba en dolor y destrucción.

El Banco Mundial había definido en 1990 el umbral de la «pobreza absoluta»: la mayoría de los países definían sus «umbrales de la pobreza» por los costes mínimos para la nutrición, ropa y alojamiento, emanados desde 1945 con el artículo 25 de la declaración Universal de Derechos Humanos sobre «el nivel de vida adecuado». Funcionarios del Banco Mundial se reunieron en un hotel

lujoso de Manhattan y revisaron las líneas de pobreza de los países de más bajos ingresos. Hicieron una media y redondearon la cifra a «un dólar por persona al día». Por encima de esa línea las personas «ya no eran pobres». Al concluir su histórico informe hicieron sus maletas y pagaron sus facturas del hotel, a cargo del Banco Mundial, por más de mil dólares cada uno en tres días. Los expertos que acordaron ese nivel que definía lo que era pobreza y lo que no, cobraban un dólar por cada dos minutos, poco más que lo que tardaban en repetir «nuestra organización está comprometida en la lucha contra la pobreza». En ese mismo año el umbral de la pobreza en Estados Unidos era de veinte dólares cada día. La vida tenía diferente precio según donde uno naciera. Thanda relacionó esos conceptos tan estruendosamente desiguales y descaradamente injustos con el precio a la vida que había estimado cuando tres años después de fijar la línea de la pobreza, el mismo Banco Mundial en 1993 puso precio a un año de vida en países «pobres» por sus «intervenciones verticales eficientes»: 50 dólares. Mientras tanto, los países ricos sí decidían otros costes de su salud pública y de seguros privados que equivalían a veinte mil dólares por año de vida saludable. Así era el valor de la vida humana según el lugar de nacimiento. Todo estaba relacionado: el poder, las diferencias, la riqueza vestida de caridad perpetuando paternalistamente la pobreza. Lo más triste era ver a países y comunidades pobres alabando en gratitud a las migajas del poder y del filantro-capitalismo de la salud. El uno por el capital y políticas de los bancos, de ellos uno menor llamado «mundial», y el otro, con Gates, Slim y las fundaciones de las corporaciones farmacéuticas a la cabeza, dominando la Organización Mundial de la Salud.

Diez años después, poco antes de que Aimsa llegara con Jonay y Nour a Nueva York desde Ukuzwana, unos diez mil funcionarios y diplomáticos venidos de doscientos países del mundo se alojaban en lujosos apartamentos y hoteles de una de las ciudades más caras del mundo. Allí, desde el altar de la abundancia, decidieron que el objetivo de todos los países debería ser «reducir la pobreza» -de menos de un dólar por persona y día- a la mitad, y así la proporción de pobres, desde 1990 a 2015. De nuevo lo decidían personas que cobraban unas mil veces más cada día. Y tenía un ingenioso truco detrás: la tasa de inflación y su consecuencia en el valor del dinero hacían que en el periodo de veinticinco años la proporción de pobres iría bajando si bien la pobreza relativa -diferencia entre ricos y pobres- no cambiaría o incluso aumentaría. Éxito seguro.

Otros indicadores parecían haber mejorado. La proporción de niños de bajo peso para su edad había descendido, pero se veía que aumentaba el sobrepeso por la comida basura promovida por la agroindustria. La cobertura de educación primaria también aumentó, pero: ¿qué era lo que estudiaban los niños del mundo? ¿Competir en la selva del mercado libre? Aimsa pensó en la rebeldía de Nour ante la educación impuesta. Sí que habían aumentado el acceso a agua potable, letrinas y energía, aunque el mundo agotaba los recursos naturales, incluidas

las fuentes de agua dulce, y el acceso a la energía era a costa de deforestación y de aumentar las emisiones de carbono hacia el desastre climático. Además, si se quitaban los datos de China, una sexta parte de la población mundial y donde el crecimiento económico de su capitalismo centralizado había sacado de la miseria extrema a cientos de millones lanzados al consumo desenfrenado, la foto del mundo no era tan halagüeña. En cuanto a los indicadores de salud, selectivos para ciertas edades y enfermedades y que Thanda cuestionó en su entrada en la Unión Europea, había disminuido la tasa media mundial de mortalidad infantil, aunque a la mitad y no en dos terceras partes como acordado. También descendió la mortalidad materna, si bien aún más lejos del plan de descenso de tres cuartas partes. Era difícil saber si se habían «revertido», como rezaba la meta, las epidemias de malaria, tuberculosis y SIDA, a pesar de que, según le contaba Thanda, dos terceras partes de la cooperación internacional se destinaron a esas enfermedades, causa de apenas una de cada seis muertes prevenibles, casi olvidando al resto.

La Humanidad en el cambio del milenio, también arbitrariamente definido según el nacimiento de Jesús -y hasta con error en los cálculos-, seguía sufriendo de enormes desigualdades. Más de la mitad de las personas sufrían carencias vitales para vivir de forma digna. Aimsa y Thanda habían preparado, con los datos recogidos por Thanda durante su tiempo en Berkeley, un análisis que demostraba que «no había razón para la complacencia». Fue ignorado. A Thanda le llamaron la atención, otra vez, en Bruselas por pronunciarse en opiniones que solo deberían darse desde la alta jerarquía. Prefirió jugar un «bajo perfil» y enviarle a Aimsa datos y análisis para influir en otro tipo de agenda para el 2030 menos arbitraria y donde Thanda con sus análisis de equidad y Aimsa con la visión de las eco aldeas pudieran influir en metas de mayor armonía humana y natural.

Aunque fue muy reacio a asistir, Aimsa insistió en que Fernando participara en la Asamblea General de las Naciones Unidas, representando a Eila como el símbolo más avanzado de la red de eco aldeas. Ya tenía casi setenta años. Lisy, después de su misión en Sierra Leona, decidió volver con Saidu a Eila para reunirse con Fernando. Por entonces llegó el mensaje de Aimsa a Fernando adjuntando una invitación formal para hablar en la Asamblea General y después en un evento llamado «De Nueva York a París: por la vida en el Planeta». Lisy le animó. Umbela también. Finalmente, Fernando sintió con honor y responsabilidad la gorra marinera de John que llevaba siempre puesta y aceptó. Prepararon al barco varado de John, Satia, con la ayuda de Martín, quien se quiso unir a la travesía.

Fernando sintió un cariño entrañable de Lisy, quizás más sensible tras su experiencia en Sierra Leona, al pensar en el valor que tuvo para rescatarlas. Sentía la necesidad de tener un padre con quien compartir sus anhelos y sus temores.

- Fernando, ¿recuerdas qué me preguntaste cuando nos rescataste en el mar, hace ya más de treinta años?

-Sí, Lisy. Te pregunté si querías ser mi hija o mi hermana menor. No me dijiste nada. Y el desamor con tu madre distanció nuestros caminos, pero sigo sintiendo enorme cariño por ti.

- Fernando, quiero ser tu hija.

Se abrazaron emocionados.

Fernando, Martín y Lisy navegaron durante el mes de agosto y llegaron a Nueva York. Martín se fue con Jonay y Nour a White Lake. Estaban creando un santuario de caballos salvajes en el bosque de Bethel. Lisy se fue con su hermana Kadiatu, quien vivía con el embajador de Ghana antes las Naciones Unidas.

Thanda compartió por entonces sus análisis e informes de Berkeley, que nadie en Bruselas se había interesado en leer. En ellos demostraba que la equidad entre países y dentro de ellos era la clave para entender y medir las desigualdades injustas. Cuestionó las líneas de miseria extrema y constantes en el tiempo, que proponía el Banco Mundial. Intuía que dicha institución estaba realmente más pendiente de allanar el camino para los negocios de las grandes corporaciones de sus países miembros más influyentes y en especial Estados Unidos, con el privilegio de siempre nombrar a su director, que de verdaderamente aliviar el sufrimiento por la marginación injusta de la gran mayoría. La causa de la injusticia no era otra, argumentaba Thanda, que la riqueza obscena de unos cuantos países que concentraban gran parte del capital y que dominaban tanto Wall Street como las políticas del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional.

Les envió informes a Aimsa y Fernando, que demostraban que el umbral de una vida digna, basado en los ingresos mínimos para disfrutar una esperanza de vida digna que era factible para todos y sostenible para las nuevas generaciones, era de al menos diez veces la línea de pobreza del Banco Mundial. Les compartió evidencias también que, entre la línea de la pobreza y el umbral de dignidad, vivía casi la mitad de la Humanidad sin posibilidad de una esperanza de vida digna y saludable, y que se traducía en dieciséis millones de muertes en exceso cada año, innecesarias e injustas, ignoradas por las agendas y agencias internacionales desde sus torres de marfil. Pensó que era, simbólicamente, casi el número de eco aldeanos reclamando un mundo más justo y en armonía con la naturaleza. Les mando también los datos de su informe sobre «la carga de inequidad» en número y proporción de muertes injustas por desigualdades injustas. Esos datos llamaban a un nuevo índice: la proporción de la población en el mundo y en cada país que vivía «bajo la curva de la equidad». Claro, eso apuntaba tanto a disminuir la población en déficit de niveles dignos de vida, diez veces por encima del nivel de miseria del Banco Mundial, como la de aquellos que vivían por encima del nivel de exceso y de acaparamiento, algo anatema en el capitalismo de «cuanto más, mejor». Ello exigía, éticamente, multiplicar por cuarenta veces la «cooperación oficial al desarrollo», unas migajas de apenas el 0,3% de la riqueza obscena

de los países llamados «desarrollados», los que más habían colonizado, esclavizado, explotado de recursos naturales y llenado los cielos de humos.

Cuando Aimsa exponía en Nueva York esta lógica basada en la ética del objetivo común y posible de una mejor salud para todos, ningún diplomático, ni los supuestos expertos de las agencias de Naciones Unidas, parecían entenderla. Y quienes lograban entenderlo lo rechazaban. Unos por despreciarlo como una utopía, otros por entenderlo como comunismo opresivo sobre la libertad individual, de ser «iguales». Aimsa se dio cuenta de que la casi totalidad de quienes discutían esos indicadores y metas bajo el magnánimo lema de «no dejar a nadie atrás» vivía en la abundancia por encima del límite del acaparamiento, la causa más directa de la pobreza: «el lobo cuidando de las gallinas», pensó.

Lo único que consiguieron con cientos de debates es que el Banco Mundial aumentara a «1,9» dólares la línea de la pobreza, y que se introdujera un objetivo para disminuir la desigualdad con una meta cuantificable. Tras larguísimas reuniones solo se pudo llegar a un acuerdo en concretar esa meta: que el cuarenta por ciento más pobre tuviera un crecimiento de ingresos mayor que la media. Algo tan absurdo, tan nimio, tan hipócrita desde el mundo dominante de la riqueza, que Aimsa se sintió hundida. Aun cumpliéndose aquel objetivo tan mínimo, podría muy bien seguir dominando el 1% más rico y hundir al 20% más pobre en mayor miseria. Fácilmente se podría maquillar ese mísero indicador de «más crecimiento» –¿acaso un 0,00001% mayor valía? - de la mitad más pobre que la media. ¿Esa era toda la ambición que el mundo tenía para acabar con tanto sufrimiento? ¿Seguirían tolerándose los extremos de riqueza, cada vez más acaparadores, como demostraban los informes de Ricardo con Oxfam cada año? ¿Seguiría hundida en miseria la mayor parte de la Humanidad, perdiendo años de vida y sufriendo millones de muertes innecesarias? ¿Seguirían los políticos dando discursos salvadores y poéticos, y sus estadísticas mostrando un falso e hipócrita «progreso»? Thanda y Nayra hablaban por Skype de estos dilemas y frustraciones con Aimsa, Jonay, Fernando y David, y sentían entre todos ellos una profunda decepción que, no pocas veces, hacía brotar en ellos lágrimas de impotencia ante un mundo dominado por un poder tan zafio y tan necio.

Una noche, compartiendo en Brooklyn el piso de James, que estaba de viaje por Virginia, Fernando le confesó una inquietud a Aimsa.

-Aimsa, es un honor estar aquí contigo e intentar influir en compromisos de los gobiernos hacia un mundo más justo.

- No, Fernando. Vosotros en Eila sois las manos y la luz, yo solo soy las palabras, y a veces siento agotamiento por el vacío que dejan en mi alma. Como has visto, hay mucha retórica, arrogancia, intereses, intrigas, secretos… y al final, si se consigue un acuerdo, a menudo solo lo usan en sus grandilocuentes discursos. Nada cambia.

– Te entiendo, Aimsa. Debe ser frustrante, agotador de energía vital y solitario luchar por nuestras ideas en esta jungla de asfalto, coches, prisas y dólares. De eso te quiero hablar, Aimsa. De los dólares. De las discusiones de la línea de pobreza del Banco Mundial, de la curva de equidad de Thanda y de la cooperación internacional. Todo se mide en dólares. ¿No estará ahí el origen del mal, de la injusticia?

– Creo que te entiendo, Fernando, pero la mayor parte de mundo, Eila es una excepción, vive intercambiando su trabajo por dinero y ese dinero por comida y otras necesidades para subsistir.

– Sí, pero ese dinero es parte de un gran juego perverso. Tú lo dices. Se acumula en pocas manos que juegan con él en el mercado de especulación financiera… ¿No te parece que el acto más revolucionario en la actualidad es vivir sin dinero?

– Cierto, Fernando. Y por eso quiero que estés aquí. Para demostrar al mundo que se puede vivir sin propiedad de lo natural y compartiendo sus manufacturas no contaminantes para el bienestar. Que es mucho más bella la vida sin los lujos ni caprichos, sin jerarquías, ni dinero ni bancos. Pero mientras tanto, y puede pasar mucho tiempo, tenemos que ponerle coto a ese juego perverso que acumula el dinero y el poder en pocas manos, esas mismas manos que juegan con los gobiernos, con las Naciones Unidas, con la supuesta cooperación, para que todo siga igual. Al menos desvelas la hipocresía de ricos dando caridad a pobres, que les votan y aplauden para que aumenten su gloria y se perpetúen en el poder.

En ese momento era ya noche cerrada. Estaban en la cocina y bebían una kombucha bastante fermentada. Fernando observó la belleza de Aimsa. Se había quitado su sari y vestía una simple camiseta de algodón y un pantalón chiapaneco. Vio como le caía su cabellera negra por la frente y un lado, como las luces de la vela bajo la cual hablaban, para no usar electricidad, hacían juegos mágicos de sombras en su rostro trigueño de suaves líneas armónicas. Aimsa se sintió turbada por la mirada que Fernando no supo disimular. Fernando tenía barba y cabellera blanca, una mirada tierna y triste a la vez, una nariz aguileña que revelaba su raíz vasca y unas manos fuertes y curtidas, entrelazadas sobre la mesa. Aimsa sintió en Fernando una honda soledad.

– Fernando, eres como un padre para Jonay, lo cual te convierte en mi padre. Con ese cariño y gratitud, déjame hacerte una pregunta: ¿hace cuánto que no vives con el amor pleno de una mujer?

– Treinta y dos años, Aimsa. Pero tras la muerte de John fui a vivir a la colonia de la Ternura. Umbela y yo sentíamos y sentimos una profunda unión por tantos recuerdos de una vida, y en especial el de su compañero de vida y mi amigo del alma, John. Decidimos no pasar el resto de nuestras vidas solos. Vivimos juntos con profunda ternura mutua y pasamos las noches abrazados en profunda unión. No hay relación sexual, que ella reservó siempre para John y, de alguna

manera, lo sigue haciendo. Hace muchos años que no siento la atracción química que dispara nuestras hormonas y diluye la razón en la plenitud absoluta. Pero nuestro abrazo, ternura y unión, es puro, nos da paz y luz.

Turbado por esa confesión, Fernando se excusó para ir a dar un paseo por el parque.

Mientras tanto, Aimsa le hizo una llamada a Jonay:

– ¿Cómo estás cariño?

– Bien, aquí conviviendo en linda complicidad con Lisy y con Martín. ¿Y tú? ¿Qué tal las discusiones en Naciones Unidas?

– Ya sabes, juegos de palabras e intrigas de intereses lejanos de la empatía y de la realidad.

– Lo puedo imaginar. Resiste y habla con valentía como siempre cariño. ¿Y Fernando?

– De eso te quería hablar. Lo siento triste en su corazón, por la soledad íntima de tantos años.

– Sí, lo sé. Creo que en el fondo venía a Nueva York por si podía encontrarse con Kadiatu. Nunca dejó de pensar en ella tras treinta años.

– Sí, pero me preocupa que la vea y sienta más dolor. Ella se unió a un embajador y viven en un mundo muy distinto.

– Tiene que enfrentarse a ello.

Jonay habló esa noche con Fernando. Le tenía profunda veneración. Fue su inspiración en la medicina y en ir lejos, a donde era más necesario. Ahora estaba unido en una pura armonía con su madre, respetando el espacio íntimo que dejó John. Era como un padre para él. Y sentía tristeza por su tristeza. Sentía que Fernando tenía que tener el valor de reencontrarse con Kadiatu y sacar esa espina de su alma. Intuía que había en él sentimientos de rencor, de anhelo y hasta de inconfesable esperanza.

Fernando así lo hizo. La noche siguiente quedó con Kadiatu en el Central Park. Kadiatu pensó en invitarle a su casa, pero luego temió que se sentiría incómodo. Le invitó entonces a cenar a un restaurante de Manhattan, pero Fernando dijo que no quería utilizar dinero.

– Bien difícil en el centro del capitalismo mundial, Fernando. ¿No puedes ser flexible una noche en un reencuentro tan especial?

– Prefiero caminar bajo los árboles de Central Park.

Así quedaron frente al edificio Dakota. Al verla sintió que ya no era la misma. Habían pasado más de treinta años desde que la conoció en Sierra Leona y más de veinte desde que la vio por última vez. Vestía un abrigo de cuero que dejaba entrever un elegante vestido de terciopelo, se fijó en unos pendientes dorados y se había maquillado y depilado las cejas. Había cogido peso y su expresión

se había hecho más dura, aunque en su mirada seguía dejándose ver una luz de inocencia y asombro.

– Te ves muy hermosa, Kadiatu.

– Gracias, Fernando. Y tú muy apuesto y fuerte.

Ambos notaron en ese saludo un cierto código de agrado mutuo sin la atracción de otros tiempos, que se apagó antes en Kadiatu pero que había persistido en el imaginario de Fernando.

Hablaron cada uno de sus vidas. Kadiatu le contó su esfuerzo por defender los derechos de la mujer y la lucha contra la circuncisión que a tantas mujeres africanas afectaba y mutilaba sus vidas íntimas. Fernando le habló de cómo lucharon por Eila para sacudirse del dinero, de las propiedades y de todas las alambradas físicas y mentales con las que vivía pasivamente la sociedad moderna.

– Y dime, Kadiatu, ¿cómo está tu corazón? ¿Me han dicho que vives con un ghanés?

– Se llama Kofi, es un buen hombre, Fernando. Se divorció de su mujer y vivía solo aquí en Nueva York. Me ayudó mucho a conseguir el apoyo de todos los países y de la Unión Africana en las propuestas de erradicación de la circuncisión. Me cuida y me aprecia mucho en lo que hago.

Fernando sintió que él no la cuidó ni la apreció como decía ahora lo hacía Kofi. Quizás vivió siempre demasiado convencido de sus ideas, de vivir sencillo y en naturaleza, y no supo darle el espacio que Kadiatu tomó al poco de llegar entonces a La Gomera, por su cuenta. Voló y ya nunca volvió.

– ¿Y tú, Fernando?

No sabía si decirle la verdad: que nunca la olvidó ni conoció a nadie con quien vivir en plenitud. En ese momento sintió que Kadiatu pertenecía a otro mundo, a otra vibración, y así debía ser. Se resistió a aceptarlo muchos años, pero ahora entendía que hubiera sido forzar dos vibraciones diferentes, que separadas brillaban y juntas se ensombrecían. Sintió un gran tesoro por tener la complicidad tierna, discreta, hasta tímida, con la bondad de Umbela y sentir como juntos podían ver un atardecer callados y sabiéndose unidos. Tras tantos años, se sintió liberado del tormento del desamor, de la entrega no correspondida, de la espera estéril, del deseo frustrado, del sueño roto y sintió profunda felicidad por la felicidad de ese ser bello y valiente que conoció en las selvas de Sierra Leona y ahora volaba libre en su vuelo, lejos, muy lejos de él.

– Soy feliz en compañía de Umbela y apasionado por la visión y luz de Eila, Kadiatu.

Al decirlo sintió una inmensa fuerza y un mágico privilegio de vivir en coherencia con sus ideas. Con Valentía y Ternura.

Aimsa y Fernando asistieron a finales de septiembre a la Asamblea General de Naciones Unidas. A la nueva agenda global le llamaron la del «desarrollo

sostenible», algo contradictorio en sí mismo pues el desarrollo, entendido como evolución, como toda vida en todo momento y lugar, no puede ser «sostenible» en su dimensión de estática. Por otro lado, hacer sostenible el nivel y ritmo actual de la Humanidad, basado en el crecimiento constante del comercio y el consumo, era incompatible con el daño a la naturaleza y su capacidad de regenerarse. Propuso Fernando el concepto de «desarrollo armónico» para transitar del antropocentrismo occidental a la armonía holística con todas las formas de vida. Lo desestimaron e incluso vio a muchos representantes encorbatados y desde sus vidas de lujo y arrogancia reírse entre ellos de «propuestas utópicas» sin base en la realidad. Alguno le espetó en los pasillos a Aimsa: «¿Qué quiere usted, Sra Harris, que volvamos a las cavernas?»

Al menos consiguieron, desde la red de eco aldeas y en alianza con muchos países del Sur sufriendo los humos de dos siglos del Norte, que se incluyeran objetivos sobre las emisiones de carbono, la biodiversidad en la tierra y en el mar, el agua potable y la energía limpia, en ciudades y en comunidades «sostenibles». Hubo que aceptar el nombre. Incluso se aceptó que la meta clave del objetivo de luchar contra el «cambio climático», eufemismo para una catástrofe, pensaba Aimsa, fuera la de disminuir las emisiones de carbono al nivel que evitara el aumento de dos grados.

Fernando había trabajado con Aimsa en los borradores para la conferencia sobre el cambio climático que tendría lugar dos meses después en París. Los informes del panel internacional de expertos sobre la evolución del cambio climático eran demoledores. Participaron en los cálculos y el análisis multivariable de las consecuencias e interrelaciones con los otros límites planetarios con su amigo Mans, del Instituto de resiliencia de Estocolmo. Aimsa presentó con Mans y otros aliados los datos que indicaban que esa cifra era de una tonelada y media al año por persona. Ningún país aceptó incluir esa meta: demasiado alejada e imposible para los países ricos, y considerada como una barrera injusta para los países pobres que aumentaban sus ansias de producción barata y de consumo enajenado. Unos por egoísmo y otros por ambición, la Humanidad parecía no ser capaz de frenar su autodestrucción. Lo dejaron sin cifra, sin límite, por definir.

En una reunión con delegados de todos los países, Fernando preguntó quién conocía su huella personal de carbono durante ese año, e incluso su huella por haber viajado y pasado dos semanas en Nueva York. Nadie levantó la mano. Le miraron todos con cierto desprecio a ese viejo mal vestido con el rostro curtido y las manos ásperas de trabajar la tierra.

Por ello y consultando con los «faros regionales» de la red de eco aldeas, plantearon una propuesta sobre un objetivo que sería clave para obtener todos los relativos al medio ambiente, la mitad de la agenda: se trataba de la conciencia de una producción y un consumo responsable. Una de las metas dentro de ese objetivo aspiraba a que «todas las personas en el mundo tuvieran la información

relevante y la sensibilidad para que sus estilos de vida estuvieran en armonía con la naturaleza». Era el único de las casi doscientas metas de esa extensa agenda que hablaba de «conciencia» y de «armonía».

Para Fernando esa era la clave: sin conciencia individual de como el consumir qué alimentos, qué energía y qué bienes manufacturados, la gran mayoría de las personas era cautiva de un «consumismo enajenado». El consumo miraba solo a la comodidad y al precio, sin saber cómo cada uno afectaba a los demás, a las nuevas generaciones y a otras formas de vida. Thanda, Jonay y Aimsa habían hecho cálculos junto a Mans, de cuál sería el límite de toneladas de carbono para no llegar a los dos grados de aumento sobre el nivel pre-industrial. Según Mans y los otros expertos del panel internacional, esos dos grados llevarían a impactos negativos en los otros límites planetarios y estos a una menor absorción de carbono. Por encima de ese umbral el planeta entraría en una espiral negativa hacia temperaturas con impacto catastrófico y sin precedentes en la historia de la Humanidad.

Se aprobó la agenda 2030. Estaba dispersa en casi doscientas metas, casi ninguna cuantificada, y las que lo eran muy lejos del nivel necesario para parar el suicidio colectivo y la sangría humana por la injusticia. Todos aplaudieron y se fueron volviendo ufanos a sus países dejando a sus embajadores y representaciones asistiendo a miles de reuniones en Nueva York. Seguía intacto el teatro de las vanidades donde casi todo era retórico para seguir justificando sus privilegios ante sus países y todos ante un mundo sin gobierno, sin conciencia.

Aimsa convenció a Fernando, por quien fue sintiendo un inmenso cariño, para alzar la voz en la Cumbre del Clima en París. Jonay estaba inmerso en nuevas luchas por el derecho a la salud contra los intereses millonarios de la industria médica y farmacéutica, protegida por Obama y sus discursos poéticos. Martín decidió viajar por Estados Unidos promoviendo eco aldeas y buscando como aliviar su desamor de Saidu, que despertó en su interior una identidad sexual confusa. Nour dejó en marcha el santuario de caballos salvajes en los bosques de Bothun y decidió unirse a Aimsa y Fernando en otra singladura a través del Atlantico. Tenía un deseo muy profundo de reencontrarse con Adam y Unai, sus hermanos del alma.

Lisy se volvería a Cuba para reencontrarse con Buhleve, con Elías y seguir sus estudios en la Escuela Latinoamericana de Medicina. En su despedida, emocionada, de Fernando, le dijo:

– Fernando, Aita, tienes que venir a Cuba a inspirar la revolución hacia la armonía de Eila.

Fernando se emocionó. No dijo nada. Sentía un enorme deseo de volver a su isla tras más de cuarenta años.

Llegaron a Normandía tres semanas después y dejaron al viejo velero de John, Satia, en un puerto de una eco aldea costera de marinos, que les acogieron con gran cariño. Se reunieron con representantes de las trescientas eco aldeas que ya existían en Francia. Aimsa y Fernando les explicaron las discusiones, acuerdos y frustraciones en Nueva York y la importancia de animar compromisos fuertes y legalmente vinculantes en París. Nour habló sobre los derechos de los animales y luego emprendió una ruta con una yegua que la comunidad le cedió, hacia el sur, por caminos rurales y bosques, de eco aldea en eco aldea.

Aimsa y Fernando fueron hasta París con un grupo de ciclistas de eco aldeas de Normandía. Se negaron a ir en el tren alimentado con la energía nuclear que dejaba desechos radioactivos durante miles de años. Llegaron a las inmensas salas del Paris-Le Bourget donde se celebraría durante doce días la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Cambio Climático 2015 donde la Humanidad se jugaba su destino. De seguir sin acuerdos en reducir emisiones, llegaría en menos de veinte años a un desastre ecológico que posiblemente significaría el principio de su extinción. Era un símbolo del patético y arrogante antropocentrismo que las inmensas naves que albergaban a los más de cuarenta y cinco mil participantes de ciento noventa y cinco países, supusieran un coste de unos doscientos millones de dólares, subvencionados por las compañías eléctricas-nucleares EdF y GDF-Suez, y provocaran unas emisiones de cien mil toneladas de carbono.

Para la conferencia, Thanda había hecho un estudio y publicado un artículo para que Fernando y Aimsa lo difundieran. Lo tituló: «Cambio climático: una guerra sin armas». Pudo inferir de estudios de estaciones meteorológicas con datos climáticos y de mortalidad por edades, que la proyección del aumento de temperatura al ritmo de crecimiento de emisiones de los últimos diez años, causaría un exceso de más de doscientos millones de muertes. Esa inmensa tragedia silenciosa o silenciada se cebaría en inocentes: en quien tuviera más de sesenta años desde el año 2050, es decir, sobre todo la generación nacida después de 1990; y, doble cruel injusticia, sobre todo en países tropicales poco contaminantes.

Durante las interminables discusiones y debates de cada parte del acuerdo, cada país contaba sus esfuerzos y regateaba con sus compromisos. Thanda también les mandó desde México estudios en los que calculaba que, de los setecientos mil millones de toneladas de carbono acumuladas en la atmósfera, el principal gas de efecto invernadero y responsable de más del 90% del calentamiento global, dos terceras parte correspondían a Estados Unidos y a la Unión Europea, el diez por ciento de la población mundial. El aumento de emisiones seguía año a año, sobre todo por el aumento de las de China, India y Rusia. Estados Unidos, con casi veinte toneladas al año por persona, se oponía a ningún tipo de compromiso. El comercio y poder militar del mundo había ido cambiando del eje Atlántico entre Europa y Norteamérica al Pacífico con China. Estados Unidos, ya con un déficit comercial gigante con China, que compraba su deuda pública año tras

año, no quería darle más ventajas a China aumentando los costes energéticos y limitando la quema de su petróleo del golfo de México, de las arenas oleaginosas del noroeste y de sus aliados bien armados de la península arábiga. China miraba de reojo a Estados Unidos antes de dar cualquier paso adelante por el compromiso global, ético y urgente. Dos elefantes luchando, la hierba sufriendo. Sin los compromisos de China y de Estados Unidos, que juntos sumaban la mitad de las emisiones, el resto, ya reticente a bajarse, unos del lujo y otros de la carrera hacia ese lujo, respiraba escepticismo e impotencia. Europa al menos se comprometía a reducirlas a la mitad de sus niveles del 1990, aunque era una cifra que quedaba muy lejos del «umbral ético» que había estimado Thanda. India y el resto de los países solo se comprometían a alguna parte de las emisiones como la generación eléctrica, y no con disminución de niveles sino con compromisos indirectos, como la proporción de energía renovable. Además, para ello los países de ingresos más bajos, menos industrializados y menos dependientes del comercio global, exigían financiación para dicho cambio y para adaptarse al aumento de las temperaturas y responder a los desastres naturales causados por tal calentamiento global. Había un ambiente defensivo y reticente en los países más contaminantes, que ofrecían descensos moderados si los otros también lo hacían -para no perder en la lucha del mercado global-, y victimista y vehemente de los países que menos habían contaminado -casi con «derecho a ellos también contaminar ahora»-.

Aimsa había colaborado con el grupo Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático que en 2009 concluyó que era clave limitar el calentamiento global por debajo de los dos grados antes del fin del siglo para evitar catástrofes climáticas y medioambientales graves e irreparables. Entonces hicieron estudios que demostraban que para evitar tan catástrofe era necesario reducir hasta un setenta por ciento las emisiones en 2050 en comparación con el año 2010 y progresivamente alcanzar un nivel cero para 2100. Seis años después de aquel informe, Aimsa, Thanda y otros habían demostrado que los efectos irreversibles se podrían dar ya desde el grado y medio de calentamiento y que era urgente y esencial plantear un nivel cero de emisiones de CO_2 antes del 2050.

Los representantes de los países venían con sus intenciones de «contribuciones nacionalmente determinadas». Cada una era diferente en los niveles basales con que se comparaban, en la proporción que disminuirían y en qué año. Otros incluso solo disminuían emisiones en relación a la «tendencia». El mundo no actuaba en armonía ni con compromiso ni con solidaridad ante un precipicio inminente. De todas ellas en su conjunto, calcularon que la temperatura llegaría a 2,7° en 2100, frente al 4-5° de la tendencia actual sin compromisos, reduciendo tan solo las emisiones per cápita en un 9% en 2030. Además, los compromisos empezarían a aplicarse en el 2020 y tan solo si al menos cincuenta y cinco países que produjeran más del cincuenta y cinto por ciento de los gases de efecto invernadero del mundo hubieran ratificado el acuerdo. Había muchas dudas so-

bre la ratificación de algunos de los países más contaminantes, como los Estados Unidos a pesar de los discursos magnánimos y hasta poéticos de un Obama al que ya muy pocos creían.

Lo único positivo fue que se acordó revisar dichos compromisos periódicamente y llamar a ir aumentándolos. Al igual que en Kioto dieciocho años antes, Aimsa sintió una profunda tristeza del egoísmo mundial, de la ceguera.

Por entonces llegó un mensaje del Papa Francisco con la encíclica llamada Laudato si', con la intención de influir en compromisos sensibles y solidarios. Comenzaba con los cantos de San Francisco de Asís «Alabado seas, mi Señor, por la hermana nuestra madre tierra, la cual nos sustenta, y gobierna y produce diversos frutos con coloridas flores y hierba».

Aimsa reflexionaba:

- Hermana y Madre a la vez. Madre, Pachamama. Mientras en el budismo, la naturaleza está en nosotros y nosotros somos ella. Somos toda una única energía, no hay jerarquías.

Fernando la entendía bien y le dijo así:

-Además, Aimsa, es contradictorio: la llamamos madre, pero dice la Biblia y repite Francisco que Dios «encomendó el mundo al ser humano». ¿A qué hijo se encomienda el cuidado de una Madre? ¿No es al revés por naturaleza, y el hijo en obligación de respetarla? Hay un antropocentrismo inherente a esta religión y cualquier otra imaginada «para los humanos». Es en esa superioridad inconfesable e intocable que se basa la cosmovisión cristiana y su relación con la naturaleza sacrificando animales, talando árboles y quemando combustibles fósiles sin ningún sentimiento salvo el temor a respirar sus propios humos.

- Cierto, Fernando, pero es la primera vez que el catolicismo reconoce su error en la destrucción natural y en el crecimiento económico y el acaparar sin límite.

- El problema está en el Génesis, el origen de todo al que hacen referencia las tres religiones monoteístas del Mediterráneo que siguen hoy más de la mitad de la Humanidad y la que ha causado el 80% de la contaminación de cielos, mares y tierras: «Y dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y ejerza dominio sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo, sobre los ganados, sobre toda la tierra, y sobre todo reptil que se arrastra sobre la tierra». Dominio, Aimsa, no armonía. Por eso ahora, al igual que la caridad con los pobres, nos piden no hacer daño y cuidarla, pero sin cambiar el concepto origen de este daño: nuestra superioridad. Por eso la Iglesia no ve mal matar animales, Aimsa, pues su vida está, para ellos, a nuestro servicio. Es una religión para amar a los humanos, no a otras formas de vida, en todo caso «cuidarlas», y, además, por el premio del cielo o el castigo del infierno. Me entristece un amor tan limitado, un contrato tan egoísta «por la salvación de mi alma», mientras otros

se queman en el «fuego eterno». Lo siento, no puedo darle a esa religión ahora ninguna credibilidad para liderar la armonía que necesitamos.

–Tienes razón, Fernando. Eres más budista que yo. Creo que tras tantos años en Estados Unidos mi alma está perdiendo la referencia pura de la armonía con el todo.

–Y otra causa profunda del daño que hacemos, Aimsa: en el año en que tú, Jonay y Thanda nacisteis, la encíclica «Mater et Magistra» reconocía «el derecho natural a la propiedad privada». Era un claro desafío al comunismo. Nunca lo entendí. ¿No quiso Jesús no tener nada y compartir en humildad? Ese derecho implica necesariamente desigualdades, jerarquías, competitividad y es la otra raíz de la destrucción de la naturaleza, Aimsa. Eila intenta escapar a ambos conceptos, nuestra superioridad frente a otras vidas y nuestro derecho individual a posesiones solo nuestras.

En nombre de la red de eco aldeas espirituales, Aimsa dio un discurso de cinco minutos en la jornada final. Lo dio con una venda en los ojos, para llamar la atención de la gran ceguera colectiva sobre el desastre al que abocaba una parte de la Humanidad, contaminante, a las siguientes generaciones.

Hermanos y hermanas que representáis a la Humanidad.

Me duele hablaros en esta reunión de ciegos que no quieren, no queremos, ver. Nuestra forma de producir, comerciar, consumir, ahorrar, pensar en tener más y de relacionarnos compitiendo, está en la raíz del desastre que se acerca. Un desastre que hemos calculado que aumentará en más de doscientos millones las muertes en la segunda parte de este siglo, la que les pertenece a nuestros hijos, nuestros nietos, quienes sufrirán nuestra ceguera, sobre todo en los países menos contaminantes. Más de tres veces las muertes de las grandes guerras mundiales, guerras europeas realmente, esta vez sin armas, con verdugos sin rostros y sin saber que lo son, con víctimas queriendo ser verdugos, con el resto de formas de vida sucumbiendo a nuestra pretendida superioridad e insensibilidad.

Hemos calculado que, para evitar este desastre, este genocidio, este vitacidio global en este siglo, y esperar un siglo XXII de renacimiento humano sin quemar fósiles, no podemos emitir, cada humano, cada uno de nosotros, más de una tonelada de carbono al año. Y yo pregunto: ¿Quiénes de esta sala con más de diez mil personas conocen su huella de carbono este año?

Aimsa se quitó la venda de sus ojos y vio a apenas una docena de manos en un mar de personas cabizbajas.

Los compromisos aquí acordados no llegan ni a la cuarta parte de reducción de emisiones que necesitamos para evitar el desastre. Y cada uno las ha elegido a su manera, a su ritmo, insuficientes, en algunos casos como Estados Unidos, responsable de un tercio de

todas las emisiones acumuladas atrapando la luz del sol y sofocándonos, ni al 5% de lo que las debieran reducir.

No entiendo los aplausos, no entiendo la complacencia de este acuerdo, no entiendo la insensibilidad humana ante su daño a otras formas de vida, no entiendo la ceguera ante el abismo al que llevamos a nuestros hijos.

Quítense esas corbatas, y esos trajes, y esos vestidos caros, y esos maquillajes lujosos, y salgan de esos hoteles y coches, no suban más a aviones, coman lo que cultiven, abríguense con lo que tejen, no consuman lo que no conocen, no compitan por tener sino compartan. Pues nadie es superior a nadie, ni los humanos lo somos sobre otras formas de vida.

Eso creemos en la red de eco aldeas espirituales, donde vivimos ya más de diez millones de personas sin contribuir a este gran suicidio, genocidio, vitacidio… Sabemos que es por ceguera, no por maldad, que, en empatía, nadie nunca quiere ni hace mal a nadie.

Únanse a nosotros, mis hermanos, mis hermanas.

Aimsa tenía lágrimas en sus ojos, Fernando se acercó a abrazarla. Aplaudieron algunos grupos aislados y poco a poco se pusieron en pie gran parte de los participantes, muchos se quitaron sus corbatas, siguieron aplaudiendo mientras muchos callaban o abandonaban la sala.

XLI

ROBOTS Y BIEN COMÚN

California, enero 2016

Mientras Aimsa y Nour estaban por Europa, Jonay investigó cómo se habían transformado las redes de los intereses billonarios de las farmacéuticas. Un vecino de la eco aldea en White Lake tenía hepatitis crónica por hepatitis C. Estaba cansado, con marcada ictericia y había acudido a ver a Jonay una noche en la que comenzó a tener vómitos de sangre. Jonay reconoció signos de hipertensión portal causada por un hígado cirrótico, cicatrizado de tanta inflamación por ese virus. La medicación no la cubría su seguro y costaba cuarenta mil dólares por doce semanas de tratamiento. Unido a tests, ingresos, pruebas de imagen, biopsias y otros medicamentos, el seguro le pedía más de cien mil dólares por el tratamiento. Imposible de pagar. Ni para la mayoría de infectados en el mundo. La Hepatitis C ya causaba medio millón de fallecidos al año en el mundo y era la primera causa de muerte de pacientes con SIDA.

Aimsa se había dedicado durante los años noventa con pasión a la lucha contra las patentes que blindaban beneficios billonarios a las grandes corporaciones farmacéuticas. Tras dos décadas de lucha consiguió con la presión de muchas organizaciones de pacientes con SIDA, con la campaña de acceso a medicamentos tras el premio nobel de Médicos Sin Fronteras y junto a fuertes aliados como Erik, Anna, Helen, Thiru, Judit y otros, que con el pool de patentes de 2004 ya pudieran tratarse la mayor parte de pacientes con VIH del mundo con las combinaciones de antirretrovirales que inició David Ho en 1996, cuando Aimsa y Jonay acudieron a Vancouver. Pero la raíz de la avaricia volvía a brotar bloqueando el acceso, de quienes más lo necesitaban, a los tratamientos de nuevas enfermedades.

Mientras Aimsa representaba a la red y luchaba por parar el calentamiento global, Jonay se fue implicando en la lucha por el derecho a la salud en Estados Unidos, ahogado por el negocio de la industria médica y farmacéutica. Los esquemas de Aimsa con cientos de interrelaciones entre el gobierno, los bancos, las

farmacéuticas, la industria militar, la agroindustria y las cuentas en Suiza seguían representando a un mundo que poco había cambiado a pesar de tanto sufrimiento que desveló el SIDA de los pobres, sentenciados por los beneficios de los ricos.

Se enteró que las grandes farmacéuticas y sus inversores se reunían ese mes de enero en San Francisco para la conferencia anual *J.P. Morgan Healthcare Conference*. Más claro imposible: un banco especulador auspiciando negocios de la salud. Tenía que saber qué ocurría allí dentro. Intentó inscribirse, pero además de tener un coste de diez mil dólares, solo aceptaban a representantes de corporaciones farmacéuticas. Habló con Alin por si CIPLA asistiría, pero no se les permitía acceso, considerados «enemigos de los derechos de patente». Se lo contó a Rob en Berkeley pero no vio cómo podía ayudarle. Aimsa le escribió desde Europa un email a Marc, quien había sobrevivido treinta años al SIDA pero había ido desarrollando síntomas de hepatitis C crónica y se enfrentaba, treinta años después a los mismos muros del egoísmo frente a la vida. Marc consiguió entrar en un ensayo de Farmaset con voluntarios y había mejorado parcialmente. Durante el ensayo conoció a un farmacéutico homosexual, Greg, y habían pasado varias semanas de amor en su casa de San Francisco. Cuando recidivó la hepatitis y necesitaba más dosis, Greg no consiguió que la compañía le aceptara seguir tratando. Viendo a su amado Marc enfermar sintió profunda rabia. Poco después la compañía fue comprada por la Gilead de Rumsfeld y selló sus patentes a precios aún mayores. Consiguió «robar» dosis de «Sovaldo» que le traía a Marc. Solo por ello se había quedado en la compañía, que consideraba inhumana en su política de patentes y precios. Cuando Marc le habló de la lucha de Aimsa en los 90 y ahora de Jonay, Greg le dejó usar su identidad para inscribirse en el congreso, pagado por Gilead.

JP Morgan Chase era una empresa financiera con más de dos siglos existencia. Ya al poco de fundarse se convirtió en la primera empresa del mundo en superar los mil millones de dólares de capital. Dos siglos después, se había convertido, tras múltiples fusiones, en la más poderosa empresa de actividades usureras a nivel global. Especulaba con casi dos billones y medio de dólares, veinticinco veces más que toda la cooperación internacional. La banca especuladora sabía bien que el sector farmacéutico era un gran mercado para sacar beneficios y especular con sus inversiones. El uno por diez mil, los banqueros especuladores y sus aliados las corporaciones farmacéuticas y agropquímicas, miraban con devoción como subía el *Nasdaq Biotechnology Index* en Wall Street, uno de los nichos más seguros de negocios para esa minoría que ganaba dinero sin el sudor de su frente, solo con la adrenalina del casino financiero mundial. Jonay temía que la reunión anual de cuidados de salud auspiciada por JP Morgan fuera una verdadera feria en la que se sacrificaba la vida humana con precios y beneficios billonarios.

La farmacéutica Gilead, la que dirigió el ex secretario de defensa Rumsfeld que bombardeó Irak e hizo allí, sobre la muerte de doscientos mil civiles, los grandes negocios de Halliburton con su amigo Chenney, vicepresidente de Bush

hijo, seguía blindando sus beneficios billonarios a sus accionistas, con patentes que dejaban morir a cientos de miles de personas en el mundo.

Jonay investigó los principales accionistas de Gilead. Figuraban grupos de inversión, empresas de comunicación, farmacéuticas, industrias militares, agroindustria, petroleras y bancos. Todas eran, a su vez, accionistas de los grupos de inversión. Era una especie de espiral que constantemente se autoalimentaba y se lucraba mutuamente succionando el dinero, y la sangre, pensaba Jonay, de los más pobres. Lo más triste era que los marginados y parasitados por esos poderes oían sus noticias, aplaudían su caridad, consumían sus productos y votaban a quienes ese complejo poder económico y mediático les vendía como líderes hacia su libertad y progreso.

David, el amigo ecuatoriano de Thanda que tras su tiempo de ministro de salud vivía en Cambridge-Massachussets, pasaba por San Francisco en esos días. Hastiado tanto por las intrigas de la política en su país como la connivencia de la academia en Estados Unidos con los grandes poderes económicos y el filantro-capitalismo, había decidido irse en bici bordeando el Pacífico desde Seattle hasta el hospital quechua donde se entregó con pasión de médico los años más auténticos, decía, de su vida. A última hora se unió en la larga expedición su hijo Nico, que pidió permiso en la escuela para ir con su padre a la «escuela de la vida», como decía Nour. Thanda le puso en contacto con Jonay con quien había establecido una honda complicidad en su lucha por el derecho de la salud en Estados Unidos. Por entonces el congreso ni siquiera pudo aprobar el Obamacare, una subvención encubierta al negocio privado de la salud a cambio de aumentar un poco la cobertura de aseguramiento y mantener la injusta fragmentación y desigualdades que se saldaban. Thanda lo había calculado en sus estudios de Berkeley y concluido en que casi un millón de vidas al año eran sacrificadas para mantener un negocio, solo de las aseguradoras, de treinta mil millones de dólares. Cada treinta mil dólares de ganancias significaban una muerte injusta. Thanda y David habían sido invitados a un seminario de «líderes de salud» en Salzburgo, donde habían conseguido conmocionar a la representante de la Fundación Johnson & Johnson, quien consiguió que le dieran una acreditación a David para el congreso de JP Morgan en San Francisco.

En el lujoso hotel Westin San Francis se celebró la conferencia, a la que acudieron cuarenta y cinco mil participantes, más que a la conferencia de París sobre el cambio climático. La conferencia anunciaba presentaciones de farmacéuticas auto alabándose para conseguir capital, espacios para hacer negocios y tratos entre inversores y negocios de medicamentos patentados que prometían jugosos beneficios. Se sazonaba con una «fiesta biotech» para la que se anunciaba sin pudor «con modelos en prietos shorts y vestidos» para «compensar la falta de mujeres en la ciudad (la meca de los gais)» con ellas (las «modelos») dispuestas a «arrimarse» y celebrar con champagne» (los negocios «de sangre»). Jonay sentía

nauseas al leer esos anuncios y al ver el ambiente de la conferencia, casi todos hombres en trajes y corbatas y bañados en caros perfumes. ¿Quizás hasta con feromonas? Había claramente una relación entre la testosterona y el afán competitivo y acaparador. Pensó que el mundo estaría mejor en manos de mujeres, quizás más conectadas espiritualmente con la Madre Tierra.

Una parte de la reunión estuvo dedicada a las terapias génicas, que seguían ofreciendo grandes oportunidades de negocio. De ello dio una conferencia Jennifer Madoud, ahora en la junta directiva de Johnson & Johnson, con quien Aimsa había tenido conversaciones hacía unos años alertándola del negocio en el que se había ido metiendo. David conocía a otro conferenciante en esa sesión, Nick Leschly, director de Bluebird Bio, basada a poca distancia de su casa en Cambridge, Massachussets, quien alentó a los inversores diciendo que los próximos cinco años serían los de mayor negocio para las terapias génicas.

En una de las discusiones sobre antivirales, Jonay se identificó con un nombre falso y una compañía que vio en un stand y preguntó al representante de Gilead por el precio inalcanzable para la mayoría de países e incluso de pacientes pobres en Estados Unidos de su medicamento, Sofosbuvir, de nombre comercial Sovaldi, contra la hepatitis C. El vicepresidente de la compañía, Gregg Alton bromeó diciendo que «tenía sesión en el gimnasio», ante las risas generalizadas en el auditorio. Jonay diagnosticó a la audiencia de insensibilidad generalizada. Tendría que haber excepciones para instigar el cambio.

Afuera del recinto de la conferencia se reunieron ONGs y activistas protestando por los precios altos de medicamentos y contra el privilegio de enriquecerse frente al derecho a la vida. Entonaban cantos, enseñaban pancartas y pusieron fotos con historias de personas fallecidas por no haber podido tratarse su enfermedad debido al alto precio de los medicamentos. Thanda y David se sintieron avergonzados de estar dentro y no fuera, a donde, en corazón, pertenecían. Querían actuar como infiltrados y sacar información para atacar ese gran negocio que durante tantos años había causado tanto sufrimiento y tantas muertes. Ante los gritos y cantos, Ron Cohen, director del grupo industrial BIO, dijo que era abominable el ataque contra aquellos que hacían avanzar el conocimiento para preservar la vida. Llamó a las protestas y los activistas una «perversión de la realidad».

En el último día Jonay fue más allá, haciéndole una pregunta en un plenario del evento al presidente de Gilead, John Milligan. Ocultó su tarjeta de identidad para el congreso.

– Señor Milligan, nos preocupa qué pueden decirnos los activistas fuera de esta conferencia. Gilead ha reportado beneficios de casi treinta mil millones de dólares por las ventas de Sovaldi después de haber comprado Farmaset, con ese y muchos otros medicamentos por once mil millones. Mientras tanto, han muerto al menos medio millón de pacientes en el mundo el año pasado por hepatitis

C, que se podrían haber salvado con el medicamento, que otros descubrieron y ustedes fabrican a cien veces menos de coste que su precio. Hay al menos diez millones de pacientes en el mundo esperando esa medicación, de los que solo un millón lo consigue y de ahí vienen sus beneficios. Ustedes ya han ganado veinte mil millones con este negocio. De hecho, solo su sueldo en incentivos ha sido de 25 millones este año. ¿No cree que es momento de dejar de permitir más muertes? ¿Qué les podemos responder a esas organizaciones, pacientes y sus familias?

- ¿Se puede identificar por favor?

Jonay sintió fuerza para dejar de esconderse.

- Me llamo Jonay Harris. Me he infiltrado en la conferencia sin ser miembro de ninguna compañía farmacéutica ni grupo inversor. Durante muchos años sufrí como médico al ver en un hospital rural de Zimbabue miles de pacientes morir sin acceso al tratamiento. Vuelvo a ver que eso pasa con la hepatitis C aquí y en el mundo.

- Señor Harris, si no fuera por nuestro esfuerzo, la mayor parte de ese millón de pacientes tratados en todo el mundo habría muerto y solo unos pocos se hubieran salvado con trasplantes de hígado, mucho más costosos que nuestra medicación. En eso consiste la innovación y las reglas nobles del negocio, señor Harris, en poner precios por debajo de los competidores. Así es como progresa la Humanidad. En ello están basados los valores de libertad de nuestra gran nación.

En ese momento se acercaron varios guardias de seguridad para sacar a Jonay de la sala y mientras lo sacaban a la fuerza pudo oír a David, desde otro extremo de la sala, hacer otra pregunta:

- Yo me llamo David Chiriboga y he venido invitado por la Fundación Johnson & Johnson, pero hablo a título personal. Comparto la preocupación con el señor Harris. ¿Podrían asegurar los representantes de Merck y de AbbVie, en el panel, que no acordarán precios con Gilead para sus nuevos medicamentos contra la hepatitis C?

Un murmullo corrió en la sala.

Los representantes rehusaron contestar. No habían filtrado al público que tenían sendos medicamentos contra la hepatitis C a punto de ser comercializados. David lo supo por Aimsa y sus amigos de Médicos Sin Fronteras.

La discusión fue grabada y se hizo viral en internet. El senador demócrata de Oregon, Ron Wyden, un amigo de Rob, los llamó esa noche a la casa de Marc, donde se estaban quedando. Jonay le dijo que Medicare había triplicado hasta siete mil millones su presupuesto por los precios abusivos de Gilead. El senador publicó esos datos y alertó en unas declaraciones a Gilead sobre sus políticas abusivas de precios. En los meses siguientes, los nuevos medicamentos para la hepatitis bajaron ostensiblemente sus precios, con campañas de las otras farmacéuticas aprovechando la situación para declarar «*We care for people*» (nos preocupamos por

la gente). Las acciones de Gilead cayeron un treinta por ciento en ese año, aunque siguieron teniendo grandes beneficios.

Jonay y David fueron expulsados del evento de JP Morgan, pero al día siguiente recibieron una llamada invitándoles al «StartUp Health Festival» donde una cien pequeñas empresas o grupos de jóvenes investigadores y estudiantes habían formado «startups». Jonay y David les dieron una charla esperando que no se convirtieran en gigantes obsesionados con los beneficios y olvidando a la gente.

Esa noche, Jonay llamó para saludar a Michael Gottlieb, el médico que describió por primera vez la enfermedad del SIDA, quien desde su trabajo en Los Ángeles le recomendó volver a hablar con David Ho, que estaba implicado en el desarrollo de nuevos antivirales. Aimsa y Jonay habían mantenido entrañable correspondencia desde su encuentro en Vancouver. David Ho había asistido al panel en el que intervinieron Jonay y David cuando fueron expulsados del congreso.

– Jonay, veo que le has tomado bien el relevo a Aimsa.

– No creas, David. Es solo temporal en esta lucha de la hepatitis. Ahora me gusta estar en la naturaleza y vivir lejos del ruido y las luchas. Casi sin consumir, y mucho menos competir. Creo que no consumir ni emitir carbono es el más claro acto revolucionario.

– Quiero compartir una semana contigo en White Lake. Estoy agotado de este «rat-race».

– Cuando quieras, David.

– Mira, creo que es bueno que hablemos con Raymond Schinazi. Es amigo mío del tiempo en que colaboramos desarrollando antirretrovirales contra el SIDA. Él desarrolló el medicamento Sovaldi y fundó FarmaSet, que luego compró Gilead. Es uno de los mejores químicos orgánicos y sigue desarrollando tratamientos para las infecciones virales.

– Déjame comentarle esta oportuna reunión a Rob, ¿vale?

– Perfecto. Todos respetamos mucho a Rob.

La cena se celebró en casa de Rob en Berkeley Hills, donde Aimsa inició su tiempo fuera de la India. Asistieron Jonay, su amigo David, David Ho y Raymond. Rob dijo que otro amigo, otro Ray, se incorporaría un poco más tarde.

Cada uno se fue presentando al grupo. Todos tenían historias fascinantes que contar. De orígenes de Taiwán, Egipto, Ecuador, California y Canarias, pasando por una docena de países cada uno y por caminos de la investigación en virología y en química, en la clínica, en la filosofía y la política.

Raymond nació en Egipto, en el seno de una familia sefardí. Su padre fue expulsado por Nasser y su política nacionalista después de la crisis del canal de Suez. Llegaron a España, el origen de los sefardíes, a principios de los 60 y encontró trabajo en la fábrica de Campofrío en Burgos. Paradojas de la vida, judíos en

el negocio de los embutidos. Su familia le envió a Bath, en Inglaterra, para que estudiara Ciencias Químicas.

Jonay le preguntó:

- Raymond, David y yo hemos vivido en lugares y trabajado en ellos como médicos, donde durante mucho tiempo las personas morían por no poder, ni los gobiernos ni ellas, pagar los altos precios de los medicamentos bajo patentes que vosotros habéis inventado. Antes eran los antiretrovirales contra el SIDA en los que tanto contribuyó David Ho, que tardaron muchos años en bajar los precios, y ahora el Sovaldi. Perdonadme que sea tan directo, desde mi experiencia desgarradora como médico en esos lugares: ¿habéis visto morir a algún paciente en esa situación?

- No, Jonay. Pero sabemos del problema y nos preocupa. Entenderás que el fabricante tiene que recuperar los once mil millones de dólares que les costó comprar nuestra patente, además de financiar con medicamentos eficaces la investigación de otros que terminan no siéndolo, y, claro, obtener beneficios para sus accionistas. Sin eso, te lo aseguro, no habría recursos para investigaciones y para descubrir nuevos tratamientos.

Siguió preguntando David, esta vez dirigiéndose también a su tocayo David Ho:

-En tu caso David, siempre trabajaste en la investigación, y recibiste tus ingresos por esos trabajos, de los que luego se beneficiaron las empresas farmacéuticas que probaron y comercializaron tus moléculas. Tú, Raymond, creaste tu empresa, FarmaSet, buscaste inversores, descubristeis la molécula contra el virus C y casi inmediatamente vendiste tu empresa a Gilead por once mil millones, cuatrocientos para ti por tus acciones. No sentís preocupación de cómo las corporaciones hacen exponenciales sus beneficios por altísimos precios, a cien veces más altos que el coste de producción. Sois conscientes que con ello impiden que la mayor parte de los enfermos que necesitan los medicamentos que colaborasteis a descubrir, no puedan beneficiarse, enfermen y en muchos casos mueran. ¿No os aturde ese pensamiento?

David Ho se quedó más pensativo. Ya lo habían hablado hacía veinte años en Vancouver. Raymond respondió asertivo:

- Miradlo del otro lado: si no hubiesen entrado nuestras investigaciones en el mundo de las inversiones, los grandes ensayos clínicos y la comercialización global, hoy ni siquiera estaríamos hablando aquí. Y no estaríamos hoy investigando más medicamentos para otros virus o contra el cáncer. Mira el SIDA, Jonay, que tanto sufriste en Zimbabue, sé que pasó demasiado tiempo hasta que bajaron los precios, pero hoy llega a casi todos los pacientes. Dudo mucho que sin esas inversiones en equipos, pruebas, ensayos doble-ciego, sistemas de seguridad, ensayos masivos poblacionales, comercialización y negociación con países hubié-

ramos avanzado. Tendríamos solo la penicilina y otros antibióticos derivados de plantas que empíricamente se demostraron útiles. Nada más.

Jonay sintió inquietud por tanta complacencia con el mercado injusto. Rob le miró como temiendo que fuera a contestar con severidad. Jonay le hizo un gesto de calma y le guiñó un ojo tranquilizándole.

- En toda circunstancia se puede ver el vaso medio lleno. Hasta en las guerras hay horas e incluso días sin bombas. Hay una alternativa al mercado de medicamentos que salvan vidas que ahora produce tan altos beneficios de unos pocos y la enfermedad y muerte, innecesaria, de muchos. No podemos ser complacientes ante un fallo o retraso que ha causado veinte millones de muertes en el SIDA y sigue causando casi medio millón cada año con la hepatitis C. Raymond, tu ganaste más de cuatrocientos millones, suficiente para pagar tratamientos a diez mil pacientes al coste de mercado o un millón de pacientes, todos los que están en riesgo vital en los próximos doce meses, al coste de producción: ¿no crees que es demasiado para una persona mientras miles de millones no tiene para sobrevivir y tener unas condiciones mínimas de vida digna? Nuestro amigo Thanda ha investigado con David el umbral de dignidad por debajo del cual se pierde esperanza de vida factible y sostenible para todos, y también el umbral de acaparamiento por encima del cual otros no tendrán lo suficiente y además no aumenta ni la felicidad ni la salud.

Raymond se sintió incómodo y se quedó callado mirando fijamente a Jonay, quien le aguantó, con una sonrisa, la mirada y prosiguió.

-Además, Raymond, perdona que saque un tema delicado: nadie es imprescindible en el avance del conocimiento. Son docenas o cientos de investigadores los que unen sus diferentes contribuciones. Ha pasado con muchos medicamentos: muchos han contribuido, unos pocos los patentan y una docena de compañías los comercializa, y un puñado de especuladores financieros amasa billones. En tu caso has recibido también protestas de investigadores que dijeron haber aportado al conocimiento.

Se quedaron callados. Jonay había tocado un tema sensible. Había una denuncia de por medio que se había convertido en una batalla entre Merck y Gilead, algo en el fondo bueno, dentro de la perversión del mercado, para que se ampliase la producción y la competencia, y bajaran los precios.

Rápidamente cambió de tema, necesitaba plantear una alternativa que les pudiera ilusionar a todos:

- ¿Conocéis el concepto de «bienes públicos globales»?

-Vagamente. Respondió David Ho.

- Muy importante debatir esa idea.

Dijo Rob y tomó la palabra.

- Los Bienes Públicos Globales son avances del saber o nuevos productos, de los que se beneficia toda la humanidad y que por lo tanto deben ser coordinados más allá de países aislados o entidades privadas. Deben ser coordinados a nivel global. Y lo único que tenemos a nivel global, aunque deficiente, es a Naciones Unidas.

Raymond pareció interesarse por la idea e intervino.

- Os diré una cosa: en el fondo yo no quiero otra cosa que vivir en paz. Ya les di a mi hija buenas oportunidades y a su madre una fortuna por el divorcio. Os confesaré mi sueño: que las Naciones Unidas compren dosis de Sovaldi para los ciento cincuenta millones de personas infectadas, se traten y se pueda erradicar esa enfermedad y el sufrimiento que causaría para todas las generaciones venideras.

Jonay, como redimiéndose de haberle puesto contra las cuerdas a Raymond, llevó la discusión a la luz de la ilusión y las oportunidades del bien común.

- Raymond, eso te hace grande. Lo más noble del ser humano es ayudar a los demás. A todos. Y tú puedes contribuir a ello sin necesidad del injusto mercado. Con cualquier descubrimiento que pueda ser de utilidad para curar una enfermedad o incluso salvar una vida, debe haber un sistema de coordinación global para asegurar que llegue a todos los que lo necesitan. Además, cuando son infecciones, como bien dices, la externalidad de tratarlo es positiva, al punto de que puede erradicarse completamente el daño. Eso es aportar al bienestar y felicidad ajena, de muchas generaciones.

- La fuerza mayor de la felicidad -dijo Rob.

- En contraste, fíjate, Ray, lo que supone el blindaje o «rapto» de una patente, como la de «tu» Sovaldi. A casi cincuenta mil dólares por tratamiento, el coste de tratar a todos los pacientes del mundo sería de ¡más de siete millones de millones. ¿Y sabes cuál es el presupuesto de Naciones Unidas? De cinco mil millones: mil quinientas veces menos. Poniendo la mitad de su presupuesto en ello tendrían que esperar el ahorro o endeudarse por tres mil años. Pero tú, Raymond, y yo sabemos, que el precio de producción es de unos cien dólares por cada tratamiento. Tratar a todo el mundo costaría diez mil quinientos millones, aun así, el doble del presupuesto anual de las Naciones Unidas. Pero diez mil quinientos millones es un 0,01% del consumo global en un año, o un 0,5% del gasto militar anual, menos que el gasto contra la vida, en ejércitos, de un día.

- Jonay, quiero que me ayudes a ello. Sinceramente, me arrepiento de haber dejado en manos de Gilead algo que puede hacer tanto bien a tanta gente, y a la Humanidad.

David intervino:

- Raymond, David, ayudadnos con una propuesta fuerte para el Secretario General de Naciones Unidas: cualquier avance vital para la Humanidad, debe ser

de libre acceso: primero en plataformas de compartir el conocimiento, y luego en colaboración en producción y distribución global. La Humanidad en su dimensión generosa y solidaria tiene mucha fuerza para asignar hasta un cinco por ciento de su riqueza cada año en mantener buenos salarios y condiciones a científicos que trabajen por los bienes globales, que no se enriquezcan, pero tendrán sobre todo el orgullo y felicidad de aportar bienestar a toda la humanidad.

Brindaron por ello.

Rob sacó en ese momento un tema relacionado, en el que nadie había pensado:

- Amigos, hay algo que está pasando inadvertido y que va a influir en todo, la investigación, la tecnología, las decisiones económicas y políticas, y hasta nuestra forma de pensar y relacionarnos: es la «singularidad tecnológica».

Todos quedaron pendientes de que Rob lo explicara:

- Se llama así al momento en que la inteligencia artificial será capaz de auto-mejorarse constantemente y superar la capacidad humana. Algo así como la evolución humana, pero a un ritmo miles de veces más rápido. Se teme que ello salga de la capacidad de control humano, que las máquinas pronto verían como imperfecto, hasta torpe. En lo que hacemos cada uno de almacenar memoria, analizar datos, inferir relaciones y plantear soluciones, la capacidad de nuestras computadoras personales es ya mucho mayor. Por un lado, solo utilizamos un diez por ciento de nuestra capacidad cerebral, pero por otro, la tecnología de computación avanza exponencialmente. Parece que estamos ahora mismo viviendo el momento de esa transición: la inteligencia artificial colectiva será pronto mayor que la de toda la Humanidad, que, además, como habéis demostrado antes en el debate, no es colaborativa sino competitiva, otra razón de gran ineficiencia. Poco a poco la tecnología dominará a la biología y se iría imponiendo una inteligencia no biológica de lo que ya llaman «posthumanos», aún con más capacidad invasora y depredadora que la raza humana hasta ahora.

Todos escuchaban con una mezcla de sorpresa y de vértigo.

- Vernor Vinge, en los años 80, utilizó por primera vez el término y llegó a decir que, en ese momento, cuando la inteligencia artificial nos supere, la historia humana habrá alcanzado una transición intelectual tan impenetrable «como el espacio-tiempo anudado en el centro de un agujero negro». Dijo que «el mundo irá mucho más allá de nuestra comprensión». A pequeña escala ya empezó a haber una especie de «subcontratación» de nuestra capacidad de entender al introducir las calculadoras en las escuelas.

David, inquieto, preguntó:

- Pero dime, Rob, ¿cuál es la capacidad de pensamiento binario de un cerebro humano?: en procesamiento y en memoria.

- Pues un cerebro adulto tiene unos cien mil millones de neuronas, más o menos el número medio de estrellas en una galaxia. Cada una de ellas tiene unas siete mil conexiones. Significan unos quinientos billones de conexiones diferentes, cada una de ellas con un significado especial. Nuestro cerebro es capaz de recibir y procesar unos treinta y cuatro mil millones de datos, binarios, por día, lo que equivale a unos cuatrocientos millones por segundo. Esa información se va almacenando hasta una capacidad máxima de diez a cien billones de bytes. Es decir, podríamos teóricamente almacenar, y en su momento evocar, todo lo recibido sensorialmente e integrado mentalmente, en ocho años. Con la edad tenemos que ir borrando datos y almacenando nuevos, seleccionando lo que no nos es útil, más pasado, y guardando lo más útil y más reciente. Pero una cosa es la información recibida y otra la información secundaria, es decir, la elaboración de pensamientos. Cada día, por ejemplo, oímos unas diez o quince mil palabras, que en sí son «solo» unos seiscientos kilobytes, pero cuando se unen entre sí en una frase y varias frases entre ellas, la complejidad es mucho mayor. Puede que recibamos al menos tanta información léxica del lenguaje como sensorial de los sentidos, lo cual reduciría a cuatro años la capacidad de almacenar lo que percibimos. Además, generamos unos sesenta mil pensamientos diarios, aunque solo expresamos una mínima parte a través de unas diez a veinte mil palabras, las mujeres el doble que los hombres. Lo que pensamos y lo que decimos puede que ocupe tanta información como todo lo recibido, lo cual sigue reduciendo la proporción que guardamos de todo lo percibido, entendido, pensado y expresado, a unos dos años. Fijaros, a los sesenta años de edad solo guardamos en nuestra memoria un tres por ciento de lo vivido.

Jonay estaba fascinado por cómo Rob lo estaba explicando. Le encantaban los números, y Rob estaba esquematizando el cerebro humano en números binarios, comparables con las máquinas.

- Fascinante, Rob. Entonces, la selección de lo que percibimos, lo que entendemos, lo que pensamos y lo que expresamos es ya una pequeñísima parte de la realidad, que luego además filtramos a nuestra manera más y más. Podría decirse que nuestra percepción de la realidad es una proporción bajísima de la misma y en su mayor parte, más con el transcurso de la vida, una creación de nuestra voluntad o de nuestro subconsciente.

- Así es, Jonay. Y piensa que una gran parte es en mensajes recibidos o pensamientos o expresiones abstractas, es decir, constructos de nuestra mente no reales. Realmente creamos nuestro propio universo, en menos de una millonésima parte igual que el de alguien que estuviera a nuestro lado toda la vida.

- Y encima pretendemos entender al otro y sacar conclusiones sobre sus actos o sentimientos. Arrogancia humana -dijo David, quien preguntó-: Y dinos, ¿cuál sería la capacidad conjunta de toda la Humanidad?

– Pues, si se juntasen colaborativamente todos los cerebros humanos, nuestra capacidad total de procesar datos sería de unos tres billones de bytes por segundo y la de almacenar datos sería de entre setenta y setecientos millones de billones de bytes, de terabytes.

– Nos has mareado, Rob –dijo David.

Jonay, fascinado por ese análisis, preguntó:

– ¿Y cuál es la capacidad actual de todos los ordenadores en el mundo?

– Bueno, la capacidad total de procesamiento es de unos diez billones de bytes por segundo y la capacidad total de almacenado de memoria artificial es de unos ciento cincuenta millones de billones, pero se está duplicando cada tres años, lo cual indica que ya estamos muy posiblemente sobrepasando la capacidad de almacenaje humana.

Raymond comenzaba a sentirse fascinado por la conexión entre investigación, bienes globales y la relación entre inteligencia artificial e inteligencia humana.

– Pero la clave es la colaboración, ¿no es así? La mayor parte de los humanos y de los ordenadores estarán pronto conectados por internet. Leí que los datos activos que fluyen en internet, imposibles de almacenar en su totalidad, llegan a un billón de billones. Los humanos los usan en sus análisis, en sus relaciones, en sus decisiones. Los ordenadores se interconectan también en esa red global. ¿Quién dominará a quién?

Jonay tomó la palabra para expresar una reflexión:

– El simple hecho de que ya pasamos más de la mitad del tiempo de trabajo frente a una pantalla y casi igual proporción del tiempo de relación social no laboral, implica que somos dependientes de los ordenadores. ¿Cómo es esa relación de dependencia? ¿En qué medida nos dominan, es decir, deciden por nosotros?

Rob intervino.

– Progresivamente las decisiones del ordenador son automáticas, es decir, sin nuestro control: cuando se debe encender, reconfigurar, si es seguro compartir cierta información, cuáles son las conclusiones de un análisis, cómo producir, consumir, ahorrar o invertir mejor y hasta qué información es de nuestro mayor interés. En teoría casi todo lo podemos nosotros decidir. Incluso el encenderlo o no. Pero hoy en día, en la sociedad-dependiente-del-comercio-global, la actividad laboral y económica que no sea la familiar y local, precisa del intercambio de información informática. Es decir, en el «mundo globalizado», las máquinas mandan, nos dominan. Pensamos que nosotros las dirigimos, pero cada vez menos pues cada vez las entendemos menos. Claro, hay jerarquías. Los sistemas de control de todos los sistemas de interconexión los dirigen unos pocos humanos y pueden dirigirlos hacia un pensamiento manipulado.

En ese momento David intervino:

–Yo creo que la clave es el objetivo y la colaboración. ¿Cuál es el objetivo de los ordenadores? Solo pueden programarse para velocidad y eficiencia de operaciones hacia la dirección que les digamos los humanos, pues somos sus creadores y los utilizamos para nuestro bienestar, de momento, equivocadamente antropocéntrico, a mi entender. El problema es que una vez que por ejemplo el sistema informático de Google o de Facebook detecta patrones de gustos y de consumo, y analiza los datos globales y mercados, nos dirige hacia decisiones que cada vez inducen más nuestros deseos, pensamientos y vidas. Quizás incluso sentimientos. Recaban, sin nuestro permiso explícito, nuestra información de internet, personal, relacional, profesional, bancaria, médica e incluso por los móviles la de nuestra movilidad por GPS o incluso lo que decimos o vemos. Conectan luego esos datos con los poderes económicos y políticos, y el resultado es una manipulación muy poderosa.Ya es tan fuerte nuestra dependencia de esa información y tan efectiva la función de los ordenadores, que es su sistema de análisis, que se automejora, el que nos controla. El ejemplo de manipulación más claro es el de Cambridge Analytica, que veo como un peligro acuciante.

Todos habían oído hablar de esa compañía, pero no sabían los detalles. David había hecho una investigación que compartió:

– Un inglés llamado Nigel Oaks, hijo de nobles millonarios y parte de las élites que estudiaron en la escuela de Eton, tras dejar los estudios y vivir en una discoteca ambulante, trabajó en Saatchi & Saatchi, una de las compañías más poderosas de publicidad. Después fundó el Instituto de dinámicas del comportamiento y luego los Laboratorios estratégicos de comunicación en 1990, que se dedicaron a trabajar para los ejércitos británico y estadounidense en estrategias de guerra psicológica, en Irak y Afganistán. Fundó hace dos años Cambridge Analytica con Steve Banon y Robert Mercer, millonarios y especuladores de fondos de cobertura («*hedge funds*») que han ido dominando los medios de comunicación y manipulación de la información y de la opinión. Se han dedicado a promover elecciones de gobiernos conservadores a través de «crear realidades y miedos» y transmitirlos por redes sociales en países de ingresos bajos. Están en este momento preparando la campaña para la salida del Reino Unido de la Unión Europea, y para la presidencia de Donald Trump para las elecciones de este noviembre.

Jonay recordó la tertulia dos años atrás con Aimsa, Julian, Edward y Noam:

– Las conexiones entre la política, que hoy más que nunca está en manos, e hipotecada, de los poderes económicos; la economía, en manos de la especulación financiera y su acceso a «big data», y los medios de comunicación, más bien de manipulación con objetivos económicos (publicidad) y políticos (propaganda), están interconectados. Mi compañera Aimsa y yo hemos intercambiado con Edward y Julian, quienes tienen que vivir escondidos por desvelar dichas intrigas del poder, y Noam, y hemos ido identificando grandes centros de poder y ma-

nipulación como Carlyle, seguro que conectado a Cambridge Analytica. Realmente la capacidad de la inteligencia artificial debiera utilizarse para automatizar análisis de datos y tomar decisiones de eficiente uso de los recursos hacia mayor bienestar humano y en armonía natural. Lo que me preocupa en realidad es la jerarquía de poder en la red humana, que es perversa en los objetivos de abuso, manipulación y acúmulo de unos pocos, y sumisión pasiva por los demás. La inteligencia artificial es inerte al miedo y al amor, y por lo tanto solo se automejora, evoluciona, para mayor eficiencia en su lógica matemática. Si se dirige a un fin ético de armonía social y natural, será una aliada. El problema es la red humana, rota en su equilibrio natural y social, y dominada por intereses perversos que dirigen las redes de información, comunicación, toma de decisiones y acceso a recursos. Y esos poderes van ya dominando la robotización de todos esos medios y dimensiones humanas, con un fin egoísta, corporativo, insensible al dolor natural y humano lejano e incluso próximo. Lo que dijo Vinge de la «etapa post-humana» no me preocupa por las máquinas sino por la perversión de la élite del poder.

En ese momento llegó a casa de David un hombre de unos setenta años que Rob presentó:

- Os presento a Raymond, Raymond Kurzweil. Ray fundó la Universidad de la Singularidad y ahora trabaja como director de ingeniería de Google.

La familia de Ray era judía y huyó de la Austria nazi a Nueva York. De familia de artistas, un tío era ingeniero de la empresa Bell y lo introdujo en el mundo de los ordenadores. Muy parecida a la historia de Bill Gates y Steve Jobs, Ray creó su primer ordenador aún adolescente, en los años sesenta. Fue al MIT y allí asistió a charlas de Noam Chomsky sobre las derivas geopolíticas destructivas. Terminó sus estudios de computación y diseñó sistemas de reconocimiento de escritura y de voz. Desarrolló sistemas de composición artística, musical y para ciegos, lo cual le permitió entablar amistad con Stevie Wonder, con quien diseñó sintetizadores de música. Siguió diseñando programas para formación médica. Fue pensando en el futuro y creó el fórum Mind-X. Propuso el concepto de las «máquinas espirituales», que evitarían la perversión, especulación y acúmulo del mundo financiero. Pero, sobre todo, Ray intentaba ver como el hombre podía, con ayuda de las máquinas, trascender a su realidad biológica.

Rob le introdujo al debate:

- Ray, nos hemos reunido a raíz de un dilema entre la injusticia que presentaron en el congreso de JP Morgan Jonay y David, con décadas de compromiso por la salud en comunidades con bajos recursos en Latinoamérica y África, y la visión de David Ho y Raymond, tu tocayo, de cómo las patentes permiten descubrir tratamientos para los virus que nos acechan, como fue el SIDA y ahora la hepatitis C. De ahí nos habló Jonay del concepto de bienes globales y fuimos imaginando un futuro más armónico. Así que les hablé de la singularidad y la

transición a una etapa robótica y como puede estar en equilibrio con la naturaleza biológica humana. ¡Faltabas tú!

- Un honor que me hayáis invitado. El futuro es fascinante. Yo firmemente creo que para el 2050 la tecnología enlentecerá el envejecimiento y finalmente podrá revertirse, sobre todo a través de la nanomedicina.

- No sé si estaremos aquí para verlo, Ray. Pero dinos, ¿cuándo crees que la inteligencia artificial superará nuestras capacidades cerebrales? -preguntó Rob.

- Quizás sabéis del test de Alan Turing, quien se suicidó tras su humillante condena por homosexualidad tras desvelar el código nazi. Ese test demuestra si un ordenador tiene los atributos de una mente humana como inteligencia, consciencia de sí mismo y emociones, es decir, sentimientos. Cuando sea así, su evolución de perfeccionamiento exponencial, millones de veces más rápida que la evolución humana, la hará inevitablemente, más inteligente y poderosa que la de un ser humano. Y pronto, a la vez que la edición génica y la nanomedicina extienden nuestras vidas en el tiempo, los implantes cibernéticos mejorarán en gran medida nuestras habilidades físicas y cognitivas y nos permitirán interactuar directamente con las máquinas como iguales.

Jonay reaccionó:

- Gracias, Ray. Puedo entender que los ordenadores tengan más memoria, mayor capacidad matemática y, en base a ello, más capacidad de argumentación lógica. ¿Pero cuál es su ética? Si en ellos se introduce el concepto de eficiencia y se establecen conexiones colaborativas, irán hacia modelos de relación gregarios entre ellos, como hicimos los humanos. Si la evolución de ordenadores expuestos a realidades diferentes crea capacidades diferentes y así identifican la asociación más fértil desde identidades distintas pero afines, buscarán esa especie de «complicidad de la amistad» y hasta «pasión en el amor». Quizás de ahí surjan hasta «sentimientos». Muy parecido a la evolución humana adaptándonos al ambiente, pero más rápida y perfecta. ¿Pero cuál será su razón, si no es la propia eficiencia, para sentir la empatía con los sentimientos ajenos, que es lo que más caracteriza a los humanos? ¿Solo el egoísmo de la colaboración, es decir, el corporativismo? Creo que eso siempre nos diferenciará.

- Buen punto, Jonay. Ese es precisamente el objetivo de la Universidad de la Singularidad, a la que os invito a asociaros. El de comprender y facilitar el desarrollo de tecnologías de avance exponencial y guiar estas herramientas para dirigir los grandes retos de la humanidad. Algo así como el Dios, quien fuera, que nos imbuyó a nosotros de bondad y de amor por los demás, aunque tengamos tantas imperfecciones en ello. Nos interesa mucho vuestra contribución en ello. Os propongo que creemos un foro sobre tecnología y los bienes globales.

– Gracias, Ray. Tengo mis dudas sobre la ética de depender tanto de las máquinas que olvidemos trabajar, crear, amar, reproducirnos y dejar el paso a nuestros hijos envejeciendo y volviendo al bello y mágico ciclo de la naturaleza.

Jonay pensó en la relación de budismo y física cuántica de la que tanto habían hablado:

– En el fondo somos energía atrapada, en un lapso llamado vida, en espacio y tiempo. Y como energía confluimos, armonizamos, amamos, nos diluimos y dejamos paso a otras vidas volviendo a la energía sin tiempo ni espacio. El budismo ayuda a entenderlo. Los ordenadores solo son materia estática, mineral, no orgánica. Desde su inmortalidad no viven en nuestra interfase energética. No trascienden a esta existencia. Son materia, aunque procesen energía, incluso cuántica dentro de poco.

Ray le miró con extrañeza. Estaba también obsesionado con la inmortalidad, primero por la química, luego la edición genética y luego la nanotecnología. Se quedó pensativo en si la inmortalidad a la que secretamente aspiraba, le convertiría en un robot sin capacidad de empatía, de sensibilidad por los sentimientos ajenos.

Quedaron en convocar a un debate global sobre «el futuro robótico y la armonía humana» el siguiente año en la Universidad de la Singularidad y proponer un marco para dirigir al conocimiento y la técnica al bien común e intergeneracional.

David siguió su ruta con su hijo hacia el sur y Jonay se quedó por la costa oeste viajando en bici, visitando eco aldeas e inspirándose de sus saberes y de sus pasiones.

XLII

HERMANOS NAVEGANDO LA VIDA

Atlántico Norte, junio 2016

Aimsa se quedó por Europa unos meses. Necesitaba empaparse de naturaleza, hundir las manos en los surcos de las huertas, ordeñar al amanecer, sentir el mojarse con la lluvia y el calor del verano, el cansancio de la cosecha y el premio del sudor noble con un poco de agua fresca.

En White Lake habían ido creando una linda comunidad rural pero constantemente tenía que estar conectada al ordenador y al teléfono móvil, con una vida de pantallas, sonidos y palabras que dejaba escapar, entre los dedos, la dulce, bella y auténtica realidad.

Se decidió a viajar sin tomar ninguna nota. Solo hablar una vez en semana con Jonay y sentir, por empatía y por intuición, respuestas, desde la sencillez y la armonía natural, al mundo complejo y perverso, oscuro y frío con el que lidiaba cada día en las Naciones Unidas y las esferas de la política.

Fernando le animó a que juntos surcaran en Satia los canales navegables y fueran visitando eco aldeas desde Havre hasta Marsella. Allí él seguiría la ruta hacia Eila. Un eco aldeano desde Eila, Jeremías, había asumido su puesto de coordinador, «servidor principal» como decía John, pero le escribía diciéndole que su liderazgo moral era necesario. Volvían a tener ataques de los terratenientes que abandonaron la isla sin propiedades. En Marsella se encontraría con Nour, quien atravesaba ya los Pirineos a caballo y le acompañaría en su travesía hasta Eila.

Arriaron las velas y bajaron el palo de Satia. Se propulsaban con un motor que Martín había construido conectándolo a dos placas solares y a un biodigestor de plancton que alimentaba otra turbina complementaria a vapor. Además, tenían acoplados dos puestos de pedalear que movían propulsores circulares en la popa. Pararon en las eco aldeas ribereñas del Alto Sena en La Mailleraye, Duclair, La Bouville, St Aubin-les-Ebeuf, Vernon, Mantes y Poissy antes de atravesar el Sena a su paso por París.

Moyes le puso a Aimsa y Fernando en contacto con Thomas Piketty a quien conoció en Londres y con quien mantenía contacto con su Instituto Internacional de Desigualdades. Atracaron al viejo barco de John, Satia, junto a una eco aldea de casas flotantes cerca del Barrio Latino y tras reunirse con la comunidad que resistía el consumo enajenado a ambas orillas del Sena, fueron a visitar a Thomas en la Escuela de Economía. Piketty estaba en sus cuarenta. Su cabello aún sin canas, su rostro orondo, mirada pícara y sonrisa amplia pero poco abierta, como en una mueca de no querer expresar todo o que sentía, les inspiró una inteligencia ingenua, provocadora y tenaz. Piketty les contó que había nacido en el suburbio parisino de Clichy, en los altos del Sena. Sus padres eran trotskistas y se movilizaron en el mayo de 1968 hasta que nació su hijo y se fueron aburguesando. Sensible a las ideas de justicia social de sus padres y conociendo los barrios de la Banlieue se interesó desde adolescente por entender la distribución y por ello estudió matemáticas y economía en París y luego hizo su tesis en la London School of Economics, donde Moyes le conoció. Se trasladó como profesor al MIT de Boston donde conoció a Chomsky y volvió luego a París desde donde dirigía la Escuela de Economía de París. A Aimsa y Fernando les gustó saber que había rechazado hacía poco la Legión de Honor del gobierno francés diciendo que «el gobierno no era quien para decir quién era honorable».

- Bonjour, Aimsa, Fernando

- Gracias por la invitación, Thomas -dijo Aimsa.

- He oído mucho de la red de eco aldeas y de la economía sin dinero ni propiedad en Eila. Quisiera saber más sobre ello.

- No ha sido fácil. Se trata de equilibrar el espacio individual, dándole peso a la creatividad y la responsabilidad, no la educación vertical y la competitividad hacia los privilegios, con el espacio de lo colectivo a través de la empatía, la propiedad colectiva y el apoyo mutuo. Pensamos que cuando las personas viven por encima del tamaño humano de doscientas, como mucho cuatrocientas personas, se diluye la empatía y la balanza favorece al individualismo y con él la propiedad privada, origen de la desigualdad.

- Interesante. Pensé que sería utópico, pero me dicen que ya son más de diez millones de personas en el mundo viviendo en eco aldeas. El problema es que el 99,9% de la humanidad vive conectada a la economía global que concentra un agujero negro especulativo cuando el interés supera a la inflación. Necesitamos un impuesto global a la riqueza, no solo a los ingresos.

- ¿Conoce a Thanda Garay? Es un aliado que está ahora en México y ha definido la ética de la equidad y los umbrales de su distribución, que permiten estimar una redistribución territorial y fiscal justa.

- Interesante, creo que he recibido mensajes suyos, le contactaré.

Fernando no se sentía tranquilo por el enfoque puramente económico.

- Thomas, he leído tu libro de *El capital en el siglo XXI*. Tu análisis es numérico y la variable es el capital. Has descrito la acumulación progresiva de la riqueza, como hace Oxfam también. Pero hay algo, a mi entender, que tus estudios no tratan lo suficiente, que es esencial: los límites planetarios. Para cualquier modelo de distribución económica, el agotamiento de recursos naturales hipoteca la vida de las siguientes generaciones y de otras formas de vida. Has propuesto impuestos a las emisiones, pero seguiríamos destruyendo el planeta. Venimos de la Cumbre del Cambio Climático y hemos escuchado mucha retórica para que el sistema se perpetúe.

- No, pero una economía justa promoverá las energías limpias globalmente.

- ¿Cómo vuestra energía nuclear radioactiva? Con todo respeto, Thomas, sin una huella ética, de menos de una tonelada por persona y año, cualquier modelo económico será destructivo y creará inequidad inter-generacional. Necesitamos decrecer progresivamente y evolucionar hacia sociedades sin propiedades individuales, inspiradas por la bondad y la empatía. En Eila hemos demostrado que es posible.

Piketty se quedó pensativo.

- Algo así como ir ahogando al capital con impuesto por encima del umbral de acaparamiento que dice Thanda, hasta que la propiedad y el capital individual sean redundantes e inútiles. Pensaré en ello. Y quisiera visitar Eila.

- Cuando quieras, Thomas. Sigue con fuerza tus ideas hacia un mundo más justo.

Siguieron ruta y paradas en Draveil, Melun y tomaron rumbo al sur por el canal de Loing parando en St Mammés, Rogny, Belleville, St-Satur, Varennes y Le Guetin siguiendo por el canal del Loira hacia Decize, Digoin, Ecuisses y Chagny antes de volver al bajo Sena y bajar ya sin paradas hasta Lyon, Valenece, Avignon, Arles y el puerto de Marsella.

En Marsella, una comunidad de eco aldeanos les preparó una reunión fraternal junto a Pierre Rabhi. Pierre ya tenía casi ochenta años y una actitud y mirada que parecían brillar de humildad y bañar de ternura todo a su alrededor. Bajo y delgado, aquel campesino argelino ilustrado de frente ancha, ojos pequeños, mirada dulce y arrugas de tanto mirar con amor, rezumaba bondad. Aimsa sintió una fascinación parecida a la que sintió de niña por Sri. No en vano le llamaban a Pierre el «Ghandi francés».

- Fernando, que alegría conocerte. Eila es nuestra Ítaca de Homero, nuestra utopía de Moro, brilláis en el horizonte de los hombres sensibles y justos.

- Gracias, Pierre. Simplemente intentamos vivir en el amor. Y una vez que fluye, no supone esfuerzo alguno ni merece ninguna reverencia. ¿Cuéntanos de tus ideas de los «oasis en todos los lugares»?

–Yo vivía en París y sentía la necesidad vital, existencial, de huir de la vida urbana y dedicarme a la agricultura. Fuimos parte del movimiento neo-rural en los años 60 y simplemente hemos vivido amando y aprendiendo de la tierra los últimos cincuenta años, Fernando. Me gusta la agricultura biodinámica y la cría de cabras. He viajado por los países más secos de este planeta, al norte y al sur del Sahara, y hemos demostrado que cuidando la tierra podemos crear oasis en cualquier lugar.

No necesitaban hablar más. Había una honda sintonía en las miradas, en la humildad, en la sonrisa y en la sencillez. Meditaron juntos, sin religiones, sin propiedades, sin fronteras y sin verdades. Solo sintiendo la profunda armonía de no ser uno, sino parte de todo.

Después de llegar a Francia con Fernando y Aimsa, Nour, lejana y escéptica de las instituciones y jerarquías desde su alma libre, se trazó un plan para visitar eco aldeas por Europa. Se había escrito a menudo con Daniela, la hija de Thanda, con quien sentía una misteriosa sensación de almas gemelas. Además, compartían la pasión por los animales, en especial por los caballos. Cabalgaron juntas más de dos mil kilómetros de rutas entre eco aldeas hablando del cuidado y respeto de todos los animales.

Llegaron a la reunión de Marsella donde Daniela conoció a un joven sueco fascinado por las estrellas y poco después emprendieron ruta hacia el norte de Europa.

Nour y Aimsa pasaron unos días de profunda armonía comunitaria y con un poderoso amor entre madre e hija. Aimsa sentía vértigo y a la vez una extraña alegría sabiendo que Nour empezaba a volar y pasarían mucho tiempo sin verse.

Nour y Fernando siguieron navegando con Satia por la costa del Mediterráneo. Pararon en el delta del Ebro para ver a Anna, quien con otros amigos entrañables de Thanda y de Jonay estaba planeando una eco aldea en torno a unas masías catalanas en el parque de Ports. Allí llegaron Adam y Unai desde la eco aldea de cooperantes. Sentían a Nour como una hermana. Hacía catorce años que no la veían, desde su bella infancia en Ukuzwana.

Adam y Unai habían lanzado con fuerza la eco aldea de cooperantes en Navalquejigo, entre Madrid y El Escorial. Allí vivían unos trescientos cooperantes que estaban de paso entre ir o volver de misiones lejos de sus hogares. Ese tiempo de transición entre lugares, culturas y universos emocionales en el que a menudo solo encontraban empatía entre almas gemelas de la cooperación. Habían reconstruido cuarenta casas sencillas y en armonía con la naturaleza bajo la inspiración y guía de los saberes de arquitectura ecológica de Daniela. Un albergue de adobe y con formas circulares acogía a unos cuarenta en situación de estancias más cortas y para otros visitantes. Cada casa tenía una parte baja con una actividad de inmigrantes y refugiados en España. Había casas de comida, telares, terapias y artesanías de todo tipo y de todas las regiones del mundo. Tal y como soñaron, la

casa consistorial en la plaza se convirtió en un foro comunitario y de reuniones con grupos que les visitaban, sobre todo escuelas de la región. La plaza de toros se rehabilitó como un ágora de obras de teatro multiculturales que cada semana reunía a gentes de los pueblos aledaños. La iglesia, aún en reconstrucción, fue convirtiéndose en templo ecuménico, de encuentros espirituales y de meditación. En casi diez hectáreas hasta el lago prepararon campos de cereal, pastos para vacas, huertos y una viña. En el último foro de la eco aldea de los cooperantes se acordó, con representantes del Congreso y del Senado, aprobar el estatuto del cooperante cuyos primeros borradores habían escrito Thanda y los amigos ahora reunidos en la eco aldea de las masías de Ports, veinte años antes.

Al reencontrarse Adam y Unai con Nour sintieron una profunda felicidad y sentimiento de unión. Sus vidas habían estado separadas por los diferentes caminos y destinos de sus padres, pero había algo mágico en su unión: habían crecido con el espíritu valiente y solidario de Ukuzwana. De allí llevaban en sus almas la magia serena y profunda de NoLwasi, la intuición aguda y espiritual de la justicia de Aimsa, la perseverancia de servicio y empatía de Jonay, la valentía generosa del tío Haka, y como la base de todo la suave entrega y el testimonio de vida que trasciende de Patxi. Esas combinaciones de valores impregnaron sus paseos a la espalda de NoLwasi y de Aimsa, sus primeros pasos por la misión, sus aventuras por los *kraals* y los *kopje*s y sus juegos con juguetes inventados de la naturaleza. Sentían admiración por sus hermanos mayores Joseph, Nothando, Thandiwe y Buhleve, y sus historias de valentía. Recordaban las tormentas eléctricas, los atardeceres rojos, la estrella del sur, la mezcla de culturas de África y de Europa y sus raíces comunes en India. Todo ello les hacía hermanos para la eternidad.

Nour ya tenía veinte años. Se había convertido en una mujer bellísima. Su cabello era rizado azabache y largo, que recogía a menudo en una trenza, sus ojos eran grandes como los de su madre y a la vez achinados como los de su padre, su mirar profundo e inquisidor a la vez que amable, la recta, suave y breve nariz llevaba a unos labios plenos y casi siempre sonrientes que daban sombra a una barbilla con un hondo surco medio, seña de los Harris. Era alta y atlética, sencilla y ágil, valiente y dispuesta a buscar cada día aventuras y derrochar pasión en ellas.

Después de la fiesta de despedida en la eco aldea de los Ports, zarparon con Satia colmados de hortalizas, tubérculos y agua pura de las cumbres hacia el delta del Ebro, que los llevó, entre meandros, pantanos, arrozales y nubes de aves migratorias, incluidos pelícanos tan rojos como los atardeceres de Ukuzwana, hasta el mar mediterráneo. Adam y Unai vieron allí por primera vez el mar. Nada sabían de navegar a vela. Pronto fueron aprendiendo de Fernando lo que a su vez él aprendió de su querido y anhelado amigo John, y de Nour, quien ya había cruzado dos veces el Atlántico. La primera noche de travesía el viento los bendijo de popa y llegaron al medio día siguiente al Cabo de San Antonio donde echaron ancla, admiraron los acantilados, bucearon y vieron las estrellas en una noche

de entrañable cariño entre los hermanos y con el bueno de Fernando, como un abuelo para ellos rezumando el noble espíritu y tenacidad de John. Siguieron hasta Gibraltar por el mar de Alborán, sereno y plateado. Tras dos días navegando las costas de Almería, Granada y Málaga recalaron en Gibraltar, esa gran roca de África incrustada en Europa, disputada por los poderes coloniales y por la que España reclamaba su derecho mientras decía que sus colonias de Ceuta y Melilla eran «casos diferentes». Absurdas fronteras todas ella, pensaron.

Durante el paso por el estrecho de Gibraltar navegaron a casi quince nudos de velocidad gracias a los vientos que soplaban de Levante. Echaron ancla en la Isla de Tarifa donde Adam, Unai y Nour nadaron hasta la orilla y se mezclaron con surfistas que llegaban de todo el mundo a esa fiesta del viento y de las olas. Siguieron sin resistir la fuerte intención del viento que les puso rumbo al Sur de Portugal llegando al puerto de Portimao en la costa del Algarbe, cerca ya del Cabo de San Vicente, el extremo suroeste de Europa, fin del mundo para los europeos hace cinco siglos. Durmieron anclados cerca del Cabo reflexionando sobre los mágicos confines antes del mundo y ahora del universo, y de la propia mente humana, atrapada entre energía y materia.

Pusieron luego rumbo a Madeira, teniendo que sufrir olas atlánticas de seis metros. Adam y Unai, menos acostumbrados, no pararon de vomitar en todo el día. Fernando les dijo que ese tramo hasta Canarias, era el más difícil. Llegaron a la isla de Porto Santo tras varios días de fuerte oleaje, y todos, en especial Adam y Unai, sintieron tremendo alivio al pisar tierra firme. Continuaron singladura hasta Madeira y anclaron en la Marina de Funchal, para descansar un día y disfrutar de la bella ciudad. Allí Fernando buscó a la familia de su querido amigo Josu, tío marino de Patxi y quien le ayudó a rescatar a Kadiatu y Lisy hacía más de treinta años. John y Umbela le visitaron en sus dos vueltas al mundo navegando. Había muerto hacía ya veinte años. Su mujer Fátima tenía más de cien años y aún caminaba por las laderas de Ponta do Sol donde habían animado, con su hija Soizinha y su nieto, de un navegante que nunca volvió, una eco aldea que acogía a marineros que cruzaban el Atlántico con la fuerza de los alisios. El encuentro fue emocionante para Fernando, quien guardaba de Josu Beloki una preciosa huella de amistad y valentía. Más dura fue la despedida de Fernando y Fátima, seguros de no volverse a ver. No pudieron hablar, solo abrazarse y mirarse largo tiempo con los ojos bañados por lágrimas de gratitud por el regalo de la amistad eterna.

Dejaron el puerto de Madeira donde estaba atracado el lujoso crucero Queen Elizabeth de más de trescientos metros de eslora y cinco mil ricos pasajeros que apenas les despeinaba la brisa del mar en sus lujosos camarotes, salones y piscinas a bordo. Satia frente a ese crucero, las eco aldeas frente a las ciudades, la armonía natural frente a la selva del petróleo, plástico y los humos. Vencerían. Seguro.

Con el símbolo de lo pequeño y bravo, llegaron a las Islas Salvajes, solitarias en el medio del Atlántico. En ellas solo vivían tres habitantes, los guardas del Parque nacional y el farero. Anclaron y fueron a hablar con ellos. Tuvieron una larga tertulia con el Luizinho, el farero, quien llevaba atendiendo ese solitario lugar en el mundo más de cincuenta años. Luis había conocido a Josu, «el marinero vasco» y se emocionó de la historia del rescate que le contó Fernando. Les dijo como a menudo el carguero de Josu, «Hope», había encontrado guía y refugio en su faro.

Luiz miraba con cierta precaución, como si de tanta soledad hubiera perdido confianza en los humanos. Tenía un pelo y barba largos, pero una espalda firme y erguida, se diría que de tanto mirar a lejanos horizontes. Fernando inició la conversación.

- Luiz, ¿cómo consigues estar tanto tiempo en soledad? ¿Te entristece tu alma? ¿Anhelas la compañía?

- Llevo cincuenta y dos años en este faro, Fernando. Al principio estaba yo solo. Sin sustitución. Venía un barco de Madeira al mes y me traía alimentos y agua. En aquel tiempo recuerdo que intentaba «ocupar» el tiempo. Leí muchos libros y pintaba. Construí varias casas con piedras. Hice un inventario de ciento sesenta especies de aves, tres de ellas anidaban en la isla, el resto eran migratorias. Y empecé a escribir una historia. Pero pasado un tiempo no necesitaba hacerlo. Fui dejando la dependencia de mi «ruido mental» y lo sustituí por las serenas sensaciones del sol, el mar, el viento, los animales, hasta mi propio respirar.

- ¿Pero no echabas de menos el contacto humano?

- Sí. Aunque yo era hijo único de madre soltera y tenía poca familia. Mi madre casó con otro hombre y tenían su vida. Mis amigos fueron llevando vidas diferentes. De vez en cuando paraban marinos, como vosotros hoy, y tenía lindas conversaciones, pero a casi ninguno de ellos los volvía a ver. Escribí esta novela: *El silencio que acompaña*. Hablo de la paz del silencio. Os doy una copia.

- Gracias, Luiz. ¿Y el abrazo y fusión con una mujer?

- Sí. Eso sí que anhelaba. Mi naturaleza lo buscaba. Y cuando ya llevaba diez años aquí y casi había olvidado el deseo sexual, llegó una mujer en el barco de suministros mensuales. Hubo una atracción química muy fuerte. Ella convenció al gobierno en Madeira para abrir un parque nacional aquí y vino como guarda. Fue un tiempo bellísimo: ella en sus torretas del parque y contando flora y fauna; yo en mi faro y manteniendo el pequeño dique del puerto. Nos juntamos en un lindo hogar y fundimos nuestras almas.

- Al quedarse embarazada dio a luz en Madeira y ya se quedó allí mientras el niño crecía. Queríamos que jugara con otros niños. Conseguimos que mi puesto lo doblaran, con períodos de dos semanas aquí y dos de descanso, a cambio de encargarnos también del Parque. Así transcurrió mi vida, la mitad del tiempo en familia en Madeira, la mitad aquí, en mi mundo.

– ¿Y qué ocurrió después? ¿Ya no está aquí?

Su rostro se ensombreció.

– Murió de un ataque al corazón. No pude estar a su lado. Mi hijo emigró a Lisboa. Volví a mi soledad. Casi estaba más solo cuando volvía a mi hogar vacío cada dos meses. Menos mal que encontré el afecto y empatía en la eco aldea de Ponta do Sol que Fátima y Soizinha impulsaron. Ahora Soizinha y yo estamos construyendo poco a poco bellos puentes de ternura.

Fernando, Adam, Unai y Nour siguieron la navegación emocionados por la profundidad del alma de Luiz.

Mientras tomaban rumbo en sur hacia Eila, Nour les leyó el poema con que iniciaba el libro de Luiz:

Oigo ahora el silencio
siento su eternidad
Miro solo hacia dentro
Veo la oscuridad

Bebo de la pura agua
El sabor de no saber
A mi piel tu piel le falta
Orfandad que me hace arder

No hay ninguna fragancia
Que me hable de otro ser
Todo respira ausencia
Suave desaparecer

En ese espacio vacío
Encuentro a la soledad
Esa dama del abismo
Que me abraza con piedad

Es con ella que ahora oigo
A mi alma respirar
Solo así solo soy yo
Y me veo sin mirar

Hasta siento que me besa
Con inefable pudor
Que su alma es mía y presa
De un inconfesable amor

En mi baile con la nada
La armonía el respirar
Voy sintiendo así su llama
En profundo meditar

Desde esa serena nada
Vuelven todos los sentidos
Duerme mi secreta hada
Yo y mi ser somos testigos

Desde la noble conciencia
Que en la nada hay virtud
Otro universo comienza
Que rebosa gratitud…

Sintieron juntos el silencio en complicidad y el cariño callado. Se dejaron invadir por la inmensidad del océano, la música del viento, la sutil invitación del atardecer y el sentimiento de gratitud que les bañaba mientras les cubría el mágico manto estrellado de la noche

Dos días después llegaron al puerto del «corazón de Eila», antes San Sebastián de La Gomera. Sintieron una profunda emoción al ver como una treintena de veleros habían salido a recibirles y hacían sonar grandes caracolas como bienvenida. Al echar amarras en el puerto salieron a su encuentro unas trescientas personas venidas del corazón y de varias eco aldeas, sobre todo de la Ternura. La primera en abrazar a Fernando fue Umbela.

En tan solo seis meses Fernando notó el paso del tiempo en ella. Umbela ya tenía casi ochenta años. Al ver su cabello plateando recogido en el pañuelo azul de Aimsa, sus ojos de miel, su mirada de inmensa ternura, su sonrisa suave y digna y sus brazos abiertos a su compañero del alma, Fernando sintió que volvía a casa. Ya no necesitaba más viajes. Los atardeceres que quedaran los quería pasar con la compañera más dulce y tierna, que lo fue de su amigo del alma, y que ahora alumbraba sus días y cobijaba sus noches. Cada una, una eternidad.

Luego Umbela abrazó con profundo amor a Nour, primero con sus brazos y su cuerpo, y luego con el abrazo de cabeza que se había extendido por las eco aldeas de todo el mundo. No se veían desde que los acompañaron en la campaña por Eila, cuando su abuelo John vivía. También se abrazó a Adam y Unai, a quien no veía desde su visita a Ukuzwana cuando cambió el siglo, y eran unos niños pequeños. Umbela no podía hablar por tanta emoción. Simplemente y de la mano de Nour, caminaron hasta una piedra en la plaza del abrazo de Leila, con las palabras del canto de Jonay a la marcha de John, entre muchos otros mensajes de todo el mundo. Se hizo un círculo entre los cientos de eco aldeanos que habían venido a recibir, tras sus navegaciones por el mundo, a su líder, sucesor de John. Empezaron a cantar «Faltarán estrellas…». Se fueron dando las manos y caminando todos hacia un árbol que había en el centro de la plaza, el abrazo de Eila. Era un árbol calcinado por el incendio que arrasó la isla cuatro años antes. Una sabina retorcida por el viento y calcinada por las llamas. Había algo milagroso en ella: había crecido un brote verde en su tronco. Era el símbolo de la esperanza de Eila. El reflejo de que, en tan solo cuatro años, los «Eileños» habían sembrado ya más de diez millones de árboles. Ya comenzaban a devolver a la isla su verde ancestral.

Adam y Unai se quedaron maravillados con el ambiente de ternura y empatías por las calles, plazas, eco aldeas, huertas y caminos por la isla. Mientras Nour pasaba una semana de profundo amor, complicidad e inspiración con su abuela Umbela, ellos vararon a Satia y limpiaron cada tabla lijando y cubriéndolo de resina de brezo y pino canario. Repararon tablas dañadas, cosieron algunos rasgados de las velas, reforzando la cabuyería y revisaron el motor solar al que cambiaron algunas piezas del rotor. Rebobinaron el electroimán y repararon una parte del estator diseñado y fabricado con precisión con la impresora 3D comunitaria en la comunidad de la Ternura.

Al atardecer Unai guiaba a Adam a escalar los roques y ver los horizontes. Ya no para ver si venía Nour, como en Ukuzwana, sino para ver los horizontes a donde navegar con ella. El último día escalaron el gran roque de Agando. Desde su cima vieron los valles de la isla, desde Arguamul y su eco aldea de la Valentía hasta el Cabrito y la eco aldea de la Ternura. Divisaron al oeste el Teide y vieron esconderse el sol tras su cumbre nevada. Divisaron al este las islas de la Palma y de El Hierro, cual inmensos barcos a la deriva del tiempo eterno.

Cuando terminaron de reparar y preparar a Satia para otra singladura atravesando el Atlántico, listos para levantar amarras, la eco aldea de la Ternura les brindó una reunión de despedida. Bajo las estrellas se reunieron en la casa común a contar historias, cantar poemas y abrazar sus almas. Los eco aldeanos «ternureros» les entregaron verduras, legumbres, frutos, bolas de gofio con miel y agua pura de las cumbres.

Adam se fijó en una joven que irradiaba una luz que le deslumbró sus sentidos. Se llamaba Cassandra y tenía orígenes vikingos, como los náufragos que

hacia mil años habían naufragado en las costas canarias y se cruzaron con las poblaciones bereberes que habían llegado en cayucos hasta Lanzarote y de allí fueron saltando, y a menudo ahogándose, de isla en isla hasta la Gomera, ahora Eila. Había, por ello, una cierta similitud entre los rasgos de guanches con cabelleras castañas o rubias, tez tostada curtida por el sol y ojos azules, y los de aquella mujer que deslumbraba la vista y el alma de Adam y quien se preguntaba «¿qué hay en nuestra naturaleza que una mágica conjugación de sensaciones en una milésima de segundo puede estremecer cada átomo de nuestro cuerpo y cada quantum de energía atrapado en él?».

Adam sentía que Cassandra tenía una mirada limpia y pura, una sonrisa leve y franca, un bello cabello rubio y lacio que caía como las cascadas que habían visto en el valle de Hermigua y dejaba en esa noche estrellada de verano frente al Atlántico sombras que paseaban por su rostro de nieve y una bella figura ágil y a la vez sensual. Le inspiraba fuerza en aventuras y ternura en el abrazo. Adam tuvo que disimular su fascinación y esperó un momento fuera del grupo para acercarse a ella mientras paseaba por la orilla.

- ¿Hola? Discúlpame, estoy un poco confuso. ¿Te puedo hacer una pregunta?

- Claro, dime, «forastero».

Con una sonrisa y mirada inquisidora quiso hacerle ver que no sabía ni su nombre ni sus intenciones. Adam contestó disfrutando de su rol de forastero anónimo, que seguro acabaría en unos minutos.

- Mi pregunta es: ¿sabe usted, su alteza valquiria, quién se ha podido dejar abiertas las puertas del cielo? Descuidados sus guardianes, han dejado volar a un ángel y posarse sobre esta bella aldea.

- No he visto a ese ángel, caballero, nadie alrededor tiene alas y una túnica blanca y levita sobre estas rocas de lava en el océano.

- Oh, quizás no sabe usted que los ángeles tienen muchas formas. La que usted dice es solo una cuando se visten de fiesta y danzan sobre las nubes. Pero hay muchas más. A veces, solo a veces, en islas libres durante noches mágicas, aparecen ángeles que tienen bellos y ágiles cuerpos, rostros de pura luz de nieve, cabellos de oro que bailan con el viento y miradas que hacen rendirse a algunos forasteros que se atreven a preguntar.

Mientras así le hablaba, se miraron bajo las estrellas y arrullados por las olas se abrazaron con la magia que nadie puede explicar ni ninguna fuerza puede parar.

- Me llamo Cassandra, me llaman Cassie.

- Me llamo Adam, me llaman Adam. ¿De dónde nace tu belleza?

-Vengo de los fiordos de Noruega y los lagos escoceses, pasando por los valles de Suiza y los hayedos de Luxemburgo. ¿Y tú, Adam? Discúlpeme, debí preguntarle: ya que nos hemos abrazado, ¿puedo llamarle de tú?

– Te diré, Cassie. O «casi, te diré»: Vengo de las colinas verdes vascas y de las arenas del Kalahari, deseando mestizarme cada día con la magia de todos los lugares que los caminos me muestren.

Con un beso de caballero en el dorso de su mano se despidió y le deseó que las estrellas rociaran sus sueños de magia.

Al día siguiente zarparon hacia el este. Nour se despidió de Umbela disimulando el desgarro de la despedida de quien se sabe en su lento declinar. Parte del corazón de Adam quedó varado en Eila. Unai quedó conectado con las cumbres de la isla y entendió la magia que trajo Jonay a Ukuzwana y que ya era parte de sus almas.

Navegaban los tres hermanos unidos y mecidos por los vientos alisios que les impulsaron con fuerza los primeros días. Se repartieron las ocho horas diarias de guardia, la preparación de las comidas, las reparaciones de a bordo, las maniobras en el aparejo con las velas y los cálculos astronómicos.

El día trece de agosto, durante la lluvia de estrellas fugaces conocida como la noche de San Lorenzo, mientras miraban maravillados el grandioso espectáculo del cielo estrellado en alta mar, cruzaron el Trópico de Cáncer. Fue amainando el viento y durante varios días navegaron sobre una mar plana como un espejo. Decidieron echar anclas y bucear en el medio de tan grandiosa y serena belleza. Como deseando ser invitados a la celebración por la vida, se acercó un grupo de delfines y oyeron el resoplar de una ballena.

Siguieron navegando con alisios del nordeste y del este en la popa, con la vela mayor recogida y envergadas dos génovas atangonadas en la proa, uno por cada banda. Llegaron después días de bravo oleaje y vientos racheados de proa que tuvieron que enfrentar con la vela mayor izada y firme enfrentando las fuerzas opuestas al horizonte, como a menudo en la vida.

A finales de agosto llegaron al puerto de Trinidad, en Cuba, donde les esperaban Buhleve, Elías y Lisy, la isla que resistía digna y rebelde a las garras del Imperio.

XLIII

VUELVE LA SIEMPRE FIEL SOLEDAD

México, diciembre 2016.

La vida de Thanda en México transcurrió entre la pasión por seguir descubriendo «un país infinito en paisajes y paisanajes», por intentar verter en el trabajo su compromiso por la justicia social y la armonía natural y por dar de su alma y su amor sincero y profundo a Nayra.

Deseaba sentir un hogar, tanto tiempo anhelado, quizás desde su ilusión en la remota misión de Ukuzwana, donde sus sueños de unión en familia en el amor y para el amor a los demás, pronto fueron truncados. Sentía que aún recogía los pedacitos de aquellos sueños rotos y los guardaba con devoción. Los había puesto en su novela *Valentía y Ternura*, que empezó a difundirse por muchos países y ganó un humilde concurso de una editorial en España, pudiendo, así, publicarse. Sentía que ese regalo de su alma sincera al mundo, era su mayor acto de generosidad. Siguió guardando los pedazos de sueños rotos para algún día seguir con *Ternura y Valentía*.

México se revelaba en cada esquina y momento con la dulzura de sus gentes, los brillantes y a la vez cálidos colores, las fragancias de la naturaleza y de los puestos de comida en cada esquina y el festival de sabores de su infinita cultura culinaria, con, entre otros «platillos», más de mil tipos de tamales. A la vez, el alma de aquel mágico país, estaba como secuestrada por tinieblas de profundas contradicciones. Thanda sentía que México vivía en un limbo entre el paraíso y el infierno, el amor y la violencia, lo eterno y lo inmediato, independencias realistas, revoluciones interesadas, laicismo católico, internacionalismo sumiso al imperio. Prevalecían sistemas casi medievales de culto al poder con discursos revolucionarios de un alma, quizás ahogada por los fantasmas del pasado, que en su profundidad era anarquista y libertaria, como, así creía Thanda, eran todas las almas en su profundidad más plena.

El libro de su análisis de la equidad en salud y su propuesta de la fuerza de medir la «carga de inequidad» como barómetro y brújula de justicia social fue apreciado en Costa Rica, el país que sin acaparar recursos ni agotar la naturaleza, tenía mejor nivel de bienestar. Un país al que Thanda apreciaba por renunciar a tener ejército, prohibir la caza y los circos, cuidar de la riqueza de su naturaleza y ofrecer servicios médicos universales poniendo coto al «mercado de la salud» que desde Estados Unidos impregnaba todo el continente de sistemas fragmentados con caridad para los pobres, cuidados para los asalariados y lujos para los ricos. Fue invitado por el nuevo gobierno a presentar su estudio y la prensa nacional le dio su versión más sensacionalista: «Costa Rica tiene la mejor salud del mundo». Se creó un comité para preparar la creación de un Instituto Internacional de la Equidad y se publicó su libro *La fuerza transformacional de la equidad en salud* en español y en inglés, distribuyéndolo en todas las bibliotecas, universidades y centros de salud del país. Dirigía entonces la entidad más antigua del continente que cuidaba del servicio universal de la salud y las pensiones, la «caja del seguro», Rocío, una mujer de coraje inquebrantable y bellos rasgos nativos, que se convirtió en fiel aliada de la «causa de la equidad».

Aplicando los conceptos y análisis de equidad, Thanda demostró como más de la mitad de los mexicanos vivían por debajo del umbral de dignidad, condenados a vidas sin salud plena y a muertes prematuras. Lanzó un programa de «cohesión social» que intentaba, con la ayuda de valientes luchadores las leyes de justicia fiscal, de defensa de derechos de mujeres, de niños, de personas mayores, de pueblos indígenas y de migrantes, aumentar la transparencia de leyes, servicios y finanzas públicas. Consiguió que se incluyeran actividades de enseñanza a comunidades huicholes en el bajío potosino o zapotecas de los valles de Oaxaca. El conocimiento era la llave de la libertad y de la justicia, pensaba Thanda. Por ello intentó su candidatura en el partido X y lo aplicaba en su trabajo. Las comunidades marginadas podrían así interpelar mejor al gobierno en sus cuentas y estar alerta a los abusos del poder. Le apoyó un abogado de Guanajuato, José Manuel, con una integridad, inteligencia, humildad y compromiso que le animaron a Thanda a tener más esperanza y más fuerza en la lucha mientras se fraguaba entre ellos una profunda amistad y complicidad.

Colaboró también con sus amigos del alma Anna, Cristina, Sergio, David y otros en proyectos de equidad en salud y en debates hacia un sistema nacional de vigilancia de la equidad en México y también en Costa Rica, El Salvador, en el Sistema de Integración de Centroamérica, en Colombia y en Uruguay. Pero, a pesar de sus empeños, siempre acababan midiendo «desigualdades aisladas», como hacía la Organización Mundial y la Panamericana de la Salud y como reportaban los informes de Oxfam. En una reunión sobre un informe de Oxfam sobre la pobreza en México, insistió, ante su buen amigo Ricardo, artífice de los informes

de desigualdad extrema que publicaban cada año ante la reunión de poderosos en Davos:

– Ricardo, midiendo y señalando desigualdades extremas, como bien hacéis, se definen arbitrariamente, por el poder, extremos de pobreza, y se mitigan por caridad. Mientras que, definiendo umbrales de dignidad y de acumulación, que es como se puede medir la equidad, se imponen por ética sistemas de redistribución justa y se garantiza un espacio de equidad compatible con los derechos.

Thanda pensaba para sí que seguiría insistiendo toda su vida. Sabía que los sistemas capitalistas de mercado libre no estaban preparados para oír hablar del límite del acaparamiento. Era como para un cristiano decirle que el infierno está vacío, a un musulmán que el paraíso es para todos, a un carnicero que se hiciera vegano o a un banquero que renunciara a la propiedad.

La mitad de los mexicanos vivían de buscar cada día en las calles y las plazas, los campos y los caminos, las minas y las maquilas, unos pocos pesos para apenas sobrevivir. En ausencia de un salario el gobierno solo se acordaba de ellos para lanzarles unas limosnas en forma del nimio seguro popular, una educación sin medios, una pensión simbólica y programas de «transferencias condicionadas», iniciadas por el Banco Interamericano de Desarrollo. Ese banco, que dominaba muchos gobiernos en el continente, fue fundado con la excusa de «luchar contra la pobreza en Latinoamérica» con capital de Estados Unidos, Europa y luego China. Sus préstamos implicaban derechos de suministros, privilegios comerciales y exoneraciones fiscales a sus corporaciones. Fue creciendo así la desigualdad entre una minoría rica y dominante, una estrecha clase media y una mayoría dependiente de la caridad y de las «transferencias condicionadas» a vacunarse, ir a la escuela, o, de forma menos explícita, a votar por los poderosos que seguían manteniendo las salvajes leyes del mercado, la verdadera fábrica de la injusticia y de la destrucción natural. En la «dictadura perfecta» mexicana, la Secretaria de Desarrollo Social, SEDESOL, se destinaba a programar ayudas a cambio, a veces descaradamente, de votos. Como en La Gomera de los caciques, pero a grandísima escala.

No solo la economía jugaba en contra de la gran mayoría, también el agua que bebían, los alimentos que comían y el aire que respiraban. La influencia del norte militar y tóxico había ido envenenando los cuerpos de los mexicanos quienes bebían más bebidas azucaradas que cualquier otro país, hasta doscientos litros al año por persona de colas y otros sabores artificiales mezclados con altísimas concentraciones de azúcar cuidadosamente diseñados para causar adicción. México tenía, por ello, las más altas tasas de diabetes.

Profundamente preocupado por tanto sufrimiento, que vio directamente en comunidades pobres por todo el país, Thanda profundizó en las cifras de aquella ecuación mortal. Demostró, mediante un cuidadoso análisis de «riesgo atribuible», que las muertes provocadas lentamente por las bebidas azucaradas, más fre-

cuentes y más precoces cuanto más pobres eran las personas, superaban las cien mil al año. Suponían más que todas las muertes y desapariciones en su otro triste record de la violencia. Abogó por un impuesto al azúcar que financiase a su vez campañas de educación nutricional. Contribuyó a que se gravase con un peso por litro de esas bebidas tóxicas, pero ni con más precio ni más campañas bajó el consumo tóxico en los más pobres. Había más acceso a la Coca Cola, veneno de lento efecto, que, al agua, el elixir de la vida. Empezó así por entender la vida en México desde su misma base. El hombre se alejaba de la armonía con la madre tierra. Cuando sí bebía agua en lugar de bebidas tóxicas, a menudo estaba contaminada con plomo, mercurio y otros metales pesados emanados de las explotaciones mineras, inmensas heridas en la piel de la Pachamama.

En sus viajes cada mes a Oaxaca para impulsar las ideas y proyectos de mayor cohesión, es decir, justicia social, supo del drama de los campesinos zapotecos por el agua para sus campos y sus vidas. El gobierno desecó las ciénagas de los valles centrales de Oaxaca, expandió las áreas de cultivo y así se fueron secando los pozos. Ello había llevado a una grave sequía diez años antes. Mostrando hipócrita preocupación por la sequía, el gobierno impuso un «Decreto de Veda» que exigía a los campesinos un título de concesión para poder tener acceso a agua y electricidad, poniéndoles precios altos a ambos consumos, inasequibles para las comunidades indígenas. Pasaron hambre y pensaron en dejar las tierras secas y emigrar como mendigos a la ciudad. Pero se organizaron como «Sembradores de Agua». Construyeron retenes, ollas y pozos de absorción para la captación de agua de lluvia, lograron recuperar el nivel del agua subterránea de la región y volver a cultivar. Se organizaron para protestar contra la veda del gobierno demostrando que ellos en comunidad conseguían la gestión sostenible del agua, mucho mejor que con la intromisión del gobierno.

Además, las aguas empezaban a tener signos de toxicidad conforme Oaxaca se fue llenando de explotaciones mineras que el gobierno concedía a empresas extranjeras, sobre todo canadienses. La oposición de las comunidades a que sus tierras fueran desgarradas por minas, envenenadas con tóxicos y secados de nuevo sus pozos, tuvo la respuesta de varios asesinatos de líderes indígenas. Thanda se unió a ellos en las protestas y recibió amenazas anónimas en su teléfono móvil. Apoyó a integrantes de los pueblos chatino, chontal, cuicateco, ikoots, mixe, mixteco, zapoteco y mestizo a presentar más de veinte casos de violaciones a los derechos humanos en el estado. Exigieron la cancelación y derogación de la Ley Minera que permitía expolios de tierras y su naturaleza, y permitía a las gigantes empresas mineras agotar sin coto y envenenar sin leyes, sus aguas. Listaron más de cuarenta proyectos mineros en Oaxaca a cargo de empresas mexicanas y transnacionales con más de trescientas concesiones y medio millón de hectáreas entregadas a sus excavadoras, dinamitas y venenos.

Era importante devolver la gestión de las tierras a las comunidades. En manos del Estado se vendía por corrupción al mejor postor. Se permitían así los más crueles daños a la naturaleza. Era bien sabida la violencia directa o por mercenarios a sueldo contra quien quisiese denunciar o interponerse entre la ambición y los inmensos beneficios para unos pocos. Thanda pensó que la clave estaba en el alma de la truncada revolución mexicana: el ejido. Desde 1915 la ley agraria protegía al ejido como un terreno colectivo, indiviso y sin posibilidad de venderse o heredarse. Su origen databa de las tierras comunales de los pueblos precolombinos, para los que era inconcebible la «propiedad privada sobre la naturaleza».

Cien años después de la reforma agraria tras la revolución, alrededor de la mitad de las tierras en México eran ejidos en propiedad colectiva. Pero poco a poco iba imponiéndose el concepto de propiedad privada en todo, también en la tierra. En 1992, para unos los quinientos años del descubrimiento y para otros del genocidio, se reformó la Constitución mexicana argumentando a favor de la titulación parcelaria de las tierras para garantizar «el derecho de seguridad jurídica de la tenencia de la tierra». Thanda recordaba el concepto de «derecho sagrado» que desde los años sesenta la Iglesia Católica otorgaba a la propiedad individual. El Estado hacía un censo de los ejidatarios, delimitaba la superficie general del ejido, se hacía un plan general; se dividía en ejido en parcelas y se les entregaba a los ejidatarios su «certificado de derecho parcelario» de forma que individualmente se veían tentados de reclamar «sus tierras». De esa manera el Estado cobraba impuestos y las mineras podían negociar con cada propietario. «Divide y vencerás». Una vez más.

Thanda sentía a menudo la impotencia ante tanta injusticia: la tierra iba cayendo en manos de mineras que contaminaban las aguas que intoxicaban a campesinos-ya-sin-tierras. Despojados de su sagrado vínculo a la naturaleza acababan trabajando en las maquilas para comprar luego qué comer de la agroindustria tóxica. Envenenaban así sus cuerpos, que recibían cuidados marginales y subsidios míseros en la beneficencia del sistema, el cual a cambio les pedía el voto para seguir concentrando más y más poder y dinero en pocas manos. Esas manos acaparadoras ofrecían, como el hombre más rico de México, Carlos Slim, su filantropía-desde-sus-lujos, bien adobada con misa diaria.

El amigo de Thanda y obispo rebelde Raúl Vera lo sabía muy bien y pudo alertarle al Papa Francisco en su visita a México. La Iglesia bendecía ese sistema y daba la sagrada comunión a sus fervorosos jefes. Algunos de los campesinos sin tierras sí conseguían un empleo con «salario». Thanda pensaba como «la sal del salario» eran ahora las tarjetas de crédito. Con dichos salarios «hipotecaban» sus vidas en las ciudades comprando casa y las «necesidades» que imponía el mercado y sus aliados manipuladores de los medios y redes. Entraban así en la rueda de trabajar para consumir y pagar deudas, consumiendo lo que no conocían y, si podían, ahorrando en los fondos de especulación global que no entendían. Sus vidas

se convertían en contribución pasiva e inconsciente al poder. Un poder cada vez más oscuro, más difuso, como un magma del cual ya eran parte sin saber ni cómo fue ni cómo escapar de ello.

Lo que el sistema de la «dictadura perfecta» no podía controlar eran las mafias que vendían otros tóxicos, pero esta vez del sur al norte y de forma ilegal. Así la cocaína de las selvas de Colombia y el opio de las amapolas de los montes de Guerrero encontraban la ruta inversa hacia el norte y se lucraban del mercado de la sociedad del consumo del norte que buscaba enajenarse del *rat-race*. Los privilegiados con cocaína en fiestas selectas, los marginados en el norte con heroína en callejones oscuros. Así medraba el narcotráfico y atraía a una parte de los niños y jóvenes mexicanos que veían en los narcos, su épica exaltada en películas y canciones, el camino a sus sueños. Ante el poder de los narcos y su resistencia a cualquier control, el sistema entraba en connivencia y se repartían el poder y los beneficios.

Otros escapaban a la sumisión del sistema injusto y también a las redes del narco, y, deslumbrados por Hollywood y el sueño americano emprendían, juntos a hordas de los países del sur, el camino hacia «El Dorado». Muchos morían en el intento y todos eran humillados por muros y alambres espinos, policías y racismo. Pero había unos pocos que ni se resignaban a la injusticia, ni caían en el consumo enajenado, ni en las redes del tráfico de la droga, ni migraban al engañoso norte y, abriendo los ojos, se alzaban en rebeldía. A veces «tapándose el rostro para ser vistos», como decía Marcos, o «para ver», pensaba Thanda. Realmente, concluía Thanda, la más auténtica rebeldía era la de cuidar de la tierra y ser cuidado por ella y, simplemente, «rechazar la propiedad individual y con ello el comprar y vender». Solo así podrían entregarse con compromiso personal y complicidad colectiva y solidaria al «compartir los cuidados de la madre Tierra y lo que ella regalaba». Eila lo estaba logrando, e inspiraba a muchas eco aldeas en el mundo y a sus ya más de diez millones de personas en armonía.

Mientras pensaba en estos perversos ciclos de la humanidad en México y en el mundo, se acercaba el día del «grito» por la independencia, y México se cubría de la «bandera tricolor» y el ardor guerrero de su himno nacional:

«Ciña ¡oh Patria! tus sienes de oliva de la paz el arcángel divino,
Que en el cielo tu eterno destino, por el dedo de Dios se escribió;
Mas si osare un extraño enemigo, profanar con su planta tu suelo,
Piensa ¡oh Patria querida! que el cielo
un soldado en cada hijo te dio, un soldado en cada hijo te dio.

Thanda pensaba como casi todos los himnos del mundo animaban a defender «la patria», a «morir por ella», a «luchar frente al enemigo». Y se preguntaba:

¿qué era la patria?. Etimológicamente era «el lugar del padre». Defenderla implicaba implícitamente y a menudo abiertamente, el machismo del dominio del padre sobre la madre y los hijos, el sentido de propiedad de allí donde se nacía y el rechazo a ningún «extraño» que la quisiera visitar o compartir. Cuando los nómadas sapiens empezaron a establecerse en comunidades agrícolas comenzó el sinsentido de apropiarse de la tierra y con ello de la mujer, y después de los hijos, y así de las cosechas y de los útiles para labrar. Les siguieron los metales que encontraban bajo tierra y así el dinero y todas las encarnaciones que había tenido desde hacía diez mil años hasta su explosión exponencial en las últimas décadas.

Estaba Thanda reflexionando con su guitarra esas ideas en el tejado de la casa de las lomas de Chapultepec. Nayra estaba, como cada tarde, en su mundo con sus hijos, del cual Thanda se sentía a menudo en la periferia. Subió Nayra a ver el atardecer con Thanda. Había entre los dos una bella complicidad espiritual y una química de atracción mágica. A la vez, la realidad de Nayra orbitaba en torno a sus hijos y a su mundo en Berkeley, a donde por sus padres, hermanos y amistades, Thanda sabía que ella anhelaba volver. ¿Y cuál era la realidad de Thanda?: vivía lejos de sus padres y de sus hijas, había dejado su vocación profesional de médico, se enredaba cada día en frustraciones por la lenta jungla burocrática del trabajo como funcionario, buscaba espacios de rebeldía en sus análisis de la equidad y en sus cantos con la guitarra, y nadaba cada amanecer soñando bajo el agua una comunidad de armonía.

En honestidad con sus ideas, todo le llamaba a caminar hacia una eco aldea en la que cambiar las palabras en el ordenador por las manos en la tierra, los saludos de cortesía y expresiones «políticamente correctas» por abrazos y sentimientos, las puertas de la casa familiar por la sala del hogar comunitario, los ahorros y propiedades por lo comunitario y solidario con tantos que necesitaban tanto.

- Hey, cariño.

Así le solía saludar su compañera.

- Hola, Nayra, ¿cómo están los chicos?

- Bien. Están hablando con su padre. ¿Quieres ir a dar un paseo o que vayamos al cine a ver alguna película?

- Casi prefiero ver aquí serenos el atardecer y que hablemos de nuestro futuro.

- Sí, de eso también te quiero hablar. Los chicos necesitan estar más cerca de su padre, irán entrando en la adolescencia y estando más temporadas con él. Yo así tendré más tiempo en nuestro universo de amor, Thanda. Sé que sientes soledad de ser un «padre-no-padre» y de tanto espacio y tiempo que dedico a la complicidad con mis hijos.

– Es natural, Nayra. Es lo que tu instinto protector de madre te pide. Es normal que su padre quiera estar más cerca de ellos. Y yo no quiero ponerme en medio de ese vínculo natural.

– Pero a la vez te amo. Con tus ideas, miradas, bromas, cantos y hasta con tus torpezas, me siento en profunda armonía. Nunca he tenido esta sensación con nadie.

– Sí, estamos divididos entre el universo del que venimos y al que el amor nos llama. Tú no consigues escapar a la fuerza irresistible de la maternidad que te retiene en un mundo del cual, aunque quiera, no soy parte. Mientras ese sea tu centro yo seré un mero acompañante. Y yo ya no sé ni de dónde soy. Mis padres lejos ya tantos años y sé que mi padre está débil. Mis hijas volando ya en sus vidas. Mi vocación de médico en Ukuzwana tan lejana en el tiempo. Y mi horizonte eco aldeano tan nubloso en el futuro.

– Pero tenemos algo hermoso, Thanda: nuestro amor.

– Sí. Espero que, aunque nuestros caminos se vuelvan a separar, el amor prevalezca.

Al decir Thanda esas palabras, los dos sintieron el vértigo de algo inminente: Nayra volvería a Berkeley con sus hijos.

– Sí, Thanda, debo volver, y necesito tu apoyo en ello y tu mano en la distancia. Te prometo que mis hijos irán pasando temporadas, según se adentran en su adolescencia, con su padre. Yo conseguiré un trabajo y vendré temporadas aquí y donde te lleve el destino.

– Gracias, cariño. Eso deseo. Y que el tiempo nos vuelva a juntar. Ojalá aún podamos ser padres, y fundemos un hogar en armonía con una comunidad y la naturaleza. Ese es mi sueño y caminaré hacia él.

– Y mientras llega, ¿qué harás? ¿No quieres venir con nosotros a Berkeley?

– No puedo, Nayra. Allí no tengo trabajo, no podría ni siquiera ayudaros a estar allí. Además, sabes el dolor que me daría vivir contribuyendo a los impuestos del gobierno más asesino del mundo. Paradojas de la vida: te apoyo a irte lejos de mí. Además de apoyarte en vuestra vuelta a Berkeley debo apoyar a mis hijas en sus estudios y a mis padres en su fase final. Así que debo terminar mi trabajo en la Unión Europea y poder tener una pensión después para la transición hacia la eco aldea.

Al oírse sus palabras Thanda sintió que él mismo, con tanto análisis, pensamientos y propuestas, estaba sin embargo atado al miedo de soltar las anclas de la seguridad y romper las cadenas de la propiedad. Esperaba un horizonte de manos unidas en el que levar esas anclas que le sumían en agujeros negros, soltar los lastres de los miedos, y dejar a su alma volar libre. Sabía que tenía la ternura para pensarlo, sentirlo y compartirlo, pero ¿tendría la valentía de hacerlo? Ternura y valentía.

– ¿Y qué harás, a donde irás, cariño?

– El próximo año se acaba mi trabajo aquí, en este mágico país, el tuyo, al que amo. Tan bello como inabarcable, tan fascinante como atormentado. Han salido las listas de países a dónde puedo pedir destino para los próximos cuatro años. Te las quería mostrar para decidir juntos.

En los siguientes días Nayra y Thanda, sabiendo con vértigo sus caminos divergentes, miraron los más de cuarenta posibles destinos a los que Thanda podía concursar. Tenía que pedir al menos tres. Solicitó Myanmar por su alma budista y descubrir así otro mundo mágico y desconocido, Zimbabue por volver cerca de Ukuzwana donde podría ir fines de semana y ser «thandabantu» de nuevo, y Cuba, el más cercano, relativamente a Berkeley, y donde Thanda sentía, desde su visita en 2009 la admiración por un pueblo que se resistía, un pueblo digno ante el imperio del capital, donde aún quedaban retazos de la utopía que Eila quería inspirar al mundo.

Coincidió que convocaron el Seminario Anual de Cooperación Europea en Latinoamérica y el Caribe a tener lugar en La Habana. Mientras todos se reunían en un lujoso hotel de trescientos dólares la noche frente al Gran Teatro de La Habana y al Capitolio, Thanda fue a dormir a casa de Pedro y su familia, quienes ya se sentían mutuamente como entrañable familia. El sueldo mensual en la universidad, de un pensador tan comprometido como Pedro, no llegaba a la décima parte del coste de una noche en aquel hotel de la cadena española Iberostar. Thanda estaba emocionado de volver a Cuba. Cada mañana paseaba desde la casa de Pedro en el Vedado hasta el malecón y luego subí a la calle Línea para tomar un «almendrón» hasta el Capitolio y allí asistir a las reuniones en las cuales se sentía tan extraño. Le pidieron que diera una conferencia sobre la equidad y la lucha contra la pobreza. ¡En un hotel de cinco estrellas! Buena ocasión para decir lo que pensaba y ganarse apoyos para su plan de trasladarse después de su tiempo en México a Cuba.

Fue a una bodega cercana a buscar un kilo de garbanzos. Preparó además de su presentación de le equidad económica una tabla de Excel en la que al colocar los números de garbanzos de cada uno de los cien participantes pudiera calcular al instante el índice GINI. Comenzó por recordar con gratitud al pueblo de Cuba su entrega tras tantos años a la salud en todo el mundo. Mientras daba su charla pasó la bolsa de garbanzos y pidió a cada participante que tomara los «garbanzos que pensaba merecía», los escribiera en un papel y pasara la bolsa al siguiente. Terminó su charla y mientras empezaban las preguntas del debate, introdujo los datos y calculó «el GINI del grupo» en ese juego. Lo comparó con un umbral teórico de dignidad, proporcional al total de garbanzos en relación al que él había estimado frente al total de ingresos en el mundo. Explicó como el acúmulo de unos pocos, en las filas de los embajadores, impedían que muchos tuvieran «los mínimos garbanzos» para una vida digna. Y que mientras las sociedades de

mercado no regularan el exceso de acaparamiento, no podrían atajar la mínima dignidad para todos, muy por encima de la paupérrima barrera de pobreza del Banco Mundial. En su panel una representante del Banco Mundial le argumentó:

- La acumulación de capital en una proporción emprendedora de la sociedad es motor de inversión y riqueza que acaba beneficiando a toda la sociedad.

- Tiene usted razón, pero ¿sabe cuánto tiempo tarda esa riqueza en llegar a los que están con ingresos y condiciones incompatibles con una vida digna y sin derecho a la salud? Unos ochenta años. Ese retraso se cobra cada año casi veinte millones de vidas injustamente. Y cuando pasan los ochenta años, sigue la misma brecha.

- ¿Entonces quiere usted quitar medios y salud a quienes se han esforzado en innovar y en crear riqueza?

- No es quitar. Es redistribuir el exceso innecesario que evita una curva justa de equidad, que agota la naturaleza y que en absoluto genera más bienestar a los que lo acumulan. Todo lo contrario.

Al mes siguiente le llamaron desde Bruselas diciéndole que había sido pre-seleccionado para dirigir la cooperación europea en Cuba. Sintió una alegría grande y a la vez intriga de por qué no fue al menos invitado a la plaza de Zimbabue: conocía el país, la lengua nativa, había escrito ciencia y literatura sobre ello, conocía la salud, la prioridad en cooperación europea en el país. Era un claro ejemplo de las intrigas y favoritismos que rodeaban la burocracia europea de la que esperaba ya salir después del próximo destino en el que verter sin temor a nada, toda su alma. Sentía que Cuba podría liderar como país lo que Eila estaba inspirando en la red de eco aldeas.

Tras la selección por su currículo y su carta de intención, fue seleccionado junto a otros diez candidatos de una lista inicial de más de sesenta, el puesto más solicitado en el mundo. Pasó las primeras entrevistas con los jefes de Bruselas a un trío final y le citaron para la entrevista con el embajador europeo en Cuba.

Leyó todo lo que pudo de la historia y la actualidad de Cuba, comprobando que casi no había nada no polarizado entre los defensores a ultranza de la revolución y los detractores sin concesiones al comunismo. En el fondo tenía un sueño que no podía desvelar: conseguir que la Unión Europea se aliase con los internacionalistas cubanos cooperando por la salud y por la vida en los rincones más olvidados del mundo.

En verano del 2016 hizo un viaje exploratorio a Cuba para conocer mejor su realidad y hablar en las entrevistas para el puesto desde la pasión de su alma más que desde las teorías de lo leído. Llegó a La Habana donde se reencontró con Pedro y su familia, quienes, ilusionados en la candidatura de Thanda al puesto en Cuba, le confiaron consejos y libros para argumentar su candidatura. Se encontró luego en Cienfuegos con Adam, Nour y Unai, quienes habían llegado navegando

desde Eila. El encuentro a bordo de Satia fue emocionante. Thanda sentía por aquellos tres hermanos de Ukuzwana, un profundo cariño. Y ellos lo veían como un padre, como si el espíritu de Patxi y de Jonay se reflejara en Thanda y les diera su más sincera ternura y su más firme mano-guía y abrazo paternal. Dejaron al barco de John, Satia, en la bahía de Cienfuegos y viajaron hasta Santa Clara para encontrarse con Buhleve y Elías. Se estaba gestando una red Ukuzwana en Cuba. Thanda sentía un sueño por el que luchar.

Adam había ido avanzado en la carrera de biología y solo le quedaban los exámenes finales y la tesina. Pero lo que le fascinaba verdaderamente era el arte, en especial el cine. Quedó enamorado de la escuela de Cine de San Antonio de los Baños. Se había escrito con Cassie, la chica que conoció en la eco aldea de la Ternura y había crecido entre ellos una complicidad que quería explorar. Thanda le aconsejó que terminase sus estudios y los orientase en la tesina a la relación de la neurobiología con la conciencia, para conocer mejor como podía su seguro futuro de creador audiovisual, tocar conciencias y corazones hacia el cambio que todos sentían tan necesario.

Unai sintió cada vez más intriga por las formas en las que se alimentaba la Humanidad. Acudió al Instituto de Farmacia y Alimentos de la Universidad de La Habana para ver si podría estudiar en un ambiente virgen de los intereses de la agroindustria, que dominaban el mundo del «mercado libre» de «hombres no-libres». Sentía el amor por una linda chica italiana, Altea, que conoció en sus viajes por Europa y quien estudiaba arte en Amsterdam. Volvería con Adam a Eila para devolver a Satia a su hogar en Ternura al cuidado de Fernando y de Martín y reencontrarse con Altea.

Nour tenía ya veinte años, era muy alta, con un cuerpo atlético ágil y grácil, una piel bronce brillante y cálida, unos bellos ojos entre inquisidores y melancólicos bajo unas cejas pobladas como las de su padre, y curiosamente Thanda, una nariz breve y de trazos suaves, unos labios plenos y la barbilla quebrada heredada de su padre. Llevaba ocho años explorado el mundo sin las riendas de un sistema educativo. Había aprendido con su padre a construir su casa, a preparar las huertas, a explorar los bosques, reconocer la fauna y flora, las estrellas y los cantos de los pájaros, a domar caballos salvajes Mustang y a cruzar navegando el océano. También aprendió a tejer con su madre en una rueca como la de Gandhi, a entender el mundo desde las redes del mal que le explicaba su madre y la esperanza de la red de eco aldeas, a meditar y a sentir las vibraciones de las personas, sus emociones y los canales de empatía por los que conectar tan solo mirando. Durante el tiempo en Francia, mientras Aimsa y Fernando asistían a la Cumbre del Clima, Nour había cruzado Francia a caballo. En su aventura conoció a un hombre que quedó fascinado por su belleza. Le hizo algunas fotos en las que la mirada de Nour parecía transmitir una serena belleza hipnotizante. De una manera que le sería difícil explicar a sus padres, también a Thanda; sintió que debía dedicarse

a viajar invitada por fotógrafos que hacían reportajes de su belleza y de su mirada. Thanda sentía el temor de las garras de un mundo banal y narcisista de la imagen, manipulado por los negocios de más lujo y vanidad, pero escuchó su decisión. Viajaría por Japón, Sudáfrica, todo Europa, América, las nieves y los desiertos, y ahorraría para ir preparando su santuario de caballos, su más profundo deseo.

Cuando Adam y Unai volvieron hacia Cienfuegos para iniciar su regreso a Eila y a sus amores, Thanda se quedó unos días con Nour en un pequeño piso sin ventanas cerca de la Plaza Vieja. Caminaban bajo el asfixiante calor de agosto y descubrían aquel mundo donde se mezclaban turistas curiosos de ver quizás el último bastión de la utopía comunista. Vieron fascinados a niños corriendo en uniforme escolar por la plaza donde recibían sus clases de gimnasia o se desfogaban en el recreo. A artesanos vendiendo cuadros y suvenires, casi todos ellos con motivos del Che y de Fidel. Observaban a ancianos en su búsqueda de alimento o medicamentos, o de un banco donde sentarse a ver el espectáculo de tal mezcolanza de razas y caminos. Reconocían a meretrices mirando de forma provocadora a los turistas. Escucharon a músicos cantando son en las esquinas. Otros hombres trabajaban en obras de restauración sin apenas más que sus manos. Mujeres de todo color y vestimenta alegraban la vista a quien se paraba a ver tan fascinante espectáculo humano. Bellos edificios coloniales de techos de cinco metros y colores blancos y azulones, alternaban con otros en semi ruinas, pero por cuyos portales se adivinaba una vida intensa y apasionante por escaleras a medio caer. Allí vivía la Cuba real, en «barbacoas» dividiendo los altos techos en altillos donde se hacinaban familiares y no familiares. Plenos de belleza de torsos atléticos y desnudos, mujeres intentando domar sus cabelleras salvajes africanas y siempre alguien tocando un acorde, atizando unas tumbadoras, llevando el ritmo con la clave o, en los rincones más inesperados, sacando unas notas a una trompeta solitaria. Thanda sintió como si la vida estaba desatada en aquellas calles de Habana Vieja y Centro Habana, desinhibida de códigos y prejuicios, ausente de sus carencias, orgullosa, sin mostrarlo de su belleza brutal.

Paseando con Nour por el Malecón se sucedían los piropos más ingeniosos. Un joven le espetó:

- ¡Cásate conmigo, mulata, no lo pienses más!

Ante ello, Thanda le dijo:

- ¡Cuidado, hermano, que soy su padre!

- ¡Llevémonos bien,r suegro, te convengo!

Por la noche en el pequeño apartamento que compartió con Nour, Thanda apuraba el libro de la equidad en Cuba, con los limitados datos que pudo obtener del país. A la tercera noche escribiendo sin parar y sin dormir, bajo el sofocante calor tropical, terminó el libro y lo llevó a la editorial de Ecimed. Explicó el libro

y todas sus gráficas y tablas, su donación de derechos a la editorial y la utilidad para debates con estudiantes y profesionales de la salud pública.

Después de un viaje juntos a Trinidad y galopar juntos por sus calles, caminos y bosques, Nour siguió ruta hacia Nueva York donde planeaba instalarse en Manhattan y descubrir el misterio de la mayor concentración de razas, lenguas y culturas del mundo.

Thanda volvió a México y siguió entregándose con pasión al trabajo y al amor compartido con Nayra, ya llegando al final de su convivencia, hasta inciertos horizontes de un hogar anhelado. El día que fue citado para la entrevista estaba en Cambridge, Massachussets, con su amigo y cómplice David, ya de vuelta de su aventura ciclista con su hijo por el continente. Antes de dar una conferencia sobre la ética de la equidad en la universidad de Walhurst, llamó a La Habana y le informaron que la entrevista fue cancelada por la muerte de Fidel. El país estaba conmocionado por perder a su héroe y caudillo de la revolución. Thanda sentía una mezcla de honra al valor de aquella persona, sintonía con sus ideas sociales y rechazo al imperialismo, pero oposición a las decisiones jerárquicas y en ocasiones violentas frente a quien no aceptaba sus ideas y, sobre todo, distancia con el clamor casi mitómano de «tantos por uno».

Thanda celebró el Día de Acción de Gracias con la familia de Anne, la esposa de David. Vivían en una vieja y encantadora casa de Cambridge, aquel «Berkeley del este», isla progresista, casi socialista, en el mar capitalista americano. La familia era conocida en el barrio por tener fuera de la casa unas mesas con libros, ropa y enseres para quien necesitase algo o quisiera compartir de lo suyo, y las puertas de la casa abiertas a gente sin techo o sin abrazos. La madre ya mostraba síntomas de Alzheimer y su descuidado aspecto lucía deslumbrante por una sincera sonrisa. El padre, un francés revolucionario en aquel rincón del Imperio, se entregaba día y noche a su pasión por el mundo de las abejas: las cuidaba, observaba y escribía sobre ellas con pasión. Tal era su devoción por esa forma de vida tan organizada y de tal espíritu colectivo, que había instalado un panal en la mesilla de su lado en la cama matrimonial, con una apertura hacia la pared con el exterior y un cristal hacia donde él dormía para ver su mundo solidario y dormir con el susurro de su ajetreo.

La familia de David y Anne habían apoyado al candidato demócrata Bernie Sanders. Era el único que hablaba sin miedo de los valores socialistas del compartir, de los derechos universales como la salud y de cómo era secuestrada por las garras del mercado. Conocía y denunciaba sin reservas los tentáculos de Wall Street y la acumulación de unos pocos. Lo hacía sin cuestionar la propiedad privada y el mercado libre como la fuente de ingenio y bienestar. A pesar de ello, una mayoría de norteamericanos lo temía como el que hundiría a Estados Unidos en las tinieblas del temido comunismo. Ese miedo atávico iba de la mano del anatema del mundo ateo que amenazaba su visión mesiánica del mundo, en

el país que más proporción de sus gentes creían ciegamente, nunca mejor dicho, en la existencia de un infierno, en donde se quemarían todos esos «pecadores socialistas».

Los candidatos a esas elecciones debían juntar varios millones de dólares para empezar a «venderse» en los medios, como todo lo que se movía en el país: compra y venta en el mercado. Solían ser empresarios con fortunas o senadores que habían ido acumulando poder y fortunas también. Llegaban así a «los caucus» de sus Estados, los primeros en marzo en Iowa, con la salida de hibernación de las marmotas. Eran asambleas ciudadanas convocadas por esos partidos dominantes y donde los votantes elegían a mano alzada a su candidato. A esas asambleas asistían y votaban, a pesar de los cientos de millones de publicidad de sus candidatos, menos de uno de cada cinco ciudadanos. En algunos Estados solo podían votar los afiliados a los partidos, una minoría de la población. Así se decidían, con sistemas dispares entre los Estados, el «número de delegados» por cada candidato de un total de unos cinco mil para los dos partidos. Llegaban las convenciones nacionales de cada partido y votaban los delegados, como se esperaba, por el candidato a quien representaban, pero todo era condicionado al voto de los «superdelegados», que votaban a quien querían. Así llegaban a candidatos presidenciales, por presiones de lobbies, de quienes financiaban campañas, y de un pequeño grupo de poder, los políticos amaestrados para mantener el sistema reinante del capital. Bernie perdió frente a Hillary Clinton, con sus manos ensangrentadas de atizar guerras en todo el mundo, en especial en la primavera árabe y en Siria, armando hasta los dientes a los terroristas yihadistas de los que huyeron Aylan y su familia, y muchos millones, miles de ellos ahogados en el Mediterráneo.

Ya de vuelta en México Thanda hizo su entrevista para el puesto de Cuba. Nayra puso una vela con la foto de Thanda y unas semanas después le notificaron que había sido seleccionado para el puesto. Sintió una mezcla de alegría y de culpa por quitar el puesto a otros compañeros. También tenía el alma dividida entre entregarse a los desafíos en Cuba y dejar lejos físicamente la magia de México, que ya tanto impregnaba su cuerpo y su alma.

Fue por entonces que se celebraron las elecciones presidenciales del imperio del norte, a donde se dirigían los pasos de Nayra. No solo de los ciudadanos a los delegados había un sesgo enorme, los superdelegados lo filtraban más y del menú final de dos poderosos para-mantener-todo-igual, los votos de apenas la mitad de los ciudadanos que ejercían ese «derecho», se volvían a filtrar por el peso diferente de cada población y de cada Estado. Eran tantas las desconexiones entre la decisión informada, no manipulada, de un ciudadano orientado al bien común, no al privilegio individual y el resultado final; que Thanda pensaba que la supuesta democracia más libre del mundo era una gran farsa. No era contradictorio con el afán de ese Imperio en mantener el oligopolio del consejo de seguridad de Naciones Unidas, su control de instituciones financieras y agencias llamadas

«internacionales» y su historia de alianzas con dictaduras de todo el mundo. Lo sorprendente era que tal grado de hipocresía pasara a menudo inadvertido y tolerado e incluso adulado por gran parte del resto del mundo. Excepto por países como Cuba.

Obama acababa sus ocho años de «poesía vacía». Hillary Clinton parecía la preferida, bien ocultas sus masacres por el mundo como jefa del Departamento de Estado y sus alianzas con la industria militar, la farmaindustria y sus patentes, la agroindustria y sus tóxicos y transgénicos y la banca y sus tentáculos especuladores; y lejos del anatema del socialismo de Bernie. Además, el candidato republicano era el grotesco Donald Trump, un empresario millonario sin escrúpulos, racista, xenófobo y machista; ignorante y arrogante; insensible y agresivo. Parecía increíble que, a pesar del mundo banal y sumiso en el que vivía la sociedad norteamericana, un personaje así, tan opuesto a todos los valores éticos más básicos en cualquier cultura, fuera ni siquiera candidato. Basó su campaña en el miedo a los migrantes del sur, llamándoles criminales y violadores, y a la amenaza china de quitarles la gloria y designio de Estados Unidos como líder moral, y a quien no le gustase, militar, del mundo amenazado por ateos comunistas. ¿Hasta qué punto podía el dinero sembrar miedos, nublar conciencias y comprar votos y voluntades?

Thanda y Nayra fueron viendo minuto a minuto en la noche electoral como Trump, aún con algo menos de votos, se adelantaba, por el sistema sesgado de traducción de votos en congresistas, y se acercaba a ser presidente de los Estados Unidos. Así fue. El mundo entró en una etapa aún más oscura mientras el Imperio dominante parecía irremediablemente entrar en su decadencia final.

A aquel mundo oscuro se dirigían los pasos de Nayra y de sus hijos en la navidad del 2016. Thanda pasó un tiempo de inmensa ternura en Madrid con sus padres y con sus hijas, aunque sintió la debilidad extrema de su padre, cuya ternura aún deslumbraba más. A su vuelta, los ecos de la casa vacía le hicieron sentir el escalofrío de volver a la soledad en espera del amor. ¿Quizás como fue la vida de su Amama y estaba escrito su destino?

XLIV

TRANSFORMAR EL DOLOR EN ESPERANZA

Ukuzwana, marzo 2017

Tras la cumbre de París que eludió el coraje de un mundo inerte hacia el precipicio del desastre climático, Aimsa visitó eco aldeas por Europa. Inició su largo peregrinar en Marsella, de donde zarparon Fernando, Adam, Nour y Unai hacia Eila. Se quedaba en una eco aldea escuchando todo el día sus historias, sueños y desvelos, y por la noche les compartía su consejo. Al día siguiente caminaba entre veinte y treinta kilómetros reflexionando, en dirección al levante. A veces la acompañaban en carretas o a caballo, o incluso en bicis, hasta la próxima eco aldea. O si estaba demasiado lejos tomaba un bus o un tren. Intentando no contaminar los aires.

Decidió viajar sin dinero ni ningún equipaje, compartiendo tareas en cada eco aldea y comiendo y bebiendo lo que la naturaleza y las comunidades le ofrecían a su paso. Iba escribiendo ideas y sentimientos en un cuaderno de viaje y desde cada eco aldea comunicaba con Jonay. Había llegado a Moscú y se disponía a recorrer las eco aldeas de Siberia viajando durante dos semanas en el tren transiberiano.

Mientras tanto, Jonay había recorrido eco aldeas en Estados Unidos y se quedó con una comunidad inmigrante de México en el valle central mientras preparaba la conferencia sobre «El avance tecnológico y la armonía humana». Había invitado a Joseph para presentar sus inventos-de-armonía y, para llegar hasta el otro lado del mundo sin contaminar, prepararon una ruta con vuelos en una nueva versión de *inyoni-enkulu*: un pequeño avión eléctrico que se recargaba con paneles solares.

Patxi se acercaba a los ochenta años con serena paz junto a NoLwasi en Ukuzwana. Allí Thandiwe seguía cuidando de los enfermos junto a Marco, ambos padres de un joven ya de catorce años, Félix, quien exploraba nuevos inventos en el taller de Joseph en Bulawayo. Nothando había ido encontrando en las

melodías al violín una forma de aliviar y a veces curar las enfermedades, una bella reencarnación de la magia sanadora de NoLwasi.

Caía la tarde y los últimos rayos de sol se filtraban furtivos en el porche de la casa de Patxi y NoLwasi en Ukuzwana, de tantas aventuras callado testigo.

- Patxi, ¿qué piensas? Te siento muy callado últimamente –le preguntó NoLwasi.

- No pienso, NoLwasi. Es como si me vinieran imágenes y recuerdos entrañables, y les dejo visitarme agradecido. Ahora pensaba en la fortuna que hemos tenido con la saga de médicos de tanta pasión por aliviar el sufrimiento: Jonay, Thanda, Buhleve, Elias y ahora Thandiwe. Pienso en cada uno de ellos con profunda gratitud.

NoLwasi observaba a Patxi: ya se había ido despejando su frente, pero aún le cubría un ya fino y lacio pelo blanco. Su mirada era serena, atenta y a la vez, los párpados superiores caían ligeramente sobre sus verdes irises como si el testimonio de tanto dolor injusto pesara sobre su mirar a un mundo tan mágico como a menudo cruel. Sus finos labios siempre estaban dispuestos a una leve sonrisa que reverberaba en su mirada ofreciendo, con un leve pliegue bajo sus ojos, una caudal de sincera ternura a quien estuviera a su lado pidiéndole consejo, apoyo o bendición.

Ya caía casi el día y vieron acercarse a un hombre que también debía rondar los ochenta ya. Por sus rasgos pensó que era un anciano Shona. Andaba algo encorvado y empuñando un bastón. Tenía cabellera y barba blanca y llevaba unas gafas con muchos aumentos en una gruesa montura de concha que reflejaban la luz del atardecer. Vestía, a pesar del calor, un viejo traje negro y camisa blanca. Venía con una joven de unos treinta años. Caminaba apoyado en ella y cojeando de una pierna. Se acercaron hasta el porche. Patxi se levantó para recibirlo. El hombre le dijo:

- ¿Es usted Sindisabanthu?

-Así me llaman. ¿quién es usted? Pase y siéntese, parece que vienen de un largo camino.

- Gracias. Sí, venimos desde Harare. Hace tiempo que quería venir. Gracias a mi sobrina, estoy aquí. Necesito sentir paz antes de emprender el lento adiós a la vida.

- Bienvenidos. Esta es mi esposa NoLwasi. Y dígame, *Mkhulu* (abuelo), ¿quién nos honra con su visita este atardecer?

- Mi nombre es Jeremy Nalunga.

El nombre hizo eco en la memoria de Patxi. Pensó en cómo muchos recuerdos los borraba el paso del tiempo para dejar paso al torrente que cada día nos bañaba y modelaba nuestro universo. Pero aquel nombre le hizo estremecer. Se quedaron mutuamente como hipnotizados en la profundidad de sus miradas.

Patxi recordó como aquel hombre llegó a la misión hacía ya treinta y cinco años al mando de la terrible quinta brigada y amenazando con una masacre. Patxi había refugiado a todo el pueblo en la iglesia y colocó la cruz bloqueando las puertas del templo mientras el pueblo ndebele y kalanga cantaba dentro.

En ese momento las lágrimas surcaron la tez curtida de Jeremy y sin dejar de mirar a Patxi comenzó a cantar.

- *Ishekomborera África Ngaisimudzirwe zita rayona…*

Patxi prosiguió en ndebele con el himno de la libertad y de la unión de África: *Nkosi sikelele…*

Se abrazaron emocionados. El hombre se arrodilló queriendo besar la mano de Patxi, pero casi al instante Patxi también se arrodilló y quedaron mirándose a los ojos con los brazos en los hombros del otro.

- Tu abrazo de paz alegra mi alma, Jeremy.

Se levantaron y pudo ver en el rostro de la joven que le acompañaba un brillo húmedo en su mirada esquiva. Les pidió a ambos que se sentaran. Patxi le preguntó a la joven:

- Y tú cómo te llamas, ¿*Umntwana wami* (hija mía)?

- Sibongile, *Baba wami*. («te-damos-gracias», Padre mío)

A Patxi le pareció extraño que a aquel anciano Shona, le acompañara y una mujer ndebele. Jeremy comenzó su relato.

- Hace ahora la mitad de nuestras vidas vividas, vine a esta misión. Aquí mismo.

Dijo señalando a la entrada de la Iglesia, frente al porche de la casa de Patxi y NoLwasi.

- Intenté, cegado por la violencia y la venganza, entrar en la Iglesia y cometer una masacre. Otra más. Tu cruz en la puerta y los cantos Shonas tocaron mi corazón, invadido de odio, y me fui con la brigada.

Patxi y NoLwasi escuchaban atentos a tal confesión de hacía tantos años. Podían sentir el dolor de tantas personas y familias que sufrieron tanta crueldad de las manos de aquel hombre que ahora, con lágrimas en los ojos, les hacía recordar aquellos tiempos tan tristes. Jeremy prosiguió:

- Ese mismo día, de camino a Bulawayo, paramos en el cruce de caminos de Kezi. Entramos en una tienda a requisar cervezas. Una joven estaba en el mostrador comprando comida. Sediento de violencia y de imponer mi poder frente a los ndebeles y kalangas, la increpé en Shona. No me contestó y, cegado por el odio, la golpeé, la llevé a la trastienda y abusé cruelmente de ella, ante las arengas machistas de los soldados de mi brigada.

Jeremy expresaba dolor y rabia al contar su relato, sollozaba como si estuviera hablando de otra persona. Patxi y NoLwasi se dieron la mano y miraron al

suelo horrorizados por tal cruel relato. Patxi sentía por un lado la más profunda repulsa por lo que relataba aquel hombre y repugnancia por su ser, que tanto dolor causó durante su vida; y a la vez una intriga por la razón de tan sincera y sentida confesión.

– Pasó el tiempo y fui condecorado por Mugabe por mi «heroica defensa de la nación de Zimbabue al frente de la quinta brigada». Pasé a la reserva y a una vida plácida con mis tres mujeres y diez hijos, unos extensos campos en Masvingo y unos buenos ahorros de todos los expolios de aquellos tiempos oscuros. Hace cinco años comencé a notar unas manchas en la piel y un mes después tos y fiebre. Me diagnosticaron SIDA y en los años siguientes también fueron diagnosticados de esa enfermedad dos de mis mujeres y dos de los hijos. Pudimos acceder al tratamiento. El doctor que nos trató en Harare me explicó que el acceso a esos medicamentos en el país fue gracias al esfuerzo de la misión de Ukuzwana. De la misión a la que intenté saquear y masacrar venía la fuente de mi curación y la de mi familia.

Patxi fue levantando la cabeza y la mirada a aquel hombre, que balbuceaba por el dolor de su relato.

– Hace un año recibí una carta de Sibongile.

Dijo, mirando a la joven con devoción. Ella seguía mirando al suelo con dolor. Patxi y NoLwasi la contemplaron con ternura. La joven sacó de un sobre azul de correos con sello impreso, un papel ya amarillento por el paso del tiempo.

– Esta es la carta que me dejó mi madre al morir, cuando yo tenía quince años:

Querida hija. La enfermedad de la vergüenza está llevándose mi vida a otro mundo desde el que te mandaré mi luz. No podría entender esta vida sin esa otra oportunidad. No es por «Fe» sino por tanto dolor que acompañó mi paso por esta vida. Mi padre fue asesinado por la quinta brigada, y yo fui violada por su comandante, Jeremy Nalunga. Fui repudiada por el pueblo y nunca conocí a ningún hombre que quisiera acercarse a mí y ofrecerme amor. Vino luego esta enfermedad que me hizo perder peso y fuerzas. Me atendieron con profundo amor en la misión de Ukuzwana donde una mujer llamada Anwele me aconsejó hacerme el test y me dio, junto al médico del hospital, la ternura y cuidados que nunca había recibido en mi vida. Así he llegado a mi despedida de la vida, hija. A pesar de la violencia que sufrí y el dolor que me acompañó en la vida, doy gracias a Mukhulumkhulu por el regalo de tu vida. No podré quedarme a verte crecer, pero te mandaré cada día mi luz desde la otra vida en la que te espero, segura de que allí no habrá tristeza ni violencia.

Lisale kihle, ngiyakithanda… (quédate en paz, te quiero…)

Patxi y NoLwasi lloraban de emoción al escuchar su historia. Sibongile prosiguió.

– Me quedé a vivir con mi abuela. Guardé la carta de mi madre en una caja y la metí bajo la tierra cerca de un *kopje*, donde iba cada tarde a hablar con ella. Al año siguiente vinieron unos hombres al *kraal*, le dieron dinero a mi abuela y me llevaron a Egoli. Estuve tres meses encerrada y drogada hasta que me obligaron a prostituirme. Sindisabanthu, su hermano, Hambakatshana, me rescató junto a muchas otras niñas y niños ndebeles. Volví al *kraal* de mi abuela, quien ya había fallecido, fui a mi *kopje* secreto y recuperé la caja con la carta de mi madre. Pude vivir y estudiar en una de las eco aldeas de la red Sibithanda. Conocí a un buen hombre en la eco aldea y formamos un hogar en el amor.

– Me alegra tanto el corazón, Sibongile. El espíritu valiente de mi hermano late fuerte en la red Sibithanda. Solía decir que seríais «los guías de la Nueva Humanidad». Yo estoy seguro que será así.

– Yo sentía gratitud a la vida por haber salido de las tinieblas, pero algo en mí me hacía sentir inquietud por el dolor callado que sintió mi madre. Un día hablaste por la radio, Baba Sindisabantu, con Buhleve, del perdón, como el acto más profundo de amor. El más sanador. Así que me decidí a escribir una carta al verdugo de mi madre, meterla en un sobre con la de mi madre y buscar su casa en Harare.

En ese momento hubo un grave silencio. Todos miraron a Jeremy. Sus manos estaban temblorosas. Patxi notó sus pies muy hinchados.

– Sindisabantu, NoLwasi. Sibongile me perdonaba y me deseaba amor, a pesar del dolor que les había causado. Nunca pude haber concebido tanto amor, tanta bondad. Miré a mi alrededor de poder y privilegio. Pensé en el dolor que yo había causado. Necesitaba encontrar a esa mujer, hija de mi maldad, convertida en tanta bondad que ni la podía entender. Fui a su aldea de Sibithanda y encontré la armonía en la sencillez y la naturaleza, en el amor sin que unos manden y otros obedezcan. Me quedé a servir en la aldea como un campesino más, aunque ya apenas tenga fuerzas. Me di cuenta de las tinieblas en las que estuvo perdida mi vida hasta entonces.

– Gracias por tu confesión sincera, Jeremy. El amor es nuestra esencia. La has recuperado gracias a la inmensa generosidad de Sibongile. Y te agradezco que hayas venido a contárnoslo. El dolor no se cura con perdón de uno a otro, sino con comprensión. Quiero pedirte algo.

– Lo que quieras, Sindisabantu. Ya he dado todas mis propiedades a la red Sibithanda.

– No se trata de dinero. Para que tanto dolor encuentre luz, debes explicar a las comunidades kalangas por qué te cegó la violencia, qué sentiste al recibir la carta de la madre de Sibongile y el mensaje de su hija, y qué sientes en la vida de Sibithanda. Su comprensión, a pesar de los miles de personas que han vivido en duelo casi cuatro décadas, podrá disolver ese dolor, transformarlo en esperan-

za y dar paso a la luz y al amor. Te recomiendo que te retires en meditación los próximos días y vuelvas el domingo a nuestra celebración comunitaria que será radiada a eco aldeas de todo el mundo.

Jeremy aceptó y se fue con Sibongile a meditar al Black Eagle de Matopos. Aún tenía mucha influencia en el gobierno de Zimbabue y en la unión de países del sur de África –SADC- que celebraba al mes siguiente una conferencia en Durban. Quiso hacer unas llamadas antes de su meditación.

NoLwasi extendió el mensaje, a toda la región, de un encuentro trascendente en la misión de Ukuzwana. Fueron llegando como en peregrinaciones andando y con «*scotch cars*» desde el día anterior, y durmiendo bajo las estrellas y en torno a hogueras en las que entonaban cantos. Durante los últimos diez años Nothando había ido recopilando cantos de los encuentros de Ukuzwana, muchos de ellos compuestos por ella en los que combinaba su violín, coros de niños y mujeres, y los profundos y graves «mmmmm… mmmm» de los hombres zulúes.

Jeremy llegó con su traje negro y corbata, acompañado de Sibongile, esta vez con su esposo y sus dos hijas adolescentes. Vinieron representantes de muchas eco aldeas de la red Sibithanda. Hacía veinte años que la red de eco aldeas había acogido a más de cien mil huérfanos del SIDA que fueron creciendo en la armonía natural y la empatía, formando sus familias y creciendo en ellas niños ya no huérfanos de amor.

Desde la despedida de Haka no había llegado tanta gente a la misión. Llena la Iglesia se fueron llenando sus alrededores y oradores espontáneos iban repitiendo lo que por una cadena de susurros les llegaba del interior.

Nothando comenzó la reunión, sin palabras, con una melodía. Se inspiró en la que Jonay le compartió a la muerte de su padre John. Faltarán estrellas. Sol-Do, Do-Re7, Re-Sol… Sol-Do, Do-Lam, Lam7-Re7…

Los coros de niños entonaron los versos que Nothando preparó para el encuentro:

Faltarán estrellas, para ver en ellas, todas las razones
por las que la vida, y su bella magia, nos juntó hoy aquí…
Faltarán estrellas, para ver en ellas, cuánto ya sufrimos
cuando las tinieblas, nublaron las almas y el amor ahogaron…
Faltarán estrellas, para ver en ellas, la más bella luz
la que, del dolor, brota el perdón y brilla en esperanza
Faltarán estrellas, para ver en ellas, que juntos podemos
construir un mundo, sin tronos ni fronteras, pleno de armonía

Patxi comenzó la ceremonia con unas breves palabras. Con el tiempo había ido hablando menos y más despacio:

Familia querida, hoy tendremos que sacar lo mejor y más profundo de nuestras almas. La más dura prueba del amor. Si lo logramos, limpiaremos de sombras nuestros corazones y una poderosa luz nos unirá al universo con aún más fuerza. Hoy nos va a hablar Jeremy Nalunga. Hace treinta y siete años llegó a esta Iglesia cegado por el odio y la violencia, en una guerra entre hermanos, que dejó mucho dolor, que aún hunde muchos corazones. Hoy viene con otro mensaje, que llama a la más difícil valentía, de la más profunda ternura: la del perdón y el abrazo hacia la esperanza unidos.

En ese momento muchos murmuraron y hasta gritaron enojados por la presencia de quien fue verdugo de sus familiares. Pero Paxi acalló las protestas y pidió que le dejaran hablar. Jeremy, con paso corto y débil, encorvado y cojeando, apoyado en Sibongile, vestida con túnica blanca, se levantó en el centro del templo.

Me llamo Jeremy Nalunga. Durante mi infancia y mi adolescencia fui educado en las armas. Primero para liberar a Zimbabue del yugo de los ingleses. Luego para imponer la unión hacia quienes me hicieron ver como enemigos de nuestra liberación. Vimos con miedo a la guerrilla ndebele y arrasamos pueblos con violencia. Ante vosotros me declaro culpable de haber causado inmenso dolor sin conocer. Merezco el mayor de los castigos. Hace unos años, mi hija Sibongile, aquí a mi lado, me hizo ver, con la más inmensa generosidad de su perdón, la luz del amor sin miedo. Viendo como el amor venció a su justo rencor, sentí la esperanza de dedicar el resto de mis días a contribuir con toda mi fuerza al bello sueño de Ukuzwana, de sibithanda y de la red de eco aldeas. Pero me entrego a vuestro juicio y decisión, es lo justo y aquí os entrego mi alma.

Patxi acompañó a Jeremy y a Sibongile a su casa, mientras las comunidades empezaron a deliberar. Hablaron los ancianos que habían luchado en la guerra, los más jóvenes que habían perdido a sus padres, los niños, quienes habían crecido oyendo de aquel sufrimiento y sentido el rencor. Debatieron durante todo el día. Al caer la tarde, llamaron a Patxi para que trajera al templo a Jeremy. En nombre de las comunidades habló un hombre de unos cuarenta años llamado *Livukile* («nos levantamos»).

Señor Nalunga, usted robó una parte de nuestras vidas. La llenó de dolor. Arrancó de la vida a muchas personas de buen corazón y deseos de vivir en paz, como mi padre. Para muchos de nosotros, la vida nunca volvió a brillar con plena luz. Hemos vivido con el peso del dolor y del rencor. Vino luego el SIDA y se llevó a los hijos de la guerra. Pero

en esta misión Sindisabantu nos ha enseñado que el amor todo lo cura. Los huérfanos de los huérfanos crearon islas de esperanza en este país y hoy nos enseñan que de las cenizas podemos renacer. Tiene nuestro perdón y nuestras manos para juntos levantar los cimientos de un nuevo Zimbabue, de una nueva África, de una Humanidad sin fronteras. Sin jefes ni súbditos, sin propiedades ni pobres, en armonía con la naturaleza y con la segura bendición de nuestros antepasados y de Mkhulimkhulu. ¡Amandla!

Cantaron *Nkosi Sikelele*.

La semana siguiente Jeremy invitó a Patxi a acompañarle a Durban. Había una conferencia de la unión de países del Sur de África, SADC, en la que, por petición de Nalunga a través del gobierno de Zimbabue, Patxi fue invitado a hablar de la red sibithanda, y el ejemplo de Eila, para inspirar una región del mundo comprometida a vivir sin daño a la naturaleza, diluyendo fronteras y jerarquías, y con el espíritu de compartir despojándose poco a poco de la esclavitud de las propiedades.

Thanda le había escrito diciéndole que había sido invitado a la Conferencia Internacional de SIDA, en el gran Palacio de Convenciones de Durban, para hablar, ante más de veinte mil personas, de la ética de la equidad. Una periodista sudafricana que le escuchó presentar su análisis y sus ideas en Salzburgo el año anterior junto a David, convenció a los organizadores para que Thanda fuera invitado a dar la conferencia magistral: «El SIDA y la equidad, el gran reto de nuestra era».

Thanda se sentía mal por las emisiones del vuelo desde México, vía Madrid, Abu-Dhabi y Johannesburgo, hasta Durban, pero pudo ver a sus padres dos días en Madrid y los vería otros dos a la vuelta. Hacía unos meses que, por sensación de falta de aire, le habían hecho a su padre una radiografía donde habían visto una mancha sospechosa de tumor. Por su avanzada edad y su estado de debilidad, Thanda sabía que no podría tener curación. Solo esperaba que precisamente su debilidad mantuviera al tumor latente, aunque ya las fuerzas de su padre, tan poderoso faro, iban debilitándose. Recordó las palabras que siempre le daban luz: «si tú luchas, yo lucho».

Cuando llegó a la casa de sus padres, encontró a su padre sentado en una de las sillas de mimbre de la terraza, rodeada de las macetas con plantas y flores que su madre cuidaba con devoción. En veinte años lejos de España era la primera vez que su padre no iba a la puerta a recibirle. Apenas se podía levantar. Thanda le notó muy delgado y con la respiración débil, apenas un hilo de voz y la mirada, llena de ternura como siempre, pero sintiendo hasta el peso de sus propios párpados. Cuando le saludó, tardó unos minutos en recordar su nombre. Thanda sintió una profunda tristeza. La energía física de su padre se esfumaba. Esa tarde, la madre de Thanda, quien llevaba cuidándole varias semanas sin descanso, fue a dar un paseo.

Thanda se sentó al lado de su padre a escuchar los pájaros y sentir la suave brisa de la primavera. Intentó, en vano, pasear con él, entablar una conversación o ni siquiera animarle a dibujar las flores en una libreta. No tenía fuerzas. Al atardecer, su padre le dijo que estaba muy cansado y quería ir a acostarse. Thanda le acompañó al cuarto, llevándole casi en brazos. Le ayudó a ponerse el pijama. Hacía una semana que no se había duchado, por debilidad en hacerlo solo y por pudor en que la madre de Thanda le ayudara. Le convenció y le acompañó a la ducha. Comprobó Thanda su avanzado estado de caquexia. Se le partía el corazón. Apenas podía tenerse de pie. Entró en la ducha con él, y abrazándole por la espalda, le jabonó y le lavó con esmero y toda su ternura, acariciando, por primera vez en su vida, todo su cuerpo. Le secó, le perfumó y le llevó a la cama matrimonial. Su padre tenía dificultad para respirar y Thanda se sentó detrás de él, haciendo que la espalda de su padre se recostara sobre su pecho, mientras le abrazaba y le daba ánimos para respirar lento e ir cayendo lentamente en un sereno sueño.

Cuando volvió su madre le contó lo ocurrido y le dijo que sería necesario buscar cómo administrarle oxígeno en casa. Habló con sus hermanas y con los servicios médicos y siguió rumbo a Sudáfrica. Volvería en tres días, tras dar su conferencia. En el vuelo, escribió sobre su padre y la maravillosa luz que significaba para su vida, por siempre.

Dio su conferencia en Durban. Había más de diez mil personas en la gran sala del Durban Conference Hall, incluido el primer ministro y varios ministros del gobierno. Fue en esa, la sala más grande de Sudáfrica donde Mandela dio veintiséis años antes su conferencia, ya en libertad, al Congreso Nacional Africano, y Sudáfrica entró en su camino de libertad; y donde dieciséis años antes el pequeño Nkosi Johnson dio al mundo su testimonio, poco antes de morir.

Thanda habló con pasión de su estudio de la equidad y como el mundo debía converger hacia la curva ética de la equidad, entre países y dentro de ellos. Demostró como la gran mayoría de los pacientes y muertes por SIDA, tantas de ellas debidas a la avaricia de las patentes, se daban fuera de la curva de equidad, y el SIDA a su vez aumentaba las desigualdades injustas. Habló del ejemplo de Ukuzwana y de la red Sibithanda. Terminó su conferencia en ndebele, con los clicks y metáforas de sus hermanos del norte. Su mensaje de justicia y armonía hacia las siguientes generaciones provocó cantos zulúes al final.

Se reunió con Patxi en Durban, ambos en foros muy diferentes, pero con la misma visión de un mundo justo, sin alambradas físicas ni mentales. El reencuentro fue emocionante. Sintió como el paso del tiempo había hecho meya en su segundo padre, Patxi. Con la txapela de Haka siempre puesta, se había ido encorvando su espalda ligeramente, quizás de tanto ofrecer su atención a quien le hablaba. Se pusieron al día de sus vidas y le pidió a Patxi que llevase a Ukuzwana,

a la jacaranda de Haka, un frasco con tierras que había ido recogiendo de los más de cuarenta países donde había ido trabajando y derramando jirones del alma.

– Aita, tu Ukuzwana será siempre una firme guía en mi caminar.

– *Lihambe kuhle umntwana wami* (ve en paz, hijo mío)

Thanda volvió quince mil kilómetros hacia su padre para decirle, como siempre hacía al compartirle sus retos: «*mission accomplished*» (misión cumplida). Había mejorado con algo de oxígeno. Thanda compartió dos días de profunda ternura con su padre antes de volver a su hogar vacío en México, ya completando una etapa más de su vida antes de seguir camino hacia Cuba.

XLV

LA CIENCIA Y LA CONCIENCIA

San Francisco, mayo 2017

Cuando Jonay le animó a ir hasta California y debatir el futuro de la Humanidad, entre la ciencia y el espíritu, Joseph preparó la ruta desde Ukuzwana, Zimbabue hasta Berkeley, California en su *inyoni-enkulu*. En los últimos años había trabajado en un modelo que fue construyendo en su fábrica de inventos de Bulawayo. Con la ayuda del hijo de Thandiwe y Marco, Félix y de su grupo de aliados de la «fábrica de los sueños», habían conseguido elaborar moldes de fibra de vidrio y aligerar el peso a tan solo unos cien kilos en su estructura, otros cien para las baterías y un peso máximo del pasajero y su equipaje de otros cien kilos. Su autonomía era de un máximo de cuatrocientos kilómetros, unas tres horas de vuelo. El diseño y el peso le permitían despegar y mantener el vuelo con menos de dos kilowatts/hora cada cien kilómetros, con un motor eléctrico de tan solo dieciséis kilowatts, como una moto pequeña, alcanzar una velocidad de ciento sesenta kilómetros por hora.

Preparó una ruta de «saltos» de trescientos kilómetros cada uno, aterrizando en pistas de eco aldeas en las que habían promovido el uso de vuelos ecológicos. Con Fernando y Umbela pensaron que, con una de cada treinta eco aldeas con pista de aviación, y uno o dos pequeños aviones ecológicos, tenían suficiente para vuelos cuando el «tempo piano», siempre recomendable, del caminar, la bici o el caballo no fuera suficiente.

Sus etapas le llevaron hasta Hwangue y sus manadas de elefantes, las cataratas Victoria, recordando a Haka, atravesó Zambia en cuatro etapas fascinado por sus extensas sabanas y llegó al lago Malawi bordeándolo hacia el norte hasta el lago Tanganika y sobrevolando después las fascinantes colinas de Burundi y Rwanda para luego seguir la costa norte del lago Victoria atravesando Uganda y Kenya hacia el lago Turkana adentrándose en las montañas de Etiopía llegando hasta Sudán donde siguió el Nilo hasta su delta al Mediterráneo. Atravesó los ocho mil

kilómetros de sur a norte de África en mes y medio, parando en cincuenta eco aldeas. Cruzó el Mediterráneo hasta Chipre, evitando las zonas de guerra del Medio Oriente, y llegó hasta las costas trucas. Desde allí cruzó Turquía y el Cáucaso para luego bordear ya en Rusia la costa occidental del mar Caspio y llegar unos días después hasta Kazajistán atravesando luego las inmensas praderas de Mongolia dirigiéndose hacia el norte siberiano hasta el estrecho de Bering. Fueron dos meses atravesando Asia y volando más de diez mil kilómetros. Cruzó el mar hasta Alaska y sobrevoló durante una semana sus montañas heladas, bordeando después la bella costa de British Columbia para luego llegar ya a los Estados Unidos atravesando los Estados de Washington y Oregón para llegar al norte de California.

En total fueron cinco meses de viaje visitando casi cien eco aldeas de todas las culturas y pasiones. Cuando aterrizaba en eco aldeas era recibido con cariño y admiración. Entre su reducido equipaje llevaba una impresora 3D con la que enseñaba a jóvenes durante el día de descanso en cada etapa, e imprimían, con restos de plásticos y otros materiales, piezas para construir sus propias impresoras 3D, un verdadero acto reproductivo para fabricar inventos útiles. De todo ello fue escribiendo un cuaderno de viaje y reflexionando sobre tantos pueblos del mundo, de tantas culturas y ecosistemas y cómo los inventos podían mejorar ciertas dimensiones del bienestar cuando no perturbaban la armonía natural y humana. De ello quería debatir en el evento sobre el futuro al que se iba acercando.

Cuando aterrizó en la eco aldea de Leytonville, en el condado de Mendocino, le estaba esperando Jonay. Hacía quince años que no se veían. Entonces Joseph era un joven ingenioso y apasionado por diseñar inventos desde que a los quince años le ayudó a Jonay a construir la máquina de «*take your time*» con la que prevenir la transmisión del SIDA de madres a hijos. Ahora Joseph estaba en sus treinta, era un hombre fuerte y sabio, sensible al dolor ajeno, preocupado por el daño a la naturaleza, por las fronteras tan absurdas, que se diluían desde las alturas; y comprometido con contribuir a una Humanidad que amara a la naturaleza y con ello encontrara armonía en comunidad. Jonay ya se acercaba a los sesenta, las canas le habían nevado el cabello, que sujetaba en una coleta dejando ver una frente amplia, una mirada serena y dulce sobre una tupida barba blanca. Se mantenía en forma compartiendo el yoga con Aimsa, el galopar con Nour y las construcciones de cabañas, las navegaciones y aventuras en las montañas.

– ¡Joseph, *Amhlope Inyoni*! (¡enhorabuena, pájaro!). Has cruzado el mundo volando. Quiero que me cuentes, que me lleves a volar con los relatos de tus aventuras.

– Qué bueno verte, Jonay. ¡Crucé el mundo por tu invitación! Espero poder contribuir.

– Ya solo con tu aventura inspiras valentía y…

– ¡Ternura!, ¡no cambias Jonay!

– En la esencia no, Joseph. Y qué alegría verte tan fuerte y valiente. Te vi crecer desde que llegaste a Ukuzwana de niño. Cuéntame, ¿cómo está Nothando?

– Ella está bien. Aunque algo triste pues no puede concebir, y tenía muchas ganas de ser madre. Pero convivimos con muchos niños. Pasamos el taller un barrio al este de Bulawayo, donde también cultivamos. Empezamos siendo treinta huérfanos de Sibithanda y ahora ya somos cincuenta familias. En el taller trabajamos casi veinte personas y estamos diseñando muchos inventos para «futuro en armonía». Nothando se ha convertido en una maravillosa violinista que recorre eco aldeas, hospitales y escuelas. Su música tiene una fuerza de sanación. Siempre te recuerda cuando toca la música de *La lista de Schindler*, y ha hecho versiones preciosas de la melodía para tu padre «Faltarán estrellas».

– De eso tenemos que hablar, Joseph. En el congreso al que pedí que te invitaran, en la Universidad de la Singularidad, se han ido infiltrando las empresas que solo entienden la vida compitiendo y acumulando ganancias y propiedades. Conciben el futuro en términos de velocidad, eficiencia, mercado y ganancia. Se les olvida lo esencial, el objetivo de la armonía social y natural, ese es el más profundo y sereno bienestar.

– Qué bien, Jonay. Aquí estoy para compartir y para aprender. Dime, ¿qué es la Universidad de la Singularidad? ¿Qué pretenden?

– La fundó Ray Kurzweil, un genio desde su infancia, que ha ido fascinándose por el mundo de la inteligencia artificial a la vez de su obsesión por la inmortalidad. Cree que podremos encontrar en alianza con los robots. Fundó la Universidad de la Singularidad para ver cómo predecir el avance del conocimiento y su impacto en nuestras vidas, en especial cuando la inteligencia artificial supere nuestra capacidad mental colectiva. Tuvimos un debate interesante hace poco más de un año y lo animé, a él y a otros científicos en la frontera del conocimiento tecnológico, en gran parte concentrada en este Silicon Valley, a reflexionar como el avance del conocimiento encontraba el camino hacia el bien común y no el interés egoísta de gloria, riqueza o poder de unos pocos. Empezaron a hablar de «Bienes Públicos Globales». Es el momento de intentar rescatar el avance del conocimiento de las garras del mercado. Tu testimonio de tu fábrica de sueños, de Sibithanda y su relación con la visión de la red de eco aldeas, será muy valioso. Estoy seguro, Joseph, que podrás inspirar muchas conciencias.

– Lo intentaré, Jonay. Yo no he publicado nada y es la primera vez que salgo de Zimbabue.

– Y mira lo que has hecho. Nadie antes había volado medio mundo sin contaminar. Te van a empezar a conocer en este mundo del poder. Descansa aquí en la eco aldea del Edén y yo espero tu aterrizaje pasado mañana en el paseo enfrente del Campanile.

Jonay llegó a Berkeley y preparó con el decano el recibimiento a Joseph en su *inyoni-enkulu*. Salieron estudiantes y profesores de todos los edificios de aquel kilómetro cuadrado del saber que concentraba más premios Nobel que ningún otro lugar del planeta. Joseph aterrizó en su monoplaza solar con suavidad y pericia curtida tras su ruta de más de treinta mil kilómetros en los últimos cinco meses.

Le invitaron a relatar su ruta hasta Berkeley sin contaminar y compartiendo con comunidades en eco aldeas a través de todo el mundo. Dio su charla en el Dream Institute, el mismo donde Thanda habló cinco años antes de sus estudios sobre la equidad. Nadie podía creer que no había utilizado nada de dinero en su ruta de seis meses por el mundo.

Al salir le preguntaron por su página web, por su WhatsApp, su Facebook, su Instagram, su LinkedIn, su Twitter, su canal de YouTube, sus redes de buscar pareja, si se quedaba a dormir en un AirBnB, pedía su comida por Ubereats, se transportaba en taxis de Uber, si había medido sus pasos y gasto de calorías ese día y cuantas apps tenía en su iPhone. No entendían nada. Joseph no tenía teléfono móvil y apenas pasaba dos horas a la semana conectado para intercambiar ideas con gentes lejanas. Entre las eco aldeas tenían una dirección colectiva por comunidad e intercambiaban en un intracomm basado en un sistema operativo de acceso abierto, como los sistemas de compartir ideas de hardware y software en redes de todo el mundo, a las que contribuía. Habló con jóvenes en un seminario sobre las redes sociales e hizo un cálculo: cada joven, desde los diez o doce años, pasaba casi cinco horas mirando la pantalla de su teléfono móvil y viendo imágenes o chateando con sus redes que de media eran unos mil «amigos» en cada una de las redes -las más usadas allí eran Facebook, WhatsApp, Instagram-, y unos quinientos en redes para trabajos o negocios, como LinkedIn, y para buscar parejas, en su mayoría temporales y para relaciones sexuales. Además, los jóvenes de aquel lado del mundo pasaban una media de tres horas diarias jugando vídeojuegos, casi todos con contenido violento. Si dos mil millones de jóvenes dedicaran la mitad de ese tiempo entregado a la «vanidad virtual» a colaborar en solidaridad al conocimiento y la equidad, serían más de tres billones y medio de horas al año capaces de lo más bello.

En los días siguientes Jonay y Joseph participaron en la conferencia de la Universidad de la Singularidad. Se celebró en el lujoso hotel Marriot de San Francisco. Asistieron más de tres mil científicos que, en la frontera del conocimiento, compartían, con cautela de guardar sus patentes, sus avances y sus visiones del futuro, que ya cambiaba según hablaban.

La conferencia inaugural estuvo a cargo de un matemático inglés llamado Ian Pearson quien en 1991 predijo la llegada de los mensajes de texto y ahora predecía los lentes de contacto inteligentes para acceder a información y comunicarse con movimientos oculares o sumergirse en realidades virtuales con

hologramas y estímulos sensoriales, incluido el olor. Durante su charla llegó un dron a traerle una caja mientras explicaba como los transportes de pequeñas cargas, incluida la compra de la comida y el aseo, se haría por drones personalizados, con vuelta a casa automática, como palomas mensajeras. Tendrían nuestros datos y las compras se cargarían automáticamente por las señas a través de las lentes inteligentes.

Ray, quien ya trabajaba para Google habló de como las máquinas podrían empezar a pensar como humanos para el año 2025. Presentó a la compañía DeepMind y sus trabajos en algoritmos que eran ya capaces de aprender por sí mismos sin necesidad de tener experiencia o información previa, a mil veces más rápido que el cerebro humano. Ante el asombro de todos dijo: «es posible que pronto podamos crear una computadora con conciencia propia y sentimientos». Jonay preguntó:

- Ray, ¿no crees que la conciencia de la existencia nace de sabernos temporales, que está en nuestra esencia de química orgánica?

- Gracias por la pregunta, Jonay, y por haber animado el objetivo de este encuentro hacia el bien común. Creo que la temporalidad es la base de la angustia existencial, no de la conciencia de existencia, que puede existir con la eternidad.

- Precisamente esa angustia existencial se diluye en el amor. Pero, en condiciones de eternidad, ¿qué sentido tiene el amor, la bondad?

- La felicidad, armonía de vibraciones con las del planeta, de sentir en otra felicidad, que a su vez nos revierte. Es una transmisión cuántica. Buscando nuestro bienestar nos interesa el bienestar de los demás, independientemente de nuestra temporalidad. De ahí el impulso natural de la empatía.

- Entonces, la sensibilidad de la inestabilidad de las moléculas orgánicas y su relación con vibraciones cuánticas que se transmiten entre ellas, implica que la empatía es una cualidad de las formas de vida orgánica, no de las minerales como las computadoras y robots.

- Estamos ya diseñando computadoras cuánticas, Jonay, a una velocidad de operaciones un millón de veces superior a las binarias actuales, tendrán empatía y por ello conciencia propia y frente a otras formas de existencia que emitan vibraciones cuánticas.

En ese momento habló Elon Musk, el presidente de la empresa que legó el científico visionario Nikola Tesla. Después de haber desarrollado los coches eléctricos más avanzados, aunque aún un lujo para la mayoría, estaban desarrollando el «*hyperloop*», un tren de alta velocidad en tubos de muy baja presión de aire y rozamiento, que permitiría el transporte entre ciudades a más de quinientos kilómetros por hora. Dijo que planeaba enviar astronautas a Marte en el año 2024. Irían acompañados de robots encargados de construir equipos y extraer

materiales para generar atmósferas de oxígeno, carbono y nitrógeno donde pueda florecer la vida vegetal y con ella la humana. Joseph quiso preguntar:

- Señor Musk, me llamo Joseph, vengo del sur de Zimbabue. ¿Qué necesidad hay de ir hasta Marte cuando una gran parte de nuestro planeta no está habitada, y si lo cuidamos como debemos, nos ofrece las condiciones de vida a las que nos hemos adaptado durante dos millones de años de evolución?

- Precisamente por eso, Joseph: es inminente el momento en que habremos vuelto este planeta invivible para nuestra especie y debamos emigrar. Así lo predijo Stephen Hawkins. No hemos sido capaces de cuidar de nuestro planeta. Quizás está en nuestra esencia ser antropocentristas y tendremos por ello que ser nómadas cada varios milenios a planetas en los que adaptarnos, antes de destruirlos.

- Eso choca con el argumento de Ray sobre nuestra conciencia y la que desarrollamos en los robots. Cualquier sentido de la propia existencia que sea inteligente y no suicida cambiaría nuestro comportamiento actual y evitaría el incierto futuro en otro planeta, además de la empatía de no dañar a otras formas de vida que se extinguirán por nuestro daño.

En ese momento intervino Jonay:

- Yo creo que el problema es la dilución de la conciencia cuando actuamos en masa. Claudicamos al ejercicio de nuestra conciencia, que es la libertad individual, por entregarnos a la seguridad y bienestar en las sociedades «anempáticas», superiores al tamaño humano de relaciones de empatía, unas cien a doscientas al momento y un máximo de quinientas a lo largo de la vida. Sin empatía no hay conciencia, sin conciencia no hay libertad.

Ray respondió, mientras el auditorio asistía atento a tan fascinante debate, entre ciencia y filosofía:

- Precisamente por ello, Jonay, necesitamos a las máquinas que desarrollarán un nivel de conciencia colaborativa y cuántica-empática, que nosotros hemos perdido viviendo en masa.

- Pero podemos tener como humanos empatía y dinámicas colaborativas si volvemos al tamaño humano, el que permite a nuestros cerebros vincular pensamientos a sentimientos y a acciones hacia el bien común.

- Pero Jonay, no creo que volvamos a esas comunidades pre-agrarias en mucho tiempo, quizás ya nunca. Nuestra epigenética nos ha modelado para vivir en masa y con jerarquías, y con ellos vender nuestra libertad.

- ¿Estás dibujando un mundo dominado por robots minerales evolutivamente eternos que dirigen las vidas de humanos orgánicos evolutivamente fugaces?

- Intento también avanzar hacia la eternidad orgánica con ayuda de la química de los nanomateriales autoreparadores y la edición genética que limpie

nuestros defectos de fabrica y mantenga los telómeros largos evitando la senescencia. Quizás avanzando hacia la condición de eternos y en alianza con los robots con conciencia empática, no sea necesaria la vida gregaria que claudica a la conciencia individual.

En ese momento Joseph interpeló a Ray:

- Nuestra naturaleza orgánica es hacia la evolución mediante la reproducción sexual, mezclando nuestros genes y aumentando la biodiversidad y sus adaptaciones al medio. La condición de eternidad sería matemáticamente incompatible con la naturaleza sexual reproductiva para dar opción a nuevas vidas de disfrutar de esta aventura que llamamos vida. ¿No cree que sea egoísta la búsqueda de la eternidad, negando el espacio que hemos disfrutado, a generaciones potenciales venideras?

- Egoísta es la reproducción, en el fondo es por perpetuarnos. Mejor hacerlo individualmente, ¿no cree?

- Bueno, yo no veo la reproducción como un afán egoísta de perpetuarse sino como una invitación, por acto de amor, a otras vidas a esta forma de existencia.

Siguió luego hablando James Young, un joven biólogo de Londres, quien tenía una prótesis de brazo que tenía la misma destreza que la biológica y mucha más fuerza. Dijo que ya tenían peticiones de prótesis para cambiar por miembros sanos o añadir nuevos. También desarrollaban audífonos capaces de oír a quinientos metros y lentes intraoculares capaces de discriminar una roca en la luna.

Sin la necesidad de nuevas prótesis, directivos de la empresa Hyundai presentaron trajes exoesqueletos que dotaban de fuerza sobrehumana, podían correr como un auto, saltar más de cinco metros o levantar pesos de hasta quinientos kilos sin cansancio muscular.

Varios científicos del Silicon Valley explicaron luego como la realidad virtual sustituiría a los libros y a la comunicación visual en dos dimensiones. Las escuelas podrían explicar la historia exponiendo a los estudiantes a una realidad virtual, por ejemplo, siendo parte de la conquista de América o la llegada a la luna, con miles de detalles que observar y analizar intuitivamente. Se presentaron unas gafas de realidad virtual llamadas Oculus Rift. Por el momento estaban sobre todo orientadas a los vídeo juegos, pero se empezaban a aplicar en los programas escolares y universitarios. También empezarían a sustituir a los viajes por turismo o por negocios, costosos y contaminantes. Expeditions de Google presentó viajes a Chichén Itzá o Teotihuacán en México, o a la Antártida, incluyendo la sensación de frío o al Palacio de Buckingham, incluyendo un saludo con sensación táctil a la reina. Otra empresa que prefirió no identificarse, presentó una realidad virtual erótica, con tacto, olor y orgasmos garantizados.

En ese momento Joseph, asombrado por todo lo que estaba escuchando, pero también desconcertado, quiso preguntar:

– No logro entender cómo esos avances mejoran el bienestar humano. Por un lado, crean una realidad paralela con experiencias interesantes, pero: son entonces víctimas de creer como real lo que otros han creado para ellos, ¿no? Además, camino por las calles aquí en Estados Unidos y veo a casi todo el mundo pendiente de su pantalla y sin mirar alrededor. Viniendo hacia aquí en el BART (el tren que cruza debajo del agua la bahía de San Francisco) he contado que de trescientas veinte personas que han subido y bajado del vagón donde yo viajaba, solo cuarenta no miraron sus teléfonos móviles, una de cada ocho. Intenté cruzar miradas con las dieciocho personas que viajaron a menos de tres metros de mí, y solo dos cruzaron mi mirada, una de ellas sentí que se sintió intimidada y rápidamente la desvió: ¿No estamos con estos avances tecnológicos abstrayendo más a las personas de su realidad «real» y metiéndolas en realidades creadas donde son manipuladas por quien las crea? Y, es más: ¿al sumergirse en la realidad virtual cada vez más sofisticada, no se pierde la capacidad y habilidad de empatía, y, vuelvo al debate con Ray, se la cedemos a las máquinas?

Una persona llamada Frank, de la compañía HTC, contestó de forma defensiva:

– Su pregunta es contradictoria, Joseph. Por un lado, dice que no debiéramos manipular vidas ajenas con la realidad virtual y por otro el negársela es evitar su libre decisión de combinar ese mundo con su realidad «real», de la que tienen derecho a «evadirse», es manipular sus vidas mediante la restricción. En Estados Unidos creemos en la libertad, Joseph, de cada persona a buscar la felicidad como desee.

– Creo que no me entiende, Frank. Si el impulso a la realidad virtual es evadirse la realidad «real», no sería más lógico enriquecer la realidad «real» de aventuras épicas, belleza, ¿y amor? Y en el concepto de libertad en el que parece usted asumir que Estados Unidos tiene el liderazgo, ¿no cree que la verdadera libertad es la toma de decisiones consciente de su causa y consecuencia, y que deberíamos informar del efecto de atrofia de la empatía y robotización que puede tener en nuestra psique el abuso de la realidad virtual?

Hubo un murmullo. Las preguntas de Joseph empezaban a resultar incómodas para los presentadores y para la mayoría de los participantes, que aplaudían entusiasmados por cada nueva presentación del «mundo del futuro».

Sin inmutarse por la preocupación de Joseph, la compañía Magic Leap había desarrollado dedales casi imperceptibles, con lo que se desplegaban proyecciones de imágenes, vídeos, gráficas y hologramas interactivos con el leve movimiento de los dedos o conectados a las gafas o lentes de contacto inteligentes.

Siguieron presentaciones de directivos de Toyota presentando los «robots de apoyo humano». Explicaron que en la sociedad moderna cada vez más gente vivía sola y necesitaba cuidados especiales. Conforme aumentaba la esperanza de vida más personas vivían solas y en avanzada edad, con capacidades personales insuficientes para su autocuidado. Los avances de la inteligencia artificial y de la robótica habían permitido la creación de asistentes personales inteligentes. En ese momento desfilaron por la sala diez robots ofreciendo amablemente café.

Joseph y Jonay comentaron que había ideas y conocimientos, pero falta de dirección: ante la soledad de las personas mayores, casi impensable en África, la solución no era crear robots sino evitar esa soledad y no suplirla, en vano, con máquinas.

Habló luego un tal doctor Pearson quien explicó que para 2050 la nanotecnología permitiría conectar los cerebros a computadoras y «vivir en un mundo simulado» mediante el concepto de «encaje neuronal». Consistía en un pequeño sensor inyectado en el cerebro de tal nano-dimensión que se integraría en las células. Desde el sensor se crearía una interfaz conectando el cerebro con la computadora de forma que nuestras experiencias pasarían a un disco duro del ordenador. En sentido inverso, la capacidad numérica y operativa del ordenador podría ser utilizada por el cerebro.

Hablaron luego arquitectos de las nuevas casas inteligentes, construidas por impresoras 3D, que responderían a la voz o mirada de sus habitantes ajustando temperatura, luz y auto reparándose. Las casas irían progresivamente formando parte de grandes rascacielos con pisos dedicados a gimnasios, espacios residenciales, oficinas de trabajo y supermercados con distribución automática de comidas y artículos de limpieza o cualquier otra necesidad. También los ingenieros hablaron de impresoras 3D gigantes capaces de construir puentes, carreteras, barcos, coches y aviones, atendidas por robots ensambladores, y distribuidos por camiones sin conductores.

Otros ingenieros eléctricos afirmaron que todos los avances descritos y formas de vida estarían para el 2050 alimentados por energías limpias, sobre todo basada en mares de paneles solares en las zonas desérticas, cuya energía se acumularía en hidrógeno verde y se distribuiría por cables submarinos por todo el mundo.

Fue entonces que Ray le pidió a Jonay que hablase sobre «el conocimiento y el bien común». Jonay se dirigió así a los más de tres mil participantes en la sala:

Hace unos diez mil años dejamos progresivamente de ser nómadas. Comenzamos a cultivar en lugar de recolectar, a criar ganado en lugar de cazar y a almacenar el grano en lugar de emigrar. Además, en comunidad edificada nos defendimos mejor de nuestros depredadores. Así aumentó nuestro bienestar y seguridad. Los asentamientos se fueron

haciendo numerosos en personas, muy por encima del número que podíamos conocer por empatía, y así entender, apreciar y realmente querer. Fuimos limitando nuestro instinto empático al círculo más cercano y organizando las relaciones con el resto mediante entes abstractos de creencias comunes, mitos y religiones y conceptos imaginarios de propiedad de tierras, cosechas y ganados. Con ello surgió una forma de intercambio entre esas supuestas «propiedades» llamada «dinero». Fuimos también creando vínculos mentales de propiedad entre parejas e hijos; y, conforme iban creciendo los asentamientos y compitiendo entre ellos, límites abstractos entre ciudades, países e imperios, llamados fronteras. Como se integró la necesidad y aún más la ambición de tener dinero y propiedades, y con ellos seguridad y poder, se crearon las armas y luego los ejércitos. Quienes creaban los mitos religiosos imponían a los demás normas de vida con el premio de la eternidad y la amenaza del infierno. Quienes creaban los mitos de los países, imperios, fronteras y sus gobernantes, imponían a los demás leyes y tributos con el premio de la seguridad y la amenaza de la cárcel o el destierro. Quienes creaban el concepto y el valor del dinero imponían su sumisión al mismo para satisfacer cualquier necesidad, con el premio del consumo innecesario y el castigo de la miseria. Todas esas jerarquías se fueron integrando en la Humanidad de forma que hay quien piensa, como Ray, que están en nuestra epigenética. El aceptar, a menudo sin ver alternativa alguna, la fe en la religión dominante, las leyes y la nacionalidad del lugar de nacimiento, y el afán de competir por un consumo y propiedades, frente a los demás, exigían, exigen, una claudicación parcial de nuestra conciencia: la «subcontratamos» en la conciencia existencial y la ética personal a los religiosos o a los científicos, en la conciencia social y ética colectiva a los políticos, y en la conciencia de sobrevivir y el bienestar a la competición y al mercado. Pienso que ese grado de rendición de la conciencia a los poderes jerárquicos ha ido aumentando cuanto más extensas han ido siendo nuestras comunidades, físicas y ahora también virtuales; y cuanto más ha ido progresando la tecnología orientada al mercado: al comprar y vender, es decir, casi toda ella. Por qué digo esto: porque el tamaño cada vez mayor va anulando las relaciones de empatía, y la diversificación y sofisticación de la tecnología y mercado globalizado, hace que no podamos conocer aquello que consumimos. Sin empatía ni conocimiento, nuestra conciencia se atrofia. Actuamos como partes de un sistema que piensa, siente y provee por nosotros.

¿Y qué somos sin conciencia? ¿Sin libertad individual, basada en decisiones informadas en su causa y consecuencia, y sin empatía que dirija esa libertad hacia el bien colectivo? Quizás hemos ganado con ello bienestar, sí. La esperanza de vida ha crecido paralela a los avances tecnológicos. Y quizá hemos ganado con ello conocimiento colectivo, seguro. Como hemos escuchado estos días conocemos la micromateria y la empezamos a ordenar a nuestra conveniencia y gusto con nanotecnología; y vamos adentrándonos en otros planetas hacia el universo.

Pero me pregunto: ¿Claudicando la conciencia y la libertad, podemos ser plenamente felices? ¿Qué es la felicidad? Cada vez hay más pruebas que la felicidad más profunda no viene del poder en la jerarquía, de la acumulación de propiedades ni de la supremacía religiosa sobre los demás y otras formas de vida. La más profunda felicidad, más bien, el

sereno estado de gratitud hacia la vida, viene de ayudar a los demás, de sentir en ellos, con empatía, su bienestar. Casi se puede decir que, con una base cuántica, la frecuencia energética de la felicidad se transmite y se retroalimenta. Quizás en ello está la explicación del amor, o más bien su magia.

En casi todos sus fascinantes inventos veo que nos alejan del amor, de cuidar del otro y de cuidar de la naturaleza. Temo que la inteligencia artificial nos usurpe los restos que nos quedan de conciencia, la comunicación virtual nos agote la baja reserva de empatía y la mecanización de nuestra nutrición, nuestra vivienda y hasta nuestros movimientos nos aleje de la interacción con la naturaleza a través de la realidad orgánica, bioquímica que compartimos con ella.

Realmente, amigos, creo que este maravilloso conocimiento así orientado nos aleja de nuestra naturaleza humana.

*Y, además, está todo ello sometido al mercado. Inscribirse a estas sesiones costaba cinco mil dólares. Gracias, Ray, por invitarnos a Joseph y a mí. No podríamos haber asistido. Y nos duele estar aquí sin que otros puedan estar. Los privilegios nos pesan y nos avergüenzan en nuestra filosofía de las eco aldeas. Casi todos los inventores que han hablado trabajan para empresas que quieren expandirse más y más y buscan accionistas a quienes darles dividendos de las ganancias. Es curioso que hayan cooptado para esa idea la palabra de «equity» en inglés para ello, con un sentido totalmente opuesto del latín «justo». Cotizan en la bolsa donde sus valores son especulados por los poderes financieros y compiten en vender sus inventos para ganar más y más dinero. Claro, cada invento es blindado por «protección de patente» para gozar durante veinte años del monopolio de sus beneficios en el mercado. El «*rat race*» interminable. ¿Cuántos de ustedes tomas drogas para ir más rápido y pastillas para dormir, o antidepresivos? Casi uno de cada dos norteamericanos consume una de las tres, o combinaciones de ellas. Lo hacen para pagar la hipoteca de su casa, el seguro de su salud y la educación de sus hijos, todas ellas parte de negocios especulativos; y sus impuestos para que el gobierno proteja las propiedades y privilegios de quien más tiene y siembre el mundo de bases militares y arsenales nucleares para aplastar a quien desafíe su hegemonía.*

Me temo que los inventos hacia el bienestar material, si no son para el bien de todos, irán en nuestra contra. Es por ello que hemos estado preparando, desde la red de eco aldeas, un borrador de un «Tratado de los bienes públicos globales» que apoye a los científicos, facilite la colaboración y asegure que los adelantos vitales para la humanidad, lleguen a todos, y no solo al privilegio acaparador de unos pocos. Espero que nos apoyen en este empeño.

Pero para relacionar estas ideas con la experiencia personal, les quiero presentar a mi buen amigo y paisano de una misión remota en Zimbabue desde donde llegó con el avión que él mismo inventó y fabricó.

No hubo aplausos como en las presentaciones con vídeos en 3D y hologramas, con música senso-round de cada invento presentado en esa semana. Hubo muchos murmullos. Jonay hubiera querido saber ver, como Aimsa, las capas y auras en sus colores que flotaban sobre el ambiente.

Algo intimidado por tan inmensa audiencia con actitud escéptica o de rechazo frontal a las palabras de Jonay, Joseph tomó la palabra:

Hermanos y hermanas. Aún no nos conocemos, pero así os siento. Me llamo Joseph Beloki. Nací hace treinta y cinco años en las secas arenas del Kalahari de Zimbabue, Matabeleland. El calentamiento global iba agrietando las tierras donde crecí. Como muchos miles de jóvenes, mi padre se fue a trabajar a las minas de Sudáfrica, y como tantos otros, contagió a mi madre de SIDA. Así, como tantos miles, murió mi padre, y poco después se fue apagando la vida de mi madre. Los medicamentos, que ya entonces salvaban las vidas de los enfermos de SIDA, eran muy caros pues sus comerciantes preferían aumentar sus ya enormes beneficios, antes que permitir que millones personas como mi madre pudieran vivir y ver a sus hijos, como yo, crecer. Murieron casi un millón de personas en mi país por no poder pagar esos precios tan altos, y dejaron más de cinco millones de huérfanos. Yo era aún muy pequeño, pero recuerdo bien como un hombre blanco, venido de muy lejos, cuidó de mi madre y de mis pobres abuelos con inmensa ternura. Unos traficantes de niños iban a engañar a mis abuelos para llevarme a Sudáfrica cuando aquel hombre blanco, que pronto todos conocerían como «sindisabantu» -el que salva a la gente-, lo impidió. Unos años después, su hermano, Haka, la persona más valiente que he conocido, desveló las redes de tráfico de niños y de órganos y rescató a muchos de nuestros hermanos y hermanas de las tinieblas más oscuras. Crecí en la misión de Ukuzwana, que luchó contra todas las fuentes de dolor que afligían a nuestro pueblo: la guerra, los abusos del gobierno, el hambre, las religiones del miedo, los venenos del comercio, como los de Monsanto, las redes de esclavitud y muerte y la plaga del SIDA. Se enfrentaron a prejuicios y jerarquías, políticos, religiosos y económicos, comenzaron a promover las relaciones de pareja seguras y honestas, y consiguieron traer el tratamiento del SIDA a mi país y luego a África, luchando contra las patentes. En ello colaboró el médico que les acaba de hablar, quien dio su alma a hermanarse con nosotros. Además de su alma sanadora, nos trajo la alianza con sus padres, pioneros en una isla del Atlántico donde fue creciendo el sueño de la utopía y con ella la inspiración de la red de eco aldeas espirituales, a la que hoy pertenecen más de quince millones de personas en más de cuarenta mil aldeas de todo el mundo. A él se unió una mujer que venía de estudiar en este lugar al que ahora he llegado, Aimsa Kamble, y que lidera ese movimiento que propone una nueva forma de vivir entre nosotros y con la naturaleza, a quien le hemos ido dando la espalda hipnotizados por el petróleo y el consumo. Volvemos a este lugar desde donde brota tanto maravilloso saber, pero también tanto daño, como las patentes, como el glifosato, como las armas que incendian de guerras mi continente, como la contaminación que asfixia los cielos y agrieta nuestras tierras.

Yo me dediqué desde niño a inventar artilugios que podían hacer bien a las personas. Empecé con Jonay a diseñar una máquina que ayudaba a las madres a prevenir la infección de SIDA a sus hijos, aun teniendo miedo de saber su estado y en ausencia de tratamiento para salvar sus vidas, cautivas de la avaricia de los que se enriquecían obscenamente de las patentes. Seguimos inventando motores eléctricos, aerogeneradores, paneles solares con la arena de nuestros desiertos, formas de transportar, de secar hortalizas y frutas, de moler

cereales y tubérculos, de aliviar el trabajo de los telares, de buscar agua, horadar pozos y sacar su agua, sembradoras y cosechadoras sin dañar la tierra, sistemas de comunicaciones, de audífonos para sordos o de prótesis para amputados. Y así llegamos a tener una impresora 3D y un ordenador de los que usted han desarrollado en este valle del saber, y con ello fuimos reciclando plásticos, hicimos piezas y ensamblamos más impresoras 3D para la red de eco aldeas de inventores, que ya somos más de mil en el mundo: compartimos ideas, diseños y experiencias. No hay relación de competir y acumular, sino de colaborar y compartir. No publicamos en revistas prestigiosas ni tenemos «PhD». No celebramos eventos en lujosos hoteles como este, ni registramos propiedad de «patentes» pues cuanta más gente pueda usar lo que inventamos más felices somos.

Yo nunca había salido de Zimbabue. En seis meses he cruzado desde el cielo veinte países para llegar a esta reunión. He conocido en todos ellos eco aldeas que viven compartiendo y en armonía natural, sin mitos, jerarquías ni propiedades. En profundo amor y gratitud a ser parte de un ciclo de una vida mágica. He llegado a este valle del saber y les confieso que hay una sombra en mi alma que me entristece: casi todos están mirando a los teléfonos móviles más que a las personas que tienen enfrente. Ahora mismo que yo les hablo casi todos están más atentos a lo que esas pantallas les dicen. Son verdaderos dispositivos de abducción de conciencia de lo próximo, de lo real. Tienen miles de contactos, decenas de miles de vídeos y de músicas archivadas y el acceso a miles de millones de informaciones sobre lo que quieran investigar. Pero a pesar de tanta información virtual, no he visto apenas sonrisas ni miradas con brillo que se crucen con mi deseo de empatía. Todos corren y todos buscan trabajar más, para tener más dinero, para comprar más y en esa carrera, siento con dolor decirlo, se les van muchas oportunidades de observar fascinados la belleza de esta vida, la real. La de una flor silvestre, la de oler la frescura del rocío de la mañana, la de saludar a un vecino que se cruzan y ofrecerle un abrazo, la de cultivar un huerto con esmero y de donde cosechen al menos parte de su sustento, la de sentarse a contar historias y recuerdos sin trascendencia ni del poder ni del saber, pero sí del sentir. Y con todo ello pensar, con gratitud en nuestra existencia, efímera, sí, pero con el propósito noble de hacer bien a los demás y dejar un lindo espacio a los que vienen.

He escuchado las pinceladas de un futuro asombroso: de personas con cápsulas de conexión dentro de sus células cerebrales y con lentes desde las que con movimientos oculares acceder a toda información y en todas sus dimensiones, y recibir la capacidad de ordenadores cuánticos que en red colaborativa tendrán capacidades inimaginables de cálculo de cada vez más volumen de datos, y algoritmos de decisión, de evolución propia y colectiva y hasta de sentido de conciencia colaborativa y quizás propia de supervivencia. Temo que ese sistema de control y de «orden» dominará nuestras vidas, horarios, acciones, pensamientos, decisiones, relaciones y quizás hasta aspiraciones. Conectados a impresoras 3D fabricarán con materiales clonados cualquier artilugio para nuestra necesidad o deseo, en dimensiones gigantes construirán casas, coches, aviones, puentes y caminos, que conectarán ciudades de altos rascacielos donde pasarán casi toda la vida organizada en trabajo desde sus pantallas, provisiones de alimentos clónicos y limpieza tóxica desde su pantalla, ocio desde sus

pantallas y hasta relaciones desde sus pantallas, ya incorporadas a sus lentes inteligentes. Desde la punta de su dedo podrán proyectar imágenes, vídeos y hologramas y me temo que, hasta intentar, creo que en vano, sustituir las relaciones de amor con esa realidad falsa. Lo que no provean los sistemas automáticos en sus edificios se lo traerán sus drones personalizados. Recibirán cuidados de robots asistentes que les cocinarán y limpiarán. Suplirán la falta de movimiento y trabajo físico con gimnasia personalizada, y la pérdida de fuerza, vista y oído con exoesqueletos, lentes y audífonos con capacidades cien veces superiores a las biológicas. Y cuando a pesar de los hologramas multisensoriales tengan el «primitivo deseo» de ir físicamente cerca de otras personas lo harán por sistemas automatizados de transporte y por hyperloops entre ciudades. Intentarán prolongar la vida con nanorobots reparando el desgaste natural del cuerpo, ingeniería genética supliendo a la selección natural y la mitosis, y partes robóticas sustituyendo partes caducas de nuestros cuerpos.

Y yo me pregunto, hermanos, ¿qué quedará de nuestra esencia de amar, de sentir, de entregar, heroicamente cuando toque, nuestra alma por una causa noble y por un ser amado?

¿No será mejor aceptar nuestra naturaleza efímera, crecer, vivir y morir con gratitud, sentir y disfrutar la belleza de lo natural y cercano? ¿Y con ello tener la valentía de vivir sin fronteras, sin propiedades y sin mitos? Podemos hacerlo juntos sin dar la espalda al conocimiento que nos proteja de enfermedades y otras amenazas a nuestras vidas, y que nos ayude a comunicarnos y colaborar en ideas para el bien común. Ese bien común, como decía Jonay, debe llegar a todos, primero a quienes más lo necesitan. Como a mi madre Awande, quien hoy quizás estuviera aquí conmigo si la ambición de las patentes para secuestrar el conocimiento sanador para el enriquecimiento obsceno, innecesario y, siento decirlo, criminal, de unos pocos.

Ustedes van muy rápido hacia el futuro, los que más rápido van. Pero tengan cuidado: la velocidad es contraria a la paz de sus almas si la dirección es la equivocada.

Os quiero agradecer todo el bello conocimiento que sale de este valle, los sistemas de comunicación y de computación, y la investigación desde los quarks hasta los límites del cosmos, y de ellos como se dibuja el futuro con energía de fusión y transmisión cuántica. Solo os pido que penséis que la mayor felicidad viene del compartir, y el más oscuro agujero espera al que compite y acumula.

XLVI

BIOÉTICA Y ZAPATISMO

Chiapas, julio 2017

Thanda llevaba medio año viviendo solo en la casa de las Lomas de Chapultpepec. Cantaba a menudo la canción de Don McLean «Empty Chairs», que reflejaba el eco de su soledad. Nayra había dejado gran parte de su ropa, libros y recuerdos. Era como estar-con-ella-sin-estar-con-ella.

Siguió nadando cada amanecer a las seis y «tertuliando» con sus «compadres» del Náutico, donde sentía latir el México profundo. Como en los últimos cuatro años iba luego al trabajo en su linda oficina de la Delegación de la Unión Europea, con su fiel asistente Inge, su equipo de trabajo y Andrew, quien ya preparaba su jubilación y tenía toda cautela a importunar a nadie en Bruselas. Las alocadas propuestas de Thanda como el espacio Schengen con Centroamérica fueron desestimadas.

Mandaba cada mes un análisis de la situación socioeconómica en México y oportunidades de cooperación, pero nadie reaccionaba. Como tampoco nunca nadie reaccionó a su libro y artículos desde Berkeley. Releía a veces capítulos del Quijote y recordaba un suceso que comentaba a menudo con su padre: volvían de una de sus aventuras y Sancho le decía su mujer que le harían gobernador de una ínsula, esta ni le creía ni lo entendía, despreciando sus sueños y Sancho responde «no se ha hecho la miel para la boca del asno». Thanda, ante los silencios y desprecios de la jerarquía a menudo comentaba con su padre, con quien tenía tanta sintonía y tantos códigos entre ellos: «no se ha».

Tampoco encontró eco en el gobierno de México con los estudios de equidad. Consiguió datos por Estado y municipio y demostró una grave inequidad y un exceso de mortalidad por injusticia, de más de trescientas mil muertes, casi mil al día. Propuso un sistema justo de equidad fiscal que acabase con los miles de exoneraciones del «uno por mil» que amasaba fortunas y poder sin pudor alguno. Los más ricos de Mexico se erigían en salvadores del pueblo. Por sus ac-

tividades en salud Thanda analizó la filantropía del multimillonario Slim, el Gates mexicano, que hizo fortuna con monopolios primero del tabaco y luego de las comunicaciones. En una reunión con la fundación del hombre más rico de México, a quien, como a Gates, se le ponía la alfombra roja para dirigirse a todos los ministros de salud en la asamblea mundial de la salud, expuso la relación entre las crecientes muertes por tabaco y los miles de millones de beneficios para luego dar una mínima parte en proyectos de salud aislados por la región, y pretender erigirse en líder del derecho a la salud.

Thanda no podía soportar la hipocresía del filantro-capitalismo y como los gobiernos y organismos internacionales, incluida la Unión Europea, se ponían a sus pies. También demostró por sus estudios de equidad desigualdades injustas en Mexico entre el Norte de los negocios, rico y el Sur de los cultivos y las minas, pobre. Propuso, de nuevo sin éxito, sistemas de equidad territorial como los que, al menos en la teoría y en la distribución de los «fondos de cohesión territorial» existían en la Unión Europea.

Dio clases sobre esas teorías y análisis globales y de México en las universidades de la UNAM, de Oaxaca, de Veracruz, de Chiapas y de San Luis Potosí, además de en centros de investigación, incluido el Centro Nacional de Neuropsiquiatría donde analizó la relación entre el recientemente descrito «síndrome del acaparamiento» y la dinámica de las sociedades capitalistas. Al hablar abiertamente en esas conferencias fue llamado la atención por Bruselas por supuesto «conflicto de interés con su puesto de representante de la Unión Europea» ante lo cual explicó que era su actividad académica fuera de los horarios laborales, desconectada de cualquier decisión contractual y basada en las cartas de los derechos humanos, de las cuales la Unión Europea era signataria.

Tras sus empeños durante el día en programas de justicia social en México, volvía a casa donde le esperaba el eco de la soledad. Salvo alguna tertulia con sus valerosos tíos Margarita y Rodolfo, pasaba las tardes haciendo análisis y proyecciones de la equidad mundial. Acababan de publicar los datos de demografía (población, nacimientos y muertes por grupo de edad y sexo) de todos los países del mundo, y podía actualizar el libro de equidad publicado por el gobierno de Costa Rica. Amplió los criterios de análisis de salud, de economía y de ecología, introdujo estudios subnacionales en los países más grandes, y planteó modelos de recaudación fiscal y territorial pasados en la redistribución necesaria para un mundo justo. Pasaba horas con las tablas de datos en Excel, manejando cientos de miles de datos a los que aplicaba fórmulas y algoritmos. Conectaba con gráficas interactivas con los mapas de Statplanet para convertirlos en vídeos de la evolución de la injusticia. Se le hacía cada día la medianoche tras más de seis horas analizando datos y escribiendo en grandes cartulinas gráficas e hipótesis, tan entusiasmado por los hallazgos, y a la vez alarmado por la situación de injusticia mundial, que se le olvidaba comer. Se ponía a la vez, en una pequeña ventana del

ordenador, vídeos de entrevistas de Noam Chomsky sobre la perversa geopolítica mundial.

La injusticia seguía avanzando en el mundo y a su paso se destruían vidas humanas y naturaleza. Los amigos de Aimsa, que habían revelado al mundo la corrupción y perversión a través de miles de documentos y de emails de la Casa Blanca y del Pentágono, estaban refugiados. Julian en la embajada de Ecuador en Londres y Edward en un lugar secreto de Rusia. El aliado de Thanda en el partido X, Hervé, que destapó las cuentas sucias de los bancos en Suiza, también tenía que vivir escondido en España. La verdad era perseguida, mientras que la perversión del poder dominaba la prensa, los medios de comunicación y seguía dominando las vidas de la mayor parte de los habitantes del planeta del agua, a quien una especie arrogante le llamaba «Tierra» y lo deforestaba, asfixiaba y llenaba de plásticos y tóxicos en un sistema de mitos y jerarquías que ahogaba las vidas de la mayor parte de los seres humanos, en su profundidad de inmensa belleza y grandeza cada uno de ellos.

Por entonces, un amigo de Thanda supo de una filtración de otro empleado de banca en el paraíso fiscal de las Américas, Panamá. Con el nombre secreto de John Doe, escribió al periódico alemán *Süddeutsche Zeitung* proponiendo que hicieran públicos los miles de delitos de evasión fiscal que se revelaban en 2,6 terabytes de información. Cuatrocientos periodistas de todo el mundo organizaron más de diez millones de archivos de correos electrónicos, certificados, información bancaria de estados de cuentas, copias de pasaportes y documentos de identidad de los implicados. Los relacionaron con las actas de más de doscientas mil sociedades con las que había hecho negocios el despacho de abogados Mossack Fonseca dedicados a la fundación y gestión de sociedades offshore sobre todo en los paraísos fiscales británicos en las islas Caimán, Panamá, Bahamas y Seychelles. John Doe, desde su escondite, dijo que «la próxima revolución será digitalizada».

Thanda combinó sus estudios de equidad unos días con investigar en la web https://offshoreleaks.icij.org/ los vínculos con los cabos sueltos que dejó Haka entre las conexiones del tráfico de niños, de prostitución, de órganos, de diamantes, de armas y de dinero oculto en Suiza. Había en la web casi un millón de «compañías offshore» vinculadas a nombres y operaciones financieras. La maraña de los poderes mundiales ahogaba a la Humanidad en tramas de extracciones de recursos naturales de forma destructiva, empleos laborales de formas abusivas, comercialización de productos tóxicos para la salud, tráficos de drogas, armas y hasta uranio enriquecido, evasión de fortunas a cuentas de sociedades secretas offshore y compra a nombre de esas sociedades fantasmas de islas, mansiones, yates, aviones privados y hasta hangares de armamentos y ejércitos de robots y de drones. Uno de los nombres que encontraron, figuraba en los últimos apuntes de Haka. Se trataba de John Bredenkamp, de quien Haka desveló sus vínculos con la extracción de «diamantes de sangre» y los suministros de armas a la gue-

rrilla. Pudieron ver en la web las transacciones de las empresas de Bredenkamp para compras de armas del ejército de Zimbabue en su apoyo a Kabila a cambio de concesiones de explotación de las minas de coltán en disputa con Uganda y Rwanda. De aquellas minas salían los materiales de los teléfonos móviles, ya más numerosos que las personas en el planeta, que abducían la conciencia de la Humanidad controlada por los grandes poderes manipuladores interrelacionados en otra red que estudiaba Aimsa. También encontraron que su red empresarial *Casalee*, ahora bajo una pantalla de empresa fantasma, era la principal comerciante de hojas de tabaco para las empresas asesinas de ese veneno al mundo, que causaba más de siete millones de muertes al año. En Zimbabue y en casi todos los países productores de las hojas que luego mezcladas con más de quinientos aditivos tóxicos envenenaban a más de mil millones de fumadores adictos en el mundo, ya habían sucumbido a la tentación de los venenos de Monsanto asociados con sus transgénicos. Monsanto también estaba ligada a los papeles de Panamá.

Thanda y Nayra, junto a Aimsa y Jonay, estudiaron cómo las conexiones entre casi la totalidad de las diez compañías más grandes de extracción de recursos naturales, las petroleras o mineras, de las diez empresas más grandes de la agroindustria que dominaban el ochenta por ciento de la alimentación procesada, ya el ochenta por ciento de la alimentación humana; las empresas dominantes del comercio de armas, las de alcohol y del tabaco, las de modas, diamantes y perfumes, las de los grandes medios de comunicación y manipulación, las de grandes cadenas hoteleras y las siete de la gran Farma que dominaban el comercio de medicamentos bajo-patentes-contra-la-vida, estaban todas ellas ligadas a esa maraña de empresas fantasma desveladas en los papeles de Panamá. Como agujeros negros, succionaban gran parte del dinero, ese perverso mito humano, en pocas y ocultas manos. Mientras tanto, más y más miles de millones se hundían lejos del «umbral de dignidad» que Thanda estimaba con sus cientos de miles de datos y algoritmos.

Tras el nombramiento formal de Thanda en Cuba, fue llamado a la reunión anual de jefes de cooperación en Bruselas. Sentía culpa por la huella de carbono por tantos viajes internacionales y la contradicción de esas reuniones en las que se defendía un futuro limpio de carbón mientras se llenaban los vuelos de funcionarios y expertos hablando de ello. Thanda expuso dicha contradicción y la de las reuniones en hoteles de lujo para hablar sobre la pobreza. Nadie reaccionó, aunque el silencio era ensordecedor. Lo que resultaba aún más remoto cuestionar y menos aún cambiar eran las estructuras de poder y la máquina capitalista de producción y consumos alejados de vidas sencillas y en armonía con la naturaleza, su cada vez más claro horizonte.

En las reuniones anuales de cooperación se juntaban unos cien colegas que atendían a los programas en unos ciento veinte países del mundo, además de otros colegas de las áreas de contratos y finanzas, y unos cincuenta embajadores

de la Unión Europea en esos países. Se unían casi tres mil funcionarios de los servicios diplomáticos y de cooperación, para llenar la enorme sala de conferencias de «TournTaxi», más dedicada durante el año a grandes conciertos. Hablaban los comisarios y directores generales, todo ello animado por profesionales de los medios y hasta dibujantes cómicos, música y aplausos casi codificados. Thanda se sentía extraño, por el sentimiento de culpa, por sentirse privilegiado, por el gran espectáculo de arrogancia de la jerarquía y sumisión de miles de personas que se sentaban bien alineados, más abajo y a oscuras, muy revelador de cómo funcionaba esa organización, y quizás todas las grandes organizaciones en las que, como en las grandes ciudades, se había perdido la empatía.

Tras las presentaciones grandilocuentes de los jefes, en los que se insistía en el vínculo de cooperación con la «crisis migratoria» que amenazaba las sacrosantas orillas europeas del privilegio, Thanda se atrevió a levantar la mano y hacer una pregunta, con las cámaras apuntándole y proyectando su imagen de rebelde-sin-corbata:

- Gracias por sus presentaciones. Discúlpenme si me atrevo a decir que creo que nos falta humildad. Venimos de una larga historia en que nuestras acciones en otros países no siempre han sido justas. Hemos contaminado los cielos durante dos siglos y son esos países que llamamos «en desarrollo» los que más sufren los efectos del cambio climático. Nuestros modelos de producción y consumo no son sostenibles ni replicables a nivel global pues agotan otros límites planetarios. Además, nuestra cooperación es apenas un 0,5% de nuestra riqueza y al menos la mitad se queda en la «industria de la cooperación» de consultores, hoteles y viajes de empresas europeas. Mientras acusamos a casi todos los otros países de no respetar los derechos humanos, nuestra «Europa-fortaleza» tiene un grado de responsabilidad en los miles de personas ahogadas en las orillas del sur europeo. No podemos, por ello, presentarnos como líderes impolutos de modelos de bienestar sostenible de defensa de la solidaridad o de los derechos universales.

Cuando hacía preguntas así en grandes foros sentía un nerviosismo que hasta le hacía temblar las manos y el micrófono que sujetaba. No tenía el aplomo de Aimsa, ni la serenidad de Patxi, ni siquiera la síntesis de Jonay, pero sí intentaba de todos ellos, con quienes se sentía tan identificado, sacar la pasión por las ideas en las que creían.

Unos pocos aplaudieron, pero notó cierto rumor en la sala ante su «insolencia». De alguna manera, el lema de Trump que le llevó a la Casa Blanca, «América First» y su vehemencia de la supremacía americana, casi mesiánica, había calado en Europa, y se repetían los shows con los animadores británicos y alabanzas al «liderazgo moral de Europa».

Asistió a interminables reuniones durante la semana con docenas de presentaciones en PowerPoint, reglamentos, procedimientos y lenguaje críptico de cooperación que Thanda nunca dominó del todo, sobre todo cuando el clan

francófono imponía su idioma. Entre unas y otras reuniones pudo reencontrarse con colegas entrañables del grupo de salud, que seguía defendiendo la política de salud global que Thanda lideró seis años atrás.

También tuvo entrañables reuniones con compañeros trabajando en todos los rincones del mundo. Notaba que cuanto más podía profundizar en los sentimientos, con diálogos personales y sin ruido alrededor, más encontraba empatía en torno a las ideas de una vida más sencilla en un mundo más justo respetando más a la naturaleza. Quizás esas tres pulsiones estaban en todas las almas y solo fluían en los canales de empatía que precisaban del esmero e intensidad de la comunicación entre almas, no la de miles de personas, alienadas por jerarquías y lemas, logotipos y códigos, y ruidos, prisas y miedos-a-ser-uno-mismo.

Por las noches atravesaba el Parque del Cincuentenario recordando los más de cincuenta mil kilómetros en bici que recorrió durante una década por el maravilloso hayedo de Foret de Soignes, los miles de castaños de la avenida de Tervuren y la entrada al barrio de los cientos de edificios de la comisión, bajo los majestuosos arcos del «cinquentenaire», celebrados por el hijo del gran genocida rey Leopoldo.

A pesar de las profundas contradicciones de la política, y hasta la cultura y los valores europeos, producto de su historia, encontraba muchos rincones y personas de profundos sentimientos y valentía. Se reencontró con Javier y escuchó fascinado su lucha por los derechos de los animales. Había animado partidos «animalistas» por todos los países de Europa y consiguieron entrar con representación en el Parlamento Europeo. También disfrutó de reunirse con Johan y su familia, con profundo análisis y complicidad con la vida natural. O Lidia, una linda granadina centrada en su práctica budista que la protegía del *rat-race* europeo. Ahí estaban Jan y su fiel amistad y compromiso por las políticas de salud, Giorgio y su pasión por los encuentros de almas en la cultura, Georges y su pasión por la antroposofía, Jean Pierre y su lucha por la salud pública y tantos otros que, dentro del gran monstruo de jerarquías y procedimientos, mantenían su mirada brillante, su corazón desnudo y sus ideas valientes.

Llegaba a la casa de Jesús, un entrañable amigo con la mitad de edad y tremenda complicidad. El abuelo de Jesús había sido «compañero de pupitre» del padre de Thanda en el colegio de Lourdes, en Valladolid. Su amistad trascendió a las familias. A la vuelta de su tiempo de migrantes en Holanda, la madre de Jesús ayudó a Thanda con los polinomios, y luego Thanda ayudó a Jesús en su tiempo de becario Erasmus y de *stagiere* en la Unión Europea, a la vez que Jesús enseñaba piano a sus hijas. Qué lindo cuando el amor fluía y se transmitía como trenzas constantes en el tiempo, pensaba Thanda. Tenían tertulias fascinantes sobre el mundo y como luchar desde dentro de esas instituciones de poder y jerarquía que «alienaban alineando».

En su última vuelta de Bruselas a México, paró en Madrid para estar con sus padres. Encontró a su querido padre más débil. Aunque esta vez sí le reconoció su pensamiento seguía siendo lento, no tenía la fuerza física ni mental de hacer siquiera un sencillo dibujo o hacer una llamada por WhatsApp. Pero la ternura de su mirada, el calor de su abrazo, la atención a las aventuras que le contaba, y el estar sencillamente callado ante la chimenea en la casa de Robledo y sabiéndose-unidos-para-siempre, le producía a Thanda la más profunda alegría y, de alguna manera, le daba una razón para vivir. Una sola sonrisa de aprobación de su padre a sus empeños por un mundo más justo justificaba todos los desencantos, frustraciones y, sobre todo, el desierto de la soledad.

Siguió su ruta de vuelta hacia México en un vuelo de Iberia que, cambiando el turno para coincidir, pilotaba su amigo Juan, quien había leído ya *Valentía y Ternura* y sentía mucha emoción recordando esas historias, como Thanda de su anónimo gesto en Buenos Aires.

Ya de vuelta en México trabajó los últimos tres meses con pasión. Afianzó con contratos, diálogos y acuerdos, el lindo programa de cohesión social en el que ya participaban más de trescientas personas entre funcionarios y representantes de la sociedad civil. Con ellos compartió ideas y propuestas de justicia en sendos eventos en la Ciudad de México, San Luis Potosí, Oaxaca y Chiapas. Como mensajes finales se planteó, con los datos de sus últimos análisis, la idea de la equidad a través de justicia fiscal y territorial, el contrato social basado en diálogos francos e información pública y transparente, y el camino de vuelta hacia la armonía con la naturaleza. Avanzó en el libro de la «ética de la equidad» basado en cuatrocientos gráficos y mapas interactivos, veinte vídeos y ochocientas páginas en las que intentaba demostrar la ética de la equidad, y el método de su métrica, implacable con la injusticia política, económica y ecológica que seguía campando en todo el mundo.

Al final de sus cuatro años y medio en México, recibió una invitación a presentar sus análisis de la equidad en la Universidad de Chiapas. Pasó antes unos días en San Cristóbal de Las Casas donde cuatro años antes había sido vigilado y perseguido por posiblemente redes de narcos en connivencia con el poder cuando colaboraba con organizaciones de defensa de los derechos humanos y de los pueblos indígenas como la organización de Fray Bartolomé de las Casas que lideraba su buen amigo Raúl, exiliado en el extremo norte del país. Tuvo entrañables encuentros con redes de campesinos, representantes del zapatismo indígena y con Jorge, un sociólogo y gran conocedor y aliado del zapatismo que estudiaba el aumento de suicidios de jóvenes indígenas, quizás por la profunda desconexión del tren enloquecido de la Humanidad enajenada, como el que describió Marlo Morgan en las voces del desierto.

Jorge había organizado la conferencia «magistral» de Thanda en el aniversario de la Universidad Autónoma de Chiapas. Llegaron a su sede en Tuxtla y entró

en la gran sala de conferencias donde, para su sorpresa, esperaban periodistas y cámaras de televisión. Dio su conferencia con pasión y mostrando también estudios de la inequidad en México y en Chiapas que preparó para el evento. Tras casi tres horas de conferencia desnudando las graves injusticias en el mundo y en México ante el cuerpo docente y muchos estudiantes, hubo preguntas y comentarios muy elogiosos, algunos emocionados. Cuando ya se disponía a marcharse, el rector de la universidad le entregó el nombramiento, «en base a sus estudios, a su constante esfuerzo desde la cooperación y por su defensa de la alianza sagrada del hombre con la naturaleza», de Profesor a*d honorem* de Bioética. Aunque huía de títulos y su eco en jerarquías, aceptó emocionado ese reconocimiento y dijo las siguientes palabras:

La vida me trajo a este México mágico. Tierra de historias a veces crueles de unos imperios sobre otros. Testigo de la colonización y evangelización desde España sobre los saberes y creencias indígenas. Donde late impune la crueldad de unos pocos que acaparan el poder y la sumisión o rabia contenida de muchos a quienes apenas les alcanza para sobrevivir. Me duele ver su fascinante naturaleza manchada en muchas zonas por tóxicos de minas, fábricas y pozos de petróleo. Temo al sentir su maravillosa cultura culinaria amenazada por bebidas industriales y comida basura. Me contaminé para siempre de su alma zapoteca y maya, espiritual y mágica. Y os digo con preocupación cómo la veo salpicada de la enajenación por el consumo y poder del vecino del Norte. Como dice Octavio Paz, «tan cerca de él, tan lejos de Dios». De ese Dios de tantos rostros y formas que se concentra en el fervor por Guadalupe. De esa apuesta por la religión del amor que las jerarquías de Iglesia y del poder cooptan para sus privilegios. De la más grande gentileza que el mundo conoce y que, atormentada, convive con la violencia más terrible. Me gritan en mi alma sus miles de muertos y desaparecidos que tantas madres y padres lloran sin posible consuelo. Y aún desde tanto dolor brota fértil su fascinante artesanía, literatura y cine, de tantos colores, olores y sabores que desbordan los sentidos, y tantos sentimientos que expresan los cantos y las miradas luminosas, que desbordan el corazón. No es posible sentir a México y no ser abrumado por tanta belleza, tanta pasión, tantas contradicciones, tantas almas que anhelan paz y armonía. No es posible cooperar con México y no aliarse con los que claman justicia, con desenmascarar las intrigas del poder, la arrogancia de la jerarquía, la «grilla» del palabreo y compadreo de los que tanto acaparan, la evasión de riquezas a Panamá que quitan de la mitad de los mexicanos sus derechos. Simplemente su taco, su poncho, su casita, su milpa y su paz del hogar con una educación digna de valores, una salud igual-para-todos y una justicia que persiga las «tranzas», condene al que abusa y defienda al que quiere vivir en paz y armonía. Aquí en Chiapas ustedes saben bien de eso. No dejen nunca de defender la ética de la equidad social y la bioética de nuestra alianza con la naturaleza, nuestra Madre Tierra, a la que dándole la espalda y entregándonos a la producción destructora y al consumo enajenado, seremos huérfanos perdidos en una vida sin sentido. He conocido en este país a miles de personas y organizaciones, viaje del norte al sur y del Caribe al Pacífico,

de sus grandes ciudades a los pequeños pueblos, me enamoré de una mexicana, conocí a mi familia mexicana y me llevo, para siempre, a México y su inefable magia en el corazón.

Siguieron despedidas de colegas en la delegación, en el gobierno de México, las ONGs, las universidades, sus queridos tíos Margarita y Rodolfo, y su amigo del alma José Manuel. Nayra volvió para despedirse juntos en un rincón de meditación del parque de Chapultepec.

Siguió Thanda su camino errante, ahora con destino a Cuba, donde seguir luchando por sus ideas con el corazón desnudo, el alma valiente y la mente viendo dónde y cuándo aportar ideas, alianzas y esfuerzos hacia un mundo más justo.

XLVII

LA FURIA DE LOS VIENTOS

Cuba, septiembre 2017

Thanda llegó a La Habana desde Ciudad de México el último día de agosto de 2017. Estados Unidos vivía dividida por el arrogante Trump quien no tenía reparos en insultar a quien se pusiese en el camino del capitalismo más salvaje. Europa se rompía con el Reino Unido ya negociando su divorcio de Europa bajo el Artículo 50. En Zimbabue, Mugabe dejaba el poder tras treinta y siete años durante los que evolucionó desde héroe liberador a tirano dictador. El todopoderoso Xi Jinping de China, se convertía en el adalid del capitalismo globalizado, ¡quién lo iba a decir! En Asia, los Rohinga eran perseguidos y masacrados por budistas de Myanmar. Ni el budismo se libraba de los fanáticos de «los monopolios de la verdad». La economía volvía a «crecer» y orgullosamente superaba la crisis especulativa de bancos que fueron rescatados con los impuestos de los ciudadanos a los que engañaron. Y los termómetros volvían, año tras año, a registrar las más altas temperaturas de los dos últimos siglos registrados, quizás de los últimos diez mil años.

Llegó de noche con una maleta, una mochila y su guitarra, al aeropuerto José Martí de La Habana. Le esperaban con cariño Marta, una periodista vasca caribeña por amor, y Virginie, una ecologista francesa trotamundos. Le llevaron a una casa que ocuparía en el barrio del Cubanacán. Era una linda casa de una planta con un cuidado jardín, una sala, dos cuartos, una pequeña cocina y otro cuarto en un altillo. Por el protocolo cubano, desconfiado de todos los extranjeros por su historia de víctima de espionajes, ataques y difamaciones, sobre todo por estadounidenses, asignaban a cada casa de extranjero diplomático una guardia custodia. Viniendo de México sin tal celo de seguridad y con un índice de homicidios mil veces mayor, Thanda veía innecesaria la presencia de tal «custodia», además de sentirse culpable por tal privilegio y el hecho de que «alguien-trabajase-para-otro» en lugar de «para el bien-común». No solo estaba así planteada su

vida en Cuba de acuerdo a su rol diplomático, sino que además en la casa trabajaba un viejo jardinero al que todos llamaban Papito, y una persona que ayudaba en la limpieza, Yeny.

El firme deseo de Thanda era vivir, de acuerdo a sus ideas sociales y a la visión de energía libre desvinculada de lo material, con pocas cosas, compartiendo las que tuviera y el bien común. Llegaba, como en México, a una casa privilegiada, con personas dedicadas a su seguridad y su bienestar, y con una mudanza pendiente donde traería también un Nissan pick up, todo un privilegio exclusivísimo en Cuba el tener un auto, aunque su intención era la de ayudar en transportes y cargas a la gente. Con esos pensamientos se acostó oyendo grillos y ranas, la brisa del mar cercano peinando la imponente palma real del jardín, y sintiendo en su piel la cálida humedad del trópico que anunciaba mil aventuras en tal mítica isla, si abría su valiente corazón.

En su primer amanecer se propuso cambiar la piscina del club náutico mexicano, del que «Groucho Marx nunca hubiera sido miembro», por el mar del barrio del Náutico, a unos diez minutos de su casa, cruzando la famosa Quinta Avenida. Encontró una entrada entre las rocas de granito sobre las que rompía el mar, bravo ya por la temporada de ciclones, y se adentró con cuidado nadando, mientras tanteaba las corrientes, unos trescientos metros mar adentro. Pudo atisbar al este la línea del Malecón y las míticas figuras del hotel Nacional, el Habana Libre y el Capitolio. Al oeste se adivinaba la marina Hemigway y una silueta que pensó podría ser la Escuela Latinoamericana de Medicina. Se sintió profundamente feliz de estar allí y se prometió a sí mismo poner toda su alma en vincular a Cuba con el noble ejemplo de Eila para inspirar con toda la fuerza a una humanidad que cambiara su ritmo cruel, destructor y suicida.

Paseó el fin de semana para conocer mejor el barrio, a las lindas familias vasco-dominicana de Marta y Tobías, franco-fijiana-cubana de Virginie y Yander y a un vecino franco-italiano que dirigía la todopoderosa empresa constructora Buigues. En los siguientes días comenzó a compartir con vecinos tertulias, encuentros de Taichi en un descampado próximo, canciones a la guitarra y veladas en la pequeña caseta de los custodios, donde pasaba más tiempo casi que en la casa grande. Pasaron también a verle Pedro, Suzy y Haidée, con quienes celebró su llegada y le regalaron una «olla reina», presente en casi todos los hogares de Cuba y útil para cocinar el arroz, los frijoles y las «viandas» tropicales, que serían la base de la dieta de Thanda.

Pasado el primer fin de semana de «bautismo» en La Habana, comenzó su primera semana de trabajo en la delegación de la Unión Europea en Cuba. Cada mañana le recogían Marta y Tobías en su auto y le llevaban, oyendo trova cubana y latina, por la Quinta Avenida hasta su cruce con la 22. Allí se erigía un palacete, hasta con almenas, propiedad antigua expropiada a algún hacendado que aún reclamaba de vez en cuando y a gritos desde el paseo central de la quinta o en

los despachos de abogados de Miami, su derecho a volver a su mansión. Saludó con cariño, como hacía en México, al custodio, la recepcionista, la limpiadora, los colegas de la administración en la planta baja, los de la sección política, y por último a su equipo: además de Marta y Virginie, le esperaba Silvia, una linda mujer cubana, discreta en su expresión, de tremenda amabilidad, respeto y atención. Thanda se instaló en su oficina, esta vez sin la pradera de la de México ni sus sillones rojos, pero linda, sencilla y con mucha luz. Ordenó sus archivos en documentos de referencia, relativos a cada sector de cooperación (agricultura, energía y economía), a la investigación y la educación, la cultura y la sociedad civil, las inversiones, los programas regionales, los *briefings* y los informes periódicos que se proponía seguir haciendo, aunque nadie los leyese ni reaccionase en Bruselas. Puso la foto de su padre, de cuando vivieron juntos en Canarias, la de su madre con él de bebé en sus brazos, una con sus hijas en Ukuzwana, otra con sus hijos del corazón Adam, Nour y Unai, y una con Nayra en el viaje sorpresa a Venecia.

Unos días después llegó Unai, quien se había decidido a estudiar Ciencias de los alimentos en la Universidad de La Habana. Thanda le apoyó en los trámites de documentos académicos y de visados, le compró, para sus transportes por los estudios, una moto que vendría con la mudanza, le ayudó con Pedro a su inscripción en la universidad y le recibió con su corazón y su hogar abiertos de par en par. Al llegar al aeropuerto de La Habana tuvieron que esperar casi seis horas, Unai en una cola para la revisión de su maleta, y Thanda, en la tórrida y atestada sala de espera. La razón fue que la policía aduanera había detectado un «router» que Unai traía para poder tener acceso a alguna fuente de wifi, artilugio que cada adolescente europeo usaba en sus comunicaciones. Muy significativo de la situación y temores políticos en Cuba, cualquier comunicación inalámbrica, hasta un simple «walky-talky» era considerado con sospecha como parte de planes de espionaje y traición a la revolución. Tras retirársele el router, Unai pudo entrar en territorio cubano. Thanda y Unai se abrazaron emocionados. Unai lo sentía como padre, sentía en él a Patxi; y Thanda sentía a Unai, como en Adam y Nour, como sus hijos. Llegaron a su casa en Cubanacán donde Unai quiso ocupar el humilde cuarto en el altillo.

Al día siguiente fueron a ver a la decana del Instituto de Farmacia y Alimentos, en una finca de unas diez hectáreas, calculó Thanda, en las afueras de La Habana, conocida como La Coronela, seguramente por referencia, como casi todos los lugares y nombres de plazas y calles, instituciones, cooperativas y municipios a héroes de la revolución cubana. Tras pasar la rudimentaria barrera con custodios, iba viendo que ese era uno de los trabajos más comunes en Cuba, un país sin apenas crimen ni robos, se adentraron en un camino de tierra entre praderas silvestres hasta un viejo edificio que parecía semiabandonado. Subiendo escaleras de madera crujiente llegaron al despacho de la decana que les recibió con mucho afecto. Les explicó la historia del instituto, el currículo, las áreas de investigación

y las condiciones en las que trabajaban. Thanda comprobó que tenían muy pocos recursos, con carencias de útiles tan básicos como papel y bolígrafos, menos aún ordenadores o móviles, o wifi para conectarse, o transporte. El sueldo de la decana no llegaba al equivalente de cincuenta Euros y sin embargo rezumaba sentido de compromiso, de servicio y un gran rigor intelectual.

Quiso ir sentando las bases de su trabajo en las relaciones de confianza y de empatía. Empezó por llamar a su «contraparte cubana», la directora para relaciones con Europa en el Ministerio de Comercio y Cooperación, MINCEX, Inalvis. Sonó algo fría y precavida en la primera llamada. Acordaron un encuentro de sus equipos. Inalvis era una mujer de edad media muy agradable, y cortada con ese patrón, como Silvia, que Thanda empezó a sentir común y cotidiano en Cuba: amable, afectuosa, sutilmente femenina, de sonrisa fluida pero no exagerada, de mirada atenta pero no intrusiva y de una voz suave y parsimoniosa. A pesar del buen trato, Thanda pudo percibir que había en Inalvis y en su equipo cierto recelo a compartir información. A las preguntas de Thanda sobre la existencia de una política de cooperación, o estadísticas de ayuda recibida, o la existencia de mesas de diálogo de los sectores prioritarios, las respuestas eran: «existen, pero en este momento aún no las podemos compartir». Con el tiempo Thanda entendería el por qué.

En los siguientes días fue conociendo a sus pares en los ministerios de la agricultura, la energía y la economía. Así conoció a Maruchi, una mujer aparentemente dura y combativa, pero de un gran corazón y respeto, con la que fue estableciendo un aprecio mutuo y compromiso por librar a Cuba del yugo de la dependencia de importaciones de alimentos. Le presentaron luego a Rosell -era frecuente usar el apellido para dirigirse a muchas personas, sin por ello significar distancia afectiva alguna-, un brillante ingeniero a cargo del programa nacional de energía, y entregado en cuerpo y alma al compromiso que dos años antes había hecho Cuba en París de llegar en el 2030 al 24% de su electricidad proveniente de fuentes limpias, y que alternaba misiones secretas de apoyo a Venezuela, sufriendo ataques informáticos de Estados Unidos a su sistema eléctrico. Llegó luego a conocer a una persona que le impactó profundamente: Alfredo Jam. Conocido por todos como Jam, era un hombre de setenta y tantos pero que aparentaba muchos menos. De hecho, su piel era tersa, su cabello tupido, su mirada achinada y despierta y su sonrisa pícara, como la de un adolescente. Su trato era amable y pronto afectuoso, hablaba muy bajo, pero con tal agudeza de pensamiento que todos a su alrededor guardaban, cuando hablaba, un silencio casi solemne para escucharle. Nieto de emigrantes chinos al oriente de la isla, Jam se curtió desde adolescente en el fragor revolucionario y estudió economía, que en Cuba equivalía a estudiar marxismo, y luego hizo su doctorado en la entonces Unión Soviética, en ruso, sobre la planificación centralizada. Llevaba más de cincuenta años trabajando en el ministerio de la economía comunista de Cuba y le

habían dado hacía unos años el último Premio Nacional de Economía y con ello, de manos directas de Fidel, un viejo Lada que cuidaba con devoción. Coordinaba un bello programa de cooperación que animaba el intercambio de funcionarios entre Cuba y países de la Unión Europea para ir implementado los «lineamientos del partido comunista» para la «modernización socioeconómica». Dialogaban sobre políticas y programas económicos, comerciales, fiscales, estadísticos y judiciales. Pero el proyecto más querido de Jam, su sueño, era reutilizar las aguas sucias porcinas en un municipio de la provincia de Matanzas llamado Martí, para propulsar transporte público no contaminante. Thanda elaboró esa idea inicial en otras dimensiones y le propuso a Jam la idea de un «Martí ecosoberano», como Eila. Fueron fraguando así una amistad basada en sincero aprecio mutuo y la complicidad en ideas. Visualizaban el sueño hacia otra luz poderosa, esta vez para Cuba, para salir de las tinieblas de la producción destructiva y el consumo enajenado. La amistad no restaba el hermetismo cubano, celoso de compartir la «cocina interna» a «entrometidos extranjeros» y ante la pregunta de:

- Dime, Alfredo, ¿cuál es el Producto Interior Bruto per cápita y el GINI en Cuba? Sin esa información no sabemos ni la dirección ni la velocidad a la que viajamos.

Y Alfredo, con su sonrisa pícara y cálida respondía:

- Tenednos paciencia, hermano. Hay razones para todo y momentos para lo oportuno.

Los días de Thanda transcurrían en una linda rutina. Se levantaba con el gallo que le dio, junto a tres gallinas, el padre de uno de los amigos-custodios, el bueno de Ariel, y al que llamó «Paco». Componía poesía al amanecer. Se iba con tan solo un bañador hasta la costa rocosa del barrio del Náutico. Nadaba al amanecer hacia mar adentro hasta ver el Capitolio al levante y la Escuela Latinoamericana de Medicina al poniente. Volvía para desayunar un jugo de frutas con Unai, quien poco después emprendía su viaje en moto hasta La Colina de la Universidad de La Habana y desde cuya vetusta aula podía ver la bella Alma Mater. Thanda tertuliaba un rato con Papito y con el custodio-de-nada de turno, y se unía a Marta y Tobías para viajar por la bella Quinta Avenida hasta la oficina. Entraba saludando con cariño y casi, entre abrazos y confidencias, pasaba unos diez minutos de «fluir entrañable» con colegas del trabajo hasta que abría su ordenador y leía el medio centenar de emails que la mañana adelantada de Bruselas había generado. Respondía a lo necesario. Estudiaba a pesar de la opacidad de datos, la economía, sociología y ecología local. Mantenía algunas reuniones con su equipo, con visitantes y con las instituciones cubanas con las que cooperaban. Comía en encuentro entrañable de camaradería en la cocina de la delegación. Iba cayendo el día. Más documentos, informes de proyectos, propuestas de otros nuevos. Volvía de nuevo con Marta y Tobías hasta Cubanacán. Llegaba a casa reencontrándose con cariño con Unai. Se contaban la jornada, hacían un juego

de «fut-tenis» que se inventaron combinando la habilidad del futbol de Unai y del tenis de Thanda. Iban luego hasta la verja de la casa de Marta y Tobías para «pescar ondas» y recibir en sus teléfonos móviles mensajes de la familia, amigos y Unai de Altea y Thanda de Nayra. Cayendo el atardecer preparaban una sencilla cena con la poca variedad de alimentos que conseguían. Veían a veces una serie policíaca que tenía guardada en su laptop Unai. Thanda cantaba un rato con su guitarra en la caseta de sus amigos-custodios, sobre todo cuando coincidía Toni, un negro y fuerte cincuentón y santero que se emocionaba con las canciones de Serrat, Pablo, Silvio y Aute que Thanda cantaba acompañando con sencillos acordes. Ya viendo las estrellas, oyendo los grillos y dando gracias a la vida se acostaba bajo una mosquitera leyendo los mensajes recibidos y a veces algunas páginas de Martí, de Carpentier o de Padura. Thanda se sentía feliz con el regalo mágico de cada día.

Una semana después de llegar a Cuba, Rubiera, «el hombre del tiempo» dijo por la televisión que veían en la caseta de los custodios, que se acercaba un huracán al que habían llamado Irma, siguiendo la secuencia de nombres de mujer y el alfabeto. Día a día vieron por las imágenes de satélite en el noticiero como Irma se acercaba a la «mayor de las Antillas». Pusieron placas de protección en las ventanas y se refugiaron Thanda, Unai y Vicente, el custodio de turno, de tremenda amabilidad y cortesía, en el garaje de la casa. Apagaron las luces para evitar incendios y se sentaron con mantas y algunos alimentos esperando el golpe de la furiosa naturaleza. Fueron oyendo por radio como Irma afectó el norte del oriente cubano. Era el primer huracán categoría cinco que tocaba con su ojo tierra cubana desde 1932. Entró en la isla por Cayo Romano, al norte de Camagüey, a las nueve de la noche del ocho de septiembre. Thanda fue siendo testigo de la gran capacidad de organización del pueblo cubano. La práctica totalidad de los cubanos eran miembros de los Comités de Defensa de la Revolución, CDR, con un responsable por cada «cuadra» (manzana). A ello se unía un verdadero ejército de Defensa Civil que casa por casa fue evacuando hasta un millón de personas en zonas de riesgo o casas precarias, trasladándose en su mayoría a casas de familiares, amigos o simplemente conciudadanos solidarios y en parte a escuelas y edificios públicos habilitados y protegidos con placas de zinc y maderas. Se aseguraron transportes de emergencias y acopio de alimentos y agua. En las zonas más afectadas el huracán mantuvo durante dos a tres interminables horas vientos circulares de más de doscientos kilómetros por hora. Cuando se acercó a La Habana, Thanda y Unai veían por rendijas de las ventanas apuntaladas como se movían los enormes mangos y la palma real de más de veinte metros de altura, como si fueran pequeñas hojas de hierba que soplase un gigante a unos centímetros. Cayeron pencas de palma, ramas de los mangos y todos sus frutos aún sin madurar, ramas de los imponentes ficus del jardín, y algunos de los árboles menos grandes fueron arrancados de cuajo. Thanda sentía como si el rugir del viento

pareciera expresar un hondo lamento o protesta de la naturaleza. A la vez sintió una inconfesable fascinación por tan magnífica fuerza y una extraña sensación de ser parte de ella y de su rabia contenida.

En apenas día y medio el huracán Irma dejó la isla para dirigirse hacia Florida. Las brigadas de rescate y salvamento salieron a rescatar personas y familias atrapadas. Olas de hasta diez metros de altura arremetieron violentas contra el Malecón e inundaron las calles, plazas, parques, casas y edificios hasta varios cientos de metros al interior. La Habana amaneció a oscuras, con algunas casas derruidas, miles de árboles arrancados de cuajo, autos volcados y la gente tímidamente saliendo a ver los efectos de la enfurecida naturaleza. Thanda y Unai fueron hasta las calles del Náutico donde vieron aún romper gigantes olas que convertían las calles costeras en caudalosos ríos. En los siguientes días el país fue evaluando los daños: decenas de miles de hectáreas de plátano, maíz y frijoles fueron devastadas, también decenas de miles de viviendas quedaron sin techo, sin agua ni electricidad. Por todo el país cayeron postes y cables eléctricos, las crecidas de los ríos derrumbaron viaductos, y las olas rompieron paseos y casas frente a la costa.

La isla del verde caimán sufría casi un huracán al año y este había sido especialmente virulento, pero la organización militar de la sociedad, el trabajo de la Defensa Civil y de las Fuerzas Armadas, de los Consejos de Defensa y de todo el pueblo organizado y solidario evitaron que muriera ningún cubano.

En los días siguientes el país se movilizó en la reconstrucción de lo dañado, aunque se calculó que la recuperación total tardaría al menos una década. En la isla, azotada por el embargo de Estados Unidos y una economía ineficiente por su centralismo y su dependencia primero soviética y luego venezolana, las pérdidas se calcularon en más de cien mil millones de euros.

Médicos y enfermeras peinaron el país en busca de quien precisase atención, soldados y voluntarios retiraban árboles, autos y escombros de las vías públicas, y achicaban agua de las viviendas, y miles de «linieros» reparaban postes y líneas eléctricas. Casi todo el trabajo era voluntario o por sueldos mínimos. Thanda no salía de su asombro al comprobar un espíritu solidario ya casi extinguido en el resto del mundo. Pero aún más sorprendente era la calma y hasta el sentido del humor con el que encajaban tan duro golpe. Las fuertes lluvias y las bravas olas habían inundado los túneles bajo el río Almendares, que unían Miramar y con el Vedado, y bajo la entrada a la bahía, entre Habana del Este y la Habana Vieja. Niños y jóvenes habaneros fueron resueltos a darse alegres chapuzones, como riéndose de su frágil destino y dando gracias por la piscina inesperada en los bajos de los túneles.

No cabía tanta solidaridad dentro de las orillas de aquella mágica isla. Aun retirando escombros y sin luz ni agua, Cuba enviaba médicos y enfermeras, brigadas de rescate y linieros a una docena de islas caribeñas afectadas, y ofrecía de

nuevo, en vano, su ayuda a Estados Unidos, que no cejaba un día, ni siquiera en mitad de la tragedia, de atacar y difamar a la isla revolucionaria.

La semana después del huracán, Thanda comenzó a sentir cansancio y se notó un poco caliente. No le dio importancia y aguantó la semana sin demasiadas fuerzas para nadar por la mañana o correr con Unai por las tardes. Durante el fin de semana apareció un rash de pequeñas manchas rojas por todo el cuerpo. Eran todos ellos signos de Zika, la enfermedad que se extendía por las regiones tropicales de América, transmitida, como el dengue, por el mosquito Aedes aegypti. No dejó de ir ningún día a trabajar como se tenía a honra de nunca haber faltado un día al trabajo, inspirado en el sentido de honestidad de su padre. Las llamadas «enfermedades vectoriales», transmitidas por insectos, aumentaban por todas las regiones del mundo como consecuencia del cambio climático. Thanda pensó en el frágil equilibrio del hombre con la naturaleza. Con la flora de cientos de especies y miles de millones de bacterias en su intestino y en su piel. Con los virus que bombardeaban durante toda la vida su sistema inmune y, los más exitosos, se introducían en sus genes acelerando procesos de selección natural. Con virus y parásitos que combinaban fases reproductivas en invertebrados y en mamíferos. Con miles de millones de moléculas que el cuerpo humano aprendía desde niño a identificar con su ejército de linfocitos y anticuerpos como «amigas» o «enemigas», equivocándose no pocas veces y autolesionándose. Con decenas de miles de productos químicos producidos el hombre y que iban afectándole mientras, a veces pasadas muchas décadas, se iban demostrando, casi sin excepción, tóxicas. La relación del cuerpo humano, ese «ensamblaje transitorio de moléculas», con el ecosistema que le rodeaba y del cual era parte, se desequilibraba por el antropocentrismo y su afán dominante y destructor. Sí, avanzaba a la vez en tratar dichas dolencias y vivir más años, ¿pero por cuanto tiempo podría mantener tal cruel e insensible dominancia?

Ya recuperado del huracán y del Zika, e integrado en el trabajo y en el barrio, Thanda y Unai asistieron a un concierto de Silvio Rodríguez en el humilde barrio de La Lisa. En una pequeña explanada entre casas autoconstruidas con bloques de hormigón y chapas de zinc, embarrada por el huracán y las tormentas tropicales, los imprescindibles invisibles, como los llamaba Silvio, habían instalado una plataforma con el sistema de sonido y de luces. Se habían juntado unas doscientas personas para escuchar al mítico cantautor, bandera de la poesía de la revolución y de reflexiones existenciales tan crípticas como bellas que Thanda había cantado desde adolescente. Sobre la docena de casas colindantes se encaramaban en las terrazas y en los tejados cubanos humildes, hombres con el torso al aire, abuelos con los rostros curtidos y la vista cansada, abuelas con rulos y batas caseras, mujeres luciendo sin pudor sus voluptuosas curvas, niños correteando por los edificios y las plazas o encaramándose a los grandes laureles que habían resistido a la furia de Irma. Comenzó el concierto. Apareció Silvio con su gui-

tarra, su esposa Niurka con su flauta, y otros músicos que acompañaban con el bajo, percusiones y el tres. Thanda se emocionó al oír la primera canción, «Rabo de nube», tan simbólica tras la desolación del huracán:

«… que se llevara lo feo, y nos dejara el querube… un barredor de tristezas, un aguacero en venganza, que cuando escampe parezca… nuestra esperanza…»

El público cantaba emocionado las canciones que conocían, muchas de ellas desde hacía más de cuarenta años. Unai le miraba con ternura a Thanda cantar emocionado aquellos himnos que acompañaron en España las luchas por la libertad contra el franquismo. Los cantos de Silvio inspiraban a los bravos y dignos pueblos de Latinoamérica a levantarse frente al imperialismo y su peor arma, el capitalismo cruel. Hablaban de amor sin el pudor católico y sin los códigos de propiedad que tanto ahogaban el amor libre y sin filtros en Europa. Llegó su preferida y no pudo reprimir sus lágrimas. Gritó cantando, emocionado, con fuerza, y en coro rodeado de tanta gente humilde con sus miradas brillantes, por el dolor de la madre tierra:

«…la era está pariendo un corazón… no puede más, se muere de dolor… y hay que acudir corriendo pues se cae … el porvenir… en cualquier selva del mundo. en cualquier calle…»

Esos versos le hacían dirigirse aún con más determinación, lentamente, pero firme y claro, «de vuelta hacia la naturaleza». Como veinte años antes sintió que otros versos de ese bello himno le animaban a irse a África escapando del consumo y buscando dentro de sí la valentía de entregarse a los demás:

«… debo dejar la casa y el sillón… la madre vive hasta que muera el sol … y hay que quemar el cielo si es preciso… por vivir… por cualquier hombre del mundo … por cualquier casa…»

XLVIII

ENTENDIENDO CON EL CORAZÓN

La Habana, diciembre 2017

Ya habían pasado tres meses desde que Thanda y Unai llegaron a La Habana para entrar en una fase apasionante de sus vidas. Thanda esperaba en la sala de espera del aeropuerto José Martí a embarcar en un vuelo hacia Madrid para reencontrarse con sus padres y pasar la Navidad con ellos. Su padre estaba muy débil y era tal la devoción por él que sentía su piel arder en ganas de abrazarle.

Recordaba cómo tras el huracán Irma y tras superar la infección por el virus del Zika, continuó explorando la mágica vida en La Habana.

Terminó de editar su libro de ochocientas páginas y cuatrocientos gráficos y mapas sobre la «ética de la equidad», que fue impreso por una editorial universitaria franco-alemana. Se propuso ponerlo online e interactivo y evitar el negocio de las editoriales. El representante de la Organización Panamericana de la Salud, un audaz economista progresista chileno de nombre Christian, supo de su presencia en la isla y le invitó a dar una conferencia en la Escuela Latinoamericana de Medicina sobre la ética de la equidad. Allí se reencontró con Buhleve, quien tras su misión en Sierra Leona estaba feliz alternando las clases de diagnóstico de la comunidad y de medicina con bajos recursos, recordando las experiencias compartidas en Ukuzwana. En la Escuela Latinoamericana de Medicina conoció a su rector, Tony, un orondo «palestino» – así llamaban a los de oriente de la isla- con mirada que se esforzaba en transmitir ternura venciendo a unos párpados caídos por la fatiga del tiempo. Tony le enseñó la Escuela, que Thanda llamó la «fábrica de soñadores». Aquella ciudad de edificios albicelestes frente al Caribe, al oeste de la Habana, acogía a unos tres mil estudiantes de casi cien países. Allí vivían y estudiaban aquellos jóvenes de todo el mundo, con el único requisito de no haber tenido acceso en sus países de origen a estudiar su vocación médica. Antes de dar Thanda su conferencia, cantaron en su honor una joven colombiana excombatiente de las FARC y un joven tenor sudafricano de origen humilde

de Soweto, con tal belleza que Thanda no pudo esconder su emoción. Después de dar su conferencia sobre la ética de la equidad hubo un debate en el que Thanda sintió profunda complicidad con las ideas de un país que, con todas sus contradicciones, respetaba el derecho a la salud en su isla y en el mundo, como el derecho más sagrado. No podía imaginar un lugar más bello en espíritu que la Escuela Latinoamericana de Medicina, para hablar con pasión de la ética de la equidad. La vicerrectora responsable de programa de formación, una mujer de mediana edad con una mirada chispeante llamada Rosita, le sugirió que fuera profesor invitado de la Escuela en una asignatura de «principio, ética y métrica de la equidad». Lo aceptó como el más alto honor.

Fue después con Buhleve y Christian hasta otra ciudad de soñadores, al sur de La Habana: el centro de coordinación de la cooperación médica cubana. Allí le recibió el director del centro, un hombre que ya se acercaba a los setenta, bajo de estatura a la vez que pletórico de entusiasmo. Se llamaba Jorge y había coordinado la cooperación cubana contra la epidemia del ébola en África Occidental, en la que participaron Buhleve y Lisy, quien había regresado a Eila. Les enseñó las instalaciones donde se ultimaba la preparación técnica, lingüística y logística de unos quince mil médicos y enfermeras listos cada año para partir en misiones de cuatro años a servir, lejos de sus familias, en los lugares más remotos donde nadie más, ni los profesionales de aquellos países, estaban dispuestos a ir.

Poco después viajó a Colombia a la reunión regional de jefes de cooperación de la Unión Europea en Latinoamérica y Caribe. Se reunía con colegas que trabajaban en tareas similares por todo el continente. Viajó junto al embajador europeo en Cuba, Alberto, un hombre bueno y generoso con gran experiencia en la política europea, su alma en su trabajo de director de la agencia humanitaria y su corazón en su gran familia. Sentía Thanda que una sombra a menudo abducía a Alberto y esquivaba la mirada. En un hotel de lujo y con los conferencistas de siempre, del Banco Mundial, de las Naciones Unidas -CEPAL- y la OCDE, hablando de sus teorías economicistas y la búsqueda de más crecimiento, más comercio y más modelos urbanos de consumo y supuesto bienestar, Thanda fue invitado a dar una conferencia sobre la equidad en la Agenda 2030. Compartía panel con el alto representante para la paz en Colombia, un país que nunca había conocido el pleno sentido de esa palabra, desde la colonización española cinco siglos antes. Cuestionó de nuevo el acaparamiento por encima de lo necesario, causando carencias en otros y agotando la naturaleza para las siguientes generaciones.

Ya de vuelta en La Habana iba cediendo la temporada de ciclones y Thanda volvió a su rutina de nadar al amanecer. Empezó a conocer familias a través de Pedro, de Buhleve y de los vecinos del barrio. Tenía reuniones entrañables en el porche de su casa y empezó a prodigarse con la guitarra.

Unai fue conociendo a chicos de «la beca», casi todos sus compañeros en la facultad. Vivían en un humilde y decrepito edificio del pueblo de Alamar, al este de La Habana. Sintió mucha ternura al comprobar su entusiasmo por el estudio en medio de tantas carencias. Iba por las tardes con un balón a un descampado cerca de la casa donde dos destartaladas porterías invitaban a la pasión que sentía por el fútbol. Sentía en ello un símbolo poderoso de trabajo y superación en equipo. Conoció allí a chicos del barrio y pronto empezaron a venir a la casa y compartir historias y aventuras.

Thanda sentía en ellos nobles valores, esfuerzo por los estudios y un gran cariño por sus familias. Un día volvía cansado de un viaje con el equipo de Naciones Unidas a compartir unos talleres con cooperativas agrícolas en Cienfuegos cuando al entrar en casa oyó a jóvenes cantar a los acordes de guitarras, muy talentosos. Unai les presentó a Thanda como su padre, lo cual le emocionó por dentro, y le pidió que les cantase una canción. Thanda pensó en la más adecuada y emuló a Silvio con su monólogo: «*…favor no se molesten…que pronto me estoy yendo… /… vi luz en las ventanas y juventud cantando… y sin querer ya estaba… soñando…*», y siguió con su preferida, la canción que tanto le acompañó en sus tiempos de soledad familiar en Ukuzwana: «La belleza», de Aute. Sintió una gran emoción de compartir con aquellos jóvenes y recordar sus años jóvenes de ideas revolucionarias en la transición española, y de ver a Unai tan feliz, descubriendo saberes y valores con jóvenes humildes e idealistas, y compartiendo como padre e hijo aquella aventura de sus vidas.

Poco después recibió la llamada de Hubert, un cineasta al que había conocido a través de Nayra en la Ciudad de México y que se había trasladado a La Habana para filmar un documental. Quedaron en un bullicioso bar frente al Parque Cristo. Hubert era un austriaco coetáneo de Thanda con unos ojos claros que miraban con sorpresa casi constante al paisaje y con inquisidora ternura al paisanaje. Vestía sencillo y su aspecto era encantadoramente descuidado. Venía de una familia de hoteleros en el Tirol, durante cuya infancia relataba haber visto a personajes siniestros hospedarse en el hotel idílico que sus padres tenían en las montañas tirolesas. Entre ellos recordaba desde su infancia ver llegar a la vez a ex mandos nazis y a militares americanos que venían de bombardear civiles en el Medio Oriente. Hubert fue descubriendo a través de aquellos personajes un mundo que no podía entender y quería plasmar en películas que explicaran, o quizás cuestionaran, aquel extraño universo al que había sido misteriosamente invitado. Emigró a París donde estudió cine. Había hecho tres películas, una cada cinco años, viviendo intensamente lo que filmaba: las masacres de hutus en Zaire en sus *Diarios de Kisangani*; los negocios sucios del lago Victoria -armas europeas y rusas por pescado tilapia invasor- en su *Pesadilla de Darwin* y la neo colonización del sur del Sudán en *Venimos como amigos*. Hubert invitó a Thanda a su ático donde había establecido su hogar desde donde vivir el documental que haría en

la Habana. Porque Hubert hacía sus películas viviéndolas. Para su película anterior en el sur de Sudán, Hubert construyó un pequeño ultraligero en su granja del centro de Francia y fue, como Joseph, haciendo pequeñas escalas, incluyendo un arresto en la Libia de Gadaffi, hasta llegar, disfrazado de piloto, hasta el sur del Sudán, donde filmar aquellos pueblos que nadie había filmado. Revelaba por las historias que «los protagonistas de la historia», como estaban siendo manipulados por misioneros religiosos, comerciales y políticos, ávidos de la riqueza de las mayores reservas de petróleo en África. Allí vivían pueblos en la más honda miseria y guerras desde que los europeos trazaran absurdas líneas de países africanos para sus intereses coloniales. Subieron en un edificio de la calle Cristo por una estrecha escalera llena de gatos, humedades y desperfectos hasta la puerta de un ático donde Hubert se dispuso a establecer su «cabina» del vuelo que ya volaba en su mente con el documental *Epicentro*. A través de relatos de quien fuera conociendo en aquel bullicioso y humilde vecindario, buscaba almas valientes que desafiaran al imperialismo americano confabulado con Hollywood y su caricatura de un mundo de buenos americanos, malos, generalmente comunistas, y víctimas, pobres que rescatar de las crueles garras del mal y así ganarse el cielo. Antropocentrismo, racismo disfrazado, capitalismo salvaje, imperialismo asesino, mesianismo proselitista, manipulación por la «falsa realidad» del cine, todo trenzado en una perversa red que hipnotizaba a medio mundo con el «sueño americano».

En ese medio mundo estaba Menal, una bella y alegre mujer, pequeña en estatura y grande en bravura. Hubert le contó emocionado a Thanda como la conoció en su escala al final de *Venimos como amigos* en Jartum, cuando ella había escapado del ejército de Eritrea y su servicio militar de diez años, en perpetua guerra fronteriza con Etiopía. Tras un primer contacto de ternura, Hubert siguió su camino a su granja en Francia, y un tiempo después Menal decidió cruzar el Sahel hasta Libia y cruzar el mediterráneo en las pateras desde las que tantas personas se ahogaban cada día soñando con un mundo sin hambre y sin guerras en Europa. Pasó un tiempo refugiada en Italia y se reencontró más tarde en Francia con Hubert cuyo corazón cayó rendido ante tal valiente belleza. El sueño americano había calado profundo en Menal y estaba decidida a buscar las rutas para ir hacia Estados Unidos, entrar ilegal y solicitar asilo y refugio desde la prisión fronteriza. Thanda observaba absorto tal misteriosa paradoja. Mientras que Hubert era uno de los cineastas que más crudamente describían la crueldad e hipocresía del imperialismo americano, su amada se entregaba a los brazos del monstruo. Estaba intentando ayudarla a llegar a Cuba con la esperanza de que viviese la frescura, alegría, desenfado, humildad y solidaridad del pueblo cubano, y así, adobado con su amor, desistiera de tan suicida aventura.

Nayra vino por una semana, en parte para colaborar con Hubert en su documental. Thanda le dedicó una canción de sus tímidos sentimientos hacia el reencuentro:

«… cuando el espacio y el tiempo nos vuelvan a unir… ¿cómo será?… / … también se acerca inquietud… habremos cambiado los dos…/ sabes que todos mis átomos… de la última vez… no están aquí…»

El reencuentro fue emocionado y apasionado. Era su compañera anhelada, quizás durante toda la vida. Thanda fue dándose cuenta con dolor que el plan inicial de que ella se uniría a él en Cuba, se diluía hacia un futuro lejano. Esperaba expresiones de compromiso a venir al hogar juntos en Cuba, pero no llegaban. Se sentía feliz a su lado, cocinando, cantando, paseando y compartiendo ideas en profunda complicidad. Nayra estaba muy pendiente de sus hijos en Berkeley y Thanda muy sensible al poco tiempo que compartían. Parecía que constantemente, ya seis años después de unirse, se escapaba el sueño de vivir un amor en plenitud, sin maletas pendientes, en un hogar, incluso aún ser padre una última vez.

Thanda empezó a indagar lo que no podía entender desde las docenas de documentos que leía a diario sobre informes económicos y políticos de Cuba que preparaban académicos, políticos, especialistas y funcionarios desde sus despachos de Bruselas Washington, Londres, París o Madrid. Los distribuía con sutil prepotencia el servicio diplomático europeo, tan lejos de la realidad. Casi todos los diplomáticos se reunían entre ellos y otros «expatriados», comían alimentos importados en contenedores desde Europa, viajaban en sus autos todo terreno, veían canales de televisión europeos o Netflix por internet comunicados por satélites «alegales» y criticaban el sistema comunista como ineficiente, autoritario, cuando no desastroso y asesino.

Thanda, en sintonía con las ideas primigenias del marxismo en la propiedad colectiva de los medios de producción, el valor del trabajo orientado al bien común y al acceso universal y en igualdad a la salud, la educación y la justicia; defendía los progresos de justicia social y de esperanza de vida en Cuba. Durante una reunión con diplomáticos, mantuvo un tenso intercambio con uno de ellos de quien nunca Thanda escuchó una expresión de cariño o aprecio por Cuba:

– ¡Este sistema es una dictadura que mantiene a la mayor parte de la población en una cárcel de pobreza!

– Bueno, si tan terrible es el modelo socialista cubano, como es que el país más comparable, República Dominicana, con igual población, ecología, genética, cultura e historia hasta hace seis décadas, en el camino capitalista, ¿tenga casi diez años menos de esperanza de vida?

– Son estadísticas falsas del gobierno cubano, No ofrecen datos reales ni de su economía, ni su demografía. ¡Los datos cubanos son basura!

En ello tenía algo de razón su colega: ya Inalvis y Jam le previnieron que, tras tantos años de ataques del exterior, se cuidaban de «mostrar sus libros». Has-

ta se habían negado, desde el Instituto Nacional de Nutrición, a compartir con Thanda los resultados de un estudio que había financiado la Unión Europea. Pero en la discusión que le ocupaba la evidencia era clara sobre la longevidad cubana.

- La alta esperanza de vida la reconocen las Naciones Unidas, el Banco Mundial y todos los Institutos de Salud Pública del mundo. Ningún otro país en Las Américas, aunque Costa Rica se acerca, ofrece servicios médicos gratuitos y universales. El cineasta norteamericano provocador Michael Moore lo ha escenificado en su documental «Sicko», te recomiendo verlo.

El escepticismo de quien vivía en su mansión con aire acondicionado y comidas europeas, se transportaba en su carro con aire acondicionado, trabajaba en un despacho con aire acondicionado, leía documentos de personas lejanas a la realidad, y criticaba desde su torre de marfil, era casi impertérrito a cualquier lógica e hilo argumental.

Thanda decidió el camino contrario: sumergirse en la vida cubana para intentar entender. Algo así como los «diagnósticos comunitarios» que hicieron en Ukuzwana', pero en cuanto a la economía. Compartió con vecinos del barrio, con tertulias seguidas de guitarra y algo de ron, que Thanda prefería no beber, pero que para los cubanos era casi la leña del fuego de la palabra. Conoció a los responsables del CDR –Comité de Defensa de la Revolución-, al zapatero en su quiosco, al ponchero en su sillita, al panadero en su casita, a Frank en su tiendita de desayunos, a otros vecinos y las familias de los amigos de Unai, a gente en la calle.

Acudió a la Asamblea del Poder Popular para observar los debates de las elecciones locales, que le gustaron mucho, aunque había ciertos límites tácitos de no cuestionar a la jerarquía del poder. Era bello ver las paredes de la humilde farmacia local con hojas clavadas de las historias de vida de candidatos para las elecciones: las ponían otros vecinos, no había ni partidos, ni dinero, ni propaganda ni corbatas. Una de las historias decía:

«El compañero Yuri nació en Marianao en 1961 –Thanda se fijó por tener la misma edad-. Su padre fue guerrillero con Camilo en Yaguajay y luego miembro activo en la campaña de alfabetización, la brigada de la zafra, presidente del CDR e internacionalista en Angola. Su madre dio clases en el círculo infantil y es líder de la célula comunitaria de la Federación de Mujeres Cubanas. Yuri se significó ya como pionero ganando el concurso de poemas martianos en su escuela, siendo del equipo de pelota de Marianao y haciendo el servicio militar como zapador en Holguín. Estudió ingeniería y entró a trabajar en BioCubaFarma desarrollando modelos de diagnóstico médico. Ha colaborado con el pueblo hermano de Venezuela en el mantenimiento de su sistema eléctrico y colabora con el CDR de Cubanacán distrito 4 en tareas de limpieza, huertos comunitarios y ayuda en el centro de mayores».

Así hablaban las historias de los candidatos de su esfuerzo en aportar a la comunidad y a la solidaridad más allá del barrio, e incluso del país. Pero era in-

franqueable el mandamiento de seguir los «lineamientos del Partido Comunista», como si fuera una liturgia, incuestionables los líderes del gobierno, Fidel y ahora Raúl, intachables los siete «Comandantes de la Revolución» que seguían vivos, e intocable y sagrada la figura de Martí, llamado «el Apóstol» con profundo sentido de veneración. Thanda pensó que lo era aún más que la figura de Jesucristo en Europa. Le molestaban a Thanda las jerarquías y los mitos, y ambas impregnaban todo el sentir y la expresión, al menos la aceptada, cubana. Aun así, pesaban más en Thanda la profunda admiración por las ideas de igualdad, la valentía contra el Imperio americano y sus numerosos países súbditos, y el evadir, a veces de forma heroica, el caer en las garras del mercado. Entabló entrañables tertulias tanto con amigos «de la vanguardia», como Pedro y Susy, comprometidos desde sus años infantiles de pioneros con la revolución, como con críticos y hasta renegados del sistema, que veían injustas las jerarquías de poder y sentían frustración por la ausencia de muchos bienes básicos. O no tan básicos.

Hizo su relato de la economía cotidiana: casi todos los cubanos que solicitaban estudiar o trabajar, tenían dicho derecho, aunque a menudo sin corresponder los estudios y aspiraciones con los trabajos y responsabilidades. Los sueldos públicos variaban entre trescientos y mil quinientos pesos cubanos al mes, y se publicaban en el anuario estadístico. No variaban más de tres a cuatro veces el que más ganara, fuera ministro o presidente, y el que menos, un celador o barrendero, un signo de justicia ausente en las economías de mercado que a Thanda le agradaba. Pero el salario era menos relevante que en Europa pues todos se beneficiaban de subvenciones de productos básicos y servicios públicos.

Cada cubano recibía por su «libreta», a precios simbólicos, cinco libras de arroz, una libra de espaguetis, media libra de frijol negro, media de chícharos, media de sal, una de muslo y contramuslo de pollo -lo que desechaban los norteamericanos de las pechugas de sus pollos inflados de transgénicos y hormonas-, quince huevos y medio litro de aceite de soja. Además, recibían productos locales no muy saludables como siete libras de azúcar, una libra de café, y, en el pasado, hasta cinco paquetes de cigarrillos «Popular» y dos puros. También recibían tres pastillas de jabón para higiene personal, uno para lavar ropa y un tubo de pasta de dientes. Los niños de menos de siete años recibían dos libras de leche al mes y pañales. Las mujeres en edad reproductiva compresas para su higiene íntima. También daban algunas viandas para los pacientes diabéticos, con SIDA, cáncer o con problemas renales.

Todos esos productos de alimentación básica eran subvencionados. Una canasta completa de alimentos costaba apenas treinta pesos, un euro y medio. Los artículos de higiene unos veinte, y apenas cinco pesos el café y el azúcar. Había formas de aumentar la cantidad pagando un poco más y con ciertos topes. Además, muchos cubanos usaban libretas adicionales de familiares fuera del país, incluidos los internacionalistas, y de incluso difuntos no declarados como tal. Todo ello con la participación de un ejército de «mensajeros» a los que se les

encargaba por un coste acordado ir con las libretas a por sus raciones. Aquella nutrición adolecía de productos frescos, la nutrición más sana, hortalizas, frutas y viandas; que se debían comprar en los «agros» provistos por cooperativas de campesinos. Comprar mangos, guayabas y plátanos según las estaciones, boniatos, yuca o malanga, y tomates, espinacas, habichuelas, perejil, apio, ajos y cebollas, y aumentar algo la exigua dosis de frijoles o de chícharos de la libreta, suponía unos cien pesos más, al menos, por persona. Y el imprescindible ron a granel, a diez pesos la botella. Lo que ya eran verdaderos lujos eran las papas, la carne de cerdo y casi imposible la carne de vaca. Era posible comer, aunque con ese estrecho espectro, limitado a poco más de una veintena de alimentos diferentes, y contando con la subvención de libreta, por menos de doscientos pesos por persona y mes. De hecho, Cuba, según UNICEF, dominada por Estados Unidos y nada amiga de hablar bien de la isla, era el único país del continente sin malnutrición. Mejor dicho, hipo nutrición calórica, pues sí que había mucha «mala» nutrición por exceso de calorías. Ello se debía a una cultura nutricional no muy sana, con comidas copiosas -sobre todo de arroz, el doble que un chino medio-, mucha azúcar y poca fibra y proteína vegetal. Thanda les insinuaba a sus vecinos y «contrapartes» cubanas del trabajo lo saludable que era la dieta vegana y su relación no cruenta con los animales, pero le miraban como a un extraterrestre.

También estaban subvencionados los servicios de electricidad, agua, la balita de gas y el teléfono fijo con facturas de cada hogar medio del equivalente a unos tres euros al mes. También eran muy baratos los servicios públicos. Un viaje en guagua apenas costaba dos centavos de euro. Por dos pesos se podía ir al cine y por seis al ballet o a conciertos del más alto nivel. Pero lo más valioso era la gratuidad de la salud y de la educación. A pesar de tantas subvenciones del Estado, para un sueldo medio de quinientos pesos, y pensiones de cuatrocientos pesos, el gasto en alimentos suponía la mitad y quedaba poco margen.

Durante los años de bonanza por el apoyo soviético, regularmente vendían también muy subvencionadas las lavadoras y ventiladores Aurika, la nevera Minkh, los televisores Panda, las bicicletas Forever y la olla Reina.

La revolución redistribuyó viviendas para todos. Uno de los símbolos más igualitarios de la revolución fue el que miles de palacetes en la antes rica Habana burguesa del Vedado, Miramar y Siboney, fueron otorgados a familias humildes. Ya hacía dos décadas que se habían liberalizado las ventas de casas entre cubanos residentes en el país. También eran frecuentes las «permutas», cambios de casas, a veces con dinero suplementando las diferencias de valor. Fueron creciendo las familias y se hicieron obras, a menudo muy precarias, de divisiones y «barbacoas», unos altillos en pisos de techos altos. Todos esos procesos, unidos al crecimiento demográfico, habían dejado a mucha gente sin techo, sobre todo parejas jóvenes que querían vivir independientes, y necesitaban pagar alquileres. Lo más difícil era cambiar los pesos cubanos por pesos convertibles (a un cambio oficial de 25 a 1) y con ellos comprar bienes importados en las «tiendas capitalistas», o comer en

restaurantes privados, llamados «paladares», comidas exóticas. Los pañales para un anciano incontinente valían más que el sueldo de médico durante un mes, tanto como invitar a comer a un amigo en un paladar o dar un paseo de media hora en un almendrón para turistas. Unos zapatos costaban unos dos sueldos medios de un mes, un teléfono móvil o un aparato de aire acondicionado el sueldo de un año, un viaje a España o una moto eléctrica cuatro años y un coche Lada treinta años viejo, unos ochenta años. No daba la vida.

Por eso, quien podía salirse del consumo local de libreta, agro, guagua, cine, centro de salud y escuela; lo podía hacer si recibía «remesas» desde el exterior mediante Western Unión o Los Cubanitos, que se la llevaban hasta la misma casa. Así se decía que los cubanos «sobrevivían con fe»: familia en el extranjero.

Y así, en el país de la revolución de la igualdad, los cubanos «sin fe» consumían los pocos productos locales y sufrían las frecuentes carencias de electricidad, agua, falta de alimentos aún de su corta lista, piezas de reparación, cemento o incluso un clavo, o fallas en el transporte e incluso en algunos medicamentos. Había además colas para todo: para la libreta, para el pollo, para los huevos, para recoger el gas, pagar la electricidad, para sacar dinero del banco o para cualquier espectáculo. Y así había ido floreciendo otro empleo, el de «colero», que marcaban un puesto en la cola y libraban por veinte y hasta cien pesos, colas que podían durar toda la noche y todo el día. Pero sobrevivían, y con mucha creatividad, filosofía y humor.

Fuera del mercado en «CUP» oficial de alimentos y productos básicos, se había ido creado un mercado informal para el verbo más usado en Cuba: «resolver». Consistía en conseguir, a menudo «por la izquierda», es decir, de forma ilegal o alegal, casi cualquier cosa, claro, arriesgándose a multas y a precios de los «CUPs de la fe».

Ello se atizaba con el permiso que Raúl comenzó a dar a los cubanos para salir y entrar de la isla. El principal problema eran los visados de los países que visitaban. Pero Panamá era una excepción: con un billete de ida y vuelta, Panamá daba un visado para ir a comprar en sus almacenes atestados de productos chinos que repartía por todo el continente. Hasta cien mil cubanos viajaban al año a aquel país para comprar, «con fe», todo tipo de productos que traían en aviones o enviaban por barco. Cada cubano tenía un máximo de compras permitidas y supuestamente para «uso personal». Se formaban enormes colas frente a la embajada de Panamá, para las que esperaban a un turno durante toda la noche en el parque colindante donde gigantes laureles de Indias daban sombra a una estatua de Emiliano Zapata. Enfrente, otro grandioso parque gemelo daba honor a Gandhi. ¿Qué dirían Zapata y Gandhi, revolucionarios por las armas y la no violencia, de tal poder del mercado global? ¿Cuál sería la forma de combatirlo?

La gran mayoría de las compras en Panamá entraban al mercado de segunda mano «por la izquierda» y en CUCs. Thanda veía semana a semana como se in-

filtraba en la isla de la igualdad el capitalismo más feroz, el hambre de consumo, la más cruel ley de la oferta y la demanda y sus consecuencias en la desigualdad. Solía decirle a Jam y a otros amigos:

- El mercado «por la izquierda» nos acabará llevando «a la derecha…»

Siempre quedaba, para los que tuvieran poca o ninguna «fe», la ilegal lotería de Miami, la «charada», que podía, quizás una vez en la vida de media, traducir un peso en hasta setecientos.

Si bien los medios de producción eran del estado y el mercado estaba centralizado, una buena parte de las propiedades no eran públicas. Las viviendas eran privadas y se vendían y compraban ante notarios que registraban precios ficticios, mientras las operaciones reales, «por la izquierda», eran mucho más altas y en CUCs de origen «miamizado». Unos sesenta mil grandes coches norteamericanos del «sueño de los 50», Chevrolets, Chrysler, Buicks y Fords, circulaban en el tiempo de Batista. Cuando triunfó la revolución quedaron en manos de familiares. Quedaban unos treinta mil, llamados «almendrones», casi todos dedicados al negocio de taxis particulares, la vanguardia del sector privado cubano, muy simbólico que fuera al volante de grandes autos del «enemigo imperialista». A ellos se unían otros tantos Lada o Moskovitz por incentivos, con estética y sentido antagónico a los almendrones, y otros tantos más modernos pertenecientes a empresas o a misiones extranjeras. En total no había en Cuba más de cien mil autos, uno por cada cien cubanos, diez veces menos que la tasa en el mundo y cien veces menos que en Estados Unidos. También hasta una tercera parte de las tierras quedó en manos privadas si bien solo se podían vender las casas en ellas, que no las tierras, que debían permanecer con las familias originarias, en régimen de cooperativas y contribuyendo al «acopio» del estado.

Cuando Fidel, ya débil, cedió el poder en 2008 a Raúl, este comenzó a abrir un poco la economía y se permitió un embrión de sector privado para lo que en Cuba se llamaban «cuentapropistas»: choferes, panaderos, dulceros, peluqueros, artesanos, jardineros, guardas, mecánicos, informáticos, modistas, albañiles, profesores de refuerzo, carpinteros, herreros y plomeros, entre una lista limitada de actividades «no-esenciales». Además, se empezaron a permitir pequeños negocios privados como tiendas de artesanías y textiles, restaurantes llamados «paladares» y el alquiler de cuartos o pisos que pronto empezó a usar la franquicia californiana de AirBnB y llegó a cincuenta mil anuncios de alquiler en Cuba en esa red global. Thanda pensaba en lo absurdo de pagar a unos jóvenes billonarios en San Francisco por conectar a personas del mundo y facilitar el alquiler y propuso un C-AirBnB para un turismo casero cubano y un C-Uber para un sistema de transporte más amable con el pasajero. Cuba era el único país del mundo donde al subir el pasajero al taxi o almendrón, era este el que preguntaba al chofer dónde iba, ¡y no al revés! La economía privada, aún restringida y sin acceso ni a créditos ni a almacenes mayoristas, no estaba bien regulada, no se emitían facturas

y toleraba la evasión de impuestos. Todo ello aumentó aún más las desigualdades, sobre todo en actividades del «mundo CUC» y relacionadas con el turismo: un chofer podía ganar en dos horas lo que un neurocirujano en todo un mes.

Con Raúl comenzaron también las comunicaciones por internet, inicialmente limitadas a los parques públicos. Conforme llegaban, «con fe», los teléfonos inteligentes las familias empezaron a comunicarse con cámaras mediante tarjetas de Etecsa a un CUC –un dólar- la hora, con sus familiares lejanos. Thanda veía con asombro como los parques estaban llenos de gente sentadas en sus bancos, bordillos o hasta en los árboles, mirando a pantallas ensimismados, como si lo que ocurriese a su alrededor fuera un mero marco de lo que ocurría en la pantalla. Comenzaba así a infiltrarse un cáncer, el del abuso de los medios de comunicación y de navegar en internet, abstrayendo a la realidad. Los jóvenes cubanos añadían compulsivamente más «amigos» a sus cuentas de Facebook o Instagram, y surfeaban absortos en vídeos en YouTube y en memes por sus redes de chats. Al menos solo era en los parques públicos y el coste limitaba el uso a apenas un veinte por ciento de los cubanos, y a menos de media hora al día; en comparación con el cien por cien en Europa y Estados Unidos y al menos seis horas al día, ya en proceso de cooptación por el sistema controlado de inteligencia artificial que iba controlando cada dimensión de la vida, como Jonay le había contado a Thanda de sus debates con el mundo de la Singularidad.

Thanda se preguntaba cómo podía hacer el gobierno para, además de controlar la producción y precios del medio centenar de productos cubanos subvencionados en el mercado CUP, y pagar con la misma moneda al setenta por ciento de los trabajadores, que lo eran para el Estado, importar los alimentos, los medicamentos, la energía y la maquinaria que no alcanzaba a producir localmente. Cuba importaba arroz de Vietnam, leche en polvo de Nueva Zelanda, piensos de Canadá para sus pollos y cerdos de granjas estatales, y pollos de Brasil y de Estados Unidos. Cuando supo que una buena parte de los pollos que casi religiosamente comían los cubanos, venían de Kentucky, Thanda sintió tristeza y profunda decepción. Eran pollos tóxicos crecidos con piensos transgénicos y hormonas, y criados en masa con un sufrimiento inimaginable para el hombre, que prefería ni mirar el origen de lo que comía. A tal extremo llegaba la negación global de la conciencia. ¡Pero, de Estados Unidos! ¡Del país que les humillaba, difamaba e insultaba cada día! No podía entender cómo claudicaba la dignidad por el afán «de comer pollo» y hacerlo de la forma más barata posible. Tan esencial era en la dieta que la expresión para mencionar algo «importante» era: «el pollo del arroz con pollo». ¿Era tan fuerte la inercia cultural de la alimentación que no solo no reparaba en el sufrimiento animal sino tampoco en su origen, del país que les atacaba a diario? Tampoco la leche era sana después de la lactancia, ni el arroz era necesario, teniendo tantas viandas. Y mucho menos el azúcar, tóxico a cualquier edad. Pero nadie lo cuestionaba. Cuando Thanda lo mencionaba, notaba animad-

versión. La libreta y lo que casi «regalaba» el estado, eran considerados derechos de la revolución, intocables, menos aún por un extranjero. Solo cuestionar se podía interpretar como «contrarrevolucionario». Thanda pensó que la importación de alimentos, de más de dos mil millones de dólares al año, era, en buena parte, innecesaria, y perpetuaba un desprecio a lo local, natural y sano.

Pasaba parecido con la energía, basada tristemente en combustibles fósiles e incluso de negociar con ellos por la conexión amiga con Venezuela. El famoso discurso de Fidel en la Conferencia de Río de 1992 en nada se había reflejado en distanciarse del petróleo. Cuba extraía al año la mitad del crudo que precisaban sus centrales térmicas y sus transportes, e importaba el resto, sobre todo de Venezuela, y a cambio de sus servicios médicos en el programa «Barrio Adentro». Refinaba y consumía el petróleo subvencionado de Venezuela, y aún tenía excedentes para exportar a terceros países y recibir divisas por ello. Con el colapso de la economía venezolana, también bloqueada por Estados Unidos, la fuente de petróleo del Maracaibo fue disminuyendo. Cuba buscaba suministros de crudo en antiguos socios como Angola, donde dejaron su vida tres mil cubanos luchando por su independencia, en su padrino de otros tiempos, Rusia; o en el primer país donde se enviaron brigadas médicas, Argelia. Pero el mercado mandaba, y Cuba se veía en apuros para asegurar sus suministros que además Estados Unidos intentaba ahogar con multas a navieras y aseguradoras que comerciaran con Cuba. Thanda pensaba: al igual que con los alimentos, se derrochaba mucha energía en el país, además contaminante, pues a los precios tan subvencionados no había conciencia de gasto y gentes humildes ponían día y noche, si lo tenían, el aire acondicionado, incluso arropándose bajo mantas en pleno clima tropical, o no se molestaban en apagar el gas o las luces.

Aún más erráticas e inseguras eran las importaciones de medicamentos, aunque Cuba fabricaba localmente casi la mitad de sus necesidades, más que ningún país del continente, a través de sus industrias de biotecnología. Además, Cuba necesitaba importaciones de productos básicos que no producía como papel, maquinaria y equipos, y partes para mantener su obsoleta infraestructura, que hacía agudizar el ingenio de sus habitantes como en pocos lugares del planeta. En ningún otro país quedaban tantos miles de autos de más de sesenta años circulando orgullosamente por sus calles, y eso ocurría con todo tipo de artilugios. El ingenio y la resistencia de un pueblo fiel al socialismo donde se infiltraba el capitalismo por las rendijas, sobre todo por las pantallas hipnotizantes de los teléfonos móviles.

Thanda consultó con Moyes cómo podría funcionar la economía cubana: Cuba importaba en total más de ocho mil millones de dólares y solo exportaba unos dos mil millones, sobre todo de tabaco, ron y níquel. ¿De dónde conseguía las divisas para poder pagar el resto? De los impuestos al turismo. Ya Fidel había llegado a acuerdos con la constructora Buigues, que edificó hoteles con más de

cincuenta mil plazas hoteleras en toda la isla, y con las grandes cadenas hoteleras españolas para comercializarlos por tour-operadores y gestionarlos. Recibía por ello una proporción de las ganancias, además de estimular el consumo de los turistas en divisas, oportunamente cambiadas por CUCs. Thanda calculó que los cuatro millones de turistas al año podrían aportar unos dos mil millones de divisas. Eso mitigaba parte. Otra parte era del flujo de remesas, también en su mayoría cambiadas por CUCs. Y, por último, los servicios médicos de unos cuarenta mil internacionalistas en más de ochenta países, y cuyos sueldos locales eran en parte retenidos por el gobierno de Cuba para el pago de medicamentos en los servicios de salud. Thanda calculó que dichos servicios podían suponer unos mil millones al año. Aun así, el déficit era muy frágil y a menudo Cuba tardaba en pagar a sus acreedores muchos meses e incluso años después.

Así intentó entender Thanda una economía de CUPs y de CUCs. Un sistema con más valor al cambio oficial por las remesas que por los sueldos públicos, dando, en contra del principio marxista, más valor al azar de tener familiares en Miami que al esfuerzo por el trabajo público. El progresivo desequilibrio entre la producción nacional de unos pocos alimentos y manufacturas por un lado y por el otro lado importaciones de un constante fluir de productos en un mercado informal que ya superaba al público, llevaba al Estado al control real de menos de la mitad de la economía. La otra obedecía a las leyes más salvajes de la oferta y la demanda. Dos Cubas.

Thanda identificaba cinco dependencias externas que limitaban la verdadera soberanía, el valor más reivindicado por Fidel y por el Che, pero que no se traducía en la economía. Dos dependencias de importaciones para la vida cotidiana, la de alimentos insanos y la de combustibles fósiles contaminantes. Dos para mitigar el déficit comercial por importaciones cuatro veces menores que exportaciones: la del trabajo de abnegados médicos internacionalistas como Elías y la de un turismo de masas y contaminante, no solo de emisiones de carbono, entregado a las multinacionales. Y una tercera que disfrutaba solo uno de cada tres cubanos: la de las remesas de familiares, muchos de ellos criticando a Cuba en las redes y en los medios. Tal dependencia era además muy frágil pues dependía de factores fuera del control del gobierno, y aún menos de los cubanos de a pie, como el embargo americano o las crisis económicas o ecológicas globales. La verdadera soberanía, sobre todo el ecosoberanía, estaba hipotecada por dependencias de ciertos consumos, a pesar de haberse resistido a la economía de mercado durante seis décadas.

Thanda concluía, tras sus primeros meses en la aventura cubana, que la isla estaba a un largo camino de Eila, cruzando un Atlántico con fuertes tempestades geopolíticas, culturales y hasta existenciales. No podía entender como unos valores tan nobles como los de la revolución socialista que llevó a un millón de jóvenes educadores por todo el país a alfabetizar, que canjeó mercenarios de Pla-

ya Girón por purés de frutas para niños, que envió durante sesenta años ya casi un millón de médicos por los rincones más aislados del mundo, y que hablaba con dignidad y valentía ante el imperialismo norteamericano al que casi el resto del mundo rendía pleitesía, pudiese comer del pollo enemigo, negociar con el oro negro, poner la alfombra roja a corporaciones como Buigues, incluidos sus negocios de armas, como Nestlé y su comercialización ilegal y letal de leches «maternizadas» contra las que tanto luchó Thanda, la minera canadiense Cherrit y sus turbias actividades que Thanda ya conoció en México, y las cadenas hoteleras y tour-operadores de familias millonarias españolas.

Mientras tanto, el hormigueo que desde China vía Panamá llenaba Cuba de consumos superfluos y mercado informal, a través de los grandes negocios de corporaciones, unido a una economía basada en los combustibles fósiles, manchaba, pensaba Thanda, las nobles ideas y las vidas de muchos cubanos entregadas con abnegación y compromiso a vidas sencillas y solidarias. Aún con todas sus contradicciones, como vio de otra forma en México, y desde luego en Europa, Cuba rezumaba belleza e incluso, sentía Thanda, había destellos de utopía para inspirarse en Eila y caminar hacia la ética de la equidad y la armonía con la naturaleza.

Fue con esas ideas que compuso su primera canción para Cuba y la presentó en la primera «peña de la ternura» que convocó con amigos del barrio, del trabajo y de la amplia red de amigos que le fue presentando Pedro. Entre sus versos decía:

«Dicen así que Cuba escapa a la razón, que solo se la entiende si se abre el corazón, oyendo a un trovador, regando el malecón, de versos de Martí, arengas de Fidel, eso es la revolución»

Esa noche se acostó echando de menos a Nayra. Las peñas no podían llenarle el corazón sin su compañera a su lado, con quien ya llevaba un año de amor en la distancia, como lo fue antes de su tiempo compartido en México. ¿Sería el sino repetido de su Amama? Al amanecer aún sentía la ausencia de Nayra y compuso su tercera canción:

«…canta el gallo y canto yo, rompe el día el cascarón… como duele la distancia… no abrazarte al despertar… habrá que tener confianza… de que pronto has de llegar…»

En tanto vivido en apenas tres meses pensaba, con Unai a su lado, en la sala de espera del aeropuerto José Martí cuando llamaron a abordar al vuelo destino a Madrid, donde ya deseaba llegar para abrazar a sus padres. Sentía un inconfesable vértigo al pensar en la debilidad de su padre.

XLIX

TE DEJO QUE ME DEJES

Majadahonda, febrero de 2018

Thanda pasó un tiempo de Navidad entrañable con sus padres y con sus hijas. Ángeles vino desde Normandía con su compañero Alain, y Daniela desde Frosakull, en el suroeste de Suecia, con Laarsen. Thanda llevaba más de diez años viéndolas apenas una vez al año, aunque sentían una profunda unión y amor en la distancia y una emoción inmensa en los reencuentros. Siempre hablaban de pasar temporadas juntos en La Habana y de convivir en una eco aldea cuando Thanda acabara su tiempo luchando desde dentro de la Unión Europea.

Compartieron momentos en la casa familiar en Las Rozas, en la casa de la montaña en Robledo y en las casas de sus hermanas, valientes y entregadas a sus familias. Su padre estaba muy débil, pero no dejaba de esforzarse en agradar con su mirada tierna. Thanda notó que sus fuerzas apenas le permitían dar un breve paseo por el barrio. Necesitaba a menudo respirar con la ayuda del flujo de oxígeno de un aparato cedido por el sistema de salud español.

Después de celebrar el cambio de año en la casa de su hermana menor y jugar todos a «las películas» ingeniándose mimos y rodeados de risas, llegó la noticia del fallecimiento de una de sus tías, muy querida. En el velatorio del norte de Madrid, Thanda llevaba de su brazo a su padre, ya tan débil, y sentía el deseo de hablar con él «del final». Pero fuera por su pasión por vivir, sobre todo por lo mucho que todavía quería ver de las vidas y aventuras de sus hijos y nietos, o por miedo a qué esperaba, o, más bien pensaba Thanda, «por no molestar», Thanda percibía sutiles señales de no querer hablar de su enfermedad, de su debilidad ni de lo que pudiera venir. No recordaba Thanda nunca haber oído a su padre quejarse de nada personal, fuera enfermedad, problemas del trabajo, o anhelo de sus padres o de otros seres queridos que ya habían partido. Cuando Thanda lo llamaba y le preguntaba cómo estaba, siempre le respondía:

– ¡Muy bien, hijo! ¡Qué alegría siento de oírte!

Aunque fuera con un débil hilo de voz.

De hecho, a pesar de sus pocas fuerzas, ante la pregunta de si quisieran sus padres huir del frío del invierno madrileño y pasar un tiempo con ellos en La Habana, su padre dijo animado que le encantaría y su madre asintió.

Ya volviendo hacia La Habana se despidió de sus padres, como siempre hacía, en la estación de tren de Las Rozas. Y también, como siempre hacía, les hizo una foto con sus manos ondeando el gélido frío del norte de Madrid y deseándole, una vez más, fuerza y luz en sus aventuras lejos de ellos en la distancia, pero siempre unidos en el corazón. También, como solía hacer, Thanda miraba, durante el trayecto que le alejaba de quienes tanto amaba, una y otra vez esa foto emocionado, esta vez en compañía de Unai.

Ya en La Habana y reincorporado con fuerza a su trabajo, pensó en que tanto Nayra y sus hijos, como sus hijas Ángeles y Daniela, como sus padres, como Adam y su ya compañera Cassie, como Nour, habían expresado el deseo de pasar temporadas con Thanda y Unai en La Habana. Serían demasiados para los dos cuartos pequeños y el ático de Unai en la casa de Cubanacán. Aunque muchas familias más numerosas vivían en mucho menos espacio. A menudo pensaba Thanda cuánto le gustaría volver a una vida mucho más humilde que la de su ambiente diplomático le condicionaba. Calculó que si venía toda la familia que había expresado su voluntad de venir, podrían tener en casa hasta diez personas más. Como se iba un colega de la delegación, que ya se jubilaba, pidió trasladarse a su casa, más grande. Además, estaba cercana a la delegación y a «una cuadra» del mar. Unai y Thanda hicieron el traslado con la ayuda de Papito y los custodios en unos diez viajes de la pick up.

Justo se habían instalado en la linda casa de la Tercera Avenida 2205 cuando llegaron Adam y Cassie. El abrazo con sus hijos, incluida Cassie, así la sentía, fue emocionante. Pasaron unos días compartiendo cenas y tertulias en el porche, rutas nadando en el mar, paseos por las calles de belleza decrépita del Vedado y encuentros entrañables soñando desde el ático de Hubert en La Habana Vieja. Nayra iba a llegar a La Habana a seguir colaborando con Hubert, y Thanda soñaba en ir ampliando la familia.

Sentía la valentía de ir desnudando y dejar fluir su alma más y más y en la primera peña de la ternura que organizaron ya en la casa de Tercera, «Ternura en Tercera», cantó una canción del latir y fluir de su alma:

«…mi alma quiere ser … furtiva de mi piel … migrante sin papel … fundida en tu ser… ¿no es así el amor?… ¿un acto de fusión? … no quiero más ser … preso de mi piel…»

A los pocos días de la llegada de Adam y Cassie, Thanda recibió una llamada de su hermana Lourdes diciéndole que su padre había empeorado y lo iban a

llevar al hospital. Thanda temió el final. El ocaso de la vida como la había comprendido hasta entonces: con su padre, cerca o lejos, siempre guiándole y mostrándole los valores que daban sentido a su vida. Compró un billete de avión y voló urgente hasta Madrid. Unai y Nayra le dijeron que se unirían a él en cuanto pudieran.

Mientras volaba hacia Madrid recordó casi sesenta años de vida bajo la luz de un ser tan bello.

Recordaba cuando niño se arrodillaba a su lado para juntos pintar los cochecitos que le compraba y arreglaban con esmero. Thanda los había guardado en una cajita de metal que desde su vuelta de África buscaba por Las Rozas y por Robledo sin fortuna. Era quizás, pensaba, el tesoro de la vida, que fue intentando guardar, y que no nos pertenece, como todo lo verdaderamente valioso. Eso le ayudaba a Thanda a no apegarse a lo material y buscar en el alma la armonía con la vida.

Recordaba cuando su padre le contaba cómo, cuando acabó la guerra civil española, se fue a Inglaterra con tres regalos de su tío Falé, quien, sin hijos propios, le tenía en gran afecto: una maleta pequeña y cuadrada, un reloj y el billete del barco. Thanda guardaba los dos primeros con enorme orgullo y celo. Así se fue con apenas dieciséis años a buscar fortuna a Inglaterra donde acabó becado jugando al futbol en el equipo del colegio y luego el de la ciudad de Ipswich. Al volver con su perfecto inglés fue locutor de la emisión de Radio Nacional de España para el extranjero, en inglés, leyendo noticias bien filtradas por la censura. Cantaban juntos «Señora azul» de Solera, recordando aquel tiempo. Eso le ayudó a Thanda a buscar aventuras por el mundo.

Recordaba Thanda también como su padre le decía que en el colegio inglés le miraban con frialdad y hasta rechazo como español pues Franco fue aliado pasivo de Hitler, quien bombardeó Inglaterra con saña y extrema crueldad. Y le contaba a Thanda cómo les demostró que él amaba a todos por igual y desde su fe cristiana les hablaba de cómo todos éramos hermanos. De aquel tiempo le regaló sus diarios escritos con una esmerada y diminuta letra, como intentando ahorrar cada milímetro de papel. Aquel ejemplo le guio a Thanda a soñar un mundo sin fronteras.

Se acordaba como su padre le contaba cómo se proponía retos personales para superarlos sin que nadie lo supiera y sentirse fuerte para ser generoso. Como cuando en Inglaterra se propuso llevar todo el tiempo, aún en invierno, pantalones cortos. Y así lo hizo Thanda en su escuela en el frío invierno de Madrid. Como cuando contaba los pasos al subir escaleras largas o ir, cansado, a algún destino. Y así Thanda también aprendió a «contar para aguantar». O como cuando, enamorado de la madre de Thanda, se daba tiempos para llamarla y así «merecer esa anhelada cita» o se autoimpuso un mes de no verla como agradecimiento a la vida por haber conseguido alquilar un piso para poder casarse y tener una fami-

lia. Con esos ejemplos Thanda aprendió a tener «*endurance*», sin fácil traducción, quizás tesón, el nombre del barco del capitán Scott hasta la Antártida.

Recordaba cómo, según le decía su madre, al nacer Thanda puso un enorme cartel en la puerta de su casa de la calle del doctor Esquerdo donde decía «ya estamos los tres en casa». Así aprendió Thanda a vencer su timidez azuzada por el acoso escolar cuando todos le gritaban «chino», y hablar sin temor y con orgullo de lo que sentía bello en la vida.

Recordaba durante el vuelo como cuando ya Thanda tenía ocho años su padre inscribió a la familia como socios de un club de tenis en el norte de la ciudad, y animó a Thanda a sacar su fuerza con ese juego inglés que él conoció en Inglaterra, pero nunca pudo jugar por carecer de una raqueta. Le regaló por su «primera comunión» una raqueta Dunlop Maxplay, y Thanda se propuso, como en tantas cosas más, hacer a su padre orgulloso y ser un gran tenista. Pasaba horas y horas golpeando una pelota contra la pared del frontón. Y soñaba que un día sería un gran campeón como los entonces Orantes y Nastasse que veían por la televisión en blanco y negro y desde su fama diría al mundo que acabasen con las fronteras y con los ricos y pobres, el hambre y las guerras. De alguna manera perduraba su sueño de niño, aunque se había ido transformando con los vientos del tiempo. Pedacitos rotos esparcidos en el fondo del alma.

Recordaba Thanda como su padre nunca pedía ni compraba nada para él, y su madre debía insistirle hasta en aceptar unos calcetines. Mientras tanto, era generoso con los demás, sobre todo con la familia. Thanda aprendió de él a ser austero, a pensar dos veces si pensaba-que-necesitaba algo.

Recordaba cómo se levantaban antes del amanecer los domingos y se lavaban con agua muy fría la cara recordándose que eran los «*madrugators*», y salían juntos a atravesar Madrid y hacer cola para poder «reservar pista» y así Thanda jugar con su padre lo aprendido durante su «tesón frente al frontón». Pues así era la vida, pensaba Thanda sobrevolando el Atlántico, tesón contra el frontón. Aquella ceremonia de los domingos, yendo luego a la iglesia frente al Retiro y comprando chocolate y churros para su madre y sus hermanas, era el momento más feliz de toda la semana para Thanda, y constantemente volvía el recuerdo emocionado a su mente. Ese recuerdo le acompañó toda la vida a Thanda y le guio a intentar siempre ser un buen padre. De Ángeles y Daniela, de Adam, Nour y Unai, y de todos los niños del mundo que cruzaran su camino en la vida.

Recordaba cuando pasaban los veranos en Llanes y Thanda se iba nadando con su padre más lejos que todos, hasta la «punta del Gruño» desde donde, saliendo de la bahía de la playa de El Sablón, podían sentir las corrientes frías del Cantábrico y ver la inmensidad del mar, hacia el norte inglés de su juventud, y le decía:

- Juan, nunca tengas miedo a nada si está en el camino hacia tus sueños.

Recordaba su tiempo de emigrantes en Holanda, y como un día, ante la insolencia de Thanda en su adolescencia incipiente, su padre le dio una bofetada. La única en toda su vida. Salió su padre triste a caminar por la playa de Scheveningen en La Haya. Thanda se dio cuenta de su comportamiento egoísta y salió a buscarle. Tenía doce años. Era de noche. Hacía frío. Acababan de llegar a un país extraño. Le encontró caminando por la orilla. Fue corriendo hacia él. Se abrazaron. Y su padre le dijo:

- Me sentí muy confundido y desesperado, hijo: no quiero que seas nadie arrogante ni insolente en la vida. Pero nunca me perdonaré haberte pegado. Y nunca más en mi vida volveré a hacerlo. He sentido por ello el mayor dolor posible. Te quiero más que a nada en este mundo hijo.

Y como desde entonces supo que nunca debiera pensar que sus ideas eran superiores a las de nadie y aprender cada día de la humildad de su padre: su inteligencia discreta, su generosidad anónima, su voz suave y baja, su mirada de respeto, su ser… liviano entre la luz. Su ser de luz.

Recordaba cómo avanzó su adolescencia rebelde y su padre siempre estuvo allí para entender sus tiempos de melena y morral, sus tiempos de objetor de conciencia pacifista, sus tiempos de amores inciertos, sus tiempos de indecisión entre ser tenista profesional o médico para el mundo… y siempre su padre le guio sin palabras ni exigencias, pero con amor y con el ejemplo. Tanta paciencia y generosidad le guiaban a Thanda a intentar ser mejor persona cada día.

Recordaba Thanda como avanzó en sus estudios, llegó a terminar la carrera y sacar su oposición de médico residente y a casarse con Cristina, y a irse a África. Y como de todo ello sentía su padre un profundo orgullo, y ese era el mayor premio y fuerza para Thanda. Y cuando a su vuelta a España se enfrentó al divorcio desgarrador, a juicios y a momentos que parecían hundirle en las más oscuras tinieblas. Y como, a cada paso, y en todo momento, su padre, con su madre, siempre estaban ahí para animarle a ser noble y generoso y con ello nunca perder la esperanza.

Recordaba, cuando ya el avión se aproximaba al amanecer en las costas portuguesas, cómo cuando había estado a punto de claudicar en su lucha por un mundo más justo desde la política por su puesto luchado de funcionario en Bruselas, y su padre cayó gravemente enfermo con cáncer, le dijo «tienes que luchar» y su padre le respondió «yo lucho si tú luchas», y todo cambió. Porque así aprendió Thanda a luchar por las causas nobles, a nunca rendirse, a decir la verdad y a no tener miedo a ser él mismo.

Y ya aterrizaban cuando recordó como su padre, a pesar de la distancia y el tiempo que, desde hacía veinte años, un tercio de su vida, le había alejado físicamente de él, quizás cuando más le necesitaba; le animaba a seguir sus sueños y sus luchas. Primero a «luchar por una política noble» en Bruselas, y luego, «*go west, young man*» hacia México y hacia Cuba. Y como, aún lo recordaba, en la reciente

Navidad y ya con tan solo un hilo de fuerzas le dijo: «Sigue fuerte, hijo, por el mundo, estoy orgulloso de ti». Y como así aprendió Thanda la lección más profunda del amor: la de desear la felicidad del otro sin esperar nada a cambio, sin ni siquiera, si así había de ser, su presencia. Le costó aceptarlo, pero lo iba integrando en su ser solitario lejos también de su compañera y de sus hijos.

Recordaba sus frases favoritas: «este es el primer día del resto de tu vida», su oración de gratitud a Dios y de humildad, su complicidad al hablar de «su majestad» ante el genio de su madre, como la canción de Humet, y su código secreto de «no se ha…», como decía el sabio Sancho Panza.

Eran tantos los miles de recuerdos, imágenes, miradas, músicas, los «*push-ups*» juntos cada mañana, las oraciones en la comida, los paseos juntos, su gorra de marino alemán, sus aventuras juntos por Madrid, por Asturias, por Holanda, por Inglaterra, por Escandinavia, por Canarias, por Bruselas y por tantos lugares del mundo por donde, orgulloso con su madre, le siguieron los pasos a Thanda, aunque, ya no podría ser como hacía poco soñaban, a Cuba.

Dejaba Enrique un maravilloso legado de tres mil dibujos, doscientos cuadros al óleo y cincuenta grabados, que plasmaban lo que su ventana del alma vio fascinado con el mundo, en paisajes, paisanajes y motivos abstractos que le inspiraban a Thanda suave ternura, honda sensibilidad y sutil belleza.

Aterrizó con esos pensamientos emocionados en Madrid y siguiendo el ejemplo de austeridad de su padre, en lugar de buscar un taxi, fue en combinaciones de trenes y autobuses hasta el hospital de Puerta de Hierro en Majadahonda donde estaba ingresado. Llegó a la habitación a donde acababan de trasladarle desde la urgencia. La 102, del servicio de oncología.

Supo después por su madre que, aunque ya estaba muy débil y caminaba lento y con poco aliento, quiso acompañarla a ella y a tres amigas ya viudas a su sesión semanal de cine. Era el frío mes de enero en Madrid y el viento era gélido. Pero quiso ir. Quizás sabía que era su última aventura. Llevar, cual caballero guardián, a su amada y otras tres bellas damas, ya viudas, a su anhelada cita semanal con el arte. Apenas podía andar, pero rehusaba usar un bastón o apoyarse en las damas que le ofrecieron ayuda. Quizás su orgullo de andar erguido y como le decía Thanda, «los hombros detrás del cuello y la mirada al frente», le hizo esforzarse en ese último gesto de caballero.

El frío se metió en su cuerpo y empezó a toser y a respirar con dificultad. No podía ni comer ni tomar el medicamento y le llevaron a urgencias. Mientras Thanda volaba de La Habana a Madrid, su padre luchó toda la noche en urgencias por respirar y, confuso, se quitaba la mascarilla de oxígeno. Cuando Thanda llegó a la habitación, su padre estaba sentado en una silla, despeinado y con barba de tres días, con los ojos cerrados, la reparación agitada, y apenas fuerzas para volver su mirada y responder cuando Thanda le saludó y le dio un abrazo. Apenas

le reconoció. Sus hermanas le dijeron que llevaba tres días sin apenas comer. Se abrazaron con cariño. Temían que pudiera ser el final.

Thanda le acostó en la cama del hospital. Se propuso sacar todo lo mejor de sí como médico para el momento de toda su vida en que más deseo sentía de sanar y aliviar. Comprobó que estaba confuso, desorientado, respirando rápido y con sus dedos y labios fríos, pálidos y un poco cianóticos. Vinieron a tomarle las constantes: algo de fiebre, presión arterial muy baja, como siempre tuvo, y pulso rápido. Le pidió a la enfermera, muy amable, el fonendo para auscultarle el corazón y los pulmones y comprobó que el lado derecho ventilaba poco y su corazón latía rítmico pero débil.

-Papá, hoy tenemos que volver a ser «*madrugators*»: lavarnos bien fresca la cara. Luego quiero que comas algo. Y después te voy a afeitar y a peinar para que cuando venga esta tarde mamá, «su majestad» –le dijo en su broma cómplice-, te vea guapo y sepa el caballero que eres, también en esta batalla.

Su padre, apenas sin fuerzas, asintió con una tierna sonrisa. Le pudo ayudar a comer lentamente una sopa y un puré de frutas y fue estando algo más atento y orientado. Luego le lavó, peinó y afeitó, le puso un poco de su colonia favorita, Old Spice, animándole a que así lo vería su madre, el amor de su vida, elegante y apuesto, como siempre.

Llegó por la tarde la madre de Thanda.

- Enrique, pero ¡qué elegante estás!

El padre de Thanda le hizo un guiño de complicidad a su hijo. Casi sus últimas fuerzas en ese leve gesto.

Pasó la tarde animado, atento, con pocas palabras, pero coherentes, y hasta hizo unas bromas a las enfermeras. Hablaron por teléfono con las hermanas de Thanda, que se emocionaron al saber que había mejorado y les podía hablar.

Su madre volvió a dormir más tranquila a la casa familiar. Thanda se quedó para acompañarle. Fue quedándose dormido después de comer parte de la cena. Thanda se acomodó en el sofá próximo a la cama. Hacia media noche, su padre se despertó y el simple esfuerzo de sentarse mejor le agotó. Comenzó a respirar con dificultad y a agitarse queriendo quitarse la mascarilla con oxígeno. Thanda llamó a la enfermera y esta al médico de guardia. ¿Cuántas noches de guardia había tratado Thanda a pacientes en situaciones así? Su diagnóstico probable de cáncer de pulmón, por el maldito tabaco en sus años jóvenes, junto a su edad y su debilidad extrema, aconsejaban no alargar un sufrimiento inevitable. Thanda dijo al colega de guardia que había mejorado mucho, que tenía mucha ilusión por vivir y que con antibiótico estaba convencido que mejoraría poco a poco. Pensaba para sí que aún tenía mucho arte que dar al mundo y mucha ternura que derramar. Egoístamente pensaba lo tanto que necesitaba de su ánimo, sus guiños, el ejemplo luminoso de su humildad y generosidad. El médico de guardia aceptó

poner el antibiótico intravenoso y ver como evolucionaba, y aconsejó añadir un calmante al tratamiento, para aliviar su sensación de ahogo. Durante la noche más larga y triste de su vida, sin soltar la mano de su padre, su más firme asidero en la vida desde niño, vio cómo su padre repitió hasta cuatro veces las crisis de falta de aire. Cada vez que se agitaba por la sensación de falta de aire veían baja su saturación de oxígeno y así fueron aumentando el flujo de oxígeno y también la dosis de calmante. En la última crisis se unió un dolor de pecho fuerte y le hicieron un electrocardiograma que demostró que su corazón seguía firme y rítmico. Entre la angustia de su sensación de fatiga y confusión, empezó a contar, como hacía siempre para superar esfuerzos o pruebas difíciles:

- Sesenta y cuatro, sesenta y tres…

Contaba hacia atrás… Se le quedó grabado a Thanda el número sesenta y cuatro. Cuando recuperó un poco el aliento le cogió fuerte la mano a Thanda y le dijo:

- De esto, hijo, ni una palabra a tu madre y tus hermanas.

Así entendió mejor que nunca Thanda la grandeza del alma de su padre. La razón de no hablar de sí mismo, ni siquiera del final, era… por no molestar… nunca conoció alma más generosa.

El médico aconsejó aumentar la dosis del calmante y dejar un goteo intravenoso del mismo, que le evitara seguir teniendo esas crisis de fatiga.

Llamó a sus hermanas:

-Venid cuando podáis mañana, papá ha empeorado.

Por la mañana llegaron sus hermanas y su madre. Los cuatro sabían la gravedad y se abrazaron con sentido cariño.

Durante el día llegaron Unai y Nayra desde La Habana, y también sus dos hermanos de Madrid, el resto llamó con cariño desde Valladolid. Thanda se quedó dos días y dos noches con sus dos hermanas, sin separarse de su padre, unido a un hilo de vida cada vez más fino y frágil. Desde su cuenta atrás y su mensaje de «no molestar», ya no volvió a abrir los ojos. Aún apretaba débilmente la mano.

Thanda sintió que su corazón se deshacía. No era dolor lo que sentía, sino una transformación a otra forma de existir que no conocía y que no le interesaba. Cuando niño había soñado a menudo que «se iba» su padre y sentía, en angustiosas pesadillas, la sensación de estar perdido y sin razón para vivir. Se despertaba con tremenda felicidad de saber que era tan solo un sueño y corría hasta la cama de sus padres para abrazarle. Ahora este sueño parecía no desvanecerse y no tenía a donde ir. Le abrazaba con devoción en su lecho del hospital, le daba gracias por tanto vivido, por tanta luz y le pedía que le siguiese guiando.

Treinta años antes lucharon juntos contra una nefritis que anuló sus riñones y, aún estudiante, Thanda ofreció un riñón para que le trasplantaran a su padre. No hubo necesidad pues se recuperó. Diez años después llegó su código de

honor de «yo lucho si tú luchas» y curiosamente una década después le dijeron a Thanda que solo tenía un riñón, el otro se había reducido al tamaño de una lenteja calcificada. Ahora le daría su corazón sin pensarlo un minuto para que siguiera brillando aquella bella luz que tanto le había dado.

En la segunda noche la respiración se hizo irregular y al amanecer se fue apagando hasta su última bocanada de aire en la que Thanda sintió que una parte de él mismo se iba con su padre a otro misterioso lugar. Así terminó la historia en la dimensión que conocemos, de un alma maravillosa, inteligente, generosa, artística y, sobre todo, de tremenda e inquebrantable humildad.

Llegaron a la habitación Nayra con Unai y la madre de Thanda, llegó también Nour. Llegaron los familiares de Madrid y amigos de toda una vida. Thanda fue con su hermana Lourdes, en quien él veía muchas de las virtudes de su padre, al frío y miserable trámite de los negocios de las funerarias con macabros menús de coches, cajas y flores. Hasta después de la vida se ensañaba el insensible mercado con el dolor ajeno. Siguió la tarde fría de febrero con el velatorio en el tanatorio de Las Rozas, con visitas de amigos y familia a quienes atender con abrazos sentidos por el vacío de tan querido ser humano. Su madre le pidió a Thanda que buscase a un sacerdote que pudiera decir unas palabras ante la familia y amigos. Volvieron a casa, tan vacía sin la ternura de su padre. El mundo no parecía real. Parecía un sueño. O quizás Thanda quería que fuera un sueño, como las pesadillas de niño, de las que siempre despertaba.

Al día siguiente el padre de Thanda fue incinerado. Thanda vio con rabia en sus puños por cómo se había mecanizado y comercializado hasta la muerte, como un frío émbolo metálico empujaba la caja para que aquel bello cuerpo fuera convertido en apenas unos minutos en cenizas. ¿Por qué todo tan rápido en esa sociedad enloquecida por prisas, competición, culto a lo material y ausencia del profundo sentir espiritual? Las guardaron en un nicho del cementerio de Las Rozas, como su padre hubiera elegido, del tamaño más pequeño y en un discreto quinto nivel donde Thanda pidió que inscribieran «*Siempre en nosotros*».

Nayra, a su lado, le acompañaba en silencio, ese lenguaje que solo el amor entiende.

Thanda le pidió a su madre que le dejaran poner un puñado de sus cenizas en un rincón de la casa de Robledo donde plantarían un ciprés y pondrían once piedras, para su amada, sus tres hijos y sus siete nietos, alrededor. Thanda fue con aquella muestra de cenizas para plantar el árbol y meditar buscando a su padre en su interior. Cuando mezcló los restos simbólicos de su padre con la tierra y plantó en ellos el árbol que crecería con tan bella esencia, se levantó un viento con lluvia y parte de las cenizas le bañaron la cara a Thanda. Se limpió con las manos y quiso beber de ella. Quería que su padre permaneciera para siempre en él. Que le guiara en cómo reinventar la vida física sin él. Parte de él se había ido ya, a algún misterioso lugar, con su querido compañero *madrugator*.

Compuso una canción que cantó frente al ciprés con las preguntas que le faltó hacerle a su padre, a quien sentía más dentro que nunca:

Padre, desde que te fuiste no entiendo, todo parece sin luz
mi alma te busca sufriendo, no puedo con esta Cruz
No entiendo a la eternidad, tampoco que haya un final
porque esta oscuridad, esta frontera mental
No entiendo al infinito, ni un límite en el espacio
Aunque a veces me permito pensar en ello despacio
No entiendo a la materia, su rol en la astronomía
todo parece una feria con norias de energía
No entiendo así al tiempo, esta secuencia de instantes
Todo pareciera un cuento sin claro después o antes
no entiendo a la energía, la magia que nos da vida
que escapa en rebeldía y en todo está diluida
No entiendo al universo, ni si hubo un Big Bang
o si se expande o encoge cuál latido sin final
No entiendo a las galaxias ni a sus danzas espirales
o me hace ninguna gracia, aunque sean rituales
no entiendo a las estrellas, inmensas bolas de fuego
ni a la fusión que hay en ellas, ¿de qué se trata este juego?
no entiendo a los planetas, estas masas minerales
Ni cuáles son las metas de sus viajes siderales
No entiendo a la luna, como a la noche acaricia
no sé por qué tal fortuna, será avaricia o justicia
No entiendo las montañas ni a sus hermanos los valles
ni el fuego de sus entrañas ni sus miles de detalles
no entiendo al amanecer, ni el trino que lo anuncia
tampoco el atardecer ni como al día renuncia
no entiendo así al agua, las nubes, lluvias y mares
ni al caldo que en ella fragua la vida en formas dispares
no entiendo así a la vida, el baile molecular
si un meteorito suicida dio al destino celular
no entiendo al ser humano tan indefenso al nacer
de la natura profano el trono cree merecer
no entiendo comer y beber y así tener energía

para podernos ver mover y seguir en cofradía
No entiendo tanto crear, color, palabras, sonidos,
pintar, contar y cantar y así inundar los sentidos
no entiendo tanto pensar, y por viles lealtades
permitirnos alienar sin desafiar las verdades
no entiendo tanto dormir, en qué consiste soñar
para luego resurgir y la conciencia mandar
no entiendo la fuerza de amar y trascender nuestra piel
y así poder aliviar la angustia de no entender
¡¡No entiendo al fin la muerte, a dónde fue tanto amor!!
sueño con volver a verte y desterrar tanto dolor
no entiendo que no entienda, será que no hay que entender
que no hay más en esta hacienda que rendirse solo a ser!

Thanda se quedó unos días con Unai acompañando a su madre en la casa familiar, tan vacía de él, y tan llena de sus recuerdos. Una noche, su madre, aturdida de tanto dolor por sentir por primera vez en sesenta años la falta de su caballero andante, se cayó encima de la mesa baja de cristal que tenían en el salón y salieron cientos de trozos punzantes que la rodearon sin que ninguno, milagrosamente la cortara. Thanda sintió que su padre la había protegido de cualquier daño. Estaba seguro. Y también estaba seguro de que le pedía que Thanda la cuidara.

Volver al trabajo en La Habana fue muy duro. Ya no estaban, como siempre, sus padres ondeando los brazos en la estación de tren. Sus hermanas estarían muy pendientes de su madre, pero Thanda sentía que aquel viaje llevaba de vuelta a La Habana solo parte de quien diez días antes había llegado.

Al llegar a La Habana le esperaban Hubert, Adam, Cassie y Unai; ya Nayra había vuelto a Berkeley. Se abrazaron con cariño. No podía apenas hablar. Esa noche buscó con todas sus fuerzas a su padre en su sueño. ¡Estaba tan seguro de que estaba con él de otra forma! ¿Podría invertir, cual espejo de su niñez, las pesadillas sin su padre y los despertares con él a esta nueva e insoportable realidad sin él, pero sumergirse cada noche en los sueños con él? Durante varias noches así fue, y le sentía tan real que hasta parecía pensar soñando «que aquello no era un sueño».

Pero el día se tornaba insoportable, el vacío dolía como una quemadura, y la voz se ahogaba en un nudo en su garganta. A la vez sabía que una vida de amor volvía de forma cuántica a su naturaleza más pura de energía sin tiempo ni espacio, y que, de alguna manera, era egoísta retenerle. Hasta en esto debía aprender de su padre y ser generoso con su viaje.

Convocó a la peña de la ternura a honrar la memoria de su padre. Vinieron compañeros y amigos con mucho cariño. Les cantó una canción que dedicó a su padre y cuyos primeros versos decían:

La vida atrapa la energía, y late, como un ovillo de deshila, y vuela
A veces actuamos, a veces observamos, serenamente y sin saber,
la vida late en nuestro ser…
Y así, sin más, te dejo que me dejes, Y así, será, mi alma está en la tuya
Yo tengo en mí un nido en el que anidas, tu luz en mí, me une al universo sin fin

Ya en su cama, la angustia de buscarle en sueños fue dejando el paso a sentirle, en los momentos más inesperados, sonriéndole a su lado y tomándole de la mano que Thanda sentía con gratitud y al irse su alma susurraba: te dejo que me dejes…

L

EL BAILE CON EL MAR

Costa de Miramar, abril 2018

Thanda siguió su vida en Cuba intentando llenar el a-veces-insoportable vacío de la ausencia física de su padre. Poco a poco fue cediendo la ansiedad de buscarle en sus sueños. De leer ávido en sus diarios o en sus escritos. O de entender el mensaje de cada uno de los miles de dibujos que dejó, códigos que descifrar sobre el sentido de la vida. Sí que le leía con calma y gratitud, le escribía un diario y mandaba cada día a la familia una poesía junto a un dibujo de su padre. Hasta le hablaba, sobre todo cuando caminaba solo, hasta le podía ver caminando a su lado, con su dulce sonrisa.

Sus «no entiendo» seguían haciendo eco a cada paso y vivía más que nunca con un sentido de no-entender-la-vida, pero su último verso: «rendirse a solo ser», le mantenía con pasión por la vida y gratitud a ella y a sus padres por invitarle a tan mágica aventura. Y en ello había otra razón de seguir: caminar, sin prisa, pero sin ya miedo a la muerte, hacia el reencuentro con su padre. Se decía a sí mismo lo absurdo de los mitos y como tantas personas adoraban a personas que conocieron solo por las historias contadas por otros. En eso sentía distancia con el sentir de muchas personas en Cuba y su adoración casi religiosa por ciertos líderes, quienes, en el fondo, asumieron ser de alguna manera superiores a los demás y mantenerse en el poder vidas enteras. De hecho, pensaba Thanda, de eso estaban hechas las jerarquías, de unos creyéndose superiores a otros y estos sumisamente aceptando esa relación vertical. En cambio, su padre le inspiraba, aun en su «otra dimensión», valores desde donde expresar lo más bello del alma, en generosidad, perseverancia, creatividad, y, lo más importante, en callada humildad, la virtud ausente en los sistemas dominantes de las jerarquías.

El mundo seguía rodando y la vida seguía casi igual en el trabajo, preñado de procedimientos burocráticos que veía más absurdos que nunca, y el día a día lleno de inercias en las que el alma parecía no tener espacio para expresar su latir

profundo. Unai, quien había establecido con el padre de Thanda, tocayo y alma gemela en muchos sentidos, una conexión muy profunda, transitaba en su duelo con silencio, emulando quizás la discreción de quien para él fue su abuelo. Se hizo un tatuaje con uno de sus dibujos y le recordaba en su intimidad. Comenzó a tratar a jóvenes de Miramar, algunos de la élite privilegiada que estudiaba en el colegio internacional, cuyas tasas mensuales, desde la guardería incluso, equivalían al salario de treinta médicos cubanos. Además, Unai fue sintiendo cierta decepción del sistema de educación en Cuba, que, como todo en la sociedad, transpiraba un pensamiento único y vertical y poco espacio para el debate y el pensamiento libre. Thanda veía con honda preocupación como el alma pura de Unai se rodeaba de jóvenes privilegiados y consentidos y se alejaba de sus compañeros humildes de la beca.

Adam avanzó en sus estudios de neurociencias en el instituto C-Neuro de La Habana. Investigaba cómo funcionaban los circuitos de la agresividad, en relación a los de la empatía. Lo habían observado en comportamientos, respuestas ante ciertos estímulos y hasta viendo la configuración cerebral por imágenes de resonancias magnéticas de atletas cubanas del equipo nacional femenino de judo. Aunque había fascinantes cuestiones que entender, como los filtros prefrontales que modulaban la conexión de los estímulos que el instinto de sobrevivir del cerebro primitivo de la amígdala, vestigio reptil, detectaba y transmitía a la conciencia del hipocampo y a la acción prefrontal; Adam sintió hastío de la frialdad científica y escepticismo de sus oscuros intereses. Sentía Adam mucha mayor pasión por el cine y transmitir en ello sentimientos, tocar esa conciencia perdida entre el hipocampo y la abstracción humana de su desbordado lóbulo frontal, y abrir los caudales de emociones por los canales de empatía. Comenzó a colaborar en el documental de Hubert y a confabularse con la metáfora del «Epicentro». Acabó su investigación para, aconsejado por Thanda, terminar sus estudios y pasar página con la satisfacción de haber completado y aprendido de una etapa más de su vida para luego entregarse en cuerpo y alma a su pasión de artista.

Cassie acabó sus estudios en el Centro de Investigaciones Marinas. Cada día durante tres meses acudía a sus humildes instalaciones en Miramar, a tres cuadras de la casa de Thanda. Se sumergía en las aguas de Caribe por una entrada en la calle doce, conocida como «la playita», desde un borde rocoso, y nadaba con sus compañeros de investigación hasta la barrera de coral, a unos doscientos metros de la costa. Con una pizarra y rotulador impermeable, escribía notas bajo el mar. Observaba maravillada aquella mágica naturaleza, ausente del ruido y prisas que rodeaba la vida humana sobre la tierra. A la vez sentía la tristeza de ver como el cambio climático y los vertidos orgánicos y tóxicos de la ciudad al mar estaban afectando al frágil equilibrio de la flora y fauna marina, que ya pronto tendría en sus fondos más cantidad de plástico que de vida marina.

También llegó Nour a compartir con sus hermanos y con Thanda, quien sentía cierta distancia con su mundo de la imagen, que temía fuera a atrapar a tan bella alma en un mundo donde reinaba el narcisismo y la banalidad. Pero algo mucho más profundo, el espíritu de Ukuzwana unía a los hermanos y a ellos con Thanda, quien sentía con Adam, Nour y Unai, una unión muy profunda.

Para celebrar el final de los estudios de Adam y Cassie, y del primer año en la universidad de La Habana de Unai, fueron a una excursión en la pick-up hasta Viñales. Los acompañó Hubert. Llegaron a una humilde finca donde les dejaron unos caballos. Cabalgaron por las praderas y por las colinas de aquel mágico paisaje. Sintieron la magia de la vida sencilla en naturaleza y la unión en sus corazones.

A los pocos meses de cambiar a la casa de Miramar, su ilusión de llenarla de familia y de calor, color y amor, se fue nublando. Unai se había ido alejando en el corazón y tenía más su mente en Europa, Thanda pensaba que quizás por Altea y quizás por buscar otros caminos de conocimiento con más espacio para el pensamiento libre; Adam y Cassie acortaron su estancia y volvían a Europa para seguir Cassie allí sus estudios y Adam sus pasos hacia su vocación cineasta, su padre partió a otra dimensión, su madre no se animaba a trasladarse tan lejos de su hogar en Las Rozas, sus hijas Daniela y Ángeles volaban sus vuelos y poco sabía de ellas y Nayra se iba anclando más en la vida de Berkeley con sus hijos.

De todo ello lo que menos podía entender y por ello aceptar con paz, era el perpetuar una vida de pareja en la distancia. A pesar de varias visitas de Nayra, colaborando con Hubert en su documental, Thanda fue entendiendo que no sería fácil de cumplir el sueño de un hogar juntos en Cuba. Su nexo a sus ya adolescentes hijos e hijas, era mucho más fuerte que el del amor por Thanda, y no era capaz de encontrar en ello un equilibrio y dar espacio al amor.

Por las noches sentía más profunda la soledad. Hasta buscaba una posición para dormir con una pierna muy flexionada hacia el vientre, y rodeando con su cuerpo una almohada, como para sentir el abrazo de, quizás, su misma soledad. Calculó que había vivido más de la mitad de su vida solo, y dos terceras partes de sus últimos veinte años, pero quizás nunca había conocido íntimamente a su soledad. Cantaba para sí la canción de Moustaki «La solitude»: «…ma derniere compaigne». Aquellas noches echando de menos a sus hijos de corazón, a sus padres y a Nayra, se hacían largas y el eco de los «no entiendo» era, a veces, atronador. Antes, mucho antes, de que el gallo, Paco, anunciara el nuevo día, ya Thanda estaba despierto y pensando hacia dónde debería dirigir sus pasos, ese día, los meses por delante, la vida que esperaba.

Un día fue, como hacía en Cubanacán, antes del amanecer, al mar, a una cuadra de su casa, en la entrada al Caribe desde la calle 24. Caminó los doscientos metros que separaban su casa de la entrada al mar vestido con un pantalón corto que tenía desde su tiempo en Zimbabue. Nada más. Él y la noche. Cruzó la ter-

cera avenida, que ya empezaba a anunciar un festival carmesí de los numerosos flamboyanes que tupían sus aceras y se acercaban en partes de la calle como queriendo trenzar un mágico túnel. Avanzó por la calle veinticuatro entre tercera y primera, una cuadra típica de Miramar, de cien metros de lado, con casas grandes, alguna flamante con cemento y pintura que seguramente venía de remesas o envíos de Miami. A la derecha el solar más amplio lo ocupaba un complejo de casas con paredes desconchadas, el pasto sin cuidar y ventanas y puertas desencajadas por madera inflada por la humedad y roída por el salitre, donde, según le dijeron a Thanda, vivía una viceministra de Relaciones Exteriores. A la izquierda, y ocupando casi la mitad de la cuadra, una alta tapia coronada con un aparatoso rollo de alambre de espinos ocultaba una siniestra casa donde vivían marines americanos con quien-sabe-que-intenciones. Thanda no cesaba de asombrarse de la tolerancia que exhibía constantemente Cuba con el país que no cejaba un solo momento de agredirla y difamarla. Al final de la calle, en la esquina con la primera avenida, a su derecha, se estaban adaptando las plantas bajas para convertirse en pequeños «paladares» en CUCs, para la clase pudiente de Miramar, emulando al Café Fortuna del otro lado de la calle, con sus objetos antiguos y provocadores para tomar una cerveza o un mojito sentado en un ambiente bohemio, sobre un inodoro o sobre una pretendida tumba que rezaba «aquí yació un insensato por no reenviar un mensaje-amenaza da diez amigos», ridiculizando a los visionarios y profetas de Facebook.

Lo observaba todo como lejano y ajeno mientras al frente le llamaba el horizonte del mar, oscuro aún, bajo un cielo que comenzaba a anunciar la llegada, un día más, puntual y fiel, del sol. Pensó Thanda en ese símbolo que tanto costó al hombre desmontar: la visita del sol a la «Tierra», cuando era nuestra rotación de día y noche y en torno al sol la que nos devolvía a sus caricias de fotones emanados de su fusión de helio, como la del amor de su alma furtiva, fusión en expansión. Los treinta metros de entrada entre la primera y la línea del mar los cubría en su primera mitad un asfalto horadado de baches y ya hacia el mar unas piedras volcánicas y espinosas que en Cuba llamaban, muy acertadamente, «diente perro». Vio con tristeza que había bastante suciedad de papeles, botellas de plástico de refrescos azucarados y otras de cristal de ron, y hasta algunos preservativos, de los que Thanda imaginó una bella y furtiva unión sin miedo bajo las estrellas. A su derecha, hacia el levante, se alzaba una pared de cemento donde pensó lo lindo que serían unos pocos trazos que simbolizaran a su padre pintando el horizonte que observara la ternura de su mirada. Por un momento sintió la idea furtiva, como su alma de su piel, de hacer una pintada y que fuera, al menos para él, la pequeña entrada al mar en honor a su padre, con un banco y un pequeño muelle por donde entrar sin sacrificar la planta de los pies con el diente perro.

Se aproximó por el lado izquierdo, que en aquella costa norte era el occidente y llegó hasta el borde del mar que con un manso oleaje bañaba rítmicamente el áspero diente perro. Pensaba en la otra estrofa de la canción que a solas

le cantaba a su padre: «…las olas llegan a la orilla… y se rinden… y pareciera que al morirse … renacen…». Miró al oriente y vio que próximo a la costa, el cielo se iluminaba de un rojo intenso, como el de la sangre que anuncia un parto, «la era está pariendo un corazón», como la vida que brotaba de los flamboyanes. Se dejó cautivar por la belleza, hipnotizando su mente, paralizando su cuerpo, rindiéndose a la vida.

Cuando allí, solo, sin nadie, sin ruidos humanos, aparecieron los primeros rayos del sol, entró al mar, que le recibió con un abrazo cálido. ¡Cuánto echaba de menos en ese momento sus travesías en el frío Cantábrico con su padre hasta la punta de El Gruño! Ya en el mar estiró su cuerpo ingrávido y miró al fondo con unas gafas que había traído desde España. Le fascinó ver, aún oscuro, un escenario de rocas y algas entre las que merodeaban pequeños peces de múltiples formas y colores. Sintió como si entrara en un bello hogar que siempre le había estado esperando y donde nadie ocupaba el espacio con sonidos codificados que constantemente escuchar, interpretar, digerir y responder. El mundo sin la maraña de las palabras. Donde no se oía ni de lejos ningún motor-quemando-fósiles, que después de las palabras, era el ruido que más bañaba los cerebros humanos urbanos. La quietud y la belleza. Le embargó una profunda sensación de gratitud por estar vivo.

Siguió nadando mar adentro hasta la salida del sol ya llenándolo todo de luz, también el fondo del mar, que empezó a mostrarle a Thanda un baile mágico de las sombras que la luz hacía con la superficie rizada. Cuando ya estaba a unos trescientos metros de la costa vio, recordando las investigaciones de Cassie, el límite de la barrera de coral y desde donde el fondo se perdía de vista.

Siguió nadando hacia el oriente. Notó que además de su entusiasmo y su buena salud, la corriente del mar le ayudaba en su travesía. Cada brazada recorría unos cuatro metros. Pensaba mientras nadaba que quizás por el meteorito que cayó en el Yucatán se unieron poco a poco las dos Américas, una al norte desgajada de Eurasia y la otra al sur separada de África. La corriente de agua que antes circulaba en sentido opuesto a la rotación del planeta, se convirtió, en el norte del océano Atlántico divorciado del Pacífico, en un círculo de corrientes que avanzaba por la latitud de Cuba hacia el oriente y las costas de África y volvía hacia el poniente con los alisios, hasta el sur del Caribe. Aquel círculo de corrientes posibilitó el encuentro de culturas hace medio milenio, de tan crueles consecuencias para los nativos de aquella isla, casi exterminados por la espada y por la cruz. Pensó por un momento que si se dejara llevar llegaría, tras meses mecido por las olas, hasta Eila, la isla de la utopía de la que tanto bebía en inspiración para la Nueva Humanidad.

Vio algunas morenas entre las rocas, peces dragón, trompeteros y mantas rayas acariciar el fondo y algunos peces más grandes que no reconocía y le miraban extrañados, como a un visitante grande y torpe que se presentaba sin permiso

en su universo. Un solitario damero, especie pequeña de tiburón, le produjo un sobresalto. Nadó una media hora viendo a su derecha, al sur, la costa de Miramar con casas, algunas en ruinas, entradas de diente perro descuidadas, y un edificio grande con su muelle de hormigón, que luego supo era un centro sindical de recreación.

Llegó así hasta una explanada, entre las calles doce y diez, conocida como la playita, y donde se habían preparado unos paseos de cemento sobre el diente perro y hasta unos escalones hacia el mar. Thanda hizo un alto en su travesía para saludar a unas señoras de edad avanzada que se disponían a entrar con precaución al mar. Tras unos minutos de entrañable tertulia sobre la vida y los precios-de-las-cosas, que le recordó, aún tan distinto, a las confesiones del vestuario del Náutico en México, siguió su travesía hacia el sol, nadando ahora cerca de la costa y disfrutando del espectáculo de miles de peces más pequeños que su mano y de múltiples formas y brillantes colores. Pensó en la belleza de esas formas de vida que el ser humano pescaba con crueldad y que, a los pocos segundos, fuera de su oxígeno líquido, perdían tanta belleza en las garras del afán depredador bípedo que atormentaba al planeta.

A unos cien metros vio que una losa de piedra lisa, como del tamaño de una puerta, yacía en el fondo y se posó sobre ella justo para sobresalir su cabeza y sus hombros. Sintió sobre aquel pequeño altar bajo el mar una inmensa paz. «Miró con los ojos cerrados» hacia el sol y se dejó bañar por su abrazo de calor, salpicado por la mar salada, arrullado por la suave brisa, embrujado por el horizonte eterno, maravillado por tanto color y vida, tanta belleza callada, por tal inmenso regalo de vivir. Sin saber ni cómo había llegado su ser a la vida, ni cómo ocupaba la conciencia el cuerpo que le paseaba por aquella aventura llamada vida, ni cómo latía, respiraba y funcionaba esa maravillosa estructura molecular transitoria, ni hacia donde misteriosamente avanzaba. Aunque en eso se iba fraguando una certeza, quizás la única: avanzaba hacia su padre.

La vuelta fue más dura y casi tardó en regresar el doble de tiempo pues nadaba contra la corriente que invitaba a volver al amanecer, a Eila. Con la imagen de Eila como la del nuevo amanecer para la Humanidad nadó fuerte y contó, como siempre hacía su padre, las brazadas, más de mil, hacia su secreta «plaza-de-su-padre». Lo hizo de nuevo en un trayecto en forma de arco llegando a la barrera de coral. En medio de la travesía y sobre lo más profundo del fondo, tuvo un momento de inquietud al pensar que si tuviera un ataque de un tiburón caribeño o un problema de salud nadie le oiría y acabaría su vida en el mar.

A veces pensaba que la tensión que sufrió tantos años por el triste desgarro de su divorcio y por las tensiones de las intrigas políticas y de poder de sus años en Bruselas pudieran haberle dejado una huella en su corazón y que en su sexta década de la vida era cuando mayor era el riesgo de infarto. Pero en seguida se sacudió los temores, como decía Tito Fernández en «la madre del cordero», «mandó el miedo el diablo», y sintió una confianza plena en la vida, una mezcla

de gratitud y paz, «pazitud», que no necesitaba ni asegurar, ni justificar, ni entender siquiera.

Con esa sensación decidió cerrar los ojos, ser él solo con el mar que le abrazaba, y nadar unas cien brazadas sin ver, entregado a la vida, confiando en ella. Cuando abrió los ojos se vio rodeado de un banco de peces plateados del tamaño de su brazo, que le escoltaban. Vio que se había desviado aún más al norte y alejado de la costa. Estaba ya cansado. Pero muy feliz. Con la valentía para cualquier reto del día.

Llegó a «su puerto» y salió con cuidado de que las olas no le lanzaran contra el diente perro inclemente. Se sintió profundamente feliz de su bautismo de amanecer en el mar. Se propuso hacerlo todos los días de la mágica aventura que aún por cuatro años más le esperaba en aquella mágica isla, el «epicentro» para Hubert, la esperanza de ser eco de Eila, ser la eco-isla que reinventaba su revolución volviendo a la naturaleza. La isla de una nueva esperanza que ya brotaba por todo el mundo animada por luces de Valentía y Ternura, o quizás Ternura y Valentía.

Thanda repetía cada amanecer su ceremonia en el mar. Unos días después lo puso en versos y acordes para compartir en la siguiente peña:

«… cada amanecer me fundo… en tu mágica humedad… tú y yo solos somos mundo en plena complicidad… me estremece tu belleza, tu sabor a limpia sal… nado en tu naturaleza… virgen de toda maldad. Ya sale el sol…ya voy a ti… ya amaneció… ya estoy en ti…».

Unos días más tarde, al llegar a su cita antes del amanecer, la mar estaba agitada y pensó era peligroso entrar y sobre todo salir despedido con furia hacia el diente perro. Thanda compuso su segunda estrofa:

«… hay días en que tu alma… se agita en tempestad… y me acerco con sigilo… y decido no entrar… pero aun cuando no me entrego… que lindo que es observar… la bravura de tus olas… y dejarme salpicar…».

Por aquellos días, la distancia había tensado la comunicación entre Thanda y Nayra. Le envió aquellos versos y ella pensó que era una imagen del amor entre ellos, ante lo cual Thanda tuvo que aclarar:

«… con estos versos yo quiero… decirte en sinceridad… que cada día doy aun gracias… por lo mucho que me das… pareciera que este canto es metáfora de amar… que no sea un desencanto, es … mi baile con el mar!…»

Ya sale el sol, ya voy a ti, ya amaneció. Ya estoy en ti.

LI

HASTA EL ASFALTO SE RINDE

Nagasaki, junio 2018

La Humanidad progresaba ciega y enloquecida hacia el calentamiento catastrófico. Aimsa participó en al Panel Internacional del Cambio Climático de las Naciones Unidas que alertó que al ritmo de emisiones presente solo restaban diez años para evitar que el calentamiento global se disparase a niveles incontrolables. Habían pasado tres años desde la reunión de París en la que participaron Aimsa y Fernando y solo entonces se empezaban a aprobar los compromisos. Vendrían luego las verificaciones, las excepciones y, seguramente, los incumplimientos. El mundo reaccionaba poco, tarde y con una mezcla de arrogancia antropocentrista, complacencia con el daño a otras formas de vida y casi inconsciencia de su autodestrucción.

Aimsa calculó que la nueva reunión global en Katowice, Polonia, «el programa de trabajo para poner en marcha el Acuerdo de París» ocasionaría cien mil toneladas de emisiones de CO2. Era como ver a un paciente desangrarse, apenas decidir ponerle una tirita después de largas discusiones y aun así esperar varios días para ponérsela. Además, ya empezaba el propio calentamiento global a llamar a más emisiones: China, el país de mayores emisiones netas -aunque una quinta parte en emisiones por persona y en emisiones acumuladas que los Estados Unidos- había aumentado sus emisiones al seguir alimentando sus fábricas y creciente clase media con carbón pues las sequías por el cambio climático habían reducido la producción de energía hidroeléctrica.

Thanda le mandó a Aimsa un cálculo del exceso de muertes si se mantenía el ritmo de emisiones. Lo publicó en internet con el título de «El cambio climático: una guerra sin armas». En sus modelos matemáticos estimaba en más de doscientos millones de exceso de muertes durante el siglo, sobre todo en nacidos después de 1990, cuando tuvieran más de 60 años, y en países poco contaminantes. Pero ni con toda la evidencia del desastre inminente se pudieron llegar

a compromisos suficientes. Se buscaba la solución en la tecnología de nuevas fuentes de energía, pero sin disminuir el consumo. Se buscaba también una salida por los «créditos de carbón» pagando la ridícula suma de un dólar por tonelada en exceso, y de nuevo, como veinticinco años antes empezó a hacer el Banco Mundial, se le ponía «precio a la vida humana», muy diferente según donde naciese cada uno.

Mientras tanto, las olas de migraciones de Centroamérica hacia Estados Unidos atravesando México, y desde África y Medio Oriente hacia Europa atravesando el Sahara y el Mediterráneo, seguían aumentando. Las atizaban los efectos del cambio climático de los países que contaminaban, especulaban con las riquezas del mundo y construían muros más y más altos para proteger sus privilegios. Las Naciones Unidas adoptaron el «Pacto Mundial sobre Migración» y el «Pacto Mundial sobre Refugiados» pero, de nuevo, no vinculantes, llenos de declaraciones de buenas intenciones y sin ningún compromiso para permear las absurdas fronteras que mantenían, como férreos diques, las riquezas en algunos países y la explotación de recursos naturales y de sus gentes en otros.

Cientos de miles de migrantes mexicanos y centroamericanos hipnotizados por el «sueño americano» cruzaban de todas las formas imaginables entre Tijuana y San Diego. Entre ellos había cruzado furtiva la frontera Menal, la compañera eritrea de Hubert, y había sido, como ella deseaba, arrestada en una prisión migratoria del lado norteamericano. Trump había ido construyendo un muro de cinco metros que se vería, como la muralla china, mil años después, desde la Luna. Además, había aumentado la guardia de fronteras que perseguían con saña a los migrantes que saltaban el muro, animados por el discurso de odio de su presidente. Mientras cumplía condena y se tramitaba su solicitud de refugio como huida de Eritrea y de un gobierno comunista y enemigo del «Tío Sam», Menal fue testigo de cómo miles de niños centroamericanos eran separados de sus padres migrantes y encerrados en jaulas.

Después de sus debates junto a Joseph en la conferencia de la singularidad, Jonay siguió camino en su ruta en bici hacia la frontera sur de California. Conoció a científicos que estaban desarrollando la informática cuántica, con velocidades de hasta mil veces mayores que la binaria, y que acelerarían el paso de la «toma del poder» de la inteligencia artificial. Thanda pensó que la diferencia entre humanos y máquinas era la conciencia de desear por empatía el bien común. El problema no era el aumento de capacidad, y por ello de control, de la inteligencia artificial interconectada a nivel global, sino la atrofia de la empatía y la conciencia humana, centrada en la individualidad, la mitad del mundo por medrar, la otra por sobrevivir. Pensaba como las eco aldeas se estaban poco a poco convirtiendo en «reservas de empatía y conciencia», más necesarias que nunca.

La red de eco aldeas ya contaba con casi quince millones de eco aldeanos en más de cincuenta mil comunidades en casi todos los países del mundo. En el

último año se habían fundado más de diez eco aldeas cada día. Cuando adquirían un grado de «madurez» en el que más de la mitad de sus eco aldeanos adultos habían nacido en la aldea, se ofrecían en apadrinar al menos otra cada año. Los mayores de la eco aldea «madre» convivían un tiempo con los fundadores de la que emergía. Se fueron uniendo eco aldeas en eco islas como Eila y en eco regiones en muchos lugares. Eila seguía siendo una referencia para muchas, con su vida sin propiedades ni jerarquías, y ya había conseguido la independencia de Canarias y de España.

Aimsa terminó su travesía por Siberia en tren, atravesó el este de China donde se adentró en el pensamiento de Confucio, que buscaba la paz y la armonía, pero estructurado en jerarquía y obediencia. Las eco aldeas en China eran perseguidas por desafiar la jerarquía, a pesar de expresar, con la esencia de Eila, el más puro sentido del marxismo en su esencia del compartir. Pudo entender mejor como la mezcla de Confucio y Marx había engendrado un sistema férreo de jerarquía y sumisión y generado un capitalismo feroz casi como sentido existencial. China se había ido convirtiendo en la fábrica del mundo y sacado así a quinientos millones de chinos en tan solo tres décadas, de la pobreza extrema. Sin el progreso de China la media de la esperanza de vida en el mundo sería cinco años menos. Pero tal progreso tenía un alto precio: se había perdido prácticamente la conciencia individual y su expresión en la libertad que pudiera desafiar las jerarquías. La enloquecida fábrica del mundo competía como mayor contaminador con Estados Unidos. Para alimentar a su pueblo se importaba soja transgénica de cultivos que invadían Brasil y Argentina. Con ella se alimentaban miles de millones de pollos cuyas vidas daban energía, quien sabe con qué dolor, a los unos trescientos millones de obreros chinos en fábricas nutridas con el oro negro árabe. Esas fábricas ya no solo exportaban sus productos a todo el mundo sino empezaban a responder a una demanda nacional de consumo creciente. El afán de consumir se había vuelto religión en China, sustituyendo a la armonía de la sencillez de Confucio. Aimsa calculó que, si China progresase hacia el nivel de consumo de Estados Unidos, necesitaría la totalidad del petróleo mundial y se aceleraría el calentamiento a niveles irreversibles en diez años e incompatibles con la vida antes del fin de siglo. ¿Qué podría frenar ese consumo enajenado que, junto a la quema de fósiles, se extendía por todo el mundo, incluido el país de Confucio? Se encontró con una antigua compañera de estudios en Berkeley, Shannon, quien animaba un proyecto de eco ciudad en Huangbaiyu con Bill McDonough. Bill era un arquitecto que junto a un químico alemán llamado Michael, se había hecho conocido por su concepto «de la cuna a la cuna», creando un ciclo continuo entre lo que crear y reutilizar para volver a crear, sociedades sin residuos. Aimsa recordaba cómo entre sus amigos ndebeles nadie necesitó inventar lo que la naturaleza y las comunidades en sencilla armonía con ella llevaban haciendo milenios. Habían identificado hasta treinta mil productos de

consumo humano que podrían ser reciclados constantemente. Intentaban aplicar el concepto en una aldea en la provincia de Beinxi construyendo casas con adobe y tierra compactada, y dando a cada producto de vivienda y consumo un ciclo de «economía circular». Aimsa pensó que esos conceptos seguían anclados en el acaparamiento, el consumo, la urbanización y el mercado, sin la empatía comunitaria, sin la armonía directa con la naturaleza. Shanon estaba pagada por la corporación informática Intel, que por entonces fabricaba los chips para el Pentágono, y Bill trabajaba con Ford, uno de los más grandes contaminadores por autos de combustión, y Nike, impertérrita a las acusaciones de trabajo infantil. No cuestionaban el acaparamiento de unos pocos. Aimsa pensó que solo pintaban ese cáncer de acaparar del color verde, quizás incluso sin emisiones, pero sin la empatía y el amor a la naturaleza bañados en ella.

Llegó a Japón, donde veinte años antes se abrazó a un árbol en Kioto, cuando entristecida e impotente acudió por primera vez como representante de la red de eco aldeas al primer intento del mundo de poner coto a su avaricia de asfixiar al planeta. Habían pasado veinte años y el mundo seguía en su carrera suicida hacia un harakiri sin honor ni conciencia. Solo Europa parecía haber aplanado su curva de emisiones, pero aún a niveles muy superiores al umbral ético que Thanda había calculado en sus modelos matemáticos. Y habían pasado setenta años desde que los americanos lanzaron sus bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki. Aimsa peregrinó por santuarios sintoístas para adentrarse en el sentir de la cultura japonesa. Le dio paz sentir que en aquella forma de vivir no existían textos sagrados, ni jerarquías, ni mandamientos ni sermones. Animaba a la «danza interior» ante la naturaleza, sobrecogida por ella y sus millones de «*kamis*» y en gratitud de ser parte de ella. Todo lo que rodeaba a las personas, árboles, piedras, sonidos, lluvia… eran kamis que tenían un espíritu, *tama*. Durante dos semanas peregrinó por santuarios sintoístas, situados en bellos lugares de naturaleza, en los que un rectángulo rodeado de guijarros inspiraba a conectar con la belleza de la naturaleza y sus buenos espíritus. Sentía cierta inquietud ante la polaridad que muchos sintoístas daban a «*kamis*» buenos y malos. Ella sentía que en todo había un fondo de bondad y plenitud, y de conexión a la energía universal, como en el budismo que le inspiró Sri desde su infancia, pero que ahora en Myanmar perseguía con crueldad a los musulmanes Rohingas. Pareciera que todo lo que tocaba la humanidad lo convertía en jerarquía, en doctrina, en poder de unos y sumisión de otros, en polaridades de buenos y malos, de listos y sabios, de campeones y fracasados… Después de su peregrinaje por el sintoísmo, Aimsa convocó a una reunión de las casi dos mil eco aldeas que se habían ido creando en aquella mágica isla de contrastes extremos entre lo ancestral y lo moderno. Una mujer de noventa años, víctima del bombardeo en Nagasaki y con visibles cicatrices en el rostro, tomó la palabra:

Queridos hermanos en armonía,

Hace hoy ochenta años que cayó desde el cielo un invento de destrucción y quemó mi casa, mi familia, mi comunidad, mi ciudad… y mi vida. Mis padres y mi esposo, que estaban en sus puestos de trabajo, murieron por la onda expansiva. Nunca se pudieron identificar sus cuerpos, entre montañas de miles de cuerpos calcinados. Mi hijo pequeño, a quien estaba dando de mi pecho, murió en mis brazos con horribles quemaduras. Sus gritos de terror durante horas de agonía han permanecido haciendo eco en mi alma el resto de mi vida. Solo sobrevivimos mi hija mayor, que tenía entonces tres años y yo. A los tres años, mi hija desarrolló leucemia aguda por los efectos de la radiación, y murió en pocos meses. Yo no entendía el porqué de tanto odio, de tanto dolor, de las muertes tan tempranas, y, sobre todo, de por qué el destino o quien lo dirigía con sus hilos, quería que yo siguiera viviendo. Mi cara quedó deformada, perdí casi toda la visión, mi garganta se estrechó y me ha impedido tragar otra cosa que líquidos el resto de mi vida y mi cuerpo quedó lleno de cicatrices y nunca más lo ha visto nadie por mi dolor y vergüenza. Pero, sobre todo, durante muchos años no tenía deseo de vivir. Cada noche deseaba dormir hacia un sueño que me llevara a reencontrarme con mi familia. Ese era mi «ikigai», mi razón de vivir: esperar a ya no vivir. Pero volvía a salir el sol y con él mi pesadilla de una vida de dolor, de tristeza, de decepción profunda en la Humanidad y de un vacío insoportable de la ausencia de mi familia salpicado por los gritos de mi hijo. Japón firmó la paz humillado por quienes nos quemaron la vida y se entregó a la tecnología y al comercio, llenando de coches, ordenadores y máquinas el país y exportándolas al resto del mundo, y reconstruyendo desde sus ruinas ciudades con rascacielos donde las personas duermen en cápsulas, viven en pequeños cuartos, se trasladan hacinados en el metro y trabajan sin descanso en las fábricas para exportar máquinas y con ello importar el petróleo árabe, los minerales rusos y el trigo americano, y así seguir alimentando máquinas y personas en su frenética carrera de vivir para producir. Solo en algún descanso durante la semana algunos buscaban un momento para practicar taichi en un parque. Así es el camino de nuestra Humanidad que antes tenía guerras entre naciones y ahora las tiene entre personas, compitiendo por tener, títulos, propiedades y relaciones, olvidándonos de ser. De ser.

Hace veinte años visitó nuestra ciudad un anciano sabio. En un cartel, en la tienda de arroz, que anunciaba una conferencia, vi su imagen. Su mirada era serena y tímida, y llena de luz y de inteligencia. Yo casi nunca miraba a los ojos de ninguna persona. Quizás porque había perdido la fe en los seres humanos. Pero esta vez sentí una extraña confianza plena y acudí a escucharle. Masanobu Fukuoka tenía ochenta y cinco años, y un ritmo sereno, pero profundamente consciente de todo lo que le rodeaba. Explicó la filosofía Wu Wei, el no forzar las cosas, y como en ese sentido de rendirse al ciclo natural de la vida fue desarrollando una agricultura muy diferente a la que le enseñaron como científico. Llevaba setenta años observando los ciclos naturales y adaptando su siembra y su alimentación a ellos. Se preocupaba de alimentar el suelo, o más bien, dejar que se alimentase, sobre todo de la diversidad de bacterias y de plantas. No araba, ni usaba abonos ni fertilizantes, ni eliminaba «malas hierbas» ni usaba ningún tipo de «pesticida», ni podaba. Sembraba las

hortalizas para comer o los árboles para reforestar con bolas de arcilla, hierbas silvestres y estiércol, que llamaba «Nendo dango» y cubría el suelo de restos de las plantas cultivadas en la cosecha anterior que fueron secándose. Después de su conferencia me acerqué y le dije que era la primera vez, desde que la bomba atómica segara mi vida, que sentía emoción. Me invitó a ir a la granja familiar en la isla de Shukoku. Fui para una semana y me quedé diez años aprendiendo de cada uno de sus pasos, su saber, y, sobre todo, su sabio y sereno rendirse a la belleza de los ciclos naturales. En otoño sembrábamos arroz y trébol blanco y cereal de invierno, cubiertos de paja de arroz. Era mágico ver como brotaba en seguida el centeno, la cebada y el trébol. Después segábamos el centeno y la cebada, se secaban sus talos, los trillábamos y esparcíamos la paja sobre los campos, que recibían las lluvias monzónicas de julio y hacían brotar al arroz. Así no teníamos que inundar los campos y el arroz tenía más granos. Vino entonces el gobierno japonés a comprarnos la patente y nos negamos. El conocimiento, como todo en la vida, debe fluir y fertilizarse. Junto a los métodos de Pierre Rabhi, en Argelia, ayudamos a los pueblos somalíes a reforestar sus montes y reverdecer sus praderas secas. El trabajo en el campo no requiere de golpes de azadón hiriendo a la tierra, ni de los yugos de los bueyes hundiendo el arado en sus entrañas. No es necesario ni producir tanto ni comer tanto. Nunca más de lo necesario. Y así el trabajo no era pesado ni penoso. Nos deleitábamos con los olores, con las flores, con los animales retozando, con los sabores, con los sonidos, con la vida… Aprendí de Masanobu, que rehusaba que nadie le llamase ni maestro ni sabio, solo un «observador atento» de la naturaleza, a trabajar en comunidad con la naturaleza, no «contra ella». Vernos como aliados de las plantas y los animales.

Cuando Masanobu falleció, rodeado de amor, con una bella sonrisa y cubierto en sus cultivos, volví a mi barrio en Nagasaki. Tenía que traer aquella luz a la ciudad que aún se lamentaba de las heridas del fuego que mató a más de cien mil personas en un día y más lentamente a otras cien mil por las horribles radiaciones, incluida toda mi familia. Desde entonces es fue mi ikigai, de vida. Congregué a mi comunidad, les conté mi vida tras la bomba y el renacer en Shukoky. Animé primero a los vecinos y luego al alcalde, a un plan de cultivar en sus jardines y en los parques con el ritmo sabio de la naturaleza. Cuando más y más gentes se empezaron a organizar para cuidar de la tierra y alimentarse de su generoso fruto, comenzamos a picar el asfalto para liberar a las calles de la asfixiante capa sobre la que reinaban los autos quemando fósiles. Pero el trabajo era duro, pesado, ruidoso… no podía ser el camino Wei ni Zen hacia la armonía. Fue entonces cuando un joven estudiante de biología llamado Akira sugirió que probáramos a diluir el asfalto con unas bacterias que se utilizaban en digerir los vertidos de petroleros en el mar. Combinamos agua caliente y una mezcla de bacterias que diluían poco a poco el asfalto en un abono natural, que mezclábamos con la arcilla y el estiércol de los caballos que comenzaron a sustituir a los autos. Nació así este eco barrio.

Y así renació mi misión de vivir. Mi ikigai. Con ella, mi sonrisa. Sé que llevo en mi alma a mi familia. Sé que están en la naturaleza diluidos en la energía universal. Sé que me dan luz. Sé que quienes hicieron tanto daño no entendían la belleza de la naturaleza,

la vida, la armonía sin jerarquías ni todas sus expresiones de violencia. Sé que llegará a ellos esa luz. Sé que, al final, todos seremos luz… Quizás siempre lo fuimos… de formas que no entendemos…

Siento gratitud por cada momento de la vida y paz de sentir que me diluiré en toda su belleza, lo hago poco a poco cada día, y la cuido con veneración…

Se acercó un anciano que la abrazó emocionado.

Aimsa sintió una profunda fuerza de esperanza.

LII

SOMOS TODO LO QUE AMAMOS

Ukuzwana, Bulililamangwe, septiembre 2018

Amanecía en la misión de Ukuzwana. Todo parecía alumbrar a un día más. Los gallos comenzaban sus cantos como cumpliendo puntualmente con su responsabilidad. La seca sabana reflejaba el amanecer rojizo, las acacias comenzaban a desvelar sus sombras prolongadas, el ajetreo desperezaba de las casas de los trabajadores, de la parroquia-vivienda de Thandiwe y Marco, de las de los maestros y de la de Patxi y NoLwasi.

Patxi cumplía ya setenta y nueve años. Llevaba casi cincuenta en aquella misión donde había derramado su alma y encontrado la más bella magia de la vida. Tantos años bajo el sol del Kalahari le habían ido provocando cataratas incipientes. El sol había causado estragos en su piel clara y tenía manchas precancerosas por el rostro y la espalda, que Thandiwe trataba con unos apósitos de hierbas. Su cuerpo se había ido encorvando y andaba con un bastón de «induna» que le labró su nieto Félix de una rama pulida de mopane. Siempre llevaba puesta la txapela de su hermano.

Salía Patxi de su casa como cada amanecer hacia la «jacaranda de Nour», que ya tenía más de veinte metros de altura y daba sombra a la parroquia donde ella nació. Allí yacieron los restos de su hermano Haka que él veía convertidos en su fuerte tronco, sus ramas aventureras al aire, y sus flores moradas que ya comenzaban a florecer aquel septiembre, la primavera austral. Meditaba por quienes le derramaron tanto amor en la vida: sus padres, a su manera, su tío Patxi, quien le inspiró el camino del amor, sus hermanos Agustín en el caserío familiar y Haka en su lucha por causas nobles, Anwele quien les guio en lucha contra el SIDA y los prejuicios, John con quien tanto compartió desde lejos por una Humanidad de armonía, y miles de personas a las que le pidieron acompañar en sus últimas horas de esa forma de vida.

Desde aquel día en que con apenas siete años se quedó hipnotizado por la oración de su tío, pasando por su tiempo en el seminario, sus paseos con sotana hablando de paz a los «*gudaris*» vascos, como lo fue Haka, su llegada a la misión, su defensa ante la quinta brigada de Jeremy, sus luchas contra las imposiciones del obispo y los dogmas del Vaticano… y, sobre todo, de la noble y serena mano de NoLwasi… fue transformando su fe en un Dios y un profeta a una serena sensación de un mágico universo en el que fluía el amor que todo lo bañaba y nos llevaba de su estela a otras dimensiones aún sin conocer… La mayor generosidad era diluirse en el todo, sin querer nada para uno mismo, ni siquiera la existencia individual.

Recordaba y casi podía ver y oír, a quienes eran parte central de esa gran familia, y que estaban lejos. Beatriz y Meimuna seguían viviendo en el caserío familiar que era también la casa comunitaria de una bello eco aldea navarra. Jonay seguía estudiando el futuro en las fronteras del saber en California. Joseph se había quedado en el Silicon Valley a trabajar con Musk y Kurzweil en los «bienes públicos globales». Se había unido a él Nothando, quien tocaba el violín en hospitales y prisiones mientras Nayra hacía yoga y respiraciones para liberar el dolor de los marginados del capitalismo. Félix se fue a Cuba para estudiar medicina con Buhleve en la Escuela Latinoamericana de Medicina. Nour combinaba trabajos de cine y de causas sociales en América, con cuidar de la reserva de Mustang en White Lake. Adam, junto a Cassie, viajaban por Europa haciendo fascinantes vídeos de naturaleza con un dron que ingenió Joseph. Unai avanzaba en sus estudios de nutrición en Cuba con Thanda, quien animaba, en complicidad con Buhleve y Elías, la transformación del marxismo comunista hacia la visión de Eila, en comunidades de armonía humana y natural. Sentía como un inmenso regalo como sus casi ochenta años de vida se habían bañado entre tantos maravillosos seres humanos. En todas las personas, hasta en Jeremy y en quienes expresaban odio y violencia, veía una mirada de ternura por la que hablaba un alma sedienta de amor. Lo veía en los animales, los árboles y hasta los *kopje*s.

Estaba en sus pensamientos cuando se acercó NoLwasi.

- *Livukile Baba*. (nos hemos despertado al día, Padre)

- ¿Sabes lo que pienso, NoLwasi?

- Dime.

- Que «no hay nada que no quiera amar».

Volvieron juntos hacia el porche de su casa donde desayunaron juntos. En ese momento vino una joven que les preguntó con cierta angustia si Patxi podía ir a acompañar en su trance final, como era su deseo expreso, a su anciano abuelo. Vivían en Mayobodo, a unos quince kilómetros. Llevaban varias semanas sin combustible para la pick up, pues el país, con una inflación extrema y billetes de «billones de dólares» sin apenas valor, apenas podía importar petróleo. Ante esa

situación la joven dijo que un «scotch car» tirado por un burro de un familiar iría a su encuentro. Patxi quiso iniciar el camino para encontrarse con el carrito y NoLwasi le acompañó. Siguieron caminando todo el trayecto, casi cuatro horas. Supo luego que el scotch car pinchó por un enorme pincho de acacia. El ardiente sol del Kalahari y el haber completado la marcha inesperada sin agua dejó a Patxi agotado. A pesar del cansancio, al llegar al *kraal* dio todo su cariño y ternura de su alma al anciano en su lecho, y a toda su familia en su aflicción. Tan solo su presencia y su dulce mirada y suave voz aliviaba a las familias y disipaba las dudas de que las almas transitaban a la energía que bañaba todo. A la vuelta, ya en el scotch car reparado y bajo una lluvia que bendecía los secos campos donde ya comenzaba a brotar el sorgo, Patxi se sintió mareado y sin fuerzas. Se fue recostando en el regazo de NoLwasi, su fiel compañera.

Al llegar a la casa, NoLwasi pidió ayuda a Thandiwe y Marco para llevarle a Patxi en brazos hasta la cama, pues apenas podía moverse. Thandiwe le notó muy deshidratado, con signos de hipoglucemia, y la tensión muy baja. Le puso un suero intravenoso y se quedó, junto a NoLwasi, al lado de su querido padre.

Patxi fue perdiendo la conciencia, y apenas abrió los ojos a media noche para mirar a su compañera de vida y a su hija Thandiwe, recordando cómo acompañó a su madre en su abrazo final de la vida. Las dos le abrazaron con profundo amor. No podían imaginar que tal fuente constante de bondad pudiera alguna vez apagarse. Patxi, con su último hilo de energía las miró con la más profunda ternura y les dijo:

- *Ngiyalithanda mama wami, umntwana wami*… (en ndebele: os doy las gracias, madre mía, hija mía…).

NoLwasi se acostó a su lado y le abrazó por la espalda. Su rostro se recostó en su cabellera plateada y su pecho desnudo a su espalda, acoplando cada respiración mientras sus brazos le cubrían el pecho con calor y paz. La respiración de Patxi se fue apagando mientras NoLwasi sintió por un momento el profundo deseo de irse con él, con sus padres, con Masora, con Anwele, dejarse llevar por el mágico mundo espiritual que vivía dentro de ella.

- Estaré siempre en ti, estarás siempre en mí… mi compañero del alma…

- *Jangoiko Naivadu* (en vasco: si Dios quiere…)

Fueron las últimas palabras de aquel maravilloso ser humano que alumbró un rincón del mundo con tanto amor durante más de medio siglo. En torno a él y su visión del amor, más allá de las fronteras de las religiones y otras supuestas verdades, de las jerarquías y otras supuestas fronteras, fue creciendo una familia de almas valientes por todo el mundo.

NoLwasi pidió quedarse abrazada a su amado hasta que cayera el sol e ir lavándole, dando el último masaje con aceite de sésamo, contándole todo lo que

sentía por él, quizás hasta algunos sentimientos que no le había compartido antes, aun si ya no le contestara…

Además de Thandiwe y Marco, llegaron Helen y Félix desde Bulawayo. Cientos de personas de los *kraals* cercanos fueron llegando. Cantaban con los profundos mmmmm zulúes la melodía que Nothando hizo de los versos de Jonay a la muerte de su padre. Al caer el sol habían venido gentes de todo Buliliamangwe y de otras zonas de Matabeleland y de la red Sibithanda. Fueron entrando las mujeres y los niños en la «casa de todos», como llamaba Patxi a la antigua Iglesia, y quedándose los hombres fuera cantando su profundo sentir. Llegaron mensajes de la gran familia por el mundo.

Beatriz, ya con más de noventa años, dijo desde el caserío familiar en Navarra, que su «Anaya» (hermano) fue quien le inspiró a salir de las tinieblas.

Jonay, desde California, escribió que desde que se unió a Patxi en Ukuzwana hacía ya más de treinta años, nunca dejó de sentir su luz, y sabía que seguiría siendo siempre así.

Joseph escribió diciendo que su madre se fue a un mundo de ternura que le mostró Patxi, el mismo que siempre conoció en él como su padre y guía.

Nothando le mandó una melodía con su violín, que tocaría el resto de su vida conectando con la bella alma que acogió con Jonay y NoLwasi a su madre y luego a ella como una hija.

Thandiwe dijo que no podía entender como la marcha de su padre no le hacía sentirse ni triste ni huérfana, sino plena de gratitud y luz.

Adam escribió expresando que su padre Patxi siempre estaría en el fondo de su corazón y que ya le sentía en todo el universo que le rodeaba.

Unai sin embargo sintió una profunda tristeza de no poder volverlo a ver físicamente y dijo que le buscaría en sus recuerdos y sus sueños pues aún necesitaba su mano.

Aimsa les compartió a todos que, en nombre de la red de eco aldeas espirituales, la espiritualidad fue inspirada por aquel ser de luz, que ahora brillaba desde las estrellas… aunque, como decía Jonay … faltarían estrellas para evocar tanto amor.

Y Thanda, desde Cuba, les escribió diciendo que al poco de morir su padre de sangre, había marchado Patxi, su padre espiritual, de quien nunca olvidaría su constante ternura, quizás la mayor fuerza para hacer fluir valiente el amor, Ternura y Valentía.

Le enterraron junto a su hermano abrazando las extensas raíces de la jacaranda del nacimiento de Nour. Muchas personas dejaron escritas palabras de recuerdo y gratitud hacia Patxi, en piedras que fueron dejando alrededor de la «casa-de-todos».

NoLwasi dijo unas palabras:

Nuestro Sindisabantu (el que salva a la gente) se ha ido al mundo de los espíritus, desde donde nos seguirá mandando su luz,

Jonay, ulibona, le dijo a su padre al irse que «faltarán estrellas» para entender y recordar tanto amor que le dio,

Thandabantu, ulilapa, cuando se fue su padre le cantó que su luz le une al universo,

Hoy quiero recordar la vida de este buen hombre que quiso dar su corazón a quien lo necesitaba, cada día de su vida. Patxi nació en un caserío vasco, un kraal en las montañas del norte de un país lejano llamado España, donde la naturaleza rodeaba una vida sencilla. Su tío era sacerdote, una forma de Nyanga, y le inspiró a buscar en la vida de Jesús, las claves de la vida con amor. Así siguió sus pasos e ingresó en el seminario de los jesuitas, una escuela de Nyangas que leen mucho, donde estudió filosofía, intentar entender la vida, y teología, intentar entender a Mkulumkulu. Le enviaron a la misión de Empandeni a enseñar la vida de Jesús y poco después pidió venir a esta misión, que estaba en ruinas desde un incendio diez años antes. Eso ocurrió hace cuarenta años, a la mitad de su vida. Patxi encontró aliados en el sueño de construir un lugar donde todas las personas encontraran abrigo a sus tristezas, alivio a sus dolencias y compañía en su soledad; donde todos pudieran colaborar en solidaridad para justas causas. Yo le conocí unos años después y nuestras almas quedaron trenzadas para siempre. Eran muy diferentes el lugar donde nacimos, el color de nuestra piel, la espiritualidad y la cultura, la comida, la lengua… y todas esas diferencias las diluyó el amor, la complicidad de nuestras almas que vibraban juntas en las alegrías y las tristezas, en los sueños y en los temores. Sentíamos que uno al lado del otro dábamos un pleno sentido al existir y juntos de la mano nos sentíamos fuertes ante cualquier desafío. Levantamos en comunidad treinta kilómetros de palos y cables para tener electricidad. Se construyó el centro de salud y la escuela, y la Iglesia en la que reunir a la comunidad para sentir y vivir el amor entre todos. Patxi defendió a la comunidad de la quinta brigada, de imposiciones injustas del gobierno o del obispado, y fue creando un lugar de amor sin jerarquías. No le gustaba ser jefe de nada sino servidor de todos. Acudía a celebrar la vida y a acompañar la muerte allá donde le pidieran. En los kraals más lejanos o en medio de los campos y bosques. Aprendió a implorar a mkulumkulu y nuestros antepasados por las lluvias y las plagas. Con Jonay, ulibona, se convirtió el centro en hospital y el almacén en quirófano. Con Anwele luchamos todos contra el SIDA, y con Thanda, ulilapa, comenzamos a dar esperanza de vida. Su hermano Haka luchó contra las redes del mal que abusaban de los niños huérfanos del SIDA. Nacieron nuestros hijos Adam y Unai, que se unieron a nuestros hijos adoptados Joseph, Thandiwe y Nothando, quienes como tantos miles en nuestra tierra perdieron a sus padres, y tantos cientos más que siempre tuvieron en casa y la misión su hogar… A Jonay y Thanda le siguieron Buhleve y Elías, y ahora Thandiwe y Marco… La vida con Patxi fluyó en el amor. Se opuso a las jerarquías y verdades únicas como las del obispo y el Vaticano. Y con John inspiró a miles de eco aldeas de todo el mundo en la espiritualidad en armonía con la naturaleza, que cada día nos revela el milagro y la belleza de vivir. Desde que nos abrazamos bajo una tormenta hace

treinta y cinco años, no nos separamos ni un día. Ayer, abrazada a su cuerpo ya inerte, sentí un profundo deseo de viajar con él al universo de los espíritus… Pero también sentí que él me pedía que siguiera manteniendo viva la llama del amor de nuestra misión.

Obaba, omama, obudi, odade, onmntwana wami… (padres, madres, hermanos, hermanas, hijos…), muchos de vosotros sentisteis la ternura de Patxi acompañándoos en los momentos más difíciles, en las dudas más oscuras, en los temores más fríos, y celebrasteis con él los momentos de gozo y esperanza.

Hoy es un día de tristeza por no tenerle con su sonrisa y el calor de su abrazo, pero lo es también de alegría y gratitud por haber tenido tanto tiempo su luz, y por seguir sintiéndola por siempre.

Patxi me enseñó que «somos todo lo que amamos, y así ya no hay final…». Es así que le siento en mí, y estoy en él, unidos en el universo, sin fin.

Entonó, con los mmmm que tanto emocionaron siempre a Patxi, el ya himno de Jonay y Nothando…

«… faltarán estrellas… para ver en ellas todos los recuerdos. que sembramos juntos… que dejaron huella… en nuestros senderos…»

Cuando NoLwasi volvió a su casa, vacía de Patxi, sintió una profundo y gélido vacío en su corazón. Algo le hacía verse pronto reunida con Patxi, pero a la vez le inundaba un vértigo … como cuando Masora sintió su llamada a irse con Mandhla. Necesitaba dar el relevo de su saber… de su misión…

LIII

HUMANIDAD CRUEL

Nueva York, diciembre 2018

La Humanidad avanzaba en su saber desde los aceleradores de fusión de hidrógeno intentando imitar al sol, la nanotecnología con cristales que estudiaban y modificaban moléculas, las técnicas de silenciar genes y editarlos, las sondas espaciales de China al lado oscuro de la luna y americanas a Marte, a un meteorito y hasta el espacio interestelar, la detección de ondas gravitacionales de neutrinos que emanaban de fusiones de agujeros negros desde los que los agujeros de gusano conectaban posiblemente a multiversos…

La capacidad del hombre de imaginar y dibujar en su abstracción frontal su realidad era fascinante. Como lo era su perversión en llevar ese conocimiento a un mundo jerárquico de miedos y poderes.

Acababa un año convulso con Trump amenazando cada día al mundo desde sus twits arrogantes. Se unió la llegada al poder de un «Trump-del-Sur», Bolsonaro, en Brasil. Continuaba el sufrimiento de la guerra de Siria, campo de batalla entre los grandes poderes por el control del petróleo. Europa se desgarraba con el Brexit y la desUnión insolidaria ante la migración de quienes huían del desastre climático y de las bombas, en buena medida causadas por quienes cerraban sus fronteras. En China y en Rusia Xi Jinping y Vladimir Putin se alzaban como presidentes-de-por-vida. Las Naciones Unidas discutían sobre el desastre climático, la necesidad del desarme nuclear y la defensa de los derechos humanos, sin apenas influencia alguna en una Humanidad que seguía avanzando firme hacia su suicidio y ocasionando el injusto biocidio de gran parte de la vida en el planeta.

Joseph y Nothando emprendieron su vuelta hacia su anhelado Ukuzwana con el sentimiento de vacío de la marcha de Patxi y el profundo deseo del reencuentro con NoLwasi, quien había quedado casi sola, junto a Thandiwe, en seguir manteniendo la bella luz de la misión. Joseph vendió su prototipo monoplaza solar a SpaceX y con ello construyó un avión solar de cuatro plazas

para emprender su larga marcha parando en eco aldeas y llevando eco aldeanos a conocerse y compartir, como la polinización de abejas y los movimientos migratorios de aves que observaban fascinados.

Jonay y Aimsa, tras sus viajes por California y por Japón, se encontraron en Portland e inciaron un regreso de cinco mil kilómetros en cien días en bici, durmiendo en eco aldeas y proponiendo una estrategia de «objeción fiscal» por la que se autodeclaraban no-contribuyentes a la industria y estructura militar del país. Estudiaron minuciosamente los impuestos directos e indirectos que contribuían a la máquina de guerra imperial y evitaban los pagos de impuestos salvo los relativos a los impuestos locales para financiar la salud, protección social y educación. Idearon la estrategia con Noam Chomski, a quien visitaron en su nuevo puesto en la universidad de Tucson, Arizona, y con quien sentían una gran complicidad. Ya eran más de un millón de eco aldeanos en casi tres mil eco aldeas por todo el país. El impacto sería simbólico, pero podría resonar en ciudades e incluso estados del país a dejar de contribuir a muros, armas y muertes en todo el mundo.

Nour les esperaba en la reserva de caballos salvajes en White Lake. Habían pasado diez años desde que les dijo a sus padres que no quería seguir ahogando su corazón y encarcelando su mente en la escuela de Brooklyn. Con sus padres y con gentes maravillosas que descubrió por el mundo, y sobre todo a través de su propia observación, imaginación y hasta sueños, había aprendido a construir su propio hogar, preparar un huerto en permacultura, construir un velero, identificar más de quinientas especies de plantas, utilizar más de cien de ellas como medicinas, conocer más de doscientos tipos de animales y aprender a comunicarse con unos cincuenta, aprendió de la intriga del poder mundial y de la espiritualidad con su madre Aimsa, del cuerpo humano y la armonía de la salud con Jonay, Buhleve y Thandiwe, de la conexión con los antepasados con NoLwasi, de la religión con Patxi, de la armonía con la naturaleza con John y Umbela, de cómo funciona el cerebro y como editar bellos vídeos con Adam, a escalar y de la nutrición con Unai, de la ingeniería con pocos medios con Joseph, de la música con Nothando, de la economía con Moyes, de la equidad y la justicia con Thanda, de la vida en los océanos con Cassie, de la historia por los relatos que dejó Haka y muchas más ideas de mucha gente que encontró navegando el atlántico, cabalgando por América y Europa, caminando y observando en cientos de eco aldeas y hasta en las ciudades enloquecidas de Nueva York, París, Londres, Los Ángeles, Tokio, Ámsterdam… donde fotografiaban su belleza y ella podía transmitir mensajes de armonía, de denuncia ante la perversión, y de lucha contra ella, como en el movimientos¡ «*Black Lives Matter*» con el que se alió con pasión. ¿Qué hubiera sido de tal caudal de fuerza y luz si se hubiera limitado a los estrechos canales de la escuela de Brooklyn?

Fue creando un santuario de caballos en unas tres mil hectáreas de una zona montañosa protegida de West Virginia. Traían caballos heridos, viejos, enfermos y rescatados de ser sacrificados, además de Mustangs salvajes extraviados. Ya vivían en la reserva más de diez mil caballos, mil de ellos habían nacido allí, en libertad. Nour se construyó una cabaña donde vivía parte del año y cabalgaba su yegua favorita, Rasta, entre las manadas que les seguían libres. Había conocido a algunos jóvenes, como un francés Paul, con quien convivió un corto tiempo, pero pronto sentía que su libertad era más sagrada que el sentirse acompañada. Su alma libre y valiente no aceptaba ninguna rienda ni espuela, como a ella le gustaba cabalgar, solo agarrada a la crin, dejando que el caballo pusiese la dirección y el ritmo, y acoplándose a su mágico y poderoso ritmo. Y así vivía, entregada sin miedo a la vida, sintiéndola sin barreras, confiando en las aventuras que se presentaban, y sintiendo con pasión el paso del tiempo, el viento al cabalgar. El alma de Nour nunca sería encarcelada en ninguna jerarquía, ni etiquetada por ninguna supuesta «verdad».

Sintió que ningún país del mundo ni ningún tratado de Naciones Unidas protegía a los animales del-daño-del-hombre.

Se alió con una organización en Virginia, cerca de la reserva de caballos salvajes, llamada *People for Ethical Treatment for Animals*, para investigar los tratos crueles de las compañías a las que ciegamente compraba la sociedad enajenada del consumo. Lograron introducirse en uno de los laboratorios de IAMS, empresa adquirida en 1999 por Procter & Gamble, e hicieron fotos de los horrores a los que sometían a los «animales de experimentación». Luego descubrieron como Nestlé Purina Petcare, gigante del negocio mundial de «comida para perros», que además trituraba los cuerpos de otros animales, ceguera o hipocresía del supuesto «amor a los animales» en la sociedad de consumo, experimentaba en un complejo ubicado en Saint Louis, Missouri, cerca de la sede de Monsanto, con más de mil perros y gatos con torturas espantosas. Para lucrarse del creciente negocio de comidas para perros con insuficiencia renal, de tanto nitrógeno por ingesta de restos de otros animales sacrificados, inducían fallos renales en perros para después experimentar su cura con una dieta baja en proteínas que comercializaban con fotos de amor a las mascotas. Promovieron boicots contra el consumo de productos de esas compañías e industrias del horror, con poco seguimiento de la sociedad, ignorante del dolor que había detrás de lo que compraban ciegamente e incluso conmovidos por fotos de afecto a cachorros blancos de retriever.

El artículo segundo del decálogo de Umbela, referencia para las eco aldeas y adaptado en la constitución de Eila, sí lo hacía:

«cada vida, humana, animal y vegetal, es única y sagrada, concentra toda la magia y belleza del universo, y en cada una de ellas vivimos todos. nacemos, crecemos, sentimos, sufrimos, gozamos, morimos, todos en cada uno de nosotros. profesamos, pues, veneración por

la vida que engendra y alimenta la madre tierra, y nos entregamos a la armonía entre todos los seres vivos, respetando todas las vidas por igual, que llamamos armonía».

Sin embargo, veintitrés años después de escrito el decálogo, fuera de las eco aldeas la vida animal se maltrataba, humillaba y asesinaba sin sensibilidad alguna al dolor animal. Nour calculó en más de ciento cincuenta mil millones de vidas animales sacrificadas para capricho humano cada año, unas veinte al año por cada persona, algunas tan grandes como una vaca, otras, dos terceras partes, peces capturados en el mar. Cada humano comía de media más de mil quinientos animales a lo largo de su vida. Seres vivos eran sacrificados para la nutrición cada segundo por lo que Nour llamaba «la triple perversión»: sin necesidad, sin conciencia y sin compasión.

No era necesario: el diez por ciento de los humanos era vegetariano y en ellos no era menor la esperanza de vida. Los más de veinte millones de personas viviendo en eco aldeas demostraban armonía natural y social, con bienestar y tasas de mortalidad menores que las comunidades circundantes no ecológicas, en todas las edades. Con su hermano pequeño Unai, Nour había investigado los efectos de la carne y los derivados, incluidos los lácteos, en el cuerpo humano: producía enfermedades crónicas, agotamiento del corazón por hipertensión y del riñón por sobrecarga de urea e inflamación intestinal por la lactasa. Había suficientes hectáreas arables en el mundo, más de diez mil millones. Con tan solo mil millones, una décima parte de ellas, podía comer sano toda la humanidad si al menos un diez por ciento de la población se dedicase a cuidar de la tierra con esmero, sin maquinas que hiriesen los suelos ni químicos que los envenenaran. Con Thanda y su pasión por los números heredada de su padre, había calculado y redondeado que, con el diez por ciento de las tierras, cuidadas por el diez por ciento de la humanidad se podría aumentar el diez por ciento de la esperanza de vida. Otro diez por ciento de las tierras en zonas residenciales. El resto de los bosques, sabanas, montes, pantanos y manglares para la flora y fauna libres y su constante fluir en biodiversidad, con fertilización cruzada por aves, insectos, abejas y microorganismos con los cultivos humanos y así con sus floras intestinales, que la clonación y la química de los cultivos industriales estaba convirtiendo en desiertos de biodiversidad, espejo de los suelos que arrasaba.

No era consciente: menos del diez por ciento, de nuevo número constante, de los seres humanos y su afán «asesino» de otras formas de vida, habían mirado, ni una sola vez, a los ojos de los seres que otros mataban por ellos. Solo veían el envase con imágenes de animales vivos y hasta felices y la carne en sus platos, y en guisos en los que menos del diez por ciento -de nuevo- venía del cuerpo sacrificado, pues la mayoría era sazón de especias y sus aceites aromáticos, propios de la vida vegetal. La ausencia casi total de conciencia del alimento animal que comían, convertía a la mayor parte de los humanos, carnívoros, en seres no-libres, pues cometían el acto más cruento, acabar con otras vidas, sin conocimiento de

su dolor. Como seres-no-libres, seguían inercias de costumbres que llamaban «culturas» con arrogancia antropocéntrica y etnocéntrica. Eran manipulados por el poder de la industria ganadera y su vínculo con el poderoso capital financiero y sus tentáculos en todos los gobiernos el mundo. De hecho, con su madre Aimsa, reflexionó en otro efecto que no solo anulaba sino también invertía la conciencia: cuando los animales intuían su muerte cruel, liberaban cortisol y adrenalina por su sensación de terror. Mientras agonizaban, el dolor invadía su cuerpo de otras sustancias aún no conocidas y se contraía en formas moleculares que eran ingeridas por el «asesino pasivo». Quien las consumía no veía el dolor de su demanda de tan masivo horror diario causado por el hombre. Aimsa estaba convencida que dicha ingesta constante «de dolor» hacía a las personas más agresivas y más insensibles al sufrimiento ajeno. Con Thanda, analizó datos, gráficas y mapas demostrando que las sociedades más carnívoras en la historia habían sido las más agresivas e imperialistas.

No era compasivo: la mayoría inconsciente del inmenso dolor por no verlo ni, cobardemente, querer verlo. No sentía compasión por no ver, ni oír, ni sentir los gritos y miradas de terror de lo que luego sería un sabroso alimento en su plato. Era además tan caprichosa la ceguera insensible humana que según culturas sentían ternura por unos animales y total insensibilidad por otros. Le intrigaba a Nour como podía ser tan cruel menos del uno por ciento de los humanos, que estaba en contacto cotidiano con la muerte animal a través de la pesca, los mataderos, la caza o incluso el «entretenimiento» de la muerte animal como las corridas de toros. Habló con pescadores, matarifes, cazadores y toreros. Ninguno de ellos pensaba que los animales que mataban sufrían. Era tan intensa su exposición a la muerte animal, los pescadores de más de cien vidas ahogadas en aire al día, los matarifes de unas cincuenta; que su umbral de sensibilidad se había saturado y no veían, o su consciente o su inconsciente buscaba todo tipo de justificaciones o mecanismos de evasión, en su quehacer, ninguna responsabilidad ni efecto de sufrimiento. Era el extremo de la inconsciencia. Buscó personas que habían dejado esa actividad por haber sentido el dolor animal, y encontró testimonios estremecedores del dolor animal en su camino al matadero, de la angustia de los peces buscando agua que respirar al ir ahogándose fuera de él, de los gritos de las vacas al ser arrancadas de sus terneros, de las máquinas tenebrosas que degollaban gallinas, pavos y conejos, o que incluso detectaban pollos machos que eran triturados por inútiles para la puesta de huevos. Ese era el sufrimiento de la muerte, quizás solo una parte del sufrimiento de la vida esclava de animales engordando para su destino cruel o dando leche o huevos, hacinados y alimentados con transgénicos y hormonas para producir a un ritmo cien veces mayor el natural hasta que, ya inservibles, eran, como los demás, sacrificados. ¿Cómo podía el ser humano ser sordo a tan inmenso e innecesario sufrimiento animal?

Con cineastas y fotógrafos que conocían la fuerza de su mirada, Nour preparó una campaña contra el sacrificio de veinte millones de pavos en la fiesta americana de Acción de Gracias y un mes más tarde para el tiempo de Navidad, de nuevo, y en nombre de «la religión del amor», paradójicamente la más carnívora, alertar del sacrificio de cientos de millones de corderos, cerdos, peces, mariscos y tantas vidas que «adornaban» las mesas de la «celebración del amor».

Un día, esperando a hablar con matarifes en un matadero a las afueras de Nueva York, pudo mirar, a través de las rendijas de uno de los remolques de madera que traía ganado hacinado para su cruel destino, en los ojos de una vaca. Compuso una linda canción que Jonay y Notando acompañaron al violín desde lejos:

Miraba yo en su pupila, su pupila me miraba
suplicaba intranquila, el alma me atravesaba…

Con su brillo rezumaba, una profunda emoción
su frágil temblor clamaba, suplicaba compasión…

Del azabache hacia fuera, vi un bello campo de miel
me habló de forma sincera, me contó su sino cruel…

Rodeando al terciopelo, reinaba un campo de sal
y se reflejaba el cielo, en lágrimas de cristal…

Sentí ese hondo lamento, de su alma martirizada
un suspiro rasgó el viento, me atravesó cual espada…

Así pude yo sentir, de aquel vagón criminal
una súplica decir a toda la humanidad:

Yo también sé qué es amar, por ver mis hijos crecer
por sentirme acompañar, por ver otro amanecer…

Es posible imaginar, esta es mi proposición
la humanidad sin matar, cual sea la condición…

Ellos también sienten amor, temor y dolor
es muy triste que alimenten nuestro afán depredador…

Yo cómplice no seré del sufrimiento animal
y así lo denunciaré aun me llamen radical…

También así les llamaron, y no es clamar virtud,
a quienes entonces se alzaron contra la esclavitud…

Lo digo con todo respeto, sé que cambiar de costumbres
no será por un decreto que dicte «comer legumbres»…

Solo te pido conciencia y que antes de comer carne
tengas la honesta prudencia de saber lo que ello esconde…

La campaña de Nour y de muchos otros, y el ejemplo de las eco aldeas espirituales, a pesar de las campañas manipuladoras y difamatorias de la billonaria industria de alimentos animales y de las amenazas telefónicas que sospechó venían de «*Total Inteligence*», fue aumentando la proporción de personas que se iban haciendo vegetarianas y veganas y sentían ternura por las múltiples y bellas formas de vida del planeta que clamaba armonía.

LIV

LA VUELTA A LA EDAD MEDIA

San Francisco, abril 2019

Nayra llevaba ya dos años y medio en Berkeley, lejos de Thanda. Sus encuentros del primer año en Cuba fueron frecuentes pero breves, aprovechando sus viajes por trabajo colaborando con el documental de Hubert, «Epicentro». El segundo año, triste por la marcha del padre de Thanda, fueron siendo menos frecuentes, y ya el tercer año apenas se habían podido encontrar. La distancia dolía, sobre todo a Thanda, quien se fue quedando solo en la linda casa de Miramar. Pero el amor prevalecía. Y una ilusión sin claro horizonte pintaba un hogar lejano entre brumas que el destino se empeñaba en nublar.

Había cambiado varias veces de empleos y de casas para poder dar a sus hijos un humilde hogar en un barrio afluente de Berkeley, donde estar cerca de sus padres y desde donde sus hijos pudieran ver a menudo a su padre e ir a escuelas públicas sin drogas ni violencia.

Paradójicamente el casi único servicio público gratuito del país, la educación, era el gran machete que rasgaba el tejido social con cicatrices de hondas desigualdades. Los barrios ricos tenían escuelas con padres que donaban para inversiones complementarias, organizaban viajes y actividades, y atraían profesores con sólidos currículum bien adoctrinados para bien adoctrinar (educar: «engordar al ganado») en la filosofía del sueño americano: compite por ser billonario; la traducción capitalista de la «búsqueda de la felicidad» de la constitución «We the People…».

La red de compañeros de escuela-bien y de universidad-de-élite (la primera división: Ivy league) era más importante para subir la pirámide social que el saber o el esforzarse, y por supuesto mucho más que los valores de solidaridad y bien común que restaban puntos para subir la cruel escalera social. En contra, los barrios pobres tenían escuelas con muchas familias disfuncionales y madres solteras que no podían ni comprar los libros o mandar a sus hijos con comida sana, mucho menos organizar viajes o competiciones deportivas. Allí medraba la violencia

y la droga, atraían a profesores sin posibilidades en los colegios-bien y salvo algún héroe de «rebelión en las aulas», iban claudicando a un sistema de violencia, exclusión y fracaso escolar. La «búsqueda de la felicidad» era en esos ambientes un «big mac» viendo un partido de futbol americano o un reality show alternando con sermones de sectas, publicidad engañosa o discursos políticos manipuladores. Así discurrían vidas para engordar, hacerse hipertensos, diabéticos, medicarse, perder autoestima, dormir mal, tomar hipnóticos y antidepresivos y en algún momento tener una urgencia médica. Si sacaban la cabeza del desempleo y carecían de Medicaid, recibirían facturas médicas que solo podían pagar renunciando a la hipoteca de sus casas. Muchos iban quedando a merced de las calles de los sintecho y las limosnas cristianas, los «charities» y las fundaciones de los billonarios que evadían así impuestos para perpetuar la pirámide de la injusticia.

Nayra tomaba el Bart y observaba la mayoría de las miradas fijas en móviles y algunas mirando perdidas al vacío, sin mirar. No conseguía cruzar su mirada con ninguna mirada extraña. Al llegar a la estación de La Misión veía jóvenes vagar arrastrando sus pasos, mirando al suelo, sin fuerzas ni para bracear en tal vagar sin rumbo. Solo impulsados hacia la próxima dosis.

Trabajaba en una fábrica de artesanías locales y cuando no salía muy tarde iba a la Plaza Mint donde su hermana Dorothy vendía flores en un pequeño quiosco, cual Mary Poppins, en el medio de los rascacielos de los grandes poderes digitales del mundo, Google, Facebook, YouTube, WhatsApp, Instagram, AirBnB, Amazon y Uber, entre otros. Entre fortunas multimillonarias y teatros y museos, por el barrio de Tenderloin se derramaban jóvenes tendidos sobre las frías y grises aceras mientras aplacaban la furia de sus síndromes de abstinencia de los opiáceos que había ido tomando el control de sus vidas.

Otras calles de San Francisco y de todas las ciudades del país, se iban llenando de tiendas de campaña con finos nylon hechos en China. Albergaban a miles de sin-techo que el sistema escupía de su loca carrera de competir para gastar. El diez por ciento, que ganaba casi mil dólares al día en los negocios de manipulación-digital-mundial, inflaban un mercado inmobiliario inaccesible para los que trabajaban aún con el sudor de su frente.

Nayra paseaba por aquellas calles tristes de dolor y marginación mientras camellos en cada esquina le ofrecían «*girl*» (cocaína) o «*boy*» (heroína), para fumar en piedra o inyectarse en las venas. El camino al infierno había empezado para muchas de aquellas almas años atrás en alguna consulta médica en que se empezaron a promover los tratamientos con opiáceos para traumatismos, operaciones o dolencias de cualquier tipo. Tras unas semanas, unos pocos dejaban de tomarlos. Pero a menudo las dolencias se hacían crónicas a la vez que la dependencia de aquellas drogas se adueñaba de sus cuerpos. Sin poder acceder a más recetas, los pacientes buscaban perpetuar el efecto y evitar el «mono» de la abstinencia con la compra de pastillas en el mercado negro. Eventualmente calmaban la abstinencia con la heroína que venía ilegal desde las amapolas de Afganistán o cada vez más,

por el acecho americano a los talibanes, de las montañas del Estado de Guerrero en México. Llegaba a través de los cárteles mexicanos de la droga que disputaban su poder con los colombianos, repartiéndose los mercados de la cocaína y la heroína del gigante del norte. La droga legal llevaba a la ilegal. A menudo la heroína se sustituía por el fentanilo, un anestésico que empezó a invadir las calles. Hasta un millón de adictos inhalaba o se inyectaba en sus casas, oficinas, fiestas o, más y más, en las calles y bajo los puentes. Cada año morían entre doscientos y trescientos jóvenes por sobre dosis en las calles de San Francisco, casi uno cada día. Nayra llevaba en su bolso jeringuillas del «*needle exchange programme*» (programa de intercambio de jeringuillas), y un spray nasal de naloxona para reanimar a jóvenes que por sobredosis dejaban de respirar.

Doscientos dólares al día para el oxígeno químico que se convertía en su razón de existir. Unos la compraban con sus sueldos, otros con lo que conseguían robar, incluso a sus propias familias, cegadas sus conciencias por la ansiedad constante de no dejar de consumir. Muchos de los hombres adictos se hacían camellos de la misma droga que les consumía y muchas de las mujeres se prostituían. La fiscal del Estado, Kamala Harris, hija de inmigrantes caribeño y tamil, endureció sin piedad las penas para aquellos delitos de necesidad. Algunos de ellos acababan en el «*death row*» esperando la ejecución de su pena de muerte. Casi mil sentenciados a morir, en su mayoría chicanos o negros, esperaban más de diez años sin saber si al día siguiente los llevarían a la horrible silla eléctrica. Dos años antes el juez Courtney argumentó extrema crueldad en tan larga espera y sentenció la abolición de la pena de muerte en California. Nayra participó en manifestaciones y, por *change.org*, en peticiones para apoyar tal abolición. Dos días antes del plazo de hacer ejecutiva la abolición, la fiscal Kamala Harris apeló dicha sentencia y la esperanza de aquellas mil personas de permanecer con vida se esfumó. Volvieron a la más cruenta espera. Al lado de los más fascinantes avances del conocimiento prevalecían prácticas cruentas medievales.

Desde el principio del siglo las sobredosis habían matado a más de cuatrocientos mil jóvenes en el país, en su mayoría blancos de clase media que empezaron consumiendo pastillas de oxicodona o similares. El gobierno americano luchaba contra los carteles de la droga y las plantaciones de coca en Colombia y amapola en Guerrero, pero toleraba las drogas legales de las grandes corporaciones farmacéuticas.

Nayra empezó a tirar del hilo de aquella madeja del horror. Casi todas las grandes corporaciones farmacéuticas que había investigado Jonay, con quien fue haciendo un mapa del negocio del opio legal, vendían opiáceos. Pagaban a médicos sobornos en dinero o en forma de viajes y hoteles de lujo durante congresos médicos vendidos al negocio de la vida, para animar más y más prescripciones de opiáceos para cualquier causa y grado de dolor. El año anterior habían conseguido vender en el país catorce mil millones de pastillas, mientras se enriquecían y cotizaban al alza en Wall Street. Una de ellas, Purdue Farma, era propiedad de la

multimillonaria familia Sackler. Nayra había participado ya en la lucha contra la publicidad que indujo al consumo y muerte por tabaco, y que llevó a juicios por los que las grandes tabacaleras tuvieron que pagar más de cien mil millones. Pero en aquellos casos menos del 3% de las multas fueron a ayudar a las víctimas y sus familias o a luchar contra el consumo. La mayor parte fue a tapar a agujeros fiscales, a gastos de abogados y a compensaciones que volvían a los dueños del capital que se iba transformando en otras formas de consumo tóxico, como alimentos o drogas. En este caso tenía que conseguir cambiar las reglas del juego. Hablaron con las redes que lucharon contra Welcome en el SIDA y Gilead en la hepatitis C y diseñaron una estrategia: convertir a las empresas privadas de daño público en empresas públicas de bien común.

Aliada con Jonay, Aimsa y Thanda, y con redes de activistas y abogados por todo el país, Nayra hizo un listado de hasta dos mil grupos de afectados en torno a comunidades, ciudades, asociaciones de pacientes y «charities». Pusieron una demanda conjunta a Purdue Farma. Los abogados de la empresa ofrecieron un acuerdo de doce mil millones, que aún dejaba a la familia Sackler, con unas cien mil muertes inducidas por su negocio con el opio legal, con una fortuna de varios miles de millones, con una cláusula de no poder volver a ser acusados, y sin pisar la cárcel. De nuevo era más fácil pisar la cárcel por robar para comer que por matar para enriquecerse. Además, las cárceles de los pobres y adictos que escupía el sistema, ya privadas, eran también propiedad del capital que mantenía la pirámide con pendientes cada vez más empinadas y escurridizas por las que más y más caían de la clase media del mítico sueño americano, a la rueda enloquecida de trabajo y deudas, y, eventualmente, a la ruina y desesperación.

Al menos el arreglo le sirvió a Nayra y su red para establecer un mecanismo de revertir por las multas una compensación a las víctimas y un mecanismo de bien común: la empresa se convertía en una «corporación beneficiente pública» bajo en control de tres fideicomisarios.

Siguieron con la todopoderosa Johnson & Johnson, cuyo CEO, Alex Gorsky, ganaba más de veinte millones al año, casi trescientas veces el sueldo medio, y por su distribuidora McKerson, cuyo presidente John Hamergan había ganado más de ochocientos millones desde el cambio del siglo con el negocio que había matado a casi medio millón de personas.

Con la ayuda de Thanda y sus fórmulas de equidad, Nayra interpuso en las demandas sanciones fiscales según las diferencias salariales, para que revirtieran los fondos en empresas públicas de biotecnología para el bien común, y con diferencias salariales de un máximo de siete veces más el que más que el que menos, como apuntaban los modelos éticos de equidad de Thanda. La medida no sentó jurisprudencia pues Trump, que ganaba unas cinco mil veces al día que la media de sus empleados, la bloqueó en la Corte Suprema, que estaba a sus órdenes y a las del gran capital, el verdadero presidente oculto de aquella nación decadente.

Al día siguiente, en la fábrica, mientras revisaba unas cuentas, un hombre entró y aprovechó un descuido para llevarse su cartera, con sus documentos y el salario de la semana. Nayra lo notó y lo persiguió por las calles de la misión. Su cuerpo, atlético de correr cada mañana y elástico por el yoga al despertar, se acercó al joven que corría con el botín. No sentía miedo por ir persiguiéndole entre callejones frecuentados por jóvenes adictos entregados al crimen para sobrevivir. Intentó darle alcance, pero desapareció entre los callejones. Volvió con los puños cerrados de rabia y la mirada nublada de dolor de sentir tal mundo injusto. Su frágil equilibrio salarial para sacar adelante a sus hijos, con algo de ayuda de Thanda a quien apenas podía ver para vivir su profundo amor, se lo llevaba otra víctima más de la red de la droga en la que unos se enriquecían y otros se hundían. Unas horas más tarde un joven con aspecto de dormir en la calle entró en la tienda y le devolvió la cartera y le dijo:

- A nuestra hermana no le hacemos daño.

Ese día, al volver hacia Berkeley en el Bart, paró en la estación central de Oakland y fue caminando los cinco kilómetros hasta Berkeley. Veía tiendas de personas sin techo bajo los puentes, cruces de carreteras, las medianas de las calles y los parques, hasta el People's Park. Cientos de tiendas de personas y familias sin hogar, treinta años después de que Aimsa conociera a Sally y en cuyo recuerdo donó un banco en el famoso parque que decía: «*En tu recuerdo Sally, si hay un mundo mejor, tu mereces entrar la primera*».

Siguió caminando por las calles del centro de Berkeley, con tiendas aquí y allá, unos jóvenes con miradas ausentes pidiendo dinero, otros con actitud astuta ofreciendo «*boy or girl*». En medio de tal miseria, pasaban autos lujosos que compraban en tiendas caras y se dirigían a casas de más de un millón de dólares para volver al día siguiente al trabajo en que los ejecutivos y genios de la informática seguirían tejiendo la madeja digital del consumo, la comunicación, y las noticias, todos ellos anzuelos bien diseñados por el poder.

Nayra había leído esos días a Umberto Eco y sentía que las tinieblas de la Edad Media volvían reencarnando los leprosos en adictos, los señores feudales en especuladores financieros, las pestes en sobredosis y SIDA, y la inquisición en la religión ciega del consumo, salvo que quien fuera hereje de este tiempo, no se quemaría en la hoguera sino en el fuego en las venas tumbado en un callejón de Tenderloin o en alguna prisión bien gestionada por los feudos del siglo XXI.

LV

HOGUERAS DE VANIDADES

La Habana, junio 2019

Desde la marcha de su padre, Thanda se había ido quedando solo en la gran casa que le cedía el gobierno por su rango de «ministro consejero». Ni sus padres llegaron, ni Nayra y los chicos, ni Adam y Cassie se quedaron a convivir. Mientras tanto, Unai, afectado por la muerte de su padre, se había ido relacionando con el grupo de jóvenes privilegiados de la cercana escuela internacional. Thanda veía con preocupación cómo las redes del privilegio de expatriados y de las élites cubanas iban enredando el noble corazón y raíz valiente de Unai. Y sentía con tristeza como ese mundo le iba distanciando del amor paternal y la bella complicidad con la que comenzaron su aventura en Cuba.

La madre de Thanda, su hermana Lourdes y su sobrina y ahijada Celia viajaron a La Habana en diciembre del 2018. Era la primera Navidad con el eco del vacío de su padre y el reencuentro fue muy emotivo. Los padres de Thanda estuvieron siempre apoyándole en cada etapa de su vida, y más aún en los momentos más tristes de su desgarro familiar. Sin embargo, durante casi cinco años en México no se animaron a visitarle pues su madre temía una «última despedida» de su hermana en Ciudad Juárez. Ahora les recibía con emoción en su hogar en Miramar, a donde llegó también Nayra. Sentía que el hogar que había preparado tenía por unos días el calor de la familia. Después de las celebraciones de la Nochevieja fueron, según la tradición, a echar flores al mar desde el malecón, recordando con profundo cariño a su padre.

En los meses siguientes la distancia de Unai, quien a menudo se ausentaba varios días y fue dejando el entusiasmo en los estudios y en convivir con Thanda, se hizo más dolorosa. El día que en Cuba se celebraba el día del padre Thanda fue invitado a la casa de Pedro, quien celebraba con su hijo José llegado de Holanda una complicidad que sentía se iba deshilachando con Unai. A su vuelta, ya de noche a la casa, vio que habían llegado varios coches y un camión. El jardín estaba lleno de gente y habían instalado un carril para cámaras móviles de cine. Había mucha gente en el porche hablando alto, botellas de ron y varias personas

en torno a un ordenador discutiendo acaloradamente. Todos parecían ignorar su presencia. Era como si hubieran tomado la casa. Unai salió a su encuentro diciéndole:

- Se me ha ido de las manos, papi.

Así le llamaba y Thanda sentía el más profundo cariño paternal que ahora estaba hirviendo en furia.

- No te preocupes, hijo, yo te voy a sacar de esta red que está royendo tu alma.

Al entrar en la casa vio ropas tiradas por toda la casa y más botellas de ron. Salió de nuevo al porche y gritó:

- ¿Quién es responsable de esta invasión sin respeto?

Una señora de edad media se levantó y le dijo:

- Yo, Thanda, gracias por dejarnos la casa.

Era la madre, canadiense, de un chico del grupo que, Thanda temía, embaucaba a Unai en vidas sin rumbo. Había movilizado a sus amigos y a un equipo de cine profesional para filmar, en el lindo jardín de la casa de Thanda y Unai, un clip musical de rap con el que esperaba que su hijo tuviera miles de «*likes*» en las redes y siguiera la estela de un famoso adolescente canadiense y millonario llamado Justin Bieber, ejemplo de la hoguera de vanidades que envolvía la vida virtual y vacía de compromiso con la justicia y la solidaridad que tanto necesitaba un mundo entregado al consumo enajenado.

En ese momento Thanda vio que los focos de la filmación apuntaban a una chica que estaba semidesnuda y atada a una rama del flamboyán con manchas ficticias de sangre.

Sintió, como decía la canción de Silvio: «*en mi sábana blanca, vertieron hollín, han echado basura, en mi verde jardín*».

A la señora y a todos gritó:

- ¡Paren ahora mismo toda la filmación, borren todo lo que han grabado y váyanse de esta casa o llamo a la policía!

Se dirigió a la madre y al chico protagonistas de aquella «invasión» y les dijo, junto a Unai que entraran en la casa. Unai lo miraba entre avergonzado y temeroso de la reacción enfurecida de Thanda.

- Entrad en la casa. Quiero haceros unas preguntas.

Una vez en la sala y mientras el resto del gran grupo que había invadido su hogar solitario empezó a recoger e irse, Thanda les dijo.

- Unai me dijo que quizás grabarían algo de música con un amigo. Eso es diferente a invadir una casa con camiones, cine profesional y cien personas sin respeto alguno a este hogar.

La madre intentó explicar:

– Contratamos al equipo de cine como regalo de cumpleaños de mi hijo, pero no estaban haciendo un buen trabajo.

– No se trata de si te gusta lo que estabais haciendo mientras invadíais nuestro hogar sin escrúpulo ni respeto. Pero además os voy a hacer una solo pregunta: ¿habéis utilizado armas, de verdad o imitación, en esta filmación?

El chico, mirando al suelo asintió.

– Tráemela ahora mismo.

El chico trajo un arma de plástico. Thanda pudo imaginar el vídeo que estaban grabando con escenas de violencia y erotismo, machismo y vanidad. Impregnaban millones de vídeos de música y de vídeojuegos en las redes. En honor a su nombre, verdaderamente enredaban las mentes y vidas de miles de millones de jóvenes en el mundo.

Thanda le miró al chico a los ojos, ignorando las explicaciones de su madre:

– Deshazte de ese símbolo de cobardía, dolor y muerte. Dime: ¿tú has estado en alguna guerra?

No.

– ¿Tú has visto morir a personas asesinadas?

No, tampoco.

– ¿Tú has visto morir a alguien de hambre?

No…

– ¿Tú sabes cuánto daño estás haciendo y te estás haciendo por jugar con imágenes de muerte, por hacer música con mensajes machistas y de violencia, sin saber nada de ello? Una buena parte de la juventud, sin nortes nobles en sus vidas de dirigir su libertad al bien ajeno, estáis hundiéndoos en lenguajes obscenos y violentos, hedonismo de imágenes y «likes», afán de fama y de riquezas en un mundo en que la mitad no consigue tener derecho a una mínima vida sana sobre la que construir sus sueños de felicidad.

– Gracias por tus palabras, Thanda –dijo la madre.

– Quiero que limpiéis todo y os vayáis. Mi consejo es que salgáis de esa red de absurdas y vacías vanidades. Estáis a tiempo. Tenéis toda una vida por delante para llenarla de sueños lindos desde la naturaleza más profunda del alma. La que despierta la conciencia, y pone toda la fuerza y valentía hacia, con ternura, ayudar a los que lo necesitan. No la de adular a quienes se creen superiores ni intentar emularles en ese espejismo de éxito y placer tan fugaz como injusto. El mundo necesita un ejército de jóvenes, no con armas de fuego sino con ideas nobles para desenredarnos del consumo y de la destrucción de la naturaleza. Precisa de valentía para caminar hacia un mundo de armonía como el de las eco aldeas espirituales.

Thanda les regaló su última copia de Valentía y Ternura. Cuando todos se fueron, le dijo a Unai:

–Voy a dormir, hijo. Limpia todo. Mañana hablamos.

Thanda no pudo dormir. Pensó que hizo lo justo, pero a la vez sintió que quizás era demasiado vehemente, casi arrogante con sus ideas. Exigía un eco de ellas en quien le rodeaba sin escuchar otras formas de ver y de vivir la vida. ¿Quizás por ello se había ido quedando solo? Sintió un enorme deseo de abrazar a Unai, encerrado en su cuarto, a sus hijas que se comunicaban muy poco con él desde sus vidas aburguesadas en Madrid, a Adam y a Nour, a Nayra, a su madre… y, sobre todo, aún más lejos, a su padre, a quien cantaba su «no entiendo» con lágrimas del dolor-de-la-soledad.

Unos días más tarde, Unai decidió seguir sus estudios en Barcelona, donde consiguió que le convalidaran las asignaturas que había estudiado en La Habana. Aducía, no sin razón, que los estudios que había seguido en Cuba estaban orientados a la industria alimentaria, relacionaban los alimentos con la economía y no tanto con la salud. Además, el sistema de «pensamiento único», marxista-revolucionario, a pesar de sus innegables valores de justicia, no le dejaba espacio de pensamiento libre y de debate.

Thanda sabía que, en el fondo, Unai necesitaba un espacio propio donde ser él mismo, equivocándose si era preciso, explorando mundos desconocidos y buscando su propio camino. Temía que su actitud radical y militante con las ideas de justicia social lo volvían poco tolerante y se hundía en la soledad de su soberbia, aún preñada de pensamiento ético y compromiso social. ¿Soberbia? ¿Quizás acusaba a otros de quemar su alma en vanidades, pero lo que veía era su propio espejo de vanidad por su soberbia de creer sus ideas como justas frente a un mundo en el que solo sabía ver tinieblas? ¿O era otra vez la trampa de su codificación católica en la culpa lo que le hundía en dudas de sí mismo?

Unos días más tarde Thanda fue a otro de los conciertos de barrio de Silvio Rodríguez. Una joven muy menuda, le saludó y le preguntó por Unai. Le había conocido en los primeros meses en que Thanda y Unai vivían con sencillez y profunda complicidad en la casita de El Náutico. Dijo que no volvió a saber más de él. Thanda le contestó que «estaba de viaje». Pensó para sí mismo, que era «un viaje en busca de su alma». Silvio tocaba como casi himno final su «Ojalá» y, como todo el barrio congregado, Thanda y la amiga de Unai cantaban «… *ojalá pase algo que te borre de pronto… para no verte tanto… para no verte siempre… en todos los lugares… en todos los rincones…*». Los dos lloraban de emoción por un duelo compartido desde diferentes dimensiones. Y es que su amor por Unai era inmenso y el vértigo de su distancia lo sentía ya como un gélido y profundo vacío.

Se despidió de Unai en el aeropuerto de Varadero tras visitar al mejor amigo de Unai en la universidad, Marcos, quien también sentía su alma desgarrada por la marcha de su mejor amigo.

Unai siguió valiente su camino.

LVI

EL ESTADO DE SITIO

Cuba, septiembre 2019

Thanda volvió de otro verano acompañando a su madre. Le hubiera gustado que ella volviera con él a Cuba para evitar el frío invierno en España o que se trasladase a vivir con sus hermanas. Pero la frenética vida de las grandes ciudades abocaba a más y más soledad y ella no quería apartarse de su entorno. La vuelta a la casa de La Habana fue triste, ya sin la presencia de Unai, aunque llevaba ya un tiempo antes muy ausente del hogar. Su amigo Marcos venía a menudo a verlo y juntos compartían el vacío doloroso que les causó su partida y su preocupación pues se fue con uno de los chicos de la élite consentida, con valores muy diferentes a los que sabían latían en el noble corazón de Unai.

Un viernes por la tarde, mientras conducía absorto en sus pensamientos hacia un concierto de su amigo Tony Ávila, al atravesar Calzada con Avenida de los Presidentes, no vio cómo se cruzaba delante del coche una moto y, aunque a muy baja velocidad, la moto acabó debajo del pick up y el motorista en el suelo doliéndose de una pierna. Thanda sintió una culpa indescriptible por haber hecho daño a una persona. Nunca había golpeado a nadie en su vida, llevaba casi treinta años sin comer carne y hasta caminaba con atención para no pisar hormigas en las calles, parques o en el campo. En unas décimas de segundo, mientras paraba el motor y salía rápido para atender al herido, pensó en lo macabro del destino que, aún con su escrúpulo empeño constante de no hacer daño, un segundo de despiste había ocasionado un accidente que bien podría haber sido mortal.

Al salir del coche notó que ya se había ido arremolinando una multitud alrededor del coche y la moto. Recibía cientos de miradas inquisidoras. El hombre atropellado estaba levantándose del suelo y doliéndose de una pierna. Al acercarse Thanda a ofrecerle ayuda, el hombre herido hizo un ademán con el brazo derecho como si quisiera golpearle. Thanda reaccionó muy sereno diciendo que lo sentía, que no le vio, quizás por el ángulo muerto de la esquina del parabrisas

delantero y que nunca le había pasado. Le dijo que era médico y podría explorarle para evaluar si tenía algún daño severo. El hombre se fue tranquilizando y aunque solo parecía tener rasguños en una pierna y un brazo, un taxi se lo llevó al hospital para que le hicieran radiografías.

Un policía motorizado llegó a los pocos minutos y le pidió la documentación a Thanda. Su estatus diplomático complicó todo pues había que llamar a unas brigadas especiales. Como hasta que no llegaran los especialistas de atestados no podían mover el coche, la moto seguía aparatosamente encajada debajo del parachoques delantero. Se fueron arremolinando más y más curiosos alrededor y Thanda oyó a algunos preguntar:

- ¿Lo ha matado el yuma (extranjero)?

Fue notando como las miradas inquisidoras se tornaban en acusadoras. En ese momento llegaron dos personas de un edificio cercano que albergaba el Ministerio de Relaciones Exteriores y se presentaron como compañeros del hombre al que Thanda había atropellado. Sabían del compromiso de Thanda por Cuba y lo tranquilizaron diciéndole que todo se arreglaría. Al rato llegó de vuelta en un taxi Carlos, el accidentado, quien le dijo a Thanda que las radiografías eran normales.

Mientras esperaban la llegada de la policía de atestados internacionales y completaban su parte del accidente, fue entablando una interesante conversación con los tres funcionarios cubanos:

- Carlos, espero que el dolor te dure poco, que arreglemos los daños de la moto pronto, y que no me guardes rencor. Es la primera vez que me pasa algo así tras casi cuarenta años manejando en muchos países. De verdad, hermano, lo siento en el alma.

- No te preocupes, Thanda, los accidentes ocurren, sé que no hay en ti mala intención, pero pon más atención, ¿de acuerdo?

- De acuerdo. Tienes toda la razón. Asumo mi culpa. Te ruego disculpas.

- Sabemos de ti, Thanda. Nos consta que estás intentando ayudar a Cuba.

- Gracias por decírmelo. Amo a vuestro país y admiro las ideas de la revolución.

- Te diré que lo primero que pensé al ver la placa diplomática es que eras un agente norteamericano, pues yo sigo nuestras relaciones con Estados Unidos en el Ministerio y en verdad las cosas están muy tensas. Aunque en seguida pensé que, si me quisieran hacer daño, esa sería la última y más burda forma de hacerlo.

- Y cuéntame, ¿cómo van las relaciones con ellos? Supongo que muy difícil con Trump.

- Así es. La historia es larga. Desde el principio de la revolución no han dejado de hostigarnos. cPrimero bombardeando e invadiendo Playa Girón. Tal ha

sido nuestra resistencia no violenta siempre que pudimos, que en aquel momento intercambiamos a sus mercenarios por papillas de frutas para niños.

Thanda pensó en ese gesto noble de no encarcelar a quienes incluso habían intentado matar y someter al pueblo cubano, y cambiarlo por lo más necesario, la nutrición de los niños. Fidel había anunciado, en los días tensos que precedieron a Girón, «el carácter socialista» de la revolución y poco después comenzaría la campaña de alfabetización. Por aquel tiempo estaba naciendo Thanda bajo un régimen fascista español, anclado en la jerarquía católica de la culpa y el tabú a la sexualidad, títere de Estados Unidos por las migajas del Plan Marshal, y donde las jerarquías de la nobleza y los poderosos, de comunión diaria, mantenían a un pueblo ignorante y manipulado por el terror a los ateos rusos comunistas, y sus amigos cubanos.

–Y dime, ¿cómo después de Playa Girón siguieron obsesionados en haceros daño?

– Así es, Thanda, llevamos casi sesenta años de constante asedio. Empezaron con ataques terroristas de la CIA, en todas las formas imaginables. Comenzaron con la operación «Peter Pan» en la que aterrorizaban a padres para que enviaran a sus hijos a Miami. Así salieron más de diez mil niños que en su mayoría nunca más verían a sus padres. Después no solo derribaron el avión de nuestros atletas en Barbados o intentaron asesinar a Fidel cientos de veces, sino que introdujeron plagas en los cultivos y pestes en el ganado. En total, con la desclasificación de documentos que hace el gobierno americano, se han documentado más de tres mil muertes en más de seiscientas acciones terroristas. Y no hay ninguna persona detenida por todo ese daño. Los asesinos se pasean ufanos por La Pequeña Habana en Miami.

– ¿Y cómo fueron intentando asfixiar vuestra economía?

– Después de la CIA, hacia los años ochenta, el mando de la agresión contra Cuba lo centralizó el Departamento de Estado, y a menudo su «brazo humanitario» de USAID. Comenzaron la guerra psicológica a través de Fundaciones como Ford y Rockefeller, ONGs como Freedom House y el National Endowment for Democracy, organizaciones religiosas, pretendidos académicos, grupos profesionales y de juventud, infiltrándose en Cuba incluso como grupos de izquierda y hasta comunistas. No han dado tregua en sus ataques a través de conferencias, becas, premios, literatura, música, cine, prensa, cómics, programas de televisión que se emiten desde Miami y estaciones de radio como la reencarnación de Radio Europa para la subversión de Europa del este, luego convertida en Radio América y otras como La Cubanísima, Fabulosa, Mambí, Caimán y radio y TV Martí. Año tras año, día tras día, no cesa la incesante difamación e insulto, Thanda.

– Ahora entiendo que cuando nos veis como extranjeros nos miráis con sospecha por si somos de ese complejo entramado empeñado en acabar con la

revolución. Y que el nombre «ONG» e incluso «cooperación» os despierte cautela cuando no rechazo.

– Así es, hermano. Hasta que descubrimos que hay buenas personas como tú, comprometidas a tratarnos con respeto, a colaborar en el bien común, mutuo y del mundo.

– Por eso estoy aquí, Carlos. Pero cuéntame, ¿cómo se organiza el bloqueo económico?

– Es también una larga historia. Desde 1917 la ley de «Comercio con el Enemigo» impide en Estados Unidos intercambios económicos con países considerados enemigos. Cuba no ha dejado de serlo desde 1961, tras el triunfo de la revolución y la victoria en Playa Girón. Ni siquiera en los ocho años de Obama, el que más declaró la necesidad de «normalizar» las relaciones. En el año 1996, durante el gobierno demócrata de Clinton, se aprobó la Ley Helms Burton que no solo impide las relaciones comerciales de norteamericanos con Cuba y permite reclamar propiedades requisadas a ciudadanos norteamericanos después del triunfo de la revolución, sino que multa a empresas de otros países que comercien con Cuba o tengan relación con la lista de las propiedades expropiadas.

– Así es, Carlos. A pesar de que la Unión Europea amenaza con represalias de requisar propiedades de empresas americanas si se multan por esas razones a empresas europeas, varias empresas y bancos europeos han sufrido esas multas. Como tienen grandes negocios con el mercado estadounidense, aceptan llegar a un acuerdo, más bien chantaje, y pagarlas, como hace poco mil millones de dólares por el banco BNP francés.

– Estados Unidos sigue dominando el comercio y las finanzas internacionales, Thanda. A pesar de tener una deuda inmensa, de casi diez billones de dólares, cuarenta mil dólares por americano, una buena parte en Letras del Tesoro compradas por China, sigue dominando la economía mundial, controla las operaciones bancarias y financieras. Y cuando no lo consigue por su poder especulativo, usa el poder militar.

– Y ahora Trump endurece todas esas medidas.

– Así es: busca todo tipo de excusas, hasta se han inventado unos «ataques sónicos» a su embajada y a la de Canadá, que nadie entiende y a nadie más le ha pasado, ocultan sus datos, todo parece otro montaje para difamarnos. Con eso y sus constates críticas a nuestro sistema socialista de justicia social por encima del enriquecimiento de unos pocos, como es su forma de pensar, está restringiendo viajes, el envío de remesas, bloqueando navieras y aseguradoras de los petroleros que traen energía y hasta medicamentos y ayuda humanitaria.

– Cada año la Unión Europea y todo el mundo salvo Israel, a la merced de Estados Unidos, votamos en contra del bloqueo, Carlos.

– Sí, pero ¿de qué vale? Estados Unidos no comercia con Cuba, lo cual ya de por sí limita muchos productos necesarios y más baratos por estar más cerca. Pero el resto del mundo ejerce un bloqueo pasivo financiero pues por temor a represalias sus empresas no vienen, sus bancos no prestan, y los pocos acuerdos de inversión, a menudo no se concretan.

Ya llevaban dos horas de animado debate y de creciente sintonía, y se fueron animando otros compañeros del cercano Ministerio de Relaciones Exteriores y viandantes «ilustrados». Hasta Thanda llamó a Pedro para contarle lo ocurrido y, conociendo a los funcionarios implicados, Pedro les habló del compromiso de Thanda con Cuba. El retraso de las brigadas de atestados mantenía el pick-up de Thanda en la mitad de la Avenida de los Presidentes en su cruce con Calzada con la moto bajo las ruedas delanteras. Como un tiburón captado infraganti devorando a un pez pequeño. Ya se había ido disipando la multitud que rodeo el incidente al inicio. Le fueron preguntando a Thanda sobre su vida, sus empeños por Cuba y su opinión, y se fue estableciendo una hermosa complicidad a pesar de surgir todo de un desafortunado accidente. Qué hermoso el poder de convertir lo negativo en positivo, pensaba Thanda.

Unas seis horas después llegaron las brigadas con sus cámaras de fotos, cintas de medida y formularios para los implicados. Se pudo levantar «la escena del crimen». Thanda aparcó la pick up, agarrando con unos alambres las luces y parachoques delantero, descolgados por el golpe. Acompañó a Carlos con la moto inutilizada hasta el aparcamiento cercano del Ministerios de Relaciones Exteriores.

Thanda les invitó a todos a cenar un día en su casa para seguir la agradable tertulia.

En los días siguientes llamó cada día a Carlos y a su esposa para saber de la evolución de las heridas, que fue mejorando. Se preocupó de los trámites del seguro para que se pudiera arreglar la moto. Se enfrentaría a una de tantas contradicciones del sistema en Cuba: Thanda pagaba el seguro obligatorio en euros convertidos en CUCs al monopolio cubano de seguros, cuyo perito tardó un mes en ir a ver la moto y otro mes en liquidar la estimación de la reparación, con un pequeño detalle: mientras la estimación se hacía en CUCs, el pago se hacía en CUPs, de valor veinte veces menor e inútil para comprar cualquier pieza importada, como eran la mayoría de las necesarias en automoción. Ese precio simbólico que recibían las instituciones al cambio, y del que también se beneficiaban en las importaciones, mantenía una economía ficticia y subvencionada que estaba a punto, pensó Thanda, de colapsar. Como la acción del seguro no ayudó en casi nada, tuvo Thanda que pagar de su bolsillo las reparaciones e incluso conseguir piezas que fue trayendo en sus siguientes viajes a Europa.

Un mes después, ya con Carlos totalmente recuperado de sus heridas, Thanda invitó al grupo de funcionarios de Relaciones Exteriores que conoció por el

accidente y a sus esposas a una cena en su casa. Invitó también a Pedro y Susy, quienes los conocían. Pedro, muy buen cocinero, preparó una lasaña vegetariana y Thanda un postre de frutas, además de conseguir una botella de vino de Rioja para celebrar la recuperación total de Carlos. Todos se sintieron en un mágico reencuentro pues se conocían del tiempo de sus estudios en el INRI (Instituto Nacional de Relaciones Internacionales), cuya residencia para becarios era la casa asignada a Thanda en Miramar.

La tertulia los llevó a seguir analizando la situación de Cuba y las oportunidades para el futuro. Thanda había ido sintiendo ya tras dos años en Cuba, contradicciones que quería, muy diplomáticamente, poner sobre la mesa.

- Compañeros, gracias por venir. Siento, Carlos, de nuevo, mi irresponsabilidad que resultó en que te hiciera daño y entorpeciera tu vida y tu trabajo. He intentado ayudarte y así lo seguiré haciendo. Lo siento de verdad.

- Descuida, Thanda -bromeó Carlos-, con una cena así cada viernes, ¡en un año se me olvidará lo sucedido!

- Siempre seréis bienvenidos a esta casa que es más vuestra que mía, y que me han cedido mientras dure mi trabajo en cooperar con Cuba. Quería preguntaros algunas cuestiones sobre los desafíos que tiene Cuba, con total sinceridad y aprecio. Por favor disculpadme si en algo estoy mal informado.

-Adelante, Thanda, sabemos de tu buena intención. Que no es así en todos los diplomáticos. Ten cuidado en cómo nos apoyas, Thanda, puedes durar poco.

Varias personas, incluido Pedro le habían dicho lo mismo. Thanda hablaba de lo que pensaba sin temor, incluido de la hipocresía de Europa y sobre todo de Estados Unidos de abanderar los derechos humanos. Defendía las ideas de la revolución en cuanto a la justicia social, a veces en acaloradas discusiones con algunos diplomáticos que no salían de su burbuja de expatriados.

- Lo sé. Pero siempre he seguido mis ideas, las he expuesto con sinceridad, pero también con humildad, y me he opuesto a cualquier tarea que esté en conflicto con mis principios de un mundo justo que respete los derechos universales y proteja a la naturaleza. No me importará nada dejar mi empleo mañana mismo si me obligan a ignorar mis principios.

Thanda lo dijo con el corazón. Realmente había momentos en que sentía una necesidad imperiosa de dejar de pertenecer a una jerarquía tan rígida. Tan sumisa a la superioridad. Tan ausente de espacio para el pensamiento libre. Tan arrogante en defender a Europa como el modelo de desarrollo y de libertad y democracia tras haber colonizado con la espada y la cruz. Todo ello tras haber contaminado los cielos y haber mantenido privilegios anacrónicos del sistema político y financiero global. Ahora protegía sus fronteras de los privilegios de una

economía básicamente especuladora con las materias primas de los países más pobres y sus fábricas en otros países algo menos pobres.

Pero, así como el capitalismo adolecía de ética global, el sistema en Cuba tenía fallos que no podía dejar de exponer.

- Compañeros, sabéis que reconozco bien los fallos sociales, económicos y ecológicos del sistema capitalista y en ese reconocimiento me acerco a Cuba, con humildad, para aprender mutuamente. Dejadme empezar por la base de la sociedad: el contrato social. Yo creo, como Rousseau, en la naturaleza de bondad en el hombre. Lo digo sin predicamento teológico, más bien por lógica darwiniana de instinto gregario de supervivencia y pensamiento de energía cuántica que libera energía en forma de amor. Aunque la relación entre energía y amor no suene a «física seria».

Thanda había hablado mucho con Aimsa de esa relación entre cuántica y amor, que se entendía mejor desde el budismo que desde el cristianismo antropocéntrico.

- Es un buen supuesto, Thanda, aunque no esté probado. Sigue por favor -dijo otro de los contertulios.

- El contrato social consiste en que cada persona, libremente, aporta a la sociedad y recibe de ella en retorno. Aquí siento una sintonía grande en el contrato social justo que defendía Marx, en equidad, «aportando según su capacidad y recibiendo sus según necesidades».

- Así es. Se vuelve a reforzar ese principio en la nueva Constitución en Cuba, que reconoce su base marxista.

- Bueno, con todo respeto, yo tengo mis dudas sobre las teorías marxistas en el momento actual.

Thanda notó que la crítica al marxismo no era bien recibida en muchos círculos en Cuba. Como no lo era la crítica al cristianismo o al mercado libre, ambos muy de la mano contradictoriamente, en Europa. Durante décadas las críticas al marxismo venían del capitalismo imperialista. Thanda intentó explicarlo con lógica humana y desmarcándose de cualquier sospecha de apología del capitalismo:

- Si bien el análisis de Marx sobre el capital era muy cierto en su época, su propuesta entonces fue la revolución del proletariado para adquirir los medios de producción y socializar la riqueza. Todo ello es impecable en la lógica de la ética distributiva, pero falla en una base fundamental, a mi entender.

- ¿Cual es, Thanda?

- Todos esos conceptos se anclan en un modelo de sociedad que está como grabado en nuestro esquema mental, temo que incluso condicionando por nuestra epigenética: el estado nación.

– Bueno, sin un tamaño social suficiente no es posible mantener una actividad industrial que es la que ha permitido doblar la esperanza de vida en dos siglos, ¿no es así?

– No estoy seguro de ello. Cierto que, desde los coches y carreteras, los barcos y aviones y puertos y aeropuertos, electrodomésticos y computadoras, los equipos médicos y quirúrgicos, y hasta los textiles y alimentos, se fueron produciendo a escalas nacionales. Se transformaron así los talleres a las fábricas de carbón y vapor primero, y los maestros de oficios a las universidades. Con ello se multiplicaba la escala de producción y se mejoraba el acceso a los bienes. Vino después la extracción del petróleo y los motores de combustión con los que se fue pasando a una escala supranacional y una explosión del comercio global. Los estados nación se anclaron en los conceptos feudales de poder señorial, matizados por las ideas libertarias del siglo XVIII y las escalas de producción nacional del siglo XIX. Ya en el siglo XX las grandes producciones internacionales empezaron a dominar los mercados nacionales, se fueron independizando las colonias y languideciendo las metrópolis. Los últimos intentos de supremacías nacionales llevaron a guerras mundiales y a la fundación primero de la Liga de Naciones y luego de las Naciones Unidas. La economía, cada vez más globalizada; y la política, supuestamente basada en los derechos universales, iban cuestionando el concepto de fronteras, pero aún sigue firme en nuestras mentes. Además, surgió otro imperio muy ligado al movimiento global y dominante del capital: el de Estados Unidos, que mezcla de forma aparentemente incoherente un nacionalismo excepcionalista, a menudo mesiánico, con un culto al capital sin barreras. En el fondo, las fronteras no protegen valores ni lenguas ni tradiciones, sino el privilegio de unos sobre otros.

– No creo que se pueda equiparar el estado-nación capitalista e imperialista al socialista-internacionalista y liberado del imperio, además sin fronteras naturales, solo limitado por nuestras costas al mar. Es esencial que entendamos la historia para entender dónde estamos.

– Sí, son historias diferentes y concepciones diferentes de estado-nación-mercado y estado-nación-socialista. Pero fue sobre todo la ambición expansionista y el dominio de los recursos naturales los que llevaron a una guerra fría entre el capitalismo y el comunismo y a estar a milímetros de una tercera guerra mundial, esta vez nuclear y apocalíptica. El capitalismo venció en los mercados al comunismo y Rusia mantuvo la férrea jerarquía marxista, pero abrazando el capitalismo en la competitividad y el consumo. Cayó el muro de Berlín y China despegó. Su comunismo también abrazó al capitalismo, pero con un sistema de control del mercado absoluto. Mientras en Rusia la esperanza de vida, sobre todo en hombres, caía diez años en los 90, la de China subía casi en igual medida y en el mismo tiempo. Rusia prosperó económicamente en parte por su petróleo y Chi-

na por su ingente población y estructura y disciplina productiva que la convirtió en la fábrica del mundo. Esos grandes poderes pugnan realmente por recursos naturales baratos y estables para alimentar sus sistemas de consumo y el supuesto bienestar de sus ciudadanos. Pero realmente son los poderes económicos de las transnacionales y el sistema financiero quien todo lo controla. Hemos entrado en el siglo XXI con profundas contradicciones que hacen del estado nación un concepto insostenible.

– ¿Por qué lo crees, Thanda?

– Disculpadme, estoy hablando demasiado. Pero resumiré en estas cuatro contradicciones. Una, estados nación para el contrato social frente a consumo globalizado controlado por poderes financieros. Dos, estado nación para el bienestar común frente a fronteras que fragmentan los derechos universales, a mi juicio, incompatibles con las fronteras. Tres, estado nación para modelos de representación democrática frente a mínimo o ausente grado de empatía que permita un grado de conciencia y de decisión, y por lo tanto de libertad. Y cuatro, estados nación para la producción y consumo a escala nacional, ya supranacional, incompatible con la armonía con la naturaleza y llevándonos a un calentamiento global apocalíptico.

– ¿Pero no crees, Thanda, que precisamente es el capitalismo neoliberal el que intenta diluir fronteras para someter a los pueblos, alienarlos de sus culturas y de su arraigo a la tierra y empujar a las personas a olvidar el espíritu del bien común?

– Te entiendo. Pudiera pensarse que los estados nación, sobre todo de pequeño tamaño como Cuba, sean una barrera para el tsunami invasor del capital especulativo y enajenante. Pero en la práctica no lo son, y creo que no lo pueden ser. No lo es porque los gobiernos se han ido endeudando con ese poder capital y sus decisiones dependen de rendirle tributo e interés. Además, el poder de la oferta y la demanda en la competitividad del comercio global orada cualquier empeño de soberanía nacional. Y creo que no lo puede ser porque la escala nacional es, como decía, incompatible con el grado de empatía que libera la premisa de la pulsión humana hacia el bien común con la que comenzamos la tertulia.

– Pero Cuba sí que ha mantenido su soberanía y su espíritu socialista.

– Sí. Es quizás el ejemplo de mayor dignidad y coraje frente al poder imperialista del capital. Pero su soberanía es relativa: depende de sus pagos de deudas al Club de París, y compra pollo americano por ser más barato, claro símbolo de someter dignidad y soberanía al mercado. Y en cuanto a la empatía en la representación del pueblo, creo que, si bien se ha resistido a la prostitución, literalmente hablando, de la democracia por el mercado y el capital, como en Occidente; la escala nacional no hay el necesario grado de empatía entre ciudadanos y dirigentes.

Carlos intervino algo contrariado. Thanda no sabía si era por defender sus ideas o por alertarle de no entrar en esa crítica a un sistema tan hostigado y difamado.

- Si no hubiera esa empatía con los dirigentes de la revolución no se habría llenado la plaza de la revolución cada primero de mayo ni habría tantas votaciones a favor de los líderes. Creo que no entiendes bien a Cuba aún, Thanda.

- La admiración, incluso la adulación, de alguien a quien no conocemos, es la manifestación de la mitomanía, Carlos. Lo que conocemos a través de otros está filtrado por los cronistas y pintado del color que deciden los poderes, en su mayor parte. Así ha sido desde los asentamientos agrícolas, en profetas y en faraones, en sus Dioses y en sus monedas, en los abstractos de fronteras y de propiedades. Fíjate que curiosa lógica en espiral: los poderes se convierten en mitos y defienden abstracciones de leyes, fronteras y monedas, que a su vez precisan de mitos para mantener comunidades «anempáticas» cohesionadas.

Carlos no se sentía a gusto con esos argumentos.

- Entonces en nada se puede creer. ¿Abogas por el nihilismo?

- Pues no me disgusta Sartre, pero no soy nihilista, no. Creo sencillamente en que es por empatía y por el conocimiento directo como la base fundamental de nuestro saber, como podemos ser conscientes y libres, y así dirigir nuestro empeño hacia el bien común. Sin empatía y por conocimiento indirecto, a menudo somos inconscientes o insensibles, o ambas cosas. Somos manipulados, por poderes con mitos o violencia, cruz o espada, y por el mercado con la publicidad, ambas ya totalmente impregnando la supuesta «democracia» occidental. Con mis amigos Jonay y Aimsa, he estado investigando el poder manipulador de Cambridge Analytica y grupos como Carlyle. Junta esos grandes poderes manipuladores a las horas frente a las pantallas, de televisión, ordenadores o teléfonos móviles, y el entramado de la inteligencia artificial y no sé qué queda de verdadera libertad en el ser humano.

- Bueno, Thanda, habrá que respetar que la mayoría de los cubanos sí que amamos a nuestra patria, que la recuperamos del imperialismo español y luego estadounidense con sangre de nuestros antepasados, y la iluminamos de ideas nobles frente al acoso durante seis décadas.

-Y me es un gran honor estar aquí aprendiendo y bebiendo de vuestra valentía, hermanos. Pero decidme: ¿y si hay personas que no desean ese tipo de contrato social? ¿Que no se identifican con el «patria o muerte» en que acaban casi todos los discursos de los dirigentes? Que para ellos su patria es su bohío, sus huertas, su familia, su comunidad y su valle. Lo que conocen con sus ojos y tocan con sus manos. Por ejemplo, desean vivir en comunidad de empatía, sin relación con un estado nación que sienten que ni los conoce como personas ni ellos conocerán nunca a sus lejanos dirigentes. ¿Cómo respetar esa libertad?

– ¿Con ello planteas el derecho a romper una nación por el deseo egoísta de una minoría?

– Quizás sí. No lo llamaría egoísta. Puede ser en red solidaria de pequeñas comunidades autónomas como las de la red de eco aldeas espirituales. Yo estoy muy ligado a ese movimiento y a su referencia natural en Eila y espiritual en Ukuzwana, en Zimbabue.

– Sí, hemos ido hablar de él, y del espíritu comunista de Eila.

– Bueno, realmente no es comunista pues no es ista de ningún ismo. De hecho, intenta vivir sin jerarquías, algo muy estricto en los modelos comunistas actuales, incluido el cubano. Eso pienso yo, con todo respeto.

De nuevo Thanda notó cierta incomodidad en sus comensales cuando vertió esa crítica al sistema en Cuba, ciertamente ordenado en torno al Partido Comunista, el Consejo de Estado, y el Consejo de Ministros de manera muy jerárquica. Además, organizado en sus bases desde la Asamblea Nacional hasta las locales. Y también por las estructuras también jerárquicas de movimientos de masa como las de mujeres, las de estudiantes, las de agricultores, y de los Comités de Defensa de la Revolución. Salirse de esa poderosa y tupida red era prácticamente imposible.

– Thanda, lo que tu propones es una anarquía de bien común, que no ha funcionado nunca en la historia de la Humanidad. Las sociedades necesitan líderes y sistemas de control para que el egoísmo de unos pocos no dañe a los derechos de los demás.

– Quizás tengas razón. Lo que veo es que las eco aldeas van multiplicándose por todo el mundo sin fronteras, sin religiones, sin jerarquías, sin dinero.

– Bueno, John Harris sí que fue el líder de Eila, y con sus sistemas de representantes y organización de tareas. No hay que demonizar algún tipo de organización: todos los seres vivos lo tienen, sobre todo los más frágiles como individuos, como las hormigas o las abejas.

– Quizás tengáis razón. Y no toméis mis comentarios como antirrevolucionarios por favor. Amo a vuestro país y a su valentía sobre el peor de los mitos y poderes alienantes, el del mercado sin coto. Quizás haya en mí un espíritu rebelde que lleve el concepto igualitario al extremo anarquista, y hasta narcisista (¡sin ningún culto a Narciso!) en rechazar a tener nadie por encima. Ni por debajo.

Para romper el hielo les cantó una canción en la que se atrevía a decir, en Cuba, que él no era «comunista»:

Vitalmente egofílico, paso a paso un poco ególogo,
muy lejos de ser egósofo, no quiero ser egoísta.
Por instinto feminófilo, beso a beso feminólogo

para nada feminósofo, no pude ser feminista.
Por raíces hispanófilo, por cultura hispanólogo
Solo un poco hispanósofo, para nada hispanista

Ista yo no quiero ser de ningún tipo de ismo
Aprecio y quiero saber, solo intento ser yo mismo.

Por ideas comunófilo, en empatía comunólogo
Solo un poco comunósofo, … no pude ser comunista
Del poder y el capital ni siquiera siento aprecio
Sea un trono o un altar cualquier cosa con precio.

Será que soy un holófilo, ¿de qué vale ser holista?
Un anónimo filósofo, perdóname que te insista:

Ista yo no quiero ser de ningún tipo de ismo
Aprecio y quiero saber, solo intento ser yo mismo.

Todos se rieron y repitieron animados, quizás por el Rioja, cuando Thanda repitió el estribillo.

- ¡Quizás es más auténtico ser comunófilo que comunista, Thanda!

- Siento mucho si por ignorancia critico lo que no entiendo. Quiero que sepáis que mi admiración por vuestra valentía frente a la invasión del imperio y del mercado, que van muy de la mano.

- ¿Te das cuenta, Thanda, por qué actuamos con recelo a cualquier crítica? Vivimos en un estado de sitio, lo hemos heredado de nuestros padres, que se dejaron la piel en defender estas ideas, a menudo aguantando penurias y manteniendo su trabajo por el bien común, por la revolución.

- Os entiendo, hermanos. Os aprecio, os admiro.

Había compuesto una canción contra Trump, que les quiso también compartir como fin de tan sincera tertulia:

Todo el mundo escucha atento a este señor Donald Trump
Que en sus tweets y sus discursos amenaza aquí y allá.
Lo más triste de esta historia de la que hoy les quiero hablar
Es que en manos de este tipo se arriesga la Humanidad.

De una infancia consentida se engendró tal vanidad,
De herencia especulativa acumuló un gran capital.
Con dinero y con el miedo consiguió manipular
A millones de personas que le quisieron votar

¡Vete a casa Trump!
¡Déjanos en paz!
¡No juegues con nuestra humanidad!

Ya estaba todo corrupto cuando vino este patán
Unos no tienen comida otros nadan en champán
Cinco países con veto abanderan libertad
Y gobiernan por decreto sin respeto a la verdad
Ya era tarde e insuficiente como se llegó a acordar
que paremos el desastre que nos puede exterminar
sin conciencia y sin vergüenza declaró este señor Trump
que se burla de la ciencia, que está bien contaminar

¿Qué es lo que se puede hacer para evitar tanto mal?
Se me ocurre que un bloqueo al imperio criminal
Seguro que hasta la CIA me está escuchando cantar
Pero en buena compañía es buen menester soñar.

Los animó a cantar juntos con fuerza:

¡Vete a casa Trump!
¡Déjanos en paz!
¡No juegues con nuestra humanidad!

LVII

LA PEÑA DE LA TERNURA

Noviembre 2019

Thanda vivía solo. Sentía nostalgia de sus hijos, de su compañera, de su madre. Y sentía anhelo de vivir en comunidad. La casa de Tercera estaba siempre abierta a visitas y a menudo se quedaban amigos cubanos o visitas de Europa y América, con las que entablaba lindas aventuras y complicidades.

Entre ellos llegaron a la vez durante una semana Joan, su entrañable amigo, pediatra catalán, desde los tiempos de la asociación de cooperantes; Giorgio, el encantador bohemio italiano con quien compartió ideas como colega valiente y como padre-único en Bruselas y José Manuel, su fiel amigo mexicano de los derechos humanos en México. Los cuatro eran personalidades muy diferentes, pero la mezcla y los debates bajo la luna le trajeron a Thanda calor al hogar. También vinieron Rene, el cartero de Berkeley que se fue haciendo un sabio de la agroecología, con su linda familia; y David, su aliado por la equidad, desde Cambridge, Massachusetts. En todos aquellos amigos prevalecía, a pesar de la distancia y el tiempo, una profunda amistad y cada vez una más clara complicidad en la necesidad ética y el compromiso firme de ir hacia una vida más sencilla, más comunitaria y de más armonía con la naturaleza. Una eco aldea de almas gemelas que fueron nómadas por los mundos internacionales y buscaban un hogar compartido donde actuar en ética local y seguir transmitiendo, ya con la fuerza de la coherencia, un mensaje global.

La ausencia ya prolongada y sin un horizonte de hogar de Nayra se hacía a veces muy dura. No conseguía encontrar un equilibrio de tiempos y entrega entre sus hijos y su compañero, y la soledad que sentía Thanda en su intimidad hacía mella en la ilusión. Pero prevalecía el amor y el cariño en la distancia cada día.

De nuevo le asaltaban los fantasmas de la culpa y de la resignación, instalada en su subconsciente de la mano de su infancia católica. El valle de lágrimas. Que absurdo. La vida era una fascinante aventura, se revolvía pensando Thanda: treinta

mil millones de células a su servicio, trabajando día y noche para que el pudiera pensar y sentir, entender y amar, maravillarse con un universo inabarcable en su eternidad y su infinito, del cual era parte única y a la vez diluida en el todo. Como le cantaba a su padre: «… rendirse solo a ser…». En gratitud.

Era un hombre afortunado, con unos maravillosos padres y familia. Aunque en la distancia su madre y en otra dimensión su padre, le daban guía y sentido. Sus hijos, todos ellos, le transmitían desde lejos su cariño y gratitud. Sus amigos le salpicaban a cada rato de complicidad y afecto. El trabajo, a pesar de la jungla burocrática, le daba oportunidades de intentar cambiar políticas. Por sus estudios compartía propuestas de equidad en redes y clases por muchos países.

Incluso llegó a sentir el regalo de su propia soledad, que fue llenando de una linda rutina y de valentía para expresar ternura; y ternura para despertar la valentía más auténtica, la de amar sin códigos ni temor.

Seguía levantándose antes que el canto del gallo Paco. Escogía uno de los casi cuatro mil dibujos de su padre y escribía una poesía que evocase la belleza y el mensaje de su padre. A menudo, en ese acto de devoción hacia su padre con el que saludaba al nuevo día, lloraba de emoción, a veces con nostalgia, siempre con gratitud.

Ya hacia las seis y media se ponía un viejo pantalón corto azul, de su tiempo en Ukuzwana; y salía, con unas sandalias para protegerse del diente perro, y unas gafas para ver a sus amigos del fondo de mar, por la calle veinticuatro hacia la entrada en el mar. Nadaba su ruta hasta su «altar bajo el mar», pasada la calle 10, cerca del teatro Karl Marx; donde miraba sin mirar al amanecer del este. Volvía su travesía, a menudo con la corriente en contra, y con frecuencia le acompañaba un rato el banco de jureles y luego meditaba nadando y sin mirar, entregado en confianza con la naturaleza, con la vida. Volvía a casa cansado y satisfecho del esfuerzo y de la valentía de despojarse de todo miedo. «*Fresco y curado, claro y feliz*», como decía Silvio. Ya había viandantes por la calle, y a veces de un autobús bajaba un grupo de mujeres en uniforme, y Thanda sentía cierto pudor por su torso desnudo por las calles, pero era mayor la sensación de libertad, de ni siquiera llevar el uniforme de tejido en el que se abrigaba, pero más a menudo escondía, cada humano.

A su vuelta a casa y tras lavarse, vestirse, tomar una papilla de avena y saludar al viejo Papito, que se ocupaba parsimoniosamente del jardín, emprendía la marcha hacia su trabajo, a cuadra y media. Mandaba tres mensajes de voz en el trayecto: a su madre, a Nayra y a sus hijos. Empezaba la jornada saludando, como desde el primer día, con afecto a los colegas de la planta baja, de la administración, recepción, mantenimiento, limpieza; los humildes, a los que tanto apreciaba, como en su tiempo en México. Ya con su equipo en la planta de arriba y en su linda oficina que fue llenando de plantas, escribía al ordenador, atendía llamadas y asistía a reuniones, intentando avanzar en proyectos de apoyo a los desafíos en

Cuba. Además de apoyar acciones para una mayor independencia, soberanía local prefería llamarla, en alimentos y en energía; y de animar servicios públicos fiscales, judiciales y de la economía y el comercio, más eficaces y transparentes; surgió poco a poco otra área de cooperación que fue haciendo mágica sintonía con el florecer de la expresión de su alma en Cuba: la cultura.

Desde la primera peña en el primer hogar de El Náutico, con los amigos de Unai en el barrio, la familia de Pedro y algunos amigos de ellos, y algunos compañeros del trabajo; había ido convocando cada primer jueves de mes la «peña de la ternura», que fue atrayendo a más y más personas a compartir poesía y música, recuerdos y sueños. O, como decía su querido John Denver en la canción que Jonay más musitó en su solitaria adolescencia: «*poems, prayers and promises*» (poemas, oraciones y promesas).

El corazón de la peña se fue formando por personas que expresaban su alma con valentía. Se convirtieron en una entrañable familia cubana para Thanda. Celia y su grupo de bellas afrocubanas «Souvenir», con poesías mágicas y melodías hermosas al piano acompañada por el mágico violín de la pequeña Saidel, un prodigio de improvisación y sentimiento. Llegó después Karelia y su grupo de niñas bailarinas flamencas de Habana Vieja, una historia épica de superación de cómo desde su parálisis de nacimiento había hecho del baile su razón de vivir, y de esa magia el velero en que cientos de niñas de familias muy pobres en Centro Habana navegaban hacia sus sueños. Camilo y su maravillosa guitarra y voz entrelazada con la de su hermana Gabi, tan de terciopelo, se fue con su amada a México, pero su familia seguía viniendo y su padre, Humberto, tocaba canciones de sus amigos, legendarios trovadores cubanos, con pasión y sentimiento. Elías, un cubano mulato que bebió de la música de la parroquia evangelista en la que predicaba su padre y fue impregnando de música todo su ser para, de forma autodidacta, cantar al piano con tal profundidad que Thanda lo sentía como un Stevie Wonder cubano que deslumbraría al mundo. Su «Drume negrita» y otras interpretaciones de Bola de Nieve hacían emocionarse a la peña. A la vez conoció a Benny, hijo de campesinos de Holguín quien desde niño cantaba todo lo que oía y fue desarrollando, también de forma autodidacta una voz maravillosa, que nada envidiaba a Bocelli o a Josh Grosham, y que al cantar «Flor pálida» hacía estremecer hasta a los corazones más fríos. Giordano, un genio humanista, poeta, pintor y músico, de la isla de la Juventud, perdido en las calles de la Habana Vieja y que componía desgarradoras canciones sobre el amor y el universo. Edu, un brillante psicólogo que bebió de la música con su padre, compositor de bandas sonoras, quien a Thanda le recordaba a Jorge Drexler, y quien al cantar a dúo con su linda y brava compañera Liz «salvaje» o sus ilusiones para los tres hijitos que soñaban tener, algo mágico rociaba la peña.

Fueron viniendo también a la peña músicos consagrados como Tony Ávila, que conmovía a Thanda con su canción de la casa y la de su madre; Bobby Car-

cases y su piano y cantos guturales entre cantinfleando y rapeando y con una agilidad en bailes imposibles a sus ochenta años; Ray Fernández, el Quevedo juglar, provocador y picante Sabina de la Cuba rebelde dentro de su rebeldía; William Vivanco, un pirata del Caribe con su espada del son de oriente; Enriquito Núñez, poeta cantador del grupo fundador de la nueva trova, en su Lada morado que lo fuera de su famoso padre, cronista de la revolución cotidiana; Raúl Torres con sus rastas, sus ritmos, su honda poesía y su famoso «Candil de nieve» o Pedro, el percusionista del fascinante grupo a capela de Sampling, quien venía con su linda esposa Chanel, abogada de causas justas, y su hijita María del Mar, quien con apenas seis años encandilaba la peña recitando versos de Martí.

Siempre esperaban que algún día se uniera Silvio, o incluso Pablo en una de sus visitas a la isla, pues sí que venían a la peña familiares de ellos, y Thanda había tenido fugaces pero lindos encuentros con ellos. Thanda hasta soñaba que pudiera unir a quienes fueron sus mitos, sí, aunque lo criticara tanto quizás era hasta humano tener algún mito en la vida, y llevaban tres décadas sin hablarse. La grieta entre Silvio y Pablo era simbólica de otras grietas que latían en el país entre los más defensores y los más críticos del gobierno, en sus extremos «la vanguardia», a menudo privilegiada; y «los gusanos», que criticaban desde lejos. Thanda sentía que en todos ellos latía el deseo de vivir en armonía, escapar unos a las jerarquías del poder, otros a la dictadura del mercado. Pretendía que la música que hiciera fluir el latir del alma uniera a todos.

Y se fueron uniendo al grupo más artistas, académicos y estudiantes, obreros y directores, extranjeros y cubanos, embajadores y campesinos, desde familia de Fidel a jóvenes cansados de promesas frustradas de la revolución. Había físicos que un día hablaban de los multiversos, cineastas de la escuela de San Antonio de los Baños, artistas plásticos del Instituto Superior del Arte, bailarinas de diferentes compañías y también vinieron actores. Thanda se animaba a componer y a cantar su alma, entre tanto talento, aun sin saber mucho de armonía y ser casi incapaz de mantener un ritmo, y mucho menos bailarlo. Pero expresaba su corazón, y eso, pensaba, era importante.

La primera semana del mes, en la que tocaba peña, Thanda ensayaba una docena de canciones cuando por las mañanas iba a nadar. La máscara que usaba le permitía ensayar su elegido repertorio debajo del agua, incluso en varias ocasiones fue andando hasta el mar con una frase o una melodía y salía del mar con una canción que raudo anotaba al llegar y ensayaba con su guitarra Paracho, del Michoacán mexicano, un regalo de Nayra en la última Navidad que compartieron en México.

Meses antes Thanda había conocido en una conferencia a Tito. Era un hombre menudo en su tamaño y en el timbre de su voz, tímido en su forma de hablar y hasta en sus ademanes, y con una ternura que impresionó a Thanda. Era el representante más comprometido y durante más tiempo en Cuba de la dieta ve-

gana. Desde su humilde casita en el barrio de La Víbora, animaba a un grupo de jóvenes, liderados por Abel, un genio de la informática y ávido de lanzar iniciativas empresariales. Habían creado una aplicación para los móviles que analizaba para cualquier restaurante o particular el valor de sus platos y sus dietas en aspectos nutritivos y sanadores, animando a una nutrición sana para las personas y para los planetas, algo muy deficiente en Cuba. Regentaba el restaurante -paladar- más sano, ecológico y sensible, pensaba Thanda, de Cuba, llamado «El Romero», en uno de los lugares más mágicos de la isla: Las Terrazas, donde la revolución convirtió cinco mil hectáreas deforestadas durante la colonia, en un bosque reserva de la naturaleza de tantos millones de árboles como cubanos en toda la isla. Tito no se perdía una peña y traía siempre verduras y frutas de su patio y del huerto de El Romero. Aliada en la comida con alma y conciencia fue también Yunalvis, una valiente revolucionaria conectada al mundo espiritual de los wicholes mexicanos y los indios taínos cubanos, que inspiraba desde su «camino del sol» otra forma de sentir el regalo diario de la naturaleza por el alimento.

Y también se hizo asiduo a las peñas Marcos, el mejor amigo de Unai. De una familia muy trabajadora cerca de Varadero, Marcos seguía estudiando la carrera que Unai dejó para irse a Barcelona, ciencias de los alimentos. Thanda le habló de la kombucha que él fermentaba con una base -scoby- que le compartió David cuando visitó Massachusetts. Consiguieron unos ocho grandes botes -pomos- de cristal y fermentaban para cada peña casi veinte litros. Marcos fue estudiando con pasión toda la base microbiológica y química de la fermentación, sus propiedades médicas, medía el pH y el azúcar, y observaba su efecto en la salud a través de la biodiversidad que promovía en el bioma intestinal. Era además un símbolo anticapitalista en el mundo ya casi sometido a comprar y vender todo y cuanto más y más rápido mejor: la kombucha, por un código de honor milenario, ni se compraba ni se vendía: se compartía. Y fermentaba con hierbas aromáticas el insano azúcar de los ingenios y la libreta, en un elixir sanador de glucurónidos, bálsamo para el atribulado bioma intestinal, espejo del declive de biodiversidad por el impacto del hombre en el planeta. Muy pocas cosas que se pudiesen tocar quedaban en el mundo vírgenes del mercado alienante. Un día Marcos llevó a Thanda a ver a su tío Pulido, que con ochenta y cinco años y uno noventa de estatura se mantenía erguido como una escoba y flexible como un bambú. Pulido le confesó a Thanda, con profundo agradecimiento, que la kombucha que le daba Marcos le hacía sentirse más joven, ágil y rápido, y, sobre todo, afloraba en él a su edad una potencia sexual que se fue haciendo legendaria en el barrio donde vivía, con no pocos altercados con esposos de mujeres insatisfechas que acudían a comprobar la leyenda de Pulido…

En la peña compartían ideas, sueños, anhelos y la vida con toda su magia. Celebraron llegadas al mundo, como Helenita, invitada a la vida por Javi y Yuniet. También sintieron juntos la pérdida de seres maravillosos. Jerry González, el fascinante trompetista e inspirador del jazz latino tenía ya el pasaje en barco, solo de

ida, con su linda esposa y cineasta Andrea y su hijita Julia, para ir desde Valencia a La Habana y pasar su última etapa de la vida sumergido en las ideas valientes y el arte profundo de la bella isla. Unas semanas antes del ilusionado traslado a su anhelada Ítaca, un incendio en el piso de Lavapies donde vivían quemó sus partituras, sus escritos y segó su vida. Andrea vino con sus cenizas y todos sintieron el alma mágica de Jerry invadir con su luz la peña y toda Cuba. Marlene repartía por La Habana salud con sus manos sanadoras cuando conoció y se enamoró de Franco, un actor italiano apasionado por dejar fluir su alma en el escenario. Preparaba un monólogo para la peña cuando un ladrón entró en su casa y defendiendo a su familia perdió la vida. Sentían sus apasionados monólogos en la peña al cerrar los ojos y abrir los corazones.

Cuba rezumaba magia y arte en cada esquina y en la peña se reunían energías fascinantes que animaban a abrir el corazón. Thanda componía nuevas canciones para cada peña y, aun sin el talento ni el virtuosismo de su familia cubana de artistas, los emulaba en su expresión sentida y conectaba con miradas y hasta emociones y lágrimas con quien escuchaba sus «versos cantados», una experiencia transformadora para Thanda.

Comenzaba la peña dando la bienvenida:

A esta peña de la ternura toda alma es bienvenida
A que venga a contar sus aventuras

Cubanos y extranjeros diluimos las fronteras
Con la magia de acordes pasajeros

Nadie tiene la razón, la verdad no tiene dueño
La humildad hace fluir al corazón

Bajo este flamboyán desnudamos nuestras almas
Y dejamos que viajen al más allá…

Con canciones y poemas ahuyentamos los demonios
Y exhortamos los más sabios teoremas

Y si por si fuera poco hay abundante kombucha
Para confesar nuestro lado más loco…

¡Es la peña de la ternura!
¡Ven y cuenta tu aventura!

Se iban sucediendo después, bajo las estrellas, canciones por Elías, Benny, Giordano, Edu y muchos otros que iban uniéndose. Se recordaban canciones conocidas en Cuba, casi himnos, y que los congregados, a menudo más de sesenta personas, cantaban en sentidos coros. Thanda solía cantar «El marido de la peluquera», de Pedro Guerra, a quien se lo contó en un encuentro fortuito en Madrid, y animaba a todos a abrazarse al azar entre todos cuando el estribillo decía: «*abrázame mucho, que no pueda respirar*…». Se intercalaban con composiciones nuevas, con poemas recitados y con relatos espontáneos.

Recordaban a Jerry, a Franco, al padre de Thanda y a tantos seres queridos que volvían a la energía de todos y les cantaban cerrando los ojos y emocionados por su presencia con los versos de «…*tu luz en mí me une al universo… sin fin*…».

Terminaban siempre con el hondo y sentido canto a la belleza de Aute, la que escapaba de las miserias del poder: «…*ahora el éxito es su meta… no rozaron ni instante… la belleza*…», todo un guiño velado a resucitar la revolución de los humildes «…*tanto tienes tanto vales… viva la revolución*» desde las personas como iguales, desde el alma de la anarquía del bien «…*reivindico el espejismo… de intentar ser uno mismo*…»- en la que profundamente creía Thanda. Era tan sentido y compartido el estribillo final «… *la belleza*…» que se iba prolongando… casi «vistiéndose» de los mmmmmm zulúes que tanto recordaba Thanda de Ukuzwana…, que un amigo de la peña, Juan Dávila, quien animaba con todo el corazón y casi sin medios una amplia red de meditación por la paz, le invitó a Thanda y al grupo central de la peña a animar sus encuentros de meditación en teatros de La Habana.

Así fue Thanda con Elías, Benny, y a veces Giordano y a veces Edu, a dar «conciertos de la peña» en el teatro Trianón de Línea, tornándose en una arteria cultural de La Habana, en el famoso y gran cine Yara y en el cine Chaplin donde se originó la Nueva Trova cubana. También dieron varios conciertos en la Bombilla Verde, pequeño y entrañable centro regentado por un vasco cubanizado, en honor al monólogo de Silvio, la canción con la que Thanda se dirigió a los amigos que Unai, la génesis de la primera peña… «*vi juventud cantando… y sin querer ya estaba… soñando*…»

En cada canción Thanda se dejaba el alma y sentía que quienes lo escuchaban lo sabían. Fue descubriendo al cantar poemas una forma de hacer fluir a su alma, como decía su canción, «*furtiva de su piel*».

LVIII

LOS IMPERIOS Y SUS MITOS

Utah, enero 2020

La reunión regional de cooperación tuvo lugar ese año en Buenos Aires. Thanda llegó unos días antes para pasear y sentir esa gran ciudad. Se alojó en la casa de Ayleen, la linda y valiente hija de Rene y Lili, sus buenos amigos permacultores de Berkeley. Thanda recorrió muchos kilómetros por las calles de la gran ciudad del sur, sus majestuosas casas y edificios, y los cafés parisinos por cada rincón, donde latía el espíritu porteño, donde imaginaba tertulias de psicoanalistas hablando de la vida y el mundo con el fondo de tangos arrabaleros. Musitaba «*por una cabeza*» mientras paseaba observando fascinado aquella inmensa urbe, como un trozo de Europa clavado en la boca de Sudamérica, con sus labios hacia el Mar de la Plata. Se encontró luego con una amiga de Pedro amante de Cuba, Mimi, con cuya entrañable familia navegó Guaraná adentro hasta una casa en El Tigre. Llegaron de Córdoba a su pisito de estudiante Ayleen con su madre Lili, por quienes Thanda sentía gran ternura. Decía Ayleen que estudiaba medicina en buena parte por lo que sintió al leer *Valentía y Ternura*. Muchas personas le escribían a Thanda contándole sensaciones emocionadas mientras leían o al acabar de leer su primera novela. Nada le producía más paz a Thanda que sentir que vaciando su alma, como lo fue por la novela, conectaba con otras almas de forma tan profunda. Las canciones tocaban un momento el corazón. La novela los «secuestraba» por unas semanas en los que sí llegaban a la profundidad de su alma y se sentía comprendido. Le resultaba extraño y a la vez triste que ni Nayra, ni sus hijos, ni nadie de su familia, la hubiera leído. Solo su padre. Thanda recordaba con nostalgia las lindas tertulias de sentimientos con su padre hablando de sus personajes imaginarios, que realmente eran «más reales que la aparente realidad».

Alternó luego las sesiones de discusión con sus colegas de países de toda la región en un lujoso hotel en el que, como siempre hacía, prefirió por ética no alojarse, con largos paseos cruzando la inmensa ciudad. Se cruzó con el gran obe-

lisco donde se guardaba memoria a «Juan de Garay, fundador de Buenos Aires». Le intrigó esa historia pues su Amama ya le decía que «un antepasado de ellos había sido el fundador de Buenos Aires». Buscó alguna biografía de Juan de Garay en unas veinte librerías, pero en todas le respondían fríamente que no tenían nada. Una de las dependientes le reveló con una mirada desafiante la frialdad de las respuestas: «no tenemos aquí nada sobre genocidas». La colonización española se había ido revelando con todos sus horrores y se había ido diluyendo y a veces ocultando cualquier dimensión épica de la colonia. No desistió Thanda y en una librería le enviaron a la trastienda a hablar con un hombre que ordenaba cientos de libros antiguos. Le recomendó buscar la Casa Vasca y tras varias horas preguntando la encontró. Llamó a la puerta y le abrió una mujer de mediana edad y mirada ausente.

– Me llamo Juan de Garay.

No necesitó decir nada más, la señora le pidió que le acompañara a saludar al presidente de la asociación vasco argentina. Lo llevó a un despacho donde, en una nube de humo de tabaco y rodeado de columnas de libros apilados, un hombre orondo de aspecto descuidado le pidió que tomase asiento. Thanda le explicó el motivo de su visita. El hombre, descendiente de emigrantes vascos, le entregó un libro titulado *Los descendientes de Juan de Garay*, con un listado de más de diez mil nombres. De ellos solo unos cien tenían como primer apellido Garay, y solo veintitrés tenían de nombre Juan. Había muchos más Garays en Argentina que en el propio País Vasco, pero, le aseguró aquel hombre, no eran descendientes de aquel misterioso colonizador. Thanda le compartió el comentario que recibió sobre el carácter genocida de la colonización ante lo que el hombre reaccionó airado:

– ¡Es la ignorancia! ¡Eran otros tiempos! Juan de Garay fue un héroe como ya no volvió a haber en estas tierras. ¡Ya quisieran Martí, Bolívar o San Martín acercarse a sus hazañas!

Thanda se sintió algo incómodo hablando de héroes para unos y villanos para otros. Y de apellidos de unos y de otros esgrimidos como pedigríes, como si algo tuvieran que ver con el valor de las personas. Se despidió agradecido y emprendió su vuelta al pisito de Ayleen. Decidió buscar en internet sobre la historia de aquel misterioso antepasado. Así pudo leer y contrastar varias docenas de relatos, tanto de los que hablaban de sus hazañas como los que condenaban sus matanzas. Pudo incluso encontrar en los archivos de Indias datos sobre su nacimiento, parentescos y viaje a las Américas.

Thanda averiguó que la madre de Juan de Garay, fundador de Buenos Aires, fue violada por un noble llamado Juan de Ochandiano, que la rechazó tanto a ella como al fruto del estupro a pesar de ser bautizado con su nombre, Juan. El hermano de la mujer había vuelto de las Indias con los honores de sus hazañas en el virreinato del Perú, incluidas algunas expediciones por el guaraní, y denunció

al noble, que en la Corte acordó con dinero - no habían cambiado mucho las cosas- que fuera el pretendiente de la joven, un Garay del Urdaibay vasco, quien, tras desposarla, le diera el nombre al niño. Sin recibir ni trato de su padre biológico ni afecto de su padre putativo, en su adolescencia le pidió a su tío, quien volvía a las Américas, ir con él. Cruzó el océano con tan solo catorce años y antes de cumplir los dieciocho ya tenía encomiendas de nativos a su cargo y participaba en exploraciones atravesando los Andes. Por los ríos del Amazonas llevaron soldados, colonos, sacerdotes y caballos y a golpe de espada y de cruz fundaron Santa Cruz de la Sierra, La Paz y Santa Fe, para después llegar él, ya como capitán con doscientos hombres y veinte caballos, a fundar Buenos Aires, la cual cincuenta años antes intentó en vano ser fundada por Pedro de Mendoza a quien, decía la leyenda, se lo comieron los nativos.

Con la parte de verdad y la parte de leyenda que tuvieran esas historias, Thanda pensó que la huella de violencia en el origen de la vida de Juan de Garay quizás lo llevara a hacer lo mismo con la belleza virgen de las mágicas tierras y sus gentes que «descubrió». Se replicó en Juan de Garay -realmente Juan de Ochandiano- aquella violación de su madre en su sometimiento de tierras y de pueblos, por la esclavitud larvada de las encomiendas y más expresa por los nativos rebeldes sometidos por el acero, quizás como lo era también el machismo y su expresión extrema en la violación, considerando como propiedad y uso a su antojo. Además, tal abuso era bendecido por la Iglesia. Quizás no hubiera en la mente del violento colonizador nada inmoral en ello. Los tiempos y las culturas definían lo aceptable y lo que no. Él fue héroe y sus conquistas épicas, para los de su tiempo y cultura. Incluso durante muchas generaciones para aquellos que sometieron. De igual manera veneraba el mundo moderno a reyes y presidentes megalómanos sin sudor en su frente ni callos en sus manos o a deportistas y artistas que acumulaban fortunas quitándoles el pan a millones de necesitados.

Pensaba Thanda que toda la energía fluye. Que la bondad se contagia y se multiplica, pero a veces también la maldad. ¿Podía la bondad cambiar la espiral negativa de la maldad en sentido inverso? ¿El miedo y egoísmo en confianza y amor? ¿Y cuánto tiempo duraban las espirales de violencia? ¿Cuánto tiempo tardaría la Humanidad en considerar también inmoral el trato que ahora daban ahora a los animales, también aceptado y bendecido sin sombra de duda ética?

Tras su tiempo en Buenos Aires, Thanda pasó otra Navidad en España haciendo compañía a su madre y reencontrándose con Adam y Unai, con Ángeles y Daniela y el resto de la familia.

Ángeles tenía ya veintiocho años, era una bella mujer. Las vidas tan distantes en lugares y pensamientos entre sus padres, la llevaron a tomar cierta distancia de ambos. Pero supo mantener un fuerte cariño y admiración por ellos. Después de convivir un tiempo con Moyes, María, Adam y Unai en Robledo y luego en la eco aldea de los cooperantes, mientras terminaba sus estudios de arquitectura, se

fue a recorrer el mundo con una mochila. Se fue apasionando por la arquitectura armónica con la naturaleza, inspirada por la antroposofía de Steiner y las infinitas formas que encontraba en la naturaleza para, sin apenas horadarla, integrar el cobijo humano con las formas de sus piedras, pastos, y árboles. Había conocido a un poeta francés con quien vivía en Normandía animando la construcción ecológica en eco aldeas de Europa y navegando cada dos o tres años por el mundo.

Daniela tenía veintitrés años y desde su unión mágica a Spirit en el bosque de Tervuren se había dedicado a luchar por los derechos de los animales, en profunda alianza con Nour. Vivía en una eco aldea del sur de Suecia, desde donde promovían la comunicación, empatía y ternura con todos los animales.

Unai había encontrado un nuevo hogar en la Ciutat Vella de Barcelona. Había conseguido que le convalidaran sus estudios de Cuba. Se sentía entusiasmado adentrándose en los saberes de la nutrición humana, haciendo deporte, empezando a hacer música con un ukelele y distanciándose de los grupos que le embaucaron en una vida sin rumbo. Thanda fue a Barcelona a darle un abrazo y desearle toda la felicidad, y entre los dos sintieron tremenda emoción por el reencuentro y una unión eterna.

Adam, ya sumergido en la magia de sus vídeos de imágenes, músicas y poemas mágicos, viajó con Cassie hasta Robledo donde pasaron todos unos días de guitarra y tertulia frente al fuego. Eran felices y sentían claro el horizonte hacia una eco aldea.

Thanda pasó largas horas meditando frente al árbol que creció con las cenizas de su padre. Sentía siempre una distancia con el ambiente consumista de la Navidad en Europa, tan contrario al mensaje de sencillez de la vida de Jesús.

Compartió unos versos cantados, pero sintió que no hacían resonancia en una cultura tan ya impregnada del consumo, que no podía ni siquiera entender la vida sin él:

Según nos cuenta la Biblia nació Jesús en Belén
De la forma más sencilla escapando al poder

Sus padres, José y María, eran así perseguidos
Por una cruel monarquía allí no eran bienvenidos

En Galilea creció, desafió a los fariseos
Y sin miedo denunció al lujo y los mausoleos

Dijo así: que la riqueza era injusta e inmoral
Y defendió con firmeza el compartir por igual

El amor fue su legado, vivir de forma sencilla
Y murió crucificado acusado de herejía

Si Jesús siguiera vivo hoy sería de este mundo
Un inmigrante furtivo, un rebelde vagabundo

¿Cómo poder celebrar su mensaje de humildad
sin la inercia de comprar lo que no es necesidad?

¿Cómo poder rezar al Dios de los cristianos
y a la vez dejar ahogar a tantos seres humanos?

Dos mil años han pasado y muchos siguen sufriendo
Seguir fiel a su legado es vivir compartiendo

Quiero romper las fronteras, quiero abrir mi hogar
Quiero de forma sincera con todo conmemorar

El eco del alma pura el mensaje de Jesús
Es valentía y ternura que nos inspire su luz

Volvió a La Habana dejando a su madre mayor y frágil pero muy atendida por sus hermanas, quienes tenían sus propias luchas épicas. Recordaba como su hermana Lourdes cuando él les enviaba sus relatos desde África, le decía, sabiamente: «no te olvides de las pequeñas grandes cosas». Su madre fue a despedirlo a la estación de tren como siempre. De nuevo se sintió con el corazón desgarrado por irse lejos de su madre, aunque ella le insistía, como siempre hizo su padre, en que siguiera su camino y luchara por sus ideas.

Poco después de reincorporarse al trabajo, Thanda fue invitado a asistir a la presentación del documental «Epicentro», de Hubert, en el festival de Sundance, estado de Utah. Viajó desde La Habana e hizo una escala en Miami. Se infiltró en una reunión en la Pequeña Habana donde participaban miembros de organizaciones de la oposición al gobierno de Cuba, que desde el exilio buscaban formas de derrocar al «régimen». A la reunión, organizada por Radio América, asistieron miembros de varias organizaciones de la disidencia cubana con sede en Miami y en Madrid. Varios médicos cubanos que habían desertado de misiones internacionales hablaron de las condiciones a las que eran obligados a trabajar,

que solo recibían una pequeña parte del salario que el país tercero entregaba al gobierno de Cuba y que por haber desertado de aquella situación de abuso no podían volver a Cuba en ocho años. Uno de ellos lo dijo con emocionada tristeza, contando que su madre estaba enferma en Cuba y no podía ir a verla. Un representante de USAID anunció una convocatoria de tres millones de dólares para quienes mostraran evidencias del abuso de Cuba hacia sus médicos internacionalistas y hasta de su función como espías del gobierno cubano. Le siguieron alegatos del senador cubano Marcos Rubio y de Mauricio Clever, encargado en la Casa Blanca de la agenda democracia Cuba-USA, quien en coordinación con el Departamento del Tesoro diseñaba la ingeniería del bloqueo y de una miríada de acciones constantes contra Cuba. Presentó después los informes de dos relatoras de derechos humanos de las Naciones Unidas, sobre el «tráfico de seres humanos» y sobre las «formas modernas de esclavitud» quienes, basadas en cien entrevistas de una de las organizaciones de la oposición con base en Madrid, habían redactado sus informes difamatorios.

Thanda sabía que quizás ya estuviese siendo seguido y que al hablar lo identificarían y podría sufrir represalias de la jerarquía en Bruselas, quienes seguro recibirían protestas de Washington. Pero la verdad era lo que le había enseñado su padre y lo que siempre defendería, aún a riesgo de quedarse sin trabajo.

– Buenos días. Mi nombre es Thanda Garay. Soy médico español. He compartido trabajo con muchos médicos internacionalistas cubanos en África. Quiero hacerles varias preguntas a las altas representantes de las Naciones Unidas.

Hubo un murmullo en la sala. A ese lugar solo acudían personas a conspirar para derrocar al régimen comunista cubano.

– Primera cuestión: ¿creen ustedes que un informe de cien médicos cooperantes insatisfechos es representativo de más de medio millón de internacionalistas cubanos desde hace más de cincuenta años en todo el mundo? Segunda cuestión: entiendo que la retención de salarios es del cero hasta el setenta por ciento según el sueldo recibido en el país tercero. Teniendo en cuenta la relación con el salario medio de Cuba, la progresividad de la equidad fiscal es muy parecida a la de Dinamarca, permite financiar servicios sociales universales y nadie lo llama «esclavitud moderna». Tercero: estoy de acuerdo que la norma impuesta de retirar el pasaporte a quien no cumpla su contrato es excesiva y puede llevar a situaciones personales y familiares dolorosas con las que me solidarizo. Pero les puedo asegurar que el gobierno está estudiando esos casos. En cualquier caso, ambas condiciones son conocidas por los médicos internacionalistas al emprender su misión. Francamente, altas representantes, con un mundo de tan extremas desigualdades, cientos de millones de niños obligados al trabajo infantil, y condiciones laborales sin protección social, como en este país la ausencia de protección durante la maternidad, ¿no les parece exagerada tanta su atención a este tema como sus conclusiones?

Hubo un revuelo en la sala. Gritos de «abajo la dictadura». Thanda sintió miradas de odio de cientos de participantes que le gritaban «¡espía castrista, fuera!»

Las altas representantes murmuraban entre ellas sin saber responder. Thanda vio como el representante de USAID les pasó un papel. Pensó que quizás tenían conexiones con la Casa Blanca. Le pidieron al médico internacionalista que diera su testimonio:

– Le aseguro, doctor Garay, que lo que dice el informe es lo que le ocurre a la mayoría de los internacionalistas cubanos. No conocemos con detalle las condiciones con las que vamos, y durante los años de trabajo lejos y en condiciones laborales mucho peores que los colegas de esos países y desde luego que otros cooperantes internacionales, decidimos reclamar nuestros derechos. Nuestras familias no tienen ni qué comer en la isla, mi madre no tiene medicamentos. ¿Dónde está el dinero que me retienen que ni siquiera a mi madre le dan medicinas para el dolor?

– De veras siento lo de su madre. Trabajo en la Unión Europea e insistiré al gobierno de Cuba en ser sensibles a casos como el suyo. Cuente con mi apoyo. Le dejo aquí mis datos. Pero generalizar la difamación a miles de compañeros que dan su tiempo y hasta muchos su vida por un trabajo humilde y comprometido, allí donde nadie más quiere ir, es muy injusto. He conocido a cientos de médicos internacionalistas cubanos como usted en los rincones más remotos del mundo y les tengo la mayor admiración. La gran mayoría lo hace desde su generosidad y emocionados por el servicio que prestan a la Humanidad. Nada más noble. Ningún país del mundo se acerca, ni de lejos, a la solidaridad de más de medio millón de cubanos que desde hace sesenta años han dejado lejos a sus familias y se han ido a cuidar de los más olvidados. ¿Saben cuántos médicos de Estados Unidos atendieron pacientes de ébola en África?: menos de diez. ¿Cuántos cubanos, siendo un país treinta veces menor en población y doscientas veces menor en riqueza? Casi trescientos. ¿Creen que tal noble valor, aún con sus defectos, merece esta campaña difamatoria?

En ese momento dos guardas le tomaron por los codos y le empujaron fuera de la sala, entre gritos reprobatorios. Thanda miró hacia atrás y vio que el médico cubano que dio su testimonio lo miraba avergonzado. Yendo hacia el aeropuerto sintió rabia de como el noble internacionalismo cubano era criticado por quienes en aquel panel solo pisaban moquetas, trabajaban desde ordenadores y nunca se acercarían, ni de lejos, a cuidar de otras personas en las condiciones de abnegación, compromiso y sentida ilusión de miles de médicos cubanos por todo el mundo a quienes Thanda admiraba. Pero tal acción difamatoria y las presiones de la Casa Blanca a los gobiernos, bien diseñadas por Clever haciendo honor a su apellido, estaban teniendo su efecto, pero de forma perversa. Los cooperantes cubanos fueron expulsados de Brasil, de Ecuador y estaban ya siendo expulsados

por el gobierno golpista de Bolivia, puesto seguramente por Estados Unidos por su ambición de controlar sus reservas de litio, clave de la energía futura.

Se dirigió con escalas al aeropuerto de Salt Lake City. Viajaba a la Norte América profunda. A la de los colonos ingleses que tres siglos atrás fueron llegando hacia el oeste con su fe cristiana libre del Vaticano y de Enrique VIII, en búsqueda de la libertad de normas y gobiernos, con su propio esfuerzo, en sus caravanas de esperanza. Otros fueron con la ambición del oro o el temor a los indígenas. Amalgamas de amor y luz, de temor y tinieblas, como lo fueron todos los pueblos de la historia de la humanidad. Tenía especial curiosidad en descubrir el mundo mormón cuyo «Vaticano» se alzaba grandioso en Salt Lake City. Cuando estudió en su adolescencia en Londres, visitó por curiosidad un centro mormón en el que le mostraron la historia de John Smith a lo largo de unos escaparates con maniquíes representando escenas desde su descubrimiento de las tablas reveladoras hasta los famosos que habían abrazado aquella fe. El mayor «aval» que orgullosamente le mostraron era un famoso, y seguramente millonario, *quarterback* de fútbol americano. Mitomanías reverberantes. Inocentemente les dio sus datos de contacto y a su vuelta a España se presentaron una típica pareja vestida de traje de jóvenes rubios sajones en casa de sus padres repetidamente para alentarles a «abrazar la verdadera fe».

Tras sus vueltas por el mundo Thanda no podía creer en una religión. Sería como mirar solo a una estrella, o escuchar solo el trino de un pájaro en la mañana. La vida era infinita en magia indescifrable y belleza inefable. Quien quisiera enjaularla en unos preceptos únicos estaba insultando a otras formas de entenderla, arrogantemente atribuyéndose el monopolio de la verdad, y aún más absurdo, egoísta y perverso vincularla al cruel juicio final de «paraíso para unos e infierno para otros». No fue fácil ir despojándose de esas enseñanzas del catecismo desde su tierna infancia, ni de tantos otros códigos brutal o sutilmente impuestos durante su «educación» y su «socialización». Fue anotando unos versos y musitándolos con unos acordes.

Al llegar al aeropuerto de Salt Lake City esperó una hora a que llegaran Nayra y Adam a recogerle. Mientras tanto observó como en la puerta de llegadas del aeropuerto llegaban parejas de predicadores, todos de un patrón casi idéntico: eran altos, rubios y con el pelo cortado corto, iban ataviados con sus trajes y corbatas negros y llevaban una etiqueta en la solapa con su nombre y la identificación de su iglesia, Latter Day Saints. Les esperaban grandes grupos familiares en los que Thanda pudo intuir poligamia, admitida dentro de la religión mormona, reflejada en las leyes del estado y tolerada por el gobierno federal. Eran recibidos como héroes. Imaginaba la vuelta también de decenas de miles de soldados americanos destinados en bases y en guerras por todo el mundo y su llegada a sus «*yellow ribons*» como defensores de la patria. Unos defendiendo y predicando una religión, otros una patria, ambas íntimamente relacionadas en una forma de ver

el mundo como «elegidos». Superiores y convencidos de merecer los privilegios de la tierra en la vida conocida y del cielo en la no conocida. No podía entender tal claudicación de la razón a lomos de tanta prepotencia. Sentía a la vez tristeza por el daño que tal proselitismo podría hacer en muchas personas inocentes de rincones de todo el mundo, en los que el sencillo y puro deseo de amar se encarcelaba en los preceptos y prejuicios de aquellos y tantos otros profetas de tantas formas e intereses.

Se reencontró emocionado con Adam, su hijo mayor en su corazón, y con Nayra, su compañera del alma en la distancia. Fueron hacia el pueblo de montaña y base para las estaciones de esquí donde se realizaba cada año el festival de cine de Sundance. Fundado por el famoso Robert Redford, intentaba ser la alternativa intelectual y social al cine simplista y comercial de Hollywood, que, según Hubert, con su tríada del bueno (yankee) -el malo (comunista)- y la víctima (pobres necesitados de la salvación física y espiritual), había sido el perfecto aliado del imperialismo del siglo XX. Dicho imperialismo moderno extendía sus estertores en el siglo XXI a fuerza de especulación financiera, amenazas nucleares y la esperpéntica dramatización de su patética prepotencia por Donald Trump.

Al llegar a la lujosa casa de madera rodeada por dos metros de nieve que la organización cedió a Hubert, como uno de los insignes invitados al festival, se reencontró con él y con Menal, quien tras su odisea a través de caravanas de migrantes de Oaxaca a Tijuana, cruzó otra frontera, como años atrás el mediterráneo en patera, se hizo detener por las brutales patrullas aduaneras norteamericanas y aguantó casi medio año en prisión hasta que consiguiera, como víctima de un gobierno enemigo, el comunista eritreo, el estatuto de refugiada. Menal estaba radiante en su sueño americano, trabajaba en una cafetería del aeropuerto de Los Ángeles, vivía con una señora de clase media a quien atendía, y ahorraba para la «fórmula de la felicidad»: una casa y un coche propios y un trabajo con el que ir pagando hipotecas, seguros médicos y, su sueño secreto y el que el alma libre de Hubert, navegando en sus aventuras por todo el mundo, no le podía ofrecer. Anhelaba Menal una familia en la que educar unos hijos en la fe cristiana, llevarles hasta la universidad que pagarían con suerte tras haber pagado la hipoteca, y así llegar a una pensión desde la que recibir a sus hijos y nietos en *Thanksgiving Day* y dar gracias a Dios por todo ello. Y sin embargo el amor entre el contestatario Hubert, quien cual híbrido de Lumière y Freud, ponía con sus documentales a la humanidad en el diván desvelando la falacia del sistema, alienante de toda libertad; y Menal, desde su épico coraje para seguir el señuelo de ese sistema que su amado denunciaba; era puro y profundo. Se reían como niños entre abrazos y gestos del más tierno cariño. Quizás uno y otro, el sistema y su denuncia, eran solo disfraces del alma que el amor desvelaba pura y desnuda para fundirse sin juicios ni prejuicios.

Lo que más le llenaba el alma era ver a su hijo del alma, Adam, presentarse ante cineastas reconocidos, como asistente del documental de Hubert e intentar buscar un espacio para el caudal de arte que sentía latir en su corazón y quemarle los dedos de deseos de mostrárselo al mundo. Thanda sentía por Adam la más honda ternura y una sensación inexplicable de confianza en el ser humano.

Nayra estaba muy ocupada y pendiente de acompañar y asistir a Hubert como coproductora de Epicentro y el reencuentro de Thanda y Nayra fue salpicado por momentos aislados de ternura y fusión. Thanda sentía el vértigo de verse unos pocos días bajo el ritmo de la agenda del festival y sin la necesaria intimidad con el «*tempo-piano*» para sentir sus almas atribuladas por ya tres años sintiendo el amor erosionarse con la distancia y el horizonte cada vez más nublado de un hogar compartido que no llegaba.

Epicentro mostró al mundo su historia. Thanda recordaba los primeros esquemas de ideas y gentes, lugares y sucesos que le mostró Hubert en su azotea de Robinson Crusoe de la Habana Vieja. Vio en la gran pantalla las muchas aventuras en las que le había acompañado o le contaban Adam y Nayra, filmando escenas de la vida en la Habana y dándoles a las protagonistas, las lindas preadolescentes Leoneli y Annielis, la voz ante el mundo. Rezumaba fresco y espontáneo el mensaje de resistir ante el acoso del decadente capitalismo, con su embargo y asfixia económica, con su relato de imperio salvador y con su bombardeo de los turistas de lujo, que, como rezaba el himno de la peña, «no rozaron ni un instante la belleza».

Thanda compuso una canción sobre el mensaje que él sentía de Epicentro que compartió con el grupo:

Nadie sabe dónde y cuándo, ni si viene desde sueños
Ella nos está llamando y no nos quiere de dueños
Pregonan sus soñadores, peligrosos idealistas
incautos agitadores, rebeldes inconformistas
que en su regazo la vida transcurre sin jerarquías
toda alma es bienvenida, solo reina la armonía
hay una isla en el mundo donde aún quedan retazos
y que en su vientre fecundo nos esperan sus abrazos
quizás por no conocer el gozo de la armonía
quizás también por temer el perder la hegemonía
los sedientos del poder la quisieron doblegar
e imponer su proceder a la isla del amar
primero colonizando con la espada y con la cruz
sometiendo y bautizando, repartiendo esclavitud

después con más sutileza y vendiendo libertad
se infiltró otra realeza, la que adora al capital
pero esa isla bella, indómita se oponía
se cansó de ser doncella, se levantó en rebeldía
en el mágico epicentro hay niñas con dignidad
que llaman al reencuentro con la noble libertad
la que nunca se doblega, la que sabe que algún día
esta humanidad tan ciega se rendirá a la utopía

Les animó a cantar juntos el estribillo*:*

Como el faro es la utopía mientras nuestra nave avanza
No llegamos todavía, pero alumbra la esperanza.

Thanda pensaba como la utopía de Tomas Moro había encontrado su isla del Atlántico en Eila y navegando hacia ese faro se protegería Cuba de las garras del capitalismo y se despojaría de la anquilosis de las jerarquías.

Tras asistir a varios pases del documental, entrevistas con la prensa y debates frente al público, Adam, Nayra y Thanda pasaron un último día paseando en Salt Late City. Visitaron los enormes y lujosos edificios de la sede central de los diez millones de mormones en el mundo. Les mostraron la historia que le enseñaron a Thanda treinta años antes cuando estudiaba en Londres, pero con grandes cuadros en inmensos salones. Contrastaba el modo de vestir tradicional, parecido al de los amish de Pensilvania, con los suntuosos y modernos edificios de culto a sus dogmas. Les enseñaron la sala de conferencias más grande y moderna del mundo donde se reunía su asamblea de representantes creyentes de todo el mundo organizada de forma mucho más comunitaria que el Vaticano, pero con férrea adherencia a sus principios y misión proselitista. Vieron a cientos de parejas de predicadores que seguramente habían caminado cientos de países, caminos y hogares transmitiendo «su verdad». Aquel culto mezclaba su esperanza en una eternidad a cambio de cumplir ciertos dogmas, con el patriotismo americano que rendía culto al dinero, premio de quienes lo merecían, defendido por el monstruoso aparato de matar del país que poseía la mitad de la capacidad del mundo para destruir y del que Utah era uno de sus bastiones. ¿Cómo era posible que el mensaje de Jesús se tergiversara a tal grado que deplorase el compartir-todo del comunismo en su esencia? ¿Y cómo era posible que el pacifismo en contra de los arsenales militares y nucleares fuera anatema para los que defendían la religión de la paz y del amor? Jesús se enfrentó a un imperio en su tiempo y en su nombre dos mil años después el imperio más poderoso ondeaba las ban-

deras de la libertad-de-acumular y de la grandeza-de-invadir. Thanda sentía una mezcla de rechazo ante la «arrogancia-de-la-verdad» e inconfesable envidia por quienes se sienten unidos como comunidad sin grietas por un sentido existencial compartido. De hecho, desde sus estudios de equidad seguía con interés los análisis de los «*blue spots*», comunidades por todo el mundo con la mayor longevidad sana, quizás el mejor bienestar humano, y era constante entre ellos la presencia de una fe o visión compartida. Se preguntaba si su huida de credos y dogmas, leyes y mitos era «*contra natura*» a la esencia humana, gregaria por necesidad y en ello mitómana y sumisa. ¿Sería mejor ser sumiso, acompañado y feliz que libre, solitario y en eterno anhelo del afecto compartido en comunidad? Las eco aldeas le llamaban a buscar el camino de la comunidad en libertad, el amor sin códigos.

Fueron después a la sede del centro de genealogía más importante del mundo, y que bajo el nombre de «*family search*» (búsqueda familiar) ofrecía la pesquisa de ancestros en su inmensa base de datos. La razón de tal empeño mormón en recopilar los vínculos generacionales hacia el pasado radicaba en su creencia de que también podían convertir a la fe a difuntos que no tuvieron la oportunidad de conocer la historia de su profeta y su verdad. Empezaron llevando a sus padres y abuelos difuntos a los templos para que, ya fallecidos, fueran convertidos a la fe y así pudieran salvar sus almas y gozar en el paraíso donde les esperarían a los buenos y proselitistas mormones. Después siguieron investigando generaciones anteriores hasta remontarse a los primeros colonos. Como muchos de ellos tenían familiares en Europa buscaron en los archivos oficiales y sobre todo parroquiales pues desde el concilio de Trento se impuso la inscripción con nombre cristiano y apellido del padre, de toda persona bautizada y así salvada del infierno de los no creyentes. El primer esposo de su Amama y un hermano de ella habían emigrado a Idaho, donde aún había comunidades vascas. Así pudo Thanda identificar varias generaciones de sus antepasados vascos, saber de su familia norteamericana y llevarse un poster que, en forma de abanico, mostraba esas fascinantes raíces, seguro llenas de épica. Cada persona, un universo, un héroe de su propia historia. Pensaba Thanda en qué poco sabíamos de nuestras propias raíces y cuanto más de las jerarquías del poder y los mitos impuestos. En su infancia tuvo que memorizar la lista de cuarenta reyes godos mientras que casi nada sabía de sus antepasados, más humildes y más épicas sus historias anónimas.

Se despidieron en el aeropuerto de Salt Lake City. Adam pasaría una temporada en Berkeley buscando contactos para su fuente creativa, mientras Nayra volvía a su rutina ya casi inamovible de cuidar de sus hijos lejos de su amado. ¿Hasta cuándo?

En el viaje de vuelta terminó sus poemas mientras salía de Estados Unidos, un país cuya alma, pensaba Thanda, estaba atrapada por los mitos de la religión, la patria y el dinero, aliados de una forma tan contradictoria como perversa.

Desterré la lengua del profeta, la que profesaba un solo Dios
Y a sus profecías y amenazas a los que usaran la razón
Desterré los tronos y los reyes, toda la falacia del poder
Y las jerarquías que imponen que otros tengan que obedecer
Desterré los muros y fronteras, los que nos pretenden separar
Todos los escudos y banderas, cualquier forma de etiquetar
Desterré los dientes de las guerras que desangran a quien quiere amar
Y a sus genera es y medallas, lo cobarde es no desertar

Desterré las supuestas verdades y q quienes las quieren imponer
A quien diferencia las edades, a los monopolios del saber
Desterré las garras de los miedos, descubrí la magia del vivir
Y me sacudí todos los credos, y heme aquí sin nada que fingir…
Desterré de mi alma toda certitud salvo el amar…

Estaba deseando volver a «su isla» y compartir esos versos en su peña de la ternura.

LIX

ESTALLA LA PANDEMIA, EL MIEDO PARALIZA EL MUNDO

Enero 2020

Después de su viaje por Estados Unidos Thanda fue a celebrar el cumpleaños noventa de su madre en Madrid. Coincidía con su viaje anual a dar clases en el Master de Salud Internacional que organizaba su amigo Miguel en la Universidad, para compartir sus ideas con estudiantes en los que pretendía animar fuerzas de revolución. Aprovechaba para compartir sus sentimientos y ternura con su madre y pasar días en su querida casa de Robledo, que seguían cuidando Moyes y María, meditando frente al ciprés que crecía con la esencia de su padre. Sentía culpa por su huella de carbono por los viajes cruzando el Atlántico, pero era necesario compartir tiempo y cuidados con su madre, seguro que lo que más le alegraba a su padre desde el universo.

Hacía tres meses que llegaban noticias preocupantes sobre una extraña neumonía diagnosticada en China. A través de David Ho, el amigo de Aimsa y Jonay, Thanda se puso en contacto con un investigador de Wuhan llamado Xi. Le contó cómo el 29 de diciembre admitieron en un hospital a cuatro pacientes con una extraña neumonía. Todos ellos trabajaban en el mercado mayorista de mariscos. El hospital informó de ello al centro de control de enfermedades de Shanghái, donde él trabajaba, e iniciaron una investigación, encontrando más casos sintomáticos de neumonía en trabajadores y clientes relacionados al mercado.

Dos días después, el último día del año 2019 para occidente, veintisiete personas habían sido diagnosticadas ya con neumonía de causa desconocida y siete de ellos estaban en estado crítico. El primer día de 2020 cerraron el mercado. En las muestras de laboratorio descartaron otras causas infecciosas conocidas de neumonías y tampoco pudieron confirmar la presencia de los virus responsables de epidemias respiratorias en las últimas dos décadas como el SARS, el MERS o la gripe aviar.

Una semana después, el siete de enero de 2020, Xi y su equipo aislaron el virus causante de la enfermedad y consiguieron secuenciar su genoma, que consistía en una sola cadena de ARN de treinta mil nucleótidos, las bases de purinas que un siglo atrás describiera Cajal. La enviaron cinco días después a la Organización Mundial de la Salud. Permitían así que laboratorios de todo el mundo pudieran comenzar a producir diagnósticos específicos vía pruebas multiplicando sus genes por la técnica del PCR. Para mediados de enero ya eran sesenta los pacientes diagnosticados y se confirmaron los primeros casos fuera de China: dos en Tailandia y uno en Japón.

Para el fin del mes ya había siete mil casos en todas las provincias de China y en otros quince países. Ciento setenta pacientes habían fallecido, casi todos en Wuhan, la mayor parte con enfermedades de base como hipertensión, diabetes, y enfermedades vasculares que debilitaban sus sistemas inmunes.

El jefe de emergencias de la Organización Mundial de la Salud, un epidemiólogo inglés con aspecto de hooligan llamado Mike a quien Thanda conoció en trabajos desde Bruselas, recomendó al recién nombrado director general, el biólogo etíope Tedros, declarar la epidemia como emergencia sanitaria de preocupación internacional. Alarmaba el impacto que pudiera tener en países de bajos ingresos y con frágiles sistemas de salud. A mediados de marzo ya había más de cien mil casos diagnosticados en cien países y cuatro mil personas habían fallecido por la nueva enfermedad. La Organización Mundial de la Salud decidió reconocerla como pandemia.

Después de dar sus clases Thanda tomó el que sería el último vuelo comercial Madrid-La Habana. Al llegar a La Habana fue aislado en su hogar en cuarentena durante dos semanas. Al terminar su cuarentena, Cuba decretó el confinamiento y Thanda siguió trabajando desde su casa solitaria. Sin wifi y aún con poco margen de «datos» para poder consultar noticias del mundo, se enteró que el número de casos confirmados en el mundo continuó creciendo hasta el medio millón a finales de marzo.

Poco a poco los gobiernos fueron compartiendo información y casi todos siguieron el ejemplo de Wuhan y China, por el que aparentemente cerrando fronteras y limitando la movilidad de sus ciudadanos contuvo el número de infecciones y muertes a un pico de un mes y de menos del uno por ciento de todas las muertes en el país más poblado del mundo.

Hacia finales de marzo la epidemia fue cediendo en China, pero había ido aumentado en Italia que ya tenía el mayor número de muertes. Sus datos reflejaban que la edad mediana de los fallecidos por COVID-19 era de casi ochenta años, más en hombres que en mujeres. Tan solo el dos por ciento se encontraba previamente con buena salud antes de la infección. A principios de abril se dobló el número de casos y de muertes y el epicentro se trasladó a Lombardía y a Madrid desde donde le hablaban cada día su madre y sus hermanas atemorizadas.

Las Unidades de Cuidados Intensivos de Lombardía en Italia y Madrid en España, los dos epicentros de finales de marzo en el mundo, ya superando a China, empezaron a llenarse de enfermos graves. Había razones para preocuparse pues no se conocía bien su epidemiología, su forma de atacar al cuerpo humano, qué medicamentos podrían ser eficaces y si sería posible desarrollar una vacuna. La fórmula que pronto empezó a difundir la Organización Mundial de la Salud era la de «aplanar la curva» de la epidemia, para «no colapsar los sistemas de salud». Con ese mantra los gobiernos, tras cerrar fronteras fueron cerrando escuelas, universidades, hoteles y restaurantes, comercios excepto los esenciales de alimentos y medicamentos, y hasta los centros de salud y la atención a enfermedades no urgentes ni graves.

Thanda comenzó a leer todo lo que podía encontrar por internet. Se hizo un esquema de diagramas en su cuarto para intentar entender mejor la pandemia que parecía extenderse lentamente por todo el mundo y podría cambiar el curso de la Humanidad.

Empezó por intentar entender el virus: pertenecía a la familia de los coronavirus, denominados así por los pinchos que rodeaban su cápsula y le daban, bajo el microscopio electrónico, una forma de corona. Según la variedad de genes y proteínas, se clasificaban en cuatro géneros: Alpha, Beta, Gamma y Delta. El virus que causaba la pandemia que se expandía por los humanos era un beta-coronavirus, que junto al género alfa causaban infecciones respiratorias en humanos y procesos de gastroenteritis en otros mamíferos, casi siempre leves, y en su mayor proporción asintomáticos, prueba de una favorable evolución de adaptación mutua.

El virus se beneficiaba de compartir las «herramientas» de las células humanas para reproducirse, y los humanos aprendían de las estructuras genéticas del virus. Muchos cambios en la evolución de la especie humana habían sido debidos a la integración de genes virales en su genoma, como, por ejemplo, al parecer, la evolución de reptiles a mamíferos. ¿Qué aportaría la infección por este nuevo coronavirus a la evolución humana? El tiempo, quizás mucho más allá del lapso generacional, lo diría.

Lo normal era que cada coronavirus se adaptase a una especie de mamíferos. Seis de ellos afectaban a humanos. En raras ocasiones, los coronavirus procedentes de otros mamíferos podían mutar e infectar al ser humano, produciendo más daño por ser más desconocidos y provocar reacciones más virulentas. Así ocurrió con el síndrome respiratorio agudo grave (SARS) en 2002 en la provincia de Cantón (China) y el síndrome respiratorio de Oriente Medio (MERS) en 2012 en Arabia Saudita. Thanda pensó, cada década una pandemia.

El tamaño del COVID era de apenas cien nanómetros de diámetro, la diezmilésima parte de un milímetro, unas mil veces menor que un glóbulo rojo.

Estudió luego, de lo que pudo leer, su «cerebro»: sus genes. Su secuencia de ARN era de aproximadamente treinta mil nucleótidos de longitud. Científicos de todo el mundo compartieron la información sobre más de quinientas secuencias genómicas del virus. Se pudo averiguar que el ARN codificaba cuatro proteínas que le conformaban su esqueleto: la proteína S (de «*spike*» por la forma de pincho en la superficie), la proteína E (de «*envelope*» en inglés, como la cubierta), la proteína M (de la membrana) y la proteína N (de nucleocápside, en el interior del virus y rodeando en ARN. Se descubrió también que era la proteína S la que era capaz de «ensamblarse» en los receptores de células humanas y así introducirse en ellas. Utilizaba así las enzimas celulares para hacer copias de RNA y sintetizaba sus proteínas, creando así nuevos virus. Cumplía su aspiración de reproducirse y perpetuarse, como cualquier ser vivo, también el ser humano.

Recordó Thanda su formación en epidemiología. Se había descrito que la transmisión del virus era por vía aérea a través de la tos, los estornudos, el habla, la simple respiración e incluso el contacto de las manos con superficies contaminadas.Y es que el virus podía permanecer activo en superficies varias, hasta tres días sobre acero o plásticos y cuatro sobre cristal o billetes. Las manos transmitían el virus a las mucosas por el acto inconsciente de tocarse la cara de media unas dos mil veces al día y de ahí encontrar el camino por las conjuntivas, fosas nasales o la boca. Para intentar conocer la clave de la fuerza expansiva de la epidemia buscó cuál era su «R_0» o tasa de reproducción, el número promedio de nuevos contagios que cada persona infectada puede generar. Xi colaboró con la academia de ciencias de la China en estimar una R_0 en China durante febrero de casi cuatro, aunque un grupo británico estimó un R_0 de tres.

También se descubrió muy pronto que el receptor de la célula humana por donde se clavaba y se introducía el virus era el mismo que reconocía a una enzima llamada «convertidora de angiotensina», relacionada con aumentar la tensión arterial cuando llegaba poca sangre al riñón, tambien presente en los pulmones y el corazón, algo que ya había hecho su «primo» el virus del SARS quince años antes.

Lo que científicos de todo el mundo comenzaron a observar era que el virus desencadenaba en el cuerpo humano una intensa reacción inflamatoria llamada «tormenta de citoquinas», proteínas proinflamatorias liberadas por neutrófilos, macrófagos y mastocitos.

Thanda respetaba mucho a un científico cubano que ya estaría jubilado en muchos otros países pero que como tantos otros cubanos que habían vivido en su adolescencia el triunfo de la revolución seguía a sus setenta y tantos trabajando con pocos medios, pero inquebrantable compromiso. Se trataba de Agustín Lage, el fundador y director del buque insignia de la biotecnología cubana, el centro de biología molecular y con quien Thanda mantenía fascinantes debates en la sede de la Organización Panamericana de la Salud. Lage, como todos le llamaban, ha-

bía observado en los primeros pacientes cubanos infectados por COVID-19, en su mayoría personas mayores con un sistema inmune debilitado que él llamaba «inmuno-senescencia», cuando el virus no era neutralizado por el sistema inmune se reproducía y causaba cierto daño en el tejido pulmonar, lo que activaba a los macrófagos y granulocitos, que liberaban masivamente e indiscriminadamente citoquinas proinflamatorias y causaban la insuficiencia respiratoria grave.

Thanda imaginaba el cuerpo humano como un país en el que si algún inmigrante -virus- furtivo pasaba la frontera -la piel-, lo debía detectar la policía de aduanas y detenerlo, pero si no lo hacía por tener o pocos efectivos o poco preparados, entonces se mezclaba en la población, alteraba el orden público y la población con los furtivos infiltrados eran atacados por una «policía antidisturbios» de forma violenta e indiscriminada. Curiosamente, de no reaccionar el cuerpo de forma tan violenta el virus causaría un daño limitado mientras se replicaba y se transmitía a otros huéspedes. Pensaba para sí que era a menudo el irracional miedo a lo extraño lo que generaba violencia y daño a nivel molecular y a nivel social también.

Intentó buscar formas de animar desde su trabajo la colaboración entre Cuba y la Unión Europea para responder a la pandemia. Cuba compartía con China un laboratorio de investigación y producción del *Interferón alfa2b* que había desarrollado el Centro de Ingeniería Genética y Virología (CIGV). Se trataba de una molécula que producían los linfocitos en su lucha contra los agentes invasores. Entre Cuba y China se fabricaron trescientas mil dosis en aerosoles y se empezaron a aplicar a los casos severos y se utilizó durante febrero y marzo en pacientes de Wuhan. Informaron por la prensa que mejoraba la evolución de casos graves. Recibieron peticiones de envíos de varios países de Latinoamérica, Asia y el este de Europa. Thanda habló con el director del CIGV, Eulogio, para buscar formas de colaborar, quien le dijo que por el bloqueo de Estados Unidos no podían seguir su producción por falta de suministros básicos como placas de Pietri para cultivos o botes, envases y hasta cajas para su distribución.

Estados Unidos daba ya sus primeros signos de insensibilidad ante el drama de la pandemia y continuaba con su cruel embargo a la isla bloqueando a suministros procedentes de otros países, sobre todo la India, «la farmacia del mundo pobre». El secretario general de Naciones Unidas, Antonio Gutierres, hizo un llamamiento para el mínimo de sensibilidad ante el drama y tragedia global, pidiendo que cesasen los bombardeos y ataques militares. Ni eso cumplió Trump, quien siguió insensible bombardeando a Siria y a otros lugares del mundo para preservar sus privilegios imperiales.

Como el CIGV había comprado una fábrica en el país vasco con el plan de comercializar sus productos de biotecnología en Europa, escapando al bloqueo de Estados Unidos, Thanda propuso a Bruselas un acuerdo para apoyar la fabricación de interferón alfa2b e incluirlo en los tratamientos de los pacientes, que,

en aumento, iban llenando las UVIs ya de toda Italia, España y extendiéndose a Francia, al Reino Unido y el resto de Europa. La propuesta no tuvo respuesta. Como tantas de Thanda en sus ya veinte años en la Unión Europea. Intentó dicha operación con Argelia, país amigo de Cuba, primer receptor desde su independencia de Francia de misiones internacionalistas cubanas y ahora proveedor de petróleo ante el colapso de Venezuela. Propuesta también igonrada. Thanda empezaba a sospechar que la mano larga de Washington se infiltraba por los pasillos de la Unión Europea en Bruselas.

Una colega italiana que era compañera de facultad de Marco, el compañero de Thandiwe en Ukuzwana, describió en las autopsias de una buena parte de los pacientes que morían por COVID-19 tromboembolismos diseminados, que eran posiblemente los causantes del fallo multiorgánico y la muerte. Thanda lo comunicó a Pedro, quien estaba recopilando información para el equipo científico que en Cuba iba decidiendo protocolos de tratamiento, a José Moya, un médico peruano representante de la Organización Panamericana de la Salud en Cuba, y a Miguel en España, para que considerasen introducir anticoagulantes para prevenir la coagulación intravascular diseminada que llevaba a la muerte a muchos de los pacientes con COVID-19.

Pensaba Thanda que nadie sabía realmente la magnitud de la epidemia. Se podía inferir su curva por el número de muertes, diferidas unas dos a cuatro semanas después de la infección. Pero ¿cuántas personas estaban realmente infectadas? Cada país hacía tests a los casos sospechosos graves, o a todos los casos clínicos compatibles, o también a sus contactos primarios, o incluso a los contactos de los contactos en los catorce días previos. Pero ninguna estadística era comparable con otros países ni representativa de la epidemia real. Todos los países establecieron un equipo coordinador de la respuesta a la pandemia y cada día informaban por televisión, radio y otros medios de comunicación del número de nuevas infecciones y el número de enfermos graves y de muertes. Aquel «misal» diario que escuchaba con devoción toda la población mundial y consolidaba en datos globales la Organización Mundial de la Salud, estaba basado en cifras parciales, que no reflejaban la verdadera magnitud y naturaleza de la epidemia. De esas cifras se deducían tasas de reproducción de la epidemia y tasas de letalidad de la enfermedad, con el denominador falso de número de infectados. Era como buscar unas llaves por la noche solo debajo de la farola por haber luz allí y de ello sacar conclusiones. A finales de marzo, el país que más tests hacía, hasta diez mil al día, era Corea del Sur, en el que, lógicamente era mayor la expansión de la R_0 y menor la tasa de letalidad.

Recordó el diagnóstico comunitario de Ukuzwana y como cada centro de salud en Cuba y en España podría hacer un estudio de su comunidad incluyendo encuestas de los hogares sobre sus recursos para el confinamiento, las posibilidades de teletrabajo o la necesidad de trabajo fuera de casa, la presencia de ancianos

viviendo solos, la prevalencia de enfermedades crónicas que aumentaban la letalidad del virus y estudios de «seroprevalencia» en muestras representativas de las comunidades. Lo propuso a antiguos compañeros de facultad y residencia, ahora en el ministerio de Sanidad en España, sin éxito.

A finales de abril ya había más de cien laboratorios en el mundo que producían tests que detectaban la Inmunoglobulina G (IgG): el anticuerpo que los linfocitos de los pacientes infectados aprendían a producir dirigido específicamente contra el virus. La presencia de dicho anticuerpo indicaba haber estado infectado. La proporción de personas con IgG contra el COVID-19 era el dato clave para entender la magnitud, distribución geográfica y demográfica, y la letalidad en cada grupo. Thanda no podía entender cómo, en lugar de salir a entender la enfermedad, se cerraban los centros de salud, que ya solo atendían por teléfono y para decidir si enviaban ambulancias a llevar a enfermos graves al hospital. Los estudios poblacionales de IgG costaban una millonésima parte de lo que los países estaban perdiendo en cerrar sus economías, y podían dar las claves de cómo responder con inteligencia ante la pandemia que ya había agarrotado a todo el mundo con miedo. Insistió en España, Cuba y en otros países en la importancia de hacer los estudios poblacionales y diseñar, según sus resultados, estrategias inteligentes, pero parecía clamar en el desierto.

Durante el mes de abril siguieron subiendo las infecciones y las muertes que llegaron en Italia y España a ser de casi una cuarta parte de toda la mortalidad durante la semana del pico de la pandemia. Se empezó a recomendar el uso de mascarilla, hasta entonces desaconsejado por la Organización Mundial de la Salud salvo en el personal médico. Poco después se impuso el confinamiento en casa de los trabajadores no-esenciales y los que pudieran hacer «teletrabajo», que se fue infiltrando en cada hogar de las profesiones privilegiadas que no ganaban su salario con el sudor de su frente. Para la mayoría de personas que en el mundo vivían sin el «pseudo-trabajo» de interactuar con una pantalla, las restricciones eran imposibles de cumplir.

Así como el SIDA dividió al mundo a final del siglo anterior en pobres-sentenciados y ricos-bien-tratados, la pandemia que invadía el mundo veinte años después lo dividía en teletrabajadores-asalariados, protegidos en sus casas; y trabajadores manuales, expuestos al virus por tener que salir a buscar su sustento.

Un drama fue revelándose dentro de la tragedia social generalizada por la pandemia. Terín, una dulce e inteligente estudiante de los cursos que daba Thanda en la universidad, le contó del drama de las personas mayores que vivían en «residencias de la tercera edad». Casi una de cada tres personas de más de ochenta años, unos dos millones en España, vivían en esas residencias, en su gran mayoría privadas y atendidas por inmigrantes latinoamericanos. Así había derivado la sociedad. Algo tan esencial como el devolver el cuidado en su fragilidad a quienes lo dieron a la generación ahora laboralmente activa se encargaba con frecuencia a

otras personas, muchas de otros países y, a menudo, en otras casas. Tras conocerse brotes del virus en algunas residencias, con efectos devastadores en personas mayores y con enfermedades crónicas, fueron prohibidas las visitas de sus familiares.

Thanda lo pensaba con dolor pues deseaba volver a España a cuidar de su madre ya en sus noventa. Le partía el corazón estar tan lejos. Muchas de esas personas fueron enfermando y, por no disponer de familiares o transporte que las llevara al hospital, fueron falleciendo en las residencias con tan solo el contacto con las personas encargadas de su cuidado, envueltas en máscaras, guantes y plásticos para evitar los contagios. El dolor de miles de personas mayores muriendo en sus casas en soledad o en residencias o en hospitales, sin una mano de amor en su final, era imposible de medir. Y era el resultado de una sociedad que aparcaba a sus mayores y que aplicaba el miedo y la distancia entre todas las personas de la sociedad. Hasta a los velatorios y sepelios se prohibió asistir a más de tres personas.

La epidemia había empezado a ceder en Wuhan mientras se expandía al resto del mundo. Cada día hablaba con su madre y sus hermanas comentando la cifra de muertes en Madrid que llegó a mediados de abril a un pico de casi mil en un día, casi la mitad de todas las muertes en el país. Su madre se encerraba atemorizada en casa y lloraba pensando en el inmenso sufrimiento de decenas de miles de personas de su generación, muchas en residencias agonizando sin el calor de la familia.

Había razones para alarmarse, prevenir contagios y buscar esquemas de tratamiento para los afectados. Para que el mundo se uniera en responder con inteligencia y con solidaridad. Pero el miedo nublaba la razón y alimentaba el egoísmo.

Thanda hizo extrapolaciones de la epidemia en Wuhan si se expandiera en igual magnitud y virulencia al resto del mundo. Causaría un millón de muertes durante 2020, de un total de más de sesenta millones de muertes totales al año, es decir, menos del dos por ciento del total. Era grave, y cada vida incomparable y una tragedia en sí mismo que evitar. Y la alarma mundial era la oportunidad para llamar a la solidaridad y a un cambio de forma de vida. Le resultaba sorprendente que por un riesgo de menos del dos por ciento de las muertes se hubiera alarmado y paralizado el mundo mientras que otras causas por las que él había luchado tantos años como la malaria y el SIDA, con el doble de muertes, o en su raíz profunda la desigualdad injusta, con unas diez veces más muertes cada año, eran constantemente ignoradas y no provocaban ninguna portada en ningún periódico ningún día.

Hizo una comparación: teniendo en cuenta la edad media avanzada de los afectados, la epidemia podría causar la pérdida de unos cinco millones de años de vida saludable, la medida comparativa de carga de enfermedad entre los problemas de salud. Cada año la humanidad perdía unos dos mil millones de años de vida saludable (más de tres meses por persona, de media) en comparación con la mejor salud del mundo, la de Japón. Se perdía más en la primera infancia, aunque

iba aumentando en edades adultas en los países de menos recursos económicos. Pero también iba en aumento en países de ingresos medios. Cada vez se perdía menos salud por enfermedades infecciosas y más por enfermedades crónicas relacionadas con formas de vida poco saludables. Enfermedades metabólicas y vasculares, también mentales y múltiples formas de cáncer, estaban en relación con formas de vida sedentaria, alimentación insana y exposición a tóxicos industriales. En total, en ausencia de una prevención, vacuna o tratamientos eficaces, la naciente epidemia causaría la pérdida de unos cinco millones de años de vida saludable, un 0,25% de la pérdida de salud humana en comparación con más del 50% por inequidad. Además, el cambio climático progresivamente aumentaría su proporción como causa de pérdida de vida humana hasta más de un tercio del total, en buena parte solapado con la inequidad global y afectando a quienes menos habían contaminado: los países de bajos ingresos y los nacidos después de 1990, los llamados *Millenials*. La mente humana, sobre todo en su actuar colectiva, era llamativamente arbitraria, pensaba Thanda.

El mundo estaba parando su frenética economía, lo cual era buena noticia para el medio ambiente y quizás para el despertar de una conciencia humana abotargada por producir y consumir sin descanso ni límite. Durante el primer trimestre de 2020 el mundo disminuyó, por primera vez desde que con la revolución industrial empezara a quemar fósiles, las emisiones de carbono que asfixiaban la atmósfera y amenazaban el porvenir de las siguientes generaciones, pero aún en niveles menores que no impedirían llegar al ecuador del siglo con el calentamiento irreversible e irredimible.

Lo que resultaba sorprendente para Thanda era que para parar la epidemia de COVID-19 el mundo fuera a sacrificar unos cuatro billones de dólares en pérdidas por la parálisis económica ese año, mientras que por la silenciosa inequidad que causaba doscientas veces más pérdida de salud apenas se destinaban, y muy indirecta e ineficazmente, cien mil millones de dólares, cuarenta veces menos. La comparación de lo que los economistas de la salud llamaban «coste-utilidad», el coste por recuperar un año de vida saludable, era de unos cien dólares para mitigar, en vano, cada año de vida perdida por la desigualdad injusta; y de unos ochocientos mil dólares por cada año de vida que se intentaba rescatar de las garras de la epidemia. La comparación hacía eco de lo que en los años 90 propuso en Banco Mundial como máximo de coste utilidad de intervenciones en salud pública, treinta dólares, con lo que los gobiernos de países ricos aceptaban de coste utilidad en sus protocolos de sus sistemas de salud, unos cien mil dólares. Ajustando a la inflación el precio de la vida humana seguía en el mismo y macabro espectro: unas tres mil veces más en los países ricos.

La epidemia de la COVID-19 afectaba a las economías ricas y así reaccionó el mundo.

Thanda pensaba que la reacción de la sociedad ante la epidemia replicaba la del cuerpo humano ante la pandemia. La «tormenta de citoquinas» en el cuerpo quizás estuviera haciendo más daño que el propio virus en matar algunas células. A la vez, la reacción exagerada e indiscriminada con parálisis social y económica podría estar causando más daño que la epidemia en sí. Era a las personas mayores, las que dieron su vida por quienes hoy tomaban las decisiones, en quienes había que volcarse, proteger más y con más humanidad. Pensaba Thanda con preocupación que la reacción del mundo a la pandemia no estaba siendo ni inteligente ni solidaria.

Era una oportunidad, quizás la última en el siglo XXI, para que la Humanidad cambiara de rumbo a una menor desigualdad y contaminación, con más inteligencia y solidaridad. Thanda pondría, desde su «Ternura en Tercera», ahora huérfana de peñas por la alarma política y social, todo su corazón en ello.

LX

ABRAZOS SEGUROS

Navarra, mayo 2020

Beatriz tenía ya noventa y dos años. Su pelo blanco recogido en dos trenzas, sus breves y achinados ojos de miel, su leve y dulce sonrisa, y la huella de tanto vivido en arrugas de saberes y sentires, dibujaban una expresión de bondad y dulzura que su familia y vecinos sentían como una bendición.

Desde el porche del viejo caserío familiar de los Beloki miraba a la silueta de la sierra navarra de Aralar. Los diez montes que dibujaba la silueta de los montes lejanos y cercanos hacia el norte, casi azules en la luz del crepúsculo, le evocaban los hitos de su vida, por la que sentía una profunda gratitud al universo.

Recordaba con la primera loma del poniente, prolongada y suave, su infancia y adolescencia en aquel mismo caserío donde seguían crujiendo las viejas tablas de roble de la escalera hacia lo que el granero que fue hoy era su dormitorio de amor y su despacho de ideas. Le seguía un pico escarpado con el que recordaba su tiempo de estudios en el Opus Dei en Pamplona, desde su bachillerato hasta sus estudios de derecho viviendo en la residencia de supernumerarias bajo estrictos códigos, prejuicios y cilicios. Mirar aquel pico y recordar aquel tiempo siempre le hacía emocionarse y sentir tristeza recordando aquella joven atormentada por el miedo. Le seguía el pico más alto, firme y recio, sobre el que se adivinaba una meseta, con él evocaba como ella y Meimuna cruzaron sus caminos y el amor, el más prohibido y el más bello, inundó su vida. Tras ese pico había otro menor y en el que se adivinaban bellos contrastes de colores, que en Beatriz traía la imagen del nacimiento de Moyes, su querido y valiente hijo. Le seguía la silueta de un prolongado macizo con una cima áspera y escarpada, su vida en Bruselas luchando en la fría burocracia. A la mitad del macizo se erigía un roque de granito que significaba en ella el momento en que, en Roma y de la mano de su hermano Patxi, decidió liberarse de los prejuicios moralistas que habían ahogado su vida y entregarse sin las cadenas del pudor y la mordaza de los códigos impuestos, a la vida en pareja con su amada Meimuna y su hijo Moyes. Le seguía la meseta escarpada en Bruselas con algunos picos de su legado

luchando en la distancia con su hermano Haka contra el tráfico de niños y con él y Fernando contra los diamantes de sangre en Sierra Leona. Hacia el este le seguía un monte firme y misterioso de su tiempo en Nueva Delhi, descubriendo un mundo espiritual que bañaba su alma de serenidad. Tras ese monte llegaba una bella meseta descendiente hacia el oriente, su vida, desde hacía ya diez años, en el caserío familiar y en la que, varios abruptos acantilados le recordaban con vértigo las marchas de Haka y de Patxi.

Su mirada acababa el recorrido nublada de gratitud y emoción, sabiendo que sus fuerzas se agotaban y se fundiría en la energía del universo dejando esa encarnación tan frágil como bella, tan misteriosa como mágica.

En los diez años en que habían devuelto la vida al caserío familiar, habían ido animando una bella eco aldea de casi cincuenta caseríos con los que compartían los cuidados de la huerta y del bosque, los alimentos y leña, telares y talleres, caballos y carretas, asambleas y celebraciones, amaneceres y atardeceres, bienvenidas y adioses a la vida.

Meimuna había ido escribiendo un hermoso manual del «ecumenismo en el amor». En la amplia sala de piedra del caserío recibía grupos de todo el mundo, algunos en su trayecto del camino de Santiago, con los que hablaba del sentido común de las religiones y de la búsqueda propia, valiente y pura de la conexión de la energía de cada uno con la del universo.

Moyes y María ya tenían dos hijos pequeños, Sol y Luna, y alternaban tiempos en la Casa Garay de Robledo y el caserío Beloki, siguiendo su lucha contra los desahucios y los abusos de los bancos y los poderes económicos insensibles al dolor de las crecientes y extremas desigualdades injustas.

Moyes colaboraba con Thanda en sus estudios de la inequidad y su precio en vidas humanas que estudiaban y publicaban cada cinco años, participaba en la red de el decrecimiento con el amigo mexicano de Thanda, Miguel, y debatía con Picketty, Stiglitz y Correa el fin del capitalismo y la alternativa de la economía colaborativa y armónica de las eco aldeas.

Beatriz sentía una extraña paz según iba siendo consciente de que se acercaba el final. Le compartió sus sentimientos a Thanda, quien le envió una canción:

Va llegando así la vida a su lento declinar,
vas perdiendo vista, oído, memoria y agilidad,
nos negamos a aceptarlo e ignoramos el final
actuamos a menudo cual destino inmortal

Nadie sabe a dónde va este lento declinar,
se acerca el precipicio, preferimos no hablar
pues la duda de qué sigue la tiene hasta el cardenal
y así disimulamos nuestro vértigo abismal.

Pero yo estoy convencido de que debemos confiar
en la huella que dejamos por la entrega en el amar,
el recuerdo de ese amor pervive en los demás
cuanto más das de tu alma, más suave es el transitar

Es de sabios el llevar poco peso al viajar
de igual forma es vivir sin querer acumular
y no solo me refiero al aspecto material
es aún más esencial saber el alma entregar

Nadie sabe a dónde va este lento caminar
hay quienes nos aseguran que hay un Dios n'el más allá
se proclaman sus voceros y nos pretenden salvar
del infierno en el que arden si es otro su pensar

Hay otros y así nos dicen, nos vamos a reencarnar
y están los que aseguran que no hay nada más allá
yo creo en los que dicen que nadie sabe en verdad
qué es lo que nos espera al dejar de respirar

Lo que siento es que el amor trasciende el tiempo y lugar
al rendirnos en la entrega a la energía universal
al amarnos sin temor ya no hay nada individual
somos todo lo que amamos, y así ya no hay final.

Beatriz, con pocas fuerzas y muy consciente de su declinar final, miraba con ternura a Meimuna, tan bella y dulce, a Moyes, tan valiente y noble, a su familia feliz, a los vecinos generosos, a los montes de su vida. Se repetía hacia dentro, como un poderoso mantra inspirado por su hermano Patxi y reflejado en la canción de Thanda, «somos todo lo que amamos, y así ya no hay final»

Habían celebrado el día de la madre en el primer domingo de mayo con Moyes y su familia, quien declaraba con orgullo el tener el regalo de dos maravillosas madres y el mensaje del amor más valiente.

Unos días después, Beatriz notó que no sentía el olor y el gusto de una «porrusalda» que había preparado Meimuna. Al día siguiente comenzó a tener fiebre alta, tos y dificultad para respirar. Sentía no tener fuerzas ni para levantarse de la cama.

Le pidió a Meimuna que no llamase a nadie, que quería acabar lenta y dulcemente su larga vida con infusiones de hierbas relajantes y balsámicas, rodeada del amor de su familia y escuchando la canción que le envió Thanda.

Moyes había ido a la farmacia del pueblo para buscar paracetamol que le pusiese bajar la fiebre a su madre pues no lo conseguían bajar con compresas del agua del manantial ni con la infusión de unos sauces en el caserío. Al comentarle el estado de Beatriz, la farmacéutica le dijo que era obligatorio declarar los casos sospechosos de la infección para controlar la epidemia, e informó al centro de salud. A las pocas horas llegó una ambulancia del servicio público de salud, a la casa. Ataviados con trajes de plástico y aparatosas caretas salieron un médico, una enfermera y dos asistentes. Meimuna les recibió en la puerta:

- ¿Nos han informado que hay una persona en el caserío con síntomas posibles de COVID?

-Mi compañera Beatriz tiene fiebre y dificultad para respirar, pero prefiere quedarse en casa.

- No podemos permitirlo, señora. Si tiene el virus podría habérselo transmitido a ustedes y seguir esparciéndolo por la comunidad.

- No se preocupen, de veras. Ella no se mueve ya del caserío. Nosotros nos podemos hacer el test y en cualquier caso deseamos cuidarla con amor, y discúlpeme por el comentario, sin plásticos.

- Lo siento, señora, por la ley de salud pública tenemos la obligación de trasladarla al hospital universitario de Navarra, en Pamplona. Les haremos ahora a todos los contactos una prueba de PCR y si son positivos deben permanecer en cuarentena en el caserío y si tienen síntomas informarnos.

Fue inútil que Meimuna y Beatriz insistieran en su deseo de quedarse en el caserío. El equipo de emergencias subió con una camilla, una bombona de oxígeno y un maletín de medicamentos, sueros y el equipo de intubación y ventilación manual, hasta el dormitorio donde estaba Beatriz.

El médico la exploró y comprobó una temperatura de casi 40ºC y signos de deshidratación y de cianosis. El pulsioxímetro reveló una saturación por debajo del 90 por ciento. Auscultó a Beatriz y pudo oír estertores crepitantes dispersos.

Le explicaron la situación:

- Beatriz, tiene síntomas de infección respiratoria y bien podría ser el COVID. Debemos llevarla al hospital.

- Se lo ruego, hermanos, déjenme aquí en mi cama, solo quiero descansar suavemente viendo las montañas.

- Lo siento señora, debemos llevarla al hospital, tenemos órdenes. Es por su bien y también del de sus familiares y de toda la sociedad. Ahora le pondremos oxígeno y un suero para que se sienta más aliviada al respirar. Allí la tratarán bien.

La voz salía deformada tras la aparatosa careta, y se mezclaba con el chirriar de los plásticos y el traqueteo de la camilla que empezaban a armar para trasladarla a Beatriz. Sin apenas fuerzas miró con tristeza a Meimuna, quien no le soltaba la mano.

Bajaron a Beatriz en la camilla por la empinada escalera y, ya en la ambulancia, el médico le puso un suero que había preparado la enfermera, quien también le puso una mascarilla con oxígeno. Mientras tanto, los asistentes les hicieron un test de PCR mediante frotis nasal a Meimuna, Moyes, María y los pequeños, diciéndoles que no salieran del caserío hasta que no les comunicaran el resultado.

Meimuna miraba desde fuera de la ambulancia a Beatriz intentando transmitirla ánimo y disimulando su desgarro de emociones y su vértigo de un muy posible final en el que las máquinas, plásticos y leyes les robaban el deseo y casi necesidad vital de estar abrazadas en los momentos más trascendentes de la vida.

Beatriz fue sintiendo un cierto alivio en su respirar con el flujo de oxígeno que recibía por la mascarilla. Le acompañaban alrededor de la camilla el médico y la enfermera ocupada en tomarle la tensión arterial y consultar la saturación de oxígeno. Notó que el médico hablaba con la enfermera y esta buscaba unas medicinas en unos cajones y los inyectaba en el suero. El camino al caserío era de tierra y los baches se hacían sentir en su ya frágil columna vertebral. Apenas pudo ver una leve sonrisa de la enfermera a través de la careta.

Prefirió cerrar los ojos y pensar en la silueta de los montes con los que recordaba su aventura por la vida y ver hacia su adentro la bella sonrisa de Meimuna, que en su última mirada no pudo reprimir lágrimas de emoción.

Llegaron una hora después al hospital en Pamplona. Bajaron la camilla con Beatriz bien atada a ella, la trasladaron a otra camilla y se despidieron con prisas por otras urgencias el equipo de la ambulancia. Un celador de la urgencia, sin apenas saludarle empujó la camilla hasta una sala frente a un mostrador que decía «triage» donde Beatriz pudo ver una docena más de camillas con pacientes a la espera de ser atendidos. Notó que le pusieron un punto rojo en una carpeta que dejó el equipo de la ambulancia con sus datos.

Meimuna y Moyes no pudieron salir del caserío hasta no saberse los resultados de su test. Llamaban al hospital, pero la línea estaba saturada y no conseguían comunicar.

Una joven médico con una careta que le cubría la cara, guantes azules y una bata de plástico blanco le preguntó sobre sus síntomas de forma apresurada:

– Buen día, señora, dígame: ¿tiene dificultad para respirar?

– Un poco doctora… pero no se preocupe, tienen mucho trabajo, déjeme estar en mi casa con mi familia por favor.

Sin responder a su petición, ensordecida por el bullicio de la urgencia repleta de enfermos, se puso a auscultarla. Beatriz notó el frío contacto de la membrana del fonendoscopio caminar por su frágil pecho. Intentaba en vano cruzar su mirada con la médico, en la que notaba una expresión de cansancio y angustia.

Se quedó unas dos horas esperando en su camilla en una sala con otras quince o veinte pacientes en camilla, casi todos conectados, como Beatriz, a sue-

ros y a flujos de oxígeno. Como casi todos estaban en posición semisentada, para facilitar la respiración, podía ver en las miradas de los pacientes, que no tapaban las mascarillas. Eran todas personas de avanzada edad, como ella, salvo un hombre muy obeso que por su pelo negro pensó Beatriz que sería más joven. Con casi nadie pudo conectar la mirada, casi todos tenían cerrados los ojos y los que no, miraban o al techo o al infinito imaginario dentro de aquellas paredes de la urgencia. Oía lamentos de: ¡Ay Dios! ¡Enfermera! ¡Llamen a mi familia, por favor! ¡La cuña, enfermera! ¡Sáquenme de aquí!

Beatriz consiguió cruzar la mirada con una anciana a unos seis metros de ella. Su cabello blanco estaba despeinado, su respiración estaba agitada y su mirada reflejaba ansiedad. Beatriz creyó reconocer en ella a una compañera de estudios en su juventud. Le sonrió con la mirada y notó que ella le devolvía la sonrisa. Pensó en la magia fugaz por la que el párpado inferior se contraía y parecía ofrecer una balsa de paz y confianza a la ventana al mundo, que ahora se revelaba cruel y frío.

Intentaba mirar más allá de las frías paredes y oír más allá que el frío bullicio, recordar la silueta de los montes que veía desde el caserío, la dulce sonrisa de Meimuna, la pasión de vivir de Moyes, la valentía de Haka y la serena semblanza de Patxi.

Después de unas dos horas llegó otra médico quien por primera vez se presentó, la llamó por su nombre y la miró a los ojos con ternura:

- Beatriz, soy la Doctora Hernández, ¿cómo se siente?

- Me cuesta un poco respirar, pero estoy tranquila. ¿Podría, por favor, irme a mi casa? Quiero estar con los míos cuando llegue el momento. Ya he tenido una larga y preciosa vida…

- Lo siento, Beatriz. Tu test PCR es positivo. Salir a la calle y a tu casa pondrá en riesgo a otras personas y a tu familia. Además, tu saturación es menor de 90%, necesitas oxígeno para recuperarte. Ten confianza en mejorar y volver sin el virus y recuperada con los tuyos.

Beatriz sintió en su mensaje y en su voz la esencia de la entrega de los médicos a aliviar el sufrimiento de los pacientes y se emocionó. La bondad humana latía debajo de cada piel, rezumaba como el rocío en la mañana, brillaba como el sol al amanecer. Solo algunas nubes pasajeras la ensombrecían…

- Veremos cómo evoluciona tu ventilación para ver si necesitas ingresar en la UVI, hay muchos enfermos en espera.

Beatriz fue sintiendo más dificultad para respirar y le fueron subiendo el flujo de oxígeno hasta que la doctora Hernández le dijo que le iban a llevar a la UVI para ayudarle a respirar mejor.

Sin apenas fuerzas, Beatriz le dijo:

- Por favor, ¿puedo hablar con mi familia?

- ¿Cuál es el número, Beatriz? Les puedo llamar desde mi móvil.

Beatriz no lo recordaba, aún menos con la mente nublada por la falta de aire. Mientras tanto Meimuna insistía en comunicar con una urgencia colapsada por llamadas, sin poder comunicar.

Trasladaron a Beatriz a la UVI. Unas veinte camas en una sala rectangular en torno a un mostrador con ajetreados medios y enfermeros estaban envueltas en sonidos de «bips» de los monitores y el respirar mecánico de los ventiladores. Una enfermera en un traje de plástico y a través de una máscara se dirigió a ella con dulzura:

- Beatriz, me llamo Fátima y te voy a atender aquí en la UVI.

Apenas sin fuerzas y pensando en su cuñada de Madeira, Beatriz le sonrió con la mirada. Fátima le colocó electrodos para monitorizar su ritmo cardiaco, un manguito para saber su tensión arterial y un dedal que leía su saturación de oxígeno.

- Fátima, ¿podría, por favor, hablar con mi familia?

- ¿Recuerdas el número de móvil?

Beatriz hizo un esfuerzo y pudo decirles el número de Meimuna. Fátima le llamó por un móvil de la UVI conectándose por vídeo por el que pudo ver a su amor que emocionada le dijo:

- Cariño, ¿cómo estás?

- Me están cuidando muy bien, no os preocupéis. Solo os quiero decir que os quiero mucho. He pedido que me lleven a casa.

- Moyes y yo estamos pidiendo ir a verte, cariño. Sé fuerte. Moyes, María y los pequeños Sol y Luna te mandan mucho cariño, y todos los vecinos. Han venido de la eco aldea a casa para meditar juntos y mandarte mucha luz.

- Dales mi abrazo a todos. Estoy en ti, estás en mí…

Pudo ver por el vídeo que Meimuna se emocionaba y apareció la imagen a Moyes quien le sonrió y le dijo:

- Mamá, te quiero, eres mi héroe y mi inspiración.

- Cuida de María, de Sol y de Luna, hijo. El mundo está cambiando, está alumbrando un nuevo amanecer y te necesita con tu nobleza y bondad.

- Daré siempre lo mejor de mí, mamá, con la luz de tu inspiración y de tu guía.

Fátima le recogió el móvil y le dijo conmovida:

- Veo por su familia que usted ha sido valiente con el amor…

- Amar es ser valiente, Fátima.

Después de colgar, se acercó un médico que le dijo con cierta prisa:

– Beatriz, te vamos a poner boca abajo, pues hemos comprobado que así mejora la respiración.

Con el hilo de fuerzas que le quedaba y la respiración entrecortada, Beatriz le contestó:

– Se lo ruego doctor. Piense en su madre. Déjenme volver con mi familia. Pongan su empeño en quienes son más jóvenes y tienen más vida por delante…

– No puede salir con su infección, Beatriz, por el bien de su familia. Estamos haciendo todo lo que podemos para que mejore.

Mientras colocaban un suplemento al colchón en la parte de la cabeza, para ponerla mirando al suelo, pudo escuchar a Fátima que se dirigía al médico:

– ¿No cree que podríamos pedir una cama en las salas de medicina interna, ponerla un sedante que le quite la angustia y permitir a su familia que venga a estar con ella y compartir con amor su muy posible final?

Beatriz oyó al médico contestar:

– Fátima, sabes que no se permiten las visitas de familiares. No podemos crear precedentes, sería un caos y aumentarían las infecciones en la sociedad y entre nosotros. Además, tenemos un protocolo de tratamientos que seguir para ir conociendo mejor como tratar esta enfermedad. Tenemos que ser firmes y constantes, Fátima.

– ¿Más que sensibles y humanos?

Beatriz ya no pudo oír más. La dieron la vuelta y conectaron a una máscara que le rodeaba la cara y a la que llegaba un frío flujo de oxígeno. Solo veía el suelo de losetas grises y oía lejanos los «bips» del monitor y la orquesta de ventiladores. Pasó así un día entero en que su conciencia iba y venía llevándole a recuerdos de los montes con los que recordaba su vida con inmensa gratitud y se repetía el mantra de Thanda: «*somos todo lo que amamos y así ya no hay final*».

Pasó toda la noche en esa posición y cuando sintió que cambiaba el turno de trabajadores, le dieron la vuelta. Su respiración se agitó y no podía hablar, casi ni abrir sus ojos. Buscaba con su mano una mano a quien agarrarse ante un vértigo angustioso, en vano. Decidieron sedarla, intubarla y conectarla a un ventilador.

Meimuna insistía llamando al teléfono desde donde le llamó la enfermera Fátima, pero le dijeron que estaba sedada para poder asistir mejor su respiración. Siguió meditando con el grupo de eco aldeanos en torno a una foto de Beatriz y unas velas encendidas en su recuerdo.

Moyes sentía una profunda tristeza y ganas profundas de abrazar a su madre. Habló con Thanda sobre la situación, quien le recomendó hacerse el test de anticuerpos pues si era positivo no era riesgo para ninguna persona y podría abrazar a su madre sin afectar a nadie, ni a él mismo.

En contra de la orden del centro de salud de no salir del caserío, Moyes se fue a una clínica privada donde se enteró que le hacían el test de IgG. Al día siguiente le dieron el resultado. Resultó ser positivo. Además del deseo de estar con su madre cual fuera el riesgo propio, sentía, con angustiosa culpa por su estado, que, aunque, junto a María y sus hijos, siempre tuvo precaución en proteger a su madre quizás fue él quien la infectó. Hacía dos semanas se había reunido la eco aldea a celebrar el solsticio de verano. Quizás entonces se infectaron.

Con aquellos pensamientos se fue hasta la entrada del hospital con el resultado del test e intentó entrar ante lo que un guardia de seguridad, con una aparatosa máscara, le dijo que no estaban permitidas las visitas de familiares.

– Buenas tardes, señor. Mi nombre es Moyes Beloki. Mi madre está ingresada en la UVI. Necesito ir a verla. Tengo este test positivo de anticuerpos. He pasado la infección, no puedo ni infectar ni infectarme, y mi madre y yo necesitamos ese abrazo, que puede ser el último.

El guardia sintió en la solicitud angustiosa de Moyes y su mirada nublada de lágrimas y grito de humanidad, de lógica, pero no podía contestar otra cosa que la consigna de la jerarquía:

– Lo siento, señor, yo solo cumplo órdenes.

Moyes pensó desesperado: cómo puede haber personas que limiten su vida a «cumplir órdenes». ¿Dónde dejan su maravillosa capacidad de pensar, sentir y dirigir sus actos por su bondad al mundo? ¿En qué momento vendemos nuestra libertad por una seguridad, por un sueldo, por un código bajo el que todos viven como autómatas sin capacidad de decidir?

Insistió en vano y decidió ponerse a las puertas del hospital con un cartel que decía:

«*Tengo anticuerpos, estoy sano, no hago daño a nadie, solo pido abrazar a mi madre. ¿Hemos perdido la razón y la humanidad?*»

Pasó toda la noche frente al hospital bajo la mirada de viandantes. Algunos de ellos le hicieron fotos que pusieron en las redes sociales, y al poco tiempo vinieron algunos periodistas a hacerle entrevistas y fotos.

Por la mañana salió una mujer de unos treinta años y le dijo:

– Me llamo Fátima. Eres Moyes, ¿verdad? Te vi por el móvil ayer hablando con Beatriz. Tu cartel se ha hecho viral en las redes.

Moyes pensó en la macabra imagen de viral: ojalá la razón y la humanidad fueran tan virales como el virus…

– Sí, Fátima. Soy yo. Gracias por darle cariño a mi madre y dejarnos hablar el otro día. ¿Sigue sedada y conectada al ventilador?

– Lo siento mucho, Moyes. Tu madre acaba de fallecer.

Se miraron ambos con lágrimas en los ojos y se dieron un abrazo, rompiendo todas las normas.

Moyes sintió algo dentro de él deshacerse como un hierro candente. Posiblemente él infectó a su madre, aunque tuvo mucha precaución con mascarilla, higiene y asepsia. O quizás fueran otros aldeanos. Pero con una infección casi inocua en jóvenes podría haber acompañado con amor a su madre, quien se despidió de la vida sola, conectada a tubos fríos e inútiles, oyendo el sonido robótico de los bips del monitor, sin siquiera una mano a la que agarrarse en su trance final, desde la que sentir en su salto al abismo que no estaba sola…

Volvió al caserío e informó a Meimuna, María, Sol y Luna, y a los aldeanos que aguardaban noticias. Moyes se abrazó a cada uno con fuerza y dando todo su amor.

Luna tocó en su harmónica la melodía que Nothando compuso en la marcha de Haka. Moyes, a quien Jonay y Thanda había enseñado algunos acordes de guitarra cantó «Faltarán estrellas», de Jonay para John, y «Sin fin» de Thanda para su padre.

Beatriz descansó dando vida y fuerza a un roble en la era del caserío, en torno al cual se fue reuniendo la eco aldea del amor valiente.

Moyes pasó un mes en la plaza mayor de Pamplona con un cartel que decía:

«*Pasé el COVID sin síntomas. Tengo anticuerpos. Ni te infecto ni me infectas. Solo quiero abrazarte*»

Dio miles de abrazos emocionados, a personas que llevaban meses sin ningún contacto humano. Algunas le pidieron ir a sus casas para abrazar a sus mayores. Muchos jóvenes se fueron haciendo el test de anticuerpos y se unieron a Moyes en un movimiento que llamaron «*Abrazos sin miedo*» y se fue extendiendo por toda España.

Unas semanas después fueron arrestados por peligro público. Cuando salió de la cárcel, Moyes y María huyeron un tiempo de aquella locura colectiva y se enrolaron en el barco Open Arms que rescataba a náufragos africanos que intentaban llegar a las costas crueles e insensibles de Europa, que miraba hacia otro lado ante su desesperación. Tierra de castillos medievales reflejaba bien ese espíritu la vieja Europa con los lujos de la corte ahora copiosos supermercados con miles de productos de todo el mundo, su fosa de cocodrilos ahora el mar mediterráneo y su puente levadizo ahora custodiado por el dictador Edorgan bien pagado, mil millones al año, por tal función indigna de los nobles que le pagaban por ello.

LXI

LA ÉTICA DE LA EQUIDAD

Julio 2020

La pandemia siguió avanzando y llevándose vidas de los mayores. Se iban de la vida sin abrazos, sin sentir el calor de una mano, a menudo sin apenas miradas. Desde el mes de abril el número de muertes se había estabilizado en unas seis mil por día en todo el mundo, llegando a finales de junio a casi un acumulado de medio millón de fallecidos, aun así, menos del dos por ciento de las muertes, como Thanda había calculado serían cuando llegaron las primeras noticias de Wuhan.

La distribución era muy desigual en el mundo y no era fácil entender por qué. Los países más afectados como España, tenían tasas acumuladas de uno por mil, más o menos el diez por cien de todas las muertes en la primera mitad de ese fatídico año, mientras que países como Cuba apenas llegaban a uno por cien mil. Ciudades de países con altos grados de hacinamiento y sin condiciones de higiene ni acceso a mascarillas siquiera, como las de Haití, Bangladesh, Nigeria y muchos más, apenas registraban casos. En otros había un claro ocultamiento de la epidemia, como en Turkmenistán, donde prohibieron nombrar la palabra COVID. Había muchas más preguntas que respuestas, y estas no eran ciertas.

Thanda, que había sido nombrado el año anterior profesor visitante de la Escuela Nacional de Salud en España, tuvo acceso a los datos preliminares del primer estudio poblacional en el que él tanto insistía. La primera parte de dicho estudio investigó el estado de seroprevalencia IgG según edades, sexo y distribución geográfica en una muestra aleatoria, estratificada y representativa de todo el país. Los resultados preliminares, publicados en la revista líder mundial en medicina, *The Lancet*, mostraban que, con un intervalo de error de un quince por ciento, la proporción de personas infectadas era de casi el cuatro por ciento, es decir, casi dos millones de personas, frente a los menos de doscientos mil que para entonces se había identificado por tests PCR a casos sospechosos y contactos, solo uno de cada diez de los realmente infectados. Todos los datos de curva epidemiológica y de letalidad que se comunicaban cada mañana en España por el doctor Simón, un excompañero de cooperación de Thanda, eran parciales, pero

influían en las medidas sociales, políticas y sanitarias. El relato de esos datos sesgados se había convertido en una especie de misa diaria en casi todos los países del mundo. Nadie estaba dispuesto a desmentir y ni siquiera cuestionar. Seguían la misma dinámica de las religiones, con los dogmas, los profetas y los mandamientos. El estudio apenas se informó a la población y los periódicos lo quitaron al cabo de unas horas de sus páginas web.

Lo mismo ocurría en Cuba con la comunicación diaria del doctor Durán, a la que cada cubano escuchaba cada mañana por la televisión y la radio. Era como «la verdad absoluta» de la epidemia. No podía entender Thanda tal grado de irracionalidad en la información y de sumisión en la población. Finalmente, en el mes de mayo Cuba comenzó un estudio poblacional basado en la misma metodología que se hizo en España. Una publicación aislada en el Gramma dio los datos preliminares de tres mil muestras de PCR, en las que se encontraron cuatro positivos.

Domitila, una joven francesa periodista que Thanda conoció por la familia musical de la peña de la ternura, con quien practicaba francés en entrañables tertulias hablando de la vida y del mundo, le escribió por WhatsApp a finales de junio para preguntarle por su opinión de la pandemia. Trabajaba para Radio France International. Ante su pregunta, Thanda le hizo una propuesta:

– Domitila, ¿puedes hacer preguntas en la rueda de prensa del doctor Durán, como periodista extranjera acreditada en Cuba?

– Bueno, con cautela pues mi permiso es aún provisional.

– Entiendo. Mira, creo que en Cuba y en todo el mundo se está informando de forma equivocada sobre la pandemia.

– Dime, aunque ya sabes que a nadie le gusta reconocer errores, y en Cuba menos, pues se sienten muy vulnerables ante constantes ataques y difamaciones.

– Lo sé bien. A ver si de una forma diplomática les puedes hacer llegar esta duda.

– Dime, Thanda, confío en ti.

– Algo así: «doctor Durán, si los estudios poblacionales han demostrado una prevalencia de casos activos (PCR positivos) de algo más de uno de cada mil, ¿se puede inferir al menos once mil en el país? Si además se tiene en cuenta el período medio en que los infectados presentan PCR+, unas tres semanas, el número acumulado de infectados podría ser de unos cuarenta y cuatro mil. Como hasta el momento se han informado, en sus conferencias de prensa diarias, de un total acumulado de dos mil trescientos pacientes con PCR+, de más de ciento sesenta mil muestras, ¿podríamos estimar que el nivel de detección de infecciones acumuladas ha sido hasta el momento de tan solo el 5%, es decir, uno de cada veinte? ¿Cómo se pueden tomar medidas tan trascendentes para la sociedad y la economía con tan solo el 5% de la información?»

– Ok, Thanda, se la voy a mandar al coordinador de la conferencia de prensa.

Al día siguiente Domitila le escribió a Thanda por WhatsApp:

- Thanda, mandé la pregunta y recibí esta respuesta del coordinador de la rueda de prensa:

-Domitila, ¿esa pregunta la hiciste tú? Tal parece hecha por alguien que se dedique a temas estadísticos y para que la responda alguien que también domine esos temas. Recuerda que el doctor Durán es epidemiólogo, no matemático.

-Después de esa primera respuesta fue aumentando su tono defensivo:

-¡Además! ¡Piensa un poco! Si realmente hubiera cuarenta y cuatro mil personas infectadas en Cuba, tú y todo el mundo se hubiese podido dar cuenta. Una cifra así no se esconde tan fácilmente Los cuerpos de guardia en los hospitales estarían abarrotados. Es cuestión de lógica.

Entonces y aún sin respuesta de Domitila, entró el temor latente en cada cubano de ser «diana de la difamación mal intencionada»:

- Me parece muy mal intencionada tu pregunta. No solo estás cuestionando la realidad de un país en el que tú vives y sabes que es imposible ocultar esas cifras, sino que das por sentado un hecho que no es verdad. Hace poco participaste en pesquisas con estudiantes de medicina y profesores. ¿Si la realidad fuera como expones en tu pregunta, no crees que hubieses podido corroborarlo en esas pesquisas?

Concluyó aceptando como la única verdad posible la que se exponía en el noticiero y en el Gamma:

- La realidad es mucho más rica que un cálculo o una previsión estadística. Lo ha demostrado la propia curva de la que tanto habla el doctor Durán, en la cual nos hemos ido por debajo del escenario más favorable. Un ejemplo de que las estadísticas ayudan, pero la realidad es mucho más rica.Y todo es relativo.

Domitila intentó explicarle el cálculo, hecho con los datos del propio estudio cubano, pero se negaron a transmitir su pregunta y temió que le quitaran su acreditación como periodista.

Al día siguiente, el coordinador, aún más indignado o quizás ofuscado por el desafío lógico de Thanda a su pretendida «lógica», le escribió lo siguiente a Domitila:

- Creo que estás obviando en este análisis estadístico una serie de variables que influyen. Tú las sabes mejor que yo. Existen condiciones específicas en Cuba que la hacen diferente a otros países en cuanto a temas sanitarios se trata. Pregúntales a las autoridades francesas que han recibido una brigada médica cubana en Martinica.

Era triste ver la cerrazón, la falta de espacio para hablar con libertad, para preguntar por aclaraciones lógicas, para plantear alternativas al confinamiento generalizado que tanto daño estaba haciendo.

Unos días después, Thanda consiguió reunirse con su amigo José, el representante de la Organización Mundial de la Salud, con Lage, el sabio de BioCubaFarma y con la viceministra de salud, quien le compartió confidencialmente que parecía que la seroprevalencia del estudio indicaba un 3%, pero que era confidencial e «información sensible». Eso suponía no cuarenta y cuatro mil infecciones, veinte veces más que los detectados sino casi trescientas cincuenta mil, ciento cincuenta veces más.

El «estado de sitio» que Thanda había discutido con los amigos del MINREX tras el accidente cegaba la razón y bloqueaban la virtud que más le inspiró su padre: la humildad. Ese bloqueo daba espacio a la soberbia, al triunfalismo exagerando los logros y el victimismo explicando las carencias.

Con todo lo que amaba Thanda a Cuba, y estando dispuesto a luchar con Bruselas por defender las ideas de la revolución y cooperando hacia una mayor equidad de ambos y del mundo, le dolía esa falta de humildad en las autoridades.

Al sesgo de información que dominaba todo el mundo de la comunicación y que era pasivamente aceptada la mayor parte de la población, se unía un hecho que Thanda analizó con detalle según los resultados del estudio poblacional en España, que ya había completado la segunda fase con más de sesenta mil muestras representativas. Al poner en relación el número de fallecidos con el total de infectados, la tasa de letalidad era de 1,3%, exactamente igual que la de la gripe estacional que desde hacía un siglo al menos fluctuaba en serotipos y transmisión. Una gripe extendida.

Pero cuando calculaba la tasa de letalidad según grupos de edad, el resultado era aún más revelador. Los mayores de sesenta y cinco años, es decir, la población jubilada, o con factores de riesgo asociados a mayor letalidad del virus como obesidad, hipertensión, bronquitis crónica y defectos inmunitarios, constituían ya una tercera parte de la población española y cubana. Igual ocurría con la población europea, envejecida y con problemas crónicos de salud por vidas sedentarias, alimentación poco sana y contaminación del aire. Todo ello consecuencia del modelo urbano-consumista, al que ni el comunismo cubano era inmune. En ellos la infección por el nuevo virus tenía una alta letalidad, de media del ocho por ciento, más cuanto más edad o más graves eran los problemas crónicos de salud. Estaba claro que necesitaban protegerse de la infección y estar atentos a cualquier síntoma para un diagnóstico y tratamiento precoz por un sistema de atención primaria fuerte, y no clausurado o minimizado como habían decidido muchos gobiernos.

Lo sorprendente era lo que ocurría en personas menores de sesenta y cinco años sin enfermedades crónicas, la mayor parte de la «fuerza laboral»: la tasa de letalidad era menor del 0,05%, uno de cada dos mil al año, casi igual a la probabilidad de morir por cualquier otra causa en ese grupo de edad. Había claramente dos epidemias, una muy leve en personas jóvenes y sanas, y otra más grave en personas mayores o enfermas. ¿Por qué tratar a todos por igual y confinarles juntos?

En los primeros meses de la pandemia los presidentes más nacionalistas y capitalistas, Trump en Estados Unidos, Bolsonaro en Brasil y Johnson en el Reino Unido, habían propuesto no parar la economía aduciendo que hacerlo tendría peores consecuencias que la epidemia en sí y evitaría la inmunidad natural, llamada «de rebaño». Los tres cayeron enfermos y se recuperaron, minimizando aún más la epidemia, aunque cediendo a medidas de control cuando el número de muertes empezó a causar alarma. Otro país que optó por permitir movilidad social confiando en la inmunidad natural fue Suecia, pero, aunque inicialmente fue muy poco afectado, en julio comenzaron a subir el número de muertes por la anemia y su modelo cayó en descrédito. La pandemia empezó a politizarse: las izquierdas llamaban a proteger a la población en sus casas para proteger al bienestar colectivo y subvencionar los comercios afectados y las personas desempleadas, mientras que las derechas se resistían al confinamiento como abuso al derecho de libertad individual y abogaban por permitir la actividad económica. Derechos colectivos frente a derechos individuales. Enfrentados y cada uno argumentando razones ideológicas, sin atender con atención a lo que decían los datos.

Thanda estudió con detalle cada dimensión de la pandemia y encontró «cinco desequilibrios» en cinco dimensiones ecológicas de la relación del virus con el homo sapiens. Que no parecía muy «sapiens». El primero era el biológico en el que era mayor el daño hiperinflamatorio que el directo del virus. El segundo, el científico en el que la investigación se había volcado, de nuevo, en los tratamientos hospitalarios de casos avanzados y severos, ignorando en buena medida el tratamiento precoz de casos aún leves a nivel de atención primaria. El tercero era el psico-social, dimensión de la salud casi olvidada frente al énfasis en, casi exclusivamente, la dimensión física, dejando en soledad a millones de ancianos viviendo y muriendo sin el afecto de sus seres queridos, un sufrimiento inmenso e imposible de medir. El cuarto era el epidemiológico, en el que los datos analizados por Thanda demostraban que el riesgo de morir por COVID en las personas sanas y jóvenes era mínimo, frente al riesgo más alto en personas mayores y/o enfermas. El quinto desequilibrio era el socioeconómico, afectando de forma muy desigual a las personas de ingresos más altos y trabajos-de-palabras, que podían teletrabajar y mantener ingresos y protección, en relación a las personas de ingresos menos altos y trabajos-de-sudor, que no podían trabajar en sus casas y las medidas de control total les disminuían o anulaban sus ingresos y la protección de sus familias.

La estrategia dominante de confinar a poblaciones en sus ciudades y a personas en sus casas aumentaba los tres últimos desequilibrios, causando inmenso sufrimiento e injusticia.

Thanda escribió una propuesta basada en dicho análisis en la cual las personas sanas y jóvenes saldrían a trabajar y exponerse, y mientras no tuvieran IgG+ se aislarían de personas mayores con riesgos, que se les debía atender redoblando

la atención primaria y la atención social por políticas económicas que priorizasen los servicios sociales en toda su cadena, no solo los hospitales. Cuando progresivamente fueran infectadas, calculaba Thanda que, sin distancia social ni mascarillas, e incluso «promoviendo los abrazos», a un ritmo de un 5% semanal, y se les detectara IgG+ se convertirían por un lado en los agentes sociales-con-humanidad en el cuidado de los mayores, tan ausentes de afecto ya antes de la pandemia. Además, irían creando una inmunidad de grupo que permitiría, en ausencia de vacuna, que fueran saliendo los grupos de riesgo, de menor a mayor edad y riesgo, minimizando sus posibilidades de infección hasta erradicar al virus cuando la proporción de personas IgG+ fuera mayor del 60%.

Escribió su propuesta por carta a la Unión Europea y a los gobiernos de España, Cuba y México, donde tenía contactos; y a docenas de periódicos y de revistas científicas, recibiendo silencio por respuesta. Habló de ello en sus conferencias en varias universidades. Publicó entonces en las redes sociales sus estudios, pero con escaso eco e incluso algunos comentarios muy críticos. Solo tuvo eco en un periódico argentino que publicó sus ideas en titulares.

Thanda sentía que el mundo estaba paralizado por el miedo y de ello se estaban aprovechando las jerarquías políticas aumentando su autoritarismo y las jerarquías económicas aumentando el enriquecimiento de unos pocos y las desigualdades. Mientras que los pobres con trabajos-de-sudor disminuían hasta la mitad sus ingresos, ya antes de la pandemia insuficientes para vidas en curva de equidad según los análisis de Thanda, la clase media-alta con trabajos-con-palabras mantenía sus ingresos encerrados en sus casas y el uno por ciento de mayor poder económico y financiero, se enriquecía, más aún el uno por millón, los billonarios del mundo digital del Silicon Valley, de Google, Amazon, Facebook, Uber, y otros, que multiplicaron sus ganancias billonarias mientras otros no conseguían el mínimo para comer.

Thanda convocó a una reunión virtual a la familia, a amigos y, con la ayuda de Aimsa, a representantes de eco aldeas. Eran más de quinientas personas de más de cuarenta países. Les habló así:

- Familia y amigos del alma. Os escribo desde un hogar solitario en La Habana desde os recuerdo cada día con profundo cariño. La pandemia está causando dolor y aún más dolor está causando la forma de enfrentarla con injusticia, en la que la grieta de la desigualdad se está haciendo más y más profunda. Las personas se han quedado en sus casas escuchando mensajes de miedo, entreteniéndose con vídeos digitales, comunicándose, como nosotros ahora, por pantallas, comprando comida y caprichos por Amazon y perpetuando su dependencia de un sistema perverso de producción destructiva, consumo enajenante y acumulo de propiedades y capital por unos pocos cada vez más poderosos y en connivencia con la inteligencia artificial y manipulación genética que temo nos llevaran a un mundo codificado sin espacio alguno de libertad.

Durante una hora muchos reaccionaron. Unos quitando hierro a la situación y otros haciendo eco de los temores de Thanda. Muchos hablaron de la oportunidad de cambiar el sistema.

Joinay reaccionó:

- Exactamente. Es ahora el momento. Miles de millones de personas están en estado de alarma, e incluso de shock. Los privilegiados que pueden hacerlo, están compartiendo más tiempo con su familia. Los transportes están siendo más locales. La vida en naturaleza es ahora vista como más segura y las ciudades se desmitifican. Es el momento de llamar a la conciencia global para la armonía en naturaleza, la desconexión de redes de electricidad contaminante, pantallas alienantes y consumo enajenante.

Aimsa tomó la palabra:

- Gracias, Thanda. Tienes razón. Es el momento. Gracias por tu análisis y tu compromiso. En los seis meses de pandemia se han unido cinco mil nuevas eco aldeas, casi veinte cada día, más de dos millones de personas más, llegamos ya a veintitrés millones, más de dos Cubas, y están aceptando que se constituyan también en China. Es el momento de demostrar que las Naciones Unidas no funcionan, por ser naciones sin empatía y por no estar unidas. Hay que proponer cambios profundos que solo pueden salir desde las comunidades hacia la red global, pero también podemos influir desde la red global hacia las naciones si proponemos con fuerza los valores de la equidad y de la armonía con la naturaleza.

Gritaron «*Amandla*», el grito ndebele, zulú y de Ukuzwana que les dio fuerza hacía ya treinta años en su lucha contra el SIDA, de la que nació esa hermosa red de luces de esperanza que se infiltraba poco a poco por todo el mundo.

Al acabar la reunión, Thanda recibió una llamada de su amigo y cómplice de la equidad, David. Estaba siendo testigo de enormes injusticias que revelaba y profundizaba la pandemia en Boston donde vivía, y en su anhelado Ecuador.

En las calles de Guayaquil los cadáveres de fallecidos por el COVID y en la pobreza absoluta se dejaban pudrir en las aceras y frente a las funerarias por falta de medios para atenderles, ni en vida y ni siquiera una vez muertos.

En Boston, como en Nueva York, se adaptaban camiones refrigeradores de carnes congeladas para guardar los cadáveres que día a día llenaban los hospitales donde las urgencias y las UVIs ya no aceptaban más pacientes.

Heart Island se llenaba de cuerpos que nadie reclamaba, más aún que como habitualmente ocurría en el epicentro del capitalismo. Thanda no entendía como el dos por ciento de las muertes en el mundo podían causar tanto colapso: quizás su concentración en algunas ciudades, incluso sin saber por qué, y la forma de reaccionar dirigiendo toda la atención a hospitales que carecían de ningún tratamiento eficaz.

La pandemia golpeaba más a los más débiles, con menos posibilidades de prevención y más infecciones, peor estado de salud y más enfermos, menor acceso a servicios de atención y más muertes, y menos posibilidad de confinamiento y más desempleo y pobreza, desesperación y angustia. La carga de inequidad que llevaban midiendo y publicando diez años aumentaba en formas aún no conocidas. A ello se unía el obsceno comercio, de nuevo, de las grandes farmacéuticas, que empujaban a presión ensayos de medicamentos y vacunas protegiendo a fuego sus patentes con las que, de nuevo como ocurrió en el SIDA, enriquecerse. Aún sin claridad en cuando y cuan efectivas serían las vacunas contra el COVID-19, que ya sumaban más de cien candidatas en ensayos en diferentes fases, ya se estaban vendiendo las producciones potenciales de las más poderosas y avanzadas, a los países ricos, que, sin escrúpulos algunos, acaparaban lo que quizás fuera la tabla de salvación de una pandemia que ahogaba al mundo.

David le propuso escribir una carta al secretario general de Naciones Unidas, Antonio Gutierres: un llamamiento, grito, -*cry*- alertando de las desigualdades injustas que estaba profundizando la pandemia, llamar a crear una «*task force*» que velase por mediar y actuar para la equidad económica y en salud, y despojar de patentes a los medicamentos y vacunas vitales para enfrentar la pandemia. David preparó un borrador, Thanda aportó otras ideas y le recomendó que contactaran a su buen amigo Paulo, en Río, con quien diez años atrás habían conseguido alianzas en Ginebra defendiendo el derecho a la salud. Paulo contestó apesadumbrado por la marcha galopante de la pandemia en Brasil con un Bolsonaro insensible y soberbio, aliado de Trump.

Compartieron la carta primero a un grupo de amigos y colegas con los que habían luchado juntos muchos años por la defensa de salud, en comunidades, en países y en el mundo. A través de sus redes comenzaron a recibir adhesiones a la carta.

Thanda escribió a Chomsky, a través de Jonay, quien se adhirió con entusiasmo. Luego se unieron expresidentes como Lagos de Brasil, Mújica de Uruguay y Lula de Brasil, además de Oscar Arias y Esquivel, premios Nobel. Le mandó un mensaje al ex presidente español Zapatero, que también se adhirió, y después de él ex presidentes italianos, franceses y ex primeros ministros británicos. Mientras tanto, se adhirieron más de cuarenta exministros de salud de todo el mundo, activistas de todo origen y condición, profesores, ilustres y anónimos, médicos y profesionales de la salud. No paraban de recibir adhesiones. Adam les ayudó a crear una página web donde se fueron uniendo más y más personas, organizaciones y redes. Se unió las asociaciones mundiales de médicos y de enfermeras, la federación de asociaciones de salud pública, de institutos nacionales de salud y la unión de academias de ciencias, y posteriormente Oxfam y otras redes de justicia social, cada una de ellas reuniendo a organizaciones en países de todo el mundo. Thanda no

consiguió convencer a Médicos Sin fronteras, de alguna manera anclada en su excepcionalismo, como le ocurría a Estados Unidos, aunque con fines muy distintos.

En menos de una semana tenían más de quinientas adhesiones a título individual y doscientas organizaciones que representaban a más de dos millones de profesionales de la salud, salubristas, economistas, funcionarios y activistas, todos unidos en ese grito contra la injusticia que ya latía con dolor antes de la pandemia y ahora se revelaba aún más cruda e inmoral. La carta se publicó en *The Lancet* y empezó a hablarse del movimiento por todo el mundo.

En la misma semana que enviaron la carta a Gutierres, Trump decidió que Estados Unidos abandonase la Organización Mundial de la Salud y, con ello, una quinta parte de su financiación, en quizás el momento más crítico de su historia. Unas semanas después recibieron respuesta de Gutierres, quien inútilmente llamaba a un alto el fuego para en solidaridad paliar la pandemia. Los remitió a su vicepresidente, Amina Mohammed, una nigeriana de élite con historia y formas del Banco Mundial, quien les refirió a hablar con el director de la Organización Mundial de la Salud, el etíope Tedros quien les refirió a hablar con su adjunta Szakob. Se limitaron a acordar recolectar historias de inequidad y publicarlas con una Organización Mundial de la Salud que ya apenas tenía fuerza, medios ni liderazgo moral.

Llamaron entonces a una gran asamblea de todos los firmantes para lanzar públicamente el movimiento. Atendieron Tedros y también Michelle Bachelet, médico pediatra, ex ministra de salud y expresidente dos veces en Chile, primera directora de ONU Mujeres y ahora la Alta Comisaria de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos. Thanda moderó la reunión y preparó las participaciones de Tedros y Bachelet.

El discurso que Thanda escribió para Bachelet fue leído íntegramente por ella. Como en sus tiempos en Bruselas, pudo poner en boca de dirigentes, esta vez de la máxima representante de los derechos humanos, el compromiso por el derecho a la salud y vincularlo a «la ética de la equidad». Recopiló todos sus empeños y esfuerzos desde sus estudios en La Laguna, su residencia en Madrid, su mágico tiempo en Ukuzwana, su paso por los bomberos, su tiempo de funcionario en Bruselas, sus trabajos por la justicia en México, y los presentes por defender los valores de Cuba en mayor libertad, los que abogaba en sus clases y escritos de equidad por el mundo y la conexión la red de eco aldeas donde la armonía con la naturaleza llevaría al mundo al espacio ético de la equidad.

Argumentó, y así lo expuso Bachelet en su discurso, que la ética es el compromiso a las aspiraciones compartidas y factibles para todos. Que en salud la ética aceptada por todos es la constitución de la Organización Mundial de la Salud y su «mejor salud posible para todos». Que esa era la definición de equidad, desigualdad justa y con el compromiso de un mínimo posible para todos. Que para ello era necesario un nuevo orden económico mundial que pusiera coto a la

acumulación y permitiera vivir a todos en curva de equidad, la ética colectiva, y en vidas en condiciones de dignidad. Que ello suponía volver más firme y vinculante el derecho a la salud, y medirlo por la métrica de la equidad en salud, el mejor termómetro de justicia. Que también era necesario un pacto mundial que animase la colaboración global para traducir el fascinante afán de conocimiento de la humanidad en saberes y artilugios para preservar la vida y poner coto a las patentes cuando se interponían con ella.

Comenzaba una lucha, aún más urgente y necesaria, valiente y decidida, por la ética de la equidad.

LXII

DESVELANDO LA AVARICIA, DESATANDO EL SABER

Octubre 2020

Thanda pasó el confinamiento por el Covid en la casa de la ternura en la Tercera avenida de Miramar, La Habana. Se propuso aprovechar la soledad y el confinamiento para ordenar el caudal que brotaba de su alma y simplificar su vida material. Tras la poesía de antes-del-amanecer inspirada cada día en un dibujo de su padre, buscaba ideas que deseaba compartir, las ponía en unos primeros versos, se iba con su pantalón corto hasta el mar en la calle 24, entraba por el diente perro con su máscara para ver el fondo y convertir los versos en un poema y el poema en una canción bajo el agua, en complicidad con sus amigos de aletas, volvía tarareando su canción y ya en la casa la anotaba con esmero en la app *Chords y tabs*.

Después regaba el huerto, sentía sus olores y recogía hortalizas y frutas para su desayuno. Se sucedían mensajes, llamadas y «webinars», la nueva forma que la pandemia trajo de comunicarse en grupo, por softwares que permitían conexiones de voz y vídeo con hasta cientos y miles de personas.

Era fascinante poder intercambiar con personas de todos los rincones del mundo y sin usar transportes, aun en su mayoría contaminantes. Aunque a la vez Thanda sentía que la empatía se atrofiaba aún más por la falta de abrazos, miradas y compromisos, y la desigualdad del mundo privilegiado de palabras-teletrabajo-salario-protección con el del sudor-calle y campo-jornal-exposición se hacía más clara y profunda. Thanda se sentía culpable de pertenecer al mundo de los privilegios.

Necesitaba expresar con fuerza sus ideas, lucharlas desde dentro del poder y buscar la salida al mundo natural, real, sencillo y comunitario. Sabía que su eco aldea le esperaba en algún rincón. Pero antes tenía tareas que resolver para intentar cambiar el orden perverso que dominaba el mundo.

Tras el lanzamiento del movimiento global por la equidad y los compromisos que Thanda puso en boca de la Alta Comisaria de las Naciones Unidas para

los Derechos Humanos, Thanda propuso a sus almas gemelas, Jonay, Aimsa y Fernando redactar una propuesta de «Tratado Internacional sobre la Colaboración del Saber Humano» para animar la colaboración en el conocimiento global, no la competición, y traducirlo en bien de todos, no en beneficios de unos pocos. Con el «espíritu de Ukuzwana» y la colaboración de la familia de almas-por-el-mundo podrían agitar conciencias, desvelar las tramas del poder perverso y animar un cambio que la pandemia revelaba aún más claramente y ofrecía, como toda crisis, la oportunidad de una transformación.

Veinte años después de haber conseguido los primeros tratamientos contra el SIDA en Zimbabue, y quince años después de que consiguieran por el *pool* de patentes ir bajando los precios de los medicamentos contra el SIDA en todo el mundo, otra pandemia se iba convirtiendo en el negocio de unos pocos ignorando el sufrimiento de muerte de millones. Tenían que unirse con fuerza, y en recuerdo de Anwele, de John, de Patxi y de Beatriz, y tantos otros que lucharon con fuerza por un mundo más justo.

La red de eco aldeas demostraba que se podía vivir con soberanía local, compartiendo en comunidad y en armonía con la naturaleza, para satisfacer las necesidades básicas de agua, alimento, energía y vivienda. Para enfrentarse juntos a riesgos como la presente pandemia, avanzar en entender, diagnosticar y tratar enfermedades, y comunicarse ideas y conocimientos, necesitaban cambiar el comercio por la colaboración, y el consumo de productos lejanos no esenciales, por el acceso universal al conocimiento para el bien global.

Convocaron por un «webinar» a los líderes de Naciones Unidas que ya se habían comprometido con el movimiento que lanzaron Thanda y David. Jonay convenció a Kurzweil para que participaran los científicos líderes desde Silicon Valley y sus aliados de compañías farmacéuticas y grupos financieros que dominaban el comercio global. También participaron unos veinte jefes de gobiernos progresistas y representantes de la red de eco aldeas.

En total consiguieron la participación de veinte mil personas, gracias a un software que Adam y Joseph configuraron. A la comunicación por las redes sociales de Facebook, Instagram, Telegram, Twitter, WhatsApp y otras, se unían ahora las plataformas de reuniones virtuales que utilizaban cientos de millones desde su «pseudotrabajo-de-palabras» como Zoom, Webex, Google Teams. Todas ellas eran controladas, censuradas y bloqueadas por la CIA cuando el poder era amenazado. Además, Estados Unidos bloqueaba muchas de ellas en Cuba, desde donde Thanda coordinaría la reunión.

Y entre todos ellos, invitó a líderes de plataformas de acceso abierto que retaban al sistema de «negocios-del-saber»: participaron Alexandra Elbakyan de *sci-hub* que ya se aproximaba a cien millones de publicaciones científicas de acceso libre, Christine Peterson creadora del concepto de *open source software*, miembro

del singularity de Ray y del Foresight Institute, y Bruce Perens, fundador y líder de movimientos de hardware de código abierto.

Tras las palabras «políticamente correctas» de bienvenida del Secretario General de Naciones Unidas, de la Alta Comisaria de Derechos Humanos, del Director General de la Organización Mundial de la Salud, del Movimiento de Países No Alineados y de varios gobiernos del mundo, Thanda introdujo la reunión con un análisis del mercado farmacéutico global:

– Hermanos y hermanas de todo el mundo. Esta pandemia nos demuestra aún con más fuerza que necesitamos compartir, no competir, colaborar y no acumular. El bienestar de todos viene por la armonía local natural y la colaboración global. No por la destrucción natural, consumo ciego y competición global para beneficio de unos pocos. Repasemos cómo funcionan hoy en el mundo los eslabones de conocer cómo aliviar el sufrimiento y hacer que ese conocimiento llegue a todos, sobre todo a quienes más lo necesitan.

Jonay expuso su análisis de las investigaciones clínicas:

– Durante las últimas décadas se ha ido aceptando la idea del «purismo» de la evidencia de la efectividad de cualquier medicamento mediante los estudios «doble o triple ciego». Se prueban moléculas investigadas en su mayoría en universidades o centros de investigación financiadas por fondos públicos de los impuestos de los ciudadanos. Pero ese esfuerzo común empieza su perverso camino al privilegio de unos pocos por las investigaciones clínicas. La teoría es que, para evitar interpretaciones subjetivas o interesadas, se dividen a los enfermos entre aquellos que reciben fármacos potencialmente eficaces frente a la enfermedad y otros que reciben un «placebo», en todo aparentemente igual, en forma y sabor, salvo en su ausencia del principio activo cuya eficacia se estudia. Ni quien lo administra, ni el enfermo que lo recibe ni quien observaba los efectos saben si lo que están administrando es fármaco o placebo. Lo decide una máquina, signos ya de la toma del poder humano por la inteligencia artificial. Esa «ruleta rusa» juega a menudo con las vidas de los pacientes, asistidos en el sistema público con los impuestos de los ciudadanos, y con inversiones de las farmacéuticas en dar «incentivos» a los médicos por permitir tales protocolos en sus pacientes, y poder al final recoger los resultados que son globalmente publicados en la «biblioteca de la verdad» Cochrane. Los médicos de todo el mundo se han unido a ello compitiendo por el dinero y el prestigio de participar como investigadores en esos ensayos, que son de vida o muerte para muchos. Creo que el «triple ciego» tiene una ceguera aún mayor: la del sufrimiento de millones de seres humanos que esperan soluciones sin tanta insensibilidad a su dolor.

Thanda expuso después su experiencia en ello:

– Así es Jonay, yo lo he vivido en mi familia. Cuando mi padre fue diagnosticado de cáncer de pulmón, el médico que le atendió lo descartó, por su edad avanzada, como candidato a sus estudios triple ciego de inmunoterapia y desoyó mis mensajes y preguntas, incluso cuando mi padre ingresó grave en el hospital. El día que estaba

falleciendo, aquel doctor sin sensibilidad humana alguna pasó por el pasillo, me saludó incómodo y apresurado en la distancia y no quiso ni preguntar por mi padre. Si los pacientes no son «elegibles para estudios» o «publicables» pierden interés y el trato es frío, distante y hasta despreciativo. Poco después fue mi hermana quien fue diagnosticada de un cáncer de pulmón también, terrible coincidencia y macabra consecuencia de la adicción legal y promovida, del tabaco asesino. Después de un proceso largo y doloroso de pruebas, operaciones y del veneno de la quimioterapia, le ofrecieron entrar en un «estudio triple ciego». La inmunoterapia objeto del estudio ya se había demostrado eficaz en una fase más avanzada, pero por el «purismo» del exclusivo sistema Cochrane, le ofrecieron como único acceso a la inmunoterapia, que ofrecía esperanzas a muchos pacientes con cáncer, ser, como decenas de miles en todo el mundo, «conejillo de indias» y jugar a la ruleta rusa de recibir el fármaco, durante sesiones semanales por un año, que podía ayudarle, o un puro placebo que nada le haría. Hay cientos de casos en los archivos, tan solo en ese hospital, que no han recibido inmunoterapia y ya se habían curado o fallecido. Compartiendo esa información con otros hospitales en el mundo, son cientos de miles de enfermos con los que comparar: ¿por qué no comparar el efecto de dar el nuevo y promisorio fármaco con los casos anteriores en que no se pudo dar? Así se podría evitar el cruel argumento del triple ciego, excusa de la industria como «inversiones billonarias» que justifica después «monopolios de patentes» y obscenos beneficios. Creo sinceramente que este juego perverso no es necesario y se utiliza para mantener los cientos de miles de millones de esta insensible industria. He calculado que el exceso de mortalidad de los grupos de placebos en ensayos de todo el mundo, que podrían evitarse con comparaciones de casos archivados, puede llegar a cincuenta mil muertes innecesarias cada año: un genocidio pasivo en aras del purismo de la ciencia.

Siguió Aimsa con el relato de «la cadena rota del saber»:

- Cuando el turbio negocio de los triple-ciegos demuestra cierto grado de eficacia de un fármaco, el laboratorio registra el medicamento como útil para tal o cual enfermedad o grado de la misma, y la agencia de medicamentos de cada país la aprueba, generalmente sin más cuestionamiento, para su uso público. El negocio de los medicamentos mueve más de tres mil millones de dólares, más que la venta de armas, y disfruta de los más altos márgenes de beneficios. Las seis principales corporaciones farmacéuticas, cuyos representantes participan en esta reunión –Bayer, Novartis, Merck, Pfizer, Roche y Glaxo- concentran al menos una tercera parte de las ganancias y además son parte de conglomerados junto a industrias químicas, biotecnológicas o agroquímicas. En algunos casos como el conglomerado Bayer-Monsanto, también presentes hoy aquí, sus productos químicos producen cáncer y sus medicamentos lo tratan, a menudo sin curar y a precios inaccesibles para muchos. Sabemos que en ellos hay sensibilidad al sufrimiento humano y que podamos contar con todos para transformar el negocio de unos pocos en el bien de todos.

Tras moderar un tenso debate con las compañías farmacéuticas, que clamaban que sin ellas no habría nuevos medicamentos, Thanda dio la palabra a su amigo de bomberos y de la política de salud global, Sergio, que trabajaba ahora en un hospital del sistema público en España:

-Como ha explicado Aimsa, los sistemas públicos de salud pagan los altos precios por los medicamentos bajo abusivas patentes, con la espuria justificación de la gran inversión en su investigación: con moléculas desarrolladas en las universidades públicas, pacientes en los centros públicos y médicos con salarios públicos. Para promover aún más el uso de fármacos bajo el monopolio abusivo de las patentes, las compañías, a través de un ejército de «representantes» que pasean los hospitales con trajes elegantes y folletos a todo color engatusan a los médicos con regalos de todo tipo, incluyendo viajes a congresos donde la información se dirige al uso de los medicamentos del gran comercio. Muy pocos médicos en Europa o Estados Unidos no han sido invitados alguna vez a un congreso con viaje, hotel, cenas opíparas y excursiones incluidas.

Thanda presentó luego a Marco, como médico de la misión de Ukuzwana en Zimbabue y su experiencia en ese oscuro eslabón entre el saber y el bien común:

- Durante mi residencia de especialización en un hospital de Verona me opuse a las prácticas que ha mencionado Sergio. Las había denunciado en un periódico local. Al acabar mi especialidad no pude obtener ningún trabajo. Estaba estigmatizado como médico «anti-ciencia». Por eso y por vocación de solidaridad, llegué con la congregación del Trastébere a Ukuzwana donde soy profundamente feliz con la vida sencilla y la vocación de entrega. Mis denuncias en la prensa llamaron la atención a una juez cuyo padre cayó en las redes de los estudios triple ciego y murió seguramente con placebos, las balas de esta macabra ruleta rusa. La juez me localizó, di testimonio en la fiscalía de Verona y aporté datos a una investigación que sacó a la luz lo que todos sabían y todos callaban: la mayor parte de los médicos en Italia recibían regalos y sumas de dinero de las farmacéuticas. Una de ellas, Glaxo Smith Kline (GSK), heredera de la Welcome Trust que bloqueó el acceso a AZT en África treinta años atrás, había inducido a más de cuatro mil médicos y trescientos dirigentes del sistema público de salud a colaborar y beneficiarse de sus negocios. La Policía Fiscal descubrió en la contabilidad de la compañía la cantidad de cien millones de euros, destinados a un programa de «promoción» controlado por un sistema informático conocido como *Giove*, en el que se decidía un dinero para el representante y el valor del premio a los médicos con los que llegaba a acuerdos, según el número de pacientes que incluía en tratamientos con fármacos de la compañía.

Thanda notó que varios de los representantes de corporaciones farmacéuticas y financieras iban abandonando el webinar, pero que cada minuto se unían

miles de participantes y que, en las redes, por webstream, ya llegaban a un millón de audiencia.

Thanda volvió a tomar la palabra:

– Hemos revisado los eslabones rotos de la cadena: el primero en cómo los saberes de tantos abnegados investigadores son cooptados por la industria-del-beneficio y se prueban en los enfermos por los «triples ciegos» que son aún más ciegos al sufrimiento humano. Así unas pocas corporaciones dominadas por unos pocos poderes financieros dominan el gran negocio de «vender salud». Luego, para competir en el mercado se utilizan por prácticas de connivencia con los profesionales de la salud desviando recursos públicos para el privilegio de unos pocos. Pero falta un tema fundamental que aún limita más ese acceso: como las patentes impiden que una gran parte del mundo alivien el sufrimiento que el saber global podría evitar blindando «sus saberes» por derechos de monopolio a precios exorbitados en relación con el coste de producción y que argumentan justos para recuperar y premiar «su esfuerzo». En realidad, el objetivo y el resultado son beneficios obscenos de unos pocos. Les quiero presentar a Alin, con quien Aimsa compartió su infancia viviendo en las aceras de Calcuta y que lleva treinta años luchando desde CIPLA, un laboratorio que huye de los beneficios billonarios de las patentes y prioriza el acceso, al precio de producción de los medicamentos libres de esa cadena de avaricia, y que se llaman «genéricos». Así han suministrado más de la mitad de todos los medicamentos que utilizan en los sistemas públicos los países de bajos ingresos de África y de Asia.

– En los años noventa comenzamos en CIPLA a fabricar antirretrovirales contra el SIDA a cien veces menos el coste de los monopolios de las patentes, recibiendo denuncias de las billonarias corporaciones que exigen su derecho a patentes. Era triste ver que, a pesar de nuestro empeño y oferta de esos medicamentos a su alcance, muchos países, por presión de las corporaciones y de los países del poder financiero global, evitaban comprarlos y veían a millones de personas morir por ese negocio. No los mató el SIDA, los mató la avaricia. Seguimos haciendo lo mismo con otros medicamentos para otras infecciones, para enfermedades crónicas y para el cáncer. Cada día recibimos acusaciones, demandas y a veces amenazas de esas compañías billonarias. Hace unos años fuimos denunciados por Novartis por fabricar una molécula llamada imanitib, que se había demostrado eficaz contra las leucemias, al coste de producción por menos de diez dólares al día frente a los casi cien dólares por día del «*Glivec*» patentado por ellos y que les generaba cientos de millones de dólares de beneficios. India podía con el genérico evitar la muerte de unos cien mil pacientes con leucemia al año. Hemos seguido año a año fabricando medicamentos genéricos que salvan vidas y aliándonos con países para defender su derecho a usarlos en sus sistemas públicos frente a demandas de las grandes corporaciones como hizo Merck contra Tailandia por su monopolio del *Efavirenz* contra el SIDA, Pfizer contra

Filipinas por su patente de *Norvasc* contra la insuficiencia cardíaca, y cientos más por todo el mundo.

Thanda siguió animando la discusión:

- Ahora nos hablará David sobre lo que está pasando con los medicamentos que pueden ayudar a enfermos de COVID.

- Hace diez años que Gilead desarrolló un antiviral llamado Remdesevir con financiación pública de fondos federales del gobierno americano. Lo probó para tratar casos de hepatitis C, pero descubrió que otro llamado Sofosbuvir de otra compañía, Farmaset, era más efectivo. Gilead compró esa compañía, patentó la droga y la monopolizó a altísimos precios solo asequibles para los países ricos y obteniendo así miles de millones en beneficios. Como no veía utilidad para el Remdesevir, Gilead se utilizó en los programas de lucha contra el ébola en Africa Occidental, donde llevo trabajando cinco años. También lo probó en las gripes zoonóticas de las últimas epidemias, SARS, MERS y gripe aviar, con resultados discretos. Cuando estalló la presente pandemia Gilead diseñó ensayos clínicos con el Remdesevir para tratar enfermos graves de COVID y, aun con resultados dudosos, fue aceptado por la Food and Drug Adminstration, quizás tras alguna llamada de Rumsfed, patentado y comercializado a tres mil dólares la dosis. Rápidamente Gilead licenció su producción a siete compañías en India, Egipto y Pakistán, para evitar su competición «desleal» genérica, venderlo a precios algo más bajos y solo a determinados países pobres. Estados Unidos compró medio millón de dosis inmediatamente, casi toda la producción de tres meses, dejando a Europa con tan solo treinta mil dosis que se apresuró a comprar. El gobierno federal norteamericano pagó unos mil quinientos millones de dólares para una droga que los impuestos de los ciudadanos ayudaron a producir. Algunos expertos como Andrew Hill en Liverpool han estimado que el coste de producción es de tan solo tres dólares. Solo con el mercado americano Gilead está haciendo un negocio de más de mil millones de dólares. El gobierno, infiltrado de ex directivos y accionistas de Gilead, bajo la órbita de su ex director, ex secretario de defensa y principal accionista Rumsfeld, toleran este robo. Las agencias de Estados Unidos y de la Unión Europea, que financian más del ochenta por ciento de la investigación mundial, permiten a los investigadores financiados con fondos públicos que protejan como quieran sus patentes y monopolicen el mercado a los precios que decidan, a menudo abusivos, arruinando ministerios de salud del norte y limitando el acceso a migajas de donaciones-con-publicidad mostrándose como supuestas empresas que generan salud y abanderan solidaridad.

Jonay intervino de nuevo:

- Gracias, David. Nunca antes la Humanidad había concentrado en el tiempo tanto esfuerzo por saber. Cientos de miles de investigadores en sus laboratorios, muchos de ellos con más imaginación que recursos y voluntad que apoyos, se afanan en entender cómo funciona el virus COVID-19, sus treinta mil nucleótidos organizados en diez secuencias genéticas ya identificadas para fabricar

sus proteínas, entrar en las células humanas y buscar, como todo ser vivo, sobrevivir mediante mutaciones y reproducción. Aún más complejo es entender cómo reacciona nuestro sistema inmune y por donde falla en no reconocer al virus o, parece aún más dañino en esta pandemia, reaccionar excesivamente y hacernos daño a nosotros mismos, quizás egoístamente resistentes a vivir en armonía molecular con este nuevo invitado en nuestro cuerpo. Y aún más complicado, parece ser, es entender cómo funciona la sociedad y los poderes que la intentan dominar, no siempre con las mejores intenciones. Peor está ocurriendo con las vacunas, aún por demostrar ser efectivas y seguras. Nos va a hablar Buhleve, desde la Escuela Latinoamericana de Medicina en La Habana, quien nos compartirá su opinión de este horizonte, también nublado:

– Hoy hay doscientas sesenta moléculas candidatas a vacunas del COVID que se están probando a ritmo acelerado. Muchas de ellas son transgénicas, con mecanismos de acción en nuestro organismo sobre los que existen grandes incertidumbres y quizás muchos riesgos que aún no conocemos. Para las grandes corporaciones, es una gran oportunidad el poder experimentar masivamente, con financiación pública, y avanzando ensayos de tecnologías similares a las terapias génicas en humanos, cuya investigación quedó puesta en entredicho en las últimas décadas. Según la Organización Mundial de la Salud, hoy existen cuarenta vacunas para COVID-19 en estudios clínicos. La mitad se basan en técnicas de ingeniería genética no probadas antes en humanos. Esas «vacunas transgénicas» introducen el ARN viral o su espejo de ADN por plásmidos, trozos de ADN transportadores, o virus inactivados, en nuestras células. Las vacunas convencionales se basan en insertar un virus muerto, atenuado o partes (antígenos) del mismo, que enseñan a nuestro sistema inmunológico a reconocer ese virus y prevenir futuras infecciones. Las nuevas vacunas transgénicas, en cambio, introducen el ADN o ARN viral en nuestros genes para tomar control del sistema genético de producción protéica, codificar en él una proteína similar a la del virus y hacer reaccionar al sistema inmune previniendo la infección. Hay gran preocupación de muchos científicos, profesionales de la salud y personas de todo el mundo en cómo estas vacunas nos podrían convertir, aún en una millonésima parte, en transgénicos artificialmente. Una vez introducido el ADN o ARN en nuestras células para crear la proteína S del virus no está claro cómo se detendrá la producción de ese antígeno ni qué efecto tendrá la presencia continuada del ADN/ARN sintético en nuestros genes. Tampoco está claro para todas las vacunas si la reacción inmunitaria provocada contra moléculas virales podría provocar respuestas inflamatorias graves y reacciones autoinmunes, como causa la infección natural del virus. Por la urgencia de tener una vacuna ante la pandemia que ha paralizado el mundo, se han relajado las regulaciones de investigación y se aceptan tiempos de evaluación de las vacunas que solo podrán apreciar riesgos a corto plazo y no las reacciones adversas que a menudo surgen posteriormente. Muchos

tememos que no se pueden controlar los patrones de la expresión génica de los genes insertados, ni si esos transgenes o sus partes se mueven dentro del genoma huésped y que tipo de modificaciones a la misma vida pueden suponer. No es posible saber tampoco si la secuencia del ADN transferido termina en el medio ambiente invadiendo otras formas de vida como ya se ha visto con las semillas transgénicas. Quiero manifestar aquí un temor de la amenaza contra la que luchó mi padre Haka su última batalla: la industria que manipula la vida del planeta con semillas transgénicas y herbicidas masivos, Monsanto. Aliada con Bayer, puede haber alterado el equilibrio de la biodiversidad planetaria y ahora, asociada a su vez con Johnson & Johnson, AstraZeneca y otros grupos que abanderan las terapias génicas, pretenden extender su manipulación genética a la humanidad misma. Se investiga incluso la modificación genética de plantas para producir «vacunas comestibles». Se conoce poco sobre las consecuencias de su liberación en el ambiente, pero ya hay evidencias de que los cultivos genéticamente modificados tienen impactos negativos. Quiero preguntar a los representantes de estas empresas si, sinceramente, vacunarían a sus hijos con estas manipulaciones de sus genes.

En ese momento los representantes de esas empresas y otras salieron de la reunión. Varias de ellas escribieron a Jonay diciendo que les denunciarían por difamación.

Jonay fue concluyendo:

– Ya vamos llegando al final de esta sesión de análisis de desafíos actuales del saber y su tortuoso y a menudo angosto y bloqueado camino hacia el bien común. Ricardo, de Oxfam, nos contará como aún con sus riesgos y sin todavía conocer la efectividad, ya las corporaciones que compiten con sus patentes por el suculento negocio de la pandemia están copando los mercados:

– Los países que acumulan el poder financiero mundial están comprando miles de millones de dosis de las vacunas potencialmente eficaces. Cinco de estos acuerdos se han hecho públicos: la británica AstraZeneca, la rusa Gamaleya/Sputnik, las americanas Moderna, Pfizer y la china Sinovac. Estados Unidos, la Unión Europea, el Reino Unido, Japón, Suiza, Australia e Israel han aplicado el principio de «yo-primero» y se han asegurado, para sus ciudadanos, el 13% de la población mundial, más de la mitad de todas las vacunas que se puedan producir en los próximos años. No les interesa a las corporaciones que coparán el mercado producir en exceso y que bajen los precios, por lo que ya estamos viendo acuerdos secretos entre ellos para restringir producción y mantener altos beneficios. Como ocurre con el petróleo y todos los recursos naturales en el mundo, dominados por la concentración de capital y poder financiero de unos pocos. Al igual que Gilead con el Remdesevir, pero en dimensiones mucho mayores, Moderna ha recibido dos mil quinientos millones de dólares de financiación federal ameri-

cana, de los impuestos de sus ciudadanos, y ya diseña su plan de comercialización de quinientos millones de dosis en países ricos.

En ese momento intervino el director de la Organización Mundial de la Salud hablando de la estrategia de «ACT-Accelerator» para promover la investigación y desarrollo de diagnósticos, medicinas y vacunas. Lo complementó Seth Berkley, director ejecutivo de la Alianza Global para la Vacunación e Inmunización», GAVI, y habló de la iniciativa Covax para promover el acceso de países con menos recursos a la vacuna. Defendieron a corporaciones como Sanofi y GSK que habían donado doscientos millones de dosis para «países pobres».

Ante ello, Thanda contestó diciendo:

- Permítanme dudar de sus «buenas intenciones». Los coordinadores de esas estrategias de investigación son FIND para los diagnósticos, fundada por la Fundación Gates, Welcome para medicamentos, con su historia de haber limitado durante dos décadas el acceso a la vida de pacientes pobres con SIDA, y GAVI para las vacunas, promovida por Gates, que también gestiona Covax. Los ciudadanos de países ricos pagan sus impuestos a gobiernos que se rinden al poder de las farmacéuticas para el negocio de la salud. Apenas un 0,5% de sus ingresos se destinan a la cooperación, que acaba financiando a las mismas corporaciones o a la filantropía que las apoya y defiende, para la supuesta solidaridad y justicia global. Esas compañías y sus iniciativas «solidarias» se han opuesto a nuestro llamado a ceder las patentes o incluso, como pidió Costa Rica, crear un pool de patentes para que, aun regulando franquicias y precios, no se impida la producción global y acceso a prevenir la enfermedad y la muerte por COVID. Esto ya ha ocurrido en muchas enfermedades y siguen poniendo denuncias a países que no respeten sus monopolios y obscenos beneficios. ¿Cómo pueden pretender que les creamos y cómo es posible que sean las mismas empresas que llevan décadas enriqueciéndose a costa de la enfermedad y el dolor de la mayor parte de la humanidad, se erijan en líderes de la salud mundial? Gutierres, Tedros, Bachelet, ¿cómo les ceden la gobernanza de la salud del mundo a los mismos que la parasitan?

LXIII

LA LUZ DE LA ARMONÍA EN SENCILLEZ

Finca del medio, julio 2020

La pandemia siguió extendiéndose por el mundo y desatando otra pandemia aún más dañina, la del miedo, atizada por los poderosos que imponían confinamientos en casas y comunidades, prohibían los abrazos y seguían ignorando y despreciando la propuesta de Thanda de dejar a los jóvenes, sin apenas riesgo, inmunizarse y trabajar con trato humano a los mayores, que languidecían de soledad en sus casas o agonizaban entre plásticos y máscaras frías.

Thanda combinaba sus empeños por aumentar los proyectos con Cuba y contra el bloqueo americano, y animar un nuevo modelo social que siguiera blindándose contra el capitalismo globalizado, ya dueño del resto del mundo, y se basara en la armonía de la ecosoberanía comunitaria y la colaboración en bienes públicos globales.

Sobre ello tenía largas tertulias con el «sabio Jam», quien había ido desarrollando una extraña enfermedad que le impedía andar, pero mantenía a sus casi ochenta años un entusiasmo por animar las ideas que compartía con Thanda en un proyecto a punto de despegar: municipio de Martí ecosoberano. Solo en un tema disentían Thanda y Jam: el sacrificio animal, tan integrado en la tradición culinaria de Cuba que oponerse a ello parecía anatema. También intentaba incluir en los proyectos de cooperación una isla ecosoberana dentro de la isla y con una antena del sueño de la armonía al resto del mundo, desde la mítica escuela de cine de san Antonio de los Baños.

A pesar de la distancia de Nayra, con quien ya llevaba casi cuatro años sin convivir, y de su madre e hijos, sentía como un gran privilegio la etapa de su vida en Cuba, en sintonía, a veces inconfesable en el trabajo, con las ideas de la revolución resistiendo al imperio capitalista y en complicidad con entrañables hermanos que desde sus vidas sencillas le daban las más luminosas lecciones de

generosidad en el trabajo, en el arte y en la a menudo heroica tarea de sobrevivir cada día.

La pandemia hizo colapsar la ya frágil y vapuleada economía cubana. A pesar de la gran casa que le asignó el gobierno y el pick up que trajo de México, Thanda intentaba compartirlos con todos, en reuniones y en mudanzas, y vivir lo más parecido a sus hermanos cubanos. Sin utilizar CUCs, la moneda de los extranjeros y de los cubanos privilegiados, la comida se limitaba a los agro-mercados de las cooperativas de campesinos, con apenas una docena de cultivos. Lo fue complementando con un huerto en el rincón del jardín que no cubría el flamboyán. Thanda ni sabía, ni necesitaba saber, donde había otro tipo de tiendas en la Habana, casi ausentes. Se propuso poco a poco vivir sin gastar dinero e ir dando todo lo acumulado, incluso en recuerdos, de tantos años por el mundo. Consiguió una memoria USB de treinta y dos gigas unida a una pulsera donde guardar de forma digital sus diarios, sus novelas, sus canciones, sus fotos, los dibujos de su padre, sus títulos y conferencias, sus estudios y libros de equidad. Adam le ayudó a hacer una página web con lo que Thanda quería compartir con el mundo: sus ideas y pasiones a través de cuentos, cuentas y cantos.

También, sin contar con los viajes de reencuentros para cuidar de su madre, se propuso vivir sin emisiones de carbono. Iba ya andando o en la bici que le dejó su buen amigo Sergio, comía del huerto y no usaba el aire acondicionado del cual tanto se abusaba en Cuba. Estudió con todo detalle las emisiones de carbono en cada país y tiempo, y por cada actividad humana contaminante: las formas de alimentación, de transporte, de calentarse o enfriarse, de consumir e incluso de ahorrar. De sus estudios por la equidad aplicó el concepto de umbral de equidad por encima del cual la media de emisiones por persona abocaría al desastre climático. La Humanidad se acercaba al peor legado de una generación a la que le seguía. Era la mayor responsabilidad ética de una generación, de las sociedades y de cada persona en la historia de la humanidad. Lo que descubrió es que había una poderosa relación entre el tener o ganar en exceso, que había demostrado en sus estudios de equidad, y las emisiones inmorales y daño a otras personas, se gastase o se ahorrase, todo acababa, cuando era por encima de lo esencial y soberano, en la máquina especulativa y destructora global. Todo ello lo configuró, con la ayuda de Abel, el joven amigo de Tito, quien ya tenía su empresa de computación en Barcelona, en una app que esperaba pudiera despertar la conciencia individual y extenderse como una llama entre los jóvenes del mundo que liderasen un profundo cambio en la forma de vivir. Rosa, una bella y valiente defensora de la armonía con la naturaleza y la regeneración -sanación- del daño de tantos años maltratándola, se alió para divulgarla, incluido difundiendo una Ted Talk.

Ya aproximándose a los sesenta años decidió pedir un año más de trabajo con la Unión Europea en La Habana, completando cinco. Sabía que podía contribuir a que Cuba se mantuviera alejada del imperio y cejara en su victimismo

con el bloqueo, tan sano para el alma pura de las ideas revolucionarias. También era tan esencial que se despojara de miedos y jerarquías, de comer con crueldad y de quemar fósiles, y se acercara a la utopía de Eila. Thanda hasta soñaba que navegaba en el gran caimán hacia el oriente, atravesando el océano, devolviendo quinientos años después la colonización en forma de luz de un nuevo amanecer sin propiedades, sin fronteras, sin verdades ni jerarquía, en armonía natural y humana.

Se propuso poner toda su alma en ello los dos años que le restaban, aun en soledad, lejos su compañera, lejos su familia. Saldría de Cuba con su pulsera de recuerdos, una mochila y su guitarra Paracho. Fue registrando una fundación, ValyTer, en la que compartir lo ahorrado hacia un proyecto comunitario en armonía natural y con los brazos abiertos a toda alma en empatía. Su pequeña Eila, en red con todas las eilas del mundo, en la red de eco aldeas, que veía, aún más claro y fuerte que cuando derramó en *Valentía y Ternura* su sueño, como el horizonte de luz de la Humanidad, escapando a las oscuras tinieblas en las que el poder siniestro le había ido sumiendo.

El huerto fue creciendo. Preparó surcos con el abono de las flores rojas del flamboyán mezcladas con la tierra enriquecida por las lombrices, que digerían los restos de alimentos y hasta papel. Sus buenos amigos campesinos y líderes de la agroecología cubana, Funes padre e hijo, le compartieron semillas y fueron brotando lechugas, brócoli, tomates, berenjenas, pimientos, albahaca, romero, orégano, menta, apio, cilantro, menta, yuca, boniato, cúrcuma, jengibre, maíz, caña santa y maracuyá. Sembró también árboles de moringa de brotes que le compartió su buena amiga Yunalvis y de morera de su compañero de luchas Marcelo, con los que hacía infusiones sanadoras. Y también fue creciendo un gran árbol de nim con el que preparaba un líquido que protegía los cultivos de plagas, aunque todos los cultivos creciendo de forma natural, sin arar ni segar, rezumaban de salud, casi se diría que de alegría. De todo ello su gran orgullo era la espinaca malabar. Tres «posturas» fueron creciendo, encaramándose primero a palos, luego a cuerdas entre ellos y los troncos de ciruelas que fueron creciendo. Tuvo que extender cuerdas de cáñamo hacia el flamboyán y los cocoteros, y se convirtió el huerto en un frondoso bosque que cuidaba con esmero y, a cambio, le alimentaba el cuerpo y el alma. Fue adaptando la kombucha al orégano de tierra, y Marcos fue promoviéndola con la marca «ValyTer». Cambiaba su excedente de espinacas y kombucha por arroz y frijoles durante las entrañables tertulias los jueves en la casa de Pedro y Suzy en el Vedado.

Terminó su cancionero de 111 canciones enamoradas de dibujos de su padre, que grabó en un improvisado estudio en un rincón de su cuarto. Ya avanzaba apasionado en su novela *Ternura y Valentía*, que compartía en la distancia con su anhelada compañera Nayra y con sus hijos. También, capítulo a capítulo, compartía y comentaba con su entrañable hermano Sergio en entrañables tertulias se-

manales. Poco después Sergio partió con su familia hacia Cabo Verde, simbólico destino, próximo a Eila. Lo siguió compartiendo con Alina, una profesora de Santa Clara apasionada por las ideas de una Cuba en armonía natural y comunitaria.

Sus días fluían con la linda rutina del canto del gallo, la poesía a su padre, su baile con el mar, el cuidado de la huerta, su licuado de mango, espinaca y jengibre, su trabajo en pantallas desde casa o en la oficina, que se fue abriendo tímidamente, con mascarillas y sin abrazos, el atardecer escribiendo con fervor algunos mensajes a Nayra y la familia, e ir sintiendo como el sol se ponía y con él su refugio en el mundo de los sueños. Fue aprendiendo que la vida ofrecía a cada paso guiños para que fluyera el alma y comprendiendo que el desierto de soledad en su intimidad era un regalo para dejar fluir sin códigos ni pudores, sin horarios ni compromisos, con nada ni nadie, su alma en cuentos y en cantos, furtiva de su piel.

Una de las áreas de cooperación con Cuba era la «seguridad alimentaria». En una de sus muchas contradicciones, Cuba, tan orgullosa de su soberanía, había ido tejiendo una dependencia de la importación de alimentos y de combustibles del «campo socialista», a cambio de su azúcar, su ron, sus puros y sus servicios médicos. Con el colapso de la Unión Soviética y los rigores del Período Especial, abrió cual mujer abandonada sus entrañas al turismo para así conseguir las divisas con las que pagar, ya sin trueques de amigos, comida y petróleo, incluida la vergüenza del «pollo americano».

El objetivo del gran programa de cooperación acordado con el Ministerio de Agricultura, aún llamado Seguridad Alimentaria Sostenible -SAS- rezaba: «Satisfacer la demanda nutricional sana y ecológicamente sostenible de la población». Thanda preguntó en el gran evento de lanzamiento del programa, paradójicamente, como casi todos los encuentros de cooperación, en un gran hotel de la Habana:

- ¿Y qué hacemos si la demanda, como parece ser, no es sana ni ecológica?

Con la complicidad de Marcelo, un ex cura brasileño apasionado por la justicia y por la naturaleza en quien Lula confió la reforma agraria y ahora representaba a la FAO en Cuba, y de su amigo Frei Beto, el jesuita también brasileño «confesor» y confidente de Fidel, animaron a que el gobierno cambiara, al menos en el discurso la producción por el autoabastecimiento, los grandes monocultivos por la agroecología familiar y el concepto y nombre de la política de seguridad a soberanía. La soberanía en alimentos suponía que las comunidades en torno a los municipios comieran lo que la tierra les brindaba no lo que el capricho o costumbres les hiciera esperar de otras tierras lejanas. Y para ello era esencial la «educación nutricional». Había que cambiar las harinas de trigo venidas de Canadá por la yuca local, el arroz vietnamita por los frijoles, la leche de Nueva Zelanda por la kombucha, y, sobre todo, el pollo por el boniato. Por decir algunos de los muchos cultivos que la frondosa tierra de Cuba podía ofrecer en cuidado

mutuo de salud con los cubanos. Thanda miraba constantemente a Eila y su sol naciente de ecosoberanía y redes para bienes compartidos.

Ya se había aprobado el plan de Soberanía Alimentaria y Educación Nutricional y se discutía abiertamente su ley. Aumentaba la ilusión entre los campesinos agro ecólogos de Cuba con los que Thanda mantenía un entrañable chat. La pandemia, el colapso del turismo y la necesidad de Cuba de disminuir las importaciones empujaron al gobierno a aumentar la producción local, pero, pensaba Thanda, de forma equivocada. Primero se apostó por intensificar la siembra del «ciclo corto», que aprovecharía las lluvias del verano, y Thanda recibió la petición de desviar dos millones de euros para importación de agroquímicos incluyendo herbicidas y rociar con ellos los campos en los seis municipios de Santa Clara y Sancti Spiritus donde pretendían innovar los modelos de soberanía alimentaria. Se rompía el sentido de la ecosoberanía. Consiguió, tras múltiples reuniones y llamadas, evitar tal invasión y limitarlo a unos pocos biofertilizantes de producción local, animando la agroecología, que bien podría alimentar en salud a Cuba y cuidar su mágica armonía natural.

Al poco tiempo vio por el Noticiero como la Asamblea Nacional aprobaba sin discusión y por unanimidad la estrategia de sembrar semillas transgénicas de maíz y soja para piensos de los pollos y cerdos que seguir sacrificando con crueldad. Aunque se argumentaba que las semillas de transgénicos se desarrollaban en los laboratorios cubanos y que solo se destinaría a alimento animal, Thanda sentía como las garras de Monsanto y Bayer se infiltraban en la pureza del país que más había resistido, por dignidad y por necesidad, la invasión de agroquímicos que bañaban la mayor parte de los cultivos del mundo.

Habían quedado cabos sueltos desde la última lucha de Haka, la que ayudó a Zimbabue a protegerse de la invasión de los transgénicos y herbicidas de Monsanto. Thanda se vio con Buhleve, que seguía entusiasta su trabajo en la Escuela Latinoamericana de Medicina. Con la ayuda de Aimsa desde Nueva York habían seguido de cerca la fusión de Monsanto con Bayer. Los grandes accionistas de ambas eran en gran parte eran los mismos y BlackRock gestionaba la especulación financiera de ambas. También era parecida a historia de Bayer en los horrores de la guerra química, aliado con Hitler en sus más horribles masacres. Tanto los terrenos de Auschwitz como el gas Zyclon B con el que se asesinó a cientos de miles de judíos, pertenecían a la precursora de Bayer, IG Farben. Más de cuatrocientos parlamentarios en Alemania, tanto regionales como federales, habían trabajado en Bayer y le brindaban fidelidad ocultando cualquier sombra que afectara al buque insignia de la química alemana. La fusión entre Bayer y Monsanto unía dos gigantes en el control de semillas y pesticidas a nivel mundial. Aunque supuestamente Bayer compraba Monsanto por sesenta mil millones, los grandes accionistas eran americanos y la compañía del monopolio de

transgénicos permanecería con el nombre y con la sede en Estados Unidos. Para supuestamente evitar prácticas de monopolio, la comisión europea condicionó la aprobación de su fusión a la venta del negocio de Bayer en semillas y pesticidas. Bayer los vendió a empresas que compartían capital y hasta origen, como BASF, que dominaba el *big data* de la agricultura mundial. Poco antes se habían fusionado la empresa química estadounidense Dow con el conglomerado DuPont; y ChemChina con Syngenta. Esas tres grandes empresas dominaban la forma en la que la humanidad trataba la superficie de la Tierra y lo hacían para explotarla sin escrúpulos, agotar su vida y sacar beneficios al máximo.

Tenían que alertar al gobierno y más aún a la población de los peligros de dejar entrar a Cuba a los gigantes de la destrucción del suelo y la vida en él. El gobierno argumentaba que las semillas transgénicas que comenzaban a usar eran desarrolladas desde hacía una década en sus laboratorios, sin afectar al consumo humano, solo para maíz y soja de forrajes. Y que sería temporal para evitar una crisis alimentaria y de desabastecimiento agravada por la emergencia sanitaria del coronavirus. Pero Thanda temía que la invasión sería inevitable una vez que se abrían las puertas. Ya se apuntaba a introducir también semillas de caña de azúcar más resistentes a los efectos del cambio climático.

Ante las manifestaciones de alerta sobre los transgénicos que Thanda manifestó en los debates y el programa de cooperación, citando las que ya hiciera Fidel en sus últimos años de vida, dedicado a la agricultura orgánica y el cultivo de la moringa, el Ministerio de Medio Ambiente manifestó que se aseguraría una adecuada evaluación de riesgo, transparencia en la información -incluyendo etiquetado de todos los productos relacionados con esos cultivos-. También declaraba asegurar el principio de «responsabilidad ético-científica» para cumplir con la «Tarea Vida», el programa cubano de protección de la naturaleza y enfrentamiento al cambio climático y sus efectos, incluida la salinización de los suelos.

Mientras tanto Nayra libraba otra batalla en Berkeley. Animaba a un grupo de jóvenes a estudiar los efectos que las comidas procesadas por las grandes corporaciones de alimentos tenían en su salud. Fueron identificando los umbrales de sal, azúcares y grasas deshidrogenadas a partir de los cuales los alimentos que se comercializaban eran tóxicos y afectaban su salud. Fueron comprobando que aquellos alimentos tóxicos se vendían sobre todo en los «*check-out lanes*», los pasillos finales antes de las cajas registradoras y se ponían estratégicamente a la altura de los niños para que en ese momento de espera fueran seducidos por sus estrategias publicitarias. Así ocurría que la mayoría de los niños en Berkeley eran ya adictos a esas comidas basura en formas de barritas, chips o bebidas azucaradas y edulcoradas e irían incubando lentamente las enfermedades del híper-consumo sedentario: hipertensión, diabetes y obesidad. Incansablemente fueron a hablar a escuelas y centros comunitarios, a las tiendas, los centros de salud y al ayuntamiento. Propusieron una ley que prohibiera la venta de esos tóxicos, al menos

en esos lugares donde los padres acababan rindiéndose al capricho de sus hijos. Buscaron firmas por toda la ciudad para apoyar su propuesta y la consiguieron someter a votación del ayuntamiento, que la aprobó. Así eran las pequeñas grandes victorias, las de la gente sencilla de a pie, y las que irían uniéndose en red y cambiando el mundo. De ejemplos como aquel, aunque fuera más bien simbólico, se podía continuar presentando una propuesta para el Estado y luego para el país, y después retirar de toda venta tales venenos lentos. Al aprobarse empezaron a recibir cartas amenazantes de los abogados de las compañías que no querían ceder ni un pequeño espacio de negocio. Una de ellas, la asociación de refrescos, argumentó que sus refrescos bajos en calorías o «refrescos zero» ayudaban a bajar la ingesta de azúcar y prevenían la diabetes. Investigaron los efectos del aspartamo y encontraron sospechas de toxicidad neurológica desde los años 70, aunque muchos estudios argumentaban que era seguro. Cada uno de los estudios a favor del consumo del aspartamo había sido subvencionado por las compañías que lo comercializaban, las mismas que gastaban millones en publicidad y en abogados para bloquear cualquier regulación en su contra. Como no, Monsanto era el gran productor de aspartamo y hasta un tercio de los alimentos procesados del mundo, contenían ese tóxico.

Desde su vida de mar, huerto, novela y guitarra; y su afán de animar a la valiente Cuba hacia la ecosoberanía, Thanda fue conociendo familias de campesinos que apostaban por la armonía con la naturaleza.

Una de ellas era la familia Funes. Profesor y referencia en la agroecología mundial se definía como aprendiz de campesino en la finca Marta, en honor a su madre y maestra, y junto a su fiel compañera Claudia. Allí sentían el verdadero paraíso, donde, decía, «quedaba tanto por soñar y aún más por hacer». Compartía Thanda con Fernando un pasado de bombero que explicaba su perseverancia ante los fuegos de contratiempos. Obstáculos, benditos obstáculos que parecían nublar los sueños, cuando en verdad los hacían «sobrevolar vicisitudes» y saltar «sobre lo que tienta a pensar que el sueño es imposible». Su tesis sobre la agroecología familiar bien se titulaba *We Are Here to Stay*. En ocho hectáreas sin agua, pedregosas, arcillosas, de baja fertilidad, plagadas de marabú sin apenas electricidad y con una pobre vivienda pudo ver que estaba el reto, el más fiel aliado de su voluntad. El desafío de lo «imposible» y la voluntad fraguada desde el espíritu de Marta, su madre y tutora, fuerza e inspiración, y de la mano de Claudia, se encargaron de incubar lo que pronto beberían juntos en tradición cubana, el añejo «aliñao» de quince años, que demostraba que una vida, una aventura, un sueño, ya volaba libre y seguro.

Debatía con Fernando si la soberanía local era utópica en un mundo globalizado, que preservara los límites planetarios a través de la autarquía local «polinizada» con los conocimientos globales.

Fuera por el valor de resistirse al mercado o por faltar en los años 90 las importaciones de maquinaria, fertilizantes, plaguicidas y piensos, Cuba transitó de la agricultura industrial intensiva hacia la agroecología resistente y sostenible. Surgió el movimiento Agroecológico Campesino a Campesino, alma de la vía Campesina mundial y que seguía legando horizontes de soberanía comunitaria en la alianza con la naturaleza para ser parte, y no dueños, de ella y nutrirse, abrigarse y protegerse en su armonía.

Fernando sentía pasión por la apicultura, el culto a la reina por sus cincuenta mil obreros y zánganos en fascinante organización para convertirse en la especie más valiosa para la vida en nuestro planeta. Y en ello Fernando se fue convirtiendo en fiel aliado en Cuba.

Iba entendiendo Thanda que se trataba de asumir que la batuta de la compleja y mágica armonía de la que la Humanidad era parte no estaba, ni debía estar en sus manos. La inteligencia, conciencia y, en consecuencia, la verdadera libertad debiera guiar a la ciega Humanidad a elegir la vuelta a la armonía con la naturaleza y no su sumisión al ya caduco y destructivo antropocentrismo.

Viajó después con Jam, Sergio y Marcelo hasta el centro de la isla, a la Finca del medio, donde la familia Casimiro había ido también construyendo un vergel de autarquía en el que convivían en armonía y complicidad tres generaciones.

Descendiente de un abuelo «mago» de la isla de La Palma que emigró a Cuba y se casó con una criolla, Antonio había heredado en el ecuador de su vida unas treinta hectáreas de tierras pedregosas y áridas en el municipio de Siguaney. Junto a su fiel compañera Caridad, a quien llamaba ceremoniosamente Mileidy, fueron cavando palmo a palmo, despedregando, surcando un huerto y construyendo una humilde cabaña donde fueron naciendo sus hijos, José, Leidy y Chavely, y con ellos fue llegando la generación de los nietos.

La pick up mexicana llegó bajo una fuerte tormenta tropical a un punto en la carretera donde les esperaba el primogénito, José, con una carreta de bueyes. Les recibieron en la entrada el resto de la familia. Llegaron ya de noche a la finca, tras pasar caminos de barro a través de bosques, pastos, maizales y arrozales. Casimiro era un hombre grande en todas las dimensiones. Alto y fuerte, entrado en peso, con un amplio y pleno rostro enmarcado arriba por un viejo sombrero de paja y abajo por una tupida barba canosa. Su aspecto imponente se rendía a una mirada tierna, sus cejas casi siempre arqueadas hacia el centro revelaban que su larga y valiente lucha curtió sus manos, pero dejó casi virgen la inocencia de su corazón y su increíble capacidad de asombro por el mundo y sus infinitas muestras de belleza.

Leidy y Chavely combinaban belleza, fuerza en las tareas del campo, inteligencia como líderes del pensamiento de la agroecología, sensibilidad en artesanías, dulce maternidad y una lealtad casi devota a la visión y compromiso de su padre con la naturaleza y con la familia, ambas diluidas en un todo. Tras terminar

la casita y el huerto, prepararon una presa donde riachuelos y tormentas tropicales dejaron su mágico elixir de la vida y fueron formando un amplio lago donde nadaban por la tarde. El dique, en forma de un lindo paseo con robles desde donde se reunían en familia a ver el atardecer, separaba el desnivel por el cual el flujo del agua en gravedad hacía mover un artilugio diseñado por Antonio: un «ariete» que bombeaba el agua por tuberías hasta unos aljibes de imponentes bóvedas de donde el agua se derramaba por tuberías y surcos a los campos. Entre los aljibes estaba el establo donde las vacas se ordeñaban y se recogía cada mañana, tan preciado como la leche, el excremento rico en microrganismos y nutrientes que se mezclaba en un colector con el agua de los aljibes y polvo de rocas para añadirle minerales. Se mezclaba casi ceremoniosamente en familia aquel ingente caldo con el que alimentaban con esmero y devoción a los campos. Parte de ese mágico brebaje iba a una campana bajo la cual la fermentación anaerobia dejaba fluir el gas para la cocina. Los campos rebosaban en permacultura todo tipo de cultivos de viandas, legumbres, hortalizas y frutas. La hija menor, Chavely, se encargó de construir bellísimas casas de ladrillos de arcilla cocida, con mágicas formas de bóvedas. De sus paredes por fuera colgaban colmenas de abejas meliponas, que libaban las flores que rodeaban las casas y el patio central cubierto con una bellísima enredadera que ofrecía un alivio de sombra al calor tropical. El día transcurría en armonía con el sol y los animales, los aromas y sabores de los campos impregnaban todos los sentidos, y la dulce convivencia en armonía de las tres generaciones Casimiro le hizo sentir a Thanda una renovada esperanza y confianza en la Humanidad a la vez que una profunda nostalgia de convivir con su pareja, sus hijos y ojalá pronto ya fuera sus nietos.

En esta finca del medio todo fluye en armonía
Nada se pierde en el tedio, ¡qué bella es su sinfonía!

El ariete el corazón, las aguas como la sangre
Y en los campos van brotando viandas, granos y cangre

Los pastos son la comida, las vacas la digestión
Sus boñigas la energía y la buena nutrición

Los molinos los pulmones, los aljibes como el bazo
Los lirios son los riñones, la presa, el espinazo

Mariposas dopamina, lombrices serotonina
Colibríes endorfinas, abejas oxitocina

Esta isla de esperanza, de nobleza en lealtad
Nos inspira a la alianza por la nueva humanidad

La que cuida con sus manos de la fiel naturaleza
Donde todos, como hermanos bebemos… de su belleza

Eran unas cincuenta mil de esas familias en armonía y en clave de grupos de cooperativas las que, dentro del sistema centralizado del socialismo soviético, hacían el eco de los principios de las eco aldeas. Thanda habló con la Asociación Nacional de Agricultores Pequeños para que se aliaran a la red de eco aldeas, y venció un escepticismo del gobierno a cualquier alternativa a la patria en guerra, al estado de sitio. En el fondo, y a la vez que el profundo amor que profesaba por Cuba y su defensa ante las difamaciones de Estados Unidos y el eco cobarde en Bruselas, Thanda no podía compartir el sentido de patria pues implicaba fronteras, ni el grito revolucionario de «patria o muerte, venceremos» pues no creía en ninguna de esas tres palabras.

Esa noche tras la cena, y con profundo sentimiento de ternura en comunidad con los Casimiro, Thanda cantó a la libertad que rompía las cadenas, muchas de ellas inconscientes o asumidas por hombres y mujeres que pretendían ser libres:

Desterré la lengua del profeta, la que profesaba un solo Dios
Y sus profecías y amenazas, a los que usaran la razón,
Desterré los tronos y los reyes, toda la falacia del poder
Y las jerarquías que imponen que otros tengan que obedecer,
Desterré de mi alma toda certitud, salvo el amar…
Desterré los muros y fronteras, los que nos pretenden separar
Todos los escudos y banderas, cualquier forma de etiquetar
Desterré los dientes de las guerras, que desangran a quien quiere amar
Y a sus generales y medallas, lo cobarde es no desertar
Desterré de mi alma toda certitud, salvo el amar…
Desterré las supuestas verdades, y a quien las pretende imponer
A quien diferencia las edades, a los monopolios del saber
Desterré las garras de los miedos, descubrí la magia del vivir
Y me sacudí todos los credos, y heme aquí sin nada que fingir
Desterré de mi alma toda certitud, salvo el amar…

LXIV

VALENTÍA O SUMISIÓN

Berkeley, noviembre 2020

Nayra había colaborado con la campaña de Biden para las elecciones de Estados Unidos el 3 de noviembre. Como muchos ciudadanos americanos sentía hastío, frustración y vergüenza del narcisismo ignorante y abusivo de Trump, más que entusiasmo por Biden. Catorce mil millones de dólares bañaban la lucha por el poder de intereses, manipulación y marketing de imagen. Un juego ilusorio de libertad en el que se elegía un «producto» en el llamado juego de la democracia.

La pandemia seguía expandiéndose, quizás ya habiendo infectado a un diez por ciento de la población mundial, aunque solo se detectaban una décima parte y casi todos los casos graves tenían más de ochenta años.

Thanda seguía insistiendo ante quien le escuchaba en la necesidad de una inmunización natural de los jóvenes, una protección de los mayores y permear esa fría interface con los jóvenes que se fueran haciendo inmunes, como reclamó Moyes a la muerte de Beatriz.

Poco después de la elección de Biden, que aún rechazaba Trump, dos laboratorios americanos, Pfizer y Moderna, anunciaron los resultados preliminares de sus vacunas en fase tres, en unos treinta mil voluntarios cada uno. Apenas unos cien infectados, el 0,3%, en unos tres meses, el noventa por ciento en el grupo placebo. Aún quedaban muchas dudas, como si protegía de infecciones leves -quizás disminuyendo la inmunidad natural- o a las graves, pues solo hubo cinco casos y no permitía saber su efectividad en prevenirlos. Tampoco se podía saber aún si protegía a todas las edades, si la protección era duradera y, sobre todo, si la técnica transgénica de introducir, por primera vez, genes inversos (RNA) no podría tener efectos adversos desconocidos a largo plazo, incluso en la descendencia de los vacunados.

Pero había claramente intenciones políticas relacionadas con sus grandes inversores, que habían «apostado» por Biden, y sobre todo comerciales pues rá-

pidamente subieron las acciones de ambas compañías y, lo más revelador, a los pocos días sus directores, ni ellos ni sus familias fueron voluntarios, vendieron acciones sobrevaloradas.

Además, cada vez se revelaba más egoísta el sistema mundial con compañías compitiendo por un gran negocio de unos veinte mil millones al año. Los países ricos se apresuraban a acaparar la producción. Las migajas, a través del GAVI de Gates y su sistema COVAX de precios diferenciados según las clasificaciones arbitrarias del Banco Mundial, asegurándose que las patentes se «protegieran a muerte» -nunca mejor dicho-. Apenas dejaba un cinco por ciento de la potencial producción mundial para la mitad de la población total, en países sin capacidad de producción ni de compra.

Thanda estudió con Moyes cómo se había ido transformando el mapa del poder mundial en la última década, desde que Moyes presentó su análisis al graduarse de la London School of Economics. Tenían que ir un poco atrás para entender las raíces. Tras las grandes guerras, la reunión de Breton Woods organizó las reglas del juego del dinero en el mundo: una onza de oro se cambiaba por treinta y dos dólares, el dólar gobernaba sobre las demás monedas, el Fondo Monetario Internacional controlaba el equilibrio y el Banco Mundial prestaba para la reconstrucción de la Europa en ruinas. Los bancos comerciales fueron prestando dólares a las familias americanas que se entregaron al *American Dream* de Hollywood. Cuando los países árabes decidieron subir el precio del petróleo en 1971 Estados Unidos entró en déficit comercial y de su presupuesto federal. Nixon desvinculó entonces el dólar del oro y lo devaluó para aumentar las exportaciones. Ninguna otra moneda tomó el relevo y el dólar, desde entonces con un valor virtual, siguió reinando. El noventa por ciento de los intercambios internacionales en el mundo se hacían en dólares, a través del sistema SWIFT. Poco después, Reagan y Thatcher acordaron el consenso de Washington, limitaron el rol del gobierno a casi solo proteger con armas el poder de los ricos y el mercado tomó el control de las vidas de casi todo el mundo. El gobierno estadounidense se seguía endeudando constantemente y pagando su presupuesto a base de bonos del tesoro que compraba todo el mundo, sobre todo los japoneses y chinos, que producían para el insaciable consumo americano. A los bancos que prestaban los empezaron a controlar los bancos que «invertían» sus dineros en las grandes corporaciones cuyas acciones y «derivados financieros» se compraban y vendían cada día en Wall Street, convertido en el gran casino mundial. Esos bancos de inversión como Merrill Lynch, Lehman Brothers, Baring, Bear Sterns o Morgan Stanley se hicieron multimillonarios con la especulación de un dinero irreal y en su gran mayoría remoto a los ahorros de los ciudadanos. La especulación de las hipotecas llegó a un límite y explotó en 2008 con el colapso de Lehman Brothers. Pero tal era el poder de dichos grupos sobre los bancos, el gobierno y las personas, que los gobiernos de todo el mundo pagaron con impuestos de los ciudadanos las ruinas

de los usureros, de los cuales, paradójicamente, dependían. Llegó el gobierno de Obama y su discurso social e intentó regular al tigre desbocado del capitalismo con la ley Dodd Frank, que limitaba ese juego especulativo. Surgió una tercera generación de usureros, esta vez con un nivel de complejidad e infiltración que escapaba a todo control del gobierno: los «gestores de activos». Tras ese elegante nombre se escondían verdaderos grupos de especulación global. Los nuevos tiburones de la economía mundial, más voraces e impunes que nunca antes.

Con la ayuda de «inteligencia artificial perversa» como el software Aladdin y «productos de especulación» como iShares, ajustaban compras y ventas de acciones y sus derivados financieros al segundo, las agrupaban en paquetes donde «apostaban» a todos los grupos económicos y supuestos competidores modulando el mercado, diluyendo la competencia y generando ganancias seguras a los especuladores y multimillonarias para ellos, sus gestores. Gestionaban el capital del noventa por ciento de las empresas del S&P 500, que a su vez dominaban el noventa por ciento de la economía global. Su poder era tal que influía en los cambios de divisas globales y dictaban las «primas de riesgo», tasas de interés, sobre las deudas de países de todo el mundo. El gobierno americano les cedía la gestión de los bonos, su deuda, cooptada al juego especulativo de los ricos y les aseguraba el colchón, si fuera necesario, del rescate fiscal con los impuestos del resto. Todo ello fue ocurriendo mientras el mundo prestaba su angustiosa atención a la pandemia.

El oligopolio de la especulación global lo dominaban Vanguard, State Street y, sobre todo BlackRock. Ésta última «gestionaba» más de siete billones de dólares, el diez por ciento del Producto Interior Bruto mundial, y conseguía beneficios de hasta un 30% sobre sus inversiones que abarcaban todas las grandes compañías de todos los sectores, incluido el militar, y su supuesta competencia mutua. Bayer y Monsanto, la mayor amenaza a la vida en el planeta, se fusionaron por la presión de BlackRock, principal accionista de ambas. Su presidente, un judío de Los Ángeles llamado Larry Fink se convirtió en el gurú del crecimiento económico y hasta el supuesto revolucionario López Obrador en México sometía su política supuestamente social al consejo del rey de la especulación. Mexico le otorgó a BlackRock completar el proyecto del tren maya que arrasaba, con las semillas transgénicas de Monsanto, las tierras vírgenes del Yucatán y las vidas sencillas de sus gentes. Fink aconsejaba o directamente gestionaba deudas de los gobiernos, los activos «tóxicos» de la banca, como en España, rescatados a menudo con dinero público; la planificación de los fondos de pensión, como en California, y hasta las políticas económicas, como la de México, asegurándose que dejaran el espacio dominante a «sus» corporaciones. Las finanzas públicas globales dependían más de la confianza de los especuladores que del esfuerzo de los ciudadanos y las decisiones de sus supuestos líderes. Y por supuesto influían en las elecciones.

Algo les podía entorpecer el poder a los tiburones de la economía mundial. La guerra comercial de Trump con China limitaba la especulación global. Era revelador y preocupante comprobar que el partido supuestamente más orientado al bien común, el Demócrata, gastaba más en la campaña y recibía más apoyo del verdadero poder en la sombra, Wall Street. Además de la historia de alianzas con la especulación financiera y el apoyo que Biden dio a la injerencia militar, Kamala Harris tenía vínculos con las *big-tech* de Silicon Valley a las que había tratado con mucha complacencia durante su tiempo de fiscal de California en comparación con su mano dura contra los delitos menores y las drogas, y con la pena de muerte. Ambos claramente daban el espacio de poder, quizás en connivencia, a Google, Facebook -y su compra de WhatsApp e Instagram- y Amazon, las tres formas en las que los americanos buscaban información, se relacionaban y compraban, y que con sus sistemas de Microsoft, Apple, Cisco y Warner acumulaban inmenso poder en modelar el pensamiento colectivo, la economía y la política. No era una casualidad que esas grandes empresas fueran donantes de la campaña del partido Demócrata.

Durante la primera semana de noviembre el mundo estuvo atento al cambio de poder en el imperio económico y militar, que de forma tan injusta condicionaba la vida humana y no humana en el planeta. Biden y Harris ganaron, aunque Trump interpuso recursos por supuesto fraude, rechazando la derrota. Larry Fink apostó por Biden y Harris y era muy probable que seguiría manejando los hilos de las finanzas americanas y globales. No eran augurios de que el sistema, la fábrica de injusticia humana y destrucción natural, fuese a cambiar con las elecciones.

Thanda habló con Nayra. Tenían que intentar influir con las ideas de equidad, de la red de eco aldeas y del saber hacia el bien común, antes de que se fuera formando el gobierno demócrata. Kamala Harris tenía un apartamento en San Francisco y redes de amistades desde su tiempo en la escuela de Thousand Oaks, en Berkeley. Encontraron amigos comunes y los animaron a participar en un debate sobre «El principio ético de la equidad». Lo organizaron con Jonay, con su análisis de la inteligencia artificial, Aimsa para hablar de la red de eco aldeas, Fernando desde la experiencia de Eila y Moyes desde su análisis de la economía global. Además de a Kamala, invitaron a líderes de pensamiento en ciencias, inteligencia artificial, salud, economía, ecología, política y leyes, quienes a su vez invitaron a estudiantes de todos los grados y nacionalidades.

Invitaron a Kurzweil a cenar para intercambiar ideas antes del debate con Kamala. Les confesó estar viendo el peligro de la inteligencia artificial a la que había dedicado su vida. El software Aladdin de BlackRock se estaba convirtiendo en el cerebro de las finanzas internacionales, codificado para beneficiar al máximo a sus inversores, los clientes billonarios de BlackRock. Para minimizar el riesgo de fallo de Aladdin, Larry Fink había desarrollado un laboratorio en Palo

Alto donde uno de cada cuatro de sus trece mil empleados trabajaba diseñando robots que analizaban miles de millones de datos -*big data*- en tiempo real y se reconfiguraban constantemente para aumentar más y más su capacidad analítica.

Celebraron la reunión en el Dream Institute donde Thanda había expuesto diez años antes sus estudios de equidad, autoexiliado de la burocracia en Bruselas. Eran apenas treinta participantes, pero conectaban por webinar con más de cinco mil en unos cincuenta países.

Thanda comenzó el debate con una introducción:

- Kamala, amigos conocidos y amigos por conocer, aquí en presencia y de forma virtual desde muchos países, gracias por acompañarnos. Creemos en que la naturaleza del ser humano, además de aspirar a sobrevivir y reproducirse, es empática con los sentimientos ajenos y desea el bien común. Nuestra inteligencia nos permite discernir las causas y consecuencias de nuestras decisiones y actuar así en conciencia, la base de la libertad. Sobre estas tres condiciones humanas, empatía, inteligencia y libertad, se fundamentan los principios éticos de la sociedad. Aquello que nos une como sociedad en un objetivo compartido guía nuestros esfuerzos para conseguirlo. La equidad es la distribución justa de los recursos para disfrutar de los objetivos compartidos. Hay sociedades, y luego Aimsa hablará de la red de eco aldeas, en las que las personas deciden vivir sin propiedades individuales y sin jerarquías. Pero aún la mayoría quiere tener propiedades individuales, y marcos legales y políticos que las defiendan. Los políticos, Kamala, sois personas en las que la sociedad confía para que la distribución de los recursos y esfuerzos colectivos sea justa. Es por ello que vuestra principal función como servidores públicos es defender el principio de la equidad, alimentando la inteligencia, conciencia, libertad y empatía. ¿Estarías de acuerdo en ello, Kamala?

- Buenos días a todos. Me llamo Kamala Harris. Soy hija, esposa, hermana, servidora pública y vicepresidente electa de los Estados Unidos. Me identifico como ella («*I go by she/her*»). Así es, Thanda. Y así lo he defendido toda mi vida. Los Estados Unidos se basan, como dice la carta fundacional de nuestra gran nación, en el principio de la libertad individual para perseguir la felicidad. No creemos en el comunismo pues ahoga dicha libertad individual. Nuestros valores morales dirigen esa felicidad hacia el bien común. Y nosotros, los líderes en los cuales la sociedad confía el gobierno, debemos por un lado defender la libertad individual de luchar por los sueños y por otro que todos tengan iguales oportunidades para ello. Yo he luchado como estudiante, abogada, fiscal y senadora para que esas oportunidades sean iguales sin importar cual sea la identidad sexual y el color de la piel, las dos causas que más han contribuido a desigualdades injustas en nuestro país y en el mundo. También he luchado y seguiré luchando para que los inmigrantes puedan unirse de forma legal a la búsqueda de sus sueños en nuestro país y para que todas las familias, sea cual sea su condición económica, tengan acceso a educación y a cuidados de salud.

– Gracias, Kamala, esas palabras reflejan principios que abrigan las esperanzas de muchas personas en este país y en todo el mundo después de cuatro años en los que Trump los ignoró y hasta despreció. Ya que estamos de acuerdo en el principio ético de la equidad, quiero compartirte en seis minutos los resultados de diez años de estudios y el mensaje del movimiento por la equidad sostenible en salud, que representa a más de dos millones de científicos, profesionales, académicos y defensores del derecho a la salud en todo el mundo.

Thanda había elegido para esos seis minutos claves en los que quería influir en el pensamiento de quien quizás sería la persona más poderosa del mundo durante la siguiente década, tres mensajes con imágenes y gráficas. En la primera hablaba de los criterios de equidad sostenible, en la segunda del precio de la injusticia en vidas humanas y en la tercera de la curva en equidad, por lo tanto, ética, de la distribución de recursos.

Proyectó en la pared del Dream Institute la primera imagen, con los criterios de mejor salud posible.

– La salud, definida como bienestar físico, psíquico y social, es el más preciado y constante objetivo compartido a través de los tiempos y de las culturas. El único compromiso común de todos los países en relación a dicho objetivo es «la mejor salud posible para todos». Tras coordinar la política de salud global en la Unión Europea, vine aquí a Berkeley hace diez años para estudiar cuál era la mejor salud posible y si llegaba a todos. El indicador más sólido para medir la salud es la esperanza de vida. Si bien mide la cantidad de salud, está también muy relacionado con la calidad de la misma. Lo posible es aquello para lo que tenemos medios. Los recursos materiales e incluso el acceso a bienes no materiales como el saber, dependen, en el mundo de hoy, de la capacidad económica. En la sociedad de mercado que tú defiendes, pareciera que, salvo el amor, por cierto, fuente esencial de salud, todo se compra y se vende. La mejor salud factible, económicamente hablando, para todos es aquella que consiguen los individuos y sociedades que viven con recursos por debajo de la media. Todo aquello por encima de la media no es factible-para-todos. Y miramos también en ese «todos» a las próximas generaciones, por lo que añadimos el criterio de respeto a los límites planetarios, empezando por el nivel medio de emisiones que evita el desastre ecológico para nuestros hijos y nietos: una tonelada de CO2 al año. Hemos estado buscando países, regiones y comunidades que reunieran estos tres criterios: esperanza de vida por encima de la media, ingresos por debajo de la media y emisiones de carbono por debajo del umbral que mencioné.

Pasó entonces la segunda imagen y un vídeo de la pérdida de vida humana por inequidad, injusticia.

– Cuando tomamos la referencia de esa mejor salud posible y sostenible para todos y la comparamos con la realidad podemos detectar la falta de salud, o exceso de enfermedad y muerte, prevenible e injusta, en inequidad y ausencia

de ética, por cada país, región, grupo de edad, sexo y en el tiempo. Este vídeo muestra la evolución del número de muertes por injusticia y la proporción que suponen del total, su evolución en el tiempo y por países. La gráfica describe la distribución de esa sangría de vidas humanas en los últimos cinco años, por sexo y por edad. El orden mundial actual deja morir a diecisiete millones de personas al año, una tercera parte de todas las muertes, de forma injusta y prevenible. Esa proporción de vidas sin derecho a la salud, se ha mantenido constante desde los años 80. Hace cuarenta años que la humanidad progresa en el saber desde la micro materia hasta el macrocosmos, pero no ha progresado un ápice en justicia, en la ética de la equidad.

Siguió con la tercera imagen y vídeo de la curva ética de la equidad económica.

- Platón dijo hace más de dos mil años que entre los ciudadanos de una sociedad justa no debiera existir ni situaciones de necesidad ni de exceso de riqueza, pues ambas eran génesis de los peores males. El noventa por ciento de las muertes en exceso de la salud factible para todos, se dan en países con ingresos medios por debajo de un umbral, definido por los modelos de salud factible y sostenible. Ese mínimo de ingresos que permita condiciones de vida digna condiciona un máximo de ingresos, como decía Platón, por encima del cual otros no tendrán lo suficiente. Ese «umbral de dignidad» es unas diez veces el umbral de pobreza definido por el Banco Mundial. El umbral de exceso, cuando lo proyectamos simétrico en torno a la media de recursos y en una curva de distribución normal, armónica, como todas las variables en la naturaleza, es la mitad del ingreso medio europeo y un tercio del ingreso medio de Estados Unidos. Por encima de dicho umbral no solo se impide a otros tener lo mínimo, sino que es incompatible con respetar los ciclos de la naturaleza y, además, no mejora en nada la salud y, diría yo, la felicidad, muy distinta y distante del orgullo del privilegio. Esa curva define la redistribución ética de los recursos globales, y se calcula igual para niveles subnacionales, compatible con el compromiso global del derecho a la mejor salud posible para todos. Así se lo hemos expuesto a la Alta Comisaria para los Derechos Humanos: sin equidad no hay derechos, y los derechos se basan en la ética de la equidad.

- Termino citando a dos referencias importantes de tus raíces Kamala: Gandhi dijo que «cuando tengo más que mi hermano y él no tiene lo suficiente le estoy robando», y Bob Marley dijo «vive para ti mismo y vivirás en vano, vive para otros y vivirás de nuevo».

Kamala contestó de esta forma.

- Gracias por compartir esa visión y esos análisis. Es cierto que tenemos que disminuir las desigualdades para que todos tengan las oportunidades de, con su esfuerzo, prosperar. En Estados Unidos gozamos de la investigación puntera y los cuidados más adelantados en salud, somos solidarios con el resto del mundo,

hemos salvado más de diecisiete millones de vidas tratando enfermos de SIDA desde hace quince años, y, en cuanto a la desigualdad interna, vamos a aumentar los impuestos al *top 1%* para mejorar la cobertura y calidad de la salud y la educación. Somos el país que luchó contra el fascismo, que promovió las Naciones Unidas y los derechos universales, que llegó a la luna, que catapulta al mundo con nuevos descubrimientos cuánticos y que volverá a ser el líder del mundo libre.

Thanda quiso responder de esta manera:

- Kamala, siempre que oigo mensajes triunfalistas me quedo preocupado. Creo que no hay tantas razones para estar tan orgullosa de vuestra historia. Es importante ver con autocrítica lo que se debe mejorar, e incluso cambiar. Sí que luchasteis contra el nazismo en la segunda guerra, pero, ya desde mucho antes, desde el hundimiento del Maine, Estados Unidos ha ido expandiendo su presencia militar en todo el mundo, ha apoyado a dictaduras fascistas en todos los continentes, ha estado involucrado en más de doscientos conflictos armados, concentra la mitad del gasto militar mundial y de arsenales nucleares, y es el único país que provocó un terrible holocausto nuclear. En cuanto a las Naciones Unidas, sí que acogió la reunión de la liga de vencedores de la guerra que luego propuso un mundo unido, en paz y respetando los derechos universales, pero Estados Unidos es de los países que menos tratados de derechos humanos ha ratificado, el único que no reconoce los derechos de la infancia, y mantiene el antidemocrático Consejo de Seguridad y de sus cinco miembros, que defienden su superioridad sobre el resto del mundo, es el que más veces ha ejercido el veto contra decisiones del resto. Lo más grave en este momento es su negación a los compromisos globales para luchar contra el cambio climático. Su solidaridad es mínima, apenas llega al 0,2% de su Producto Interior Bruto al año y lo hace imponiendo sus prioridades y procedimientos. Los programas de SIDA imponen medicamentos bajo patentes norteamericanas que impidieron que se pudieran prevenir más de veinte millones de muertes hasta bien entrado el siglo XXI. Créame, yo estaba allí. En cuanto a la desigualdad en Estados Unidos, hemos visto que la redistribución fiscal precisaría muchos más impuestos a los ricos, y no solo al top 1%, aunque ello sea esencial. Durante Clinton y Obama subió el GINI, de los más altos del mundo, quizás infraestimando por no captar los inmensos beneficios billonarios de los grupos especuladores. Recientemente Biden dijo, supongo que, para atraer votos, que no subiría nada los impuestos a los que tienen ingresos por debajo de mil dólares al día. Hemos visto que Wall Street y que los grupos de mayor poder de especulación financiera, como BlackRock, les han apoyado en su campaña y que han celebrado su victoria. Se dice que Larry Fink, el multimillonario que controla la gestión de siete billones de activos, la mitad del Producto Interior Bruto americano, entre ellos patentes farmacéuticas, agroquímicas y militares, todas ellas de enorme daño a la vida humana y natural, pudiera perfilarse como secretario del Tesoro.

Thanda notó que Kamala se ponía tensa, que cambiaba su forma de mirarle, borraba su amable, casi victoriosa, sonrisa y se erguía en la silla preparando su respuesta a ataques muy diferentes a los que la tildaban de socialista desde la campaña de Trump.

– Creo que no conoces ni entiendes bien este país, Thanda. Somos pacíficos, pero defendemos la libertad y la democracia en todos los rincones del mundo, a veces con las vidas de nuestras tropas. No creo que haya mayor solidaridad que esa. Vamos a volver al acuerdo de París y a apostar por un pacto verde hacia un país sin emisiones de CO2 en 2045, antes que la Unión Europea. Innovamos y arriesgamos, por eso lideramos la ciencia y el conocimiento, y sabemos reconocer y respetar, hasta aplaudir, que los que se esfuercen en ello protejan sus inventos y las patentes premien su esfuerzo y animen más investigación de la cual se beneficia todo el mundo. No creo que haya más fuerte liderazgo que ese. En cuanto a nuestra desigualdad, le aseguro que vamos a acotar el excesivo poder y ganancias de quienes más tienen, pero reconociendo su liderazgo innovador y a menudo su ejemplo de filantropía. *To give back* lo llamamos aquí. Hay una parte importante de la justicia que no es, ni debe ser, a mi juicio, impuesta por el gobierno: este es el país de más «*charities*» del mundo. Con la redistribución de los más ricos no necesitamos aumentar los impuestos a la clase media, que gana su dinero con su esfuerzo. Sin esos elementos de nuestra forma de vivir, luchar, innovar, trabajar y ayudar a los demás, el mundo no tendría este país que sí, tiene desigualdades, pero aporta una buena parte de los nuevos conocimientos hacia el bienestar, y de argumentos para la paz, la democracia y la libertad.

Hablaba con determinación, casi fiereza, y arrancaba aplausos y vítores en la sala y en los cientos de salas, hasta teatros por varios países. Realmente todo era falso: la supuesta lucha por la democracia lo era por sus intereses, la apuesta por la naturaleza apenas cambiaba su modelo de producción y consumo, la protección de patentes desarrolladas a menudo con fondos públicos mantenía negocios billonarios que contribuían a sus campañas y las menciones a impuestos moderados eran presagio de que la constante desigualdad injusta seguiría creciendo. Pero su retórica y modos de expresión, bien diseñados por expertos en comunicación y marketing, arrancaban aplausos y entusiasmo.

Nayra quiso preguntarla por un hecho muy local, dramático y en el que ella estuvo implicada:

– Una pregunta, Kamala, antes de que los amigos de la red de eco aldeas, de la inteligencia artificial y del movimiento de equidad contra la pandemia le planteen sus preocupaciones y propuestas. Uno de los dramas más tristes de las últimas dos décadas en este país ha sido la epidemia de opiáceos, que ha segado la vida de cuatrocientas mil personas, muchas de ellas en su juventud. Entiendo que te has comprometido a llevar a prisión a los responsables de las compañías farmacéuticas que animaron esta masiva adicción y se enriquecieron a costa de tanto

sufrimiento. Pero a la vez como fiscal de este Estado endureciste las penas para delitos menores como tráfico menor y prostitución, consecuencias a menudo de vidas desesperadas arrastradas por las drogas. Pero lo que más quisiera que nos aclararas es por qué habiendo declarado muchas veces estar en contra de la pena de muerte apelaste contra su abolición en California cuando el juez Courtney así sentenció acogiéndose a la octava enmienda por el cruel sufrimiento de una media de veinte años en espera de su ejecución. ¿Puedes explicar esa contradicción y tu objeción a que tal sufrimiento acabe?

– Nuestro sistema democrático de libertades tiene una dimensión esencial en el mantenimiento del orden y de la seguridad ciudadana. No podemos ser complacientes contra el crimen, aunque sí compasivos y hasta ofrecer vías de reinserción a quienes hacen daño a la sociedad, como el plan que yo puse en marcha en California. Cuando se debatía la abolición propuesta por el juez Courtney, el pueblo se manifestó en contra de la proposición 62 que anulaba las penas de muerte y sin embargo votó a favor de la proposición 66 que pedía la rápida ejecución de los reos para evitar tan larga y cruel agonía. Cuando ejercemos cargos públicos debemos escuchar la opinión de la mayoría, aunque a veces vaya en contra de lo que desearíamos. Yo seguiré haciendo campaña contra la pena de muerte.

– Muchas gracias, Kamala, por todas esas respuestas. Cuenta con nosotros en los estudios y propuestas de equidad sostenible para el derecho a la salud.

Thanda notó como Kamala se relajaba, se sentía victoriosa y adulada en su poder por vítores de sus seguidores. Reflejaba el rostro supuestamente social, solidario y tolerante de lo que no dejaba de ser un capitalismo ciego en su destrucción natural y enajenado en su consumo, entendiendo el sueño americano como la felicidad, y la competición para alcanzarlo como la forma de «sacar lo mejor de cada uno» y encumbrar a sus vencedores. En el fondo era lo que esa sociedad quería y así se reflejaba en las más de mil proposiciones que los ciudadanos del Estado de California habían votado en cien años, también con campañas financiadas por los más ricos, y casi siempre votando en contra de más impuestos y a favor de más seguridad y más garantías de propiedades. Era la conciencia del tener y el competir la que debía cambiar, pero ¿podría ser así en la masa sin empatía, sin equidad y competidora de las ciudades, dominada por unos pocos guiando medios de comunicación, redes sociales y publicidad para el consumo y propaganda para los votos?

Antes del receso para la siguiente sesión sobre las eco aldeas, Thanda aprovechó para intervenir por última vez frente a Kamala:

– El día anterior de las elecciones aquí en Estados Unidos, el país más rico del mundo, uno de los más pobres del continente, Bolivia, elegía a sus líderes. Les quiero compartir un extracto de las palabras de Chopenacua:

Hoy Bolivia y el mundo vivimos una transición que se repite cada 2.000 años, en el marco de la ciclicidad de los tiempos, pasamos del no tiempo al tiempo, dando inicio al nuevo amanecer, a un nuevo Pachakuti en nuestra historia.

Un nuevo sol y una nueva expresión en el lenguaje de la vida donde la empatía por el otro o el bien colectivo sustituye al individualismo egoísta.

Donde los bolivianos nos miramos todos iguales y sabemos que unidos valemos más, estamos en tiempos de volver a ser Jiwasa, no soy yo, somos nosotros.

Jiwasa es la muerte del egocentrismo, Jiwasa es la muerte del antropocentrismo y es la muerte del teolocentrismo.

Estamos en tiempo de volver a ser Iyambae, es un código que lo han protegido nuestros hermanos guaraníes, y Iyambae es igual a persona que no tiene dueño, nadie en este mundo tiene que sentirse dueño de nadie y de nada.

¿Podría Estados Unidos pasar del individualismo al Jiwasa ancestral y a la anarquía en comunidad de bien, Iyambae? ¿Podría saltar con un mágico quantum desde el agujero negro de la sumisión a los poderes que ya ni podía ver ni entender, a la valentía de ser uno mismo en armonía sin códigos ni jerarquías con la vida?

LXV

VENCER O CONVENCER

Palo Alto, diciembre 2021

Había pasado un año desde que Thanda y Nayra debatieron sobre un mundo en equidad con Kamala Harris, en el pequeño y entrañable Instituto del Sueño de Berkeley. Hubert volvió a La Habana tras un año ganando premios por todo el mundo para presentar Epicentro en el lugar donde nació y dentro del Festival de Cine Latinoamericano en La Habana.

Nayra volvió a Berkeley donde seguía cuidando con cariño de Enkidu y Jerónimo, navegando su adolescencia en el complejo, casi indescifrable mundo virtual y competitivo. Los adolescentes en aquel país, y poco a poco en todo el mundo, pasaban ya más tiempo mirando pantallas que la realidad. Por las pantallas se comunicaban por WhatsApp, Facetime o Skype, se enviaban imágenes por Facebook, Instagram o Snapchat, vídeos por Tiktok y YouTube, compraban por Amazon, y competían por juegos de matar en *Grand Theft* o *Fornite*. Esos eran los más conocidos, porque habían ya más de diez millones de apps, dos mil nuevas cada día, y millones de videojuegos, a los que jugaba diariamente la mitad de la humanidad.

Los estudios, online, por la pandemia habían ido perdiendo claridad en la función del maestro, la veracidad de la información en la web, la relatividad, a veces absurda, de exámenes o notas y la utilidad, en todo caso, de tener títulos. La educación intentaba preparar a los niños y jóvenes para vivir en sociedad y como esta se basaba en la competición del saber, del tener y del poder, pues a eso fielmente se dedicaban los sistemas educativos de todo el mundo. Competir en la escalera suponía encumbrar al poder y al tener, que estaba dominado por los especuladores, luego por los grandes empresarios y los banqueros, le seguían los manipuladores de opinión en empresas de comunicación o los «*influencers*» en los medios, más abajo los funcionarios, profesionales de carreras y oficios que trabajaban por un salario, y mucho más abajo los obreros manuales de fábricas y del campo, en buena parte inmigrantes. Como Nour les dijo a sus padres quince años atrás: ¿qué sentido ético tenía el sistema jerárquico de la educación sumisa

al sistema del capital y del poder? ¿Creaba personas libres de bien común o todo lo contrario?

Nayra siguió transmitiendo los valores de la generosidad, la creatividad y la armonía con la naturaleza en sus hijos, mientras, como Thanda, vivía con nostalgia y con anhelo la ya larga distancia, el «desierto de abrazos». Siguió luchando por transformar leyes que pudieran acotar el acoso deshonesto y tóxico de las grandes corporaciones de los alimentos artificiales y el tabaco. A través de esas luchas animaba a redes de jóvenes del área de la Bahía de San Francisco a pensar un mundo diferente como el que demostraban Eila y las eco aledas que, sí, era posible.

En la Navidad del 2020 Thanda pudo viajar a España, acompañar a su madre y su familia en recuerdo de su padre y celebrando la vida, aún tan vapuleada por la pandemia del virus y del miedo. En el viaje conoció, por medio de su amigo Juan el piloto, a una azafata, Mar, quien aunaba colaboraciones de arte y poesía para recaudar fondos para ideas nobles. Juan contribuyó a ello, y Mar organizó un apoyo a Karelia y su humilde escuelita de sueños de danza para las niñas pobres en dinero y millonarias en pasión de Centro Habana. No dejaba de sorprenderle a Thanda la inmensidad de almas vibrando por la empatía y la armonía. Realmente todas lo eran, solo que algunas, bloqueadas en su fluir del amor, buscaban el falso refugio en el poder.

Viajó con Adam a visitar una finca en venta en un valle al sur de Santander, cercana a un pueblo llamado Entrambasaguas. Por un caminito se llegaba a tres casas, y los cimientos de otras dos, entre bosques de robles, hayas, castaños, abedules, avellanos y tejos, praderas frondosas y el nacimiento de un río cristalino llamado Aguanaz. Se enamoraron del lugar, que además tenía muchas otras casas, praderas y bosques alrededor en los que, desde la armonía en ecología familiar, ir formando una eco aldea.

Thanda soñaba con su horizonte de libertad, de escribir, hablar y cantar sin ya ningún filtro y desde la coherencia de vivir sin dañar al legado más sagrado a sus hijos: la naturaleza. Vivía su última etapa dentro de la Unión Europea trabajando para ayudar a Cuba a no caer en las garras del capitalismo enajenado y encontrar en la armonía con la naturaleza el camino. Fue animando intercambios cruzando el Atlántico a vela entre cubanos y elieños para animar en Cuba el «viaje hacia la salida del nuevo sol». En ello apoyaba Sergio, quien desde Cabo Verde había ido animando el movimiento de eco aldeas y la utopía de Eila. También impulsó proyectos de soberanía alimentaria desafiando la raíz de una dependencia insana de alimentos remotos, sobre todo piensos para la dieta cruenta basada en sacrificios animales. En ello tuvo la alianza por la alimentación en conciencia de gratitud con Tito y con Yunalvis. También siguió animando con su colega Lucía una energía limpia y el cuidado del equilibrio de los límites planetarios. En ello encontraron que Cuba podía, en alianzas de pequeñas empresas, en especial cooperativas basadas en economía social, fabricar baterías de cobalto que ayudaran, una por eco aldea, a almacenar la energía limpia. Con Marta y Tobías continuó fraguando una

linda amistad y en el trabajo siguieron animando el bello proyecto de «transcultura» que se fue encarnando en un velero de tres palos y treinta metros de eslora en el que doscientos artistas de todas las culturas y formas de expresión del Caribe se encontraban y expresaban en cada puerto la mágica fusión de arte hacia la visión de un mundo sin petróleo ni avaricia. En la escuela de Cine de San Antonio y en el Instituto Superior del Arte participaron en islas de ecosoberanía y creación, pequeñas eco aldeas que, con los ejemplos de los Funes, los Casimiro y tantos más, brillaban fuerte en el mundo. Sus cientos de cineastas y artistas vivían la experiencia pura y limpia de la ecosoberanía y la plasmaron en cientos de documentales, películas, música, coreografías de bailes y artes plásticas.

También impulsaron los proyectos hacia una sociedad digital que rompiese las trabas de la burocracia, la corrupción del dinero negro y el secretismo de las patentes. Plantearon una Cuba sin dinero en la que cada cubano tuviera una tarjeta donde se registraran sus datos personales, de salud, de propiedades y de ingresos y gastos. De esa manera era posible apostar por una sociedad en equidad: nadie tendría ni en propiedades ni en ingresos, como decía la tabla salarial oficial, más de siete veces el mínimo de dignidad que se estableció por la metodología que llevaba Thanda proponiendo diez años. No eran precisos ni precios ni sueldos centralizados, ni cotos a la actividad e iniciativa de nadie, que habían resultado, por impositivos, ineficaces durante tantos años. Solo se limitaba el no dañar a la naturaleza y el tener o demasiado-poco o demasiado-mucho. Tanto los precios como los ingresos se ajustaban automáticamente según la condición de cada cubano y todos tenían lo suficiente y nadie en exceso.

La mayor parte de la tierra siguió siendo del Estado y se fue ampliando el programa de «usufructos» -uso por veinte años- vinculado a una contribución del diez por ciento de su capacidad para la comunidad y a los cuidados de límites planetarios. Esa vida bajo la curva de equidad fue inspirando a muchos países a adoptar sistemas parecidos en tres fases: estudio de los mapas geográficos y sociales de equidad delimitando umbrales de dignidad y acaparamiento, seguido de desaparición del dinero y sustitución por tarjetas que llamaron de «garantía de equidad» y por último un sistema automatizado de salarios netos y precios individualizados para progresar hacia la curva ética de la equidad. Era el paso de la equidad antes de la no propiedad de Eila.

Para conocer mejor la realidad y dirigir su esfuerzo en cooperación con empatía, Thanda planteó a la jerarquía europea y cubana el irse a recorrer el país en bici, visitando proyectos, centros universitarios municipales, fincas agro ecológicas y, comunidades. Preparó un mapa detallado y la bici que le dejó al cuidado Sergio y viajó en tren hasta el extremo occidental. Desde allí comenzó una ruta de mil doscientos kilómetros, a una media de cincuenta cada día, descansando los domingos. En total un mes bañándose de paisajes fascinantes y paisanajes épicos. Lo recibían en cada lugar con cariño y a veces le acompañaban hasta la siguiente etapa. Consultaba cada día sus mensajes y tareas a distancia, en contacto con su

equipo en La Habana. Cuando llegó a la universidad de Las Villas, en Santa Clara, se unió a un debate fascinante que su colega Alina, una linda y brava adalid del saber universal y la conciencia de la energía única, preparó con estudiantes y profesores para animar una red de soberanía del conocimiento. Lo diseñaron con los más de cien centros universitarios municipales, tan humildes como bravos y luminosos, para que, al compartir los saberes y sus aplicaciones a las necesidades de las comunidades, hicieran redundantes las patentes y el negocio de las ideas. A mitad del camino pasó varios días en la Finca del medio ayudando y aprendiendo a construir las mágicas bóvedas de terracota de Chavely. Había enviado con Leidy y Giraldo una impresora 3D, un software para compartir prototipos con más de cien mil aliados-del-saber de todo el mundo, y ya Antonio y su hijo estaban diseñando máquinas para los riegos, bombas y molinos. Así continuó su viaje hacia el oriente de la isla mágica en la que fue derramando su corazón, empapándose de las ideas y sentires de sus gentes y acabando las veladas con la guitarra y versos al viento.

Ya eran más de cincuenta millones de personas que por todo el mundo vivían en múltiples formas de eco aldeas espirituales: además de comunidades en naturaleza surgieron eco barrios como en Nagasaki, eco cooperativas como en Cuba, eco flotas que atravesaban los mares, eco tribus que transitaban nómadas entre eco aldeas polinizando ideas y pasiones. Intentaban, con poco éxito, alzar su voz en las Naciones Unidas, un foro simbólico de discursos de ideas, cuyo presupuesto anual, cinco milésimas del gasto mundial, las limitaba a un foro de ideas «políticamente correctas», con un anacrónico Consejo de Seguridad que vetaba lo que no convenía a los países dominantes, cada vez más centrados en Estados Unidos, aún aliado con Europa, y China, cada vez más aliado con Rusia.

Biden y Harris tomaron finalmente el poder tras una larga lucha legal contra Trump, quien adujo fraude en la campaña desvelando que ante su plan de tensar más el comercio con China, la fábrica barata de las grandes corporaciones estadounidenses, y de regular a las poderosas gestoras de activos realmente grupos de especulación global, como BlackRock, estas, dominantes de la economía mundial, apoyaron con fondos, medios y el poder manipulador de Carlyle, la candidatura de Biden, aliado sin fisuras con el capital y las armas, los verdaderos poderes del país más lejano a la armonía social y natural. También influyó que tales tensiones llevaran a los laboratorios Pfizer y Moderna a anunciar la supuesta efectividad de su vacuna contra el COVID justo unos días después de las elecciones. Biden fue perdiendo fuerzas por su edad y las intrigas de su hijo con el gas de Ucrania, y así Kamala, en la sombra, fue revelando su fluido verbo y retórica de la libertad y a la vez desvelando su incapacidad, o falta de voluntad, como ocurrió con Obama, para desmontar el complejo mundo del poder del capital que influía en los trabajos y ahorros de los ciudadanos, en los presupuestos y políticas del gobierno, y en las estrategias de control de la inteligencia artificial.

Mientras Thanda progresaba en la propuesta de sociedad sin dinero y en equidad, con más jóvenes cuidando de la naturaleza y contribuciones cubanas al

bien común global como algunas vacunas y medicinas, y las baterías de cobalto; y mientras lentamente se expandía la red de eco aldeas espirituales, crecía el capitalismo especulador, los negocios billonarios, incluidos los de bienes vitales como los medicamentos o vacunas, y la sumisión de la mayor parte del mundo que, sin ni siquiera ya entender sus cadenas, se refugiaba en la comunicación, ocio y consumo digital.

Los jóvenes de la familia de Ukuzwana, Joseph y Nothando, con Thandiwe y Marco, en la misión originaria, Buhleve en la Escuela Latinoamericana de Medicina de Cuba y Lisy, de vuelta en Brasil con su primer amor Joao, Saidu en Sierra Leona, Martín en Eila, Moyes y María de vuelta en Robledo, Daniela y Alain en Normandía, Ángeles y Laarsen en Suecia, Adam, Cassie y Unai y Altea desde España, y Nour desde Nueva York, eran partidarios de no esperar a que el capitalismo sucumbiera a la alternativa sin propiedades de las eco aldeas o a, para quienes se aferraran a la abstracción mental de las propiedades, a vivir con los principios éticos de la equidad.

Invitaron a un debate por internet con la generación que quedaba de los pioneros que aún vivían, NoLwasi en Ukuzwana, Fernando y Umbela en Eila, Helen en Bulawayo y Nadine en Johannesburgo; y la generación intermedia, Thanda en La Habana, Nayra en Berkeley y Jonay y Aimsa en White Lake, a quienes se unieron amigos del alma con quienes animaban eco aldeas y equidad y se preparaban a dar el salto que escapara a la fuerza gravitacional de las ciudades:

Llamaron a la reunión: «La revolución por el ejemplo: con lucha o sin ella».

Empezaron NoLwasi y Umbela, las madres de la espiritualidad desde Ukuzwana y la Ternura desde Eila.

NoLwasi dijo:

– Querida familia, qué bello poder conectar todos juntos. Desde que Patxi fundó Ukuzwana y John la Ternura, la alianza por el bien común en armonía con la naturaleza ha crecido en las eco aldeas espirituales. Recordamos con cariño y gratitud a Patxi, a Haka, a John, a Beatriz y tantos que nos guiaron en los caminos por todo el mundo con esos nobles principios. Sus espíritus están presentes entre nosotros ahora y nos guían con su luz.

Umbela siguió diciendo:

– Comparto el profundo sentimiento de gratitud hacia quienes nos guiaron y nos siguen dando luz, a quienes estáis dando testimonio de armonía por todo el mundo, y a quienes vosotros, jóvenes, ofrecéis vuestra valentía para inspirar a un mundo más justo.

Adam comenzó hablando en nombre de los jóvenes:

– Gracias, familia. Sin vosotros nos sentiríamos débiles y perdidos. Thanda nos cuenta que el modelo de equidad va inspirando debates de muchos gobiernos en el mundo, y Aimsa nos dice que ya existen más de cien mil eco aldeas por todos los países del mundo. Esas son nuestras grandes referencias y esperanzas.

Primero vivir con equidad sabiendo que la acumulación es injusta y absurda, y luego la misma propiedad como cadena que ahoga el alma. Pero los jóvenes que nacimos y crecimos en el espíritu de Ukuzwana os queremos compartir nuestra preocupación por el mundo que vemos fuera de esas islas de armonía. Esas islas solo albergan al 0,7% de las personas en el mundo. La destrucción de la naturaleza continúa, con cien millones de toneladas diarias de CO2 a la atmósfera, cincuenta millones de árboles son talados cada día y desaparecen a diario ciento cincuenta especies de vida por la destrucción humana. Esa avaricia, basada en el antropocentrismo arrogante y el consumismo ciego, sacrifica a quinientos millones de animales cada día bajo enorme sufrimiento. Pero también la especie humana se hace daño a sí mismo, dejando morir por injusticia a diecisiete millones de personas cada año, unas cincuenta mil cada día. Nosotros podemos vivir en plena armonía en nuestras eco aldeas, pero no podemos ser ciegos a tanto sufrimiento. Tenemos que hacer algo.

Thanda respondió así:

- Es un privilegio sentirme de esta familia con un sentimiento de unión hacia quienes nos inspiraron en el camino y ya no están en esta dimensión de la existencia, de unión en las ideas de gratitud al universo, armonía con todas las otras formas de vida, y empatía para sentir con el otro y por ella sentirnos todos parta de la misma energía. Para fluir en esa bella armonía necesitamos tener la valentía de dejar fluir nuestra ternura. Vuestra propuesta de actuar sobre las redes del mal, del dolor y de la injusticia, como hizo toda su vida Haka, implica que la ternura que por la empatía siente nuestra alma por quienes sufren, la convirtamos en valentía de denunciar lo que no es justo y, si el sistema lo ignora, intentar luchar contra ello. Vuestra propuesta es ética, Adam. Pero pensemos: cuando muchas personas contribuyen a un sistema puede ser porque no lo saben, ni sus consecuencias, es decir contribuyen con baja o nula conciencia al sistema, o porque saben lo que hacen, y contribuyen conscientemente. En el primer caso, lo necesario es aumentar su conocimiento de las causas y consecuencias de sus decisiones y acciones. Eso lo intentamos hacer desde la red de eco aldeas y desde la evidencia del movimiento por la equidad. Seguro que lo podemos hacer mejor. Respecto a la segunda situación me pregunto: ¿es lícito cambiar un sistema si los que lo forman están de acuerdo con él? Nosotros no estamos de acuerdo y nos salimos, manteniendo una relación abierta e intercambiando o incluso como insistió John, contribuyendo con impuestos para los servicios básicos universales. Pero, repito, ¿es lícito que además de alertar las conciencias del daño del modelo de producción destructiva y consumo enajenado, luchemos contra un sistema asumido como válido e incluso único posible por otros, de hecho, la mayoría?

Nour intervino:

- Es imposible que quienes sufren la marginación por desigualdades injustas puedan estar de acuerdo con el sistema y no lo quieran cambiar. En todo caso pueden estar manipuladas sus conciencias o amenazada su voluntad con el miedo,

para que no deseen o luchen por ese cambio. Por ejemplo, con las elecciones: se convence con propaganda de un supuesto cambio, una supuesta justicia, y una supuesta igualdad que no es cierta. Hay que dar un paso más. Pero es que además el sistema no solo afecta a los que viven y contribuye a él, sino a todas las formas de vida en el planeta. Ternura nos sobra, pero debemos también ser valientes y atrevernos a luchar contra el mal, la causa de tanto sufrimiento, sobre todo los que aún no han nacido y más aún otras especies animales que sufren nuestro daño al planeta y nuestro afán depredador. Hagamos algo, familia. Siento la llamada simbólica que desde aquí en White Lake debemos contribuir a algo que neutralice a BlackRock.

En ese momento intervino Aimsa:

– Desde la red de eco aldeas espirituales lo intentamos: en Nueva York hablamos en las Naciones Unidas de nuestra experiencia sin quemar fósiles ni dañar la naturaleza. Se unen a la red casi diez eco aldeas nuevas cada día. Casi una décima parte de los eco aldeanos están recorriendo el mundo y animando al cambio en los caminos, los pueblos y las ciudades de todo el mundo.

Siguió hablando Nayra:

– Es muy importante que hablemos a los jóvenes y utilicemos los medios con los que se comunican en internet. Hacerles ver que otro mundo es posible. Tienen que saber que todos están bienvenidos en las eco aldeas para experimentar el gozo de la armonía en comunidad y comunitaria.

Entonces habló Unai:

– El ejemplo de las eco aldeas, la propuesta de la equidad, la sensibilización de la huella ética, todo está muy bien. Pero es lento e insuficiente. Al paso actual tardaríamos siete siglos en tener un mundo de eco aldeas. Si cada eco aldea anima a la creación y desarrollo de otra cada cinco años, entonces aceleraríamos la expansión, pero tardaríamos cuarenta años. Ya sería muy tarde. Al ritmo actual de emisiones, que casi nada cambia con los compromisos internacionales, en quince años llegaremos al calentamiento sin retorno, dejando un futuro muy incierto para todos, incluidas las eco aldeas. Además, como dice Nour, sea inconscientemente o conscientemente, no es justo tanto daño por desigualdad y por destrucción natural.

Moyes explicó algo más:

– Es imposible que el sistema deje de generar desigualdades injustas y pérdida de vida por ello. Debemos ser valientes y también inteligentes.

Jonay intervino:

– Tienes razón, Moyes. Pensemos. Empecemos por analizar qué formas hay para aumentar el nivel de conciencia de quienes sin saber contribuyen al sufrimiento ajeno e incluso propio. Al desvelar y difundir los secretos de intrigas, perversión y crueldad de los poderes públicos y privados, para que las personas no voten a unos ni compren o ahorren en otros.

Joseph había preparado con Adam y en diálogo con el resto de «jóvenes de Ukuzwana» un esquema de acciones y alianzas:

- La capacidad de hackeo existe para desvelar esos secretos. Hay formas de acceder a la información pública y privada y de desvelarla y difundirla, pero la persecución del poder del sistema es feroz, tienen decenas de miles de personas y miles de millones dedicados a perseguir cualquier acceso a «sus secretos». Para pasar inadvertido se puede instalar una red privada virtual -VPN- o se pueden usar los servicios como CyberGhost, pero los servicios de inteligencia acaban descubriendo el origen y procesando por «traición» a sus líderes como Assange, en proceso de extradición por traición desde el Reino Unido a Estados Unidos, o Snowden, refugiado y escondido en Rusia. La plataforma Anonymous ha ido manteniendo la confidencialidad de muchos hackers que desvelan secretos para «poner en jaque» al gobierno de Estados Unidos, pero está también muy limitada. Otros, después de ser apresados, acaban siendo cooptados por el sistema para pasarse al otro bando y proteger la seguridad del poder público o privado, como Kevin Mitnick. Si hacemos algo debe ser con muchísima inteligencia y astucia. Para que todos estéis tranquilos, esta conexión está encriptada. Nadie nos está escuchando.

Buhleve entonces intervino.

- El legado de mi padre Haka es la valentía, el coraje de desvelar la verdad. Dio su vida por ello. La forma fue tirar del hilo de dramas como el tráfico de niños, como me ocurrió a mí, o de los venenos de Monsanto. He estado pensando mucho en ello últimamente. Sería agotador el recopilar los millones de documentos e informaciones que desvelen la perversión de los gobiernos de grandes poderes económicos, cooptados por ellos, de los ejércitos y la industria militar y de las grandes empresas con comercio global. No solo, en caso de acceder de forma impune a desvelar toda la perversión que domina el mundo, sería un inmenso trabajo de detección, análisis y difusión estructurada, sino que sería casi imposible para cualquier ciudadano dedicar el tiempo a entender todos los detalles antes de comprar, ahorrar o votar.

Thanda intervino para comentar lo que Buhleve compartió:

- Así es, Buhleve. Como hablamos hace poco paseando por el Malecón. Cuando hace doce años impulsé en Bruselas la política de derechos de la infancia de la Unión Europea, una ministra holandesa con coraje insistía en que se montara un sistema europeo de análisis y etiquetado de cualquier producto europeo o importado donde hubiera evidencia de trabajo infantil. Esa propuesta fue rechazada por el resto de los países, pero yo hablé mucho con aquella ministra, que tenía, desde su infancia en Indonesia, experiencia y compromiso con ese tipo de perversión del comercio mundial. Investigamos productos alimenticios y materias primas de la minería: casi no había ninguna excepción a la regla de que todos ellos estaban relacionados directamente o indirectamente con trabajos infantiles legales o ilegales en los países de procedencia. Cuando investigamos productos,

como son ya la mayoría, en los que participaban varios países, desde envasados hasta componentes electrónicos, rastrear el trabajo infantil se convertía en una complejísima tarea de espionaje, pero casi siempre resultaba en que la práctica totalidad de los productos globalizados comprendían trabajo infantil. Después fui invitado por la plataforma de ONGs europeas para reflexionar sobre su rol en el siglo XXI. Reflexionando sobre el consumo inconsciente que genera daño les dije que las acciones positivas aisladas que ellos promovían seguían siendo importantes, sobre todo como testimonio, pero que era necesario contrarrestar las acciones negativas, mucho más extendidas y poderosas. Les propuse crear una máquina entonces, ahora podría ser una app en el teléfono, que leyera los códigos de barras de productos en el comercio e identificara aquellos con prácticas inmorales por abusos laborales, toxicidad, falsedad, abuso de precios y patentes y daños ambientales. El trabajo, que algunas ONGs iniciaron, era inmenso: en un gran supermercado puede haber más de diez mil tipos de productos a la venta, en Amazon son más de doce millones de productos diferentes. Es imposible analizar cada uno de ellos en todas las dimensiones de daño, y además mantener esa base de datos actualizados.

Entonces intervino Aimsa.

– Lo que es cierto es que pocas empresas dominan el comercio global. Empecemos por los alimentos, lo que más compra la gente: diez compañías controlan la mayor parte de los piensos, casi todos de soja y maíz transgénicos, de las semillas, también más y más genéticamente manipuladas, de los agroquímicos y herbicidas, de los aditivos y de los alimentos procesados. Si se investiga cada una de esas compañías, no por producto sino por sus prácticas generales de daño ambiental y humano, se simplifica el análisis y se pueden proponer boicots generales basados en información objetiva. Lo hicimos con varias campañas de información y boicot a Monsanto, con poca repercusión: sus ventas siguen y siguen aumentando, aún camuflado bajo la fusión con Bayer. Así lo hemos hecho con el grupo IBFAN contra Nestlé, que contribuye a prácticas inmorales de trabajo infantil, de comercialización ilícita y perversa de sustitutos de leche materna y de contaminación ambiental. Nestlé tiene más de dos mil productos y una buena proporción de las ventas de alimentos procesados, y hemos informado de su actividad deshonesta por muchos medios. Hasta convencimos a la iglesia católica en el Reino Unido en los años ochenta para participar en una campaña de boicot. Pero el efecto es mínimo. Menos del cinco por ciento de los consumidores en el mundo participa de algún tipo de boicot.

Daniela, la más joven del grupo, intervino:

– Entonces decidnos, por favor, ¿qué se puede hacer para parar que el consumo ciego contribuya a todo ese daño?

Joseph añadió:

– Podemos intentar influir en que se redistribuya esta gran desigualdad en el mundo. Como Mr. Robot. Podemos utilizar el sistema SWIFT y revertirlo, pero los más pobres y sometidos no tienen tarjetas de crédito ni cuentas en los bancos. Y en todo caso debemos tener mucho cuidado. Con similares intenciones hay hackers, como el argelino Hamza Bendelladj que transfirió cuatrocientos millones de empresas billonarias a organizaciones de apoyo al pueblo palestino, que están condenados a cadena perpetua. Además, ninguna de estas acciones ha supuesto apenas una mínima transferencia de la opulencia a la necesidad. Necesitamos estudiar cómo hacer un cambio mucho más trascendente, irreversible y no dejar huella.

Thanda dio su opinión:

– Yo creo que no hay casi ningún comercio global que se libre de daño por abusos laborales o destrucción natural. El gran capital domina el comercio y lo concentra en pocas compañías que producen a gran escala, que además controla y camufla precios para seguir aumentando sus beneficios. Para ello va localizando la extracción de materias primas destructiva a través de grandes mineras y petroleras, de manufacturas en países de mano de obra barata bajo condiciones laborales abusivas y sin ninguna protección social, añadiendo en los alimentos aditivos tóxicos dominados por unas pocas corporaciones, sobre todo Monsanto, y especulando con stocks y precios para más y más beneficios de menos y menos acaparadores. Por eso creo que la solución es no consumir casi nada ajeno a lo comunitario y regional, lo que no viene envasado, lo que conocemos en su origen. No solo así se evita tanto daño, sino que así recuperamos nuestra conciencia de saber lo que consumimos y con ello la libertad de, en empatía, dirigir nuestro esfuerzo, intercambio, y nuevas ideas para el bienestar, en armonía humana y natural.

Entones intervino Thandiwe, desde Ukuzwana:

– Entonces, Thanda, si solo se debe gastar en lo local, el número de productos será mucho más bajo y se limitará a necesidades mucho más básicas. Las personas que tienen más ingresos comprarán tierras y propiedades que irán también a pocas manos. En Matabeleland hay unas pocas compañías, sobre todo chinas, que están comprando más y más tierras.

– Es cierto, Thandiwe. Hay un principio básico por el que tenemos que seguir dando testimonio y luchando: que la tierra, la naturaleza, no puede ser propiedad de nadie, sino cuidada en armonía para el bien común.

Nothando, quien ya iba tomando de NoLwasi el relevo en el liderazgo espiritual en Ukuzwana, preguntó:

– Si conseguimos que haya menos consumo global y dañino, y que la naturaleza no sea propiedad de nadie, muchos ahorrarán su dinero y seguirá creciendo ese magma oscuro que siento que es el «capital en pocas manos» del que habla Joseph. ¿Qué pude ocurrir si las personas gastan menos y ahorran más?

Joseph intentó responder:

- El gasto de consumo por encima de lo esencial y local va, como nos decía Thanda, sobre todo a grandes corporaciones y a sus sistemas de especulación e injusticia. Lo paradójico es que la vida austera ahorrando acaba en el mismo sumidero de la producción y consumo destructivas, de naturaleza, conciencia y equidad, y en su gran aliado, más bien dueño, la especulación financiera global. La mayor parte de los ahorros se depositan en bancos comerciales que ponen sus «activos» -dinero virtual de segunda generación- en bancos de inversión y grandes compañías -tercera generación de la «gran mentira»- que a su vez son «gestionados» por las grandes especuladoras como BlackRock, Vanguard y State Street. Estos poderes oscuros preparan paquetes de acciones en combinados como iShares que Aladdin se encarga en hacer que crezcan y aumenten los dineros de quienes especulan con más dinero y más falso, y en las grandes compañías que en pocas manos van, por escala y especulación dominando el sistema y las vidas de quienes consumen, ahorran y votan, con una ilusión de libertad, en él.

Nour intervino con fuerza:

- No podemos refugiarnos en nuestros paraísos de eco aldeas ni en las teorías de la equidad y ver como cada día el monstruo de este sistema perverso asesina a cincuenta mil personas, cincuenta millones de árboles y quinientos millones de animales. Entiendo que desde el ejemplo de otra forma de vida podemos inspirar a muchos, pero cada día cuenta. Con inteligencia y con valentía. Que la ternura del recuerdo de John y Patxi, inspire la valentía de Haka y nos de las fuerzas para, aun arriesgando, aunque sea nuestras vidas, contribuyamos a que este sistema tan perverso colapse. ¿Qué se puede hacer?

Adam respondió así a su hermana:

- Hay que pensar como un ingeniero. Parece que la base es una inteligencia artificial, Aladdin, codificada para favorecer a los más poderosos, para que el dinero falso de cuarta y quinta generación siga creciendo y así ejerza su poder sobre los niveles inferiores, superiores en esa pirámide imaginaria, de dineros a los gobiernos, a sus presupuestos y fondos de pensión, al de las empresas, de los bancos, y el de las personas.

Joseph siguió su argumento:

- Pensemos por un momento: ¿qué pasaría si colapsase la base, Aladdin?: acciones de casi todas las grandes compañías del mundo por valor de veinte billones de dólares se irían desmoronando, y como en 1929 y en 2008 el colapso de la bolsa llevaría a la quiebra los grandes grupos especuladores, a la mayor parte de los bancos de inversión y a muchas de las grandes compañías que suministran a su vez a muchas pequeñas empresas, negocios familiares y hasta las tiendas donde las personas compran. La producción se desplomaría y también el comercio, la inversión internacional y el consumo, todo ello bueno para el medio ambiente y para una Humanidad que poco a poco aprenda a vivir sin dinero y en comunidad.

Thanda reaccionó con preocupación:

- Vuestros pensamientos son nobles, vuestra preocupación es sensible al dolor, y vuestra rabia, que comparto, es natural y necesaria para el cambio. Solo os quiero decir que debemos ser muy inteligentes y estar muy unidos. La crisis del 2008, que fue tan solo por el colapso de unos bancos de inversión que llevaron la especulación de hipotecas a un extremo insostenible, causó sesenta millones de desempleados, sobre todo entre los más pobres, un descenso de las remesas que enviaban los emigrantes a sus familias, aumentaron los precios de los alimentos, de la energía y del transporte, de los medicamentos, disminuyeron las capacidades de los países más pobres para mantener servicios de salud, y como consecuencia de todo ello el número de pobres, según el dintel extremo del Banco Mundial, aumentó en ciento treinta millones. Se calcula que el aumento de la mortalidad por todo ello, sobre todo por mortalidad infantil, pudiera haber sido de unas trescientas mil muertes más al año mientras durase la crisis y sus efectos. El colapso de Aladdin podría causar un efecto mucho más devastador. Las eco aldeas ofrecen la posibilidad de vivir con casi total independencia del sistema. Pero pensemos con empatía que, en el fondo, son un privilegio de menos del uno por ciento de las personas que han podido desvincularse del sistema o han tenido el coraje de hacerlo.

Unai intervino entonces:

- Quizás voy a decir algo muy simplista, pero quiero entender: Thanda, nos dices que el sistema actual causa diecisiete millones de muertes al año. Si el colapso del mismo provoca, pongamos, medio millón, el efecto es positivo ¿no?

Thanda intentó responder:

-No es tan sencillo. El impacto negativo se sumaría a la injusticia reinante, pues las diferencias en el patrimonio y en la seguridad de afrontar la crisis podrían, hasta que se regenerase el sistema en un orden justo, aumentar aún más las desigualdades y el sufrimiento injusto que ellas provocan. Lo estamos viendo con la pandemia, que colapsa partes del sistema y afecta sobre todo a los más pobres. El capital se redirige y han aumentado los beneficios de Amazon y los grandes poderes manipuladores según aumenta el tiempo en que la gente pasa delante de pantallas.

Adam volvió a hablar en nombre de los jóvenes:

- Entonces ¿qué proponéis? Nosotros estamos dispuestos a arriesgarnos por luchar, no a esperar, no podemos estar tranquilos en nuestros paraísos sabiendo que hay tanto dolor, tanta destrucción, tanta injusticia.

Thanda respondió:

- Todos queremos lo mismo, Adam. Con la premura e inquietud de la juventud, o con la serenidad y paciencia de la experiencia. Le pido a NoLwasi y a Umbela que nos guíen. Ellas inspiraron a que, con ellas, Patxi y John fundaran Ukuzwana y las eco aldeas. Ellas perciben su luz como nadie y es por esas ideas que estamos aquí, unidos, soñando y luchando, «luñadores» de un mundo mejor.

Primero tomó la palabra NoLwasi:

- *Siyalibonga abantwane wami* (os damos gracias, nuestros hijos). Patxi y John, y también Anwele, Beatriz, Haka y todos los antepasados nos inspiran luz y fuerza. Veo la fuerza impaciente de los jóvenes y la prudencia de los que nos siguen. Nosotras ya estamos en el ocaso de esta existencia, en profunda unión con quienes se fueron, sobre todo nuestras almas gemelas, y sin miedo a ese salto. Veo que, de diferentes formas, todos queremos un mundo de armonía y ser generosos para avanzar en él. Es el legado de Patxi. Unos con pensamientos, otros con acciones. No actuéis ni con urgencia desesperada ni con complacencia desde el privilegio. Buscar la forma de combinarlo todo. Solo con pensar en ello, intentarlo y estar unidos en ese empeño de bien, ya la luz brilla y se expande en formas que ni podemos entender. *Siyakuthanda*… (os queremos)

Umbela dijo así:

- Es inmensa mi felicidad de escuchar a todos vosotros con tanto afán en hacer bien en armonía con todas las formas de vida. Siento igual que NoLwasi. Recuerdo como John me decía que la mejor forma de vencer a alguien que nos quería hacer mal, siempre sin entender, era aliarlo a la causa. Pensemos más profundo: ¿de dónde viene tanto dolor? O de la ignorancia o del miedo. De la ignorancia de no saber, de no tener conciencia, de cómo lo que hacemos afecta a otros. Para ello hay que seguir hablando y compartiendo de todas las maneras posibles. Sin juicios morales, pero con hechos, sin pensar que somos poseedores de la verdad, y con mucha humildad. Pero puede ser también por miedo el que muchos actúen, en conciencia, dañando vidas ajenas. Miedo de los de arriba en caerse al fondo si no están arriba en el poder, y miedo de los de abajo en sentirse aislados e indefensos si no siguen dominados por el poder. Además de la conciencia debemos aplacar esos miedos con el amor. Esa es la mayor e las pruebas. Amar a quien hace daño. Y amar no es callar, ni someterse, ni complacer… es tender la mano a estar unidos, a dejar las quimeras de las propiedades y de las jerarquías. Invitemos a más y más personas a experimentar la vida sin esas cadenas. Y sí, mientras tanto, veamos cómo se puede redirigir ese Aladdin hacia el bien, aliarlo a la causa: ¿sería posible convertirlo en un aliado que promueva lo que no contamina ni crea desigualdades?

Así concluyeron la reunión. Nothando compartió la preciosa melodía de la lista de Schindler, Jonay cantó «Faltarán estrellas» y Thanda «Sin fin» que todos, desde tantos rincones del mundo cantaron «tu luz en mí me une al universo… sin fin».

NoLwasi se despidió de todos diciendo:

-Que de la ternura engendremos la más poderosa valentía: la de amar.

LXVI

LA LARGA VUELTA A CASA

Entrambasaguas, Cantabria, septiembre 2023

La pandemia del COVID paralizó al mundo en el 2020 y fue repitiendo olas cada vez más livianas según fue aumentando la inmunidad de los jóvenes, que, valientes, salieron a infectarse, inmunizarse, trabajar en el bien común y abrazar a los mayores, mucho más aún que antes de la pandemia.

Las grandes corporaciones farmacéuticas intentaron hacer negocio con sus vacunas transgénicas que además de insolidarias se fueron mostrando ineficaces, con inciertos efectos secundarios y contraproducentes para la inmunidad natural de los jóvenes, valiente, solidaria y armónica, como la naturaleza. Fue todo un símbolo el que la variante leve que inmunizó a casi toda la humanidad salió de África, el continente olvidado por la gran Farma y los países ricos y acaparadores. A finales del 2021 el mundo fue saliendo así de su confinamiento, pero volvía a un sistema que seguía dominando el poder y el capital, las ciudades y los países, el consumo y los fósiles. Pero las semillas del cambio ya estaban sembradas.

El 24 de febrero del 2022 Putin invadió Ucrania, convertida en el campo de batalla entre los imperialismos de Estados Unidos, aliada por la OTAN con la Unión Europea, y de Rusia, en connivencia con China. Comenzaba un nuevo orden mundial y una renovada Guerra Fría, ya ni tan fría por los bombardeos sobre Ucrania, con un rearme nuclear capaz de destruir toda vida en la Tierra doscientas veces y un cambio climático acelerado hacia el suicidio como especie y biocidio de las demás inocentes.

Thanda siguió poniendo su alma en la peña de la ternura, que fue creciendo y reuniéndose no solo en la casa de Tercera sino en teatros, escuelas y rincones de la Habana y varios tours por la isla. Publicó un cancionero con los dibujos de su padre y sus poemas cantados que grabó en un rincón de cuarto improvisado como estudio en el que «su alma se confesaba cada día».

Siguió poniendo su mente en avanzar en los estudios de la equidad en el mundo: con los datos de Naciones Unidas sobre la población y muertes por países, sexo y edades escribió su tercer libro sobre el análisis global de la equidad. De catorce países con bienestar en equidad sostenible en el 2010, y siete en el 2015, los últimos datos del 2020 revelaban que ya no había países de referencia y buscó regiones, aunque había pocos datos. Todo era un símbolo de que la era de las naciones debía ir viendo su atardecer y dar el relevo a las aldeas en soberanía y colaboración global.

Su pensar lo llevaba al cooperar en aquel bello último destino de Cuba. Se ocupó con pasión en discernir un sistema gradual que animara a Cuba hacia la ecosoberanía local y la colaboración en bienes públicos globales, yendo hacia la equidad de ingresos y medios y hacia la utopía de Eila. Y siguió poniendo su corazón en mimar de su madre, casi como hiciera su padre, en la distancia y en dos estancias largas con ella cada año, de expresar amor y apoyo a sus hijos, y en esperar, a veces desesperando tras tantos años de soledad, el reencuentro en un hogar, aunque fuera una mochila en el camino, con su anhelada Nayra. Cuando pensaba en ello le asaltaba el temor de si la soledad de su Amama se repetiría en su destino.

Sus alianzas con las ideas y propuestas globales de Aimsa y Jonay, la espiritualidad de NoLwasi y Nothando en Ukuzwana, la armonía de Umbela, la valentía de Adam, Nour, Unai, Ángeles, Daniela, Joseph, Moyes, Thandiwe, Saidu… la fuerte generación que les seguía, la belleza de Nayra, el cariño de su madre y la limpia y suavemente-poderosa luz de su padre, Patxi, John y Haka, lo guiaban por un camino en el que cada día tener menos propiedades y seguridades y más gratitud y entrega a la armonía sencilla en naturaleza.

Fue así que Thanda fue regalando a quienes más necesitaban todo lo material que tenía en la casa de Tercera. Legó a su familia las fotos y los recuerdos de artesanía. Se quedó con poca y sencilla ropa, unas gafas para fuera y bajo el mar, útiles de aseo y su guitarra Paracho. Creó la fundación Valyter para promover la vida en armonía, sin emisiones, propiedades, jerarquías, verdades ni fronteras y puso todos sus ahorros del salario de funcionario y la vida austera de tantos años. Cedió una parte de sus ahorros para que la casa de Tercera fuera convertida en el instituto de la equidad. Recopiló y escaneó todos sus documentos, los tres mil dibujos de su padre, diarios propios y para sus hijos, estudios de sus estudios y propuestas en más de veinte países, unos cincuenta títulos y nombramientos innecesarios e inmerecidos, más de cien cursos, conferencias y presentaciones en universidades de una docena de países, artículos publicados e inéditos, libros científicos, sus 111 canciones en mp3 y mp4 siguiendo su «guion del alma» y sus novelas, *Valentía y ternura* del final del siglo XX, y *Ternura y valentía* del principio del siglo XXI, juntas «ValyTer». Todo ello lo llevaba en una pulsera con un USB de 32 gigabytes, con copias a sus hijos y a Nayra. Los estudios de equidad, las novelas y la música las hizo públicas a través de una web que llamó Valyter.com.

Ligero de equipaje, levantó el vuelo.

Tenía sesenta años, casi veinte estudiando, casi veinte de médico por el mundo y otros veinte en el mundo de las palabras por la academia, la política y hasta la literatura. Recordaba a Humet, que su padre y él musitaban a menudo y quien murió a la edad en que ahora Thanda soltaba el lastre y volaba, por fin, libre. Se identificaba con el «regreso» de Humet, necesitaba despojarse de «compromisos y desencantos que le prendieran con un alfiler» y reconciliarse «haciendo suyos los contenidos de las canciones -y escritos- que defendió».

Hubiera querido quedarse en Cuba, a vivir en un usufructo rural como campesino comprometido en cuidar de la naturaleza y contribuir a la comunidad. Insistió a través de sus empeños en la política, ley, estrategias y cooperación hacia la ecosoberanía con sus aliados Marcelo, Funes, Casimiro, Giraldo y tantos otros, pero Cuba seguía viviendo su estado de sitio y no dejaba que los extranjeros accedieran a usufructos. Esperaba con ilusión volver a un usufructo para bañarse en sus paisajes y sus gentes.

Desde que, a finales del 2020, mientras compartía la Navidad con su madre y su familia, visitó la finca del nacimiento del río Aguanaz en Cantabria, la tierra donde su Amama se fue valiente a desafiar las tradiciones y se enamoró de un anarquista, sintió que allí estaba el hogar que aguardaba tras tantas aventuras por el mundo.

Entre su País Vasco de las raíces y su Asturias de sus veranos de la infancia y adolescencia, estaba esa pequeña provincia preñada de naturaleza frondosa a los pies de los magníficos picos de Europa y hacia un puerto de donde su padre zarpó a Inglaterra huyendo de Franco con una pequeña maleta, una chaqueta y un reloj, que guardó Thanda.

Compró con los ahorros puestos en la fundación ValyTer aquel rincón de naturaleza. Alrededor había campesinos dedicados a la armonía con la tierra y muchas fincas en venta a las que fueron llegando los buenos amigos David y Anne, Rene y Liliana, José Manuel y Kristel, Sergio y Teresa y muchos más con quienes fueron fundando la eco aldea de Aguanaz, que se unía a las más de ciento veinte mil por todo el mundo donde vivían renunciando a títulos, propiedades, jerarquías y fronteras casi sesenta millones de eco aldeanos, faros hacia una nueva humanidad.

La última peña de la ternura en Tercera, en la que donó todos los libros, artesanía, ropa y útiles del hogar que le quedaban, fue muy emotiva. Vinieron más de doscientas personas que habían rodeado el mágico universo de Thanda en Cuba: jóvenes músicos, campesinos, funcionarios, diplomáticos, profesores, estudiantes, científicos, poetas, médicos, políticos, rebeldes… de todo origen, condición e ideas. Se fundieron en abrazos tan anhelados tanto tiempo mientras Thanda cantaba «El marido de la peluquera». Recordó, como siempre, a su padre con «Sin fin». Tras cuatro horas de poesía y música, entre lágrimas y emociones, acabaron con el himno final que poco a poco fue uniéndose al de la belleza de

Aute, «Faltarán estrellas». Eran tantos los recuerdos, tan profunda la huella que Cuba dejó en el alma de Thanda para siempre que sentía el inevitable desgarro del viajero que va demarrando su alma en cada puerto.

Llegó a Aguanaz donde ya vivía Adam y Unai. Fue andando desde Santander con su mochila y la maleta de su padre. Llegó a la última curva del camino donde había un cartel que decía «Bienvenido a Valy Ter». Al doblar la curva vio las casas y como Adam se acercaba a él. Con profunda emoción se abrazaron. Luego corrió Unai al encuentro.

De tanta emoción se olvidaron de cenar. Cayó la noche y simplemente se tumbaron en el prado a ver las estrellas. A dejarse inundar por la belleza.

Al día siguiente se despertó, como fue ya siempre su costumbre, antes del gallo, miro a su alrededor en el pequeño cuarto y sus pertenencias, que cabían en la mochila y en la pequeña maleta de cuero de su padre. Sintió una profunda paz. Fue filtrándose la luz del amanecer.

Comenzó así Thanda, si la vida le daba vida, su tercer tercio, tras el largo y sinuoso camino hacia el hogar, en naturaleza, en comunidad, en armonía.

XLVII

UNA MIRADA…

ValyTer, 2050

Thanda sentía que llegaba su momento de «dejarse diluir en la energía de todo». Lo sentía con profunda gratitud. Veía en sueños la serena sonrisa de sus padres. La vida le había sido muy generosa. Incluso con el tiempo pudo entender lo que en muchos momentos le parecía excesiva soledad. Vivió con pasión sus relaciones con las personas, con la naturaleza y con la energía que trascendía la materia. Defendió sus ideas en la política, la academia, el activismo y a través del arte.

Había pasado su «tercer tercio» de una forma sencilla en la finca Valyter, conviviendo con sus hijos y con buenos amigos, y fundando una linda eco aldea en el valle de Entrambasaguas. Siguió componiendo y cantando en las noches frente a la chimenea sus poemas, dando algunas conferencias en la universidad de Cantabria, en el Palacio de la Magdalena y por internet y animando un movimiento político en España que poco a poco extendió los valores de Eila, sin fronteras, propiedades, dinero ni jerarquías, a toda la península ibérica. Cada noche se conectaban desde ValyTer con la gran familia del espíritu de San José: Nothando y Joseph, y Thandiwe, Marco y Félix en Ukuzwana, Martín y su madre Yolanda en Eila; Jonay y Aimsa desde White Lake; Buhleve, Elías y Hasi, Pedro, Suzi, Tito, Yunalvis, Alina, Bweny y Mirjana, Elias y Carla, Edu y Liz y tantos más desde La Habana, Lisy y Joao desde Bahía; Alin desde Bombay y Akira desde Japón. Recordaban con profunda gratitud a quienes dejaron un camino de luz e iban sabiendo cómo se expandía la red de eco aldeas y como cada uno luchaba por aplazar las garras del poder.

Nayra vivió con sus hijos en Berkeley hasta que se emanciparon y una década después que Thanda, llegó a ValyTer. Thanda y Nayra habían compartido la ternura en la distancia y algunos encuentros, pero se dieron cuenta de que habían ido creando universos paralelos y debían conocerse de nuevo. Y así fue. Y regresó el amor que tanto tiempo la vida sometió al desierto de la distancia.

Adam ocupó una de las casas de ValyTer y se volcó en labrar los campos, ordeñar las vacas y hacer excursiones en las que filmaba la belleza de la naturaleza y la bañaba con su música. Unai pasaba temporadas también en ValyTer preparando guisos naturales y yendo a escalar los picos de Europa. Lo hacían montando a los caballos y yeguas que Nour fue criando y cuidando en las praderas de Valyter. Ángeles y Laarsen, Daniela y Alain, y Moyes y María, y tiempo después Jerónimo y Enkidu con sus compañeras, construyeron cabañas en praderas cercanas y fueron formando parte de la eco aldea de ValyTer.

Umbela, Fernando y NoLwasi fueron fundiéndose en la energía de todo, rodeados de amor y en sereno declinar. Umbela y Fernando se unieron a las raíces de la sabina en el valle de la Ternura que alimentaba John, y NoLwasi se unió a Patxi, Haka y Anwele bajo la jacaranda de Nour, dejando una luz serena y profunda en el recuerdo de todo Matabeleland. Nothando heredó su magia espiritual y mantuvo los brazos abiertos de Ukuzwana a todas las eco comunidades de Bulililamangwe. Joseph trasladó su fábrica de sueños a Ukuzwana desde donde compartía por internet su conocimiento con jóvenes inventores de todo el mundo. Thandiwe y Marco siguieron cuidando enfermos en la misión y su hijo Félix estudió medicina en la Escuela Latinoamericana de Medicina, con Buhleve, y volvió a Ukuzwana con una linda violinista cubana llamada Karla a tomar el relevo de sus padres. Allí en Cuba creció Hasi, quien heredó también la pasión de sanar de sus padres. Su madre Buhleve dirigió la Escuela Latinoamericana de Medicina y promovió escuelas universales del sanar en Asia, en Europa y en África, y relacionaron la salud con la equidad que estudiaban y debatían desde la casa de la ternura, en Tercera, que dirigía Pedro. Lisy ya no se separó de Joao y lideraron con fuerza, desde Bahía, en Brasil, la vía campesina para infundir en las eco aldeas de todo el mundo el buen hacer de la permacultura y luchar contra las agroindustrias tóxicas.

Jonay y Aimsa siguieron animando eco aldeas en Estados Unidos y luchando contra las redes del poder. Aimsa había muerto hacía unos pocos años en profunda meditación, entre el amor de Jonay y el nirvana de su maestro Sri. Jonay llevó, según el deseo de Aimsa, sus cenizas a unirse bajo la jacaranda de Nour con sus almas gemelas Anwele, Haka, Patxi y NoLwasi. Jonay ya no volvió a salir de Ukuzwana, ayudando en la clínica, en las celebraciones y lentamente yéndose para unirse con su amada.

Adam fue creciendo en sensibilidad y sabiduría espiritual. Veía con fuerza como todas las fuerzas del espíritu de Ukuzwana armonizaban en una profunda esencia que fue transformando la Humanidad. En los años veinte, cuando Thanda, Jonay y Aimsa entraban en su tercer tercio, fue liderando el grupo de jóvenes de Ukuzwana que sentía que además de expandir la luz de las eco aldeas y de Eila, debían despejarle el camino luchando contra las tinieblas como hizo Haka. Estudió con Moyes y Joseph programas informáticos y juntos desarrollaron nue-

vos sistemas basados en la física cuántica y otras formas de energía cósmica. En la distancia estudiaron con Akira las bacterias que podrían diluir el asfalto de la tierra y los plásticos del mar con los que la Humanidad fue inundando el planeta.

Durante la oscura década de los años 20, el colapso económico por la pandemia del COVID aceleró la concentración de poder en un grupo cada vez más reducido en cuya cúspide BlackRock y su cerebro Aladdin dirigían todos los flujos financieros y por lo tanto de dinero y de lo que se extraían agresivamente del suelo y del subsuelo, que las fábricas procesaban con tóxicos químicos y se comerciaba en todo el mundo con las más hábiles técnicas de manipulación mental. Hacia el final de la década Aladdin dominaba la venta por medio de la especulación financiera global y su presidente, Larry Fink dominó la economía primero con Biden y luego con Kamala, que presidió Estados Unidos el resto de la década.

En 2030 ya había doscientos millones de personas viviendo en eco aldeas demostrando que podían vivir libres del consumo globalizado que ahogaba la bella libertad y noble bondad en el fondo de cada ser humano. Aun así, eran tan solo uno de cada cuarenta personas. El resto seguía viviendo cada vez más concentrados en ciudades sin sentir la naturaleza ni ver los amaneceres, los atardeceres o las estrellas, cada vez más dominados por el mercado controlado por unos pocos y por un sistema de inteligencia artificial que dominaba sus pensares, sus esfuerzos y hasta sus sueños.

El siglo siguió viendo la robotización de todo. Los ordenadores se volvieron obsoletos y los móviles dieron luego paso a las gafas donde mínimos movimientos oculares guiaban pantallas que llenaban la retina periférica de constante información y juegos, todos dirigidos a mayor sumisión al consumo y al poder que ya todo, gobiernos y conocimiento, bienes y capital, dominaba. Las personas casi se olvidaron de mirar con conciencia, con amor, a los ojos de los demás. Las dietas tóxicas se unían a medicamentos con patentes y ambas, intoxicando y mitigando sus efectos, ocupaban la mitad del gasto, y por lo tanto del tiempo y esfuerzo, de las personas. El resto se gastaba en hipotecas, contratadas para hasta tres generaciones, de pisos cada vez más pequeños en edificios «inteligentes» cada vez más altos, donde el alimento, los medicamentos, el ocio, la comunicación y hasta los sueños se distribuían ordenadamente. Por el sistema de control y por las pandemias que siguieron infectando a la humanidad, como mensajeros que llamaban a un cambio de vida, las familias casi no salían de sus pisos y apenas algunas veces al año, planificadas y vigiladas, fuera de los edificios. Los niños, en sus «educaciones» por internet, dirigidos a competir para ser mejores soldados del sistema, empezaban a no saber cómo olía una flor, cómo se sentía la brisa en la piel, cómo sabía una manzana natural y cómo se veían las estrellas. Incluso los abrazos se iban denostando como «primitivas formas de comunicación de alto riesgo».

Desapareció el dinero y todo se archivaba en un chip bajo la piel donde se registraba, como un código de barras, la información de cada persona: sus datos

personales, genéticos, médicos, laborales, de ahorros y de consumo. Con el tiempo los chips fueron registrando también sensaciones captadas por el cerebro y pensamientos. Todo se conectaba a nodos de inteligencia artificial que dirigían y controlaban cada dimensión de la vida de cada persona.

A pesar de que el uso de algunas energías renovables como la solar, la eólica, la geotérmica fueron aumentando y con ello el hidrógeno verde y los acumuladores de cobalto y otras tierras raras que se empezaron a extraer de la luna y de meteoritos, la escasez de esas tierras raras, y el coste de las misiones espaciales, dio paso la expansión de la fisión nuclear y sus peligros radioactivos. Tras un grave accidente en Ucrania, bajo la invasión rusa, casi enteramente dependiente de esa energía, Estados Unidos y la Unión Europea por un lado y Rusia y China por el otro decidieron ligar el uso de la energía nuclear al sistema militar emulando el modelo del SACCS -Sistema Automatizado de Comando y Control Estratégico-.

A pesar de todos los discursos y firmas de políticas fatuas, las emisiones de carbono siguieron subiendo y ya en 2030 estaban cerca del billón de toneladas acumuladas que llevaría al grado y medio, la fiebre del planeta y todo lo que seguiría de desastres biológicos y de los ciclos de todos los elementos.

Nadie supo nunca cómo ocurrió ni cómo se originó. Hacia el final de la década del 2030, el sistema Aladdin, que ya tenía un poder de autocontrol superior a cualquier orden humana, comenzó a orientar las inversiones de los especuladores de tal forma que uno por uno fue colapsando, hasta el último, BlackRock. Todo el dinero virtual se evaporó en apenas un año. Los chips de cada persona igualaron sus ahorros durante el solsticio del verano del norte de 2030. Pero poco a poco fueron colapsando también las fábricas contaminantes y con ellas el consumo enajenante por lo que los chips y su dinero virtual fue perdiendo valor.

Casi a la vez que Aladdin, cual Frankenstein, acabara con el monstruo que lo creó, nadie sabe cómo ocurrió para que los sistemas SACCS se bloquearan de tal forma que hiciera imposible cualquier detonación de fisión nuclear cívica o militar.

Algo extraño también ocurrió con los pozos de petróleo y gas de todo el mundo. Una bacteria hasta entonces desconocida los fue contaminando de forma que se disolvían en agua y abonos orgánicos no combustibles y que absorbían el carbono de la atmósfera. La bacteria se desarrolló a tal velocidad que rápidamente se extendió por todo el mundo y penetró las reservas de petróleo en todo el mundo. Los combustibles fósiles dejaron de ser la droga que durante dos siglos enloqueció a la humanidad. Otra bacteria fue afectando a las semillas transgénicas y convirtiendo el glifosato y otros herbicidas en abonos de vida.

Las eco aldeas espirituales fueron multiplicándose y cada año se dobló su número. Al llegar los nuevos miembros huidos del sistema que colapsaba se extraían los chips del control, se quitaban las gafas virtuales, volvían mirar a los ojos, a recobrar sus sentidos oliendo flores y especias, viendo amaneceres, sintiendo

el calor de los abrazos. De cada eco aldea se formaron grupos que animaban y guiaban a otras. Antes del 2040 casi la totalidad de la población del mundo vivía en eco aldeas inspiradas en el decálogo de Umbela.

Se diluyeron así las fronteras, el dinero y las jerarquías, que se recordaban en libros de la «historia equivocada». La red Humana de eco aldeas en Armonía Natural, REAN, sustituyó a las Naciones Unidas, ya sin naciones ni vetos; y acordó un sistema de «alianza del saber hacia el alivio del dolor» ASHAD para paliar enfermedades y otras causas de dolor, a veces por el propio egoísmo, miedo y su traducción en violencia.

Las eco aldeas proveían, sin propiedad el agua limpia, el alimento sano, el refugio natural, la energía limpia y la más esencial necesidad humana: los abrazos. La colaboración global proveía de más saberes y unos pocos bienes comunes globales.

Fue así que el espíritu nacido de la misión de San José y del valle de El Cabrito, luego Ukuzwana y Eila fue invadiendo de Valentía y Ternura que diluía el temor de ser-uno-solo, y de Ternura y Valentía, que lo elevaba a diluirse en vida y en el misterio de la energía que todo une a esa forma de vida en ese pequeño planeta de una estrella mediocre en una de las cien mil millones de galaxias de uno de los multiversos de una existencia que mágicamente se concentraba en toda su magia, en toda su belleza… en una mirada de amor… en la que Thanda se fundió para la eternidad.

ÍNDICE

I.	Vértigo hacia el tercer milenio	7
II.	Reinventando sueños	12
III.	El dolor llega al paraíso	15
IV.	La justicia desafía al amor	22
V.	Jirones del alma en un relevo de luz	26
VI.	El más profundo desgarro del corazón	31
VII.	La mentira y la avaricia mandan en el mundo	35
VIII.	Las semillas envenenadas del poder	40
IX.	Los hombres también sufren	44
X.	Descifrando la jungla del poder europeo,	49
XI.	La penúltima batalla,	59
XII.	Bajando del pedestal humano	66
XIII.	Cuando la verdad se revela, la ternura	75
XIV.	Yo lucho si tú luchas	86
XV.	Amor en tiempos de SIDA	91
XVI.	Pequeña Ternura	98
XVII.	La eco isla de la laurisilva	105
XVIII.	En el hogar junto al bosque	111
XIXa.	Tapándose para ser vistos	119
XX.	Jugando a ser Dios	125
XXI.	¿Y también los genes?	133
XXII.	Una isla para la esperanza	142
XXIII.	La equidad en la salud	150
XXIV.	La última aventura	160
XXV.	La tempestad de la injusticia	167
XXVI.	Perro-flautas en la Puerta del Sol	174
XXVII	Entre la belleza indómita	180
XXVIII.	La virgen de la rodilla	188
XXIX.	Misión cumplida	193
XXX.	El fuego y la vida	198
XXXI.	Tanto amor.. tanto dolor…,	203

XXXII.	El amigo de las plantas	210
XXXIII.	¿La Iglesia vuelve al amor?	217
XXXIV.	La magia que cruza los caminos	222
XXXV.	La vida renace de las cenizas y el amor se transforma	229
XXXVI.	El reino de la injusticia	239
XXXVII.	La eco aldea de los cooperantes	247
XXXVIII.	La entrega más humilde	256
XXXIX.	Los héroes de la Tierra	262
XL.	La Humanidad hacia el abismo	270
XLI.	Robots y Bien Común,	279
XLII.	Hermanos navegando la vida	289
XLIII.	Vuelve la siempre fiel soledad	299
XLIV.	Transformar el dolor en esperanza,	305
XLV.	La ciencia y la conciencia	316
XLVI.	Bioética y zapatismo,	327
XLVII.	La furia de los vientos	334
XLVIII.	Entendiendo con el corazón	341
XLIX.	Te dejo que me dejes	352
L.	El baile con el mar	360
LI.	Hasta el asfalto se rinde	367
LII.	Somos todo lo que amamos	375
LIII.	Humanidad cruel	383
LIV.	La vuelta a la Edad Media	393
LV.	Hogueras de vanidades	402
LVI.	Estado de sitio	410
LVII.	La peña de la ternura	419
LVIII.	Los imperios y sus mitos	430
LIX.	Estalla la pandemia, el miedo paraliza el mundo	433
LX.	Abrazos seguros	437
LXI.	La ética de la equidad	440
LXII.	Desvelando la avaricia, desatando el saber,	442
LXIII.	La luz de la armonía en sencillez	455
LXIV.	Valentía o sumisión	461
LXV.	Vencer o convencer	469
LXVI.	La larga vuelta a casa	477
LXVII.	Una mirada…	484

Este ejemplar único de *Valyter. Segunda parte*,
novela de Juan Garay, fue confeccionado a mano
en los talleres de La Ballena Codorniz,
con el favor de la Pequeña Providencia
en La Habana, 2022